WINSTON S. CHURCHILL

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



OBRA COMPLETA

A las 11.15 del 3 de septiembre de 1939, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, se dirigió por radio a la nación para anunciar que estaban en guerra con Alemania. De inmediato comenzaron a sonar las sirenas. Testigo de excepción, Winston Churchill —primer ministro durante los períodos 1940-1945 y 1951-1955— describe el transcurso de la Segunda Guerra Mundial y sus principales acontecimientos desde la profundidad de su análisis y la intensidad de su vivencia con pluma lúcida e incisiva. El camino hacia el desastre desde el Tratado de Versalles hasta que Hitler conquista Polonia, la caída de Francia y la batalla de Gran Bretaña, el bombardeo de Londres, las operaciones anfibias en el norte de África e Italia, el día D, Pearl Harbor, la liberación de Europa Occidental o el lanzamiento de la bomba atómica son algunos de los hechos relatados en este extraordinario documento, considerado una obra maestra de la literatura del siglo XX, que trasciende cualquier género para constituir un clásico de la política, la diplomacia y la estrategia militar.

Lectulandia

Winston S. Churchill

La Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0
Banshee 02.01.14

Título original: *The Second World War*
Winston Churchill, 1959
Traducción: Alejandra Devoto

Editor digital: Banshee
Escaneador: el nota
ePub base r1.0



WINSTON S. CHURCHILL

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Prólogo de Pedro J. Ramírez

Moraleja de la obra:

EN LA GUERRA: DETERMINACIÓN.
EN LA DERROTA: RESISTENCIA.
EN LA VICTORIA: MAGNANIMIDAD.
EN LA PAZ: CONCILIACIÓN.

NOTA

La segunda guerra mundial es una compilación realizada por Denis Kelly de los siguientes libros escritos por sir Winston Churchill:

La tormenta se avecina (1919-10 de mayo de 1940)
Su hora mejor (1940)
La gran alianza (1941)
El eje del destino (1942-julio de 1943)
El anillo se cierra (julio de 1943-6 de junio de 1944)
Triunfo y tragedia (6 de junio de 1944-25 de julio de 1945)

Por cuestión de espacio se han omitido numerosos pasajes de estos volúmenes, y para respetar la secuencia y la proporción ha sido necesaria una redistribución considerable del resto del texto. Sin embargo, aparte de una cantidad insignificante de frases para darle cohesión, el texto respeta estrictamente las palabras de sir Winston Churchill.

El Epílogo se publica ahora por primera vez en forma de libro. Sir Winston lo escribió a comienzos de 1957. No está abreviado y se refiere al período posterior a que dejara el cargo de primer ministro de Gran Bretaña, el veintiséis de julio de 1945.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento al teniente general sir Henry Pownall, al comodoro G. R. G. Alien y a F. W. Deakin, rector del St. Anthony’s College de Oxford, por leer y comentar conmigo los primeros borradores de esta obra. Sin embargo, la responsabilidad por todos los defectos y deficiencias de la versión actual es exclusivamente mía.

También estoy sumamente agradecido a C. A. Butler, que ha corregido las pruebas, a mis editores a ambos lados del Atlántico, por su habitual generosidad y paciencia, y a muchas personas más, que me han brindado su colaboración, su estímulo y su asesoramiento.

D. K.
15 de diciembre de 1958

Introducción

EL RUGIDO DEL LEÓN, EL RONQUIDO DEL GUARDIÁN

A partir del 11 de septiembre de 2001 la peregrinación se hace aconsejable a todo ciudadano que se sienta orgulloso de pertenecer a un país democrático. Pero cualquier turista que recorra la monumental zona de Whitehall o las inmediaciones del londinense parque de St. James puede encontrar con facilidad, al pie mismo de los Clive Steps, una treintena de escalones presididos por la estatua de uno de los míticos héroes de la era imperial, una modesta entrada recubierta por sacos de arpillera llenos de cemento y arena. Se trata del acceso a uno de los sótanos del llamado edificio Anexo que forma parte de las instalaciones gubernamentales, cuyo epicentro es el casi contiguo número 10 de Downing Street. Basta descender unos cuantos metros para encontrarse con un largo corredor con apariencia de pasillo de submarino del que cuelgan dos apéndices a modo de escuetos brazos de un conjunto de habitaciones y cubículos con forma de U panzuda y abierta. Coincidiendo prácticamente con el primer recodo hay una estancia cuadrangular de apenas cinco metros de lado con paredes formadas por mamparas de color beige y vigas descubiertas de color rojo sujetando el techo. La práctica totalidad de la habitación está ocupada por una mesa de madera dispuesta a modo de cuadrilátero con una especie de «pozo» o agujero central del que cuelgan media docena de luces con forma de campana. En torno a la mesa hay una veintena de sillas de madera con el asiento y los reposabrazos tapizados en cuero verde. Dentro del «pozo», otras tres sillas idénticas dan la cara al lugar destinado a la presidencia, sólo reconocible por un sillón de respaldo más alto y por la caja de color rojo y asas doradas depositada sobre la mesa. Cuando Winston Churchill visitó ese refugio subterráneo poco después de ser elegido primer ministro en aquel tremendo mayo de 1940, en el que todo parecía preludiar un imparable descenso a los infiernos, era perfectamente consciente de lo que se le venía encima e hizo un anuncio a sus colaboradores de reminiscencias evangélicas acorde con las circunstancias: «Desde esta sala dirigiré la guerra».

Tú eres Winston y desde esta sala dirigirás la guerra. Quede advertido el lector desde este momento de que los centenares de páginas que componen el relato de Churchill de la segunda guerra mundial están impregnados de ese sentido de misión histórica, casi sobrenatural, que él cree que le ha sido encomendada; que cuando recibe a De Gaulle en Inglaterra como «L’homme du destin», en realidad está proyectando sobre él su propia noción de sí mismo; y que ese mandato del más allá en defensa del racionalismo democrático, situado contra las cuerdas en los primeros compases de la guerra por la alianza del nazismo y el comunismo, proporciona al relato elementos subjetivos fascinantes. Es el caso de cuando describe con amarga

ironía la situación de las masas soviéticas tras la traición de Hitler y la invasión de Rusia en la «Operación Barbarroja»: «Los veo protegiendo las casas donde rezan las madres y las esposas (pues sí, hay momentos en los que todos rezan) por la seguridad de sus seres queridos».

Esa estancia rectangular en los sótanos de Whitehall, desde entonces llamada sala del gabinete de Guerra, en la que habría de reunirse nada menos que 115 veces lo que hoy llamaríamos «núcleo duro» del gobierno de unidad nacional formado al estallar el conflicto, se conserva intacta y da buena idea de la posición de inferioridad y resistencia numantina a la que quedó reducida, tras la caída de Francia, la última potencia democrática de Europa, obligada a aguantar —durante año y medio en patética soledad— la feroz embestida nazi. En las tres sillas del «pozo», de cara al primer ministro y a su adjunto, el líder laborista Clement Atlee, y dando la espalda al menos a la mitad de los restantes congregados, se sentaban los jefes de Estado Mayor del Ejército, la Marina y la heroica RAF. La caja roja contenía los documentos de Estado que Churchill consideraba oportuno manejar y de las paredes sólo colgaba, y cuelga, un mapamundi de apariencia escolar y un clásico reloj de números romanos.

Tratando de aprovechar al máximo las posibilidades didácticas del recinto, el reloj permanece detenido a las 16.48 del 15 de octubre de 1940, momento en que comenzó una de las más tensas reuniones del gabinete de Guerra; mientras Londres sufría la peor semana de bombardeos desde el comienzo del *Blitz* alemán y un proyectil estallaba en los propios escalones de Clive. Tal como el lector podrá descubrir en este deslumbrante volumen, cuarenta y ocho horas después de esa reunión Churchill, su esposa y un grupo de amigos tendrían que abandonar precipitadamente el comedor del último piso de Downing Street después de que una bomba destruyera por completo la cocina. «Llama la atención que no hubiera habido más que 500 muertos y un par de miles de heridos», escribe sir Winston al hacer balance de lo ocurrido aquella noche.

Sesenta y un años después de estos hechos, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 han vuelto a convertir a Churchill en fuente de inspiración y ejemplo. El número de víctimas mortales en Nueva York fue catorce veces más cuantioso que el de aquella noche aciaga en Londres y el impacto psicológico, la sensación de amputación que produjo el desmoronamiento de las Torres Gemelas, excedió con mucho cualquier otro precedente de destrucción urbana, tal vez con la excepción de la bomba de Hiroshima. Aunque en el otro lado de la balanza no existía el riesgo de una invasión que obligara a capitular o a doblegarse ante el yugo enemigo, desde el primer momento en medio de la sensación de impotencia y angustia que siguió a los ataques terroristas, los líderes políticos de ambos lados del Atlántico buscaron puntos de referencias sobre cuál debía ser su comportamiento y en seguida encontraron a Churchill.

En Estados Unidos tanto el alcalde Giuliani como el propio Bush lo citaron en sus discursos y en Gran Bretaña Tony Blair hizo cuanto estuvo en su mano para coger el testigo de un ejercicio del liderazgo basado en desechar cualquier alternativa que no fuera la confrontación sin tregua hasta conseguir la victoria. De esta manera la figura cenital del siglo XX se ponía otra vez de moda en la primera gran crisis del XXI, como antecedente directo de las dos cualidades esenciales que los ciudadanos esperan ver en sus gobernantes cuando se desencadena una situación límite: claridad de ideas para entender lo que está en juego y capacidad expresiva para transmitirlo.

Nada más tomar posesión advirtió al Parlamento que sólo podía ofrecer «sangre, sudor, lágrimas y fatiga», pero advirtió que lo que se dirimía no era sólo el dominio de Europa sino el futuro de la civilización humana. Cuando la Francia cobarde de Pétain se arrastraba ya en pos del armisticio y el Cuerpo Expedicionario británico era evacuado *in extremis* de Dunkerque, Churchill se dirigió al país a través de la BBC en el más legendario de sus mensajes: «Combatiremos en Francia, combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos cada vez con mayor confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio. Combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás».

Durante casi una década Churchill había clamado en el desierto del «apaciguamiento» contra la condescendencia frente al rearme alemán y ahora que, tras el fiasco de Múnich, la destrucción de Checoslovaquia, la invasión y el reparto de Polonia, la caída de Bélgica, Holanda, Noruega y Francia, el tiempo le había dado apocalípticamente la razón, su voz tenía el crédito de un viejo profeta bíblico cuyas sombrías predicciones se hubieran materializado en vida. Pero tenía además la vibración, la energía, la inteligencia y la sutileza de un maestro de la comunicación y del lenguaje. Prácticamente en el otro extremo del pasillo subterráneo, en la habitación 60 izquierda, se conserva el estudio radiofónico de emergencia desde el que Churchill emitió varios de sus mensajes a través de la BBC en los momentos más duros de los bombardeos. Como han reconocido incluso sus críticos menos condescendientes, era un maestro en el arte de «mandar las palabras al combate» y ésa fue un arma extraordinariamente eficaz cuando en los primeros compases de la guerra la correlación de fuerzas era completamente adversa a los británicos en todos los demás ámbitos.

Fue en esos momentos en los que la democracia estuvo al borde de la extinción en Europa cuando, según el gran filósofo Isaiah Berlin, Churchill «impuso su voluntad y su imaginación sobre la de sus compatriotas», mitificándolos hasta el punto de que «al final ellos se aproximaron a su ideal, empezaron a verse a sí mismos como él los veía y los cobardes se transformaron en valientes».

Tras los designios políticos, diplomáticos y militares que entraron en colisión en

la mayor contienda de la historia de la humanidad, él siempre vio un pulso en términos morales y tal vez por eso el prolijo relato de los hechos va precedido de una sucinta moraleja de proyección tanto individual como colectiva: «En la guerra, determinación; en la derrota, resistencia; en la victoria, magnanimidad; en la paz, conciliación».

Siendo atractivas a más no poder todas las demás dimensiones del Churchill primer ministro y comandante en jefe —como de hecho lo es su polifacética biografía anterior a estos hechos—, fue su actitud «resistente» en la derrota y ante el riesgo de la completa destrucción del mundo y la civilización en la que creía, ese desgarrador rugido de aguante y empecinamiento de la primavera y el otoño del 40, lo que hará trascender su memoria mucho más allá de la de sus contemporáneos. Tal vez por eso, de los seis libros que componen la obra original resumida en estos volúmenes, mi favorito sea el segundo, el titulado «Solo».

Es la crónica de sus visitas relámpago a Francia antes y después de que el primer ministro Reynaud le despierte en la madrugada del 15 de mayo para comunicarle: «Hemos sido derrotados»; antes y después de que el general Gamelin confiese ante su estupefacción —«fue una de las mayores sorpresas que me llevé en la vida»— que el ejército francés carece de fuerzas de reserva para frenar el avance de los blindados alemanes; antes y después de que la camarilla derrotista aglutinada por Pétain pronostique que «en tres semanas a Inglaterra le retorcerán el cuello como a un pollo».

Es la crónica de la evacuación de Dunkerque, que tanto alivio proporcionó en medio del desastre y que él sólo quiso magnificar en sus justos términos: «Las guerras no se ganan con evacuaciones». Es la crónica de la agónica decisión de destruir la flota francesa para impedir su captura por los alemanes. Y, sobre todo, es la crónica de la batalla de Inglaterra, en la que «jamás tantos le debieron tanto a tan pocos» —de nuevo las palabras al combate— y donde Churchill lideró a sus compatriotas hacia su «hora mejor».

Entre los incontables pasajes que por sí solos aconsejarían la lectura de este libro está, por cierto, la descripción en primera persona de uno de los combates aéreos más decisivos entre la RAF y la Luftwaffe, seguido en directo por Churchill y su esposa desde el cuartel general de uno de los escuadrones británicos implicados que habían acudido a visitar. Como ha subrayado uno de los grandes especialistas en historia militar del siglo XX, John Keegan, ni Hitler, ni Stalin, ni Roosevelt, ni ningún otro protagonista de la segunda guerra mundial nos ha legado una pieza equivalente de lo que, por utilizar la referencia de la sección habitual en la última página del diario El MUNDO, hoy llamaríamos un «testigo directo».

Cuando los peores bombardeos pasan y queda claro que Hitler, obligado ya a desviar gran parte de su poder bélico hacia el frente del Este, no logrará doblegar a

Gran Bretaña desde el aire, Churchill no canta victoria —eso sólo empezaría a hacerlo dos años más tarde, tras la batalla de El Alamein—, pero sí hace una loa al éxito de su resistencia: «No habíamos fallado. El alma de la raza y el pueblo británico habían demostrado ser invencibles. El baluarte de la Commonwealth y el imperio no pudo ser tomado por asalto. Solos, aunque con el apoyo de todos los latidos generosos de la humanidad, desafiamos al tirano en el momento culminante de su triunfo».

Churchill es suficientemente generoso como para repartir el mérito de esa «soledad desafiante» entre todos los miembros de su Gobierno de unidad nacional, hasta el extremo de falsear la verdad de lo que ocurrió en la encrucijada de mayo del 40. Concretamente, el Capítulo ocho del Libro segundo titulado «La agonía de Francia» comienza con la siguiente afirmación: «Es posible que a las generaciones futuras les parezca digno de mención el hecho de que la cuestión suprema de si debíamos seguir luchando solos nunca figurara en el orden del día del gabinete de Guerra. Estos hombres pertenecientes a todos los partidos del Estado lo daban por supuesto y como norma, y nosotros estábamos demasiado ocupados para perder tiempo con cuestiones tan académicas e irreales».

Pues bien, eso no es cierto. Cuando Churchill lo escribió, condicionado sin duda por su objetivo de pasar a la historia con esa «magnanimidad en la victoria» que predicaba, no había nadie dispuesto a desmentirle. Pero la reciente desclasificación de las propias actas de aquellos consejos de ministros, tal como han sido analizadas en el libro de John Lukacs *Five Days in London. May 1940* (Yale University Press), demuestra que los apaciguadores de Múnich intentaron reproducir su política pactista aun cuando los hechos ya les habían desautorizado clamorosamente.

La punta de lanza no fue Chamberlain, enfermo y angustiado, sino el ministro de Asuntos Exteriores lord Halifax, cuyo asiento en el cuadrilátero de la sala del gabinete de Guerra también puede ser perfectamente identificado por el visitante. Según consta en los documentos correspondientes a las reuniones del 26 y 27 de mayo —con la suerte del Cuerpo Expedicionario británico aún pendiente del débil hilo que representaba la flotilla de barcos de toda laya congregada ante las playas de Dunkerque— el titular del Foreign Office planteó formalmente la mediación de Mussolini para lograr una paz separada con Alemania. ¿Si tuviera constancia de que «los asuntos vitales para la independencia de este país no se verían afectados», estaría Churchill —el entrecomillado es literal— «dispuesto a discutir tales términos»?

A la maniobra envolvente urdida en connivencia con la embajada italiana, Churchill respondió con una salida en tromba al convocar el martes 28 el pleno del consejo de ministros y anunciar ante sus colegas que no entablaría «ni directa ni indirectamente» negociaciones con la Alemania nazi, sino que Inglaterra, por el contrario, continuaría luchando «no importa lo que suceda en Dunkerque». Después

se dirigió al Parlamento para advertir de que el futuro de la civilización occidental y el propio concepto de libertad estaban en juego y por tanto «nada de lo que suceda en esta batalla puede exonerarnos, en modo alguno de defender la causa mundial con la que nos hemos comprometido».

Fueron dos intervenciones vigorosas que galvanizaron a los convencidos y convencieron a los más tibios, de forma que Churchill pronto pudo escribir, esta vez con total sinceridad: «Estaba seguro de que todos los ministros estaban dispuestos a morir en seguida, y a perder a sus familias y a sus bienes antes que rendirse».

Fue la lectura de esas actas del gabinete de Guerra, que prueban que la soledad de Churchill en el escenario internacional se hubiera perpetuado también en el doméstico de no haber sido por su firmeza y elocuencia, lo que a finales de 2000 me impulsó a proponer a mis compañeros del consejo de redacción de El MUNDO que lo eligiéramos Hombre del siglo XX. De haber flaqueado también él, Gran Bretaña habría sido finlandizada, los aislacionistas se habrían impuesto en la política norteamericana y Hitler hubiera podido concentrar todas sus fuerzas en subyugar a Rusia, mientras la democracia parlamentaria se convertía en una reliquia inoperante en Europa. Ninguno de los habitantes de las dictaduras mediterráneas habríamos tenido durante la segunda mitad del siglo una referencia cercana de liberalismo político y económico sobre la que apalancar nuestras ilusiones de modernización y progreso.

Nada de esto significa que Churchill fuera un dechado de perfecciones ni como ser humano ni como político. Basta leer los escasos párrafos que la obra dedica a la guerra civil española para darse cuenta de cómo sus prejuicios cegaban a menudo su capacidad de apreciación de la realidad. Era además un hombre cuyos estados de ánimo oscilaban a menudo entre los delirios de grandeza y los ataques de depresión que él mismo había bautizado como el «perro negro». Influido sin duda por esas oscilaciones de humor, en algunos momentos culminantes del relato se aprecia incluso cierta delectación morbosa en la hipótesis de que la civilización británica pueda ser barrida del mapa por los nazis como lo fue Cartago por los romanos. Así, en su último viaje a París antes de la ocupación alemana llega a argumentar ante sus homólogos franceses, en términos paradójicamente wagnerianos, «que la civilización de Europa occidental, con todos sus logros, tuviera un fin trágico pero espléndido sería preferible a que las dos grandes democracias siguieran adelante, pero desprovistas de todo lo que hace que valga la pena vivir la vida».

En este escenario de crepúsculo de los dioses estremece constatar cuál era el eslogan que, según él mismo revela, tenía Churchill preparado para arengar a los británicos hacia el último sacrificio en el caso de que se consumara la invasión alemana: «Siempre podrás llevarte a uno de ellos por delante». No es de extrañar que al recordar esos momentos escriba muy pocos años después: «Era una época en la

que era igual de bueno vivir que morir».

Probablemente sin esa política de «victoria a cualquier precio» hubiera sido imposible convertir a los alegres y confiados británicos de un lustro atrás en los engranajes de una eficiente maquinaria bélica. Sobre esa milagrosa metamorfosis Churchill reflexiona a partir de una conocida cita del autor de *La caída del imperio romano*, su historiador favorito Edward Gibbon, al que ni siquiera necesita nombrar: «la historia que, según nos cuentan, es fundamentalmente la constancia de los crímenes, las locuras y las miserias de la humanidad para encontrar un paralelismo de esta repentina y completa inversión de una política de cinco o seis años de pacificación complaciente y conciliatoria y su transformación, de la noche a la mañana, en la disposición a aceptar una guerra obviamente inminente en condiciones mucho peores y a una escala mucho mayor».

De haber fracasado en su empeño, Churchill no habría sido el salvador de la democracia, pero sí un heroico mártir por su causa. Ególatra e individualista como era, hasta el extremo de resultar vitriólico con quienes incurrían a sus ojos en el leso pecado de la mediocridad, toda su rebeldía e inconformismo se plegaba automáticamente ante las reglas sagradas del parlamentarismo. Deslumhra y estremece al mismo tiempo repasar la escrupulosidad con que en el epicentro mismo de la guerra, mientras sus adversarios gobernaban de forma tan tiránica como expedita, afrontó como primer ministro una moción de censura con sus correspondientes debates y votaciones. Fue en el transcurso de ésta cuando rechazó la idea de que un miembro de la familia real fuera nombrado comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, porque «sería un sistema muy diferente de éste en que vivimos» y «podría convertirse fácilmente en una dictadura».

Nadie puede negar que este gran líder político creía las cosas que decía. En noviembre de 2000 tuve la suerte de asistir en el Royal Albert Hall de Londres a un concierto conmemorativo del 60 aniversario de la visita que Churchill realizó a su antiguo colegio de Harrow —el eterno rival de Eton en la educación de los *gentlemen* británicos—, precisamente en noviembre del 40, cuando más de punta caían los chuzos de la Luftwaffe, para cantar las viejas canciones de su infancia. Su secretario Jack Colville, también ex alumno del colegio, le había sorprendido más de una vez tarareándolas y pensó que una visita a su alma máter —situada en una colina a las afueras de Londres que también había sufrido los rigores del *Blitz*— le pondría de buen humor y reforzaría su determinación a resistir.

Escuchando a un coro de cientos de muchachos de entre trece y diecisiete años entonar las que desde entonces quedaron bautizadas como *Churchill songs*, no me fue difícil entender por qué funcionó esa medicina. Las canciones de Harrow no sólo ensalzan la gloria y el honor del colegio, no sólo recrean con aguda ironía los pasajes más pintorescos de la rutina escolar, sino que despliegan en sus letras el mejor

homenaje a los valores básicos que toda sociedad debe poder movilizar, hoy como ayer, en las situaciones límites. Aunque sus acordes debieron de tener un timbre menos solemne que el que proporcionaba el espectacular órgano del Royal Albert Hall, es perfectamente comprensible el significado que en plena batalla de Inglaterra tuvo que suponer para Churchill, por ejemplo, escuchar una canción escrita a finales del XIX en la que se proclama: «La voz del deber está llamando claramente/mandando a los hombres comportarse con valentía/que nuestra respuesta sea: ¡Estamos aquí!/venga lo que sea/ bueno o malo/responderemos: ¡Estamos aquí!»[1].

¿No son acaso obvias las reminiscencias de ese «venga lo que sea» y ese «la voz del deber está llamando» en el «no importa lo que suceda» que esgrimió ante el gabinete de Guerra y en el «nada puede liberarnos de nuestro deber» que enarboló en el Parlamento?

El concierto del Royal Albert Hall, que tuvo como invitada y chispeante oradora de honor a la única hija viva de Churchill, Mary Soames, comenzó con una canción titulada con el lema latino de Harrow School «Stet Fortuna Domus»: «Que la Fortuna Permanezca en la Casa». No es difícil imaginar por qué un hombre tan impregnado del sentido de la predestinación, tan sensible a toda manifestación de «pompa y circunstancia», y tan aficionado al buen oporto y al champán Pol Roger, se sentía identificado por partida triple con su primera estrofa: «Les rogamos que llenen sus vasos caballeros,/y beban por el honor de Harrow/que la Fortuna siga visitando la Colina/y la Gloria permanezca sobre ella»[2]. Probablemente por eso, con motivo de su visita en ese terrible otoño del 40, se introdujo una nueva estrofa que resultó premonitoria: «No alabamos menos en días más duros/al líder de nuestra nación,/y el nombre de Churchill merece ser aclamado/por cada nueva generación»[3].

La obsesión de Churchill por labrar el recuerdo que quedaría de él después de su muerte nunca le consoló demasiado de los amargos reveses que sufrió durante su vida. Atacado por el «perro negro» del mal humor, su primer refugio era siempre un sentido cáustico de la ironía. Baste como muestra el elocuente botón que el relato de su inesperada derrota electoral del 26 de julio de 1945 esté incluido en el último capítulo del segundo volumen de esta obra titulado «La bomba atómica». Y es que para Churchill el ser rechazado por sus compatriotas en las urnas tras haberles guiado heroicamente hasta la victoria debió de tener el mismo efecto devastador que las bombas de plutonio arrojadas pocos días después sobre Hiroshima y Nagasaki tuvieron sobre Japón. Tanto es así que cuando su esposa le dice aquella tarde en su casa de campo de Chartwell que la derrota electoral puede ser «una bendición disfrazada», él replica ácidamente: «Pues por el momento parece muy bien disfrazada».

Aunque probablemente ella estuviera pensando más bien en la vida familiar y los trabajos de albañilería y jardinería a los que tan aficionado era Churchill, la

«bendición disfrazada» se materializó pronto en esta obra. Sin esa derrota electoral que él consideró de nuevo como el final de su vida política —volviéndose a equivocar, pues aún regresaría una vez más al poder— no habría podido escribir esta memoria monumental con los recuerdos frescos y en plenitud física y mental.

Aunque es obvio que fue gracias a estas memorias de la segunda guerra mundial por lo que Churchill consiguió el Nobel de Literatura, sus libros anteriores, y muy especialmente las biografías de su padre Randolph Churchill y de su antepasado Marlborough —el «Mambrú» de nuestras canciones infantiles— ya le hubieran merecido un lugar de honor en la historiografía moderna. Fiel al estilo de sus admirados Macaulay y Gibbon, Churchill construye el relato como un atractivo entramado sintáctico y hasta fonético, en el que siempre hay una oración subordinada que ilumine la narración de los hechos con un pasaje anecdótico o una digresión filosófica.

La credibilidad de la historia contada en primera persona alcanza en estos volúmenes uno de sus mayores hitos. Sólo por los retratos de los grandes protagonistas de la crisis mundial tratados de tú a tú —Ribbentrop, Mólotov, Roosevelt, Stalin, Truman— ya merecería la pena esta narración en la que el profundo conocimiento que el autor tenía de las técnicas bélicas se traduce también en algunas de las mejores páginas de historia militar jamás escritas.

Pero lo que hace de este libro algo único es el testimonio de la resistencia, recuperación e imparable avance de la voluntad humana al servicio de la democracia y la libertad en el más grandioso escenario de destrucción, gloria y tragedia que ha producido nunca nuestra civilización. Si tuviera que elegir un solo pasaje dentro de tan interminable retablo de situaciones únicas, me quedaría con la descripción del servicio religioso celebrado en una bahía de Terranova a bordo del *Príncipe de Gales* con motivo del primer encuentro con Roosevelt en agosto de 1941. Tras describir la escena con las banderas de los dos países bajo un púlpito ante el que se mezclaban marinos de ambas nacionalidades y recordar que fue él quien eligió personalmente los himnos, Churchill añade: «Cada una de aquellas palabras parecía conmocionar el corazón. Era una gran hora para vivir. Casi la mitad de los que cantaban habrían de morir pronto» [4].

Casi consecutiva a esta estampa es la narración del que sin duda es el punto de inflexión del relato como lo fue del conflicto bélico. Churchill recuerda como el domingo 7 de diciembre estaba en su residencia oficial de Chequers con el enviado especial norteamericano Averell Harriman cuando oyeron en la BBC las primeras noticias del ataque japonés a Pearl Harbour. Una llamada personal a Roosevelt le confirmó lo ocurrido. A la mañana siguiente, el propio primer ministro entregaba una carta al embajador japonés, por la que Gran Bretaña declaraba la guerra a su país. Concluía con el más versallesco de los lenguajes: «Tengo el honor de ser, con alta

consideración Señor, su obediente servidor, Winston S. Churchill». Tras lo cual, el mordaz incorregible que afloraba cada vez que este hombre tomaba la palabra o cogía la pluma no puede dejar de acotar: «A algunas personas no les gustó este estilo ceremonial. Pero después de todo cuando tienes que matar a un hombre no cuesta nada ser educado».

Lo significativo es que Churchill no puede ocultar su júbilo al constatar cómo la agresión japonesa va a eliminar todos los obstáculos para que Roosevelt entre en la guerra y cómo los hechos van a ceñirse a su anhelado guión según el cual los «dos grandes pueblos de habla inglesa» impondrían su voluntad, su nivel de desarrollo y su capacidad demográfica e industrial a los totalitarismos coligados contra ellos. Esa noche dice Churchill que durmió «el sueño de los salvados y los agradecidos». Un centenar de páginas después, tras el feliz desenlace de su difícil primer encuentro con Stalin, va más lejos y recuerda como en la Villa Estatal número 7 de las afueras de Moscú, «dormí larga y sonoramente».

En su extensa y variopinta trayectoria Churchill lo hizo todo con ruido, hasta el extremo de que esos ronquidos, de los que tanto se vanagloriaba, bien pueden servir de metáfora de cuanto irritó y molestó a gran parte de sus contemporáneos. Pero la dramática encrucijada que fue capaz de afrontar y resolver vino a demostrarles a todos que, en definitiva, uno de los atributos de un guardián eficaz es hacer, de día y de noche, cuanto ruido sea necesario. Y que el ruido fastidioso de un político cascarrabias y aguafiestas, empeñado en gruñir a contracorriente, puede convertirse de repente, por mor de los acontecimientos y con el respaldo de un pueblo dispuesto a aferrarse a la defensa de sus valores, en el desafiante rugido de un león tenaz hasta la victoria.

PEDRO J. RAMÍREZ
Octubre de 2001

FRAGMENTO DEL PRÓLOGO DE *LA TORMENTA SE AVECINA*

Debo considerar estos volúmenes una continuación de la historia de la primera guerra mundial que inicié con *La crisis mundial*, *El frente oriental* y *Las secuelas* que, en conjunto, abarcan la narración de otra guerra de los Treinta Años.

Como en volúmenes anteriores, he seguido todo lo que he podido el método utilizado por Defoe en sus *Memorias de un caballero*, en las cuales el autor hace una crónica y un análisis de importantes acontecimientos militares y políticos partiendo de las experiencias personales de un individuo. Es posible que nadie más que yo haya vivido los dos máximos cataclismos de la historia escrita desde importantes puestos ejecutivos. Sin embargo, mientras que en la primera guerra mundial ocupé cargos de responsabilidad, aunque subalternos, durante el segundo enfrentamiento con Alemania estuve más de cinco años al frente del gobierno de Su Majestad. Por tanto, escribo desde un punto de vista diferente y con más autoridad que la que podía tener en mis libros anteriores. No lo describo como historia, porque esto le corresponde hacerlo a otra generación, pero estoy seguro de que se trata de una aportación a la historia que será útil en el futuro.

Estos treinta años de acción y lucha abarcan y expresan el esfuerzo de toda mi vida, y estoy dispuesto a que me juzguen por ellos. He respetado mi norma de no criticar nunca ninguna medida ni política de guerra después de los acontecimientos, a menos que con anterioridad hubiese manifestado, de forma pública o formal, mi opinión o mi advertencia al respecto. No cabe duda de que, con posterioridad, he suavizado muchas de las dificultades de la controversia contemporánea. Me ha resultado doloroso expresar estas discrepancias con tantos hombres que he apreciado o respetado, pero no sería correcto no presentarle al futuro las lecciones del pasado. Que nadie menosprecie a los hombres honestos y bienintencionados cuyos actos menciono en estas páginas sin examinar antes su propio corazón, sin revisar su propio desempeño de la función pública y sin aplicar las lecciones del pasado a su conducta futura.

No suponga el lector que espero que todos estén de acuerdo con lo que digo, y mucho menos que escribo lo que conviene. Doy mi testimonio según mi criterio personal. He hecho todo lo posible por comprobar los hechos, aunque siguen saliendo datos a la luz cuando se revelan los documentos que se han encontrado o aparecen otras revelaciones que pueden presentar un aspecto diferente de las conclusiones a las que he llegado.

En una ocasión me dijo el presidente Roosevelt que estaba pidiendo públicamente que le hicieran sugerencias sobre cómo habría que llamar a esta guerra. En seguida le propuse «la guerra innecesaria». No ha habido jamás una guerra más fácil de detener que la que acaba de arruinar lo que quedaba del mundo después de la contienda

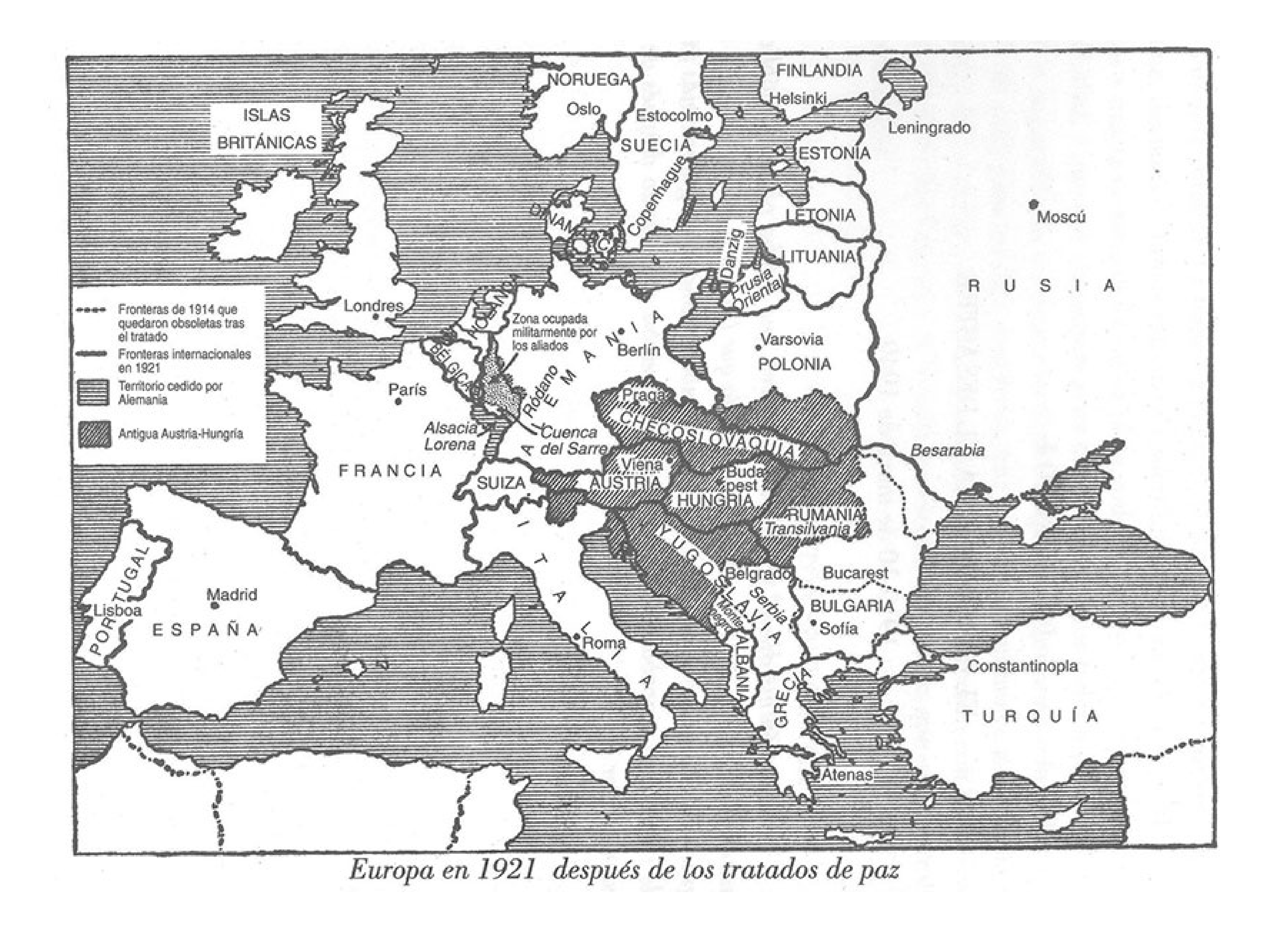
anterior. La tragedia humana alcanza el punto culminante en el hecho de que, después de tantos esfuerzos y sacrificios de centenares de millones de personas y tras la victoria de la causa justa, todavía no hayamos alcanzado la paz ni la seguridad, y que nos encontremos en manos de peligros todavía peores que los que hemos superado. Es mi deseo ferviente el que el reflexionar sobre el pasado nos sirva de guía para los días venideros, que permita a una nueva generación reparar algunos de los errores cometidos para gobernar así, de acuerdo con las necesidades y la gloria de los hombres, la espantosa escena del futuro que se desarrolla ante nuestros ojos.

WINSTON SPENCER CHURCHILL
Chartwell, Westerham, Kent
marzo de 1948

LIBRO I

EL CAMINO HACIA EL DESASTRE
1919-10 de mayo de 1940

«En una ocasión me dijo el presidente Roosevelt que estaba pidiendo públicamente que le hicieran sugerencias sobre cómo habría que llamar a esta guerra. En seguida le propuse “la guerra innecesaria”. No ha habido jamás una guerra más fácil de detener que la que acaba de arruinar lo que quedaba del mundo después de la contienda anterior.»



Europa en 1921 después de los tratados de paz

Capítulo I

LAS LOCURAS DE LOS VENCEDORES (1919-1929)

Al acabar la guerra mundial de 1914, reinaba una profunda convicción y una esperanza casi universal de que habría paz en el mundo. Ese deseo intenso de todos los pueblos se podría haber conseguido fácilmente si se hubiese persistido en las convicciones correctas y se hubiese aplicado un sentido común y una prudencia razonables. La frase «la guerra para acabar la guerra» estaba en boca de todos, y se habían tomado medidas para convertirla en realidad. El presidente Wilson, ejerciendo (según se pensaba) la autoridad en Estados Unidos, había impuesto en todas las mentes el concepto de una Sociedad de Naciones. Los ejércitos aliados bordeaban el Rin y sus cabezas de puente penetraban hasta lo más profundo de una Alemania derrotada, desarmada y hambrienta. Los jefes de las potencias victoriosas debatían el futuro en París. Frente a ellos se extendía un mapa de Europa que casi podían rehacer a su antojo. Tras cincuenta y dos meses de agonía y peligro, tenían a su merced a la coalición teutona, y ninguno de sus cuatro miembros podía ofrecer la menor resistencia a sus designios. Alemania, la cabeza y el frente de la agresión, considerada por todos la causa fundamental de la catástrofe que había asolado el mundo, quedaba sometida a la merced o la discreción de los conquistadores, tambaleantes también después de tanto tormento. Además, ésta había sido una guerra de pueblos, más que de gobiernos. Toda la energía vital de las principales naciones se vertió en ira y en matanza. Los dirigentes de la lucha, reunidos en París en el verano de 1919, habían llegado hasta allí empujados por las mareas más fuertes y más furiosas que jamás asolaron la historia de la humanidad. Atrás quedaban los días de los tratados de Utrecht y de Viena, en los que estadistas y diplomáticos aristocráticos, tanto vencedores como vencidos, celebraban amables y corteses deliberaciones y, al margen del repiqueteo y el trajín de la democracia, podían rehacer sistemas partiendo de unas bases en las que todos coincidían. Los pueblos, arrebatados por su sufrimiento y por las enseñanzas masivas que les habían inculcado, se reunían en masa para exigir el máximo castigo. ¡Pobres de los dirigentes, encaramados en vertiginosos pináculos de gloria, si perdían en la conferencia de paz lo que los soldados habían ganado en cien batallas sangrientas!

Francia, por el derecho adquirido tanto por sus esfuerzos como por sus pérdidas, llevaba la batuta. Casi un millón y medio de franceses habían perecido defendiendo el suelo francés contra el invasor. Cinco veces en cien años, en 1814,1815, 1870, 1914 y 1918, las torres de Nôtre Dame vieron el fogonazo de los cañones prusianos y oyeron su estruendo. Trece provincias francesas permanecieron bajo el riguroso yugo del mando militar prusiano durante cuatro años espantosos. Extensas regiones quedaron

devastadas sistemáticamente por el enemigo o pulverizadas en los choques de los ejércitos. De Verdún a Tolón, prácticamente no había casa ni familia que no llorara a algún muerto o cobijara a algún mutilado. A los franceses que combatieron y sufrieron en 1870 (muchos de los cuales ocupaban altos cargos) les parecía casi un milagro que Francia hubiera salido victoriosa de esta contienda recién acabada, mucho más terrible que aquélla. Durante toda su vida tuvieron miedo del imperio alemán. Recordaban la guerra preventiva que Bismarck quiso entablar en 1875; recordaban la brutal amenaza que obligó a dimitir a Delcassé en 1905; temblaron con la amenaza marroquí en 1906, con la disputa bosnia de 1908 y con la crisis de Agadir en 1911. Los discursos del káiser, que hablaban de «puños cubiertos de malla» y de «brillantes corazas», tal vez se ridiculizaran en Inglaterra y en Estados Unidos, pero en el corazón de los franceses sonaban a cruda realidad. Vivieron casi cincuenta años aterrorizados por las armas alemanas; al final, después de pagar el precio con su sangre, se había acabado la prolongada opresión y seguramente habría, por fin, paz y seguridad. El pueblo francés clamaba apasionadamente: «¡Nunca más!».

Pero el porvenir estaba cargado de premoniciones. La población de Francia equivalía a menos de dos tercios de la alemana y, además, permanecía estacionaria, mientras que la alemana seguía creciendo. En diez años o menos, el aluvión de jóvenes alemanes en edad militar sería el doble que su equivalente en Francia. Alemania había luchado durante casi toda la guerra prácticamente con una sola mano, y había estado a punto de triunfar. Los más informados conocían bien las diversas ocasiones en que titubeó el desenlace de la «gran guerra» y los accidentes y las casualidades que hicieron girar la fatídica balanza. ¿Había alguna perspectiva de que en el futuro los aliados volvieran a aparecer a millones sobre los campos de batalla de Francia o en el Este? Rusia estaba en ruinas y convulsionada, tan transformada que ya no guardaba semblanza alguna de su pasado. Italia podría estar del lado contrario. Mares u océanos separaban Gran Bretaña y Estados Unidos de Europa. El propio imperio británico parecía unido por unos lazos que sólo comprendían a sus propios ciudadanos. ¿Qué combinación de acontecimientos haría que regresaran a Francia y a Flandes los formidables canadienses de los montes de Vimy, los gloriosos australianos de Villers-Bretonneux, los intrépidos neozelandeses de los destrozados campos de Passchendaele o el estoico cuerpo expedicionario indio que defendió la línea en Armentières en el crudo invierno de 1914? ¿Cuándo volvería a recorrer las llanuras de Artois y la Picardía la pacífica, indolente y antimilitarista Gran Bretaña, con ejércitos de dos o tres millones de soldados? ¿Y cuándo volverían a cruzar el mar dos millones de espléndidos estadounidenses, hasta Campaña y la Argonne? Agotados y tremendamente diezmados, pero como amos indiscutibles de la situación, los franceses contemplaban el futuro con maravillado agradecimiento e inquieto terror. ¿Dónde estaba esa SEGURIDAD sin la cual todo lo que habían ganado parecía

inútil y la propia vida, incluso en medio del regocijo de la victoria, resultaba casi insoportable? Lo más necesario era la seguridad a toda costa y por cualquier medio, por duro que fuera.

El día del armisticio, las tropas alemanas se retiraron a su país en orden. «Han luchado bien —dijo el mariscal Foch, generalísimo de los aliados, coronado de laureles y con su estilo militar—; que conserven las armas». Pero exigió que a partir de entonces la frontera con Francia se trasladase hasta el Rin. Alemania podía perder las armas, podían hacer añicos su sistema militar, desmantelar sus fortalezas, podían dejarla sumergida en la pobreza, podían obligarla a pagar inconmensurables indemnizaciones, podía ser presa de luchas internas, pero todo esto habría acabado al cabo de diez o veinte años. Entonces volvería a alzarse la voluntad indestructible «de todas las tribus alemanas» y volvería a arder el fuego insaciable de la belicosa Prusia. Pero el Rin, ese río ancho, profundo y rápido, que había sido fortificado y defendido por el ejército francés, se convertiría en una barrera y un escudo tras los cuales Francia podría vivir y respirar durante generaciones. Muy distintos eran los sentimientos y las opiniones del mundo de habla inglesa, sin cuya ayuda Francia habría sucumbido. Pese a las disposiciones territoriales del tratado de Versalles, Alemania quedó prácticamente intacta y siguió conservando el bloque racial más homogéneo de toda Europa. Cuando le dijeron al mariscal Foch que se había firmado el tratado de paz de Versalles, comentó con singular acierto: «Esto no es una paz sino un armisticio para veinte años».

Las disposiciones económicas del tratado eran tan perversas y tan absurdas que evidentemente resultaron fútiles. Condenaban a Alemania a pagar unas indemnizaciones fabulosas. Estos dictados eran una manifestación de la ira de los vencedores, pero también implicaban que sus pueblos no se daban cuenta de que ninguna nación ni comunidad vencida puede pagar nunca un tributo que compense los costes de la guerra moderna.

Las multitudes seguían sumidas en la ignorancia de los datos económicos más elementales, y sus líderes, en su afán por conseguir sus votos, no se atrevían a decepcionarlas. Los periódicos, como siempre, reflejaban y destacaban las opiniones dominantes. Pocas voces se alzaron para explicar que las indemnizaciones sólo se pueden pagar con servicios, o mediante el transporte físico de mercancías en vagones que atraviesen las fronteras terrestres, o por barcos que surquen los mares; o que cuando estos productos lleguen a sus países de destino desplacen a la industria local, salvo en sociedades muy primitivas o controladas con mucho rigor. En la práctica, como ya han aprendido hasta los rusos, la única forma de expoliar a una nación derrotada es llevarse los bienes muebles que interesen y una parte de sus hombres, como esclavos temporales o permanentes. Pero las ganancias que se obtienen de este

modo no guardan ninguna relación con el coste de la guerra. Ninguna de las personas que ocupaban altos cargos tuvo el tino, el ascendiente o la imparcialidad frente a la locura general para explicarle al electorado estas crudas verdades fundamentales; aunque tampoco nadie les hubiera creído. Los aliados triunfantes siguieron afirmando que exprimirían a Alemania «como un limón», lo cual tuvo gran influencia en la prosperidad del mundo y en el talante de la raza alemana.

Sin embargo, en la práctica, estas disposiciones no se cumplieron nunca. Al contrario, mientras que las potencias vencedoras se apropiaron de alrededor de mil millones de libras esterlinas en bienes alemanes, pocos años después le prestaron más de mil quinientos millones, sobre todo Estados Unidos y Gran Bretaña, de modo que Alemania pudo reparar rápidamente las ruinas de la guerra. Como esta aparente magnanimidad iba acompañada además por el clamor mecánico de las poblaciones infelices y amargadas de los países vencedores y la garantía de sus estadistas de que harían pagar a Alemania «hasta el último céntimo», no cabía esperar ni gratitud ni buena voluntad.

La historia calificará todas estas operaciones de demenciales, ya que contribuyeron a generar tanto la maldición marcial como la «tormenta económica», de las que hablaremos más adelante. Toda una historia lamentable de compleja estupidez en cuya confección se malgastaron muchos esfuerzos y virtudes.

La segunda tragedia capital fue la total desintegración del imperio austrohúngaro en virtud de los tratados de Saint-Germain y Trianón. Durante siglos, este superviviente del Sacro Imperio Romano permitió llevar una existencia común, con ventajas comerciales y de seguridad, a gran cantidad de pueblos, ninguno de los cuales ha tenido, en nuestros tiempos, ni la fuerza ni la vitalidad necesarias para mantenerse por su cuenta frente a la presión de una Alemania o una Rusia revivificadas. Todas estas razas deseaban alejarse de la estructura federal o imperial, y alentar sus deseos se consideraba una política liberal. Prosiguió la balcanización del sureste de Europa, con el consiguiente engrandecimiento relativo de Prusia y el Reich alemán que, aunque cansado y marcado por la guerra, siguió intacto y abrumador a nivel local. A ninguno de los pueblos o provincias que constituían el imperio de los Habsburgo lograr la independencia les supuso pasar por las torturas que los antiguos poetas y teólogos reservaban a los condenados. Viena, su noble capital, que albergaba una cultura y una tradición defendidas durante tanto tiempo, donde confluían tantas carreteras, ríos y líneas férreas, quedó vacía y hambrienta, como un gran emporio en un barrio venido a menos, abandonado por la mayoría de sus habitantes. Los vencedores impusieron a los alemanes todos los ideales de los países liberales de Occidente. Los libraron de la carga del servicio militar obligatorio y de la necesidad de mantener armamento pesado. Les impusieron los grandes préstamos

estadounidenses, aunque no tenían crédito. Se estableció en Weimar una Constitución democrática, de acuerdo con todas las últimas innovaciones. Después de expulsar a los emperadores, eligieron a personas insignificantes. Bajo esta endeble estructura, hervían las pasiones de la poderosa derrotada, aunque sustancialmente intacta nación alemana. El prejuicio de los estadounidenses con respecto a la monarquía le dejó claro al derrotado imperio que como república recibiría mucho mejor trato por parte de los aliados. La prudencia habría coronado y reforzado la República de Weimar con un soberano constitucional en la persona de un nieto del káiser, representado por un Consejo de Regencia; en cambio, se abrió un gran vacío en la vida nacional del pueblo alemán. Todos los elementos fuertes, militares y feudales que podrían haber apoyado una monarquía constitucional y, por su bien, habrían respetado y defendido los nuevos procesos democráticos y parlamentarios, quedaron de momento desquiciados. La República de Weimar, con todos los símbolos y las bendiciones liberales, fue vista como una imposición del enemigo y no consiguió mantener la lealtad ni la ilusión del pueblo alemán. Durante un tiempo trataron de aferrarse, desesperados, al anciano mariscal Hindenburg. Pero después se desencadenaron unas fuerzas poderosas y se ensanchó el vacío, en el cual, tras una pausa, entró un maníaco despiadado, depositario y manifestación de los odios más violentos que jamás corroyeron pecho humano: el cabo Hitler.

La guerra había desangrado a Francia. Había triunfado la generación que, desde 1870, soñaba con una guerra de venganza, pero a un coste letal para la fuerza vital del país. Acogió los albores de la victoria una Francia demacrada. Después de su éxito clamoroso, prevaleció en la nación un profundo temor a Alemania, y fue precisamente este temor lo que impulsó al mariscal Foch a pedir la frontera en el Rin para proteger el país de un vecino mucho más grande que ella. Pero los estadistas británicos y estadounidenses consideraron que la incorporación a territorio francés de zonas con población alemana se oponía a los «catorce puntos» y a los principios del nacionalismo y la autodeterminación en los que debía basarse el tratado de paz y, por tanto, se pusieron en contra de Foch y de Francia. Convencieron a Clemenceau, prometiéndole, en primer lugar, una garantía conjunta angloamericana para la defensa de Francia; en segundo lugar, una zona desmilitarizada y, en tercer lugar, el desarme total y duradero de Alemania. Clemenceau lo aceptó, a pesar de las protestas de Foch y de su propio instinto. Así fue como Wilson, Ooyd George y Clemenceau firmaron el tratado de garantía, que el Senado estadounidense se negó a ratificar porque no quiso reconocer la firma del presidente Wilson. Y a nosotros, que tanto nos habíamos sometido a sus opiniones y deseos en todo este asunto del acuerdo de paz, nos dijeron sin mucha ceremonia que deberíamos estar mejor informados sobre la Constitución de Estados Unidos.

En medio del temor, la ira y la confusión del pueblo francés, la figura inquebrantable y preponderante de Clemenceau, con su autoridad de fama mundial y sus contactos especiales con Gran Bretaña y Estados Unidos, fue eliminada precipitadamente. Dice Plutarco que «los pueblos fuertes se caracterizan por su ingratitud hacia los grandes hombres». Pero Francia cometió una imprudencia al seguir esta tendencia cuando estaba tan debilitada, porque apenas la compensó la fuerza que encontró en la renovación de las intrigas de grupos y los incesantes cambios de gobierno y de ministros que caracterizaron la Tercera República, por provechosos o divertidos que resultaran para las partes implicadas.

Poincaré, el más poderoso de los sucesores de Clemenceau, trató de crear una Renania independiente bajo la protección y el control de Francia, pero sin la menor probabilidad de éxito. No dudó en tratar de exigirle a Alemania las indemnizaciones por la invasión del Ruhr, lo cual suponía, sin duda, obligar a Alemania a cumplir los tratados, pero fue severamente condenado por la opinión británica y la estadounidense. Como consecuencia de la desorganización general de Alemania, tanto financiera como política, sumada a los pagos de indemnizaciones durante los años comprendidos entre 1919 y 1923, el marco se desplomó rápidamente. La ira que despertó en Alemania la ocupación francesa del Ruhr trajo como consecuencia una emisión enorme e imprudente de papel moneda, con la intención deliberada de arruinar la base de la moneda. En las últimas etapas de la inflación, una libra esterlina llegó a costar cuarenta y tres billones de marcos. Las consecuencias sociales y económicas de esta inflación fueron funestas y trascendentales. Se esfumaron los ahorros de las clases medias, que se convirtieron así en seguidoras naturales de las consignas del nacionalsocialismo. Toda la estructura de la industria alemana se distorsionó con la aparición de sociedades que crecieron como hongos. Desapareció todo el capital circulante del país. Evidentemente, la deuda pública y la deuda de la industria en forma de cargas fijas de capital e hipotecas desaparecieron o dejaron de reconocerse al mismo tiempo, aunque esto no compensó la pérdida del capital circulante. Todo ello condujo directamente a los préstamos internacionales a eran escala, solicitados por una nación arruinada, que caracterizaron los años siguientes. Los sufrimientos y la amargura de Alemania avanzaron juntos, igual que ahora.

La disposición de Gran Bretaña con respecto a Alemania, tan encarnizada al principio, muy pronto se dirigió en sentido contrario. Se abrió una fisura entre Lloyd George y Poincaré, cuya áspera personalidad constituía un obstáculo para sus políticas firmes y clarividentes. Las dos naciones se alejaron en pensamiento y acción, y la simpatía, o incluso la admiración, de Gran Bretaña con respecto a Alemania comenzó a manifestarse con fuerza.

Poco después de su creación, la Sociedad de Naciones recibió un golpe casi

mortal cuando Estados Unidos abandonó a este vástago del presidente Wilson. El propio presidente, dispuesto a luchar por sus ideales, sufrió un ataque de parálisis justo cuando emprendía su campaña y a partir de entonces se convirtió en un despojo inútil durante casi dos largos años fundamentales, al cabo de los cuales su partido y su política fueron arrasados por la victoria presidencial del Partido Republicano en 1920. Al otro lado del Atlántico, después del triunfo republicano, prevalecía el aislacionismo. Europa se tenía que cocer en su propio jugo y pagar sus deudas. Al mismo tiempo, se impusieron aranceles para impedir la entrada de productos, que era la única forma de poder pagar esas deudas. En la conferencia de Washington de 1921, Estados Unidos propuso medidas de largo alcance para el desarme naval, y el gobierno británico y el estadounidense procedieron encantados a desmantelar sus acorazados y a desmontar sus instalaciones militares. Con una lógica curiosa se argumentó que sería inmoral desarmar al vencido si los vencedores no se desprendían también de sus armas. El dedo acusador angloamericano apuntaba a Francia, privada por igual de la frontera del Rin y de la garantía del tratado, por mantener, aunque fuera a escala muy reducida, un ejército nacional basado en el servicio militar obligatorio.

Estados Unidos comunicó a Gran Bretaña que la continuidad de su alianza con Japón, que los japoneses mantenían escrupulosamente, constituiría un obstáculo para las relaciones entre ambos países, de modo que se le puso fin. Esta anulación produjo una profunda impresión en Japón y se interpretó como un desaire del mundo occidental hacia una potencia asiática. Así se rompieron muchos vínculos que posteriormente habrían tenido un valor decisivo para la paz. Al mismo tiempo, Japón podía consolarse con el hecho de que la caída de Alemania y Rusia lo había elevado, momentáneamente, al tercer puesto como potencia naval mundial. Aunque el acuerdo naval de Washington establecía para Japón un porcentaje de fuerzas inferior en grandes barcos que para Gran Bretaña y Estados Unidos (cinco para cada uno de éstos, mientras que a Japón le correspondían tres), la cuota asignada estuvo a la altura de su capacidad naval y financiera durante muchos años, y observó con mirada atenta cómo las dos principales potencias navales se recortaban mutuamente su capacidad muy por debajo de lo que les habrían permitido sus recursos y de lo que les imponían sus responsabilidades. De este modo, tanto en Europa como en Asia, los aliados victoriosos fueron creando rápidamente las condiciones que, en nombre de la paz, prepararon el camino para reanudar la guerra.

Mientras se producían todos estos lamentables acontecimientos, en medio del incesante parloteo de tópicos repetidos con la mejor intención a ambos lados del Atlántico, comenzó a vislumbrarse en Europa un nuevo motivo de enfrentamiento, más terrible que el imperialismo de los zares y los káiseres. En Rusia, la guerra civil acabó con la victoria absoluta de la revolución bolchevique. Los ejércitos soviéticos

que avanzaron para someter a Polonia fueron rechazados en la batalla de Varsovia, aunque Alemania e Italia estuvieron a punto de sucumbir a la propaganda y los designios comunistas, y Hungría, de hecho, estuvo durante un tiempo bajo el control del dictador comunista Bela Kun. Si bien el mariscal Foch observó con acierto que «el bolchevismo no había atravesado nunca las fronteras de la victoria», los cimientos de la civilización europea se sacudieron durante los primeros años de la posguerra. El fascismo fue la sombra o el hijo feo del comunismo. Mientras el cabo Hitler prestaba servicios a los oficiales alemanes en Múnich, despertando en soldados y obreros un odio feroz hacia los judíos y los comunistas, a los que acusaba de la derrota alemana, otro aventurero, Benito Mussolini, brindaba a Italia un nuevo asunto de gobierno que, al tiempo que aseguraba que defendería al pueblo italiano del comunismo, se otorgaba a sí mismo los poderes de un dictador. Así como el fascismo surgió del comunismo, el nazismo se desarrolló a partir del fascismo. De este modo se iniciaron esos dos movimientos similares, destinados a sumir al mundo en conflictos más espantosos todavía, que no se puede decir que hayan acabado con su destrucción.

Sin embargo, todavía quedaba una garantía sólida de paz: el desarme alemán. Se destruyeron toda su artillería y sus armas, su flota ya se había hundido en Scapa Flow y su vasto ejército se había disuelto. Según el tratado de Versalles, y para mantener el orden interno, Alemania sólo podía conservar un ejército profesional que no superara los cien mil hombres y por esta causa no podía acumular reservas. La cuota anual de reclutas dejó de recibir instrucción y se disolvieron los cuadros. Se hizo todo lo posible por diezmar el cuerpo de oficiales. No podía tener ningún tipo de fuerza aérea militar, estaban prohibidos los submarinos y la Armada se limitó a un puñado de embarcaciones de menos de diez mil toneladas. La Rusia soviética quedó excluida de Europa occidental por un cordón de estados violentamente antibolcheviques, escindidos de esta forma nueva y más terrible que adoptaba el antiguo imperio de los zares. Polonia y Checoslovaquia alzaban la cabeza de su independencia y parecían mantenerse erectas en Europa central. Hungría se había recuperado de su dosis de Bela Kun. Sin punto de comparación, el ejército francés, dormido en sus laureles, era la fuerza militar más poderosa de Europa, y durante varios años se pensó que su Fuerza Aérea también tenía un nivel elevado.

Hasta el año 1934, los conquistadores mantuvieron un poder indiscutible en Europa y, de hecho, en todo el mundo. No hubo ningún momento, durante estos dieciséis años, en que los tres antiguos aliados, o incluso Gran Bretaña y Francia con sus aliados europeos, no hubieran podido controlar, en nombre de la Sociedad de Naciones y al amparo de su escudo moral e internacional, por un mero esfuerzo de la voluntad, la potencia armada de Alemania. Pero en cambio, hasta 1931, los vencedores, y sobre todo Estados Unidos, concentraron sus esfuerzos en arrancarle a

Alemania, mediante enojosos controles extranjeros, las indemnizaciones anuales. El hecho de que estos pagos se realizaran sólo a través de préstamos estadounidenses mucho más voluminosos hacía que todo el proceso resultara absurdo. No se cosechó nada más que inquina. En cambio, si en cualquier momento hasta 1934 se hubiese exigido el estricto cumplimiento de las cláusulas de desarme del tratado de paz, esto habría salvaguardado de forma indefinida, sin violencia ni derramamiento de sangre, la paz y la seguridad de la humanidad. Pero nadie les prestó atención mientras las violaciones fueron insignificantes y, cuando adquirieron proporciones graves, las rehuyeron. De este modo se perdió la última garantía de una paz duradera. Los crímenes de los vencidos encuentran su razón de ser y su explicación, aunque sin duda no su perdón, en las locuras de los vencedores, sin las cuales no habrían existido ni la tentación ni la oportunidad para el crimen.

En estas páginas pretendo narrar algunos de los incidentes y las impresiones que componen en mi cabeza la historia del advenimiento de la peor tragedia en la tumultuosa historia de la humanidad, una tragedia que no sólo consiste en la destrucción de vidas y bienes, inevitables en toda guerra. Durante la primera guerra mundial hubo una matanza aterradora de soldados y se consumió buena parte del tesoro acumulado por las naciones; pero aparte de los excesos de la revolución rusa, la estructura fundamental de la civilización europea permanecía en pie al final de la contienda. Cuando cesó el fragor de la tormenta y callaron los cañones, las naciones, a pesar de su enemistad, todavía se reconocían unas a otras como personalidades raciales históricas. En general, se habían respetado las normas de la guerra. Existía un punto de encuentro profesional entre los militares que habían combatido entre sí. Tanto los vencedores como los vencidos mantenían la apariencia de estados civilizados. Se firmó una paz solemne que, dejando de lado unos aspectos financieros imposibles de cumplir, se ajustaba a los principios que en el siglo XIX habían regulado cada vez más las relaciones entre pueblos progresistas. Se proclamó el imperio de la ley y se estableció un instrumento mundial para defendernos a todos, y sobre todo a Europa, de una nueva convulsión.

En la segunda guerra mundial desaparecieron los vínculos entre los hombres. Bajo la dominación hitleriana, a la que se dejaron someter, los alemanes cometieron crímenes que no encuentran parangón, en escala ni en maldad, con ninguno que haya ensombrecido la historia humana. La masacre generalizada y sistemática de seis o siete millones de hombres, mujeres y niños en los campos de ejecución alemanes supera en horror las matanzas improvisadas de Gengis Kan y las reduce, en escala, a proporciones mínimas. Durante la guerra en el frente oriental, tanto Alemania como Rusia previeron y llevaron a cabo el exterminio deliberado de poblaciones enteras. El

espantoso proceso de bombardear desde el aire ciudades indefensas, iniciado por los alemanes, fue correspondido y multiplicado por veinte por el creciente poderío de los aliados, hasta culminar con el lanzamiento de las bombas atómicas que arrasaron Hiroshima y Nagasaki.

Finalmente, hemos salido de un panorama de ruina material y caos moral como nunca conoció la imaginación de los siglos anteriores. Después de todo lo que hemos sufrido y obtenido, todavía nos enfrentamos a problemas y peligros incluso más imponentes que aquellos de los que nos hemos librado por tan poco.

Después de vivir y de participar en esta época, me propongo demostrar con qué facilidad se podría haber evitado la tragedia de la segunda guerra mundial; que la debilidad de los virtuosos contribuyó al fortalecimiento de los malvados; que la estructura y los hábitos de los estados democráticos, a menos que se unifiquen en organismos más amplios, carecen de los elementos de persistencia y convicción que son los únicos que pueden proporcionar seguridad a las masas humildes, y que, ni siquiera en lo que concierne a nuestra propia preservación, ninguna política se mantiene durante diez o quince años seguidos. Veremos que los consejos de prudencia y restricción pueden llegar a convertirse en agentes primordiales de peligro mortal, y que el camino intermedio que se elige como consecuencia del deseo de seguridad y de llevar una vida tranquila conduce a veces directamente al desastre. Veremos la total necesidad de que muchos países busquen en común un amplio margen de acción internacional a lo largo de los años, con independencia de las fluctuaciones de las políticas nacionales.

Era una cuestión política bastante sencilla mantener desarmada a Alemania y a los vencedores con las armas adecuadas durante treinta años y, mientras tanto, aunque no se pudiera llegar a una reconciliación con Alemania, reforzar aún más una auténtica Sociedad de Naciones capaz de asegurar el cumplimiento de los tratados o de permitir que se modificaran sólo mediante la discusión y el acuerdo. Cuando tres o cuatro gobiernos poderosos, actuando de forma conjunta, han exigido a sus pueblos los sacrificios más tremendos, cuando éstos se han entregado libremente por una causa común y cuando se ha obtenido el resultado tan anhelado, parecería lógico mantener una acción concertada, al menos para no dejar de lado lo esencial. Pero la fuerza, la civilización, el saber, los conocimientos y la ciencia de los vencedores fueron incapaces de proporcionar estos requisitos tan modestos. Vivieron en una situación precaria, de día a día y de una elección a la siguiente, hasta que, apenas transcurridos veinte años, apareció la pavorosa señal de la segunda guerra mundial y tuvimos que escribir sobre los hijos de aquellos que habían luchado y muerto tan bien y con tanta fidelidad:

Apoyando un hombro en otro hombro dolorido, codo a codo,

se alejaron penosamente de los amplios bosques luminosos de la vida.

Capítulo II

EL APOGEO DE LA PAZ (1922-1931)

En 1922 surgió en Gran Bretaña un nuevo líder. Stanley Baldwin fue un desconocido o pasó inadvertido en el drama mundial y desempeñó un papel modesto en la política interior. Durante la guerra fue secretario financiero del Tesoro y también presidió la Junta de Comercio. A partir de octubre de 1922, cuando desbancó a Lloyd George, se convirtió en el personaje más sobresaliente de la política británica hasta mayo de 1937 cuando, cargado de honores y consagrado por la opinión pública, se retiró con toda dignidad y silencio a su casa de Worcestershire. Mi relación con este estadista supone una parte importante de lo que tengo que narrar. A veces tuvimos serias divergencias, pero ni en todos esos años ni después tuve ninguna entrevista personal ni un contacto desagradable con él, y en ningún momento sentí que no pudiésemos dialogar con buena fe y entendimiento, de hombre a hombre.

A principios de 1923 fue nombrado primer ministro conservador, y así comenzó un período de catorce años que bien podríamos llamar «el régimen Baldwin-MacDonald». Ramsay MacDonald era el líder del Partido Socialista y, primero de forma alterna y después como una hermandad política, ambos estadistas gobernaron el país. A pesar de representar dos partidos opuestos y de tener doctrinas contrarias e intereses antagónicos, en realidad resultaron ser más afines en cuanto a puntos de vista, temperamento y método que todos los demás pares de primeros ministros desde que aparece ese cargo en la Constitución. Curiosamente, las simpatías de cada uno de ellos penetraban ampliamente en la esfera del otro. Ramsay MacDonald albergaba muchos de los sentimientos de los antiguos *tories* (conservadores), mientras que Stanley Baldwin, aparte de aprobar el proteccionismo, como buen fabricante, era por naturaleza un representante más auténtico de un socialismo discreto que muchos de los que militaban en las filas laboristas.

En 1924 se celebraron elecciones generales. Los conservadores volvieron a alcanzar una mayoría de doscientos veintidós sobre la suma de todos los demás partidos. Yo mismo resulté elegido como representante de Epping por una mayoría de diez mil votos, pero como «constitucionalista», ya que no quise adoptar el nombre de «conservador». Mientras tanto, ya había tenido algunos contactos amistosos con Baldwin, pero no creí que llegara a ser primer ministro. Después de su triunfo, no tenía la menor idea de lo que pensaba de mí. Por eso me sorprendí, y el Partido Conservador se quedó atónito, cuando me propuso el cargo de ministro de Hacienda, que mi padre había ocupado en otros tiempos. Un año después, con la aprobación de mis electores, y sin haber sido presionado personalmente de ningún modo, me reincorporé oficialmente al Partido Conservador y al Club Carlton, que había

abandonado hacía veinte años.

Durante casi cinco años fui vecino de Baldwin, en el número 11 de Downing Street, y casi todas las mañanas, al pasar por su casa rumbo al Ministerio de Hacienda, entraba a verlo para conversar unos minutos en la sala ministerial. Como era uno de sus principales colegas, comparto la responsabilidad de todo lo ocurrido. Estos cinco años se caracterizaron por una recuperación bastante considerable a nivel nacional. Fue un gobierno capaz y sobrio, en un período durante el cual, año tras año, se fue notando una mejora y una recuperación notables. No ocurrió nada sensacional ni controvertido de lo cual hacer alarde en las tribunas pero, a juzgar por todas las pruebas económicas y financieras, la mayoría del pueblo estaba mejor, sin duda, y la situación de la nación y del mundo eran más fáciles y más fructíferas al final de nuestro mandato que al comienzo. He aquí una afirmación modesta pero que tiene fundamento.

Pero fue en Europa donde el gobierno británico destacó de verdad.

Entonces llegó Hindenburg al poder en Alemania. A finales de febrero de 1925 murió Friedrich Ebert, líder del Partido Socialdemócrata alemán de antes de la guerra y primer presidente de la República alemana después de la derrota. Había que elegir un nuevo presidente. Hacía tiempo que los alemanes estaban habituados a un despotismo paternalista, atenuado por una antigua costumbre de libertad de expresión y oposición parlamentaria. La derrota, con sus alas escamosas, les había proporcionado formas y libertades democráticas en grado extremo. Pero la nación estaba desgarrada y desconcertada después de todo lo que había pasado, y numerosos partidos y grupos se disputaban la precedencia y los cargos públicos. De la confusión surgió el intenso deseo de apoyar al anciano mariscal de campo Von Hindenburg, que vivía en su decoroso retiro. Hindenburg era fiel al emperador en el exilio y partidario de la restauración de la monarquía imperial «según el modelo inglés», lo cual, evidentemente, era lo más razonable aunque lo menos moderno que se podía hacer. Cuando le suplicaron que se presentara como candidato presidencial según la Constitución de Weimar, se sorprendió profundamente. «Déjenme en paz», repitió una y otra vez.

Sin embargo, la presión fue constante, y finalmente sólo el capitán general de la Armada Von Tirpitz fue capaz de convencerlo de que abandonara tanto sus escrúpulos como sus inclinaciones ante la llamada del deber, al cual siempre había obedecido. Los adversarios de Hindenburg fueron Marx, del Centro Católico, y el comunista Thaelmann. El domingo veintiséis de abril se votó en toda Alemania. Inesperadamente, el resultado fue bastante parejo: Hindenburg, 14.655.766; Marx, 13.751.615 y Thaelmann, 1.931.151. Hindenburg, que destacaba de sus adversarios por ser ilustre, renuente e imparcial, resultó elegido por una mayoría de menos de un

millón de votos y sin mayoría absoluta en el recuento total. Cuando su hijo Oskar lo despertó a las siete de la mañana para comunicarle la noticia, lo reprendió diciendo: «¿Para qué tenías que despertarme una hora antes? Los resultados habrían sido los mismos a las ocho». Tras lo cual se volvió a dormir hasta su hora habitual de levantarse. En Francia, la elección de Hindenburg fue recibida al principio como una renovación del desafío alemán. En Inglaterra, la reacción fue más imparcial. Como siempre quise que Alemania recuperara su honor y su amor propio y que desapareciera el resentimiento bélico, la noticia no me afligió en absoluto. «Es un anciano muy razonable», me dijo Lloyd George en nuestro siguiente encuentro, y así lo demostró, de hecho, mientras conservó sus facultades. Hasta algunos de sus adversarios más implacables se vieron obligados a reconocer que «más vale un inútil que un Nerón»[5]. Sin embargo, tenía setenta y siete años y su mandato duraba siete. Muy pocos esperaban su regreso. Hizo lo que pudo por mantener la imparcialidad entre los distintos partidos, y no cabe duda de que durante su presidencia brindó a Alemania una fuerza y una comodidad sobrias, sin amenazar a sus vecinos.

Mientras tanto, en febrero de 1925, el gobierno alemán propuso un pacto mediante el cual las potencias que tenían intereses en el Rin, sobre todo Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, debían asumir una obligación solemne durante un período prolongado frente al gobierno de Estados Unidos, en su calidad de síndico, de no combatir entre ellas. También propusieron un pacto que garantizase expresamente la situación territorial existente en el Rin. Fue un acontecimiento importante. Los dominios británicos no manifestaron demasiado entusiasmo. El general Smuts prefería evitar los acuerdos regionales. Los canadienses no mostraron demasiado interés y sólo Nueva Zelanda se mostró dispuesta a aceptar incondicionalmente la posición del gobierno británico. Insistimos, sin embargo. A mí, el objetivo de poner fin a mil años de luchas entre Francia y Alemania me parecía fundamental. Si lográbamos que franceses y teutones establecieran estrechos vínculos económicos, sociales y morales que no diesen ocasión a más disputas y que hicieran desaparecer los viejos antagonismos en aras de la prosperidad mutua y la interdependencia, Europa volvería a levantarse. Me daba la impresión de que el máximo interés del pueblo británico en Europa era mitigar el conflicto francoalemán, y que no tenían más intereses comparables o contrarios a éste. Todavía sigo creyendo lo mismo.

En agosto, los franceses, con el pleno acuerdo de Gran Bretaña, dieron una respuesta oficial a Alemania. El primer paso indispensable era la incorporación sin reservas de Alemania a la Sociedad de Naciones. El gobierno alemán aceptó esta condición, lo cual implicaba mantener en vigor las condiciones de los tratados, a menos o hasta que se modificaran por mutuo acuerdo, y que no se había concedido

ninguna promesa concreta de reducir los armamentos de los aliados. El gobierno alemán no insistió en otras demandas, planteadas como consecuencia de intensas presiones y exaltaciones nacionalistas, para eliminar del tratado de paz la cláusula sobre la culpabilidad, para mantener abierta la cuestión de Alsacia-Lorena y para la evacuación inmediata de Colonia por parte de los aliados, que éstos no habrían aceptado.

Sobre esta base, el cuatro de octubre se inauguró oficialmente la conferencia de Locarno. Junto a las aguas de este lago sereno se reunieron los delegados de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica e Italia. La conferencia logró, en primer lugar, un tratado de garantía mutua entre las cinco potencias; en segundo lugar, tratados de arbitraje entre Alemania y Francia, Alemania y Bélgica, Alemania y Polonia y Alemania y Checoslovaquia; en tercer lugar, acuerdos especiales entre Francia y Polonia y entre Francia y Checoslovaquia mediante los cuales Francia se comprometía a prestarles asistencia si, tras la ruptura del pacto occidental, se recurría a las armas sin provocación. De este modo, las democracias de Europa occidental se comprometían a mantener la paz entre ellas en cualquier circunstancia y a permanecer unidas contra cualquiera de ellas que incumpliese el acuerdo y agrediese a un país hermano. En cuanto a Francia y Alemania, Gran Bretaña se comprometía solemnemente a acudir en auxilio de cualquiera de estos dos países que fuera objeto de una agresión no provocada. Este compromiso militar de largo alcance fue aceptado por el Parlamento y refrendado calurosamente por la nación. En vano se buscará en la historia una promesa comparable a ésta.

Esto no afectaba a la cuestión de si había o no alguna obligación de desarme, por parte de Francia o de Gran Bretaña, o de un desarme a algún nivel en particular. Como ministro de Hacienda, tuve que entrar en estos asuntos desde el principio. Mi opinión personal sobre esta doble garantía era que, mientras Francia siguiera armada y Alemania no, Alemania no podría atacarla y que, por otra parte, Francia jamás atacaría a Alemania sabiendo que esto significaba, automáticamente, que Gran Bretaña se convertiría en aliada de Alemania. De modo que, aunque la propuesta parecía peligrosa en teoría, porque de hecho nos obligaba a ponernos de un lado u otro en caso de producirse una guerra entre Francia y Alemania, era muy poco probable que se produjese un desastre semejante, y ésta era la mejor manera de evitarlo. Por consiguiente, siempre me opuse por igual al desarme francés y al rearme alemán, porque esto suponía un peligro inmediato mucho mayor para Gran Bretaña. Por otra parte, Gran Bretaña y la Sociedad de Naciones, a la cual se incorporó Alemania como parte del acuerdo, brindaban una auténtica protección al pueblo alemán. De este modo se creaba un equilibrio en el cual Gran Bretaña, cuyo principal interés era el cese de las discrepancias entre Alemania y Francia, quedaba en gran medida como arbitro. Era de esperar que este equilibrio durara veinte años, durante

los cuales los armamentos de los aliados habrían ido disminuyendo gradual y naturalmente bajo la influencia de una paz duradera, una creciente confianza y las cargas financieras. Era evidente que habría peligro si alguna vez Alemania llegaba a ponerse más o menos a la altura de Francia, y más aún si la superaba en fuerza. Pero todo esto parecía imposible según las solemnes obligaciones del tratado.

El pacto de Locarno sólo se ocupaba de la paz en Occidente, y se esperaba que le siguiese lo que se llamó un «Locarno oriental». Habríamos quedado muy satisfechos si el peligro de una guerra futura entre Alemania y Rusia se hubiese podido controlar con el mismo espíritu y con medidas similares que la posibilidad de una guerra entre Alemania y Francia. Sin embargo, ni siquiera la Alemania de Stresemann era partidaria de renunciar a las reclamaciones alemanas en el Este, ni de aceptar la posición territorial del tratado con respecto a Polonia, Danzig, el Corredor y la Alta Silesia. La Rusia soviética refunfuñaba en su aislamiento tras el «cordón sanitario» de estados antibolcheviques. A pesar de nuestros continuos esfuerzos, no logramos ningún avance en el Este. En ningún momento me negué a tratar de ofrecer a Alemania una mayor satisfacción en su frontera oriental, pero no surgió ninguna oportunidad durante estos breves años de esperanza.

El tratado que surgió de la conferencia de Locarno a finales de 1925 produjo gran regocijo. Baldwin fue el primero en firmarlo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Como el ministro de Asuntos Exteriores, Austen Chamberlain, no disponía de residencia oficial me pidió que le prestara el comedor del número 11 de Downing Street para celebrar una comida íntima amistosa con *herr* Stresemann[6]. Todos nos reunimos en un clima de concordia, pensando en el maravilloso futuro que le esperaba a Europa si sus naciones más grandes se unían de verdad y se sentían seguras. Después de que este instrumento memorable recibiera la cordial aprobación del Parlamento, Austen Chamberlain recibió la Orden de la Jarretera y el premio Nobel de la Paz. Este logro fue el apogeo de la restauración europea y marcó el principio de tres años de paz y recuperación. Aunque los viejos antagonismos sólo estaban dormidos y ya resonaban los tambores de nuevas levas, teníamos razones para esperar que el terreno ganado con tanta firmeza despejaría el camino para seguir marchando hacia delante.

En 1929 Europa estaba tranquila como no lo había estado en veinte años, ni lo volvería a estar en otros veinte, por lo menos. Existía un sentimiento amistoso hacia Alemania después de nuestro tratado de Locarno y de que la evacuación de Renania por parte del ejército francés y los contingentes aliados se hubiera llevado a cabo mucho antes de lo establecido en Versalles. La nueva Alemania ocupó su puesto en la truncada Sociedad de Naciones. Gracias al favorable influjo de los préstamos

estadounidenses y británicos, Alemania revivía rápidamente. Sus nuevos transatlánticos consiguieron la Cinta Azul del Atlántico. Su comercio avanzaba a pasos agigantados y se activaba la prosperidad interna. Francia y su sistema de alianzas también parecían seguros en Europa. No se violaban abiertamente las cláusulas de desarme del tratado de Versalles. No existía una Armada alemana. La Fuerza Aérea alemana estaba prohibida y no existía todavía. Había muchas influencias en Alemania, aunque sólo fuera motivadas por la prudencia, que se oponían enérgicamente a la idea de la guerra, y el alto mando alemán no podía creer que los aliados permitieran su rearme. Por otra parte, nos esperaba lo que después llamé la «tormenta económica», conocida tan sólo en muy pocos círculos financieros, silenciados por el temor a lo que preveían.

Las elecciones generales de mayo de 1929 demostraron que el «vaivén del péndulo» y el deseo normal de cambio eran factores poderosos para el electorado británico. Los socialistas obtuvieron una pequeña mayoría sobre los conservadores en la nueva cámara de los Comunes. Baldwin presentó al rey su dimisión, y todos nos dirigimos a Windsor en un tren especial para poner nuestros cargos a su disposición. El siete de junio, Ramsay MacDonald fue nombrado primer ministro al frente de un gobierno minoritario que dependía de los votos de los liberales.

El primer ministro socialista quería que su nuevo gobierno laborista se distinguiese por hacer grandes concesiones a Egipto, por un cambio constitucional de gran alcance en la India y por su renovado esfuerzo para el desarme mundial o, en todo caso, británico. Para lograr estos objetivos podía contar con el apoyo de los liberales y, por tanto, contaba con mayoría parlamentaria. Aquí comenzaron mis discrepancias con Baldwin, y a partir de entonces la relación que manteníamos desde que me eligió ministro de Hacienda, cinco años antes, se deterioró considerablemente. Por supuesto que teníamos un contacto personal fluido, pero sabiendo que no opinábamos lo mismo. Yo consideraba que la oposición conservadora tenía que enfrentarse enérgicamente al gobierno laborista en todas las grandes cuestiones imperiales y nacionales, que tenía que identificarse con la grandeza de Gran Bretaña como en los tiempos de lord Beaconsfield y lord Salisbury, y que no tenía que dudar en enfrentarse a las controversias, por más que esto no provocara una respuesta inmediata de la nación. En mi opinión, Baldwin pensaba que los tiempos habían cambiado demasiado para hacer una afirmación rotunda de la grandeza del imperio británico, y que las esperanzas del Partido Conservador consistían en llegar a un acuerdo con las fuerzas liberales y laboristas y, mediante maniobras hábiles y oportunas, quitarles el poderoso apoyo de la opinión pública y grandes bloques de votantes. Sin duda lo consiguió. Fue el mejor gestor que tuvo jamás el Partido Conservador. Como dirigente de este partido, se presentó a cinco

elecciones generales, de las que ganó tres.

Nuestra ruptura definitiva se produjo en relación con la India. El primer ministro, con el rotundo apoyo e incluso el incentivo del virrey conservador, lord Irwin, después lord Halifax, siguió adelante con su plan sobre el autogobierno indio. Se celebró en Londres una conferencia portentosa, cuya figura central fue Gandhi, recientemente liberado de su cómodo internamiento. No es necesario seguir en estas páginas los pormenores de la controversia que ocupó las sesiones de 1929 y 1930. Con la liberación de Gandhi para que pudiera asistir como enviado de la India nacionalista a la conferencia de Londres, llegué al límite de mis relaciones con Baldwin, que parecía bastante satisfecho con estos cambios; en términos generales, estaba de acuerdo con el primer ministro y el virrey y conducía a la oposición conservadora decididamente por este camino. Yo estaba seguro de que acabaríamos perdiendo la India y de que caerían sobre sus pueblos desastres inconmensurables. Por consiguiente, al cabo de un tiempo presenté mi renuncia al gabinete en la sombra por esta cuestión, aunque le aseguré a Baldwin que le daría toda la ayuda que pudiera para oponerse al gobierno socialista en la Cámara de los Comunes y que haría todo lo posible por asegurar la derrota de los socialistas en unas elecciones generales.

Llegamos casi al final del tercer trimestre de 1929 con la promesa y la apariencia de una creciente prosperidad, sobre todo en Estados Unidos. Un optimismo extraordinario sustentaba una orgía de especulaciones. Se escribían libros para demostrar que la crisis económica era una fase finalmente superada gracias a la creciente organización comercial y a la ciencia. «Parece que se han acabado los ciclos económicos tal como los conocíamos», afirmó en septiembre el presidente de la Bolsa de Nueva York. Pero en octubre, una tormenta violenta y repentina arrasó Wall Street. Ni siquiera la intervención de los organismos más poderosos logró contener la marea de ventas provocada por el pánico. Un grupo de los principales bancos constituyó un fondo de mil millones de dólares para mantener y estabilizar el mercado, pero fue inútil.

Se esfumó toda la riqueza acumulada rápidamente en valores en los años anteriores. La prosperidad de millones de hogares estadounidenses se había levantado sobre la estructura gigantesca de un crédito exagerado que de pronto resultaba ficticio. Aparte de la especulación en Bolsa, que incluso los bancos más famosos habían fomentado a nivel nacional mediante préstamos fáciles, se estableció un amplio sistema de compra a plazos de viviendas, muebles, automóviles y todo tipo de comodidades y caprichos domésticos. Todo esto se desmoronó al unísono. Reinaba la confusión y la parálisis en las poderosas plantas de producción. Hasta ayer mismo, la cuestión apremiante era el aparcamiento de los vehículos en los que comenzaban a acudir a su trabajo diario miles de obreros y artesanos. En cambio hoy, la dolorosa

preocupación por la disminución de los salarios y el aumento del desempleo afectaba a toda la comunidad, hasta entonces dedicada a la creación activa de todo tipo de artículos deseables para que disfrutaran millones de personas. El sistema bancario estadounidense estaba mucho menos concentrado y tenía bases menos sólidas que el británico. Veinte mil sucursales bancarias suspendieron pagos. El medio de intercambio de bienes y servicios entre individuos se fue a pique, y la quiebra de Wall Street repercutió por igual en los hogares ricos y en los modestos.

No hay que suponer, sin embargo, que la imagen de mucha más riqueza y de una comodidad más generalizadas que había fascinado al pueblo estadounidense no tenía más sustento que la ilusión y el frenesí del mercado. Nunca se habían producido, compartido ni intercambiado en ninguna sociedad tal cantidad de productos de todo tipo. En realidad, no tienen límites los beneficios que los seres humanos pueden proporcionarse los unos a los otros cuando utilizan al máximo su diligencia y su habilidad. Esta manifestación espléndida quedó hecha trizas por unos procesos imaginativos vanos y una codicia que superaron ampliamente el logro en sí. Tras el colapso del mercado de valores, durante los años comprendidos entre 1929 y 1932, se produjo una caída implacable de los precios, con las consiguientes reducciones de la producción que provocaron un desempleo generalizado.

Las consecuencias de esta dislocación de la vida económica tuvieron una repercusión mundial. Se redujo el comercio a causa del desempleo y la disminución de la producción. Se impusieron restricciones aduaneras para proteger los mercados nacionales. La crisis general trajo consigo graves dificultades monetarias y paralizó el crédito interno, lo cual sembró la ruina y el desempleo por todo el mundo. El gobierno laborista-socialista de MacDonald, con tantas promesas comprometidas, vio cómo, en 1930 y 1931, el desempleo aumentaba de un millón a casi tres millones. Decían que en Estados Unidos había diez millones de personas sin trabajo. Todo el sistema bancario de la gran república quedó sumido en la confusión y el colapso temporal. Por supuesto, el desastre afectó también a Alemania y a otros países europeos. Sin embargo, en el mundo de habla inglesa, nadie murió de hambre.

Para un gobierno o un partido que están en contra del capital siempre es difícil mantener la confianza y el crédito que son tan importantes para la economía artificial de una isla como Gran Bretaña. El gobierno de MacDonald fue totalmente incapaz de hacer frente a los problemas que se le planteaban. No pudieron imponer la disciplina de partido ni producir la energía necesaria siquiera para equilibrar el presupuesto. En semejantes condiciones, un gobierno que ya estaba en minoría y que no contaba con ninguna confianza financiera no podía sobrevivir.

El hecho de que el Partido Laborista no pudiera hacer frente a la tormenta, la brusca caída del crédito financiero británico y la disolución del Partido Liberal, con su pernicioso poder de equilibrio, llevaron al país a una coalición nacional. Parecía

que sólo un gobierno de todos los partidos podría hacer frente a la crisis. MacDonald y su ministro de Hacienda, en un arrebato patriótico, trataron de conducir a la masa del Partido Laborista hacia esta combinación. Baldwin, dispuesto siempre a que otros actuaran mientras él conservara el poder, aceptó colaborar con MacDonald en una actitud que, aunque merece respeto, no se correspondía con la realidad. Lloyd George seguía recuperándose de una operación, grave para su edad, y sir Herbert Samuel condujo al grueso de los liberales a la alianza de todos los partidos.

A mí no me invitaron a participar en el gobierno de coalición. Estaba distanciado políticamente de Baldwin por el asunto de la India, y estaba en contra de la política del gobierno laborista de MacDonald. Como muchos otros, me había dado cuenta de la necesidad de una concentración nacional, pero ni me sorprendió ni me entristeció que me dejaran fuera. En realidad, me quedé en Cannes, pintando, mientras duró la crisis política. No sé qué habría hecho si me hubiesen invitado a participar. No vale la pena analizar dudosas tentaciones que no han existido jamás. Pero ocupaba un puesto incómodo en la escena política. Trabajé durante quince años en distintos gabinetes ministeriales y ahora me ocupaba de la biografía de Marlborough. Los dramas políticos son muy interesantes para los que están inmersos en la vorágine de la política en ese momento, pero puedo afirmar con toda sinceridad que jamás sentí resentimiento, ni mucho menos dolor, por ser descartado drásticamente en un momento de tensión nacional. Sin embargo, había un inconveniente. Durante todos esos años, desde 1905, ocupé distintos escaños entre los que corresponden a los ministros del gobierno o a los jefes de la oposición, y siempre había tenido la ventaja de hablar desde el estrado, sobre el que uno puede apoyar sus notas y dar la impresión, con mayor o menor fortuna, de ir improvisando durante su exposición. En cambio, ahora me veía obligado a buscar con cierta dificultad un asiento al otro lado del pasillo, del lado del gobierno, donde tenía que sujetar las notas en la mano mientras hablaba, y repartirme la ocasión de participar en el debate con otros conocidos ex ministros. Sin embargo, de vez en cuando, me invitaban a participar.

La formación del nuevo gobierno no acabó con la crisis financiera y, cuando regresé del extranjero, vi que todo seguía pendiente de resolución ante la llegada de unas inevitables elecciones generales. El veredicto del electorado fue muy propio de la nación británica. Se había creado un gobierno de coalición al mando de Ramsay MacDonald, fundador del Partido Laborista-Socialista, que propuso al pueblo un programa de gran austeridad y sacrificio, una primera versión del «sangre, sudor, lágrimas y fatiga», sin el estímulo ni los requisitos de la guerra y el peligro mortal. Había que practicar la economía más severa. Se reducirían todos los sueldos, salarios e ingresos. Se le pidió al pueblo que votara en masa por un régimen de sacrificio, y respondieron como hacen siempre que se recurre a su espíritu heroico. A pesar de que, contrariamente a sus declaraciones, el gobierno abandonó el patrón oro y aunque

Baldwin se vio obligado a suspender (al final resultó que para siempre) los mismos pagos de la deuda estadounidense que le impuso al gabinete en 1923, se recuperaron la confianza y el crédito. El nuevo gobierno obtuvo una mayoría abrumadora. Como primer ministro, MacDonald sólo contó con siete u ocho miembros de su propio partido, pero apenas cincuenta de sus adversarios laboristas y antiguos seguidores regresaron al Parlamento. Su salud y su fuerza se fueron deteriorando rápidamente y, a pesar de su creciente decrepitud, se mantuvo en la cúspide del sistema británico durante casi cuatro fatídicos años más. En seguida, durante esos cuatros años, apareció Hitler.

Capítulo III

ADOLF HITLER

En octubre de 1918, un cabo alemán perdió la vista temporalmente como consecuencia de un ataque británico con gas mostaza, cerca de Comines. Mientras estuvo ingresado en un hospital de Pomerania, la derrota y la revolución asolaron Alemania. Hijo de un oscuro funcionario de aduanas austríaco, de joven había soñado con llegar a ser un gran artista pero, al negársele el acceso a la Academia de Arte de Viena, vivió en la pobreza en esa capital y después en Múnich. En ocasiones como pintor de paredes y a menudo como trabajador eventual, sufrió privaciones físicas que hicieron crecer en él un resentimiento violento, aunque oculto, por el éxito que el mundo le había negado. Pero estos infortunios no lo condujeron a las filas comunistas sino que, por una honrosa inversión, le hicieron acariciar todavía más una sensación anormal de lealtad racial y una admiración ferviente y mística por Alemania y el pueblo alemán. Se presentó a filas en cuanto estalló la guerra y prestó servicio durante cuatro años en un regimiento bávaro en el frente occidental. Éstos fueron los comienzos de Adolf Hitler.

Durante el invierno de 1918 que pasó en el hospital, ciego e indefenso, su propio fracaso personal pareció fundirse con el desastre de todo el pueblo alemán. El impacto de la derrota, el desmoronamiento de la ley y el orden y el triunfo de los franceses produjeron en este cabo convaleciente una agonía que consumió su ser y que engendró esas fuerzas del espíritu portentosas e inconmensurables que pueden significar la salvación o la condena de la humanidad. La caída de Alemania le parecía inexplicable por procesos naturales. En algún lugar había habido una traición gigantesca y monstruosa. Solitario y encerrado en sí mismo, el humilde soldado reflexionaba y especulaba sobre las posibles causas de la catástrofe, con su escasa experiencia personal como única guía. En Viena se había relacionado con grupos ultranacionalistas alemanes y había oído hablar de las actividades siniestras y destructivas de una raza de enemigos y explotadores del mundo nórdico: los judíos. Su ira patriótica se fundió con su envidia de los ricos y los triunfadores en un solo odio arrollador.

Cuando finalmente, como a un paciente cualquiera, le dieron el alta del hospital, llevando todavía el uniforme por el que sentía un orgullo casi pueril, ¡qué espectáculo vieron sus ojos recién destapados! ¡Qué temibles son las convulsiones de la derrota! A su alrededor, en un ambiente de desesperación y frenesí, brillaban las peculiaridades de la revolución roja. Los vehículos blindados recorrían como una exhalación las calles de Múnich repartiendo panfletos o balas entre los caminantes fugitivos. Sus propios camaradas, con desafiantes brazaletes rojos sobre el uniforme,

gritaban eslóganes furiosos contra todo lo que a él le importaba en la vida. Como en un sueño, todo se aclaró de repente. Alemania había sido apuñalada por la espalda y destrozada por los judíos, por los especuladores y los intrigantes que había detrás del frente, por los malditos bolcheviques con su conspiración internacional de intelectuales judíos. Radiante ante él vio su deber: salvar a Alemania de esta calamidad, vengarla y conducir a la raza superior hacia el destino que la aguardaba.

Los oficiales de su regimiento, muy preocupados por el espíritu sedicioso y revolucionario de sus hombres, se sintieron satisfechos al dar con uno, al menos, que parecía comprender la raíz de la situación. El cabo Hitler quería seguir movilizado y encontró empleo como «oficial de educación política» o agente. De esta forma, reunía información sobre motines y propósitos subversivos. Entonces, el oficial de seguridad para el que trabajaba le dijo que asistiera a los mítines de los partidos políticos locales de todo tipo. Una noche de septiembre de 1919 el cabo fue al mitin del Partido de los Trabajadores Alemanes que se celebraba en una cervecería de Múnich, donde escuchó decir por primera vez lo que él opinaba en secreto acerca de los judíos, los especuladores, los «criminales de noviembre» que habían empujado a Alemania al abismo. El dieciséis de septiembre se afilió a este partido y poco después, combinándolo con su trabajo militar, se dedicó a hacerle propaganda. En febrero de 1920 se celebró en Múnich el primer mitin masivo del Partido de los Trabajadores Alemanes, en el que destacó el propio Adolf Hitler que esbozó en veinticinco puntos el programa del partido. Se había convertido en político. Había comenzado su campaña de salvación nacional. Fue desmovilizado en abril y se entregó de lleno a la expansión del partido. A mediados del año siguiente había desbancado a los líderes originales y, gracias a su pasión y su genio, obligó al público hipnotizado a aceptar su control personal. Ya era «*el führer*». Compraron un periódico de poca difusión, el *Voelkischer Beobachter*, que se convirtió en órgano del partido.

Los comunistas no tardaron en reconocer a su enemigo. Trataron de interrumpir los mítines de Hitler quien, en los últimos días de 1921, organizó las primeras unidades de milicianos. Hasta entonces, todo se había mantenido dentro de los círculos locales de Baviera pero, ante las tribulaciones de la vida en Alemania durante estos años de posguerra, en diversos lugares del Reich muchas personas comenzaron a prestar atención a este nuevo evangelio. La enorme ira que despertó en toda Alemania la ocupación francesa del Ruhr en 1923 proporcionó al por entonces llamado Partido Nacional Socialista una amplia oleada de adeptos. El derrumbe del marco destruyó la base de la clase media alemana, buena parte de la cual se apuntó al nuevo partido y encontró alivio a su miseria en el odio, la venganza y el fervor patriótico.

Desde el principio, Hitler dejó muy claro que el camino hacia el poder pasaba por

la agresión y la violencia contra una República de Weimar nacida de la vergüenza de la derrota. En noviembre de 1923, *el führer* ya contaba con el apoyo de un grupo decidido, entre los que figuraban Göring, Hess, Rosenberg y Rohm. Estos hombres de acción decidieron que había llegado el momento de tratar de tomar el poder en el estado de Baviera. El general Von Ludendorff, jefe del Estado Mayor del Ejército alemán durante la mayor parte de la primera guerra mundial, proporcionó a la empresa el prestigio militar de su nombre y participó en el *putsch*. Antes de la guerra, se solía decir que «en Alemania no habría ninguna revolución porque en Alemania están prohibidas las revoluciones». Las autoridades muniquesas revivieron entonces este precepto. Las tropas policiales dispararon, evitando cuidadosamente al general, que marchó hacia adelante a encontrarse con sus tropas que lo recibieron con respeto. Murieron alrededor de veinte manifestantes. Hitler se echó al suelo y escapó del lugar con otros dirigentes. En abril de 1924 lo condenaron a cuatro años de cárcel.

Aunque las autoridades alemanas mantuvieron el orden y el tribunal alemán impuso un castigo, cundió por todo el país la sensación de que estaban atacando a individuos de su propia sangre y que estaban haciéndole el juego a los extranjeros a expensas de los hijos más fieles de Alemania. La condena de Hitler fue reducida de cuatro años a trece meses. Los meses que pasó en la fortaleza de Landsberg, sin embargo, le bastaron para finalizar las líneas generales del *Mein Kampf*, un tratado sobre su filosofía política, dedicado a los muertos en el reciente *putsch*. Cuando finalmente llegó al poder, ningún otro libro fue estudiado con mayor atención por los líderes de las potencias aliadas, tanto políticos como militares. Estaba todo allí: el programa de resurrección de Alemania, la técnica de propaganda del partido; el plan para luchar contra el marxismo; el concepto de Estado nacionalsocialista; la legítima posición de Alemania en la cúspide del mundo. Era el nuevo Corán de la fe y la guerra: ampuloso, grandilocuente, informe, pero cargado de mensaje.

La tesis fundamental del *Mein Kampf* era sencilla. El hombre es un animal combativo, por tanto la nación, al ser una comunidad de luchadores, es una unidad de combate. Un organismo vivo que deja de luchar por su vida está condenado a la extinción, del mismo modo que están condenados un país o una raza que dejan de luchar. La capacidad de lucha de una raza depende de su pureza, de donde se desprende la necesidad de eliminar las profanaciones extranjeras. La raza judía, debido a su universalidad, tiene que ser pacifista e internacionalista. El pacifismo es el más mortal de todos los pecados porque significa la sumisión de la raza en la lucha por la existencia. La primera obligación de todo país, por tanto, consiste en nacionalizar a las masas. La finalidad última de la educación es producir un alemán que, con el mínimo de formación, se convierta en un soldado. Los cambios radicales de la historia habrían sido inconcebibles de no ser por el impulso de pasiones fanáticas e histéricas. Con las virtudes burguesas de la paz y el orden no se habría

conseguido nada. Ahora el mundo avanza en dirección a uno de estos cambios y el nuevo Estado alemán debe velar para que la raza esté preparada para las últimas y las máximas decisiones sobre esta tierra.

La política exterior puede no tener escrúpulos. No le corresponde a la diplomacia dejar que una nación se hunda heroicamente sino ocuparse de que prospere y sobreviva. Inglaterra e Italia son los dos únicos aliados posibles de Alemania. Mientras Alemania no luche por sí misma, nadie lo hará por ella. Las provincias que ha perdido no se recuperarán con solemnes súplicas al cielo ni con infundadas esperanzas en la Sociedad de Naciones, sino sólo mediante la fuerza de las armas. Alemania no debe repetir el error de luchar contra todos sus enemigos al mismo tiempo. Atacar a Francia por motivos puramente sentimentales sería una estupidez. Lo que Alemania necesita es incrementar su territorio en Europa. La política colonial alemana de antes de la guerra fue un error y habría que dejarla de lado. Alemania debe buscar su expansión en Rusia y sobre todo en los países bálticos. No se puede tolerar ninguna alianza con Rusia. Luchar junto a Rusia contra Occidente sería un crimen, porque el objetivo de los soviéticos es el triunfo del judaísmo internacional. Éstas fueron las «columnas de granito» de su política.

Las luchas incesantes y el surgimiento gradual de Adolf Hitler como figura nacional apenas llamaron la atención de los vencedores, que estaban oprimidos y agobiados por sus propios problemas y sus luchas partidistas. El nacionalsocialismo, o el «Partido Nazi», como se dio en llamar, tardó bastante tiempo en tener un fuerte control de las masas del pueblo alemán, de las fuerzas armadas, de la maquinaria del Estado y de los industriales que, no sin razón, contemplaban el comunismo con terror, pero al final se convirtió en una fuerza en la vida alemana a la que había que prestar atención a nivel internacional. Cuando Hitler salió de la cárcel, a finales de 1924, dijo que tardaría cinco años en reorganizar su movimiento.

Una de las disposiciones democráticas de la Constitución de Weimar establecía elecciones al Reichstag cada cuatro años. Mediante esta medida esperaban asegurarse de que el conjunto del pueblo alemán mantuviera un control completo y constante sobre su Parlamento, aunque en la práctica sólo significó vivir permanentemente en un ambiente de febril excitación política e incesantes campañas electorales. Esto nos permite registrar con precisión el avance de Hitler y sus doctrinas. En 1928 sólo obtuvo doce escaños en el Reichstag, que en 1930 se convirtieron en 107 y, en 1932, en 230. En esa época, ya estaban extendidas a través de toda Alemania las sedes y disciplina del Partido Nacional Socialista, y proliferaban las intimidaciones de todo tipo y los insultos y las agresiones contra los judíos.

No es necesario en este relato seguir año tras año esta compleja y formidable evolución, con todas sus pasiones y sus infamias, ni todos sus altibajos. El pálido sol

de Locarno brilló durante un tiempo sobre la escena. El gasto de los profusos préstamos estadounidenses daba la impresión de que volvía la prosperidad. El mariscal Hindenburg presidía el Estado alemán y Stresemann era su ministro de Asuntos Exteriores. La estable mayoría decente del pueblo alemán, respondiendo a su arraigada simpatía por la autoridad inmensa y mayestática, se aferró a él hasta sus últimos instantes. Pero otros factores poderosos intervinieron también en la nación trastornada a la que la República de Weimar no le podía ofrecer ninguna sensación de seguridad, ni de satisfacción de la gloria nacional, ni de venganza.

Bajo la capa de gobiernos republicanos e instituciones democráticas, impuesta por los vencedores y empañada por la derrota, el verdadero poder político de Alemania y la estructura duradera de la nación en los años de posguerra fue el Estado Mayor del Ejército alemán, o Reichswehr. Fueron ellos los que, en secreto, establecieron las bases para el rearme alemán y los que hicieron y deshicieron presidentes y gobiernos. Ellos encontraron en el mariscal Hindenburg un símbolo de su poder y un instrumento de su voluntad. Pero en 1930 Hindenburg tenía ochenta y tres años; a partir de entonces, su personalidad y su capacidad mental se fueron deteriorando sin parar, y se volvió cada vez más prejuicioso, arbitrario y senil. En tiempos de guerra le habían levantado una estatua inmensa, y los patriotas manifestaban su admiración pagando para que le clavaran un clavo, lo cual representa muy bien la clase de hombre en que se había convertido: «El titán de madera». Hacía tiempo que los generales sabían que había que encontrarle un sucesor satisfactorio al anciano mariscal, pero en la búsqueda del nuevo hombre se les adelantó el crecimiento y la fuerza vehementes del movimiento nacionalsocialista. Tras el fracaso del *putsch* de 1923 en Múnich, Hitler planteó un programa que se ajustaba estrictamente al marco de la República de Weimar, pero que al mismo tiempo, sin embargo, alentaba y planeaba la expansión de las formaciones militares y paramilitares del Partido Nazi. Partiendo de comienzos muy modestos, la SA, los milicianos o los «camisas pardas», con su pequeño núcleo disciplinario, la SS, fueron creciendo en cantidad y en fuerza hasta el punto de que la Reichswehr comenzó a preocuparse por sus actividades y el potencial de su fuerza.

Al frente de los milicianos había un soldado alemán de fortuna, Ernst Rohm, el camarada y hasta entonces amigo íntimo de Hitler durante todos los años de lucha. Rohm, jefe del Estado Mayor de la SA, era un hombre de reconocida habilidad y coraje, pero dominado por la ambición personal y un pervertido sexual, aunque sus vicios no fueron obstáculo para que Hitler colaborara con él a lo largo del duro y peligroso camino hacia el poder. Reflexionando seriamente sobre las corrientes que circulaban por la nación, la Reichswehr llegó a la conclusión, con gran renuencia, de que, como casta militar y como una organización opuesta al movimiento nazi, ya no podían seguir manteniendo a Alemania bajo su control. Las dos facciones tenían en

común la decisión de sacar a Alemania del abismo y de vengar su derrota, pero mientras que la Reichswehr representaba la estructura ordenada del imperio del káiser y cobijaba a las clases feudales, aristocráticas, terratenientes y pudientes de la sociedad alemana, la SA se había convertido en gran medida en un movimiento revolucionario, avivado por los descontentos de subversivos temperamentales o amargados y la desesperación de unos hombres arruinados. No se diferenciaban de los bolcheviques, a quienes criticaban, más de lo que el polo Norte se diferencia del polo Sur.

Para la Reichswehr, enfrentarse con el Partido Nazi era partir por la mitad una nación derrotada. Los jefes del Ejército en 1931 y 1932 pensaban que debían, por su propio bien y por el del país, unir fuerzas con aquellos a los que se oponían en cuestiones internas con toda la rigidez y el rigor de la mente alemana. Por su parte, Hitler, aunque dispuesto a usar cualquier ariete para penetrar en los baluartes del poder, siempre tenía en la mira el liderazgo de la Alemania grande y brillante que había despertado su admiración y su lealtad durante su juventud. Las condiciones de un pacto entre él y la Reichswehr, por tanto, estaban presentes y eran naturales por ambos bandos. Los jefes del Ejército poco a poco se fueron dando cuenta de que el Partido Nazi tenía tanta fuerza que Hitler era el único sucesor posible de Hindenburg al frente de la nación alemana, mientras que Hitler, por su parte, sabía que para llevar a cabo su programa de resurrección de Alemania era indispensable una alianza con la élite gobernante de la Reichswehr. Se llegó a un acuerdo, y los jefes del Ejército alemán comenzaron a convencer a Hindenburg de que considerara a Hitler como posible ministro del Reich. De este modo, aceptando restringir las actividades de los camisas pardas, subordinarlos al Estado Mayor y, en última instancia, si era inevitable, acabar con ellos, Hitler obtuvo la alianza de las fuerzas que controlaban Alemania, la preponderancia ejecutiva oficial y la aparente restitución de la dirección del Estado alemán. El cabo había avanzado mucho.

Sin embargo, había una complicación interna aparte. Si la clave para cualquier combinación general de las fuerzas internas alemanas era el Estado Mayor del Ejército, había varias manos interesadas en conseguir esa clave. El general Kurt von Schleicher ejercía por entonces una influencia sutil que en ocasiones resultaba decisiva. Era el mentor político del círculo militar reservado y políticamente dominante. Todos los grupos y facciones lo miraban con cierta desconfianza y lo consideraban un agente político hábil y útil, poseedor de muchos conocimientos al margen de los manuales del Estado Mayor y que no solían estar al alcance de los soldados. Hacía tiempo que Schleicher estaba convencido de la importancia del movimiento nazi y de la necesidad de contenerlo y controlarlo. Por otra parte, veía en este tremendo impulsor de masas, con su creciente ejército privado que era la SA, un arma que, si sus colegas del Estado Mayor sabían manejar bien, podía reafirmar la

grandeza de Alemania, y tal vez incluso establecer la suya propia. Con esta intención, en el transcurso de 1930, Schleicher comenzó a conspirar en secreto con Rohm. Así se puso en marcha un doble proceso: el Estado Mayor que celebraba acuerdos con Hitler y, en medio de ellos, Schleicher con su conspiración personal con el principal lugarteniente y posible rival de Hitler, Rohm. Los contactos de Schleicher con el elemento revolucionario del Partido Nazi, y sobre todo con Rohm, duraron hasta que ambos fueron ejecutados por orden de Hitler, tres años después, lo cual simplificó sin duda la situación política y también la de los supervivientes.

Mientras tanto, le llegó a Alemania el turno de padecer la «tormenta económica». Obligados a asumir cada vez más compromisos internos, los bancos estadounidenses se negaron a incrementar sus préstamos poco previsores a Alemania, una reacción que provocó el cierre de numerosas fábricas y la repentina ruina de muchas empresas en las cuales se basaba la pacífica revitalización del país. El desempleo en Alemania alcanzó la cifra de 2.300.000 personas en el invierno de 1930. Los aliados ofrecieron una reducción duradera y benevolente de las indemnizaciones. Stresemann, el ministro de Asuntos Exteriores, un hombre al que le quedaba muy poco tiempo de vida, obtuvo su último éxito con el acuerdo para una evacuación total de Renania por parte de los ejércitos aliados, mucho antes de lo establecido en el tratado.

Pero en general las masas alemanas se mostraron bastante indiferentes ante las notables concesiones de los vencedores que antes, o en circunstancias más propicias, habrían sido recibidas como un gran avance hacia la reconciliación y el retorno a una verdadera paz. En cambio, en ese momento, el temor omnipresente en la población alemana era el desempleo. Las clases medias ya se habían arruinado y esto las había impulsado a tomar medidas violentas por la trayectoria del marco. La posición política interna de Stresemann se resintió como consecuencia de las tensiones económicas internacionales, y los intensos ataques de los nazis de Hitler y de ciertos magnates capitalistas provocaron su derrocamiento. El veintiocho de marzo de 1930, nombraron canciller a Brüning, el líder del Partido del Centro Católico, católico de Westfalia y patriota que pretendía recrear la antigua Alemania de una forma democrática moderna. Reivindicó de manera permanente el plan de preparación de las fábricas para la guerra. También tuvo que luchar a favor de la estabilidad financiera en medio del creciente caos. Su programa de economía y reducción del personal y los sueldos de los funcionarios no fue popular. La oleada de odios se volvió cada vez más turbulenta. Apoyado por el presidente Hindenburg, Brüning disolvió un Reichstag que le era hostil y obtuvo la mayoría en las elecciones de 1930. Entonces realizó el último intento palpable por reunir lo que quedaba de la antigua Alemania en contra de la renaciente agitación nacionalista, violenta y degradada, para lo que primero tuvo que asegurar la reelección de Hindenburg como presidente. El

canciller Brüning encontró una solución nueva, pero evidente. Le pareció que la única manera de conseguir la paz, la seguridad y la gloria de Alemania consistía en la restauración de un emperador. ¿Sería capaz de hacer que el anciano mariscal Hindenburg, si fuese reelegido y sólo entonces, actuara durante su último mandato como regente de una monarquía restaurada que entraría en vigor al producirse su muerte? De conseguirse esta política, habría llenado el vacío que existía en la cima de la nación alemana y hacia el que era evidente que Hitler había emprendido la marcha. En cualquier circunstancia, era el camino correcto. Pero ¿cómo haría Brüning para conducir a Alemania en esa dirección? Es posible que el elemento conservador, que se iba acercando a Hitler, se hubiese sentido atraído por el regreso del emperador Guillermo, pero ni los socialdemócratas ni los sindicatos habrían tolerado el regreso del anciano káiser ni el del príncipe heredero. El plan de Brüning no consistía en recrear un II Reich, sino que deseaba una monarquía constitucional a la manera inglesa. Esperaba que alguno de los hijos del príncipe heredero fuera un candidato aceptable.

En noviembre de 1931 le confió sus planes a Hindenburg, de quien dependía todo. La reacción del anciano mariscal fue, al mismo tiempo, vehemente y curiosa, ya que se mostró sorprendido y hostil. Dijo que él sólo se consideraba fiduciario del káiser y que cualquier otra solución era un insulto para su honor militar. La concepción monárquica, de la que era partidario, no se podía limitar a escoger y seleccionar entre príncipes de sangre real. No había que violar la legitimidad. Mientras tanto, como Alemania no estaba dispuesta a aceptar el regreso del káiser, la única opción que quedaba era él mismo: Hindenburg. Y hasta allí llegaba. No quería aceptar ningún compromiso. «*J'y suis, j'y reste*». Brüning discutió con vehemencia, y tal vez durante demasiado tiempo, con el anciano veterano. El canciller tenía buenos motivos: a menos que Hindenburg aceptara esta solución monárquica, aunque poco ortodoxa, habría una dictadura nazi revolucionaria. No llegaron a ningún acuerdo. Pero tanto si Brüning podía convencer a Hindenburg como si no, era imprescindible conseguir que lo reeligieran presidente, por lo menos para evitar un derrumbe político inmediato del Estado alemán. En su primera fase, el plan de Brüning tuvo éxito: en las elecciones presidenciales que se celebraron en marzo de 1932 Hindenburg fue reelegido, en una segunda votación, al obtener la mayoría sobre sus rivales, Hitler y el comunista Thaelmann. Entonces había que enfrentarse con la cuestión de la situación económica de Alemania y sus relaciones con Europa. Se celebraba en Ginebra la conferencia sobre el Desarme, y Hitler desarrolló una activa campaña contra la humillación de Alemania en Versalles.

Tras meditarlo con cuidado, Brüning esbozó un plan de largo alcance de revisión del tratado y en abril fue a Ginebra, donde encontró una recepción inesperadamente favorable. En las conversaciones que mantuvo con MacDonald y con los

estadounidenses Stimson y Norman Davis pareció que se podía llegar a un acuerdo, cuya base extraordinaria era el principio de la «igualdad de armamentos» entre Alemania y Francia, aunque sujeto a diversas interpretaciones reservadas. No deja de provocar sorpresa, como veremos en los próximos capítulos, que alguien en su sano juicio imaginara que se podía lograr la paz partiendo de estas bases. Si los vencedores concedían este punto fundamental, era probable que Brüning resolviera su difícil situación, y entonces el segundo paso (y éste acertado) sería cancelar las indemnizaciones en aras de la recuperación europea. Evidentemente, un acuerdo así habría significado un triunfo personal para Brüning.

Norman Davis, el embajador extraordinario de Estados Unidos, telefoneó al primer ministro francés, Tardieu, para pedirle que viajara de inmediato de París a Ginebra pero, lamentablemente para Brüning, Tardieu tenía otras noticias. Schleicher se había estado moviendo en Berlín y acababa de avisarle al embajador francés que no negociara con Brüning, cuya caída era inminente. También es posible que preocupara a Tardieu la posición militar de Francia en la fórmula de la «igualdad de armamentos». En cualquier caso, Tardieu no acudió a Ginebra y el uno de mayo Brüning regresó a Berlín. Regresar con las manos vacías en ese momento fue fatal para él. Hacían falta medidas drásticas, e incluso desesperadas, para hacer frente a la amenaza de un desmoronamiento económico dentro de Alemania, pero el impopular gobierno de Brüning no tenía la fuerza necesaria para adoptar estas medidas. Luchó durante todo el mes de mayo; mientras tanto, en el calidoscopio de la política parlamentaria francesa, Herriot sustituyó a Tardieu.

El nuevo primer ministro francés declaró que estaba dispuesto a discutir la fórmula a la que se había llegado en las conversaciones de Ginebra. El embajador estadounidense en Berlín recibió instrucciones de exhortar al canciller alemán para que fuera a Ginebra en seguida. Brüning recibió este mensaje a primeras horas del treinta de mayo, pero mientras tanto prevaleció la influencia de Schleicher, que convenció a Hindenburg para que destituyera al canciller. En el transcurso de esa misma mañana, después de recibir la invitación de Estados Unidos, tan optimista como imprudente, Brüning supo que su suerte estaba echada y dimitió antes del mediodía para evitar la destitución. Así acabó el último gobierno de la Alemania de posguerra que podría haber conducido al pueblo alemán a disfrutar de una Constitución estable y civilizada y podría haber abierto canales pacíficos de intercambio con sus vecinos. De no ser por la intriga de Schleicher y el retraso de Tardieu, seguramente las ofertas que los aliados le hicieron a Brüning le habrían salvado. A partir de ahora habría que analizar tales ofertas con otro sistema y con otro hombre.

Capítulo IV

LOS AÑOS DE LA LANGOSTA[7] (1931-1933)

El gobierno que surgió como consecuencia de las elecciones generales de 1931 fue en apariencia uno de los más fuertes pero en realidad fue uno de los más débiles de la historia británica. Ramsay MacDonald, el primer ministro, se había alejado, con gran amargura por ambas partes, del Partido Socialista a cuya creación había dedicado toda su vida y, a partir de entonces, se amargó lánguidamente al frente de un gobierno que, aunque nacional, en teoría era, de hecho, de un conservadurismo aplastante. Baldwin prefería la sustancia a la forma del poder y reinaba plácidamente en la sombra. Del Ministerio de Asuntos Exteriores se hizo cargo sir John Simón, uno de los líderes del contingente liberal. La mayor parte del trabajo del gobierno nacional le correspondió a Neville Chamberlain, que poco después llegó a ser ministro de Hacienda. Al frente del Partido Laborista, acusado por su fracaso en la crisis financiera y duramente castigado en las urnas, había un pacifista extremo, George Lansbury. Durante el período de cuatro años y cuarto que duró este gobierno, desde agosto de 1931 hasta noviembre de 1935, se invirtió toda la situación en el continente europeo.

Toda Alemania bullía y había grandes acontecimientos en marcha. Hasta entonces, Papen, el sucesor de Brüning como canciller, y el general político, Schleicher, habían tratado de gobernar Alemania mediante la astucia y la intriga. Pero ya era tarde para eso. Papen esperaba gobernar con el apoyo del séquito del presidente Hindenburg y del grupo ultranacionalista del Reichstag. El veinte de julio se dio un paso decisivo: el derrocamiento del gobierno socialista prusiano. Pero el rival de Papen estaba ávido de poder. Según los cálculos de Schleicher, el instrumento eran las fuerzas oscuras y ocultas que irrumpían en la política alemana detrás del creciente poder y el nombre de Adolf Hitler, y esperaba convertir el movimiento hitleriano en dócil siervo de la Reichswehr para, de ese modo, controlarlos a ambos. Los contactos entre Schleicher y Rohm, el líder de los milicianos nazis, que comenzaron en 1931, se prolongaron al año siguiente en unas relaciones más precisas entre Schleicher y el propio Hitler. Aparentemente, los únicos obstáculos en el camino al poder de ambos hombres eran Papen y la confianza que le tenía Hindenburg.

En agosto de 1932 Hitler fue a Berlín, convocado por el presidente a una reunión privada. Parecía el momento de dar un paso al frente. Respaldaban *al führer* trece millones de votantes alemanes, lo cual le daba derecho a una parte importante del

poder, ya que se encontraba en una posición similar a la de Mussolini en vísperas de su marcha sobre Roma. Pero a Papen no le importaba la reciente historia de Italia; contaba con el apoyo de Hindenburg y no tenía intención de renunciar. El anciano mariscal recibió a Hitler, que no lo impresionó: «¿*Ese* hombre como canciller? En todo caso, lo nombraré jefe de Correos para que pase la lengua por los sellos en los que aparece mi cabeza». En círculos palaciegos, Hitler no tuvo tanta influencia como sus adversarios.

En el país, el amplio electorado estaba inquieto y desorientado. En noviembre de 1932, por quinta vez en un año, se celebraron elecciones en toda Alemania. Los nazis perdieron terreno y sus 230 escaños se redujeron a 196, mientras que los comunistas recuperaron el equilibrio. De este modo se debilitó el poder de negociación del *führer*. Tal vez el general Schleicher pudiera arreglárselas sin él, después de todo. El general ganó aceptación en el círculo de los asesores de Hindenburg. El diecisiete de noviembre Papen renunció y Schleicher fue nombrado canciller en su lugar. Pero resultó que el nuevo canciller fue más hábil moviendo los hilos entre bastidores que abiertamente en la cúspide del poder. Se había enemistado con demasiadas personas. Hider, junto con Papen y los nacionalistas, se alineó en su contra, y los comunistas, luchando contra los nazis en las calles y contra el gobierno por medio de huelgas, contribuyeron a hacerle imposible gobernar. Papen ejerció su influencia personal sobre el presidente Hindenburg. ¿No sería acaso la mejor solución para aplacar a Hitler echarle encima las responsabilidades del cargo? Al final, Hindenburg aceptó, aunque a regañadientes. El treinta de enero de 1933 Adolf Hitler asumió el cargo de canciller de Alemania.

En seguida se hizo sentir la mano del amo sobre todo lo que estuviera o pudiera estar en contra del nuevo orden. El dos de febrero se prohibieron todos los mítines o manifestaciones del Partido Comunista alemán, y en todo el país comenzaron a confiscarse las armas secretas de los miembros del partido. El momento culminante fue la noche del veintisiete de febrero de 1933, cuando estalló en llamas el edificio del Reichstag. Se convocó a los camisas pardas, a los camisas negras y a sus formaciones auxiliares. En una sola noche se llevaron a cabo cuatro mil arrestos, incluido el Comité central del Partido Comunista. Estas medidas se encargaron a Göring, que entonces era el ministro del Interior de Prusia; sirvieron de prolegómeno para las siguientes elecciones y aseguraron la derrota de los comunistas, que eran los opositores más temibles del nuevo *régimen*. Organizar la campaña electoral fue tarea de Goebbels, al que no le faltaban ni habilidad ni entusiasmo.

Pero todavía quedaban en Alemania muchas fuerzas renuentes, rebeldes o activamente hostiles al hitlerismo. Los comunistas y muchos que, perplejos y desorientados, les dieron el voto, obtuvieron 81 escaños; los socialistas, 118; el Partido del Centro, 73 y los aliados nacionalistas de Hitler, con Papen y Hugenberg al

frente, 52. Se adjudicaron treinta y tres escaños a grupos minoritarios de centro derecha. Los nazis obtuvieron 17.300.000 votos y 288 escaños. Con estos resultados, Hitler y sus aliados nacionalistas se hicieron con el control del Reichstag. Así y sólo así consiguió Hitler, con buenas y malas artes, el voto mayoritario del pueblo alemán. Según los procesos ordinarios de un gobierno parlamentario civilizado, una minoría tan grande habría tenido una influencia enorme y la debida consideración en el Estado, pero en la nueva Alemania nazi las minorías aprenderían que no tenían ningún derecho.

El veintiuno de marzo de 1933, en la iglesia de la guarnición de Potsdam, Hitler inauguró el primer Reichstag del III Reich, muy cerca de la tumba de Federico el Grande, con la presencia de los representantes de la Reichswehr, símbolo de la continuidad del poderío alemán, y de los oficiales de mayor rango de la SA y la SS, las nuevas figuras del resurgimiento alemán. El veinticuatro de marzo, una aplastante y sobrecogedora mayoría del Reichstag confirmó, por 441 votos contra 94, la concesión de poderes totales de emergencia al canciller Hitler durante cuatro años. Cuando se anunció el resultado, Hitler se volvió hacia los escaños de los socialistas y les gritó: «¡Ahora ya no os necesito más!».

Entusiasmadas por la elección, las columnas exultantes del Partido Nacional Socialista desfilaron ante su líder, rindiéndole el pagano homenaje de una marcha con antorchas por las calles de Berlín. Había sido una larga lucha, difícil de comprender para un extranjero, sobre todo si no conoció las punzadas de la derrota. Finalmente, había llegado Adolf Hitler. Pero no estaba solo: desde las profundidades de la derrota había invocado a las oscuras y salvajes furias que se encontraban latentes en la raza más abundante, resistente, implacable, contradictoria y desventurada de Europa. Había conjurado el temible ídolo de un Moloc devorador, del cual era sacerdote y encarnación. No puedo ni pretendo describir la inconcebible brutalidad y vileza con que se creó este aparato de odio y tiranía, que se fue perfeccionando desde entonces. A los efectos de la presente narración, sólo es necesario presentar al lector la temible noticia que se cierne sobre el mundo todavía desprevenido: Hitler al frente de Alemania, y Alemania se arma.

Mientras en Alemania se producían estos funestos cambios, el gobierno MacDonald-Baldwin se sintió obligado a imponer durante algún tiempo las severas reducciones y restricciones que la crisis financiera le había impuesto a nuestro armamento, modesto de por sí, y se negó categóricamente a prestar atención a los inquietantes síntomas que se producían en Europa. En un vehemente esfuerzo por conseguir un desarme de los vencedores similar al que impuso a los vencidos el tratado de Versalles, MacDonald y sus colegas conservadores y liberales impulsaron una serie de propuestas en la Sociedad de Naciones y por todas las demás vías que

tenían a su disposición. A pesar de que sus asuntos políticos seguían en permanente cambio y movimiento sin ninguna significación en particular, los franceses se aferraban tenazmente a su Ejército como centro y puntal de la vida de Francia y de todas sus alianzas, actitud por la que fueron reprendidos tanto por Gran Bretaña como por Estados Unidos. Las opiniones de la prensa y del público no tenían ningún fundamento en la realidad, pero la marea adversa era fuerte.

El gobierno alemán se envalentonó ante la conducta británica, que atribuyó a la debilidad fundamental y a la decadencia inherente impuestas incluso a una raza nórdica por un tipo de sociedad democrática y parlamentaria y, animado por el empuje nacionalista hitleriano, adoptó una actitud altanera. En julio de 1932 su delegación recogió sus papeles y se retiró de la conferencia sobre el desarme. Convencerlos para que regresaran se convirtió en el objetivo político fundamental de los aliados victoriosos. En noviembre, y bajo la presión intensa y constante de los británicos, los franceses propusieron lo que injustamente recibió el nombre de «plan Herriot» que, en esencia, consistía en la reconstrucción de todas las fuerzas de defensa de Europa en forma de ejércitos compuestos por un número limitado de soldados que prestaban servicio durante breves períodos, reconociendo la condición de igualdad aunque sin aceptar necesariamente la igualdad de fuerzas. De hecho, y en principio, el reconocimiento de la condición de igualdad hacía que fuera imposible, en definitiva, no aceptar la igualdad de fuerzas, lo que permitió a los gobiernos aliados ofrecer a Alemania una «igualdad de derechos en un sistema que proporcionaría seguridad para todos los países». Con ciertas salvaguardias de carácter ilusorio, los franceses se vieron obligados a aceptar esta fórmula sin sentido, con lo que los alemanes consintieron en regresar a la conferencia sobre el desarme. La situación fue recibida como una victoria notable para la paz.

Avivado por la brisa de la popularidad, el gobierno de Su Majestad presentó entonces, el dieciséis de marzo de 1933, una propuesta que recibió el nombre de su autor e inspirador: el plan MacDonald, que aceptaba como punto de partida la adopción de la concepción francesa de ejércitos que prestaban servicios de corta duración (ocho meses, en este caso) y procedió a determinar las cifras exactas para los ejércitos de cada país. Había que reducir el Ejército francés de la cifra de 500.000 hombres, establecida en tiempos de paz, a 200.000, y el alemán tenía que crecer hasta igualar esta cifra. Para esta fecha, es posible que las fuerzas militares alemanas, a pesar de no disponer todavía de las reservas entrenadas que no se consiguen hasta que no se suceden varios cupos del servicio militar obligatorio, ascendieran a más de un millón de voluntarios fervientes, parcialmente equipados, y provistos de muchas de las últimas armas que iban surgiendo de las fábricas, convertibles y parcialmente reconvertidas para proporcionarles armas. El resultado fue inesperado. Hitler, convertido en canciller y en amo de toda Alemania, después de haber dado órdenes al

asumir el poder de seguir adelante descaradamente, a escala nacional, tanto en los campos de entrenamiento como en las fábricas, se sentía fuerte. Ni siquiera se tomó la molestia de aceptar las ofertas quijotescas que trataban de imponerle. Con un gesto de desdén, dio instrucciones al gobierno alemán para que se retirara tanto de la conferencia como de la Sociedad de Naciones.

Cuesta encontrar un paralelismo a la insensatez del gobierno británico y a la debilidad del francés que, no obstante, reflejaban la opinión de sus respectivos Parlamentos durante este período desastroso. Tampoco se salva de la censura de la historia Estados Unidos que, absorto en sus propios asuntos y en los abundantes intereses, actividades y accidentes de una comunidad libre, simplemente se quedó boquiabierto ante los impresionantes cambios que se producían en Europa y supuso que no tenían nada que ver con su país. Los considerables cuerpos de oficiales profesionales estadounidenses, sumamente competentes y bien adiestrados, se formaron su propia opinión, aunque ésta no tuvo consecuencias apreciables en la actitud distante y poco previsora de la política exterior de Estados Unidos. Si Estados Unidos hubiese ejercido su influencia podría haber impulsado a actuar a los políticos franceses y británicos. La Sociedad de Naciones, aunque maltratada, seguía siendo un instrumento augusto que habría reforzado cualquier desafío a la nueva amenaza bélica hitleriana con las disposiciones del derecho internacional. Pero, ante la presión, los estadounidenses se limitaron a encogerse de hombros y, al cabo de unos cuantos años, tuvieron que recurrir a la sangre y a los tesoros del Nuevo Mundo para salvarse de un peligro mortal.

Cuando siete años después fui testigo en Tours de la agonía francesa, tuve presente todo esto; por ese motivo, cuando se mencionaron las propuestas de una paz aparte, sólo pronuncié palabras de consuelo y tranquilidad, que me alegra pensar que se cumplieron.

A principios de 1931 tenía previsto realizar un extenso viaje por Estados Unidos dando conferencias, de modo que viajé a Nueva York, donde sufrí un grave accidente que estuvo a punto de costarme la vida. El trece de diciembre, cuando iba a visitar a Bernard Baruch, me apeé del automóvil por el lado incorrecto y crucé la Quinta Avenida sin tener en cuenta que en Estados Unidos el tráfico circula en sentido contrario y sin prestar atención a los semáforos en rojo, que entonces no se usaban en Gran Bretaña. El choque fue terrible y estuve destrozado durante dos meses. En Nassau, en las Bahamas, recuperé poco a poco la fuerza suficiente para moverme con lentitud. En ese estado, emprendí la gira de cuarenta conferencias por todo Estados Unidos; pasaba la mayor parte del día tumbado en un vagón de tren y por la noche hablaba para públicos numerosos. En general, me parece que ésta fue la etapa más dura de toda mi vida. Estuve muy deprimido casi todo el año, pero con el tiempo

recuperé las fuerzas.

Dejando de lado mi preocupación por los asuntos públicos, los años comprendidos entre 1931 y 1935 fueron muy agradables para mí desde el punto de vista personal. Me ganaba la vida dictando artículos que tenían amplia difusión, no sólo en Gran Bretaña y Estados Unidos, sino también, antes de que la sombra de Hitler se cerniera sobre ellos, en los periódicos más famosos de dieciséis países europeos. De hecho, trabajé muchísimo. Publiqué sucesivamente los diversos volúmenes de la biografía de Marlborough y meditaba constantemente sobre la situación europea y el rearme de Alemania. Vivía la mayor parte del tiempo en Chartwell, donde tenía muchas cosas en que entretenerme. Levanté con mis propias manos la mayor parte de dos casas de campo y la tapia de un huerto, hice todo tipo de jardines con rocas y saltos de agua y una gran piscina, cuya agua se filtraba para mantenerla limpia y se calentaba cuando no bastaba con nuestro caprichoso sol. De modo que no tenía nunca un momento de ocio, de la mañana a medianoche y, con mi familia feliz a mi alrededor, vivía en paz en mi morada.

Durante estos años frecuenté la compañía de Frederick Lindemann, profesor de filosofía experimental en la Universidad de Oxford y viejo amigo mío. Lo conocí al final de la primera guerra, en la que se distinguió por llevar a cabo en el aire una serie de experimentos, hasta entonces reservados a los pilotos más osados, con la intención de superar los riesgos de las «barrenas», que por entonces resultaban casi mortales. Estrechamos nuestra amistad a partir de 1932, y venía con frecuencia en coche desde Oxford para instalarse en mi casa de Chartwell, donde manteníamos largas conversaciones hasta altas horas de la madrugada sobre los peligros que parecían cernirse sobre nuestras cabezas. Lindemann, el «Profe», como lo llamábamos sus amigos, fue mi principal asesor sobre los aspectos científicos de la guerra moderna en general y de la defensa aérea en particular, y también sobre cuestiones relacionadas con todo tipo de estadísticas. Esta agradable y fructífera amistad continuó durante toda la guerra.

Otro de mis mejores amigos fue Desmond Morton[8]. Cuando en 1917 el mariscal de campo Haig formó su equipo personal con jóvenes oficiales recién salidos de la línea de combate, le recomendaron a Desmond como lo mejor de la artillería. A su Cruz Militar añadía la distinción única de que una bala le hubiera atravesado el corazón y de seguir viviendo con la bala dentro. Desarrollé un gran aprecio y amistad por este oficial brillante y gallardo y en 1919, cuando me nombraron secretario de Estado de Guerra y Aviación, lo nombré para un puesto clave en el Servicio Secreto, que mantuvo durante muchos años. Era vecino mío, ya que vivía a tan sólo un kilómetro y medio de Chartwell. Obtuvo autorización del primer ministro, MacDonald, para hablarme con toda franqueza y mantenerme informado. Así llegó a ser, y siguió siendo durante toda la guerra, uno de mis asesores más cercanos hasta

que obtuvimos la victoria definitiva.

También establecí amistad con Ralph Wigram, por entonces la nueva estrella del Ministerio de Asuntos Exteriores, que ocupaba el centro de todas sus actividades. Había alcanzado un nivel en ese ministerio que le permitía expresar opiniones responsables sobre política y utilizar una gran discreción en sus contactos, tanto oficiales como extraoficiales. Era un hombre intrépido y encantador, cuyas convicciones, basadas en un profundo conocimiento y estudio, dominaban todo su ser. Veía con tanta claridad como yo, pero con información más certera, el terrible peligro que nos amenazaba, lo cual nos unió. Nos veíamos a menudo en su casita de la calle North, y él y su esposa venían a visitarnos a Chartwell. Al igual que otros funcionarios de alto rango, me hablaba con absoluta confianza, lo cual me sirvió para formar y fortalecer mi opinión sobre el movimiento hitleriano.

Fue muy valioso para mí, y se puede pensar que también para el país, que tuviera ocasión de llevar a cabo investigaciones y debates precisos durante tantos años dentro de este círculo tan reducido. Por mi parte, sin embargo, reuní y aporté gran cantidad de información procedente de fuentes extranjeras. Mantuve contactos confidenciales con varios ministros franceses y con los sucesivos jefes del gobierno francés. Ian Colvin era el corresponsal del *News Chronicle* en Berlín; se metió de lleno en la política alemana y estableció contactos totalmente secretos con algunos de los más importantes generales alemanes y también con hombres independientes de carácter y calidad de aquel país, que veían en el movimiento hitleriano la ruina de su patria. Varias personas de peso vinieron a verme desde Alemania y me expusieron con franqueza su amargo desconsuelo. La mayoría de ellos fueron ejecutados por Hitler durante la guerra. Por otras vías, pude comprobar y facilitar información sobre todo el campo de nuestra defensa aérea. De este modo, estaba tan bien informado como muchos ministros de la Corona. Con la información que recogía de todas las fuentes, incluidos sobre todo mis contactos en el extranjero, presentaba de vez en cuando un informe al gobierno. Mi relación personal con los ministros y también con muchos de sus funcionarios de mayor categoría era estrecha y fluida y, aunque los criticaba a menudo, manteníamos un espíritu de camaradería. Posteriormente, me hicieron partícipe oficialmente de la mayor parte de sus conocimientos técnicos más secretos. A raíz de mi larga experiencia en altos cargos, también conocía los secretos de estado más preciados, lo que me permitía formar y defender opiniones que no dependían de lo que publicaban los periódicos, si bien estos incluían muchos indicios para una mente sagaz.

Confío en que el lector me perdone una digresión personal de carácter más ligero.

En el verano de 1932, y en relación con mi biografía de Marlborough, visité los viejos campos de batalla donde estuvo, en los Países Bajos y en Alemania. Nuestra expedición familiar, que incluía al «Profe», siguió con agrado el recorrido de la

famosa marcha de Marlborough en 1705, desde los Países Bajos hasta el Danubio, atravesando el Rin en Coblenza. Mientras recorríamos estas hermosas regiones, de una ciudad antigua y famosa a otra, naturalmente fui haciendo preguntas sobre el movimiento hitleriano y comprobé que era el tema que más interesaba a todos los alemanes. Percibí un ambiente hitleriano. Tras pasar un día en el campo en Blenheim, fui en coche a Múnich, donde me quedé casi una semana.

En el hotel Regina, un caballero se presentó a algunas de las personas que me acompañaban. Era *herr* Hanfstaengl y hablaba mucho del *führer*, al cual parecía conocer íntimamente. Como parecía un individuo animado y conversador y hablaba un inglés excelente, lo invité a cenar. Ofreció una versión muy interesante de las actividades y los puntos de vista de Hitler. Hablaba como si estuviera hechizado, y es probable que tuviera instrucciones de ponerse en contacto conmigo. Era evidente que deseaba caer bien. Después de cenar se acercó al piano y se puso a tocar muchas melodías y canciones con un estilo tan notable que todos quedamos encantados. Parecía conocer todas las melodías inglesas que me agradaban. Era un gran artista y, por ese entonces, como es sabido, uno de los favoritos del *führer*. Dijo que tenía que conocerlo y que sería muy fácil arreglarlo, porque *herr* Hitler acudía todos los días a ese hotel alrededor de las cinco y estaría encantado de conocerme.

Yo no tenía en aquel momento ningún prejuicio personal contra Hitler; sabía muy poco de su doctrina o de sus antecedentes y nada de su personalidad. Admiro a los hombres que defienden a su país derrotado, aunque yo esté en el bando contrario. Tenía todo el derecho a ser un patriota alemán, si quería. Siempre quise que Inglaterra, Alemania y Francia se llevaran bien. Sin embargo, durante mi conversación con Hanfstaengl se me ocurrió decir: «¿Por qué su jefe tiene una actitud tan violenta con respecto a los judíos? Puedo comprender la ira contra unos judíos que hayan perjudicado o estén en contra de un país, y entiendo que se les ofrezca resistencia si tratan de monopolizar el poder en cualquier orden de la vida, pero ¿qué sentido tiene oponerse a un hombre simplemente por su nacimiento? Un hombre no elige la forma en que nace». Debió de repetirle todo esto a Hitler, porque al día siguiente, alrededor del mediodía, se presentó muy serio y dijo que el arreglo que había hecho conmigo para que conociera a Hitler no podría cumplirse porque el *führer* no acudiría al hotel esa tarde. Fue la última vez que vi a «Putzi» (ése era su sobrenombre), aunque nos quedamos varios días más en el hotel. Así, perdió Hitler su única oportunidad de conocerme. Más adelante, cuando llegó a ser todopoderoso, recibí varias invitaciones suyas; pero entonces habían ocurrido muchas cosas y me excusé.

Mientras tanto, Estados Unidos seguía muy preocupado por sus propios asuntos internos y sus problemas económicos. Europa y el lejano Japón observaban con

atención el aumento del potencial bélico alemán. Cada vez se manifestaba mayor inquietud en Escandinavia y los países de la pequeña Entente, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía, y en algunos países balcánicos. Una gran angustia reinaba en Francia, donde apareció mucha información sobre las actividades de Hitler y los preparativos de Alemania. Me dijeron que había habido infinidad de incumplimientos de los tratados, de enorme gravedad, pero cuando pregunté a mis amigos franceses por qué no se planteaba esta cuestión en la Sociedad de Naciones y se invitaba a Alemania, o incluso se la citaba, para que compareciese a explicar lo que había hecho y determinar con precisión lo que estaba haciendo, me respondieron que el gobierno británico reprobaría un paso tan inquietante. De modo que, mientras MacDonald, con la plena autorización de Baldwin, le hablaba a los franceses de desarme y se lo aplicaba a los británicos, el poderío alemán crecía a pasos agigantados, y se acercaba el momento de entrar en acción abiertamente.

Para hacerle justicia al Partido Conservador, debo indicar que en cada una de las conferencias de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras que se celebraron a partir de 1932 se tomaron decisiones casi unánimes a favor de un fortalecimiento inmediato de nuestros armamentos para hacer frente al creciente peligro exterior. Pero el control parlamentario que ejercían los responsables de la disciplina del grupo del gobierno en la cámara de los Comunes era tan eficaz en esa época, y los tres partidos del gobierno, así como la oposición laborista, estaban tan sumidos en el letargo y la ceguera, que las advertencias de sus seguidores dentro del país resultaron tan ineficaces como los signos de los tiempos y la evidencia del Servicio Secreto. Fue uno de esos períodos espantosos que se repiten en nuestra historia, en los que la noble nación británica parece derrumbarse de sus alturas, pierde todo rastro de sentido o finalidad y parece encogerse para huir de la amenaza del peligro exterior, diciendo perogrulladas piadosas mientras los enemigos afinan sus armas.

En esta época sombría, los sentimientos más abyectos eran aceptados o al menos no les ponían objeción los líderes responsables de los partidos políticos. En 1933 los alumnos de la asociación de estudiantes de Oxford, siguiendo la inspiración de un tal Joad, aprobaron la vergonzosa moción de «que esta casa no luchará, bajo ninguna circunstancia, ni por su rey ni por su patria». Era fácil en Inglaterra tomarse en broma un episodio así, pero en Alemania, Rusia, Italia y Japón, la idea de una Gran Bretaña decadente y degenerada arraigó e influyó en muchos cálculos. Los jóvenes insensatos que aprobaron esta moción ni se imaginaban que estaban destinados a vencer o morir gloriosamente en la guerra que comenzó poco después y a demostrar que eran la mejor generación que Gran Bretaña produjo jamás. Menos excusa se puede encontrar para sus mayores, que no tuvieron la oportunidad de autorredimirse mediante la acción.

Mientras en Europa se producía esta temible transformación en la potencia bélica relativa de vencedores y vencidos, en el Lejano Oriente había surgido también un desconcierto total entre los estados no agresivos y pacifistas. Esta historia es equivalente al desastroso giro que dieron los acontecimientos en Europa y surgió de la misma parálisis de pensamiento y acción entre los líderes de los antiguos y los futuros aliados.

La «tormenta económica» que aconteció de 1929 a 1931 no afectó menos a Japón que al resto del mundo. Desde 1914 su población aumentó de cincuenta a setenta millones. Sus fábricas metalúrgicas crecieron de cincuenta a ciento cuarenta y ocho, y el coste de la vida aumentó de forma constante. La producción de arroz se mantuvo estacionaria y su importación era costosa. La necesidad de materias primas y mercados extranjeros era clamorosa. Durante la violenta depresión, Gran Bretaña y otros cuarenta países se vieron cada vez más obligados, a medida que pasaban los años, a aplicar restricciones o aranceles aduaneros a los artículos japoneses producidos con unas condiciones de mano de obra que no tenían nada que ver con los modelos europeos o los estadounidenses. China era, más que nunca, el principal mercado exportador de Japón para el algodón y otros productos, y prácticamente su único proveedor de carbón y hierro, de modo que reafirmar su control sobre China se convirtió en el punto principal de la política nipona.

En septiembre de 1931, pretextando desórdenes locales, los japoneses ocuparon Mukden y la zona del ferrocarril manchú. En enero de 1932 exigieron la disolución de todas las asociaciones chinas que tuvieran carácter antijaponés. El gobierno chino se negó y el día veintiocho los japoneses desembarcaron al norte de la Concesión Internacional de Shangai. Los chinos resistieron con valor y, a pesar de carecer de aviones, cañones anticarro o armas modernas de todo tipo, siguieron resistiendo durante más de un mes. A finales de febrero, tras sufrir pérdidas muy cuantiosas, se vieron obligados a retirarse de sus fuertes en la bahía de Wu-Sung y ocuparon posiciones a unos veinte kilómetros de la costa. A principios de 1932, los japoneses crearon el estado vasallo de Manchukuo; un año después se le anexó la provincia china de Jehol, y las tropas japonesas, adentrándose en regiones indefensas, llegaron hasta la gran muralla china. Esta conducta agresiva coincidió con el aumento del poder japonés en el Lejano Oriente y con su nueva posición naval en los océanos.

Desde el primer disparo, el atropello cometido contra China despertó la máxima hostilidad en Estados Unidos, pero la política aislacionista afectaba en todo sentido. Si Estados Unidos hubiera pertenecido a la Sociedad de Naciones sin duda habría encabezado en la asamblea una acción conjunta contra Japón, de la que habría sido el principal mandatario. Por su parte, el gobierno británico no mostró ningún deseo de intervenir sólo con Estados Unidos, y tampoco quería enemistarse con Japón más de lo que le exigían sus obligaciones en virtud de la Carta de la Sociedad de Naciones.

Algunos círculos británicos se sentían atribulados ante la posibilidad de perder la alianza con Japón, con el consiguiente debilitamiento de la postura británica con respecto a todos sus antiguos intereses en el Lejano Oriente. No se puede echar la culpa al gobierno de Su Majestad si, en la grave situación financiera y la cada vez más grave situación europea en que se encontraba, no buscaba un papel destacado junto a Estados Unidos en el Lejano Oriente sin tener ninguna esperanza de que Estados Unidos le prestara el mismo apoyo en Europa.

Sin embargo, China pertenecía a la Sociedad de Naciones y, aunque no había pagado su cuota, apeló a ella por una cuestión de pura justicia. El treinta de septiembre de 1931 la Sociedad invitó a Japón a retirar sus tropas de Manchuria. En diciembre se nombró una comisión para llevar a cabo una investigación en el lugar. La Sociedad de Naciones encomendó la presidencia de esta comisión al conde de Lytton, digno descendiente de una estirpe talentosa, con muchos años de experiencia en Oriente como gobernador de Bengala y como virrey de la India. El informe, que fue unánime, era un documento notable y constituye la base para cualquier estudio serio sobre el conflicto entre China y Japón. Presentaba con sumo cuidado todos los antecedentes de la cuestión manchú y extraía unas conclusiones sencillas: Manchukuo era una creación artificial del Estado Mayor japonés, y no se habían tenido en cuenta en absoluto los deseos de la población para crear este estado vasallo. En su informe, lord Lytton y sus colegas no sólo analizaban la situación sino que ofrecían propuestas concretas para una solución internacional, que pasaban por la declaración de la autonomía de Manchuria, que seguiría formando parte de China, bajo los auspicios de la Sociedad; además, China y Japón firmarían un tratado global para regular sus intereses en Manchuria. El hecho de que la Sociedad no pudiera hacer un seguimiento de estas propuestas no le resta valor al informe de Lytton. En febrero de 1933 la Sociedad de Naciones declaró que no se podía reconocer el estado de Manchukuo. Aunque no se le impuso ninguna sanción a Japón ni se adoptó ninguna otra medida, a partir de ese momento se retiró de la Sociedad de Naciones. Alemania y Japón habían intervenido en la guerra en bandos distintos y ahora se miraban con otros ojos. Quedó demostrado que la autoridad moral de la Sociedad no contaba con ningún apoyo físico precisamente cuando más necesarias eran su actividad y su fuerza.

Hemos de considerar muy censurable frente a la historia la conducta durante este período infausto no sólo del gobierno británico, fundamentalmente conservador, sino también la del Partido Laborista-Socialista y la del Liberal, tuvieran o no el poder. El placer de escuchar perogrulladas sinceras en apariencia, el negarse a hacer frente a los hechos desagradables, el deseo de popularidad y del triunfo electoral sin tener en cuenta los intereses vitales del Estado, el auténtico amor por la paz y la patética

convicción de que el amor puede ser su única base, la evidente falta de energía intelectual por parte de ambos líderes del gobierno británico de coalición, la marcada ignorancia con respecto a Europa y la animadversión frente a sus problemas que sentía Baldwin, el pacifismo intenso y violento que dominaba por entonces al Partido Laborista-Socialista, la total devoción de los liberales hacia los sentimientos, al margen de la realidad, la imposibilidad (o algo peor) de Lloyd George, el antiguo dirigente de los tiempos de la gran guerra, para abocarse a la continuidad de su labor, todo esto apoyado por abrumadoras mayorías en las dos cámaras, daba una imagen de la necedad y la falta de objetivos británica que, aunque desprovista de malicia, no quedó exenta de culpa y, a pesar de estar libre de maldad o malos designios, jugó un papel decisivo cuando se desencadenaron sobre el mundo los horrores y las miserias que, incluso en la medida en que se han desenvuelto, no tienen Punto de comparación en la experiencia humana.

Capítulo V

EL OSCURECIMIENTO (1934)

La llegada de Hitler a la cancillería, en 1933, no fue recibida con entusiasmo en Roma, donde consideraban el nazismo una versión burda y brutal del esquema fascista. Eran bien conocidas las ambiciones de una Gran Alemania con respecto a Austria y en el sureste de Europa. Mussolini previo que en ninguna de estas regiones coincidirían los intereses de Italia con los de la nueva Alemania, y no tuvo que esperar mucho para confirmarlo.

Una de las mayores ambiciones de Hitler era la adquisición de Austria por parte de Alemania. En la primera página del *Mein Kampf* aparece la frase: «La Austria alemana debe volver a la gran madre patria alemana». Por tanto, desde su llegada al poder, en enero de 1933, el gobierno nazi no le quitó los ojos de encima a Viena. Hitler todavía no se podía permitir un enfrentamiento con Mussolini, que ya había proclamado su interés por Austria. Una Alemania que seguía siendo débil militarmente tenía que aplicar con cautela incluso sus actividades clandestinas y de infiltración. No obstante, se comenzó a presionar a Austria desde los primeros meses, exigiéndosele sin cesar al gobierno austríaco que permitiera el ingreso de miembros del Partido Nazi austríaco, satélite del alemán, tanto en el Consejo de Ministros como en puestos clave del gobierno. Los nazis austríacos recibían formación en una legión austríaca, organizada en Baviera. Mediante atentados con bombas en el ferrocarril y en centros turísticos, y aviones alemanes que arrojaban panfletos sobre Salzburgo e Innsbruck, se perturbaba la vida cotidiana de la república. El canciller austríaco, Dollfuss, se oponía por igual tanto a la presión socialista interna como a los designios alemanes externos contra la independencia de su país. Aparte de que no era ésta la única amenaza al Estado austríaco. Siguiendo el mal ejemplo de sus vecinos alemanes, los socialistas austríacos formaron un ejército privado para pasar por alto la decisión de las urnas. Ambos peligros se cernían sobre Dollfuss en 1933. El único lugar al que podía recurrir en busca de protección y del que ya había recibido promesas de apoyo era la Italia fascista. En agosto se entrevistó con Mussolini en Riccione, y los dos llegaron a un estrecho entendimiento personal y político. Convencido de que Italia mantendría su promesa, Dollfuss se sintió bastante fuerte para actuar en contra de uno de sus adversarios: los socialistas austríacos.

En enero de 1934 Suvich, el principal asesor de Mussolini en asuntos exteriores, hizo una visita a Viena como señal de advertencia a Alemania y declaró que Italia estaba públicamente a favor de la independencia de Austria. Tres semanas después, el gobierno de Dollfuss emprendió acciones contra las organizaciones socialistas de Viena. La Heimwehr, a las órdenes del comandante Fey, que pertenecía al mismo

partido que Dollfuss, recibió órdenes de desarmar el órgano equivalente e igualmente ilegal que controlaban los socialistas austríacos. Éstos se resistieron por la fuerza, y el doce de febrero estallaron enfrentamientos callejeros en la capital. Al cabo de pocas horas, las fuerzas socialistas quedaron desbaratadas, lo cual no sólo acercó a Dollfuss a Italia sino que lo fortaleció para la siguiente etapa de su misión contra la penetración y la conspiración nazi. Por otra parte, muchos de los socialistas o comunistas derrotados se pasaron al bando nazi con amargura. En Austria, al igual que en Alemania, la enemistad entre católicos y socialistas favoreció a los nazis.

Hasta mediados de 1934, el gobierno de Su Majestad mantuvo en gran medida el control de los acontecimientos, sin correr el riesgo de una guerra. En cualquier momento, de común acuerdo con Francia y a través de la Sociedad de Naciones, podrían haber ejercido una presión abrumadora sobre el movimiento hitleriano, con respecto al cual Alemania estaba profundamente dividida, sin que esto implicara ningún derramamiento de sangre. Pero esta fase tocaba a su fin, ya que se estaba llegando al umbral de una Alemania armada controlada por los nazis. Sin embargo, por increíble que parezca, hasta bien entrado este año decisivo, MacDonald, dotado del poder político de Baldwin, seguía trabajando a favor del desarme de Francia. Sin duda, había un esbozo de unidad europea contra la amenaza alemana. El diecisiete de febrero de 1934, el gobierno británico, el francés y el italiano presentaron una declaración común sobre el mantenimiento de la independencia de Austria y, un mes después, Italia, Hungría y Austria firmaron los llamados protocolos de Roma, que establecían consultas mutuas en caso de producirse una amenaza a cualquiera de los tres países. Pero Hitler se volvía cada vez más poderoso, y en mayo y junio aumentaron las actividades subversivas en toda Austria. Dollfuss en seguida envió informes a Suvich sobre estos actos terroristas, junto con una nota que deploraba las consecuencias negativas que producían sobre el comercio y los turistas en Austria.

Precisamente con este informe en la mano, Mussolini acudió a Venecia el catorce de junio a entrevistarse con Hitler por primera vez. El canciller alemán descendió de su avión con un impermeable marrón y un sombrero de fieltro y encontró una formación de brillantes uniformes fascistas, con un *duce* resplandeciente y corpulento a la cabeza. En cuanto Mussolini vio a su invitado, le murmuró a su ayudante: «*Non mipiace*». (No me gusta). En esta extraña entrevista sólo se produjo un intercambio general de ideas, con mutuos sermones sobre las virtudes de la dictadura según el modelo alemán y el italiano. Sin duda, Mussolini quedó perplejo tanto ante la personalidad como la manera de hablar de su invitado y resumió su impresión definitiva con estas palabras: «Es un monje charlatán». Sin embargo, obtuvo ciertas garantías de que se relajaría la presión alemana sobre Dollfuss. Ciano, el yerno de Mussolini, informó a los periodistas después de la entrevista: «Ya verán que no

ocurrirá nada más».

Pero la pausa que tuvo lugar a continuación en las actividades alemanas no se debió a la solicitud de Mussolini sino a las propias preocupaciones internas de Hitler.

La llegada al poder había abierto una profunda divergencia entre *el führer* y muchos de los que lo habían impulsado. Bajo el liderazgo de Rohm, la SA representaba cada vez más a los elementos más revolucionarios del partido. Algunos antiguos militantes, como Gregor Strasser, ardiente defensor de la revolución social, temían que Hitler, al llegar a la cima, fuera absorbido por la jerarquía existente, la Reichswehr, los bancos y la industria. No habría sido el primer dirigente revolucionario que derribara la escalera por la que había ascendido hasta lo más alto. Para las bases de la SA (los «camisas pardas»), el triunfo obtenido en enero de 1933 tenía que ir acompañado por la libertad para saquear no sólo a los judíos y a los especuladores sino también a las clases altas y acaudaladas de la sociedad. En seguida comenzaron a circular en ciertas esferas del partido los rumores de una gran traición del líder. El jefe del Estado Mayor, Rohm, se dejó llevar con energía por este impulso. En enero de 1933 la SA contaba con cuatrocientos mil hombres; en la primavera de 1934 ya había reclutado y organizado a casi tres millones. En su nueva situación, Hitler estaba preocupado por el crecimiento de este aparato colosal que, si bien profesaba una lealtad fervorosa a su nombre y en su mayor parte estaba muy unido a él, comenzaba a escapar a su control personal. Hasta entonces, había tenido un ejército privado, pero en ese momento contaba con el Ejército nacional, y no pretendía cambiar el uno por el otro sino que los quería a ambos, y usar a cada uno de ellos, en la medida en que lo exigieran las circunstancias, para controlar al otro. Por tanto, tenía que ocuparse de Rohm. En esa época, declaró antes los dirigentes de la SA: «Estoy decidido a reprimir duramente cualquier intento de invertir el orden existente. Me opondré con la mayor energía a una segunda oleada revolucionaria, porque conduciría inevitablemente al caos. Quien alce la cabeza para oponerse a la autoridad establecida del Estado será tratado con severidad, sea cual fuere su posición».

A pesar de sus recelos, costó convencer a Hitler de la deslealtad de su camarada del *putsch* de Múnich que había sido el jefe del Estado Mayor de su ejército de camisas pardas durante los últimos siete años. Cuando en diciembre de 1933 se proclamó la unidad del partido con el Estado, Rohm pasó a ser miembro del Consejo de Ministros alemán. Una de las consecuencias de esta unión sería la fusión de los camisas pardas con la Reichswehr. El rápido avance del rearme nacional hizo que se planteara la cuestión de la situación y el control de todas las fuerzas armadas alemanas como una prioridad política. En febrero de 1934 Edén fue a Berlín y, en el transcurso de la conversación, Hitler aceptó provisionalmente ofrecer ciertas

garantías sobre el carácter no militar de la SA. Rohm ya mantenía una fricción permanente con el general Von Blomberg, el jefe del Estado Mayor, y temía sacrificar el ejército del partido a cuya formación había dedicado tantos años, de modo que, a pesar de que le advirtieron de la gravedad de su conducta, el dieciocho de abril publicó un indudable desafío:

> La revolución que hemos hecho no es una revolución nacional, sino una revolución nacional *socialista*; incluso podríamos subrayar la palabra «socialista». Nuestra única defensa contra la reacción la representan los grupos de asalto, porque son la encamación absoluta de la idea revolucionaria. El que milita en los camisas pardas desde el primer día se compromete con el camino de la revolución y no se desviará ni un pelo hasta que consigamos nuestro objetivo final.

En esta ocasión omitió el «¡Heil Hitler!» con el que finalizaban siempre las arengas a los camisas pardas.

Durante los meses de abril y mayo, Blomberg se estuvo quejando constantemente a Hitler de la insolencia y las actividades de la SA. El *führer* tuvo que escoger entre los generales que lo odiaban y los matones de los camisas pardas a los que tanto debía, y eligió a los generales. A comienzos de junio, en una conversación que duró cinco horas, hizo un último esfuerzo por llegar a un acuerdo con Rohm, pero con este fanático anormal, devorado por la ambición, no se podía llegar a ningún acuerdo. La Gran Alemania jerárquica y mística con la que soñaba Hitler y la República Proletaria del Ejército del Pueblo que deseaba Rohm estaban separadas Por un abismo infranqueable.

Dentro de la estructura de los camisas pardas se había formado una minoría selecta muy bien entrenada que llevaba uniforme negro y se conocía como la SS o, posteriormente, los camisas negras. Estas unidades se pensaban destinar a la protección personal del *führer* y a misiones especiales y confidenciales, y su comandante era un ex avicultor fracasado, Heinrich Himmler. Previendo el inminente enfrentamiento entre Hitler y el Ejército, por una parte, y Rohm y los camisas pardas, por el otro, Himmler procuró situar a la SS en el bando de Hitler. Por una parte, Rohm tenía influyentes adeptos dentro del partido que, como Gregor Strasser, veían cómo se dejaban de lado sus violentos planes de revolución social. También había rebeldes en la Reichswehr. El ex canciller Von Schleicher no perdonó jamás la deshonra que sufrió en enero de 1933 y el hecho de que los jefes del Ejército no lo nombraran sucesor de Hindenburg. Schleicher pensó que tenía una oportunidad, gracias al enfrentamiento entre Rohm y Hitler, y cometió la imprudencia de insinuarle al embajador francés en Berlín que Hitler no tardaría en caer. Repitió así lo que había hecho con Brüning, pero los tiempos se habían vuelto más peligrosos.

Durante mucho tiempo se discutirá en Alemania si Hitler se vio obligado a atacar por la inminencia del complot de Rohm o si él y sus generales, temiendo lo que pudiera ocurrir, se decidieron a dar un golpe definitivo mientras tenían el poder.

Evidentemente, tanto a Hitler como a la facción victoriosa les interesaba presentar el argumento de un complot. Es poco probable que Rohm y los camisas pardas realmente hubieran llegado tan lejos. Era un movimiento amenazador, más que un complot, pero podría haber cruzado esta línea en cualquier momento. Es cierto que estaban preparando sus fuerzas; también es cierto que se lo impidieron.

A partir de entonces los acontecimientos se sucedieron con rapidez. El veinticinco de junio se acuarteló la Reichswehr y se enviaron municiones a los camisas negras. Del lado contrario, se ordenó a los camisas pardas que se prepararan y Rohm, con el consentimiento de Hitler, convocó a una reunión, que se celebraría el treinta de junio en Wiessee, en los lagos de Baviera, a sus principales dirigentes. Hitler recibió el aviso de un grave peligro el día veintinueve y voló a Godesberg, donde se le unió Goebbels, trayendo noticias alarmantes sobre un inminente motín en Berlín. Según Goebbels, Karl Ernst, el ayudante de Rohm, había recibido órdenes de intentar un alzamiento, lo cual parece poco probable ya que Ernst se encontraba en el puerto de Bremen a punto de embarcarse en viaje de luna de miel.

Basándose en esta información, verdadera o falsa, Hitler tomó decisiones al instante. Le ordenó a Göring que asumiera el control en Berlín y embarcó en su avión hacia Múnich, decidido a arrestar en persona a sus principales adversarios. En semejante clímax a vida o muerte en que se había convertido la situación, demostró tener una personalidad terrible. Permaneció todo el vuelo en el asiento del copiloto, sumido en sus sombríos pensamientos. El avión aterrizó en un aeródromo próximo a Múnich a las cuatro de la mañana del treinta de junio. Aparte de Goebbels, Hitler iba acompañado por alrededor de una docena de hombres de su escolta personal. Se dirigió en coche a la sede de los camisas pardas en Múnich, hizo comparecer a los dirigentes de la SA local y los puso bajo arresto. A las seis de la mañana, con Goebbels y acompañado sólo por su pequeño séquito, se dirigió en coche a Wiessee.

Rohm estaba enfermo en el verano de 1934 y había ido a Wiessee a hacer una cura. A las siete de la mañana, la procesión de coches del *führer* se detuvo delante del chalé de Rohm. Solo y desarmado, Hitler subió las escaleras y entró en el dormitorio de Rohm. Nunca se sabrá lo que ocurrió entre los dos hombres. Rohm se quedó totalmente sorprendido y tanto él como sus empleados personales fueron arrestados sin ningún incidente. Este grupo reducido, junto con sus prisioneros, partió por carretera hacia Múnich. Poco después, encontraron una columna de camiones de camisas pardas que se dirigían a aclamar a Rohm en la conferencia que se debía celebrar ese mediodía en Wiessee. Hitler se apeó del coche, mandó llamar al oficial al mando y, con total confianza en su autoridad, le ordenó volver atrás con sus hombres. Lo obedecieron de inmediato. Si él hubiera llegado una hora después, o ellos una hora antes, los importantes acontecimientos habrían seguido otro rumbo.

Al llegar a Múnich encerraron a Rohm y su séquito en la misma cárcel en la que

había estado él con Hitler diez años antes. Esa tarde comenzaron las ejecuciones. Colocaron un revólver en la celda de Rohm pero, como desechó la invitación, al cabo de unos minutos se abrió la puerta de la celda y lo acribillaron a balazos. Prosiguieron durante esa tarde las ejecuciones en Múnich con breves intervalos. De vez en cuando había que sustituir a los grupos de ocho tiradores por el estrés mental que esto provocaba en los soldados, pero durante varias horas se escucharon descargas cada diez minutos aproximadamente.

Mientras tanto, en Berlín, después de recibir noticias de Hitler, Göring siguió un procedimiento similar, aunque allí, en la capital, la matanza no se limitó a la cúpula de la SA. A Schleicher y su mujer, que se puso delante de él, los mataron a tiros en su casa. Gregor Strasser fue arrestado y asesinado. También mataron a tiros al secretario privado de Papen y su círculo de allegados pero, por algún motivo desconocido, a él le perdonaron la vida. En los cuarteles de Lichterfelde, en Berlín, encontró la muerte Karl Ernst, traído desde Bremen, y allí, al igual que en Múnich, durante todo el día se oyeron las descargas de los verdugos. Durante esas veinticuatro horas, en toda Alemania desaparecieron muchos hombres que no tenían nada que ver con el complot de Rohm, víctimas de una venganza privada, a veces por cuentas muy antiguas. Según diversos cálculos, el total de personas «liquidadas» varía entre las cinco y las siete mil.

A últimas horas de la tarde de tan sangriento día, Hitler regresó en avión a Berlín. Ya era hora de poner fin a la carnicería, que se extendía por momentos. Esa noche, algunos miembros de la SS que, por exceso de celo, habían ido demasiado lejos en la matanza de prisioneros, fueron ejecutados a su vez. Alrededor de la una de la mañana del uno de julio dejaron de oírse disparos. Más tarde, ese mismo día, el *führer* salió al balcón de la Cancillería para que lo aclamaran las multitudes de Berlín, porque muchos creían que él había sido una de las víctimas. Según algunos, parecía demacrado; según otros, triunfal. Es posible que todos tuvieran razón. Su rapidez y su crueldad habían salvado su proyecto y, sin duda, su vida. En esa «noche de los cuchillos largos», como se la llamó, se mantuvo la unidad de la Alemania nacionalsocialista para que pudiera llevar su maldición por todo el mundo.

Esta masacre, por más que se explique por las tenebrosas fuerzas que intervinieron, demostró que el nuevo amo de Alemania no se detenía ante nada, y que la situación alemana no guardaba ninguna similitud con la de ningún Estado civilizado. Se alzaba frente al mundo una dictadura sangrienta y basada en el terror. Reinaba un antisemitismo violento y descarado, y el sistema de los campos de concentración ya funcionaba de pleno para todas las clases que resultaban detestables o para los disidentes políticos. Este episodio me afectó profundamente, y todo el proceso del rearme alemán, del que teníamos entonces pruebas irrefutables, me pareció revestido de un matiz escabroso y despiadado. Era resplandeciente e

implacable.

Durante la primera parte del mes de julio de 1934 hubo muchas idas y venidas por los caminos de montaña que van de Baviera al territorio austríaco. A final de mes, cayó en manos de la policía fronteriza de Austria un emisario alemán que llevaba documentos, incluidas unas claves para descifrar mensajes secretos, que demostraban que estaba a punto de ponerse en práctica un plan revolucionario completo. El organizador del golpe de estado sería Antón von Rintelen, por entonces ministro austríaco en Italia. Dollfuss y sus ministros tardaron en responder a las advertencias de una crisis inminente y a los indicios de que se avecinaba una revuelta, que se hicieron evidentes a primeras horas del veinticinco de julio. Los partidarios de los nazis en Viena se movilizaron durante la mañana. Poco antes de la una de la tarde, entró en la Cancillería un grupo de rebeldes armados. Dollfuss, herido de gravedad por dos balazos, murió desangrado, poco a poco. Otro destacamento de nazis se apoderó de la estación de radio y anunció que el gobierno de Dollfuss había renunciado y en su lugar había asumido el cargo Rintelen.

Pero los demás miembros del gobierno de Dollfuss reaccionaron con firmeza y energía. El presidente Miklas dio la orden oficial de que se restaurase el orden a toda costa. Asumió el gobierno el doctor Schuschnigg. La mayor parte del Ejército y la policía austríacos se pusieron de parte del gobierno y sitiaron el edificio de la Cancillería, donde Dollfuss agonizaba, rodeado por un grupo reducido de rebeldes. También había estallado una revuelta en las provincias, y atravesaron la frontera algunos grupos de la legión austríaca en Baviera. Mussolini, enterado de la noticia, telegrafió en seguida prometiendo el apoyo de Italia a la independencia austríaca. El *duce* acudió en avión a Venecia a recibir a la viuda de Dollfuss para expresarle sus condolencias. Al mismo tiempo, se despacharon tres divisiones italianas al paso de Breñero, por lo que Hitler, que conocía los límites de su fuerza, se echó atrás. El ministro alemán en Viena y otros oficiales alemanes implicados en el alzamiento fueron retirados o despedidos: el intento había fracasado. Hacía falta un proceso más largo. Papen, que se había salvado del baño de sangre, fue nombrado ministro alemán en Viena y recibió instrucciones de actuar con mayor sutileza.

En medio de todas estas tragedias y alarmas, falleció el anciano mariscal Hindenburg, que hacía meses que se encontraba prácticamente senil y era, por tanto, más que nunca, una herramienta de la Reichswehr. Hitler se convirtió en jefe del Estado alemán, conservando al mismo tiempo el cargo de canciller, con lo cual adquiría el mando supremo de Alemania. Su acuerdo con la Reichswehr había quedado sellado y se mantenía mediante la limpieza de sangre. Los camisas pardas habían quedado reducidos a la obediencia y reafirmaron su lealtad al *führer*. Todos los enemigos y rivales potenciales fueron destituidos, con lo que perdieron su

influencia y se convirtieron en un tipo de policía especial para las ocasiones ceremoniales. Por su parte, los camisas negras aumentaron en número y, fortalecidos por los privilegios y la disciplina, se convirtieron, a las órdenes de Himmler, en una guardia pretoriana para la persona del *führer*, en un contrapeso a los dirigentes del Ejército y la casta militar y también en unas fuerzas políticas para dotar de considerable fuerza militar a las actividades de la cada vez más numerosa policía secreta, o Gestapo. Bastaba con investir a estos poderes de la autorización formal de un plebiscito manipulado para que la dictadura de Hitler fuera absoluta y perfecta.

Los acontecimientos que acontecieron en Austria acercaron a Francia e Italia, y la impresión que produjo el asesinato de Dollfuss hizo que se establecieran contactos entre los Estados Mayores Generales. La amenaza para la independencia austríaca produjo una revisión de las relaciones francoitalianas, que tuvo que incluir no sólo el equilibrio de poderes en el Mediterráneo y el norte de África, sino también las posiciones relativas de Francia e Italia en el sureste de Europa. Pero Mussolini tenía mucho interés no sólo en salvaguardar la posición de Italia en Europa contra la posible amenaza alemana sino también en asegurar su futuro imperial en África. Para oponerse a Alemania, le venía bien mantener relaciones estrechas con Francia y con Gran Bretaña, pero era inevitable que estas dos potencias no estuvieran de acuerdo en el Mediterráneo ni en África. El *duce* se preguntaba si la misma necesidad de seguridad que sentían Italia, Francia y Gran Bretaña no induciría a las dos antiguas aliadas de Italia a aceptar su programa imperialista en África. De todos modos, parecía abrirse un futuro esperanzador para la política italiana.

Hacía tiempo que Francia, presidida entonces por Doumergue como primer ministro y por Barthou como ministro de Asuntos Exteriores, tenía interés en llegar a un acuerdo formal sobre cuestiones de seguridad en el Este, pero la renuencia británica a asumir compromisos más allá del Rin, la negativa alemana a firmar acuerdos vinculantes con Polonia y Checoslovaquia, los temores de la pequeña entente en cuanto a las intenciones de Rusia y las sospechas rusas con respecto al mundo occidental capitalista, contribuyeron en conjunto a desbaratar un programa de este tipo. No obstante, en septiembre de 1934, Louis Barthou decidió dar un paso al frente. Su plan original consistía en proponer un pacto oriental que uniera a Alemania, Rusia, Polonia, Checoslovaquia y los países bálticos, partiendo de la base de que Francia garantizara las fronteras europeas de Rusia y que Rusia garantizara los límites orientales de Alemania. Tanto Alemania como Polonia se opusieron al pacto oriental, pero Barthou consiguió incorporar a Rusia a la Sociedad de Naciones el dieciocho de septiembre de 1934, lo cual fue un paso importante. Litvinov, que representaba al gobierno soviético, estaba versado en todos los aspectos de los asuntos exteriores; se adaptó en seguida al ambiente de la Sociedad de Naciones y

compartió tan bien su lenguaje moral que pronto llegó a ser una figura destacada.

En su búsqueda de aliados contra la nueva Alemania, a la que habían dejado crecer, era natural que Francia se volviera hacia Rusia y tratara de recuperar el equilibrio de poderes que existía antes de la guerra. Pero en octubre se produjo la tragedia. Habían invitado al rey Alejandro de Yugoslavia a hacer una visita oficial a París. Llegó a Marsella, donde lo recibió Barthou y, con él y el general Georges, atravesó en coche las multitudes que abarrotaban las calles para darle la bienvenida, llenas de flores y banderas. Una vez más, de los oscuros recovecos de los bajos fondos de Serbia y Croacia apareció en la escena europea un complot para perpetrar un horrible asesinato y, al igual que en Sarajevo en 1914, también surgió una pandilla de asesinos dispuestos a sacrificar su vida. Los dispositivos de la policía francesa eran flexibles e informales. Una figura salió corriendo de entre la muchedumbre entusiasmada, se subió al estribo del coche y descargó su pistola automática sobre el rey y los demás ocupantes del vehículo, hiriéndolos a todos. El asesino fue reducido y ejecutado de inmediato por el soldado de la guardia republicana montada tras el que se había deslizado. Se produjo una escena de gran confusión. El rey Alejandro expiró casi de inmediato. El general Georges y Barthou se apearon del vehículo chorreando sangre. El general estaba demasiado débil para moverse y en seguida recibió asistencia médica. El ministro se perdió entre la multitud y pasaron veinte minutos antes de que fuera atendido. Ya había perdido mucha sangre, tenía setenta y dos años y falleció a las pocas horas. Fue un duro golpe para la política exterior francesa que, a sus órdenes, comenzaba a adoptar una forma coherente. Pierre Laval lo sucedió como ministro de Asuntos Exteriores.

El carácter vergonzoso de la trayectoria posterior y el destino de Laval no deben minimizar el hecho de su fuerza y su capacidad personal. Tenía opiniones claras y vehementes. Creía que Francia debía evitar la guerra a toda costa y esperaba lograrlo mediante acuerdos con los dictadores de Italia y Alemania, al no tener prejuicios contra sus sistemas. Desconfiaba de la Rusia soviética. A pesar de sus ocasionales declaraciones de amistad, Inglaterra no le agradaba y la consideraba un aliado inútil. En realidad, en esa época Gran Bretaña no era muy bien vista en Francia. El primer objetivo de Laval fue lograr un entendimiento definitivo con Italia, y le parecía que era el momento oportuno. El gobierno francés estaba obsesionado por el peligro alemán y estaba dispuesto a hacer concesiones firmes para poner a Italia de su parte. En enero de 1935 Laval fue a Roma y firmó una serie de acuerdos con el fin de eliminar los principales obstáculos entre ambos países. Los dos gobiernos coincidían en la ilegalidad del rearme alemán y acordaron consultarse mutuamente en caso de que se produjeran nuevas amenazas a la independencia de Austria. En el ámbito colonial, Francia se comprometió a hacer concesiones administrativas con respecto a la situación de los italianos en Túnez y entregó a Italia ciertas extensiones de

territorio en los límites tanto de Libia como de Somalilandia, así como también una participación del 20 por 100 en el ferrocarril entre Yibuti y Addis Abeba. En estas conversaciones se pretendían establecer las bases para unas conversaciones más formales entre Francia, Italia y Gran Bretaña sobre un frente común contra la creciente amenaza de Alemania. Por encima de todo esto, en los meses siguientes se produjo la agresión italiana en Abisinia.

En diciembre de 1934 hubo un enfrentamiento entre soldados italianos y abisinios en las fronteras de Abisinia y la Somalilandia italiana, que serviría de pretexto para que Italia presentara al mundo sus reclamaciones sobre el reino de Etiopía, de modo que a partir de entonces el problema de contener a Alemania en Europa quedó confuso y distorsionado frente al destino de Abisinia.

Capítulo VI

LA PÉRDIDA DE LA PARIDAD AÉREA (1934-1935)

El Estado Mayor alemán no creía que se pudiera formar y hacer madurar al Ejército alemán a una escala mayor que la del francés y que se le pudieran proporcionar arsenales y equipamiento antes de 1943. La Armada alemana, dejando aparte los submarinos, no podría recuperar su estado anterior hasta pasados doce o quince años y, mientras tanto, sería una fuerte competencia para todos los demás planes. Pero debido al desafortunado descubrimiento, por parte de una civilización inmadura, del motor de combustión interna y del arte de volar, entró en escena una nueva arma de rivalidad nacional, capaz de modificar mucho más rápidamente el poder bélico relativo de los estados. Un país de primera magnitud, que participara en la creciente acumulación de conocimientos de la humanidad y en el avance de la ciencia, podría necesitar, si se lo proponía, apenas cuatro o cinco años para crear una Fuerza Aérea poderosa, quizá suprema, o menos en caso de que hubiera trabajos o análisis previos.

Igual que en el caso del Ejército alemán, la recreación de la potencia aérea alemana se preparó cuidadosamente en secreto durante mucho tiempo. En 1923 ya se había decidido que la futura Fuerza Aérea alemana debía formar parte de la maquinaria bélica nacional. Por el momento, el Estado Mayor se conformaba con construir, dentro del «ejército sin fuerza aérea», la estructura de una Fuerza Aérea bien articulada que no se pudiera distinguir, o al menos que no se distinguiera en esos primeros años, desde el exterior. De todas las formas de poder militar, el poderío aéreo es el más difícil de medir, o incluso de expresar en términos precisos. La medida en que las fábricas y los campos de entrenamiento de la aviación civil adquieran un valor y una significación militar en un momento determinado no es fácil de determinar ni mucho menos de definir con precisión. Las oportunidades de ocultación, camuflaje e incumplimiento de tratados son numerosas y variadas. El aire era el único que le ofrecía a Hitler la oportunidad de un atajo, primero para alcanzar la igualdad y después la preponderancia, en un arma militar vital, con respecto a Francia y Gran Bretaña. Pero ¿qué harían estos dos países?

En otoño de 1933 se hizo evidente que ni por imposición ni mucho menos por ejemplo triunfaría el esfuerzo británico de lograr el desarme. El pacifismo del Partido Laborista y el Liberal no se vio afectado siquiera por un acontecimiento tan grave como la salida de Alemania de la Sociedad de Naciones. Los dos siguieron instando al desarme británico en nombre de la paz y a quien estuviera en contra lo llamaban «belicista» y «alarmista». Parece que compartían su sentimiento las personas que, evidentemente, no comprendían lo que estaba ocurriendo. En una elección para cubrir

un escaño vacante en el Parlamento, que se celebró en East Fulham el veinticinco de octubre, una oleada de sentimientos pacifistas incrementó el voto socialista en casi nueve mil, mientras que los conservadores obtuvieron más de diez mil votos menos. Después de conocer el resultado de las urnas, el candidato vencedor dijo que «el pueblo británico exige […] a su Gobierno que dé ejemplo a todo el mundo, poniendo en práctica de inmediato una política de desarme general». Y Lansbury, el jefe del Partido Laborista, comentó que todas las naciones deben «desarmarse hasta el nivel de Alemania, como una medida preliminar al desarme total». Esta elección produjo una honda impresión en Baldwin, que la mencionó tres años después en un discurso memorable. En noviembre se celebraron las elecciones al Reichstag en las que no se pudieron presentar más candidatos que los que contaban con la aprobación de Hitler, y los nazis obtuvieron el 95 por 100 de los votos emitidos.

Sería un error al juzgar la política del gobierno británico no recordar el deseo apasionado de paz que animaba a la mayoría desinformada y mal informada del pueblo británico y que parecía amenazar con la extinción política a cualquier partido o político que se atreviera a seguir cualquier otra corriente, lo cual, evidentemente, no sirve de excusa para los dirigentes políticos que no cumplen con su deber. Es mucho mejor que pierdan su cargo los partidos o los políticos que poner en peligro la vida de la nación. Además, no hay ningún antecedente en nuestra historia de que un gobierno le pidiera al Parlamento y al pueblo las medidas necesarias para la defensa y fuera rechazado. Sin embargo, los que asustaron al tímido gobierno MacDonald-Baldwin y lo apartaron de su camino por lo menos deberían guardar silencio.

La estimación de los gastos aéreos a marzo de 1934 alcanzaba un total de apenas veinte millones de libras e incluían la provisión para cuatro escuadrones nuevos, o un incremento de nuestra potencia aérea de primera línea de 850 a 890 aparatos. El gasto financiero del primer año ascendía a ciento treinta mil libras esterlinas.

A este respecto, manifesté en la cámara de los Comunes:

> Se supone que somos tan sólo la quinta potencia aérea del mundo, si acaso. Tenemos la mitad de la capacidad de Francia, nuestro vecino más próximo. Alemania se está armando rápidamente y nadie se lo va a impedir, eso parece evidente. Nadie propone una guerra preventiva para evitar que Alemania incumpla el tratado de Versalles. Se va a armar, ya lo está haciendo y hace tiempo que lo hace. […] Es hora de que tomemos las medidas necesarias, pero que sean las medidas que queremos. Queremos medidas que nos permitan alcanzar la paridad. Ninguna nación que desempeñe el papel que desempeñamos y aspiramos a desempeñar en el mundo tiene derecho a estar en una posición en la que la puedan chantajear. […]

Invité a Baldwin a actuar, al ser el hombre que poseía el poder. Suyo era el poder, suya la responsabilidad.

En su réplica, respondió Baldwin:

> Si fracasan todos nuestros esfuerzos de lograr un acuerdo, y si no se puede conseguir esta igualdad en las cuestiones que he mencionado, entonces cualquier gobierno de este país, un gobierno nacional más que

> ningún otro, y *este* gobierno en particular, se ocupará de que en cuanto a fuerza aérea y potencia aérea este país no siga siendo inferior a ningún otro que esté al alcance de nuestras costas.

Aquí teníamos una promesa solemne y definitiva, hecha en un momento en el que era casi seguro que se podría haber cumplido si se hubiese emprendido una acción enérgica a gran escala. Sin embargo, cuando el veinte de julio el gobierno presentó unas propuestas tardías e inadecuadas para reforzar la Fuerza Aérea británica con cuarenta y un escuadrones, o unos ochocientos veinte aparatos, *que sólo se llevaría a cabo en cinco años*, el Partido Laborista, con el apoyo de los liberales, aprobó un voto de censura en la cámara de los Comunes. Dijo Attlee, hablando en su nombre: «Negamos que exista la necesidad de incrementar los armamentos aéreos. […] Negamos la propuesta de que incrementar la Fuerza Aérea británica contribuya a la paz mundial y rechazamos totalmente la necesidad de paridad». El Partido Liberal apoyó esta moción de censura y su líder, sir Herbert Samuel, afirmó: «¿Qué pasa con Alemania? Nada de lo que hayamos visto u oído hasta ahora indica que nuestra Fuerza Aérea actual no sea adecuada para hacer frente a cualquier peligro que se produzca en este momento desde esa dirección».

Si pensamos que éste era el lenguaje que usaban, tras cuidadosa deliberación, los responsables de los partidos, es evidente el peligro que corría nuestro país. Era el período formativo durante el cual, haciendo grandes esfuerzos, podríamos haber preservado la fortaleza aérea sobre la que se basaba nuestra libertad de acción. Si tanto Gran Bretaña como Francia hubiesen mantenido una paridad cuantitativa con Alemania habrían sido el doble de fuertes juntas, y es posible que hubieran cortado de raíz la carrera de violencia de Hitler sin ninguna pérdida de vidas humanas. A partir de entonces, fue demasiado tarde. No podemos dudar de la sinceridad de los dirigentes del Partido Socialista y el Liberal, aunque estaban totalmente equivocados y tienen su parte de responsabilidad ante la historia. Sin duda, es increíble que el Partido Socialista haya intentado, años después, reclamar una mayor clarividencia y que haya reprochado a sus adversarios que no supieran defender la seguridad nacional.

En aquella época yo disfrutaba de la ventaja de poder reclamar el rearme como defensor del gobierno. Por tanto, el Partido Conservador me prestó una atención insólita.

> No creo que haya habido ningún otro gobierno más pacifista que éste. Tenemos aquí al primer ministro [Ramsay MacDonald] que durante la guerra demostró de la forma más extrema y con gran coraje sus convicciones y los sacrificios que estaba dispuesto a hacer por lo que él creía que era la causa del pacifismo. El público relaciona al Lord Presidente del Consejo [Baldwin] con su insistente plegaria: «Que reine la paz en nuestro tiempo». Cabría suponer que, cuando ministros como éstos proponen y sugieren que les da la impresión de que tienen la obligación de pedir un pequeño incremento en los medios de que disponen para garantizar la seguridad pública, la oposición debería tenerlo en cuenta y se debería tomar como prueba de la realidad del peligro del que pretenden protegernos. […] Somos una presa rica y fácil. No hay otro país tan vulnerable, ni hay otro país que compense más el saqueo que el nuestro. […] *Con*

> *nuestra inmensa metrópoli, el mayor blanco del mundo, una especie de vaca gruesa, impresionante, valiosa, atada para atraer a los animales rapaces*, nos encontramos en una posición en la que no hemos estado nunca, y en la que no se encuentra ningún otro país en este momento.
>
> *No debemos olvidar que nuestra debilidad no sólo nos concierne a nosotros, sino que también afecta a la estabilidad de Europa*.

Sostuve a continuación que Alemania se acercaba a la paridad aérea con Gran Bretaña:

> Afirmo, en primer lugar, que Alemania, violando el Tratado, ya ha creado *una Fuerza Aérea militar que en la actualidad tiene la fuerza de casi dos tercios de nuestra actual Fuerza Aérea para la defensa nacional*. Ésta es mi primera propuesta al gobierno para su consideración. La segunda es que Alemania está haciendo crecer rápidamente esta Fuerza Aérea, no sólo mediante grandes sumas de dinero que figuran en sus presupuestos, sino también por suscripciones públicas (con mucha frecuencia casi forzosas) que se aplican y se vienen aplicando hace algún tiempo en toda Alemania. *Afínales de 1935, la Fuerza Aérea alemana será casi equivalente, en cifras y eficacia, a nuestra Fuerza Aérea para la defensa nacional en esa fecha, por más que se lleven a cabo las actuales propuestas del gobierno*.
>
> La tercera afirmación es que si Alemania continúa con esta expansión y si nosotros seguimos con nuestro plan, en algún momento de 1936 Alemania será decidida y sustancialmente más fuerte en el aire que Gran Bretaña. En cuarto lugar, y éste es el punto que despierta preocupación, cuando ellos consigan esa supremacía es posible que nunca podamos superarla. […] *Si el gobierno tiene que reconocer en algún momento de los próximos años que las fuerzas aéreas alemanas son más fuertes que las nuestras, se considerará, y yo creo que se considerará con razón, que ha fracasado en su obligación fundamental hacia el país*. […]

Evidentemente, el voto de censura laborista fue rechazado por amplia mayoría y no me cabe duda de que la nación, si se hubiera apelado a ella con la preparación adecuada con respecto a estas cuestiones, habría apoyado del mismo modo las medidas necesarias para la seguridad nacional.

No se puede narrar esta historia sin registrar el camino que recorrimos en nuestro largo viaje desde la seguridad hasta las garras de la muerte. Al mirar atrás, me quedo atónito ante la cantidad de tiempo que nos concedieron. En 1933, o incluso en 1934, Gran Bretaña habría podido crear una potencia aérea que impusiese a la ambición de Hitler las restricciones necesarias, o quizá que permitiese a los dirigentes militares de Alemania controlar sus actos violentos. Todavía tenían que pasar más de cinco años antes de que nos enfrentáramos con la terrible experiencia. Si hubiéramos actuado incluso en ese momento, con razonable prudencia y sana energía, tal vez no habría ocurrido nunca. De haber tenido una potencia aérea superior, Gran Bretaña y Francia podrían haber solicitado la ayuda de la Sociedad de Naciones, y todos los países de Europa se habrían puesto de su lado. Por primera vez, la Sociedad habría sido un instrumento de autoridad.

Cuando se inauguraron las sesiones de invierno, el veintiocho de noviembre de 1934, presenté, en nombre de varios amigos míos[9], una enmienda a la alocución, en

la que declaraba que «la fuerza de nuestras defensas nacionales, y sobre todo la de nuestras defensas aéreas, ya no resulta adecuada para garantizar la paz, la seguridad y la libertad de los fíeles súbditos de Su Majestad». La Cámara estaba repleta y escuchaba con sumo interés. Después de usar todos los argumentos para destacar el gran peligro que corríamos tanto nosotros como todo el mundo, pasé a los hechos concretos:

«Afirmo, en primer lugar, que Alemania ya posee, en este momento, una Fuerza Aérea militar […] y que ésta […] está a punto de igualar a la nuestra. En segundo lugar, […] la Fuerza Aérea militar alemana será, el año que viene por estas fechas, por lo menos tan fuerte como la nuestra, y puede que más. En tercer lugar, […] a finales de 1936, es decir, un año después, o dos a partir de este momento, la Fuerza Aérea militar alemana será casi el 50 por 100 más fuerte y en 1937 casi el doble».

Baldwin, que habló inmediatamente después que yo, se enfrentó a la cuestión directamente y, con los argumentos preparados por sus asesores del Ministerio de Aviación me hizo frente con una contradicción:

«No es cierto que Alemania esté a punto de igualarnos. […] Alemania se dedica activamente a producir aviones para las Fuerzas Armadas, pero su potencia real no es el 50 por 100 de la que tenemos actualmente en Europa. En cuanto a la posición que tenga el año próximo por estas fechas, […] *aunque la Fuerza Aérea militar alemana sea por lo menos tan fuerte como la nuestra, y probablemente más, calculamos que tendremos un margen, sólo en Europa, de casi el 50 por 100*. No puedo ver más allá de los próximos dos años. El señor Churchill se refiere a lo que puede ocurrir en 1937. Las investigaciones que he podido hacer me inducen a opinar que sus cifras son muy exageradas».

Esta arrolladura convicción por parte de quien prácticamente era el primer ministro tranquilizó a la mayoría de los alarmados y silenció a muchos de los críticos. Todos se pusieron contentos al saber que mis declaraciones tan precisas habían sido desmentidas por una autoridad fidedigna. Yo no quedé convencido en absoluto. Me pareció que sus asesores no le decían a Baldwin la verdad y, de todos modos, que no conocía los hechos.

De este modo transcurrieron los meses de invierno y no volví a tener ocasión de plantear la cuestión hasta la primavera. Antes de hacerlo, le presenté a Baldwin un informe completo y detallado y cuando, el diecinueve de marzo de 1935, se presentó a la Cámara el presupuesto de la Aviación, reiteré mi declaración de noviembre y volví a poner directamente en entredicho las garantías que proporcionó en ese momento. El subsecretario de Aviación ofreció una respuesta muy confiada. Sin embargo, a finales de marzo, Edén y el ministro de Asuntos Exteriores fueron a Alemania a entrevistarse con Hitler y, en el transcurso de una importante conversación, cuyo texto consta por escrito, él les dijo personalmente que la Fuerza

Aérea alemana ya estaba a la par de la británica. El gobierno hizo público este hecho el tres de abril. A comienzos de mayo, el primer ministro escribió un artículo en su propio boletín, *The Newsletter*, destacando los riesgos del rearme alemán en términos similares a los que yo había utilizado tan a menudo desde 1932. Utilizó una palabra reveladora, «emboscada», que debió de surgir de su preocupación. No cabía duda de que habíamos caído en una emboscada. El propio MacDonald comenzó el debate. Después de hacer referencia a la intención alemana declarada de crear una flota superior a la que les permitía el tratado, con submarinos, a pesar de que el tratado no se los permitía, reconoció que Hitler afirmaba que había alcanzado la paridad con Gran Bretaña en el aire. «Sea cual fuere la interpretación exacta de esta frase en términos de poderío aéreo, indicaba sin duda que la fuerza alemana había crecido hasta un punto que excedía considerablemente los cálculos que presentamos a la Cámara el año pasado. Éste es un hecho grave, del que tanto el gobierno como el Ministerio de Aviación han tomado nota de inmediato».

Cuando me tocó el turno, dije:

«Ni siquiera ahora estamos tomando unas medidas que deberían ser realmente proporcionales a nuestras necesidades. El gobierno ha propuesto estos incrementos. Tienen que hacer frente a la tormenta. Tendrán que tropezar con todo tipo de ataques injustos. Tergiversarán sus motivos. Serán calumniados y los llamarán belicistas. Recibirán todo tipo de ataques por parte de fuerzas poderosas, muy numerosas y que se hacen oír mucho en este país. Les van a hacer la vida imposible de todos modos. ¿Por qué, entonces, no luchar por algo que nos brinde seguridad? ¿Por qué, entonces, no insistir para que las previsiones para la Fuerza Aérea sean adecuadas y entonces, por grave que sea la censura y por estridentes que sean los improperios que tengan que enfrentar, de todos modos obtendrán un resultado satisfactorio: que el gobierno de Su Majestad pueda sentir que en ésta, de todas las cuestiones que son la responsabilidad fundamental del gobierno, han cumplido con su deber?».

Aunque la Cámara me escuchó atentamente, experimenté una sensación de desesperación. Estar tan absolutamente convencido y justificado en una cuestión de vida o muerte para el propio país y no ser capaz de hacer que el Parlamento y la nación hicieran caso de la advertencia o que aceptaran las pruebas e hicieran algo, fue una experiencia muy dolorosa.

Hasta el veintidós de mayo de 1935 Baldwin no hizo su célebre confesión, que me veo obligado a citar:

> En primer lugar, con respecto a la cifra de aviones alemanes que mencioné en noviembre, no he recibido ninguna información desde entonces que me hiciera suponer que la cifra era incorrecta. En ese momento yo pensaba que era correcta. *En lo que sí me equivoqué fue en mis cálculos sobre el futuro. En eso estaba totalmente equivocado. Nos dejamos engañar por completo en este asunto*. […]
>
> Repito una vez más que, en mi opinión, en lo que estamos haciendo no hay motivos para el pánico. Pero afirmo con toda intención, con todo el conocimiento que tengo de la situación, que no seguiría

> formando parte, ni por un momento, de un gobierno que adoptara medidas menos decisivas que las que estamos tomando ahora. Creo que corresponde decir que ha habido muchas críticas, tanto en la prensa como de viva voz, acerca del Ministerio de Aviación, como si, ellos fueran los responsables de un programa que podría ser inadecuado, por no haber avanzado más deprisa y por muchas cosas más. Sólo quiero repetir que, sea cual fuere la responsabilidad que haya (y estamos perfectamente dispuestos a aceptar las críticas), *esa responsabilidad no le corresponde a un solo ministro, sino que es la responsabilidad del gobierno en su totalidad, y todos somos responsables y todos tenemos la culpa*.

Tenía la esperanza de que esta vergonzosa confesión fuera un acontecimiento decisivo y que por lo menos se estableciera un comité parlamentario de todos los partidos para presentar un informe sobre los hechos y sobre nuestra seguridad. Pero la reacción de la cámara de los Comunes fue otra. Aunque nueve meses antes la oposición laborista y la liberal presentaron o apoyaron un voto de censura por los pasos que adoptó el gobierno, por modestos que fueran, se mostraron incapaces e indecisos. Tenían mucho interés en una elección contraria a los «armamentos tories». Ni el portavoz laborista ni el liberal estaban preparados para las revelaciones ni la confesión de Baldwin, y no intentaron adaptar sus discursos a este episodio excepcional. Lo que dijeron no tuvo nada que ver con la emergencia en la que reconocieron que nos encontrábamos, ni con los hechos mucho más graves que ahora sabíamos que vendrían a continuación.

Por su parte, pareció que la franqueza de Baldwin había cautivado a la mayoría gubernamental. El hecho de confesar que estaba totalmente equivocado, con todas las fuentes de información a su alcance, sobre una cuestión vital de la que era responsable, se suponía que lo redimía por la sinceridad con la que reconoció su error y asumió la culpa. Incluso se produjo una extraña oleada de entusiasmo por un ministro que no dudaba en reconocer que estaba equivocado. De hecho, muchos parlamentarios conservadores parecían enfadados conmigo por haber puesto al líder en quien confiaban en un aprieto del que sólo pudo salir gracias a su innata hombría y su honestidad. Él había salido del aprieto, pero su país, por desgracia, no.

Había caído sobre nosotros un desastre de primera magnitud. Hitler ya había alcanzado la paridad con Gran Bretaña. A partir de entonces, sólo tendría que impulsar sus fábricas y sus escuelas de formación a toda velocidad, no sólo para mantener su supremacía en el aire sino para aumentarla constantemente. A partir de entonces, todas las amenazas desconocidas e inconmensurables que podían producirse como consecuencia de un ataque aéreo a Londres serían un factor decisivo e imperioso en todas nuestras decisiones. Además, no podríamos alcanzarla o, en todo caso, el gobierno nunca lo consiguió. Hay que concederles, a ellos y al Ministerio de Aviación, el mérito de la gran eficacia de la Fuerza Aérea británica, pero se rompió de forma irreparable la promesa de mantener la paridad aérea. Es cierto que posteriormente la expansión de la Fuerza Aérea alemana no prosiguió al mismo ritmo que en el período en el que consiguieron la paridad. Sin duda tuvieron

que hacer un esfuerzo supremo para alcanzar de un salto esta posición dominante y para aprovecharla diplomáticamente. Le proporcionó a Hitler la base para los sucesivos actos de agresión que había planeado y que ahora estaban a punto de producirse. El gobierno británico hizo esfuerzos muy considerables durante los cuatro años siguientes. Los primeros prototipos de los siempre famosos aviones de caza Hurricane y Spitfire volaron en noviembre de 1935 y en marzo de 1936, respectivamente. De inmediato se ordenó su fabricación a gran escala y estuvieron disponibles cierto número de ellos, aunque no en seguida. No cabe duda de que éramos superiores en calidad aérea, pero a partir de entonces nos superaron en cantidad. Al comenzar la guerra, nuestras cifras no alcanzaban ni la mitad de las alemanas.

Capítulo VII

DESAFÍO Y RESPUESTA (1935)

Se habían acabado los años de actividades clandestinas o preparativos disimulados, y Hitler finalmente se sentía lo bastante fuerte para acometer su primer desafío manifiesto. El nueve de marzo de 1935 se anunció la constitución oficial de la Fuerza Aérea alemana, y el día dieciséis se declaró que a partir de entonces se constituiría el Ejército alemán a partir del servicio militar obligatorio a nivel nacional. Poco después se promulgaron las leyes para poner en práctica estas decisiones, pero ya se habían tomado medidas al respecto. El gobierno francés, bien informado de lo que iba a ocurrir, en realidad había decretado la consiguiente extensión de su propio servicio militar a dos años pocas horas antes, ese mismo día memorable. La acción alemana fue una afrenta formal y abierta a los tratados de paz sobre los que se fundaba la Sociedad de Naciones. Mientras los incumplimientos revistieron la forma de evasivas o de cambiarle los nombres a las cosas, las potencias victoriosas responsables, obsesionadas por el pacifismo y preocupadas por su política interior, no tuvieron inconveniente en evitar la responsabilidad de declarar el incumplimiento o el repudio del tratado de paz. Pero entonces la cuestión se presentaba con una fuerza brutal. Casi el mismo día, el gobierno etíope apeló a la Sociedad de Naciones contra las exigencias amenazadoras de Italia. Cuando el veinticuatro de marzo, con estos antecedentes, acudieron a Berlín, invitados por Hitler, sir John Simón y el Lord del Sello Privado, Edén, al gobierno francés no le pareció oportuna la ocasión, ya que tenían que hacer frente no sólo a la reducción de su Ejército, en la que tanto había insistido MacDonald el año anterior, sino también a la prolongación del servicio obligatorio de un año a dos. Con la postura que tenía entonces la opinión pública, la tarea no era fácil. No sólo los comunistas sino también los socialistas habían votado en contra de la medida. Cuando Léon Blum afirmó que «los trabajadores franceses se alzarán para resistir la agresión hitleriana», Thorez replicó, con el aplauso de su facción prosoviética, que «no toleraremos que se arrastre a las clases trabajadoras a una llamada guerra en defensa de la democracia contra el fascismo».

Estados Unidos se había lavado las manos en todo lo concerniente a Europa, aparte de desearle buena suerte a todos, y estaba seguro de que no tendría que volver a preocuparse del asunto nunca más. Pero Francia, Gran Bretaña y también, sin duda, Italia, a pesar de sus discordancias, se veían obligadas a poner en tela de juicio este acto de Hitler que sin duda suponía una violación del tratado. Con el auspicio de la Sociedad de Naciones se convocó una conferencia de los antiguos aliados principales en Stresa, donde se propusieron a debate todas estas cuestiones.

En general, todos estaban de acuerdo en que no iban a tolerar la franca violación de unos tratados tan solemnes, cuya preparación había costado la vida de millones de hombres. Pero los representantes británicos dejaron bien claro que no se plantearían la posibilidad de aplicar sanciones en caso de una violación del tratado, lo que, naturalmente, limitó la conferencia al terreno de las palabras. Se aprobó por unanimidad una resolución según la cual resultaban inaceptables las violaciones «unilaterales» (con lo cual querían decir «de una sola parte») de los tratados, y se invitó a la Sociedad de Naciones a pronunciarse sobre la situación que se presentaba. En la segunda tarde de la conferencia, Mussolini apoyó con decisión esta acción y se opuso categóricamente a la agresión de una potencia hacia otra. La declaración definitiva fue la siguiente:

> Las tres potencias que tienen como objetivo de su política el mantenimiento colectivo de la paz dentro del marco de la Sociedad de Naciones, están plenamente de acuerdo en oponerse, por todos los medios posibles, a un repudio unilateral de los tratados que ponga en peligro la paz de Europa, y actuarán en estrecha y cordial colaboración a tal efecto.

En su discurso, el dictador italiano subrayó las palabras «paz de Europa», e hizo una pausa después de «Europa», que no pasó inadvertida. Este énfasis en Europa en seguida llamó la atención de los representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, que aguzaron los oídos y entendieron que, si bien Mussolini estaba dispuesto a colaborar con Francia y Gran Bretaña para evitar que Alemania se rearmara, se reservaba para sí cualquier incursión en África contra Abisinia que él decidiera realizar posteriormente. ¿Convenía plantear esta cuestión? Esa noche, los funcionarios de Asuntos Exteriores se reunieron para debatirlo. Pero a todos les interesaba tanto obtener el apoyo de Mussolini con respecto a Alemania que no pareció aconsejable en ese momento hacerle ninguna observación sobre Abisinia, porque sin duda le habría molestado mucho. Por tanto, no se planteó la cuestión, que se coló por omisión, y a Mussolini le dio la impresión, en cierto sentido con razón, de que los aliados aceptaban su declaración y que le darían carta blanca contra Abisinia. Los franceses no dijeron nada al respecto y así acabó la conferencia.

A su debido tiempo, del quince al diecisiete de abril, el Consejo de la Sociedad de Naciones examinó la supuesta violación del tratado de Versalles cometida por Alemania al decretar el servicio militar obligatorio. En el Consejo estuvieron representados los siguientes países: la República Argentina, Australia, Checoslovaquia, Chile, Dinamarca, España, Francia, Gran Bretaña, Italia, México, Polonia, Portugal, Turquía y la Unión Soviética. Todos votaron a favor del principio de que no se debían violar los tratados por una acción «unilateral» y remitieron la cuestión a la Asamblea plenaria de la Sociedad. Al mismo tiempo, los ministros de Asuntos Exteriores de los tres países escandinavos, Suecia, Noruega y Dinamarca, muy preocupados por el equilibrio naval en el Báltico, también se reunieron para

manifestar su apoyo. En total, diecinueve países presentaron una protesta formal. ¡Pero qué inútiles eran todas estas votaciones si ni una sola potencia ni un grupo de potencias se planteaban el uso de la FUERZA, ni siquiera como último recurso!

Laval no estaba dispuesto a acercarse a Rusia con la misma firmeza que Barthou, pero Francia tenía esa necesidad apremiante. Sobre todo, les parecía necesario a los que se preocupaban por la vida de Francia obtener un acuerdo nacional con respecto a los dos años de servicio militar que se aprobaron en marzo por una estrecha mayoría. El gobierno soviético era el único que podía otorgar autorización al importante sector de los franceses con cuya lealtad contaban. Además, en Francia había un deseo general de revivir la antigua alianza de 1895, o algo parecido. El dos de mayo de 1935 el gobierno francés estampó su firma en un pacto francosoviético, un documento nebuloso que garantizaba la asistencia mutua ante una agresión por un plazo de cinco años.

Con el fin de obtener resultados tangibles en el campo político francés, Laval estuvo tres días en Moscú, donde lo recibió Stalin. Mantuvieron largas y pesadas discusiones, de las cuales puedo consignar un fragmento que no se había publicado nunca hasta ahora. Evidentemente, Stalin y Mólotov tenían mucho interés en conocer la fuerza que tendría el ejército francés en el frente occidental: cuántas divisiones, qué período de servicio. Después de hablar sobre este asunto, dijo Laval: «¿No podrían ustedes hacer algo para alentar la religión y el catolicismo en Rusia? A mí me vendría muy bien frente al papa». «¡Vaya! —dijo Stalin—. ¡El papa! Y él, ¿de cuántas divisiones dispone?». No me contaron la respuesta de Laval, pero es muy probable que mencionara una cantidad de legiones que no siempre se ven desfilando juntas. Laval no había tenido nunca la intención de comprometer a Francia con ninguna de las obligaciones concretas que los soviéticos tienen la costumbre de exigir. No obstante, el quince de mayo consiguió una declaración pública de Stalin en la que aprobaba la política de defensa nacional que Francia llevaba a cabo para mantener sus Fuerzas Armadas en un nivel de seguridad. Con estas instrucciones, los comunistas franceses dieron un giro de inmediato y manifestaron ruidosamente su apoyo al programa de defensa y a los dos años de servicio militar. Como factor para la seguridad europea, el pacto francosoviético, que no incluía ningún compromiso vinculante para ninguna de las dos partes en caso de producirse una agresión alemana, sólo tuvo ventajas limitadas. No se consiguió una verdadera confederación con Rusia. Además, en su viaje de regreso, el ministro de Asuntos Exteriores de Francia se detuvo en Cracovia para asistir al funeral del mariscal Pilsudski y allí se encontró con Góring, con quien estuvo conversando con mucha cordialidad. Los alemanes se encargaron de hacer llegar a Moscú sus manifestaciones sobre la desconfianza y el desagrado que le producían los soviéticos.

La salud y la capacidad de MacDonald habían disminuido tanto que resultaba imposible seguir manteniéndolo como primer ministro. Nunca fue muy popular para el Partido Conservador, que, por sus antecedentes políticos y bélicos y sus convicciones socialistas, hacía tiempo que tenía prejuicios contra él, mitigados posteriormente por la piedad. No hubo hombre más odiado, ni con mayor motivo, por el Partido Laborista-Socialista, que en gran medida contribuyó a crear y después dejó de lado, en lo que ellos consideraban su traidora deserción, en 1931. En la amplia mayoría del gobierno no tenía más que siete seguidores de su partido. La política de desarme a la que dedicó sus mayores esfuerzos personales demostró ser un fracaso estrepitoso. No podía faltar mucho para unas elecciones generales, en las que no desempeñaría un papel demasiado útil. En estas circunstancias, no fue ninguna sorpresa que el siete de junio se anunciara que él y Baldwin se habían intercambiado el lugar y el cargo, y que Baldwin sería primer ministro por tercera vez. El Ministerio de Asuntos Exteriores también cambió de manos. Los esfuerzos de sir Samuel Hoare al frente del gobierno de la India culminaron con la aprobación de la ley sobre el gobierno de la India, con lo que quedó disponible para dedicarse a una esfera de importancia más inmediata. Hacía algún tiempo que sir John Simón recibía amargas críticas de los conservadores influyentes relacionados con el gobierno a causa de su política exterior, de modo que lo trasladaron al Ministerio del Interior, que conocía muy bien, y sir Samuel Hoare pasó a ocupar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Al mismo tiempo, Baldwin utilizó un nuevo recurso y nombró a Anthony Edén ministro para los asuntos relacionados con la Sociedad de Naciones. Edén llevaba casi diez años de dedicación prácticamente exclusiva al estudio de los asuntos exteriores. Cuando tuvo que dejar Eton a los dieciocho años, para luchar en la primera guerra mundial, prestó distinguidos servicios durante cuatro años en el 60.º Regimiento de Fusileros en muchas de las batallas más sangrientas y fue ascendido al rango de comandante de brigada, con la Cruz Militar. Trabajaría en el Ministerio de Asuntos Exteriores, con la misma categoría que el propio ministro y tendría pleno acceso a los despachos y al personal del ministerio. El objetivo de Baldwin era, sin duda, conciliar la fuerte marea de la opinión pública en relación con la unión de la Sociedad de Naciones, demostrando la importancia que le daba a la Sociedad y a la conducción de nuestros propios asuntos en Ginebra. Cuando alrededor de un mes después tuve ocasión de hacer un comentario sobre lo que describí como «el nuevo plan para tener dos ministros de Asuntos Exteriores iguales», destaqué los evidentes defectos que esto significaba.

Mientras los hombres y las cuestiones estaban en esta posición, el gobierno británico hizo algo sumamente sorprendente. Al menos, parte de su impulso partió

del Almirantazgo. Siempre resulta peligroso que los miembros del Ejército, la Armada o la Fuerza Aérea se metan en política, porque entran en un ámbito en el que los valores son muy diferentes a los que han estado acostumbrados hasta ese momento. Está claro que seguían la tendencia, o incluso el sentido, del Primer Lord y del Consejo de Ministros, que eran los únicos responsables, pero también había una corriente favorable en el Almirantazgo. Hacía algún tiempo que el Almirantazgo británico y el alemán mantenían conversaciones sobre la proporción de ambas flotas. Según el tratado de Versalles, Alemania no tenía derecho a construir más de seis acorazados de diez mil toneladas, además de seis cruceros ligeros que no superaran las seis mil toneladas. El Almirantazgo británico se acababa de enterar de que los dos últimos acorazados de bolsillo, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, eran mucho más grandes de lo que permitía el tratado, y de un tipo totalmente diferente. En realidad, resultaron ser cruceros de combate ligeros de veintiséis mil toneladas, o destructores «corsarios» de primera, y desempeñaron un papel significativo en la segunda guerra mundial.

Ante una violación del tratado de paz tan descarada y fraudulenta como ésta, cuidadosamente planeada e iniciada por lo menos dos años antes (en 1933), en realidad al Almirantazgo se le ocurrió que valía la pena celebrar un acuerdo naval anglogermano, para lo que el gobierno de Su Majestad no consultó a su aliado francés ni informó a la Sociedad de Naciones. Al tiempo que apelaban a la Sociedad y obtenían el apoyo de sus miembros para protestar porque Hitler violaba las disposiciones militares del tratado, ellos mismos, por un acuerdo privado, procedían a anular las cláusulas navales del mismo tratado.

El elemento más importante del acuerdo era que la Armada alemana no podía exceder un tercio de la británica, lo que atrajo enormemente al Almirantazgo, que recordaba la época anterior a la primera guerra mundial cuando se había conformado con una proporción de dieciséis a diez. Con esta perspectiva, y fiándose de las garantías alemanas, procedieron a conceder a Alemania el derecho a construir submarinos, que le estaba prohibido expresamente en el tratado de paz. Alemania podía construir hasta un 60 por 100 de la cantidad de submarinos que tenía Gran Bretaña y, si le parecía que las circunstancias eran excepcionales, podía construir hasta un 100 por 100. Evidentemente los alemanes se comprometían a no utilizar nunca sus submarinos contra buques mercantes. ¿Entonces, para qué los necesitaban? Porque estaba claro que, si se cumplía el resto del acuerdo, no podían influir en la decisión naval en lo que respecta a buques de guerra.

La limitación de la flota alemana a un tercio de la británica permitió a Alemania poner en marcha un programa de nueva construcción que haría trabajar al máximo a sus astilleros al menos durante diez años. Por tanto, no se impuso ninguna limitación ni restricción práctica de ningún tipo a la expansión naval alemana. Podían construir

tan deprisa como les fuera posible físicamente. El cupo de buques que el proyecto británico le asignaba a Alemania era, de hecho, mucho más generoso de lo que a Alemania le convenía usar, teniendo en cuenta en parte, sin duda, que tenían que repartir el blindaje entre la construcción de buques de guerra y la de carros de combate. Ahora sabemos que Hitler informó al almirante Raeder que no era probable que hubiera guerra con Inglaterra hasta 1944-1945, de modo que el desarrollo de la Armada alemana se planificó a largo plazo. Sólo en lo que respecta a los submarinos construyeron todo lo que les permitían los papeles. En cuanto fueron capaces de superar el límite del 60 por 100, invocaron la cláusula que les permitía construir hasta el 100 por 100, y de hecho habían construido cincuenta y siete cuando comenzó la guerra.

En el diseño de los nuevos acorazados, los alemanes tenían además la ventaja de no tener que respetar lo establecido en el acuerdo naval de Washington ni en la conferencia de Londres. En seguida comenzaron a construir el *Bismarck* y el *Tirpitz* y, mientras Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos tenían que tener en cuenta el límite de las treinta y cinco mil toneladas, estas dos grandes naves se diseñaron con un desplazamiento de más de cuarenta y cinco mil toneladas, lo que las convirtió, sin duda, una vez acabadas, en las naves más poderosas del mundo.

También fue una gran ventaja diplomática para Hitler en este momento el hecho de poder dividir a los aliados, al estar uno de ellos dispuesto a aprobar el incumplimiento del tratado de Versalles y a invertir la recuperación de la plena libertad para rearmarse con la autorización que le brindaba el acuerdo con Gran Bretaña. Las consecuencias del anuncio fueron otro golpe para la Sociedad de Naciones. Los franceses tenían todo el derecho del mundo a quejarse de que sus intereses vitales se veían afectados por el permiso que Gran Bretaña le había concedido a Alemania para construir submarinos. En este episodio, Mussolini vio pruebas de que Gran Bretaña no obraba de buena fe con sus otros aliados y que, en la medida en que tuviera asegurados sus particulares intereses navales, aparentemente haría cualquier cosa de acuerdo con Alemania, aunque fuera en detrimento de las potencias amigas, amenazadas por el incremento de las fuerzas terrestres alemanas. La actitud aparentemente cínica y egoísta de Gran Bretaña lo alentó a seguir insistiendo con sus planes contra Abisinia. Los países escandinavos que, apenas quince días antes, habían protestado valerosamente cuando Hitler impuso el servicio militar obligatorio en Alemania, descubrieron entonces que Gran Bretaña, entre bastidores, había llegado a un acuerdo sobre la flota alemana que, aunque no fuera más que un tercio de la británica, de todos modos, incluso con esta limitación, dominaría el Báltico.

Los ministros británicos hicieron gran alarde de la oferta alemana de cooperar con nosotros para acabar con los submarinos. Teniendo en cuenta que estaba sujeta a la

condición de que todos los demás países la aceptaran simultáneamente y que todo el mundo sabía que no había la menor posibilidad de que otros países la aceptaran, los alemanes no perdían nada con este ofrecimiento. Lo mismo cabría decir del acuerdo alemán para restringir el uso de los submarinos, a fin de evitar que la guerra de submarinos permitiera cometer atrocidades. ¿Quién iba a suponer que, si los alemanes tenían una gran flota de submarinos y veían a sus mujeres y niños muriendo de hambre a causa de un bloqueo británico, se abstendrían de hacer pleno uso de sus armas? Describí este punto de vista como «el colmo de la credulidad».

Lejos de suponer un paso hacia el desarme, el acuerdo, si se hubiese llevado a cabo a lo largo de varios años, habría provocado, inevitablemente, un incremento mundial de la construcción de nuevos buques de guerra. La Armada francesa, exceptuando sus últimas naves, necesitaba una reconstrucción, lo que también habría tenido consecuencias en Italia. En cuanto a nosotros, era evidente que habríamos tenido que reconstruir la flota británica a gran escala si queríamos mantener nuestra superioridad de tres a uno en barcos modernos. Puede que la idea de que la Armada alemana fuera un tercio de la británica se presentara también a nuestro Almirantazgo como que la Armada británica fuera tres veces más numerosa que la alemana, lo que podría abrir el camino, por fin, a una reconstrucción de nuestra flota. Pero ¿dónde estaban los estadistas?

Este acuerdo fue comunicado al Parlamento por el Primer Lord del Almirantazgo el veintiuno de junio de 1935. Yo lo condené en cuanto tuve oportunidad: en realidad, lo que se hizo fue autorizar a Alemania a construir hasta el máximo de sus posibilidades durante los cinco o seis años siguientes.

Mientras tanto, en el ámbito militar, el establecimiento formal de la conscripción en Alemania el dieciséis de marzo de 1935 marcó el desafío fundamental a Versalles. Pero los pasos mediante los cuales se agrandaba y reorganizaba el Ejército alemán no sólo son de interés técnico. Se cambió el nombre de la Reichswehr por el de Wehrmacht. El Ejército quedaba subordinado a la autoridad suprema del *führer*. Los soldados ya no juraban fidelidad a la Constitución, como antes, sino a la persona de Adolf Hitler. El Ministerio de Guerra quedaba subordinado directamente a las órdenes del *führer*. Se planeó un nuevo tipo de formación: la división acorazada, o «Panzer», de la que en seguida se crearon tres. También se tomaron medidas detalladas para reglamentar a la juventud alemana. Comenzando en las filas de las Juventudes Hitlerianas, los niños alemanes pasaban, a los dieciocho años, de forma voluntaria a la SA durante dos años. Prestar servicio en los Batallones de Trabajo, o Arbeitsdienst, se convirtió en una obligación para todos los alemanes de sexo masculino al cumplir los veintiún años. Durante seis meses tenían que servir a su patria construyendo carreteras, levantando cuarteles o secando pantanos, con lo que

se preparaban física y moralmente para cumplir la obligación suprema de todo ciudadano alemán: servir en las Fuerzas Armadas. En los batallones de trabajo se ponía énfasis en la abolición de clases y en destacar la unidad social del pueblo alemán; en el Ejército, se destacaba la disciplina y la unidad territorial del país.

Entonces comenzó la inmensa tarea de entrenar el nuevo cuerpo y de ampliar los cuadros. El quince de octubre de 1935, desafiando una vez más las cláusulas de Versalles, Hitler, acompañado por los jefes de las Fuerzas Armadas, reabrió con una ceremonia oficial la Escuela de Oficiales del Estado Mayor alemán, que sería el vértice de la pirámide, cuya base ya estaba constituida por las infinitas formaciones de los batallones de trabajo. El siete de noviembre fueron llamados a filas los primeros reclutas, los nacidos en 1914: 596.000 jóvenes que recibirían instrucción en la profesión de las armas. Así, de un solo golpe, al menos en teoría, el Ejército alemán ascendía a casi setecientos mil efectivos.

Estaba claro que, después del primer llamamiento a filas de la clase de 1914, tanto en Alemania como en Francia, en los años posteriores se reduciría el número de reclutas debido a la disminución de nacimientos durante la primera guerra mundial. Por consiguiente, en agosto de 1936 se elevó a dos años el período de servicio militar activo en Alemania. La clase de 1915 ascendía a 464.000 con lo que, sumada a la retención de la clase de 1914 durante un año más, la cantidad de alemanes que recibieron instrucción militar regular en 1936 alcanzaba la cifra de 1.511.000 hombres. Ese mismo año, la fuerza efectiva del Ejército francés, dejando aparte los reservistas, era de 623.000 hombres, de los que sólo 407.000 estaban en Francia.

Las siguientes cifras, que los actuarios de seguros podrían prever con cierta precisión, son muy esclarecedoras:

CUADRO COMPARATIVO DE LOS RECLUTAS FRANCESES Y ALEMANES DE LAS CLASES NACIDAS ENTRE 1914 Y 1920 LLAMADOS A FILAS DE 1934 A 1940

Clase	*Alemanes*	*Franceses*
1914	596.000	279.000
1915	464.000	184.000
1916	351.000	165.000
1917	314.000	171.000
1918	326.000	197.000
1919	485.000	218.000
1920	636.000	360.000
	3.172.000 hombres	1.574.000 hombres

Hasta que estas cifras se convirtieron en hechos, a medida que fueron pasando los

años, siguieron siendo simplemente las sombras de una advertencia. Todo lo que se hizo hasta 1935 quedaba por debajo de la fuerza y el poderío del Ejército francés y sus amplias reservas, aparte de sus numerosos y vigorosos aliados. Incluso en ese momento, una decisión firme, apoyada por la autoridad de la Sociedad de Naciones que se habría podido obtener fácilmente, habría detenido todo el proceso. Se podría haber convocado a Alemania para que acudiera a Ginebra a dar explicaciones y que permitiera la entrada a misiones de investigación de todos los aliados para examinar el estado de sus armamentos y sus formaciones militares que contravenían el tratado o, en caso de que se negara, se podrían haber ocupado otra vez las cabezas de puente del Rin hasta que se garantizara su cumplimento, sin que hubiera ninguna posibilidad de resistencia efectiva ni demasiadas probabilidades de derramamiento de sangre. De este modo, como mínimo, se podría haber retrasado indefinidamente la segunda guerra mundial. Muchos de los hechos y su tendencia general eran bien conocidos por el Estado Mayor francés y el británico y, en menor medida, por los gobiernos. El gobierno francés, en un estado de cambio constante en el fascinante juego de la política de partidos, y el gobierno británico, que llegó a los mismos vicios por el proceso contrario de un acuerdo general para no cambiar nada, fueron incapaces por igual de emprender ninguna acción drástica o bien definida, aunque estuviera bien justificada tanto por el tratado como por la prudencia.

Capítulo VIII

SANCIONES CONTRA ITALIA (1935)

La paz mundial recibió entonces un segundo golpe. Después de que Gran Bretaña perdiera la paridad aérea, Italia se puso del lado de Alemania. La suma de estos dos acontecimientos permitió a Hitler continuar con el funesto rumbo que tenía predeterminado. Ya hemos visto lo útil que fue Mussolini para proteger la independencia austríaca, con todas sus implicaciones en el centro y el sureste de Europa; y ahora se pasaba al bando contrario. La Alemania nazi ya no estaba sola. Uno de los principales aliados de la primera guerra mundial estaba a punto de apoyarla. Me agobiaba la gravedad de este descenso en el equilibrio de la seguridad.

Los planes de Mussolini con respecto a Abisinia eran incompatibles con la ética del siglo XX; correspondían más bien a esas edades oscuras en las que el hombre blanco se creía con derecho a conquistar a amarillos, cobrizos, negros o pieles rojas, y a subyugarlos con la superioridad de su fuerza y de sus armas. En esta época de adelantos, después de que se cometieran crímenes y crueldades que habrían rehuido los salvajes de otros tiempos, o de los que habrían sido incapaces, una conducta semejante resultaba a la vez anticuada y vituperable. Además, Abisinia pertenecía a la Sociedad de Naciones. Por una curiosa inversión, fue Italia la que, en 1923, insistió para que la incluyeran mientras que Gran Bretaña se opuso. Los británicos opinaban que el carácter del gobierno etíope y el estado de tiranía, esclavitud y guerra tribal que prevalecía en esa tierra salvaje no estaban en consonancia con la pertenencia a la Sociedad de Naciones. Pero los italianos se salieron con la suya y Abisinia se incorporó a la Sociedad con todos los derechos y con todas las garantías que esto significaba. Sin duda, esta situación sirvió para poner a prueba el instrumento del gobierno mundial en el que depositaban sus esperanzas todos los hombres de buena voluntad.

Pero el dictador italiano no actuaba impulsado exclusivamente por su deseo de adquirir nuevos territorios; su régimen y su seguridad dependían de su prestigio. Los italianos todavía estaban resentidos por la humillante derrota de su país en Adua, hacía cuarenta años, y por el escarnio mundial cuando uno de sus ejércitos no sólo fue destruido o capturado sino también vergonzosamente mutilado. Habían visto que Gran Bretaña, con el paso de los años, se había vengado por Jartum y por Majuba. Proclamar su virilidad vengándose de Adua significaba casi tanto para Italia como la recuperación de Alsacia-Lorena para Francia. Aparentemente, no había otra forma más fácil ni menos arriesgada y costosa de que Mussolini consolidase su propio poder o, en su opinión, aumentase la influencia de Italia en Europa, que limpiando esta deshonra del pasado y añadiendo Abisinia al recién constituido imperio italiano.

Todos estos pensamientos eran incorrectos y aviesos, pero se pueden señalar porque siempre conviene tratar de comprender el punto de vista de otro país.

En la terrible lucha contra el rearme de la Alemania nazi, que yo sentía que se avecinaba a pasos inexorables, a lo que más me resistía era a que Italia se alejase, e incluso que se pasase al lado contrario. No cabía duda de que el ataque de un miembro de la Sociedad de Naciones a otro, en esta coyuntura, si nadie se oponía, acabaría destruyéndola como factor de cohesión de las únicas fuerzas que podían controlar el poderío de la Alemania renaciente y la tremenda amenaza de Hitler. Acaso pudiera obtenerse más de la grandeza confirmada de la Sociedad de Naciones de lo que Italia pudiese dar, retener o transferir jamás. Por tanto, si la Sociedad de Naciones estaba dispuesta a utilizar la fuerza combinada de todos sus miembros para frenar la política de Mussolini, teníamos la obligación moral ineludible de participar y desempeñar el papel que nos correspondía. Sin embargo, dadas las circunstancias, parecía que Gran Bretaña no estaba obligada a tomar la iniciativa. Tenía la obligación de tener en cuenta su propia debilidad, provocada por la pérdida de la paridad aérea y, todavía más, la situación militar de Francia ante el rearme alemán. Lo que resultaba claro y evidente era que las medidas a medias serían inútiles para la Sociedad de Naciones y perjudiciales para Gran Bretaña, si asumía el liderazgo. Si nos parecía justo y necesario para la legalidad y el bienestar de Europa pelear a muerte con la Italia de Mussolini, también teníamos que abatirlo. La caída del menor de los dictadores podía reunir y movilizar todas las fuerzas (abrumadoras todavía) que nos permitirían contener al gran dictador e impedir así una segunda guerra alemana.

Estas reflexiones generales son un preludio al relato del presente capítulo.

Desde la conferencia de Stresa, era evidente que Mussolini se estaba preparando para la conquista de Abisinia. Resultaba obvio que la opinión británica se opondría a semejante agresión por parte de Italia. Los que veíamos en la Alemania hitleriana un peligro no sólo para la paz sino también para la supervivencia temíamos el cambio de bando de una potencia de primer orden, como entonces se consideraba a Italia. Recuerdo una cena a la que asistieron sir Robert Vansittart y Duff Cooper (que entonces sólo era subsecretario), en la que se previo con toda claridad este cambio adverso para el equilibrio europeo. Se propuso que algunos de nosotros fuéramos a ver a Mussolini para explicarle las inevitables consecuencias que esto tendría en Gran Bretaña. Al final no se hizo nada, aunque tampoco habría servido de mucho. Mussolini, como Hitler, comparaba Gran Bretaña con una anciana floja y medrosa, que en el peor de los casos sólo se atrevería a echar bravatas, pero que de todos modos sería incapaz de declarar una guerra. Lord Lloyd, que tenía con él un trato amistoso, destacaba lo mucho que lo había impresionado la resolución de Joad de los estudiantes de Oxford, en 1933, de negarse a «luchar por el rey ni por la patria».

En agosto, el ministro de Asuntos Exteriores me invitó a mí y también a los líderes del partido opositor a una entrevista con él, por separado, en su ministerio; el gobierno dio a conocer públicamente el resultado de estas consultas. Sir Samuel Hoare me habló de su creciente preocupación por la agresión italiana contra Abisinia y me preguntó hasta qué punto estaba dispuesto a oponerme a ella. Para conocer mejor la situación interna y personal del ministerio bajo la diarquía, antes de responder pregunté cuál era la opinión de Edén. «Lo haré llamar», respondió Hoare, y a los pocos minutos llegó Anthony, sonriente y de muy buen humor. Tuvimos una conversación distendida. Dije que me parecía que el ministro de Asuntos Exteriores tenía *sobrados motivos para oponerse a Italia en la Sociedad de Naciones tanto como se lo permitiera Francia*, pero añadí que no convenía presionar a Francia en absoluto, ya que tenía un convenio militar con Italia y estaba preocupada con respecto a Alemania y que, dadas las circunstancias, no creía que Francia llegase demasiado lejos. En general, recomendé encarecidamente a los ministros que no intentaran tomar la iniciativa ni ocupar un puesto demasiado prominente. A este respecto, evidentemente, me dejé guiar por mi temor a Alemania y por la situación a la que se habían visto reducidas nuestras defensas.

A medida que fue avanzando el verano de 1935, se hizo permanente el movimiento de tropas italianas a través del canal de Suez y se reunieron grandes cantidades de fuerzas y provisiones a lo largo de la frontera oriental de Abisinia. De pronto ocurrió algo extraordinario, e inesperado para mí después de mi conversación en el Ministerio de Asuntos Exteriores: el veinticuatro de agosto el gabinete se decidió a declarar que Gran Bretaña cumpliría las obligaciones adquiridas en función de los tratados y del pacto de la Sociedad de Naciones. Edén, ministro para los asuntos relacionados con la Sociedad de Naciones y casi equivalente al ministro de Asuntos Exteriores, ya llevaba varias semanas en Ginebra, donde había unido a la Asamblea a favor de una política de «sanciones» contra Italia si invadía Abisinia. La peculiaridad del cargo que ocupaba le hizo concentrarse en la cuestión abisinia con un entusiasmo que superaba otros aspectos. Las «sanciones» implicaban privar a Italia de toda ayuda financiera y de todos los suministros económicos, y conceder toda esta asistencia a Abisinia. Para un país como Italia, que dependía de la importación sin trabas de productos extranjeros para tantos artículos necesarios en tiempos de guerra, no cabe duda de que esto era muy disuasorio. El entusiasmo y el discurso de Edén y los principios que proclamó convencieron a la Asamblea. El once de septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores, sir Samuel Hoare, declaró a su llegada a Ginebra:

> En primer lugar, quiero reafirmar el apoyo del gobierno que represento a la Sociedad de Naciones y el interés del pueblo británico por la seguridad colectiva. […] Las ideas consagradas en el Pacto y, sobre todo, la aspiración de establecer el imperio de la ley en los asuntos internacionales, se han vuelto parte de nuestra conciencia nacional. La nación británica ha manifestado su adhesión a los principios de la

> Sociedad de Naciones y no a ninguna manifestación en particular. Cualquier otro parecer sería subestimar nuestra buena fe y, al mismo tiempo, dudar de nuestra sinceridad. De acuerdo con sus obligaciones precisas y explícitas, la Sociedad de Naciones representa, y mi país con ella, el mantenimiento colectivo del Pacto en toda su integridad, y sobre todo la resistencia firme y colectiva a todo acto de agresión no provocado.

A pesar de mi preocupación por Alemania y de lo poco que me agradaba la forma en que se manejaban nuestros asuntos, recuerdo que este discurso me conmovió cuando lo leí bajo el sol de la Riviera. Entusiasmó a todo el mundo y tuvo gran repercusión en Estados Unidos. En Gran Bretaña unió a todas las fuerzas que representaban una intrépida combinación de rectitud y fuerza. Por lo menos aquí había una política. Si el orador se hubiera dado cuenta de los inmensos poderes que tenía en sus manos en ese momento, realmente habría podido dirigir el mundo durante un rato.

Estas declaraciones adquirían validez por el hecho de que detrás de ellas estaba, como ocurrió en muchas otras causas que en el pasado resultaron fundamentales para el progreso humano y la libertad, la Armada británica. Por primera y última vez, pareció que la Sociedad de Naciones tenía a su disposición un brazo secular, la fuerza policial internacional bajo cuya máxima autoridad se podían utilizar todo tipo de presiones y métodos de persuasión diplomáticos y económicos. Cuando al día siguiente, doce de septiembre, llegaron a Gibraltar los cruceros de combate *Hood* y *Renown*, acompañados por la segunda escuadra de cruceros y una flotilla de destructores, todo el mundo creyó que Gran Bretaña apoyaría sus palabras con hechos. Tanto la política como la acción obtuvieron un apoyo abrumador en el País. Se dio por descontado, como era natural, que no se habrían llevado a cabo ni la declaración ni el desplazamiento de buques sin que el Almirantazgo de la flota o las flotas necesarias en el Mediterráneo lo hubiesen calculado cuidadosamente para tener éxito en la empresa.

A finales de septiembre tuve que pronunciar un discurso en el club Carlton de Londres, un organismo ortodoxo de cierta influencia. Procuré transmitirle a Mussolini una advertencia, que creo que leyó, pero en octubre, sin inmutarse por los tardíos desplazamientos navales británicos, lanzó las tropas italianas a invadir Abisinia. El día diez, con el voto de cincuenta estados soberanos contra uno, la Asamblea de la Sociedad de Naciones decidió tomar medidas colectivas contra Italia y se nombró una Comisión de Dieciocho para seguir intentando alcanzar una solución pacífica. Enfrentado a esta situación, Mussolini hizo una declaración bien definida, caracterizada por una profunda astucia. En vez de decir que «Italia responderá a las sanciones con la guerra», dijo que «Italia les responderá con disciplina, con frugalidad y con sacrificios». No obstante, al mismo tiempo, insinuó que *no toleraría la imposición de ninguna sanción que obstaculizara la invasión de Abisinia* y que, si hacían peligrar su empresa, entraría en guerra con quien se interpusiese en su camino.

«¡Cincuenta naciones!, exclamó. ¡Cincuenta naciones encabezadas por una!». Tal era la situación en las semanas previas a la disolución del Parlamento en Gran Bretaña y a las elecciones generales, de acuerdo con la Constitución.

El derramamiento de sangre en Abisinia, el odio al fascismo, la invocación a las sanciones de la Sociedad de Naciones, produjeron una convulsión en el seno del Partido Laborista británico. Los sindicalistas, entre los que sobresalía Ernest Bevin, no tenían un temperamento pacifista en absoluto. Se apoderó de los tenaces asalariados un deseo muy intenso de luchar contra el dictador italiano, de aplicar sanciones de carácter decisivo y de utilizar a la flota británica, llegado el caso. Se pronunciaron discursos duros y violentos en mítines exaltados. En una ocasión, Bevin se quejó de «estar harto de tener que cargar con la conciencia de George Lansbury de una conferencia a otra». Muchos miembros del Partido Laborista en el Parlamento compartían el punto de vista de los sindicatos. En una esfera mucho más amplia, todos los líderes de la unión de la Sociedad de Naciones se sentían vinculados a la causa de la Sociedad. Por obedecer algunos principios, los humanitarios de toda la vida estaban dispuestos a morir, y quien dice morir dice también matar. El ocho de octubre, Lansbury dimitió de la dirección del Partido Laborista en el Parlamento y ocupó su lugar el comandante Attlee, que tenía un buen historial bélico.

Pero este despertar nacional no coincidía con la perspectiva ni con las intenciones de Baldwin. Hasta varios meses después de las elecciones no comencé a comprender los principios en que se basaban las sanciones. El primer ministro había dicho que las sanciones implicaban la guerra; en segundo lugar, tenía claro que no debía haber guerra, y en tercer lugar, se decidió por las sanciones. Evidentemente, resultaba imposible conciliar las tres condiciones. Con los consejos de Gran Bretaña y las presiones de Laval, el Comité de la Sociedad de Naciones, acusado de inventar las sanciones, se mantuvo al margen de cualquiera que pudiera provocar una guerra. Se prohibió la entrada en Italia de gran cantidad de productos, algunos de los cuales eran material de guerra, y se elaboró un impresionante programa. En cambio el petróleo, sin el que no se hubiera podido mantener la campaña de Abisinia, siguió entrando libremente, porque se entendía que suspender su envío implicaba la guerra. En este punto, no quedaba muy clara la actitud benevolente de Estados Unidos, que no pertenecía a la Sociedad de Naciones y que era el principal proveedor de petróleo del mundo. Además, interrumpir su llegada a Italia suponía que no llegara tampoco a Alemania. Se prohibió escrupulosamente la exportación de aluminio a Italia, cuando éste era prácticamente el único metal que Italia producía en cantidades que superaban sus necesidades internas. En nombre de la justicia pública se vetó duramente importar a Italia chatarra y mineral de hierro, pero como la industria metalúrgica italiana apenas los utilizaba y no se puso ningún obstáculo al envío de cizalla de acero y

lingotes de hierro, esto no le importó en absoluto. De modo que estas medidas tan aparatosas en realidad no fueron sanciones para paralizar al agresor sino simplemente las sanciones poco entusiastas que el agresor estaba dispuesto a soportar porque, de hecho, aunque onerosas, estimularon su espíritu bélico. Así fue como la Sociedad de Naciones procedió a rescatar a Abisinia partiendo de la base de que no debía hacer nada que supusiese un obstáculo para los ejércitos invasores italianos. Pero los ciudadanos británicos no sabían nada de esto en la época de las elecciones y apoyó con entusiasmo la política sancionadora, creyendo que era una manera segura de poner fin al ataque italiano sobre Abisinia.

El gobierno de Su Majestad se planteaba todavía menos recurrir a la flota. Se contaban todo tipo de anécdotas sobre los escuadrones suicidas italianos que bombardeaban en picado, dispuestos a arrojarse sobre la cubierta de nuestras naves para volarlas en pedazos. La flota británica, anclada en Alejandría, ya había sido reforzada. Con un gesto, podría haber hecho volver atrás los transportes italianos desde el canal de Suez, con lo que habrían tenido que presentar batalla a la Armada italiana. Nos dijeron que no era capaz de hacer frente a un antagonista semejante. Yo ya había planteado la cuestión desde el principio, pero me tranquilizaron. Nuestros acorazados eran viejos y parecía que no teníamos cobertura aérea y disponíamos de muy poca munición antiaérea. Sin embargo, resultó que el almirante al mando estaba contrariado por la sugerencia que se le atribuía de que no disponía de fuerzas suficientes para emprender una acción naval. Parecería que, antes de tomar la primera decisión de enfrentarse a la agresión italiana, convenía que el gobierno de Su Majestad analizara cuidadosamente las formas y los medios, y también que tomara una decisión.

Con lo que sabemos hoy, no cabe duda de que una decisión audaz habría interrumpido las comunicaciones entre Italia y Etiopía y que después habríamos triunfado de haberse librado una batalla naval. Nunca estuve a favor de que Gran Bretaña actuara de forma aislada pero, después de haber llegado tan lejos, fue una pena retroceder. Además, Mussolini no se habría atrevido nunca a enfrentarse a un gobierno británico decidido. Tenía a casi todo el mundo en contra, y habría tenido que arriesgar su régimen en una guerra mano a mano con Gran Bretaña, en la que la prueba decisiva habría sido un enfrentamiento naval en el Mediterráneo. ¿Cómo habría librado Italia una guerra semejante? Aparte de su ventaja limitada en los cruceros ligeros modernos, su Armada era cuatro veces menor que la británica. Su numeroso Ejército que, según alardeaba, contaba con millones de reclutas, no podría entrar en acción. Su poderío aéreo estaba, en calidad y cantidad, muy por debajo de nuestras instalaciones más modestas. Los habríamos bloqueado en un instante. Los ejércitos italianos en Abisinia se habrían quedado sin víveres ni municiones. Alemania no habría podido prestarle todavía una ayuda eficaz. Allí y en ese momento

se nos presentó la oportunidad única de dar un golpe decisivo en una causa generosa con el mínimo de riesgo. Que el gobierno británico no tuviera el valor de ponerse a la altura de las circunstancias sólo se puede justificar por su sincero deseo de paz, que en realidad acabó conduciéndonos hacia una guerra muchísimo más terrible. Triunfó la fanfarronería de Mussolini, y un espectador importante extrajo de este hecho conclusiones trascendentales. Hacía tiempo que Hitler había elegido la guerra como medio de engrandecer a Alemania, y entonces se formó una opinión de la perversión de Gran Bretaña que sólo cambiaría demasiado tarde para la paz y demasiado tarde para él. En Japón también hubo espectadores pensativos.

Los dos procesos opuestos de lograr una unidad nacional con prisas y el choque de intereses partidistas inevitable en unas elecciones generales avanzaron a la par, lo cual fue una gran ventaja para Baldwin y los suyos. Afirmaba el manifiesto electoral del gobierno que «la Sociedad de Naciones seguirá siendo, como hasta ahora, la piedra angular de la política exterior británica. Impedir la guerra e instaurar la paz en el mundo ha de ser siempre el interés más fundamental del pueblo británico, y la Sociedad es el instrumento que ha sido creado y al cual debemos recurrir para alcanzar estos fines. Por consiguiente, seguiremos haciendo todo lo posible por defender el Pacto y por mantener y aumentar la eficacia de la Sociedad. En el actual conflicto lamentable entre Italia y Abisinia, *no renunciaremos a la política que hemos seguido hasta ahora*».

El Partido Laborista, por su parte, estaba muy dividido. La mayoría eran pacifistas, pero la activa campaña de Bevin contaba con muchos seguidores entre las masas. Por tanto, los líderes oficiales intentaron complacer a todos, señalando al mismo tiempo ideas contrarias. Por un lado, solicitaban una acción decisiva contra el dictador italiano mientras que, por el otro, denunciaban la política de rearme. El veintidós de octubre Attlee afirmó en la cámara de los Comunes: «Queremos sanciones eficaces, aplicadas de forma efectiva. Estamos a favor de las sanciones económicas y estamos a favor del sistema de la Sociedad». Pero después, en el mismo discurso, dijo: «No estamos convencidos de que para lograr la seguridad haya que acumular armamentos. No creemos que en este momento haya algo como una defensa nacional. Nos parece que tenemos que avanzar hacia el desarme, en lugar de hacia la acumulación de armamento». Por lo general, ninguno de los dos bandos tiene motivos para estar orgulloso en un período electoral. Sin duda, el propio primer ministro era consciente de la fuerza que crecía detrás de la política exterior del gobierno. Sin embargo, estaba decidido a no dejarse empujar hacia una guerra de ninguna manera. Observando la situación desde fuera, me daba la impresión de que Baldwin tenía interés en conseguir todo el apoyo posible y en aprovecharlo para comenzar el rearme británico a modesta escala.

En las elecciones generales, Baldwin habló con dureza sobre la necesidad del rearme y dedicó su discurso principal al deficiente estado de la Armada. Sin embargo, después de obtener todo lo que estaba a la vista con respecto a un programa de sanciones y rearme, se preocupó de tranquilizar a los elementos pacifistas profesionales de la nación y de disipar cualquier temor que pudiera albergar él mismo como consecuencia de su discurso sobre las necesidades navales. El uno de octubre, seis semanas antes de la votación, pronunció un discurso ante la Sociedad por la Paz en el Ayuntamiento, en el que dijo: «Les doy mi palabra de que no habrá grandes armamentos», una promesa singular teniendo en cuenta lo que sabía el gobierno sobre los denodados preparativos alemanes. De este modo, consiguió tanto los votos de aquellos que deseaban que la nación se preparara contra los peligros del futuro como los de aquellos otros que creían que podía mantenerse la paz ensalzando sus virtudes. El resultado fue el triunfo de Baldwin, al que los electores concedieron una mayoría de doscientos cuarenta y siete escaños, superando a todos los demás partidos juntos; al cabo de cinco años de gobierno, alcanzó una posición de poder personal como no conoció ningún otro primer ministro desde el final de la gran guerra. Todos los que se le opusieron, tanto en el asunto de la India como en el del descuido de nuestras defensas, perdieron toda eficacia frente a esta renovación del voto de confianza, conseguido gracias a sus tácticas hábiles y afortunadas en la política nacional y a la gran estima general en que le tenían por su carácter personal. Así fue cómo la nación premió todos los errores y los defectos de la Administración más desastrosa de toda nuestra historia. Sin embargo, quedaba una factura por pagar, y la nueva cámara de los Comunes tardó casi diez años en hacerlo.

Corrió ampliamente el rumor de que me incorporaría al gobierno como Primer Lord del Almirantazgo. Pero cuando se anunciaron las cifras de su victoria, Baldwin se apresuró a anunciar, a través de la oficina central, que no tenía la menor intención de incluirme en el gobierno. Se publicaron en la prensa muchos comentarios burlones sobre mi exclusión, aunque ahora puedo ver lo afortunado que fui. Batieron sobre mi cabeza unas alas invisibles.

No me faltaron gratos consuelos. Partí con mi caja de acuarelas en busca de mejores climas, sin esperar a que se reuniera el Parlamento.

Pero el triunfo de Baldwin tuvo una secuela delicada, por lo que podemos saltamos el orden cronológico. Su ministro de Asuntos Exteriores, sir Samuel Hoare, al pasar por París rumbo a Suiza, para unas merecidas vacaciones en la nieve, se entrevistó con Laval, que seguía siendo el ministro de Asuntos Exteriores francés. El resultado de este encuentro fue el pacto Hoare-Laval, firmado el nueve de diciembre. Vale la pena analizar un poco los antecedentes de tan célebre incidente.

La idea de que Gran Bretaña se pusiera al frente de la Sociedad de Naciones

contra la invasión fascista de Abisinia por parte de Mussolini había entusiasmado a la nación, pero al concluir las elecciones, cuando los ministros se encontraron en posesión de una mayoría que podía proporcionarles el gobierno del Estado durante cinco años, hubo que tener en cuenta muchas consecuencias tediosas. En la raíz de todo estaban las frases de Baldwin: «No tiene que haber guerra», y también «No tiene que haber grandes rearmes». Este notable dirigente, después de ganar las elecciones hablando del liderazgo mundial contra la agresión, estaba profundamente convencido de que debíamos mantener la paz a cualquier precio.

Además, recibió un fuerte empuje desde el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sir Robert Vansittart no apartaba los ojos ni un instante del peligro hitleriano. Él y yo éramos de la misma opinión en ese punto. La política británica había obligado a Mussolini a cambiar de bando. Alemania ya no estaba sola. Las cuatro potencias occidentales estaban divididas en dos contra dos, en lugar de tres contra una. Este marcado deterioro en nuestra situación aumentó la preocupación de Francia. El gobierno francés ya había firmado el acuerdo con Italia en enero, tras el que suscribieron un convenio militar. Se calculó que este convenio evitó que se trasladaran dieciocho divisiones francesas desde el frente italiano hasta el frente contra Alemania. Seguro que, en sus negociaciones, Laval le había más que insinuado a Mussolini que Francia no se ocuparía en absoluto de lo que ocurriese en Abisinia. Los franceses mantenían muchas divergencias con los ministros británicos. En primer lugar, durante varios años tratamos de convencerlos de que redujesen el Ejército, que era todo lo que tenían. En segundo lugar, a los británicos les había ido muy bien al frente de la Sociedad de Naciones contra Mussolini; incluso les había permitido ganar unas elecciones, con lo importantes que son las elecciones en una democracia. En tercer lugar, habíamos llegado a un acuerdo naval, que se suponía que sería muy bueno para nosotros, que nos daba mucha libertad en el mar, dejando de lado la guerra de submarinos.

En diciembre de 1935 apareció en escena un nuevo grupo de argumentos. Se rumoreaba que Mussolini, presionado por las sanciones y bajo la pesada amenaza de las «cincuenta naciones encabezadas por una», estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con respecto a Abisinia. ¿No se podía alcanzar una paz que proporcionase a Italia lo que exigía con tanta agresividad, dejándole a Abisinia cuatro quintas partes de todo su imperio? No hay que juzgar mal a Vansittart, que se encontraba por casualidad en París cuando pasó por allí el ministro de Asuntos Exteriores y así fue como intervino en la cuestión; él pensaba constantemente en la amenaza alemana y deseaba que Gran Bretaña y Francia se organizaran todo lo posible para hacer frente a tan grave peligro, con Italia detrás como amiga y no como enemiga.

Pero los británicos de vez en cuando se dejan llevar por oleadas de sentimentalismo y, más que ningún otro país del mundo, se muestran dispuestos a

luchar por una causa o por un asunto, sólo porque están íntimamente convencidos de que no van a obtener ninguna ganancia material del conflicto. Baldwin y sus ministros habían dado un gran impulso a Gran Bretaña en su resistencia a Mussolini en Ginebra. Habían llegado tan lejos que su única salvación ante la historia era seguir hasta el final. A menos que estuvieran dispuestos a apoyar con actos sus palabras y sus gestos, más les hubiera valido mantenerse al margen, como Estados Unidos, dejándolo correr hasta ver lo que pasaba. Era un plan discutible, pero no era el que ellos habían elegido. Habían apelado a las masas, y esas masas inermes, indiferentes hasta entonces, les respondieron con un clamor, que superó a todos los demás: «Sí, marcharemos contra el mal, y lo haremos ahora mismo. Dadnos las armas necesarias».

La nueva cámara de los Comunes era un órgano enérgico, y buena falta que les hacía con todo lo que les esperaba en los diez años siguientes. Por tanto, les produjo una impresión tremenda cuando, poco después de las elecciones, recibieron la noticia del acuerdo alcanzado por sir Samuel Hoare y Laval con respecto a Abisinia. Esta crisis estuvo a punto de costarle a Baldwin su carrera política y sacudió al Parlamento y a la nación hasta sus cimientos. Casi de la noche a la mañana Baldwin cayó de su pináculo de reconocida supremacía nacional al abismo del ridículo y el desprecio. En esos días, su posición en la Cámara era lamentable. Nunca había entendido por qué la gente se preocupaba de los fastidiosos asuntos exteriores. Tenían una mayoría conservadora y no había guerra. ¿Qué más querían? Pero el experto dirigente sintió toda la fuerza de la tormenta.

El nueve de diciembre, el gabinete aprobó el plan Hoare-Laval para repartir Abisinia entre Italia y el emperador. El día trece se presentó a la Sociedad de Naciones el texto completo de las propuestas. El día dieciocho, el gabinete dejó de lado las propuestas, lo que supuso la dimisión de sir Samuel Hoare, y así acabó la crisis. A su regreso de Ginebra, Edén fue convocado al número 10 de Downing Street para analizar con el primer ministro la situación tras la renuncia de sir Samuel Hoare. Edén sugirió en seguida que se invitara a sir Austen Chamberlain a hacerse cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores y añadió que, si así se deseaba, él estaba dispuesto a trabajar a sus órdenes en el puesto que fuese. Baldwin respondió que ya lo había pensado y que había informado personalmente a sir Austen de que no se sentía en condiciones de ofrecerle el Ministerio de Asuntos Exteriores, tal vez por el estado de salud de sir Austen. El veintidós de diciembre, Edén fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores.

Mi esposa y yo estuvimos en Barcelona durante esa semana tan interesante. Varios de mis mejores amigos me aconsejaron que no regresara. Me dijeron que me perjudicaría verme envuelto en este conflicto tan violento. Nuestro confortable hotel de Barcelona era el punto de encuentro de la izquierda española. Al excelente

restaurante donde comíamos y cenábamos acudían siempre varios grupos de jóvenes entusiastas, vestidos de negro, que hablaban en voz baja y con los ojos brillantes sobre la política nacional, que pronto le costaría la vida a un millón de españoles. Al recordar esa época, pienso que debí regresar. Tal vez habría aportado a las reuniones antigubernamentales un elemento de decisión y de combinación que quizá hubiese acabado con el régimen de Baldwin. Puede que entonces se hubiese establecido un gobierno presidido por sir Austen Chamberlain. Pero mis amigos insistían: «Es mejor que sigas fuera. Tu regreso sólo se considerará un desafío al gobierno». No me hizo ninguna gracia el consejo, que sin duda no era nada halagüeño, pero me dejé llevar por la impresión de que no podía hacer nada y me quedé en Barcelona, embadurnando lienzos bajo el sol. Allí se reunió conmigo Frederick Lindemann, y emprendimos, en un buen vapor, un crucero por la costa oriental de España hasta desembarcar en Tánger, donde encontré a lord Rothermere, rodeado de un agradable círculo de amigos. Me dijo que Lloyd George estaba en Marraquech, donde el clima era espléndido, de modo que allí nos dirigimos todos en coche. Me entretuve pintando en un lugar tan encantador como Marruecos y no regresé hasta la súbita muerte del rey Jorge V el veinte de enero.

La caída de la resistencia abisinia y la anexión de todo el país por parte de Italia tuvo consecuencias poco prácticas en la opinión pública alemana. Incluso los elementos que no aprobaban la política ni la actuación de Mussolini admiraron la manera rápida, eficaz e implacable con que se llevó a cabo la campaña, aparentemente. La opinión general era que Gran Bretaña había quedado muy debilitada. Se había ganado el odio imperecedero de Italia, había hundido definitivamente el frente de Stresa, y su pérdida de prestigio en el mundo contrastaba con la creciente fuerza y reputación de la nueva Alemania. Uno de nuestros representantes en Baviera escribió: «Estoy impresionado por el tono de desprecio que se observa en las referencias a Gran Bretaña en muchos círculos. […] Es de temer que se endurezca la actitud de Alemania en las negociaciones para lograr un acuerdo en Europa occidental, y otro acuerdo, más general, sobre cuestiones europeas y extraeuropeas». Todo esto fue la pura verdad. El gobierno de Su Majestad se había adelantado, imprudentemente, a defender una gran causa mundial. Se había puesto a la cabeza de cincuenta naciones, hablando con mucho valor. Pero frente a la crudeza de los hechos, Baldwin había retrocedido. Durante mucho tiempo, su política había pretendido satisfacer los poderosos elementos de la opinión nacional, en lugar de enfrentarse con las realidades de la situación europea. Al distanciarse de Italia, trastornaron todo el equilibrio europeo sin brindarle nada a Abisinia. Habían llevado a la Sociedad de Naciones a un fracaso total, muy perjudicial, si no fatalmente dañino para seguir existiendo como institución.

Capítulo IX

HITLER ATACA (1936)

Cuando regresé, a finales de enero de 1936, me di cuenta de que en Inglaterra había otro ambiente. La conquista de Etiopía por parte de Mussolini y la brutalidad de los métodos utilizados para conseguirla, el impacto de las negociaciones entre Hoare y Laval, la turbación de la Sociedad de Naciones y la evidente descomposición de la «seguridad colectiva» habían alterado los ánimos no sólo del Partido Laborista y el Liberal sino de gran parte de la opinión pública, bien intencionada pero hasta entonces fútil. Todas estas fuerzas estaban preparadas para plantearse la posibilidad de una guerra contra la tiranía fascista o la nazi. El uso de la fuerza, en lugar de quedar excluido del pensamiento legítimo, se fue convirtiendo en un punto cada vez más decisivo en la mente de una amplia capa de personas que amaban la paz, e incluso de muchas que hasta ese momento se habían sentido orgullosas de considerarse pacifistas. Pero la fuerza, según los principios que sustentaban, sólo se podía utilizar a instancias de la Sociedad de Naciones y con su autoridad. Aunque los dos partidos de la oposición siguieron oponiéndose a todas las medidas de rearme seguía existiendo la posibilidad de un acuerdo y, si el gobierno de Su Majestad hubiera estado a la altura de la situación, podría haber liderado a un pueblo unido para emprender todo el trabajo de preparación con un espíritu de emergencia.

Pero el gobierno siguió manteniendo la misma política de moderación, de medidas a medias y de mantener la situación en calma. A mí me parecía increíble que no trataran de aprovechar la creciente armonía que reinaba por entonces en el país, con lo que se habrían reforzado muchísimo a sí mismos y habrían tenido el poder de reforzar el país. Pero eso a Baldwin no le interesaba. Envejecía deprisa, se apoyaba en la gran mayoría que le habían proporcionado las elecciones y el Partido Conservador estaba tranquilo en sus manos.

Desde el momento en que se permitió el rearme de la Alemania hitleriana sin una interferencia activa por parte de los aliados ni de sus antiguas potencias amigas, era casi seguro que habría otra guerra mundial. Cuanto más se postergara la prueba de fuerza decisiva, menos oportunidad tendríamos, primero, de detener a Hitler sin un enfrentamiento serio y, en segundo lugar, de salir victoriosos de tan dura prueba. En el verano de 1935 Alemania volvió a establecer el servicio militar obligatorio incumpliendo los tratados. Gran Bretaña había aprobado esta medida y, un acuerdo aparte, también la reconstrucción de su Armada con submarinos, si quería hasta

ponerse a la altura de la británica. La Alemania nazi creó, de forma secreta e ilegal, una Fuerza Aérea militar que, en la primavera de 1935, afirmaban que era equiparable a la británica, y ahora se encontraba en el segundo año de fabricación de municiones, después de largos preparativos encubiertos. Gran Bretaña y toda Europa, y lo que entonces se consideraban los lejanos Estados Unidos, tuvieron que enfrentarse con el poderío y la voluntad belicista de setenta millones de individuos pertenecientes a la raza más eficiente de Europa, ansiosos por recuperar su gloria nacional e impulsados, en caso de que titubearan, por un régimen militar, social y partidista despiadado.

Puede que todavía estuviéramos a tiempo de reafirmar la seguridad colectiva, basándonos en la disponibilidad declarada de todos los participantes para imponer por la fuerza las decisiones de la Sociedad de Naciones. Las democracias y los Estados que dependían de ellas seguían siendo, de hecho y en potencia, mucho más fuertes que las dictaduras, aunque su posición con respecto a sus adversarios era más de un 50 por 100 peor que doce meses antes. Con motivos virtuosos, dejándose llevar por la inercia y la timidez, no se puede combatir la maldad armada y decidida. El sincero amor a la paz no puede servir de excusa para lanzar a cientos de millones de personas humildes a una guerra total. Pronto dejaron de resonar las ovaciones de las asambleas débiles y bien intencionadas y se dejaron de tener en cuenta sus votos. La fatalidad seguía avanzando.

En el transcurso de 1935 Alemania rechazó y saboteó los intentos de las potencias occidentales de negociar un Locarno oriental. Entonces, el nuevo Reich se constituyó en un baluarte contra el bolchevismo y declaró que jamás colaboraría con los soviéticos. Hitler comunicó al embajador de Polonia en Berlín, el dieciocho de diciembre, que «se oponía resueltamente a toda cooperación de Occidente con Rusia». De este modo pretendía dificultar y debilitar los intentos de los franceses de establecer un acuerdo directo con Moscú. En mayo se había firmado el pacto francosoviético, pero ninguna de las dos partes lo ratificó. Laval recibió advertencias de Berlín de que si daban este paso se perdería toda esperanza de un mayor acercamiento francoalemán. Su renuencia a seguir insistiendo a partir de entonces se volvió ostensible, aunque no afectó a los acontecimientos.

El veintisiete de febrero la Cámara francesa ratificó el pacto, y al día siguiente el embajador francés en Berlín recibió instrucciones de intentar un acercamiento al gobierno alemán para averiguar sobre qué bases se podían iniciar unas negociaciones generales para un entendimiento francoalemán. La respuesta de Hitler fue que necesitaba unos días para reflexionar. A las diez de la mañana del siete de marzo, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, *herr* Von Neurath, convocó a los embajadores de Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia a la Wilhelmstrasse para anunciarles una propuesta para un pacto a veinticinco años, una desmilitarización a ambos lados de la

frontera del Rin, un pacto que limitaba las fuerzas aéreas y unos pactos de no agresión que se negociarían entre vecinos orientales y occidentales.

Se había establecido la «zona desmilitarizada» de Renania en virtud de los artículos 42, 43 y 44 del tratado de Versalles, que declaraban que Alemania no tendría ni instalaría fortificaciones sobre la margen izquierda del Rin, ni a menos de cincuenta kilómetros de su margen derecha, que no tendría ninguna fuerza militar en esta zona, que no realizaría en ningún momento maniobras militares y que no mantendría instalaciones para la movilización militar. Por encima de esto estaba el tratado de Locarno, negociado libremente por ambas partes, en virtud del cual las potencias firmantes garantizaban individual y colectivamente el mantenimiento de las fronteras entre Alemania y Bélgica y entre Alemania y Francia. Según el artículo segundo del tratado de Locarno, Alemania, Francia y Bélgica se comprometían a no invadir ni atacar más allá de estas fronteras. Sin embargo, en caso de que se incumplieran los artículos 42 o 43 del tratado de Versalles, esa violación constituiría un «acto de agresión no provocado», y los signatarios agredidos tendrían que emprender una acción inmediata, debido a la concentración de fuerzas armadas en la zona desmilitarizada. Dicha violación se presentaría de inmediato a la Sociedad de Naciones, la cual, una vez determinado el hecho de la violación, debía recomendar a las potencias firmantes que estaban obligadas a prestar ayuda militar a la potencia que hubiese sido agredida.

A mediodía de ese mismo día, el siete de marzo de 1936, dos horas después de proponer un pacto a veinticinco años, Hitler anunció al Reichstag que tenía intenciones de volver a ocupar Renania y, mientras él hablaba, las columnas alemanas atravesaron la frontera y penetraron en las principales ciudades alemanas, donde fueron recibidas con un júbilo atenuado por el temor a la reacción de los aliados. Al mismo tiempo, para desconcertar a la opinión pública británica y estadounidense, Hitler declaró que la ocupación era puramente simbólica. El embajador alemán en Londres puso en manos de Edén unas propuestas similares a las que Von Neurath entregó en Berlín a los embajadores de las demás potencias de Locarno, por la mañana, lo que tranquilizó, a ambos lados del Atlántico, a todos los que quisieron dejarse engañar. Edén dio una dura respuesta al embajador. Ahora sabemos, evidentemente, que Hitler sólo estaba utilizando estas propuestas conciliatorias como parte de su plan y para encubrir el acto violento que había cometido, cuyo éxito era vital para su prestigio y, por consiguiente, para el siguiente paso de su programa.

No era sólo el incumplimiento de una obligación contraída por la fuerza de las armas en la guerra, ni por el tratado de Locarno, firmado libremente en plena paz, no el aprovechamiento de la evacuación amistosa de Renania por parte de los aliados llevada a cabo varios años antes de lo que correspondía. Esta noticia causó sensación en todo el mundo. El gobierno francés, encabezado por Sarraut y con Flandin como

ministro de Asuntos Exteriores, puso el grito en el cielo y apeló a todos sus aliados y a la Sociedad. Por encima de todo, Francia tenía derecho además a apelar a Gran Bretaña, teniendo en cuenta la garantía que le proporcionamos a la frontera francesa contra una agresión alemana y lo que la presionamos para que evacuara pronto Renania. Aquí, en todo caso, estaba la violación no sólo del tratado de paz sino también del tratado de Locarno, y una obligación vinculante para todas las potencias en cuestión.

Sarraut y Flandin tuvieron el impulso de actuar de inmediato mediante una movilización general. De haber sido capaces lo habrían hecho, obligando de este modo a los demás a hacer lo mismo. Pero parecieron incapaces de tomar ninguna decisión sin el apoyo de Gran Bretaña, lo cual podría ser una explicación pero no una excusa. La cuestión era vital para Francia, y cualquier gobierno francés digno de tal nombre debería haber tomado una decisión por sí mismo y confiado en las obligaciones del tratado. Más de una vez, en estos años inestables, los ministros franceses, con sus gobiernos en permanente cambio, se conformaron con encontrar en el pacifismo británico una excusa para el suyo. En cualquier caso, no encontraron ningún apoyo por parte de los británicos para hacer frente a la agresión alemana. Al contrario, si ellos dudaban de actuar, sus aliados británicos no dudaron en disuadirlos. Durante todo el domingo hubo agitadas conversaciones telefónicas entre Londres y París. El gobierno británico exhortó al francés a esperar hasta que los dos países pudieran actuar de forma conjunta y después de pensárselo bien: una sutil invitación a la retirada.

Las respuestas extraoficiales de Londres fueron escalofriantes. Lloyd George se apresuró a afirmar: «En mi opinión, el mayor delito de Hitler no fue el incumplimiento de un tratado, porque hubo una provocación». Y añadió que «él esperaba que no perdiéramos la calma». Se supone que la provocación era que los aliados no se habían desarmado más de lo que lo hicieron. El socialista lord Snowden se concentró en la propuesta del pacto de no agresión y dijo que no se había hecho caso de las anteriores tentativas de paz de Hitler, pero que los pueblos no podían permitirse pasar por alto *esta* nueva oferta de paz. Es posible que estas manifestaciones expresaran una opinión pública británica equivocada en ese momento, pero no son motivo de encomio para sus autores. Al gabinete británico, buscando la línea de menor resistencia, le pareció que lo más fácil era presionar a Francia para que volviera a recurrir a la Sociedad de Naciones.

En Francia también estaban muy divididos. En general, eran los políticos los que querían movilizar al Ejército y enviar un ultimátum a Hitler mientras que los generales, al igual que sus homólogos alemanes, llamaban a la calma, la paciencia y la dilación. Conocemos ahora las divergencias de opinión que surgieron entonces entre Hitler y el Alto Mando alemán. Si el gobierno francés hubiese movilizado al

Ejército, que contaba con casi un centenar de divisiones, y a su Fuerza Aérea (que todavía se consideraba, erróneamente, la más fuerte de Europa), no cabe duda de que el propio Estado Mayor hubiese obligado a Hitler a retirarse, lo que habría frenado sus pretensiones y es muy posible que hubiese resultado funesto para su mandato. Debemos recordar que por entonces Francia sola tenía la fuerza suficiente para expulsar a Alemania de Renania. Pero, en cambio, Gran Bretaña urgió al gobierno francés a plantearle el problema a la Sociedad de Naciones, que ya estaba debilitada y descorazonada por el fracaso de las sanciones y el acuerdo naval anglogermano del año anterior.

El lunes nueve de marzo Edén fue a París, acompañado por lord Halifax y Ralph Wigram. El primer plan había sido convocar una reunión de la Sociedad en París, pero al final se envió a Wigram, por orden de Edén, a pedirle a Flandin que fuera a Londres para que la reunión de la Sociedad se celebrara en Inglaterra porque así obtendría un apoyo más eficaz de Gran Bretaña. Fue una misión ingrata para el fiel funcionario. En cuanto regresó a Londres, el once de marzo, vino a verme y me contó lo ocurrido. El propio Flandin llegó más tarde, esa misma noche, y a eso de las ocho y media de la mañana del jueves vino a verme a mi piso de Morpeth Mansions. Me dijo que pensaba exigir al gobierno británico la movilización simultánea de las fuerzas de tierra, mar y aire de ambos países, y que había recibido garantías de apoyo de todos los países de la «pequeña entente» y de otros países. No cabía ninguna duda de que los aliados de la guerra anterior seguían manteniendo la superioridad. Para ganar sólo tenían que actuar. Aunque no sabíamos lo que ocurría entre Hitler y sus generales, era evidente que disponíamos de una fuerza abrumadora.

Neville Chamberlain era, por entonces, en su calidad de ministro de Hacienda, el miembro del gobierno más eficaz. Keith Feiling, su excelente biógrafo, ofrece el siguiente extracto de su diario: «Doce de marzo: hablé con Flandin, destacando que la opinión pública no nos apoyaría si propusiésemos cualquier tipo de sanciones. En su opinión, si se mantiene un frente firme, Alemania cederá sin que haya guerra. No podemos fiarnos de que un dictador enloquecido reaccione de esta manera». Cuando Flandin insistió en hacer por lo menos un boicot económico, la respuesta de Chamberlain fue sugerirle una fuerza internacional durante las negociaciones, unido a un acuerdo de un pacto de asistencia mutua y declaró que, si cediendo una colonia pudiéramos asegurar una paz duradera, se lo plantearía.

Mientras tanto, la mayor parte de la prensa británica, con el *Times* y el *Daily Herald* a la cabeza, expresaba su fe en la sinceridad de las ofertas de Hitler de un pacto de no agresión. Austen Chamberlain, en un discurso pronunciado en Cambridge, manifestó justamente lo contrario. A Wigram le pareció que formaba parte de las obligaciones de su cargo poner a Flandin en contacto con todo el mundo, de las finanzas, de la prensa y del gobierno, e incluso con lord Lothian. A todos

aquellos con los que se entrevistó en casa de los Wigram, les habló Flandin en los siguientes términos: «El mundo entero, y sobre todo las naciones pequeñas, tienen hoy los ojos puestos en Inglaterra. Si Inglaterra actúa ahora puede liderar Europa. Ustedes tendrán una política y todo el mundo los seguirá, y así podrán impedir la guerra. Es su última oportunidad. Si no detienen a Alemania ahora todo está perdido. Francia no puede garantizar más su ayuda a Checoslovaquia, porque eso se volverá imposible geográficamente. Si ustedes no mantienen el tratado de Locarno, lo único que podrán hacer es esperar el rearme de Alemania, contra el que Francia no puede hacer nada. Si no detienen a Alemania hoy, por la fuerza, la guerra es inevitable, por más que establezcan una amistad temporal con Alemania. Por lo que a mí respecta, no creo que sea posible una amistad entre Francia y Alemania; los dos países siempre estarán en tensión. Sin embargo, si ustedes abandonan Locarno, cambiaré mi política, porque ya no se podrá hacer nada más». Sus palabras eran valientes, pero la acción habría sido más elocuente. La aportación de lord Lothian fue: «Después de todo, no hacen más que salir a su propio patio», lo que era representativo de la opinión británica.

Cuando vi lo mal que estaba la situación, y después de hablar con Wigram, le recomendé a Flandin que pidiera una entrevista con Baldwin antes de marcharse. Esta entrevista se celebró en Downing Street. El primer ministro recibió a Flandin con la máxima cortesía. Baldwin le explicó que, aunque él sabía poco sobre política exterior, sí que sabía interpretar bien los sentimientos del pueblo británico, que quería la paz. Flandin dice que respondió que la única manera de garantizar esa paz era detener la agresión de Hitler mientras tal acción todavía fuera posible. Francia no tenía ninguna intención de arrastrar a Gran Bretaña a la guerra; no solicitaba ninguna ayuda práctica, y ella misma emprendería lo que sería una sencilla operación policial ya que, según la información de que disponían, las tropas alemanas de Renania tenían órdenes de retirarse si se les oponían por la fuerza. Flandin sostiene que le dijo que lo único que Francia le pedía a su aliado era que le diera carta blanca, lo que sin duda no es cierto. ¿Cómo podría Gran Bretaña impedir que Francia hiciera algo a lo que tenía derecho según el tratado de Locarno? El primer ministro británico repitió que su país no podía aceptar el riesgo de una guerra y preguntó qué había decidido hacer el gobierno francés, a lo cual no recibió ninguna respuesta concreta. Según Flandin[10], Baldwin le dijo entonces: «Puede que tenga razón, pero *por más que haya una probabilidad sobre cien* de que estalle la guerra después de su operación policial, no tengo derecho a comprometer a Inglaterra». Tras una pausa, añadió: «Inglaterra no está en condiciones de entrar en guerra». Pero esto no está confirmado. Flandin regresó a Francia convencido, en primer lugar, de que su propio país dividido no se

uniría a menos que existiera una voluntad decidida en Gran Bretaña y, en segundo lugar, de que tal como iban las cosas, no cabía esperar de los británicos ningún impulso fuerte. Llegó así, equivocadamente, a la sombría conclusión de que la única esperanza para Francia era llegar a un acuerdo con la cada vez más agresiva Alemania.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo que pude apreciar de la actitud de Flandin en estos angustiosos días y a pesar de sus lapsos posteriores, me sentí en la obligación de acudir en su ayuda, en la medida de mis posibilidades, en años posteriores. En el invierno de 1943-1944 utilicé mi influencia para protegerlo, cuando fue arrestado en Argelia por el gobierno de De Gaulle, para lo cual solicité y recibí la colaboración activa del presidente Roosevelt. Cuando lo juzgaron, después de la guerra, llamaron a declarar como testigo a mi hijo Randolph, que frecuentó a Flandin durante la campaña de África, y me complace pensar que su defensa, así como una carta que escribí para que Flandin la utilizara en su favor, tuvieron algo que ver para que el tribunal francés lo absolviera. La debilidad no es traición, aunque pueda ser igual de desastrosa. De todos modos, nada puede eximir al gobierno francés de su responsabilidad primordial. Clemenceau o Poincaré no le habrían dejado ninguna opción a Baldwin.

La sumisión británica y francesa a las violaciones de los tratados de Versalles y Locarno implícitas en la toma de Renania por parte de Hitler, fue un golpe mortal para Wigram. «Cuando se marchó la delegación francesa —me escribió su esposa—, Ralph regresó, se sentó en una esquina de la habitación en la que no se había sentado nunca y me dijo: “Ahora la guerra es *inevitable*, y será la guerra más terrible que haya habido jamás. No creo que yo la vea, pero tú sí que la verás. Verás cómo bombardean nuestra casita”[11]. Sus palabras me asustaron, y él prosiguió: “Todo mi trabajo de estos años no ha servido para nada. Soy un fracaso. No he logrado que aquí la gente se dé cuenta de lo que está en juego. Supongo que no tengo la fuerza suficiente, y nunca he sido capaz de hacérselo entender. Winston siempre lo ha sabido; él es fuerte y seguirá hasta el final”».

Mi amigo no pareció recuperarse nunca de este golpe. Se lo tomó demasiado a pecho. Después de todo, uno siempre puede seguir haciendo lo que considera que es su deber, y correr cada vez más riesgos hasta que te derriban. Pero la profunda inteligencia de Wigram afectó demasiado a su sensibilidad. Su muerte prematura, en diciembre de 1936, fue una pérdida irreparable para el Ministerio de Asuntos Exteriores y contribuyó a empeorar nuestra situación.

Cuando Hitler se reunió con sus generales después del éxito de la reocupación de Renania, pudo echarles en cara lo equivocado de sus temores y demostrarles lo

superior que era su criterio o su «intuición» a la del militar común. Los generales agacharon la cabeza. Como buenos alemanes, estaban satisfechos al ver que su país ganaba terreno tan rápidamente en Europa y que sus antiguos adversarios estaban tan divididos y sumisos. Indudablemente, el prestigio y la autoridad de Hitler en el círculo supremo del poder alemán aumentaron suficiente, gracias a este episodio, como para servirle de estímulo y permitirle seguir avanzando hacia pruebas más difíciles. Ante el mundo, manifestó: «Con esto quedan satisfechas todas las ambiciones territoriales de Alemania».

Francia cayó en la incoherencia, en medio de la cual predominaban el temor a la guerra y el alivio porque se hubiera evitado. A los ingenuos de los ingleses les enseñó su ingenua prensa a conformarse con la reflexión: «Después de todo, los alemanes no hacen más que regresar a su propio país. ¿Cómo nos sentiríamos si no nos dejaran entrar en Yorkshire, por ejemplo, durante diez o quince años?». Nadie se detuvo a pensar que los puntos a partir de los que el Ejército alemán podía comenzar a invadir Francia se habían adelantado más de ciento cincuenta kilómetros. A nadie le preocupó que se le hubiera demostrado a todas las potencias de la «pequeña entente» y a Europa que Francia no combatiría y que Inglaterra la frenaría si lo hiciese. Este episodio confirmó el poder de Hitler sobre el Reich y anquilosó, de una manera ignominiosa para su patriotismo, a los generales que hasta entonces habían tratado de frenarlo.

Capítulo X

UN INTERVALO OPRESIVO (1936-1938)

Transcurrieron dos años enteros entre que Hitler se apoderó de Renania, en marzo de 1936, y su expoliación de Austria, en marzo de 1938. Fue más tiempo de lo que yo esperaba, durante el que Alemania no perdió ni un minuto. La fortificación de Renania, o la «muralla occidental», prosiguió a buen ritmo, y creció de forma constante una línea inmensa de fortificaciones permanentes y semipermanentes. El Ejército alemán, ya establecido sobre la base metódica del servicio militar obligatorio y reforzado por un voluntariado ardiente, se volvía más fuerte cada mes, tanto en cantidad de hombres como en la madurez y la calidad de sus formaciones. La Fuerza Aérea alemana mantuvo y fue aumentando progresivamente la primacía que tenía sobre Gran Bretaña. Las plantas de municiones alemanas trabajaban bajo una gran presión. Las ruedas giraban y los martillos golpeaban día y noche en Alemania, convirtiendo toda su industria en un arsenal y amalgamando a toda su población en una sola máquina de guerra disciplinada. A nivel interno, en el otoño de 1936, Hitler puso en marcha un plan cuatrienal para reorganizar la economía alemana a fin de lograr una mayor autosuficiencia bélica. En el exterior, consiguió la «alianza fuerte» que, según declaraba en su *Mein Kampf*, sería necesaria para la política exterior alemana: llegó a un acuerdo con Mussolini y así se estableció el eje Roma-Berlín.

Hasta mediados de 1936 la política agresiva de Hitler y su incumplimiento de los tratados no dependió tanto de la fuerza de Alemania como de la desunión y la timidez de Francia y Gran Bretaña y el aislacionismo de Estados Unidos. Cada uno de sus pasos preliminares fue una apuesta que él sabía que no podría resistir si le hacían frente realmente. La toma de Renania y su posterior fortificación fue la mayor apuesta de todas, y resultó un éxito. Sus adversarios fueron demasiado indecisos para ponerlo en ridículo. Cuando volvió a actuar, en 1938, ya no se lo podía menospreciar: la agresión estaba respaldada por la fuerza, posiblemente por una fuerza superior. Cuando los gobiernos de Francia y Gran Bretaña se dieron cuenta de la tremenda transformación que había ocurrido, era demasiado tarde.

A finales de julio de 1936 la creciente degeneración del régimen parlamentario español y la mayor fuerza de los movimientos favorables a una revolución comunista o, en su defecto, anarquista, trajo como consecuencia una revuelta militar que se venía fraguando hacía tiempo. Forma parte de la doctrina y del libro de ejercicios de los comunistas, establecidos por el propio Lenin, que los comunistas deben colaborar con todos los movimientos izquierdistas y ayudar a conseguir el poder a los gobiernos

constitucionales, radicales o socialistas débiles, para después debilitarlos más y arrebatarles el poder absoluto para fundar el Estado marxista. En realidad, se estaba produciendo en España una réplica perfecta del período de Kerenski en Rusia. La diferencia era que España no estaba destrozada por las guerras extranjeras. El Ejército mantenía todavía cierta cohesión y, al mismo tiempo que la conspiración comunista, se elaboró en secreto un intenso contracomplot militar. Ninguno de los dos bandos podía reclamar que estaba en todo su derecho, y los españoles de todas las clases debían tener en cuenta la vida de España.

Muchas de las garantías comunes en una sociedad civilizada ya habían desaparecido por la penetración comunista en el decadente gobierno parlamentario. Habían comenzado a producirse asesinatos por ambos bandos, y la pestilencia comunista había llegado a tal extremo que eran capaces de llevar a sus adversarios políticos a la calle, incluso sacándolos de la cama, y matarlos. Ya se habían producido muchos asesinatos de este tipo en Madrid y sus alrededores. El momento culminante fue el asesinato de Calvo Sotelo, el dirigente conservador, que correspondía aproximadamente al tipo de sir Edward Carson en la política británica antes de la guerra de 1914. Este crimen fue la señal para que entraran en acción los generales del Ejército. Hacía un mes que el general Franco le había escrito una carta al ministro de la Guerra español dejándole claro que, si el gobierno español no podía garantizar el cumplimiento de la ley en la vida cotidiana, tendría que intervenir el Ejército. En España ya se habían producido numerosos pronunciamientos de jefes militares. Cuando el general Franco levantó el estandarte de la revuelta, el Ejército lo apoyó, incluida la tropa; también lo apoyaron la Iglesia, con la destacada excepción de los dominicos, y casi todos los elementos de la derecha y el centro, de modo que en seguida dominó varias provincias importantes. Los marinos españoles asesinaron a sus oficiales y se incorporaron en seguida a lo que pronto se convirtió en el lado comunista. Con la caída del gobierno civilizado, la secta comunista se hizo con el control y actuó según lo que disponen sus ejercicios de entrenamiento. Entonces comenzó una trágica guerra civil. Los comunistas que llegaron al poder emprendieron masacres masivas, a sangre fría, de sus adversarios políticos y de los adinerados, devueltas con creces por las fuerzas franquistas. Todos los españoles se enfrentaron a la muerte con notable compostura y fueron ejecutados muchísimos en ambos bandos. Los cadetes militares defendieron su escuela en el Alcázar de Toledo con la máxima tenacidad, y las tropas de Franco, que se abrieron camino desde el sur, dejando tras de sí un rastro de venganza en todos los pueblos comunistas, al final consiguieron liberarlos. Este episodio merece la atención de los historiadores.

En esta lucha me mantuve neutral. Naturalmente, no estaba a favor de los comunistas. Habría sido imposible, sabiendo que, de haber sido español, me habrían asesinado a mí, a mi familia y a mis amigos. Sin embargo, estaba seguro de que, con

todo lo demás que tenían entre manos, el gobierno británico tenía razón en mantenerse fuera de España. Francia propuso un plan de no intervención, según el cual ambos bandos lucharían sin ninguna ayuda exterior, que suscribieron los gobiernos de Gran Bretaña, Alemania, Italia y Rusia. En consecuencia, el gobierno español, entonces en manos de los revolucionarios más extremos, se encontró privado del derecho incluso de comprar las armas encargadas con el oro que poseía físicamente. Habría sido más razonable seguir el curso normal y reconocer la beligerancia de ambos bandos, como se hizo en Estados Unidos durante la guerra de secesión, de 1861 a 1865. Por el contrario, se adoptó una política de no intervención que acordaron formalmente todas las grandes potencias. Gran Bretaña respetó escrupulosamente este acuerdo, mientras que Italia y Alemania, por una parte, y la Rusia soviética, por la otra, incumplieron su compromiso de forma constante y participaron en la contienda, unos contra otros. Sobre todo Alemania usó su potencia aérea para cometer horrores experimentales, como el bombardeo del pequeño e indefenso municipio de Guernica.

Sobre el gobierno de Léon Blum, que el cuatro de junio sucedió en el ministerio a Albert Sarraut, presionaron sus partidarios comunistas en la Cámara para que apoyara al gobierno español con material bélico. El ministro de Aviación, Cot, sin demasiada consideración por la potencia de la Fuerza Aérea francesa, por entonces bastante decadente, entregaba en secreto aviones y equipo a los ejércitos republicanos. Esta situación me inquietaba y, el treinta y uno de julio de 1936, le escribí al embajador francés:

> Una de las mayores dificultades con las que tropiezo cuando trato de mantener la antigua posición es la postura alemana de que los países anticomunistas deben mantenerse unidos. Estoy seguro de que si Francia envió aviones, etcétera, al actual gobierno de Madrid, y los alemanes y los italianos apoyaron al bando contrario, las fuerzas dominantes aquí se sentirían satisfechas con Alemania e Italia y distanciadas de Francia. Espero que no le moleste que le escriba de este modo, y lo hago, evidentemente, por cuenta propia. *No me gusta que digan que Inglaterra, Alemania e Italia se unen contra el comunismo europeo*. Es muy fácil ser bueno.
>
> Estoy seguro de que la única vía correcta y segura en este momento es una neutralidad absolutamente rígida, con las más enérgicas protestas contra cualquier violación. Llegará el día, si se alcanza un punto muerto, en que es posible que intervenga la Sociedad de Naciones para poner fin a los horrores. Pero hasta eso es muy dudoso.

En la guerra, y también en la política exterior y en otras cosas, se obtienen ventajas cuando, entre numerosas alternativas atractivas o desagradables, se elige el punto dominante. Para la concepción militar estadounidense se ha acuñado la expresión «objetivo estratégico global». Cuando nuestros oficiales conocieron la expresión les dio risa, pero más adelante su sabiduría se hizo patente y la aceptaron. Evidentemente, la norma ha de ser ésta, y todo lo demás debe quedar subordinado a ella. No respetar este principio tan sencillo produce confusión y nos hace actuar inútilmente, y casi siempre empeora mucho más la situación posteriormente.

Personalmente no me costó adaptarme a esta norma mucho antes de conocerla. Estaba obsesionado con la impresión de que la terrible Alemania que vi y sentí en acción durante los años comprendidos entre 1914 y 1918 de pronto recuperara toda su potencia marcial, mientras los aliados, que habían sobrevivido por tan poco, se quedaban boquiabiertos y sin hacer nada, de modo que, por todos los medios y en todas las ocasiones, seguí ejerciendo la influencia que pudiera tener en la cámara de los Comunes y también con los ministros por separado para impulsar nuestra preparación militar y para conseguir aliados y socios para algo que, muy pronto, volvería a convertirse en una causa común.

Un día, un amigo mío, que tenía un puesto de suma confianza en el gobierno, vino a Chartwell a nadar conmigo en la piscina cuando saliera el sol y el agua alcanzara una temperatura agradable. No hablamos de nada más que de la inminente guerra, de la que él no estaba totalmente convencido. Cuando nos despedimos, de pronto se volvió y me dijo: «Los alemanes gastan al año mil millones de libras esterlinas en armamentos». Me pareció que el Parlamento y la opinión pública británica tenían que conocer los hechos, de modo que me puse a trabajar para analizar las finanzas alemanas. Cada año se elaboraban presupuestos en Alemania, que se seguían publicando, pero había tantas cifras que era difícil saber lo que ocurría. Sin embargo, en abril de 1936, establecí por mi cuenta dos líneas de investigación independientes. La primera dependía de dos refugiados alemanes de gran capacidad e inflexibles en su propósito, que conocían todos los detalles de la presentación de los presupuestos alemanes, el valor del marco y todo lo demás. Al mismo tiempo, le pedí a mi amigo sir Henry Strakosch que averiguara lo que estaba ocurriendo realmente. Strakosch estaba al frente de una empresa llamada Union Corporation, que disponía de grandes recursos y de un personal altamente cualificado y muy trabajador. Los cerebros de esta empresa de la City estudiaron el problema durante varias semanas, y al final presentaron un informe con muchos detalles concretos según el cual no cabía duda de que los gastos bélicos alemanes rondaban los mil millones de libras esterlinas anuales. Al mismo tiempo, los refugiados alemanes, mediante una serie de argumentos totalmente distintos, llegaron por su cuenta a la misma conclusión. ¡Mil millones de libras esterlinas anuales a los valores de 1936!

Por consiguiente, disponía de dos conjuntos de datos independientes en los que basarme para hacer una declaración pública, de modo que el día anterior a un debate abordé en el vestíbulo a Neville Chamberlain, que seguía siendo ministro de Hacienda, y le dije: «Mañana le preguntaré si no es un hecho que los alemanes gastan mil millones de libras por año en preparativos bélicos, y le pediré que lo confirme o que lo desmienta». Chamberlain me contestó: «Yo no puedo desmentirlo de modo que, si insiste, lo confirmaré».

Puse ochocientos millones de libras, en lugar de mil, para encubrir mi

información secreta y también para ir sobre seguro, y Chamberlain reconoció en el Parlamento que mi cálculo «no era excesivo».

Intenté, por diversos medios, plantear con toda claridad un estudio comparativo del armamento británico y el alemán. Solicité un debate en sesión secreta, pero me lo negaron, con la excusa de que «provocaría una alarma innecesaria». No obtuve demasiado apoyo, ya que las sesiones secretas no eran del agrado de la prensa. Hasta que el veinte de julio le pregunté al primer ministro si estaba dispuesto a recibir a una delegación de asesores del rey y a algunas personas más, que le explicarían los hechos en la medida en que ellos los conocían. Lord Salisbury solicitó la presencia de una delegación similar de la cámara de los Lores, que fue aprobada. Aunque hablé personalmente con Attlee y con sir Archibald Sinclair, ni el Partido Laborista ni el Liberal quisieron estar presentes. Por consiguiente, el veintiocho de julio nos recibieron, en la sala del primer ministro de la cámara de los Comunes, Baldwin, lord Halifax y sir Thomas Inskip, un eficiente abogado que tenía la ventaja de no ser demasiado conocido y de no saber nada de temas militares, al que Baldwin había nombrado ministro para la coordinación de la Defensa. Me acompañaron un grupo de personajes destacados, conservadores algunos y otros que no pertenecían al partido. Sir Austen Chamberlain hizo las presentaciones. Fue todo un acontecimiento, y no recuerdo nada igual en lo que he visto de la vida pública británica. El grupo de hombres eminentes, que no pensaban en su provecho personal sino que centraban su vida en torno a los asuntos públicos, representaban una parte importante de la opinión conservadora, que no podía desdeñarse fácilmente. Si nos hubieran acompañado los dirigentes de la oposición laborista y liberal tal vez se habría producido una situación política tan tensa como para exigir una solución. Los procedimientos llevaron tres o cuatro horas, en dos días consecutivos. Siempre he dicho que Baldwin sabía escuchar, y no cabe duda de que pareció hacerlo con la máxima atención e interés. Lo acompañaban varios miembros del Comité de Defensa del Imperio. El primer día, planteé la cuestión mediante un discurso de una hora y cuarto que concluí de la siguiente manera:

> En primer lugar, nos enfrentamos al mayor peligro y la mayor emergencia de nuestra historia. En segundo lugar, no tenemos ninguna esperanza de resolver nuestro problema, salvo en conjunción con la República francesa. La suma de la Flota británica y el Ejército francés, junto con las dos Fuerzas Aéreas combinadas, actuando desde detrás de la frontera francesa y la belga, más todo lo que Gran Bretaña y Francia representan, constituyen un elemento disuasorio en el que tal vez resida nuestra salvación. De todos modos, es lo mejor que podemos esperar. En cuanto a los detalles, debemos dejar de lado todo lo que nos impida aumentar nuestra propia fuerza. No podemos ocuparnos de todos los riesgos posibles; hemos de concentrarnos en lo fundamental y, en lo demás, aceptar nuestro castigo. Pasando a proposiciones más concretas todavía, debemos incrementar el desarrollo de nuestra potencia aérea, dándole prioridad sobre cualquier otra consideración. A toda costa hemos de conseguir que la flor y nata de nuestros jóvenes quiera pilotar aviones. No importan los alicientes que les ofrezcamos; debemos utilizar todos nuestros recursos, todos los medios a nuestro alcance. Tenemos que acelerar y simplificar la fabricación de aviones y hacerlo a gran escala, y no hemos de dudar en hacer contratos con Estados Unidos y con otros países para obtener

> las máximas cantidades de material y equipo de aviación de todo tipo. Estamos en peligro, como no lo hemos estado nunca hasta ahora; no, ni siquiera en el momento culminante de la campaña de los submarinos [1917].
>
> Esta idea me acosa: *Los meses transcurren con rapidez. Si tardamos demasiado en reparar nuestras defensas, es posible que una fuerza superior nos impida completar el proceso*.

Nos llevamos una gran desilusión al ver que no podía estar presente el ministerio de Hacienda. Era evidente que la salud de Baldwin comenzaba a decaer, era bien sabido que no tardaría en buscar la forma de desprenderse de sus obligaciones y no había ninguna duda de quién sería su sucesor. Lamentablemente, Neville Chamberlain estaba ausente, disfrutando de unas merecidas vacaciones, y no tuvo oportunidad de enfrentarse directamente con los hechos que le presentaban los miembros del Partido Conservador, entre los cuales se encontraban su hermano y muchos de sus amigos personales más apreciados.

Los ministros escucharon nuestras impresionantes presentaciones con sumo interés, pero hasta después de las vacaciones, el veintitrés de noviembre de 1936, Baldwin no nos invitó a todos para darnos una visión más completa de toda la su situación. Sir Thomas Inskip presentó entonces un informe franco y calificado, en el que no nos ocultó la gravedad de la situación en la que nos encontrábamos. En esencia, vino a decirnos que nuestros cálculos, y mis declaraciones en particular, daban una visión demasiado sombría de nuestras perspectivas; que se estaban haciendo grandes esfuerzos (y seguramente era así) para recuperar el terreno perdido; pero que no había nada que justificara la adopción, por parte del gobierno, de medidas de emergencia que, por su mismo carácter, contribuirían a alterar la vida industrial de este país, producirían una alarma generalizada y revelarían las deficiencias que hubiera, y que dentro de estos límites se estaba haciendo todo lo posible. Sobre este punto, sir Austen Chamberlain hizo constar nuestra impresión general de que esto no calmaba nuestra preocupación y que no quedábamos satisfechos en absoluto. Después nos marchamos.

Durante todo el año 1936 siguió en aumento la preocupación de la nación y el Parlamento, concentrándose sobre todo en nuestras defensas aéreas. En el debate sobre el discurso que se celebró el doce de noviembre reproché duramente a Baldwin por no cumplir su promesa de que «cualquier gobierno de este país, un gobierno nacional más que ningún otro, y este gobierno en particular, se ocupará de que en cuanto a fuerza aérea y potencia aérea este país no siga siendo inferior a ningún otro que esté al alcance de nuestras costas». Le dije: «El gobierno simplemente no se decide, o no consigue que el primer ministro se decida, y por eso entran en una extraña paradoja, decididos tan sólo a ser indecisos, resueltos a ser irresolutos, inexorables en su evolución, firmes en su fluidez, todopoderosos para ser impotentes. De modo que seguimos preparándonos, durante más meses y más años, preciosos, quizá vitales para la grandeza de Gran Bretaña, para que nos devore la langosta».

Baldwin me respondió con un discurso extraordinario, en el que dijo:

> Quisiera recordar a la Cámara que, no una vez sino en numerosas ocasiones, en discursos y en diversos sitios, cuando he hablado y defendido el principio democrático en la medida de mis posibilidades, he manifestado que *una democracia siempre lleva dos años de retraso con respecto a una dictadura*. Creo que así es, y que así ha sido en este caso. Expuse mis propios puntos de vista ante toda la Cámara con total franqueza. Recordarán que en ese momento se estaba celebrando en Ginebra la conferencia sobre el desarme. Recordarán que por entonces [1931-1932] probablemente reinaba en todo el país un sentimiento pacifista más intenso que nunca desde la guerra. Recordarán *las elecciones que se celebraron en Fulham en el otoño de 1933, donde un escaño que tenía el gobierno nacional se perdió por alrededor de siete mil votos sólo por la cuestión del pacifismo*. […] Mi posición como líder de un gran partido no era nada cómoda. Me preguntaba qué posibilidades había, cuando ese sentimiento que se manifestó en Fulham era común en todo el país, qué posibilidades había de que, en un año o dos, ese sentimiento cambiara tanto que el país diera la orden del rearme. Suponiendo que me hubiera dirigido al país y les hubiera dicho que Alemania se estaba rearmando y que nosotros teníamos que hacer lo mismo, ¿alguien cree que esta democracia pacífica habría respondido a mi llamamiento en ese momento? *No se me ocurre nada que hubiera contribuido más a que perdiéramos las elecciones, desde mi punto de vista*.

Esto demuestra una franqueza absoluta. Presentaba la pura verdad con respecto a los motivos de su deshonestidad. Que un primer ministro reconociera que no había cumplido su obligación con respecto a la seguridad nacional porque temía perder unas elecciones era un incidente que no tenía paralelismos en nuestra historia parlamentaria. Es evidente que no impulsaba a Baldwin ningún deseo innoble de mantenerse en el poder; de hecho, en 1936, estaba ansioso por retirarse. Determinó su política el temor de que, si llegaban al poder los socialistas, se haría menos todavía de lo que pretendía su gobierno. Todas sus declaraciones y sus votos en contra de las medidas de defensa constan en actas. Pero esto no le sirve de excusa, y no le hace justicia al espíritu del pueblo británico. En esta ocasión no se repitió el éxito que obtuvo el año anterior con su ingenua declaración de un error de cálculo sobre la paridad aérea. La Cámara quedó muy impresionada. De hecho, produjo una impresión tan dolorosa que podría haber sido fatal para Baldwin, cuya salud fallaba en aquel tiempo, de no haber sido por un hecho inesperado.

En este momento, se producía en Inglaterra un acercamiento de hombres y mujeres de todos los partidos que veían los peligros del futuro y estaban decididos a adoptar medidas prácticas para garantizar nuestra seguridad y la causa de la libertad, amenazadas por igual por los impulsos totalitarios y por la complacencia de nuestro gobierno. Nuestro plan era lograr que Gran Bretaña se rearmara a gran escala lo más rápido posible, sumado a la total aceptación y la utilización de la autoridad de la Sociedad de Naciones. Bauticé esta política con el nombre de «las armas y el pacto». Entre nosotros, comentábamos con desdén la actuación de Baldwin la cámara de los Comunes. La culminación de esta campaña sería una asamblea en el Albert Hall donde, el tres de diciembre, reunimos a muchos de los máximos dirigentes de todos los partidos: los duros *tories* de la derecha, firmemente convencidos del peligro nacional; los líderes de la unión de la Sociedad de Naciones; los representantes de

muchos de los grandes sindicatos, presididos por mi antiguo adversario de la huelga general, sir Walter Citrine; el Partido Liberal y su líder, sir Archibald Sinclair. Nos daba la impresión de que estábamos a punto no sólo de conseguir que se respetaran nuestras opiniones sino de hacerlas prevalecer. En ese preciso momento, la pasión del rey por casarse con la mujer que amaba hizo que todo lo demás pasara a un segundo plano: estaba próxima la crisis de la abdicación Antes de que yo respondiera al voto de agradecimiento, alguien gritó: «Dios salve al rey», lo cual desencadenó una larga ovación. Por consiguiente, decidí exponer mi punto de vista:

> Hay otra cuestión grave que ensombrece nuestros pensamientos esta noche. Dentro de unos minutos cantaremos: «Dios salve al rey», y yo cantaré con más sentimiento de lo que lo he hecho en mi vida. Espero y ruego que no se tome precipitadamente ninguna decisión irrevocable, y que se permita que el tiempo y la opinión pública desempeñen su papel, y que no se interrumpa atropelladamente la relación de una personalidad tan apreciada y única con el pueblo que tanto ama. Espero que el Parlamento pueda desempeñar su función en estas altas cuestiones constitucionales. Confío en que nuestro rey se deje guiar por las opiniones que, por primera vez, expresan la nación británica y el imperio británico, y que a su vez al pueblo británico no le falte una generosa consideración hacia el ocupante del trono.

No viene a cuento describir aquí la controversia breve pero intensamente violenta que se produjo a continuación. Yo conocía al rey Eduardo VIII desde que era niño y en 1910, como ministro del Interior, leí en una maravillosa asamblea su proclamación como príncipe de Gales, en el castillo de Carnarvon. Me sentía obligado a poner mi lealtad personal hacia él por encima de todo. Aunque durante el verano me mantuve plenamente informado de lo que ocurría, no intervine ni me puse en contacto con él en ningún momento. Sin embargo, en su desesperación, le pidió autorización al primer ministro para consultarme. Baldwin le prestó su consentimiento oficial y, en cuanto me lo transmitieron, me dirigí a ver al rey a Fort Belvedere, me mantuve en contacto con él hasta su abdicación e hice todo lo que pude para suplicar paciencia y tiempo, tanto al rey como a la opinión pública. Nunca me he arrepentido de ello; de hecho, no podía hacer otra cosa.

El primer ministro demostró gran perspicacia al juzgar el sentimiento nacional británico. Sin duda, captaba y expresaba la voluntad profunda de la nación. La destreza con que manejó la cuestión de la abdicación lo elevó, en quince días, de las profundidades a la cima. Hubo varios momentos en que me pareció que estaba completamente solo frente a toda una airada cámara de los Comunes. Cuando estoy en plena acción no me suelen afectar las corrientes de sentimientos hostiles, pero en más de una ocasión me resultó físicamente imposible hacerme oír. Todas las fuerzas que había reunido en torno a «las armas y el pacto», de las que me consideraba el móvil principal, estaban distanciadas ose habían disuelto, y yo mismo había caído tan bajo en la opinión pública que casi todo el mundo pensaba que mi vida política había acabado, finalmente. Resulta extraño que precisamente esa cámara de los Comunes que me trató con tanta hostilidad fuera el mismo instrumento que me escuchó y me

defendió durante los largos años adversos de la guerra, hasta que obtuvimos la victoria sobre todos nuestros enemigos. Ésta es una buena prueba de que lo único sensato y seguro es actuar cada día según los dictados de la propia conciencia de cada uno.

De la abdicación de un rey pasamos a la coronación de otro y, hasta finales de mayo de 1937, sólo nos ocupamos del ceremonial y el esplendor del solemne juramento nacional de lealtad a la Corona y a consagrar las fidelidades británicas, tanto las nacionales como las de todo el imperio, al nuevo soberano. La opinión pública dejó de interesarse por los asuntos exteriores y por el estado de nuestras defensas, como si nuestra isla estuviera a miles de kilómetros de Europa. Sin embargo, quiero dejar constancia de que el dieciocho de mayo de 1937, al día siguiente de la coronación, recibí la siguiente carta, de puño y letra del nuevo monarca:

> The Royal Lodge,
> The Great Park,
> Windsor, Berkshire,
> 18 de mayo de 1937
>
> Mi estimado señor Churchill:
> Le escribo para darle las gracias por su amable carta. Sé lo mucho que apreciaba y sigue apreciando a mi querido hermano, y me siento incapaz de expresar con palabras lo mucho que me conmueven su simpatía y su comprensión ante los complejos problemas que han surgido desde que se fue en diciembre. Soy plenamente consciente de las enormes preocupaciones y responsabilidades que he asumido como rey, y me anima mucho recibir los buenos deseos de uno de nuestros grandes estadistas, que ha servido tan fielmente a su patria. Sólo espero que la esperanza y la confianza que existen actualmente en el país y en el imperio sirvan de buen ejemplo para otras naciones del mundo.
>
> Créame,
> Suyo, sinceramente,
> Jorge R. I.

Este gesto de magnanimidad hacia una persona cuya influencia, en ese momento, se había reducido a cero, siempre será una experiencia muy valiosa en mi vida.

El veintiocho de mayo de 1937, después de la coronación del rey Jorge VI Baldwin se retiró. Sus prolongados servicios públicos se vieron recompensados con el título de conde y la Orden de la Jarretera. Así se libró de la amplia autoridad que reunió y mantuvo cuidadosamente, pero que utilizó lo menos posible. Partió rodeado de la gratitud y la estima públicas. No había ninguna duda de quién sería su sucesor. Como ministro de Hacienda, Neville Chamberlain no sólo había hecho la mayor parte del trabajo de gobierno en los últimos cinco años sino que, además, era el ministro más competente y con más fuerza, dotado de gran capacidad y de un apellido histórico. Un año antes, en Birmingham, utilicé para describirlo las palabras de

Shakespeare: «La bestia de carga de nuestros asuntos importantes», y él tomó esta descripción como un cumplido. No preveía que quisiera trabajar conmigo, ni tampoco habría sido prudente de su parte, en ese momento. Sus ideas eran muy diferentes de las mías con respecto al tratamiento de los principales asuntos del momento. Pero me complacía la llegada al poder de una figura entusiasta, competente y eficaz. Seguimos manteniendo relaciones distantes, fluidas y amables, tanto en público como en privado.

Me gustaría presentar aquí una valoración comparativa de estos dos primeros ministros, Baldwin y Chamberlain, a los que conocí durante mucho tiempo y con los que colaboré o estaba a punto de colaborar. Stanley Baldwin era más sabio y más comprensivo, pero le faltaba capacidad ejecutiva. En general, le dejaban indiferente los asuntos exteriores y los militares. Apenas conocía Europa y lo que sabía no le gustaba. En cambio, conocía muy bien la política partidista británica y representaba a grandes rasgos algunas de las virtudes y muchos de los defectos de nuestra raza insular. Se había presentado a cinco elecciones generales como líder del Partido Conservador, de las que ganó tres. Tenía la habilidad de saber esperar los acontecimientos y era imperturbable frente a la crítica adversa. Poseía una singular habilidad para dejar que los acontecimientos actuaran a su favor, y era capaz de aprovechar una buena oportunidad cuando se le presentaba. A mí me parecía que revivía las impresiones que nos proporciona la historia de sir Robert Walpole, aunque sin la corrupción imperante en el siglo XVIII, evidentemente, y que dominó la política británica durante casi tanto tiempo como él.

Por su parte, Neville Chamberlain era despierto, eficiente, dogmático y seguro de sí mismo en grado sumo. A diferencia de Baldwin, le parecía que era capaz de abarcar toda Europa y, sin duda, el mundo. En lugar de una intuición vaga, aunque muy bien arraigada, a partir de entonces tuvimos una limitada y mordaz eficiencia, dentro de los límites de la política en que creía. Como ministro de Hacienda, y también como primer ministro, mantuvo un control estricto y muy riguroso de los gastos militares. Durante todo este período se opuso con energía a todas las medidas de emergencia. Se había formado una opinión definitiva sobre todas las figuras políticas de la época, tanto nacionales como internacionales, y se sentía capaz de tratar con ellas. Tenía la esperanza de pasar a la historia como el gran pacificador, para lo cual estaba dispuesto a luchar constantemente, a pesar de los hechos, y a hacer frente a grandes riesgos para sí mismo y para su país. Lamentablemente, se topó con mareas cuya fuerza no pudo medir, y se enfrentó a huracanes a los que no se resistió pero que no pudo manejar. En los últimos años antes de la guerra me habría resultado más sencillo trabajar con Baldwin, porque lo conocía, que con Chamberlain, aunque ninguno de los dos tenía la menor intención de trabajar conmigo, salvo como último recurso.

Un día de 1937 tuve una entrevista con Von Ribbentrop, el embajador alemán en Gran Bretaña. En uno de mis artículos quincenales destaqué que habían tergiversado un discurso que pronunció. Por supuesto, nos habíamos encontrado varias veces en reuniones sociales. Entonces me invitó a que fuera a verlo para charlar con él. Me recibió en la amplia sala del primer piso de la embajada alemana. Mantuvimos una conversación que duró más de dos horas. Ribbentrop se mostró sumamente amable y hablamos de toda Europa, tanto en lo que respecta al armamento como a la política. Lo esencial que me quería transmitir era que Alemania buscaba la amistad de Inglaterra (en el continente europeo, a menudo nos llamaban «Inglaterra» todavía). Dijo que podría haber sido ministro de Asuntos Exteriores de su país, pero que le pidió a Hitler que lo dejara venir a Londres para exponer los argumentos en favor de un pacto, o incluso una coalición, anglogermana. Alemania montaría guardia para defender el imperio británico en toda su grandeza y extensión. Podrían solicitar la devolución de las colonias alemanas, aunque evidentemente esto no era fundamental. Lo que hacía falta era que Gran Bretaña le diera carta blanca a Alemania en el este europeo, para que pudiera disponer de un *Lebensraum*, o espacio vital, para su población, cada vez más numerosa. Por tanto, tenían que absorber Polonia y el corredor de Danzig. Bielorrusia y Ucrania eran indispensables para el futuro del Reich alemán, con sus cerca de setenta millones de almas. Con menos espacio no tendrían suficiente. Lo único que le pedían a la Commonwealth (Comunidad Británica de Naciones) y al imperio británico era que no interfirieran. Había un mapa enorme colgado de la pared y el embajador me condujo hasta él varias veces para explicarme sus proyectos.

Después de escucharlo, le repliqué que estaba seguro de que el gobierno británico no estaría de acuerdo en dar carta blanca a Alemania en el este de Europa. Era verdad que no nos llevábamos bien con la Rusia soviética y que odiábamos el comunismo tanto como Hitler, pero podía estar seguro de que, por más que se protegiera a Francia, Gran Bretaña nunca se desinteresaría tanto por la suerte del continente como para permitir que Alemania consiguiera dominar el centro y el este de Europa. En realidad, estábamos de pie delante del mapa cuando se lo dije. Ribbentrop se alejó bruscamente y dijo: «En ese caso, la guerra es inevitable. No hay alternativa. El *führer* está decidido. Nada lo detendrá a él, ni nada nos detendrá a nosotros». Volvimos a sentarnos. Después de todo, yo no era más que un parlamentario más, aunque tuviera cierta prominencia. Me pareció correcto decirle al embajador alemán (en realidad, recuerdo bien las palabras): «Cuando habla de guerra, y sin duda se refiere a una guerra generalizada, no debe subestimar a Inglaterra, que es un país curioso, y pocos extranjeros la comprenden. No la juzgue por la actitud del gobierno actual. Cuando le presentan al pueblo una buena causa, este gobierno y los británicos

son capaces de realizar todo tipo de actos inesperados». Y le repetí: «No subestime a Inglaterra, que es muy lista. Si nos hace entrar a todos en otra gran guerra pondrá a todo el mundo en su contra, como la última vez». Ante lo cual, el embajador se puso de pie, airado, y dijo: «Ah, puede que Inglaterra sea muy lista, pero esta vez no pondrá a todo el mundo en contra de Alemania». Dejamos que la conversación discurriera por temas más sencillos y no ocurrió nada más digno de destacar. Sin embargo, conservo el incidente en la memoria y, como en su momento lo puse en conocimiento del Ministerio de Asuntos Exteriores, me parece correcto consignarlo por escrito.

Cuando los conquistadores lo sometieron a juicio, Ribbentrop presentó una versión distorsionada de esta conversación y pidió que me llamaran a declarar como testigo. Lo que he señalado al respecto es lo que habría dicho si me hubieran llamado.

Capítulo XI

EDEN EN EL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES. SU DIMISIÓN

El ministro de Asuntos Exteriores ocupa un lugar especial en el gabinete británico. Aparte de recibir un trato de perceptible respeto en un cargo tan elevado y de tanta responsabilidad como éste, suele trabajar bajo la escrutadora mirada, si no de todo el Consejo de Ministros al menos de sus principales miembros, a los cuales tiene la obligación de mantener informados. Envía a sus colegas, como una cuestión de costumbre y de rutina, todos sus telegramas ejecutivos, los informes de nuestras embajadas en el exterior, los informes de sus entrevistas con embajadores y otros notables personajes extranjeros. Al menos ha sido así durante mi experiencia en la vida ministerial. Evidentemente, se encuentra bajo la supervisión especial del primer ministro que, personalmente o a través del Consejo, es el encargado de controlar, y está facultado para hacerlo, el curso de la política exterior. Al menos con él no debe guardar ningún secreto. Ningún ministro de Asuntos Exteriores puede cumplir su función si no cuenta con el apoyo constante de su jefe. Para que todo funcione bien no sólo debe haber acuerdo entre ellos en los aspectos fundamentales, sino también una armonía de puntos de vista e incluso, en cierta medida, de carácter, sobre todo si el primer ministro dedica una atención especial a los asuntos exteriores. Edén fue el ministro de Asuntos Exteriores de Baldwin que, aparte de que lo que más deseaba era tener una vida apacible y tranquila, no tenía una participación activa en la política exterior. En cambio, Chamberlain pretendía ejercer un control autoritario en muchos ministerios, tenía opiniones firmes sobre los asuntos exteriores y, desde el principio, hizo valer su derecho indudable a hablar de ellos con los embajadores extranjeros. Por tanto, cuando asumió el cargo de primer ministro se produjo un cambio discreto, aunque perceptible, en la posición del ministro de Asuntos Exteriores.

A esto hay que sumar una profunda, aunque al principio latente, diferencia de espíritu y de opinión. El primer ministro quería mantener buenas relaciones con los dos dictadores europeos y creía que el mejor método era la conciliación y tratar e evitar todo lo que pudiera resultarles ofensivo. Edén, por el contrario, se ganó la reputación que tenía en Ginebra por unificar a los países europeos contra uno de los dictadores y, si lo hubieran dejado, es muy posible que hubiera impuesto sanciones que llegaran hasta la guerra, e incluso más allá. Era un ferviente defensor de la entente con Francia y tenía mucho interés en mantener relaciones más estrechas con la Rusia soviética. Percibía y temía el peligro de Hitler. Le preocupaba la debilidad de nuestros armamentos y las consecuencias de este hecho en los asuntos extranjeros. Casi se podía decir que no había demasiada diferencia de opinión entre él y yo, salvo, evidentemente, que él estaba limitado. Por tanto, me pareció desde el principio que

era probable que surgieran diferencias entre estas dos importantes figuras ministeriales a medida que se agravara la situación mundial.

Además, en lord Halifax tenía el primer ministro un colega que parecía compartir sus puntos de vista sobre los asuntos exteriores con simpatía y convicción. Mis prolongadas y estrechas relaciones con Edward Halifax se remontaban a 1922 cuando, en tiempos de Lloyd George, fue subsecretario mío en la Oficina de Dominios y Colonias. Las diferencias políticas, a pesar de ser serias y duraderas como las que surgieron entre nosotros con respecto a su política como virrey de la India, nunca destruyeron nuestras relaciones personales. Me pareció que lo conocía bien y estaba seguro de que existía un abismo entre nosotros, y también me daba la impresión de que existía el mismo abismo, o uno muy similar, entre él y Anthony Edén. Habría sido más prudente, por parte de Chamberlain, nombrar ministro de Asuntos Exteriores a lord Halifax cuando formó gobierno, ya que habría sido mejor poner a Edén en la Oficina de Guerra o en el Almirantazgo, y así el primer ministro habría tenido a un espíritu afín y a su propio hombre en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Entre el verano de 1937 y el final de ese año aumentaron las divergencias, tanto en método como en objetivo, entre el primer ministro y su ministro de Asuntos Exteriores. Los acontecimientos sucesivos que acabaron con la dimisión de Edén, en febrero de 1938, siguieron un curso lógico.

Los primeros puntos de divergencia surgieron con respecto a nuestras relaciones con Alemania e Italia. Chamberlain estaba decidido a cortejar a los dos dictadores. En julio de 1937 invitó a Downing Street al embajador italiano, el conde Grandi. La conversación se celebró con el conocimiento pero sin la presencia de Edén. Chamberlain manifestó su deseo de mejorar las relaciones angloitalianas. El conde Grandi le sugirió que, como primera medida, estaría bien que el primer ministro se dirigiera personalmente a Mussolini. Chamberlain se sentó y le escribió una carta en el transcurso de la entrevista, que fue despachada sin consultar al ministro de Asuntos Exteriores, que se encontraba en su despacho a pocos metros de distancia. Aparentemente, la carta no produjo ningún resultado, y nuestras relaciones con Italia, debido a su cada vez mayor intervención en España, fueron empeorando.

Chamberlain estaba convencido de que tenía que cumplir la misión especial y personal de establecer relaciones amistosas con los dictadores de Italia y Alemania, y se consideraba capaz de conseguirlo. Con Mussolini deseaba llegar a un acuerdo ara el reconocimiento de la conquista italiana de Abisinia como prolegómeno a una resolución definitiva de las diferencias. A Hitler estaba dispuesto a ofrecerle concesiones coloniales. Al mismo tiempo, no estaba dispuesto a plantearse de forma conspicua las mejoras de los armamentos británicos ni la necesidad de una estrecha colaboración con Francia, tanto a nivel político como de Estado Mayor. Edén, por su parte, estaba convencido de que cualquier acuerdo con Italia debía formar parte de un

acuerdo general en el Mediterráneo, que debía incluir a España, y que había que conseguir mediante un estrecho acuerdo con Francia. Para negociar dicho acuerdo, nuestro reconocimiento de la posición de Italia en Abisinia sería una buena baza en las negociaciones y malgastarla al principio y parecer muy interesados en iniciar las negociaciones no era prudente, en opinión del ministro de Asuntos Exteriores.

Durante el otoño de 1937 estas diferencias se hicieron más profundas. Chamberlain opinaba que el Ministerio de Asuntos Exteriores obstaculizaba sus intentos de dialogar abiertamente con Alemania y con Italia, mientras que Edén pensaba que su jefe se estaba dando demasiada prisa para acercarse a los dictadores, sobre todo cuando los armamentos británicos eran tan débiles. De hecho, había una profunda divergencia de opinión, tanto práctica como psicológica.

A pesar de mis diferencias con el gobierno, mantuve una relación estrecha con su ministro de Asuntos Exteriores, que me parecía la figura más decidida y valiente del equipo y, aunque como secretario privado y posteriormente como subsecretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores había tenido que adaptarse a muchas cosas que critiqué y sigo condenando, estaba seguro de que era una buena persona y que sabía lo que hacía. Por su parte, siempre me invitaba a todas las recepciones que se celebraban en el Ministerio de Asuntos Exteriores y nos escribíamos con franqueza, lo que, evidentemente, no tenía nada de impropio, ya que Eden se atenía al precedente, bien establecido, según el cual el ministro de Asuntos exteriores suele mantenerse en contacto con las figuras políticas destacadas del momento en las cuestiones internacionales generales.

En el otoño de 1937 Edén y yo habíamos llegado, aunque por caminos algo diferentes, a una postura similar contraria a la intervención activa del Eje en la guerra civil española. Siempre lo apoyé en la Cámara cuando emprendía alguna acción decidida, aunque fuera a una escala muy limitada. Conocía bien las dificultades que tenía con algunos de sus colegas de más edad en el Consejo de Ministros y con su jefe, y sabía que actuaría con más energía si no estuviera enredado. Poco después se produjo una crisis en el Mediterráneo que manejó con firmeza y habilidad y que, por consiguiente, se resolvió de una forma que reflejaba cierto crédito para nuestra postura. Unos submarinos supuestamente españoles hundieron varios barcos mercantes. En realidad, no había ninguna duda de que los submarinos no eran españoles sino italianos. Era un mero acto de piratería que impulsó a actuar a todos los que se enteraron. Se convocó una conferencia de las potencias del Mediterráneo en Nyón para el diez de septiembre, a la que acudió el ministro de Asuntos Exteriores acompañado por Vansittart y lord Chatfield, el primer Lord del Mar. La conferencia fue breve y efectiva. Se acordó establecer patrullas antisubmarinos británicas y francesas, con unas órdenes que no dejaban la menor duda sobre el destino de

cualquier submarino que encontraran. Italia manifestó su conformidad y los atentados cesaron de inmediato.

Aunque no es más que un incidente, es una buena prueba de lo poderosa que habría sido la influencia conjunta de Gran Bretaña y Francia, si se hubiese manifestado con convicción y con disposición a usar la fuerza, en lo que respecta a la actitud y la política de los dictadores. A estas alturas no se puede afirmar que una política así habría impedido la guerra, pero es muy probable que la hubiera retrasado. Es un hecho que, mientras que los intentos de «contemporización» en todas sus formas sólo estimularon la agresión y proporcionaron a los dictadores más apoyo de sus propios pueblos, cualquier señal de una contraofensiva positiva por parte de las democracias occidentales produjo un aplacamiento inmediato de la tensión. Esta norma se cumplió durante todo 1937. Después de esa fecha, el escenario y las condiciones fueron diferentes.

Durante el mes de noviembre, Edén siguió cada vez más preocupado por la lentitud de nuestro rearme. El día once tuvo una entrevista con el primer ministro y trató de transmitirle sus recelos. Al cabo de un rato, Neville Chamberlain se negó a escucharlo y le aconsejó que «se fuera a casa y se tomara una aspirina». En febrero de 1938 el ministro de Asuntos Exteriores se sentía casi aislado en el Consejo de Ministros. El primer ministro contaba con fuerte apoyo en contra de su persona y su perspectiva. Un grupo de ministros importantes consideraban que la política del Ministerio de Asuntos Exteriores era peligrosa e incluso provocadora, mientras que varios de los ministros más jóvenes estaban totalmente dispuestos a comprender su punto de vista. Algunos de ellos se quejaron posteriormente de que él no les tenía confianza. Sin embargo, a él ni siquiera se le ocurrió que podían formar un grupo para oponerse a su líder. Los jefes del Estado Mayor no podían ayudarlo. En realidad, ellos encarecían cautela y hacían hincapié en los peligros de la situación. No querían acercarse demasiado a los franceses para no entrar en compromisos que no pudiéramos cumplir. Tenían una visión pesimista de la potencia militar rusa después de la purga de Stalin, de la que hablaremos más adelante. Para ellos era necesario que nos planteáramos nuestros problemas como si tuviéramos tres enemigos, Alemania, Italia y Japón, que pudieran atacarnos al mismo tiempo, y muy pocos amigos dispuestos a ayudarnos. Podíamos pedir bases aéreas a Francia, pero no podíamos enviar un ejército, en primer lugar. Hasta una sugerencia tan modesta como ésta fue recibida con gran resistencia por el gabinete.

Pero en realidad la ruptura se produjo por otra cuestión diferente. La noche del once de enero de 1938, Sumner Welles, el subsecretario de Estado estadounidense, se puso en contacto con el embajador británico en Washington: era portador de un mensaje secreto y confidencial del presidente Roosevelt para Chamberlain. El presidente estaba muy preocupado por el deterioro de la situación internacional y se

proponía tomar la iniciativa, invitando a Washington a los representantes de ciertos gobiernos para analizar las causas de las actuales dificultades. Pero antes de dar este paso quería conocer la opinión del gobierno británico sobre este plan y ponía como condición que no se informara a ningún otro gobierno ni sobre la naturaleza ni sobre la existencia de semejante propuesta. Pidió que, a más tardar el diecisiete de enero, se le diera una respuesta a su mensaje, e insinuó que sólo si esta sugerencia contaba con «la cordial aprobación y el apoyo incondicional del gobierno de Su Majestad» se pondría en contacto con los gobiernos de Francia, Alemania e Italia. Era un paso impresionante e inconmensurable.

Al remitir a Londres esta propuesta tan secreta, el embajador británico, sir Ronald Lindsay, aconsejó su inmediata aceptación. El Ministerio de Asuntos Exteriores recibió el telegrama de Washington el doce de enero y le envió un ejemplar al primer ministro, que se encontraba en el campo, esa misma noche. Regresó a Londres a la mañana siguiente y, siguiendo sus instrucciones, se envió una respuesta al mensaje del presidente. En ese momento, Edén estaba pasando unas breves vacaciones en el sur de Francia. La respuesta de Chamberlain indicaba que agradecía la confianza del presidente Roosevelt al consultarlo así sobre el plan propuesto para mitigar la tensión que había en Europa, pero que deseaba explicar la situación en que se encontraban sus propios esfuerzos por llegar a un acuerdo con Alemania e Italia, sobre todo en el caso de esta última. «El gobierno de Su Majestad estaría dispuesto, por su parte, de ser posible con la autoridad de la Sociedad de Naciones, a reconocer *de jure* la ocupación italiana de Abisinia, si veía que el gobierno italiano por su parte estaba dispuesto a manifestar su deseo de contribuir a la restauración de la confianza y de unas relaciones amistosas». El primer ministro mencionaba estos hechos, continuaba el mensaje, para que el presidente pensara si su propuesta no coartaría los esfuerzos británicos. Por tanto, ¿no sería más razonable postergar la presentación del plan estadounidense?

Roosevelt recibió esta respuesta con cierta desilusión y dio a entender que le respondería por carta a Chamberlain el diecisiete de enero. La noche del quince de enero el ministro de Asuntos Exteriores regresó a Inglaterra. Quien lo instó para que regresara no fue su superior, que estaba satisfecho de trabajar sin él, sino los leales funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores. Alexander Cadogan lo esperaba, atento, en el muelle de Dover. Edén, que había trabajado duro y durante mucho tiempo para mejorar las relaciones angloamericanas, sintió un profundo desasosiego. De inmediato le envió un telegrama a sir Ronald Lindsay para tratar de minimizar las consecuencias de la glacial respuesta de Chamberlain. La carta del presidente llegó a Londres la mañana del dieciocho de enero. En ella aceptaba postergar la presentación de su propuesta, teniendo en cuenta el hecho de que el gobierno británico se planteaba una negociación directa, pero añadía que estaba seriamente preocupado por

la sugerencia de que el gobierno de Su Majestad podía reconocer la posición de Italia en Abisinia ya que pensaba que esto tendría consecuencias muy negativas respecto a la política japonesa en el Lejano Oriente y para la opinión pública estadounidense. Al entregar esta carta al embajador británico en Washington, Cordell Hull se manifestó con más énfasis todavía y dijo que tal reconocimiento «produciría indignación, reavivaría y multiplicaría todos los temores a sacar las castañas del fuego, y parecería un acuerdo corrupto, concretado en Europa, a expensas de los intereses en el Lejano Oriente donde Estados Unidos estaba muy involucrado».

La carta del presidente fue objeto de análisis en una serie de reuniones del comité de Asuntos Exteriores del Consejo de Ministros. Edén consiguió una modificación considerable de la actitud anterior, y la mayoría de los ministros pensaron que había quedado satisfecho. Él no dijo nada, pero no fue así. Después de estos análisis, se enviaron dos mensajes a Washington la noche del veintiuno de enero que, en esencia, decían que el primer ministro apoyaba encarecidamente la iniciativa del presidente, pero que no estaba dispuesto a aceptar ninguna responsabilidad por su fracaso en caso de que el intento de acercamiento por parte de Estados Unidos no fuera bien recibido. Chamberlain quería destacar que no aceptábamos sin condiciones el procedimiento que sugería el presidente que, evidentemente, molestaría a los dos dictadores y a Japón. Además, al gobierno británico le daba la impresión de que el presidente no había comprendido del todo nuestra posición con respecto a un reconocimiento *de jure*. De hecho, el segundo mensaje era una explicación de nuestra actitud en esta cuestión. Nuestra intención era aceptar ese reconocimiento sólo como parte de un acuerdo general con Italia.

El embajador británico informó sobre la conversación que mantuvo con Sumner Welles cuando le entregó estos mensajes para el presidente, el veintidós de enero. Declaró que Welles le dijo que «para el presidente el reconocimiento era una píldora amarga que los dos tendríamos que tragar, y que deseaba que los dos la tragáramos al mismo tiempo».

Así fue como Chamberlain rechazó la propuesta del presidente Roosevelt de usar la influencia de su país para unir a las principales potencias europeas con el fin de debatir las posibilidades de un acuerdo general que implicaba, aunque de forma tentativa, el enorme poder de Estados Unidos.

Era evidente que no se podía culpar de la dimisión del ministro de Asuntos Exteriores al rechazo de Chamberlain al intento de acercamiento del presidente. Sin duda, Roosevelt corría grandes riesgos en su propia política interna al hacer participar a Estados Unidos en el sombrío panorama europeo. Todas las fuerzas aislacionistas habrían saltado si se hubieran enterado de estos intercambios. Por otro lado, ningún otro acontecimiento habría contribuido más a alejar la guerra, o incluso a evitarla, que

la entrada de Estados Unidos en el círculo de odios y temores europeos. Para Gran Bretaña era casi una cuestión de vida y muerte. Nadie puede medir retrospectivamente las consecuencias que habría tenido en el curso de los acontecimientos en Austria y después en Múnich. Debemos considerar su rechazo (porque eso fue) como la pérdida de la última y remota posibilidad de salvar al mundo de la tiranía por un medio que no fuera la guerra. Que Chamberlain, con su actitud limitada y su inexperiencia en el panorama europeo, tuviera la arrogancia de rechazar la mano que le tendían desde el otro lado del Atlántico nos deja, incluso en estas fechas, completamente sorprendidos. Es increíble la falta de todo sentido de la proporción, e incluso de instinto de supervivencia, que revela este episodio por parte de un hombre recto, competente y bienintencionado, que tenía a su cargo los destinos de nuestro país y de todos los que dependían de él. Hoy no se puede ni siquiera reconstruir el estado de ánimo que haría posible un gesto como éste.

Es probable que Edén confiara muy poco en el futuro cuando fue a París el veinticinco de enero para consultar a los franceses. Todo dependía entonces del éxito del acercamiento a Italia, al que le habíamos dado tanta importancia en nuestras respuestas al presidente. Los ministros franceses le recalcaron a Edén la necesidad de incluir a España en cualquier acuerdo general con los italianos; pero no fue difícil convencerlo de esto. El diez de febrero, el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores se reunieron con el conde Grandi, que declaró que los italianos estaban dispuestos en principio a comenzar las conversaciones.

El quince de febrero se conoció la noticia de que el canciller austriaco, Schuschnigg, había accedido a la petición alemana de incorporar al gabinete austríaco al principal agente nazi, Seyss-Inquart, como ministro del Interior y jefe de la policía austríaca. La gravedad de este acontecimiento no evitó la crisis personal entre Chamberlain y Edén. El dieciocho de febrero volvieron a reunirse con el conde Grandi, y eso fue lo último que hicieron juntos. El embajador se negó a analizar la posición italiana con respecto a Austria o a plantearse el plan británico para la retirada de España de los voluntarios, o supuestos voluntarios, en este caso cinco divisiones del Ejército regular italiano. Sin embargo, Grandi pidió que se iniciaran en Roma conversaciones generales. El primer ministro quería que se celebraran, pero el ministro de Asuntos Exteriores estaba totalmente en contra de dar un paso así. Hubo muchas negociaciones y reuniones del Consejo de Ministros. Al final, Edén rápidamente presentó su dimisión por la cuestión de que las conversaciones con Italia se llevaran a cabo en ese momento y en esas circunstancias, lo que dejó atónitos a sus colegas, que no se habían percatado de que las diferencias entre el ministro de Asuntos Exteriores y el primer ministro hubieran llegado al límite. Evidentemente, con la renuncia de Edén se planteaba una nueva cuestión, que daba lugar a otros asuntos más generales. Sin embargo, todos se habían comprometido con los méritos

del tema en cuestión, y el resto de ese largo día se dedicó a tratar de convencer al ministro de Asuntos Exteriores de que cambiara de opinión. A Chamberlain lo impresionó la aflicción del Consejo de Ministros. «Al ver el desconcierto de mis colegas, propuse levantar la sesión hasta el día siguiente». Pero para Edén no tenía ningún sentido seguir buscando fórmulas y, antes de la medianoche del día veinte, presentó su dimisión definitiva. «Lo cual habla muy bien de él, en mi opinión», destacó el primer ministro. De inmediato se nombró a lord Halifax ministro de Asuntos Exteriores en su lugar.

Evidentemente, ya se sabía que había serias diferencias en el gabinete, aunque no se conocían bien las causas. Lo había oído comentar, pero me abstuve cuidadosamente de comunicarme con Edén. Esperaba que no dimitiera, bajo ningún concepto, sin preparar su caso de antemano y sin ofrecer a los numerosos amigos que tenía en el Parlamento la oportunidad de tocar el tema. Pero en ese momento el gobierno era tan fuerte y tan distante que la lucha se libró en el seno del cónclave ministerial y fundamentalmente entre los dos hombres.

La noche del veinte de febrero, bastante tarde, estaba sentado en mi antigua habitación de Chartwell (como también suelo hacer ahora) cuando recibí una llamada telefónica informándome de la dimisión de Edén. Debo confesar que se me cayó el alma a los pies y que, durante un buen rato, me abrumaron las oscuras aguas de la desesperación. He tenido muchos altibajos en mi larga vida. Durante toda la guerra que estaba a punto de comenzar y en sus momentos más sombríos nunca tuve problemas para dormirme. Durante la crisis de 1940, cuando tenía tanta responsabilidad sobre los hombros, y también en muchos momentos delicados y de preocupación de los cinco años siguientes, siempre me podía desplomar sobre la cama y echarme a dormir después de acabar el trabajo del día, aunque expuesto, desde luego, a cualquier llamada de urgencia. Dormía profundamente y me despertaba descansado sin otra sensación que el afán de lidiar con lo que me deparara el día. Pero esa noche del veinte de febrero de 1938, y sólo en esta ocasión, no me pude dormir. Desde la medianoche hasta la madrugada di vueltas en la cama, consumido por la sensación de dolor y temor. Parecía una figura joven y fuerte resistiéndose a las corrientes que querían obligarlo a dejarse llevar y a rendirse, a tomar medidas equivocadas y a seguir débiles impulsos. Yo hubiera actuado de otro modo, en muchos sentidos, pero me parecía que él, en ese momento, encarnaba la esperanza de vida de la nación británica, de la gran raza nacional que tanto hizo por la humanidad y que tanto tenía para dar todavía. Pero se había ido. Vi penetrar lentamente por la ventana la luz del día y apareció en mi mente la imagen de la muerte.

Capítulo XII

LA EXPOLIACIÓN DE AUSTRIA (febrero de 1938)

En general, en nuestra época, cuando un Estado es vencido en una guerra conserva su estructura, su identidad y el secreto de sus archivos. Pero en esta ocasión, como la guerra se libró hasta las últimas consecuencias, nos hemos apoderado por completo de los detalles íntimos del enemigo, a partir de los que podemos contrastar con bastante exactitud nuestra propia información y lo que hemos hecho. En julio de 1936 Hitler había dado instrucciones al Estado Mayor alemán de elaborar unos planes militares para ocupar Austria cuando llegara el momento. La operación recibió el nombre de «Caso Otto». El cinco de noviembre de 1937 presentó sus planes futuros ante los jefes de sus Fuerzas Armadas. Alemania necesitaba más «espacio vital», y el mejor lugar para encontrarlo era la Europa del Este: Polonia, Bielorrusia y Ucrania. Conseguir todo esto supondría una gran guerra y, de paso, el exterminio de los pueblos que vivían en esos lugares. Alemania tendría qué vérselas con sus dos «odiosos enemigos», Inglaterra y Francia, para los que «un coloso alemán en el centro de Europa sería intolerable». Para aprovechar la primacía que había conseguido en la producción de municiones y el fervor patriótico que despertaba y representaba el Partido Nazi, debía emprender una guerra en cuanto se le presentara la primera oportunidad y debía ocuparse de sus dos adversarios obvios antes de que estuvieran preparados para combatir.

Esta política alarmó a Neurath, Fritsch e incluso Blomberg, influidos todos por las opiniones del ministro de Asuntos Exteriores alemán, el Estado Mayor y el cuerpo de oficiales, porque pensaban que se correrían demasiados riesgos. Admitieron que gracias a la audacia del *führer* estaban decididamente por delante de los aliados en todo tipo de rearme. El Ejército maduraba de mes en mes; la decadencia interna de Francia y la falta de fuerza de voluntad de los británicos eran factores favorables que bien podían dejar que siguieran su curso. ¿Qué importaban uno o dos años cuando todo iba tan bien? Necesitaban disponer de tiempo para completar la máquina bélica, y un discurso conciliador del *führer* de vez en cuando seguiría dando que hablar a estas democracias fútiles y degeneradas. Pero Hitler no estaba tan seguro. Su genio le indicaba que la victoria no se conseguiría mediante seguridades, sino que habría que correr riesgos. Había que dar un salto. Estaba exaltado por sus éxitos, primero en el rearme, en segundo lugar por el servicio militar obligatorio, en tercer lugar por Renania, en cuarto lugar por la adhesión de la Italia de Mussolini. Esperar a que todo estuviera a punto era, probablemente, esperar hasta que fuera demasiado tarde. Es muy sencillo para los historiadores, y ara todos los que no tienen que vivir ni actuar de un día para otro, decir que habría tenido toda la suerte del mundo en su mano si

hubiera seguido aumentando su fuerza durante otros dos o tres años antes de atacar. No es tan fácil. No hay certidumbres la vida humana ni en la vida de los Estados. Hitler estaba decidido a darse prisa y a entablar la guerra mientras él estuviera en su apogeo.

Primero fue destituido Blomberg, que había perdido prestigio ante el cuerpo de oficiales como consecuencia de un matrimonio inadecuado; después, el cuatro de febrero de 1938, Hitler despidió a Fritsch y asumió él mismo el mando supremo de las Fuerzas Armadas. En la medida en que es posible que un solo hombre, por talentoso y poderoso que sea, por tremendos que sean los castigos que imponga y haga cumplir su voluntad en tan diversas esferas, el *führer* asumió el control directo, no sólo de la política del Estado, sino también de la maquinaria militar. En este momento tenía algo parecido al poder de Napoleón después de Austerlitz y Jena, aunque desde luego sin la gloria de haber ganado grandes batallas dando órdenes personalmente, montado a caballo, sino mediante triunfos en el campo político y el diplomático que todo su círculo y sus seguidores sabían que se debían exclusivamente a él y a su criterio y osadía.

Aparte de su decisión, manifestada con tanta claridad en el *Mein Kampf*, de reunir a todas las razas teutonas bajo el Reich, Hitler tenía dos motivos para querer anexionarse la República de Austria: porque le abría a Alemania la puerta a Checoslovaquia y también los portales más espaciosos del sureste de Europa. Desde que la sección austríaca del Partido Nazi asesinó al canciller Dollfuss en julio de 1934, el proceso de subversión contra el gobierno austríaco independiente mediante el dinero, la intriga y la fuerza no cesó jamás. Cada vez que Hitler lograba un éxito en alguna parte, tanto dentro de Alemania como contra los aliados, crecía en Austria el movimiento nazi. Había sido necesario proceder paso a paso. Oficialmente, Papen recibió órdenes de mantener las relaciones más cordiales con el gobierno austríaco y de conseguir el reconocimiento oficial del Partido Nazi austríaco como un ente con Personalidad jurídica. En esa época, la actitud de Mussolini había impuesto restricciones. Después del asesinato de Dollfuss el dictador italiano voló a Venecia a recibir y consolar a la viuda, que se había refugiado allí, y se concentraron muchas fuerzas italianas en la frontera meridional de Austria. Pero a principios de 1938 se habían producido cambios decisivos en las agrupaciones y los valores europeos. La línea Sigfrido enfrentó a Francia con una barrera de acero y hormigón cada vez mayor, que aparentemente sólo se podría atravesar a costa del sacrificio de gran cantidad de franceses. La puerta desde Occidente estaba cerrada. Hicieron entrar a Mussolini en el sistema alemán mediante unas sanciones tan inútiles que lo irritaron sin debilitar su poder. Podría haberse regodeado en la famosa frase de Maquiavelo: «Los hombres se vengan de las heridas leves, pero no de las graves». Sobre todo, las

democracias occidentales habían dado reiteradas muestras de que aceptarían la violencia siempre que no las atacaran directamente. Papen trabajaba con habilidad dentro de la estructura política austríaca. Muchos notables austríacos habían sucumbido a su presión y sus intrigas. Esta incertidumbre perjudicaba el negocio del turismo, tan importante para Viena. En un segundo plano, la actividad terrorista y los atentados con bombas sacudían la delicada vida de la República austríaca.

Se pensó que había llegado el momento de lograr el control de la política austríaca haciendo entrar en el Consejo de Ministros de Viena a los dirigentes del Partido Nazi austríaco, que acababa de ser legalizado. El doce de febrero de 1938, ocho días después de asumir el mando supremo, Hitler llamó a Berchtesgaden al canciller austríaco, Von Schuschnigg, que llegó acompañado por su ministro de Asuntos Exteriores, Guido Schmidt. Disponemos ahora del testimonio de Schuschnigg, según el cual se produce el siguiente diálogo[12]. Hitler había mencionado las defensas de la frontera austríaca, que no eran más que las necesarias para que hiciera falta una operación militar para superarlas, planteando de este modo las cuestiones fundamentales de la guerra y la paz.

Hitler: «Basta que yo dé una orden para que desaparezcan, de la noche a la mañana, todos esos ridículos espantapájaros de la frontera. ¿Cree realmente que podrá contenerme media hora? ¡Quién sabe! A lo mejor me presento en Viena de improviso, como una tormenta de primavera; entonces sí que sentirá algo. Pero yo preferiría ahorrarle todo esto a los austríacos porque costaría muchas víctimas. *¡Después del ejército, vendrá la SA y después la Legión!* Nadie podrá impedir su venganza, ni siquiera yo. ¿Quiere convertir Austria en una segunda España? Me gustaría evitar todo esto, si fuera posible».

Schuschnigg: «Conseguiré la información necesaria y prohibiré que se sigan construyendo obras de defensa en la frontera alemana. Naturalmente que soy consciente de que puede entrar en Austria pero, señor canciller, lo queramos o no, esto haría correr la sangre. No estamos solos en el mundo. Es probable que eso suponga la guerra».

Hitler: «Es muy fácil hablar así ahora, sentados en unas cómodas butacas, pero detrás de todo esto hay mucho sufrimiento y sangre. ¿Asumirá usted la responsabilidad de todo eso, *herr* Schuschnigg? No crea que nadie en el mundo me va a impedir tomar una decisión. ¿Italia? Mussolini y yo lo tenemos muy claro: con Italia mantenemos la relación más cordial posible. ¿Inglaterra? Inglaterra no va a levantar ni un dedo por Austria. […] ¿Y Francia? Pues hace dos años, cuando penetramos Renania con un puñado de batallones… en ese momento me arriesgué mucho. Si Francia hubiera avanzado nos habríamos visto obligados a retroceder. […] ¡Pero ahora es demasiado tarde para Francia!».

Esta primera entrevista se celebró a las once de la mañana. Tras una comida

oficial hicieron pasar a los austríacos a una salita, donde se enfrentaron con Ribbentrop y con Papen, que tenían un ultimátum por escrito cuyas condiciones no se podían discutir. Incluían el nombramiento del nazi austríaco Seyss-Inquart como ministro de Seguridad en el gabinete austríaco, una amnistía general para todos los nazis austríacos que estaban detenidos y la incorporación oficial del Partido Nazi austríaco al Frente Patriótico apoyado por el gobierno.

Más tarde, Hitler recibió al canciller austríaco. «Se lo repito: ésta es su última oportunidad. Dentro de tres días, espero que se haya cumplido este acuerdo». En el diario de Jodl aparece una entrada que pone: «Vuelven a someter a Von Schuschnigg, junto con Guido Schmidt, a las máximas presiones políticas y militares. A las once de la noche, Schuschnigg firma el “protocolo”»[13]. Mientras Papen regresaba con Schuschnigg en el trineo que los llevó hasta Salzburgo sobre las calles cubiertas de nieve, comentó: «Sí, así puede ser el *führer*; ya lo ha visto usted mismo. Pero la próxima vez será mucho más fácil. El *führer* puede ser encantador».

El drama siguió su curso. Mussolini envió un mensaje verbal a Schuschnigg, diciendo que consideraba que la actitud de Austria en Berchtesgaden había sido correcta y hábil a la vez, y le garantizó tanto la actitud inalterable de Italia con respecto a la cuestión austríaca como su amistad personal. El veinticuatro de febrero, el propio canciller austríaco se dirigió al Parlamento de su país para recibir con satisfacción el acuerdo con Alemania, pero destacando, con cierta brusquedad, que Austria nunca iría más allá de sus condiciones específicas. El tres de marzo le envió un mensaje confidencial a Mussolini, a través del agregado militar austríaco en Roma, orinando al *duce* de que tenía la intención de fortalecer la posición política de Austria mediante la celebración de un plebiscito. Veinticuatro horas después, recibió un mensaje del agregado, que describía su entrevista con Mussolini, en la que el *duce* se mostró optimista: la situación mejoraría. Una inminente *distensión* entre Roma y Londres produciría una disminución de la tensión existente. […] En cuanto al plebiscito, Mussolini lanzó una advertencia: «*E un errore*». (Es un error). «Si el resultado es satisfactorio, dirán que no es auténtico. Si es malo, la situación del gobierno será insoportable, y si es indeciso, no sirve para nada». Pero Schuschnigg estaba decidido. El nueve de marzo anunció oficialmente la realización de un plebiscito en toda Austria el domingo siguiente, trece de marzo.

Al principio no pasó nada. Seyss-Inquart pareció aceptar la idea sin poner objeciones. Sin embargo, a las cinco y media de la mañana del día once, Schuschnigg recibió una llamada telefónica de la jefatura de policía de Viena. Le dijeron que «habían cerrado la frontera alemana en Salzburgo hacía una hora, que habían sido retirados los oficiales de aduana alemanes y que las comunicaciones por línea férrea estaban interrumpidas». El siguiente mensaje que recibió el canciller austríaco procedía de su cónsul general en Múnich, y decía que el Cuerpo del Ejército alemán

asentado en esa ciudad había sido movilizado, supuestamente con destino a Austria.

Un poco más tarde, esa misma mañana, se presentó Seyss-Inquart para anunciar que acababa de telefonearle Góring para decirle que tenía que desconvocar el plebiscito en menos de una hora y que, si no recibía ninguna respuesta en ese plazo, Göring supondría que no le habían permitido telefonear y obraría en consecuencia. Después de que los oficiales responsables le informaran de que no podía confiar plenamente en la policía ni en el Ejército, Schuschnigg informó a Seyss-Inquart de que postergaría el plebiscito. Un cuarto de hora después, éste regresó con una respuesta de Göring garabateada en una libreta de notas:

> Sólo se puede salvar la situación si el canciller renuncia de inmediato y, al cabo de dos horas, se nombra canciller a Seyss-Inquart. Si no se hace nada en este plazo, Alemania procederá a invadir Austria[14].

Schuschnigg esperó al presidente Miklas para presentar su dimisión. Mientras se encontraba en el despacho del presidente, recibió un mensaje descifrado del gobierno italiano diciendo que no podían ofrecerle asesoramiento. El anciano presidente se obstinó: «De modo que en el momento decisivo me dejan solo», y se negó categóricamente a nombrar a un canciller nazi. Estaba decidido a obligar a los alemanes a cometer un hecho vergonzoso y violento. Pero éstos estaban preparados para ello. Hitler dio órdenes a las Fuerzas Armadas alemanas para la ocupación militar de Austria. Así comenzó la operación «Otto», estudiada durante tanto tiempo y tan bien preparada. El presidente Miklas se enfrentó con firmeza a Seyss-Inquart y a los dirigentes nazis austríacos en Viena a lo largo de un día agotador. La conversación telefónica que mantuvieron Hitler y el príncipe Felipe de Hesse, su enviado especial ante el *duce*, se citó como prueba en Núremberg, y tiene especial interés:

> *Hesse*: Acabo de regresar del Palazzo Venecia. El *duce* lo aceptó todo de forma muy amistosa y le envía saludos. Le han informado desde Austria; le dio la noticia Von Schuschnigg. Entonces dijo que [la intervención de Italia] era totalmente imposible, que sería un engaño, que no podía hacer algo así. Entonces le dijeron [a Schuschnigg] que lamentablemente estaba acordado así y que ya no se podía cambiar más. Entonces Mussolini dijo que Austria le traía sin cuidado.
>
> *Hitler*: Por favor, dígale a Mussolini que nunca olvidaré esto.
>
> *Hesse*: Sí.
>
> *Hitler*: Nunca, nunca, nunca, pase lo que pasare. Que estoy dispuesto a firmar con él un acuerdo totalmente diferente.
>
> *Hesse*: Sí, también se lo dije.
>
> *Hitler*: En cuanto se resuelva la cuestión con Austria, estaré con él tanto en las duras como en las maduras, que no me importa nada.
>
> *Hesse*: Sí, mi *führer*.
>
> *Hitler*: Oiga, que haré el pacto que sea. Ya no le temo a la terrible situación que habría existido militarmente en caso de que nos hubiéramos visto involucrados en un conflicto. Puede decirle que le estoy muy agradecido, que nunca jamás lo olvidaré.
>
> *Hesse*: Sí, mi *führer*.

Hitler: No lo olvidaré nunca, pase lo que pasare. Si alguna vez necesita ayuda o está en peligro, puede estar seguro de que lo apoyaré, pase lo que pasare, por más que todo el mundo se ponga en su contra.

Hesse: Sí, mi *führer*[15].

Sin duda, cuando rescató a Mussolini del gobierno provisional italiano, en 1943, Hitler mantuvo su palabra.

El cabo austríaco siempre había soñado con una entrada triunfal en Viena. La noche del sábado doce de marzo, el Partido Nazi de la capital había organizado una procesión con antorchas para recibir al héroe conquistador, pero no acudió nadie. Tres bávaros desconcertados, que habían llegado en tren para organizar el alojamiento del ejército invasor fueron llevados en andas por las calles. La causa del problema se dio a conocer poco a poco. Después de atravesar la frontera con paso tambaleante, la maquinaria bélica alemana se paralizó cerca de Linz. A pesar de que las condiciones meteorológicas y el estado de las carreteras eran casi perfectos, la mayoría de los carros de combate se estropearon. Aparecieron defectos en la artillería pesada motorizada. La carretera de Linz a Viena quedó bloqueada por vehículos pesados paralizados. Al general Von Reichenau, el favorito de Hitler, comandante del IV Grupo del Ejército, se le atribuyó la responsabilidad de una avería que reveló la inmadurez del Ejército alemán en esta etapa de su reconstrucción.

El propio Hitler, que atravesó Linz en coche, presenció el atasco y se enfureció. Retiraron de la confusión los carros de combate ligeros, que llegaron rezagados a Viena en la madrugada del domingo. Los vehículos blindados y la artillería pesada motorizada se cargaron en vagones de ferrocarril y sólo así llegaron a tiempo para la ceremonia. Son muy conocidas las imágenes de Hitler recorriendo Viena en coche, en medio de multitudes exultantes o aterrorizadas. Pero este momento de gloria mística tuvo un antecedente turbulento. De hecho, *el führer* estaba furioso por el evidente descalabro de su aparato militar. Reprendió a sus generales y éstos le respondieron recordándole su negativa a escuchar a Fritsch y sus advertencias de que Alemania no estaba en condiciones de correr el riesgo de un conflicto importante. Se cubrieron las apariencias; se realizaron celebraciones oficiales y desfiles. El domingo, después de que grandes cantidades de tropas alemanas y de nazis austríacos tomaran posesión de Viena, Hitler declaró la disolución de la República de Austria y la anexión de su territorio al Reich alemán.

Von Ribbentrop estaba a punto, en ese momento, de dejar Londres para hacerse cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores en Alemania. Chamberlain ofreció una comida de despedida en su honor en el número 10 de Downing Street. Mi esposa y yo

aceptamos la invitación del primer ministro. Éramos alrededor de dieciséis comensales. Mi esposa estaba sentada junto a sir Alexander Cadogan, cerca de un extremo de la mesa. Más o menos a mitad de la comida, un mensajero del Ministerio de Asuntos Exteriores le entregó un sobre que él abrió leyendo el contenido con atención. A continuación se puso en pie, llegó hasta donde estaba sentado el primer ministro y le entregó el mensaje. A pesar de que el comportamiento de Cadogan no habría indicado que hubiera ocurrido nada, no pude evitar darme cuenta de la evidente preocupación del primer ministro. Entonces, Cadogan regresó con el papel y volvió a tomar asiento. Más tarde supe lo que ponía: que Hitler había invadido Austria y que las fuerzas mecanizadas alemanas avanzaban a toda prisa sobre Viena. La comida prosiguió sin la menor interrupción, pero en seguida la señora Chamberlain, que había recibido alguna señal de su esposo, se puso en pie diciendo: «Pasemos al salón a tomar el café». Entramos allí en tropel, y a mí me resultó evidente, y tal vez a otros también, que el señor y la señora Chamberlain deseaban poner fin a la reunión. Había en el grupo una especie de inquietud general y todos parecían estar a punto de despedirse de los invitados de honor.

Sin embargo, Von Ribbentrop y su esposa no parecían conscientes de este ambiente. Por el contrario, se entretuvieron casi media hora conversando extensamente con los anfitriones. En un momento dado, intercambié unas palabras con la señora Von Ribbentrop y, a modo de despedida, le dije: «Espero que Inglaterra y Alemania mantengan su amistad», a lo que ella replicó con gracia: «Procure no echarlo a perder». Estoy seguro de que ambos sabían perfectamente lo ocurrido, pero les parecía una buena maniobra mantener alejado al primer ministro de su trabajo y del teléfono. Al final, Chamberlain le dijo al embajador: «Lo siento, pero tengo que marcharme a atender unos asuntos urgentes», y salió de la habitación sin más. El matrimonio Ribbentrop se quedó, de modo que la mayoría de nosotros nos excusamos y nos fuimos. Al final, supongo que se habrán ido. Fue la última vez que vi a Von Ribbentrop antes de que lo ahorcaran.

Entonces fueron los rusos los que hicieron sonar la alarma, y el dieciocho de marzo propusieron una conferencia sobre la situación. Querían analizar, aunque sólo fuera en líneas generales, las formas y los medios de implementar el pacto francosoviético dentro del marco de actuación de la Sociedad en caso de que Alemania representara una grave amenaza para la paz. Su propuesta no tuvo una cálida acogida en París ni en Londres. El gobierno francés estaba distraído con otras preocupaciones. Había graves huelgas en las fábricas de aviones. Los ejércitos de Franco estaban entrando en el territorio de la España comunista. Chamberlain estaba escéptico y deprimido a la vez. Mantenía un profundo desacuerdo conmigo con respecto a mi interpretación de los peligros que nos aguardaban y los medios de combatirlos. Yo seguía insistiendo en la posibilidad de una alianza entre Francia,

Gran Bretaña y Rusia como única esperanza para detener el embate nazi.

Feiling nos cuenta que el primer ministro manifestó su estado de ánimo en una carta a su hermana fechada el veinte de marzo:

> El plan de la «Gran Alianza», como la llama Winston, se me había ocurrido a mí mucho antes de que él lo mencionara. […] Lo comenté con Halifax y lo presentamos a los jefes del Estado Mayor y a los expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores. La idea es muy atractiva; de hecho, casi todo lo que se puede decir al respecto es favorable, hasta que uno se plantea su viabilidad. A partir de ese momento desaparece su atractivo. Basta mirar el mapa para ver que ni Francia ni nosotros podemos hacer nada para salvar a Checoslovaquia de una invasión alemana, si ellos se lo proponen. Por consiguiente, he dejado de lado la idea de ofrecer garantías a Checoslovaquia, ni a los franceses en relación con sus obligaciones con ese país[16].

Por lo menos aquí había una decisión, aunque se tomara partiendo de argumentos equivocados. En las guerras modernas de las grandes naciones o alianzas no se defienden zonas determinadas con esfuerzos locales, sino haciendo participar todo el inmenso equilibrio del frente bélico, y más todavía con respecto a la política antes del comienzo de la guerra y mientras todavía se puede evitar. Seguro que los «jefes del Estado Mayor y los expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores» no tuvieron que pensárselo mucho para decirle al primer ministro que no se podían desplegar la Armada británica y el Ejército francés por el frente de las montañas bohemias para interponerse entre la República de Checoslovaquia y el ejército invasor de Hitler. Eso se veía claramente en el mapa. Pero es muy posible que, incluso en esa fecha, la certeza de que cruzar la línea de la frontera de Bohemia habría supuesto una guerra en toda Europa, siendo posible que hubiera hecho que Hitler desistiera o retrasara su siguiente ataque. ¡Qué equivocado parece el razonamiento particular y vehemente de Chamberlain cuando proyectamos la mente hacia el futuro, a la garantía que daría a Polonia, *menos de un año después*, una vez perdido todo el valor estratégico de Checoslovaquia, cuando el poder y el prestigio de Hitler casi se habían duplicado!

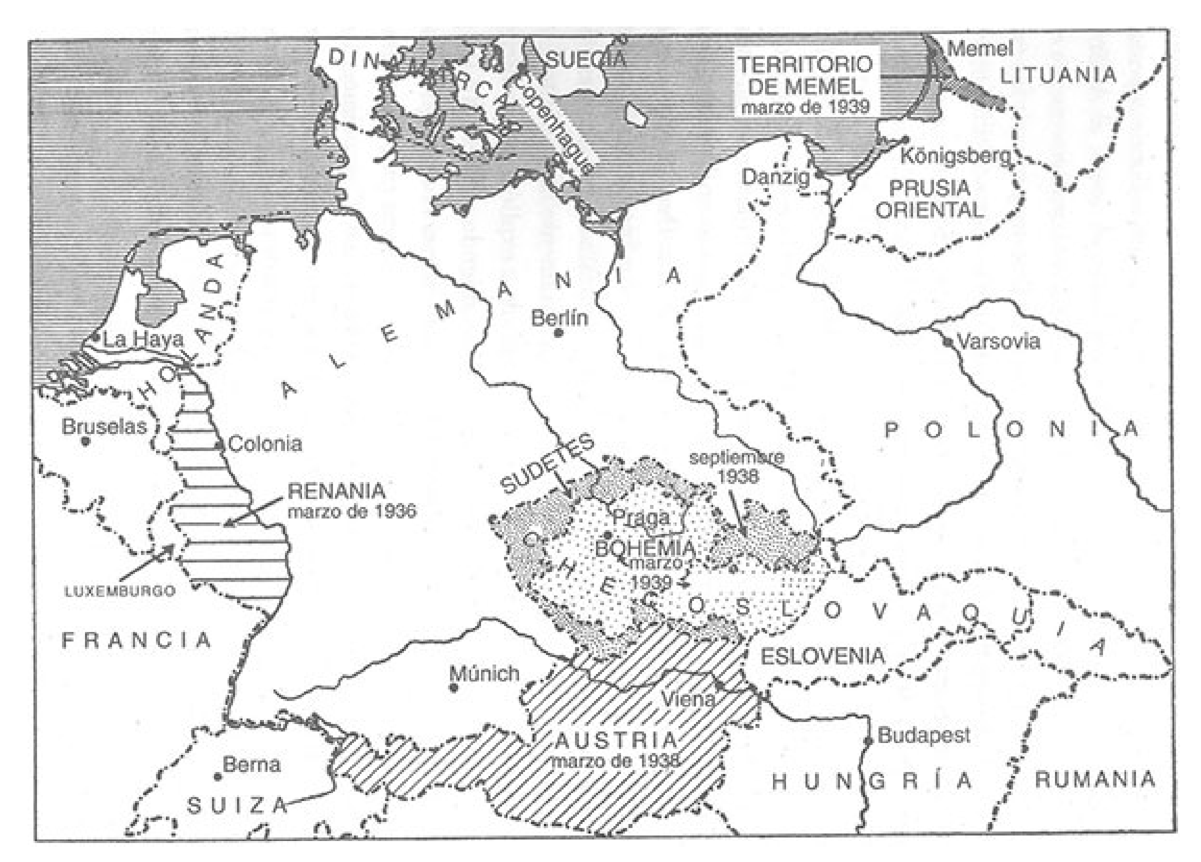
Invito ahora al lector a trasladarse hacia el oeste, a la verde Irlanda. «Qué lejos estamos de Tipperary», aunque a veces resulta irresistible ir de visita. En el intervalo entre que Hitler se apoderó de Austria y el despliegue de sus designios sobre Checoslovaquia, hemos de volver nuestra atención hacia una desgracia que nos ocurrió de un tipo totalmente diferente.

Desde comienzos de 1938 había habido negociaciones entre el gobierno británico y el de De Valera, en Irlanda del Sur. El veinticinco de abril se firmó un tratado por el cual, entre otras cuestiones, Gran Bretaña renunciaba a todos los derechos a ocupar, a efectos navales, los puertos de Queenstown y Berehaven y la base de Lough Swilly, en el sur de Irlanda. Los dos puertos meridionales eran vitales para la defensa naval de nuestros víveres. Cuando en 1922, como secretario de Colonias y Dominios, me

ocupé de los detalles del pacto irlandés firmado por el Consejo de Ministros de aquella época, traje a la Oficina de Colonias al almirante Beattv para que le explicara a Michael Collins la importancia de estos puertos para todo nuestro sistema de entrada de víveres en Gran Bretaña. Collins se convenció en seguida. «Claro que tienen que tener esos puertos —-dijo—, ya que son necesarios para su supervivencia». Así se resolvió la cuestión y todo funcionó bien durante los dieciséis años siguientes. Es fácil comprender el motivo por el que Queenstown y Rerehaven eran necesarios para nuestra seguridad: eran las bases donde repostaban nuestras flotillas de destructores cuando se dirigían hacia el oeste, al Atlántico, para dar caza a los submarinos alemanes y para proteger a los convoyes que se acercaban al archipiélago. También se necesitaba Lough Swilly para proteger las entradas del Clyde y el Mersey. Renunciar a ellos implicaba que nuestras flotillas tendrían que partir de Lamlash, en el norte, y de Pembroke o de Falmouth, en el sur, con lo que se reduciría en más de seiscientos kilómetros su radio de acción y la protección que brindaban.

Me parecía increíble que los jefes del Estado Mayor hubieran dado su consentimiento a perder esta importante seguridad y, hasta el último momento, pensé que por lo menos habríamos salvaguardado nuestro derecho a ocupar estos puertos irlandeses en caso de guerra. Sin embargo, De Valera anunció en la Asamblea de Irlanda que la cesión no suponía condiciones de ningún tipo. Después me aseguraron que De Valera se sorprendió de la rapidez con que el gobierno británico había respetado su solicitud, que él había incluido en sus propuestas como una baza de la que se podía prescindir cuando se acordaran satisfactoriamente otros puntos.

En su último libro, lord Chatfield dedicó un capítulo a explicar lo que hicieron tanto él como los demás jefes del Estado Mayor[17]. Recomiendo su lectura a los que quieran profundizar en este asunto. Personalmente, sigo convencido de que esta renuncia gratuita a nuestro derecho a usar los puertos irlandeses en caso de guerra fue un grave perjuicio para la vida nacional y la seguridad británicas. Cuesta imaginar un acto más irresponsable, y además en ese momento. Es cierto que al final sobrevivimos sin los puertos, y también es cierto que si no hubiéramos podido arreglárnoslas sin ellos los habríamos recuperado por la fuerza en lugar de morir de hambre. Pero esto no sirve de excusa. Más de un barco y muchas vidas se perderían poco después como consecuencia de este ejemplo de apaciguamiento que demuestra tan poca previsión.



La agresión hitleriana

Capítulo XIII

CHECOSLOVAQUIA

Con la invasión de Austria en pleno apogeo, Hitler le dijo en el coche al general Von Halder: «Esto no les conviene nada a los checos». Halder captó en seguida la significación de este comentario que le iluminó el futuro. Le demostró las intenciones de Hitler y, al mismo tiempo, en su opinión, su ignorancia militar. «Era prácticamente imposible —explicó— para un ejército alemán atacar Checoslovaquia desde el sur. La única línea férrea que pasaba por Linz quedaba totalmente al descubierto y el factor sorpresa quedaba fuera de la cuestión». Pero la principal concepción estratégica política de Hitler era correcta. La muralla occidental seguía creciendo y, aunque le faltaba mucho para terminarla, ya enfrentaba al Ejército francés con los espantosos recuerdos del Somme y Passchendaele. Estaba convencido de que ni Francia ni Gran Bretaña lucharían.

El día que los ejércitos alemanes entraron en Austria, oímos que Göring le ofrecía al ministro checoslovaco en Berlín la solemne garantía de que Alemania «*no tenía aviesas intenciones con respecto a Checoslovaquia*». El catorce de marzo, el primer ministro francés, Blum, declaró solemnemente al ministro checo en París que Francia cumpliría sin reservas sus compromisos con Checoslovaquia. Estas garantías diplomáticas no pudieron ocultar la amarga realidad. Toda la posición estratégica en el continente había cambiado. Los argumentos alemanes y sus ejércitos ya podían concentrarse directamente en las fronteras occidentales de Checoslovaquia, en cuyas zonas fronterizas predominaba la raza germana y había un Partido nacionalista alemán agresivo y activo dispuesto a actuar como quinta columna en caso de problemas.

Con la esperanza de detener a Alemania, el gobierno británico, según la decisión de Chamberlain, buscó llegar a un acuerdo con Italia en el Mediterráneo que reforzaría la posición de Francia y permitiría que tanto Francia como Gran Bretaña se concentraran en lo que ocurría en Europa central. Aplacado en cierta medida por la caída de Edén y sintiéndose en una posición fuerte para negociar, Mussolini no rechazó el arrepentimiento británico. El dieciséis de abril de 1938 se firmó un acuerdo angloitaliano que de hecho daba a Italia carta blanca en Abisinia y en España a cambio del valor imponderable de la buena voluntad de Italia en Europa central. El Ministerio de Asuntos Exteriores se mostró escéptico con respecto a esta operación. El biógrafo de Chamberlain nos cuenta que escribió en una carta personal y privada: «Tendrías que haber visto el borrador que me presentó el Ministerio de Asuntos

Exteriores: habría dejado helado a un oso polar»[18].

Yo compartía los recelos del Ministerio de Asuntos Exteriores en este caso.

Hitler vigilaba atentamente la escena. Para él también era importante la postura de Italia en una crisis europea. Reunido con sus jefes del Estado Mayor a finales de abril, se planteaba la manera de forzar la marcha. Mussolini quería carta blanca en Abisinia. A pesar del consentimiento del gobierno británico, es posible que también necesitase el apoyo alemán en esta empresa. En ese caso tendría que aceptar la acción de Alemania contra Checoslovaquia. Había que llevar esta cuestión hasta un punto crítico y, para resolver este asunto, Italia se pondría del lado alemán. Evidentemente, se estudiaron en Berlín las declaraciones de los estadistas británicos y franceses, y se percibió con satisfacción la intención de estas potencias occidentales de convencer a los checos de que fuesen razonables por el bien de la paz europea. El Partido Nazi de los Sudetes, encabezado por Henlein, formuló entonces sus peticiones de autonomía en las regiones de ese país que eran limítrofes con Alemania, y el ministro británico y el francés en Praga llamaron poco después al ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia para «manifestarle su esperanza de que el gobierno checo llegue hasta el límite máximo con el fin de resolver esta cuestión».

Durante el mes de mayo, los alemanes que vivían en Checoslovaquia recibieron instrucciones de incrementar su agitación. Tenían que celebrarse elecciones municipales y el gobierno alemán comenzó una estudiada guerra de nervios. Ya circulaban rumores persistentes sobre los desplazamientos de tropas alemanas en dirección a la frontera checa. Las negativas alemanas no tranquilizaron a los checos que, en la noche del veinte al veintiuno de mayo, decretaron una movilización parcial de su Ejército.

Hacía tiempo que Hitler estaba convencido de que ni Francia ni Gran Bretaña lucharían a favor de Checoslovaquia. El veintiocho de mayo convocó a una reunión a sus principales asesores y les dio instrucciones de prepararse para atacar Checoslovaquia. Sin embargo, sus asesores militares no compartían de forma unánime su abrumadora confianza. Teniendo en cuenta que los aliados seguían manteniendo una gran preponderancia, salvo en el aire, no pudo convencer a los generales alemanes de que Francia y Gran Bretaña se someterían al desafío del *führer*. Para derrotar al Ejército checo y atravesar o rodear la línea de fortificaciones de Bohemia harían falta prácticamente treinta y cinco divisiones completas. Los jefes del Estado alemán informaron a Hitler de que el Ejército checo estaba considerado como eficaz y actualizado en cuanto a equipamiento y armas. A las fortificaciones de la muralla occidental, la línea Sigfrido, aunque ya existían como obras de campo, les faltaba mucho para estar acabadas, y en el momento de atacar a los checos sólo contarían con cinco divisiones efectivas y ocho de reserva para proteger toda la frontera occidental alemana del Ejército francés, que podía movilizar un centenar de

divisiones. A los generales les horrorizaba correr semejantes riesgos cuando el Ejército alemán volvería a dominar la situación si esperaban unos años. Aunque el pacifismo y la debilidad de los aliados con respecto a cuestiones como el servicio militar obligatorio, Renania y Austria demostraron lo acertado que estaba Hitler en su juicio político, el Alto Mando alemán no podía creer que su farol tuviera éxito por cuarta vez. Les parecía que era salirse demasiado de los límites de la razón que grandes naciones victoriosas, poseedoras de una superioridad militar evidente, volvieran a abandonar la senda del deber y el honor, que para ellos era también la senda del sentido común y la prudencia. Aparte de todo esto estaba Rusia, con sus afinidades eslavas con Checoslovaquia, cuya actitud con respecto a Alemania en esta coyuntura estaba llena de amenazas.

Las relaciones de la Rusia soviética con Checoslovaquia como Estado y personalmente con el presidente Benes eran de una estrecha y sólida amistad, que tenía sus raíces en cierta afinidad racial y también en acontecimientos relativamente recientes que requieren una breve digresión. Cuando el presidente Benes me fue a ver a Marraquech en enero de 1944 me contó la siguiente historia. En 1935 recibió un ofrecimiento por parte de Hitler de respetar en cualquier circunstancia la integridad de Checoslovaquia a cambio de la garantía de su neutralidad en caso de una guerra francogermana. Cuando Benes le indicó la existencia de un tratado que lo obligaba a apoyar a Francia en ese caso, el embajador alemán le respondió que no nacía falta declarar formalmente su rescisión sino que bastaría con incumplirlo llegado el momento, absteniéndose simplemente de toda movilización o marcha. La pequeña república no estaba en condiciones de manifestar su indignación ante tal sugerencia. Ya tenían mucho miedo a Alemania, sobre todo porque ésta podía plantear y fomentar en cualquier momento la cuestión de los Sudetes, que para ellos era una situación difícil y cada vez más peligrosa. Por tanto, dejaron pasar la cuestión sin comentarios ni compromisos, y no ocurrió nada más durante más de un año. En el otoño de 1936 el presidente Benes recibió un mensaje de altas fuentes militares alemanas en el sentido de que, si quería aprovechar el ofrecimiento del *führer*, tenía que darse prisa porque dentro de poco se producirían acontecimientos en Rusia que harían que cualquier ayuda que pudiese brindar a Alemania resultara insignificante.

Mientras Benes ponderaba tan inquietante insinuación, se enteró de que a través de la embajada soviética en Praga se producía un intercambio de información entre personajes importantes en Rusia y el gobierno alemán como parte de la llamada conspiración militar y comunista de la vieja guardia para derrocar a Stalin e introducir un nuevo régimen favorable a Alemania. Sin pérdida de tiempo, el presidente Benes le comunicó a Stalin todo lo que pudo averiguar[19]. A continuación, se produjeron la despiadada, aunque tal vez no innecesaria, purga militar y política en la Rusia soviética y la serie de juicios, en enero de 1937, en los que desempeñó un

papel tan dominante el fiscal Vishinski.

Aunque es muy poco probable que los comunistas de la vieja guardia hubieran hecho causa común con los líderes militares, o viceversa, de lo que no cabe duda es de que tenían muchos celos de Stalin, que los había desbancado. Por tanto, tal vez fuera conveniente deshacerse de ellos al mismo tiempo, de acuerdo con las normas de un Estado totalitario. Zinoviev, Bujarín y algunos otros de los primeros dirigentes de la revolución, el mariscal Tujachevski, que fue invitado como representante de la Unión Soviética a la coronación del rey Jorge VI, y muchos otros altos oficiales del Ejército, fueron fusilados. En total, «liquidaron» a por lo menos cinco mil funcionarios y oficiales por encima del rango de capitán. Purgaron al Ejército ruso de sus elementos germanófilos, a un alto coste para su eficacia militar, con lo que la tendencia del gobierno soviético quedó marcadamente en contra de Alemania. Stalin era consciente de que tenía una deuda personal con el presidente Benes, y el gobierno soviético estaba muy interesado en ayudarlo a él y a su país amenazado por el peligro nazi. Evidentemente Hitler comprendía muy bien la situación, pero no estoy seguro de qué ocurriera lo mismo con el gobierno británico y el francés. Para Chamberlain y el Estado Mayor británico y el francés la purga de 1937 se presentaba fundamentalmente como la aniquilación interna del Ejército ruso y como la imagen de la Unión Soviética dividida por odios y venganzas feroces. Puede que este punto de vista fuera exagerado, porque un sistema de gobierno basado en el terror bien puede reforzarse mediante una reafirmación implacable y eficaz de su poder. Lo más destacado a los efectos de esta explicación es la estrecha asociación entre Rusia y Checoslovaquia, y entre Stalin y Benes.

Pero ni las tensiones internas de Alemania ni los vínculos entre Benes y Stalin eran conocidos en el mundo exterior, ni apreciados por los ministros británicos ni franceses. La línea Sigfrido, aunque imperfecta, parecía un temible elemento disuasivo. La fuerza exacta y la capacidad de combate del Ejército alemán, con lo nuevo que era, no se podían determinar con precisión, y sin duda se exageraban. También existían los peligros inconmensurables de los ataques aéreos a ciudades indefensas. Y, por encima de todo esto, estaba el temor a la guerra en los corazones de las democracias.

Sin embargo, el doce de junio, Daladier, nuevo primer ministro de Francia, renovó la promesa que hizo su predecesor el catorce de marzo y declaró que los compromisos de su país con Checoslovaquia «son sagrados e ineludibles». Esta importante declaración arrasa con todas las habladurías según las cuales el tratado de Locarno, firmado hacía trece años, implicaba dejar pendiente de un Locarno oriental todo lo relacionado con el Este. No cabe la menor duda ante la historia de que el tratado firmado por Francia y Checoslovaquia en 1924 tenía total validez, tanto jurídica como de hecho, y que fue reafirmado por los sucesivos jefes del gobierno

francés en todas las circunstancias de 1938.

Pero en este punto Hitler estaba convencido de que su criterio era el único correcto y, el dieciocho de junio, dio las órdenes definitivas para atacar Checoslovaquia, con lo que pensaba tranquilizar a sus nerviosos generales. «Me decidiré —le dijo a Keitel— a emprender acciones contra Checoslovaquia sólo si estoy plenamente convencido, como en el caso de la zona desmilitarizada [de Renania] y la invasión de Austria, de que Francia no va a avanzar y, por tanto, que Inglaterra no va a intervenir»[20].

El veintiséis de julio de 1938 Chamberlain anunció al Parlamento la misión de lord Runciman a Praga a fin de buscar allí una solución mediante acuerdos entre el gobierno checo y Henlein. Al día siguiente, los checos hicieron público un estatuto preliminar para las minorías nacionales que sirviera de base para las negociaciones. Ese mismo día, lord Halifax declaró en el Parlamento: «*No creo que los actuales responsables del gobierno de ningún país europeo quieran hoy la guerra*». El tres de agosto llegó a Praga lord Runciman y se realizaron una serie de complejas e interminables negociaciones con las distintas partes interesadas. Al cabo de quince días estas negociaciones fracasaron y, a partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron con rapidez.

El veintisiete de agosto, Ribbentrop, entonces ministro de Asuntos Exteriores, informó que había recibido la visita del embajador italiano en Berlín, que «había recibido otra instrucción por escrito de Mussolini solicitando que Alemania comunicara con tiempo la fecha probable de sus acciones contra Checoslovaquia». Mussolini solicitaba esa notificación para «poder tomar con tiempo las medidas necesarias en la frontera con Francia».

La preocupación fue en aumento durante el mes de agosto y el dos de septiembre por la tarde recibí un mensaje del embajador soviético diciendo que quería venir a verme a Chartwell en seguida por un asunto urgente. Hacía algún tiempo que mantenía una relación de amistad personal con Maiski, que también conocía bastante a mi hijo Randolph, de modo que lo recibí. Después de algunos prolegómenos, me contó con detalles precisos y formales la historia que aquí se relata. Antes de que llegara muy lejos, me di cuenta de que me estaba contando todo esto a mí, un particular porque el gobierno soviético prefería esta vía antes que un ofrecimiento directo al Ministerio de Asuntos Exteriores, que podía haber sido rechazado. Era evidente que pretendían que yo le transmitiera todo esto al gobierno de Su Majestad. Aunque el embajador no me lo dijo, estaba implícito en el hecho de que no me pidiera que guardara el secreto. Como en seguida me pareció que la cuestión tenía la máxima importancia, procuré no influir su consideración por parte de Halifax y

Chamberlain, no comprometiéndome en modo alguno ni usando un lenguaje que pudiera despertar controversias entre nosotros.

Esto es, fundamentalmente, lo que me dijo:

> Ese mismo día, el encargado de negocios de la embajada francesa en Moscú (estando el embajador de licencia) había llamado a Litvinov y, en nombre del gobierno francés, le preguntó qué ayuda brindaría Rusia a Checoslovaquia contra un ataque alemán, teniendo en cuenta particularmente las dificultades que podrían surgir como consecuencia de la neutralidad de Polonia o Rumanía. Litvinov respondió que la Unión Soviética estaba decidida a cumplir sus obligaciones. Reconocía las dificultades ocasionadas por la actitud de Polonia y Rumanía pero pensaba que, en el caso de Rumanía, se podían superar. Por ejemplo, si la Sociedad de Naciones resolvía que Checoslovaquia era víctima de una agresión y que Alemania era el agresor, era probable que esto convenciera a Rumanía para que autorizara a las tropas y las fuerzas aéreas rusas a atravesar su territorio.
>
> Aunque no hubiera unanimidad en el Consejo de la Sociedad, Litvinov pensaba que sería suficiente con una decisión de la mayoría, y que era probable que Rumanía la compartiera. Por consiguiente, recomendaba que se convocara al Consejo en virtud del artículo 11, alegando peligro de guerra, y que las potencias de la Sociedad debían consultarse entre sí, y cuanto antes lo hicieran mejor, porque es posible que tuvieran poco tiempo. Deberían ponerse en contacto en seguida los Estados Mayores de Rusia, Francia y Checoslovaquia sobre las formas y los medios de proporcionar ayuda.
>
> También recomendaba que se consultara a las potencias pacíficas acerca del mejor método para mantener la paz, con la intención, tal vez, de llegar a una declaración conjunta que incluyera a Francia, Rusia y Gran Bretaña. Él creía que Estados Unidos brindaría apoyo moral a una declaración así.

Esto fue lo que me contó Maiski. Le dije que era poco probable que el gobierno británico se planteara dar ningún otro paso hasta que, o a menos que, se produjera una nueva ruptura en las negociaciones entre Henlein y Benes, en la cual la culpa no se le pudiera atribuir en modo alguno al gobierno de Checoslovaquia. No queríamos que Hitler se molestara, si era cierto que se estaba volcando a favor de una solución pacífica.

Le envié un informe de todo esto a lord Halifax en cuanto acabé de dictarlo. Respondió el cinco de septiembre, de forma cautelosa, que en ese momento no le parecía que una acción como la que se proponía en el artículo 11 sirviera para nada, pero que lo tendría en cuenta. «Por el momento, pienso, como usted ha señalado, que debemos volver a examinar la situación desde la perspectiva del informe con el cual Henlein ha regresado de Berchtesgaden». Añadió que la situación seguía siendo muy preocupante.

El editorial del *Times* del siete de septiembre decía:

> Si ahora los Sudetes reclaman más de lo que el gobierno checo está dispuesto a darles en su última serie de propuestas, lo único que se puede deducir es que los alemanes ya no se limitan a eliminar las molestias de aquellos que no se encuentran a gusto dentro de la República de Checoslovaquia. En ese caso, convendría que el gobierno checoslovaco se planteara si dejará de lado por completo el proyecto, bien recibido en algunos sectores, de convertir Checoslovaquia en un estado más homogéneo, mediante la cesión de esa franja de poblaciones extranjeras contiguas a la nación a la que están unidas por la raza.

Evidentemente, esto suponía ceder toda la línea de fortificaciones de Bohemia. Aunque el gobierno británico declaró en seguida que el editorial del *Times* no representaba su punto de vista, la opinión pública extranjera, sobre todo en Francia, no se quedó tranquila en absoluto. Bonnet, el ministro de Asuntos Exteriores francés aclara que el diez de septiembre de 1938 le plantea la siguiente pregunta a nuestro embajador en París, sir Eric Phipps: «Es posible que Hitler ataque mañana Checoslovaquia. Si lo hace, Francia se movilizará de inmediato y se volverá hacia ustedes, diciendo: "Nosotros avanzamos; ¿ustedes marchan con nosotros?". ¿Cuál será la respuesta de Gran Bretaña?».

La respuesta aprobada por el Consejo de Ministros y enviada por lord Halifax a través de sir Eric Phipps el día doce fue la siguiente:

> Naturalmente, reconozco la importancia que tendría para el gobierno francés recibir una respuesta sencilla a una pregunta así. Pero, como usted le ha señalado a Bonnet, la propia pregunta, aunque sencilla por su forma, no se puede disociar de las circunstancias en las cuales se podría plantear, que en este caso son, por fuerza, completamente hipotéticas.
>
> Asimismo, en esta cuestión es imposible para el gobierno de Su Majestad tener en cuenta sólo su propia posición, puesto que en cualquier decisión que tome o acción que emprenda estaría, de hecho, comprometiendo a los Dominios. Sin duda, sus gobiernos no estarían dispuestos a que se decidiera por ellos su posición, anticipándose a las circunstancias reales que ellos querrían decidir por su cuenta.
>
> Por tanto, y en la medida en que puedo darle una respuesta a Bonnet ahora, ésta debería ser que, si bien el gobierno de Su Majestad jamás permitiría que se amenazara la seguridad de Francia, no está en condiciones de hacer declaraciones precisas acerca del carácter de su acción futura, o del momento en que se llevará a cabo, en circunstancias que no se pueden prever en este momento[21].

Frente a la declaración de que «el gobierno de Su Majestad jamás permitiría que se amenazara la seguridad de Francia», los franceses preguntaron qué ayuda les cabría esperar en ese caso. La respuesta de Londres fue, según Bonnet, dos divisiones, no motorizadas, y ciento cincuenta aviones durante los primeros seis meses de la guerra. Si Bonnet buscaba una excusa para abandonar a los checos a su destino hay que reconocer que su búsqueda dio bastante resultado.

El mismo doce de septiembre, en un mitin de su partido en Núremberg, Hitler lanzó un violento ataque a los checos, que respondieron al día siguiente con el establecimiento de la ley marcial en ciertos distritos del país. El catorce de septiembre se interrumpieron definitivamente las negociaciones con Henlein y, el día quince, el líder de los Sudetes huyó a Alemania.

Se había alcanzado el momento culminante de la crisis.

Capítulo XIV

LA TRAGEDIA DE MÚNICH

Muchos volúmenes se han escrito y se escribirán sobre la crisis que finalizó en Múnich con el sacrificio de Checoslovaquia; lo único que pretendo aquí es presentar algunos de los hechos fundamentales y establecer las principales proporciones de los acontecimientos. En la Asamblea de la Sociedad de Naciones del veintiuno de septiembre, Litvinov lanzó una advertencia oficial:

> […] En estos momentos, Checoslovaquia sufre la interferencia de un país vecino en sus asuntos internos, y ha sido amenazada públicamente y en voz alta con un ataque. Uno de los pueblos más antiguos, más cultos y más laboriosos de Europa, que consiguió su independencia después de siglos de opresión, hoy o mañana puede decidir empuñar las armas para defender esa independencia. […] Cuando, pocos días antes de que partiera para Ginebra, el gobierno francés me preguntó por primera vez acerca de nuestra actitud en el caso de que se atacara a Checoslovaquia le di, en nombre de mi gobierno, la siguiente respuesta, perfectamente clara e inequívoca:
>
> «Tenemos la intención de cumplir nuestras obligaciones en virtud del pacto y, junto con Francia, prestaremos asistencia a Checoslovaquia por los medios que tenemos a nuestro alcance. Nuestro Ministerio de Guerra está dispuesto a participar de inmediato en una conferencia con representantes del Ministerio de Guerra francés y el checo para discutir las medidas adecuadas en este momento. […]».
>
> Hace tan sólo dos días que el gobierno checoslovaco presentó una pregunta formal a mi gobierno con respecto a si la Unión Soviética está dispuesta, de acuerdo con el pacto checosoviético, a prestar ayuda inmediata y eficaz a Checoslovaquia si Francia, cumpliendo con sus obligaciones, presta una asistencia similar, a lo que mi gobierno dio una respuesta clara en sentido afirmativo.

Esta declaración pública e incondicional de una de las principales potencias implicadas no influyó para nada en las negociaciones de Chamberlain ni en la manera en que los franceses resolvieron la crisis. De hecho, no se tuvo en cuenta el ofrecimiento soviético. No los pusieron en la balanza contra Hitler y los trataron con una indiferencia, por no hablar de desdén, que hizo mella en Stalin. Los acontecimientos siguieron su curso como si la Rusia soviética no existiese, por lo cual pagamos un alto precio más adelante.

La noche del día veintiséis Hitler habló en Berlín. Se refirió a Inglaterra y a Francia con expresiones complacientes, lanzando al mismo tiempo un ataque zafio y brutal contra Benes y los checos. Afirmó categóricamente que los checos tenían que salir de los Sudetes pero, una vez aclarado esto, no mostró más interés por lo que ocurriera en Checoslovaquia. «*Ésta es la última reclamación territorial que tengo que hacer en Europa*». Alrededor de las ocho de la noche, Leeper, el jefe del departamento de Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, le presentó un comunicado al ministro manifestándole fundamentalmente lo siguiente:

> Si, a pesar de los esfuerzos del primer ministro británico, se produce un ataque alemán a Checoslovaquia, la consecuencia inmediata será que Francia se verá obligada a prestarle ayuda, y Gran

Bretaña y Rusia sin duda apoyarán a Francia.

Esto fue aprobado por lord Halifax y se publicó en seguida. Parecía que había llegado el momento del enfrentamiento y que las fuerzas contrarias se habían alineado. Los checos disponían de un millón y medio de hombres armados detrás de la línea de fortificaciones más fuerte de Europa, y contaban con una maquinaria industrial poderosa y altamente organizada. El Ejército francés fue movilizado en parte y, aunque a regañadientes, los ministros franceses estaban dispuestos a cumplir sus obligaciones con respecto a Checoslovaquia. A las once y veinte de la mañana del veintiocho de septiembre el Almirantazgo dio órdenes de movilizar la flota británica.

Ya había comenzado una lucha intensa e incesante entre *el führer* y sus expertos asesores. La crisis parecía brindar todas las circunstancias que tanto temían los generales alemanes. Entre treinta y cuarenta divisiones checas se desplegaban sobre las fronteras orientales de Alemania, y el peso del Ejército francés, con una superioridad de casi ocho a uno, comenzó a alinearse sobre la muralla occidental. Era posible que una Rusia hostil operara desde los aeródromos checos y que los ejércitos soviéticos se pusieran en marcha a través de Polonia o de Rumania-Algunos de ellos planearon un complot para arrestar a Hitler e «inmunizar a Alemania contra este loco». Otros declararon que la moral tan baja de la población alemana era incapaz de resistir una guerra europea y que las fuerzas armadas alemanas no estaban preparadas para ello. El almirante Raeder, el jefe del Almirantazgo alemán, realizó un vehemente llamamiento *al führer,* que quedó resaltado pocas horas después por la noticia de la movilización de la flota británica. Hitler vaciló. A las dos de la mañana, la radio alemana emitió una negación oficial de que Alemania pretendiera movilizarse el día veintinueve y, a las once y cuarenta y cinco de esa misma mañana, se entregó a la prensa británica una declaración similar de la agencia oficial de noticias alemana. La tensión sobre este hombre y sobre su increíble fuerza de voluntad debió de ser muy grande en ese momento. Evidentemente se había puesto a sí mismo al borde de una guerra general. ¿Sería capaz de arriesgarse a pesar de la opinión pública desfavorable y de la advertencia solemne de los jefes de su Ejército, su Armada y su Fuerza Aérea? ¿O podría, por el contrario, permitirse una retirada después de vivir tanto tiempo apoyándose en su prestigio?

Pero Chamberlain también estaba activo y en ese momento tenía pleno control de la política exterior británica. Lord Halifax, a pesar de las crecientes dudas derivadas del ambiente de su departamento, hacía lo que le aconsejaba su jefe. El Consejo de Ministros estaba profundamente perturbado, pero obedecía. La mayoría del gobierno en la cámara de los Comunes era manejada hábilmente por los diputados responsables de la disciplina de su grupo parlamentario. Un solo hombre conducía

nuestros asuntos y no se acobardaba ni ante la responsabilidad que asumía ni por los esfuerzos personales que se le exigían. El catorce de septiembre le había telegrafiado a Hitler por propia iniciativa proponiéndole ir a verlo. Tres veces en total voló a Alemania el primer ministro británico, ya que tanto él como lord Runciman estaban convencidos de que sólo la cesión de la zona de los Sudetes disuadiría a Hitler de invadir Checoslovaquia. La última ocasión fue en Múnich, y estuvieron presentes Daladier, el primer ministro francés, y Mussolini. No se envió ninguna invitación a Rusia, y tampoco se permitió la presencia de los checos en las reuniones. La noche del día veintiocho se informó escuetamente al gobierno checo de que al día siguiente se llevaría a cabo una conferencia entre los representantes de las cuatro potencias europeas. Los «cuatro grandes» llegaron rápidamente a un acuerdo. Las conversaciones comenzaron a mediodía y duraron hasta las dos de la mañana del día siguiente. Se redactó y se firmó un memorándum a las dos de la mañana del treinta de septiembre que consistía, en esencia, en una aceptación de las demandas alemanas. La zona de los Sudetes sería evacuada en cinco etapas, a partir del uno de octubre, que se completarían en diez días. Una comisión internacional determinaba las fronteras definitivas.

El documento se presentó a los delegados checos, que aceptaron las decisiones, aunque dijeron que «deseaban dejar constancia de su protesta ante el mundo por una decisión en la que no habían participado». El presidente Benes renunció porque «ahora podía resultar un obstáculo para los cambios a los que debe adaptarse nuestro nuevo Estado». Partió de Checoslovaquia y encontró refugio en Inglaterra. A continuación se produjo el desmembramiento de Checoslovaquia. Los alemanes no fueron los únicos buitres en torno al cadáver. El gobierno polaco envió un ultimátum a los checos, exigiéndoles la entrega, en menos de veinticuatro horas, del distrito fronterizo de Teschen. No había forma de resistirse a sus violentas exigencias. Los húngaros también presentaron sus reclamaciones.

Mientras los cuatro estadistas esperaban a que los expertos redactaran el documento definitivo, el primer ministro le preguntó a Hitler si podían hablar en privado. Hitler «aceptó en seguida». Los dos dirigentes se reunieron en el piso que Hitler tenía en Múnich la mañana del treinta de septiembre, y estuvieron ellos dos solos, a excepción del intérprete. Chamberlain le presentó el borrador de una declaración que había preparado, según la cual «la cuestión de las relaciones anglogermanas es de la máxima importancia para los dos países y para Europa» y que «consideramos que el acuerdo firmado anoche y el acuerdo naval anglogermano representan el deseo de nuestros pueblos de no volver a combatir entre ellos nunca más».

Hitler lo leyó y lo firmó sin poner ningún reparo.

Chamberlain regresó a Inglaterra. En Heston, donde aterrizó, agitó la declaración conjunta que le había hecho firmar a Hitler y la leyó a la multitud de notables y otras personas que fueron a recibirlo. Mientras su coche atravesaba la multitud que lo ovacionaba a la salida del aeropuerto, le dijo a Halifax, que iba sentado a su lado: «Todo esto habrá acabado en tres meses»; pero desde las ventanas de Downing Street, volvió a agitar el trozo de papel y empleó estas palabras: «Es la segunda vez en nuestra historia que regresamos de Alemania a Downing Street con una paz honrosa. Creo que es una paz para nuestro tiempo»[22].

Una vez más quedó confirmado que Hitler tenía razón. El Estado Mayor alemán estaba totalmente avergonzado. El *führer* se salía con la suya, después de todo, otra vez; él solo, con su genio y su intuición, había calculado realmente todas las circunstancias, tanto militares como políticas. Una vez más, como en Renania, triunfaba el liderazgo del *führer* sobre la obstrucción de los jefes militares alemanes. Como buenos patriotas, todos estos generales anhelaban que su patria recuperara su posición en el mundo y dedicaban sus esfuerzos, día y noche, a todo lo que pudiera fortalecer las fuerzas alemanas. Por tanto, les dolía el corazón por no haber estado a la altura de los acontecimientos, y en muchos casos su disgusto y su desconfianza con respecto a Hitler quedaron apabullados por la admiración hacia sus dotes de mando y su milagrosa suerte. Sin duda, era una estrella, un guía a quien obedecer. Y así fue cómo Hitler se convirtió en el amo indiscutible de Alemania, y quedó abierto el camino para el gran designio. Los conspiradores trataron de pasar inadvertidos, y sus camaradas militares no los traicionaron.

No es fácil en este momento, cuando todos hemos pasado por estos años de grandes tensiones y esfuerzos morales y físicos, describir a otra generación las pasiones que despertó en Gran Bretaña el acuerdo de Múnich. Entre los conservadores familiares y amigos que mantenían un estrecho contacto se enemistaron hasta un punto que yo no había visto nunca. Hombres y mujeres relacionados desde hacía tiempo por los lazos del partido, o por vínculos sociales y familiares, se fulminaban con miradas de rabia y desprecio. No era una cuestión que pudieran resolver las muchedumbres entusiastas que aclamaron a Chamberlain a lo largo del camino de regreso desde el aeropuerto o que bloquearon Downing Street y sus accesos, ni los imponentes esfuerzos de los diputados responsables de la disciplina de sus grupos parlamentarios y sus partidarios. A los que estábamos en minoría en ese momento no nos importaban en absoluto las bromas ni las caras de pocos amigos de los partidarios del gobierno. El Consejo de Ministros se sacudió hasta sus cimientos, pero esto había ocurrido y se mantuvieron unidos. Sólo se apartó un ministro: renunció el Primer Lord del Almirantazgo, Duff Cooper, después de

dignificar su cargo mediante la movilización de la flota. En el momento en que Chamberlain era el dominador de la opinión pública, se abrió paso entre la muchedumbre exultante para manifestar su total desacuerdo con su líder.

En la inauguración de un debate de tres días sobre Múnich pronunció su discurso de renuncia, que fue un episodio intenso en nuestra vida parlamentaria. Hablando con soltura y sin consultar nota alguna, mantuvo embelesada a la mayoría hostil de su partido durante cuarenta minutos. Fue fácil que lo aplaudieran los laboristas y los liberales, totalmente opuestos al gobierno de entonces. Fue una pelea desgarradora en el seno del Partido Conservador.

El debate que se suscitó fue digno de las emociones despertadas y de las cuestiones que estaban en juego. Recuerdo perfectamente que cuando dije que «hemos sufrido una derrota total y absoluta» se desató tal tormenta que tuve que hacer una pausa antes de continuar. Existía una admiración generalizada y sincera por los esfuerzos tenaces e inquebrantables de Chamberlain para mantener la paz y por su dedicación personal. En este relato no puedo pasar por alto la larga serie de errores calculo y de juicio con respecto a hombres y hechos en los que se basó, pero jamás se han puesto en entredicho los motivos que lo inspiraron, y el camino que siguió requería el grado máximo de valor moral. A todo ello le rendí homenaje dos años después en el discurso que pronuncié tras su muerte.

También había una línea de argumentación seria y práctica, aunque no demasiado favorable, en la que podía apoyarse el gobierno. Nadie podía negar que estábamos muy mal preparados para la guerra. ¿Acaso mis amigos y yo no habíamos sido los primeros en demostrarlo? Gran Bretaña se había dejado superar con creces por la potencia de la Fuerza Aérea alemana. Todos nuestros puntos vulnerables estaban desprotegidos. Apenas disponíamos de un centenar de cañones antiaéreos para defender la ciudad y el núcleo de población más grande del mundo, y en su mayoría estaban en manos de hombres que no tenían suficiente preparación. Si Hitler era honesto y de hecho se había conseguido una paz duradera, Chamberlain tenía razón. Si, lamentablemente, lo habían engañado, como mínimo tendríamos un respiro para reparar lo que teníamos más abandonado. Estas consideraciones y el alivio y la alegría generalizados por haber evitado de momento los horrores de la guerra inspiraban la aprobación leal de los partidarios del gobierno. La Cámara aprobó la política del gobierno de Su Majestad «mediante la cual se evitó la guerra en la reciente crisis» por 366 votos contra 144. Los treinta o cuarenta conservadores que expresaron su disconformidad sólo pudieron manifestarla mediante la abstención. Esto se llevó a cabo como un acto formal y homogéneo.

El uno de noviembre nombraron a una persona insignificante, el doctor Hacha, para ocupar el puesto vacante de presidente de lo que quedaba de Checoslovaquia, y así asumió en Praga un nuevo gobierno. El ministro de Asuntos Exteriores de este

gobierno desesperado declaró que «las condiciones en Europa y en el mundo en general no nos permiten esperar un período de calma en el futuro inmediato». Lo mismo opinaba Hitler. Alemania realizó un reparto formal del botín a comienzos de noviembre. Nadie molestó a Polonia, que ocupó Teschen. Los eslovacos, utilizados como prenda por Alemania, consiguieron una precaria autonomía. Hungría recibió un trozo de carne a expensas de Eslovaquia. Cuando se plantearon estas consecuencias de Múnich en la cámara de los Comunes, Chamberlain explicó que el ofrecimiento de franceses y británicos de una garantía internacional para Checoslovaquia que ocurrió después del pacto de Múnich no afectaba a las fronteras de ese país, sino que sólo se refería a la cuestión hipotética de una agresión no provocada. «En este momento —afirmó con gran indiferencia— estamos presenciando el reajuste de fronteras establecido en el tratado de Versalles. Yo no sé si los responsables de esas fronteras pensaban que quedarían permanentemente así, y lo dudo mucho. Es probable que esperasen que, de vez en cuando, hubiera que ajustarías. […] Creo que ya he hablado bastante de Checoslovaquia. […]». Sin embargo, más adelante tendría ocasión de volver a hacerlo.

Se ha debatido la cuestión de quién adquirió más fuerza durante el año posterior a Múnich, si Hitler o los aliados. En Gran Bretaña muchas personas que conocían nuestra falta de defensas sintieron una sensación de alivio al ver que nuestra Fuerza Aérea crecía mes a mes y que estaban a punto de salir los Hurricane y los Spitfire. Aumentaba el número de escuadrones y se multiplicaban los cañones antiaéreos. Además, siguió aumentando la presión general de la preparación industrial para la guerra. Pero estas mejoras, por inestimables que pareciesen, eran insignificantes en comparación con el poderoso avance de los armamentos alemanes. Como ya se ha dicho, la producción de municiones con un plan nacional es una misión a cuatro años. En el primer año, el rendimiento es nulo; en el segundo, escaso; en el tercero, abundante, y en el cuarto, torrencial. En este período, la Alemania de Hitler se encontraba en su tercer o cuarto año de preparativos intensos, en condiciones muy similares a las de una guerra. En cambio, Gran Bretaña sólo se había movido sin pensar en una emergencia, con un impulso más débil y a una escala mucho menor. En el período de 1938-1939 el gasto militar británico de todo tipo alcanzó los 304 millones de libras esterlinas[23], mientras que el de Alemania se elevó, como mínimo, a 1.500 millones de libras. Es probable que en este último año antes del comienzo de la guerra Alemania fabricara por lo menos el doble, y posiblemente el triple, de las municiones de Gran Bretaña y Francia juntas, y también que sus plantas para la producción de carros de combate alcanzaran su plena capacidad. Por consiguiente, conseguían armas a una velocidad mucho mayor que la nuestra.

La subyugación de Checoslovaquia privó a los aliados de las veintiuna divisiones regulares del Ejército checo, de las quince o dieciséis divisiones de segunda línea que ya se habían movilizado y también de su línea de fortificaciones en las montañas, que en los días de Múnich requirieron el despliegue de treinta divisiones alemanas, es decir, la fuerza principal del Ejército alemán móvil y totalmente entrenado. Según los generales Halder y Jodl sólo había trece divisiones alemanas, cinco de las cuales estaban compuestas por tropas de primera línea que quedaron en el oeste al producirse el acuerdo de Múnich. No cabe duda de que como consecuencia de la caída de Checoslovaquia sufrimos una pérdida equivalente a unas treinta y cinco divisiones. Además, la fábrica de Skoda, el segundo arsenal en importancia de Europa central, cuya producción entre agosto de 1938 y septiembre de 1939 fue equivalente a la producción de todas las fábricas de armas británicas durante el mismo período, pasó al bando contrario. Mientras que toda Alemania trabajaba bajo una presión intensa, casi bélica, en Francia consiguieron en 1936 la tan anhelada semana de cuarenta horas de trabajo.

Más desastrosa todavía fue la alteración de la fuerza comparativa entre el Ejército francés y el alemán. Con cada mes que pasaba, a partir de 1938, el Ejército alemán no sólo aumentaba en números y formaciones y en la acumulación de reservas, sino también en calidad y madurez. El avance en la formación y la competencia general fue proporcional a su equipo, que seguía aumentando constantemente. El Ejército francés no disponía de mejoras o ampliaciones similares, y era superado en todos los sentidos. En 1935, sin la ayuda de sus antiguos aliados, Francia podría haber invadido y reocupado Alemania casi sin encontrar mucha oposición. En 1936 todavía no quedaban dudas sobre su abrumadora superioridad. Sabemos ahora, a partir de las revelaciones alemanas, que la situación se mantenía en 1938, y que fue el conocimiento de su propia debilidad lo que inducía al Alto Mando alemán a hacer todo lo posible por contener a Hitler en cada uno de los golpes afortunados que aumentaron su fama. El año después de Múnich, que es el que estamos analizando ahora, el Ejército alemán, aunque seguía siendo más débil que el francés en cuanto a reservistas preparados, se aproximaba a su plena eficiencia. Como se basaba en una población que era el doble que la de Francia, sólo era cuestión de tiempo llegar a ser el más poderoso. En moral, los alemanes también llevaban ventaja. La deserción de un aliado, sobre todo por temor a la guerra, hace tambalear el espíritu de cualquier ejército. La sensación de estar obligados << rendirse deprime tanto a los oficiales como a los soldados. Mientras del lado alemán la confianza, el éxito y la sensación de poder creciente inflamaban los instintos marciales de la raza, el reconocimiento de su debilidad desalentaba a los soldados franceses de cualquier rango.

Había, sin embargo, una esfera vital en la que comenzamos a superar a Alemania

y a mejorar nuestra propia posición. En 1938 no había hecho más que comenzar el proceso de sustituir los biplanos de combate británicos, como los Gladiator, por otros aviones más modernos, como los Hurricane y posteriormente los Spitfire. En septiembre de 1938 sólo teníamos cinco escuadrones de Hurricane. Además, habían disminuido las reservas y los recambios para los aviones más viejos, ya que iban a caer en desuso. Los alemanes nos llevaban la delantera con los modernos tipos de cazas. Ya poseían bastantes cantidades de Me.109, en comparación con los cuales nuestros viejos aparatos habrían salido muy malparados. A lo largo de 1939 mejoró nuestra posición a medida que más escuadrones se fueron surtiendo de aviones. En julio de ese año disponíamos de veintiséis escuadrones de modernos cazas con ocho cañones, aunque había faltado tiempo para conseguir todas las reservas y los recambios necesarios. En julio de 1940, cuando se produjo la batalla de Inglaterra, disponíamos de una media de cuarenta y siete escuadrones de cazas modernos.

Los alemanes, por su parte, habían realizado de hecho la mayor parte de su expansión aérea, tanto en cantidad como en calidad, antes de que comenzara la guerra. Nuestro esfuerzo fue posterior al suyo en casi dos años. Entre 1939 y 1940 ellos sólo tuvieron un incremento del 20 por 100, mientras que nuestro incremento en aviones de combate fue del 80 por 100. En realidad, en el año 1938 nuestra calidad era muy deficiente y, aunque en 1939 habíamos avanzado un poco para reducirla, todavía estábamos relativamente peor que en 1940, cuando se produjo la prueba.

En 1938 podrían haberse producido ataques aéreos sobre Londres, para los que, lamentablemente, no estábamos preparados. Sin embargo, no había posibilidades de un ataque aéreo decisivo a Gran Bretaña hasta que los alemanes no ocuparan Francia y los Países Bajos, obteniendo de este modo las bases necesarias para atacar desde cerca nuestras costas, sin las que no habrían podido escoltar a sus bombarderos con los aviones de combate de esa época. Los ejércitos alemanes no eran capaces de derrotar a los franceses en 1938 ni en 1939.

La amplia producción de carros de combate con los que destruyeron el frente francés no existió hasta 1940 y, ante la superioridad francesa en el oeste y una Polonia que no había sido vencida en el este, sin duda no habrían podido concentrar toda su potencia aérea contra Inglaterra, como fueron capaces de hacer cuando Francia se vio obligada a rendirse. En esto no se tiene en cuenta ni la actitud de Rusia ni ninguna resistencia que podría haber surgido en Checoslovaquia. Por todos los motivos expuestos, el año de respiro que se supone que se «ganó» en Múnich colocó a Gran Bretaña y a Francia en una posición mucho peor, con respecto a la Alemania de Hitler, de la que tenían durante la crisis de Múnich.

Por último, quiero hacer constar un hecho sorprendente: que durante un solo año, 1938, Hitler anexó al Reich y colocó bajo su dominio absoluto la friolera de

6.750.000 austríacos y 3.500.000 Sudetes, que suman un total de más de diez millones de súbditos, trabajadores y soldados. De hecho, el pavoroso equilibrio se había vuelto a su favor.

Capítulo XV

PRAGA, ALBANIA Y LA GARANTÍA POLACA

Cuando se desvaneció la sensación de alivio que surgió del acuerdo de Múnich, Chamberlain y su gobierno tuvieron que enfrentarse a un claro dilema. El primer ministro había dicho: «Creo que es una paz para nuestro tiempo», pero la mayoría de sus colegas querían aprovechar «nuestro tiempo» para rearmarse lo más rápidamente posible. Y allí surgió una división en el Consejo de Ministros. La sensación de alarma que despertó la crisis de Múnich, la flagrante manifestación de nuestras deficiencias, sobre todo en cañones antiaéreos, impusieron un rearme vehemente que, desde luego, fue criticado por el gobierno alemán y su inspirada prensa. Sin embargo, no cabía ninguna duda sobre la opinión de la nación británica que, al tiempo que se alegraba de haberse librado de la guerra gracias al primer ministro y lo alentaba con eslóganes pacifistas, sentía la imperiosa necesidad de disponer de armas. Todos los departamentos ministeriales expusieron sus necesidades y se refirieron a la preocupante escasez que la crisis había puesto de manifiesto. El Consejo de Ministros llegó a un acuerdo satisfactorio, partiendo de todos los preparativos posibles, sin perturbar el comercio nacional ni irritar a los alemanes ni a los italianos con medidas a gran escala.

Chamberlain seguía creyendo que le bastaba con establecer un contacto personal con los dictadores para conseguir una marcada mejora en la situación mundial. No se daba cuenta de que sus decisiones ya estaban tomadas. Con espíritu esperanzado propuso que él y lord Halifax visitaran Italia en enero. Después de cierta demora se envió una invitación y la reunión se celebró el once de enero de 1939. Me sonrojo al leer en el diario de Ciano los comentarios que hicieron los italianos sobre nuestro país y sus representantes: «En síntesis —escribe Ciano—, la visita se mantuvo muy controlada. […] No se ha establecido un contacto efectivo. ¡Qué lejos estamos de esta gente! Es otro mundo. Lo hablábamos con el *duce* después de cenar. “Estos hombres —decía Mussolini— no están hechos de la misma madera que Francis Drake y los demás aventureros magníficos que crearon el imperio. Después de todo, son los hijos cansados de una larga estirpe de hombres ricos”». Y apunta Ciano que «los británicos no quieren luchar. Quieren echarse atrás lo más despacio posible, pero no quieren luchar. […] Nuestras conversaciones con los británicos han llegado a su fin. No se ha conseguido nada. He telefoneado a Ribbentrop para decirle que fue un fiasco, totalmente inocuo. […]». Y dos semanas después, «lord Perth [el embajador británico] nos ha presentado las líneas generales del discurso que Chamberlain pronunciará en la Cámara de los Comunes para que lo aprobemos y hagamos sugerencias sobre los cambios necesarios». El *duce* lo aprobó y comentó: «Creo que

es la primera vez que el jefe del gobierno británico le presenta a un gobierno extranjero las líneas generales de uno de sus discursos. Para ellos es una mala señal»[24]. Sin embargo al final fueron Ciano y Mussolini los que encontraron la muerte.

Mientras tanto, ese mismo mes de enero de 1939, Ribbentrop fue a Varsovia para proseguir la ofensiva diplomática contra Polonia. Tras la absorción de Checoslovaquia vendría el cerco a Polonia. La primera etapa de esta operación sería cortar la comunicación de Polonia con el mar, mediante la afirmación de la soberanía alemana en Danzig y la prolongación del control alemán en el Báltico hasta el vital puerto lituano de Memel. El gobierno polaco opuso gran resistencia a esta presión, y durante un tiempo Hitler observó y esperó un momento oportuno para comenzar la campaña.

Durante la segunda semana de marzo circuló el rumor de que había movimientos de tropas en Alemania y Austria, sobre todo en la región de Viena-Salzburgo. Se informó de la movilización de cuarenta divisiones alemanas en pie de guerra. Confiando en el apoyo de los alemanes, los eslovacos planeaban separar su territorio de la República de Checoslovaquia. El ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, el coronel Beck, aliviado al ver que el viento teutón soplaba en otra dirección, declaró públicamente en Varsovia que su gobierno simpatizaba plenamente con las aspiraciones de los eslovacos. El padre Tiso, el líder eslovaco, fue recibido por Hitler en Berlín con los honores correspondientes a un primer ministro. El día doce, cuando lo interrogaron en el Parlamento acerca de la garantía de la frontera checoslovaca, Chamberlain recordó a la Cámara que su propuesta iba dirigida contra una agresión no provocada, y que todavía no se había producido una agresión así. No tuvo que esperar demasiado.

Una oleada de obstinado optimismo recorría el panorama británico durante estos días de marzo de 1939. A pesar del aumento de las tensiones en Checoslovaquia, sometida a una presión intensa por parte de Alemania, tanto desde dentro como desde fuera, los ministros y los periódicos que se identificaban con el acuerdo de Múnich no perdieron la fe en la política hacia la que habían arrastrado a la nación. El diez de marzo, el ministro del Interior pronunció un discurso ante sus electores sobre sus esperanzas de un plan de paz a cinco años que, con el tiempo, conduciría a «una edad de oro». Todavía se debatía con esperanzas un plan para establecer un tratado comercial con Alemania. El famoso periódico *Punch* publicó una tira cómica en la que aparecía Inglaterra despertando sobresaltada de una pesadilla, mientras todos los rumores malignos, las fantasías y las sospechas de la noche salían volando por la ventana. El mismo día que esto se publicó, Hitler lanzó un ultimátum al inseguro

gobierno checo, privado de su línea fortificada por las decisiones de Múnich. Las tropas alemanes que invadieron Praga asumieron el control absoluto del Estado, que no opuso resistencia. Recuerdo que estaba sentado con Edén en el salón de fumar de la cámara de los Comunes cuando llegaron las ediciones de los periódicos vespertinos que registraban estos acontecimientos. Incluso aquellos que, como nosotros, no se hacían ninguna ilusión y así lo habían manifestado de todo corazón, se sorprendieron ante la violencia de una atrocidad así. Costaba creer que, con toda la información secreta de que disponía, el gobierno de Su Majestad estuviera tan desorientado. El catorce de marzo se produjo la disolución y la subyugación de la República Checoslovaca. Los eslovacos declararon formalmente su independencia. Las tropas húngaras, apoyadas subrepticiamente por Polonia, invadieron la provincia oriental de Checoslovaquia, la cárpato-ucrania, que reclamaban. Tras su llegada a Praga, Hitler proclamó el protectorado alemán sobre Checoslovaquia, que así quedó incorporada al Reich.

El día quince, Chamberlain tuvo que declarar ante la Cámara que «la ocupación de Bohemia por parte de las fuerzas militares alemanas comenzó a las seis de esta mañana. El pueblo checo había recibido órdenes de su gobierno de no oponer resistencia». A continuación, procedió a afirmar que la garantía que le había dado a Checoslovaquia, en su opinión, ya no tenía validez. «[…] La posición ha cambiado desde que la Dieta eslovaca declaró la independencia de Eslovaquia. El efecto de esta declaración puso fin, por desorganización interna, al Estado cuyas fronteras nos proponíamos garantizar y, por tanto, el gobierno de Su Majestad no se puede considerar vinculado por esta obligación».

Esto pareció decisivo. Como conclusión declaró: «Es natural que lamente profundamente lo ocurrido, pero no debemos dejar que esto nos aparte de nuestro camino. Recordemos que el deseo de todos los pueblos del mundo sigue concentrado en las esperanzas de paz».

Chamberlain tenía que hablar en Birmingham dos días después. Yo esperaba que aceptara lo ocurrido con la mayor elegancia posible, pero la reacción del primer ministro me sorprendió. Le había parecido que estaba dotado de un profundo conocimiento del carácter de Hitler y de la capacidad de calcular con perspicacia los límites de la acción alemana. Tenía la esperanza de que se hubiera producido realmente un consenso de puntos de vista en Múnich y que él, Hitler y Mussolini juntos hubieran salvado al mundo de los horrores infinitos de la guerra. De pronto, como si algo hubiera estallado, su fe y todo lo que derivaba de sus acciones y sus argumentos se desmoronaron. Aunque era responsable de graves errores de cálculo sobre los hechos, de haberse engañado y de haber impuesto sus errores a los colegas tenía a su servicio y a la desgraciada opinión pública británica, de todos modos, de la noche a la mañana le dio la espalda a su pasado. Sí Chamberlain no comprendió a

Hitler, Hitler subestimó por completo la naturaleza del primer ministro británico, confundió su aspecto de civil y su apasionado deseo de paz como un compendio de su personalidad, y creyó que el paraguas era su símbolo. No se dio cuenta de que Neville Chamberlain era en el fondo muy duro y que no le gustaba que lo engañasen.

El discurso de Birmingham marcó un cambio de tono. Le reprochó a Hitler un flagrante abuso de confianza personal sobre el acuerdo de Múnich. Mencionó todas las garantías que Hitler había dado. «Ésta es la última reclamación territorial que tengo que hacer en Europa». «No tendré más interés en el Estado checo y lo garantizo. No queremos más checos». «Estoy convencido —afirmó el primer ministro— de que después de Múnich la gran mayoría del pueblo británico compartió mi sincero deseo de que esa política siguiera adelante, pero hoy comparto su desilusión y su indignación porque sus esperanzas han sido destruidas sin ningún miramiento. ¿Cómo conciliar los acontecimientos de esta semana con esas garantías que les he leído? […] ¿Será éste el último ataque a un pequeño Estado, o irá seguido de otros? ¿O será de hecho un paso para tratar de dominar el mundo por la fuerza?».

Cuesta imaginar una mayor contradicción con el estado de ánimo y la política de la declaración efectuada por el primer ministro dos días antes en la cámara de los Comunes. Debió de atravesar un período de gran estrés. Además, el cambio de opinión de Chamberlain no se quedó sólo en las palabras. El siguiente «pequeño astado» en la lista de Hitler era Polonia. Si tenemos en cuenta la gravedad de la decisión y a todos aquellos que había que consultar, el período debió de ser muy fatigoso. En menos de dos semanas (el treinta y uno de marzo), declaró el primer ministro en el Parlamento:

> […] En caso de producirse cualquier acción que amenace claramente la independencia de Polonia y que, por consiguiente, el gobierno polaco considere fundamental resistir con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad se sentirá obligado de inmediato a prestarle al gobierno polaco todo el apoyo que pueda, y le ha ofrecido garantías a este respecto.
>
> Puedo añadir que el gobierno francés me ha autorizado a dejar constancia de que mantiene la misma postura en este asunto que el gobierno de Su Majestad. […] [Posteriormente] Se ha informado totalmente a los dominios.

No era el momento de hacer recriminaciones sobre el pasado. La garantía a Polonia contó con el apoyo de los líderes de todos los partidos y grupos de la Cámara. «Dios mediante, no tenemos otra alternativa», fue lo que dije yo. En el punto al que habíamos llegado era algo necesario. Pero nadie que comprendiera la situación podría dudar de que significaba, con toda probabilidad, una guerra generalizada, en la que nos veríamos envueltos.

En esta amarga historia de juicios equivocados realizados por personas capaces y bienintencionadas, llegamos al punto culminante. El hecho de haber llegado hasta este punto convierte a los responsables, por honrosos que fueran sus motivos, en culpables ante la historia. Miremos hacia atrás para ver lo que hemos aceptado o

rechazado, sucesivamente: una Alemania desarmada por un tratado solemne; una Alemania rearmada, violando un tratado solemne; dejar de lado la superioridad o incluso la paridad aérea; la ocupación de Renania por la fuerza y la construcción de la línea Sigfrido; el establecimiento del eje Roma-Berlín; Austria devorada y digerida por el Reich; Checoslovaquia abandonada y arruinada por el pacto de Múnich, su línea de fortificaciones en manos alemanas, su poderoso arsenal de Skoda fabricando municiones para los ejércitos alemanes; el rechazo de un plumazo del esfuerzo del presidente Roosevelt para estabilizar o llevar a un punto crítico la situación europea mediante la intervención de Estados Unidos, y el hecho de pasar por alto la indudable disponibilidad de la Rusia soviética de sumarse a las potencias occidentales para hacer todo lo posible por salvar a Checoslovaquia; el desprecio de los servicios de treinta y cinco divisiones checas contra el Ejército alemán, inmaduro todavía, cuando la propia Gran Bretaña sólo podía ofrecer dos para reforzar el frente en Francia; todo esto se lo llevó el viento.

Y ahora que se han desaprovechado o perdido cada una de estas ayudas y ventajas, Gran Bretaña avanza, llevando a Francia de la mano, para garantizar la integridad de Polonia, de esa misma Polonia que, con apetito de hiena, apenas seis meses antes se sumó al pillaje y la destrucción del Estado checoslovaco. Tenía sentido luchar por Checoslovaquia en 1938, cuando el Ejército alemán apenas disponía de media docena de divisiones entrenadas en el frente occidental, cuando los franceses, con cerca de sesenta o setenta divisiones, habrían podido, sin duda, avanzar fácilmente atravesando el Rin, o entrando en el Ruhr. Pero esto les había parecido poco razonable, precipitado, por debajo del nivel del pensamiento intelectual y la moralidad modernos. Hasta que ahora, por fin, las dos democracias occidentales se declaraban dispuestas a jugarse la vida por la integridad territorial de Polonia. Podemos registrar y revolver la historia que, según nos cuentan, es fundamentalmente la constancia de los crímenes, las locuras y las miserias de la humanidad para encontrar un paralelismo de esta repentina y completa inversión de una política de cinco o seis años de pacificación complaciente y conciliatoria y su transformación, de la noche a la mañana, en la disposición a aceptar una guerra obviamente inminente en condiciones mucho peores y a una escala mucho mayor.

Además, ¿cómo íbamos a proteger Polonia y cumplir nuestra garantía? Sólo declarándole la guerra a Alemania y atacando una muralla occidental más fuerte y un Ejército alemán más poderoso que aquéllos frente a los que retrocedimos en septiembre de 1938. Éstos son los hitos que marcaron el camino hacia el desastre. Aquí tenemos un catálogo de rendiciones, al principio cuando todo era fácil, y después, cuando la situación se complicó, frente al creciente poderío alemán. Pero finalmente se había acabado la sumisión británica y la francesa. Aquí teníamos por fin una decisión, tomada en el peor momento posible y sobre la base menos

satisfactoria, que seguramente provocaría la masacre de decenas de millones de personas. Aquí teníamos la justa causa, entregada deliberadamente y con un refinamiento magistral al revés, conminada a una batalla mortal después de desperdiciar sus ventajas con tan poca previsión. De todos modos, si uno no quiere luchar por el bien cuando puede ganar fácilmente sin derramamiento de sangre, si no quiere luchar cuando la victoria es casi segura y no supone demasiado esfuerzo, es posible que llegue el momento en el que se vea obligado a luchar cuando tiene todas las de perder y una posibilidad precaria de supervivencia. Incluso puede pasar algo peor: que uno tenga que luchar cuando no tiene ninguna esperanza de ganar, porque es preferible morir que vivir esclavizados.

Los polacos consiguieron Teschen gracias a la vergonzosa actitud que adoptaron frente a la liquidación del Estado checoslovaco. Pero pronto encontrarían su propio castigo. El veintiuno de marzo, cuando Ribbentrop se entrevistó en Berlín con el embajador polaco adoptó una actitud más firme que en anteriores ocasiones. La ocupación de Bohemia y la creación de una Eslovaquia satélite condujo al Ejército alemán hasta las fronteras meridionales de Polonia. El embajador le explicó que el ciudadano polaco medio no podía comprender por qué el Reich había asumido la protección de Eslovaquia, una protección que iba dirigida contra Polonia. También preguntó por las recientes conversaciones entre Ribbentrop y el ministro de Asuntos Menores de Lituania, y si tenían algo que ver con Memel. Recibió una respuesta dos días después, el veintitrés de marzo, cuando las tropas alemanas ocuparon Memel.

Ya casi no quedaban medios para organizar una resistencia a la agresión alemana en la Europa oriental. Hungría se encontraba en el mismo bando que Alemania. Polonia se había apartado de los checos y no estaba dispuesta a colaborar estrechamente con Rumanía. Ni Polonia ni Rumanía aceptarían una intervención rusa contra Alemania pasando por sus territorios. La clave para una gran alianza era un entendimiento con Rusia. El diecinueve de marzo, el gobierno ruso, profundamente afectado por todo lo que estaba sucediendo y a pesar de que no lo hubieran dejado entrar en la crisis de Múnich, propuso una conferencia de las seis potencias. Sobre este punto, Chamberlain también tenía una opinión clara. En una carta privada, confesó «la más profunda desconfianza con respecto a Rusia. No creo en absoluto en su capacidad para mantener una ofensiva eficaz, por más que quiera, y desconfío de sus razones, que me parece que apenas tienen nada que ver con nuestras ideas de libertad, y que sólo pretenden sembrar la discordia entre todos los demás. Encima, la odian y sospechan de ella muchos de los Estados más pequeños, entre los que destacan Polonia, Rumanía y Finlandia».

Por tanto, la propuesta soviética de una conferencia de las seis potencias fue recibida con frialdad y dejada de lado.

Las posibilidades de separar a Italia del Eje, tan importantes en los cálculos oficiales británicos, también se fueron desvaneciendo. El veintiséis de marzo, Mussolini pronunció un violento discurso en el que exponía las reclamaciones de Italia contra Francia en el Mediterráneo. En la madrugada del siete de abril de 1939 fuerzas italianas desembarcaron en Albania y, tras una breve escaramuza, se apoderaron del país. Así como Checoslovaquia sería la base para la agresión contra Polonia, Albania sería el trampolín para la acción italiana contra Grecia y para neutralizar Yugoslavia. El gobierno británico ya había asumido un compromiso para defender la paz en el noreste de Europa. ¿Y la amenaza que se cernía sobre el sureste? Habían dejado que se dispersara la flota británica del Mediterráneo, que podía haber frenado el avance italiano. La nave de la paz hacía agua por todas partes. El quince de abril, después de que se declarara el protectorado alemán sobre Bohemia y Moravia, Göring se reunió con Mussolini y Ciano en Roma para explicarles el avance de los preparativos alemanes para la guerra. Ese mismo día, el presidente Roosevelt envió un mensaje personal a Hitler y a Mussolini, instándoles a garantizar que no emprenderían ninguna otra agresión en diez «o incluso en veinticinco años, si podíamos mirar tanto hacia el futuro». Al principio, el *duce* se negó a leer el documento y después comentó: «¡Esto es consecuencia de la parálisis infantil!». Ni se le ocurrió pensar que él sufriría peores aflicciones.

El veintisiete de abril, el primer ministro tomó la seria decisión de establecer el servicio militar obligatorio, a pesar de que varias veces había dado garantías de que no daría un paso semejante. Hore-Belisha, secretario de Estado de Guerra, fue quien forzó esta tardía toma de conciencia. Sin duda arriesgó su carrera política, y varias de las reuniones que mantuvo con su jefe fueron bastante impresionantes. Yo lo vi algunas veces en tan difícil situación, y jamás estaba seguro de si seguiría en el cargo el día siguiente.

Evidentemente, imponer el servicio militar obligatorio a estas alturas no nos proporcionó un ejército. Sólo se aplicaba a los hombres de veinte años; faltaba entrenarlos y, una vez entrenados, había que armarlos. Sin embargo, fue un gesto simbólico que tuvo mucha repercusión en Francia y en Polonia, y en otras naciones a las que no habíamos escatimado nuestras garantías. En el debate, la oposición no cumplió su obligación. Ni el Partido Laborista ni el Liberal se atrevieron a hacer frente al prejuicio antiguo y profundamente arraigado que siempre había existido en Inglaterra en contra del servicio militar obligatorio, y sus dirigentes encontraron motivos para oponerse a esta medida. A los dos les producía aflicción el camino que se veían obligados a seguir por motivos partidistas. Pero ambos lo siguieron, aduciendo infinidad de razones. La división siguió las líneas de los partidos y los conservadores hicieron prevalecer su política por 380 votos contra 143. En mi

discurso hice lo posible por convencer a la oposición para que apoyara esta medida indispensable, pero mis esfuerzos fueron vanos. Comprendía totalmente sus dificultades, sobre todo cuando se enfrentaban con un gobierno al que se oponían. Debo dejar constancia del hecho porque priva a los partidarios de los liberales y los laboristas de todo derecho a censurar al gobierno de esa época. Mostraban con demasiada claridad su propia categoría en relación con los acontecimientos. Más adelante, tuvieron que ponerse a la altura de las circunstancias.

En marzo me sumé a Eden y a unos treinta miembros del Partido Conservador para presentar una moción a fin de constituir un Gobierno nacional. Durante el verano hubo bastante revuelo en el país a favor de esto, o al menos de que nos incluyeran, a Eden y a mí, en el Consejo de Ministros. Sir Stafford Cripps, desde su postura independiente, estaba muy preocupado por el peligro nacional. Me vino a ver a mí y a varios ministros para exhortarnos a formar lo que él llamaba «un gobierno total». Yo no podía hacer nada, pero Stanley, que era el presidente de la Junta de Comercio, quedó muy impresionado y le escribió al primer ministro poniendo a su posición su propio cargo si eso facilitaba una reconstrucción. Chamberlain se conformó con enviarle una respuesta formal.

A medida que fueron pasando las semanas, casi todos los periódicos, encabezados por el *Daily Telegraph* y resaltados por el *Manchester Guardian*, reflejaron esta opinión. Me sorprendió ver su cotidiana y repetida petición. Durante semanas se colgaron enormes carteles en las vallas publicitarias metropolitanas: «Que vuelva Churchill». Montones de jóvenes voluntarios de ambos sexos se paseaban con cartelones que portaban eslóganes similares delante de la cámara de los Comunes. Yo no tuve nada que ver con estos métodos de agitación, pero sin duda me habría incorporado al gobierno si me lo hubieran propuesto. En esto también me ayudó mi buena suerte personal, y todo lo demás siguió su orden lógico, natural y terrible.

Capítulo XVI

EN EL LÍMITE

Hemos llegado al período en el cual todas las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania habían llegado al límite. Evidentemente, ahora sabemos que nunca hubo una relación sincera entre nuestros dos países desde que Hitler llegó al poder. Por su parte, él tan sólo esperaba convencer o amedrentar a Gran Bretaña para que le diera carta blanca en la Europa oriental, y Chamberlain abrigaba la esperanza de apaciguarlo, reformarlo y llevarlo por el buen camino. Sin embargo, había llegado el momento de que se desvanecieran las últimas ilusiones del gobierno británico. Por fin, el Consejo de Ministros se convenció de que la Alemania nazi quería guerra, y el primer ministro ofreció garantías y concertó alianzas en todas las direcciones que seguían abiertas, sin pensar si podíamos brindar una ayuda efectiva a los países concernidos. A la garantía a Polonia se añadieron las garantías a Grecia y a Rumanía, a las que se sumó una alianza con Turquía.

Debemos recordar ahora el triste trozo de papel que Chamberlain consiguió que Hitler firmara en Múnich y que agitó triunfalmente ante la multitud cuando descendió del avión en Heston; en él invocaba los dos lazos que suponía que existían entre él y Hitler, y entre Gran Bretaña y Alemania, es decir, el acuerdo de Múnich y el tratado naval anglogermano. La subyugación de Checoslovaquia acabó con el primero; el veintiocho de abril, Hitler eliminó el segundo y además anunció formalmente la rescisión del pacto germanopolaco de no agresión, aduciendo como causa directa la garantía anglopolaca.

El gobierno británico tuvo que plantearse urgentemente las consecuencias prácticas de las garantías ofrecidas a Polonia y Rumanía. Ninguna serie de garantías tenía ningún valor militar, salvo dentro del marco de un acuerdo general con Rusia. Por tanto y con esta finalidad dieron comienzo en Moscú, el quince de abril, las conversaciones entre el embajador británico y Litvinov. Teniendo en cuenta el trato que se había dado hasta entonces al gobierno soviético, no cabía esperar mucho de ellos en ese momento. Sin embargo, el dieciséis de abril hicieron un ofrecimiento formal, cuyo texto no se hizo público, para crear un frente unido de asistencia mutua entre Gran Bretaña, Francia y la URSS. Las tres potencias, a las que se sumaría Polonia, si era posible, además garantizarían a aquellos Estados de Europa central y del Este que se encontraban bajo la amenaza de una agresión germana. El obstáculo para un acuerdo de este tipo era el terror de estos mismos países limítrofes a recibir la ayuda soviética a través de ejércitos de ese país que atravesaran sus territorios para defenderlos de los alemanes y que, de paso, los incorporaran al sistema comunista soviético, al cual se oponían con vehemencia. Polonia, Rumanía Finlandia y los tres

estados bálticos no sabían si le tenían más pavor a la agresión alemana o a la salvación rusa. Esta espantosa elección fue lo que paralizó la política británica y francesa.

Sin embargo, no cabe duda, incluso visto desde la perspectiva que ofrece el tiempo, de que Gran Bretaña y Francia deberían haber aceptado el ofrecimiento ruso y proclamado la Triple alianza, dejando que el método por el que se hiciera efectiva en caso de guerra se ajustara entre los aliados unidos contra un enemigo común. En estas circunstancias impera un estado de ánimo distinto. Los aliados en la guerra tienden a someterse mucho a los deseos de los demás; el flagelo de la batalla golpea el frente y hace que se acepten todo tipo de recursos que durante la paz resultarían repugnantes. No sería fácil, en una gran alianza como la que podría haber surgido, que un aliado entrara en el territorio de otro, a menos que lo invitaran.

Pero Chamberlain y el Ministerio de Asuntos Exteriores quedaron desconcertados ante este enigma que les planteaba la Esfinge. Cuando los acontecimientos se suceden a esta velocidad y tan apelotonados como en esta coyuntura, conviene dar un paso por vez. La alianza de Gran Bretaña, Francia y Rusia habría despertado una profunda alarma en el seno de Alemania en 1939, y nadie puede demostrar que la guerra no se hubiera podido evitar siquiera entonces. Los aliados podrían haber dado con más fuerza el siguiente paso. Su diplomacia tendría que haber mantenido la iniciativa. Hitler no estaba en condiciones ni de emprender una guerra en dos frentes, algo que él mismo había condenado tan severamente, ni de mantenerlos en jaque. Fue una pena que no lo pusieran en esta posición incómoda, que podría haberle costado la vida. No se recurre a los estadistas sólo para resolver las cuestiones sencillas, que suelen resolverse por sí solas. Cuando la balanza tiembla y las proporciones quedan envueltas en la niebla, se presenta la oportunidad de tomar decisiones que salven el mundo. Después de meternos a nosotros mismos en la espantosa situación de 1939 era fundamental no perder las esperanzas. Por ejemplo, si al recibir el ofrecimiento ruso Chamberlain hubiera respondido: «Sí, juntémonos los tres para romperle el cuello a Hitler», o algo por el estilo, el Parlamento lo habría aprobado, Stalin habría comprendido y puede que la historia hubiese seguido otro curso. Al menos, no habría sido peor.

Pero en cambio se produjo un largo silencio, mientras se preparaban medidas a medias y compromisos sensatos. Este retraso fue fatal para Litvinov, porque consideraron que su último intento de conducir la situación hasta una decisión definida con las potencias occidentales había fracasado. Teníamos muy poco crédito. Era necesaria una política exterior totalmente diferente para la seguridad de Rusia, y había que encontrar otro exponente. El tres de mayo llegó un comunicado oficial de Moscú que anunciaba que Litvinov, por iniciativa propia, había dejado su cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores y que el primer ministro, Mólotov, asumiría sus

obligaciones. El notable judío, blanco del antagonismo alemán, fue dejado de lado como una herramienta rota y, sin que se le permitiera ni una palabra de justificación, lo echaron de la escena mundial, relegándolo al anonimato, la miseria y la supervisión policial. Mólotov, apenas conocido fuera de Rusia, fue nombrado comisario de Asuntos Exteriores, en la más estrecha unión con Stalin, libre de todos los estorbos de las declaraciones previas, libre del ambiente de la Sociedad de Naciones y capaz de moverse en cualquier sentido que fuera necesario para la autopreservación de Rusia. De hecho, sólo era probable que se moviera en un sentido. Siempre se había mostrado favorable a llegar a un acuerdo con Hitler. El gobierno soviético estaba convencido, después de Múnich y de todo lo demás, de que ni Gran Bretaña ni Francia lucharían si no las atacaban y que, en ese caso, tampoco servirían de mucho. La tormenta que se avecinaba estaba a punto de estallar, y Rusia debería ocuparse de sí misma.

Este cambio violento y antinatural de la política rusa fue una metamorfosis como sólo son capaces de hacerla los estados totalitarios. No habían pasado más de dos años desde que se masacrara a los dirigentes del Ejército ruso y a varios miles de sus mejores oficiales precisamente por tener la tendencia que ahora resultaba aceptable para el puñado de ansiosos amos del Kremlin. Entonces, ser germanófilo se consideraba una herejía y una traición; ahora, de pronto, era la política de Estado, y pobre del que se atreviera a discutirla o no fuera bastante ágil para adaptarse al cambio. Para la tarea que tenían entre manos no había nadie más capacitado o preparado que el nuevo comisario de Asuntos Exteriores.

La figura que Stalin elevó al púlpito de la política exterior soviética merece una descripción, con la que no contaban ni el gobierno británico ni el francés de la época. Viacheslav Mólotov era un hombre de notable habilidad y despiadada crueldad, que sobrevivió a los espantosos peligros y a las duras pruebas a las que se vieron sometidos todos los líderes bolcheviques en los años de la revolución triunfal. Vivió y prosperó en una sociedad en la que la cambiante intriga estaba acompañada por la amenaza constante de la liquidación personal. Su cabeza en forma de bala de cañón, el bigote negro y los ojos comprensivos, su rostro viscoso, su agilidad verbal y su imperturbabilidad eran manifestaciones adecuadas de sus cualidades y su habilidad. Era el hombre más adecuado para ser agente e instrumento de la política de una máquina incalculable. Sólo lo he visto en condiciones de igualdad en negociaciones en las que a veces aparecía un tono humorístico, o en banquetes en los que proponía cordialmente una larga serie de brindis convencionales y sin sentido. Nunca he visto un ser humano que representara mejor la concepción moderna de un robot. Y sin embargo, con todo era un diplomático en apariencia razonable y muy pulido. Con respecto a sus subordinados no sé cómo era. Su trato con el embajador japonés

durante los años en los que, después de la conferencia de Teherán, Stalin prometió atacar Japón cuando fuera derrotado el Ejército alemán, se puede deducir de las conversaciones que han quedado registradas. Se sucedieron, una tras otra, con perfecta desenvoltura, una finalidad enigmática y una anodina corrección oficial, las entrevistas delicadas, inquisitivas y poco prácticas, sin que se abriera el menor resquicio, sin la menor sacudida. Su sonrisa de invierno siberiano, sus palabras, comedidas y a menudo prudentes y su afabilidad lo convertían en un agente perfecto de la política soviética en un mundo mortal.

La correspondencia con él sobre cuestiones polémicas siempre era inútil y, llevada al extremo, acababa en mentiras e insultos, de los cuales aparecerán algunos ejemplos en esta obra. Sólo en una ocasión me pareció que conseguí una reacción natural, humana. Fue en la primavera de 1942, cuando pasó por Gran Bretaña de vuelta de Estados Unidos. Habíamos firmado el tratado anglosoviético y estaba a punto de emprender el peligroso vuelo de regreso. En la puerta del jardín de Downing Street, que usamos para mantener el secreto, le cogí el brazo y nos miramos a la cara. De pronto, pareció profundamente conmovido y, dentro de la imagen, apareció el hombre, que respondió con la misma presión. Nos estrechamos las manos en silencio. Pero entonces estábamos todos juntos, y era la vida o la muerte para todo el conjunto. A su alrededor siempre había habido confusión y desastre, inminentes sobre él o aplicados por él a los demás. La máquina soviética encontró sin duda en Mólotov un representante capaz y, en muchos sentidos, típico: el fiel hombre del partido y discípulo comunista. Al final de mi vida, me alegro de no haber tenido que soportar las tensiones que sufrió él; sería preferible no haber nacido. En la conducción de los asuntos exteriores, Mazarino, Talleyrand y Metternich le habrían dado la bienvenida, si hubiera otro mundo al que pudieran ir los bolcheviques.

Desde el momento en que se convirtió en comisario de Asuntos Exteriores, Mólotov procuró llegar a un acuerdo con Alemania a expensas de Polonia. Las negociaciones rusas con Gran Bretaña proseguían con languidez, y el diecinueve de mayo se planteó toda la cuestión en la cámara de los Comunes. El debate, breve y serio, prácticamente se limitó a los líderes de los partidos y a algunos destacados ex ministros. Lloyd George, Edén y yo insistimos ante el gobierno en la necesidad vital de llegar a un acuerdo con Rusia de inmediato, del mayor alcance posible y en condiciones de igualdad. Respondió el primer ministro y por primera vez nos reveló sus puntos de vista sobre el ofrecimiento soviético, que recibió sin duda con frialdad y evidente desdén; pareció demostrar la misma falta de proporción que vimos un año antes en su rechazo a las propuestas de Roosevelt. Attlee, Sinclair y Edén hablaron, en líneas generales, sobre la inminencia del peligro y la necesidad de una alianza con Rusia. No cabe duda de que ya era demasiado tarde para todo esto. Nuestros esfuerzos habían llegado a un punto muerto aparentemente insalvable. Los gobiernos

de Polonia y Rumanía, aunque aceptaban la garantía británica, no estaban dispuestos a aceptar una promesa similar, de la misma forma, por parte del gobierno ruso. En otro ámbito estratégico vital, el de los estados del Báltico, prevalecía una actitud similar. El gobierno soviético dejó bien claro que sólo cumpliría un pacto de asistencia mutua si Finlandia y los países bálticos se incluían en una garantía general. Los cuatro países se negaron entonces y es probable que, aterrorizados, siguieran rechazando esta condición durante mucho tiempo. Finlandia y Estonia incluso llegaron a afirmar que considerarían un acto de agresión toda garantía que los incluyera sin su consentimiento. El siete de junio, Estonia y Letonia firmaron pactos de no agresión con Alemania. De este modo, Hitler penetró fácilmente en las últimas defensas de la lenta e indecisa coalición en su contra.

El verano avanzaba y en toda Europa continuaban los preparativos para la guerra, a la par que las actitudes de los diplomáticos, los discursos de los políticos y los deseos de la humanidad cada día contaban menos. Los movimientos militares alemanes parecían presagiar que el acuerdo forzoso de la disputa con Polonia respecto a Danzig era un prolegómeno al ataque a la propia Polonia. El diez de junio Chamberlain manifestó su preocupación ante el Parlamento y repitió su intención de apoyar a Polonia si su independencia se veía amenazada. Con un espíritu de distanciamiento de los hechos, el gobierno belga, en gran medida bajo la influencia de su rey, anunció el día veintitrés que se oponía a las conversaciones entre el Estado Mayor e Inglaterra y Francia, y que Bélgica tenía la intención de mantener una rigurosa neutralidad. La oleada de acontecimientos hizo que Inglaterra y Francia estrecharan filas entre ellas y también a nivel nacional. Hubo muchas idas y venidas entre París y Londres durante el mes de julio. Los festejos del catorce de julio fueron una ocasión para el despliegue de la unión anglofrancesa. Fui invitado por el gobierno francés a asistir a este magnífico espectáculo.

Cuando me iba de Le Bourget después del desfile, el general Gamelin me sugirió que visitara el frente francés. «Nunca ha visto el sector del Rin», me dijo. «Venga en agosto y se lo enseñaremos todo». De modo que lo organizamos, y el quince de agosto el general Spears y yo fuimos recibidos por su gran amigo, el general Georges, comandante en jefe de los ejércitos del frente del noreste y eventual sucesor en el Mando Supremo. Fue un placer conocer a este oficial tan cordial y eficiente, en cuya compañía pasamos los diez días siguientes, planteándonos problemas militares y estableciendo contactos con Gamelin, que también inspeccionaba algunos puntos en esta parte del frente.

Partiendo de la curva del Rin próxima a Lauterbourg, atravesamos todo el sector hasta la frontera suiza. En Inglaterra, al igual que en 1914, la gente, despreocupada, disfrutaba de sus vacaciones y jugaba con sus hijos en la arena, mientras que aquí, a orillas del Rin, brillaba una luz diferente. Todos los puentes temporales se habían

retirado a un lado u otro del río. Los puentes permanentes estaban muy custodiados y minados. Había oficiales de confianza, tanto de día como de noche, dispuestos a presionar a la primera señal los botones que los harían volar por los aires. El gran río, alimentado por el deshielo de las nieves alpinas, seguía su curso, crecido y huraño. Los puestos de avanzada franceses se agazapaban entre la maleza, dentro de los hoyos para sus fusiles. Dos o tres de nosotros nos acercamos al borde del agua, pero nos dijeron que no presentáramos nada que pudiera servir como blanco. A unos trescientos metros, al otro lado del río, entre los arbustos, se veían figuras de alemanes trabajando sin prisas, con picos y palas, para mejorar sus defensas. Se habían evacuado los civiles de todo el barrio ribereño de Estrasburgo. Permanecí un rato sobre el puente y vi cómo lo cruzaban uno o dos coches. En los dos extremos se llevaba a cabo un prolongado examen de los pasaportes y las personas. Allí, el puesto alemán estaba a poco más de un centenar de metros del francés, pero no existía comunicación entre ellos. Sin embargo, había paz en Europa. No había ningún enfrentamiento entre Alemania y Francia. El Rin seguía su curso, entre remolinos, a unos diez kilómetros por hora. Una o dos canoas tripuladas por muchachos pasaron velozmente sobre la corriente. No volví a ver el Rin hasta más de cinco años después, en marzo de 1945, cuando lo atravesé en una barca pequeña con el mariscal de campo Montgomery, aunque eso fue cerca de Wesel, mucho más al norte.

Lo que me llamó la atención de todo lo que vi en mi visita fue la total aceptación de la defensiva que predominaba entre los máximos responsables de mis anfitriones franceses y que se apoderó de mí, de forma irresistible. Hablando con todos estos oficiales franceses tan competentes uno tenía la sensación de que los alemanes eran más fuertes y que Francia ya no tenía el empuje vital para montar una gran ofensiva; que lucharía por defender su existencia, pero… *Voilá tout!* Estaba la línea Sigfrido, fortificada, con el añadido de toda la potencia de fuego de las armas modernas. Yo también sentía en mis propios huesos el horror de las ofensivas del Somme y de Passchendaele. Claro que los alemanes eran más fuertes que en los tiempos de Múnich. No conocíamos las profundas preocupaciones de su Alto Mando. Habían decaído tanto nuestras condiciones físicas y psicológicas que ninguna persona responsable (y hasta este punto yo no tenía ninguna responsabilidad) podía basarse en la suposición, que era cierta, de que apenas cuarenta y dos divisiones alemanas, equipadas y entrenadas a medias, protegían su extenso frente, desde el mar del Norte hasta Suiza. Esto contrastaba con las trece que había en los tiempos de Múnich.

En estas últimas semanas mi temor era que el gobierno de Su Majestad, a pesar de nuestra garantía, rehuyera declararle la guerra a Alemania si ésta atacaba Polonia. No cabía duda de que ahora Chamberlain se había decidido a arriesgarse, por amargo que le resultara, pero yo no lo conocía tan bien como llegué a hacerlo un año después.

Temía que Hitler utilizase algún engaño acerca de una agencia o un arma secreta nueva que desconcertara o dejara perplejo al abrumado Consejo de Ministros. Alguna que otra vez, el profesor Lindemann me había hablado de la energía atómica; por tanto, le pedí que me informara de cómo estaba la situación en este campo y, después de una conversación, escribí la siguiente carta a Kingsley Wood, secretario de Estado de Aviación, con el que mantenía relaciones bastante estrechas:

> Hace algunas semanas, uno de los periódicos dominicales hizo pública la historia de la inmensa cantidad de energía que puede liberar el uranio mediante la cadena de procesos descubierta recientemente que ocurre cuando este tipo de átomo en particular es dividido por neutrones. A primera vista, esto podría augurar la aparición de nuevos explosivos de un poder devastador. *Desde esta perspectiva, es esencial darse cuenta de que no hay peligro de que este descubrimiento, por grande que sea su interés científico, y quizá en última instancia su importancia práctica, nos permita obtener unos resultados que se puedan poner en marcha a gran escala antes de varios años*.
>
> Existen indicios de que, cuando se agudice la tensión internacional, se difundirán deliberadamente fábulas acerca de la adaptación de este proceso para producir algún terrible explosivo secreto capaz de arrasar Londres. Seguramente, la quinta columna tratará de inducirnos a aceptar otra rendición mediante esta amenaza. Por este motivo, es imprescindible manifestar la verdadera situación.
>
> […] El temor de que este nuevo descubrimiento haya proporcionado a los nazis algún siniestro y nuevo explosivo secreto para destruir a sus enemigos carece sin duda de fundamento. Seguramente se lanzarán sombrías indirectas y circularán rumores aterradores con asiduidad, pero esperemos que nadie se deje engañar.

Es notable lo acertado que resultó este pronóstico. Aunque no fueron los alemanes los que encontraron la solución, porque en realidad ellos siguieron una pista equivocada y de hecho dejaron de buscar la bomba atómica para dedicarse a los cohetes y los aviones sin pilotos en un momento en que el presidente Roosevelt y yo tomábamos las decisiones y llegábamos a los memorables acuerdos, a los cuales me referiré cuando corresponda, para la fabricación a gran escala de bombas atómicas.

«Dígale a Chamberlain —le dijo Mussolini al embajador británico, el siete de julio— que si Inglaterra está dispuesta a luchar para defender Polonia, Italia se alzará en armas junto con su aliada, Alemania». Pero en realidad su posición era la contraria. En ese momento lo único que pretendía era consolidar sus intereses en el Mediterráneo y el norte de África, recoger los frutos de su intervención en España y digerir la conquista de Albania. No quería verse arrastrado a una guerra europea para que Alemania conquistara Polonia. A pesar de sus alardes públicos, él conocía mejor que nadie la fragilidad militar y política de Italia. Estaba dispuesto a hablar de una guerra en 1942, si Alemania le proporcionaba las municiones, pero en 1939, ¡no!

A medida que las presiones sobre Polonia se agudizaron durante el verano a Mussolini se le ocurrió que podía repetir el papel de mediador que desempeñó en Múnich y propuso una conferencia de paz mundial, pero Hitler desechó sus ideas de manera cortante. En agosto, le expuso con claridad a Ciano que tenía la intención de

establecerse en Polonia, que se vería obligado a luchar también contra Inglaterra y Francia y que quería que Italia interviniese. Le dijo: «Si Inglaterra conserva en su propio país las tropas necesarias, puede enviar a Francia, como mucho, dos divisiones de infantería y una división blindada. En cuanto al resto, podría proporcionar algunos escuadrones de bombarderos, pero prácticamente ningún avión de combate, porque entonces la Fuerza Aérea alemana en seguida atacaría Inglaterra y necesitarían urgentemente los cazas ingleses para defenderla». Con respecto a Francia dijo que, después de destruir Polonia (que no llevaría demasiado tiempo), Alemania podría reunir cientos de divisiones junto a la muralla occidental y así Francia se vería obligada a concentrar todas las fuerzas disponibles, procedentes de las colonias, de la frontera italiana y de todas partes en la línea Maginot, para combatir a vida o muerte. Después de esta conversación, Ciano regresó con ánimo sombrío a informar a su jefe, al que encontró más convencido de que las democracias lucharían, y más resuelto a mantenerse al margen de la lucha.

Entonces, el gobierno británico y el francés reanudaron sus esfuerzos por llegar a un acuerdo con la Rusia soviética y decidieron enviar a Moscú a un enviado especial. Eden, que había establecido buenos contactos con Stalin hacía unos años, ofreció a ir, pero el primer ministro rechazó tan generosa oferta. En su lugar, el doce de junio se confió esta misión trascendental a Strang, un funcionario competente pero sin ningún prestigio especial fuera del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fue otro error, porque enviar a una figura subordinada se tomó como una ofensa. No creo que llegara a perforar la corteza exterior del organismo soviético. En cualquier caso, ya era demasiado tarde. Habían pasado muchas cosas desde que enviaran a Maiski a verme a Chartwell, en septiembre de 1938. Había ocurrido Múnich. Los ejércitos de Hitler habían tenido un año más para madurar. Todas sus fábricas de municiones, reforzadas por las de Skoda, trabajaban a toda máquina. Al gobierno soviético le preocupaba mucho Checoslovaquia, pero Checoslovaquia había desaparecido. Benes estaba en el exilio y en Praga gobernaba un *Gauleiter* alemán.

Por otra parte, Polonia le planteaba a Rusia una serie totalmente diferente de problemas políticos y estratégicos muy antiguos. Su último contacto importante fue la batalla de Varsovia, en 1920, cuando los ejércitos bolcheviques, al mando de Kamieniev, fueron obligados por Pilsudski a interrumpir la invasión, con la ayuda de los consejos del general Weygand y de la misión británica al mando de lord D'Abernon, y después fueron perseguidos con sangrienta saña. Durante todos estos años Polonia fue una punta de lanza del antibolchevismo, que con la mano izquierda se sumó y apoyó a los estados bálticos antisoviéticos, mientras que con la derecha, en los tiempos de Múnich, ayudó a despojar a Checoslovaquia. El gobierno soviético estaba seguro de que Polonia los odiaba, y también de que no tenía capacidad para

resistir un ataque alemán. Sin embargo, eran muy conscientes de sus propios peligros y de que necesitaban tiempo para solucionar la confusión que reinaba en los altos mandos de sus ejércitos. En estas circunstancias, las perspectivas de la misión de Strang no eran esperanzadoras.

Las negociaciones giraron en torno a la cuestión de la renuencia de Polonia y los estados bálticos a que los soviéticos los rescataran de Alemania, y allí no se avanzó nada. Las discusiones prosiguieron durante todo el mes de julio de forma intermitente; al final, el gobierno soviético propuso continuar las conversaciones desde un punto de vista militar, con representantes tanto franceses como británicos. Po tanto, el diez de agosto el gobierno británico envió al almirante Drax en misión a Moscú. Estos oficiales no contaban con ninguna autorización por escrito para negociar. Al frente de la misión francesa estaba el general Doumenc y del lado ruso ofició el mariscal Voroshílov. Ahora se sabe que, al mismo tiempo, el gobierno soviético aceptó que viajara a Moscú un negociador alemán. La conferencia militar se fue a pique en seguida cuando Polonia y Rumanía se negaron a permitir el paso de tropas rusas. La actitud polaca fue: «Con los alemanes corremos el riesgo de perder nuestra libertad; con los rusos, nuestra alma»[25].

En el Kremlin, una madrugada de agosto de 1942, Stalin me reveló uno de los aspectos de la posición soviética: «Nos daba la impresión de que el gobierno británico y el francés no estaban decididos a entrar en guerra en caso de un ataque a Polonia, sino que esperaban que la alineación diplomática de Gran Bretaña, Francia y Rusia haría desistir a Hitler. Nosotros estábamos seguros de que no sería así». Stalin había preguntado: «¿Cuántas divisiones enviará Francia contra Alemania en caso de movilización?». La respuesta fue: «Alrededor de cien». A continuación preguntó: «¿Cuántas enviará Inglaterra?». La respuesta fue: «Dos primero y otras dos después». Stalin repitió: «¿Dos primero y otras dos después?», y preguntó: «¿Saben cuántas divisiones pondremos en el frente ruso si entramos en guerra con Alemania?». Hubo una pausa. «Más de trescientas». No me dijeron con quién ni cuándo se celebró esta conversación. Hay que reconocer que sabía lo que decía, aunque esto no fuera favorable para Strang ni para el Ministerio de Asuntos Exteriores.

A efectos de la negociación, Stalin y Mólotov consideraron necesario ocultar sus verdaderas intenciones hasta el último momento. Mólotov y sus subordinados demostraron gran duplicidad en todos sus contactos con las dos partes. La noche del diecinueve de agosto Stalin anunció al Politburó su intención de firmar un pacto con Alemania. El veintidós, las misiones de los aliados no pudieron localizar al mariscal Voroshílov hasta la noche. Al día siguiente llegó Ribbentrop a Moscú. En un acuerdo secreto, Alemania declaró que no tenía ningún interés político en Letonia, Estonia ni Finlandia, aunque consideraba que Lituania se encontraba dentro de su ámbito de influencia. Se trazó una línea de demarcación para el reparto de Polonia. En los

países bálticos Alemania sólo reclamaba intereses económicos. El pacto de no agresión y el acuerdo secreto se firmaron a altas horas de la noche del veintitrés de agosto[26].

A pesar de todo lo que se ha reseñado sin ningún apasionamiento en este capítulo, sólo el despotismo totalitario imperante en los dos países pudo superar el rechazo que producía un acto tan antinatural. No sé cuál se habrá resistido más, si Hitler o Stalin. Los dos eran conscientes de que no se trataba más que de un recurso temporal porque el antagonismo existente entre los dos imperios y sistemas era mortal. No cabe duda de que Stalin pensaba que Hitler sería un enemigo menos peligroso para Rusia después de un año de combates con las potencias occidentales. Hitler seguía su método de «uno a uno». El hecho de que pudiera celebrarse un acuerdo así determina el punto culminante del fracaso de la política exterior y la diplomacia británica y francesa a lo largo de varios años.

Por el lado soviético, hay que decir que para ellos era imprescindible mantener desplegados los ejércitos alemanes tan hacia el oeste como fuera posible a fin de disponer de más tiempo para reunir las tropas procedentes de su vasto imperio. No olvidaban los desastres que sufrieron sus ejércitos en 1914, cuando se lanzaron a atacar a Alemania cuando ellos mismos sólo estaban movilizados en parte. Pero entonces sus fronteras quedaban mucho más al este que las de la guerra anterior. Tenían que ocupar los estados bálticos y buena parte de Polonia por la fuerza o por medios fraudulentos antes de que los atacaran. Puede que su política fuera despiadada, pero en ese momento también resultaba realista al máximo.

Todavía merece la pena dejar constancia de los términos del pacto.

> Las dos altas partes contratantes se comprometen a desistir de todo acto de violencia, de toda acción agresiva y de todo ataque mutuo, ya sea de forma individual o juntamente con otras potencias.

Este tratado tendría una vigencia de diez años y, si ninguna de las dos partes anunciaba formalmente su rescisión un año antes de cumplirse el plazo, se prolongaría automáticamente por cinco años más. Hubo gran alegría y muchos brindis en torno a la mesa de la conferencia. Stalin propuso espontáneamente un brindis por el *führer* con estas palabras: «Sé lo mucho que quiere a su *führer* la nación alemana; por tanto, quisiera beber a su salud». De todo esto se puede extraer una moraleja de la mayor sencillez: que la honradez es la mejor política, de la cual encontraremos varios ejemplos en estas páginas. Veremos a hombres y estadistas astutos engañados por sus propias maquinaciones. Pero aquí tenemos un ejemplo notable. Apenas veintidós meses después, Stalin y la nación rusa tuvieron que pagar con millones de das un castigo aterrador. Si un gobierno no tiene escrúpulos morales, muchas veces parece conseguir grandes ventajas y libertades de acción pero «al final todo sale a la luz, aunque sea al final del día, y todo sale mucho más cuando acaban

todos los días».

La siniestra noticia cayó sobre el mundo como una explosión. Sean cuales fueron las emociones que experimentó el gobierno británico, el miedo no fue una de ellas. Sin pérdida de tiempo declararon que «un acontecimiento así no afectaría en modo alguno sus obligaciones y que estaban decididos a cumplirlas». De inmediato tomaron medidas precautorias. Dieron órdenes de reunir a los principales destacamentos de la costa y las defensas antiaéreas y de proteger los puntos vulnerables. Se enviaron telegramas de advertencia a los gobiernos de los dominios y a las colonias. Se suspendieron todos los permisos para todas las fuerzas de combate. El Almirantazgo envió advertencias a los buques mercantes. Y se tomaron otras muchas medidas. El veinticinco de agosto el gobierno británico proclamó un tratado formal con Polonia, confirmando las garantías ya otorgadas, con lo que se esperaba ofrecer la mejor oportunidad para llegar a un acuerdo a través de la negociación directa entre Alemania y Polonia, teniendo en cuenta el hecho de que si fracasaba Gran Bretaña apoyaría a Polonia. De hecho, Hitler postergó el día D del veinticinco de agosto al uno de septiembre y entabló una negociación directa con Polonia, como quería Chamberlain, aunque su objetivo no era llegar a un acuerdo con aquel país sino brindar al gobierno de Su Majestad todas las oportunidades de librarse de su garantía. Sus pensamientos, al igual que los del Parlamento y las naciones, estaban en otro plano. Un hecho curioso de los habitantes de las islas Británicas que odian la instrucción militar y no han sufrido una invasión durante casi mil años, es que a medida que el peligro se acerca y se agranda, cada vez se ponen menos nerviosos; cuando es inminente se vuelven belicosos, cuando es mortal no tienen miedo. Gracias a ello, han podido escapar por los pelos en más de una ocasión.

A estas alturas Hitler se enteró, a raíz de su correspondencia con Mussolini, si no lo había adivinado ya, de que no podría contar con la intervención armada de Italia en caso de guerra. Parece que el *duce* se enteró de los últimos movimientos por fuentes inglesas, más que alemanas. Ciano apunta en su diario, el veintisiete de agosto, que «los ingleses nos comunican el texto de las propuestas que hacen los alemanes a Londres, de las que no sabemos nada en absoluto»[27]. Lo único que necesitaba entonces Mussolini era que Hitler diera su conformidad a la neutralidad de Italia, que le fue concedida.

El treinta y uno de agosto Hitler hizo pública su «Directriz número uno para dirigir la guerra».

> 1. Ahora que se han agotado todas las posibilidades políticas de resolver pacíficamente una situación en la frontera oriental que resulta intolerable para Alemania, he decidido adoptar una solución por la fuerza.
> 2. El ataque a Polonia se llevará a cabo de acuerdo con los preparativos. […] La fecha del ataque es el uno de septiembre de 1939. La hora del ataque son las 04.45 [escrito con lápiz rojo].

> 3. En Occidente es importante que la responsabilidad por el inicio de las hostilidades corresponda de forma inequívoca a Inglaterra y Francia. Al principio conviene emprender exclusivamente acciones locales contra violaciones insignificantes de las fronteras[28].

A mi regreso del frente del Rin pasé algunos días de sol en casa de la señora Balsan, en agradable pero nerviosa compañía, en el viejo castillo donde pernoctó el rey Enrique de Navarra la noche anterior a la batalla de Ivry. Se percibía la intensa aprensión que a todos nos perturbaba, y hasta la luz de este encantador valle del Eure parecía haber perdido su suavidad. Me costaba mucho pintar en medio de tanta incertidumbre. El veintiséis de agosto decidí regresar a casa, donde por lo menos podría saber lo que pasaba. Le dije a mi mujer que le avisaría con tiempo. Al pasar por París, invité a comer al general Georges, que me presentó todas las cifras del Ejército francés y el alemán y clasificó todas las divisiones según su calidad. El resultado me impresionó tanto que dije, por primera vez: «Pero si dominan ustedes la situación», a lo que él respondió: «Los alemanes tienen un Ejército muy poderoso y nunca dejarán que ataquemos nosotros primero. Si ellos atacan, nuestros dos países se unirán para cumplir con su deber».

Esa noche dormí en Chartwell, donde invité al general Ironside a pasar conmigo el día siguiente. Él acababa de regresar de Polonia y las noticias que me dio del Ejército polaco eran sumamente favorables. Había presenciado las maniobras de ataque de una división, con fuego real, no sin bajas. Los polacos tenían la moral alta. Se quedó conmigo tres días, y procuramos calcular lo incognoscible. También en este período acabé los trabajos de albañilería en la cocina de la casita que había preparado como vivienda familiar para los años siguientes. Cuando le avisé, mi mujer regresó vía Dunkerque, el treinta de agosto.

Se sabía que había veinte mil nazis alemanes organizados en Inglaterra en esa época y, como había sucedido en otros países amigos, era de prever que el estallido de la guerra fuera precedido por un intenso preludio de sabotaje y asesinato. En ese momento yo no disponía de protección oficial, ni quería pedirla, aunque me parecía que era una personalidad lo bastante destacada como para tomar precauciones Disponía de información suficiente para convencerme de que Hitler me consideraba un enemigo. Mi ex detective en Scotland Yard, el inspector Thompson, estaba jubilado, de modo que le pedí que viniera y que trajera su pistola. Yo saqué mis propias armas, que eran buenas. Mientras uno dormía el otro montaba guardia. Así nadie podría sorprendernos. En esos momentos yo sabía que, si comenzaba la guerra (¿y quién no la veía venir?), me caería encima una buena carga.

Capítulo XVII

LA GUERRA SOMBRÍA

Alemania invadió Polonia al amanecer del uno de septiembre. En el transcurso de la mañana se ordenó la movilización de todas nuestras fuerzas. El primer ministro me pidió que fuera a verlo esa tarde a Downing Street. Me dijo que no tenía esperanzas de evitar una guerra con Alemania y que se proponía crear un pequeño gabinete de Guerra formado por ministros sin cartera. Mencionó que a su entender, el Partido Laborista no estaba dispuesto a participar en una coalición nacional, aunque todavía tenía esperanzas de que los liberales se incorporaran, y me invitó a integrar este gabinete de Guerra. Acepté su propuesta sin hacer comentarios, y partiendo de esta base mantuvimos una larga conversación sobre hombres y medidas.

Me sorprendió no saber nada de Chamberlain durante todo el dos de septiembre, que fue un día muy crítico. Me pareció probable que se estuvieran haciendo esfuerzos, en el último minuto, para mantener la paz, y después supe que así fue. Sin embargo, cuando se reunió el Parlamento por la noche se produjo un debate breve pero acalorado, en el que la declaración contemporizadora del primer ministro fue mal acogida por la Cámara. Cuando se levantó Greenwood para hablar en nombre de la oposición laborista, Amery le gritó desde los escaños de los conservadores: «Hable en nombre de Inglaterra», lo cual fue recibido con grandes aclamaciones. No cabía duda de que el espíritu de la Cámara era favorable a la guerra. Incluso me pareció más decidida y unida que cuando se produjo una escena similar, el tres de agosto de 1914, en la que también participé. Después me enteré de que se había enviado a Alemania un ultimátum británico a las 21.30 del uno de septiembre, seguido de un segundo ultimátum definitivo a las 9 de la mañana del tres de septiembre. A primera hora del mismo día se anunció que el primer ministro hablaría por radio a las 11.15.

En su comunicado, el primer ministro nos informó de que ya estábamos en guerra, y en cuanto acabó de hablar nos destrozó los tímpanos un ruido extraño, prolongado y lastimero que después llegaría a ser familiar. Mi mujer entró en la habitación, animada por la crisis, haciendo comentarios favorables sobre la prontitud y la precisión de los alemanes, y subimos a la terraza para ver lo que ocurría. A nuestro alrededor, por todos lados, bajo la luz fresca y despejada de septiembre, se alzaban los tejados y los pináculos de Londres por encima de los que ya subían lentamente treinta o cuarenta globos cilíndricos. Concedimos una buena puntuación al gobierno por esta señal evidente de preparación y, como estaba a punto de acabar el cuarto de hora de preaviso que suponíamos que cabía esperar, nos dirigimos al refugio que nos habían asignado, provistos de una botella de brandy y de otros consuelos médicos adecuados.

Nuestro refugio estaba situado a unos cien metros de casa y no era más que un sótano abierto, que ni siquiera estaba protegido por sacos terreros, en el que ya se habían reunido los habitantes de media docena de pisos. Todos se mostraban alegres y jocosos, como suelen encontrarse los ingleses cuando están a punto de enfrentarse a lo desconocido. Mirando desde la entrada a la calle vacía y a la habitación atestada que había abajo, tracé en mi imaginación imágenes de ruinas y matanzas, y de tremendas explosiones que sacudían el suelo, de edificios que se desmoronaban ruidosamente, entre el polvo y los escombros, de carros de bomberos y ambulancias correteando a través del humo, bajo el ruido de los aviones hostiles. ¿Acaso no nos habían explicado lo terribles que serían los ataques aéreos? Dándose importancia, naturalmente, el Ministerio de Aviación había exagerado considerablemente su poder. Los pacifistas habían aprovechado los temores del público, y los que hacía tanto tiempo que insistíamos en la necesidad de hacer preparativos y de mejorar la Fuerza Aérea, sin aceptar los pronósticos más espantosos, nos quedamos satisfechos al ver que servirían de acicate. Sabía que el gobierno tenía preparadas, en los primeros días de la guerra, más de doscientas cincuenta mil camas para atender a las víctimas de los ataques aéreos. Por lo menos aquí no había habido subestimaciones. Faltaba por ver lo que decían los hechos.

Al cabo de diez minutos volvió a sonar el lamento. Yo mismo no estaba seguro de que no fuera una reiteración de la advertencia anterior, pero pasó un hombre corriendo por la calle gritando que había pasado el peligro, de modo que nos dispersamos, cada uno a su casa y a ocuparse de sus asuntos. El mío era ir a la cámara de los Comunes, que se reunía como siempre a mediodía, con su procedimiento reposado y sus breves y majestuosas plegarias. Allí recibí una nota del primer ministro en la que me pedía que fuera a su despacho en cuanto acabase el debate. Sentado en mi escaño, escuchando los discursos, me invadió una gran sensación de calma después de las intensas pasiones y la excitación de los últimos días. Sentí una gran serenidad y fui consciente de una especie de elevado desprendimiento de cuestiones personales y humanas. La gloria de la vieja Inglaterra, a pesar de su pacifismo y de lo mal preparada que estaba, pero dispuesta a reaccionar en seguida y sin miedo ante la llamada del honor, me emocionó y pareció elevar nuestro destino a esferas situadas muy por encima de los hechos terrenales y las sensaciones físicas. Intenté transmitir parte de mi estado de ánimo a la Cámara durante mi discurso no sin aceptación.

Chamberlain me dijo que estaba en condiciones de ofrecerme el Almirantazgo, además de un puesto en el gabinete de Guerra. Me alegré mucho porque, aunque no, había dicho nada, naturalmente prefería una tarea específica a la exaltada ponderación del trabajo de los demás que puede tocarle a un ministro sin cartera, por influyente que sea. Es más fácil dar instrucciones que consejos, y más agradable tener

derecho a actuar, aunque fuera en una esfera limitada, que el privilegio de hablar en general. Si el primer ministro me hubiera dado a elegir en primera instancia entre el gabinete de Guerra y el Almirantazgo habría escogido sin duda éste. Ahora tendría los dos.

Nada se dijo acerca de cuándo recibiría el puesto formalmente de manos del rey y de hecho no hubo besamanos hasta el día cinco. Pero como las primeras horas de una guerra pueden ser decisivas para las flotas, envié una nota al Almirantazgo para avisar que me haría cargo en seguida y que estaría allí a las seis. El Consejo tuvo la amabilidad de avisar a la flota: «Winston ha vuelto». Así fue cómo regresé al despacho del que me había ido, con dolor y tristeza, exactamente un cuarto de siglo antes, cuando la dimisión de lord Fisher provocó mi destitución del cargo de Primer Lord y produjo daños irreparables, según se comprobó después, a la importante concepción de forzar los Dardanelos. Volví a sentarme en mi viejo sillón; a escasos metros a mis espaldas aún estaba el mapa del mar del Norte, enmarcado en madera, que hice colgar en 1911 y en el que cada día, a fin de centrar la atención en el objetivo supremo, hacía que la Agencia de Inteligencia Naval marcara los movimientos y la composición de la Flota alemana de Alta Mar. Desde 1911 había pasado más de un cuarto de siglo, pero seguía amenazándonos el peligro mortal en manos de la misma nación. Una vez más, la defensa de los derechos de un Estado débil, indignado e invadido por una agresión no provocada nos obligaba a empuñar la espada. Una vez más debíamos luchar por la vida y el honor contra todo el poder y la rabia de la valiente, disciplinada y despiadada raza alemana. ¡Otra vez! ¡Qué le vamos a hacer!

Entonces vino a verme el Primer Lord del Mar. Llegué a conocer ligeramente a Dudley Pound la primera vez que ocupé el cargo en el Almirantazgo, cuando él era uno de los oficiales del Estado Mayor que gozaba de la confianza de lord Fisher. Yo había condenado vivamente en el Parlamento las órdenes de la flota del Mediterráneo cuando él la comandaba, en el momento de producirse la invasión italiana a Albania. Entonces nos encontramos como colegas, de cuyas estrechas relaciones y acuerdos fundamentales dependería el buen funcionamiento de la vasta maquinaria del Almirantazgo. Nos estudiamos mutuamente de forma amistosa, aunque dubitativa. Pero desde los primeros días nuestra amistad y confianza mutua crecieron y maduraron. Evalué y respeté las grandes cualidades personales y profesionales del almirante Pound. A medida que nos fue golpeando la guerra, con todos sus cambios y peripecias, nos fuimos haciendo cada vez más camaradas y amigos, y cuando murió cuatro años después, en el momento de la victoria general sobre Italia, lamenté con dolor personal todo lo que habían perdido tanto la Armada como el país.

Como ya sabrá el lector yo conocía bastante bien el Almirantazgo y la Armada

británica. Los cuatro años comprendidos entre 1911 y 1915, cuando tuve la obligación de preparar la flota para la guerra y la misión de dirigir el Almirantazgo durante los primeros diez meses decisivos, fueron los más intensos de mi vida. Había reunido gran cantidad de información detallada y aprendí mucho sobre la flota y la guerra en el mar. En el intervalo estudié y escribí mucho sobre asuntos navales, de los que hablé en repetidas ocasiones en la cámara de los Comunes. Siempre mantuve un estrecho contacto con el Almirantazgo y, aunque fui su principal crítico durante esos años, tuve conocimiento de muchos de sus secretos. Mis cuatro años de trabajo en el Comité de Investigación de la Defensa Aérea me brindaron acceso a todos los avances más modernos sobre el radar, que entonces afectaba de forma decisiva el servicio naval. En junio de 1938 lord Chatfield, que entonces era el Primer Lord del Mar, me enseñó personalmente la Escuela Antisubmarina de Portland, y salimos al mar en destructores, en el transcurso de una maniobra de detección de submarinos mediante sonares. Mi amistad con el difunto almirante Henderson, al frente de la Armada hasta 1938, y las conversaciones que el entonces Primer Lord me animó a sostener con lord Chatfield sobre el diseño de los nuevos acorazados y cruceros, me proporcionaron una perspectiva general sobre la esfera de su nueva construcción. Evidentemente yo estaba familiarizado, a partir de los datos publicados, con la fuerza, la composición y la estructura de nuestra flota, tanto la de ese momento como la futura, y también con las de las Armadas alemana, italiana y japonesa.

Uno de los primeros pasos que di al hacerme cargo del Almirantazgo y convertirme en miembro del gabinete de Guerra fue establecer mi propio departamento de estadística, para lo cual conté con el profesor Lindemann, mi amigo y confidente de tantos años. Juntos nos habíamos formado nuestras propias opiniones y hecho nuestros cálculos sobre toda la situación. Entonces lo instalé en el Almirantazgo con media docena de estadísticos y economistas en quienes podíamos confiar, sabiendo que no prestarían atención a nada más que a los hechos. Este grupo de hombres capaces, que tenía acceso a toda la información oficial, fue capaz, bajo la dirección de Lindemann, de presentarme de forma permanente cuadros y diagramas que me fueron mostrando toda la guerra a medida que la íbamos conociendo. Ellos examinaron y analizaron con implacable pertinacia todos los papeles ministeriales que llegaban al gabinete de Guerra, además de encargarse de todas las averiguaciones que quise hacer por mi cuenta.

Por esas fechas el gobierno no disponía de ningún organismo general de estadísticas, sino que cada departamento presentaba su versión sobre sus propias cifras y datos. El Ministerio de Aviación contaba de una manera; la Oficina de Guerra, de otra. El Ministerio de Suministros y el Ministerio de Comercio, aunque querían decir lo mismo, hablaban distintos dialectos, lo que en ocasiones provocaba

malos entendidos y pérdidas de tiempo en el gabinete cuando llegaba la hora de la verdad sobre un punto u otro. Sin embargo, desde el principio yo disponía de mi propia fuente de información, constante y segura, cada una de cuyas partes estaba perfectamente integrada con todas las demás. Aunque al principio esto no abarcaba más que una parte del total, me resultó muy útil para formarme una opinión justa y completa de los innumerables datos y cifras que nos llegaban.

No se volvió a repetir la terrible situación naval de 1914, cuando entramos en guerra con una proporción de dieciséis a diez en grandes embarcaciones, y de dos a uno en cruceros. En aquellos días movilizamos ocho escuadras de batalla de ocho acorazados, con una escuadra de cruceros y una flotilla asignada a cada una de ellas, junto con importantes fuerzas de varios cruceros, y yo esperaba una acción general con una flota más débil, aunque de todos modos formidable. La Armada alemana acababa de iniciar su reconstrucción y no tenía fuerzas ni siquiera para formar una línea de batalla. A sus dos grandes acorazados, el *Bismarck* y el *Tirpitz*, que se supone que superaban el límite de tonelaje que les permitía el tratado, les faltaba por lo menos un año para estar acabados. Los cruceros ligeros de combate *Scharnhorst* y *Gneisenau*, cuyo tonelaje los alemanes incrementaron de forma fraudulenta, de diez a veintiséis mil toneladas, se acabaron en 1938. Aparte de ellos, Alemania disponía de los tres «acorazados de bolsillo» de diez mil toneladas, el *Admiral Graf Spee*, el *Admiral Scheer* y el *Deutschland*, además de dos cruceros rápidos de diez mil toneladas, con cañones de 203 milímetros, seis cruceros ligeros y sesenta destructores y embarcaciones más pequeñas. Por tanto, no planteaban ningún desafío, en cuanto a naves de superficie, para nuestro dominio de los mares. No cabía la menor duda de que la Armada británica era muy superior a la alemana en potencia y cantidad, y no había motivos para suponer que sus conocimientos, su formación o su habilidad fueran deficientes de alguna manera. Aparte de la escasez de cruceros y destructores, la flota se había mantenido con su alto nivel acostumbrado. Tenía que hacer frente a enormes e innumerables obligaciones, más que a un antagonista.

Italia no había declarado la guerra, y ya se notaba que Mussolini estaba esperando a ver qué pasaba. En esta incertidumbre y como medida de precaución hasta acabar todos nuestros preparativos, pensamos que lo mejor sería desviar nuestra flota para que diera la vuelta al cabo de Buena Esperanza. Sin embargo, nosotros ya teníamos a nuestro favor, aparte de nuestra propia preponderancia sobre Alemania e Italia juntas, la poderosa flota francesa que, gracias a la notable capacidad y la prolongada administración del almirante Darían, había alcanzado el nivel más alto de fuerza y eficiencia que jamás tuvo la Armada francesa desde los tiempos de la monarquía. Si Italia adoptaba una actitud hostil nuestro primer campo de batalla debía ser el Mediterráneo. Salvo que hubiera alguna conveniencia temporal, yo estaba totalmente en contra de todos los planes para abandonar el centro y limitarnos a cerrar los

extremos de este gran mar interior. Sólo nuestras fuerzas, incluso sin la ayuda de la Armada francesa y sus puertos fortificados, bastaban para expulsar del mar a las naves italianas y asegurarían el dominio naval absoluto del Mediterráneo en dos meses, y tal vez menos.

La opinión de los periódicos, con el *Times* a la cabeza, estaba a favor de un gabinete de Guerra formado por cinco o seis ministros como máximo, todos exentos de la responsabilidad de ocuparse de un ministerio. Decían que era la única forma de tener una visión amplia y concertada sobre la política bélica, fundamentalmente en sus aspectos más generales. En resumidas cuentas, lo ideal era disponer de «cinco hombres sin otra cosa que hacer aparte de dirigir la guerra». Sin embargo, a un planteamiento así se le pueden oponer numerosas objeciones prácticas. Un grupo de estadistas independientes, por elevada que sea su autoridad nominal, se encuentra en clara desventaja en el trato con los ministros que están al frente de los grandes departamentos implicados, sobre todo los de las Fuerzas Armadas. Los miembros del gabinete de Guerra no pueden ser responsables directos de los acontecimientos cotidianos. Pueden tomar decisiones trascendentales, pueden asesorar de antemano en términos generales o criticar con posterioridad, pero no pueden competir, por ejemplo, con un Primer Lord del Almirantazgo ni con un secretario de Estado de Guerra o de Aviación que, conociendo todos los detalles del asunto y con el apoyo de sus colegas profesionales, tiene la responsabilidad de la acción. Unidos, pueden resolverlo casi todo, pero por lo general hay opiniones diversas entre ellos. Los argumentos y las discusiones son interminables y mientras tanto el torrente de la guerra sigue su precipitado curso. Naturalmente los ministros del gabinete de Guerra no se atreverán a enfrentarse al ministro responsable, que dispone de todos los hechos y las cifras. Tienen reparos en aumentar la tensión de los que ya tienen el control ejecutivo. Por consiguiente, tienden a convertirse, cada vez más, en supervisores y comentaristas teóricos, leen una cantidad inmensa de material todos los días, pero dudan respecto a la manera de usar toda esa información sin causar más mal que bien. A menudo, lo único que pueden hacer es arbitrar o buscar una solución a las disputas interdepartamentales. Por tanto, es necesario que los ministros que están cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de los departamentos bélicos sean también miembros del órgano supremo. Habitualmente, algunos, al menos, de los «cinco grandes» se eligen por su influencia política más que por su conocimiento o su aptitud para las operaciones bélicas. De este modo, las cifras comienzan a aumentar más allá del limitado círculo original previsto. Desde luego, cuando el propio primer ministro se convierte en ministro de Defensa se logra una fuerte compresión. Personalmente, cuando estuve al frente, no me gustaba estar rodeado de ministros sin un cargo fijo; prefería tratar con jefes de organizaciones, en lugar de consejeros. Si

todo el mundo tiene que cumplir una tarea cotidiana y es responsable de una misión concreta, después no se dedica a buscar problemas porque sí ni a darse importancia.

El gabinete de Guerra original de Chamberlain se expandió casi en seguida, por la fuerza de las circunstancias, para incluir a lord Halifax, el ministro de Asuntos Exteriores; sir Samuel Hoare, Lord del Sello Privado; sir John Simón, ministro de Hacienda; lord Chatfield, ministro para la Coordinación de la Defensa, y lord Hankey, ministro sin cartera, a quienes se añadieron los ministros de las Fuerzas Armadas, uno de los cuales era yo, además de Hore Belisha, secretario de Estado de Guerra, y sir Kingsley Wood, secretario de Estado de Aviación. Asimismo, fue necesario que Edén, que se había reincorporado al gobierno como secretario de los Dominios, y sir John Anderson, ministro del Interior y ministro de la Seguridad Interior, a pesar de no pertenecer de hecho al gabinete de Guerra, estuvieran presentes en toda ocasión. De este modo, sumábamos once en total.

Excluyéndome, todos los demás ministros habían dirigido los asuntos del país durante buena parte de los últimos años o participaron en la situación a la que nos enfrentábamos tanto en la diplomacia como en la guerra. En cambio, yo hacía casi once años que no ocupaba ningún cargo público y, por tanto, no tenía ninguna responsabilidad por el pasado ni por ninguna falta de preparación que se notara entonces sino que, al contrario, hacía seis o siete años que profetizaba sin parar los males que, finalmente, en gran medida, se habían producido. De modo que provisto como estaba de la poderosa maquinaria de la Armada, a la que le correspondió, en esa fase, la responsabilidad exclusiva de combatir de verdad, no me sentí en absoluto en desventaja, lo cual, de haber ocurrido, se habría esfumado gracias a la amabilidad y la fidelidad del primer ministro y sus colegas. Conocía muy bien a todos estos hombres. La mayoría de nosotros estuvimos juntos, durante cinco años en el Consejo de Ministros de Baldwin y evidentemente nos mantuvimos en contacto permanente, amistoso o controvertido, durante las etapas sucesivas de la vida parlamentaria. No obstante, sir John Simón y yo representábamos una generación política de más edad. Yo había ocupado distintos puestos, de forma intermitente, en distintos gobiernos británicos durante quince años y él también, casi durante el mismo período, antes de que los demás ocuparan su primer cargo público. Yo estuve al frente del Almirantazgo o del Ministerio de Municiones durante las tensiones de la primera guerra mundial. Aunque el primer ministro tenía algunos años más que yo, yo era casi el único antediluviano, lo cual podría haber sido motivo de reproche en tiempos de crisis, cuando naturalmente se buscaba la fuerza de los hombres jóvenes y de las nuevas ideas. Por tanto, sentí que tendría que luchar al máximo para seguirle el ritmo a la generación que ocupaba el poder y a los nuevos jóvenes titanes que podían aparecer en cualquier momento. Para eso confiaba no sólo en el conocimiento sino también en todo el entusiasmo y la energía mental posibles.

A tal fin, recurrí a una forma de vida que me vi obligado a adoptar cuando estuve en el Almirantazgo en 1914 y 1915 y que, a mi juicio, alargaba considerablemente mi capacidad de trabajo diaria. Siempre me acostaba por lo menos una hora, lo más temprano posible, a primeras horas de la tarde, y aprovechaba al máximo mi afortunada capacidad para caer casi de inmediato en un profundo sueño. De este modo conseguía hacer en un día el trabajo de un día y medio. La naturaleza no dotó al hombre de la capacidad para trabajar desde las ocho de la mañana hasta medianoche sin el descanso que brinda la bendita inconsciencia que, por más que sólo dure veinte minutos, basta para renovar todas nuestras fuerzas vitales. Lamentaba tener que dormir la siesta, como si fuera un niño, pero lo compensaba porque era capaz de trabajar por la noche hasta las dos de la mañana, o a veces hasta más tarde, y comenzar la jornada siguiente entre las ocho y las nueve. Mantuve esta costumbre durante toda la guerra y se la recomiendo a los demás, si tienen necesidad, durante un período prolongado, de aprovechar al máximo la estructura humana. El Primer Lord del Mar, el almirante Pound, en cuanto se dio cuenta de mi técnica, la adoptó, sólo que en realidad él no se metía en la cama sino que dormitaba en su sillón, e incluso la llevaba al extremo de quedarse dormido a menudo durante las reuniones del gabinete. Pero bastaba una sola mención a la Armada para que se despertase y se pusiese en plena actividad. Nada escapaba a su atento oído ni a su lúcida mente.

Mientras tanto, en torno a la mesa del gabinete presenciábamos la rápida y casi mecánica destrucción de un Estado más débil, según el método y el antiguo plan de Hitler. Se abatieron sobre Polonia más de mil quinientos aviones modernos; cincuenta y seis divisiones, entre las que se incluían las nueve divisiones blindadas y motorizadas, componían los ejércitos invasores. En cifras y en equipamiento los polacos no podían competir con sus atacantes, aparte de que tampoco estaban bien organizados. Repartieron todas sus fuerzas a lo largo de las fronteras de su patria y no conservaron una reserva central. A pesar de adoptar una postura orgullosa y altiva frente a las ambiciones alemanas, temían que los acusaran de provocación si se movilizaban con tiempo para oponerse a las masas que se reunían a su alrededor. Tenían treinta divisiones que apenas representaban dos tercios de su ejército activo, dispuestas o casi a punto para responder al primer ataque, pero la velocidad de los acontecimientos y la violenta intervención de la Fuerza Aérea alemana impidieron que el resto alcanzara la primera línea hasta que todo quedó destrozado, y sólo participaron en los desastres finales. De modo que los polacos se enfrentaban al doble de hombres de los que tenían ellos en un largo perímetro sin nada que los respaldara. Pero no sólo eran inferiores en cifras, también los superaban ampliamente en artillería, y sólo contaban con una brigada blindada para hacer frente a las nueve

Panzer alemanas, como ya las llamaban. Su caballería, de la que tenían doce brigadas, cargó con valor contra los carros de combate y los vehículos blindados pero no pudieron hacerles mella con sus espadas y sus lanzas. Sus novecientos aviones de primera línea, de los que posiblemente la mitad eran modernos, fueron pillados por sorpresa y muchos quedaron destruidos antes de despegar siquiera. En dos días la fuerza aérea polaca quedó prácticamente aniquilada. Al cabo de una semana, los ejércitos alemanes calaron hondo en Polonia. En todas partes la resistencia fue valiente pero ineficaz, y después de quince días el Ejército polaco, que en teoría contaba con dos millones de hombres, dejó de ser una fuerza organizada.

Entonces les tocó el turno a los soviéticos. Entró en acción lo que ahora llaman «democracia». El diecisiete de septiembre los ejércitos rusos atravesaron la frontera oriental de Polonia, casi indefensa, y avanzaron hacia el oeste sobre un ancho frente. El dieciocho se reunieron con sus colaboradores alemanes en Brest-Litovsk donde, en la guerra anterior, los bolcheviques, violando sus acuerdos solemnes con los diados occidentales, firmaron una paz por separado con la Alemania del káiser y aceptaron sus duras condiciones. Esta vez, en Brest-Litovsk, los comunistas rusos sonrieron y estrecharon la mano de la Alemania hitleriana. La ruina de Polonia y su total subyugación continuaron a pasos acelerados. La resistencia de Varsovia, que surgió en gran medida de la fuerza de sus habitantes, fue espléndida y desesperada. Tras muchos días de violentos bombardeos, desde el aire y con artillería pesada, buena parte de la cual se transportó rápidamente por las grandes autopistas laterales desde el ocioso frente occidental, la radio de Varsovia dejó de emitir el himno nacional polaco, y Hitler entró en las ruinas de la ciudad. En un mes todo había acabado, y una nación de treinta y cinco millones de habitantes cayó en las despiadadas manos de los que no pretendían conquistar sino esclavizar y, de hecho, hacerlos desaparecer.

Acabábamos de ver una muestra perfecta de la *blitzkrieg* moderna; la íntima interacción en el campo de batalla del Ejército y la Fuerza Aérea; el violento bombardeo de todas las comunicaciones y de cualquier población que pareciera un blanco atractivo; la formación de una quinta columna activa; el amplio uso de espías y paracaidistas y, sobre todo, el impulso irresistible de grandes masas de unidades blindadas. Los polacos no fueron los últimos que tuvieron que soportar esta terrible experiencia.

Capítulo XVIII

LA MISIÓN DEL ALMIRANTAZGO

Todo el mundo se quedó boquiabierto cuando, después del tremendo ataque a Polonia y la declaración de guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña y Francia, lo único que se produjo fue una pausa prolongada y opresiva. En una carta personal publicada por su biógrafo, Chamberlain describe esta fase como la «guerra sombría»[29], y la expresión me parece tan justa y elocuente que la he utilizado como título para este período. Los ejércitos franceses no atacaron Alemania. Una vez finalizada su movilización, permanecieron agrupados, inmóviles, a lo largo de todo el frente. No se emprendió ninguna acción aérea contra Gran Bretaña, excepto de reconocimiento, y los alemanes tampoco realizaron ningún ataque aéreo a Francia. El gobierno francés nos pidió que nos abstuviéramos de lanzar un ataque aéreo sobre Alemania afirmando que provocaría represalias sobre sus fábricas bélicas, que no tenían protección. Nos conformamos con lanzar panfletos, llamando a los alemanes a aumentar su ética. Esta fase tan extraña de la guerra en tierra y en el aire dejó atónitos a todos. Francia y Gran Bretaña permanecieron impasibles, mientras en pocas semanas Polonia quedó destruida o sometida por toda la fuerza de la maquinaria bélica alemana. Hitler no tenía motivo de queja.

La guerra en el mar, por el contrario, comenzó desde el principio con toda intensidad y, por tanto, el Almirantazgo se convirtió en el centro activo de los acontecimientos. El tres de septiembre todos nuestros barcos navegaban por el mundo siguiendo su curso habitual. De pronto se lanzaron sobre ellos unos submarinos estratégicamente apostados de antemano, sobre todo en las vías de acceso desde el oeste. Esa misma noche, a las 21 horas, torpedearon y hundieron el buque de pasajeros *Athenia*, de 13.500 toneladas, que emprendía su viaje de ida, provocando la pérdida de ciento doce vidas, de los que veintiocho eran ciudadanos estadounidenses. El mundo se enteró de esta atrocidad pocas horas después. El gobierno alemán, para evitar malentendidos en Estados Unidos, lanzó de inmediato una declaración diciendo que yo personalmente había ordenado que se colocara una bomba a bordo de esta nave para que su destrucción perjudicara las relaciones entre Alemania y Estados Unidos. En algunos círculos poco amistosos dieron crédito a esta falsedad. Los días cinco y seis, fueron hundidos frente a las costas de España el *Bosnia*, el *Rojal Sceptre* y el *Río Claro*, todas ellas embarcaciones importantes.

Existían en el Almirantazgo planes completos para multiplicar nuestras naves antisubmarinos, y también estaba listo con todo detalle un programa de construcción de destructores, en tiempos de guerra, tanto grandes como pequeños, y de cruceros, con muchas embarcaciones auxiliares, que se puso en marcha automáticamente en

cuanto se declaró la guerra. El conflicto anterior demostró los excelentes méritos del convoy de modo que desde entonces lo adoptamos en el Atlántico septentrional. Antes de que acabara el mes ya funcionaban convoyes oceánicos regulares, que partían del Támesis y de Liverpool y regresaban desde Halifax, Gibraltar y Freetown. Sobre toda esta necesidad vital de alimentar a la isla y desarrollar nuestro potencial para combatir en la guerra, cayó de pronto la abrumadora pérdida de los puertos del sur de Irlanda, que impuso una grave restricción al radio de acción de nuestros escasos destructores.

Después de la creación del sistema de convoyes, la siguiente necesidad naval vital era encontrar una base segura para la flota. En una guerra contra Alemania, Scapa Flow es realmente el punto estratégico desde el cual la Armada británica puede controlar las salidas del mar del Norte e imponer un bloqueo, y sentí que tenía la obligación de visitar Scapa lo antes posible. De modo que conseguí la autorización para faltar a nuestras reuniones diarias del gabinete y la noche del catorce de septiembre partí hacia Wick con un reducido grupo de personas. Dediqué la mayor parte de los dos días siguientes a inspeccionar el puerto y las entradas, con sus barreras flotantes y sus redes. Me aseguraron que seguían siendo tan buenas como en la guerra anterior, y que se estaban haciendo, o estaban a punto de hacerse, importantes añadidos y mejoras. Estuve con sir Charles Forbes, el comandante en jefe, en su buque insignia, el *Nelson*, y hablamos no sólo de Scapa sino de todo el problema naval con él y con sus principales oficiales. El resto de la flota estaba escondida en Loch Ewe, y el día diecisiete el almirante me llevó allí a bordo del *Nelson*. La estrecha entrada al lago estaba cerrada por varias líneas de redes indicadoras y había numerosas naves de patrulla, provistas de sonares y cargas de profundidad, además de naves centinela que iban de un lado a otro. A nuestro alrededor se alzaban las colinas púrpuras de Escocia en todo su esplendor. Mis pensamientos retrocedieron un cuarto de siglo hasta aquel otro septiembre cuando me entrevisté por última vez con sir John Jellicoe y sus capitanes en esa misma bahía, y los encontré con sus largas hileras de acorazados y cruceros fondeados, presa de las mismas incertidumbres que nos afligían en ese momento. La mayoría de los capitanes y los almirantes de aquella época habían muerto o hacía mucho que habían pasado a la reserva. Los oficiales responsables de alto rango que me presentaron cuando visité los distintos barcos eran jóvenes tenientes, o incluso guardiamarinas, en aquellos lejanos días. Antes de la guerra anterior dispuse de tres días de preparativos para conocer y aprobar el nombramiento de la mayoría del personal de alto rango, pero ahora todas eran figuras nuevas y caras desconocidas. La perfecta disciplina, el estilo y el porte, la rutina ceremonial, nada había cambiado de todo esto. Pero una generación totalmente diferente ocupaba los uniformes y los cargos. Sólo la mayoría

de los barcos eran de la época de mi cargo; no había ninguno nuevo. Fue una experiencia extraña, como volver de pronto a una encarnación anterior. Me pareció que yo era lo único que sobrevivía en el mismo lugar que ocupé hacía tanto tiempo. Pero no: los peligros también eran los mismos. El peligro bajo la superficie, más grave porque los submarinos eran más potentes; el peligro desde el aire, no sólo de que descubrieran dónde estabas escondido sino de un ataque fuerte y tal vez destructivo.

Nadie había seguido dos veces el mismo curso terrible con tanta separación entre ellas. Nadie había sentido sus peligros y responsabilidades desde lo más alto como yo o, para entrar en detalles, nadie sabía cómo tratar a un Primer Lord del Almirantazgo cuando hunden sus grandes naves y las cosas no van bien. Si de hecho estábamos repitiendo el mismo ciclo otra vez, ¿volvería a tener que soportar el dolor de la destitución? Fisher, Wilson, Battenburg, Jellicoe, Beatty, Pakenham, Sturdee: ¡no quedaba nadie!

Me siento como aquel
que recorre solo
un gran salón desierto,
que tiene las luces apagadas,
las guirnaldas marchitas,
y donde no queda nadie más que él.

¿Y qué hay del tremendo e inconmensurable trance en el que nos veíamos envueltos otra vez, irremediablemente? Polonia agonizaba; Francia no era más que un pálido reflejo de su antiguo ardor guerrero; el coloso ruso ya no era un aliado, ni siquiera neutral, hasta era posible que se hubiese convertido en enemigo. Italia había dejado de ser amiga. Japón ya no era aliado. ¿Volvería a intervenir Estados Unidos? El imperio británico permaneció intacto y gloriosamente unido, pero no estaba bien preparado ni dispuesto. Seguíamos teniendo el dominio del mar, pero lamentablemente nos superaban en número en esta nueva arma mortal que era el aire. En cierto modo, se esfumaba la luz del paisaje.

Subimos al tren en Inverness y viajamos toda la tarde y toda la noche hacia Londres. Cuando llegamos a Euston a la mañana siguiente me sorprendió ver en el andén al Primer Lord del Mar. El almirante Pound me miró con seriedad. «Tengo malas noticias, Primer Lord. Anoche hundieron el *Courageous* en el canal de Bristol». El *Courageous* era uno de nuestros portaaviones más viejos, pero era muy necesario en ese momento. Le di las gracias por venir a darme la noticia él mismo, y le dije: «No podemos emprender una guerra como ésta sin que ocurran cosas así de vez en cuando. Ya lo he visto muchas veces». Me di un baño y comencé otra jornada de trabajo.

A finales de septiembre teníamos pocos motivos para estar disconformes con los resultados del primer impacto de la guerra en el mar. Sentía que, efectivamente, me había hecho cargo del gran departamento que conocía tan bien y que tanto amaba. Ya sabía lo que tenía entre manos y lo que se avecinaba. Sabía dónde estaba todo. Ya había visitado los principales puertos navales y había conocido a todos los comandantes en jefe. Según los títulos de privilegio que dieron origen a la Junta, el Primer Lord es «responsable ante la Corona y el Parlamento de toda la gestión del Almirantazgo», y yo sin duda sentía que estaba preparado para cumplir esa obligación no sólo formalmente sino también de hecho.

Ya habíamos pasado la inmensa, delicada y arriesgada transición de la paz a la guerra. Tuvimos que pagar un coste, las primeras semanas, por un comercio mundial que se vio atacado de improviso, en contra del acuerdo formal internacional, por submarinos que actuaban de forma indiscriminada; pero ya estaba en pleno funcionamiento el sistema de convoyes, y nuestros barcos mercantes zarpaban todos los días de nuestros puertos con un cañón y un núcleo de artilleros bien preparados. Los barcos pesqueros equipados con sonares y otras naves pequeñas provistas de cargas de profundidad, bien preparadas por el Almirantazgo antes de que estallara la guerra, comenzaban a entrar en servicio con rapidez. Todos estábamos seguros de que el primer ataque de los submarinos alemanes al comercio británico se había frenado y que la amenaza estaba cada vez más controlada. Era evidente que los alemanes fabricarían submarinos a centenares, y sin duda había muchos en las gradas de los astilleros en distintas fases de su construcción. En doce meses, y con seguridad dentro de dieciocho, debíamos esperar el comienzo de la gran guerra de submarinos. Pero para entonces esperábamos que nuestras nuevas flotillas y nuestras naves antisubmarinos, que eran nuestra primera prioridad, estuvieran listas para enfrentarlos con un predominio proporcionado y eficaz.

Mientras tanto, procedía sin complicaciones el transporte del Cuerpo Expedicionario a Francia, y el bloqueo de Alemania se aplicaba mediante métodos similares a los de la guerra anterior. En el extranjero, nuestros cruceros daban caza a las naves alemanas y, al mismo tiempo, proporcionaban cobertura a nuestros barcos contra los ataques de las lanchas de asalto. La navegación alemana se había paralizado y 325 barcos alemanes, que totalizaban casi 750.000 toneladas, estaban inmovilizados en puertos extranjeros. Nuestros aliados también hicieron su aportación. Los franceses tuvieron una participación importante en el control del Mediterráneo. En aguas nacionales y en el golfo de Vizcaya colaboraron en la batalla contra los submarinos alemanes, y en el Atlántico central una fuerza poderosa que tenía su base en Dakar formaba parte de los planes de los aliados contra los buques corsarios de superficie.

Ese mismo mes recibí con satisfacción una carta personal del presidente Roosevelt, a quien había visto una sola vez durante la guerra anterior en una cena en la Gray's Inn. Me sorprendió su magnífica presencia, con toda su juventud y su fuerza. No tuvimos oportunidad nada más que de intercambiar saludos. «Como usted y yo —me escribió el día once— ocupamos puestos similares en la guerra mundial, quiero que sepa lo contento que estoy de que haya vuelto al Almirantazgo. Comprendo que sus problemas se compliquen por factores nuevos, pero lo esencial no es muy diferente. Lo que quiero que sepan tanto usted como el primer ministro es que si quieren mantenerse en contacto personal conmigo todo lo que quieran hacerme saber será bien recibido. Siempre pueden enviarme sobres sellados, tanto por su valija diplomática como por la mía».

Le respondí en seguida, utilizando la firma «un marino», y así comenzó la larga y memorable correspondencia que abarcó casi mil comunicaciones de cada parte y que duró hasta su muerte, más de cinco años después.

En octubre, de pronto ocurrió algo que conmovió al Almirantazgo en un punto muy delicado.

El informe de que había un submarino alemán *dentro de Scapa Flow* hizo salir al mar a la gran flota la noche del diecisiete de octubre de 1914. La alarma fue prematura entonces, pero se cumplió exactamente un cuarto de siglo después, con pocos días de diferencia. A la 1.30 de la noche del catorce de octubre de 1939 un submarino alemán desafió las mareas y las corrientes, atravesó nuestras defensas y hundió el acorazado *Royal Oak* en su fondeadero. Al principio, tras una salva de torpedos, sólo uno le dio en la proa, provocando una explosión apagada. Tan increíble les pareció que les diera un torpedo, tanto al almirante como al capitán que estaban a bordo, seguros como estaban en Scapa Flow, que atribuyeron la explosión a alguna causa interna. Transcurrieron veinte minutos antes de que el submarino alemán, pues de eso se trataba, recargara los tubos y disparara una segunda salva. Entonces lo alcanzaron tres o cuatro torpedos en rápida sucesión, que desgarraron el fondo del barco; en diez minutos la nave se dio la vuelta y se hundió. Aunque la mayoría de los hombres estaban en sus puestos de combate, el barco se volcó tan rápidamente que a los que estaban bajo cubierta les resultó casi imposible escapar.

Este episodio, que se debe considerar una proeza por parte del comandante del submarino alemán, el capitán Prien, sacudió a la opinión pública. Podría haber resultado políticamente nefasto para cualquier ministro que hubiese sido responsable de los preparativos prebélicos, pero como yo acababa de llegar estos reproches no me afectaron durante los primeros meses, aparte de que la oposición no trató de sacar provecho de la desgracia. Prometí que se haría una rigurosa investigación. El hecho demostró lo necesario que era perfeccionar las defensas de Scapa contra todo tipo de

ataque antes de permitir su uso. Transcurrieron casi seis meses antes de que pudiéramos disfrutar de sus enormes ventajas.

Ahora amenazaba nuestra vida un peligro nuevo y formidable. Durante los meses de septiembre y octubre se hundieron casi una docena de buques mercantes a la entrada de nuestros puertos, a pesar de que éstos se habían rastreado adecuadamente en busca de minas. El Almirantazgo sospechó en seguida que se había utilizado una mina magnética. No era ninguna novedad; incluso habíamos comenzado a usarla en pequeña escala al final de la guerra anterior, pero todavía no habíamos caído en la cuenta del terrible daño que podían causar las grandes minas de fondo colocadas a considerable profundidad por naves o aviones. Sin un ejemplar de la mina era imposible encontrar una solución. Las pérdidas provocadas por las minas, fundamentalmente aliadas y neutrales, en septiembre y octubre, ascendieron a 56.000 toneladas, y en noviembre Hitler se atrevió a mencionar vagamente su nueva «arma secreta» imposible de contrarrestar. Una noche vino a verme a Chartwell el almirante Pound, muy preocupado: se habían hundido seis barcos a la entrada del Támesis. Todos los días entraban y salían cientos de barcos de los puertos británicos y nuestra supervivencia dependía de este movimiento. Es posible que los expertos de Hitler le hubieran dicho que esta forma de ataque significaría nuestra ruina. Afortunadamente comenzó a pequeña escala, y con unas reservas y una capacidad de fabricación limitadas.

Pero la fortuna también nos sonrió de forma más directa. El veintidós de noviembre, entre las nueve y las diez de la noche, vieron cerca de Shoeburyness un avión alemán que dejaba caer al mar un objeto grande amarrado a un paracaídas. Por allí la costa está rodeada de extensas zonas de lodo que descubre la marea, de modo que en seguida se dedujo que, fuera lo que fuese el objeto, se podría ver y recuperar cuando bajara la marea: era nuestra gran oportunidad. Ese mismo día, antes de la medianoche, convocamos al Almirantazgo a dos oficiales altamente cualificados, los capitanes de corbeta Ouvry y Lewis, del *Vernon*, el establecimiento naval donde desarrollaban las armas submarinas. El Primer Lord del Mar y yo nos reunimos con ellos y nos explicaron sus planes. A la 1.30 de la noche se dirigían en coche hacia Southend para emprender la arriesgada tarea de su recuperación. Antes de que se hiciera de día, el veintitrés, en la más completa oscuridad y con la única ayuda je una lámpara de señales, hallaron la mina a unos quinientos metros por debajo de la marca de pleamar pero, como la marea ya estaba subiendo, lo único que pudieron hacer fue inspeccionarla y hacer los preparativos para cumplir su misión después de la siguiente pleamar.

Esta operación tan crítica comenzó a primeras horas de la tarde; para entonces ya habían descubierto otra mina, hundida también en el barro, cerca de la primera. Ouvry y el contramaestre mayor Baldwin abordaron la primera, mientras sus colegas,

Lewis y el marinero de primera Vearncombe, esperaban a distancia prudencial, por si se producía un accidente. Después de cada operación prevista, Ouvry le haría una señal a Lewis, de modo que lo que averiguaran se pudiera aprovechar cuando hubiera que desmontar la segunda mina. Al final hizo falta el esfuerzo combinado de los cuatro para la primera, y su habilidad y su dedicación se vieron ampliamente recompensados. Esa noche, parte del equipo se presentó en el Almirantazgo para informar de que la mina se había recuperado intacta y que iba de camino a Portsmouth, donde la someterían a un examen detallado. Los recibí con entusiasmo. Reuní a unos ochenta o cien oficiales y funcionarios en la sala más grande que teníamos, y un público complacido escuchó la narración, profundamente conscientes de todo lo que había en juego.

Entonces se aplicaron todo el poder y la ciencia de la Marina y las pruebas y los experimentos no tardaron en ofrecer resultados. Trabajamos con todas las hipótesis al mismo tiempo: primero diseñamos un recurso activo para atacar la mina mediante nuevos métodos de rastreo y detonación provocada y, en segundo lugar, métodos pasivos para proteger todas las embarcaciones de las minas que pudiese haber en canales no rastreados o mal rastreados. Para este fin se inventó un sistema muy eficaz de desmagnetización que consistía en instalar un cable eléctrico alrededor de los barcos. Este sistema de desimantación o desmagnetización se aplicó de inmediato a todo tipo de embarcaciones. De cualquier manera, seguía habiendo muchas bajas. Al nuevo crucero *Belfast* lo minaron en el estuario del Forth el veintiuno de noviembre, y el cuatro de diciembre minaron al acorazado *Nelson* al entrar en el lago Ewe. Aun así, ambos consiguieron llegar a un puerto donde había un astillero. Es curioso que el servicio secreto alemán no pudiera traspasar las medidas de segundad con que ocultamos la avería del *Nelson* hasta que la nave estuvo reparada y volvió a prestar servicio, a pesar de que, desde el primer momento, miles de personas en Inglaterra tuvieron conocimiento de los hechos.

La experiencia pronto nos proporcionó otros métodos de desmagnetización nuevos y más sencillos. Las consecuencias de su éxito para la moral fueron impresionantes; sin embargo, para derrotar los esfuerzos del enemigo, en lo que más nos apoyamos fue en el trabajo fiel, valiente y persistente de los dragaminas y en la paciente habilidad de los expertos técnicos que inventaban y fabricaban los equipos que usaban aquéllos. A partir de este momento, y a pesar de que hubo muchos períodos de gran preocupación, la amenaza de las minas estuvo siempre controlada hasta que, finalmente, el peligro comenzó a desaparecer.

Está bien reflexionar sobre este aspecto de la guerra naval. Dadas las circunstancias, un porcentaje importante de todo nuestro esfuerzo bélico se tuvo que dedicar a luchar contra las minas. Se desviaron de otras tareas gran cantidad de material y de recursos económicos, y muchos miles de hombres arriesgaron la vida

noche y día en los dragaminas. La cifra máxima se alcanzó en junio de 1944, cuando se utilizaron casi sesenta mil para ese fin. Nada pudo apagar el entusiasmo de la marina mercante, que fue en aumento con las complicaciones mortales del ataque de las minas y nuestras medidas efectivas para contrarrestarlo. Sus esfuerzos y su infatigable valor fueron nuestra salvación. En el ámbito más amplio de las operaciones navales todavía no se había producido ningún desafío definitivo a nuestras posiciones. Pero ya se produciría, y voy a concluir mi versión de la guerra en el mar en el año 1939 con una descripción de dos conflictos navales importantes con buques corsarios alemanes.

Evidentemente, nuestra larga y endeble línea de bloqueo, al norte de las Oreadas, compuesta en su mayor parte por cruceros mercantes armados con buques de guerra de apoyo de vez en cuando, siempre tenía probabilidades de sufrir un ataque repentino por parte de las principales naves alemanas, y sobre todo de sus dos cruceros de combate rápidos y más poderosos: el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*. No podíamos evitar un golpe así, pero teníamos la esperanza de obligar a los intrusos a emprender una acción decisiva.

A últimas horas de la tarde del veintitrés de noviembre el crucero mercante armado *Rawalpindi*, que patrullaba entre Islandia y las islas Feroe, avistó un buque de guerra enemigo que se le acercaba rápidamente. Le pareció que se trataba del acorazado de bolsillo *Deutschland y* así lo informó. Seguramente, el oficial al mando, el capitán Kennedy, no se hizo ninguna ilusión sobre el resultado de un encuentro semejante: su embarcación no era más que un buque de pasajeros reconvertido con una capacidad artillera de cuatro viejos cañones de 152 milímetros, mientras que su presunto antagonista estaba provisto de seis cañones de 280 milímetros, aparte de un poderoso armamento secundario. Sin embargo, aceptó el desafío decidido a luchar hasta el final. El enemigo abrió fuego a diez kilómetros de distancia y el *Rawalpindi* respondió. Aunque un combate tan desigual no podía durar mucho tiempo, continuó hasta que el *Rawalpindi*, con todos sus cañones inutilizados, quedó reducido a unos restos humeantes; se hundió poco después del anochecer, con la pérdida de su capitán y los doscientos setenta miembros de su valiente tripulación.

Pero en realidad no se trataba del *Deutschland* sino de los dos cruceros de combate *Scharnhorst* y *Gneisenau*, que habían zarpado de Alemania dos días antes para atacar nuestros convoyes en el Atlántico pero, tras tropezar con el *Rawalpindi* y hundirlo, temiendo las consecuencias que pudiera tener el hecho de haber sido avistados, abandonaron el resto de su misión y regresaron a Alemania de inmediato. Por consiguiente, la heroica lucha del *Rawalpindi* no fue en vano. El crucero *Newcastle*, que se encontraba patrullando cerca, vio los cañonazos y respondió en seguida a la primera llamada del *Rawalpindi*; cuando llegó al lugar con el crucero

Delhi encontraron el barco humeante todavía a flote. Persiguió al enemigo y a las 18.15 avistó dos naves al anochecer y bajo una lluvia intensa. Reconoció una de ellas como un crucero de combate, pero perdió contacto en la oscuridad y los enemigos lograron escapar.

Todas las partes involucradas tenían la esperanza de un enfrentamiento con estos dos barcos alemanes vitales, y el comandante en jefe se hizo a la mar de inmediato con toda su flota. El día veinticinco había catorce cruceros británicos peinando el mar del Norte, con la colaboración de destructores y submarinos y con la Marina de guerra como apoyo. Pero la suerte nos fue adversa y no encontramos nada, ni siquiera ningún indicio de movimientos del enemigo por el oeste. A pesar de las malas condiciones climatológicas, la ardua búsqueda duró siete días; al final supimos que el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* habían regresado al Báltico sanos y salvos. Ahora sabemos que atravesaron la línea de nuestros cruceros que patrullaban cerca de las costas noruegas, la mañana del veintiséis de noviembre, pero como había mucha niebla ni los vimos ni nos vieron. Con los radares modernos se hubiera establecido contacto, pero en esa época no disponíamos de ellos. La opinión pública fue desfavorable al Almirantazgo. No podíamos convencer al mundo ajeno de la densidad del mar ni de los tremendos esfuerzos que hacíamos en tantos ámbitos. Después de más de dos meses de guerra y de varias pérdidas graves, no teníamos nada que enseñar del otro lado. Y tampoco estábamos en condiciones aún de responder a la pregunta: «¿Qué hace la Marina?».

El ataque de los buques corsarios a nuestro comercio oceánico habría sido mucho peor de haber sido sostenido. Los tres acorazados de bolsillo alemanes autorizados por el tratado de Versalles habían sido diseñados expresamente para destruir el tráfico comercial. Sus seis cañones de 280 milímetros, su velocidad de veintiséis nudos y el blindaje que llevaban habían sido comprimidos con magistral habilidad dentro de los límites de las diez mil toneladas de desplazamiento. Ni un solo crucero británico estaba a su altura. Los cruceros alemanes con cañones de 203 milímetros eran más modernos que los nuestros, y si se utilizaban contra los buques mercantes también serían un enorme peligro. Aparte de esto, el enemigo podía usar falsos barcos mercantes fuertemente armados. Conservábamos vívidos recuerdos de las depredaciones ocasionadas por el *Emden* y el *Kónigsberg* en 1914, y de los treinta o más buques de guerra y buques mercantes armados que nos vimos obligados a combinar para destruirlos.

Circulaban rumores e informes antes del comienzo de la nueva guerra de que uno o más acorazados de bolsillo ya habían zarpado de Alemania. Nuestra flota los rastreó infructuosamente. Ahora sabemos que tanto el *Deutschland* como el *Graf Spee* salieron de Alemania entre el veintiuno y el veinticuatro de agosto, que ya

habían atravesado la zona de peligro y que estaban libres en los mares antes de que organizáramos nuestro bloqueo y las patrullas en el norte. El tres de septiembre, el *Deutschland*, después de atravesar el estrecho de Dinamarca, merodeaba cerca de Groenlandia. El *Graf Spee* cruzó sin ser visto la ruta comercial del Atlántico septentrional y ya se encontraba mucho más al sur de las Azores. Cada uno de ellos iba acompañado por una nave auxiliar que los reabastecía de combustible y provisiones. Al principio, los dos permanecieron inactivos y perdidos en el océano. A menos que atacaran no cobraban ninguna presa, pero mientras no atacaran no corrían peligro.

El treinta de septiembre el *Clement*, un buque británico de pasajeros de cínico mil toneladas que navegaba por su cuenta, fue hundido por el *Graf Spee* frente a Pernambuco. La noticia exaltó al Almirantazgo: era la señal que estábamos esperando. De inmediato se formaron varios grupos de caza, que incluían a todos los portaaviones disponibles apoyados por acorazados, cruceros de combate y cruceros. Se calculaba que cada grupo de dos o más barcos era capaz de capturar y destruir un acorazado de bolsillo.

En total, durante los meses siguientes, la búsqueda de dos buques corsarios supuso la formación de nueve grupos de caza, constituidos por veintitrés poderosas naves. Operando desde bases muy dispersas, en el océano Atlántico y en el Indico, estos grupos podían abarcar las principales zonas que recorrían nuestros barcos. Para atacar nuestro tráfico comercial el enemigo tenía que ponerse al alcance de uno de ellos, como mínimo.

El *Deutschland*, que supuestamente tenía que hostigar nuestra línea vital en el Atlántico noroccidental, interpretó sus órdenes con comprensible cautela. Durante los dos meses y medio de navegación en ningún momento se acercó a un convoy. Pero tanto se esforzó por evitar a las fuerzas británicas que sólo consiguió dos presas, una de las cuales fue una pequeña embarcación noruega. A principios de noviembre regresó sigilosamente a Alemania, atravesando otra vez las aguas del Ártico. Sin embargo, la mera presencia de este poderoso barco en nuestra principal ruta comercial cumplió el objetivo que se pretendía: crear una fuerte tensión en nuestros grupos de escolta y de caza en el Atlántico septentrional. De hecho, habríamos preferido que actuara en lugar de la vaga amenaza que representaba.

El *Graf Spee* fue más osado e imaginativo y pronto se convirtió en el centro de atención en el Atlántico meridional. Por lo general, realizaba una breve aparición en algún punto, se cobraba una víctima y volvía a desaparecer en las inmensidades inexploradas del océano. Tras una segunda aparición más al sur, siguiendo la ruta de El Cabo, en la que hundió un solo barco, no se volvió a tener señales suyas durante casi un mes durante el que nuestros grupos de caza lo buscaron por todas partes y se impuso una vigilancia especial en el océano índico que, de hecho, era su destino; el

quince de noviembre hundió un pequeño buque tanque británico en el canal de Mozambique, entre Madagascar y el continente africano. Después de registrar su aparición como un amago en el océano índico para atraer la búsqueda en esa dirección, su capitán, Langsdorff, un hombre cabal, volvió en seguida sobre sus pasos y, manteniéndose bien al sur de El Cabo, regresó al Atlántico. Aunque habíamos previsto que podía hacer algo así, la rapidez de su retirada frustró nuestros planes para interceptarlo. El Almirantazgo no tenía nada claro si había uno o dos buques piratas merodeando, y los esfuerzos se dirigieron tanto hacia el índico como hacia el Atlántico. También creíamos que el *Spee* era su buque gemelo, el *Scheer*. La desproporción entre la fuerza del enemigo y las medidas que nos veíamos obligados a adoptar para contrarrestarla era muy fastidiosa. Me recordaba la inquietud de las semanas que precedieron a la acción en Coronel y, posteriormente, en las islas Malvinas en diciembre de 1914, cuando teníamos que estar preparados en siete u ocho puntos diferentes, en el Pacífico y en el Atlántico septentrional, para la llegada del almirante Von Spee con la primera versión del *Scharnhorst* y el *Gneisenau*. Aunque había transcurrido un cuarto de siglo, el enigma seguía siendo el mismo. Sin duda nos produjo una sensación de alivio saber que el *Spee* había vuelto a aparecer en la ruta de El Cabo a Freetown, hundiendo al *Doric Star* y a otro barco el dos de diciembre, y otro más el día siete.

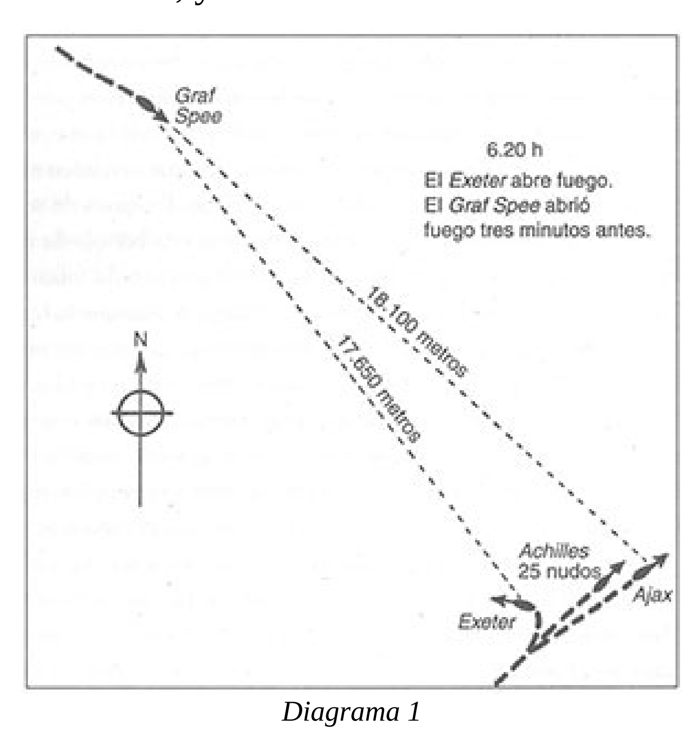


Diagrama 1

Desde el comienzo de la guerra, la principal preocupación y obligación del comodoro Harwood había sido encargarse de las embarcaciones británicas que pasaban por el Río de la Plata y por Río de Janeiro. Estaba convencido de que, en un momento u otro, el *Spee* se dirigiría hacia el Plata, donde tenía a su alcance las piezas más codiciadas. Había calculado cuidadosamente las tácticas que utilizaría en un enfrentamiento. De forma conjunta, sus cruceros con cañones de 203 milímetros, el *Cumberland* y el *Exeter*, y sus cruceros con cañones de 152 milímetros, el *Ajax* y el *Achules* (este último era una embarcación neozelandesa, tripulada fundamentalmente por neozelandeses), no sólo eran capaces de capturar sino también de destruir. No obstante, por las necesidades de combustible y de reparación, era poco probable que los cuatro estuvieran presentes al mismo tiempo, en cuyo caso la cuestión dejaba de ser tan segura. Cuando se enteró de que hundieron

el *Doric Star* el dos de diciembre, Harwood hizo la suposición correcta. A pesar de que se encontraba a unos cinco mil kilómetros, supuso que el *Spee* se dirigiría al Río de la Plata. Calculó que, con suerte y habilidad, podría llegar el día trece y ordenó que todas las fuerzas disponibles se concentraran allí el doce de diciembre. Pero, ¡ay!, al *Cumberland* lo estaban reparando en las Malvinas. De todos modos, la mañana del día trece, el *Exeter*, el *Ajax* y el *Achilles* estaban juntos en el centro de las rutas de transporte frente a la desembocadura del río y, ¡cómo no!, a las 6.14 de la mañana avistaron humo hacia el este. Había llegado el momento del tan esperado enfrentamiento.

Harwood, a bordo del *Ajax*, disponiendo las fuerzas de manera de atacar al acorazado de bolsillo desde ángulos muy diferentes y confundir así su trayectoria de tiro, avanzaba a la máxima velocidad con su pequeña escuadra. El capitán Langsdorff pensó, a primera vista, que sólo tenía que enfrentarse con un crucero ligero y dos destructores y también avanzó a toda marcha, pero al cabo de unos momentos se dio cuenta de la calidad de sus adversarios y supo que estaba a punto de librarse una batalla mortal. Las dos fuerzas se acercaban a casi 25 nudos por hora. Langsdorff sólo dispuso de un minuto para tomar una decisión. Lo correcto hubiese sido alejarse de inmediato para mantener a sus atacantes lo más dentro posible del radio de acción superior de sus cañones de 280 milímetros, a los que los británicos no habrían podido responder en principio. De este modo habría conseguido para disparar tranquilo la diferencia entre sumar las velocidades y restarlas, y así habría podido inutiliza a alguno de sus enemigos antes de que cualquiera de ellos lo atacase. Pero en cambio decidió mantener el rumbo y se dirigió contra el *Exeter*, con lo que la acción comenzó casi de forma simultánea por ambos bandos.

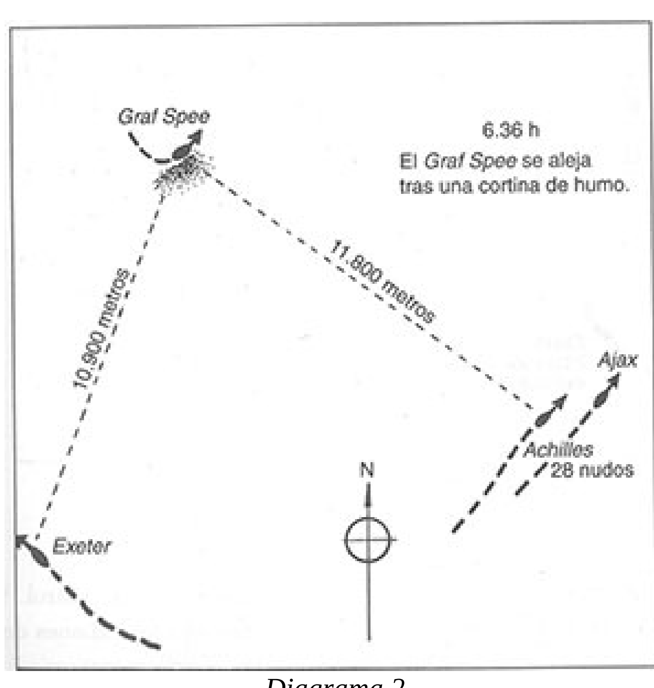


Diagrama 2

La táctica del comodoro Harwood demostró ser ventajosa. Las salvas de los cañones de 203 milímetros del *Exeter* alcanzaron al *Spee* desde el principio del combate. Mientras tanto, los cruceros de 152 milímetros también atacaron con fuerza y eficacia. Poco después, el *Exeter* recibió un impacto que, aparte de arrancarle la torreta B, destruyó todas las comunicaciones del puente, mató o hirió a casi todos los que estaban en él y dejó el barco transitoriamente fuera de control. Sin embargo, a estas alturas, el enemigo ya no podía pasar por alto los cañones de 152 milímetros de

los cruceros, y el *Spee* dirigió hacia ellos su armamento principal, dando un respiro al *Exeter* en un momento crucial. Al acorazado alemán, atacado desde tres flancos, el ataque británico le pareció demasiado intenso y poco después se alejó tras una cortina de humo, aparentemente con la intención de dirigirse al Río de la Plata. A Langsdorff le hubiera convenido haberlo hecho antes.

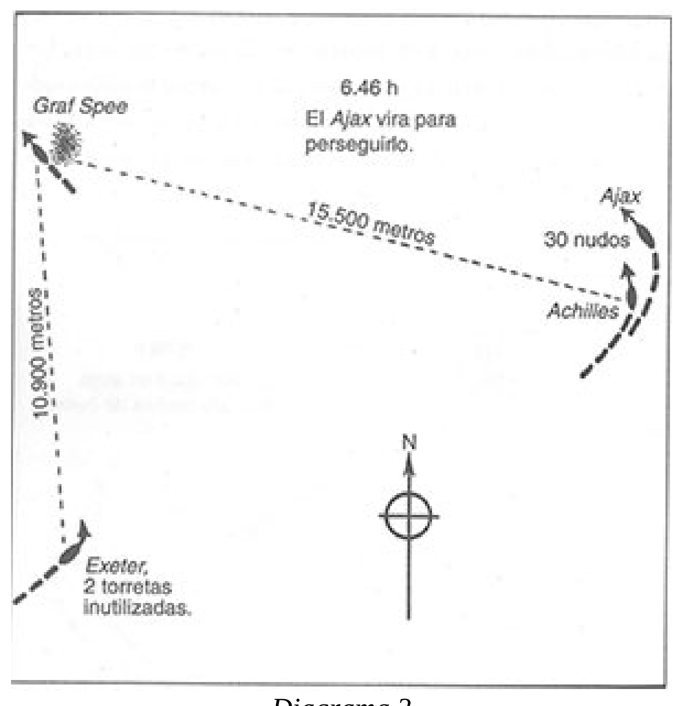


Diagrama 3

Después de virar, el *Spee* volvió a atacar al *Exeter*, muy afectado por los proyectiles de 280 milímetros. Tenía todos los cañones de proa fuera de servicio, había un incendio en la parte central del barco y estaba muy escorado. El capitán Bell, que salió ileso de la explosión del puente, reunió a dos o tres oficiales en el puesto de control de popa y logró mantener la nave en marcha con la única torreta que le que daba, hasta que a las 7.30 le falló la presión y también ésta quedó inutilizada, de modo que ya no pudo hacer nada más. A las 7.40 el *Exeter* se alejó para efectuar reparaciones y ya no volvió a participar en el combate.

El *Ajax* y el *Achilles*, que ya estaban en combate, prosiguieron éste con el máximo entusiasmo. El *Spee* dirigió hacia ellos toda su artillería pesada. A las 7.25 el *Ajax* había perdido sus dos torretas de popa y el *Achilles* también había sufrido daños. Estos dos cruceros ligeros no podían competir con el enemigo en potencia de fuego y, al ver que se estaban quedando sin municiones, Hardwood, a bordo del *Ajax*, decidió interrumpir la lucha hasta la noche, cuando tendría mejor ocasión de usar su armamento ligero con mayor eficacia, y tal vez sus torpedos. Por tanto, se alejó oculto por el humo, y el enemigo no lo siguió. Este violento combate duró una hora y veinte minutos. Durante el resto del día, el *Spee* navegó hacia Montevideo, con los cruceros británicos siguiéndole a marchas forzadas. Poco después de medianoche el *Spee* entro en Montevideo y allí se quedó, reparando los daños, cargando pertrechos, desembarcando a los heridos, transbordando personal a un barco mercante alemán e informando al *führer*. El *Ajax* y el *Achilles* esperaron fuera, decididos a perseguirlo hasta el fin en cuanto se aventurara a salir. Mientras tanto, la noche del catorce el *Cumberland*, que venía navegando a todo vapor desde las Malvinas, ocupó el lugar del *Exeter*, que había quedado totalmente inutilizado. La llegada de este crucero con cañones de 203 milímetros devolvió el delicado equilibrio a una difícil situación.

El dieciséis de diciembre el capitán Langsdorff telegrafió al Almirantazgo alemán comunicándole que no tenía posibilidades de escapar. «Solicito decisión sobre si hundir el barco en el estuario del Río de la Plata, a pesar de la falta de profundidad, o si es preferible recluirse».



Diagrama 4

En una conferencia presidida por Hitler, en la que estuvieron presentes Raeder y Jodl, se decidió la siguiente respuesta:

«Intente por todos los medios prolongar el tiempo que pueda pasar en aguas neutrales. […] Si es posible, luche por llegar a Buenos Aires. No se recluya en Uruguay. Trate de destruir el barco si se hunde».

Por tanto, durante la tarde del día diecisiete, el *Spee* transbordó más de setecientos hombres, con bagajes y provisiones, al buque mercante alemán que estaba en el puerto. Poco después, el almirante Harwood supo que levaba anclas. A las 18.15, en presencia de grandes multitudes, zarpó del puerto y se dirigió lentamente hacia el mar, donde lo esperaban ávidamente los cruceros británicos. A las 20.54, al ponerse el sol, los aviones del *Ajax* anunciaron: «El *GrafSpee* se ha destruido». Langsdorff quedó deshecho por la pérdida de su barco y dos días después se pegó un tiro.

Así acabó el primer desafío de superficie al tráfico comercial británico en los mares. No volvió a aparecer ningún otro buque corsario hasta la primavera de 1940, al iniciarse una nueva campaña, utilizando buques mercantes disimulados que, aunque tenían más facilidad para no ser descubiertos, en cambio podían ser vencidos con menos fuerzas de las necesarias para destruir a un acorazado de bolsillo.

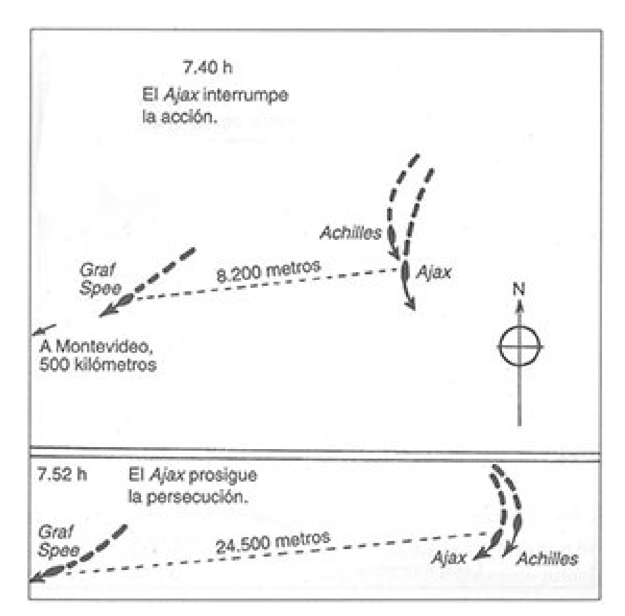

7.40 h
El Ajax interrumpe
la acción.
Achilles
Graf
Spee
8.200 metros
Ajax
N
A Montevideo,
500 kilómetros
7.52 h
El Ajax prosigue
la persecución.
Graf
Spee
24.500 metros
Ajax
Achilles

Diagrama 5

Capítulo XIX

EL FRENTE DE FRANCIA

En cuanto estalló la guerra, el Cuerpo Expedicionario británico comenzó a dirigirse a Francia. A mediados de octubre había cuatro divisiones británicas, formadas en dos cuerpos de ejército de categoría profesional, estacionadas a lo largo de la frontera francobelga y, en marzo de 1940, se les habían sumado seis divisiones más, lo cual hacía un total de diez. A medida que aumentamos en número, fuimos ocupando más parte de la línea. Evidentemente, no estábamos en contacto con el enemigo en ningún punto.

Cuando el Cuerpo Expedicionario británico llegó a las posiciones que tenía asignadas se encontraron ya preparada una zanja artificial anticarro bastante completa a lo largo de la línea del frente y, cada mil metros, aproximadamente, un blocao grande y bastante visible, que daba un fuego enfilado a lo largo de la zanja para ametralladoras y cañones anticarro. Además, había una alambrada continua. Buena parte del trabajo de nuestras tropas durante este extraño otoño e invierno consistió en mejorar las defensas construidas por los franceses y en organizar una especie de línea Sigfrido. A pesar de las heladas se avanzó con rapidez. Las fotografías aéreas mostraban la velocidad con que los alemanes extendían su propia línea Sigfrido al norte del Mosela. A pesar de que ellos disponían de numerosas ventajas en cuanto a recursos nacionales y mano de obra forzada, aparentemente seguíamos el mismo ritmo que ellos. Se establecieron grandes instalaciones de base, se mejoraron las carreteras, se colocaron ciento sesenta kilómetros de líneas férreas de vía ancha. Se crearon o se mejoraron casi cincuenta aeródromos y sus satélites. Detrás de nuestro frente se acumularon grandes masas de pertrechos y municiones en los depósitos que había a lo largo de las comunicaciones. Entre el Sena y el Somme se reunieron provisiones para diez días y, *al norte del Somme para siete días mes*. Estas últimas provisiones salvaron al Ejército después del gran avance alemán. Poco a poco, frente a la tranquilidad reinante, comenzaron a usarse sucesivamente muchos de los puertos situados al norte de El Havre, y al final acabamos utilizando la totalidad de los trece puertos franceses.

En 1914 imperaba en el Ejército y en el pueblo francés un vehemente espíritu ofensivo, transmitido de padres a hijos desde 1870. Estaban convencidos de que una potencia inferior numéricamente sólo podía hacer frente a una invasión mediante una contraofensiva, no sólo estratégica sino táctica en todos los puntos. Era una Francia muy distinta de la que se lanzó contra su antiguo enemigo en agosto de 1914. El

espíritu de *revancha* había cumplido su misión y se había agotado con la victoria. Los jefes que lo defendían hacía tiempo que habían muerto. El pueblo francés había sufrido la tremenda matanza de un millón y medio de hombres. La mayoría de los franceses relacionaba la acción ofensiva con los primeros fracasos del ataque francés de 1914, con el rechazo del general Nivelle en 1917, con las prolongadas agonías del Somme y Passchendaele y, sobre todo, con la sensación de que el potencial de fuego de las armas modernas era devastador para el atacante. Ni en Francia ni en Gran Bretaña habían reparado realmente en las consecuencias de la novedad de que los vehículos blindados pudieran ser capaces de resistir el fuego de la artillería y de avanzar más de ciento cincuenta kilómetros diarios. Un libro muy esclarecedor sobre el tema, publicado unos años antes por un tal comandante De Gaulle, no obtuvo ninguna respuesta. La autoridad del anciano mariscal Pétain en el Consejo Superior de la Guerra influyó mucho en la concepción militar francesa para cerrarse a las nuevas ideas y sobre todo para disuadirla de usar algo que llevaba el curioso nombre de «armas ofensivas».

En un análisis retrospectivo, a menudo se ha condenado la política de la línea Maginot que, sin duda, dio origen a una mentalidad defensiva. Sin embargo, siempre conviene ser precavidos y para defender una frontera de cientos de kilómetros hay que cerrarla todo lo posible mediante fortificaciones, economizando de este modo el uso de tropas en papeles sedentarios y «canalizando» las posibles invasiones. Si se hubiera utilizado adecuadamente dentro del programa bélico francés, la línea Maginot habría prestado a Francia un gran servicio. Se habría podido considerar que presentaba una larga serie de vías inestimables para emprender misiones de combate y, sobre todo, que bloqueaba grandes zonas del frente como un medio para acumular las reservas generales o la «masa de maniobra». Si tenemos en cuenta la desigualdad entre la población francesa y la alemana, la línea Maginot se debe considerar una medida sabia y prudente. De hecho, lo extraordinario es que no se hubiese adelantado por lo menos hasta el Mosa, en cuyo caso podría haber servido como un fiel escudo que habría permitido mover con mayor libertad la afilaba espada de la ofensiva francesa. Pero el mariscal Pétain se opuso a esta ampliación. Estaba totalmente convencido de que las Ardenas, por su topografía, no Podían servir como vía de invasión y, por tanto, se dejaron de lado. El general Giraud me explicó las concepciones ofensivas de la línea Maginot cuando estuve Metz en 1937. Sin embargo, estas concepciones no se pusieron en práctica y la línea no sólo absorbió enormes cantidades de soldados regulares y técnicos muy preparados, sino que además contribuyó a debilitar tanto la estrategia militar como la vigilancia nacional.

Se estimaba, con razón, que el nuevo poderío aéreo sería un factor revolucionario en todas las operaciones. Teniendo en cuenta la cantidad relativamente escasa de aviones disponibles por ambos bandos a estas alturas, sus efectos resultaban incluso

exagerados, y en general se calculaba que favorecerían la defensiva porque dificultarían las concentraciones y las comunicaciones de los grandes ejércitos una vez lanzados al ataque. Hasta el período de movilización francesa fue sumamente crítico para el Alto Mando francés debido a la posible destrucción de los centros ferroviarios, si bien la cantidad de aviones alemanes, como la de los aliados, no era suficiente para cumplir una misión así. Estos pensamientos, expresados por los jefes de la Aviación, seguían una línea de razonamiento correcto y resultaron justificados en los años posteriores a la guerra, cuando el poderío aéreo había crecido diez o veinte veces; pero al principio fueron prematuros.

Dicen en broma en Gran Bretaña que el Ministerio de Guerra siempre se está preparando para la guerra anterior. Pero es probable que esto sea cierto con respecto a otros departamentos y a otros países, y no me cabe duda de que así era con respecto al Ejército francés. Yo también tenía la impresión de la superioridad de la actitud defensiva, siempre y cuando se llevara a cabo de forma activa, pero no tenía ni la responsabilidad ni la información permanente para hacer una nueva evaluación. Sabía que la carnicería de la guerra anterior había dejado profundas huellas en el alma del pueblo francés. Los alemanes habían tenido tiempo para construir la línea Sigfrido. Me parecía espantoso lanzar a los hombres que quedaban en Francia contra este muro de fuego y hormigón. En los primeros meses de esta segunda guerra mundial yo estaba de acuerdo con la opinión general sobre la defensiva, y creía que los obstáculos y los cañones de campaña anticarro, bien distribuidos y con la munición adecuada, podían incapacitar o destrozar los carros de combate, salvo en la oscuridad o con niebla, real o artificial.

En los problemas que plantea el Todopoderoso a sus humildes siervos las cosas no suelen ocurrir exactamente igual en dos ocasiones o, aunque parezca que así sea, siempre hay alguna variante que impide hacer generalizaciones que no corresponden. La mente humana, salvo cuando la guía un genio extraordinario, no puede superar las conclusiones establecidas con las que se ha criado. Sin embargo, vamos a ver, después de ocho meses de inactividad por ambos bandos, cómo Hitler lanza una amplia ofensiva encabezada por masas de puntas de lanza de vehículos blindados o a prueba de cañones que rompen toda la oposición defensiva y, por primera vez en siglos y tal vez incluso desde la invención de la pólvora, convierten la artillería, durante un tiempo, en algo casi impotente en el campo de batalla. También vamos a ver que, debido al incremento de la potencia de fuego, en realidad las batallas resultaban menos sangrientas porque se podía defender el terreno con muy pocos hombres, con lo que se reducían considerablemente los blancos humanos.

Sea como fuere, la primera fecha en la que Francia habría podido montar un gran ataque fue, tal vez, al acabar la tercera semana de septiembre. Pero entonces ya había

acabado la campaña en Polonia. A mediados de octubre los alemanes tenían setenta divisiones en el frente occidental. La fugaz superioridad numérica de los franceses en el oeste estaba llegando a su fin. Una ofensiva francesa procedente de su frontera oriental habría dejado desprotegido su frente septentrional, mucho más importante. Por más que los ejércitos franceses hubieran obtenido de entrada un primer triunfo, al cabo de un mes les habría costado mucho mantener sus conquistas en el este y habrían quedado expuestos a toda la fuerza del contraataque alemán por el norte.

Ésta es la respuesta a la pregunta: «¿Por qué mantener la pasividad hasta que Polonia quedase destruida?». Pero esta batalla se había perdido varios años antes. En 1938 hubo una buena oportunidad para la victoria mientras todavía existía Checoslovaquia. En 1936 no podía haber una oposición eficaz. En 1933 una orden de Ginebra habría exigido una conformidad sin derramamiento de sangre. No se puede acusar sólo al general Gamelin porque en 1939 no corrió los riesgos que tanto se habían incrementado desde las crisis anteriores, que rehuyeron tanto el gobierno francés como el británico.

¿Qué probabilidades había entonces de una ofensiva alemana contra Francia? Evidentemente, había tres posibilidades. La primera, una invasión a través de Suiza; de este modo se evitaba el flanco meridional de la línea Maginot, pero presentaba numerosas dificultades geográficas y estratégicas. La segunda, una invasión atravesando la frontera común, que parecía poco probable, ya que no se creía que el Ejército alemán estuviera suficientemente equipado o armado para lanzar un fuerte ataque sobre la línea Maginot. Y la tercera, una invasión a través de Holanda y Bélgica, que evitaría la línea Maginot y no supondría las pérdidas que podían producirse en un ataque frontal contra unas fortificaciones permanentes. No podíamos hacer frente a un ataque a través de los Países Bajos que llegara hasta Holanda, pero a los aliados les convenía frenarlo, de ser posible, en Bélgica, y en esta época había dos líneas hasta las que podían avanzar los aliados si decidían acudir en su ayuda, o que podían ocupar mediante un plan secreto y repentino muy bien organizado si los invitaban a hacerlo. La primera de estas líneas era la que se podría llamar la línea del Escalda, que no estaba demasiado lejos de la frontera francesa y casi no suponía grandes riesgos. En el peor de los casos no los perjudicaría mantenerla como «falso frente», y en el mejor, se podía levantar según los acontecimientos. La segundo línea era mucho más ambiciosa: seguía el Mosa, pasando por Givet, Dinant y Namur por Lovaina hasta Amberes. Si los aliados se apoderaban de esta arriesgada línea y la conservaban en duras batallas pondrían freno a la invasión alemana por la derecha, y si resultaba que sus ejércitos eran inferiores sería un preludio magnífico para la entrada y el control del centro vital de fabricación de municiones que Alemania tenía en el Ruhr.

«Comprendemos —escribieron los jefes del Estado Mayor— que la idea francesa[30] sea que, si los belgas siguen aguantando en el Mosa, los Ejércitos franceses y británicos ocupen la línea Givet-Namur con el Cuerpo Expedicionario británico a la izquierda. *Consideramos que no sería buena idea adoptar este plan a menos que se llegue a un acuerdo con Bélgica para la ocupación de esta línea con tiempo suficiente antes del avance de los alemanes. […] A menos que cambie la actual actitud de los belgas y se puedan preparar planes para la pronta ocupación de la línea Givet-Namur* [también llamada Mosa-Amberes], *somos de la opinión de que habría que contener el avance alemán en posiciones preparadas sobre la frontera francesa*».

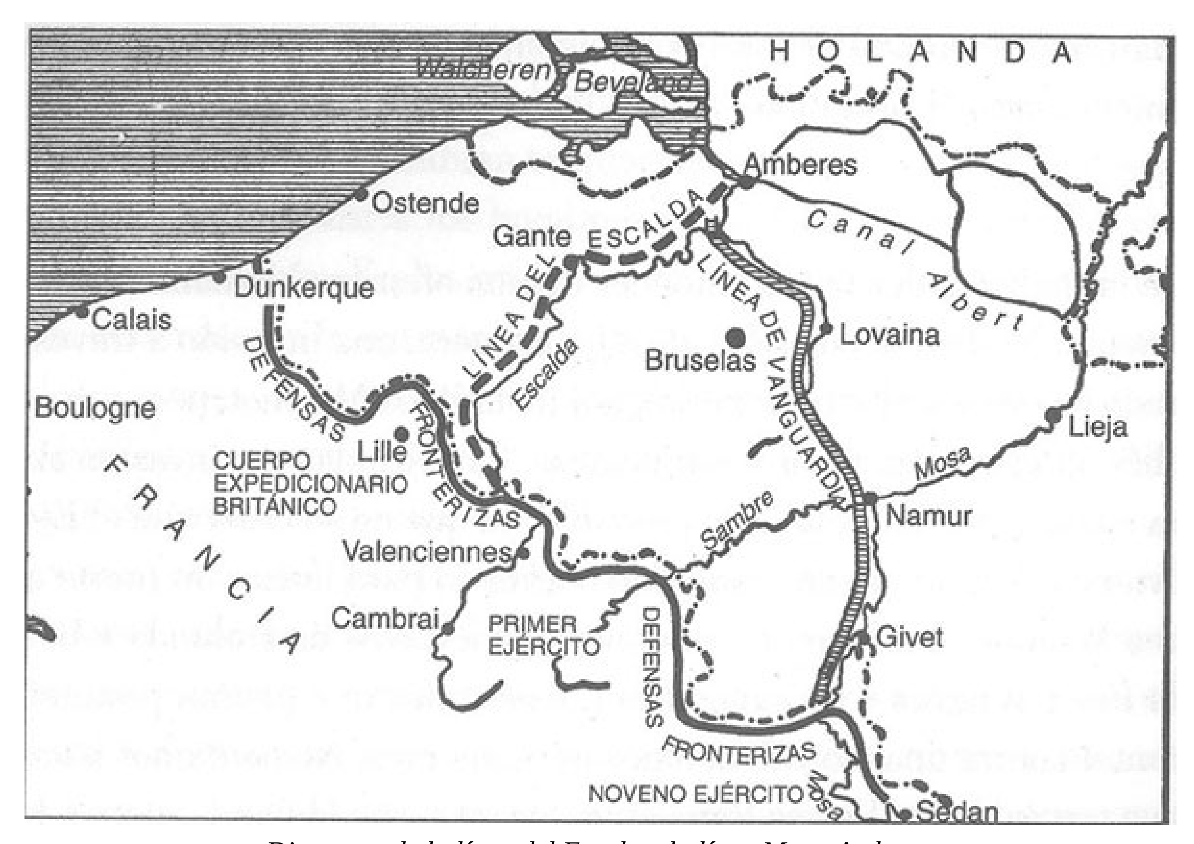


Diagrama de la línea del Escala y la línea Mosa-Amberes

El Consejo Supremo de los Aliados se reunió en París el diecisiete de noviembre. Chamberlain llevó consigo a lord Halifax, lord Chatfield y sir Kingsley Wood. Se tomó una decisión: «Dada la importancia de mantener las fuerzas alemanas lo más al este posible, *es imprescindible hacer esfuerzos para mantener la línea Mosa-Amberes, por si los alemanes invadiesen Bélgica*». En esta reunión, Chamberlain y Daladier insistieron en la importancia que atribuían a esta resolución por la que posteriormente se rigieron. En esta postura, por tanto, pasamos el invierno y aguardamos la primavera. Ni el Estado Mayor francés ni el británico, ni sus gobiernos, tomaron ninguna otra decisión sobre principios estratégicos en los seis meses que transcurrieron antes del ataque alemán.

Durante el invierno y la primavera el Cuerpo Expedicionario británico se mantuvo sumamente ocupado preparándose, fortificando su línea y aprestándose para la guerra, ya fuera ofensiva o defensiva. Desde los más altos rangos hasta los más bajos todos trabajaron mucho, y la buena actuación que tuvieron después se debió en su mayor parte a lo bien que aprovecharon las oportunidades de que gozaron durante el invierno. De hecho, el Ejército británico era mucho mejor al finalizar la «guerra sombría», aparte de ser más numeroso. Pero si reflexionamos sobre nuestros preparativos prebélicos, el gran vacío fue el hecho de que *el Cuerpo Expedicionario británico no tuviera ni siquiera una división blindada*. Gran Bretaña, que fue la cuna del carro de combate en todas sus variantes, en el período de entreguerras descuidó tanto el desarrollo de esta arma que pronto dominaría los campos de batalla que ocho meses después de la declaración de guerra nuestro Ejército, reducido pero bueno, sólo disponía, cuando llegó la hora de la verdad, de la 1.ª Brigada de Carros de Combate del Ejército compuesta por diecisiete carros ligeros y cien carros «de infantería», de los que sólo veintitrés llevaban el cañón de 2 libras y los demás sólo ametralladoras. También había siete regimientos de caballería equipados con carros ligeros, que estaban en proceso de formarse en dos brigadas acorazadas ligeras.

Los cambios en el frente francés fueron menos satisfactorios. En una gran fuerza nacional de reclutas, el estado de ánimo de la gente se refleja mucho en su Ejército, sobre todo cuando ese Ejército está acuartelado en el propio país y mantienen un contacto estrecho. No se puede decir que en el período de 1939-1940 Francia considerara la guerra con un espíritu demasiado optimista, ni siquiera con demasiada confianza. La inquieta política interna de la década anterior había engendrado desunión y descontento. Frente al aumento del comunismo, muchos elementos se habían volcado hacia el fascismo, prestando atención a la hábil propaganda de Goebbels y transmitiéndola en forma de habladurías y rumores. De modo que hasta en el Ejército actuaban las influencias desintegradoras tanto del comunismo como del fascismo; los largos meses invernales de espera dieron tiempo y ocasión para que hicieran efecto los venenos.

Muchos factores contribuyen a levantar la moral de un ejército, pero uno de los principales es mantener a los hombres ocupados en trabajos útiles e interesantes. La inactividad es un caldo de cultivo peligroso. Durante todo el invierno había muchas tareas que era necesario cumplir: el entrenamiento exigía una atención continuada; las defensas distaban de ser satisfactorias o de estar acabadas e incluso a la línea Maginot le faltaban muchos trabajos de campo complementarios; para mantener el estado físico había que hacer ejercicio. Sin embargo, las personas que visitaban el frente francés se sorprendían del ambiente de serenidad e indiferencia, de la aparente mala calidad del trabajo que se llevaba a cabo y de la falta de una actividad visible del tipo que fuera. Las carreteras vacías detrás de la línea contrastaban con el constante ir y

venir que se veía a lo largo de kilómetros detrás del sector británico.

No cabe duda de que se permitió que el ejército francés se deteriorara durante el invierno, y que habría luchado mejor en otoño que en primavera. Poco después quedarían pasmados ante la rapidez y la violencia del ataque alemán. Sólo en las últimas fases de esa breve campaña las auténticas cualidades de luchador del soldado francés alcanzaron el punto máximo en la defensa de su país contra su eterno enemigo. Pero entonces era demasiado tarde.

El diez de enero de 1940 se confirmaron las preocupaciones sobre el frente occidental. Un comandante del Estado Mayor alemán de la 7..ª División Aérea recibió órdenes de llevar unos documentos al cuartel general en Colonia. Como perdió el tren decidió viajar en avión, pero rebasó la frontera y tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en Bélgica, donde las tropas belgas lo arrestaron y se incautaron de sus papeles, que él intentó destruir desesperadamente. Éstos contenían todo el plan para invadir Bélgica, Holanda y Francia que había elegido Hitler. Poco después liberaron al comandante alemán para que explicara la situación a sus superiores. Todo esto me lo contaron entonces y a mí me pareció increíble que los belgas no elaborasen un plan que nos incluyese. Pero no hicieron nada al respecto. En los tres países involucrados pensaron que se trataba de un agente infiltrado, pero esto era imposible. No tenía sentido que los alemanes trataran de hacer creer a los belgas que los iban a atacar en un futuro próximo porque ello los obligaría a hacer precisamente lo último que los alemanes querían, es decir, trazar un plan con el Ejército francés y con el británico para avanzar una noche, rápidamente y en secreto. Por tanto, a mí me dio la impresión de que el ataque era inminente.

Apelamos a los belgas, pero tanto el rey como el Estado Mayor de su Ejército se limitaron a esperar con la ilusión de que todo saliera bien. A pesar de los papeles del comandante alemán, ni los aliados ni los estados amenazados emprendieron cualquier acción de ningún tipo. Por su parte, Hitler, como sabemos, llamó a Göring a su presencia y al enterarse de que efectivamente los papeles incautados eran los planes completos para la invasión ordenó, tras dar rienda suelta a su ira, que se prepararan otras alternativas. Era evidente que si durante los cinco años previos a la guerra la política británica y francesa hubiesen tenido un carácter resuelto y varonil, respetando la inviolabilidad de los tratados y la aprobación de la Sociedad de Naciones, puede que Bélgica se hubiese unido a sus antiguos aliados para formar un frente común. Una alianza así, bien organizada, habría formado un escudo a lo largo de la frontera belga hasta el mar contra ese terrible movimiento envolvente que estuvo a punto de costar nuestra destrucción en 1914 y que contribuiría a la ruina de Francia en 1940. En el peor de los casos, Bélgica no habría sufrido un destino más difícil que el que le tocó en realidad. Recordemos la actitud distante de Estados Unidos, la campaña de Ramsay MacDonald para el desarme de Francia, los reiterados rechazos y

humillaciones que habíamos aceptado en las diversas violaciones alemanas a las disposiciones sobre desarme del tratado, nuestra aceptación de la violación de Renania por parte de Alemania, nuestro consentimiento a la absorción de Austria, nuestro pacto en Múnich y la aceptación de la ocupación de Praga por parte de Alemania; cuando recordamos todo esto, nadie, ni en Gran Bretaña ni en Francia, que haya sido responsable de la acción pública durante esos años tiene derecho a culpar a Bélgica. En una época de indecisión y apaciguamiento, los belgas se aferraron a la neutralidad y se conformaron en vano con la convicción de que podrían frenar al invasor alemán con sus fronteras fortificadas hasta que el Ejército británico y el francés acudieran en su ayuda.

CAPÍTULO XX

ESCANDINAVIA. FINLANDIA

Esa península de más de mil quinientos kilómetros de largo que se extiende desde la entrada del Báltico hasta el Círculo Polar Ártico tenía una significación estratégica enorme. Las montañas de Noruega penetran en el océano en una hilera continua de islas. Entre estas islas y el continente había un corredor en aguas territoriales a través del que Alemania se comunicaba por mar con el exterior, dañando profundamente nuestro bloqueo. La industria bélica alemana se basaba fundamentalmente en el suministro de mineral de hierro procedente de Suecia, que en verano salía desde el puerto sueco de Lulea, en el interior del golfo de Botnia, y en invierno, cuando éste estaba congelado, de Narvik, en la costa occidental de Noruega. Respetar esta «vía de agua» abrigada significaría permitir que continuara todo este tráfico bajo el escudo de la neutralidad a pesar de nuestra superioridad marítima. Al Estado Mayor del Almirantazgo le preocupaba mucho que le diéramos a Alemania esta importante ventaja y, en cuanto tuve oportunidad, planteé la cuestión en el Consejo de Ministros.

Al principio, mi caso fue bien recibido. Todos mis colegas quedaron muy impresionados por este mal, pero el respeto riguroso por la neutralidad de los pequeños estados era un principio de conducta que todos respetábamos. En septiembre, a instancias de mis colegas y después de que se examinara minuciosamente toda la cuestión en el Almirantazgo, redacté un informe para el Consejo de Ministros sobre este asunto y sobre el alquiler de tonelaje neutral, un tema relacionado con aquél. Una vez más, hubo acuerdo general sobre esta necesidad, pero no pude obtener la conformidad para actuar. El Ministerio de Asuntos Exteriores presentó argumentos de peso sobre la neutralidad y no pude convencerlos. Como ya veremos, seguí insistiendo sobre este punto por todos los medios y en cualquier ocasión. Sin embargo, la decisión que solicité en septiembre de 1939 no se tomó hasta abril de 1940, y entonces ya era demasiado tarde.

Casi al mismo tiempo, como sabemos ahora, los ojos alemanes estaban vueltos en la misma dirección. El tres de octubre, el almirante Raeder, jefe del Estado Mayor de la Armada, presentó a Hitler una propuesta titulada «La adquisición de bases en Noruega», solicitando «que se informara al *führer* lo antes posible sobre las opiniones del Estado Mayor de la Marina sobre las posibilidades de extender la base de operaciones hacia el norte. Hay que determinar si es posible adquirir bases en Noruega bajo la presión conjunta de Rusia y Alemania, con el objeto de mejorar nuestra posición estratégica y operacional». Formuló por tanto una serie de notas que presentó a Hitler el diez de octubre. «En estas notas —escribió— destaqué las

desventajas que supondría para nosotros una ocupación de Noruega por parte de los británicos: el control de las entradas al Báltico, el flanqueo de nuestras operaciones navales y de nuestros ataques aéreos a Gran Bretaña y el fin de nuestra presión sobre Suecia. También destaqué las ventajas que nos proporcionaría la ocupación de la costa noruega: una salida al Atlántico septentrional y la imposibilidad de que los británicos colocaran una barrera de minas como ocurrió en los años 1917 y 1918». Rosenberg, el experto en asuntos exteriores del Partido Nazi que estaba al frente de un organismo especial que se encargaba de las actividades de propaganda en el extranjero, compartía la opinión del almirante. Soñaba con «convertir Escandinavia en una comunidad nórdica que reuniera a los pueblos septentrionales bajo el liderazgo natural de Alemania». A principios de 1939 creyó que había descubierto un medio en el Partido Ultranacionalista de Noruega, liderado por un ex ministro noruego de la Guerra llamado Vidkun Quisling. Se establecieron contactos y se relacionó la actividad de Quisling con los planes del Estado Mayor de la Armada alemana a través de la organización de Rosenberg y del agregado naval alemán en Oslo. Quisling y su ayudante, Hagelin, fueron a Berlín el catorce de diciembre y Raeder los llevó a ver a Hitler para discutir un golpe político en Noruega. Quisling llegó con un plan detallado. Hitler preocupado por el secreto, fingió reticencia para lograr que se comprometiera más y dijo que prefería una Escandinavia neutral. Sin embargo, según Raeder, ese mismo día dio órdenes al Mando Supremo de prepararse para una operación en Noruega.

De todo esto, evidentemente, nosotros ni nos enteramos.

Mientras tanto, la península de Escandinavia se convirtió en escenario de un conflicto inesperado que despertó sentimientos intensos en Gran Bretaña y en Francia y afectó profundamente la discusión sobre Noruega. Los «Pactos de Asistencia Mutua» de Stalin con Estonia, Letonia y Lituania ya habían provocado la ocupación y la ruina de estos países, y el Ejército y la Fuerza Aérea rojos bloqueaban las líneas de entrada a la Unión Soviética desde el oeste, por lo menos en lo que respecta a la ruta del Báltico. Sólo quedaba la entrada a través de Finlandia.

A principios de octubre se presentó en Moscú Paasikivi, uno de los estadistas finlandeses que había firmado la paz con la Unión Soviética en 1921. Las exigencias soviéticas eran arrolladoras: había que retroceder la frontera finlandesa sobre el istmo de Carelia una distancia considerable para que Leningrado quedara fuera del alcance de la artillería enemiga; la cesión de ciertas islas finlandesas en el golfo de Finlandia; el usufructo del único puerto finlandés que no se congelaba en el océano Glacial Ártico, Pechenga y, sobre todo, el usufructo del puerto de Hango, a la entrada del golfo de Finlandia, como base naval y aérea rusa. Los finlandeses estaban dispuestos a hacer concesiones sobre todos los puntos, menos el último. Si ponían las llaves del

golfo en manos rusas les parecía que se esfumaba la seguridad estratégica y nacional de su país. Se interrumpieron las negociaciones el trece de noviembre y el gobierno finlandés comenzó las movilizaciones. El veintiocho de noviembre Mólotov anunció formalmente la rescisión del pacto de no agresión entre Finlandia y Rusia; dos días después los rusos atacaron ocho puntos de la frontera finlandesa, de más de mil quinientos kilómetros de largo y, esa misma mañana, la Fuerza Aérea soviética bombardeó la capital, Helsinki.

La peor parte del ataque ruso cayó, en un primer momento, sobre las defensas fronterizas finlandesas en el istmo de Carelia, que comprendían una zona fortificada de unos treinta kilómetros de ancho que atravesaban de norte a sur una zona arbolada cubierta de nieve. La llamaban la «línea Mannerheim» en honor del comandante en jefe finlandés que impidió que el país cayera en poder de los bolcheviques en 1917. A la indignación que despertó en Gran Bretaña, Francia y, con mayor vehemencia incluso, Estados Unidos, este ataque no provocado del gigante soviético a una pequeña nación, enérgica y muy civilizada, le sucedieron en seguida la estupefacción y el alivio. Las fuerzas soviéticas no obtuvieron resultados durante las primeras semanas de lucha. El Ejército finlandés, con una capacidad ofensiva de apenas doscientos mil hombres, dio buena cuenta de ellos. Se enfrentaron a los carros de combate rusos con audacia y con un tipo nuevo de granada de mano que pronto se conoció como *cóctel mólotov*.



Rusia ataca Finlandia, diciembre de 1939

Es probable que el gobierno soviético esperara que esto fuera pan comido. Calculaban que los primeros ataques aéreos a Helsinki y en otros sitios sembrarían el terror a pesar de no ser a gran escala. Las tropas que utilizaron al principio, aunque con mucha más fuerza numérica, eran inferiores en calidad y en nivel de entrenamiento. Como consecuencia de los ataques aéreos y de la invasión de su territorio los finlandeses se enardecieron y se unieron como un solo hombre contra el agresor, luchando con total determinación y con la máxima habilidad. El ataque a la

«cintura» de Finlandia resultó desastroso para los invasores porque esa parte del país está cubierta prácticamente en su totalidad por bosques de pinos, presenta una suave ondulación y en ese momento tenía un manto de nieve de treinta centímetros. El frío era intenso. Los finlandeses estaban bien equipados con esquís y ropa de abrigo, mientras que los rusos no tenían nada de eso. Además, los finlandeses resultaron ser individualmente luchadores agresivos, muy bien entrenados para el reconocimiento y la guerra en zonas boscosas. Los rusos se fiaron en vano de las cifras y de sus armas más pesadas. A lo largo de todo este frente, los puestos fronterizos finlandeses fueron retrocediendo lentamente por las carreteras seguidos por las columnas rusas. Cuando éstas penetraron unos cincuenta kilómetros, los finlandeses cayeron sobre ellos. Con las líneas de defensa finlandesas al frente, construidas en los bosques, atacadas violentamente por los flancos día y noche, y con las comunicaciones interrumpidas a sus espaldas, las columnas quedaron hechas pedazos o, en el mejor de los casos, regresaron por donde habían venido después de sufrir graves pérdidas. A finales de diciembre todo el plan ruso de atravesar la «cintura» se había desmoronado.

Mientras tanto, el ataque a la línea Mannerheim, en el istmo de Carelia, no iba mucho mejor. A principios de diciembre, casi doce divisiones lanzaron una serie de ataques masivos que continuaron durante todo el mes. Al final del año, el fracaso a lo largo de todo el frente convenció al gobierno soviético de que tenían que enfrentarse con un enemigo muy diferente del que habían previsto y decidieron hacer un gran esfuerzo. Como esto requería unos preparativos a gran escala, desde finales de año cesaron los combates en todo el frente finlandés, lo que dio a los finlandeses el triunfo sobre su poderoso agresor. Este hecho tan sorprendente fue recibido con la misma satisfacción en todos los países, tanto beligerantes como neutrales, del mundo entero. Fue una publicidad bastante mala para el Ejército soviético. En círculos británicos, muchos se congratularon de no haberse tomado la molestia de poner a los soviéticos de nuestro lado y se vanagloriaron de su previsión. Se llegó demasiado pronto a la conclusión de que el Ejército ruso se habían arruinado con la purga y que esto demostraba la corrupción y la degradación inherentes de su sistema de gobierno y sociedad. Pero a esta conclusión no llegaron sólo en Inglaterra. No cabe duda de que Hitler y sus generales meditaron profundamente sobre lo ocurrido en Finlandia y que esto tuvo una influencia decisiva en las ideas del *führer*.

Todo el resentimiento contra el gobierno soviético que despertó el pacto Ribbentrop-Mólotov se avivó con esta última muestra de brutal intimidación y agresión, a lo que se sumó el desprecio por la incompetencia demostrada por las tropas soviéticas y el entusiasmo por los aguerridos finlandeses. A pesar de la gran guerra que se había declarado, había mucho interés por ayudar a los finlandeses con aviones y más material bélico necesario, y enviando voluntarios desde Gran Bretaña, Estados Unidos y, sobre todo, desde Francia. Tanto para el envío de municiones como

de voluntarios sólo había una ruta posible para llegar a Finlandia. El puerto de Narvik, con el ferrocarril que atravesaba las montañas hasta las minas de hierro de Suecia, adquirió una nueva significación sentimental, y acaso estratégica. Pero usarlo como una línea de suministro para los ejércitos finlandeses afectaba la neutralidad tanto de Noruega como de Suecia, dos estados que, temerosos por igual de Alemania y de Rusia, tenían por único objetivo mantenerse al margen de los conflictos que los rodeaban y que podían sepultarlos. Para ellos, ésta parecía la única oportunidad de sobrevivir. Pero aunque el gobierno británico se mostraba renuente, naturalmente, a cometer siquiera una infracción técnica de las aguas territoriales noruegas colocando minas en la «vía de agua» para adquirir ventaja contra Alemania, actuó impulsado por una emoción generosa, sólo relacionada indirectamente con nuestro problema bélico, presentando una petición mucho más formal, tanto a Noruega como a Suecia, para que le permitieran transportar libremente hombres y suministros hasta Finlandia.

Yo sentía mucha simpatía por los finlandeses y apoyé todas las propuestas para ayudarlos, de modo que acogí este aire nuevo y favorable como un medio para conseguir la gran ventaja estratégica de interrumpir la llegada a Alemania del mineral de hierro, un suministro tan vital. Si Narvik se convertía en una especie de base de los aliados para abastecer a los finlandeses, sin duda sería fácil impedir que los barcos alemanes cargaran mineral en el puerto y que navegaran tranquilamente por la «vía de agua» hasta Alemania. Una vez superadas las protestas de Noruega y Suecia, por el motivo que fuera, las medidas más importantes englobarían a las otras. Por consiguiente, el dieciséis de diciembre renové mis esfuerzos por conseguir la aprobación de una operación tan sencilla e incruenta como minar la «vía de agua».

El Consejo de Ministros estudió mi memorándum el veintidós de diciembre y yo lo defendí lo mejor que pude, pero no conseguí que se decidieran a actuar. Se podía enviar una protesta diplomática a Noruega por el mal uso de sus aguas territoriales por parte de Alemania, y se enviaron instrucciones a los jefes del Estado Mayor para que «consideraran las consecuencias militares de sus cometidos en suelo escandinavo». Los autorizaron a «hacer planes para el desembarco de una fuerza en Narvik, por el bien de Finlandia, y también contra una posible ocupación alemana del sur de Noruega». Pero no se pudieron expedir órdenes ejecutivas al Almirantazgo. En un documento que hice circular el veintiuno de diciembre resumí los informes del servicio secreto que demostraban las posibilidades de un plan ruso con respecto a Noruega. Se decía que los rusos habían concentrado tres divisiones en Murmansk, preparándose para una expedición por vía marítima. Mi conclusión era que «podía ser que aquel lugar fuera escenario de las primeras actividades». Lo cual resultó cierto, pero no así su procedencia.

Hacía tiempo que me interesaba capturar el *Altmark*, la nave auxiliar del *Spee*,

que además servía como prisión flotante para las tripulaciones de nuestros buques mercantes hundidos. Los prisioneros británicos liberados por el capitán Langsdorff según el derecho internacional en el puerto de Montevideo nos contaron que había casi trescientos marinos mercantes británicos a bordo del *Altmark*. La embarcación permaneció oculta en el Atlántico meridional durante casi dos meses y entonces, esperando que hubiera cesado la búsqueda, su capitán trató de regresar a Alemania La suerte y la meteorología estuvieron de su parte, y nuestros aviones no lo avistaron hasta el catorce de febrero, después de pasar entre Islandia y las islas Feroe, en aguas territoriales noruegas.

Según un comunicado del Almirantazgo, «ciertas naves de Su Majestad, convenientemente colocadas, se pusieron en movimiento». Una flotilla de destructores al mando del capitán Philip Vian, de la nave británica *Cossack*, interceptó al *Altmark* aunque no lo importunó de inmediato. Se refugió en el fiordo de Josing, una entrada estrecha de algo más de dos kilómetros de largo rodeada de altos acantilados cubiertos de nieve. Dos destructores británicos recibieron órdenes de abordar el barco para su inspección. A la entrada del fiordo se encontraron con dos cañoneras noruegas que les informaron de que la nave estaba desarmada, que la habían inspeccionado el día anterior y que había recibido autorización para dirigirse a Alemania pasando por aguas territoriales noruegas, por lo que nuestros destructores se retiraron.

Cuando esta información llegó al Almirantazgo, intervine y, con la aprobación del ministro de Asuntos Exteriores, ordené a nuestros barcos que entraran en el fiordo, y Vian hizo el resto. Esa noche, a bordo del *Cossack*, con los reflectores encendidos, entró en el fiordo, rodeado de témpanos de hielo. Primero subió a bordo de la cañonera noruega *Kjell* y solicitó que se condujera el *Altmark* hasta Bergen, con una escolta conjunta, para abrir una investigación según el derecho internacional. El capitán noruego insistió en que el *Altmark* había sido registrado dos veces, que no llevaba armas y que no se habían encontrado prisioneros británicos. Entonces Vian manifestó que él iba a subir a bordo e invitó al oficial noruego a acompañarlo, invitación que fue rechazada.

Mientras tanto, el *Altmark* se puso en marcha y, al tratar de embestir al *Cossack*, encalló. El *Cossack* se colocó a su lado y entonces subió a bordo un pelotón de abordaje tras luchar para abarloarse. Se produjo una violenta lucha cuerpo a cuerpo en la que murieron cuatro alemanes y cinco quedaron heridos; parte de la tripulación huyó a tierra y el resto se rindió. Comenzó así la búsqueda de los prisioneros británicos, que en seguida se encontraron a centenares, encerrados en almacenes y depósitos, e incluso en un tanque de petróleo vacío. Entonces se oyó el grito: «¡Esta aquí la Armada!»; al oírlo, los prisioneros rompieron las puertas y subieron en tropel a la cubierta. También se comprobó que el *Altmark* transportaba dos cañones

antiaéreos y cuatro ametralladoras y que, a pesar de que los noruegos habían subido a bordo en dos ocasiones, no lo habían registrado. Las cañoneras noruegas permanecieron todo el tiempo como observadores pasivos. A medianoche, Vian salió del fiordo y se dirigió al Forth.

El almirante Pound y yo esperábamos juntos, bastante preocupados, en la sala de guerra del Almirantazgo. Yo le había apretado mucho las cuerdas al Ministerio de Asuntos Exteriores y era plenamente consciente de la gravedad técnica de las medidas adoptadas. Pero lo que le importaba, tanto al país como al Consejo de Ministros, era si se encontraban prisioneros británicos a bordo o no. Nos alegramos cuando a las tres de la mañana llegó la noticia de que habían encontrado y rescatado a trescientos. Eso era lo fundamental.

Como ya hemos visto, Hitler tomó la decisión de invadir Noruega el catorce de diciembre, y el Estado Mayor prosiguió su trabajo a las órdenes de Keitel. Sin duda, el incidente del *Altmark* sirvió de acicate. A instancias de Keitel, el veinte de febrero Hitler llamó urgentemente a Berlín al general Von Falkenhorst, que entonces comandaba un Cuerpo de Ejército en Coblenza. Falkenhorst había participado en la campaña alemana en Finlandia en 1918 y esa tarde discutió con Hitler, Keitel y Jodl los detalles del plan de operaciones para la expedición a Noruega que él mismo comandaría. La cuestión de las prioridades tenía suma importancia. ¿Hitler intervendría en Noruega antes o después de llevar a cabo el «Caso Amarillo», es decir, el ataque a Francia? El uno de marzo tomó una decisión: primero Noruega. El *führer* celebró una conferencia militar la tarde del dieciséis de marzo y, aparentemente, el día D se fijó, de forma provisional, para el nueve de abril.

Mientras tanto, los soviéticos concentraron el grueso de sus fuerzas sobre los finlandeses y redoblaron sus esfuerzos para atravesar la línea Mannerheim antes del deshielo. Lamentablemente, ese año la primavera y el deshielo, en los que los pobres finlandeses tenían puestas sus esperanzas, llegaron con casi seis semanas de retraso. La gran ofensiva soviética en el istmo, que duraría cuarenta y dos días, comenzó el uno de febrero combinada con un intenso bombardeo aéreo de los depósitos de las bases y de los cruces ferroviarios situados detrás de las líneas. Al cabo de diez días de intensos bombardeos de los cañones soviéticos, amontonados unos contra otros, comenzó el ataque principal de la infantería. Tras quince días de combates se abrió una brecha en la línea. Los ataques aéreos sobre Viborg, un fuerte y una base clave, aumentaron de intensidad. Al acabar el mes, el sistema de defensa de Mannerheim se había desorganizado y los rusos pudieron concentrar sus fuerzas en el golfo de Viborg. A los finlandeses les faltaban municiones y sus tropas estaban agotadas.

La honorable corrección que nos privó de toda iniciativa estratégica dificultó asimismo todas las medidas efectivas para enviar municiones a Finlandia. En cambio

en Francia imperaba un sentimiento más cálido y profundo, muy fomentado por Daladier. El dos de marzo, sin consultar al gobierno británico, acordó enviar a Finlandia cincuenta mil voluntarios y un centenar de bombarderos. Sin duda, nosotros no podíamos actuar a esa escala y, teniendo en cuenta los documentos que se le encontraron al comandante alemán en Bélgica y los incesantes informes del servicio secreto acerca de la constante concentración de tropas alemanas en el frente occidental, esto superaba con creces los límites de la prudencia. No obstante, se aprobó el envío de cincuenta bombarderos británicos. El doce de marzo el Consejo de Ministros volvió a tomar la decisión de reactivar los planes de desembarcos militares en Narvik y en Trondheim, seguidos por Stavanger y Bergen, como parte de la ampliación de la ayuda a Finlandia a la que nos obligaban los franceses. Estos planes tenían que estar listos para entrar en acción el veinte de marzo, a pesar de que todavía no se había conseguido la autorización de Noruega ni de Suecia. Mientras tanto, el siete de marzo Paasikivi había vuelto a ir a Moscú, esta vez para discutir los términos del armisticio. El día doce, los finlandeses aceptaron las condiciones de los rusos. Otra vez se archivaron todos nuestros planes de desembarcos militares, y las fuerzas que se estaban reuniendo se dispersaron en cierta medida. Se autorizó a marchar a Francia a las dos divisiones retenidas en Inglaterra, y nuestra fuerza de ataque en dirección a Noruega se redujo a once batallones.

El colapso militar de Finlandia tuvo más repercusiones. El dieciocho de marzo Hitler se reunió con Mussolini en el paso del Brennero. Deliberadamente, Hitler le dio la impresión a su anfitrión italiano de que Alemania no tenía la menor intención de emprender una ofensiva terrestre hacia el oeste. El día diecinueve Chamberlain se dirigió a la cámara de los Comunes y, ante las crecientes críticas, repasó con bastante detalle la historia de la ayuda británica a Finlandia. Con toda razón destacó que lo que más habíamos tenido en cuenta era el deseo de respetar la neutralidad de Noruega y de Suecia, y también defendió al gobierno por no haberse dejado presionar para acudir en ayuda de los finlandeses cuando esto ofrecía pocas probabilidades de éxito. La derrota de Finlandia fue nefasta para el gobierno de Daladier, cuyo jefe emprendió una acción definida, aunque tardía, y personalmente había dado una importancia desproporcionada a esta parte de nuestras preocupaciones. El veintiuno de marzo se formó un nuevo Consejo de Ministros, con Reynaud al frente, que prefería dirigir la guerra de una manera cada vez más enérgica.

Mi relación con Reynaud partió de una base diferente de la que establecí con Daladier. A Reynaud, a Mandel y a mí, Múnich nos había producido las mismas emociones; en cambio Daladier estaba del otro lado. Por eso quedé satisfecho con el cambio. Los ministros franceses vinieron a Londres para asistir a una reunión del Consejo Supremo de la Guerra, el veintiocho de marzo, que Chamberlain inauguró

con una descripción completa y clara del panorama según su punto de vista. Dijo que Alemania tenía dos puntos débiles: el abastecimiento de hierro y el de petróleo, ya que las principales fuentes de suministro de estos productos se encontraban en extremos opuestos de Europa. El hierro le llegaba desde el norte. Expuso con precisión sus razones para proponer que se interceptara el suministro a Alemania de hierro procedente de Suecia. También se refirió a los yacimientos petrolíferos de Rumanía y Bakú, a los que se debía negar el acceso a Alemania, de ser posible por medios diplomáticos. Escuché su poderosa argumentación con creciente placer. No me había dado cuenta de hasta qué punto Chamberlain y yo estábamos de acuerdo.

Reynaud se refirió al impacto de la propaganda alemana sobre la moral francesa. La radio alemana bramaba todas las noches que el Reich no tenía nada en contra de Francia, que el origen de la guerra se encontraba en el cheque en blanco que Gran Bretaña le había dado a Polonia, que Francia había sido empujada a la guerra por pisarle los talones a Gran Bretaña e incluso que no se encontraba en posición de mantener la lucha. Aparentemente, la política de Goebbels con respecto a Francia consistía en dejar que la guerra siguiera su curso, al ritmo reducido de ese momento, contando con el creciente desaliento de los cinco millones de franceses llamados a filas y con el surgimiento de un gobierno francés dispuesto a llegar a un acuerdo con Alemania a expensas de Gran Bretaña.

Dijo que en Francia todo el mundo se preguntaba: «¿Cómo es posible que los aliados ganen la guerra?». La cantidad de divisiones, «a pesar de los esfuerzos británicos», aumentaba con mayor rapidez del lado alemán que del nuestro. Por tanto, ¿cuándo podíamos esperar asegurar la superioridad numérica necesaria para triunfar en el oeste? No teníamos ni idea de lo que ocurría en Alemania en cuanto a equipo material. En general, en Francia tenían la impresión de que la guerra había llegado a un punto muerto, y que a Alemania le bastaba con esperar. A menos que se tomara alguna medida para interrumpir el suministro de petróleo y de otras materias primas al enemigo, «era posible que aumentara la sensación de que el bloqueo no era un arma bastante fuerte para asegurar la victoria de la causa aliada». Se mostró mucho más sensible a la cuestión de interrumpir el suministro de hierro sueco y manifestó que existía una relación directa entre el suministro a Alemania de hierro procedente de Suecia y la producción de la industria alemana del hierro y el acero. Llegó a la conclusión de que los aliados deberían colocar minas en las aguas territoriales a lo largo de la costa noruega y posteriormente obstaculizar mediante una acción similar el mineral que se transportaba desde el puerto de Lulea a Alemania; destacó además la importancia de dificultar el suministro a Alemania de petróleo rumano.

Al final se decidió que, tras enviar comunicaciones en términos generales a Noruega y a Suecia, el cinco de abril sembraríamos campos de minas en aguas territoriales noruegas. También se acordó que, si Alemania invadía Bélgica, los

aliados entrarían en seguida en ese país, sin esperar una invitación formal, y que, si Alemania invadía Holanda, y Bélgica no acudía en su auxilio, los aliados considerarían que podían entrar en Bélgica con el fin de ayudar a Holanda.

Finalmente, como punto evidente en el que todos coincidíamos, el comunicado expresaba que el gobierno británico y el francés se habían puesto de acuerdo sobre la siguiente declaración formal:

Que durante la actual guerra no negociarían ni firmarían ningún armisticio ni tratado de paz si no era de mutuo acuerdo.

Este pacto adquirió posteriormente una importancia enorme.

El tres de abril el Consejo de Ministros británico puso en práctica la resolución del Consejo Supremo de la Guerra y se autorizó al Almirantazgo a minar la «vía de agua» de Noruega el ocho de abril. Bauticé la operación de minado con el nombre de «Wilfred», por ser en sí misma tan pequeña e inocente. Como el hecho de minar las aguas noruegas podía provocar una réplica por parte de Alemania, también se acordó enviar a Narvik una brigada británica y un contingente francés para despejar el puerto y avanzar hasta la frontera con Suecia. Se enviarían más fuerzas a Stavanger, Bergen y Trondheim para que el enemigo no pudiera tener acceso a estas bases.

Entonces empezaron a llegar malos augurios de diversa credibilidad. En esta misma reunión del gabinete de Guerra que se celebró el tres de abril, el secretario de Estado de Guerra nos dijo que la Oficina de Guerra había recibido un informe según el cual los alemanes estaban reuniendo numerosas tropas en Rostock con la intención de apoderarse de Escandinavia si fuese necesario. El ministro de Asuntos Exteriores dijo que las noticias procedentes de Estocolmo confirmaban en general este informe. Según la delegación sueca en Berlín, en Stettin y Swinemünde se concentraban embarcaciones alemanas que sumaban doscientas mil toneladas, con tropas a bordo que, según los rumores, ascendían a cuatrocientos mil hombres. Se insinuó que estas fuerzas estaban listas para lanzar un contragolpe ante un posible ataque nuestro a Narvik o a cualquier otro puerto noruego, lo que seguía poniendo nerviosos a los alemanes.

El jueves cuatro de abril, Chamberlain pronunció un discurso de inusitado optimismo. Según declaró, Hitler había «perdido la oportunidad». En siete meses, habíamos logrado superar nuestra debilidad y aumentado enormemente nuestra capacidad de combate. En cambio, Alemania se había preparado tanto que tenía un margen de maniobra muy estrecho al que poder recurrir.

Esta afirmación resultó un error de cálculo. La hipótesis fundamental de que nosotros y los franceses éramos relativamente más fuertes que al comienzo de la guerra no tenía sentido. Como ya hemos explicado, los alemanes se encontraban en el cuarto año de intensa fabricación de municiones mientras que nosotros nos

encontrábamos en una etapa muy anterior, probablemente comparable al aprovechamiento de un segundo año. Asimismo, con cada mes que pasaba, el Ejército alemán, que ahora tenía cuatro años, se convertía en un arma más madura y más perfeccionada, y la ventaja previa del Ejército francés en cuanto a entrenamiento y cohesión se esfumaba rápidamente. Todo quedaba en suspenso. Los distintos recursos menores que pude sugerir habían obtenido aceptación, pero ninguna de las dos partes había hecho nada importante. Nuestros planes, tal como estaban, consistían en imponer el bloqueo minando el corredor noruego en el norte y dificultando el suministro de petróleo a Alemania por el suroeste. Detrás del frente alemán reinaban la inmovilidad y el silencio más absolutos. De pronto, la política pasiva o a pequeña escala de los aliados fue arrasada por un torrente de sorpresas violentas. Ahora veríamos lo que significa la guerra total.

Capítulo XXI

NORUEGA

Antes de reanudar la narración debo explicar los cambios que se produjeron en mi posición durante el mes de abril de 1940.

El cargo de lord Chatfield como ministro de Coordinación de la Defensa se había vuelto superfluo, de modo que el día tres Chamberlain aceptó su renuncia, presentada voluntariamente. El día cuatro se hizo pública una declaración desde el número 10 de Downing Street diciendo que no se proponían ocupar el puesto vacante, pero que se estaban tomando medidas para que el Primer Lord del Almirantazgo, por ser el ministro de las Fuerzas Armadas con mayor antigüedad, presidiera el Comité de Coordinación Militar. De modo que me encargué de presidir estas reuniones, que se celebraban todos los días, y a veces dos al día, desde el ocho hasta el quince de abril. Por tanto, tenía una responsabilidad excepcional, aunque sin el poder de dirigir efectivamente. Entre los demás ministros de las Fuerzas Armadas que también pertenecían al gabinete de Guerra yo era «el primero entre pares». Sin embargo, no tenía poder para tomar decisiones ni para imponerlas. Tenía que contar tanto con los ministros de las Fuerzas Armadas como con sus jefes profesionales. De modo que muchos hombres importantes y capaces tuvieron el derecho y la obligación de expresar sus opiniones sobre las fases rápidamente cambiantes de la batalla (porque de eso se trataba) que entonces comenzaba.

Los jefes del Estado Mayor se reunían todos los días después de analizar toda la situación con sus respectivos ministros. Entonces tomaban sus propias decisiones que, evidentemente, adquirían la máxima importancia, y de las que me enteraba a través del Primer Lord del Mar, que no me ocultaba nada, o por los diversos memorándum o recordatorios que redactaba el comité de jefes del Estado Mayor. Si yo quería cuestionar alguna de estas opiniones evidentemente podía plantearlo en primera instancia en mi comité de Coordinación, en el que estaban presentes de forma individual los jefes del Estado Mayor, apoyados por los ministros de sus departamentos, a quienes solían llevar consigo. Se producía un copioso intercambio de amabilidades, al final del cual el secretario en funciones redactaba un informe muy diplomático, que comprobaban los departamentos de los tres ejércitos para verificar que no hubiera discrepancias. Así habíamos llegado a ese terreno elevado, extenso y feliz, donde todo se resuelve para el mayor bien de la mayoría, según el sentido común de la mayoría, después de consultarlo con todos. Pero en una guerra como la que atábamos a punto de experimentar las condiciones eran diferentes. Lo siento, pero tengo que escribirlo: en realidad el conflicto se parecía más a una pelea en la que un rufián le pega a otro en el hocico con una porra, un martillo o con algo mejor.

Todo esto resulta deplorable y es uno de los numerosos motivos para evitar la guerra y resolverlo todo mediante acuerdos amistosos, teniendo en cuenta los derechos de las minorías y registrando fielmente las opiniones disidentes.

El comité de Defensa del gabinete de Guerra se reunía casi todos los días para analizar los informes del comité de Coordinación Militar y los de los jefes del Estado Mayor, y sus conclusiones o sus divergencias se volvían a enviar a las frecuentes reuniones del gabinete. Todo se tenía que explicar una y otra vez, y cuando acababa este proceso solía suceder que la situación había cambiado. En el Almirantazgo que, en tiempos de guerra, es, por fuerza, el cuartel general de la batalla, las decisiones que afectaban a la flota se tomaban de forma instantánea y sólo los casos más graves se consultaban con el primer ministro, que siempre nos apoyaba. Cuando había que tener en cuenta las demás armas, el procedimiento no podía seguir el ritmo de los acontecimientos. No obstante, al comienzo de la campaña de Noruega, el Almirantazgo, por la naturaleza de las cosas, tenía en sus manos tres cuartas partes de la cuestión ejecutiva.

No pretendo que, independientemente de mis facultades, yo tendría que haber podido tomar mejores decisiones o que haber solucionado bien los problemas con los que nos enfrentábamos en ese momento. El impacto de los acontecimientos que ahora voy a describir fue tan violento y las condiciones tan caóticas que en seguida me di cuenta de que sólo la autoridad del primer ministro se podía imponer sobre el comité de Coordinación Militar. Por tanto, el día quince le pedí a Chamberlain que ocupara la presidencia, y así lo hizo en prácticamente todas las reuniones posteriores que se celebraron durante la campaña de Noruega. Él y yo seguimos estando muy de acuerdo, y aportó su máxima autoridad a las opiniones que yo expresaba.

Todas las partes manifestaron lealtad y buena voluntad. Sin embargo, tanto el primer ministro como yo éramos plenamente conscientes de que nuestro sistema carecía de forma, sobre todo cuando estábamos en contacto con el sorprendente curso de los acontecimientos. Si bien en ese momento el Almirantazgo era, inevitablemente, el que movía los hilos, se podían plantear objeciones obvias en una organización en la que uno de los ministros de las Fuerzas Armadas trataba de concertar todas las operaciones de las demás fuerzas, al mismo tiempo que dirigía todo d funcionamiento del Almirantazgo y se hacía responsable sobre todo de los movimientos navales. Estas dificultades no desaparecieron por el hecho de que el propio Primer ministro ocupara la presidencia y me respaldara. Pero mientras las desgracias caían sobre nosotros una tras otra casi a diario, como consecuencia de la falta de medios o la indiferencia en la gestión, yo seguí manteniendo mi posición en este círculo fluido y amistoso aunque extraviado.

Al final, pero no hasta después de que cayeran sobre nosotros numerosos desastres en Escandinavia, me autorizaron a convocar y presidir las reuniones del

comité de jefes del Estado Mayor, sin los que no se podía hacer nada, y me concedieron formalmente la responsabilidad de «proporcionarles orientación y dirección». Pusieron a mi disposición al general Ismay, el más antiguo de los jefes del Estado Mayor, a cargo del Estado Mayor Central, *en calidad de mi funcionario del Estado Mayor y representante*, y como tal se convirtió en miembro de pleno derecho del comité de jefes del Estado Mayor. Hacía muchos años que conocía a Ismay pero ésta fue la primera vez que trabajamos tan unidos. De este modo, los jefes del Estado Mayor pasaron a ser responsables ante mí, de forma colectiva y, como representante del primer ministro, en teoría yo tenía autoridad para influir en sus decisiones y sus políticas. Por otra parte, era natural que fueran leales en primer lugar a los ministros de sus propias armas, que no habrían sido humanos si no hubieran sentido cierto resentimiento ante la delegación de parte de su autoridad a uno de sus colegas. Asimismo, se dispuso expresamente que yo cumpliría mis responsabilidades *en nombre* del comité de Coordinación Militar. De modo que tenía inmensas responsabilidades pero no tenía en mis propias manos el poder efectivo para cumplirlas. Sin embargo, tenía la sensación de que podría conseguir que la nueva organización funcionara. La idea era que durara sólo una semana, pero mi relación personal y oficial con el general Ismay y su relación con el comité de jefes del Estado Mayor se mantuvo intacta, sin debilitarse, desde el uno de mayo de 1940 hasta el veintiséis de julio de 1945 cuando renuncié a mi cargo.

El viernes cinco de abril por la noche, el ministro alemán en Oslo invitó a varios personajes distinguidos, incluidos varios miembros del gobierno, a ver una filmación en la delegación. La película presentaba la conquista de Polonia por parte de Alemania y alcanzaba su punto culminante con escenas de horror durante el bombardeo alemán de Varsovia con un subtítulo que ponía: «Por esto podrían dar las gracias a sus amigos ingleses y franceses». La reunión se disolvió en medio del silencio y la desolación. No obstante, lo que más preocupaba al gobierno noruego era lo que hacían los británicos. Entre las 4.30 y las 5 de la mañana del ocho de abril cuatro destructores británicos instalaron un campo de minas a la entrada del fiordo occidental, el canal que conduce al puerto de Narvik. A las cinco se difundió la noticia desde Londres y a las 5.30 le entregaron al ministro de Asuntos Exteriores noruego una nota del gobierno de Su Majestad. Esa mañana en Oslo se la pasaron redactando protestas para Londres. Pero esa tarde el Almirantazgo informó a la delegación noruega en Londres que habían avistado buques de guerra alemanes frente a la costa noruega que avanzaban hacia el norte y que supuestamente se dirigían a Narvik. Más o menos al mismo tiempo llegó a la capital noruega la noticia de que el submarino polaco *Orzel* había hundido un barco alemán de transporte de tropas, el *Río de Janeiro*, frente a la costa meridional de Noruega y que los pescadores locales

habían rescatado a gran cantidad de soldados alemanes que dijeron que se dirigían a Bergen para ayudar a los noruegos a defender su país contra los británicos y los franceses. Pero eso no era todo. Alemania había entrado en Dinamarca, aunque la noticia no llegó a Noruega hasta que no fue invadida a su vez, es decir, que no recibió ningún aviso formal. Dinamarca fue invadida fácilmente tras la muerte de un puñado de soldados fieles que opusieron resistencia.

Esa noche se acercaron a Oslo los buques de guerra alemanes. Las baterías exteriores abrieron fuego. La defensa noruega estaba compuesta por un buque minador, el *Olav Tryggvason*, y dos dragaminas. Al amanecer, dos dragaminas alemanes atravesaron la entrada del fiordo para desembarcar tropas en las cercanías de las baterías costeras. Uno de ellos fue hundido por el *Olav Tryggvason*, a pesar de lo cual las tropas alemanas desembarcaron y se apoderaron de las baterías. Sin embargo, el valiente minador rechazó dos destructores alemanes a la entrada del fiordo y provocó daños al crucero *Emden*. Un ballenero noruego armado con un solo cañón también atacó en seguida a los invasores, a pesar de no haber recibido ninguna orden en especial. Le hicieron añicos el cañón y al comandante le volaron las dos piernas. Para no poner nerviosos a sus hombres, rodó hasta caer por la borda y tuvo una muerte noble. Entonces entró en el fiordo la principal fuerza alemana, encabezada por el crucero pesado *Blücher*, y se dirigió a los estrechos defendidos por la fortaleza de Oscarsborg. Las baterías noruegas atacaron, y dos torpedos disparados desde la costa, a quinientos metros, resultaron decisivos. El *Blücher* se hundió rápidamente, llevándose consigo a los principales oficiales del cuerpo administrativo alemán y los destacamentos de la Gestapo. Los demás barcos alemanes, entre ellos el *Luetzow*, se retiraron. El *Emden*, averiado, ya no volvió a participar en los combates en el mar. Al final, Oslo fue tomada, pero no por mar sino por tropas aerotransportadas que llegaron al fiordo.

El plan de Hitler quedó de inmediato al descubierto. Las tropas alemanas descendieron en Kristiansand, en Stavanger y, al norte, en Bergen y Trondheim.

El ataque más osado fue el de Narvik. Durante una semana, los barcos alemanes que se utilizaban para transportar mineral y que supuestamente regresaban vacíos a ese puerto habían ido subiendo por el corredor impuesto por la neutralidad noruega cargados con suministros y municiones. Diez destructores alemanes, cada uno con doscientos soldados y con el apoyo del *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, habían salido de Alemania hacía unos días y llegaron a Narvik a primeras horas del día nueve.

En el fiordo estaban fondeados dos buques de guerra noruegos, el *Norge* y el *Eidsvold*, preparados para luchar hasta el final. Al amanecer avistaron unos destructores que se aproximaban al puerto a gran velocidad pero, como había temporal de nieve, al principio no se pudo determinar su identidad. Poco después apareció un oficial alemán a bordo de una motora que exigió la rendición del

Eidsvold. Al recibir del oficial al mando la cortante respuesta: «Ataco», se retiró, pero casi al instante el barco fue destruido, con casi toda la tripulación, por una descarga de torpedos. Mientras tanto, abrió fuego el *Norge* pero, a los pocos minutos, también fue torpedeado y se hundió al instante. En esa resistencia valiente pero desesperada, perecieron doscientos ochenta y siete marinos noruegos; se salvaron menos de un centenar de los dos barcos. A partir de entonces fue fácil capturar Narvik, una llave estratégica a la que nunca tuvimos acceso.

Esa mañana, el almirante Forbes, con la flota principal, se encontraba junto a Bergen. No se sabía muy bien lo que ocurría en Narvik. Con la esperanza de impedir que los alemanes se apoderaran del puerto el comandante en jefe dio órdenes a nuestros destructores de entrar en el fiordo e impedir todo desembarco, de modo que el capitán Warburton-Lee, con los cinco destructores de su propia flotilla, el *Hardy*, el *Hunter*, el *Havock*, el *Hotspur* y el *Hostile*, entraron en el fiordo occidental. Unos pilotos noruegos le dijeron en Tranoy que habían entrado seis barcos más grandes que los suyos y un submarino alemán, y que la entrada al puerto estaba minada. Transmitió esta información y añadió: «Pretendo atacar al amanecer». Bajo la niebla y las tormentas de nieve del diez de abril los cinco destructores británicos entraron en el fiordo y, al amanecer, se encontraban frente a Narvik. Dentro del puerto había cinco destructores enemigos. En el primer ataque, el *Hardy* torpedeó la nave que llevaba el gallardete del comodoro alemán, que murió; otro destructor fue hundido por dos torpedos y los otros tres quedaron tan destruidos por los cañonazos que no pudieron ofrecer ninguna resistencia efectiva. En el puerto había también veintitrés buques mercantes de diversas nacionalidades, incluidos cinco británicos; seis buques alemanes fueron destruidos. Hasta entonces sólo habían atacado tres de nuestros cinco destructores. El *Hotspur* y el *Hostile* se habían dejado en reserva como protección contra las baterías que pudiera haber en la costa o por si se acercaban más naves alemanas. Pero entonces se sumaron a un segundo ataque, y el *Hotspur* hundió



La campaña aliada en Noruega, 1940

con torpedos dos buques mercantes más. Los barcos del capitán Warburton-Lee salieron ilesos; aparentemente, el fuego enemigo se había silenciado y, después de una hora de combate, no había salido ningún barco desde ninguna de las ensenadas.

Pero entonces cambió la suerte. Cuando regresaba de un tercer ataque, el capitán Warburton-Lee vio que se acercaban tres nuevos barcos. Como no dieron muestras de querer aprovecharse más, comenzó el ataque desde 7 kilómetros. De improviso, salieron de la niebla otros dos buques de guerra que, contrariamente a lo que se creyó en un primer momento, no eran refuerzos británicos sino destructores alemanes que estaban fondeados en un fiordo próximo. En seguida se hicieron sentir los cañones más pesados de los barcos alemanes, y el puente del *Hardy* quedó hecho añicos, Warburton-Lee herido de muerte, y todos sus oficiales y compañeros muertos o heridos, salvo el teniente Stanning, su secretario, que cogió el timón. Entonces estalló un proyectil en la sala de máquinas y, bajo un fuego intenso el barco encalló. El último mensaje del capitán del *Hardy* a su flotilla fue: «Seguid combatiendo al enemigo».

Mientras tanto, el *Hunter* se había hundido y el *Hotspur y* el *Hostile*, ambos averiados, junto con el *Havock*, se dirigieron hacia el mar. El enemigo que antes les impidió el paso ya no estaba en condiciones de detenerlos. Media hora después tropezaron con un barco grande que venía de altamar que resultó ser el *Rauenfels*, que llevaba municiones de reserva para los alemanes. El *Havock* le disparó y poco después voló por los aires. Los supervivientes del *Hardy* lograron desembarcar con el cuerpo de su comandante, al que se concedió póstumamente la cruz de la Victoria. Tanto él como sus hombres dejaron huellas en el enemigo y en nuestra historia naval.

La sorpresa, la crueldad y la precisión caracterizaron el ataque a la inocente y desprotegida Noruega, en el que participaron siete divisiones del Ejército. Los elementos más destacados del plan fueron ochocientos aviones de operaciones y entre doscientos cincuenta y trescientos aviones de transporte. En cuarenta y ocho horas todos los puertos principales de Noruega cayeron en manos de los alemanes. El rey, el gobierno, el Ejército y el pueblo en cuanto se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo montaron en cólera, pero era demasiado tarde. La infiltración y la propaganda alemanas ya les habían nublado la visión y entonces socavaron su capacidad de resistencia. El comandante Quisling se presentó en la radio, que estaba en poder de los alemanes, como el gobernante progermano de la nación conquistada. Casi todos los oficiales noruegos se negaron a obedecerle. Se movilizó al Ejército, que en seguida comenzó a luchar contra los invasores, desde Oslo hacia el norte. Los patriotas que pudieron conseguir armas se refugiaron en las montañas y en los bosques. El rey, los ministros y el Parlamento se refugiaron primero en Hamar, a ciento sesenta kilómetros de Oslo. Los persiguieron de cerca los vehículos blindados alemanes e intentaron exterminarlos violentamente, bombardeándolos y

ametrallándolos desde el aire. Sin embargo, ellos siguieron lanzando proclamas a todo el país, animándolos a resistir. Pero el resto de la población, aturdida y aterrorizada por los ejemplos sangrientos, cayó en el estupor o en una sombría sumisión. La península de Noruega tiene casi mil seiscientos kilómetros de largo, no está densamente poblada y las carreteras y las líneas férreas son escasas, sobre todo en el norte. La rapidez con que Hitler consiguió dominar el país fue una hazaña política y bélica notable, y un ejemplo perdurable de la meticulosidad, la maldad y la brutalidad alemanas.

El gobierno noruego, que hasta entonces se había mostrado tan frío con nosotros por temor a Alemania, nos lanzó entonces vehementes peticiones de ayuda. Desde el principio resultó evidente que no podíamos liberar el sur de Noruega. Casi todas nuestras tropas entrenadas, y muchas de las que sólo estaban entrenadas a medias, se encontraban en Francia. Nuestra modesta, aunque creciente, Fuerza Aérea estaba destinada por completo a apoyar al Cuerpo Expedicionario británico, a la defensa nacional y a un entrenamiento intenso. Todos nuestros cañones antiaéreos se necesitaban en diez lugares a la vez para los puntos vulnerables de la máxima importancia. Sin embargo, nos sentimos obligados a hacer todo lo posible por acudir en su ayuda, aunque esto trastornara violentamente nuestros propios preparativos e intereses. Parecía que podíamos tomar y defender Narvik para provecho de toda la causa aliada, y allí el rey de Noruega podría hacer ondear su pabellón invicto. Se podía luchar por Trondheim, en todo caso como un medio de retrasar el avance hacia el norte del invasor hasta que se pudiera recuperar Narvik para convertirlo en la base de un ejército. Aparentemente esto se podía mantener desde el mar con una fuerza superior a todo lo que se pudiera lanzar en su contra por tierra a lo largo de ochocientos kilómetros de terreno montañoso. El gabinete aprobó con entusiasmo todas las medidas posibles para el rescate y la defensa de Narvik y Trondheim. Las tropas que se habían rescatado del proyecto finlandés y un núcleo que se había reservado para Narvik no tardarían en estar preparadas. Les faltaban aviones, cañones antiaéreos, cañones anticarro, carros de combate, transporte y entrenamiento. Todo el norte de Noruega estaba cubierto de nieve hasta una profundidad que ninguno de nuestros soldados había visto, sentido ni imaginado jamás. No teníamos ni calzado Para la nieve ni esquís, y mucho menos esquiadores. Teníamos que hacer todo lo posible. Y así comenzó una campaña desordenada.

Desembarcamos, o intentamos desembarcar, en Narvik, Trondheim y otros lugares. La superioridad de los alemanes en cuanto a diseño, gestión y energía era evidente. Ejecutaban sin piedad un plan de acción minuciosamente elaborado. Comprendían a la perfección cómo había que usar el arma aérea a gran escala en todos sus aspectos. Asimismo, su supremacía individual se notaba, sobre todo en los

grupos pequeños. En Narvik, una fuerza alemana combinada e improvisada de apenas seis mil hombres mantuvo a raya durante seis semanas a unos veinte mil soldados aliados y, aunque los echaron de la ciudad, sobrevivieron para verlos marcharse. El ataque por mar, iniciado por la Armada de forma brillante, quedó paralizado por la negativa del comandante militar a correr lo que se consideraba un riesgo desesperado. Dividimos nuestros recursos entre Narvik y Trondheim, con lo cual estropeamos nuestros dos planes. Namsos lo tuvimos que atravesar en medio del barro, tanto al avanzar como al regresar. Sólo obtuvimos algún resultado en una expedición a Andalsnes. A pesar de que tuvieron que superar cientos de kilómetros en un terreno escarpado y cubierto de nieve, los alemanes nos hicieron retroceder, aunque hubo algunos enfrentamientos. A nosotros, que teníamos el dominio del mar y podíamos saltar sobre cualquier punto de una costa indefensa, nos superó un enemigo que se desplazaba por tierra atravesando grandes distancias y venciendo todos los obstáculos.

Ante la llamada del deber, procuramos meternos e involucrarnos en Noruega. Pensamos que la fortuna nos había sido adversa. Ahora sabemos que no tuvimos nada de suerte. Mientras tanto, a principios de mayo, tuvimos que conformamos lo mejor que pudimos con una serie de evacuaciones satisfactorias. Teniendo en cuenta mi papel destacado en estos acontecimientos y la imposibilidad de explicar las dificultades por las que nos habían superado, ni los defectos en la organización de nuestro gobierno ni nuestro Estado Mayor ni en nuestros métodos para llevar adelante la guerra, me parece increíble haber sobrevivido y haber mantenido mi posición en la estima pública y en la confianza del Parlamento. Esto se debió a que, durante seis o siete años, predije en verdad el curso de los acontecimientos y presenté incesantes advertencias, desoídas en su momento pero que ahora se recordaban.

El portaaviones *Glorious*, atacado el ocho de junio por los cruceros de combate *Scharnhorst* y *Gneisenau*, pereció en una hora y media. En el final de uno de los destructores que lo escoltaban, el *Acasta*, narrado por su único superviviente, el marinero de primera C. Carter, tenemos una imagen típica y vívida del choque en el mar:

> A bordo de nuestro barco había una calma mortal, nadie decía nada, nos alejábamos del enemigo a toda velocidad, entonces se oyeron cantidad de órdenes, que preparáramos todos los flotadores de humo, conectásemos las mangueras y preparásemos varias cosas más, seguíamos huyendo del enemigo y echando humo, y ya funcionaban todos nuestros flotadores de humo. Entonces el capitán hizo circular este mensaje a todos los puestos: «Aunque pueda pensar que estamos huyendo del enemigo, no es así; nuestro buque hermano [el *Ardent*] se ha hundido, el *Glorious* se está hundiendo, lo menos que podemos hacer es montar un número, de modo que buena suerte para todos». Dentro de nuestra propia cortina de humo cambiamos el rumbo. Recibí la orden de disparar los tubos 6 y 7, entonces salimos de la cortina de humo viramos a estribor disparando nuestros torpedos de babor. Ésa fue la primera vez que vi al enemigo, para ser sincero me pareció que había uno [un barco] grande y uno pequeño, y que estábamos muy cerca. Disparé los dos torpedos de mis tubos [de popa], los de proa dispararon los suyos y esperamos los resultados. Nunca olvidaré los vítores; en la amura de babor de uno de los barcos vimos un fogonazo amarillo y se elevó una

gran columna de humo y agua. Supimos que le habíamos dado, yo creo que era imposible no darle, con lo cerca que estábamos. El enemigo no nos disparó ni una vez, supongo que se deben de haber quedado muy sorprendidos. Después de disparar nuestros torpedos volvimos a nuestra propia cortina de humo, y otra vez viramos a estribor. «Listos para disparar los demás torpedos», pero esta vez, en cuanto asomamos la nariz por la cortina de humo, el enemigo nos atacó. Un proyectil alcanzó la sala de máquinas y mató a toda la tripulación de los tubos, yo salí disparado al otro extremo de ellos y debí de quedar sin sentido durante un rato porque cuando volví en mí me dolía el brazo; el barco se había detenido y estaba escorado a babor. Y entonces, por increíble que parezca, regresé al puesto de control, vi que estaban los dos barcos y disparé los torpedos que quedaban sin que nadie me lo ordenara, supongo que estaba como una cabra. Sólo Dios sabe por qué disparé, pero lo hice. Los cañones del *Acasta* disparaban todo el tiempo, disparaban aunque el barco estaba escorado. Entonces el enemigo nos alcanzó varias veces, pero hubo una gran explosión justo en la popa, y siempre me he preguntado si el enemigo nos alcanzó con un torpedo, en cualquier caso, me dio la impresión de que levantaba al barco del agua. Al final, el capitán ordenó abandonar el barco. Nunca olvidaré al teniente médico[31], era su primer barco, su primer combate. Antes de saltar por la borda lo vi atendiendo a los heridos, una tarea inútil, y desde el agua vi al capitán apoyado en el puente, que extrajo un cigarrillo de una pitillera y lo encendió. Le gritamos que viniera a nuestra balsa pero él nos saludó: «Adiós y buena suerte», fue el final de un valiente.

Pero en medio de tanto desastre y confusión surgió un hecho de la máxima importancia que afectaba potencialmente el futuro de la guerra: que en un forcejeo desesperado con la Armada británica los alemanes perdieron la oportunidad de usar la suya para el momento culminante. Las pérdidas de los aliados en todos los combates navales frente a las costas noruegas ascendieron a un portaaviones, dos cruceros, una corbeta y nueve destructores. Quedaron inutilizados seis cruceros, dos corbetas y ocho destructores, que se pudieron reparar dentro de nuestra capacidad naval. En cambio, a finales de junio de 1940, una fecha decisiva, la flota alemana efectiva no contaba con nada más que *un crucero de 203 milímetros, dos cruceros ligeros y cuatro destructores*. Si bien muchos de sus barcos averiados, igual que los nuestros, se podían reparar, la Armada alemana no fue un factor decisivo en la cuestión suprema de la invasión de Gran Bretaña.

La guerra sombría acabó con el ataque de Hitler a Noruega, en el resplandor de la explosión militar más temible que hubiera conocido el hombre. He descrito el trance por el que pasaron Francia y Gran Bretaña durante ocho meses ante el asombro del mundo. Ésta fase fue la más perniciosa para los aliados. Desde el momento en que Stalin llegó a un acuerdo con Hitler, los comunistas franceses siguieron el ejemplo de Moscú y proclamaron que la guerra era «un delito imperialista y capitalista contra la democracia». Hicieron todo lo posible por minar la moral del Ejército y por dificultar la producción en los talleres. En el mes de mayo, el estado de ánimo que predominaba en Francia, tanto entre sus soldados como entre sus habitantes, era peor que al comienzo de la guerra.

No ocurrió nada semejante en Gran Bretaña, donde el comunismo dirigido por los soviéticos, aunque activo, era débil. Pero seguíamos siendo un gobierno partidista, a

las órdenes de un primer ministro del que la oposición estaba amargamente distanciada, y no contábamos con el apoyo entusiasta y positivo del movimiento sindical. El carácter sereno y sincero aunque rutinario del gobierno no despertó ese esfuerzo intenso, ni en los círculos gubernamentales ni en las fábricas de municiones, que era fundamental. Hicieron falta el golpe de la catástrofe y el acicate del peligro para despertar la fuerza latente de la nación británica. Estaba a punto de sonar el toque a rebato.

Capítulo XXII

LA CAÍDA DEL GOBIERNO

Las numerosas desilusiones y los desastres de la breve campaña en Noruega provocaron una profunda perturbación en el país, y se inflamaron de pasión los pechos de algunos de los que se habían mostrado más indolentes y ciegos en los años previos a la guerra. La oposición pidió un debate sobre la situación bélica que se celebró el siete de mayo. La Cámara estaba llena de parlamentarios en un estado de gran irritación y aflicción. El discurso inicial de Chamberlain no pudo frenar la corriente hostil. Lo interrumpieron burlonamente y le hicieron recordar el discurso que pronunció el cuatro de abril cuando, en relación con algo totalmente distinto, cometió la imprudencia de afirmar que «Hitler había perdido la oportunidad». Definió mi nuevo cargo y mi relación con los jefes del Estado Mayor y, en respuesta a Herbert Morrison, dejó claro que yo no había tenido esos poderes durante las operaciones que se desarrollaron en Noruega. Uno tras otro, los oradores de ambos lados de la Cámara atacaron al gobierno, y sobre todo a su jefe, con un resentimiento y una vehemencia insólitos, y se vieron apoyados por el creciente aplauso de todas las facciones. Sir Roger Keyes, ansioso por distinguirse en la nueva guerra, criticó con dureza al Estado Mayor de la Armada por no haber intentado apoderarse de Trondheim. «Cuando vi lo mal que iban las cosas —dijo—, no dejé de importunar al Almirantazgo y al gabinete de Guerra para que me dejaran asumir toda la responsabilidad y dirigir el ataque». Con su uniforme de almirante, apoyó las quejas de la oposición con detalles técnicos y su propia experiencia profesional en un tono muy acorde al estado de ánimo de la Cámara. Desde los escaños situados detrás del gobierno citó Amery, en medio de grandes vítores, las imperiosas palabras que dirigió Cromwell al Parlamento largo: «Habéis estado aquí demasiado tiempo para el poco bien que habéis hecho. Marchaos, os lo ruego, y dejad que acabemos con vos. En nombre de Dios, ¡idos!», unas palabras terribles, procedentes de un amigo y colega de tantos años, otro parlamentario de Birmingham y un miembro distinguido y experto del comité asesor del monarca.

El segundo día, el ocho de mayo, aunque el debate continuó con una moción de suspensión, adquirió el carácter de un voto de censura y Herbert Morrison, en nombre de la oposición, anunció su intención de pedir una votación. El primer ministro volvió a ponerse de pie, aceptó el desafío y, en un pasaje poco afortunado, pidió el apoyo de sus amigos. Tenía derecho a hacerlo, ya que estos amigos habían apoyado su acción, o su falta de acción, y por tanto compartían su responsabilidad durante «los años en que os devoró la langosta», antes de la guerra. Pero ese día permanecieron avergonzados y en silencio, y algunos de ellos se sumaron a las manifestaciones de

hostilidad. Ese día se produjo la última intervención decisiva de Lloyd George en la cámara de los Comunes. En un discurso que no duró más de veinte minutos, asestó un golpe que hirió a fondo la cabeza del gobierno. Hizo esfuerzos por exculparme: «No creo que el Primer Lord sea totalmente responsable de todo lo que sucedió en Noruega». Lo interrumpí de inmediato: «Asumo toda la responsabilidad por todo lo que ha hecho el Almirantazgo y acepto la parte que me corresponde». Tras advertirme que no me dejara convertir en un refugio antiaéreo para impedir que las astillas alcanzaran a mis colegas, Lloyd George se dirigió a Chamberlain: «No se trata de quiénes son los amigos del primer ministro, sino de una cuestión mucho más importante. Nos ha pedido un sacrificio y la nación está dispuesta a hacer cualquier sacrificio siempre que haya un líder, mientras el gobierno muestre con claridad cuáles son sus objetivos, mientras la nación confíe en que aquellos que la dirigen lo están haciendo lo mejor posible». Y acabó diciendo: «Afirmo solemnemente que el primer ministro debería dar un ejemplo de sacrificio, porque nada puede contribuir más a ganar esta guerra que su renuncia a los símbolos de su autoridad».

Los ministros nos mantuvimos unidos. Los secretarios de Estado de Guerra y Aviación ya habían hablado. Yo me había ofrecido a cerrar el debate, lo que no era más que mi obligación, no sólo por lealtad al jefe al que había servido sino también por el papel tan destacado que desempeñé en el uso de nuestras inadecuadas fuerzas durante nuestro desesperado esfuerzo por socorrer a Noruega. Hice todo lo posible para que el gobierno recuperara el control de la Cámara frente a las continuas interrupciones, procedentes fundamentalmente de los escaños de la oposición laborista. Lo hice con buen corazón al pensar en sus errores y su peligroso pacifismo de los años anteriores y en cómo, apenas cuatro meses antes del estallido de la guerra, votaron unánimemente en contra del servicio militar obligatorio. Pensé que yo, y unos pocos amigos que actuaron conmigo, teníamos derecho a censurarlos así, pero que ellos no lo tenían. Cuando me interrumpieron, les repliqué y les desafié, y varias veces fue tal el clamor que no me podía hacer oír. Sin embargo, quedaba claro que su ira no iba dirigida contra mí sino contra el primer ministro, a quien yo defendía en la medida de mis posibilidades y sin tener en cuenta ninguna otra consideración. Cuando me senté, a las once, la Cámara se dividió. El gobierno obtuvo una mayoría de ochenta y uno, pero más de treinta conservadores votaron con la oposición laborista y la liberal, y otros sesenta sé abstuvieron. No cabía duda de que, de hecho, aunque no en la forma, tanto el debate como la división eran una manifestación violenta de la falta de confianza en Chamberlain y su gobierno.

Cuando acabó el debate, me invitó a ir a su despacho; me di cuenta en seguida de que se tomaba muy en serio el sentimiento de la Cámara con respecto a su persona y que sentía que no podía continuar. Tenía que haber un gobierno nacional; un partido solo no podía asumir toda la responsabilidad. Había que formar un gobierno en el que

participaran todos los partidos; si no, no saldríamos adelante. Excitado por los antagonismos del debate y seguro de mi propia trayectoria pasada sobre las cuestiones en juego, yo estaba totalmente decidido a seguir luchando. «Este debate ha sido muy perjudicial, pero cuenta con una buena mayoría. No se tome la cuestión tan a pecho. Nuestra posición con respecto a Noruega es mejor que la que le pudimos presentar a la Cámara. Refuerce su gobierno por todos lados y sigamos adelante hasta perder la mayoría». Así le hablé, pero Chamberlain ni se convenció ni se consoló; le dejé, cerca de la medianoche, con la sensación de que mantendría su decisión de sacrificarse si no había otra solución en lugar de tratar de seguir adelante la guerra con el gobierno de un solo partido.

No recuerdo exactamente cómo ocurrieron las cosas durante la mañana del nueve de mayo, pero esto es lo que pasó. Sir Kingsley Wood estaba muy próximo al primer ministro como colega y amigo. Hacía tiempo que trabajaban juntos, con total confianza. Por él supe que Chamberlain había decidido formar un gobierno nacional y que si él no podía estar al frente le cedería el lugar a alguien que mereciera su confianza y fuera capaz de hacerlo. De modo que esa tarde me dijeron que era posible que me llamaran para tomar el mando. La perspectiva ni me entusiasmó ni me alarmó. Me pareció que sería el mejor plan, con gran diferencia. Me conformaba con que las cosas siguieran su curso. Por la tarde, el primer ministro me llamó a Downing Street, donde encontré a lord Halifax y, después de conversar sobre la situación en general, nos dijeron que Attlee y Greenwood vendrían al cabo de unos minutos para hacer una consulta.

Cuando llegaron, nos sentamos los tres ministros a un lado de la mesa y los líderes de la oposición al otro. Chamberlain declaró que tenía primordial importancia la formación de un gobierno nacional y quería saber si el Partido Laborista estaba dispuesto a colaborar a sus órdenes. El partido estaba reunido en Bournemouth. La conversación transcurrió con amabilidad, pero quedó claro que los líderes laboristas no asumirían ningún compromiso sin consultar a sus militantes y sugirieron, sin mostrar demasiada ambigüedad, que les parecía que la respuesta sería desfavorable. A continuación se retiraron. Era una tarde luminosa de sol, y lord Halifax y yo estuvimos un rato sentados en el jardín del número 10 conversando sobre cuestiones generales. Después regresé al Almirantazgo y estuve ocupado durante el resto de la tarde y buena parte de la noche con muchos asuntos.

Amaneció el diez de mayo y nos llegaron terribles noticias. Fueron llegando cajas con telegramas desde el Almirantazgo, la Oficina de Guerra y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Los alemanes habían asestado el golpe tan esperado: invadieron a la vez Holanda y Bélgica. Atravesaron sus fronteras por numerosos puntos Había comenzado el desplazamiento del Ejército alemán con la invasión de los Países Bajos

y de Francia.

A eso de las diez vino a verme sir Kinsgley Wood, que acababa de estar con el primer ministro. Me dijo que Chamberlain pensaba que la gran batalla que acababa de empezar le exigía continuar en su puesto. Kingsley Wood le había dicho que por el contrario, con la nueva crisis era todavía más necesario contar con un gobierno nacional que era el único que podría hacerle frente y añadió que Chamberlain había estado de acuerdo. A las once, el primer ministro me volvió a llamar a Downing Street donde volví a encontrar a lord Halifax. Nos sentamos a la mesa, frente a Chamberlain, que nos dijo que estaba satisfecho de que la formación de un gobierno nacional quedara fuera de su alcance. La respuesta que recibió de los líderes laboristas no le dejaba ninguna duda al respecto. Por tanto, la cuestión era a quién le recomendaría al rey que recurriera después de aceptar su propia renuncia. Se mostró frío, sereno y aparentemente bastante indiferente sobre el aspecto personal de la situación. Nos miraba a ambos desde el otro lado de la mesa.

He tenido muchas reuniones importantes a lo largo de mi vida pública, pero sin duda ésta fue la más importante. Por lo general hablo mucho, pero en esta ocasión me mantuve callado. Sin duda, Chamberlain recordaba la violenta escena que ocurrió en la cámara de los Comunes dos noches antes, cuando aparentemente sostuve una controversia tan acalorada con el Partido Laborista. Aunque lo hice para apoyarlo y defenderlo, sin embargo le parecía que podía ser un obstáculo para lograr que me apoyaran en esta coyuntura. No recuerdo con exactitud las palabras que utilizó, pero esto fue lo que implicó. Su biógrafo, Feiling, afirma con total segundad que él prefería a lord Halifax. Como permanecí en silencio se produjo una larga pausa. Sin duda, pareció mucho más larga que los dos minutos que se observan cuando se conmemora el día del Armisticio. Al final, habló Halifax y dijo que le parecía que, como miembro de la cámara de los Lores, es decir, al margen de la cámara de los Comunes, le resultaría muy difícil desempeñar el cargo de primer ministro en una guerra como ésta, porque lo harían responsable de todo, pero tendría la facultad de orientar a la asamblea sobre cuya confianza dependía la vida de todo gobierno. Habló varios minutos en este sentido y, cuando acabó, estaba claro que me tocaría a mí, de hecho, me había tocado a mí. Entonces hablé por primera vez. Dije que no entraría en conversaciones con ninguno de los partidos de la oposición hasta que el rey no me encomendara la formación de un gobierno, con lo que finalizó esta conversación memorable y recuperamos nuestro tono distendido familiar de hombres que habíamos trabajado juntos durante años y cuyas vidas, tanto públicas como privadas, habían transcurrido con toda la familiaridad de la política británica. Entonces regresé al Almirantazgo donde, como es fácil imaginar, tenía muchas cosas que resolver.

Me aguardaban en mi despacho los ministros holandeses, ojerosos y agotados, recién llegados de Amsterdam, con el horror en la mirada. Su país había sido atacado

sin el menor pretexto ni advertencia. El alud de fuego y acero atravesó las fronteras y cuando comenzó la resistencia y la guardia fronteriza holandesa abrió fuego, los masacraron desde el aire. Todo el país quedó sumido en un estado de violenta confusión. Se había puesto en marcha el programa de defensa preparado desde hacía tanto tiempo; se abrieron los diques y las aguas se desparramaron por doquier. Pero los alemanes ya habían cruzado las líneas exteriores, bajaban por las orillas del Rin y atravesaban las defensas de Gravelines. Amenazaban el paso que cierra el Zuiderzee. ¿Podíamos hacer algo para impedirlo? Afortunadamente teníamos una flotilla no muy lejos de allí; de inmediato se le dieron órdenes de atacar el paso para causar el mayor daño posible a los invasores. La reina todavía estaba en Holanda, aunque aparentemente no podría quedarse mucho más tiempo.

Como consecuencia de estas conversaciones el Almirantazgo despachó gran cantidad de órdenes a todos los barcos que teníamos cerca, y se establecieron estrechas relaciones con la Armada holandesa. A pesar de tener presente la reciente invasión a Noruega y Dinamarca, los ministros holandeses parecían incapaces de comprender que la gran nación alemana, que hasta la noche anterior no les había profesado más que amistad, de pronto emprendiera un ataque tan temible y brutal. Entre estos procedimientos y otros asuntos transcurrieron una o dos horas. Llegó un alud de telegramas procedentes de todas las fronteras afectadas por el avance de los ejércitos alemanes. Aparentemente estaba en plena marcha el viejo plan Schlieffen, actualizado para incluir a Holanda. En 1914 el poderoso flanco derecho de la invasión alemana arrasó Bélgica pero se detuvo antes de llegar a Holanda. Se sabía entonces que si la guerra se hubiera retrasado tres o cuatro años habría habido otro grupo de ejército más y se habrían adaptado las terminales y las comunicaciones ferroviarias para atravesar Holanda. Ahora se lanzaba el famoso movimiento con todas estas facilidades y con todas las circunstancias de la sorpresa y la traición. Pero faltaban otros acontecimientos. El golpe decisivo del enemigo no consistiría en un movimiento de giro sobre el flanco sino en un ataque frontal, aunque esto no lo habíamos previsto ni nosotros ni los franceses que estaban al mando. A principios de ese año, en una entrevista que se publicó, advertí a estos países neutrales del destino que se cernía sobre ellos y que resultaba evidente a partir de la distribución de las tropas y el desarrollo de carreteras y líneas férreas, además de los planes ale manes que se habían capturado. Pero mis palabras no fueron bien recibidas.

En el estrépito de esta inmensa batalla, las serenas conversaciones que mantuvimos en Downing Street se esfumaron o quedaron relegadas al olvido. No obstante recuerdo que me dijeron que Chamberlain había ido o iba a ver al rey, lo que era previsible. Entonces llegó un mensaje comunicándome que tenía que presentarme en el palacio a las seis. Bastan dos minutos para llegar hasta allí desde el Almirantazgo a lo largo del Malí. Aunque supongo que los periódicos vespertinos

debían de estar llenos de las terribles noticias que llegaban desde el continente europeo, ni se mencionaba la crisis del gabinete. El público no había tenido tiempo para asimilar lo que ocurría, ni en el exterior ni en el país, y no había una multitud en torno a las puertas del palacio.

Me condujeron en seguida ante el rey. Su Majestad me recibió con amabilidad y me pidió que tomara asiento. Me observó inquisitiva y socarronamente durante unos momentos y me dijo: «Supongo que no sabe para qué lo he hecho venir». Siguiéndole el juego le respondí: «Señor, no acierto a imaginarlo». Riendo, me dijo: «Quiero pedirle que forme gobierno». Le dije que así lo haría, sin duda.

El rey no puso ninguna condición de que el gobierno fuera de carácter nacional, y me pareció que mi encargo de formar gobierno no dependía formalmente de este punto. Pero teniendo en cuenta lo ocurrido y las condiciones que provocaron la dimisión de Chamberlain, era obvio que así debía ser en esa situación. Si me resultaba imposible llegar a un acuerdo con los partidos de la oposición no estaría inhabilitado constitucionalmente para tratar de formar el gobierno más fuerte posible para defender el país durante el peligro, siempre que este gobierno alcanzara la mayoría en la cámara de los Comunes. Le dije al rey que me pondría en contacto inmediatamente con los dirigentes del Partido Laborista y el Liberal, que me proponía formar un gabinete de Guerra compuesto por cinco o seis ministros y que esperaba poder darle por lo menos cinco nombres antes de medianoche, tras lo cual me despedí y regresé al Almirantazgo.

Entre las siete y las ocho, a instancias mías, vino a verme Attlee, acompañado por Greenwood. Le dije que tenía el encargo de formar un gobierno y le pregunté si el Partido Laborista estaba dispuesto a participar, a lo que respondió que sí. Le propuse una participación de más de un tercio, con dos miembros en el gabinete de Guerra, que estaría compuesto por cinco, o tal vez seis personas, y le pedí a Attlee que me proporcionara una lista de nombres para poder discutir los cargos concretos. Le mencioné a Emest Bevin, Alexander, Morrison y Dalton como hombres que de inmediato debían prestar servicio en altos cargos. Evidentemente, hacía tiempo que conocía tanto a Attlee como a Greenwood de la cámara de los Comunes. En los diez años previos al comienzo de la guerra, desde mi posición más o menos independiente, tuve más enfrentamientos con los gobiernos conservadores y nacionales que con la oposición laborista y liberal. Mantuvimos una conversación agradable durante un rato y después se marcharon para informar por teléfono a sus amigos y seguidores, reunidos en Bournemouth, con quienes, evidentemente, habían estado en estrecho contacto durante las cuarenta y ocho horas previas.

Invité a Chamberlain a presidir la cámara de los Comunes en calidad de Lord Presidente del Consejo, y me respondió por teléfono que estaba de acuerdo y que había preparado una transmisión por radio, a las nueve de esa noche, para anunciar su

dimisión y para pedir a todos que colaboraran con su sucesor y lo apoyaran. Y así lo hizo, con términos muy magnánimos. Le pedí a lord Halifax que se incorporara al gabinete de Guerra, sin dejar de ser ministro de Asuntos Exteriores. A eso de las diez, le envié al rey una lista de cinco nombres como le había prometido. La designación de los tres ministros de las Fuerzas Armadas era urgente. Yo ya tenía decidido quiénes debían ser: Edén en la Oficina de Guerra, Alexander en el Almirantazgo y sir Archibald Sinclair, líder del Partido Liberal, en el Ministerio de Aviación. Al mismo tiempo, yo asumía el cargo de ministro de Defensa, aunque sin intentar definir su alcance ni sus atribuciones.

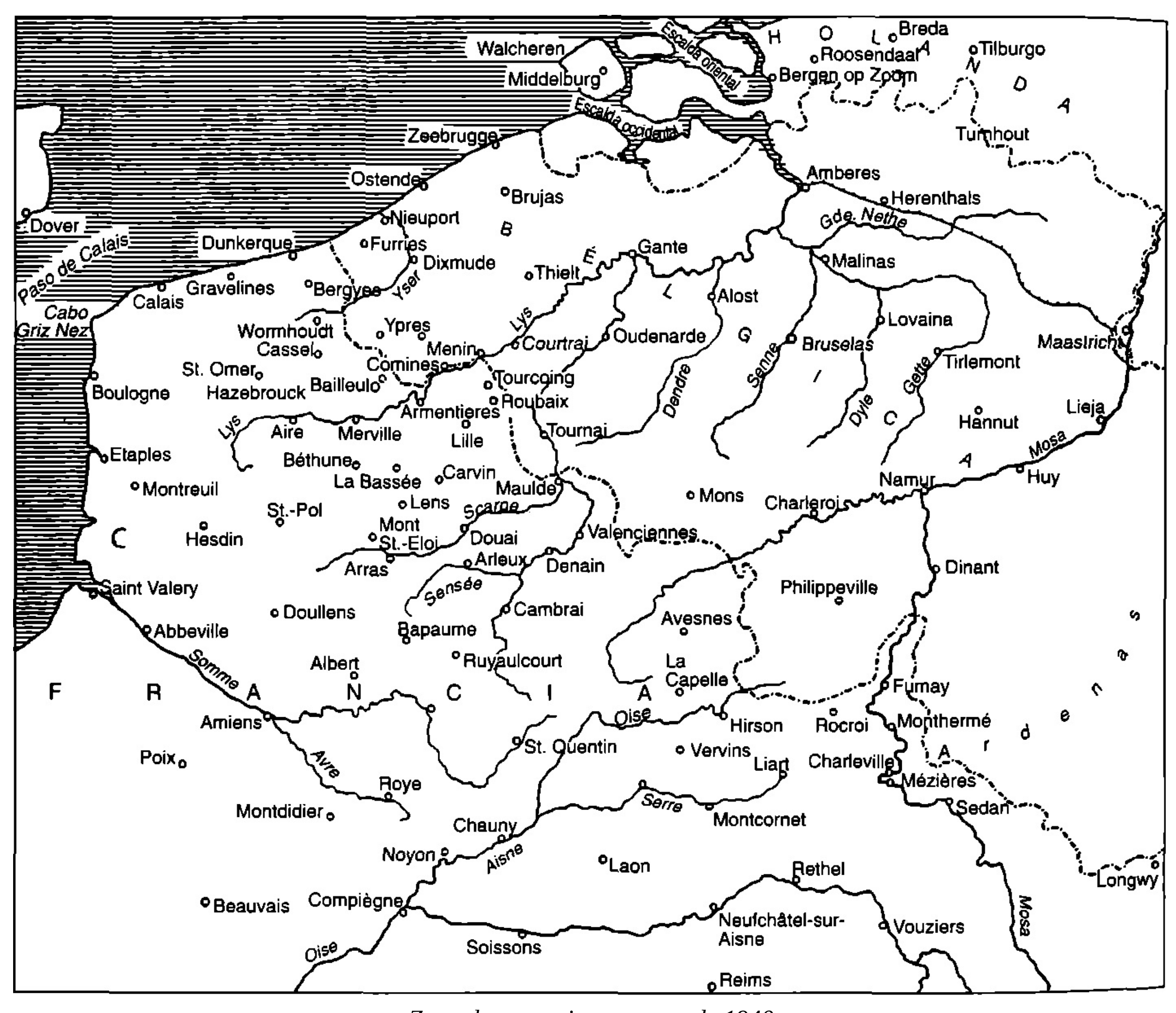
De este modo, la noche del diez de mayo, al comienzo de esta enorme batalla, obtuve la jefatura del Estado que a partir de entonces ejercí cada vez en mayor medida durante los cinco años y tres meses de guerra mundial, al cabo de los cuales, cuando nuestros enemigos se habían rendido sin condiciones o estaban a punto de hacerlo, el electorado británico decidió que no debía seguir dirigiendo sus asuntos.

Durante estos últimos días de la crisis política tan agitados no se me aceleró el pulso en ningún momento. Me tomé las cosas con calma. Pero no puedo ocultarle al lector de esta crónica sincera que, cuando me fui a la cama, a eso de las tres de la noche, era consciente de una profunda sensación de alivio. Por fin disponía del pode para dar órdenes sobre la totalidad de la situación. Me dio la impresión de que caminaba con el destino y de que toda mi vida anterior no había sido más que una preparación para ese momento y ese desafío. Diez años en la jungla política me habían liberado de los antagonismos partidistas comunes. Mis advertencias durante los últimos seis años habían sido tan numerosas, tan detalladas y tan justificadas, que nadie podía refutarme nada. No me podían reprochar ni por hacer la guerra ni por la falta de preparación para ella. Pensé que conocía muy bien la situación y estaba seguro de que no fallaría. Por tanto, aunque estaba impaciente con respecto a la mañana siguiente dormí profundamente, sin necesidad de sueños alentadores Después de todo, los hechos son mejores que los sueños.

LIBRO II

SOLO
10 de mayo de 1940-22 de junio de 1941

«Después de los primeros cuarenta días nos quedamos solos, mientras que Alemania e Italia, victoriosas, lanzaban contra nosotros un ataque mortal, la Rusia soviética adoptaba una neutralidad hostil en apoyo activo de Hitler y Japón constituía una amenaza inescrutable.»



Zona de operaciones, mayo de 1940

Capítulo I

LA COALICIÓN NACIONAL

La furia de la tormenta, acumulada lentamente y tanto tiempo contenida, cayó sobre nosotros finalmente. Cuatro o cinco millones de hombres se enfrentaron entre sí en el primer choque de la más despiadada de todas las guerras de las que tenemos constancia. Al cabo de una semana, el frente de Francia, tras el que nos habíamos acostumbrado a vivir durante los años difíciles de la guerra anterior y la fase inicial de ésta, se quebró irremisiblemente. En tres semanas, el famoso Ejército francés sufrió una derrota aplastante y nuestro Ejército británico fue arrojado al mar y perdió todo su equipo. En un plazo de seis semanas nos encontramos solos, casi desarmados, con Alemania e Italia, triunfantes, dispuestas a echársenos encima, con toda Europa expuesta al poder de Hitler y con Japón fulminándonos desde el otro lado del mundo. En medio de estos hechos y estas perspectivas que se avecinaban asumí mis obligaciones como primer ministro y ministro de Defensa y encaré la primera misión de formar un gobierno compuesto por todos los partidos para dirigir los asuntos de Su Majestad, tanto internos como en el extranjero, con los medios que se estimasen más adecuados para el interés nacional.

Exactamente cinco años después, con una diferencia de días, se podían examinar nuestras circunstancias desde un punto de vista más favorable. Italia había sido conquistada y habían matado a Mussolini. El poderoso Ejército alemán se había rendido sin condiciones. Hitler se había suicidado. Además de las inmensas capturas del general Eisenhower, el mariscal de campo Alexander en Italia y el mariscal de campo Montgomery en Alemania tomaron prisioneros a casi tres millones de soldados alemanes en veinticuatro horas. Francia fue liberada, se recuperó, revivió. De la mano de nuestros aliados, los dos imperios más poderosos del mundo, estábamos a punto de lograr la rápida aniquilación de la resistencia japonesa. El contraste era notable, sin duda. En estos cinco años recorrimos un largo camino, difícil y peligroso. Los que murieron en él no perdieron la vida en vano. Los que avanzaron hasta el final siempre estarán orgullosos de haberlo recorrido con honor.

Al ofrecer una explicación de mi mandato y narrar la historia del famoso gobierno de coalición nacional, lo primero que tengo que hacer es aclarar el grado y la fuerza de la aportación realizada por Gran Bretaña y por su imperio, más unidos todavía ante el peligro, a la que acabó por convertirse en la causa común de tantos Estados y naciones. Lo hago sin la menor intención de establecer comparaciones envidiosas ni de despertar rivalidades sin sentido con nuestro principal aliado, Estados Unidos, al

que debemos una inconmensurable y permanente gratitud. Pero conviene a los intereses comunes del mundo de habla inglesa conocer y comprender la magnitud del esfuerzo bélico británico, para lo que encargué hacer el cuadro que aparece en la página siguiente, que abarca todo el período de la guerra y demuestra que, hasta julio de 1944, Gran Bretaña y su imperio tuvieron una cantidad considerablemente mayor de divisiones *en contacto con el enemigo* que Estados Unidos. Esta cifra global no sólo incluye el ámbito europeo y el africano sino también la guerra en Asia contra Japón. Hasta la llegada a Normandía, en el otoño de 1944, de la gran masa del Ejército estadounidense, tuvimos el derecho a hablar por lo menos en un plano de igualdad y en general como elemento preponderante en todos los frentes de la guerra a excepción del Pacífico y Australasia; esto también es válido, hasta la fecha mencionada, con respecto a la suma de todas las divisiones, en todos los frentes, en cualquier mes. A partir de julio de 1944 el frente de lucha de Estados Unidos, representado por la cantidad de divisiones en contacto con el enemigo, se fue volviendo cada vez más preponderante y así continuó, cada vez más, hasta la victoria definitiva diez meses después.

Otra comparación que he hecho demuestra que el sacrificio realizado por Gran Bretaña y su imperio en cuanto a pérdida de vidas humanas fue superior al de nuestro valeroso aliado. El total de británicos muertos y desaparecidos dados por muertos pertenecientes a las Fuerzas Armadas ascendió a 303.240, a los que habría que añadir más de 109.000 procedentes de los dominios, la India y las colonias, lo que da un total de más de 412.240. Esta cifra no incluye los 60.500 civiles que murieron en los ataques aéreos al Reino Unido, ni las pérdidas de nuestra marina mercante ni de los pescadores que sumaron alrededor de 30.000. En comparación con esta cifra, Estados Unidos cifra sus muertos en el Ejército y en la Fuerza Aérea, la Armada, la Infantería de Marina y los Guardacostas en 322.188[32]. Cito esta sombría lista de honor confiando en que la camaradería consagrada por sangre tan valiosa siga inspirando la reverencia y la conducta del mundo anglohablante.

«EQUIVALENCIA EN DIVISIONES» DE LAS FUERZAS TERRESTRES EN CONTACTO CON EL ENEMIGO						
	IMPERIO BRITÁNICO			ESTADOS UNIDOS		
	Frente occidental	*Frente oriental*	*Total*	*Frente occidental*	*Frente oriental*	*Total*
1/1/1940	5 1/3(a)	—	5 1/3	—	—	—
1/7/1940	6	—	6	—	—	—
1/1/1941	10 1/3	—	10 1/3(b)	—	—	—
1/7/1941	13	—	13(b)	—	—	—
1/1/1942	7 2/3	7	14 2/3	—	2 2/3	2 2/3(c)
1/7/1942	10	4 2/3	14 2/3	—	8 1/3	8 1/3
1/1/1943	10 1/3	8 2/3	19	5	10	15
1/7/1943	16 1/3	7 2/3	24 1/3	10	12 1/3	22 1/3
1/1/1944	11 1/3	12 1/3	23 2/3	6 2/3	9 1/3	16
1/7/1944	22 2/3	16	38 2/3	25	17	42
1/1/1945	30 1/3	18 2/3	49	55 2/3	23 1/3	79

NOTAS E HIPÓTESIS

(a) El Cuerpo Expedicionario británico en Francia.

(b) No incluye las guerrillas en Abisinia.

(c) No incluye las tropas filipinas.

Se toma como línea divisoria entre el frente oriental y el occidental una línea norte-sur que pasa por Karachi.

Los siguientes NO se consideran frentes de operaciones:

La frontera noroccidental de la India, Gibraltar, el oeste de África, Islandia, Hawai, Palestina, Irak, Siria (salvo el 1/7/1941).

Malta se toma como frente de operaciones, y también Alaska, desde enero de 1942 hasta julio de 1943.

NO se incluyen los contingentes extranjeros, por ejemplo, los de la Francia Libre, los polacos y los checos.

En cuanto al mar, naturalmente Estados Unidos soportó casi todo el peso de la guerra en el Pacífico, y las batallas decisivas que libraron cerca de la islas Midway, en Guadalcanal y en el mar de Coral en 1942 les dieron toda la iniciativa en ese vasto territorio oceánico, abriéndoles la posibilidad de atacar todas las conquistas japonesas y al final al propio Japón. La Armada estadounidense no podía llevar al mismo tiempo el peso principal en el Atlántico y en el Mediterráneo. En este caso también estoy obligado a establecer los hechos. De los 781 submarinos alemanes y los 85 italianos que fueron destruidos en el frente europeo, en el océano Atlántico y en el índico, de 594 dieron cuenta las fuerzas navales y aéreas británicas, que también

acabaron con todos los acorazados, cruceros y destructores alemanes, además de destruir o capturar toda la flota italiana.

El cuadro de las pérdidas de submarinos es el siguiente:

SUBMARINOS PERDIDOS			
Destruido por	*alemanes*	*italianos*	*japoneses*
Fuerzas británicas[33]	525	69	9 1/2
Fuerzas estadounidenses[33]	174	5	110 1/2
Otros y causas desconocidas	82	11	10
Totales	781	85	130
Total de submarinos destruidos: 996.			

En el aire, Estados Unidos realizó espléndidos esfuerzos por entrar en acción, sobre todo con sus bombarderos Fortaleza diurnos, en mayor escala desde los primeros momentos posteriores a Pearl Harbour, y utilizó su poder tanto contra Japón como, desde las islas Británicas, contra Alemania. Sin embargo, cuando llegamos a Casablanca en enero de 1943, de hecho ni un solo bombardero estadounidense había arrojado una bomba diurna sobre Alemania. No tardarían en dar frutos los grandes esfuerzos que estaban haciendo, pero hasta finales de 1943 Gran Bretaña había arrojado sobre Alemania un total de bombas que superaba en más de ocho toneladas las arrojadas por los aparatos estadounidenses, tanto de día como de noche, y hasta la primavera de 1944 Estados Unidos no alcanzó la preponderancia. En este aspecto, al igual que en los ejércitos y en el mar, estuvimos presentes desde el comienzo, y sólo en 1944 nos alcanzó y nos superó el enorme esfuerzo bélico de Estados Unidos.

Hay que recordar que nuestro esfuerzo en municiones, desde el principio de la ley de Préstamo y Arriendo, en enero de 1941, se incrementó en más de un quinto gracias a la generosidad de Estados Unidos. Con los materiales y las armas que nos dieron, de hecho fuimos capaces de combatir como *si fuéramos una nación de cincuenta y ocho millones, en lugar de cuarenta y ocho*. En cuanto al transporte, también gracias a la maravillosa producción de barcos tipo Liberty se pudo mantener el envío de suministros a través del Atlántico. Por otra parte, hay que tener en cuenta el análisis de las pérdidas de transportes por la acción del enemigo que sufrieron todos los países durante la guerra. Las cifras son las siguientes:

Nacionalidad	*Pérdidas en toneladas brutas*	*Porcentaje*
Británica	11.357.000	54
Estadounidense	3.334.000	16
Todas las demás naciones (fuera del control enemigo)	6.503.000	30
Totales	21.194.000	100

El 80 por 100 de estas pérdidas corresponden al océano Atlántico, incluidas las aguas costeras británicas y el mar del Norte. Apenas un 5 por 100 se perdió en el Pacífico.

No aclaro todo esto para reclamar un crédito excesivo sino para establecer sobre una base sólida, capaz de inspirar un respeto imparcial, la intensa actividad desarrollada en todas las formas de actividad bélica por el pueblo de esta pequeña isla, sobre la que recayó lo peor en esta crisis de la historia mundial.

Es probable que resulte más sencillo formar un Consejo de Ministros, sobre todo uno de coalición, en el calor de la batalla que en tiempos de paz, porque el sentido del deber domina todo lo demás y se dejan de lado los personalismos. Una vez acordado lo principal con los dirigentes de los demás partidos con el consentimiento formal de sus organizaciones, la actitud de todas las personas que convoqué fue similar a la de los soldados en acción, que acuden en seguida a los puestos que se les asignan sin cuestionar nada. Después de que se estableciera oficialmente la base del partido, me parece que la idea de egoísmo no se cruzó por la cabeza de ninguno de los innumerables caballeros que tuve que ver. Si unos pocos dudaron ello se debió tan sólo a consideraciones públicas. Esta conducta tan elevada se aplicó sobre todo a la gran cantidad de ministros conservadores y nacional-liberales que tuvieron que dejar el cargo e interrumpir su carrera y, en este momento de incomparable interés y excitación, abandonar la vida oficial, en muchos casos para siempre.

Los conservadores tenían una mayoría de más de ciento veinte escaños sobre todos los demás partidos de la Cámara juntos. Chamberlain era el líder que habían elegido. No podía evitar darme cuenta de que el hecho de que yo lo sustituyera debió de ser muy desagradable para muchos de ellos después de tantos años de críticas y a menudo de encarnizados reproches. Además, debía de ser evidente para la mayoría de ellos que toda mi vida había tenido desavenencias o conflictos con el Partido Conservador, que me había alejado de ellos con relación al libre comercio y que había vuelto como ministro de Hacienda, tras lo cual fui, durante muchos años, su principal contrincante sobre la cuestión india, en política exterior y sobre la falta de preparación para la guerra. Aceptarme como primer ministro les costó mucho y fue

doloroso para muchos hombres honorables. Además, la lealtad al dirigente electo del partido es una característica fundamental de los conservadores. Si en algunas cuestiones fallaron en su obligación a la nación en los años previos a la guerra, se debió a su sentido de lealtad hacia el jefe elegido. Pero ninguna de estas consideraciones me producía la menor ansiedad, ya que sabía que todas quedarían apagadas por el ruido de los cañones.

En principio, ofrecí a Chamberlain, y él aceptó, el liderazgo de la cámara de los Comunes y el cargo de Lord Presidente, aunque esto no se había hecho público. Attlee me informó de que el Partido Laborista no podría funcionar bien con este arreglo. En una coalición, el liderazgo de la Cámara tiene que ser aceptado por la mayoría. Se lo planteé a Chamberlain y, con su aprobación, yo mismo asumí el liderazgo y lo conservé hasta febrero de 1942. Durante este período Attlee actuó como mi representante para hacer el trabajo cotidiano. Su amplia experiencia en la oposición le sirvió de gran ayuda. Yo sólo acudía en las ocasiones más importantes que fueron, sin embargo, reiteradas. Para muchos conservadores esto fue un desaire al líder de su partido. Todos admiraban su conducta personal. La primera vez que entró en la Cámara en su nueva condición (el trece de mayo), todos los miembros de su partido, que eran la gran mayoría, se pusieron en pie y lo recibieron con grandes muestras de cordialidad y aprecio. Durante las primeras semanas a mí me recibían mejor desde los escaños laboristas, pero Chamberlain me mostró una lealtad y un apoyo inquebrantables y yo me sentía seguro de mí mismo.

Algunos miembros del Partido Laborista y algunas de las figuras capaces y entusiastas que no fueron incluidas en el nuevo gobierno ejercieron bastante presión para que se hiciera una purga de los «culpables» y de los ministros que participaron en lo de Múnich o a los que se podía criticar por los numerosos inconvenientes que padecieron nuestros preparativos bélicos. Pero no era el momento adecuado para proscribir a patriotas capaces con mucha experiencia en altos cargos. Si los censores se hubiesen salido con la suya, por lo menos una tercera parte de los ministros conservadores se habrían visto obligados a dimitir. Teniendo en cuenta que Chamberlain era el líder del Partido Conservador, era evidente que este movimiento destruiría la unidad nacional. Además, yo no tenía necesidad de preguntarme si toda la culpa estaba de un solo lado. La responsabilidad oficial correspondía al gobierno de la época, pero la responsabilidad moral quedaba más repartida. Conservaba en la cabeza, con todo detalle, una lista impresionante de frases de los discursos y los votos de los ministros laboristas, y otro tanto de los liberales, todos ellos anquilosados por los acontecimientos. Nadie tenía más derecho que yo a pasar una esponja sobre el pasado; por tanto, me resistí a estas tendencias perjudiciales. «Si el presente —dije algunas semanas después— trata de juzgar al pasado, perderá el futuro». Este argumento y el tremendo peso que imponían las circunstancias aplastaron a los que

pretendieron montar una caza de brujas.

Mis experiencias en esos primeros días fueron singulares. Uno convivía con la batalla, en la que se centraban todos los pensamientos y sobre lo que no se podía hacer nada. Había que constituir un gobierno, atender a los caballeros y mantener el equilibrio de los partidos. No recuerdo, ni consta en mis notas, cómo pasaba las horas. En esa época, la gestión ministerial británica estaba compuesta por entre sesenta y setenta ministros de la Corona, todos los cuales tenían que encajar como las piezas de un rompecabezas, en este caso teniendo en cuenta las exigencias de tres partidos. Tenía que recibir no sólo a las figuras principales sino también, al menos durante unos minutos, a la multitud de hombres capaces que había que seleccionar para tareas importantes. Para formar un gobierno de coalición el primer ministro tiene que conceder la debida importancia a los deseos de los líderes parlamentarios con respecto a cuáles de sus seguidores desempeñarán los cargos que se adjudican al partido, y yo respeté este principio. Si quedó fuera alguien que merecía un puesto mejor, por recomendación de las autoridades del partido, o incluso a pesar de esa recomendación, sólo puedo manifestar que lo lamento. En general, no obstante, las dificultades fueron escasas.

Clement Attlee fue para mí un colega de la experiencia bélica muy versado en la cámara de los Comunes. Nuestras únicas diferencias en puntos de vista se referían al socialismo, pero se las tragó una guerra que pronto exigió la subordinación casi total del individuo al Estado. Trabajamos juntos con gran facilidad y confianza durante todo el período de gobierno. Arthur Greenwood fue un sabio asesor muy valiente además de un amigo bueno y servicial.

A sir Archibald Sinclair, como líder oficial del Partido Liberal, le daba vergüenza aceptar el cargo de ministro de Aviación porque a sus seguidores les parecía que debía formar parte del gabinete de Guerra; pero esto iba en contra del principio de tener un gabinete de Guerra reducido, de modo que propuse que se incorporara a ese gabinete cada vez que surgiera algún asunto relacionado con cuestiones políticas fundamentales o con la unión de los partidos. Era mi amigo y había sido mi segundo en el mando cuando, en 1916, comandé el 6.º de Fusileros Reales Escoceses en Ploegsteert («Plug Street»), y personalmente estaba deseando participar en el gran campo de acción que le había reservado. Tras no pocas discusiones, la cuestión se resolvió amigablemente. Emest Bevin, al que conocí al principio de la guerra, durante el intento de mitigar la gran necesidad de barcos pesqueros que tenía el Almirantazgo, tuvo que consultar al Sindicato de Transportes y de Obreros en General, del que era secretario, antes de incorporarse al equipo en el importante puesto de ministro de Trabajo. Hubo que esperar dos o tres días, pero valió la pena. El sindicato, el más grande de toda Gran Bretaña, respondió con unanimidad que

estaba de acuerdo en que aceptase y nos apoyó de forma constante durante cinco años, hasta que ganamos.

El que planteó mayores dificultades fue lord Beaverbrook. Yo creía que podía prestarnos un servicio de la máxima calidad. Como consecuencia de mis experiencias en la guerra anterior, decidí separar la producción y el diseño de aviones del ministerio de Aviación y quise nombrarlo ministro de Producción Aérea. Al principio se mostró renuente a emprender esta tarea y, evidentemente, al ministerio de Aviación no le agradó que se separara la rama de producción. Hubo más resistencias a su nombramiento. Sin embargo, yo estaba seguro de que nuestra vida dependía de la afluencia de aviones nuevos; necesitaba su energía vital y vehemente, de modo que persistí en mi opinión.

Por deferencia a las opiniones mayoritarias expresadas en el Parlamento y en la prensa era imprescindible que el gabinete de Guerra fuera reducido, por tanto comencé con sólo cinco miembros, de los que sólo uno, el ministro de Asuntos Exteriores, tenía un departamento a su cargo. Naturalmente, eran los líderes de los principales partidos de la época. Para poder dirigir la situación con mayor comodidad habitualmente era necesaria la presencia del ministro de Hacienda y el líder del Partido Liberal y a medida que fue pasando el tiempo fue aumentando el número de «asistentes permanentes». Pero toda la responsabilidad correspondía a los cinco ministros que componían el gabinete de Guerra, que eran los únicos que tenían derecho a perder la cabeza si no ganábamos. Los demás podían sufrir por los defectos de los departamentos, pero no como consecuencia de la política de Estado. Fuera del gabinete de Guerra, cualquiera podía decir: «No puedo asumir la responsabilidad por Esto o por lo otro». La responsabilidad política correspondía a instancias superiores, lo que ahorró numerosas preocupaciones a muchas personas en los días que estaban punto de caer sobre nosotros.

En mi larga experiencia política ocupé la mayoría de los altos cargos del Estado, pero reconozco que el puesto que me tocó en ese momento fue el que más me gustó. Es justo considerar ruin el poder que se complace en tratar con prepotencia a los demás seres humanos o en contribuir a la pompa personal. Pero el poder en una crisis nacional, cuando un hombre cree saber las órdenes que tiene que dar, es una bendición. En cualquier campo de acción no puede haber comparación entre las posiciones del número uno, y el número dos, tres o cuatro. Las obligaciones y los problemas de todas las personas son completamente diferentes y en muchos sentidos más difíciles que los de los números uno. Para el número dos o el tres siempre es una desgracia tener que poner en marcha un plan de acción o una política porque no sólo ha de tener en cuenta las ventajas de esa política sino también la opinión de su superior; no sólo lo que tiene que recomendar sino también lo que es adecuado

recomendar desde su posición; no sólo lo que hay que hacer sino cómo conseguir que se apruebe y que se lleve a cabo. Además, el número dos o el tres tendrá que tener en cuenta a los números cuatro, cinco y seis, o tal vez a algún brillante desconocido, aunque sea el número veinte. La ambición, por sí misma por lograr la fama, está presente en todas las mentes. Siempre hay varios puntos de vista que pueden ser acertados y muchos que son plausibles. En 1915, con la situación en los Dardanelos, me arruiné e hice fracasar una empresa importante porque traté de llevar a cabo una operación bélica importante y decisiva desde una posición subordinada. No es aconsejable intentar algo así. Esta lección me ha calado muy hondo.

En cambio, estando en la cima todo es mucho más fácil. Un líder que ha sido aceptado sólo tiene que estar seguro de lo que conviene hacer, o al menos tomar una decisión al respecto. Los apoyos con los que cuenta un número uno son impresionantes. Si tropieza, hay que respaldarlo. Si se equivoca, hay que disimularlo. Si duerme, no hay que molestarlo sin necesidad. Si no sirve, hay que eliminarlo. Pero este último proceso extremo no puede realizarse todos los días y, por cierto, menos cuando acaba de ser elegido.

Los cambios fundamentales en la dirección de la maquinaria bélica fueron más reales que aparentes. Decía Napoleón que «una Constitución debe ser breve y confusa». Los organismos que ya existían se mantuvieron intactos. No se cambiaron las personalidades oficiales. El gabinete de Guerra y el comité de jefes del Estado Mayor al principio se siguieron reuniendo todos los días, igual que antes. Al otorgarme a mí mismo el cargo de ministro de Defensa, con el consentimiento del rey, no introduje ningún cambio legal ni constitucional. Había procurado no definir ni mis derechos ni mis obligaciones. No solicité poderes especiales ni a la Corona ni al Parlamento. Sin embargo, se entendía y se aceptaba que yo asumiría la dirección general de la guerra, con el apoyo del gabinete de Guerra y de la cámara de los Comunes. El cambio fundamental que se produjo cuando asumí el cargo fue, evidentemente, el hecho de que un ministro de Defensa con poderes indefinidos se encargara de la supervisión y la dirección del comité de jefes del Estado Mayor. Como este ministro coincidía con el primer ministro, tenía todos los poderes inherentes a este cargo, que incluían poderes muy amplios para seleccionar y despedir a todos los personajes profesionales y políticos. De modo que, por primera vez, el comité de jefes del Estado Mayor asumía el lugar que le correspondía en contacto directo y diario con el jefe ejecutivo del gobierno y, de acuerdo con él, ejercía el control absoluto de la conducción de la guerra y las Fuerzas Armadas.

La posición del Primer Lord del Almirantazgo y la de los secretarios de Estado de Guerra y Aviación se vio afectada de forma decisiva de hecho, aunque no en la forma. Ya no pertenecían al gabinete de Guerra ni asistían a las reuniones del comité de jefes del Estado Mayor. Siguieron siendo totalmente responsables de sus

departamentos, pero rápidamente y de forma casi imperceptible dejaron de ser responsables de la formulación de planes estratégicos y de la conducción diaria de las operaciones, de las que se ocupaba el comité de jefes del Estado Mayor, actuando directamente bajo la supervisión del ministro de Defensa y primer ministro y, por tanto, con la autoridad del gabinete de Guerra. Los tres ministros de las Fuerzas Armadas, personas muy capaces y muy amigas mías a las que elegí para desempeñar estos cargos, actuaban sin ninguna ceremonia; organizaban y administraban estas fuerzas, cada vez mayores, y colaboraban todo lo que podían de una forma sencilla y práctica, muy inglesa. Disponían de la máxima información porque pertenecían al comité de Defensa y tenían acceso permanente a mí. Sus subordinados profesionales, los jefes del Estado Mayor, lo discutían todo con ellos y los trataban con el máximo respeto. Pero había una dirección general de la guerra a la que se sometían con lealtad. Jamás se derogaron ni se pusieron en entredicho sus facultades, y dentro de este círculo todo el mundo podía decir lo que pensaba; pero la dirección efectiva de la guerra quedó en poco tiempo en muy pocas manos, y lo que antes parecía tan difícil se volvió mucho más sencillo, dejando aparte a Hitler, desde luego. A pesar de la turbulencia de los acontecimientos y de los numerosos desastres que tuvimos que soportar, la maquinaria funcionaba de forma casi automática, y uno vivía en una corriente de pensamiento coherente que se podía traducir con gran rapidez en una acción ejecutiva.

Aunque la espantosa batalla se desarrollaba entonces al otro lado del canal, y sin duda el lector estará impaciente por llegar allí, creo que éste es el momento adecuado para describir el sistema y la maquinaria para dirigir los asuntos militares y de otro tipo que establecí y puse en práctica desde los primeros días que tuve el poder. Soy un gran partidario de resolver los asuntos oficiales *por escrito*. No cabe duda de que, visto retrospectivamente, a buena parte de lo que se pone por escrito de una hora a otra bajo el impacto de los acontecimientos le puede faltar proporción o es posible que no llegue a ser verdad. Estoy dispuesto a correr ese riesgo. Salvo en la jerarquía de la disciplina militar, siempre es mejor expresar opiniones y deseos que dar órdenes. Sin embargo, las directrices escritas procedentes del jefe de un gobierno legítimamente constituido y ministro encargado especialmente de la defensa eran tan importantes que, aunque no se expresaran como órdenes, con mucha frecuencia se concretaban formalmente.

Para asegurarme de que no se usara mi nombre de forma poco rigurosa, durante la crisis de julio emití la siguiente minuta:

> Que quede bien claro que todas las órdenes que yo emita se darán por escrito, o se confirmarán por escrito inmediatamente después, y que no me hago responsable de ninguna cuestión relacionada con la

defensa nacional con respecto a la que se diga que he tomado decisiones que no consten por escrito.

Cuando me despertaba, alrededor de las ocho, leía todos los telegramas y, desde la cama, dictaba una serie ininterrumpida de minutas y directrices a los departamentos y al comité de jefes del Estado Mayor, que se iban mecanografiando por relevos a medida que se hacían y se entregaban de inmediato al general Ismay, el subsecretario (militar) del gabinete de Guerra, que era mi representante en el comité de jefes del Estado Mayor y que venía a verme a primeras horas de la mañana. De este modo disponía de mucho material por escrito para presentarle al comité cuando se reunían a las diez y media. Ellos estudiaban mi punto de vista al mismo tiempo que analizaban la situación general, de modo que, entre las tres y las cinco de la tarde, a menos que surgiera alguna dificultad entre nosotros que requiriera más consultas, teníamos preparada toda una serie de órdenes y telegramas enviados por mí o por los jefes del Estado Mayor y acordados entre nosotros, por lo general tomando de inmediato todas las decisiones que hacían falta.

En la guerra total es casi imposible establecer límites precisos entre los problemas militares y los que no lo son. Que no hubiera fricciones de este tipo entre los militares y los miembros del gabinete de Guerra se debió, en primer lugar, a la personalidad de sir Edward Bridges, el secretario del gabinete de Guerra. Este hombre hijo de un antiguo poeta laureado, no sólo era un trabajador competente e incansable sino también un hombre de una fuerza, una habilidad y un encanto personal excepcionales, sin el menor rastro de envidia. Lo único que le importaba era que la secretaría del gabinete de Guerra estuviera al servicio del primer ministro y del gabinete de Guerra lo mejor posible. Jamás se le ocurría pensar en su propia posición personal, y los funcionarios civiles y los militares de la secretaría no se levantaban nunca la voz.

Para las cuestiones más importantes, o en caso de que hubiera diferencias de opinión, yo convocaba una reunión del comité de Defensa del gabinete de Guerra que, en un principio, comprendía a Chamberlain, Attlee y los tres ministros de las Fuerzas Armadas, y a la que asistían los jefes del Estado Mayor. Estas reuniones formales fueron cada vez menos frecuentes a partir de 1941[34]. A medida que la maquinaria comenzó a funcionar mejor llegué a la conclusión de que ya no eran necesarias las reuniones diarias del gabinete de Guerra con la presencia de los jefes del Estado Mayor. Por tanto, al final establecí lo que entre nosotros conocíamos como «el desfile de los lunes del gabinete». Todos los lunes se celebraba una reunión importante, a la que asistían el gabinete de Guerra en pleno, los ministros de las Fuerzas Armadas y el ministro de Seguridad Interior, el ministro de Hacienda, los ministros de los Dominios y de la India, el ministro de Información, los jefes del Estado Mayor y el jefe oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores. En estas reuniones, cada uno de los jefes del Estado Mayor, por turnos, presentaba su versión

de todo lo que había ocurrido durante los siete días previos, y a continuación el ministro de Asuntos Exteriores daba su versión sobre los acontecimientos importantes que se hubieran producido en los asuntos de su incumbencia. Los demás días de la semana el gabinete de Guerra se reunía solo, y se le presentaban todas las cuestiones importantes sobre las que había que tomar una decisión. También asistían otros ministros cuando se debatían asuntos que competían directamente a sus departamentos. Los miembros del gabinete de Guerra hacían circular todos los informes relacionados con la guerra y leían todos los telegramas importantes que yo enviaba. A medida que fue aumentando la confianza, el gabinete de Guerra tuvo una intervención cada vez menos activa en cuestiones operacionales, aunque las observaban con suma atención y pleno conocimiento. Me quitaron de encima casi todo el peso de los asuntos internos y del partido, con lo que pude concentrarme en el tema principal. Con respecto a todas las operaciones futuras de importancia, siempre los consulté con tiempo pero, si bien examinaban meticulosamente las cuestiones, con frecuencia preferían que no les informara sobre fechas y detalles, y de hecho en varias ocasiones me lo impidieron cuando estaba a punto de revelárselos.

Nunca tuve la intención de plasmar el cargo de ministro de Defensa en un departamento; para esto habría hecho falta legislación, y todos los ajustes delicados que he descrito, la mayoría de los cuales se resolvían gracias a la buena voluntad personal, se habrían tenido que acordar mediante un inoportuno proceso constitucional. Sin embargo existía y funcionaba, bajo la dirección personal del primer ministro, el ala militar de la secretaría del gabinete de Guerra, que antes de la guerra había sido la secretaría del Comité de Defensa Imperial al frente de la que se encontraban el general Ismay, con el coronel Hollis y el coronel Jacob como sus dos jefes de sección, y un grupo de jóvenes oficiales de las tres armas especialmente seleccionados. Esta secretaría constituía el personal de la sede del Ministerio de Defensa y tengo con ellos una deuda inconmensurable. El general Ismay, el coronel Hollis y el coronel Jacob fueron ascendiendo en rango y reputación en el transcurso de la guerra, y ninguno de ellos fue sustituido. En una esfera tan íntima y tan relacionada con cuestiones secretas, los reemplazos perjudican la resolución permanente y eficaz de los asuntos.

Después de algunos cambios que se produjeron al principio, se mantuvo una estabilidad casi pareja en el comité de jefes del Estado Mayor. Al finalizar su mandato como jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, en septiembre de 1940, el capitán general Newall fue nombrado gobernador de Nueva Zelanda y le sucedió el general Portal, reconocido como la estrella de la Fuerza Aérea, que siguió conmigo durante toda la guerra. Sir John Dill, sucesor del general Ironside en mayo de 1940, siguió siendo jefe del Estado Mayor del Imperio hasta que me acompañó a Washington en diciembre de 1941. Entonces lo nombré mi Representante Militar

personal ante el presidente y jefe de nuestra Misión del Estado Mayor Conjunto. Sus relaciones con el general Marshall, Jefe del Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos, fueron un contacto valioso para todas nuestras empresas, y cuando murió al pie del cañón un par de años después le concedieron el honor único de ser enterrado en el cementerio de Arlington, el Valhala que hasta entonces se reservaba exclusivamente para los guerreros estadounidenses. Le sucedió como Jefe del Estado Mayor del Imperio sir Alan Brooke, que permaneció a mi lado hasta el final.

A partir de 1941 y durante casi cuatro años, la primera parte de los cuales transcurrieron en medio de grandes desgracias y desilusiones, el único cambio que se produjo en este grupo reducido, tanto entre los jefes como en el personal de Defensa, se debió a la muerte en servicio del almirante Pound, todo un récord en la historia militar británica. El presidente Roosevelt consiguió un grado similar de continuidad en su propio círculo. Los jefes del Estado Mayor estadounidense (el general Marshall, el almirante King y el general Arnold, a los que se unió posteriormente el almirante Leahy) comenzaron juntos cuando Estados Unidos entró en la guerra y no fueron sustituidos nunca. Tanto nosotros como los estadounidenses formamos con prontitud el comité de jefes del Estado Mayor Conjunto, hecho que nos supuso una ventaja inestimable a todos. Hasta ese momento no había ocurrido nada semejante entre aliados.

No puedo decir que siempre estuviéramos de acuerdo entre nosotros, ni siquiera a nivel nacional, pero surgió una especie de entendimiento entre los jefes del Estado Mayor británico y yo de que era preferible tratar de convencernos que de imponernos los unos a los otros. Evidentemente, el hecho de que todos hablásemos el mismo idioma técnico y tuviésemos en común buena parte de nuestra doctrina militar y nuestra experiencia bélica facilitó las cosas. En esta escena tan cambiante nos movíamos como un bloque, y el gabinete de Guerra nos daba cada vez más libertad y nos apoyaba con una constancia incansable y a toda prueba. No hubo ninguna división, como ocurrió en la guerra anterior, entre políticos y militares, que se aplicaban términos peyorativos que impedían ver las cosas con claridad. Estuvimos muy unidos y establecimos una amistad que creo que fue muy valorada.

La eficacia de una Administración en tiempos de guerra depende fundamentalmente de que las decisiones que emanan de la máxima autoridad reconocida se obedezcan realmente de forma estricta, fiel y puntual. Esto se consiguió en Gran Bretaña durante esta época de crisis debido a la intensa fidelidad, la comprensión y la entusiasta decisión del gabinete de Guerra con respecto al objetivo fundamental al que nos habíamos consagrado. Según las directrices que se daban, se desplazaban barcos, tropas y aviones y giraban las ruedas de las fábricas. Mediante todos estos procesos, y gracias a la confianza, la indulgencia y la lealtad con que fui apoyado, pronto pude dar una orientación integral a casi todos los

aspectos de la guerra, algo sin duda necesario por lo espantoso de la situación. El método fue aceptado porque todos se daban cuenta de lo cerca que estaban la muerte y la ruina, y no sólo la muerte individual, que es la experiencia universal, sino también, y mucho más imperiosa, la vida de Gran Bretaña, su mensaje y su gloria.

Cualquier narración de los métodos de gobierno que se desarrollaron durante la coalición nacional quedaría incompleta si no explicara la serie de mensajes personales que envié al presidente de Estados Unidos y a los jefes de Estado de otros países extranjeros y a los gobiernos de los dominios. Es imprescindible describir esta correspondencia. Cuando el gabinete me enviaba las decisiones concretas que harían falta sobre las líneas que había que seguir, yo mismo redactaba y dictaba estos documentos, en su mayor parte partiendo de la base de que eran una correspondencia íntima e informal con amigos y compañeros de trabajo. Por lo general, a uno le cuesta menos expresar sus pensamientos cuando utiliza sus propias palabras. Sólo de vez en cuando le leía el texto al gabinete de antemano. Como conocía su punto de vista, hacía mi trabajo con la facilidad y la libertad necesarias. Por supuesto, estaba muy de acuerdo con el ministro de Asuntos Exteriores y su departamento, y las diferencias de opinión las resolvíamos juntos. Hacía circular estos telegramas, en algunos casos después de enviarlos, entre los principales miembros del gabinete de Guerra y, cuando tenían que ver con él, también se los enviaba al secretario de Dominios. Antes de enviarlos, evidentemente, comprobaba las cuestiones y los datos con cada departamento, y casi todos los mensajes militares pasaban por las manos de Ismay para llegar a los jefes del Estado Mayor. Esta correspondencia no se oponía en absoluto a los comunicados oficiales ni al trabajo de los embajadores. De hecho, se convirtió en el canal de muchas cuestiones vitales y desempeñó una parte importante en mi manera de conducir la guerra, a veces incluso más que mis obligaciones como ministro de Defensa.

El círculo más selecto, que tenía total libertad para expresar sus opiniones, casi siempre quedaba satisfecho con mis versiones y cada vez me otorgaba más confianza. Por ejemplo, las diferencias con las autoridades estadounidenses, insuperables a un nivel secundario, se resolvían en pocas horas mediante un contacto directo al máximo nivel. De hecho, a medida que fue pasando el tiempo, la eficacia de resolver los asuntos al máximo nivel se hizo tan notoria que tuve que tener cuidado para no dejar que se convirtiera en un medio para solucionar los asuntos departamentales ordinarios. Más de una vez tuve que negarme a aceptar la petición de mis colegas de dirigirme personalmente al presidente sobre importantes cuestiones de detalle. 5i hubiésemos dejado que éstas se entremetiesen en nuestra correspondencia personal habrían acabado por destruir su privacidad y, por tanto, su valor.

Mis relaciones con el presidente poco a poco se volvieron tan estrechas que los

principales asuntos entre los dos países prácticamente se resolvían mediante estos intercambios personales entre los dos. De este modo conseguimos un entendimiento perfecto. Como presidente de Gobierno y de la República, Roosevelt hablaba y actuaba con autoridad en todas las esferas y yo, que tenía detrás al gabinete de Guerra, representaba a Gran Bretaña con la misma flexibilidad. De este modo se logró un grado muy alto de común acuerdo, y tanto el ahorro de tiempo como la reducción en la cantidad de personas informadas fueron muy valiosos. Yo enviaba los cables a la embajada de Estados Unidos en Londres, que estaba en contacto directo con el presidente en la Casa Blanca mediante aparatos que le enviaban los mensajes cifrados La diferencia horaria contribuyó a la velocidad con la que se recibían las respuestas y se resolvían las cuestiones. Un mensaje que yo preparara por la tarde, por la noche, o incluso hasta las dos de la noche, le llegaba al presidente antes de que él se fuera a dormir, y con frecuencia me llegaba una respuesta cuando me despertaba a la mañana siguiente. En total, le envié novecientos cincuenta mensajes y recibí alrededor de ochocientas respuestas. Tenía la sensación de estar en contacto con un gran hombre, además de un amigo afectuoso y el máximo paladín de las altas causas que ambos defendíamos.

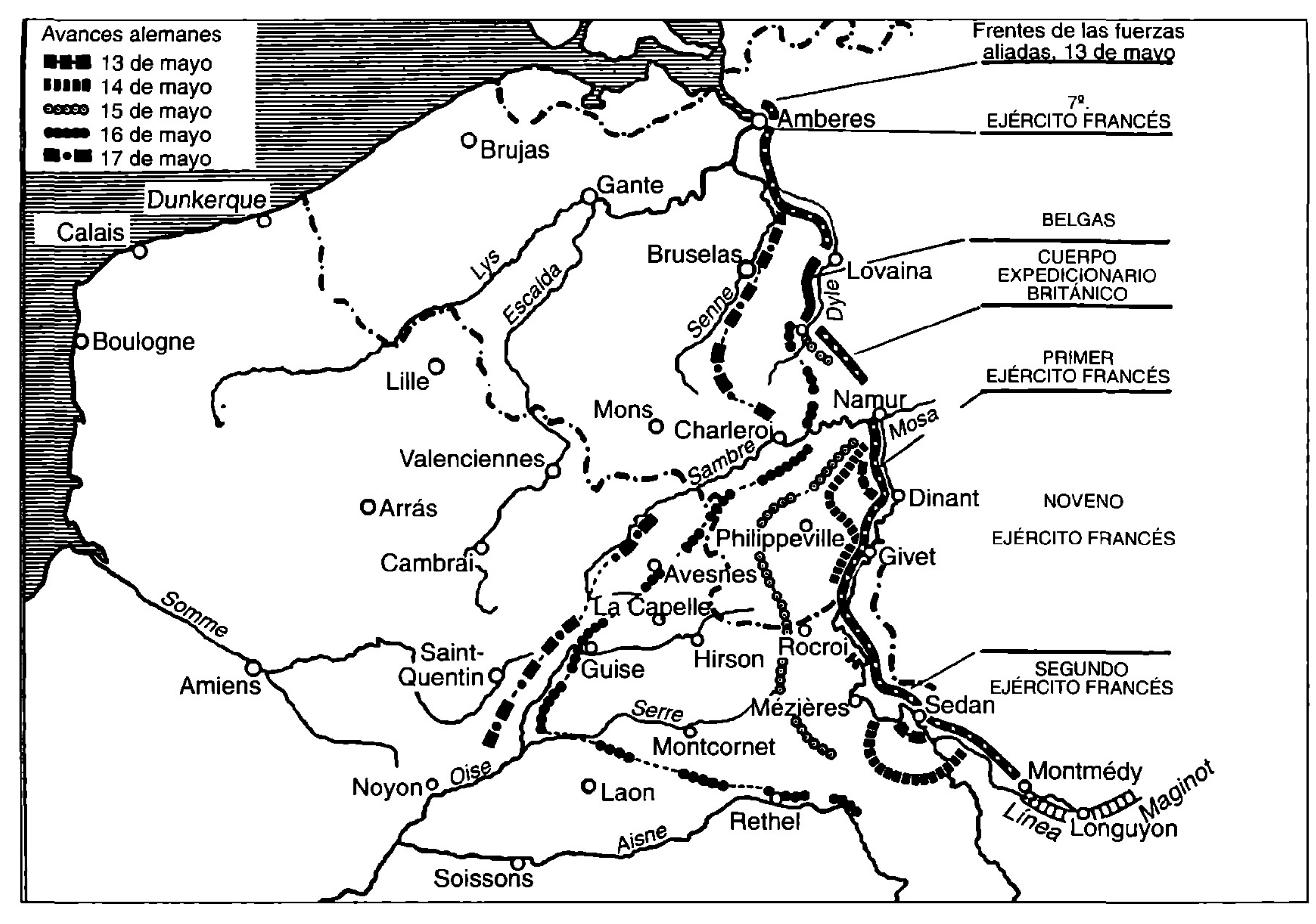
El lunes trece de mayo de 1940 solicité a la cámara de los Comunes, convocada especialmente, un voto de confianza para la nueva Administración. Después de informar de los avances realizados para cubrir los distintos cargos, les dije: «No tengo nada que ofrecer, excepto sangre, sudor, lágrimas y fatiga». En toda nuestra larga historia ningún primer ministro había sido capaz de presentar al Parlamento y a la nación un programa tan breve y tan popular al mismo tiempo. Finalicé con estas palabras:

> Me preguntan: «¿Cuál es nuestra política?». Y yo les digo: Combatir por mar, por tierra, por aire, con toda nuestra voluntad y con toda la fuerza que nos dé Dios; combatir contra una tiranía monstruosa, jamás superada en el catálogo oscuro y lamentable de crímenes humanos. Ésa es nuestra política. Me preguntan: «¿Cuál es nuestro objetivo?». Puedo responder con dos palabras: La victoria, la victoria a toda costa, la victoria a pesar del terror; la victoria, por largo y difícil que sea el camino; porque sin la victoria no hay supervivencia. Fíjense bien: no sobreviviría el imperio británico; no sobreviviría todo lo que el imperio británico representa, no sobrevivirían los impulsos de los siglos, que hacen que la humanidad avance hacia su objetivo. Pero asumo mi misión con optimismo y esperanza. Estoy seguro de que nuestra causa no puede fallar entre los hombres. En este momento siento que tengo derecho a reclamar la ayuda de todos y digo: «Vengan, pues, avancemos juntos, aunando nuestras fuerzas».

Sobre estas cuestiones sencillas, la Cámara votó de forma unánime y se levantó la sesión hasta el veintiuno de mayo.

De este modo todos comenzamos a trabajar en nuestra común tarea. Nunca recibió un primer ministro británico de sus colegas del gabinete la auténtica y leal

ayuda que recibí durante los cinco años siguientes de estos hombres de todos los partidos del Estado. El Parlamento, a pesar de mantener una crítica libre y activa, brindó un apoyo constante y abrumador a todas las medidas propuestas por el gobierno, la nación se mantuvo unida y entusiasmada como nunca antes lo había estado. Menos mal que así fue, porque estaban a punto de caer sobre nosotros unos acontecimientos de un orden más terrible de lo que nadie hubiera previsto.



Avances alemanes en días sucesivos, del 13 al 17 de mayo de 1940

Capítulo II

LA BATALLA DE FRANCIA

Al estallar la guerra, en septiembre de 1939, las principales fuerzas del Ejército y la Fuerza Aérea alemanas se concentraron en la invasión y la conquista de Polonia. A lo largo de todo el frente occidental, desde Aquisgrán hasta la frontera suiza, los alemanes llegaron a tener cuarenta y dos divisiones sin unidades blindadas. Cuando Francia se movilizó, desplegó el equivalente a setenta divisiones para hacerles frente. Por motivos que ya se han explicado, no se consideró prudente atacar entonces a los alemanes. Pero la situación era muy diferente el diez de mayo de 1940. El enemigo, aprovechando los ocho meses de demora y la destrucción de Polonia, había armado, equipado y entrenado alrededor de ciento cincuenta y cinco divisiones, diez de las cuales eran blindadas («Panzer»). El acuerdo de Hitler con Stalin le permitió reducir al mínimo las fuerzas alemanas en el este. Frente a Rusia, según el general Halder, el jefe del Estado Mayor alemán, no había «más que una pequeña fuerza de apoyo, que apenas sirve para cobrar los derechos de aduana». Sin ninguna premonición sobre su propio futuro, el gobierno soviético contempló la destrucción de ese «segundo frente» en el oeste, por el que poco después clamarían con tanta vehemencia y esperarían tanto tiempo. Por tanto, Hitler estaba en condiciones de atacar Francia con ciento veintiséis divisiones y con toda la inmensa fuerza blindada de diez divisiones Panzer, que comprendían casi tres mil vehículos blindados, de los que al menos mil eran carros de combate pesados.

Frente a esta formación, cuya fuerza y disposición exactas no conocíamos, evidentemente, los franceses contaban con un total equivalente a ciento tres divisiones, incluidas las británicas. En caso de que intervinieran el Ejército belga y el holandés a esta cifra habría que sumarles veintidós divisiones belgas y diez holandesas. Como estos dos países fueron atacados en seguida, el total de divisiones aliadas de todo tipo que estaban disponibles en teoría el diez de mayo era, por tanto, de ciento treinta y cinco, es decir, prácticamente la misma cantidad que ahora sabemos que tenía el enemigo. Bien organizada y equipada, bien entrenada y dirigida, según los estándares de la guerra anterior, una fuerza así debería de haber tenido muchas probabilidades de detener una invasión.

No obstante, los alemanes tuvieron plena libertad para escoger el momento, la dirección y la intensidad de su ataque. Más de la mitad del Ejército francés se encontraba en los sectores meridional y oriental de Francia, y las cincuenta y una divisiones francesas y británicas del Grupo de Ejército número 1 del general Billotte, con la ayuda belga y holandesa que estuvieran a punto de recibir, tuvieron que enfrentar el ataque de más de setenta divisiones enemigas al mando de Bock y

Rundstedt, entre Longwy y el mar. La combinación de unos carros casi a prueba de cañones y los aviones de bombardeo en picado, que tan buenos resultados dio en Polonia en pequeña escala, constituiría otra vez la punta de lanza del ataque principal, y un grupo de cinco divisiones Panzer y tres motorizadas, a las órdenes de Kleist, atravesó las Ardenas en dirección a Sedan y Monthermé.

Para hacer frente a unas formaciones bélicas tan modernas, los franceses desplegaron alrededor de dos mil trescientos carros de combate, en su mayoría ligeros. Sus formaciones blindadas incluían algunos muy potentes y modernos, pero más de la mitad del total de su potencia blindada se encontraba en batallones dispersos de carros ligeros que colaboraban con la infantería. Sus seis divisiones blindadas[35], con las que les habría bastado para contrarrestar el ataque en masa de los Panzer, estaban muy dispersas a lo largo del frente y no se podían reunir para actuar en una acción coherente. Gran Bretaña, la cuna de los carros de combate, apenas acababa de finalizar la formación y el entrenamiento de su primera división blindada (328 carros), que todavía estaban en Inglaterra.

Los aviones de combate alemanes que estaban concentrados en el oeste eran muy superiores a los franceses en cantidad y calidad. La Fuerza Aérea británica en Francia comprendía los diez escuadrones de combate de Hurricane de los que se podía prescindir para la vital defensa nacional y diecinueve escuadrones de otros tipos. Ni las autoridades aéreas francesas ni las británicas se habían equipado con bombarderos que en esta época, al igual que en Polonia, tuvieron gran importancia y desempeñarían un papel fundamental para desmoralizar a la infantería francesa y sobre todo a sus tropas de color.

Durante la noche del nueve al diez de mayo y precedidas por amplios ataques aéreos contra aeródromos, comunicaciones, cuarteles generales y polvorines, todas las fuerzas alemanas avanzaron de golpe en dirección a Francia atravesando las fronteras de Bélgica, Holanda y Luxemburgo. En casi todos los casos consiguieron una sorpresa táctica absoluta. De la oscuridad surgieron de pronto innumerables grupos de soldados fogosos y bien armados, a menudo provistos de artillería ligera, y mucho antes del amanecer unos doscientos cincuenta kilómetros del frente estaban en llamas. Holanda y Bélgica, atacadas sin la menor provocación ni advertencia, pidieron auxilio. Los holandeses habían confiado en su línea de agua; todas las presas que no fueron capturadas o saboteadas se abrieron y los guardias fronterizos holandeses abrieron fuego contra los invasores.

Cuando Colijn vino a verme en 1937, como primer ministro de Holanda, me explicó la maravillosa eficacia de las inundaciones en su país. Me dijo que a través de un mensaje telefónico desde la mesa del comedor, en Chartwell, podía presionar un

botón que haría que el invasor tuviera que enfrentarse con obstáculos de agua insalvables. Pero todo esto no eran más que tonterías. El poder que tiene un país mayor sobre uno pequeño con las condiciones modernas es abrumador. Los alemanes atravesaron las defensas enemigas en todos los puntos salvando los canales o apoderándose de las esclusas y los controles del agua. En un solo día dominaron toda la línea exterior de las defensas holandesas. Al mismo tiempo, la Fuerza Aérea alemana comenzó a usar su poder contra un país indefenso. Rotterdam quedó reducido a una ruina ardiente. La Haya, Utrecht y Amsterdam se vieron amenazados con el mismo destino. Vana fue la esperanza holandesa de que los alemanes pasaran de largo como en la guerra anterior.

Durante el día catorce comenzaron a llegar malas noticias. Al principio no se sabía muy bien qué pasaba. A las siete de la tarde, le leí al gabinete un mensaje que recibí de Reynaud, que decía que los alemanes habían entrado por Sedan, que los franceses no estaban en condiciones de resistir la combinación de carros de combate con bombardeos en picado, y solicitaba diez escuadrones de cazas más para restablecer la línea. Los jefes del Estado Mayor recibieron otros mensajes que contenían una información similar y añadían que tanto al general Gamelin como al general Georges la situación les parecía grave, y que el general Gamelin se sorprendió de la rapidez del avance enemigo. En casi todos los puntos en los que los ejércitos habían entrado en contacto el peso y la violencia del ataque alemán resultó apabullante. Todos los escuadrones aéreos británicos lucharon sin parar, dirigiendo su esfuerzo principal contra los pontones de la zona de Sedan, varios de los cuales quedaron destruidos y otros dañados en ataques desesperados y esforzados. La artillería antiaérea alemana causó unas pérdidas terribles a los aviones que realizaron ataques a baja altura a los puentes. En un caso concreto, y después de cumplir una misión, sólo regresó uno de los seis aviones que habían participado en la misma. Sólo en ese día perdimos un total de sesenta y siete aparatos y, como luchamos fundamentalmente contra las fuerzas antiaéreas del enemigo, apenas destruimos cincuenta y tres aviones alemanes. Esa noche, de los cuatrocientos setenta y cuatro aviones enviados a Francia por la Fuerza Aérea británica sólo quedaban doscientos seis aparatos en servicio.

Esta información detallada nos fue llegando poco a poco. Pero era evidente que si continuábamos luchando a este nivel la Fuerza Aérea británica pronto se consumiría por completo, a pesar de su supremacía individual. A partir de entonces comenzamos a preocuparnos por la difícil pregunta de cuánto podíamos enviarles desde Gran Bretaña sin quedar indefensos y perder así nuestra capacidad para continuar la guerra. Nuestros propios impulsos naturales y muchos argumentos militares de peso nos impulsaban a hacer caso de las súplicas francesas, vehementes e incesantes. Pero al mismo tiempo había un límite que, si se sobrepasaba, podía costamos la vida.

En este período, todas esas cuestiones las debatía el gabinete de Guerra en pleno, que se reunía varias veces al día. El teniente general Dowding, que era el jefe de nuestro Comando de Cazas metropolitano, me dijo que con veinticinco escuadrones de cazas defendería la isla contra todo el poderío de la aviación alemana pero que con menos quedaría a su merced; la derrota habría supuesto no sólo la destrucción de todos nuestros aeródromos y nuestro poder aéreo sino también el de nuestras fábricas de aviones de las que dependía todo nuestro futuro. Mis colegas y yo estábamos decididos a correr todos los riesgos por una batalla, hasta ese límite, y los riesgos eran cuantiosos, pero no a ir más allá, independientemente de las consecuencias.

A eso de las siete y media de la mañana del quince me desperté con la noticia de que Reynaud estaba al teléfono que tengo junto a la cama. Habló en inglés y se notaba que estaba muy tenso: «Hemos sido derrotados». Como no le respondí de inmediato repitió: «Nos han vencido; hemos perdido la batalla». Le dije: «¿Cómo puede haber ocurrido tan rápido?». Pero él respondió: «Han roto el frente cerca de Sedan y están entrando en grandes cantidades con carros de combate y vehículos blindados», o algo por el estilo. Entonces le dije: «La experiencia demuestra que la ofensiva acabará dentro de poco. Recuerdo el veintiuno de marzo de 1918. Al cabo de cinco o seis días tienen que parar para aprovisionarse y entonces se presenta la oportunidad del contraataque. Esto lo supe en su momento de boca del propio Mariscal Foch». Sin duda, esto era lo que siempre habíamos visto en el pasado y lo que tendríamos que haber visto en ese momento. Sin embargo, el primer ministro francés repitió la frase con la que había comenzado, que resultó ser cierta: «Hemos sido derrotados; hemos perdido la batalla». Le dije que estaba dispuesto a ir a hablar con él.

De hecho, habían abierto una brecha de unos ochenta kilómetros en la línea francesa por la que entraba la gran masa de los elementos blindados del enemigo, y el Noveno Ejército francés se encontraba en un estado de completa disolución. Al anochecer del día quince se informó de la presencia de vehículos blindados alemanes unos cien kilómetros por detrás del frente original. Ese mismo día finalizó la lucha en Holanda. Como el Alto Mando holandés capituló a las once de la mañana, sólo se pudieron evacuar muy pocas tropas holandesas.

Por supuesto, esta imagen daba una impresión general de derrota. Yo había visto muchas veces cosas así en la guerra anterior, y por más que hubieran atravesado la línea, aunque fuera en un frente amplio, no me agobiaba con las terribles consecuencias que se desprendían en ese momento. Como no había tenido acceso a información oficial durante tantos años no comprendía la violencia de la revolución que había tenido lugar desde la guerra anterior como consecuencia de la aparición de una masa de unidades blindadas pesadas que avanzaban con rapidez. Había oído hablar de ellas, pero no habían alterado mis convicciones internas como debieron de

haber hecho de haberlo sabido. Llamé al general Georges, que se mostró bastante frío y me informó de que estaban tapando la brecha de Sedan. En un telegrama, el general Gamelin también manifestaba que, si bien la posición entre Namur y Sedan era grave, consideraba la situación con calma. Transmití el mensaje de Reynaud y las demás noticias al gabinete a las once de la mañana.

Pero el día dieciséis se confirmó que habían penetrado más de cien kilómetros desde la frontera, cerca de Sedan. Aunque se conocían pocos detalles, incluso en la Oficina de Guerra, y no nos podíamos hacer una idea clara de lo que estaba ocurriendo, la gravedad de la crisis era evidente. Me pareció imprescindible ir a París esa misma tarde.

Alrededor de las tres de la tarde subí a bordo de un Flamingo, un avión de pasajeros del gobierno de los que poseíamos tres. Me acompañaron el general Dill, subjefe del Estado Mayor del Imperio, y también Ismay.

Era un buen aparato, muy cómodo, capaz de recorrer alrededor de doscientos cincuenta kilómetros por hora. Como no estaba armado le proporcionaron una escolta, pero nos metimos en una nube de lluvia y llegamos a Le Bourget en poco más de una hora. En cuanto desembarcamos del Flamingo, resultó evidente que la situación era muchísimo peor de lo que habíamos imaginado. Los oficiales que nos recibieron le dijeron a Ismay que calculaban que los alemanes llegarían a París en unos días como mucho. Después de informarme en la embajada acerca de la posición, me dirigí en coche al Quai d’Orsay donde llegué a las cinco y media en punto. Me condujeron a una de sus hermosas salas. Allí estaban Reynaud, Daladier, el ministro de Defensa Nacional y Guerra y el general Gamelin. Todos estaban de pie. En ningún momento nos sentamos en torno a una mesa. Todos los rostros daban muestras de desánimo. Delante de Gamelin, en un caballete, había un mapa de unos dos metros cuadrados, con una línea trazada con tinta negra que pretendía señalar el frente aliado. En esta línea había marcado un bulto, pequeño pero siniestro, en Sedan.

El comandante en jefe explicó brevemente lo ocurrido. Al norte y al sur de Sedan los alemanes habían penetrado en un frente de ochenta o noventa kilómetros. El Ejército francés que tenían delante quedó destruido o se dispersó. Una gran masa de vehículos blindados avanzaba a una velocidad sin precedentes en dirección a Amiens y Arras, con la aparente intención de llegar a la costa en Abbeville o en sus alrededores. De lo contrario, podían dirigirse hacia París. Detrás de las unidades blindadas, dijo, avanzaban ocho o diez divisiones alemanas, todas motorizadas, estableciendo sus propios flancos al avanzar contra los dos ejércitos franceses aislados que tenían uno a cada lado. El general habló quizá cinco minutos, sin que nadie dijera una sola palabra. Cuando acabó, se produjo un silencio considerable. Entonces pregunté: «¿Dónde está la reserva estratégica?» y, cambiando al francés,

que usaba indistintamente (en todos los sentidos): «*Où est la masse de manceuvre?*». El general Gamelin se volvió hacia mí, sacudió la cabeza y, encogiéndose de hombros, dijo: «*Aucune*».

Siguió otra larga pausa. En los jardines del Quai d'Orsay surgía humo de grandes hogueras, y vi por la ventana a venerables funcionarios empujando hacia ellas carretillas llenas de archivos. De modo que ya se estaban preparando para evacuar París.

Junto con sus ventajas, la experiencia anterior tiene el inconveniente de que las cosas nunca se repiten de la misma manera. Si no, supongo que la vida sería demasiado fácil. Después de todo no era la primera vez que nos rompían un frente y siempre habíamos podido solucionar la situación y frenar la velocidad del ataque. Pero aquí se nos presentaban dos factores nuevos que nunca esperé que tuviéramos que enfrentar: en primer lugar, la invasión de todas las comunicaciones y el terreno por una incursión irresistible de vehículos blindados y, en segundo lugar, la falta de una reserva estratégica. «*Aucune*». Me quedé atónito. ¿Qué podíamos pensar del gran Ejército francés y de sus máximos responsables? Jamás se me hubiera ocurrido que un comandante que tuviera que defender ochocientos kilómetros de un trente comprometido pudiera quedarse sin una reserva de maniobra. Nadie puede detener con seguridad un frente tan amplio; pero cuando el enemigo ha lanzado una gran ofensiva que rompe la línea, uno siempre puede tener, siempre *debe* tener, una masa de divisiones para iniciar un contraataque enérgico en el momento en el que la primera oleada de la ofensiva pierda su fuerza.

¿Para qué servía la línea Maginot? Debería de haber economizado tropas en un amplio sector de la frontera ofreciendo no sólo numerosas salidas para los contragolpes locales sino también permitiendo el mantenimiento de grandes fuerzas en reserva; ésta es la única forma de hacer estas cosas. Y entonces resultaba que no había ninguna reserva. Reconozco que fue una de las mayores sorpresas que me llevé en la vida. ¿Cómo es posible que no lo supiera, por ocupado que hubiera estado en el Almirantazgo? ¿Cómo era posible que el gobierno británico y sobre todo la Oficina de Guerra no supieran más al respecto? No era excusa que el Alto Mando francés no nos revelara su formación, ni a nosotros ni a lord Gort, más que a grandes rasgos Teníamos derecho a saberlo. Deberíamos de haber insistido. Los dos ejércitos estaban luchando juntos en la misma línea. Volví junto a la ventana a contemplar las espirales de humo de las fogatas de los documentos oficiales de la República francesa. Los ancianos caballeros seguían trayendo sus carretillas y echando su contenido a las llamas, diligentemente.

Entonces volvió a tomar la palabra el general Gamelin. Se puso a analizar si convenía reunir fuerzas para atacar los flancos de la penetración, o el «bulto», como lo llamamos después. Se estaban retirando ocho o nueve divisiones de algunas partes

tranquilas del frente, de la línea Maginot; había dos o tres divisiones blindadas que no habían participado; estaban trayendo de África ocho o nueve divisiones más que llegarían a la zona de la batalla en dos o tres semanas. Entonces los alemanes avanzarían en un corredor comprendido entre dos frentes en los que se libraría una guerra a la manera de la de 1917 y 1918. Puede que los alemanes no pudieran mantener el corredor, en el que tendrían que proteger los dos flancos y, al mismo tiempo, alimentar su incursión blindada. Gamelin parecía decir algo en este sentido que sonaba bastante razonable. Sin embargo, me di cuenta de que no logró convencer a nuestro reducido grupo, aunque influyente y responsable. Entonces le pregunté al general Gamelin cuándo y dónde se proponía atacar los flancos del «bulto», y su respuesta fue: «Inferioridad de cifras, inferioridad de equipo, inferioridad de método». Y se encogió de hombros, sin esperanza. Sin ninguna discusión, porque no había nada que discutir. ¿En qué posición estábamos los británicos, en cualquier caso, con respecto a nuestra ínfima aportación: diez divisiones después de ocho meses de combates y ni siquiera una moderna división blindada en acción?

El general Gamelin y, de hecho, todo el Alto Mando francés, insistieron en su inferioridad en el aire y en pedir encarecidamente más escuadrones de la Fuerza Aérea británica, de bombarderos y también de cazas, aunque sobre todo de estos últimos. Esta súplica para que los apoyáramos con cazas se repetiría en todas las conferencias posteriores hasta la caída de Francia. En su solicitud, el general Gamelin decía que los cazas eran necesarios no sólo para dar cobertura al Ejército francés sin también para detener a los carros de combate alemanes. Ante lo cual dije: «No, detener los carros le corresponde a la artillería. A los cazas les toca limpiar los cielos *[nettoyer le ciel*] sobre la batalla». Era fundamental que nuestra fuerza aérea metropolitana de cazas no saliera de Gran Bretaña bajo ningún concepto. De esto dependía nuestra existencia. Sin embargo, era necesario cortar de raíz. Por la mañana, antes de comenzar, el gabinete me había dado permiso para enviar a Francia otros cuatro escuadrones de cazas. Cuando regresamos a la embajada, y después de consultarlo con Dill, decidí pedir autorización para enviar seis más. De este modo nos quedaríamos con los veinticinco escuadrones de cazas en Gran Bretaña, y ése era el límite definitivo. De todos modos, fue una decisión desgarradora. Le dije al general Ismay que telefoneara a Londres para que el gabinete se reuniera en seguida para considerar un telegrama urgente que se enviaría en el transcurso de la siguiente hora, más o menos.

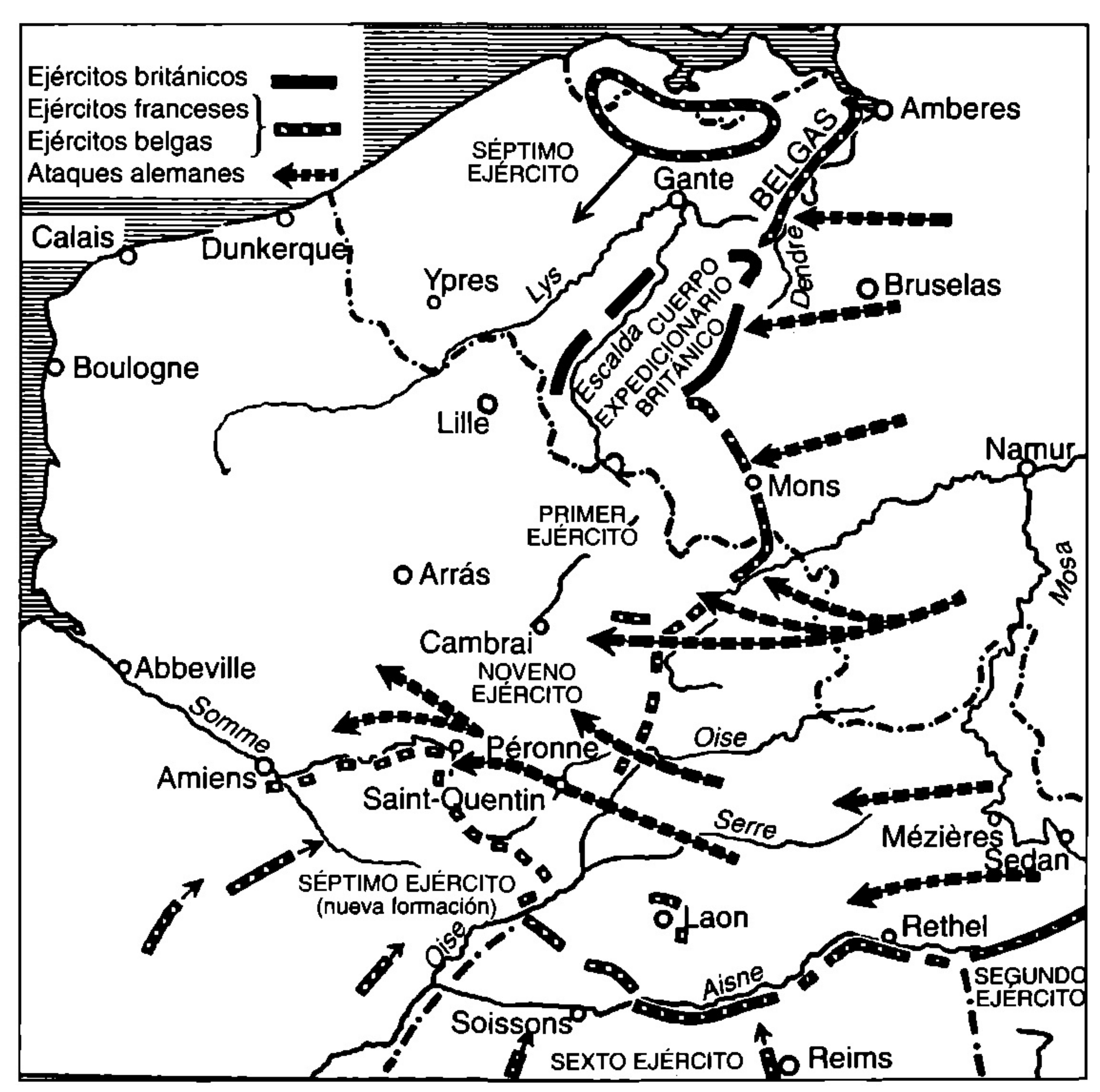
La respuesta llegó a eso de las once y media. El gabinete respondió que «sí». De inmediato me fui con Ismay en un coche hasta el apartamento de Reynaud. Vimos que estaba más o menos a oscuras. Al cabo de un rato, salió Reynaud de su dormitorio, en bata, y le di la buena noticia. ¡Diez escuadrones de cazas! Lo convencí

para que hiciera venir a Daladier, que acudió a escuchar la decisión del gabinete británico. De este modo esperaba animar el espíritu de nuestros amigos franceses, en la medida de lo posible, con nuestros medios limitados. Daladier no dijo ni una palabra. Se levantó lentamente de la silla y me estrechó la mano. Regresé a la embajada a eso de las dos y dormí bien, aunque el cañoneo de pequeños ataques aéreos hacía que me revolviera de vez en cuando. Regresé en avión por la mañana y, a pesar de otras preocupaciones, insistí en la formación del segundo nivel del nuevo gobierno.

El gabinete de Guerra se reunió a las diez de la mañana del día diecisiete; les informé de mi visita a París y de la situación según mis impresiones.

Dije que les había explicado a los franceses que, a menos que ellos hicieran un esfuerzo supremo, no se justificaba que nosotros corriéramos el grave riesgo para la segundad de nuestro país en el que nos colocaba el envío de más escuadrones de cazas a Francia. Me parecía que la cuestión de los refuerzos aéreos era una de las roas graves que había tenido que resolver nunca el gabinete británico. Se decía que las pérdidas aéreas alemanas habían sido cuatro o cinco veces superiores a las nuestras, pero a mí me dijeron que a los franceses sólo les quedaba una cuarta parte de sus aviones de combate. A esa fecha, a Gamelin le parecía que la situación estaba «perdida» y dicen que dijo: «Garantizo la seguridad de París sólo por hoy, mañana [el día dieciocho] y la noche siguiente». La crisis de la batalla crecía en intensidad de hora en hora. Esa tarde los alemanes entraron en Bruselas; al día siguiente llegaron a Cambrai, pasaron Saint-Quentin y echaron de Péronne a nuestros reducidos grupos. El Ejército belga, el británico y el francés continuaron su retirada hacia el Escalda.

La medianoche del dieciocho al diecinueve de mayo lord Gort recibió en su cuartel general la visita del general Billotte. Ni la personalidad de este general francés ni sus propuestas inspiraban confianza en sus aliados. A partir de ese momento, el comandante en jefe británico comenzó a plantearse la posibilidad de retirarse hacia la costa. En su parte, publicado en marzo de 1941, escribió: «El panorama que se nos presenta ahora [la noche del diecinueve] ya no es el de una línea doblada o rota transitoriamente sino el de una fortaleza asediada».



La situación por la noche del 18 de mayo

Reynaud introdujo entonces varios cambios trascendentales en el gabinete y en el Alto Mando francés. El día dieciocho nombró vicepresidente del Consejo al mariscal Pétain. El propio Reynaud, después de pasar a Daladier a Asuntos Exteriores, asumió el Ministerio de Defensa Nacional y Guerra. A las diecinueve horas del día diecinueve nombró a Weygand, que acababa de llegar del Levante, en sustitución del general Gamelin. Conocí a Weygand cuando era la mano derecha del mariscal Foch y admiraba su magistral intervención en la batalla de Varsovia contra la invasión de Polonia por los bolcheviques en agosto de 1920, un acontecimiento que fue decisivo para Europa en ese momento. Aunque tenía setenta y tres años, decían que era eficaz y que estaba lleno de energía. La última orden del general Gamelin (la número doce),

fechada a las 9.45 del diecinueve de mayo, recomendaba que los Ejércitos del norte, en lugar de dejarse rodear, se abrieran camino a toda costa hacia el sur, hacia el Somme, atacando las divisiones Panzer que les habían cortado las comunicaciones. Al mismo tiempo, el Segundo Ejército y el Sexto, que se estaba formando, tenían que atacar hacia el norte, en dirección a Mézières. Estas decisiones eran razonables. En realidad, la orden de la retirada general de los Ejércitos del Norte hacia el sur ya llegaba con cuatro días de retraso. Cuando se hizo evidente la gravedad de la brecha en el centro de Francia, en Sedan, la única esperanza que les quedaba a los Ejércitos del Norte era marchar de inmediato hacia el Somme; por el contrario, cuando estaban al mando del general Billotte, sólo habían hecho retiradas graduales y parciales hacia el Escalda y habían formado un flanco defensivo a la derecha. Incluso entonces es posible que hubieran estado a tiempo de marchar hacia el sur.

La confusión del mando del norte, la aparente parálisis del Primer Ejército francés y la incertidumbre sobre lo que ocurría habían provocado mucha preocupación en el gabinete de Guerra. Todos nuestros procedimientos eran tranquilos y serenos, pero teníamos una opinión única y decidida, tras la que anidaba una pasión silenciosa. El día diecinueve nos informaron, a las 16.30, de que lord Gort estaba «planteándose la posibilidad de retirarse a Dunkerque, si se veía obligado». El jefe del Estado Mayor del Imperio (Ironside) no podía aceptar esta propuesta ya que, como la mayoría de nosotros, era partidario de marchar hacia el sur. Por tanto, le dijimos que fuera a ver a lord Gort con instrucciones de desplazar el Ejército británico hacia el suroeste y de abrirse camino contra cualquier oposición hasta reunirse con los franceses en el sur, y que había que instar a los belgas para que se adaptaran a este movimiento o, de lo contrario, que evacuaríamos de los puertos del canal la mayor cantidad de sus tropas que fuera posible. Le dijeron que nosotros mismos formáramos al gobierno francés de lo que se había resuelto. Desde el mismo gabinete enviamos a Dill al cuartel general del general Georges, con el que teníamos una línea telefónica directa. Tenía que quedarse allí cuatro días e informarnos de lo que pudiera averiguar. Los contactos, incluso con lord Gort, fueron intermitentes y difíciles, pero nos avisaron que sólo disponían de provisiones para cuatro días y municiones para una sola batalla.

En la reunión del gabinete de Guerra del veinte de mayo por la mañana volvimos a analizar la situación de nuestro Ejército. Incluso suponiendo que pudiera retirarse luchando hasta el Somme, me parecía probable que buena parte de él quedaría aislado o que tendría que retroceder hasta el mar. Queda constancia de esto en las actas de la reunión: «El primer ministro opinó que, como medida de precaución, el Almirantazgo debería reunir gran cantidad de pequeñas embarcaciones que estuvieran dispuestas a acercarse a los puertos y ensenadas de la costa francesa». A este respecto, el Almirantazgo actuó de inmediato y cada vez con más energía a medida que fueron pasando los días y la situación empeoró. El día diecinueve se delegó el control

operacional en el almirante Ramsay, que comandaba la zona de Dover, y en la tarde del día veinte, como consecuencia de las órdenes procedentes de Londres, se celebró en Dover la primera conferencia de todas las partes involucradas, incluidos los representantes del Ministerio de Transporte, para analizar «*la evacuación de emergencia de fuerzas muy numerosas procedentes del otro lado del canal*». Se planificó, por si era necesaria, la evacuación desde Calais, Boulogne y Dunkerque a un ritmo de diez mil hombres procedentes de cada puerto cada veinticuatro horas. Desde Harwich hasta Weymouth se dieron órdenes a los oficiales del transporte marítimo para que hicieran una lista de todos los barcos adecuados, hasta las mil toneladas, y se hizo un estudio de todas las embarcaciones que había en los puertos británicos. Estos planes para lo que se llamó la operación «Dínamo» resultaron la salvación del Ejército diez días después.

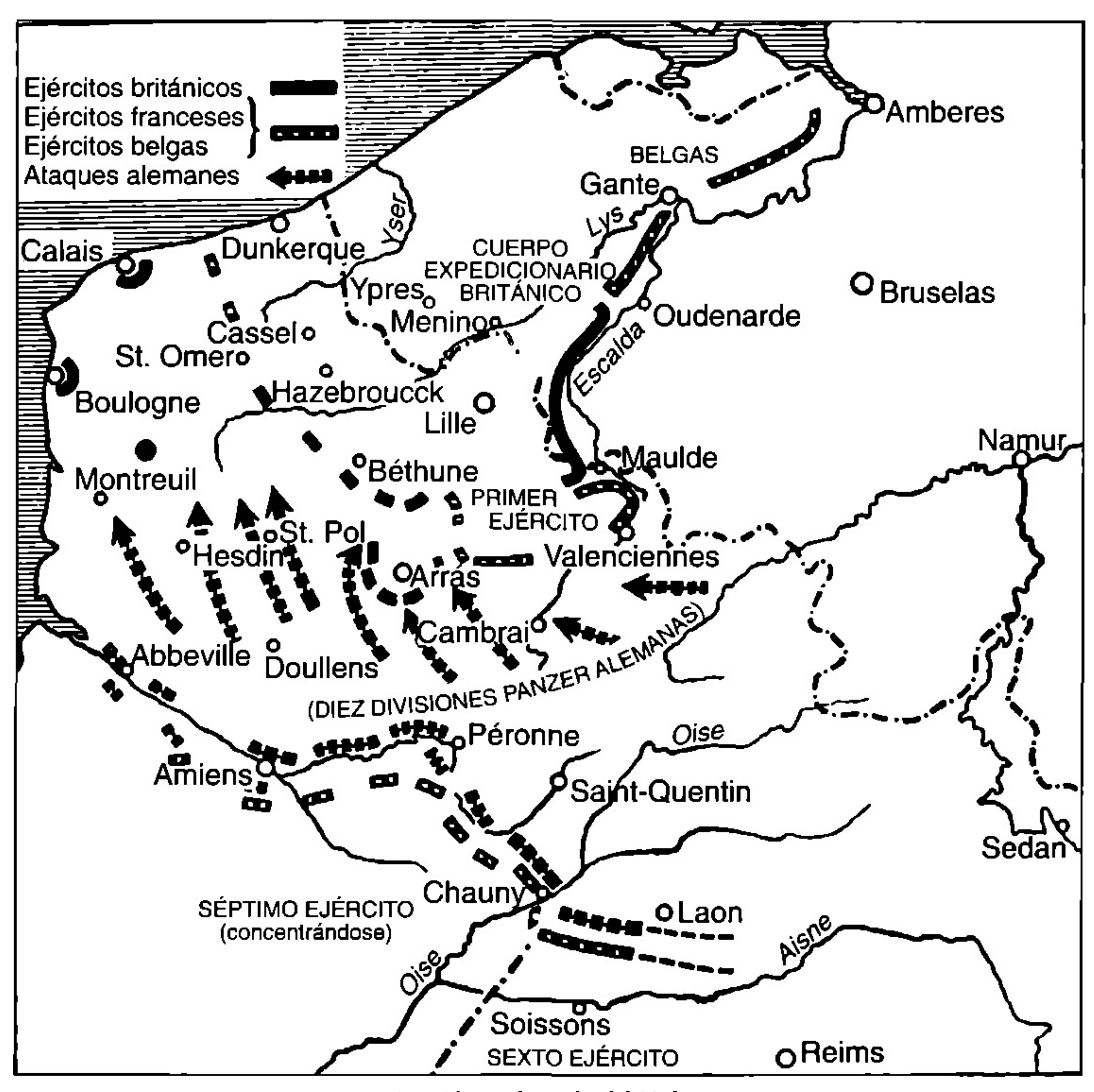
La dirección del empuje alemán ya era más evidente. Seguían entrando vehículos blindados y divisiones mecanizadas a través de la brecha, hacia Amiens y Arras, serpenteando hacia el oeste a lo largo del Somme en dirección al mar. La noche del día veinte entraron en Abbeville, después de atravesar y cortar todas las comunicaciones de los Ejércitos del Norte. Estas guadañas espantosas y fatales casi no encontraron resistencia una vez roto el frente. Los carros alemanes (los temibles *chars allemands*) circulaban libremente por el terreno indefenso y, con la ayuda y las provisiones que les proporcionaba el transporte mecanizado, avanzaban cincuenta y sesenta kilómetros por día. Pasaron por muchas ciudades y cientos de aldeas sin encontrar la menor oposición, los oficiales asomados a las torretas abiertas y saludando con desenfado a los habitantes. Según los testigos oculares, marchaban con ellos multitud de prisioneros franceses, muchos de los cuales llevaban todavía sus fusiles que, de vez en cuando, se recogían y se destrozaban bajo los carros. Me quedé sorprendido ante la total imposibilidad de lidiar con las unidades blindadas alemanas que, con unos pocos miles de vehículos, estaban provocando la completa destrucción de unos ejércitos poderosos ante la rápida caída de toda la resistencia francesa, una vez traspasado el frente de combate. Todo el movimiento alemán avanzaba por las carreteras principales, que no parecían bloqueaos en ningún punto.

Lo primero que hizo Weygand fue consultar a sus principales comandantes. No era extraño que quisiera ver con sus propios ojos cómo estaba la situación en el norte y establecer contacto con los comandantes que había allí. Hay que ser indulgentes con un general que asume el mando durante la crisis de una batalla que se está perdiendo. Pero en ese momento no había tiempo. No debió de dejar el alto mando de los demás controles para participar en los retrasos y las tensiones de un movimiento personal. Apuntaremos en detalle lo que ocurrió a continuación. La mañana del día veinte, Weygand, instalado en el puesto de Gamelin, organizó una visita a los

Ejércitos del Norte el día veintiuno. Cuando supo que estaban cortadas las carreteras hacia el norte decidió ir en avión; pero su avión fue atacado y se vio obligado a aterrizar en Calais. La hora señalada para su conferencia en Ypres se tuvo que cambiar a las tres de la tarde del día veintiuno. Allí se reunió con el rey Leopoldo de Bélgica y el general Billotte. Lord Gort, que no fue notificado sobre el lugar ni la hora, no se presentó, y tampoco estuvo presente ningún oficial británico. El rey describió esta conferencia como «cuatro horas de un diálogo confuso». Se habló de la coordinación de los tres ejércitos, del cumplimiento del plan de Weygand y, si éste fallaba, de la retirada de los británicos y los franceses a Lys, y de los belgas a Yser. El general Weygand se tuvo que ir a las siete de la tarde. Lord Gort no llegó hasta las ocho, y el general Billotte le informó de los resultados de la reunión. Weygand regresó en coche a Calais, donde embarcó en un submarino hacia Dieppe y regresó a París. Billotte emprendió viaje en su coche para ocuparse de la crisis, pero al cabo de una hora murió en un accidente automovilístico, de modo que todo volvió a quedar en suspenso.

Ironside regresó el día veintiuno y contó que lord Gort, al recibir las instrucciones del gabinete, pareció contrario a una marcha hacia el sur que suponía una acción de retaguardia desde el Escalda, al mismo tiempo que un ataque en una zona que ya estaba muy bien defendida por las formaciones blindadas y móviles del enemigo. Durante un movimiento así habría que proteger ambos flancos y no era probable que ni el Primer Ejército francés ni los belgas pudieran adaptarse a una maniobra semejante, si se intentaba. Ironside añadió que reinaba la confusión en el Alto Mando francés en el norte, que hacía ocho días que el general Billotte no cumplía sus obligaciones de coordinación y que no parecía tener ningún plan, que el Cuerpo expedicionario británico tenía la moral muy alta y que hasta entonces sólo habían sufrido unas quinientas bajas en combate. Dio una descripción gráfica del estado de las carreteras, llenas de refugiados, azotados por el fuego de los aviones alemanes. Él mismo lo había pasado bastante mal.

Con lo cual se presentaban al gabinete de Guerra dos alternativas tremendas: la primera, que el Ejército británico, a toda costa, con la cooperación francesa y belga o sin ella, se abriera camino hacia el sur, hasta el Somme, en una misión que lord Gort dudaba que pudiera cumplir; la segunda, retroceder hasta Dunkerque y plantearse una evacuación por mar bajo un ataque aéreo enemigo con la certeza de perder toda la artillería y el equipo, tan escasos como valiosos. Evidentemente había que correr grandes riesgos para alcanzar lo primero, pero no había motivos para no tomar todas las precauciones posibles y hacer los preparativos para la evacuación por mar por si fracasaba el plan del sur. Le sugería a mis colegas que debería ir a Francia a reunirme con Reynaud y Weygand para tomar una decisión. Dill se reuniría conmigo allí, desde el cuartel general del general Georges.



La situación por la noche del 22 de mayo

Cuando llegué a París el veintidós de mayo, el escenario había cambiado. Gamelin ya no estaba; Daladier había desaparecido de la escena bélica. Reynaud era, al mismo tiempo, primer ministro y ministro de Guerra. Como el impulso alemán había virado definitivamente hacia el mar, París no corría ningún peligro inmediato. El cuartel general seguía estando en Vincennes. Reynaud me llevó en coche alrededor de mediodía. Caminaban de un lado a otro del jardín con aire taciturno algunas de las figuras que había visto en torno a Gamelin, una de las cuales era un oficial de caballería muy alto. «*C'est l'ancien régime*», comentó el edecán. Reynaud y yo fuimos conducidos a la sala de Weygand y después a la sala de mapas, donde teníamos los grandes mapas del Mando Supremo. Nos recibió Weygand. A pesar del esfuerzo físico y de haber viajado durante la noche se lo veía fresco, fuerte e incisivo.

Produjo una impresión excelente en todos y nos reveló su plan de acción. No le convencían ni una marcha hacia el sur ni una retirada de los Ejércitos del Norte. Tenían que atacar hacia el sureste, desde cerca de Cambrai y Arras, en dirección Saint-Quentin, cogiendo el flanco de las divisiones blindadas alemanas que en ese momento actuaban en lo que llamó el foco de Saint-Quentin-Amiens. La retaguardia, opinaba, estaría protegida por el Ejército belga que los cubriría hacia el este y, si era necesario, hacia el norte. Mientras tanto, un Ejército francés nuevo, al mando del general Frére, compuesto por entre dieciocho y veinte divisiones traídas de Alsacia, de la línea Maginot, de África y de otros lugares, formaría un frente a lo largo del Somme, cuya mano izquierda empujaría hacia delante, a través de Amiens hasta Arras, y así, con grandes esfuerzos, establecería contacto con los ejércitos que estaban en el norte. Había que someter las unidades blindadas enemigas a una presión constante. Dijo Weygand que «no había que dejar que las divisiones Panzer siguieran tomando la iniciativa». Ya se habían dado las órdenes necesarias, en la medida en que se podían dar órdenes. Entonces nos comunicaron que el general Billotte, al que le había transmitido todo su plan, acababa de morir en un accidente automovilístico. Dill y yo coincidimos en que no teníamos opción, ni ganas, de hacer otra cosa más que aceptar el plan. Destaqué que «era indispensable reanudar las comunicaciones entre los ejércitos que estaban en el norte y los que estaban en el sur a través de Arras». Expliqué que lord Gort, aparte de atacar hacia el sur, también tenía que proteger su camino hacia la costa. Para asegurarme de que no hubiera ningún error sobre lo acordado, yo mismo dicté un resumen de la decisión y se lo enseñé a Weygand, que estuvo de acuerdo. Presenté un informe al gabinete y le transmití la noticia a lord Gort.

Se verá que el nuevo plan de Weygand no difería más que en énfasis de la Instrucción número 12, cancelada, del general Gamelin, y que tampoco estaba en discordancia con la opinión vehemente manifestada por el gabinete de Guerra el día diecinueve. Los Ejércitos del Norte tenían que abrirse paso hacia el sur mediante una acción ofensiva, destruyendo, de ser posible, la incursión blindada. Tenían que concentrarse, gracias a una eficaz ofensiva a través de Amiens, con el nuevo Grupo de Ejército francés al mando del general Frère. Esto sería lo más importante, si se pudiera concretar. En privado, me quejé a Reynaud de que Gort no hubiera recibido ninguna orden durante cuatro días consecutivos. Incluso desde que asumiera el mando Weygand, se habían perdido tres días en la toma de decisiones. Estaba bien que se hubiera producido un cambio en el Mando Supremo, pero esto había producido una demora muy perjudicial.

A falta de una directriz bélica suprema, los acontecimientos y el enemigo habían asumido el control. Los británicos libraron una batalla desesperada en torno a Arras, entre el veintiuno y el veintitrés, pero las unidades blindadas enemigas, algunas de las

cuales estaban al mando de un general llamado Rommel, eran demasiado fuertes. Hasta ese momento, el general Weygand contaba con que el ejército del general Frère avanzara hacia el norte, sobre Amiens, Albert y Péronne, aunque en realidad no habían hecho ningún avance perceptible y todavía se estaban formando y agrupando.

En el gabinete y en altos círculos militares se tenía la impresión de que las habilidades y los conocimientos estratégicos de sir John Dill que, desde el veintitrés de abril, era subjefe del Estado Mayor del Imperio, se manifestarían con todas sus posibilidades si lo designábamos nuestro principal asesor militar. Nadie dudaba de que su prestigio profesional era, en muchos aspectos, superior al de Ironside.

A medida que la batalla adversa se acercaba a su punto culminante, mis colegas y yo teníamos mucho interés en que Dill llegara a ser jefe del Estado Mayor del Imperio. También teníamos que elegir un comandante en jefe para la isla británica en caso de producirse una invasión. La noche del veinticinco de mayo, muy tarde, Ironside, Dill, Ismay, yo mismo, y una o dos personas más nos encontrábamos en mi despacho del Almirantazgo tratando de calcular nuestra posición. El general Ironside propuso dejar de ser el jefe del Estado Mayor del Imperio, pero declaró que estaba dispuesto a asumir el mando de las fuerzas británicas del interior. Teniendo en cuenta la misión poco prometedora que entonces se suponía que implicaba este mando, el suyo fue un ofrecimiento desinteresado y enérgico. Por tanto, acepté la propuesta de Ironside, y las altas dignidades y honores que se le confirieron posteriormente se deben a mi aprecio por su comportamiento en este momento de la situación. Sir John Dill asumió el puesto de jefe del Estado Mayor del Imperio el veintisiete de mayo. En general, se consideró que los cambios eran apropiados para ese momento.

Capítulo III

LA MARCHA HACIA EL MAR

Ha llegado el momento de revisar hasta este punto el curso de esta batalla memorable.

Sólo Hitler estaba preparado para violar la neutralidad de Bélgica y Holanda. Bélgica no quiso invitar a los aliados a intervenir hasta que no fue atacada, de modo que la iniciativa militar le correspondió a Hitler, que asestó el golpe el diez de mayo. El Primer Grupo de Ejército, con los británicos en el centro, en lugar de quedarse detrás de sus fortificaciones entró de un salto en Bélgica en una misión de rescate inútil por lo tardía según el Plan D del general Gamelin. Los franceses habían dejado mal fortificada y poco protegida la brecha que había delante de las Ardenas. Un ataque blindado, a una escala nunca vista en una guerra, rompió el centro de la línea de ejércitos franceses y en cuarenta y ocho horas amenazaba con interrumpir las comunicaciones de todos los Ejércitos del Norte con los que estaban en el sur y también con el mar. El día catorce, como máximo, el Alto Mando francés tendría que haber dado órdenes imperiosas a estos ejércitos de emprender una retirada general a toda velocidad, aceptando no sólo los riesgos sino las fuertes pérdidas de material. Pero el general Gamelin no se dio cuenta del brutal realismo de esta situación. El comandante francés del grupo del norte, Billotte, era incapaz de tomar él mismo las decisiones necesarias. Reinaba la confusión en los ejércitos del flanco izquierdo amenazado.

Cuando fueron conscientes del poder superior del enemigo se replegaron. Al girar el movimiento, colocándose a su derecha, formaron un flanco defensivo. Si hubiesen comenzado a retroceder el día catorce podrían haber regresado a la línea anterior antes del diecisiete y habrían tenido muchas probabilidades de abrirse paso luchando. Pero perdieron por lo menos tres días decisivos. A partir del diecisiete, el gabinete de Guerra británico vio con toda claridad que lo único que podía salvar al Ejército británico era avanzar luchando hacia el sur. Estaban dispuestos a convencer al gobierno francés y al general Gamelin, pero su propio comandante, lord Gort, dudaba de que fuese posible retirarse de los frentes de batalla y, sobre todo, abrirse camino al mismo tiempo. El día diecinueve echaron al general Gamelin y ocupó su lugar Weygand. La «Instrucción Número 12» de Gamelin, su última orden, aunque con cinco días de retraso, en principio era razonable, además de concordar con las principales conclusiones del gabinete de Guerra británico y los jefes del Estado Mayor. El cambio en el Mando Supremo, o la falta de mando, provocó una demora de tres días más. El enérgico plan que propuso el general Weygand después de visitar los Ejércitos del Norte nunca fue más que un plan teórico. En términos generales, era el

plan de Gamelin, cada vez más desesperado a medida que aumentaba el retraso.

En el espantoso dilema que se nos presentaba aceptamos el plan de Weygand y realizamos esfuerzos leales y persistentes, aunque vanos en ese momento, por ponerlo en práctica hasta que el día veinticinco, cortadas todas las comunicaciones, repelido nuestro débil contraataque, perdido Arras, el frente belga desmoronándose y el rey Leopoldo a punto de capitular, se desvaneció toda esperanza de huida hacia el sur. Sólo quedaba el mar. ¿Podríamos llegar hasta él, o quedaríamos rodeados y vencidos en medio del campo? En cualquier caso, toda la artillería y el equipo de nuestro Ejército, irremplazables durante muchos meses, se perderían irremediablemente. Pero eso no era nada en comparación con salvar al Ejército, cuyo núcleo y estructura eran lo único sobre lo que Gran Bretaña podía levantar sus ejércitos en el futuro. Lord Gort, que a partir del día veinticinco pensaba que la evacuación por mar era nuestra única posibilidad, procedió entonces a establecer una cabeza de puente en torno a Dunkerque y a abrirse camino a través de ella con la fuerza que le quedaba. Harían falta toda la disciplina de los británicos y las cualidades de sus comandantes, como Brooke, Alexander y Montgomery. Pero haría falta mucho más. Ya se había hecho todo lo humanamente posible. ¿Sería suficiente?

A continuación, tenemos que examinar un episodio bastante controvertido. El general Halder, jefe del Estado Mayor alemán, declaró que en ese momento Hitler realizó su única intervención personal directa y efectiva en la batalla. Según él, Hitler «estaba preocupado por las formaciones blindadas porque corrían bastante peligro en un país difícil, que era un laberinto de canales, sin ser capaces de obtener ningún resultado vital». Le pareció que no podía sacrificar inútilmente las formaciones blindadas ya que eran esenciales para la segunda etapa de la campaña. Creía, sin duda, que su superioridad aérea sería suficiente para impedir una evacuación por mar a gran escala. Por consiguiente, según Halder, envió un mensaje a través de Brauchitsch, ordenando «que se detuvieran las formaciones blindadas e incluso que se recuperaran los puntos». De este modo, dice Halder, quedó expedito para el Ejército británico el camino a Dunkerque. De todos modos, interceptamos un mensaje alemán, enviado sin codificar a las 11.42 del veinticuatro de mayo, ordenando interrumpir de momento el ataque a la línea de Dunkerque. Halder afirma que, en nombre del Mando Supremo del Ejército (O.K.H.), se negó a interferir con el movimiento del Grupo de Ejército de Rundstedt, que tenía órdenes claras de impedir que el enemigo llegara hasta la costa. Cuanto más rápido y más completo fuera el triunfo que obtuvieran allí, sostenía, más fácil sería posteriormente reparar la pérdida de algunos carros de combate.

La controversia concluyó con una orden definitiva de Hitler, a la que añadió que para asegurarse de que se cumpliera enviaría al frente a sus oficiales de enlace

personales. Afirmó el general Halder: «Nunca he sabido cómo se le ocurrió a Hitler la idea de que se arriesgaban inútilmente las formaciones blindadas. Lo más probable es que Keitel, que estuvo bastante tiempo en Flandes durante la primera guerra mundial, diera origen a estas ideas con sus cuentos».

Otros generales alemanes han dicho cosas muy parecidas e incluso han sugerido que la orden de Hitler estuvo inspirada en un motivo político, para incrementar las oportunidades de una paz con Inglaterra después de derrotar a Francia. Ahora disponemos de información documental auténtica, la del diario del cuartel general de Rundstedt, *escrito en esa época*, que presenta una versión diferente. El día veintitrés a medianoche llegaron órdenes de Brauchitsch, desde el Mando Supremo del Ejército, confirmando que el Cuarto Ejército tenía que permanecer a las órdenes de Rundstedt para «el último acto» de la «batalla de cerco». A la mañana siguiente Hitler fue a ver a Rundstedt, que le contó que sus unidades blindadas, que habían llegado tan lejos y tan rápido, habían perdido mucha fuerza y necesitaban un descanso para reorganizarse y recuperar el equilibrio para asestar el golpe definitivo a un enemigo que, según el diario de su estado mayor, «luchaba con una tenacidad extraordinaria». Asimismo, Rundstedt previo la posibilidad de que esta fuerza tan dispersa fuera atacada desde el norte y desde el sur; de hecho, se refiere al plan de Weygand que, de haber sido viable, era el contragolpe evidente de los aliados. Hitler estuvo «totalmente de acuerdo». También hizo hincapié en la imperiosa necesidad de conservar las fuerzas blindadas para operaciones posteriores. Sin embargo, a primera hora del día veinticinco, Brauchitsch, como comandante en jefe, envió una nueva directriz que ordenaba continuar el avance de las unidades blindadas. Rundstedt, apoyado por el acuerdo oral con Hitler, no lo permitió y no transmitió la orden al comandante del Cuarto Ejército, Kluge, que recibió instrucciones de seguir dosificando las divisiones Panzer. Kluge protestó por la demora, pero Rundstedt no las dejó salir hasta el día siguiente, el veintiséis, aunque incluso entonces exigiendo que todavía no se atacara Dunkerque directamente. El diario deja constancia de la protesta del Cuarto Ejército ante esta restricción y de que su jefe del Estado Mayor telefoneó el día veintisiete:

> El panorama en los puertos del canal es el siguiente. Llegan grandes barcos hasta los muelles, se bajan unas tablas y los hombres se aglomeran en los barcos dejando atrás todo el material. Pero no nos apetece encontrar a estos mismos hombres, con equipo nuevo, enfrentándonos más adelante.

Por tanto, es seguro que se detuvieron las unidades blindadas, y que esto se hizo por iniciativa no de Hitler sino de Rundstedt. No cabe duda de que Rundstedt tenía motivos para defender su punto de vista tanto por la situación de las unidades blindadas como por la batalla general, pero tendría que haber obedecido las órdenes formales del comandante del Ejército, o al menos haberles comunicado lo que había hablado con Hitler. Los comandantes alemanes están de acuerdo en que aquí

perdieron una gran oportunidad.

Sin embargo, hubo otra causa que afectó los movimientos de las unidades blindadas alemanas en el momento decisivo.

Después de llegar al mar más allá de Abbeville, la noche del día veinte, las primeras columnas blindadas y motorizadas alemanas se habían desplazado hacia el norte siguiendo la costa en dirección a Boulogne, Calais y Dunkerque, con la evidente intención de impedir la huida por mar. Esta región estaba muy presente en mi memoria desde la guerra anterior, cuando mantuve en acción la brigada móvil de la Infantería de Marina desde Dunkerque contra los flancos y la retaguardia de los ejércitos alemanes que marchaban sobre París. Por tanto, no tuve que informarme sobre el sistema de inundación que había entre Calais y Dunkerque, ni sobre la importancia de la línea de agua de Gravelines. Ya se habían abierto las compuertas y, a medida que pasaban los días, las inundaciones se iban extendiendo brindando protección por el sur a nuestra línea de retirada. La defensa de Boulogne, pero sobre todo la de Calais, resistieron hasta el último minuto en medio de la confusión, y de inmediato se enviaron guarniciones allí procedentes de Inglaterra. Boulogne, aislada y atacada el veintidós de mayo, fue defendida por dos batallones de la guarnición y una de nuestras pocas baterías anticarro, junto con algunas tropas francesas. Al cabo de treinta y seis horas de resistencia la situación se tornó insostenible, de modo que autoricé la evacuación por mar del resto de esta guarnición, incluidos los franceses. Se embarcaron los soldados de la guarnición en ocho destructores la noche del veintitrés al veinticuatro de mayo, después de perder tan sólo doscientos hombres. Los franceses siguieron combatiendo en la ciudadela hasta la mañana del día veinticinco. Lamenté nuestra evacuación.

Unos días antes puse la dirección de la defensa de los puertos del canal directamente al mando del jefe del Estado Mayor del Imperio, con quien estaba en permanente contacto. Entonces resolví que en Calais se lucharía hasta la muerte y que no se permitiría la evacuación por mar de esta guarnición, compuesta por un batallón de la Brigada de Fusileros, uno de la 60.ª de Fusileros, los Fusileros de la Reina Victoria, la 229..ª Batería Anticarro del Ejército y un batallón del Real Regimiento de Carros de Combate, con veintiún carros ligeros y veintisiete de tipo crucero, y un número similar de franceses. Fue una pena sacrificar de este modo estas tropas espléndidas, entrenadas, de las que teníamos tan pocas, por la dudosa ventaja de ganar dos, o quizá tres días, y el uso desconocido que podíamos hacer de esos días. El secretario de Estado de Guerra y el jefe del Estado Mayor del Imperio apoyaron esta medida tan dura.

La decisión definitiva de no relevar la guarnición se tomó el veintiséis de mayo por la noche. Hasta entonces, los destructores estuvieron preparados. Edén y Ironside

estaban conmigo en el Almirantazgo. Los tres regresamos de cenar y, a las nueve de la noche, adoptamos la resolución. Se trataba del regimiento del propio Edén, en el que había prestado servicio y combatido durante la guerra anterior. Uno tiene que comer y beber durante la guerra, pero no pude evitar las náuseas cuando nos quedamos sentados en silencio en torno a la mesa.

Calais era el punto crucial. Muchas otras causas podían haber impedido la liberación de Dunkerque, pero no cabe duda de que los tres días que ganamos gracias a la defensa de Calais nos permitieron mantener la línea de agua de Gravelines y que, sin ellos, a pesar de las vacilaciones de Hitler y de las órdenes de Rundstedt, se habría perdido todo.

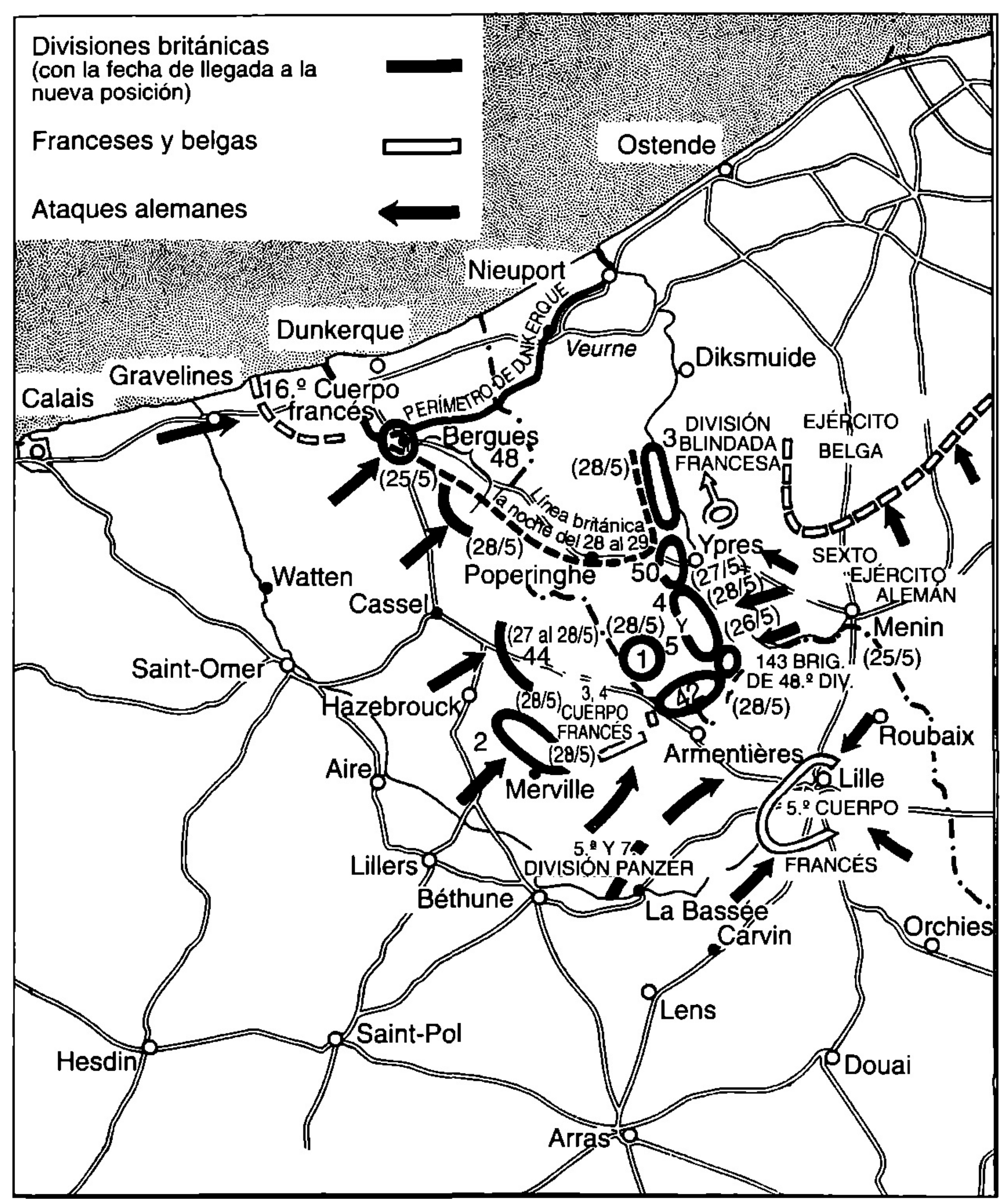
Como si esto fuera poco, se abatió sobre nosotros una nueva catástrofe. Los alemanes, que hasta el veinticuatro de mayo no habían presionado demasiado el frente belga, rompieron la línea a ambos lados de Courtrai, situado a apenas cincuenta kilómetros de Ostende y de Dunkerque. El rey de los belgas en seguida consideró que la situación era desesperada y se preparó para capitular.

La noche del día veinticinco lord Gort adoptó una decisión fundamental, todavía tenía órdenes de cumplir el plan de Weygand de atacar hacia el sur, en dirección a Cambrai, para lo que tenía que utilizar la 5.ª División y la 50.ª, juntamente con las francesas. El ataque francés prometido, desde el Somme hacia el norte, no daba señales de concretarse. Se habían evacuado los últimos defensores de Boulogne. Calais seguía resistiendo. Entonces Gort abandonó el plan de Weygand En su opinión, ya no había esperanza de marchar hacia el sur y hacia el Somme Además, al mismo tiempo, el derrumbe de la defensa belga y la brecha que se abría en el norte dieron origen a otro peligro, dominante de por sí. Confiando en su propia capacidad militar y convencido del fracaso total de todo control, ya sea por parte del gobierno británico y el francés como por el Alto Mando francés, Gort decidió descartar el ataque hacia el sur, cerrar la brecha que la capitulación belga estaba a punto de abrir en el norte y dirigirse hacia el mar. En ese momento era la única esperanza de salvar algo de la destrucción o la rendición. A las seis de la tarde dio órdenes a la 5.ª División y a la 50.ª de unirse al II Cuerpo británico para tapar la inminente brecha belga e informó de su acción al general Blanchard, que sustituyó a Billotte al mando del Primer Grupo de Ejército; este oficial, reconociendo la fuerza de los acontecimientos, dio órdenes, a las once y media de la noche, de retirarse el día veintiséis hasta una línea situada detrás del canal de Lys, al oeste de Lille, con la intención de crear una cabeza de puente en torno a Dunkerque.

A primeras horas del veintiséis de mayo Gort y Blanchard elaboraron un plan de retirada hacia la costa. Como el Primer Ejército francés tenía que recorrer más camino, los primeros movimientos del Cuerpo Expedicionario británico, en la noche

del veintiséis al veintisiete, serían preparatorios, y las retaguardias del I y del II Cuerpo británico permanecieron en las defensas fronterizas hasta la noche del veintisiete al veintiocho. En todo ello lord Gort había actuado bajo su propia responsabilidad. Pero entonces, en Londres y con una perspectiva algo diferente de la información, ya habíamos llegado a la misma conclusión. El día veintiséis recibió un telegrama de la Oficina de Guerra aprobando su conducta y autorizándolo «a operar hacia la costa a partir de ese momento, junto con el ejército francés y el belga». Se estaba llevando a cabo, a gran escala, la concentración de emergencia de embarcaciones de todo tipo y tamaño.

Mientras tanto, seguían organizándose cabezas de puente alrededor de Dunkerque. Los franceses tenían que defender desde Gravelines hasta Bergues, y los británicos desde allí a lo largo del canal, pasando por Fumes hasta Nieuport y el mar. Los distintos grupos y destacamentos de todos los ejércitos que llegaban de ambas direcciones se fusionaban en esta línea. Confirmando las órdenes del día veintiséis, lord Gort recibió un telegrama de la Oficina de Guerra, enviado a las 13 horas del día veintisiete, encomendándole la misión a partir de ese momento de «evacuar la mayor cantidad de fuerzas posibles». El día anterior informé a Reynaud de que la política era evacuar el Cuerpo Expedicionario británico y le pedí que diera las órdenes correspondientes. Tan mal estaban las comunicaciones que el día veintisiete, a las 14 horas, el comandante del Primer Ejército francés dio una orden a su cuerpo: «*La bataille sera livrée sans esprit de recul sur la position de la Lys*».



La situación el 28 de mayo

Cuatro divisiones británicas y la totalidad del Primer Ejército francés se encontraban entonces en grave peligro de quedar aislados en tomo a Lille. Los dos brazos del movimiento circular alemán luchaban por cerrar las tenazas sobre ellos. Sin embargo, éste fue uno de esos momentos poco comunes pero decisivos en que el transporte mecánico hace valer sus derechos. Cuando Gort dio la orden, estas cuatro divisiones retrocedieron con una rapidez sorprendente, prácticamente en una noche. Mientras tanto, librando feroces batallas a ambos lados del corredor, el resto del

Ejército británico mantuvo expedito el camino hacia el mar. Al final, los brazos de las tenazas, demorados por la 2.ª División y contenidos durante tres días por la 5.ª, se cerraron la noche del veintinueve de mayo, de forma similar a la gran operación rusa en tomo a Stalingrado en 1942. La trampa tardó dos días y medio en cerrarse, durante los cuales las divisiones británicas y buena parte del Primer Ejército francés, a excepción del V Cuerpo, que se perdió, se retiraron en orden a través de la brecha, a pesar de que los franceses sólo disponían de transporte a caballo y de que la carretera principal hacia Dunkerque ya estaba cortada y las secundarias estaban llenas de tropas en retirada, largas filas de transportes y muchos miles de refugiados.

Entonces planteé a nuestros asesores militares la cuestión de nuestra capacidad para continuar por nuestra cuenta, que diez días antes le pedí a Chamberlain que analizara con otros ministros. Elaboré deliberadamente la referencia en términos que, aunque daban una pista, dejaban bastante libertad a los jefes del Estado Mayor para expresar sus opiniones, fueran las que fuesen. Yo ya sabía de antemano que estaban totalmente decididos, pero siempre conviene tener constancia escrita de este tipo de decisiones. Además, quería estar en condiciones de garantizar al Parlamento que nuestra decisión estaba respaldada por la opinión de los profesionales. De modo que hela aquí, con la respuesta:

> 1. Hemos examinado nuestro informe sobre la «Estrategia británica en cierta eventualidad» teniendo en cuenta los siguientes términos de referencia que nos ha remitido el primer ministro.
> «En el caso de que Francia no fuera capaz de continuar en la guerra y adoptara una posición neutral, que los alemanes mantuvieran su posición actual y el Ejército belga se viera obligado a capitular tras ayudar al Cuerpo Expedicionario británico a llegar hasta la costa; en el caso de que se propusieran a Gran Bretaña unos términos que la dejaran totalmente a merced de Alemania mediante el desarme, la cesión de bases navales en las Oreadas, etcétera, ¿qué perspectivas tenemos de continuar la guerra solos contra Alemania y probablemente Italia? La Armada y la Fuerza Aérea, ¿pueden ofrecer una esperanza razonable de evitar una invasión seria, y podrían las fuerzas reunidas en esta isla hacer frente a unos ataques aéreos en los que participaran destacamentos de no más de diez mil hombres teniendo en cuenta que la prolongación de la resistencia británica podría ser muy peligrosa para Alemania, que tiene que mantener dominada a la mayor parte de Europa?».
> 2. Nuestras conclusiones figuran en los párrafos siguientes:
> 3. Mientras exista nuestra Fuerza Aérea, ella y la Armada, conjuntamente, deberían ser capaces de impedir que Alemania llevara a cabo una invasión importante por mar de este país.
> 4. Suponiendo que Alemania consiguiera una superioridad aérea absoluta, calculamos que la Armada podría contener una invasión durante un tiempo, pero no por un período indefinido.
> 5. Si nuestra Armada fuera incapaz de impedirlo y nuestra Fuerza Aérea desapareciera, las defensas que tenemos en nuestras costas y playas no podrían impedir que los carros de combate y la infantería de Alemania establecieran una base sólida en nuestras costas. En las circunstancias que acabamos de mencionar, nuestras fuerzas terrestres serían insuficientes para hacer frente a una invasión importante.
> 6. El quid de la cuestión es la superioridad aérea. Si Alemania la consiguiera, podría tratar de subyugar a este país sólo por medio de un ataque aéreo.
> 7. Alemania no podría conseguir una superioridad aérea absoluta a menos que acabara con nuestra Fuerza Aérea y con las fábricas de aviones; algunas partes vitales de éstas se concentran en Coventry y en Birmingham.

8. Los ataques aéreos a las fábricas de aviones serían de día o de noche. Estimamos que en un ataque diurno podríamos infligirle tantas bajas al enemigo como para impedir un perjuicio grave. Sin embargo, independientemente de lo que hagamos a modo de medidas defensivas (sobre las que insistimos con la mayor premura), no podemos estar seguros de poder proteger los grandes centros industriales, de los que dependen nuestras industrias aeronáuticas, de los graves daños materiales que podrían causarles los ataques nocturnos. El enemigo no tendría que recurrir a un bombardeo de precisión para lograr este efecto.
9. Que el ataque tenga éxito y acabe con la industria aeronáutica no sólo depende del daño material que ocasionen las bombas sino de las consecuencias morales que produzcan en los trabajadores y su determinación de seguir adelante en medio del caos y la destrucción.
10. Por tanto, si el enemigo insiste en realizar ataques nocturnos a nuestra industria aeronáutica, es probable que provoque tantos daños materiales y morales dentro de la zona industrial afectada que se interrumpa toda actividad.
11. Debemos recordar que, numéricamente, los alemanes disponen de una superioridad de cuatro a uno. Asimismo, las fábricas de aviones alemanas están bien dispersas y son relativamente inaccesibles.
12. Por otra parte, en la medida en que dispongamos de una fuerza contraofensiva de bombarderos, podemos llevar a cabo ataques similares a los centros industriales alemanes y, por su efecto moral y material, paralizar una parte de ellos.
13. En resumen, nuestra conclusión es que, a primera vista, Alemania tiene la mayoría de las cartas; pero la verdadera prueba es si la moral de nuestro personal de combate y nuestra población civil compensará las ventajas numéricas y materiales que tiene Alemania. Creemos que así será.

Este informe que, evidentemente, fue escrito en el período más oscuro, antes de la liberación de Dunkerque, lleva la firma no sólo de los tres jefes del Estado Mayor Newall, Pound y Ironside, sino también la de los tres subjefes, Dill, Phillips y Peirse. Al leerla años después, debo reconocer que era grave y desalentadora. Pero el gabinete de Guerra y los pocos ministros que la vieron eran de la misma opinión. No había nada que discutir. Estábamos todos de acuerdo, en corazón y en espíritu.

Internamente, emití también la siguiente orden general:

28 de mayo de 1940

(Estrictamente confidencial).

En estos días sombríos, el primer ministro agradecería a todos sus colegas en el gobierno, así como también a los altos funcionarios, que mantuvieran elevada la moral en sus círculos y que, sin minimizar la gravedad de los acontecimientos, mostraran confianza en nuestra capacidad y en nuestra decisión inflexible de continuar la guerra hasta acabar con la voluntad del enemigo de someter a toda Europa a su dominio.

No debería tolerarse la idea de que Francia consiga una paz independiente; pero sea lo que fuere que ocurra en los demás países de Europa, no podemos dudar de nuestra obligación, y sin duda usaremos todos los medios a nuestro alcance para defender la isla, el imperio y nuestra causa.

En las primeras horas del día veintiocho, el Ejército belga se rindió. Lord Gort recibió la intimación formal tan sólo una hora antes, aunque hacía tres días que se preveía la caída y, de un modo u otro, la brecha quedaba cerrada. Durante todo ese día, la huida del Ejército británico estuvo pendiente de un hilo. En el frente de Comines a Ypres y desde allí hasta el mar, mirando al este y tratando de cerrar la brecha belga, el general Brooke y su II Cuerpo libraron una batalla magnífica, pero a medida que los belgas se fueron retirando hacia el norte y a continuación capitularon, la brecha se agrandó sin remedio. No se pudo impedir el empuje alemán entre el

Ejército británico y el belga, pero en cambio su fatal consecuencia, un giro hacia dentro, atravesando el Yser, que habría colocado al enemigo sobre las playas, detrás de nuestras tropas de combate, se previo y en todas partes se impidió.

Los alemanes lucharon con saña. Continuamente entraron, a apenas seis kilómetros detrás del frente de lucha de Brooke, grandes masas de transportes y tropas en la creciente cabeza de puente de Dunkerque y se fueron distribuyendo, con hábil improvisación, entre sus defensas. El día veintinueve, gran parte del Cuerpo Expedicionario británico había llegado al perímetro, y las medidas navales de evacuación comenzaban a alcanzar todo su efecto. El treinta de mayo, el Cuartel General informó que ya habían entrado todas las divisiones británicas, o lo que quedaba de ellas. Más de la mitad del Primer Ejército francés llegó hasta Dunkerque donde fue embarcado y rescatado en su mayor parte. Pero la línea de retirada de al menos cinco divisiones quedó cortada por el movimiento de tenaza de los alemanes al oeste de Lille. Los franceses que estaban en Lille lucharon en unos frentes que poco a poco se fueron contrayendo contra la creciente presión hasta que la noche del día treinta y uno, con pocos alimentos y sin municiones, se vieron obligados a rendirse. De este modo, cayeron en manos alemanas alrededor de cincuenta mil hombres. Durante cuatro días decisivos, estos franceses, bajo la valiente dirección del general Molinié, contuvieron a nada menos que siete divisiones alemanas que, de lo contrario, se habrían sumado a los ataques al perímetro de Dunkerque. Así ayudaron a escapar a sus compañeros más afortunados y al Cuerpo Expedicionario británico.

Fue una dura experiencia para mí, con tan pesada carga de responsabilidad, observar durante estos días, y sólo a fugaces intervalos, este drama imposible de controlar, en el que era probable que una intervención causara más mal que bien. No cabe duda de que, manteniéndonos fieles durante tanto tiempo al plan de Weygand de retirada del Somme, nuestros peligros, ya graves, se incrementaran. Pero la decisión de Gort, con la que coincidimos de inmediato, de dejar de lado el plan de Weygand y avanzar hacia el mar, fue puesta en práctica por él y su estado mayor con una habilidad magistral y será siempre considerado un episodio brillante en los anales militares británicos.

Capítulo IV

EL RESCATE DE DUNKERQUE

Era el martes veintiocho de mayo, y no volví a asistir a la Cámara hasta una semana después. No ganábamos nada con hacer otra declaración en ese intervalo, ni los parlamentarios expresaron ningún deseo de que la hubiera. Pero todo el mundo se daba cuenta de que el destino de nuestro Ejército, y tal vez mucho más, podía decidirse antes de que finalizara la semana. Advertí que «la Cámara debería prepararse para recibir malas noticias. Lo único que puedo agregar es que nada de lo que suceda en esta batalla puede exonerarnos en modo alguno de nuestra obligación de defender la causa mundial con la que nos hemos comprometido; ni tampoco debería destruir la confianza en nuestra capacidad para salir adelante, como hemos hecho en otras ocasiones de nuestra historia, superando desastres y tristezas, hasta derrotar a nuestros enemigos». Desde la formación del gobierno, casi no había visto a muchos de mis colegas que no pertenecían al gabinete de Guerra, salvo de forma individual, de modo que me pareció adecuado celebrar, en mi despacho de la cámara de los Comunes, una reunión de todos los ministros con el rango de consejeros que no fueran miembros del gabinete de Guerra. Éramos alrededor de veinticinco en torno a la mesa. Les describí el curso de los acontecimientos y les mostré con franqueza nuestra posición y todo lo que estaba en juego. Después añadí, con toda tranquilidad, sin darle demasiada importancia:

> «Por supuesto que, independientemente de lo que pase en Dunkerque, seguiremos luchando».

Se produjo entonces una manifestación que me sorprendió, teniendo en cuenta el carácter de la reunión (veinticinco políticos y parlamentarios experimentados, que representaban todos los puntos de vista, acertados o equivocados anteriores a la guerra). Muchos de ellos se pusieron en pie casi de un salto y se acercaron rápidamente a mi sillón, gritando y palmeándome la espalda. No cabe duda de que si, en esta coyuntura, hubiera titubeado lo más mínimo en el manejo de la nación me habrían expulsado del cargo. Estaba seguro de que todos los ministros estaban dispuestos a morir en seguida, y a perder a sus familias y sus bienes antes que rendirse. En este sentido, representaban a la cámara de los Comunes y a casi todo el pueblo. En los días y los meses siguientes me tocó expresar sus sentimientos en las ocasiones adecuadas, y pude hacerlo porque también los compartía. De un extremo a otro de la isla, reinaba una sensación luminosa, embriagadora, sublime.

Se han escrito textos detallados y excelentes sobre la evacuación de Dunkerque del Ejército británico y el francés. Desde el día veinte se fueron reuniendo barcos y embarcaciones pequeñas bajo el control del almirante Ramsay, que ejercía el mando en Dover. La noche del día veintiséis, a una señal del Almirantazgo, se puso en marcha la operación «Dínamo» y esa misma noche se trasladaron a la isla las primeras tropas. Después de perder Boulogne y Calais, sólo quedaban en nuestro poder los restos del puerto de Dunkerque y las playas indefensas próximas a la frontera belga. En ese momento se calculaba que, como máximo, podríamos rescatar alrededor de cuarenta y cinco mil hombres en dos días. A la mañana del día siguiente, veintisiete de mayo, bien temprano, se tomaron medidas de emergencia para localizar más embarcaciones pequeñas «para una necesidad especial», que no era nada menos que la evacuación de todo el Cuerpo Expedicionario británico. Era evidente que muchas de estas embarcaciones tendrían que intervenir en las playas, además de los barcos más grandes que podrían cargar en el puerto de Dunkerque. Por sugerencia de H. C. Riggs, del Ministerio de Transporte, los oficiales del Almirantazgo registraron los diversos astilleros, desde Teddington hasta Brightlingsea, con lo que consiguieron más de cuarenta motoras o lanchas en buen estado que se reunieron en Sheemess al día siguiente. También se aprovecharon los botes salvavidas de los transatlánticos que había en los muelles de Londres, los remolcadores del Támesis, los veleros, las barcas de pesca, las gabarras, las barcazas y las embarcaciones de recreo, en resumen, todo lo que se pudiera usar en las playas. La noche del día veintisiete se hicieron a la mar una gran masa de pequeñas embarcaciones, primero hacia nuestros puertos del canal de la Mancha y desde allí a las playas de Dunkerque, donde se encontraba nuestro querido Ejército.

Cuando ya no hubo necesidad de mantenerlo todo en secreto, el Almirantazgo no dudó en dar rienda suelta al movimiento espontáneo que impulsó a la población marinera de nuestra costa meridional y meridional oriental. Todos los que tenían una embarcación del tipo que fuera, a vapor o a vela, pusieron rumbo a Dunkerque, de modo que los preparativos, que afortunadamente habían comenzado una semana antes, contaron con el apoyo de la brillante improvisación de una cantidad increíble de voluntarios. Los pocos barcos que llegaron el día veintinueve fueron los precursores de casi cuatrocientas pequeñas naves que, a partir del día treinta y uno, estuvieron destinadas a desempeñar un papel fundamental transportando a casi cien mil hombres desde las playas hasta los barcos que estaban fondeados lejos de la costa. Durante esos días, desaparecieron el jefe de la Sala de Mapas del Almirantazgo el capitán Pim, y uno o dos rostros familiares más: se habían apoderado de un *schuit* (una barca plana) holandés que, en cuatro días, rescató a ochocientos soldados. En total, acudieron a rescatar al Ejército, bajo el incesante bombardeo aéreo del enemigo,

alrededor de ochocientas sesenta embarcaciones, de las que casi setecientas eran británicas y el resto, aliadas.

Mientras tanto, en tierra, en torno a Dunkerque, la ocupación del perímetro se efectuó con precisión. Las tropas llegaban huyendo del caos y formaban en orden a lo largo de las defensas, que habían aumentado incluso en dos días. Los hombres que se encontraban en mejor estado se destinaban a formar la línea. Las divisiones como la 2.ª y la 5.ª, que eran las que más habían sufrido, se mantenían en reserva en las playas y se embarcaban en seguida. Al principio iba a haber tres cuerpos en el frente, el 2, 5 y 29, pero cuando los franceses comenzaron a participar más en las defensas, se estimó que con dos era suficiente. El enemigo había seguido la retirada de cerca, y no cesaban los combates, sobre todo en los flancos, cerca de Nieuport y Bergues. A medida que continuó la evacuación, la constante reducción de la cantidad de tropas se vio acompañada por la consiguiente disminución de la defensa. Entre las dunas de las playas vivieron durante tres, cuatro o cinco días varios miles de hombres bajo un ataque aéreo implacable. Hitler pensó que la Fuerza Aérea alemana imposibilitaría la huida y que, por tanto, le convenía reservar sus formaciones blindadas para asestar el golpe final de la campaña, lo que, aunque fue un error, no dejaba de tener sentido.

Pero tres factores echaron por tierra sus expectativas. En primer lugar, el incesante bombardeo aéreo de las masas de tropas que había a lo largo de la orilla les ocasionó muy pocos perjuicios. Las bombas se hundían en la arena blanda, que amortiguaba la explosión. Al principio, después de un ataque aéreo impresionante, las tropas comprobaban con sorpresa que casi no había habido muertos ni heridos. Hubo explosiones por todas partes, pero casi nadie estaba peor. Si la costa hubiese sido rocosa los resultados habrían sido más mortíferos. Entonces, los soldados comenzaron a mirar con desprecio los ataques aéreos. Se agazapaban en las dunas con calma y cada vez más esperanzados. Ante ellos se extendía un mar gris pero amistoso y, más allá, las embarcaciones de rescate y… el hogar.

El segundo factor que Hitler no previo fue la matanza de sus aviadores. Se puso a prueba, directamente, la calidad aérea de británicos y alemanes. Haciendo grandes esfuerzos, el Mando de Cazas mantenía en el lugar patrullas sucesivas y luchaba con el enemigo a pesar de la gran desigualdad. Atacaban una y otra vez a los escuadrones de cazas y bombarderos alemanes, causándoles numerosas bajas, dispersándolos y obligándolos a retirarse. Esto prosiguió día tras día hasta que la Fuerza Aérea británica consiguió una gloriosa victoria. Cada vez que veían aviones alemanes, que a veces se presentaban en grupos de cuarenta y cincuenta los atacaban en seguida, aunque los atacantes no fueran más que un solo escuadrón, o a veces menos, y los abatían en gran cantidad, que en poco tiempo sumaron centenares. Se empleó toda nuestra Fuerza Aérea metropolitana, nuestra última reserva sagrada. Algunas veces

los pilotos de los cazas realizaban cuatro misiones de combate en un día. Así se obtuvo un claro resultado: a pesar de su superioridad, el enemigo fue derrotado o muerto y, a pesar de todo su valor, fue vencido, e incluso atemorizado. Fue un choque decisivo. Lamentablemente, las tropas que estaban en la playa apenas se enteraron de este conflicto épico que se desarrollaba en el aire, a menudo a muchos kilómetros de distancia o por encima de las nubes, y no sabían nada de las pérdidas infligidas al enemigo. Lo único que percibían eran las bombas que azotaban las playas, que arrojaban los aviones enemigos que habían logrado infiltrarse, pero que tal vez no regresaran. Pero el Ejército estaba resentido con la Fuerza Aérea y, en su ignorancia, algunas de las tropas que desembarcaban en Dover o en los puertos del Támesis insultaban a los hombres que veían con el uniforme de la Fuerza Aérea, cuando en realidad deberían haberles estrechado las manos. Pero ¿qué sabían ellos? Me esforcé mucho por difundir la verdad en el Parlamento.

Pero toda la ayuda de la arena y todas las proezas aéreas habrían sido inútiles de no haber sido por el mar. Bajo la presión y la emoción de los acontecimientos, las instrucciones impartidas hacía diez o doce días habían dado muchos frutos. Prevaleció una disciplina perfecta tanto en la costa como en el mar. Éste estaba en calma. Las pequeñas embarcaciones iban de aquí para allá, entre la orilla y los barcos, recogiendo a los hombres de las playas y del agua, totalmente indiferentes a los bombardeos aéreos que a menudo producían algunas víctimas. Desafiaban el ataque aéreo por la mera cantidad. La «Armada mosquito», en general, era invencible. En medio de nuestra derrota, los habitantes de las islas Británicas, unidos e invencibles, se cubrieron de gloria; y la historia de las playas de Dunkerque brillará en los documentos que registren nuestra historia.

A pesar del valeroso esfuerzo de las pequeñas embarcaciones no hay que olvidar que lo peor les tocó a los barcos que zarparon del puerto de Dunkerque, donde embarcaron a dos terceras partes de los hombres. Los destructores desempeñaron un papel preponderante, como lo demuestra la lista de bajas. Tampoco debemos olvidar la importante función que desempeñaron los barcos particulares, tripulados por marinos mercantes.

El desarrollo de la evacuación se siguió con ansiedad y cada vez con mayor esperanza. La noche del día veintisiete las autoridades navales calificaron de crítica la posición de lord Gort, y el vicealmirante Tennant de la Armada, desde el Almirantazgo, que había asumido el cargo de Oficial Superior de la Armada en Dunkerque dio la señal de que se enviaran de inmediato a las playas todas las embarcaciones disponibles ya que la «evacuación de mañana por la noche es problemática». El panorama que se presentaba era sombrío, incluso desesperado. Se hicieron enormes esfuerzos para responder a este llamamiento y se enviaron un

crucero, ocho destructores y veintiséis embarcaciones más. El veintiocho fue un día de tensión, que se fue calmando poco a poco al estabilizarse la posición en tierra con la poderosa ayuda de la Fuerza Aérea británica. Se cumplieron los planes navales a pesar de las grandes pérdidas del día veintinueve, cuando se hundieron tres destructores y veintiún barcos, y muchos más sufrieron averías.

El día treinta me reuní con los tres ministros de las Fuerzas Armadas y los jefes del Estado Mayor en la sala de Guerra del Almirantazgo. Analizamos lo ocurrido ese día en la costa belga. El total de tropas rescatadas había aumentado a ciento veinte mil, incluidos apenas seis mil franceses, y colaboraban ochocientas sesenta embarcaciones de todo tipo. El almirante Wake-Walker envió un mensaje desde Dunkerque diciendo que, a pesar de los intensos bombardeos y ataques aéreos, en la última hora se habían embarcado cuatro mil hombres. También pensaba que era probable que Dunkerque fuera indefendible al día siguiente. Destaqué la necesidad urgente de evacuar más tropas francesas para no causar un daño irreparable en las relaciones entre nosotros y nuestro aliado. Dije también que, cuando la fuerza británica se viera reducida a un solo cuerpo de ejército, teníamos que ordenarle a lord Gort que embarcara y regresara a Inglaterra dejando al mando al comandante de un Cuerpo. El Ejército británico tenía que aguantar todo lo posible para poder seguir evacuando a los franceses.

Conociendo el carácter de lord Gort, escribí de mi puño y letra la siguiente orden, que le enviaría oficialmente la Oficina de Guerra, a las catorce horas del día treinta:

> Siga defendiendo todo lo posible el actual perímetro a fin de cubrir la máxima evacuación que ahora funciona bien. Repórtese cada tres horas a través de La Panne. Si todavía podemos comunicamos, le enviaremos una orden para que regrese a Inglaterra con los oficiales que elija en el momento que nos parezca que su mando está tan reducido que se puede transferir al comandante de un Cuerpo. Debe designar ese comandante ahora mismo. En caso de que se interrumpan las comunicaciones, transfiera el mando y regrese como se indica cuando su fuerza de combate efectiva no supere el equivalente a tres divisiones. Esto corresponde al procedimiento militar correcto y en esta cuestión no está autorizado a hacer lo que mejor le parezca. Desde un punto de vista político, capturarlo constituiría para el enemigo un triunfo innecesario cuando sólo queda a sus órdenes una fuerza reducida. Debe ordenarle al comandante del Cuerpo que prosiga con la defensa juntamente con los franceses, y con la evacuación, tanto desde Dunkerque como desde las playas; pero cuando, según su criterio, ya no se pueda mantener una evacuación organizada y no se le pueda infligir al enemigo ningún daño proporcional, está autorizado, previa consulta con el comandante francés de mayor rango, a capitular formalmente para evitar una masacre inútil.

Es posible que este último mensaje influyera en otros grandes acontecimientos y en la suerte de otro valiente comandante. Cuando estuve en la Casa Blanca, a finales de diciembre de 1941, el presidente y Stimson me informaron del destino que les esperaba al general MacArthur y a la guarnición estadounidense en Corregidor. Me pareció correcto explicarles la forma en que resolvimos la posición de un comandante en jefe cuya fuerza quedó reducida a una pequeña fracción de lo que era

originalmente. Tanto el presidente como Stimson leyeron el telegrama atentamente y me sorprendió la impresión que pareció causarles. Más tarde, ese mismo día, Stimson regresó para pedirme una copia, que le entregué de inmediato. Es posible (porque no estoy seguro) que esto los influyera para tomar la decisión correcta de ordenarle a MacArthur que delegara el mando en uno de sus generales subordinados, salvando de este modo para todos sus gloriosos servicios futuros al gran comandante que, de lo contrario, habría muerto o pasado la guerra como prisionero de los japoneses. Me gustaría creer que así fue.

Ese mismo día, el treinta de mayo de 1940, los miembros del estado mayor de lord Gort, en conferencia con el almirante Ramsay, que estaba en Dover, le informaron de que no esperaban poder defender el perímetro oriental más allá del amanecer del uno de junio como máximo. De modo que prosiguió la evacuación a toda prisa para asegurar, en la medida de lo posible, que no quedara en la costa una retaguardia británica superior a cuatro mil hombres. Después se comprobó que esta cifra sería insuficiente para defender las últimas posiciones de cobertura y se decidió mantener el sector británico hasta la medianoche del uno al dos de junio, y que mientras tanto se prosiguiera la evacuación en un plano de igualdad entre las fuerzas francesas y las británicas.

Tal era la situación cuando, la noche del día treinta y uno, lord Gort, cumpliendo sus órdenes, delegó el mando en el general de división Alexander y regresó a Inglaterra.

Para mantener el contacto personal con el fin de evitar malentendidos tuve que viajar a París el treinta y uno de mayo para reunirme con el Consejo Supremo de la Guerra. Me acompañaron en el avión Attlee y los generales Dill e Ismay. También llevé al general Spears, que había vuelto el día anterior con las últimas noticias de París. Este oficial y parlamentario brillante era amigo mío desde la primera guerra mundial; fue oficial de enlace entre la izquierda del Ejército francés y la derecha del británico, y me llevó por los montes de Vimy en 1916. Como hablaba francés con un acento perfecto y llevaba en la manga las rayas de cinco heridas, en este momento era una personalidad adecuada para unas relaciones tan inquietantes como las nuestras. Cuando los franceses y los ingleses tienen problemas entre sí y comienzan a discutir, el francés suele mostrarse voluble y vehemente y el inglés, indiferente o incluso descortés. Pero Spears era capaz de hablar con el personal francés de más alto nivel con una libertad y una energía como no he visto iguales.

Esta vez no fuimos al Quai d’Orsay sino al despacho de Reynaud en la Oficina de Guerra, en Saint-Dominique. Attlee y yo nos encontramos frente a frente con Reynaud y el mariscal Pétain como los únicos ministros franceses. Era la primera vez que aparecía Pétain, entonces vicepresidente del Consejo, en una de nuestras

reuniones. Iba vestido de paisano. Nos acompañaban nuestro embajador, Dill, Ismay y Spears, mientras que los franceses estaban representados por Weygand y Darían, el capitán De Margerie, jefe del despacho privado de Reynaud y Baudouin, secretario del gabinete de Guerra francés.

Los franceses no parecían tener más idea de lo que estaba ocurriendo con los Ejércitos del Norte que la que teníamos nosotros sobre el frente francés. Cuando les dije que se habían evacuado ciento sesenta y cinco mil hombres, de los que quince mil eran franceses, se quedaron pasmados. Naturalmente destacaron la gran preponderancia británica. Les expliqué que esto se debía, fundamentalmente, al hecho de que había muchas unidades administrativas británicas en la retaguardia que estuvieron en condiciones de ser embarcadas antes de que en el frente pudieran prescindir de las tropas de combate. Además, hasta ese momento, los franceses no habían recibido la orden de evacuar. Uno de los motivos principales por los que me desplacé a París fue para asegurarme de que se dieran las mismas órdenes a las tropas francesas que a las británicas. Al gobierno de Su Majestad le había parecido necesario, en tan graves circunstancias, ordenarle a lord Gort que evacuara a los hombres que podían combatir y que dejara atrás a los heridos. Si se confirmaban las actuales esperanzas, se podrían evacuar doscientos mil soldados capaces, lo cual sería casi un milagro. Cuatro días antes no habría apostado por más de cincuenta mil, como máximo. Hice hincapié en nuestras terribles pérdidas de equipo. Reynaud rindió un magnífico homenaje a la labor de la Armada y la Fuerza Aérea británicas que le agradecí. A continuación, hablamos unos minutos sobre lo que se podría hacer para reponer las fuerzas británicas en Francia.

Mientras tanto, el almirante Darían había preparado un telegrama para el almirante Abrial en Dunkerque:

> (1) Se mantendrá una cabeza de puente en torno a Dunkerque con las divisiones bajo su mando y las que están al mando de los británicos.
> (2) En cuanto esté seguro de que ya no podrán llegar hasta los puntos de embarque más tropas que las de la cabeza de puente, las tropas que defienden la cabeza de puente se retirarán y embarcarán, *pero las fuerzas británicas embarcarán en primer lugar*.

Intervine de inmediato para decirle que las fuerzas británicas no embarcarían en primer lugar, sino que la evacuación se llevaría a cabo por partes iguales entre británicos y franceses. «*Bras dessus bras dessous*». Los británicos formarían la retaguardia, y así se acordó.

A continuación, hablamos de Italia. Manifesté la opinión británica de que, en caso de que Italia participara, debíamos atacarla de inmediato de la forma más eficaz posible. Muchos italianos estaban en contra de la guerra y había que hacer todo lo posible para que se dieran cuenta de su gravedad. Propuse atacar mediante bombardeos aéreos el triángulo industrial del noroeste comprendido entre las

ciudades de Milán, Turín y Génova. Reynaud estuvo de acuerdo en que los aliados tenían que atacar en seguida, y el almirante Darlan dijo que tenía preparado un plan para el bombardeo naval y aéreo de las reservas petrolíferas de Italia almacenadas sobre todo a lo largo de la costa entre la frontera y Nápoles. Se acordaron los datos técnicos necesarios.

Después de hablar un poco sobre la importancia de mantener a España al margen de la guerra, hablé sobre la perspectiva general. Dije que los aliados debían mantener un frente inquebrantable contra todos sus enemigos. Los últimos acontecimientos habían provocado a Estados Unidos y, aunque no entraran en guerra, pronto estarían dispuestos a ofrecernos una ayuda importante. La invasión de Inglaterra, si se llevaba a cabo, tendría consecuencias todavía más profundas para Estados Unidos. Inglaterra no le temía a una invasión y la resistiría con la máxima fiereza en aldeas y poblados. Sólo cuando quedaran satisfechas sus necesidades básicas de tropas podría poner el resto de sus fuerzas armadas a disposición de su aliado francés Estaba absolutamente convencido de que lo único que teníamos que hacer para vencer era seguir luchando. Por más que abatieran a uno de nosotros, el otro no debía abandonar la lucha. El gobierno británico estaba dispuesto a combatir desde el Nuevo Mundo si, a causa de algún desastre, la propia Inglaterra fuera arrasada. Si Alemania derrotaba a alguno de los aliados, o a ambos, no tendría piedad; quedaríamos reducidos al estado de vasallos y esclavos para siempre. Que la civilización de Europa occidental, con todos sus logros, tuviera un fin trágico pero espléndido sería preferible a que las dos grandes democracias siguieran adelante, pero desprovistas de todo lo que hace que valga la pena vivir la vida.

Entonces, Attlee dijo que estaba totalmente de acuerdo conmigo. «Ahora el pueblo británico se da cuenta del peligro que tiene delante y sabe que, en caso de que se produzca una victoria alemana, todo lo que ha construido se destruirá. Los alemanes no sólo matan hombres, sino también ideas. Nuestro pueblo está más decidido que nunca en toda su historia». Reynaud nos dio las gracias por lo que habíamos dicho. Estaba seguro de que la moral del pueblo alemán no estaba a la altura del triunfo momentáneo que había obtenido su Ejército. Si Francia podía defender el Somme con la ayuda de Gran Bretaña y si la industria estadounidense contribuía a paliar la disparidad en armas, la victoria estaba asegurada. Se mostró muy agradecido, dijo, porque hubiera renovado mi compromiso de que si un país se hundía el otro no abandonaría la lucha.

Así acabó la reunión formal.

Cuando nos levantamos de la mesa, algunos de los mandatarios se pusieron a conversar en el mirador en un clima algo diferente. Destacaba entre ellos el mariscal Pétain. Spears estaba conmigo, ayudándome con mi francés y hablando también por su cuenta. El joven francés, el capitán De Margerie, ya había hablado de resolver la

cuestión en África. Pero por la actitud del mariscal Pétain, indiferente y sombría, me daba la sensación de que aceptaría una paz por separado. La influencia de su personalidad, su reputación, su serena aceptación de la marcha adversa de los acontecimientos, dejando aparte las palabras que usara, resultaban casi irresistibles para los que quedaban embelesados con él. Uno de los franceses, no recuerdo cuál, dijo con su estilo pulido que, de continuar los reveses militares, en ciertas eventualidades, esto podría obligar a Francia a modificar su política exterior. Entonces Spears se puso a la altura de las circunstancias y, dirigiéndose en particular al mariscal Pétain, le dijo en un perfecto francés: «Supongo que se da cuenta, señor mariscal, de que eso significaría el bloqueo». Alguien respondió: «Tal vez sería inevitable». Entonces Spears le dijo a Pétain en su cara: «No sólo significaría el bloqueo sino el *bombardeo* de todos los puertos franceses que estuvieran en manos de los alemanes». Me alegré de que alguien lo dijera. Yo seguí con mi estribillo de que seguiríamos luchando ocurriera lo que ocurriese, o cayera quien cayese. Otra vez hubo pequeñas incursiones nocturnas, y por la mañana me marché.

El treinta y uno de mayo y el uno de junio se produjo el clímax, aunque no el final de Dunkerque. En estos dos días desembarcaron a salvo en Inglaterra más de ciento treinta y dos mil hombres, casi una tercera parte de los cuales fueron rescatados de las playas en embarcaciones pequeñas, bajo un fuerte ataque aéreo y fuego de artillería. El uno de junio, desde primeras horas de la madrugada en adelante, los bombarderos enemigos hicieron sus mayores esfuerzos, haciéndolos coincidir a menudo con el momento en el que nuestros propios cazas se retiraban para reabastecerse de combustible. Estos ataques causaron grandes estragos entre las atestadas embarcaciones, que sufrieron casi tanto como en toda la semana anterior. En un solo día las pérdidas que sufrimos por ataques aéreos, minas, submarinos italianos u otras desgracias ascendieron a treinta y un barcos hundidos y once averiados. En tierra, el enemigo incrementó su presión en la cabeza de puente, haciendo todo lo posible por atravesarla, aunque los contuvo la desesperada resistencia de las retaguardias aliadas.

La fase final se realizó con gran habilidad y precisión. Por vez primera, tuvimos ocasión de planificar de antemano en lugar de vernos obligados a improvisar de hora en hora. Al amanecer del dos de junio quedaban en las afueras de Dunkerque alrededor de cuatro mil británicos con siete cañones antiaéreos y doce cañones anticarro, junto con las todavía considerables fuerzas francesas que defendían el perímetro, cada vez más estrecho. Ya sólo se podía evacuar en la oscuridad, y el almirante Ramsay decidió realizar un descenso masivo al puerto esa noche, con todos los recursos disponibles. Aparte de remolcadores y embarcaciones pequeñas, esa noche se enviaron desde Inglaterra cuarenta y cuatro barcos, incluidos once destructores y catorce dragaminas. También participaron cuarenta embarcaciones

francesas y belgas. Antes de la medianoche, la retaguardia británica estaba embarcada.

Pero no acabó así la historia de Dunkerque. Esa noche estábamos dispuestos a transportar una cantidad mucho mayor de franceses que los que se ofrecieron. Por tanto, cuando nuestras naves, muchas de ellas vacías aún, tuvieron que retirarse al amanecer quedaron en la orilla gran cantidad de tropas francesas, muchas de ellas todavía en contacto con el enemigo. Había que hacer un esfuerzo más. Aunque las compañías navieras estaban agotadas después de tantos días sin descanso ni respiro, respondieron al llamamiento. El cuatro de junio desembarcaron en Inglaterra 26.175 franceses, de los que más de 21.000 llegaron en embarcaciones británicas. Lamentablemente, quedaron varios miles que siguieron luchando en la cabeza de puente cada vez más reducida hasta la mañana del día cuatro, cuando el enemigo llegó a las afueras de la ciudad y ellos, al límite de su capacidad. Llevaban muchos días luchando valerosamente para cubrir la evacuación de sus camaradas británicos y franceses. Pasarían los años siguientes en cautividad. Recordemos que, de no ser por el aguante de la retaguardia en Dunkerque habría sido muy difícil recuperar un ejército en Gran Bretaña para la defensa nacional y la victoria definitiva.

Finalmente, el cuatro de junio a las 14.23, el Almirantazgo, juntamente con los franceses, anunció la finalización de la operación «Dínamo» que desembarcó en Inglaterra a más de 338.000 soldados británicos y aliados.

El Parlamento se reunió el cuatro de junio y tuve la obligación de explicarles toda la historia, tanto en sesiones públicas como, posteriormente, secretas. Era imprescindible explicarle no sólo a nuestro propio pueblo sino también al mundo que nuestra decisión de seguir luchando tenía un fundamento sólido, y no era un mero esfuerzo desesperado. También estaba bien que les expusiera los motivos que justificaban mi confianza:

> *Hemos de procurar no tratar este rescate como si fuera una victoria. Las guerras no se ganan con evacuaciones*. Pero sí que hubo una victoria dentro de este rescate, y es algo que hay que destacar: la obtuvo la Fuerza Aérea. Es posible que muchos de nuestros soldados al regresar no hayan visto la actuación de la Fuerza Aérea; sólo vieron los bombarderos que burlaron su ataque protector y subestiman sus logros. Lo he oído muchas veces y por eso me desvío del asunto para decir esto, pero quiero hablarles de ello.
>
> En realidad esto fue una prueba de fuerza entre la Fuerza Aérea británica y la alemana. ¿Se les ocurre un objetivo aéreo más importante para los alemanes que imposibilitar la evacuación de estas playas y hundir todos estos barcos que estaban desplegados casi a miles? ¿Podría haber un objetivo de mayor importancia y significación militar que éste para todos los efectos de la guerra? Por más que lo intentaron, fueron derrotados; se frustró su misión. Alejamos al Ejército, y ellos pagaron cuatro veces por las pérdidas que infligieron. […] Todos nuestros tipos y pilotos han demostrado su superioridad con respecto a lo que tienen que enfrentarse ahora.
>
> Cuando nos planteamos cuánto mayor sería nuestra ventaja si tuviéramos que defender de un ataque exterior el espacio aéreo por encima de esta isla, debo decir que estos hechos me proporcionan una base

segura para albergar pensamientos prácticos y tranquilizadores. Rendiré homenaje a estos jóvenes aviadores. El gran Ejército francés fue repelido en gran medida, de momento, por el embate de unos pocos miles de vehículos blindados. ¿No es posible, asimismo, que la habilidad y la entrega de unos cuantos miles de aviadores defiendan la causa de la civilización?

Nos dicen que *herr* Hitler tiene un plan para invadir las islas Británicas. No es la primera vez que a alguien se le ocurre esta idea. Cuando Napoleón estuvo un año en Boulogne con sus embarcaciones de fondo plano y su gran Ejército, alguien le dijo: «En Inglaterra hay hierbas amargas». Sin duda las hay en mayor cantidad desde que regresó el Cuerpo Expedicionario británico.

No cabe duda de que afecta poderosamente a toda la cuestión de la defensa nacional contra la invasión el hecho de que, de momento, en esta isla disponemos de unas fuerzas militares incomparablemente más poderosas de lo que jamás hemos tenido, ya sea en esta guerra o en la anterior. Pero esto no seguirá siempre así. No nos conformaremos con una guerra defensiva. Tenemos una obligación con nuestro aliado. Tenemos que volver a reconstruir y levantar el Cuerpo Expedicionario británico, a las órdenes de su valiente comandante en jefe, lord Gort. Todo esto está en marcha, pero, mientras tanto, debemos elevar tanto el nivel de las defensas de esta isla que haga falta la menor cantidad posible de personas para brindar una seguridad efectiva y que se consiga el mayor potencial posible de esfuerzo ofensivo. En eso estamos en este momento.

Finalicé con una parte que resultaría ser, como después se verá, un factor oportuno e importante en las decisiones estadounidenses.

«Por más que grandes extensiones de Europa y muchos Estados antiguos y famosos hayan caído o puedan caer en poder de la Gestapo y de todo el espantoso aparato del régimen nazi, no vamos a flaquear ni a fracasar sino que seguiremos hasta el final. Combatiremos en Francia, combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos cada vez con mayor confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio. Combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás; y por más que esta isla o buena parte de ella quede dominada y hambrienta, algo que de momento no creo que ocurra, nuestro imperio de ultramar, armado y protegido por la Flota británica, continuará la lucha hasta que, cuando Dios quiera, el Nuevo Mundo, con todo su poder y su fuerza, dé un paso al frente para rescatar y liberar al Viejo».

Capítulo V

A POR EL BOTÍN

La amistad entre el pueblo británico y el italiano se remontaba a los tiempos de Garibaldi y Cavour. Cada etapa para liberar el norte de Italia del dominio austríaco y cada paso hacia la unidad y la independencia italianas había contado con las simpatías del liberalismo Victoriano. La influencia británica tuvo mucho que ver con la incorporación de Italia a la causa aliada en la primera guerra mundial. En sus primeras etapas, la llegada al poder de Mussolini y el establecimiento del fascismo como contrapeso al bolchevismo dividió a la opinión pública británica, por razones partidistas, pero no afectó las amplias bases de entendimiento entre los pueblos. Ya hemos visto que, hasta que los designios de Mussolini contra Abisinia no provocaron graves conflictos, estuvo del lado de Gran Bretaña y contra el hitlerismo y las ambiciones alemanas. Ya he contado la lamentable historia de cómo la política de Baldwin y Chamberlain con respecto a Abisinia nos trajo lo peor de ambos mundos, de cómo alejamos al dictador italiano sin menoscabar su poder y de cómo se perjudicó a la Sociedad de Naciones sin salvar a Abisinia. También vimos los intensos pero inútiles esfuerzos de Chamberlain, sir Samuel Hoare y lord Halifax por recuperar el favor de Mussolini durante el período de apaciguamiento. Por último, Mussolini estaba cada vez más convencido de que el sol de Gran Bretaña estaba en su ocaso y que el futuro de Italia podía levantarse, con la ayuda de Alemania, sobre las ruinas del imperio británico. Después de esto se produjo la creación del eje Roma-Berlín, según el cual era muy probable que Italia entrara en la guerra contra Gran Bretaña y Francia desde el primer día.

Fue sin duda sólo la prudencia lo que hizo que Mussolini esperara a ver cómo iba la guerra antes de comprometerse a sí mismo y a su país de forma irrevocable-El tiempo de espera no tuvo nada de improductivo porque cortejaban a Italia desde los dos bandos, lo cual le brindó gran consideración por sus intereses, muchos contratos rentables y tiempo para mejorar su armamento. Así pasaron los meses sombríos. Sería interesante especular lo que habría sucedido con Italia de haberse mantenido esta política. Estados Unidos, donde el voto italiano tenía mucha fuerza, podría haberle dejado claro a Hitler que cualquier intento de poner a Italia de su lado por la fuerza de las armas provocaría un grave conflicto. La paz, la prosperidad y un poder creciente habrían sido el precio de una neutralidad persistente. Cuando Hitler se involucró con Rusia, esta felicidad se podría haber prolongado de forma casi indefinida, con beneficios cada vez mayores, y Mussolini habría aparecido durante la paz o en el último año de la contienda como el estadista más sabio que conocieron la soleada península y su pueblo industrioso y prolífico, una situación más agradable

que la que de hecho les aguardaba.

En las dos ocasiones en que me reuní con Mussolini en 1927, nuestras relaciones personales fueron cálidas y fluidas. Yo jamás habría alentado a Gran Bretaña romper relaciones con él por lo de Abisinia ni habría puesto a la Sociedad de Naciones en su contra, a menos que estuviéramos dispuestos a entrar en guerra como último recurso. Él, al igual que Hitler, comprendía y en cierto modo respetaba mi campaña a favor del rearme británico, aunque se alegraba de que la opinión pública británica no estuviera de acuerdo conmigo.

En la crisis en que nos encontrábamos por la desastrosa batalla de Francia, evidentemente como primer ministro tenía la obligación de hacer todo lo posible por mantener a Italia al margen del conflicto y, a pesar de no permitirme vagas esperanzas, de inmediato aproveché los recursos y las influencias que tenía a mi alcance. Seis días después de llegar a la jefatura del gobierno escribí, por deseo del gabinete, la carta a Mussolini que, junto con su respuesta, se publicó dos años después en circunstancias muy diferentes. Estaba fechada el dieciséis de mayo de 1940.

> Ahora que he asumido el cargo de primer ministro y ministro de Defensa recuerdo nuestras entrevistas en Roma y quiero dirigirle, como jefe de la nación italiana, un mensaje de buena voluntad, salvando este abismo que parece cada vez más grande. ¿Es demasiado tarde para impedir que fluya un río de sangre entre el pueblo británico y el italiano? Sin duda, podemos infligirnos graves daños los unos a los otros y destrozamos con crueldad, oscureciendo el Mediterráneo con nuestras luchas. Si así lo ordena, así será; pero declaro que jamás he sido enemigo de la grandeza de Italia ni de su legislador. Es inútil predecir el curso de las grandes batallas que se están librando en Europa, pero estoy seguro de que, independientemente de lo que ocurra en el continente, Inglaterra seguirá hasta el final aunque se quede sola, como ya ha sucedido otras veces, y creo que es bastante probable que colaboren con nosotros, cada vez más, Estados Unidos y, de hecho, todo el continente americano.
>
> Le suplico que me crea si le digo que no es por debilidad ni por temor que hago este solemne llamamiento, del que quedará constancia. Desde hace siglos, por encima de cualquier otro llamamiento, nos llega el clamor de que los herederos conjuntos de la civilización latina y cristiana no se deben alinear los unos contra los otros en una lucha a muerte. Con todo honor y respeto, le ruego que lo escuche antes de dar la aterradora señal. Nosotros no la daremos nunca.

La respuesta fue dura, pero al menos tenía el mérito del candor.

> Respondo al mensaje que me envió para decirle que sin duda es consciente de los graves motivos de carácter histórico y contingente que han puesto a nuestros dos países en bandos contrarios. Sin retroceder demasiado en el tiempo, le recuerdo la iniciativa que tomó su gobierno en 1935 para que en Ginebra se impusieran sanciones contra Italia, que trataba de asegurarse un pequeño espacio del sol africano sin ocasionar el menor perjuicio a sus intereses y territorios ni a los de nadie más. Le recuerdo también el estado real de servidumbre en que se encuentra Italia en su propio mar. Si su gobierno le declaró la guerra a Alemania para hacer honor a su firma, comprenderá que el mismo sentido del honor y el respeto por los compromisos asumidos en el tratado italogermano anima a la política italiana, hoy y mañana, ante cualquier acontecimiento que se produzca.

A partir de este momento ya no tuvimos ninguna duda de la intención de

Mussolini de entrar en guerra en cuanto se le presentara la oportunidad más favorable. De hecho, tomó la decisión cuando se hizo evidente la derrota de los ejércitos franceses. El trece de mayo le había dicho a Ciano que en menos de un mes le declararía la guerra a Francia y a Gran Bretaña. Su decisión oficial de declarar la guerra en la fecha más conveniente, después del cinco de junio, se impartió a los jefes del Estado Mayor italiano el veintinueve de mayo. A petición de Hitler, la fecha se postergó hasta el diez de junio.

El veintiséis de mayo, mientras todavía estaba en el aire el destino de los Ejércitos del Norte y nadie podía estar seguro de si alguno podría escapar, Reynaud voló a Inglaterra para hablar con nosotros de este asunto, que teníamos muy presente. En cualquier momento se podía producir la declaración de guerra por parte de Italia, con lo que Francia ardería en otro frente y un nuevo enemigo avanzaría ávidamente sobre ella desde el sur. La pregunta que se planteó fue si se podía hacer algo para sobornar a Mussolini. A mí me parecía que no teníamos ni la menor oportunidad, y cada hecho que el primer ministro francés presentaba como argumento me convencía más de que no había ninguna esperanza. Sin embargo, Reynaud estaba muy presionado en su país y nosotros, por nuestra parte, queríamos ser muy considerados con nuestro aliado, una de cuyas armas vitales, el Ejército, se le estaba quebrando en las manos. Aunque no había necesidad de poner en orden los graves hechos, Reynaud hizo hincapié, de forma no muy confusa, en la posible retirada de la guerra por parte de Francia. Si fuera por él seguiría luchando, pero siempre cabía la posibilidad de que lo reemplazaran otros con un temple diferente.

A instancias del gobierno francés, el veinticinco de mayo ya le presentamos una solicitud conjunta de intervención al presidente Roosevelt. En este mensaje, Gran Bretaña y Francia lo autorizamos a manifestar que comprendíamos que Italia tuviera motivos de queja contra nosotros en el Mediterráneo por cuestiones territoriales, que estábamos dispuestos a plantearnos de inmediato las reclamaciones que fueran razonables, que los aliados dejarían entrar a Italia en la Conferencia de Paz en la misma situación que cualquier beligerante, y que invitaríamos al presidente a comprobar que se cumplieran todos los acuerdos alcanzados. El presidente obró en consonancia, pero el dictador italiano rechazó sus comunicaciones oficiales de la forma más brusca. Cuando nos reunimos con Reynaud ya nos había llegado esta respuesta. El primer ministro francés sugirió hacer unas propuestas más precisas. Evidentemente, si con éstas se iba a solucionar el «estado de servidumbre» de Italia «en su propio mar», tenían que afectar la situación tanto de Gibraltar como de Suez. Francia estaba dispuesta a hacer concesiones similares con respecto a Túnez.

Nosotros no podíamos mostramos a favor de estas ideas, pero no porque estuviera mal examinarlas ni porque no pareciera que valiera la pena en ese momento

esforzarse demasiado por mantener a Italia al margen de la guerra. Yo tenía la sensación de que nuestros asuntos habían llegado a tal extremo que no teníamos nada que ofrecerle a Mussolini que él no pudiera conseguir por sí mismo, o que Hitler no pudiera darle si nos derrotaban. No es fácil hacer tratos a último momento. Si comenzábamos a negociar la amistosa mediación del *duce* no podríamos seguir luchando. Mis colegas se mostraron muy rigurosos y exigentes. En realidad, lo que más nos interesaba era bombardear Milán y Turín en cuanto Mussolini declarara la guerra para ver qué le parecía eso. Reynaud, que en el fondo no estaba en desacuerdo, pareció convencido, o por lo menos satisfecho, lo que no impidió que pocos días después el gobierno francés hiciera por su cuenta un ofrecimiento directo de concesiones territoriales a Italia, que Mussolini recibió con desdén. «No tenía interés —le dijo Ciano al embajador francés, el tres de junio— en recuperar ningún territorio francés mediante la negociación pacífica. Había decidido entrar en guerra con Francia». Que era justamente lo que nos imaginábamos.

A pesar de los supremos esfuerzos de Estados Unidos, nada pudo apartar a Mussolini de su camino. El diez de junio, a las 16.45, el ministro de Asuntos Exteriores italiano informó al embajador británico que Italia se consideraría en guerra con el Reino Unido a partir de la medianoche de ese día; enviaron un comunicado similar al gobierno francés. Cuando Ciano le entregó la nota al embajador francés, François-Poncet comentó al llegar a la puerta: «Ustedes también verán que los alemanes son amos duros». Desde su balcón romano, Mussolini anunció a unas muchedumbres bien organizadas que Italia estaba en guerra con Francia y Gran Bretaña. Dicen que Ciano comentó después, disculpándose, que era «una oportunidad que sólo se presenta una vez cada cinco mil años». Pero estas oportunidades aunque sean raras, no son necesariamente buenas.

Entonces los italianos atacaron a las tropas francesas en el frente alpino y Gran Bretaña, a su vez, le declaró la guerra a Italia. Se decomisaron cinco barcos italianos que estaban retenidos en Gibraltar, y la Armada recibió órdenes de interceptar y conducir a puertos controlados todas las embarcaciones italianas que encontrara en el mar. La noche del día doce nuestros escuadrones de bombarderos después de un largo vuelo desde Inglaterra, lo que suponía que fueran poco cargados, arrojaron las primeras bombas sobre Turín y Milán, aunque esperábamos lanzar bombas más pesadas en cuanto pudiéramos usar los aeródromos franceses de Marsella.

Los franceses sólo pudieron reunir tres divisiones, con tropas de refuerzo equivalentes a otras tres para hacer frente al grupo occidental de ejércitos italianos que llegaban atravesando los pasos alpinos y siguiendo la costa de la Riviera. Estaban compuestos por treinta y dos divisiones a las órdenes del príncipe Humberto. Además, las fuertes unidades blindadas alemanas, que descendían rápidamente por él valle del Ródano, en seguida comenzaron a atravesar la retaguardia francesa. No

obstante, las unidades alpinas francesas siguieron conteniendo, y hasta inmovilizando a los italianos en todos los puntos del nuevo frente, incluso después de la caída de París y de que Lyón quedara en manos alemanas. Cuando Hitler y Mussolini se reunieron en Múnich el dieciocho de junio, el *duce* no tenía demasiados motivos para estar orgulloso. El veintiuno de junio los italianos lanzaron una nueva ofensiva, pero las posiciones alpinas francesas resultaron impenetrables, y el gran esfuerzo italiano en dirección a Niza fue detenido en las afueras de Mentón. Pero aunque se salvó el honor del Ejército francés que estaba en el límite sureste, la marcha de los alemanes hacia el sur, detrás de ellos, hizo que no se pudiera seguir luchando y la conclusión del armisticio con Alemania se enlazó con la solicitud de Francia a Italia para que cesaran las hostilidades.

Anunciaron que el presidente Roosevelt pronunciaría un discurso el día diez por la noche. Alrededor de medianoche, lo escuché con un grupo de oficiales en la sala de Guerra del Almirantazgo, donde seguía trabajando. Pronunció unos comentarios bastante cáusticos sobre Italia: «Hoy, diez de junio de 1940, la mano que empuñaba la daga la ha clavado en la espalda de su vecino», que fueron recibidos con gruñidos de satisfacción. Me pregunté qué pasaría con el voto italiano en las elecciones presidenciales, que no estaban lejos, pero sabía que Roosevelt era un político estadounidense de lo más experimentado que no temía correr ciertos riesgos cuando veía las cosas claras. Fue un discurso magnífico, lleno de pasión, que nos transmitió un mensaje de esperanza. Mientras me duraba la fuerte impresión, y antes de acostarme, manifesté mi gratitud.

Ya había comenzado la lucha por el botín, pero Mussolini no era el único animal hambriento en busca de una presa. Al chacal se le sumó el oso.

Ya he mencionado el devenir de las relaciones anglosoviéticas hasta el comienzo de la guerra, y la hostilidad, casi hasta el extremo de una verdadera ruptura con Gran Bretaña y Francia, que surgió durante la invasión rusa a Finlandia. Alemania y Rusia colaboraban entonces tanto como se lo permitían sus profundas divergencias de intereses. Hitler y Stalin tenían mucho en común como dictadores y sus sistemas de gobierno totalitario eran similares. Mólotov le sonreía al embajador alemán, el conde Schulenburg, en todas las ocasiones importantes, apoyaba descarada y exageradamente la política alemana y alababa las medidas militares de Hitler. Cuando se produjo el ataque alemán a Noruega dijo que el gobierno soviético comprendía las medidas que Alemania se vio obligada a adoptar. No cabía duda de que los ingleses habían llegado demasiado lejos: no habían prestado la menor atención a los derechos de las naciones neutrales. «*Le deseamos a Alemania un gran éxito en sus medidas defensivas*». Hitler se esforzó mucho por informar a Stalin, la mañana del diez de mayo, sobre el ataque que había comenzado contra Francia y los neutrales Países

Bajos. «Llamé a Mólotov —escribió Schulenburg—, que agradeció la noticia y añadió que comprendía que Alemania tenía que protegerse de un ataque anglofrancés. No dudaba de que tendríamos éxito».

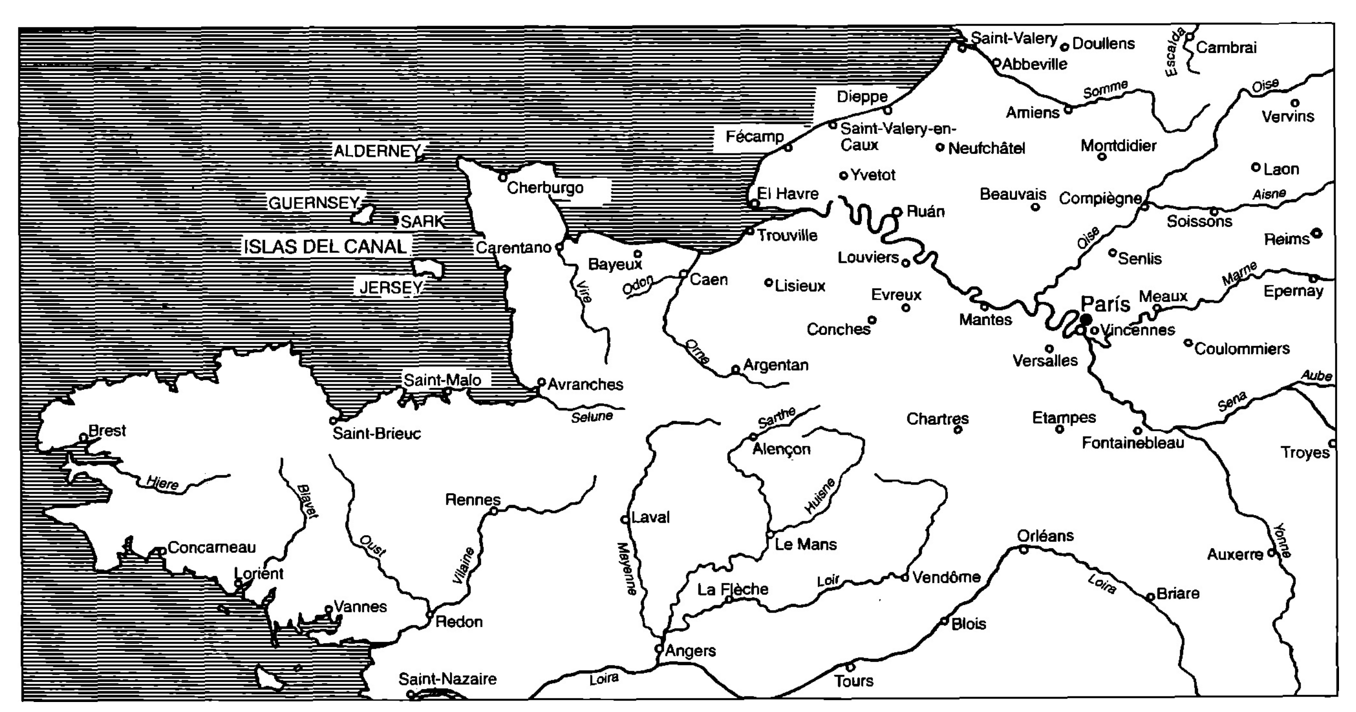
Si bien, evidentemente, no conocimos estas manifestaciones hasta después de la guerra, no nos hacíamos ilusiones con respecto a la actitud de Rusia. Sin embargo, seguimos una política paciente de tratar de reanudar relaciones de tipo confidencial con Rusia, confiando en la marcha de los acontecimientos y en sus antagonismos fundamentales con Alemania. Pareció prudente recurrir a las habilidades de sir Stafford Cripps como embajador en Moscú, y él aceptó de buen grado esta misión sombría y poco prometedora. En ese momento no nos dimos cuenta de que los comunistas soviéticos odian a los políticos de la extrema izquierda incluso más que a los *tories* y los liberales. Cuanto más se acerca uno al sentimiento del comunismo, más detestable lo encuentran los soviéticos, a menos que se incorpore al partido. El gobierno soviético aceptó recibir a Cripps como embajador y explicó este paso a sus cómplices nazis. «La Unión Soviética —escribió Schulenburg a Berlín el veintinueve de mayo— tiene interés en conseguir de Inglaterra caucho y estaño a cambio de madera. No hay motivo para sentir aprensión con respecto a la misión de Cripps puesto que no hay motivo para dudar de la lealtad de la Unión Soviética con respecto a nosotros, y puesto que el hecho de que no haya cambiado la política soviética con respecto a Inglaterra impide que se perjudique a Alemania o a sus intereses vitales No existe aquí el menor indicio de ningún tipo para creer que los últimos triunfos alemanes ocasionen alarma o temor hacia Alemania por parte del gobierno soviético».

La caída de Francia y la destrucción de sus ejércitos y de todo su contrapeso en Occidente debería de haber producido alguna reacción en la mente de Stalin, aunque nada pareció advertir a los líderes soviéticos de la gravedad del peligro que corrían. El dieciocho de junio, cuando la derrota de Francia era total, Schulenburg informó: «Mólotov me invitó esta noche a su despacho para expresarme las más cordiales felicitaciones del gobierno soviético por *el espléndido triunfo* de las Fuerzas Armadas alemanas». Esto ocurría prácticamente a un año de la fecha en la que esas mismas Fuerzas Armadas, tomando al gobierno soviético totalmente por sorpresa, cayeron sobre Rusia en cataratas de fuego y acero. Ahora sabemos que apenas cuatro meses después, en 1940, Hitler decidió emprender una guerra de exterminio contra los soviéticos, y así comenzó el largo, extenso y sigiloso desplazamiento hacia el este de esos ejércitos alemanes que habían recibido tantas felicitaciones. El recuerdo de su error de cálculo y su conducta anterior no impidió que el gobierno soviético y sus agentes y socios comunistas en todo el mundo pidieran a gritos un segundo frente, en el que Gran Bretaña, a la que habían relegado a la ruina y la servidumbre, ocuparía un lugar destacado. Sin embargo, nosotros comprendíamos mejor el futuro que estos

calculadores desalmados y conocíamos sus peligros y sus intereses mejor que ellos mismos.

El catorce de junio, el día que cayó París, Moscú envió un ultimátum a Lituania, acusándola, junto con otros estados bálticos, de una conspiración militar contra la Unión Soviética y exigiendo cambios radicales de gobierno y concesiones militares. El quince de junio invadieron el país las tropas del Ejército Rojo. Letonia y Estonia recibieron el mismo tratamiento. De inmediato hubo que instalar gobiernos prosoviéticos y guarniciones soviéticas en estos pequeños países. La resistencia era imposible. El presidente de Letonia fue deportado a Rusia, y Vishinski llegó a nombrar un gobierno provisional para preparar nuevas elecciones. En Estonia se siguió la misma pauta. El diecinueve de junio, Zhdanov llegó a instalar un régimen similar. Del tres al seis de agosto dejaron de fingir la existencia de unos gobiernos prosoviéticos amistosos y democráticos y el Kremlin anexó los países bálticos a la Unión Soviética.

A las diez de la noche del veintiséis de junio se envió al ministro rumano en Moscú un ultimátum para Rumanía en el que se exigía la cesión de Besarabia y el norte de la provincia de Bucovina, solicitándose una respuesta inmediata al día siguiente. Aunque molestó a Alemania esta acción precipitada de Rusia, que ponía en peligro sus intereses económicos en Rumanía, estaba relacionada con los términos del pacto Ribbentrop-Mólotov de agosto de 1939, que reconocía el interés político exclusivo de Rusia en estas zonas del sureste de Europa. Por tanto, el gobierno alemán aconsejó a Rumanía que se rindiera. El veintisiete de junio se retiraron las tropas rumanas de estas dos provincias y los territorios pasaron a manos rusas. Las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética quedaron de este modo firmemente asentadas a orillas del Báltico y en la desembocadura del Danubio.



Mapa general del oeste de Francia (de Cherburgo a Brest)

Capítulo VI

DE VUELTA A FRANCIA
Del 4 al 12 de junio

Cuando se conoció la cantidad de hombres que se rescataron de Dunkerque se extendió por la isla y por todo el imperio una sensación de salvación y de alivio inmenso, casi de triunfo. El regreso, sanos y salvos, de casi un cuarto de millón de hombres, la flor y nata de nuestro Ejército, fue un momento culminante de nuestro peregrinaje por años de derrota. Las tropas regresaron sólo con fusiles y bayonetas y unos cuantos cientos de ametralladoras, y de inmediato las enviaron a casa con un permiso de siete días. Su alegría por estar otra vez con sus familias no superó el ferviente deseo de enfrentarse con el enemigo lo antes posible. Los que realmente habían combatido con los alemanes sobre el campo estaban convencidos de que, si les daban la oportunidad, podrían derrotarlos. Tenían la moral bien alta y se incorporaron a sus regimientos y baterías con presteza.

Pero evidentemente Dunkerque tuvo un lado más oscuro. Habíamos perdido todo el equipo del Ejército, al que se habían destinado hasta ese momento todos los primeros frutos de nuestras fábricas. Tendrían que pasar muchos meses, aunque se cumplieran los programas previstos sin ninguna interrupción del enemigo, antes de que pudiéramos recuperarnos de esta pérdida.

Sin embargo, al otro lado del Atlántico, en Estados Unidos ya bullían fuertes emociones en el pecho de sus dirigentes. En seguida se dieron cuenta de que la mayor parte del Ejército británico había logrado huir, perdiendo sólo su equipamiento. El uno de junio, el presidente dio orden al Departamento de Guerra y al de la Armada para que le informaran de las armas de las que podían prescindir para dárselas a Gran Bretaña y a Francia. Al frente del Ejército de Estados Unidos, como jefe del Estado Mayor, estaba el general Marshall, que no sólo era un militar de reconocida capacidad sino un hombre de mucha visión. De inmediato dio instrucciones al jefe de Artillería y al subjefe del Estado Mayor para que revisaran toda la lista de las reservas de pertrechos y municiones. Tuvo la respuesta en cuarenta y ocho horas y el tres de junio Marshall aprobó las listas. La primera comprendía medio millón de fusiles calibre 30, de los dos millones que se fabricaron entre 1917 y 1918 y se habían guardado en grasa durante más de veinte años. Para ellos disponían de unos doscientos cincuenta cartuchos para cada uno. Había novecientos cañones de campaña del setenta y cinco francés, con un millón de balas, ochenta mil ametralladoras y varios artículos más. Se encomendó el asunto al jefe de Artillería, el general de división Wesson, y en seguida todos los depósitos y arsenales del Ejército de Estados Unidos comenzaron a empaquetar el material que había que transportar.

Al final de la semana, más de seiscientos vagones bien cargados se dirigían hacia los muelles del Ejército en Raritan, Nueva Jersey, aguas arriba de la bahía de Gravesend. Antes del once de junio, una docena de barcos mercantes británicos entraron y fondearon en la bahía y se comenzó a cargar el contenido de las barcazas.

Con estas medidas extraordinarias, Estados Unidos se quedó con equipamiento para apenas un millón ochocientos mil hombres, la cifra mínima que establecía el plan de movilización del Ejército de Estados Unidos. Es muy fácil decirlo ahora, pero en ese momento Estados Unidos realizó un acto supremo de fe y de liderazgo al desprenderse de esta masa tan considerable de armas en beneficio de un país que para muchos ya estaba vencido. Pero nunca tuvieron que arrepentirse. Como voy a narrar a continuación, pudimos transportar estas armas preciosas al otro lado del Atlántico durante el mes de julio, y supusieron no sólo una ganancia material sino un factor importante en todos los cálculos hechos por amigos y enemigos con respecto a la invasión.

El mes de junio fue particularmente duro para todos nosotros, por las tensiones duales y contrarias a las que nos vimos sometidos en nuestra desnudez, por una parte por nuestra obligación con respecto a Francia y, por la otra, por la necesidad de crear un ejército nacional efectivo y de fortificar la isla. La doble tensión de las necesidades contrapuestas pero vitales fue muy fuerte. Sin embargo, seguimos una política firme y constante sin excitarnos demasiado. Seguimos asignando la máxima prioridad al envío de las tropas entrenadas y equipadas que teníamos con el fin de reconstruir el Cuerpo Expedicionario británico en Francia, tras lo que dedicamos nuestros esfuerzos a defender la isla: en primer lugar, mediante la reforma y el reequipamiento del Ejército regular; en segundo lugar, fortificando los lugares de desembarco más probables; en tercer lugar, armando y organizando a la población, en la medida de lo posible y, por supuesto, trayendo las fuerzas que se podían reunir del resto del imperio. No eran hombres lo que faltaba, sino armas. Se recuperaron más de ochenta mil fusiles de las comunicaciones y las bases situadas al sur del Sena y, a mediados de junio, todos los combatientes de las fuerzas regulares disponían por lo menos de un arma personal. Teníamos muy poca artillería de campaña, incluso para el Ejército regular. Casi todos los cañones de 25 libras se habían perdido en Francia. Quedaban alrededor de quinientos cañones y apenas ciento tres carros tipo crucero, ciento catorce de infantería y doscientos cincuenta y dos carros ligeros. Nunca una gran nación había estado tan desprotegida frente a sus enemigos.

Dejando aparte nuestros últimos veinticinco escuadrones de cazas, sobre los cuales nos mantuvimos inflexibles, nos parecía primordial la obligación de enviar ayuda al Ejército francés. Estaba previsto que el siete de junio comenzara el traslado a Francia de la 52.ª División de los Lowlands, siguiendo órdenes anteriores. Estas

órdenes se confirmaron. La principal división del Ejército canadiense, que se había concentrado en Inglaterra a principios de año y estaba bien armada, recibió órdenes de dirigirse a Brest con el consentimiento unánime del gobierno canadiense, para comenzar a llegar allí el once de junio, para lo que por entonces ya se consideraba una vana esperanza. Que en esta crisis mortal hubiéramos enviado las dos únicas divisiones que teníamos formadas, la 52.ª División de los Lowlands y la 1.ª División canadiense a nuestro pobre aliado francés, cuando estaba a punto de caernos encima toda la furia de Alemania, es algo que hay que valorar a nuestro favor en compensación por las fuerzas limitadas que habíamos podido llevar a Francia durante los primeros ocho meses de guerra. Mirándolo retrospectivamente, me pregunto cómo es posible que, cuando estábamos decididos a seguir la guerra a muerte, nos encontrábamos bajo la amenaza de una invasión y era evidente que Francia estaba a punto de caer, tuviéramos el coraje de desprendernos de las últimas formaciones militares efectivas que poseíamos. Esto sólo fue posible porque conocíamos las dificultades que representa cruzar el canal de la Mancha sin tener el dominio del mar o el aire, o las lanchas de desembarco necesarias.

Conservábamos todavía en Francia, al otro lado del Somme, la 51.ª División de los Highlands, que se había retirado de la línea Maginot y se encontraba en buen estado. También estaba nuestra 1.ª (y única) División Blindada, menos el batallón de carros de combate y el grupo de apoyo que habían sido enviados a Calais. De todos modos, este grupo sufrió graves pérdidas al intentar atravesar el Somme, como parte del plan de Weygand, y el uno de junio quedó reducido a una tercera parte de su fuerza y fue enviado de vuelta al otro lado del Sena para recuperarse. Al mismo tiempo, a duras penas se reunieron nueve batallones de infantería, armados fundamentalmente con fusiles, con hombres procedentes de las bases y las líneas de comunicación francesas; tenían muy pocas armas anticarro y no disponían de ningún medio de transporte ni de señales.

El cinco de junio comenzó la última fase de la batalla de Francia. Ya hemos visto que, en la batalla de Dunkerque, se impidió el paso y se contuvo el avance de las unidades blindadas alemanas para reservarlas para la fase final en Francia. Estas unidades avanzaron entonces sobre el débil e improvisado o tembloroso frente francés entre París y el mar. Aquí sólo puedo hablar de la batalla sobre el flanco de la costa, en la que participamos. El Décimo Ejército francés trató de defender la línea del Somme. El siete de junio, dos divisiones blindadas alemanas se dirigieron a Ruán. El flanco izquierdo francés, incluida la 51.ª División de los Highlands, se separó del resto del frente y, junto con lo que quedaba del IX Cuerpo francés, quedó aislado en el callejón sin salida entre Ruán y Dieppe.

Nos preocupaba mucho que esta división se viera obligada a retroceder hasta la

península de El Havre y de este modo se separase de los ejércitos principales; su comandante, el general de división Fortune, había recibido órdenes de replegarse hacia Ruán si era necesario. Pero el mando francés, que ya se estaba desintegrando, le prohibió realizar este desplazamiento. Por más qué hicimos varias protestas urgentes no sirvieron de nada. Fue un ejemplo de grave ineficacia, porque este mismo peligro ya era visible tres días antes.

El diez de junio, después de duros combates, la división se replegó al perímetro de Saint-Valery, junto con el IX Cuerpo francés, esperando ser evacuado por mar. Durante la noche del once al doce la niebla impidió que los barcos evacuaran las tropas. La mañana del doce, los alemanes habían llegado hasta los acantilados que estaban al sur y la playa quedaba bajo fuego directo. Aparecieron banderas blancas en la población. Los cuerpos franceses capitularon a las ocho y los restos de la División de los Highlands se vieron obligados a hacer lo mismo a las diez y media. Ocho mil británicos y cuatro mil franceses cayeron en manos de la 7.ª División Panzer al mando del general Rommel. Me sacaba de quicio que los franceses no hubieran dejado que nuestra división se retirara a Ruán a tiempo y que la hicieran esperar hasta que ya no pudieron ni llegar a El Havre ni retirarse hacia el sur, obligándola a rendirse con sus propias tropas. El destino de la División de los Highlands fue difícil, aunque en años posteriores los vengaron los escoceses que ocuparon su lugar, recreando la división, fusionándola con la 9.ª Escocesa, que atravesó todos los campos de batalla desde El Alamein hasta la victoria final, al otro lado del Rin.

A eso de las once de la mañana del once de junio me llegó un mensaje de Reynaud, que también le había cablegrafiado al presidente. La tragedia francesa continuaba e iba cada vez peor. Hacía días que yo insistía en que tenía que reunirse el Consejo Supremo, pero la reunión ya no podía celebrarse en París. No nos dijeron cómo estaba la situación allí, pero seguro que las puntas de lanza alemanas estaban muy cerca. Me costó bastante concertar el encuentro, pero no era momento para detenemos en ceremonias. Teníamos que saber lo que iban a hacer los franceses. Entonces, Reynaud me dijo que podía recibirnos en Briare, cerca de Orléans. La sede del gobierno se trasladaba de París a Tours. El Cuartel General francés estaba cerca de Briare. Ordené que tuvieran pronto mi Flamingo en Hendon después de comer y, tras obtener la aprobación de mis colegas en la reunión de gabinete de la mañana, partimos a eso de las dos.

Era la cuarta vez que viajaba a Francia y, como era evidente que primaban las condiciones militares, le pedí a Edén, entonces secretario de Estado de Guerra, que me acompañara, además del general Dill, el jefe del Estado Mayor del Imperio y, por supuesto, Ismay. Los aviones alemanes estaban llegando casi hasta el canal, de modo que tuvimos que trazar una curva más amplia. Como antes, el Flamingo fue escoltado

por doce Spitfire. Tras un par de horas, aterrizamos en un pequeño aeródromo. Había por allí unos cuantos franceses, y en seguida llegó un coronel en un automóvil. Adopté el semblante sonriente que parece adecuado cuando las cosas están muy mal, pero el francés se mostró desanimado e indiferente. Me di cuenta en seguida de que la situación era mucho peor que cuando estuvimos en París, una semana antes. Al cabo de un rato, nos llevaron al castillo donde encontramos a Reynaud, el mariscal Pétain, el general Weygand, el general Vuillemin de la Fuerza Aérea y algunos más, incluido un general relativamente joven, De Gaulle, que acababa de ser nombrado subsecretario de Defensa Nacional. Muy cerca, en la línea del ferrocarril, estaba el tren del Cuartel General, en el que se alojaba parte de nuestra comitiva. En el castillo no había más que un teléfono, en el servicio. Estaba muy solicitado y había que esperar mucho y repetir las cosas infinidad de veces, a voz en cuello.

A las siete comenzó la conferencia. No hubo reproches ni recriminaciones. Nos ceñimos a los hechos. En realidad, la discusión siguió las siguientes líneas: insté al gobierno francés a defender París. Destaqué la enorme capacidad de absorción de la defensa de una gran ciudad, casa por casa, contra un ejército invasor. Le recordé al mariscal Pétain las noches que pasamos juntos en su tren, en Beauvais, después del desastre del Quinto Ejército británico, en 1918 y cómo él (le dije, sin mencionar al mariscal Foch) había restablecido la situación. También le recordé lo que dijo Clemenceau: «Lucharé delante de París, en París y detrás de París». El mariscal respondió en voz baja y con dignidad que en aquella época disponía de una masa de maniobra de más de sesenta divisiones mientras que ahora no tenía ninguna. Mencionó que entonces había sesenta divisiones británicas en la línea. Convertir París en una ruina no cambiaría el resultado.

A continuación, el general Weygand expuso la posición militar, hasta donde la conocía él, en la imprecisa batalla que se desarrollaba a ochenta o cien kilómetros de distancia, y rindió homenaje a las hazañas del Ejército francés. Solicitó que se enviaran todos los refuerzos, y sobre todo que se lanzaran de inmediato a la batalla todos los escuadrones aéreos de cazas británicos. Dijo que «aquí está el punto decisivo. Ahora es el momento crítico. Por tanto, no es correcto retener en Inglaterra *ningún* escuadrón». Pero de acuerdo con la decisión del Gabinete, adoptada en presencia del teniente general Dowding, a quien llevé especialmente a una de nuestras reuniones, respondí: «Éste no es el punto decisivo, ni es el momento decisivo. Ese momento llegará cuando Hitler arroje a su Luftwaffe contra Gran Bretaña. Si podemos mantener el dominio del aire y si podemos mantener los mares despejados como sin duda lo haremos, recuperaremos y les devolveremos todo»[36]. Había que mantener a toda costa veinticinco escuadrones de cazas para defender Gran Bretaña y el canal, y nada nos haría renunciar a ellos. Teníamos la intención de continuar la guerra pasara lo que pasase, y creíamos que podríamos hacerlo por

tiempo indefinido, pero desprendernos de estos escuadrones sería el fin de nuestras probabilidades de sobrevivir.

Entonces llegó el general Georges, comandante en jefe del frente noroccidental. Después de informarse de lo que había ocurrido, confirmó la versión del frente francés que había dado Weygand. Insistí en el plan de la guerrilla. El Ejército alemán no era tan fuerte como podía parecer en los puntos de choque. Si la totalidad de los ejércitos franceses, todas sus divisiones y brigadas, luchaban con las tropas en el frente con el máximo vigor se podía alcanzar una paralización general. Me respondieron con descripciones de las terribles condiciones de las carreteras, atestadas de refugiados acosados por el fuego de las ametralladoras de los aviones alemanes, sin que nadie les opusiera resistencia, de la huida mayoritaria de grandes masas de habitantes y de la creciente descomposición de la maquinaria de gobierno y del control militar. En un momento dado, el general Weygand dijo que podría ser que los franceses pidieran un armisticio, a lo que Reynaud respondió bruscamente que «ésa era una cuestión política». Según Ismay, yo dije: «Si a Francia, en su desesperación, le parece mejor que su Ejército capitule no duden ustedes por nosotros porque, independientemente de lo que hagan ustedes, nosotros seguiremos luchando siempre, siempre». Cuando dije que el Ejército francés, si seguía luchando, estuviera donde estuviese, podía contener o agotar a un centenar de divisiones alemanas, el general Weygand respondió: «Aunque así fuera, todavía les quedarían otras cien para invadirlos y conquistarlos a ustedes. ¿Qué harían ustedes entonces?». A lo que respondí que no era un experto militar, pero que mis asesores técnicos eran de la opinión de que el mejor método para afrontar una invasión alemana a la isla británica era procurar que se ahogaran todos los más posibles en el cruce y golpear a los demás en la cabeza cuando se arrastraran hasta la orilla. Weygand respondió con una sonrisa triste. «En cualquier caso, debo reconocer que tienen un excelente obstáculo para los carros». Éstas son las últimas palabras sorprendentes que recuerdo haber escuchado de él. En toda esta desgraciada discusión, hay que tener en cuenta que me rondaba y me hacía perder confianza el dolor que me producía el hecho de que Gran Bretaña, con una población de cuarenta y ocho millones, no hubiera sido capaz de aportar más a la guerra por tierra contra Alemania, y que hasta ese momento nueve décimas partes de la matanza y el noventa y nueve por ciento del sufrimiento hubiesen recaído en Francia y sólo en ella.

Una hora más tarde, más o menos, nos levantamos y fuimos a lavarnos las manos mientras nos llevaban la comida a la mesa de conferencias. En este intervalo, hablé en privado con el general Georges y le sugerí, en primer lugar, que continuaran la lucha en todas partes, en el frente nacional, y las guerrillas, en las regiones montañosas y, en segundo lugar, el traslado a África, que una semana antes me había parecido «derrotista». Mi respetado amigo que aunque tenía mucha responsabilidad

directa nunca había tenido carta blanca para dirigir los ejércitos franceses, no tenía demasiadas esperanzas en ninguna de estas dos posibilidades.

He escrito sobre los acontecimientos de estos días sin darles demasiada importancia, pero para todos nosotros esto era una auténtica agonía para nuestra mente y nuestro espíritu.

A eso de las diez, cada uno ocupó su sitio para cenar. Me senté a la derecha de Reynaud y tenía al general De Gaulle al otro lado. Comimos sopa, una especie de tortilla francesa, café y un vino suave. Incluso a esta altura de nuestra espantosa tribulación bajo el azote alemán el trato fue bastante amistoso. Pero entonces ocurrió un interludio discordante. El lector recordará la importancia que tenía para mí asestarle un buen golpe a Italia en cuanto entrara en la guerra y se había dispuesto, con el pleno acuerdo de Francia, el traslado de una fuerza de bombarderos pesados británicos a los aeródromos franceses próximos a Marsella a fin de atacar Turín y Milán. Todo estaba preparado para el ataque. Pero en cuanto tomamos asiento, el teniente general Barratt, que comandaba la Fuerza Aérea británica en Francia, telefoneó a Ismay para informarle de que las autoridades locales no querían autorizar el despegue de los bombarderos británicos con la excusa de que un ataque a Italia provocaría represalias en el sur de Francia que los británicos no estaban en condiciones de resistir ni de impedir. Reynaud, Weygand, Eden, Dill y yo nos levantamos de la mesa y, después de parlamentar, Reynaud aceptó que había que enviar órdenes a las autoridades francesas diciéndoles que no había que detener los bombarderos. Pero esa noche, más tarde, Barratt informó que los franceses que estaban cerca de los aeródromos los habían llenado de todo tipo de carros y camiones, y que a los bombarderos les había resultado imposible emprender su misión.

Poco después, cuando nos levantamos de la mesa y nos sentamos a tomar el café y el brandy, Reynaud me dijo que el mariscal Pétain le había informado de que Francia tendría que buscar un armisticio y que había escrito un informe sobre el asunto que le gustaría que él leyese. «Todavía no me lo ha dado —dijo Reynaud—. Le sigue dando vergüenza hacerlo». También debería sentir vergüenza por apoyar aunque sólo fuera de forma tácita, la petición de Weygand de que aportáramos nuestros últimos veinticinco escuadrones de cazas cuando estaba convencido de que todo estaba perdido y que Francia debía rendirse. De este modo, nos fuimos todos tristes a dormir, en este castillo desordenado o en el tren militar que quedaba a pocos kilómetros. Los alemanes entraron en París el día catorce.

Por la mañana temprano reanudamos nuestra conferencia, a la que asistió Barratt. Reynaud volvió a pedir que establecieran su base en Francia otros cinco escuadrones de cazas y el general Weygand dijo que estaban muy necesitados de bombarderos diurnos para compensar la falta de tropas. Le aseguré que, en cuanto regresara a

Londres, el gabinete de Guerra analizaría de forma minuciosa y comprensiva toda esta cuestión de un mayor apoyo aéreo a Francia, pero volví a destacar que sería un error vital privar al Reino Unido de las defensas internas que le resultaban esenciales.

Después de cierto análisis infructuoso sobre un contraataque en el curso bajo del Sena, manifesté de la manera más formal posible mi esperanza de que, en caso de que se produjera cualquier cambio de situación, el gobierno francés se lo comunicaría al británico de inmediato para que pudiéramos venir a verlos a un lugar adecuado antes de que tomaran cualquier decisión definitiva que determinara su actuación en la segunda fase de la guerra.

A continuación nos despedimos de Pétain, Weygand y su estado mayor, y ésta fue la última vez que los vimos. Por último, llamé aparte al almirante Darían y le dije a él solo: «Darían, no debe dejar que capturen la flota francesa». Prometió solemnemente que así lo haría.

Por falta del combustible adecuado, los doce Spitfire no pudieron escoltarnos. Tuvimos que elegir entre esperar a que lo consiguieran o correr el riesgo de volar en el Flamingo. Nos aseguraron que encontraríamos nubes a lo largo del camino y, como era urgente que volviéramos, partimos solos y pedimos que se reuniera con nosotros una escolta, si era posible, sobre el canal. Al acercamos a la costa, se despejó el cielo hasta quedar sin ni una nube. Dos mil quinientos metros por debajo de nosotros, a la derecha, estaba El Havre, ardiendo. El humo se alejaba hacia el este. No se veía ninguna escolta. De pronto, observé que le hacían una consulta al capitán y en seguida bajamos en picado hasta treinta metros, más o menos, sobre el mar en calma, donde los aviones suelen pasar inadvertidos. ¿Qué había ocurrido? Después supe que habían visto dos aviones alemanes debajo de nosotros que le disparaban a unos barcos de pesca. Tuvimos suerte de que los pilotos no alzaran la vista. La nueva escolta se unió a nosotros al aproximarnos a la costa inglesa y el fiel Flamingo aterrizó sano y salvo en Hendon.

A las cinco de esa tarde le transmití al gabinete de Guerra los resultados de mi misión. Les describí la situación de los ejércitos franceses, según el informe que presentó en la conferencia el general Weygand. Llevaban seis días luchando día y noche y estaban casi totalmente agotados. El ataque enemigo, lanzado por ciento veinte divisiones con el apoyo de unidades blindadas, había caído sobre cuarenta divisiones francesas. Los ejércitos franceses se encontraban en la última línea en la que podían intentar ofrecer una resistencia organizada y ya habían penetrado en la línea en dos o tres lugares. Evidentemente, para el general Weygand no tenía sentido que Francia siguiera combatiendo y el mariscal Pétain estaba casi convencido de que había que firmar la paz. Creía que los alemanes estaban destruyendo Francia de forma sistemática y que él tenía la obligación de salvar el resto del país de este

destino. Le mencioné su memorándum al respecto que le había enseñado a Reynaud pero que no le había entregado. «No hay ninguna duda —dije— de que Pétain es peligroso en esta coyuntura; siempre ha sido un derrotista, incluso en la última guerra». Por su parte, Reynaud parecía bastante decidido a seguir luchando, mientras que el general De Gaulle, que asistió a la conferencia con él, estaba a favor de llevar a cabo una guerra de guerrillas. Era joven y enérgico y me produjo una impresión muy favorable. Me pareció probable que, en caso de que perdieran la línea, Reynaud le pediría que asumiera el mando. El almirante Darían también declaró que no rendiría nunca la Armada francesa al enemigo; dijo que, como último recurso, la enviaría a Canadá, aunque es posible que los políticos franceses no se lo permitieran.

Estaba claro que Francia estaba casi al límite de la resistencia organizada y que se cerraba un capítulo de la guerra. Los franceses podían continuar la lucha por otros medios. Incluso era posible que hubiera dos gobiernos franceses, uno que hiciera la paz y otro que organizara la resistencia desde las colonias, prosiguiendo la guerra en el mar con la flota francesa y en Francia con las guerrillas. Pero todavía era demasiado pronto para saberlo. Aunque es posible que todavía tuviéramos que seguir enviando algo de apoyo a Francia, había llegado el momento de concentrar la mayoría de nuestros esfuerzos en la defensa de nuestra isla.

Capítulo VII

LA DEFENSA LOCAL Y EL APARATO DE CONTRAATAQUE

Quien lea estas páginas en el futuro debería darse cuenta de lo espeso y desconcertante que es el velo de lo desconocido. Ahora, bajo la plena luz que brinda la retrospectiva, resulta fácil ver en qué fuimos ignorantes o nos asustamos demasiado, dónde nos descuidamos o fuimos torpes. Dos veces en dos meses nos pillaron totalmente por sorpresa. La invasión de Noruega y el gran avance en Sedan, con todo lo que vino después, demostraron el poder mortífero de la iniciativa alemana. ¿Qué otra cosa tendrían preparada y organizada hasta el último milímetro? ¿Saltarían de repente, cuando menos nos lo esperábamos, con nuevas armas, una planificación perfecta y una fuerza abrumadora, sobre nuestra isla, prácticamente desprovista de equipo y armas, en cualquiera de una docena o más de posibles sitios de desembarco? ¿O irían a Irlanda? Uno tendría que ser muy tonto para permitir que su razonamiento, por claro y aparentemente seguro que sea, descarte alguna posibilidad para la que se puedan hacer previsiones. Decía el doctor Johnson que «por descontado, cuando alguien sabe que lo van a ahorcar en quince días concentra su mente maravillosamente». Siempre estuve seguro de que ganaríamos; sin embargo, siempre estuve preparado para la situación y muy agradecido de poder concretar mis puntos de vista. A mis colegas ya les había parecido bien obtener del Parlamento los poderes extraordinarios para los que se había estado preparando un proyecto de ley durante los últimos días. Esta medida otorgaría al gobierno prácticamente un poder ilimitado sobre la vida, la libertad y la propiedad de todos los súbditos de Su Majestad en Gran Bretaña. En términos generales, los poderes que concedía el Parlamento eran absolutos. La ley iba a «incluir el poder, mediante una Orden del Consejo, de establecer las Normas de Defensa que obliguen a poner a disposición de Su Majestad a las personas, sus servicios y los bienes que a él le parezcan necesarios u oportunos para garantizar la seguridad pública, la defensa del Reino, el mantenimiento del orden público o la eficaz prosecución de toda guerra en que se vea involucrada Su Majestad, o para mantener los suministros o servicios esenciales para la vida de la comunidad».

Con respecto a las personas, el ministro de Trabajo estaba facultado para ordenarle a cualquiera que cumpliera los servicios que se le solicitaran. La reglamentación que le otorgaba esta facultad incluía una cláusula de salario justo, que se incluía en la ley para regular las condiciones salariales. Se establecerían comités de suministro de mano de obra en centros importantes. El control de los bienes en el sentido más amplio se impuso de la misma forma. Se instituyó el control de todos los establecimientos, incluidos los bancos, por la autoridad que conferían las órdenes del

gobierno. Se podía solicitar a los empresarios que presentaran sus libros y se cobraría un 100 por 100 de impuestos sobre los beneficios extraordinarios. Se crearía un consejo de Producción, presidido por Greenwood, y se nombraría un director de Oferta de Trabajo.

Este proyecto de ley fue presentado al Parlamento el veintidós de mayo por la tarde por Chamberlain y Attlee, y éste mismo promovió el segundo debate. Tanto los Comunes como los Lores, con sus grandes mayorías conservadoras, lo aprobaron de forma unánime de modo que superó todas las etapas en una sola tarde y recibió la aprobación real esa misma noche.

Porque los romanos en la pelea de Roma
no perdonaban ni tierra ni oro,
ni hijo ni esposa, ni miembro ni vida,
en los bravos días de antaño.
Ése era el estado de ánimo imperante entonces.

Fue una época en que toda Gran Bretaña trabajó y luchó al máximo, unida como nunca. Hombres y mujeres trabajaban en los tornos y las máquinas de las fábricas hasta que caían agotados al suelo y había que arrastrarlos y ordenarles que se fueran a casa mientras ocupaban su lugar los que llegaban antes de su hora. La máxima aspiración de todos los hombres y de muchas mujeres era poseer un arma. El gabinete y el gobierno estaban unidos por lazos cuyo recuerdo todos atesoran todavía. El pueblo parecía no tener miedo, y a sus representantes en el Parlamento les pasaba lo mismo. Nosotros no habíamos sufrido como Francia bajo el azote alemán. No hay nada que conmueva más a un inglés que el peligro de una invasión, la realidad desconocida durante mil años. Una inmensa cantidad de personas estaban decididas a vencer o morir. No era necesario levantarles el ánimo con la oratoria. Estaban satisfechos de oírme expresar sus sentimientos y de brindarles buenos motivos para lo que pretendían hacer, o trataban de hacer. La única divergencia posible era la de las personas que querían hacer incluso más de lo que era posible y que tenían la idea de que el frenesí podía agudizar la acción.

Nuestra decisión de volver a enviar a Francia las dos únicas divisiones bien armadas que teníamos hizo que fuera todavía más necesario adoptar todas las medidas posibles para defender la isla contra un ataque directo. Todos teníamos en mente el rápido destino de Holanda. Edén ya le había propuesto al gabinete de Guerra la formación de unos voluntarios para la defensa local o una «guardia nacional», y se insistió mucho con su plan. En todo el país, en cada ciudad y en cada pueblo, se formaron grupos de hombres decididos, armados con fusiles, con escopetas de caza, garrotes y lanzas a partir de las que surgieron en poco tiempo amplias organizaciones,

que poco después se acercaban al millón y medio de hombres y fueron consiguiendo buenas armas.

Lo que yo más temía era el desembarco de carros de combate alemanes. Como me apetecía que nuestros carros desembarcaran en sus costas, naturalmente suponía que ellos pensarían lo mismo. Casi no disponíamos de cañones ni de municiones anticarro, ni siquiera de la artillería de campo común. La difícil situación a la que nos veíamos reducidos en relación con este peligro se pone de manifiesto en el siguiente incidente. Visité nuestras playas de la bahía de St. Margaret cerca de Dover. El general de brigada me informó de que su brigada sólo disponía de tres cañones anticarro que cubrían seis o siete kilómetros de esta costa tan amenazada. Declaró que sólo disponía de seis balas para cada cañón y me preguntó, con un ligero aire de desafío, si podía dejar que sus hombres dispararan una para practicar a fin de saber, por lo menos, cómo funcionaban las armas. Le dije que no podíamos darnos el lujo de hacer disparos de práctica y que no había que abrir fuego hasta último momento, cuando estuvieran lo más cerca posible.

Por tanto, no era el momento de seguir los canales ordinarios para inventar recursos. Para garantizar un procedimiento ágil, al margen de los procesos departamentales para cualquier idea o dispositivo brillante, decidí conservar bajo mi propio mando, como ministro de Defensa, el centro experimental establecido por el comandante Jefferis en Whitchurch. Desde 1939 mantuve útiles contactos con este brillante oficial, cuya mente ingeniosa y creativa resultó fructífera durante toda la guerra como veremos a continuación. Lindemann estaba en estrecho contacto con él y conmigo. Utilicé sus cerebros y mi poder. Jefferis y otros relacionados con él estaban trabajando en una bomba que se podía arrojar contra un carro de combate, por ejemplo desde una ventana, y que se adhería a él. El impacto de un explosivo muy potente al entrar en contacto con una placa de acero resulta particularmente eficaz. Nos imaginábamos a soldados o civiles abnegados que se acercaban corriendo al carro e incluso le arrojaban la bomba encima, aunque la explosión les costara la vida. Sin duda, muchos lo habrían hecho. También pensé que se podía disparar la bomba, sujeta a una varilla, junto con una carga reducida de un fusil. Al final, la bomba «adhesiva» fue aceptada como una de nuestras mejores armas en caso de emergencia. Nunca tuvimos que usarla en nuestro país, pero en Siria, donde reinaban unas condiciones igualmente primitivas, demostró su valía.

Por primera vez en ciento veinticinco años teníamos un enemigo poderoso instalado al otro lado del estrecho canal de la Mancha. Había que organizar y desplegar nuestro Ejército regular, reformado, y los más numerosos, pero peor entrenados, ejércitos territoriales, a fin de crear un complejo sistema de defensas y estar preparados, por si venía el invasor, para destruirlo, porque no había manera de

escapar. Para los dos bandos era cuestión de «matar o curar». Ya podíamos incluir a la Guardia nacional dentro del marco general de la defensa. El veinticinco de junio, el general Ironside, comandante en jefe de las Fuerzas Nacionales, presentó a los jefes del Estado Mayor sus planes, que evidentemente fueron examinados por los expertos; yo también los examiné, con no poca atención. En términos generales, fueron aprobados. Había tres elementos fundamentales en este primer esquema de un gran plan futuro: en primer lugar, una «corteza» bien afianzada en las playas de la costa donde era más probable que se produjera una invasión, cuyos defensores deberían luchar en el lugar donde se encontraban apoyados por reservas móviles para un contraataque inmediato; en segundo lugar, una línea de obstáculos anticarro, a cargo de la Guardia nacional, a lo largo del centro este de Inglaterra que protegiera Londres y los grandes centros industriales del avance de los vehículos blindados y, en tercer lugar, detrás de esa línea, las principales reservas para una gran acción contraofensiva.

Se efectuaron incesantes añadidos y correcciones a este primer plan a medida que fueron pasando las semanas y los meses, pero la concepción general siguió siendo la misma. Todas las tropas, si eran atacadas, debían mantenerse firmes, en una *defensa versátil*, que no fuera sólo lineal, mientras las demás se movían rápidamente para destruir a los atacantes, tanto si procedían del mar como del aire. Los hombres que hubieran quedado aislados y no pudieran recibir ayuda inmediata no se limitarían a mantener su posición. Se prepararon medidas activas para hostigar al enemigo por detrás, para provocar interferencias en sus comunicaciones y destruir material, como hicieron los rusos con resultados óptimos cuando la marea alemana inundó su país, un año después. Muchas personas debieron de quedar perplejas por las innumerables actividades que se desarrollaban a su alrededor. Podían comprender la necesidad de colocar alambres y minas en las playas, de poner obstáculos anticarro en los desfiladeros y fortines de hormigón en los cruces, de entremeterse en sus casas para llenar el ático de sacos de arena, y seguir por sus campos de golf o sus campos y jardines más fértiles para excavar grandes zanjas anticarro. La mayoría aceptó todos estos inconvenientes y muchos más. Pero más de una vez se deben de haber preguntado si habría algún plan general, o si unos individuos insignificantes no se habrían vuelto locos y estarían utilizando sus recién adquiridos poderes para estropear los bienes de los ciudadanos.

Sin embargo, sí que había un plan general, complejo, coordinado y global. A medida que fue creciendo, se fue perfilando de la siguiente manera: el mando general siguió estando en el Cuartel General de Londres. Toda Gran Bretaña e Irlanda del Norte se dividieron en siete mandos, que a su vez se subdividían en zonas de mandos de cuerpos y divisiones. Los mandos, los cuerpos y las divisiones estaban obligados a mantener una reserva móvil proporcional de sus recursos y sólo destinaban el mínimo

a defenderse a sí mismos. Poco a poco se fueron construyendo en la parte posterior de las playas zonas de defensa para cada división, tras las que había «zonas de cuerpos» y «zonas de mando» similares; todo el sistema tenía unos ciento sesenta kilómetros de ancho o más. Detrás de ellos se estableció el principal obstáculo anticarro que atravesaba el sur de Inglaterra y se extendía hacia el norte, en el condado de Nottingham. Por último, estaba la reserva final, directamente al mando del comandante en jefe de las Fuerzas Nacionales. Nuestra política consistía en que esta reserva siguiera siendo lo más grande y móvil posible.

Dentro de esta estructura general había muchas variaciones. Para cada uno de nuestros puertos de la costa oriental y meridional se hacía un estudio especial. No parecía probable que se produjera un ataque frontal directo a un puerto defendido, y todos se estaban convirtiendo en puntos fuertes, capaces de defenderse tanto por tierra como por mar. Se colocaron obstáculos en varios miles de kilómetros cuadrados de Gran Bretaña para impedir el aterrizaje de tropas aerotransportadas. Todos nuestros aeródromos, estaciones de radar y depósitos de combustible, de los que ya en el verano de 1940 había trescientos setenta y cinco, tenían que estar defendidos por guarniciones especiales y por sus propios aviadores. Había que proteger día y noche muchos miles de «puntos vulnerables», puentes, centrales eléctricas, depósitos, fábricas vitales e instalaciones similares, para evitar sabotajes o ataques repentinos. Se prepararon planes para destruir de forma inmediata los recursos que pudieran ser útiles para el enemigo si se apoderaban de ellos. Demoler las instalaciones portuarias, llenar de cráteres las carreteras principales, paralizar el transporte a motor y los teléfonos y las estaciones de telégrafos, el material rodante o las instalaciones permanentes, antes de que escaparan a nuestro control, estaba previsto hasta el último detalle. Sin embargo, a pesar de todas estas precauciones prudentes y necesarias, en las que los departamentos civiles proporcionaron una ayuda ilimitada a los militares, no se planteaba la «política de tierra arrasada»: el pueblo tenía que defender Inglaterra, no destruirla.

Todo esto se podía plantear desde otra perspectiva. Mi primera reacción ante el «milagro de Dunkerque» fue aprovecharlo montando una contraofensiva. En medio de tanta incertidumbre, la necesidad de recuperar la iniciativa era evidente. Estuve ocupado buena parte del cuatro de junio porque tuve que preparar y pronunciar un discurso largo y serio en la cámara de los Comunes, al que ya me he referido en cierta medida, pero en cuanto acabé me apresuré a buscar el talante que me pareció que debía predominar en nuestro pensamiento y servirnos de inspiración para nuestras acciones en ese momento, de modo que le envié al general Ismay la siguiente minuta:

> Nos preocupan mucho (y sin duda es prudente que así sea) los peligros de un desembarco alemán en

> Inglaterra, aunque tengamos el dominio de los mares y dispongamos de una fuerte defensa aérea gracias a nuestros cazas. Cualquier cala, cualquier playa, cualquier puerto se ha convertido en un motivo de preocupación. Además, pueden sobrevolarnos los paracaidistas y apoderarse de Liverpool, o de Irlanda, o de lo que sea. Todo esto está muy bien si genera energía. Pero si a los alemanes les resulta tan fácil invadirnos, a pesar de nuestra capacidad marítima, a alguien se le puede ocurrir preguntarse por qué no podemos nosotros hacer lo mismo. No debemos permitir que el hábito mental de estar siempre a la defensiva, que ha sido la perdición de los franceses, arruine toda nuestra iniciativa. Tiene suma importancia que los alemanes mantengan la mayor cantidad de fuerzas a lo largo de la costa de los países que han conquistado, y tendríamos que ponernos a trabajar de inmediato para organizar fuerzas de ataque en estas costas en que la población está de nuestra parte. Estas fuerzas podrían estar compuestas por unidades independientes, muy bien equipadas, digamos que de entre mil y no más de diez mil hombres cuando se combinen. Se garantiza la sorpresa por el hecho de que su destino se ocultará hasta último momento. Lo que hemos visto en Dunkerque demuestra lo rápidamente que las tropas pueden salir de (y supongo que también entrar en) puntos seleccionados si hiciera falta. Sería maravilloso conseguir que los alemanes tuvieran que preguntarse en qué lugar recibirían el siguiente ataque en lugar de obligarnos a amurallar y techar la isla. Hemos de hacer un esfuerzo para sacudirnos este sometimiento mental y moral a la voluntad y la iniciativa del enemigo.

Ismay transmitió este mensaje a los jefes del Estado Mayor y, en principio, recibió su cordial aprobación, que se reflejó en muchas de las decisiones que tomamos. De allí fue surgiendo poco a poco una política. En ese momento, yo fijaba mi atención en la guerra con carros de combate, no sólo defensiva sino también ofensiva, para lo que había que construir gran cantidad de embarcaciones adecuadas para desembarcarlos que, a partir de entonces, se convirtió en una de mis preocupaciones constantes. Como todo esto estaba destinado a adquirir una importancia enorme en el futuro, ahora debo volver atrás, a un asunto que hacía tiempo que tenía en la cabeza y que volvió a aflorar.

Siempre me había fascinado la guerra anfibia, y hacía tiempo que me rondaba en la cabeza la idea de usar carros de combate que desembarcaran de unas lanchas construidas especialmente en playas donde nadie los esperaba. Diez días antes de incorporarme al gobierno de Lloyd George como ministro de Municiones, el diecisiete de julio de 1917, preparé sin la asistencia de ningún experto, un plan para capturar las dos islas frisonas de Borkum y Sylt; contenía los siguientes párrafos, que publico ahora por vez primera:

> El desembarco de las tropas sobre la isla [de Borkum o Sylt], cubierto por los cañones de la Flota [debería ser] apoyado por gas y humo procedentes de transportes a prueba de torpedos, mediante *barcazas a prueba de balas*. Harían falta aproximadamente un centenar para que pueda desembarcar una división. Además, hay que proporcionar una cantidad (digamos cincuenta) de *barcazas para desembarcar carros de combate, cada una de las cuales llevará uno o más carros*, [y] equipadas con cortaalambres en la proa. Mediante un puente levadizo o un dispositivo de descenso en la proa [los carros] desembarcarían por [su] propia tracción e impedirían que la infantería se viera frenada por los alambres al atacar los fuertes y las baterías. Esta característica es nueva y elimina una de las grandes dificultades previas, es decir, el rápido desembarco de [nuestra] artillería de campo para cortar alambres.

Y más adelante:

> Siempre existe el peligro de que el enemigo se entere de nuestras intenciones y refuerce de antemano sus guarniciones con buenas tropas, en todo caso en lo que respecta a Borkum, con lo que siempre tiene que tener mucho cuidado. Por otra parte, *se podría efectuar el desembarco bajo el escudo de las barcazas, a prueba de balas de ametralladoras,* demasiado numerosas para verse afectadas seriamente por un cañonero pesado [es decir, el fuego de cañones pesados]; *y habría carros de combate utilizados en mayores cantidades todavía de lo que aquí se sugiere, sobre todo de las variedades rápidas y más ligeras*, operando en una zona donde no se habrían hecho preparativos para recibirlos. Éstas se pueden concebir como consideraciones favorables, nuevas e importantes.

En este informe, también tenía un plan alternativo para crear una isla artificial en las aguas poco profundas del arrecife de Horn (más al norte).

> Uno de los métodos sugeridos para investigar es el siguiente: habría que preparar *una cantidad de barcazas o cajones hidráulicos, pero no de acero sino de hormigón*, en el Humber, en Harwich, y en el Wash, el Medway y el Támesis. Estas estructuras se adaptarían a las profundidades en las que tuvieran que hundirse, según un plan general. Flotarían cuando no tuvieran agua y así se podrían remolcar hasta el lugar de la isla artificial. Al llegar a las boyas que marcan la isla, se abrirían unas válvulas de comunicación con el mar y se depositarían en el fondo. A continuación, se llenarían poco a poco de arena, según lo que fuera oportuno, mediante dragas de succión. El tamaño de estas estructuras oscilaría desde 15 x 12 x 6 metros hasta 36 x 24 x 12 metros. *De esta manera se podría crear en mar abierto un puerto a prueba de torpedos, que podría funcionar, en cualquier clima, como un atolón, con muelles regulares para los destructores y los submarinos y con plataformas de aterrizaje para aviones*.
>
> Si resulta factible, este proyecto se puede hacer mucho más complejo y se puede aplicar en diversos sitios. Tal vez se pueda hacer que las embarcaciones de hormigón transporten una torreta completa con un cañón pesado y que éstas, al entrar el agua en sus cámaras externas, se depositen en el fondo del mar, como los fuertes del Solent, en los puntos deseados. Se podrían hacer otras estructuras sumergibles para colocar depósitos, tanques de petróleo y habitaciones. En este caso no es posible, sin consultar a los expertos, hacer nada más que mencionar las posibilidades que comprenden nada menos que la creación, el transporte por piezas, el montaje y la instalación de una isla artificial y una base de destructores.
>
> Un plan así, si resulta factible mecánicamente, evita la necesidad de utilizar tropas y todos los riesgos de tomar por asalto una isla fortificada. *Se podría utilizar como una sorpresa, porque aunque es probable que en Alemania se enteraran de la construcción de estas embarcaciones de hormigón, la conclusión natural sería que servirían para tratar de bloquear las desembocaduras de los ríos, que de hecho es una idea que no habría que excluir*. Por tanto, hasta que la isla o el sistema de rompeolas no comenzara a crecer, el enemigo no se daría cuenta de su finalidad.

Durante casi un cuarto de siglo este informe durmió en los archivos del Comité de Defensa Imperial. No lo publiqué en *La crisis mundial*, aunque debió de ser uno de sus capítulos, por una cuestión de espacio y porque jamás se puso en práctica. Fue una suerte, porque las ideas expuestas eran más vitales que nunca en esta guerra, y seguro que los alemanes leyeron con atención todos mis libros sobre el tema Tenía profundamente grabados en la mente los conceptos básicos de este viejo informe y, en esta nueva emergencia, sirvieron de base para la acción que, tras un largo intervalo, encontró una plasmación memorable en la amplia flota de embarcaciones para el desembarco de carros de combate de 1943 y en los puertos «Mulberry» de 1944.

A partir de ese momento se dedicó muchísima energía a desarrollar todo tipo de lanchas de desembarco y se creó un departamento especial en el Almirantazgo para resolver todas estas cuestiones. En octubre de 1940 se hicieron las primeras pruebas con lanchas de desembarco para carros de combate. A continuación se mejoró el diseño, y muchos se construyeron por partes para facilitar el transporte por mar hasta Oriente Próximo, donde comenzaron a llegar en el verano de 1941. Demostraron su valía y, a medida que fuimos adquiriendo experiencia, las versiones posteriores de este extraño vehículo resultaron cada vez mejores. Por suerte, se pudo delegar la construcción de estas lanchas de desembarco para carros de combate en empresas de ingeniería de la construcción que no se dedicaban a la construcción naval, con lo que no hizo falta disponer de la mano de obra ni las plantas de los grandes astilleros. De este modo se pudo llevar a cabo el programa a gran escala que teníamos previsto, aunque esto también limitó el tamaño de las embarcaciones.

Las lanchas de desembarco para carros de combate servían para operaciones de asalto al otro lado del canal o para trabajos de mayor alcance dentro del Mediterráneo, pero no para largos viajes en mar abierto. De modo que surgió la necesidad de crear una embarcación más grande, que navegara mejor y que, aparte de transportar carros de combate y otros vehículos en viajes oceánicos, también pudiera desembarcarlos en las playas igual que aquéllas. Di instrucciones para que se diseñara una embarcación así, que se llamó «barca de desembarco para carro de combate», que en su momento se trasladó a Estados Unidos, donde se desarrollaron los detalles de forma conjunta y se empezó a producir a gran escala, de modo que figuró en un lugar destacado en todas nuestras operaciones posteriores, convirtiéndose, quizá, en la mayor aportación para solucionar el persistente problema del desembarco de vehículos pesados en las playas. Al final, se construyeron más de mil unidades de este tipo.

A finales de 1940 teníamos un concepto claro de la concepción física de la guerra anfibia. La fabricación de embarcaciones y equipo especializado de muchos tipos fue ganando velocidad, y las formaciones necesarias para manejar todo este material nuevo se desarrollaron y se entrenaron a las órdenes del Mando Conjunto de Operaciones. Se establecieron centros de entrenamiento especiales para este fin, tanto en el país como en Oriente Próximo. A medida que todas estas ideas y su manifestación práctica fueron cobrando forma, se las presentábamos a nuestros amigos estadounidenses. Los resultados fueron creciendo de forma constante a lo largo de los años de lucha, y de este modo, a su debido tiempo, llegaron a constituir el instrumento necesario que acabó por desempeñar un papel indispensable en nuestros mayores planes y hazañas. En 1940 y 1941 nuestros esfuerzos en este campo estuvieron limitados por las exigencias de la lucha con los submarinos alemanes. No se pudieron destinar más de siete mil hombres a la producción de lanchas de

desembarco hasta finales de 1940, y esta cifra tampoco se superó demasiado al año siguiente. En cambio, en 1944 al menos setenta mil hombres se dedicaron, sólo en Gran Bretaña, a esta formidable tarea, y en Estados Unidos las cifras eran mucho mayores.

Ante las numerosas versiones que actualmente existen y se multiplican sobre mi supuesta aversión a todo tipo de desembarcos a gran escala como el que ocurrió en Normandía en 1944, tal vez convenga aclarar que desde el principio brindé buena parte del impulso y la autoridad para la creación y producción de estas embarcaciones y las dotaciones necesarias para el desembarco de unidades blindadas en las playas, sin los que ahora todo el mundo reconoce que habrían resultado imposibles estas grandes operaciones.

Capítulo VIII

LA AGONÍA DE FRANCIA

Es posible que a las generaciones futuras les parezca digno de mención el hecho de que la cuestión suprema de si debíamos seguir luchando solos nunca figurara en el orden del día del gabinete de Guerra. Estos hombres pertenecientes a todos los partidos del Estado lo daban por supuesto y como norma, y nosotros estábamos demasiado ocupados para perder el tiempo con cuestiones tan académicas e irreales. También coincidíamos en considerar la nueva fase con mucha confianza.

El trece de junio fui a Francia por última vez en casi cuatro años. El gobierno francés se había retirado a Tours y la tensión había ido en aumento. Llevé conmigo a Edward Halifax y al general Ismay; Max Beaverbrook se ofreció también a acompañarnos, siempre optimista cuando había problemas. Esta vez no había ni una nube, y volamos en medio de nuestro escuadrón de Spitfire, pero desviándonos más hacia el sur que otras veces. Al llegar a Tours, vimos que el aeropuerto había sufrido un fuerte bombardeo la noche anterior; de todos modos, tanto nosotros como toda nuestra escolta aterrizamos con suavidad a pesar de los cráteres. De inmediato se percibía que la situación se había degradado. Nadie acudió a recibirnos ni parecía esperarnos. El jefe de la estación nos prestó un coche de servicio con el que fuimos a la ciudad y nos dirigimos a la Prefectura, donde decían que tenía su cuartel general el gobierno francés. Pero allí no había nadie importante, aunque nos dijeron que Reynaud venía en coche desde el campo.

Como ya eran casi las dos, insistí en comer algo y, después de algunas negociaciones, recorrimos las calles repletas de coches de los refugiados, muchos de ellos con colchones encima y cargados de equipaje. Encontramos una cafetería que estaba cerrada aunque, después de dar algunas explicaciones, conseguimos que nos dieran de comer. Durante la comida vino a verme Baudouin, cuya influencia había aumentado en los últimos días. En seguida se puso a hablar, con su estilo suave y obsequioso, sobre la inutilidad de la resistencia francesa. Si Estados Unidos le declarara la guerra a Alemania tal vez Francia podría continuar. ¿A mí qué me parecía? No quise seguir hablando de ese asunto, y sólo dije que esperaba que Estados Unidos interviniera y que nosotros seguiríamos luchando, sin duda. Me dijeron que después fue diciendo que yo estaba de acuerdo en que Francia se rindiera a menos que Estados Unidos interviniera.

Después regresamos a la Prefectura, donde nos esperaba Mandel, el ministro del Interior. Este fiel ex secretario de Clemenceau y portador de su mensaje vital parecía encontrarse muy animado. Era la energía y el desafío personificados. En la bandeja que tenía delante estaba su almuerzo intacto, un pollo de aspecto apetitoso. Era un

rayo de sol. Tenía un teléfono en cada mano, por medio de los cuales daba órdenes y tomaba decisiones constantemente. Sus ideas eran sencillas: seguir luchando hasta el final en Francia con el fin de cubrir los mayores movimientos posibles en África. Fue la última vez que vi a este valiente francés. La restaurada República francesa obró con justicia al ejecutar a los mercenarios que lo asesinaron. Rinden honor a su memoria tanto sus compatriotas como sus aliados.

En ese momento llegó Reynaud. Al principio parecía deprimido. El general Weygand le había informado de que los ejércitos franceses estaban exhaustos. Habían atravesado la línea en varios sitios, los refugiados llenaban las carreteras de todo el país y muchas de las tropas estaban desorganizadas. El generalísimo opinaba que había que pedir un armisticio antes de que no quedaran suficientes tropas francesas para mantener el orden hasta que se firmara la paz. Eso era lo que aconsejaban los militares. Ese mismo día enviaría otro mensaje a Roosevelt diciéndole que había llegado la última hora y que el destino de la causa aliada estaba en manos de Estados Unidos. Si no, la alternativa era el armisticio y la paz.

Reynaud siguió diciendo que el Consejo de Ministros le había dado instrucciones el día anterior de averiguar cuál sería la actitud de Gran Bretaña en caso de que ocurriera lo peor. Él era consciente de la solemne promesa de que ningún aliado firmaría una paz por separado. El general Weygand y otros señalaron que Francia ya lo había sacrificado todo por la causa común. No le quedaba nada, aunque había conseguido debilitar mucho al enemigo común. En esas circunstancias, sería un golpe que Gran Bretaña no reconociera que Francia era físicamente incapaz de seguir luchando, que se esperara que Francia siguiera luchando y así entregara a su pueblo a la certeza de la corrupción y a la transformación del mal a manos de los despiadados especialistas en el arte de hacer entrar en vereda a los pueblos conquistados. De modo que ésa era la pregunta que tenía que plantear: si Gran Bretaña se daba cuenta de la dura realidad a la que se enfrentaba Francia.

La cuestión me pareció tan seria que quise retirarme a consultarlo con mis congas antes de responder. De modo que lord Halifax, lord Beaverbrook y el resto del grupo nos retiramos a un jardín empapado pero lleno de sol para debatir la cuestión durante alrededor de media hora. Al regresar, volví a plantear nuestra posición: no podíamos aceptar una paz por separado de ninguna manera. Nuestro objetivo bélico era derrotar a Hitler por completo, y pensábamos que todavía podíamos conseguirlo. Por tanto, no podíamos eximir a Francia del cumplimiento de sus obligaciones. Ocurriera lo que ocurriese, no le reprocharíamos nada a Francia, pero eso no era lo mismo que eximirla de su obligación. Insté a que Francia le enviara al presidente Roosevelt un nuevo ruego definitivo que apoyaríamos desde Londres. Reynaud estuvo de acuerdo y prometió que Francia resistiría hasta conocer el resultado.

Al final de nuestra conversación nos llevó a la habitación contigua, donde estaban

sentados Herriot y Jeanneney, presidentes de la Cámara y el Senado respectivamente. Estos dos patriotas franceses hablaron con una emoción apasionada sobre seguir luchando hasta morir. Cuando recorríamos el pasillo lleno de gente hasta el patio vi al general De Gaulle de pie en la entrada, impasible e inexpresivo. Lo saludé y le dije en voz baja, en francés: «*L'homme du destin*». Ni se inmutó. En el patio debía de haber más de un centenar de franceses notables, totalmente abatidos. Me presentaron al hijo de Clemenceau y le estreché la mano. Los Spitfire ya estaba en el aire, y dormí profundamente durante nuestro rápido viaje de regreso en el que no se produjo ningún incidente. Menos mal, porque todavía quedaba mucho por hacer antes de irme a la cama.

A las 22.15, presenté un nuevo informe al gabinete que ratificaron mis dos compañeros. Cuando todavía estábamos reunidos, llegó el embajador Kennedy con la respuesta del presidente Roosevelt a una solicitud anterior que Reynaud le había hecho el diez de junio. El cable decía: «Su mensaje me ha conmovido profundamente. Como ya le he manifestado a usted y al señor Churchill, este gobierno está haciendo todo lo posible para poner a disposición de los gobiernos aliados el material que necesitan con tanta premura, y estamos redoblando nuestros esfuerzos para hacer más todavía debido a la fe que tenemos y a nuestro apoyo a los ideales por los que luchan los aliados.

»La magnífica resistencia del Ejército francés y el británico ha impresionado profundamente al pueblo estadounidense.

»Personalmente, me impresiona su declaración de que Francia seguirá luchando por la democracia, aunque esto signifique una lenta retirada, incluso al norte de África y al Atlántico. Es de suma importancia recordar que la Flota francesa y la británica mantienen el dominio del Atlántico y de otros océanos, y también que son necesarios materiales vitales procedentes del mundo exterior para mantener todos los ejércitos.

»También me da muchos ánimos lo que dijo hace unos días el primer ministro Churchill acerca de la constante resistencia del imperio británico, y esa determinación parecería aplicarse por igual al gran imperio francés en todo el mundo. El poderío naval en las cuestiones mundiales sigue aportando las lecciones de la historia, como bien sabe el almirante Darlan».

Todos pensamos que el presidente había dado un gran paso. Había autorizado a Reynaud a publicar su mensaje del diez de junio, con todo lo que ello suponía, y ahora enviaba esta respuesta formidable. Si con esto Francia se decidía a seguir soportando la tortura de la guerra, Estados Unidos se vería profundamente comprometido a intervenir. De todos modos, contenía dos puntos que eran equivalentes a la beligerancia: en primer lugar, la promesa de ayuda material, que

implicaba una asistencia activa y, en segundo lugar, un llamamiento a seguir luchando por más que el gobierno tuviera que salir de Francia. Envié nuestro agradecimiento al presidente de inmediato y también traté de presentarle a Reynaud el mensaje del presidente en los términos más favorables. Puede que pusiera demasiado énfasis en estos puntos, pero era necesario aprovechar al máximo todo lo que se pudiera conseguir.

Al día siguiente llegó un telegrama del presidente explicando que no podía aceptar que se publicara su mensaje a Reynaud. Aunque él mismo había querido hacerlo, según Kennedy, el Departamento de Estado, a pesar de manifestarle toda su simpatía, veía los peores peligros. El presidente felicitaba al gobierno británico y al francés por el valor de sus tropas y renovaba las garantías del suministro de todo el material y los pertrechos posibles; pero a continuación decía que su mensaje no tenía la intención de comprometer, y que no comprometía, la participación militar del gobierno de Estados Unidos. Según la Constitución de su país, la única autoridad que podía adoptar un compromiso de esa naturaleza era el Congreso. Tenía particularmente en cuenta la cuestión de la Flota francesa. El Congreso, a instancias suyas, había destinado cincuenta millones de dólares para proporcionar alimentos y ropa a los refugiados civiles de Francia.

Fue un telegrama desalentador.

En tomo a nuestra mesa, todos comprendíamos perfectamente los riesgos que corría el presidente de que lo acusaran de exceder su poder constitucional y, por tanto, de perder por este motivo las inminentes elecciones, de las que dependían nuestro destino y mucho más. Yo estaba convencido de que renunciaría a su propia vida, por no hablar de su cargo público, por la causa de la libertad mundial que tanto peligraba. Pero ¿qué habríamos ganado? Al otro lado del Atlántico sentía su sufrimiento. En la Casa Blanca la tormenta tenía un carácter diferente que en Burdeos o en Londres. Pero el grado de estrés personal no era diferente.

En mi respuesta traté de proporcionarle a Roosevelt algunos argumentos que Pudiera usar frente a otros con respecto al peligro que representaban para Estados Unidos la caída de Europa y el fracaso de Gran Bretaña. No era una cuestión de sentimientos, sino de vida y muerte. Le cablegrafié que «el destino de la Flota británica, como ya le he indicado, sería decisivo para el futuro de Estados Unidos porque, si se le sumaran las flotas de Japón, Francia e Italia y los enormes recursos de la industria alemana, Hitler tendría en sus manos un poder abrumador que podría utilizar con misericordiosa moderación, o todo lo contrario. Esta revolución en el poder marítimo podría ocurrir con mucha rapidez y, sin duda, mucho antes de que Estados Unidos fuera capaz de prepararse. Si caemos, es posible que surjan unos Estados Unidos de Europa dominados por los nazis mucho más numerosos, mucho más fuertes y mucho mejor armados que los del Nuevo Mundo. […]».

Mientras tanto, la situación en el frente francés iba de mal en peor. Las operaciones alemanas en el noroeste de París, en las que se perdió nuestra 51.ª División habían llevado al enemigo hasta la cuenca baja del Sena y del Oise. En las márgenes meridionales, los restos dispersos del Décimo y el Séptimo Ejército francés organizaban una defensa precipitada; estaban partidos por la mitad y, para cerrar la brecha, habían hecho salir de la capital al llamado «Ejército de París» y lo habían interpuesto.

Más al este, a lo largo del Aisne, los Ejércitos Sexto, Cuarto y Segundo estaban en mejor estado. Habían tenido tres semanas para asentarse y para absorber los refuerzos que les habían enviado. Durante todo el período de Dunkerque y la campaña en Ruán, casi no los habían molestado, aunque su fuerza era escasa para los cientos de kilómetros que tenían que defender, y el enemigo había aprovechado el tiempo para concentrar contra ellos una gran masa de divisiones para asestarles el golpe definitivo. Cayeron el nueve de junio. A pesar de su obstinada defensa, porque los franceses luchaban entonces con gran denuedo, se establecieron cabezas de puente al sur del río, desde Soissons hasta Rethel, que en los dos días siguientes se expandieron hasta llegar al Mame. Se trajeron divisiones Panzer alemanas, que habían desempeñado un papel tan decisivo en la ofensiva de la costa, para incorporarse a la nueva batalla. Ocho de ellas, en dos grandes ofensivas, infligieron a los franceses una derrota aplastante. Los ejércitos franceses, diezmados y confundidos, no pudieron resistir la poderosa suma de la superioridad de hombres, equipo y técnica. En cuatro días, antes del dieciséis de junio, el enemigo había llegado a Orléans y al Loira, mientras que, por el este, la otra ofensiva pasó por Dijón y Besancon casi hasta la frontera suiza.

Al oeste de París, los restos del Décimo Ejército, equivalentes a apenas dos divisiones, se vieron obligados a retroceder hacia el suroeste, desde el Sena hacia Alençon. La capital cayó el catorce y los ejércitos que la defendían, el Séptimo y el Ejército de París, se dispersaron; surgió entonces una gran brecha que separaba las exiguas fuerzas francesas y británicas que había en el oeste del resto y de lo que quedaba del Ejército de Francia, tan orgulloso en otros tiempos.

¿Qué ocurrió con la línea Maginot, el escudo de Francia, y sus defensores? Hasta el catorce de junio no se produjo ningún ataque directo, y algunas de las formaciones activas, dejando atrás a las tropas de la guarnición, habían comenzado a unirse, si podían, a los ejércitos del centro que se retiraban rápidamente. Pero era demasiado tarde. Ese día atravesaron la línea Maginot antes de Saarbrücken y al otro lado del Rin, por Colmar; los franceses que se retiraban quedaron atrapados en la batalla, sin poder librarse y, dos días después, la penetración alemana hasta Besancon les cortó la retirada. Más de cuatrocientos mil hombres quedaron rodeados sin esperanzas de

escapar. Muchas de las guarniciones cercadas se defendieron con desesperación y se negaron a rendirse hasta después del armisticio, cuando se enviaron oficiales franceses para darles la orden. Los últimos fuertes obedecieron el treinta de junio, mientras el comandante protestaba porque sus defensas seguían estando intactas en todos los puntos.

De este modo, la amplia batalla desorganizada llegó a su fin a lo largo de todo el frente francés. Sólo falta por contar la mínima parte que pudieron desempeñar los británicos.

El general Brooke se distinguió en la retirada hacia Dunkerque y sobre todo por su batalla en la brecha que abrió la rendición de Bélgica; por eso lo elegimos para comandar las tropas británicas que permanecieron en Francia y todos los refuerzos, hasta que alcanzaron unas cifras suficientes para exigir la presencia de lord Gort como comandante del Ejército. Brooke acababa de llegar a Francia y el día catorce se reunió con los generales Weygand y Georges. Weygand afirmó que las fuerzas francesas ya no podían seguir manteniendo una resistencia organizada ni una acción concertada. El Ejército francés estaba dividido en cuatro grupos, de los que el Décimo Ejército era el que estaba más al oeste. Weygand también le dijo que los gobiernos aliados habían acordado la creación de una cabeza de puente en la península de Bretaña, defendida de forma conjunta por tropas francesas y británicas, siguiendo una línea que corría más o menos de norte a sur, pasando por Rennes. Le ordenó que desplegara sus fuerzas en una línea defensiva que atravesaba esta ciudad. Brooke indicó que esta línea de defensa abarcaba ciento cincuenta kilómetros de largo y que necesitaba, por lo menos, quince divisiones. Le dijeron que las instrucciones que recibía debía tomarlas como una orden.

Es cierto que el once de junio, en Briare, Reynaud y yo nos habíamos puesto de acuerdo en trazar una especie de «línea de Torres Yedras» que atravesaba la base de la península de Bretaña, pero al mismo tiempo todo se fue diluyendo y el plan no llegó a concretarse. En sí misma la idea era buena, pero no había hechos que la revistieran de realidad. Una vez rotos o destruidos los principales ejércitos franceses, esta cabeza de puente, por preciosa que fuera, no habría resistido demasiado tiempo un ataque alemán concentrado sobre ella. Pero aunque sólo hubiera resistido unas pocas semanas, de todos modos habría mantenido el contacto con Gran Bretaña y permitido grandes retiradas francesas a África procedentes de otras partes del inmenso frente hecho trizas por entonces. Si la batalla de Francia iba a continuar, esto sólo podía ocurrir en la península de Brest y en regiones arboladas o montañosas, como los Vosgos. La alternativa para los franceses era rendirse. Por tanto que nadie se burlara de concebir una cabeza de puente en Bretaña. Los ejércitos aliados, al mando de Eisenhower, por entonces un desconocido coronel estadounidense, la

recuperaron después para nosotros, a un elevado precio.

Después de hablar con los comandantes franceses y de examinar desde su propio cuartel general una escena que empeoraba a medida que pasaban las horas, el general Brooke informó a la Oficina de Guerra y por teléfono a Edén que su posición era desesperada. No había que enviar más refuerzos y había que volver a embarcar en seguida el resto del Cuerpo Expedicionario británico, que entonces ascendía a ciento cincuenta mil hombres. La noche del catorce de junio, como se suponía que yo era obstinado, me llamó por una línea telefónica que estaba en servicio por suerte y por esfuerzo y me recalcó su punto de vista. Yo escuchaba bastante bien y, al cabo de diez minutos, estaba convencido de que tenía razón y debíamos irnos. Se dieron las órdenes pertinentes. Fue dispensado del mando francés, y se volvieron a cargar grandes cantidades de pertrechos, equipo y hombres. Los principales elementos de la División canadiense que habían desembarcado regresaron a sus barcos, y la 52.ª División de los Lowlands, la mayor parte de la cual todavía no había entrado en acción, se retiró a Brest. El quince de junio el resto de nuestras tropas quedaron dispensadas de las órdenes del Décimo Ejército francés y al día siguiente se desplazaron hacia Cherburgo. El diecisiete de junio se anunció que el gobierno de Pétain había pedido un armisticio y había ordenado a todas las tropas francesas que dejaran de combatir, sin comunicar siquiera esta información a nuestras tropas. Por tanto, el general Brooke recibió instrucciones de regresar con todos los hombres que pudiera embarcar y todo el equipo que pudiera rescatar.

Entonces repetimos, de forma parecida pero con barcos de mayor tamaño, la evacuación de Dunkerque. Más de veinte mil soldados polacos que se negaron a capitular cortaron camino hacia el mar y fueron transportados por nuestros barcos hasta Gran Bretaña. Los alemanes persiguieron a nuestras fuerzas en todos los puntos. En la península de Cherburgo estuvieron en contacto con nuestra retaguardia, a dieciséis kilómetros al sur del puerto, la mañana del día dieciocho. La última nave zarpó a las 16 horas cuando el enemigo, encabezado por la 7.ª División Panzer de Rommel, estaba a cinco kilómetros del puerto. Muy pocos de los nuestros cayeron prisioneros. En total se evacuaron de todos los puertos franceses 136.000 soldados británicos y 310 cañones que, si les sumamos los polacos, da un total de 156.000 hombres.

Los alemanes realizaron intensos ataques aéreos a los transportes. Se produjo un horrible incidente en Saint-Nazaire el día diecisiete: el buque *Lancastria*, de veinte mil toneladas, con cinco mil hombres a bordo, fue bombardeado cuando estaba a punto de zarpar. Murieron más de tres mil hombres y el resto fueron rescatados, bajo un ataque aéreo constante, gracias a la abnegación de las embarcaciones pequeñas. Cuando en el transcurso de la tarde recibí la noticia, en la tranquilidad del gabinete ministerial, prohibí su publicación diciendo: «Los periódicos ya han publicado

suficientes desastres, al menos por hoy». Mi intención era darla a conocer unos días después, pero como se fueron acumulando las malas noticias con tanta rapidez, me olvidé de levantar la prohibición, de modo que pasó algún tiempo antes de que se hiciera público este horror.

Dejemos de lado por ahora el campo de los desastres militares para concentramos en las convulsiones del gabinete francés y los personajes que lo rodeaban, en Burdeos.

La tarde del dieciséis de junio, Monnet y el general De Gaulle vinieron a verme al gabinete. En su carácter de subsecretario de Estado para la Defensa Nacional, el general acababa de ordenarle al buque francés *Pasteur*, que transportaba armas desde Estados Unidos a Burdeos, que se dirigiera a un puerto británico. Monnet estaba elaborando un plan para transferir a Gran Bretaña todos los contratos franceses para fabricar municiones en Estados Unidos si Francia firmaba una paz por separado. Evidentemente, era lo que él veía venir y quería salvar todo lo posible de esto que a él le parecía el desmoronamiento del mundo. A este respecto, su actitud fue de máxima ayuda. Entonces abordó el asunto de enviar todos los escuadrones aéreos de cazas que nos quedaban para intervenir en la batalla final de Francia que, evidentemente, ya había acabado. Le dije que no había ninguna posibilidad al respecto. Incluso a estas alturas, recurrió a los argumentos habituales: «La batalla decisiva», «ahora o nunca», «si cae Francia, todo se desmorona», etcétera. Pero yo no Podía hacer nada para complacerlo en este sentido. Entonces mis dos huéspedes franceses se pusieron en pie y se dirigieron hacia la puerta, Monnet el primero. Al llegar a ella, De Gaulle, que hasta entonces apenas había dicho una palabra, se volvió y, dando dos o tres pasos hacia mí, dijo en inglés: «Creo que tiene toda la razón». Bajo una actitud impasible, imperturbable, me dio la impresión de que tenía una notable capacidad para sentir dolor. Del contacto con este hombre tan alto y flemático conservé una sensación: «Éste es el Condestable de Francia». Regresó a Burdeos esa tarde en un avión británico que puse a su disposición, aunque no estuvo allí mucho tiempo.

El gabinete de Guerra estuvo reunido hasta las seis de esa tarde en un estado de insólita emoción. Estaban muy preocupados por la caída y el destino de Francia, Nuestra propia situación, y lo que tendríamos que afrontar, y además solos, parecía ocupar un lugar secundario. El dolor por nuestro aliado en su agonía, y el deseo de hacer todo lo humanamente posible por ayudarlo, era el estado de ánimo que prevalecía, además de la fundamental importancia de asegurarnos la Flota francesa. Unos días antes desarrollamos una declaración de Unión francobritánica, ciudadanía común, órganos comunes de defensa, política exterior, financiera y económica, etcétera, con la finalidad, aparte de sus méritos generales, de proporcionar a Reynaud algún hecho vigoroso y estimulante que lo ayudara a convencer a la mayoría de su

gabinete para que se trasladase a África y continuase la guerra. Con este documento en la mano y acompañado por los dirigentes de los Partidos Laborista y Liberal, los tres jefes del Estado Mayor y varios oficiales y funcionarios importantes, volví a emprender otra misión en Francia. Nos esperaba un tren especial en Waterloo que nos conduciría a Southampton en dos horas; un viaje a treinta nudos en un crucero durante la noche nos conduciría a nuestra entrevista, cerca del mediodía, el día diecisiete. Ya estábamos sentados en el tren. Mi esposa había ido a despedirme. Me extrañó que se demorara la partida: era evidente que había habido alguna complicación. Entonces llegó de Downing Street mi secretario privado, sin aliento, con el siguiente mensaje de sir Ronald Campbell, nuestro embajador en Burdeos:

> Se ha producido una crisis ministerial. […] Espero tener noticias antes de medianoche. Mientras tanto, imposible concertar una entrevista para mañana.

Por lo que regresé a Downing Street muy acongojado.

Ésta fue la escena final del gabinete de Reynaud.

Las esperanzas que Reynaud había puesto en la declaración de Unión se esfumaron en seguida. Pocas veces una propuesta tan generosa encontró una recepción tan hostil. El primer ministro le leyó dos veces el documento al Consejo, declaró que estaba totalmente a favor y añadió que tenía prevista una entrevista conmigo al día siguiente para discutir los detalles. Pero los inquietos ministros, famosos algunos, desconocidos otros, destrozados por la división y bajo el terrible flagelo de la derrota, quedaron estupefactos. Algunos no estaban preparados en absoluto para plantearse unos temas de tanto alcance. El Consejo se dejó dominar por la aplastante sensación de rechazar todo el plan. La mayoría se vio dominada por la sorpresa y la desconfianza, y hasta los más cordiales y decididos quedaron desconcertados. El Consejo se había reunido esperando recibir la respuesta a la solicitud francesa, apoyada por acuerdo unánime, de que Gran Bretaña eximiera a Francia de sus obligaciones para que ésta pudiera preguntarle a Alemania cuáles serían los términos del armisticio. Es posible, e incluso probable, que si les hubiera puesto por delante una respuesta formal la mayoría habría aceptado nuestra principal condición de enviar su Flota a Gran Bretaña, o al menos habrían hecho alguna otra propuesta adecuada, y de este modo habrían quedado libres para iniciar negociaciones con el enemigo reservándose la opción final de retirarse a África si las condiciones alemanas resultaban demasiado estrictas. Pero ahora teníamos el ejemplo clásico de «orden, contraorden, desorden».

Paul Reynaud fue incapaz de superar la desfavorable impresión que produjo la propuesta de la Unión anglofrancesa. La sección derrotista, encabezada por el

mariscal Pétain, se negó siquiera a planteársela. Se hicieron graves acusaciones: era un «plan de último minuto», «una sorpresa», «un plan para poner a Francia bajo tutela o para apoderarse de su imperio colonial» que relegaba a Francia, decían, a la situación de un dominio. Otros se quejaron de que ni siquiera se ofrecía a los franceses una situación de igualdad, que sólo se los consideraba ciudadanos del imperio británico, pero no de Gran Bretaña, mientras que los británicos serían ciudadanos franceses. Esta sugerencia se contradice en el texto.

Después de éstos, se presentaron otros argumentos. Weygand había convencido a Pétain, sin demasiada dificultad, de que Inglaterra estaba perdida. Las altas autoridades militares francesas habían comunicado que «en tres semanas, a Inglaterra le retorcerán el cuello como a un pollo». Según Pétain, unirse a Gran Bretaña era como «fusionarse con un cadáver». Ybarnegaray, tan enérgico en la guerra anterior, exclamó: «Es preferible ser una provincia nazi. Al menos sabemos lo que significa». El senador Reibel, amigo personal del general Weygand, declaró que este plan significaba la total destrucción de Francia y, en cualquier caso, la subordinación definitiva a Inglaterra. En vano respondió Reynaud: «Prefiero colaborar con mis aliados que con mis enemigos». Y Mandel: «¿Les parece mejor ser una región alemana que un dominio británico?». Pero todo fue inútil.

Nos aseguran que jamás se sometió a votación en el Consejo la declaración de Reynaud sobre nuestra propuesta, sino que fracasó por sí misma. Fue un revés personal y fatal para el luchador primer ministro, que marcó el fin de su influencia y su autoridad en el Consejo. El resto de las discusiones giraron en tomo al armisticio y en preguntarle a los alemanes las condiciones que impondrían, en lo cual Chautemps se mostró impasible y categórico. Dos telegramas que enviamos sobre el asunto de la Flota no se presentaron nunca al Consejo. El gabinete de Reynaud, que había alcanzado un estado de total descomposición, jamás se planteó la condición de enviarla a puertos británicos antes de iniciar las negociaciones con los alemanes. A eso de las ocho, Reynaud, totalmente exhausto por el esfuerzo físico y mental al que venía sometiéndose hacía tantos días, envió su dimisión al presidente recomendándole al mariscal Pétain. Este acto se debe considerar precipitado. Parece que todavía albergaba la esperanza de entrevistarse conmigo al día siguiente, como le comentó al general Spears. «Mañana habrá otro gobierno, y ya no podrá hablar en nombre de nadie», dijo Spears.

De inmediato, el mariscal Pétain formó un gobierno francés con el objeto fundamental de firmar en seguida un armisticio con Alemania. A últimas horas de la noche del dieciséis de junio, el grupo derrotista que él encabezaba ya estaba tan unido y consolidado que el proceso no llevó mucho tiempo. Chautemps («solicitar unas condiciones no significa aceptarlas necesariamente») era el vicepresidente del Consejo; el general Weygand, que opinaba que estaba todo acabado, quedaba a cargo

del Ministerio de Defensa Nacional; el almirante Darían era el ministro de Marina y Baudouin el ministro de Asuntos Exteriores.

Aparentemente, la única complicación tuvo que ver con Laval. Lo primero que pensó el mariscal fue ofrecerle el cargo de ministro de Justicia, pero Laval lo rechazó con desdén y exigió el Ministerio de Asuntos Exteriores, que era el único cargo desde el que le parecía posible poner en práctica su plan de invertir las alianzas de Francia, cortar con Inglaterra e incorporarse como un socio menor a la nueva Europa nazi. El mariscal Pétain se rindió de inmediato a la vehemencia de esta personalidad formidable. Baudouin, que ya se había hecho cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, para el que se sabía totalmente incompetente, estaba dispuesto a cedérselo, pero cuando le comentó el hecho a Charles-Roux, subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, éste se indignó. Entonces buscó el apoyo de Weygand. Cuando Weygand entró en la sala y se dirigió al ilustre mariscal, Laval se puso tan furioso que los dos jefes militares se quedaron abrumados. Sin embargo, el funcionario permanente se negó rotundamente a servir a las órdenes de Laval. Ante esto, el mariscal se hundió otra vez y, tras una escena violenta, Laval se marchó, lleno de cólera e indignación.

Fue un momento crítico. Cuatro meses después, el veintiocho de octubre, cuando finalmente Laval asumió el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, había una nueva conciencia de los valores militares. La resistencia británica a Alemania era entonces un factor. Aparentemente, no podían descartar por completo a la isla. De todos modos, no le habían retorcido «el cuello en tres semanas como a un pollo», lo cual era una novedad de la que se alegraba toda la nación francesa.

Por deseo del gabinete, la noche del diecisiete de junio transmití por radio la siguiente declaración:

> Nos llegan muy malas noticias de Francia y lo lamento por el valiente pueblo francés, que ha caído en tan terrible desgracia. Nada cambiará nuestros sentimientos hacia ellos ni nuestra confianza en el resurgimiento del genio francés. Lo ocurrido allí no modifica nuestras acciones ni nuestro objetivo. Ahora somos los únicos paladines que empuñamos las armas para defender la causa del mundo. Haremos todo lo posible por ser dignos de tan alto honor. Defenderemos nuestro país y, junto con el imperio británico, seguiremos luchando, invencibles, hasta que deje de pesar sobre la humanidad la maldición de Hitler. Estamos seguros de que al final todo saldrá bien.

Esa mañana mencioné a mis colegas del gabinete una conversación telefónica que tuve durante la noche con el general Spears, que me dijo que no creía que pudiera ser de utilidad en la nueva estructura de Burdeos. Me habló con cierta inquietud sobre la seguridad del general De Gaulle. Aparentemente, le habían advertido a Spears que, dado el cariz que estaba tomando la situación en Francia, tal vez a De Gaulle le conviniese marcharse del país. En seguida di mi conformidad a un buen plan para

llevarlo a cabo. Esa misma mañana (el día diecisiete), De Gaulle acudió a su despacho en Burdeos, concertó una serie de entrevistas para esa tarde, como pantalla, y se dirigió al aeropuerto con su amigo Spears para despedirlo. Se estrecharon la mano, se despidieron y, cuando el avión comenzó a moverse, De Gaulle saltó dentro y cerró la puerta. El aparato se elevó, dejando con la boca abierta a la Policía y a los funcionarios franceses. De Gaulle se llevó consigo, en este pequeño aeroplano, el honor de Francia.

Capítulo IX

EL ALMIRANTE DARLAN Y LA FLOTA FRANCESA. ORAN

Tras la caída de Francia, todos nuestros amigos y enemigos se preguntaron: «¿Se rendirá también Gran Bretaña?». En la medida en que cuentan las declaraciones públicas frente a los acontecimientos, en nombre del gobierno de Su Majestad muchas veces manifesté nuestra decisión de seguir luchando solos. Después de Dunkerque, el cuatro de junio, utilicé la expresión «si es necesario, durante años *si es necesario, solos*». Este comentario no se introdujo por azar, y el embajador francés en Londres recibió instrucciones, al día siguiente, de averiguar lo que realmente quise decir. Le dijeron que «exactamente lo que se dijo». Tuve ocasión de recordárselo a la Cámara en mi discurso del dieciocho de junio al día siguiente de la caída de Burdeos. Entonces di «ciertos indicios de los fundamentos prácticos y concretos en los que basábamos nuestra inflexible decisión de continuar la guerra». Pude garantizar al Parlamento que nuestros asesores profesionales de las tres armas tenían una confianza razonable en que al final conseguiríamos la victoria. Les dije que había recibido mensajes de los primeros ministros de los cuatro dominios apoyando nuestra decisión de seguir luchando y declarándose dispuestos a correr la misma suerte que nosotros. «Cuando me planteo este pavoroso balance y considero con desilusión todos los peligros que corremos, veo muchos motivos para el esfuerzo y la vigilancia, pero ninguno para el pánico o el temor». Y añadí: «Durante los primeros cuatros años de la última guerra, los aliados no sufrieron más que desastres y desilusiones. […] Muchas veces nos preguntamos: “¿Cómo vamos a ganar?”, y nadie podía responder con demasiada precisión hasta que al final, de pronto, inesperadamente, nuestro terrible enemigo se derrumbó frente a nosotros, y nos saturamos tanto con la victoria que, en nuestra locura, la desperdiciamos».

Finalicé diciendo:

«Lo que el general Weygand llamaba la batalla de Francia ha acabado. Supongo que está a punto de comenzar la batalla de Gran Bretaña, de la que depende la supervivencia de la civilización cristiana. De ella depende nuestra propia vida como británicos y la continuidad de nuestras instituciones y de nuestro imperio. Toda la furia y el poder del enemigo se volverán muy pronto contra nosotros. Hitler sabe que tendrá que derrotarnos en esta isla o perder la guerra. Si podemos ponernos a su altura, toda Europa puede ser libre y la vida del mundo puede avanzar hacia amplios terrenos bañados por el sol. En cambio, si fallamos, todo el mundo también Estados Unidos, incluido todo lo que hemos conocido y apreciado, se hundirá en el abismo de una nueva edad oscura, que parece más siniestra y tal vez más prolongada bajo las

luces de la ciencia pervertida. Por tanto, preparémonos para cumplir nuestras obligaciones y tengamos en cuenta que, si el imperio británico y su Comunidad de naciones duran mil años, los hombres dirán que “éste fue su mejor momento”».

Todas estas palabras, tantas veces mencionadas, se hicieron realidad a la hora de la victoria, pero entonces no eran más que palabras. Los extranjeros que no comprenden el carácter de la raza británica cuando se les sube la sangre a la cabeza habrán supuesto que no eran más que una fachada atrevida, levantada como un buen preludio para las negociaciones de paz. Era evidente que Hitler necesitaba acabar con la guerra en el oeste y que estaba dispuesto a ofrecer las condiciones más tentadoras. Para aquellos que, como yo, habíamos estudiado sus movimientos no parecía imposible que consintiera en mantener intactos a Gran Bretaña, a su imperio y a su Flota firmando una paz que le hubiera dado carta blanca en el este, de la cual ya me habló Ribbentrop en 1937, y que era lo que él más anhelaba. De momento, no le habíamos causado demasiados perjuicios. En realidad, tan sólo habíamos añadido nuestra propia derrota a su triunfo sobre Francia. ¿Puede uno extrañarse de que no se convencieran los astutos calculadores en muchos países, ignorantes como eran en su mayoría de los problemas de una invasión extranjera y de la calidad de nuestra Fuerza Aérea, y que vivían bajo la abrumadora impresión del poder y el terror alemanes? No todos los gobiernos surgidos de la democracia o del despotismo, ni todas las naciones, aunque estuvieran bastante solas y, según parecía, abandonadas, se habrían expuesto a los horrores de una invasión, desdeñando una oportunidad bastante buena de paz para la que se podían presentar muchas excusas plausibles. La retórica no era ninguna garantía. Habría aparecido otro gobierno. «Los belicistas habían tenido su oportunidad y habían perdido». Estados Unidos se había mantenido distante. Nadie tenía ninguna obligación con la Rusia soviética. ¿Por qué no iba Gran Bretaña a unirse a los espectadores que, en Japón y en Estados Unidos, en Suecia y en España, observarían con un interés imparcial, o incluso con placer, una lucha mutuamente destructiva entre el imperio nazi y el comunista? A las generaciones futuras les costará creer que las cuestiones que he resumido aquí no se consideraran dignas de ocupar un lugar en el orden del día del gabinete, o que ni siquiera se mencionaran en nuestros cónclaves más privados. La única manera de acabar con las dudas es por medio de los hechos. Y los hechos estaban por venir.

En los últimos días de Burdeos, el almirante Darían se convirtió en una figura muy importante. Mis contactos con él habían sido pocos y formales. Lo respetaba por el trabajo que había realizado en la recreación de la Armada francesa que después de diez años de estar bajo su control profesional, era más eficiente que en ningún otro momento desde la Revolución francesa. Cuando vino a Inglaterra en 1939 le ofrecimos una cena oficial en el Almirantazgo. En respuesta al brindis, lo primero que hizo fue recordarnos que su bisabuelo había muerto en la batalla de Trafalgar, lo

que me hizo pensar que se trataba de uno de esos buenos franceses que odian Inglaterra. Las discusiones navales anglofrancesas que se desarrollaron en enero también demostraron lo celoso que era el almirante de su posición profesional con respecto a quien fuera el ministro político de la Armada. Esto se había convertido en una auténtica obsesión y, creo yo, desempeñó un papel decisivo en su comportamiento.

Por lo demás, Darlan estuvo presente en la mayoría de las conferencias que he descrito y, a medida que se acercaba el fin de la resistencia francesa, me aseguró varias veces que, ocurriera lo que ocurriese con la Flota francesa, ésta no debía caer jamás en poder de los alemanes. En Burdeos llegó el momento decisivo en la carrera de este almirante ambicioso, interesado y competente. Su autoridad sobre la Flota era, a todos los efectos prácticos, absoluta. Bastaba con que diera la orden de que los barcos se dirigieran a puertos británicos, estadounidenses o a los de las colonias francesas (de hecho, algunos ya habían zarpado) para que lo obedecieran. La mañana del diecisiete de junio, tras la caída del gabinete de Reynaud, le anunció al general Georges que estaba decidido a dar la orden. Al día siguiente, Georges se reunió con él por la tarde y le preguntó qué había ocurrido. Darían le respondió que había cambiado de opinión. Cuando le preguntó por qué, respondió simplemente: «Ahora soy ministro de Marina». Esto no quería decir que hubiera cambiado de opinión para ser ministro de Marina, sino que, como ministro de Marina, tenía una perspectiva diferente.

¡Qué vanos son los cálculos que hacen los hombres por interés! Pocas veces ha habido un ejemplo más convincente. Hubiera bastado con que Darían zarpara en cualquiera de sus barcos hacia cualquier puerto fuera de Francia para convertirse en el amo de todos los intereses franceses al margen del control alemán. No habría llegado, como el general De Gaulle, tan sólo con un corazón invencible y un puñado de almas gemelas, sino que habría llevado consigo, fuera del alcance alemán, a la cuarta Armada del mundo, cuyos oficiales y hombres le eran fieles a él en persona. Actuando así, Darían se habría convertido en el jefe de la Resistencia francesa, con una poderosa arma en la mano. Los astilleros británicos y estadounidenses se habrían puesto a su disposición para el mantenimiento de su flota. La reserva de oro francesa en Estados Unidos le habría garantizado, una vez reconocido, abundantes recursos. Todo el imperio francés se habría unido en torno a él. Nada le habría impedido convertirse en el libertador de Francia. La fama y el poder que deseaba tan ardientemente estaban al alcance de su mano. En cambio, pasó por dos años de preocupaciones y un cargo ignominioso, hasta una muerte violenta, una sepultura deshonrosa y un nombre que sería execrado durante mucho tiempo por la Armada francesa y el país que hasta entonces había servido tan bien.

Quisiera señalar ahora un último apunte. En una carta que me escribió Darían el

cuatro de diciembre de 1942, tan sólo tres semanas antes de su asesinato, insistía en que había cumplido su palabra. Esta carta explica su posición y ya la he publicado en otra parte[37]. No se puede decir que un barco francés haya sido tripulado nunca por alemanes o que ellos lo hayan utilizado contra nosotros en la guerra. Esto no se debió por completo a las medidas del almirante Darían, aunque no cabe duda de que desarrolló en la mente de los oficiales y los hombres de la Armada francesa la idea de que tenían que destruir sus barcos a toda costa antes de que se apoderaran de ellos los alemanes, a los que odiaba tanto como a los ingleses.

Pero en junio de 1940, la suma de la Armada francesa a la Flota alemana y la italiana, con la amenaza inconmensurable de Japón en el horizonte, enfrentaba a Gran Bretaña con peligros mortales y afectaba gravemente la seguridad de Estados Unidos. Según el artículo ocho del armisticio, la Flota francesa, salvo aquella parte que quedara para salvaguardar los intereses coloniales franceses, «se reunirá en los puertos que se especifiquen, donde se desmovilizará y se desarmará bajo el control alemán o italiano». Por consiguiente, estaba claro que los buques de guerra franceses se someterían a ese control estando totalmente armados. Era cierto que, en el mismo artículo, el gobierno alemán declaraba solemnemente que no tenía ninguna intención de usarlos para sus propios fines durante la guerra. Pero ¿quién en su sano juicio confiaría en la palabra de Hitler conociendo sus vergonzosos antecedentes y lo que había ocurrido hasta el momento? Además, el artículo exceptuaba de esta garantía «aquellas unidades que fueran necesarias para la vigilancia costera y para dragar minas», y cómo se interpretara esto dependía de los alemanes. Por último, en cualquier momento se podía declarar nulo el armisticio por cualquier pretexto de incumplimiento. En realidad, no teníamos ninguna seguridad de nada. A toda costa, contra todo riesgo, de un modo u otro, teníamos que asegurarnos de que la Armada francesa no cayera en manos equivocadas que, tal vez, podrían conducirnos a nosotros y a otros a la ruina.

El gabinete de Guerra no tenía la menor duda. Los mismos ministros que la semana anterior entregaron todo su corazón a Francia y le ofrecieron una nacionalidad común decidieron que había que tomar todas las medidas necesarias. Fue una decisión odiosa, la más antinatural y dolorosa en la que he intervenido nunca. Recordé el episodio de la toma, por parte de la Armada británica, de la flota danesa en Copenhague, en 1807; pero resultaba que los franceses habían sido nuestros queridos aliados hasta el día de ayer y que nos daba auténtica pena la desgracia de Francia. Pero por otra parte estaban en juego la vida del Estado y la salvación de nuestra causa. Era una tragedia griega. Pero no hubo un acto más necesario para la vida de Gran Bretaña y para todos los que dependían de ella. Pensé

en Danton en 1793: «Los reyes unidos nos amenazan, y arrojamos a sus pies, en son de guerra, la cabeza de un rey». Toda la situación era de este orden de ideas.

La Armada francesa se repartió de la siguiente manera: dos acorazados, cuatro cruceros ligeros (o contratorpederos), algunos submarinos, incluido uno muy grande, el *Surcouf*, ocho destructores y alrededor de dos centenares de embarcaciones menores pero valiosas como dragaminas y lanchas antisubmarinas estaban fondeadas en su mayor parte en Portsmouth y Plymouth y quedaron en nuestro poder. En Alejandría había un acorazado, cuatro cruceros, tres de los cuales eran los cruceros modernos con cañones de 203 milímetros, y varios barcos más pequeños, cubiertos por una poderosa escuadra británica de combate. En Oran, en el otro extremo del Mediterráneo, y en el cercano puerto militar de Mers el Kebir, estaban dos de los mejores barcos de la flota francesa, el *Dunkerque* y el *Strasbourg*, modernos cruceros de combate, muy superiores al *Scharnhorst* y al *Gneisenau*, construidos con la finalidad expresa de superarlos. Habría sido sumamente desagradable encontrar estas naves en manos alemanas en nuestras rutas comerciales. Con ellos había dos acorazados, varios cruceros ligeros y cierta cantidad de destructores, submarinos y otras embarcaciones. En Argel había siete cruceros, cuatro de los cuales tenían cañones de 203 milímetros, y en la Martinica había un portaaviones y dos cruceros ligeros. En Casablanca estaba fondeado el *Jean Bart*, recién llegado de Saint-Nazaire, pero sin sus cañones, que era uno de los buques principales en el cómputo de la fuerza naval mundial. No estaba terminado y no lo podían acabar en Casablanca. No tenía que moverse de allí. El *Richelieu*, mucho más cerca de acabarse, había llegado hasta Dakar. Podía navegar y podía disparar sus cañones de 381 milímetros. Había muchos otros barcos franceses de menor importancia en diversos puertos. Por último, en Tolón había varios buques de guerra fuera de nuestro alcance. La operación «Catapulta» comprendía simultáneamente la toma, el control o la inutilización o la destrucción efectiva de toda la Flota francesa que fuera accesible.

A primeras horas de la mañana del tres de julio, todas las naves francesas fondeadas en Portsmouth y en Plymouth quedaron bajo control británico. La acción fue repentina y necesariamente por sorpresa. Se utilizó una fuerza abrumadora y toda la operación demostró lo fácil que les hubiera resultado a los alemanes apoderarse de cualquier buque de guerra francés que estuviera fondeado en los puertos que ellos controlaban. En Gran Bretaña, el traspaso fue amistoso, salvo en el caso del *Surcouf*, y las tripulaciones bajaron a tierra voluntariamente. En el *Surcouf* murieron dos valientes oficiales y un marinero de primera británicos[38], y otro resultó herido. También murió un marinero francés, pero muchos centenares se unieron a nosotros voluntariamente. El *Surcouf*, tras prestar un servicio distinguido, se hundió el diecinueve de febrero de 1942 con toda su valiente tripulación francesa.

El golpe mortal ocurrió en el Mediterráneo occidental donde, en Gibraltar, el

vicealmirante Somerville, con la «Fuerza H», compuesta por el crucero de combate *Hood*, los acorazados *Valiant* y *Resolution*, el portaaviones *Ark Royal*, dos cruceros y once destructores, recibió las órdenes enviadas desde el Almirantazgo a las 2.25 del uno de julio:

> Prepárese para la «Catapulta» el tres de julio.

Entre los oficiales de Somerville figuraba el capitán Holland, un oficial gallardo y distinguido, que había sido agregado naval en París, muy profrancés y bastante influyente. A primeras horas de la tarde del uno de julio telegrafió el vicealmirante:

> Después de hablar con Holland y otros, impresiona al vicealmirante de la «Fuerza H» su opinión de que conviene evitar el uso de la fuerza a toda costa. Holland considera que una acción ofensiva de nuestra parte ofendería a todos los franceses, estén donde estén.

A lo que respondió el Almirantazgo, a las 18.20:

> Firme intención del gobierno de Su Majestad de que, si los franceses no aceptan ninguna de sus alternativas, deben ser destruidos.

Poco después de medianoche (a la 1.08 del dos de julio), se envió al vicealmirante Somerville un comunicado pensado con mucho cuidado que tenía que transmitirle al almirante francés. La parte crucial decía lo siguiente:

> (a) Únase a nosotros y siga luchando por la victoria contra los alemanes y los italianos.
> (b) Con las tripulaciones reducidas, navegue bajo nuestro control hasta un puerto británico. Las tripulaciones que no sean necesarias se repatriarán lo antes posible.
> Si elige alguna de estas dos alternativas le devolveremos a Francia los barcos al final de la guerra, o pagaremos una indemnización completa si sufren averías.
> (c) De lo contrario, si le parece que está obligado a estipular que no se utilicen sus barcos contra los alemanes o los italianos a menos que éstos violen el armisticio, navegue con nosotros, con las tripulaciones reducidas, hasta algún puerto francés de las Antillas (por ejemplo, Martinica), donde se desmilitaricen a nuestra satisfacción, o tal vez se encomienden a Estados Unidos y permanezcan a salvo hasta el final de la guerra; las tripulaciones se repatriarán.
> Si se niega a aceptar estas ofertas justas, debo exigirle, muy a mi pesar, que hunda sus naves en un plazo de seis horas.
> Por último, en caso de no cumplirse lo anterior, tengo órdenes del gobierno de Su Majestad de utilizar la fuerza necesaria para impedir que sus barcos caigan en poder de Alemania o de Italia.

El vicealmirante zarpó con la luz del día y a eso de las nueve y media se encontraba frente a las costas de Oran. Envió al propio capitán Holland en un destructor para esperar al almirante francés Gensoul. Cuando se negaron a concederle una entrevista, Holland envió por mensajeros el documento mencionado. El almirante Gensoul respondió por escrito que en ningún caso se permitiría que los buques de guerra franceses cayeran intactos en poder de los alemanes o los italianos, y que responderían a la fuerza con la fuerza.

Las negociaciones continuaron durante todo el día. Finalmente, a las 16.15, permitieron que el capitán Holland subiera a bordo del *Dunkerque*, aunque la entrevista posterior con el almirante francés fue gélida. Mientras tanto, el almirante Gensoul había enviado dos mensajes al Almirantazgo francés y a las 15 se reunió el Consejo de Ministros francés para analizar los términos británicos. El general Weygand estuvo presente en esta reunión, y ahora su biógrafo nos cuenta lo que ocurrió, de lo que se deduce que la tercera alternativa, es decir, enviar la flota francesa a las Antillas, no se mencionó nunca. Afirma: «[…] Parecería que el almirante Darían, a propósito o no, conociéndolos o no, no lo sé, *en realidad no nos informó de todos los detalles de la cuestión en ese momento*. Ahora parece que las condiciones del ultimátum británico eran menos duras de lo que nos hicieron creer, y que sugerían una tercera alternativa, mucho más aceptable, es decir, que la flota partiera hacia aguas de las Antillas»[39]. Hasta ahora no se ha visto ninguna explicación de esta fisión, si es que se trató de una omisión[40].

La aflicción del vicealmirante británico y sus oficiales principales nos resultó evidente por los avisos que transmitieron. Tan sólo las órdenes más directas los obligaron a abrir fuego sobre los que hasta hacía poco habían sido sus camaradas. En el Almirantazgo también había una emoción manifiesta, pero esto no debilitó la resolución del gabinete de Guerra. Estuve toda la tarde en la sala del gabinete, manteniendo un contacto frecuente con mis principales colegas y con el Primer Lord y con el Primer Lord del Mar. Se despachó un último aviso a las 18.26:

> Los barcos franceses tienen que cumplir nuestras condiciones, o hundirse ellos mismos, o ser hundidos por ustedes antes de que oscurezca.

Pero la acción ya había comenzado. A las 17.54 el vicealmirante Somerville abrió fuego contra esta poderosa flota francesa, que también estaba protegida por sus baterías costeras. A las 18 horas informó de que estaban en pleno combate. El bombardeo duró alrededor de diez minutos. El acorazado *Bretagne* voló por los aires; el *Dunkerque* encalló; el acorazado *Provence* varó; el *Strasbourg* huyó y, aunque fue atacado por aviones lanzatorpedos desde el *Ark Royal*, llegó a Tolón, al igual que los cruceros procedentes de Argel.

En Alejandría, tras prolongadas negociaciones con el almirante Cunningham, el almirante francés Godefroy aceptó descargar el combustible que tenía, desmontar piezas importantes de los mecanismos de sus cañones y repatriar parte de sus tripulaciones. En Dakar, el ocho de julio, el acorazado *Richelieu* fue atacado por el portaaviones *Hermes* y, con gran valentía, por una motora. El *Richelieu* fue alcanzado por un torpedo aéreo y sufrió graves averías. El portaaviones francés y dos cruceros ligeros quedaron inmovilizados en las Antillas francesas, tras interminables conversaciones, por un acuerdo con Estados Unidos.

El cuatro de julio, informé ampliamente a la cámara de los Comunes de lo que habíamos hecho. Aunque el acorazado *Strasbourg* había huido de Oran y todavía no sabíamos que el *Richelieu* había quedado inutilizado, las medidas que habíamos tomado eliminaron a la Armada francesa de los grandes cálculos de los alemanes Esa tarde hablé durante una hora, o algo más, y ofrecí una versión detallada de todos estos sombríos acontecimientos, tal como yo los conocía. No tengo nada que agregar a lo que le dije entonces al Parlamento y al mundo. Me pareció mejor, en aras de la proporción, acabar con una nota que colocara este lamentable episodio en una directa relación con las dificultades en las que nos encontrábamos. Por tanto, leí en la Cámara la advertencia que, con el consentimiento del gabinete, hice circular el día anterior entre los más allegados al aparato del gobierno:

> En lo que puede ser la víspera de un intento de invasión o de batalla de nuestra patria, el primer ministro desea inculcar a todas las personas que ocupan puestos de responsabilidad en el gobierno, en las Fuerzas Armadas que están combatiendo, o en la Administración pública su deber de mantener un espíritu de energía alerta y confiada. Aunque debemos tomar todas las precauciones que el tiempo y los medios nos permitan, no hay motivos para suponer que puedan llegar a nuestro país, ya sea por aire o por mar, más tropas alemanas que las que puedan destruir o capturar los hombres que prestan servicio en las Fuerzas Armadas. La Fuerza Aérea británica está en excelente estado y es más poderosa que nunca. La Armada alemana nunca ha estado tan débil ni el Ejército británico en el país ha sido tan fuerte como ahora. El primer ministro espera que todos los súbditos de Su Majestad que ocupan puestos destacados den ejemplo de firmeza y decisión. Deberían contener y reprender la manifestación de opiniones infundadas y mal asimiladas en sus círculos o por parte de sus subordinados. No deberían dudar en denunciar o, si fuera necesario, despedir, a las personas, funcionarios u oficiales que comprueben que ejerzan una influencia perturbadora o deprimente y cuya conversación se considere que siembra la alarma y el desaliento. Sólo así serán dignos de los combatientes que, en el aire, en el mar y en tierra ya se han enfrentado al enemigo sin ninguna sensación de inferioridad por su calidad marcial.

La Cámara permaneció en silencio durante mi discurso, pero al final se produjo una escena única en mi propia experiencia. Se diría que todo el mundo se puso en pie, en todas partes, gritando entusiasmados, durante lo que pareció un largo rato. Hasta ese momento, el Partido Conservador me había tratado con cierta reserva mientras que de los escaños laboristas recibía la más cálida acogida cuando entraba a la Cámara o me ponía en pie en ocasiones serias. Pero en ese momento todos manifestaron juntos su solemne y estentóreo acuerdo.

La eliminación de la Armada francesa como factor importante casi de un solo golpe, mediante una acción violenta, produjo una impresión profunda en todos los países. Aquí estaba Gran Bretaña, que para muchos estaba arruinada, y que los extraños suponían temblando y a punto de rendirse ante la potencia que le hacía frente, golpeando sin piedad a sus mejores amigos de antaño y asegurándose durante un tiempo el dominio indiscutible de los mares. Quedó claro que el gabinete de Guerra británico no le temía a nada y que no se detendría ante nada, lo cual era cierto.

El carácter francés ayudó a su pueblo a comprender toda la importancia de Oran y, en su dolor, a obtener renovadas fuerzas y esperanzas de esta nueva amargura. El general De Gaulle, a quien no consulté de antemano, estuvo magnífico y Francia, liberada y restaurada, ha ratificado su conducta. Estoy en deuda con Teitgen, un miembro destacado del movimiento de la Resistencia, nombrado posteriormente ministro de Defensa, por una anécdota que no puedo omitir. En un pueblo cerca de Tolón vivían dos familias de campesinos, cada una de las cuales había perdido a un hijo que era marino por el fuego británico en Oran. Se organizó un funeral al que iban a asistir todos sus vecinos. Las dos familias solicitaron que se depositara sobre el féretro la bandera británica, junto a la tricolor, y sus deseos se cumplieron respetuosamente. Esto es una muestra de la comprensión de la gente sencilla rayana en lo sublime.

Capítulo X

ACORRALADOS

En esos días de verano de 1940, tras la caída de Francia, nos quedamos completamente solos. Ninguno de los dominios británicos, ni la India, ni las colonias podían enviarnos ayuda decisiva, ni enviarnos a tiempo lo que tuvieran. Los ejércitos alemanes, nutridos y victoriosos, totalmente equipados y con la gran reserva de las armas y los arsenales capturados, se preparaban para el ataque final. Italia, con fuerzas numerosas e imponentes, nos había declarado la guerra y se afanaba por lograr nuestra destrucción en el Mediterráneo y en Egipto. En el Lejano Oriente Japón lanzaba miradas inescrutables y, de forma significativa, solicitaba el cierre de la carretera de Birmania a los productos procedentes de China. La Rusia soviética estaba vinculada a la Alemania nazi por su pacto y prestaba una ayuda importante a Hitler en cuanto a materias primas. España, que ya había ocupado la zona internacional de Tánger, podía volverse contra nosotros en cualquier momento y reclamar Gibraltar, o pedir ayuda a los alemanes para atacarlo, o montar baterías para dificultar el paso por el Estrecho. La Francia de Pétain y de Burdeos, que poco después se trasladó a Vichy, podía verse obligada cualquier día a declararnos la guerra. Lo que quedaba en Tolón de la Flota francesa parecía estar en poder alemán. Sin duda, no nos faltaban enemigos.

Después de Oran, a todos los países les quedó claro que el gobierno y la nación británicos estaban decididos a luchar hasta el final. Pero aunque no hubiera ninguna debilidad moral en Gran Bretaña, ¿cómo superar los espantosos hechos físicos? Era sabido que los ejércitos que había en el país casi no tenían más armas que fusiles, y que tendrían que pasar meses antes de que nuestras fábricas pudieran compensar siquiera las municiones perdidas en Dunkerque. No es extraño que el mundo en general estuviera convencido de que nos había llegado la hora.

Cundió la alarma en Estados Unidos y, sin duda, por todos los países libres que quedaban. Los estadounidenses se preguntaron seriamente si era correcto desprenderse de algunos de los recursos que tenían tan limitados para permitirse un sentimiento generoso aunque desesperado. ¿No debían forzar cada nervio y cuidar cada arma para remediar su propia falta de preparación? Se necesitaba un criterio muy seguro para elevarse por encima de estos argumentos convincentes y realistas. La gratitud de la nación británica se debe al noble presidente, a sus excelentes oficiales y a sus importantes asesores que nunca, ni siquiera antes de la llegada de las terceras elecciones presidenciales, perdieron su confianza en nuestra suerte o en nuestra voluntad.

Es posible que inclinara la balanza el carácter optimista e imperturbable de Gran

Bretaña, que yo tenía el honor de manifestar. Aquí teníamos un pueblo, que en los años previos a la guerra había llegado a los límites extremos del pacifismo y la imprevisión, que se había permitido el juego de la política de partidos y que, a pesar de disponer de tan pocas armas, se había introducido alegremente en el centro de las cuestiones europeas, y que ahora tenía que rendir cuentas al mismo tiempo por sus impulsos virtuosos y su falta de preparación. Pero ni siquiera se inmutaban, sino que desafiaban a los conquistadores de Europa. Parecían dispuestos a dejar que su isla quedara hecha un caos antes que rendirse. Esto escribiría una página bonita en la historia, pero había otras historias de este tipo. Atenas había sido conquistada por Esparta. Los cartagineses presentaron una resistencia desesperada ante Roma. No pocas veces, en los anales del pasado, y mucho más en las tragedias jamás registradas u olvidadas hace tiempo, han desaparecido unos estados valientes, orgullosos y tranquilos, e incluso razas enteras, de modo que sólo se conserva su nombre, o ni siquiera se los menciona.

Pocos británicos y muy pocos extranjeros comprendían las peculiares ventajas técnicas de nuestra insularidad; tampoco se supo en general cómo se mantuvieron los aspectos fundamentales de la defensa aérea y, últimamente, de la marítima. Habían pasado casi mil años desde la última vez que se vieron en suelo inglés las hogueras de un campamento extranjero. En el momento culminante de la resistencia británica, todos mantuvieron la calma, satisfechos de jugarse la vida. Que tal era nuestro estado de ánimo lo fueron reconociendo poco a poco nuestros amigos y enemigos en todo el mundo. ¿Qué había detrás de todo esto? Algo que sólo se podía resolver mediante la fuerza bruta.

También había otro aspecto. Uno de nuestros mayores peligros durante el mes de junio consistió en desperdiciar nuestras últimas reservas en una vana resistencia francesa en Francia, y la fuerza de nuestra aviación se agotó paulatinamente mediante sus vuelos o su transferencia al continente. Si Hitler hubiera estado dotado de una sabiduría sobrenatural habría reducido el ataque al frente francés, haciendo quizá una pausa de tres o cuatro semanas después de Dunkerque, en la línea del Sena y, mientras tanto, habría desarrollado sus preparativos para invadir Inglaterra. Así habría tenido una oportunidad decisiva y podría habernos torturado en el atolladero de abandonar a Francia en su agonía o desperdiciar los últimos recursos para nuestra existencia futura. Cuanto más instábamos a Francia a seguir luchando, más obligados estábamos a ayudarla, y más difícil habría sido hacer preparativos para la defensa de Inglaterra y, sobre todo, para mantener en reserva los veinticinco escuadrones de aviones de combate de los que todo dependía. En este punto, no deberíamos haber cedido jamás, aunque la negativa hubiera despertado amargos resentimientos en nuestro aliado y hubiera envenenado todas nuestras relaciones. Incluso fue con cierta sensación de alivio que algunos de nuestros altos mandos se enfrentaron con nuestro

nuevo y tan simplificado problema. Como le dijo el portero de uno de los clubes de las Fuerzas Armadas en Londres a un socio que tenía un aspecto alicaído: «De todos modos, señor, hemos llegado a la final, y se va a jugar en nuestro campo».

Ni siquiera en este momento el Alto Mando alemán subestimó la fuerza de nuestra posición. Ciano cuenta que, cuando fue a ver a Hitler a Berlín, el siete de julio de 1940, mantuvo una larga conversación con el mariscal Von Keitel que, igual que Hitler, le habló del ataque a Inglaterra, repitiéndole que todavía no se había tomado ninguna decisión definitiva. Le parecía posible el desembarco, pero lo consideraba «una operación sumamente difícil, que hay que emprender con la máxima precaución, teniendo en cuenta el hecho de que la información secreta disponible sobre la preparación militar de la isla y sobre las defensas costeras es escasa y no demasiado fiable[41]». Lo que parecía sencillo y también fundamental era un gran ataque aéreo a los aeródromos, las fábricas y los principales centros de comunicación de Gran Bretaña. Sin embargo, había que tener en cuenta que la Fuerza Aérea británica era sumamente eficaz. Keitel calculaba que los británicos disponían de alrededor de mil quinientos aparatos preparados para la defensa y el contraataque. Reconoció que últimamente la acción ofensiva de la Fuerza Aérea británica se había intensificado mucho, que se estaban llevando a cabo misiones de bombardeo con notable precisión y que los grupos de aviones que aparecían llegaban a incluir hasta ochenta aviones por vez. Sin embargo, en Inglaterra había pocos pilotos, y los nuevos no podían reemplazar a los que atacaban las ciudades alemanas porque no estaban entrenados. Keitel insistió también en la necesidad de atacar Gibraltar para destruir el sistema imperial británico. Ni Keitel ni Hitler hicieron ninguna mención a la duración de la guerra. Tan sólo Himmler comentó por casualidad que la guerra debería acabar antes de principios de octubre.

Tal fue el informe de Ciano, que también ofreció a Hitler, con «el ferviente deseo del *duce*», un ejército de diez divisiones y un grupo aéreo de treinta escuadrones para participar en la invasión. Rehusaron el ejército con toda amabilidad; parte de los escuadrones aéreos llegaron pero, como veremos a continuación, no les fue demasiado bien.

El diecinueve de julio Hitler pronunció un discurso triunfal en el Reichstag en el que, tras predecir que yo no tardaría en refugiarme en Canadá, realizó lo que se llamó su oferta de paz. Este gesto fue acompañado, durante los días siguientes, por delegaciones diplomáticas a Suecia, Estados Unidos y el Vaticano. Naturalmente, Hitler se habría quedado muy contento si, después de someter a Europa a su voluntad, hubiese podido acabar la guerra consiguiendo que Gran Bretaña aceptara lo que había

hecho. En realidad, no era una oferta de paz sino un intento de lograr que Gran Bretaña renunciara a todo por lo que había entrado en guerra para mantenerlo.

Lo primero que pensé fue en un debate solemne y formal en las dos cámaras del Parlamento, pero a mis colegas les pareció que esto sería darle demasiada importancia a la cuestión, sobre lo que estuvimos todos de acuerdo. En cambio se decidió que el ministro de Asuntos Exteriores rechazara el gesto de Hitler en una emisión radiofónica. La noche del día veintidós, «dejó de lado» los «llamamientos de Hitler de someterse a su voluntad». Contrastó la imagen que Hitler tenía de Europa con la imagen de la Europa por la que luchábamos y declaró que «no dejaremos de luchar hasta asegurar la libertad». En realidad, el rechazo a toda idea de una negociación ya había aparecido en la prensa británica y en la BBC, sin que el gobierno de Su Majestad hiciera nada al respecto, en cuanto se escuchó por radio el discurso de Hitler.

Ciano hace constar en su diario que «la noche del día diecinueve, al conocerse la frialdad de la primera reacción británica ante el discurso, se extendió entre los alemanes una sensación de desilusión mal disimulada». A Hitler «le gustaría llegar a un acuerdo con Gran Bretaña. Él sabe que la guerra con los británicos será dura y sangrienta, y sabe también que en todas partes la gente está en contra de los derramamientos de sangre». Mussolini, por el contrario, «teme que los ingleses encuentren en el discurso demasiado ingenioso de Hitler un pretexto para iniciar las negociaciones». Señala Ciano que «eso sería una lástima para Mussolini que, ahora más que nunca, quiere la guerra»[42]. No hacía falta que se preocupara: tendría toda la guerra que quisiera.

A finales de junio, los jefes del Estado Mayor, a través del general Ismay, me sugirieron en el Gabinete que recorriera los sectores amenazados de la costa oriental y meridional. Por tanto, dedicaba un día o dos todas las semanas a esta tarea agradable, durmiendo en mi tren cuando hacía falta, donde disponía de todo lo necesario para continuar con mi trabajo habitual y estaba en contacto permanente con el gobierno británico. Inspeccioné el Tyne y el Humber y muchos lugares de desembarco posibles. La División canadiense hizo unas maniobras para mí en Kent. Examiné las defensas que había hacia tierra en Harwich y en Dover. En una de mis primeras visitas, fui a ver la 3.ª División, al mando del general Montgomery, a quien no conocía. Me acompañó mi esposa. La 3.ª División estaba estacionada cerca de Brighton, había recibido la máxima prioridad para el reequipamiento y estuvo a punto de partir hacia Francia cuando finalizó la resistencia francesa. El cuartel general del general Montgomery quedaba cerca de Steyning, y me enseñó una pequeña maniobra cuya característica principal era un movimiento de flanqueo de los carros blindados

Bren-carrier, de los que hasta ese momento sólo había podido reunir siete u ocho. Después fuimos juntos en coche por la costa, pasando por Shoreham y Hove, hasta llegar al conocido frente de Brighton, de donde conservaba tantos recuerdos escolares. Cenamos en el hotel Royal Albion, situado frente al final del muelle. El hotel estaba vacío, ya que se habían producido bastantes evacuaciones, aunque todavía quedaban unas cuantas personas tomando el aire en las playas o el paseo. Me divirtió ver a un pelotón de granaderos preparando un nido de ametralladoras con sacos terreros en uno de los quioscos del muelle, como aquellos en los que tanto había admirado durante mi infancia las gracias de las pulgas. El clima era estupendo, tuve unas conversaciones muy agradables con el general y disfruté mucho de mi excursión.

A mediados de julio, el secretario de Estado de Guerra recomendó al general Brooke para reemplazar al general Ironside al mando de nuestras Fuerzas Nacionales. El diecinueve de julio, en el transcurso de mi inspección continuada de los sectores que podían ser invadidos, fui al Mando Septentrional. Me enseñaron un tipo de maniobra táctica en la que no podían participar menos de doce carros de combate. Toda la tarde estuve dando vueltas con el general Brooke, que estaba al mando de este frente. Tenía unos antecedentes excelentes. No sólo había luchado en la decisiva batalla del flanco cerca de Ypres, durante la evacuación a Dunkerque, sino que se había desempeñado con singular firmeza y habilidad, en circunstancias de una dificultad y una confusión inimaginables, cuando estuvo al mando de las nuevas fuerzas que enviamos a Francia durante las tres primeras semanas de junio. También tenía un vínculo personal con Alan Brooke a través de sus dos valientes hermanos, los amigos de mis primeros tiempos de vida militar.

Estas relaciones y estos recuerdos no determinaron mi opinión sobre las graves cuestiones de la selección, pero supusieron una base personal sobre la que se mantuvo y maduró mi relación con Alan Brooke durante toda la guerra de forma ininterrumpida. Pasamos juntos cuatro horas en el coche, en esta tarde de julio de 1940, y parecíamos coincidir sobre los métodos de la defensa local. Tras efectuar las consultas necesarias con otras personas, aprobé la propuesta del secretario de Estado de Guerra de poner a Brooke al frente de las Fuerzas Nacionales para suceder al general Ironside. Éste aceptó su retiro con la dignidad marcial que caracterizó sus actos en todo momento.

Durante el año y medio que duró la amenaza de invasión, Brooke organizó y comandó las Fuerzas Nacionales y después, cuando llegó a ser jefe del Estado Mayor del Imperio, seguimos juntos durante tres años y medio hasta alcanzar la victoria. A continuación voy a comentar las ventajas que obtuve de sus consejos en los cambios decisivos de mando en Egipto y en Oriente Próximo en agosto de 1942, y también la gran desilusión que tuve que infligirle con respecto al mando de la operación

«Overlord», para realizar la invasión al otro lado del canal en 1944. Todo el tiempo que ejerció la presidencia del comité de jefes del Estado Mayor, durante la mayor parte de la guerra, y su trabajo como jefe del Estado Mayor del Imperio le permitieron prestar servicios de la máxima importancia, no sólo al imperio británico sino también a la causa aliada. En este relato expondré las ocasionales diferencias que surgieron entre nosotros, pero también el alto grado de acuerdo, y daré testimonio de una amistad que valoro mucho.

Durante el mismo mes de julio cruzaron el Atlántico sin problemas gran cantidades de armas procedentes de Estados Unidos. Al acercarse los barcos a nuestras costas, cargados de armas inestimables, unos trenes especiales los esperaban en todos los puertos para recibir la carga. En cada condado, en cada pueblo, en cada aldea, la Guardia nacional pasaba toda la noche en vela para recibirlos. Hombres y mujeres trabajaron día y noche para ponerlos en condiciones de uso. A finales de julio éramos una nación armada en lo que respecta a paracaidistas o unidades aerotransportadas. Nos habíamos convertido en un «avispero». De todos modos, si teníamos que caer combatiendo (aunque lo dudaba), muchos de nuestros hombres y algunas mujeres tenían armas en la mano. La llegada de la primera remesa de medio millón de fusiles 300 para la Guardia nacional (aunque con sólo alrededor de cincuenta cartuchos para cada uno, de los que sólo nos atrevimos a entregar diez, porque todavía ninguna fábrica se había puesto a producirlos) nos permitió transferir trescientos mil fusiles 303 de tipo británico a las formaciones del Ejército regular, que crecían rápidamente.

Algunos expertos muy exigentes miraban con desprecio los cañones del setenta y cinco, con sus mil balas cada uno. No había vehículos para transportarlos, ni ningún método inmediato para conseguir más municiones. La mezcla de calibres complica las operaciones, pero me negué a aceptar este tipo de planteamientos y, durante todo 1940 y 1941, estos novecientos cañones del setenta y cinco constituyeron un añadido considerable a nuestra fuerza militar para la defensa interior. Se inventaron artilugios y se entrenaron hombres para subirlos a los camiones por medio de tablas para poder transportarlos. Cuando uno lucha por su vida, cualquier cañón es mejor que ninguno y el setenta y cinco francés, aunque haya sido superado por el cañón británico de 25 libras y por el obús de campaña alemán, seguía siendo un arma espléndida.

Como julio y agosto transcurrieron sin ningún desastre nos tranquilizamos, sintiéndonos cada vez más seguros de que podríamos presentar una lucha larga y dura. Fuimos ganando en fuerza día a día. Toda la población trabajó hasta el límite de sus fuerzas y se sentía satisfecha cuando se iban a dormir después de su gran esfuerzo o de su vigilia, con la creciente sensación de que llegaríamos a tiempo y de que ganaríamos. En todas las playas había defensas de diversos tipos. Todo el país estaba

organizado en localidades defensivas. Las fábricas producían grandes cantidades de armas. A finales de agosto, ¡teníamos más de doscientos cincuenta carros de combate nuevos! Se habían recogido los frutos del «acto de fe» estadounidense. Todo el Ejército británico profesional y sus camaradas territoriales hacían instrucción y maniobras de la mañana a la noche y estaban deseando enfrentarse al enemigo. La Guardia nacional superó el millón de personas y, cuando faltaban fusiles, no dudaban en echar mano a la escopeta, el fusil de caza, la pistola particular o, cuando no había armas de fuego, a picas y garrotes. No había una quinta columna en Gran Bretaña, aunque se detectaron unos cuantos espías que fueron interrogados cuidadosamente. Los escasos comunistas que había trataban de pasar inadvertidos. Todos los demás dieron todo lo que podían dar.

Cuando Ribbentrop estuvo en Roma en septiembre le dijo a Ciano: «No existe ninguna defensa territorial inglesa. Bastaría una sola división alemana para que todo se desmoronase». Lo que sólo demuestra su ignorancia. Sin embargo, muchas veces me he preguntado qué habría ocurrido si realmente se hubieran presentado en la costa doscientos mil soldados alemanes. La masacre habría sido desastrosa por ambos bandos, porque no habría habido clemencia ni cuartel. Ellos hubieran recurrido al terror y nosotros estábamos dispuestos a llegar hasta el final. Tenía pensado usar el eslogan: «No deje de llevarse a uno consigo». Incluso calculé que los horrores de una situación semejante en última instancia habrían inclinado la balanza en Estados Unidos. Pero no se puso a prueba ninguna de estas emociones. A lo lejos, en las aguas grises del mar del Norte y el canal de la Mancha, patrullaban las flotillas leales y entusiastas escudriñando en la noche. En las alturas volaban los pilotos de los cazas, o esperaban serenos cerca de sus excelentes aparatos para levantar vuelo en un santiamén. Era una época en la que era igual de bueno vivir que morir.

El poderío naval, cuando se entiende bien, es algo maravilloso. Resulta casi imposible trasladar un ejército sobre agua salada frente a flotas o flotillas superiores. El vapor había aumentado considerablemente la capacidad de la Armada para defender Gran Bretaña. En tiempos de Napoleón, el mismo viento que ayudaba a sus barcos de fondo plano a cruzar el canal desde Boulogne dispersaba nuestras escuadras que intentaban bloquearlos. Pero todo lo que había ocurrido desde entonces había magnificado la capacidad de una marina de guerra superior para destruir al invasor en tránsito. Toda la complicación que los aparatos modernos habían aportado a los ejércitos volvía más pesado y peligroso su viaje, y las dificultades para mantenerlos cuando desembarcaban eran probablemente insuperables. En esa primera crisis, para fortuna de nuestra isla, teníamos un poder naval superior que resultó ser muy amplio. El enemigo no fue capaz de ganarnos ninguna batalla naval importante. No podía hacer frente a nuestras fuerzas de crucero. En flotillas y embarcaciones

ligeras lo superábamos diez veces. Había que tener en cuenta, además, los incalculables riesgos meteorológicos, sobre todo la niebla. Pero aunque éstos fueran adversos y se realizaran ataques en uno o más puntos, faltaba por resolver el problema de mantener una línea de comunicaciones hostil y de abastecer los lugares de alojamiento. Tal fue la situación en la primera guerra mundial.

Pero ahora había que tener en cuenta a la aviación. ¿Qué consecuencias había tenido este avance fundamental en el problema de la invasión? Evidentemente, si el enemigo podía dominar el estrecho mar, a ambos lados del paso de Calais, con una potencia aérea superior, las pérdidas que sufrieran nuestras flotillas serían muy duras e incluso podían llegar a ser fatales. A menos que se tratara de una ocasión suprema, nadie querría introducir grandes acorazados o cruceros en aguas dominadas por los bombarderos alemanes. De hecho, no estacionamos ningún buque importante al sur del Forth ni al este de Plymouth. Pero desde Harwich, el Nore, Dover, Portsmouth y Portland manteníamos una incansable patrulla de vigilancia, compuesta por naves de combate ligeras que aumentaban constantemente en número. En septiembre superaban las ochocientas; sólo una potencia aérea enemiga podría acabar con ellas y, de todos modos, únicamente de forma paulatina.

Pero ¿quién tenía el dominio del espacio aéreo? En la batalla de Francia nos enfrentamos a los alemanes en una proporción de dos y tres a uno, y les infligimos pérdidas en una proporción similar. Sobre Dunkerque, donde teníamos que mantener una vigilancia constante para cubrir la salida del Ejército, la proporción fue de cuatro o cinco a uno y no nos fue mal. Sobre nuestras propias aguas y nuestras costas y condados indefensos, el teniente general Dowding preveía un combate ventajoso en una proporción de siete u ocho a uno. La potencia de la Fuerza Aérea alemana en ese momento, en su totalidad, por lo que sabíamos (y estábamos bien informados), y dejando aparte determinadas concentraciones, era de tres a uno aproximadamente. A pesar de que nos encontrábamos en evidente desventaja para luchar contra el esforzado y eficiente enemigo alemán, yo estaba convencido de que, en nuestro propio espacio aéreo, sobre nuestro propio país y sus aguas, podíamos vencer a la Fuerza Aérea alemana. Si esto resultaba cierto, nuestra potencia naval seguiría dominando los mares y los océanos y destruiría a todos los enemigos que pusieran rumbo hacia nosotros.

Claro que había un tercer factor potencial. Los alemanes, con su famosa meticulosidad y previsión, ¿habrían preparado en secreto una gran armada con naves de desembarco especiales, que no necesitasen ni puertos ni muelles, que fuesen capaces de desembarcar carros de combate, cañones y vehículos motorizados en cualquier lugar de las playas y que, después, pudieran abastecer a las tropas de desembarco? Como se ha demostrado, estas ideas se me habían ocurrido hacía mucho tiempo, en 1917, y en ese momento se estaban desarrollando como consecuencia de

mis indicaciones. No obstante, no teníamos motivo alguno para suponer que en Alemania existiera nada de este tipo aunque, al calcular los riesgos, siempre es mejor no excluir lo peor. Nos costó cuatro años de intensos esfuerzos y experimentos y una ayuda material impresionante por parte de Estados Unidos aportar ese equipo en cantidad adecuada para el desembarco en Normandía. A los alemanes les habría bastado, en ese momento, con mucho menos. Pero sólo tenían unos cuantos transbordadores.

De modo que para invadir Inglaterra en el verano y el otoño de 1940 Alemania necesitaba la superioridad naval local, la superioridad aérea y muchas flotas especiales y lanchas de desembarco. Pero nosotros teníamos la superioridad naval, nosotros teníamos el dominio del aire y, por último, creíamos (y ahora sabemos que no nos equivocábamos) que ellos no habían construido ni concebido ninguna nave especial. Éstas eran las bases de lo que yo pensaba sobre la invasión en 1940. En julio aumentaron las conversaciones y la preocupación sobre el asunto, tanto en el seno del gobierno británico como fuera. A pesar de los incesantes reconocimientos y de todas las ventajas de la fotografía aérea, todavía no nos había llegado ninguna prueba de que hubiera grandes concentraciones de transportes en el Báltico ni en los puertos del Rin o el Escalda, y estábamos seguros de que no se habían producido movimientos ni de barcos ni de lanchas autopropulsadas a través del Estrecho para entrar en el canal. Sin embargo, los preparativos para resistir una invasión eran la máxima misión que teníamos por delante, en la que pensábamos intensamente en nuestro círculo de guerra y en el mando nacional.

Como voy a explicar a continuación, el plan alemán consistía en invadir desde el otro lado del canal de la Mancha con embarcaciones medianas (de cuatro mil a cinco mil toneladas) y pequeñas, y ahora sabemos que nunca esperaron ni pretendieron desplazar un ejército desde los puertos del mar Báltico y el mar del Norte en grandes transportes, ni mucho menos hicieron planes para una invasión desde los puertos del golfo de Vizcaya. Esto no significa que al escoger la costa meridional como objetivo ellos acertaran y nosotros nos equivocáramos. Una invasión que comenzara en la costa oriental era, de lejos, mucho más formidable si el enemigo hubiera tenido los medios para realizarla. Evidentemente, no se podía realizar una invasión de la costa meridional a menos o hasta que los barcos necesarios atravesaran el paso de Calais y se reunieran en los puertos franceses del canal de la Mancha, de lo que, durante el mes de julio, no hubo ningún indicio.

De todos modos, teníamos que estar preparados para todas las variantes y sin embargo, al mismo tiempo, evitar la dispersión de nuestras fuerzas móviles y acumular reservas. Este problema sutil y difícil sólo se podía resolver en relación con las noticias y los acontecimientos de una semana a otra. La costa británica, recortada por innumerables ensenadas, tiene más de tres mil doscientos kilómetros de largo, sin

contar Irlanda. La única forma de defender un perímetro tan vasto, del que se puede atacar cualquier parte o partes de forma simultánea o sucesiva, es mediante líneas de observación y resistencia en torno a la costa o las fronteras a fin de retrasar al enemigo y, mientras tanto, crear las mayores reservas posibles de tropas móviles muy bien preparadas, dispuestas para alcanzar el punto atacado lo más rápidamente posible a fin de lanzar un poderoso contraataque. Cuando en las últimas etapas de la guerra Hitler se vio rodeado y enfrentado a un problema similar, cometió, como veremos más adelante, el peor error posible. Había creado una telaraña de comunicaciones, pero se *olvidó de la araña*. Como teníamos muy presente el ejemplo de las precarias órdenes francesas que tuvieron resultados tan fatales, no olvidamos la «masa de maniobra»; y no paré de inculcar esta política todo lo que nos permitían nuestros crecientes recursos.

Mis opiniones coincidían en general con las del Almirantazgo, y el doce de julio el almirante Pound me envió un comunicado completo y detallado que había redactado junto con el Estado Mayor de la Armada de acuerdo con aquéllas. Naturalmente, como correspondía, se explicaban de forma convincente los peligros que teníamos que correr. Pero en su resumen decía el almirante Pound que *«parece probable que puedan llegar a nuestras costas alrededor de cien mil hombres sin que los intercepten las fuerzas navales* […] si bien parece prácticamente imposible que puedan mantener su línea de suministros a menos que la Fuerza Aérea alemana supere tanto a nuestra Fuerza Aérea como a nuestra Armada. […] Si el enemigo emprendiera esta operación lo haría con la esperanza de atacar Londres rápidamente instalándose en el país mientras tanto, para obligar al gobierno a capitular». Este cálculo me dejó satisfecho.

Pero en agosto la situación comenzó a cambiar de forma decisiva. Nuestro excelente servicio secreto confirmó que Hitler había dado órdenes definitivas para la operación «León marino», que se estaba preparando activamente. Seguro que iba a intentarlo. Además, el frente que atacarían no tenía nada que ver ni era nada *adicional a* la costa oriental, en la que los jefes del Estado Mayor, el Almirantazgo y yo, totalmente de acuerdo, poníamos mayor énfasis. Gran cantidad de barcazas y motoras autopropulsadas comenzaron a atravesar por la noche el paso de Calais, deslizándose a lo largo de la costa francesa y congregándose poco a poco en todos los puertos del canal de la Mancha, desde Calais hasta Brest. Nuestras fotografías diarias mostraban este desplazamiento con precisión. No habíamos podido volver a colocar nuestros campos de minas cerca de la costa francesa. De inmediato comenzamos a atacar los barcos en tránsito con nuestras embarcaciones pequeñas y el Mando de Bombarderos se concentró en la nueva serie de puertos de donde partiría la invasión. Al mismo tiempo, nos llegaba mucha información sobre la reunión de un Ejército o ejércitos de invasión alemanes a lo largo de este tramo de costa enemiga, de

desplazamientos en las líneas férreas y de grandes concentraciones en el paso de Calais y en Normandía. Aparecieron gran cantidad de poderosas baterías de largo alcance en toda la costa francesa del canal de la Mancha.

En respuesta a la nueva amenaza, comenzamos a cambiar el peso de una pierna a la otra y a mejorar todas nuestras facilidades para trasladar nuestras reservas, cada vez más móviles, hacia el frente meridional. Nuestras fuerzas aumentaban constantemente en cantidad, eficacia, movilidad y equipamiento y, en la segunda quincena de septiembre, pudimos poner en marcha en la costa meridional dieciséis divisiones de alta calidad, tres de las cuales eran divisiones blindadas o su equivalente en brigadas; todas se sumaban a la defensa costera local y podían entrar en acción a gran velocidad contra cualquier desembarco. Esto nos proporcionaba un puñetazo, o una serie de puñetazos que el general Brooke estaba preparado para dar cuando fuera necesario; y nadie más capaz que él.

Mientras tanto, no podíamos tener ninguna seguridad de que las ensenadas y las desembocaduras de los ríos desde Calais hasta Terschelling y Helgoland, con la multitud de islas que hay frente a las costas de los Países Bajos y Alemania (el «acertijo de las arenas» de la guerra anterior) no ocultaran más fuerzas enemigas con barcos pequeños o de tamaño medio. Parecía inminente un ataque desde Harwich hasta Portsmouth, Portland o incluso Plymouth centrándose en el promontorio de Kent. No teníamos más que pruebas en contrario de que estuviera preparándose una tercera oleada invasora, sincronizada con las demás, lanzada desde el Báltico pasando por el Skagerrak, en grandes barcos. Esto resultaba fundamental para el triunfo alemán porque era la única forma de enviar armas pesadas a los ejércitos desembarcados o de establecer grandes depósitos de suministros.

Entonces comenzó un período de extrema tensión y vigilancia. Evidentemente, durante todo este tiempo tuvimos que mantener bastantes fuerzas al norte del Wash hasta Cromarty, y se mejoraron las medidas para disponer de ellas en caso de que el asalto se declarara decididamente en el sur. El intrincado sistema ferroviario de la isla y el hecho de que siguiéramos dominando el espacio aéreo nos habría permitido trasladar sin duda cuatro o cinco divisiones más para reforzar la defensa meridional, si era necesario, cuatro, cinco y seis días después de que se completara todo el esfuerzo del enemigo.

Se realizó un cuidadoso estudio sobre la luna y las mareas. Pensamos que el enemigo preferiría cruzar por la noche y desembarcar al amanecer; ahora sabemos que el mando del Ejército alemán pensó lo mismo. También les convenía una media luna durante el cruce para mantener la formación y divisar bien la tierra. Calculándolo todo con precisión, el Almirantazgo pensó que las condiciones más favorables para el enemigo se producirían entre el quince y el treinta de septiembre.

Ahora sabemos que aquí también coincidimos con nuestros enemigos. Teníamos muy pocas dudas sobre nuestra capacidad para destruir todo lo que desembarcara sobre el promontorio de Dover o en el sector de la costa entre Dover y Portsmouth, o incluso Portland. Como todos nuestros máximos pensamientos se movían juntos en armonioso y detallado acuerdo, a uno no podía menos que gustarle el panorama que se presentaba cada vez con mayor claridad. Era posible que ésta fuera nuestra oportunidad de asestarle un golpe al poderoso enemigo que resonaría en todo el mundo. Uno no podía evitar sentirse excitado interiormente a la vez por el ambiente y por la evidencia de la intención de Hitler que nos iba llegando. De hecho, había algunos que, por motivos puramente técnicos y por el efecto que tendrían la derrota y la destrucción total de esta expedición sobre la guerra en general, estaban satisfechos de que lo intentara.

En julio y agosto reafirmamos nuestra supremacía sobre el espacio aéreo en Gran Bretaña; teníamos poder y dominio sobre todo en los condados del sureste. Toda la zona estaba surcada por extensos e intrincados sistemas de fortificaciones, lugares defendidos, obstáculos anticarro, blocaos, fortines y construcciones similares. La línea costera estaba plagada de defensas y baterías, y a costa de sufrir más pérdidas por la disminución de las escoltas en el Atlántico y también por las nuevas construcciones que entraban en servicio, las flotillas crecieron sustancialmente en cantidad y calidad. Llevamos a Plymouth al acorazado *Revenge*, al *Centurión*, que era el viejo falso acorazado que servía como blanco, y a un crucero. La flota nacional se encontraba en su momento de máxima potencia y podía operar sin arriesgarse demasiado hasta el Humber, e incluso hasta el Wash. Por tanto, en todos los aspectos estábamos completamente preparados.

Por último, no estábamos lejos de los vendavales equinocciales habituales en octubre. Era evidente que Hitler atacaría en el mes de septiembre, si se atrevía, y las mareas y las fases de la luna eran favorables a mediados de ese mes.

Es el momento de pasar al otro campo, para hablar de los preparativos y los planes del enemigo como los conocemos ahora.

Capítulo XI

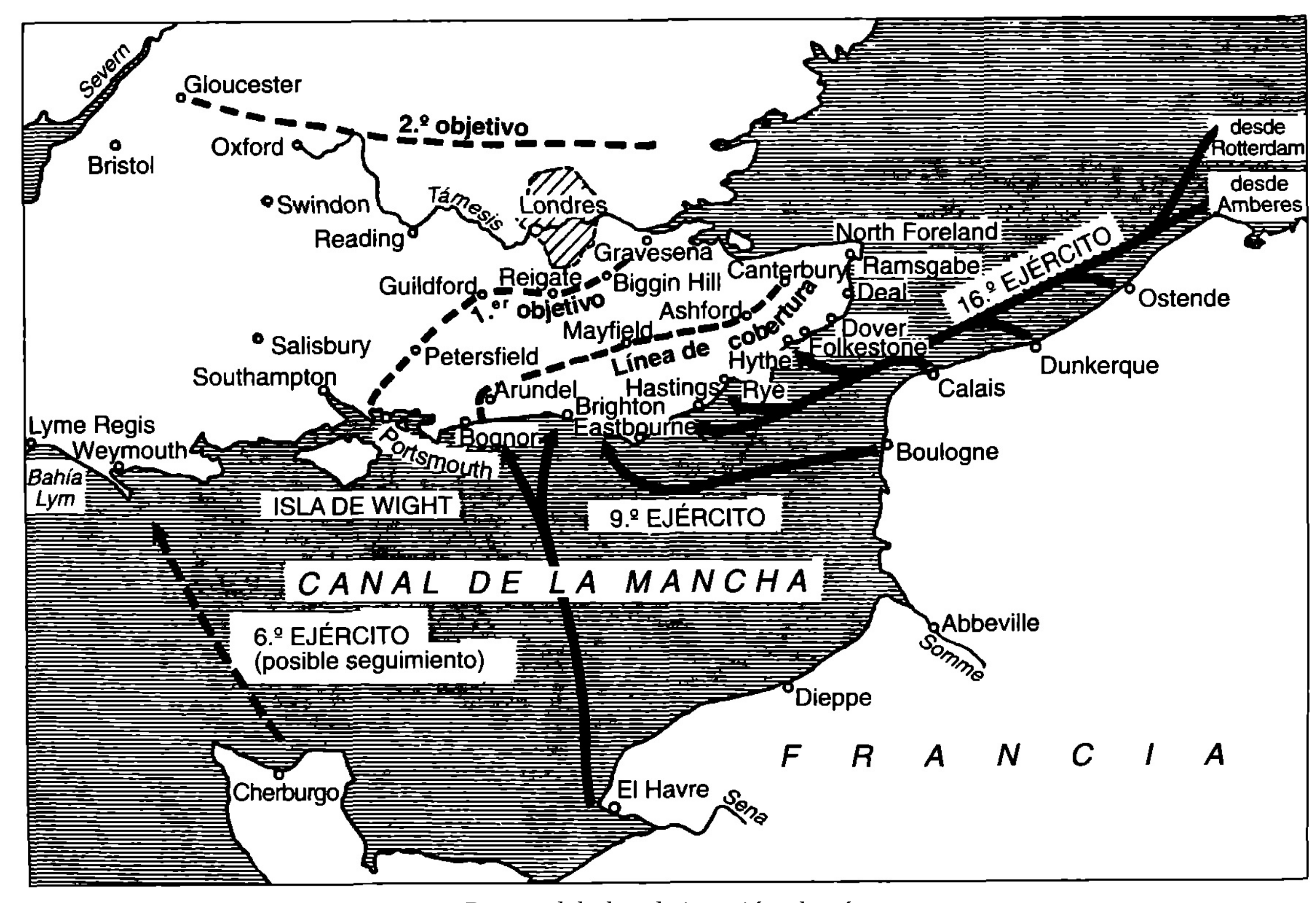
LA OPERACIÓN «LEÓN MARINO»

Poco después de que comenzara la guerra el tres de septiembre de 1939 el Almirantazgo alemán, como sabemos por los archivos que se les han capturado, encargó al Estado Mayor un estudio sobre la invasión de Gran Bretaña. A diferencia de nosotros, ellos no tenían ninguna duda de que la única vía era a través de la parte estrecha del canal de la Mancha y nunca se plantearon otra alternativa. De haberlo sabido, habría sido un alivio para nosotros. Una invasión a través del canal conducía a la parte de nuestra costa que estaba mejor defendida, el antiguo frente marino contra Francia, donde todos los puertos estaban fortificados y donde estaban situadas las principales bases de nuestra flotilla y, últimamente, la mayoría de nuestros aeródromos y estaciones de control aéreo para la defensa de Londres. En ninguna otra parte de la isla podíamos intervenir con mayor rapidez o con tanta fuerza con las tres armas. El almirante Raeder tenía mucho interés en que no lo apartaran en caso de que se propusiera a la Armada alemana la invasión de Gran Bretaña. Al mismo tiempo, pidió muchas condiciones, la primera de las cuales era el control absoluto de las costas, los puertos y las desembocaduras de los ríos franceses, belgas y holandeses. Por eso, el proyecto se adormeció durante la guerra sombría.

De pronto, todas estas condiciones se cumplieron y seguramente con algo de recelo pero también con satisfacción se presentó ante el *führer* con un plan, el día después de Dunkerque y la rendición francesa. El veintiuno de mayo y otra vez el veinte de junio habló con Hitler sobre el asunto, pero no con la intención de proponer una invasión sino para asegurarse de que, si se diera la orden, no se precipitara la planificación detallada. Hitler se mostró escéptico, diciendo que «comprendía perfectamente las dificultades excepcionales de semejante empresa». Además, abrigaba la esperanza de que Inglaterra hiciera un llamamiento a la paz. Hasta la última semana de junio el Cuartel General Superior no volvió a plantearse la idea, y sólo el dos de julio se dio la primera directriz para planificar la invasión de Gran Bretaña como un acontecimiento posible. «El *führer* ha decidido que, en determinadas circunstancias, de las cuales la más importante es lograr la superioridad aérea, puede darse el desembarco en Inglaterra». El dieciséis de julio Hitler publicó su directriz: «Puesto que Inglaterra, a pesar de su desesperada situación militar, no da señales de llegar a un acuerdo, he decidido preparar una operación de desembarco contra Inglaterra y, si fuese necesario, llevarla a cabo. […] Los preparativos para toda la operación deberán estar acabados a mediados de agosto». Ya se habían tomado medidas en todo sentido.

El plan de la Armada alemana era fundamentalmente mecánico. Con la cobertura de las baterías de cañones pesados disparando desde Gris Nez hacia Dover y una protección muy fuerte de la artillería a lo largo de la costa francesa en el paso de Calais, se proponían establecer un estrecho corredor a través del canal de la Mancha siguiendo la línea más corta y cómoda, y protegerlo con campos de minas a ambos lados y con submarinos en la periferia. Por este corredor transportarían el Ejército y le proporcionarían suministros en gran cantidad de oleadas sucesivas. Ésa era la misión de la Armada y a partir de entonces el problema quedaba en manos de los jefes del Ejército alemán.

Teniendo en cuenta que nosotros, con nuestra abrumadora superioridad naval, podíamos destrozar esos campos de minas con embarcaciones pequeñas, protegidas desde el aire, y también destruir la docena o la veintena de submarinos que se concentraran para protegerlos, esta propuesta resultaba endeble desde el primer momento. Sin embargo, tras la caída de Francia, era obvio que la única manera de evitar una guerra prolongada, con todo lo que ello suponía, era poner a Gran Bretaña de rodillas. La propia Armada alemana había sufrido, ya lo hemos dicho, un serio revés en la lucha frente a las costas noruegas y, en su estado de debilidad, no podía ofrecer más que un pequeño apoyo al Ejército. De todos modos, ellos tenían un plan y no se puede decir que los hubieran pillado desprevenidos por casualidad.



Boceto del plan de invasión alemán

Desde el primer momento, el Mando del Ejército alemán se había planteado la invasión de Inglaterra con bastantes dudas. No habían hecho planes ni preparativos ni se habían entrenado. A medida que se fueron sucediendo las semanas de victorias prodigiosas y fantásticas, se fueron envalentonando. La responsabilidad de cruzar a salvo no correspondía a su departamento y, una vez desembarcados con toda su fuerza, pensaban que estarían capacitados para llevar a cabo su misión. De hecho, ya en agosto, el almirante Raeder consideró necesario llamarles la atención sobre los peligros de la travesía, durante la que se podían perder la totalidad de las fuerzas del Ejército empleadas. Cuando le endosaron a la Armada la responsabilidad de trasladar el Ejército al otro lado del canal, el Almirantazgo alemán adoptó una actitud muy pesimista.

El veintiuno de julio los jefes de las tres armas se reunieron con el *führer*, que les informó de que ya se había alcanzado la etapa decisiva de la guerra, aunque Inglaterra todavía no se había dado cuenta y seguía esperando que su suerte cambiara. Habló sobre el apoyo a Inglaterra por parte de Estados Unidos y sobre un posible cambio en las relaciones políticas de Alemania con la Rusia soviética. La ejecución del «León marino», dijo, debía considerarse el medio más eficaz de alcanzar rápidamente el final de la guerra. Después de sus largas conversaciones con el almirante Raeder, Hitler había comenzado a darse cuenta de lo que suponía el cruce del canal, con sus mareas y sus corrientes, y todos los misterios del mar. Describió la operación «León marino» como «una empresa excepcionalmente osada y temeraria». «Aunque la travesía sea corta, no se trata simplemente de cruzar un río, sino un mar dominado por el enemigo. No se trata de cruzar una sola vez, como en Noruega; no podemos esperar pillarlos por sorpresa; nos enfrentamos con *un enemigo totalmente decidido* y preparado para la defensa, que domina el espacio marítimo que debemos atravesar. Para la operación del Ejército harán falta cuarenta divisiones. La parte más difícil serán los refuerzos materiales y las provisiones. No podemos contar con disponer en Inglaterra de ningún tipo de suministros». Los requisitos previos eran el total dominio del aire, el uso operativo de una artillería poderosa en el paso de Calais y la protección mediante campos de minas. Dijo también que «la época del año es un factor importante, ya que, durante la segunda mitad de septiembre, en el mar del Norte y en el canal de la Mancha el clima es muy malo, y las nieblas comienzan a mediados de octubre. Por tanto, la operación principal tiene que estar acabada antes del quince de septiembre porque, después de esa fecha, ya no se puede contar con que la Luftwaffe coopere con las armas pesadas. Pero como la cooperación aérea es decisiva, hay que tomarla como el factor principal para establecer la fecha».

Surgió en los estados mayores alemanes una vehemente controversia, en la que hubo no poca aspereza, sobre la amplitud del frente y la cantidad de puntos que había que atacar. El Ejército exigía una serie de desembarcos a lo largo de toda la costa

meridional inglesa, desde Dover hasta Lyme Regis, al oeste de Portland, y también querían un desembarco secundario al norte de Dover, en Ramsgate. El Estado Mayor de la Armada alemana declaró entonces que la zona más adecuada para atravesar el canal de la Mancha quedaba entre North Foreland y el extremo occidental de la isla de Wight. A partir de allí, el Estado Mayor del Ejército elaboró un plan para el desembarco de cien mil hombres, seguidos casi de inmediato por ciento sesenta mil más, en diversos puntos, desde Dover hacia el oeste, hasta la bahía Lym. El general Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército alemán, declaró que era necesario desembarcar por lo menos cuatro divisiones en la zona de Brighton. También requirió desembarcos en la zona comprendida entre Deal y Ramsgate; por lo menos había que desplegar trece divisiones, en la medida de lo posible de forma simultánea, en puntos de todo el frente. Además, la Luftwaffe necesitaba medios para transportar cincuenta y dos baterías antiaéreas con la primera oleada.

Sin embargo, el jefe del Estado Mayor de la Armada aclaró que no era posible un movimiento tan amplio ni tan rápido. Dijo que físicamente no podía comprometerse a escoltar una flota de desembarco en toda la extensión de la zona mencionada. Lo que él pretendía era que, dentro de esos límites, el Ejército escogiera el mejor lugar. La Armada no tenía fuerza suficiente, a pesar de la supremacía aérea, para proteger más de un cruce por vez, y les parecía que lo más fácil era la parte más estrecha del paso de Calais. Para transportar la totalidad de los ciento sesenta mil hombres de la segunda oleada junto con su equipo en una sola operación harían falta embarcaciones que sumaran dos millones de toneladas. Por más que se pudieran cumplir estos requisitos fantásticos, una flota de tal envergadura no cabría en la zona de embarque. Sólo se podrían transportar los primeros escalones para la formación de estrechas cabezas de puente, y harían falta por lo menos dos días para desembarcar los segundos escalones de estas divisiones, por no mencionar las otras seis divisiones que se consideraban indispensables. Señaló además que hacer un desembarco en un frente extenso supondría de tres a cinco horas y media de diferencia entre los horarios de pleamar de los diversos puntos seleccionados, con lo que habría que aceptar condiciones adversas de las mareas en algunos momentos o renunciar a los desembarcos simultáneos. Debió de ser muy difícil responder a esta objeción.

Se perdió un tiempo valioso en este intercambio de memorandos. Hasta el siete de agosto no se celebró la primera conversación entre el general Halder y el jefe del Estado Mayor de la Armada. En esta reunión, Halder dijo: «Rechazo absolutamente las propuestas de la Armada que, desde el punto de vista del Ejército, son un suicidio absoluto. Sería como pasar las tropas que acaban de desembarcar por una máquina de fabricar salchichas». El jefe del Estado Mayor de la Armada replicó que él se oponía por su parte al desembarco en un frente extenso que sólo conduciría al sacrificio de

las tropas durante la travesía. Al final, Hitler propuso una solución de compromiso que no fue del agrado ni del Ejército ni de la Armada. Mediante una directriz del Mando Supremo, publicada el veintisiete de agosto, se decidió que «las operaciones del Ejército tenían que tener en cuenta los hechos con respecto a la cantidad de espacio disponible en los barcos y la seguridad durante el cruce y el desembarco». Se descartaron los desembarcos en la zona comprendida entre Deal y Ramsgate, pero se amplió el frente desde Folkestone hasta Bognor. Así se llegó casi hasta finales de agosto antes de alcanzar siquiera este acuerdo y, por supuesto, todo dependía de conseguir la victoria en la batalla aérea que se venía librando hacía seis semanas.

Partiendo de la base del frente que se estableció finalmente, se trazó el plan definitivo. Se encomendó el mando militar a Rundstedt, aunque por falta de barcos su fuerza se vio reducida a trece divisiones, con doce en reserva. El 16.º Ejército, desde puertos comprendidos entre Rotterdam y Boulogne, tenía que desembarcar en las cercanías de Hythe, Rye, Hastings y Eastbourne; el Noveno Ejército, desde puertos comprendidos entre Boulogne y El Havre, atacaría entre Brighton y Worthing. Había que capturar Dover desde el lado de tierra; a continuación, los dos ejércitos avanzarían hasta la línea de cobertura de Canterbury-Ashford-Mayfield-Arundel. En total, se desembarcarían once divisiones en las primeras oleadas. Una semana después del desembarco se esperaba, con optimismo, poder avanzar un poco más, hasta Gravesend, Reigate, Petersfield y Portsmouth. Quedaba en reserva el Sexto Ejército, con sus divisiones prontas para reforzar o, si las circunstancias lo permitían, para ampliar el frente de ataque hasta Weymouth. Sin duda lo que faltaba no eran tropas valientes y bien armadas sino un medio de transporte que fuera seguro.

Sobre el Estado Mayor de la Armada recayó al principio la tarea más pesada. Alemania disponía de alrededor de 1.200.000 toneladas de barcos de altura para cubrir todas sus necesidades. Para embarcar a la fuerza invasora necesitaba más de la mitad de esta cantidad y esto ocasionaría un gran trastorno económico. A comienzos de septiembre, el Estado Mayor de la Armada comunicó que se habían requisado las siguientes embarcaciones:

168 transportes (de 700.000 toneladas)
1.910 barcazas
419 remolcadores y barcos de pesca
1.600 motoras

A toda esta flota había que proporcionarle tripulación y transportarla hasta los puertos de reunión por mar y por canales. Cuando el uno de septiembre comenzó el gran desplazamiento hacia el sur para la invasión, fue detectado, comunicado y atacado violentamente por la Fuerza Aérea británica a lo largo de todo el frente, desde Amberes hasta El Havre. El Estado Mayor de la Armada alemana informó: «La

presencia de una defensa permanentemente combativa del enemigo frente a la costa, su concentración de bombarderos sobre los puertos de embarque del "León marino" y sus actividades de reconocimiento costero indican que espera un desembarco inmediato».

Y también: «Sin embargo, los bombarderos ingleses y las fuerzas minadoras de la Fuerza Aérea británica […] conservan toda su fuerza operativa y hay que confirmar que la actividad de las fuerzas británicas ha tenido éxito, aunque todavía no han supuesto un obstáculo decisivo para el movimiento de transporte alemán».

De todos modos, a pesar de los retrasos y los perjuicios, la Armada alemana completó la primera parte de su misión. Se agotó totalmente el margen previsto del 10 por 100 para accidentes y pérdidas. Sin embargo, lo que sobrevivió no quedó por debajo del mínimo con el que pensaba contar para la primera etapa.

Tanto la Armada como el Ejército le pasaron entonces el peso a la Fuerza Aérea alemana. Todo este plan del corredor, con sus balaustradas de campos de minas que había que colocar y mantener bajo la protección de la Fuerza Aérea alemana contra la abrumadora superioridad de las flotillas británicas y los barcos pequeños dependía de la derrota de la Fuerza Aérea británica y del completo dominio del aire por parte de Alemania en la zona del canal y en el sureste de Inglaterra, y no sólo sobre el cruce sino también sobre los puntos de desembarco. Los dos ejércitos más antiguos le pasaron la pelota a Göring.

Göring no se mostró en absoluto reacio a asumir esta responsabilidad porque creía que al cabo de algunas semanas de intensos combates la Fuerza Aérea alemana, con su gran superioridad numérica, derrotaría la defensa aérea británica, destruiría sus aeródromos en Kent y en Sussex y establecería un dominio absoluto sobre el canal. Pero además estaba convencido de que bombardear Inglaterra, y sobre todo Londres, reduciría a los decadentes y pacifistas británicos a una situación en la que tendrían que hacer un llamamiento a la paz, especialmente si el riesgo de invasión aumentaba cada vez más. El Almirantazgo alemán no lo veía nada claro; de hecho, tenían profundas dudas, consideraban que había que lanzar el «León marino» sólo como último recurso y en julio habían recomendado que se postergara la operación hasta la primavera de 1941, a menos que *el ataque ilimitado de los aviones y los submarinos* «obligara al enemigo a negociar con el *führer* en sus propios términos». Pero el mariscal de campo Keitel y el general Jodl estaban contentos de que el comandante supremo de la Aviación tuviera tanta confianza.

Eran días de gloria para la Alemania nazi. Hitler se había dado el gusto de imponer la humillación del armisticio francés en Compiégne. El Ejército alemán pasó victorioso bajo el Arco de Triunfo y por los Campos Elíseos. ¿Había algo que no pudieran hacer? ¿Por qué dudar en jugar la carta decisiva? De modo que cada una de

las tres armas que participaban en la operación «León marino» se dedicó a los factores optimistas de su área dejando a sus colegas el aspecto desagradable.

A medida que fueron pasando los días comenzaron a aparecer y a multiplicarse las dudas y los retrasos. Según la directriz de Hitler del dieciséis de julio, todos los preparativos tenían que estar acabados a mediados de agosto. Los tres ejércitos veían que esto era imposible. A finales de julio, Hitler aceptó el quince de septiembre como primera fecha posible para el día D, reservando la decisión de emprender la acción hasta que se pudieran conocer los resultados de la gran batalla aérea prevista.

El treinta de agosto, el Estado Mayor de la Armada comunicó que debido a la contraofensiva británica contra la flota invasora los preparativos no se podían completar antes del quince de septiembre de modo que, a solicitud suya, el día D se postergó hasta el día veintiuno con la condición de que les avisaran diez días antes, lo que significaba que el once de septiembre había que dar la orden preliminar. El diez de septiembre, el Estado Mayor de la Armada volvió a comunicar que habían aparecido diversas dificultades, algunas meteorológicas, lo que siempre es un fastidio, y otras por la contraofensiva británica. Señalaron que si bien los preparativos navales necesarios podían estar acabados de hecho antes del día veintiuno, no se había cumplido la condición estipulada de contar con una superioridad aérea indiscutible sobre el canal. Por tanto, el día once Hitler postergó tres días la orden preliminar, con lo que la primera fecha posible para el día D quedó fijada el día veinticuatro; pero el catorce la volvió a postergar. El día diecisiete la postergó de forma indefinida y por una buena razón, tanto en su opinión como en la nuestra.

El siete de septiembre, la información de que disponíamos indicaba que los movimientos de barcazas y embarcaciones menores desde el oeste y desde el sur hacia los puertos situados entre Ostende y El Havre estaban en marcha, y como estos puertos de reunión estaban sometidos a intensos ataques aéreos británicos no era probable que llevaran allí los barcos hasta poco antes del ataque real. El notable poder de la Fuerza Aérea alemana entre Amsterdam y Brest se había incrementado gracias a la transferencia de ciento sesenta bombarderos procedentes de Noruega, y se avistaron unidades de bombarderos de corto alcance en los aeródromos de vanguardia de la zona del paso de Calais. Cuatro alemanes capturados pocos días antes, después de desembarcar en un bote de remos en la costa del sureste, confesaron ser espías y dijeron que tenían que estar preparados en cualquier momento de la quincena siguiente para informar sobre los movimientos de las formaciones de la reserva británica en la zona de Ipswich, Londres, Reading y Oxford. Entre el ocho y el diez de septiembre las condiciones de la luna y de las mareas eran favorables para una invasión en la costa sureste. Por tanto, los jefes del Estado Mayor llegaron a la conclusión de que la posibilidad de una invasión ya era inminente y que las fuerzas defensivas debían mantenerse en estado de alerta para entrar en acción en cuanto les

avisaran.

Sin embargo, por entonces no había ningún mecanismo en el cuartel general de las Fuerzas Nacionales que permitiera convertir las ocho horas de aviso previo en «disponibilidad para entrar en acción de inmediato» mediante etapas intermedias. Por consiguiente, a las 20 horas del siete de septiembre, las Fuerzas Nacionales enviaron a los mandos del este y del sur la palabra clave «Cromwell» que quería decir «¡A sus puestos!» para las divisiones costeras de vanguardia. Se envió el mismo mensaje a todas las formaciones de la zona de Londres y al IV y el VII Cuerpo en la reserva del Cuartel General, y se repitió para su información a todos los demás mandos del Reino Unido. Ante esto, en algunas partes del país, los comandantes de la Guardia nacional, por iniciativa propia, convocaron a sus hombres haciendo sonar las campanas de las iglesias. Ni yo ni los jefes del Estado Mayor supimos que se había utilizado la palabra clave decisiva, «Cromwell», y a la mañana siguiente se dieron instrucciones para establecer etapas intermedias a partir de las cuales se pudiera incrementar la vigilancia en ocasiones futuras sin declarar una invasión inminente. Como se puede imaginar, este incidente dio mucho que hablar y causó gran revuelo, aunque ni se mencionó en los periódicos ni en el Parlamento. Sirvió como un tónico útil y como ensayo para todas las partes involucradas.

Después de seguir el rastro de los preparativos de la invasión alemana hasta llegar a su momento culminante, vimos cómo el triunfalismo inicial cambiaba poco a poco hacia la duda y, finalmente, a la absoluta pérdida de confianza en los resultados. Durante los fatídicos meses de julio y agosto vemos al almirante Raeder esforzándose por explicarles a sus colegas del Ejército y la Fuerza Aérea las graves dificultades que entraña una guerra anfibia a gran escala. Se daba cuenta de su propia debilidad y de la falta de tiempo para una preparación adecuada, y trataba de imponer límites a los planes grandiosos adelantados por Halder para desembarcar simultáneamente unas fuerzas enormes a lo largo de un amplio frente. Mientras tanto, Göring, con una ambición vertiginosa, estaba decidido a lograr una victoria espectacular sólo con su Fuerza Aérea y se mostraba poco propenso a desempeñar un papel más humilde trabajando en un plan conjunto para lograr la reducción sistemática de las fuerzas marítimas y aéreas en la zona de la invasión.

Se desprende de los documentos que el Alto Mando alemán distaba mucho de ser un equipo coordinado que trabajara unido por una causa común y que se hiciera cargo de las capacidades y las limitaciones propias y ajenas. Cada uno quería ser la estrella más brillante del firmamento. Se notaron fricciones desde el comienzo y en la medida en que Halder podía echarle la responsabilidad a Raeder apenas se ocupó de poner sus planes a la altura de sus posibilidades prácticas. Tuvo que intervenir el *führer*, aunque aparentemente no contribuyó demasiado a mejorar las relaciones entre los

ejércitos. En Alemania, el Ejército tenía un prestigio colosal y los líderes militares trataban a sus colegas navales con cierta condescendencia. Es imposible no llegar a la conclusión de que el Ejército alemán no estaba dispuesto a ponerse en manos de su fuerza hermana en una operación importante. Cuando después de la guerra interrogaron al general Jodl sobre estos planes, respondió con impaciencia: «Nuestros planes eran muy parecidos a los de Julio César». Son las palabras de un auténtico soldado alemán en relación con la cuestión marítima, que no concibe los problemas que suponen un desembarco y el despliegue de amplias fuerzas militares en una costa defendida y expuesta a todos los peligros del mar.

En Gran Bretaña, dejando de lado nuestras deficiencias, comprendíamos perfectamente la cuestión marítima. La hemos llevado en la sangre durante siglos y su tradición no sólo estimula a nuestros marinos sino a toda la raza. Fue esto, por encima de todas las cosas, lo que nos permitió considerar con seriedad la amenaza de una invasión. El sistema de controlar las operaciones a través de los tres jefes del Estado Mayor, con la coordinación del ministro de Defensa, produjo un nivel de trabajo en grupo, mutuo entendimiento y disposición a la cooperación desconocido hasta ese momento. Cuando a su debido tiempo tuvimos ocasión de emprender grandes invasiones desde el mar lo hicimos partiendo de logros concretos en cuanto a la preparación para la misión y con el pleno conocimiento de las necesidades técnicas implícitas en empresas tan inmensas y arriesgadas. Aunque en 1940 los alemanes hubieran tenido unas fuerzas anfibias bien entrenadas, equipadas con todos los aparatos necesarios para este tipo de contienda, sus esperanzas habrían sido vanas de todos modos frente a nuestro poderío marítimo y aéreo. De hecho, no tenían ni los medios ni la preparación.

Cuanto más analizaban la operación el Alto Mando alemán y el *führer*, menos les gustaba. Evidentemente, no podíamos conocer su estado de ánimo ni su valoración, ni ellos los nuestros, pero a partir de mediados de julio y hasta mediados de septiembre, con cada semana que pasaba, esa similitud desconocida de puntos de vista con respecto al problema entre el Almirantazgo alemán y el británico, entre el Mando Supremo alemán y los jefes del Estado Mayor británico, y también entre el *führer* y el autor de este libro, se fue haciendo cada vez más marcada. Si nos hubiéramos podido poner también de acuerdo sobre otras cuestiones no habría sido necesaria una guerra. Evidentemente compartíamos la idea de que todo dependía de la batalla aérea. La cuestión era de qué modo acabaría esto entre los combatientes, y además los alemanes se preguntaban si el pueblo británico soportaría el bombardeo aéreo, cuyas consecuencias, en estos días, se exageraron considerablemente, o si se asustarían y obligarían al gobierno de Su Majestad a capitular. Con respecto a esto, Göring tenía muchas esperanzas y nosotros ningún temor.

Capítulo XII

LA BATALLA DE GRAN BRETAÑA

Nuestro destino dependía entonces de la victoria en el aire. Los dirigentes alemanes se daban cuenta de que todos sus planes para invadir Gran Bretaña dependían de ganar la supremacía aérea sobre el canal de la Mancha y los lugares de nuestra costa meridional que habían elegido para desembarcar. Era imposible preparar los puertos de embarque, reunir los medios de transporte, dragar las minas de los corredores para pasar y colocar minas nuevas sin ninguna protección contra los ataques aéreos británicos. Para llevar a cabo la travesía y los desembarcos el requisito imprescindible era el completo dominio del aire sobre los transportes y las playas. Por tanto, el resultado dependía de la destrucción de la Fuerza Aérea británica y el sistema de aeródromos situados entre Londres y el mar. Ahora sabemos que el treinta y uno de julio Hitler le dijo al almirante Raeder: «Si al cabo de ocho días de intensos combates aéreos la Luftwaffe no ha logrado destruir una parte considerable de la Fuerza Aérea enemiga, sus puertos y sus fuerzas navales habrá que postergar la operación hasta mayo de 1941». Ésa era la batalla que había que librar entonces.

Yo no reculé mentalmente ante la inminente confrontación de fuerzas. Había dicho en el Parlamento el cuatro de junio: «Por el momento, el gran Ejército francés fue obligado a retroceder y se desbarató ante el embate de unos pocos miles de vehículos blindados. ¿No se podrá defender también la propia causa de la civilización gracias a la habilidad y el entusiasmo de unos pocos miles de aviadores?». Y le dije a Smuts, el nueve de junio: «Ahora sólo veo una manera segura de salir adelante y es que Hitler ataque nuestro país y que, al hacerlo, pierda su arma aérea». Había llegado el gran momento.

Se han escrito versiones admirables sobre la lucha entre la Fuerza Aérea británica y la alemana que constituye la batalla de Gran Bretaña. Ahora también tenemos acceso a los puntos de vista del Alto Mando alemán y a sus reacciones internas en las diversas fases. Parece que las pérdidas que sufrieron los alemanes en algunos de los combates principales fueron bastante inferiores a lo que pensamos en su momento, y que por ambos bandos se exageraron considerablemente los informes. Pero no cabe ninguna duda sobre las líneas generales de este famoso conflicto del que dependieron la vida de Gran Bretaña y la libertad del mundo.

La Fuerza Aérea alemana había participado al máximo en la batalla de Francia y, al igual que la Armada alemana después de la campaña de Noruega, necesitaba un período de semanas o meses para recuperarse. Esta pausa nos vino bien también a nosotros porque todos nuestros escuadrones de cazas menos tres habían intervenido, en un momento u otro, en las operaciones en el continente. A Hitler no le cabía en la

cabeza que Gran Bretaña no aceptara una oferta de paz después de la caída de Francia. Como el mariscal Pétain, Weygand y muchos de los generales y los políticos franceses, no comprendía los recursos aislados y distantes de un Estado insular y, al igual que estos franceses, no supo calcular nuestra fuerza de voluntad. Habíamos recorrido un largo camino y aprendido mucho desde Múnich. Durante el mes de junio se abocó a la nueva situación a medida que fue cayendo en la cuenta; mientras tanto, la Fuerza Aérea alemana se recuperó y se volvió a desplegar para su siguiente misión. No podía haber ninguna duda de cuál sería. O Hitler invadía y conquistaba Inglaterra o tenía que enfrentarse a una prolongación indefinida de la guerra, con todos sus incalculables riesgos y complicaciones. Siempre cabía la posibilidad de que vencer a Gran Bretaña en el aire acabara con la resistencia británica, y que al final la invasión, aunque posible, no fuera necesaria, salvo para ocupar un país derrotado.

Durante junio y principios de julio, la Fuerza Aérea alemana revivió y reagrupó sus formaciones y se estableció en todos los aeródromos franceses y belgas desde los que había que lanzar el ataque y, mediante incursiones tentativas y de reconocimiento, trató de medir la naturaleza y la medida de la oposición que encontraría. Hasta el diez de julio no comenzó la primera arremetida importante, y se suele tomar esta fecha como el comienzo de la batalla. Destacan otras dos fechas que tuvieron gran importancia: el quince de agosto y el quince de septiembre. Además, el ataque alemán se desarrolló en tres fases sucesivas pero superpuestas. La primera, del diez de julio al dieciocho de agosto, el acoso de los convoyes británicos en el canal de la Mancha y de nuestros puertos meridionales, desde Dover hasta Plymouth, en los que pondrían a prueba a nuestra Fuerza Aérea, la obligarían a luchar y la reducirían; además, provocarían daños en las poblaciones costeras marcadas como objetivos de la próxima invasión. En la segunda fase, del veinticuatro de agosto al veintisiete de septiembre, quedaría despejado el camino hacia Londres después de eliminar a la Fuerza Aérea británica y sus instalaciones, tras lo que se produciría el bombardeo violento y permanente de la capital, con lo que también se interrumpirían las comunicaciones con las orillas amenazadas. Pero en opinión de Góring había buenos motivos para pensar que de este modo se obtendría una ventaja mayor: nada menos que sumir en la confusión y la parálisis a la ciudad más grande del mundo, la intimidación del gobierno y de la población y su consiguiente sometimiento a la voluntad alemana. El Estado Mayor de la Armada y el del Ejército esperaban fervientemente que Göring no se equivocara. A medida que la situación fue evolucionando, vieron que no eliminaban a la Fuerza Aérea británica y que, mientras tanto, se descuidaban sus propias necesidades urgentes para la aventura del «León marino» por culpa de la destrucción de Londres. Entonces, cuando todo el mundo estaba desilusionado, cuando se postergó indefinidamente la invasión porque faltaba lo esencial, la supremacía aérea, comenzó la tercera y última fase. La esperanza de

una victoria clara se había esfumado, la Fuerza Aérea británica seguía viva, por fastidioso que resultara, y en octubre Göring se resignó al bombardeo indiscriminado de Londres y los centros de producción industrial.

En cuanto a la calidad de los aviones de combate no había muchas posibilidades. Los alemanes eran más rápidos y subían a mayor altura; los nuestros eran más fáciles de manejar y estaban mejor armados. Sus aviadores, conscientes de ser muchos, estaban orgullosos además de las victorias obtenidas en Polonia, Noruega, los Países Bajos y Francia; los nuestros tenían una gran confianza en sí mismos como individuos y en esa determinación que los británicos manifiestan al máximo en las mayores adversidades. Una ventaja estratégica importante que los alemanes disfrutaron y utilizaron con habilidad fue que desplegaron sus fuerzas en muchas bases, bastante dispersas, desde las que podían concentrarse sobre nosotros con grandes fuerzas y con amagos y engaños para que no supiéramos los puntos que iban a atacar realmente. En agosto, la Luftwaffe contaba con 2.669 aviones en servicio, que comprendían 1.361 bombarderos, 933 cazas y 375 cazas pesados. La Directriz número diecisiete del *führer* autorizaba un combate aéreo intenso contra Inglaterra el cinco de agosto. Göring no dio nunca demasiado valor a la operación «León marino» porque lo que quería era desarrollar una batalla aérea «absoluta». Su posterior distorsión de los arreglos incomodó al Estado Mayor de la Armada alemana. Para ellos, destruir la Fuerza Aérea británica y nuestra industria aeronáutica no era más que un medio para conseguir un fin: una vez logrado esto, la guerra en el aire tenía que centrarse en los barcos de guerra enemigos y en su transporte marítimo. Lamentaban la escasa prioridad que asignaba Göring a los objetivos navales y les fastidiaban los retrasos. El seis de agosto elevaron un informe al Mando Supremo diciendo que sus preparativos para colocar minas alemanas en el canal de la Mancha no podía seguir adelante debido a la constante amenaza británica desde el aire.

La intensa batalla aérea que aconteció de forma permanente durante el mes de julio y principios de agosto se había dirigido contra el promontorio de Kent y la costa del canal. Góring y sus hábiles asesores calcularon que debían de haber hecho salir a luchar en el sur a casi todos nuestros escuadrones de cazas. Por tanto, decidieron lanzar un ataque diurno sobre las ciudades industriales situadas al norte del Wash. Pero la distancia era demasiado grande para sus cazas de primera clase, los Me.109. Tendrían que arriesgar sus bombarderos sólo con la escolta de los Me. 110 que, aunque tenían suficiente autonomía, no eran comparables en calidad, que era lo que importaba en ese momento. Sin embargo, adoptaron una medida razonable y corrieron bien el riesgo.

Por consiguiente, el quince de agosto lanzaron contra el distrito de Tyneside alrededor de un centenar de bombarderos con una escolta de cuarenta Me.110. Al

mismo tiempo enviaron más de ochocientos aviones para inmovilizar a nuestras fuerzas en el sur, donde pensaban que ya estaban todas reunidas. Pero entonces quedaron plenamente justificadas las medidas adoptadas por Dowding con respecto al Mando de Cazas porque este riesgo había sido previsto: de las intensas luchas en el sur se habían retirado siete escuadrones de Hurricane o Spitfire para descansar y, al mismo tiempo, para proteger el norte. Habían sufrido muchas bajas, pero de todos modos les apenaba dejar la batalla. Los pilotos manifestaron con todo respeto que no estaban fatigados en absoluto. Entonces les llegó un consuelo inesperado. Estos escuadrones recibieron a los atacantes cuando cruzaron la costa. Abatieron a treinta aviones alemanes, en su mayoría bombarderos pesados (Heinkel 111, con cuatro hombres entrenados en cada tripulación), mientras que los británicos sólo sufrieron la pérdida de dos pilotos que resultaron heridos. La previsión que demostró el teniente general Dowding en las órdenes que dio al Mando de Cazas es muy encomiable, aunque resulta más notable todavía la compostura y el cálculo tan preciso de las tensiones formidables, capaces de reservar una fuerza de cazas en el norte a lo largo de todas estas semanas de conflictos mortales en el sur. Hemos de considerar esto como un ejemplo de genialidad en el arte de la guerra. A partir de entonces, todo lo que había al norte del Wash quedó a salvo durante el día.

El quince de agosto se desarrolló la mayor batalla aérea de esta etapa de la guerra; se libraron cinco grandes acciones en un frente de ochocientos kilómetros. No cabe duda de que fue un día crucial. En el sur participaron los veintidós escuadrones que teníamos, muchos de ellos dos veces, algunos tres, y las pérdidas alemanas, sumándoles las que sufrieron en el norte, fueron de setenta y seis, frente a treinta y cuatro de los nuestros. Fue un verdadero desastre para la Fuerza Aérea alemana.

Seguramente con preocupación calcularon los jefes de la Fuerza Aérea alemana las consecuencias de esta derrota, una mala señal para el futuro. No obstante, el objetivo de la Fuerza Aérea alemana seguía siendo el puerto de Londres, esa inmensa sucesión de muelles llenos de barcos, y la ciudad más grande del mundo, en la que no hacía falta demasiada precisión para hacer mella.

Durante estas semanas de intensa lucha y angustia incesante, lord Beaverbrook prestó importantes servicios. Los escuadrones de cazas se tenían que reponer a toda costa con aparatos que fueran de confianza. No era el momento para trámites burocráticos ni circunloquios, por más que éstos tengan su espacio en un sistema plácido y organizado. Todas sus notables cualidades estuvieron a la altura de las circunstancias. Su optimismo personal y su energía fueron un reconstituyente. Tuve la suerte de poder apoyarme en él algunas veces. Él no fallaba. Era su momento. Su fuerza personal y su genialidad, combinadas con su poder de persuasión y sus artimañas, eliminaron muchos obstáculos. Todo lo que había en la línea de suministro

llegaba a la batalla. Los fascinados escuadrones recibían aviones nuevos o reparados en cantidades nunca vistas. Todos los servicios de mantenimiento y reparación se llevaban a cabo con gran intensidad. Era tan consciente de su valía que, el dos de agosto, con la aprobación del rey, lo invité a formar parte del gabinete de Guerra. En esa época también se distinguió mucho su hijo mayor, Max Aitken, que obtuvo por lo menos seis victorias como piloto de caza.

Otro ministro con el que tuve trato en esta época fue Ernest Bevin, ministro de Trabajo y Servicio Nacional, encargado de manejar y de dar ánimos a toda la mano de obra del país. Todos los trabajadores de las fábricas de municiones estaban dispuestos a seguir sus indicaciones. En septiembre se incorporó también al gabinete de Guerra. Los sindicalistas pusieron sus normas y privilegios ganados poco a poco y protegidos celosamente sobre el altar donde ya se habían depositado la riqueza, el rango, los privilegios y la propiedad. Yo sintonicé muy bien, tanto con Beaverbrook como con Bevin durante estas semanas candentes. Posteriormente ambos discutieron, lo que fue una pena y ocasionó muchos roces. Pero en este momento culminante estábamos todos unidos. Nunca alabaré lo suficiente la lealtad de Chamberlain, ni la decisión y la eficacia de mis colegas del gabinete. Desde aquí los saludo.

Hasta finales de agosto Göring no se formó una opinión desfavorable del conflicto aéreo. Él y su círculo creían que la organización terrestre y la industria aeronáutica inglesas y la fuerza de combate de la Fuerza Aérea británica ya habían sufrido graves daños. Hubo un período de buen tiempo en septiembre y la Luftwaffe esperaba obtener resultados decisivos. Las instalaciones de nuestros aeródromos en los alrededores de Londres sufrieron fuertes ataques; la noche del día seis la ciudad fue atacada por sesenta y ocho aviones y el día siete se produjo el primer ataque a gran escala, en el que participaron alrededor de trescientos. Ese día y los sucesivos, durante los que duplicamos la cantidad de cañones antiaéreos, hubo combates aéreos intensos y permanentes sobre la capital, y la Luftwaffe seguía confiada, porque exageraban nuestras pérdidas.

De hecho, en los combates librados entre el veinticuatro de agosto y el seis de septiembre la balanza se inclinó en contra del Mando de Cazas. Durante estos días cruciales los alemanes habían enviado constantemente fuerzas muy poderosas contra los aeródromos del sur y el sureste de Inglaterra con el objeto de destruir las defensas diurnas de la capital, a la que estaban impacientes por atacar. Mucho más importante para nosotros que proteger Londres del terror de las bombas era el funcionamiento y la articulación de estos aeródromos y de los escuadrones que operaban desde ellos. En la lucha que enfrentó a muerte a las dos fuerzas aéreas ésta fue una fase decisiva. Nunca concebimos la lucha en términos de la defensa de Londres ni de ningún otro lugar, sino sólo en quién ganaba en el aire. En el cuartel general de Cazas de

Stanmore estaban muy preocupados, y sobre todo en el cuartel general del Grupo de Cazas número 11 de Uxbridge. Cinco de los aeródromos de vanguardia del Grupo habían sufrido graves daños, al igual que los seis puestos del sector. El puesto del sector de Biggin Hill, al sur de Londres, quedó tan averiado que durante una semana sólo pudo operar allí un escuadrón de cazas. Si el enemigo hubiera seguido atacando con intensidad los sectores adyacentes y hubiera averiado sus salas de operaciones o sus comunicaciones telefónicas, toda la compleja organización del Mando de Cazas se habría desmoronado, lo que habría significado no sólo que Londres saliera malparada sino la pérdida del perfecto control de nuestro propio espacio aéreo en la zona decisiva. Me llevaron a visitar varios de estos puestos, sobre todo los de Manston (el veintiuno de agosto) y Biggin Hill, que queda bastante cerca de mi casa. Estaban muy averiados y tenían las pistas llenas de cráteres. Por tanto, el Mando de Cazas sintió un gran alivio cuando vieron que los alemanes dirigían su ataque hacia Londres, el siete de septiembre, y se dieron cuenta de que el enemigo había cambiado de planes. Seguro que Göring hubiera seguido atacando los aeródromos, de cuya organización y combinación dependía en ese momento todo el poder bélico de nuestra Fuerza Aérea. Al apartarse de los principios clásicos de la guerra, así como también de los dictados de la humanidad aceptados hasta entonces, cometió un error absurdo.

Este mismo período (del veinticuatro de agosto al seis de septiembre) había consumido seriamente la fuerza del Mando de Cazas en su totalidad. En esos quince días murieron ciento tres pilotos y ciento veintiocho quedaron gravemente heridos, mientras que 466 aviones Spitfire y Hurricane fueron destruidos o sufrieron graves averías. De un total de alrededor de mil pilotos, desaparecieron casi una cuarta parte. Para ocupar su lugar sólo había alrededor de doscientos sesenta pilotos nuevos, muy entusiastas pero sin experiencia, recién salidos de las unidades de entrenamiento en muchos casos antes de acabar el curso completo. Los ataques nocturnos sobre Londres, que duraron diez días, a partir del siete de septiembre, afectaron los muelles y los centros ferroviarios de la ciudad y mataron e hirieron a numerosos civiles, pero de hecho a nosotros nos dieron un respiro que nos vino muy bien.

El quince de septiembre fue la fecha culminante. Ese día la Luftwaffe, después de dos ataques intensos el día catorce, realizó su mayor esfuerzo concentrado en un ataque diurno sobre Londres.

Fue una de las batallas decisivas de la guerra y, al igual que la batalla de Waterloo, ocurrió un domingo. Yo estaba en Chequers. Ya había visitado varias veces el cuartel general del Grupo de Cazas número 11 para ver cómo se llevaba a cabo un combate aéreo cuando todavía no había ocurrido gran cosa. No obstante, ese día el clima parecía adecuado para el enemigo, de modo que me dirigí en coche hasta Uxbridge y llegué al cuartel general del Grupo. El Grupo número 11 comprendía por

lo menos veinticinco escuadrones que cubrían la totalidad de Essex, Kent, Sussex y Hampshire y todos los accesos desde allí hasta Londres. Hacía seis meses que el general de división Park comandaba este grupo, del que dependía en gran medida nuestro futuro. Desde el comienzo de Dunkerque comandó todas las acciones diurnas en el sur de Inglaterra, y todos sus planes y sus aparatos habían alcanzado la máxima perfección. Nos llevaron a mi esposa y a mí a la sala de Operaciones a prueba de bombas, situada quince metros bajo tierra. Toda la supremacía de los Hurricane y los Spitfire habría sido infructuosa de no ser por este sistema de centros de control y cables telefónicos subterráneos, diseñado y construido antes de la guerra por el Ministerio de Aviación siguiendo los consejos y el impulso de Dowding. El Mando Supremo se ejercía desde el cuartel general de Cazas de Stanmore, aunque en realidad la dirección de los escuadrones quedó, prudentemente, en manos del Grupo número 11 que controlaba las unidades a través de los puestos de cazas de cada condado.

La sala de Operaciones del Grupo era como un teatro pequeño, de unos dieciocho metros de ancho, y tenía dos pisos. Nos sentamos en la galería principal de los palcos. Debajo teníamos la mesa con los mapas a gran escala, en torno a la que había reunidos unos veinte jóvenes muy bien entrenados, tanto hombres como mujeres, con sus auxiliares al teléfono. Delante de nosotros, cubriendo toda la pared donde debería haber estado el telón, había una pizarra gigante, dividida en seis columnas con bombillas eléctricas para los seis puestos de cazas; a cada escuadrón le correspondía una parte de la columna, que a su vez estaba dividida por líneas horizontales, de modo que la última fila de bombillas indicaba, cuando se encendían, los escuadrones que estaban en estado de «alerta» dispuestos para despegar en dos minutos; la hilera siguiente, los que estaban «listos» para intervenir en cinco minutos; después, los que estaban «disponibles» en veinte minutos; después, los que habían despegado; la fila siguiente correspondía a los que habían informado que habían avistado al enemigo; la siguiente (con bombillas rojas), los que estaban en combate y la superior los que regresaban a la base. Del lado izquierdo, dentro de una especie de palco de cristal, estaban los cuatro o cinco oficiales encargados de medir y evaluar la información que recibían de nuestro cuerpo de vigilancia, que por entonces superaba los cincuenta mil hombres, mujeres y jóvenes. Aunque el radar todavía estaba en pañales, advertía cuando se aproximaba un ataque a nuestras costas; entonces los vigilantes, con prismáticos y teléfonos portátiles, eran nuestra principal fuente de información sobre los atacantes que sobrevolaban nuestro territorio. Por consiguiente, cuando había un combate se recibían miles de mensajes. En varias salas del cuartel general subterráneo, llenas de personas expertas, se tamizaban éstos con gran rapidez y los resultados se transmitían en cuestión de minutos directamente a las personas que estaban alrededor de la mesa, que se encargaban de situarlos en los mapas, y al oficial

que supervisaba desde el palco de cristal.

A la derecha había otro palco de cristal donde estaban los oficiales del Ejército que informaban de lo que hacían nuestras baterías antiaéreas, de las que en ese momento el Mando contaba con unas doscientas. Por la noche era de vital importancia impedir que estas baterías dispararan sobre determinadas zonas en las que nuestros cazas estarían enfrentándose al enemigo. El esquema general de este sistema no me resultaba desconocido porque ya me lo había explicado Dowding un año antes de la guerra cuando fui a verlo a Stanmore. Se había ido perfilando y perfeccionando con la constante acción, y en ese momento todo se fundía en un instrumento bélico sumamente complejo como no había otro en ninguna parte del mundo.

Cuando bajamos me dijo Park: «No sé si ocurrirá hoy algo. De momento todo está tranquilo». Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora, los que seguían los ataques aéreos comenzaron a moverse. Se informó de la llegada de un ataque de «más de cuarenta» procedente de los puestos alemanes de la zona de Dieppe. Comenzaron a encenderse las bombillas de la hilera inferior del panel mural a medida que varios escuadrones se pusieron en estado de alerta. Después, en rápida sucesión, se recibieron señales de «más de veinte» y «más de cuarenta» y al cabo de diez minutos se hizo evidente que se acercaba una gran batalla. El aire comenzó a llenarse de aviones por ambos bandos.

Una tras otra fueron llegando las señales: «Más de cuarenta», «más de sesenta»; incluso hubo una de «más de ochenta». Sobre la mesa se marcaba el desplazamiento de todas las oleadas del ataque por medio de discos que se adelantaban siguiendo las distintas líneas de aproximación, mientras que en la pizarra que teníamos delante las luces que iban subiendo indicaban el despegue de nuestros escuadrones de cazas, hasta que sólo quedaron cuatro o cinco en posición de «listos». Estas batallas aéreas, en las que tanto había en juego, duraban poco más de una hora desde el primer encuentro. El enemigo disponía de fuerzas suficientes para enviar nuevas oleadas de ataque y nuestros escuadrones, después de esforzarse por elevarse al máximo, tenían que repostar al cabo de setenta u ochenta minutos, o aterrizar para volver a cargar sus armas después de cinco minutos de combate. Si en el momento en que estaban cargando combustible o rearmándose el enemigo conseguía llegar con escuadrones nuevos era posible que destruyeran algunos de nuestros cazas en tierra. Por consiguiente, uno de nuestros principales objetivos era dirigir nuestros escuadrones de modo que no hubiera demasiados en tierra al mismo tiempo reabasteciéndose de combustible o de armas a plena luz del día.

En ese momento, las bombillas rojas indicaban que la mayoría de nuestros escuadrones estaban combatiendo. Se elevaba un zumbido tenue desde la sala, donde los encargados de los mapas empujaban los discos hacia delante y hacia atrás según

la situación que cambiaba rápidamente. El general de división Park daba instrucciones generales para disponer su fuerza de cazas, que traducía en órdenes detalladas para cada puesto de cazas un oficial más bien joven situado en el centro de la galería de los palcos a cuyo lado estaba yo sentado. Unos años después pregunté su nombre. Era lord Willoughby de Broke. (Volví a verlo en 1947 cuando el Jockey Club, del que era director administrativo, me invitó a presenciar el Derby. Se sorprendió de que recordara la ocasión). Daba las órdenes para que cada escuadrón despegara y patrullara según la información final que aparecía en la mesa de mapas. El propio general caminaba detrás, de un lado a otro, vigilando cada movimiento, supervisando a su joven ejecutor, e interviniendo sólo de vez en cuando para dar alguna orden decisiva, por lo general para reforzar una zona en peligro. Poco después, todos nuestros escuadrones estaban combatiendo y algunos ya comenzaban a regresar para repostar. Estaban todos en el aire. La última fila de bombillas estaba apagada. No quedaba ni un solo escuadrón en reserva. En ese momento, Park habló con Dowding, que estaba en Stanmore, y le pidió que pusiera a su disposición tres escuadrones del Grupo número 12 por si se producía otro ataque importante mientras sus escuadrones cargaban sus armas o combustible. Así se hizo. Hacían falta sobre todo para cubrir Londres y los aeródromos de nuestros cazas porque el Grupo número 11 ya había echado el resto.

El joven oficial, para el que esto parecía una cuestión de rutina, siguió dando órdenes de acuerdo con las directrices generales del comandante de su grupo con voz tranquila y monótona, y los tres escuadrones de refuerzo se integraron en seguida. Me di cuenta de la preocupación del comandante, que entonces se había quedado inmóvil detrás de la silla de su subordinado. Hasta entonces yo había observado sin decir nada, pero entonces pregunté: «¿Qué otras reservas tenemos?». «No hay más», respondió el general Park. En una versión de los hechos que escribió posteriormente anotó que ante esto me puse «serio». Es muy probable. ¡Con la de pérdidas que habríamos sufrido de haberse producido más ataques de «más de cuarenta» y «más de cincuenta» mientras nuestros aviones repostaban! Las probabilidades eran enormes; nuestros márgenes escasos y había muchas cosas en juego.

Pasaron cinco minutos más y la mayoría de nuestros escuadrones habían aterrizado para repostar. En muchos casos nuestros recursos no podían brindarles protección desde el aire. Entonces pareció que el enemigo regresaba a su base. El movimiento de los discos sobre la mesa indicaba que los bombarderos y los cazas alemanes empezaban a desplazarse hacia el este. No se produjeron más ataques. Diez minutos después todo había finalizado. Volvimos a subir las escaleras que conducían a la superficie y, casi al salir, sonó la sirena que indicaba el final del ataque.

«Señor, nos alegramos de que haya presenciado esto», dijo Park. «Desde luego, durante los últimos veinte minutos nos llegó tanta información que no dábamos

abasto, lo que le permite apreciar la limitación de nuestros recursos actuales, que hoy han sido puestos a prueba más allá de sus límites». Le pregunté si ya conocían algún resultado y comenté que me parecía que el ataque se había repelido satisfactoriamente. Park respondió que no estaba satisfecho de que hubiéramos interceptado tantos aviones como esperaba. Era evidente que el enemigo había atravesado nuestras defensas en todas partes. Se habían visto sobrevolando Londres bastantes bombarderos alemanes con sus escoltas de cazas. Derribaron alrededor de una docena mientras yo estaba abajo, pero no pudimos hacernos una idea clara de los resultados de la batalla ni de las averías o las pérdidas.

Regresé a Chequers después de las cuatro y media de la tarde y en seguida me eché en la cama para dormir mi siesta. Pero debía de estar cansado por el drama del Grupo número 11 porque no me desperté hasta las ocho. Cuando llamé, entró John Martin, mi primer secretario privado, trayendo las noticias vespertinas de todo el mundo, que eran espantosas. Esto había salido mal por aquí; aquello había sido retrasado por allá; se había recibido una respuesta insatisfactoria de fulano; había habido muchos hundimientos en el Atlántico. «Sin embargo», dijo Martin al acabar su informe «la Aviación lo redime todo: hemos derribado ciento ochenta y tres aviones y hemos perdido menos de cuarenta».

Aunque según la información que obtuvimos después de la guerra el enemigo sólo perdió cincuenta y seis aparatos ese día, el quince de septiembre fue el momento culminante de la batalla de Gran Bretaña. Esa misma noche, nuestro Mando de Cazas atacó con intensidad las embarcaciones que estaban en los puertos desde Boulogne hasta Amberes. Sobre todo en Amberes se infligieron graves pérdidas. Ahora sabemos que el diecisiete de septiembre el *führer* decidió postergar el «León marino» de forma indefinida. Hasta el doce de octubre no se postergó formalmente la invasión hasta la primavera siguiente. En julio de 1941 Hitler la volvió a postergar hasta la primavera de 1942 «porque entonces habrá acabado la campaña en Rusia», una suposición tan vana como importante. El trece de febrero de 1942 el almirante Raeder tuvo su última entrevista sobre el «León marino» y consiguió que Hitler acordara una «retirada» total. Así acabó la operación «León marino» y el quince de septiembre se puede considerar la fecha de su finalización.

Sin duda siempre fuimos demasiado optimistas al calcular las pérdidas del enemigo. Al final resultó que derribamos dos aviones alemanes por cada uno de los nuestros en lugar de tres, como creímos y declaramos. Pero era suficiente. La Fuerza Aérea británica, en lugar de ser destruida, había triunfado y recibió un aporte considerable de nuevos pilotos. Las fábricas de aviones, de las que dependía no sólo nuestra necesidad inmediata sino también nuestra capacidad para mantener una guerra prolongada, fueron atacadas pero no se paralizaron. Los obreros, cualificados

o no, tanto los hombres como las mujeres, permanecieron en sus puestos y siguieron trabajando en los talleres bajo las bombas como si fueran aparatos que funcionaran a pila, y en cierto modo lo eran. En el Ministerio de Suministros Herbert Morrison estimulaba a todos los que estaban bajo su amplio círculo de influencia. «¡Manos a la obra!» ordenaba, y así se hacía. El mando antiaéreo del general Pile brindó un apoyo hábil y permanente a los combates aéreos, aunque su principal colaboración se produjo después. El cuerpo de vigilancia, fiel e incansable, se mantuvo constante en su puesto. La cuidadosa organización del Mando de Cazas, sin el que todo esto habría sido inútil, demostró estar a la altura de los meses de constantes esfuerzos. Cada uno cumplió su papel.

En el momento culminante, la resistencia y el valor de los pilotos de nuestros cazas siguieron siendo invencibles y mantuvieron su supremacía. Así se salvó Gran Bretaña. Bien podía yo afirmar en la cámara de los Comunes que «jamás en el terreno de los conflictos humanos tantos le debieron tanto a tan pocos».

Capítulo XIII

«LONDRES PUEDE SOPORTARLO»

El ataque aéreo alemán a Gran Bretaña se caracterizó por la división de opiniones, las intenciones conflictivas y unos planes que no se cumplieron nunca. A lo largo de estos meses, en tres o cuatro ocasiones el enemigo dejó de lado un método de ataque que nos estaba provocando mucha tensión para adoptar uno nuevo. Pero todas estas etapas se superponen entre sí y no se pueden distinguir con fechas precisas. Cada una de ellas se confundía con la siguiente. Las primeras operaciones trataron de lograr que nuestras fuerzas entablaran combate sobre el canal de la Mancha y la costa meridional; después, la lucha continuó sobre los condados del sur, sobre todo Kent y Sussex, donde el enemigo pretendía destruir la organización de nuestro poder aéreo; después se fueron acercando a Londres; a continuación, Londres se convirtió en el objetivo principal y por último, al triunfar Londres, volvieron a dispersarse hacia las ciudades de provincia y hacia nuestra única línea de comunicaciones con el Atlántico, junto al Mersey y el Clyde.

Ya hemos visto la dureza con que atacaron los aeródromos de nuestra costa meridional la última semana de agosto y la primera de septiembre. Pero el siete de septiembre Göring asumió públicamente el mando de la batalla aérea y pasó de los ataques diurnos a los nocturnos y de los aeródromos de los cazas en Kent y Sussex a las extensas zonas pobladas de Londres. Eran frecuentes, o mejor dicho constantes, los pequeños ataques diurnos, y faltaba todavía un importante ataque a la luz del día; pero en general se modificó todo el cariz de la ofensiva alemana. Durante cincuenta y siete noches bombardearon Londres sin parar, lo que constituyó una dura prueba para la ciudad más grande del mundo, cuyas consecuencias nadie podía calcular de antemano. Era la primera vez que una extensión tan grande de viviendas se veía sometida a un bombardeo así o que tantas familias tenían que enfrentarse a sus problemas y sus terrores.

En seguida respondimos a los ataques esporádicos a Londres que se desarrollaron a finales de agosto con un ataque nuestro a Berlín como represalia. Por la distancia que teníamos que recorrer sólo se podía hacer en muy pequeña escala, en comparación con los ataques a Londres que procedían de los aeródromos cercanos de Francia y de Bélgica. El gabinete de Guerra estaba decidido a responder, a correr más riesgos, a desafiar al enemigo. Yo estaba seguro de que tenían razón, convencido de que nada impresionaba ni molestaba más a Hitler que darse cuenta de la ira y el tesón de Gran Bretaña. En el fondo, nos admiraba. Como era de esperar, aprovechó al máximo nuestra represalia sobre Berlín para anunciar públicamente la política alemana, acordada previamente, de reducir a Londres y a otras ciudades británicas al

caos y la ruina. «Si atacan nuestras ciudades», declaró el cuatro de septiembre «haremos desaparecer las suyas, sencillamente». Hizo todo lo posible por conseguirlo.

Desde el siete de septiembre hasta el tres de noviembre, cada noche atacaron Londres una media de doscientos bombarderos alemanes. Los diversos ataques preliminares realizados sobre nuestras ciudades de provincias durante las tres semanas anteriores trajeron como consecuencia una dispersión considerable de nuestra artillería antiaérea, y la primera vez que Londres se convirtió en el objetivo fundamental sólo quedaban noventa y dos cañones en su puesto. Pensaron que sería mejor dejar libre el aire para nuestros cazas nocturnos, que actuaban al mando del Grupo número 11. De éstos había seis escuadrones de Blenheim y Defiant. Los combates nocturnos estaban en pañales, y se infligieron muy pocas bajas al enemigo. Por tanto, nuestras baterías permanecieron en silencio durante tres noches seguidas. En ese momento, su propia técnica resultaba de una imperfección lamentable. No obstante, teniendo en cuenta la debilidad de nuestros cazas nocturnos y sus problemas sin resolver, decidieron dar carta blanca a nuestra artillería antiaérea para disparar a blancos invisibles utilizando los métodos de control que prefirieran. En cuarenta y ocho horas el general Pile, al mando de la artillería de defensa antiaérea, duplicó con creces la cantidad de cañones de la capital retirando algunos de las ciudades de provincias. Mantuvieron apartados a nuestros propios aviones y dieron la oportunidad a las baterías.

Tres noches pasaron los londinenses en sus casas o en refugios inadecuados soportando un ataque que no parecía ofrecer la menor resistencia. De pronto, el diez de septiembre, comenzó la barrera de fuego acompañada por las luces de los reflectores. El atronador cañoneo no perjudicó demasiado al enemigo, pero produjo una satisfacción enorme a la población. Todo el mundo estaba entusiasmado con la sensación de que se respondía al ataque. A partir de entonces, las baterías dispararon de forma habitual y, evidentemente, la práctica, el ingenio y la necesidad acuciante fueron mejorando la puntería. Así aumentaron poco a poco la cantidad de bajas entre los atacantes alemanes. De vez en cuando las baterías callaban y entraban en escena los cazas nocturnos, cuyos métodos también progresaban. Los ataques nocturnos iban acompañados por ataques diurnos más o menos continuados por parte de pequeños grupos, o incluso por aviones enemigos aislados, y a menudo sonaban las sirenas, con breves intervalos, durante las veinticuatro horas. A esta curiosa existencia se fueron acostumbrando los siete millones de habitantes de la ciudad de Londres.

Con la esperanza de volver un poco menos dura esta narración, apunto aquí unas cuantas notas personales sobre el *Blitz* (el bombardeo alemán de Londres), aunque soy plenamente consciente de que hay miles de personas que pueden contar cosas

mucho más interesantes.

Cuando comenzaron los bombardeos la idea era tratarlos con desdén. En el West End todo el mundo se dedicaba a sus actividades comerciales y de ocio, y seguía comiendo y durmiendo igual que siempre. Los teatros estaban llenos y las calles oscurecidas estaban atestadas de un tráfico despreocupado. Es posible que ésta fuera una reacción más sana que el chillido aterrador que lanzaron los elementos derrotistas en París después del primer ataque serio en mayo. Recuerdo que estaba cenando con un pequeño grupo mientras se desarrollaba un ataque intenso y continuo. Los ventanales de Stomoway House daban al Green Parle, que titilaba con los destellos de los cañones y de vez en cuando se encendía con el resplandor del estallido de una bomba. Me dio la impresión de que corríamos riesgos innecesarios. Después de cenar fuimos al edificio de Imperial Chemicals, que daba al Embankment, desde cuyos altos balcones de piedra teníamos una vista espléndida del río. Por lo menos había una docena de incendios en la zona sur, y mientras estuvimos allí cayeron varias bombas grandes, una de ellas era tan grande que mis amigos me metieron detrás de una gran columna de piedra. Sin duda, esto confirmó mi opinión de que deberíamos aceptar muchas restricciones a los placeres comunes de la vida.

Sobre el grupo de edificios gubernamentales que rodean Whitehall cayeron varias bombas. Las casas de Downing Street son inestables; tienen doscientos cincuenta años de antigüedad y fueron construidas a la ligera por el especulador cuyo nombre llevan. En tiempos de la alarma de Múnich se construyeron refugios para los ocupantes del número diez y el número once, y se apuntalaron los techos de las habitaciones que estaban a la altura del jardín con un cielo raso de madera y unas fuertes vigas que se suponía que aguantarían las ruinas si volaban el edificio, aunque por supuesto ni estas habitaciones ni los refugios eran eficaces si recibían un impacto directo. Durante la última quincena de septiembre se hicieron preparativos para trasladar el cuartel general de mi ministerio a las oficinas del gobierno, más modernas y más sólidas, que daban a St. James’s Park, junto a la Storey’s Gate. Estas dependencias se conocían como «el Anexo». Allí vivimos cómodamente mi mujer y yo durante el resto de la guerra. Este sólido edificio de piedra nos inspiraba confianza y sólo en contadas ocasiones nos refugiamos bajo el blindaje. Mi esposa incluso colgó en la sala los pocos cuadros que teníamos aunque a mí me parecía mejor dejarla vacía. Pero ella se salió con la suya y los acontecimientos le dieron la razón. Desde el techo próximo a la cúpula del anexo teníamos una vista espléndida de Londres cuando la noche estaba despejada. Me prepararon un sitio especial, con una ligera cubierta superior para protegerme de las esquirlas, donde se podía andar a la luz de la luna y ver los ataques. Debajo estaba la sala de guerra y varios lugares para dormir a prueba de bombas. En esta época las bombas eran, sin duda, más pequeñas que las que se utilizaron en fases posteriores. De todos modos, en el período previo a la

finalización de los nuevos apartamentos, la vida en Downing Street era emocionante. Era como vivir en el cuartel general de un batallón en la línea del frente.

Recuerdo claramente una noche: el diecisiete de octubre. Estábamos cenando en la habitación del jardín del número 10 cuando comenzó el habitual ataque nocturno. Me acompañaban Archie Sinclair, Oliver Lyttelton y Moore-Brabazon. Los postigos de acero estaban cerrados. Hubo varias explosiones fuertes a nuestro alrededor, no muy lejos, hasta que cayó una bomba, quizá a una distancia de cien metros, sobre el paseo de la guardia montada que hizo un ruido impresionante. De pronto, tuve un impulso providencial. La cocina del número 10 de Downing Street tiene techos altos y es muy amplia, con un ventanal de cristal esmerilado de unos ocho metros de altura. El mayordomo y la primera doncella siguieron sirviendo la cena con total indiferencia pero yo pensé en ese ventanal, tras el que trabajaban sin inmutarse la señora Landemare, la cocinera, y la pinche de cocina. Me puse en pie bruscamente, fui a la cocina, le dije al mayordomo que pusiera la cena en el calientaplatos del comedor y ordené a la cocinera y al resto de los criados que entraran en el refugio, así sin más. No habían pasado más de tres minutos desde que volví a sentarme a la mesa cuando se oyó un estrépito realmente tremendo muy cerca y una violenta sacudida que indicaba que le habían dado a la casa. Entró en la sala mi detective y dijo que se habían producido graves daños. La cocina, la antecocina y las oficinas situadas del lado del Ministerio de Hacienda quedaron destrozadas.

Fuimos a ver la cocina, que había quedado totalmente devastada. La bomba había caído a cincuenta metros, sobre el Ministerio de Hacienda, y la onda expansiva había afectado la enorme y pulcra cocina con sus brillantes cazuelas y su vajilla, reduciéndola a un montón de polvo negro y escombros. El ventanal de cristal esmerilado se había desmoronado en fragmentos y esquirlas por toda la habitación y habría destrozado a sus ocupantes si hubiera quedado alguno. Pero mi afortunada inspiración, que bien podía haber pasado por alto, llegó justo a tiempo. El refugio subterráneo del Ministerio de Hacienda, al otro lado del patio, voló en pedazos por un impacto directo provocando la muerte de los cuatro funcionarios que hacían el turno de noche en la Guardia nacional. En realidad, como todos quedaron sepultados bajo toneladas de escombros no sabíamos quiénes habían muerto.

Como el ataque continuó y pareció aumentar de intensidad nos pusimos los cascos metálicos y subimos a contemplar la escena desde lo alto de los edificios del anexo. Sin embargo, antes no pude resistir la tentación de ir a buscar al refugio a la señora Landemare y a los demás para que vieran cómo había quedado la cocina. Los impactó ver los destrozos, ¡pero sobre todo el desorden general!

Archie y yo subimos a la cúpula del edificio del anexo. Era una noche despejada y Londres se veía muy bien. La mayor parte del Pall Malí parecía arder. Por lo menos había allí cinco grandes incendios, además de otros en St. James’s Street y en

Piccadilly. Más lejos, al otro lado del río, en la dirección contraria, había más incendios. Pero el Pall Malí estaba envuelto en llamas. El ataque fue disminuyendo poco a poco hasta que sonó la sirena que indicaba que había terminado, con lo que sólo quedaron los incendios. Descendimos a mis nuevos apartamentos, en el primer piso del anexo, donde encontramos al capitán David Margesson, jefe del grupo parlamentario, que solía vivir en el Club Carlton. Nos contó que el club había quedado destrozado, y de hecho, por la situación de los incendios, ya nos parecía que había ocurrido algo así. Se encontraba en el club con alrededor de doscientos cincuenta socios y el personal cuando le cayó encima una bomba de gran potencia. Toda la fachada y el inmenso remate que daban del lado del Pall Malí habían caído sobre la calle destruyendo totalmente su vehículo que estaba aparcado cerca de la puerta principal. El salón de fumadores estaba lleno de socios sobre quienes se desplomó todo el cielo raso. Al ver las ruinas al día siguiente me pareció increíble que la mayoría de ellos no hubieran muerto. Sin embargo, aparentemente por milagro, todos se habían arrastrado para huir del polvo, el humo y los escombros y, a pesar de la gran cantidad de heridos, no hubo ni un solo muerto. Cuando a su debido tiempo estos datos llegaron a oídos del gabinete, nuestros colegas laboristas comentaron en tono de burla: «Mala hierba nunca muere». Quintín Hogg había sacado en hombros a su padre, que había sido Lord Canciller, como Eneas salvó a su padre, Anquises, de las ruinas de Troya. Margesson no tenía dónde dormir de modo que le conseguimos mantas y una cama en el sótano del anexo. En general, fue una noche espantosa y, teniendo en cuenta los daños que sufrieron los edificios, llama la atención que no hubiera habido más que quinientos muertos y un par de miles de heridos.

En otra ocasión fui a Ramsgate. En ese momento se produjo un ataque aéreo y me llevaron al gran túnel, donde vivían una gran cantidad de personas de forma permanente. Cuando salimos al cabo de un cuarto de hora contemplamos los destrozos humeantes todavía. La bomba había caído sobre un pequeño hotel; no había habido heridos pero el lugar quedó reducido a un montón de vajilla, utensilios y muebles destrozados. El propietario, su esposa y los cocineros y camareros lloraban. ¿Qué había pasado con su casa? ¿De qué vivirían entonces? He aquí un privilegio del poder. De inmediato tomé una resolución. En el tren de regreso dicté una carta dirigida al ministro de Hacienda, Kingsley Wood, estableciendo el principio de que todos los daños ocasionados por el fuego enemigo debían de ir a cargo del Estado, y que había que indemnizarlos en seguida y por completo. De este modo, la carga no caería sólo sobre aquellos que habían perdido su hogar o su lugar de trabajo sino que se repartiría sobre toda la nación. Naturalmente, Kingsley Wood se preocupó un poco por el carácter indefinido de esta obligación. Pero yo insistí mucho, y al cabo de quince días se había creado un plan de seguros que después desempeñó un papel

fundamental en nuestros asuntos. En el Ministerio de Hacienda este plan de seguros despertó emociones diversas. Al principio les pareció que sería su ruina, pero cuando a partir de mayo de 1941 se interrumpieron los ataques aéreos durante más de tres años y comenzaron a ganar mucho dinero, el plan les pareció prudente y propio de un estadista. Sin embargo, al avanzar la guerra, cuando comenzaron las «bombas volantes» y los cohetes, las cuentas se invirtieron y poco después hubo que pagar ochocientos noventa millones, de lo que me alegré mucho.

En esta nueva fase de la guerra adquirió gran importancia conseguir que se trabajara al máximo nivel no sólo en las fábricas sino sobre todo en los departamentos de Londres, que eran objeto de frecuentes bombardeos, tanto de día como de noche. Al principio, cada vez que las sirenas daban la alarma se reunía a todos los ocupantes de decenas de departamentos ministeriales y se los trasladaba a los sótanos por si acaso. Incluso se enorgullecían de la eficacia y la meticulosidad con que se llevaba a cabo esta tarea. En muchos casos sólo se trataba de media docena de aviones; a veces sólo uno. A menudo ni siquiera llegaban. De manera que una pequeña incursión aérea podía paralizar durante más de una hora todo el aparato ejecutivo y administrativo de Londres.

En consecuencia, propuse que las sirenas anunciaran un estado de «alerta», diferente de la «alarma», que sólo sonaría cuando los vigías apostados sobre los tejados, apodados los «cuervos», anunciaran un «peligro inminente», que significaba que teníamos al enemigo encima o muy cerca. Sobre esta base se elaboró un plan nuevo. También hubo que orientar al Parlamento sobre la manera de actuar en estos días peligrosos. Los parlamentarios opinaban que tenían la obligación de dar ejemplo, lo que estaba bien siempre y cuando no se exagerara. Tuve que razonar con los Comunes para que fueran prudentes y se adaptaran a las peculiaridades del momento. Los convencí, en una sesión secreta, de la necesidad de adoptar las precauciones necesarias. Estuvieron de acuerdo en no hacer públicas las fechas ni el horario de sus sesiones y en suspender los debates cuando el «cuervo» avisara al presidente de un «peligro inminente». Entonces, todos se dirigían en tropel a los abarrotados e inútiles refugios que tenían. Resulta encomiable para el Parlamento británico el hecho de que sus miembros siguieran reuniéndose y cumpliendo sus obligaciones durante todo este período. Los Comunes eran muy susceptibles en estas cuestiones, y habría sido fácil juzgar mal su temperamento. Cuando una Cárnara sufrió daños se trasladaron a otra, e hice todo lo posible para convencerlos de que siguieran de buen grado un consejo dictado por la prudencia. En resumen, todos se comportaron con sentido común y dignidad. Tuvimos la suerte de que, cuando volaron la Cámara pocos meses después, fuera de noche y no de día, y que estuviera vacía en lugar de llena. Nuestra maestría en los ataques diurnos nos proporcionó un alivio considerable en cuanto a comodidad

personal. Pero durante los primeros meses siempre me preocupó la seguridad de los parlamentarios. Después de todo, un Parlamento libre y soberano, elegido por sufragio universal, capaz de echar al gobierno en cualquier momento pero orgulloso de defenderlo en su época más oscura, era uno de los puntos en los que estábamos en desacuerdo con el enemigo. Ganó el Parlamento.

Dudo de que cualquiera de los dictadores tuviera tanto poder efectivo en toda la nación como el gabinete de Guerra británico. Cada vez que manifestábamos un deseo nos apoyaban los representantes del pueblo y todos nos obedecían alegremente, aunque nunca desapareció el derecho a la crítica. Los críticos casi siempre respetaban el interés nacional. Cuando a veces nos ponían en entredicho, las Cámaras los rechazaban en la votación por abrumadora mayoría y, en contraste con los métodos totalitarios, sin la más mínima coerción, intervención y sin recurrir a la policía ni al servicio secreto. Nos enorgullecía pensar que la democracia parlamentaria, o como quiera que se llamase la vida pública del pueblo británico, es capaz de soportar, superar y sobrevivir a todas las pruebas. Ni siquiera la amenaza de la aniquilación intimidaba a los parlamentarios, aunque afortunadamente esto no llegó a pasar.

A mediados de septiembre utilizaron contra nosotros una nueva y muy perjudicial forma de ataque: nos arrojaron gran cantidad de bombas de acción retardada que se convirtieron en un problema delicado. Muchas veces hubo que bloquear y no pudimos utilizar largos tramos de líneas férreas, cruces importantes, los accesos a lugares tan vitales como fábricas, aeródromos y carreteras importantes, porque había que excavar estas bombas y hacerlas estallar o desactivarlas. La tarea resultaba muy peligrosa, sobre todo al principio, porque había que aprender todos los medios y los métodos mediante una serie de experiencias decisivas. Ya he hablado del drama de desactivar las minas magnéticas, pero esta forma de entrega se convirtió en algo habitual, sin dejar de ser sublime. Siempre me había interesado mucho la espoleta de acción retardada, que me impresionó por primera vez en 1918 cuando los alemanes la usaron a gran escala para impedirnos el uso de las líneas férreas con las que pensábamos penetrar en Alemania. Insistí para que la usáramos tanto en Noruega como en el canal de Kiel y en el Rin. No cabe duda de que se trata de un factor sumamente eficaz en una guerra porque produce una incertidumbre prolongada. Entonces nos tocó probarla a nosotros mismos. Se estableció una organización especial para este tema y se crearon compañías especiales en cada ciudad, pueblo y distrito. Surgieron voluntarios para jugar a este juego mortal y se formaron equipos que tuvieron mejor o peor suerte. Algunos sobrevivieron a esta fase de nuestra dura prueba; otros actuaron veinte, treinta o hasta cuarenta veces antes de encontrar la muerte. Cada vez que hacía un viaje se me presentaban los destacamentos encargados de las bombas que no habían estallado; de algún modo, su rostro parecía diferente del

de los hombres corrientes, por valientes y fieles que fueran. Tenían un aspecto demacrado, ojeroso, el rostro casi lívido, los ojos brillantes y los labios muy comprimidos, y sin embargo un porte perfecto. Al escribir sobre lo mal que lo pasábamos tendíamos a abusar de la palabra «funesto», que deberíamos haber reservado para los escuadrones que eliminaban estas bombas.

Recuerdo a uno de ellos que bien puede tomarse como ejemplo de muchos otros. Estaba formado por tres personas: el conde de Suffolk, su secretaria privada y su chófer, un hombre bastante anciano. Se llamaban a sí mismos «la santísima trinidad». Todo el mundo conocía su habilidad, demostrada por el hecho de que siguieran vivos. Se enfrentaron a treinta y cuatro bombas con cortés y sonriente eficacia, pero la número treinta y cinco les costó la vida e hizo volar por los aires al conde de Suffolk con su santísima trinidad. Podemos tener la seguridad de que «al otro lado los recibieron haciendo sonar todas las trompetas».

Con gran rapidez, pero a costa de muchos sacrificios de los más nobles, la dedicación de los destacamentos de desactivadores venció el peligro.

Cuesta comparar las dificultades de los londinenses durante el invierno de 1940-1941 con las de los alemanes durante los tres últimos años de la guerra. En esta fase posterior las bombas eran mucho más poderosas y los ataques mucho más intensos. Por otra parte, gracias a su prolongada preparación y a su meticulosidad, los alemanes habían construido todo un sistema de refugios a prueba de bombas a los que obligaban a todos a entrar, cumpliendo una férrea rutina. Cuando al final entramos en Alemania las ciudades estaban completamente destrozadas, pero había fuertes construcciones que se alzaban sobre el suelo y espaciosas galerías subterráneas donde dormían los habitantes todas las noches, por más que arriba destruyeran sus casas y sus bienes. En muchos casos sólo se sacudían las montañas de escombros. En cambio en Londres, a pesar de que el ataque fue menos terrible, las medidas de seguridad estaban mucho menos desarrolladas. Aparte de las estaciones de metro, en realidad no había lugares seguros. Había muy pocos sótanos o bodegas que fueran capaces de soportar un impacto directo. Prácticamente la gran masa de la población londinense vivía y dormía en sus casas o en los refugios Anderson bajo el fuego enemigo, corriendo el riesgo con flema británica después de un día de duro trabajo. Ni uno entre mil tenía ninguna protección más que contra la onda expansiva y las esquirlas. Pero había tan poca debilidad psíquica como pestilencia física. Evidentemente, si hubieran caído sobre Londres en 1940 las bombas de 1943 habríamos quedado en un estado que habría hecho polvo todas las organizaciones humanas. Sin embargo, todo ocurre a su turno y en su relación, y nadie tiene derecho a decir que Londres, que sin duda no fue conquistada, además era inconquistable.

Poco o nada se hizo antes de la guerra ni durante el período de pasividad para

proporcionar lugares seguros, a prueba de bombas, desde los que pudiera mantenerse el gobierno central. Se trazaron planes complejos para desplazar fuera de Londres la sede del gobierno. Ya se habían trasladado secciones enteras de muchos departamentos a Harrogate, Bath, Cheltenham y otros lugares, y se requisó alojamiento en una amplia zona para instalar a todos los ministros y funcionarios importantes por si había que evacuar Londres. Pero bajo el bombardeo, el deseo y la decisión del gobierno y del Parlamento de permanecer en Londres fue inequívoca, y yo compartía al máximo este sentimiento. Al igual que otros, a menudo me imaginé que la destrucción llegaría a ser tan intensa que habría que llegar a un traslado y una dispersión general pero, ante el impacto de los hechos, nuestras reacciones fueron todo lo contrario.

En estos meses celebrábamos nuestros gabinetes vespertinos en la sala de guerra del sótano del anexo. Para llegar hasta allí desde Downing Street había que atravesar a pie el patio interior del Ministerio de Asuntos Exteriores y después pasar entre los grupos de obreros que echaban el hormigón para reforzar la sala de guerra y las oficinas del sótano. No me daba cuenta del esfuerzo que esto significaba para Chamberlain, que sufría las consecuencias de una grave operación; pero a él no lo detenía nada, y nunca estuvo más impecable, sereno y decidido que en la última reunión del gabinete a la que asistió.

Una noche, a finales de septiembre de 1940, al mirar por la puerta principal de Downing Street vi a unos obreros que apilaban sacos terreros delante de las ventanas bajas del sótano del Ministerio de Asuntos Exteriores que estaba enfrente. Pregunté qué hacían y me dijeron que, después de la operación, Neville Chamberlain tenía que recibir periódicamente un tratamiento especial y que resultaba incómodo llevarlo a cabo en el refugio del número 11, donde había por lo menos veinte personas reunidas durante los constantes ataques, de modo que le estaban preparando un lugar pequeño especial para él. Todos los días cumplía todos sus compromisos, reservado, eficiente, impecablemente vestido. Pero esto era lo que ocurría entre bastidores. Era demasiado y decidí usar mi autoridad. Recorrí a pie el pasillo entre el número 10 y el 11 y fui a ver a la señora Chamberlain. Le dije: «No debería estar aquí en este estado. Debe llevárselo hasta que vuelva a estar bien. Todos los días le enviaré todos los telegramas». Ella fue a hablar con su marido y una hora después me envió un recado: «Hará lo que usted quiera. Nos vamos esta noche». No volví a verlo nunca más. Estoy seguro de que quería morir al pie del cañón pero no pudo ser.

La desaparición de Chamberlain trajo como consecuencia importantes cambios ministeriales. Herbert Morrison se había mostrado eficaz y enérgico como ministro de Suministros y sir John Anderson había enfrentado el *blitz* con firmeza y competencia. Los primeros días de octubre, el ataque constante a la ciudad más

grande del mundo fue tan intenso y planteó tantos problemas de tipo social y político en su numerosa y abrumada población que me pareció que vendría bien contar en el Ministerio del Interior con un parlamentario experto, que además también era ministro de Seguridad Nacional. Londres sufría un duro castigo. Herbert Morrison era londinense y conocía todos los aspectos de la administración metropolitana. Tenía una experiencia incomparable en el gobierno de Londres después de haber liderado la corporación de gobierno del condado y de ser, en muchos aspectos, la figura principal en sus asuntos. Al mismo tiempo necesitaba a John Anderson, que había hecho un trabajo excelente en el Ministerio del Interior como Lord Presidente de la corporación en la esfera más amplia del Comité de Asuntos Internos, al que se remitían gran cantidad de cuestiones y que suponía un gran alivio para el gabinete. De este modo se aligeraba también mi propia carga, lo que me permitía concentrarme en la dirección militar de la guerra en la que mis colegas parecían cada vez más dispuestos a darme libertad.

Por consiguiente, invité a estos dos importantes ministros a cambiar de cargo. No le estaba ofreciendo a Herbert Morrison ningún lecho de rosas. Sin duda, en estas páginas no puedo tratar de describir los problemas que se le planteaba al gobierno de Londres cuando a menudo, noche tras noche, quedaban sin hogar diez o veinte mil personas, y cuando lo único que impedía que hubiera grandes incendios era la incesante vigilia de los ciudadanos que trabajaban como pantallas en los tejados cuando los propios hospitales, llenos de hombres y mujeres mutilados, sufrían el ataque de las bombas enemigas; cuando cientos de miles de personas agotadas se apiñaban en refugios inseguros e insalubres; cuando las comunicaciones por carretera y por ferrocarril se interrumpían constantemente; cuando los desagües quedaban hechos añicos y se paralizaba el suministro de electricidad y gas, y cuando, a pesar de todo, toda la vida de luchas y esfuerzos de Londres tenía que seguir adelante, y había que trasladar a casi un millón de personas hacia y desde la ciudad para que fueran a trabajar, por la mañana y por la noche. No sabíamos cuánto tiempo duraría. Nada nos hacía suponer que la situación no iría a peor. Cuando le hice la propuesta a Morrison, él conocía la situación lo suficiente como para no tratarla con ligereza. Me pidió unas horas para pensarlo, pero en seguida regresó y dijo que estaría orgulloso de arrimar el hombro a este trabajo. Quedé muy satisfecho con su valerosa decisión.

Poco después de los desplazamientos ministeriales se produjo un cambio en los métodos del enemigo que afectó nuestra política general. Hasta entonces, el ataque se había limitado de forma casi exclusiva a las bombas con explosivos de alta potencia, pero con la luna llena del quince de octubre, cuando nos cayó encima el ataque más intenso del mes, la aviación alemana arrojó además setenta mil bombas incendiarias. Hasta entonces habíamos recomendado a los londinenses que se pusieran a cubierto y se habían hecho esfuerzos para mejorar su protección. Pero ahora había que

reemplazar el «a los sótanos» por «a los tejados». Le correspondió instituir esta política al nuevo ministro de Seguridad Nacional. Rápidamente se puso en marcha una organización de vigilantes y servicios contraincendios a gran escala, que abarcaba todo Londres (aparte de las medidas que se adoptaron en las ciudades de provincias). Al principio los vigilantes eran voluntarios, pero hacían falta tantos y la sensación de que a cada uno le tenía que tocar su turno en la lista era tan grande que la vigilancia pronto se convirtió en una actividad obligatoria. Esta forma de servicio tuvo consecuencias vigorizantes y optimistas sobre toda la población. Las mujeres insistieron en hacer su parte. Se idearon sistemas de entrenamiento a gran escala para enseñarle a los vigilantes a tratar los distintos tipos de bombas incendiarias que se usaron contra nosotros. Muchos llegaron a ser expertos y así se apagaron miles de incendios antes de que se propagaran. La experiencia de pasar noches enteras en los tejados bajo el fuego, sin más protección que un casco metálico, pronto se hizo habitual.

Al final, Morrison decidió consolidar los mil cuatrocientos cuerpos de bomberos locales en un único Servicio Nacional de Bomberos y complementarlo con una gran Guardia de Bomberos integrada por civiles entrenados que participaban en su tiempo libre. Al principio, la Guardia de Bomberos, igual que los vigilantes, se reclutó entre voluntarios pero al igual que aquéllos se hizo obligatoria por consenso general. El Servicio Nacional de Bomberos nos brindó la ventaja de una mayor movilidad, un modelo universal para el entrenamiento y el equipo y unos rangos formales reconocibles. Las demás fuerzas de la defensa civil crearon columnas regionales que en un minuto estaban listas para ir donde fuera. El nombre del Servicio de Defensa Civil fue sustituido por otro que existía desde antes de la guerra: Precauciones contra un Ataque Aéreo. Se proporcionaron buenos uniformes para gran cantidad de personas, que tomaron conciencia de ser un cuarto brazo de la Corona.

Yo estaba satisfecho de que en caso de que se atacara alguna de nuestras ciudades lo peor caería sobre Londres, que era una especie de inmenso animal prehistórico, capaz de soportar terribles heridas, de estar destrozado y de sangrar por muchas heridas manteniendo sin embargo la vida y el movimiento. Los refugios Anderson estaban repartidos por los distritos de clase trabajadora donde había casas de dos pisos y se hacía todo lo posible porque fueran habitables y por vaciarlos de agua cuando llovía. Posteriormente aparecieron los refugios Morrison, que no eran más que una pesada mesa de cocina, hecha de acero, con los laterales de alambre resistente, y que podían mantener en pie las ruinas de una casa pequeña proporcionando así cierta protección. Muchas personas les deben la vida. Por lo demás, «Londres podía soportarlo»; así lo hizo y podría haber soportado más. De hecho, a esas alturas no veíamos otro fin más que la demolición de toda la metrópoli. Sin embargo, como señalé entonces en la cámara de los Comunes, en el caso de la

demolición de grandes ciudades interviene la ley del rendimiento decreciente. Poco después, muchas de las bombas sólo caerían sobre casas que ya estaban en ruinas, limitándose a remover los escombros. En extensas zonas ya no quedaría nada más que quemar o destruir, a pesar de lo cual los seres humanos podrían seguir viviendo aquí y allá, y desempeñando su trabajo con infinidad de recursos y gran fortaleza.

La noche del tres de noviembre, por primera vez en casi dos meses, no sonó ninguna alarma en Londres. Muchos se extrañaron del silencio y se preguntaron qué ocurría. La noche siguiente, el enemigo dispersó sus ataques por toda la isla y así siguieron durante un tiempo. Se había producido otro cambio en la política de la ofensiva alemana. Aunque Londres se seguía considerando el objetivo principal, se llevaría a cabo entonces un gran esfuerzo para inutilizar los centros industriales de Gran Bretaña. Se habían entrenado escuadrones especiales con nuevos métodos de navegación para atacar centros clave específicos. Por ejemplo, se entrenó una formación exclusivamente para destruir los talleres de motores para aviones de la Rolls-Royce en Hillington, Glasgow. Se trataba de un plan provisional. Por un tiempo se dejó de lado la invasión de Gran Bretaña y todavía no se había organizado el ataque a Rusia, y tampoco estaba previsto, fuera del círculo íntimo de Hitler. El resto de los meses de invierno, por tanto, resultarían para la Fuerza Aérea alemana una época de experimentación, tanto en artilugios técnicos para el bombardeo nocturno como en los ataques al comercio marítimo británico, además de un intento de destruir nuestra producción, tanto militar como civil. Les habría ido mucho mejor si se hubieran limitado a una cosa por vez hasta acabarla. Pero ya estaban perplejos y, por el momento, se sentían inseguros.

Estas nuevas tácticas de bombardeo se iniciaron con el *blitz* sobre Coventry la noche del catorce de noviembre. Londres parecía un objetivo demasiado grande e indefinido para obtener resultados decisivos, de modo que Göring esperaba que sería más fácil destruir las ciudades de provincias o los centros de municiones. El ataque comenzó poco después del anochecer del día catorce y, antes del amanecer, casi quinientos aviones alemanes habían arrojado seiscientas toneladas de explosivos de alta potencia y miles de bombas incendiarias. En términos generales, fue el ataque aéreo más devastador que sufrimos. El centro de Coventry quedó completamente destruido y durante un tiempo la vida quedó allí trastocada. Murieron cuatrocientas personas y muchas más sufrieron heridas graves. La radio alemana proclamó que el resto de nuestras ciudades recibirían el mismo tratamiento. Sin embargo, no se paralizaron las importantísimas fábricas de motores para aviones y de máquinas herramientas, y tampoco quedó fuera de combate la población, que hasta entonces no había tenido ninguna experiencia en bombardeos. En menos de una semana un comité de reconstrucción de emergencia realizó una labor extraordinaria para volver a poner

en marcha la vida de la ciudad.

El quince de noviembre el enemigo volvió a Londres con un ataque muy intenso a la luz de la luna llena que provocó cuantiosos daños, sobre todo en iglesias y otros monumentos. El siguiente objetivo fue Birmingham, donde tres ataques sucesivos, del diecinueve al veintidós de noviembre, produjeron una gran destrucción y costaron muchas vidas: murieron casi ochocientas personas y hubo más de dos mil heridos, aunque la vida y el espíritu de Birmingham sobrevivieron a esta dura prueba, y su millón de habitantes, sumamente organizados, conscientes y comprensivos, superaron su sufrimiento físico. Durante la última semana de noviembre y principios de diciembre el peso del ataque se volcó sobre los puertos. Bristol, Southampton y sobre todo Liverpool sufrieron intensos bombardeos. Posteriormente, Plymouth, Sheffield, Manchester, Leeds, Glasgow y otros centros de municiones soportaron impertérritos los ataques. No importaba dónde asestaban el golpe: el país era tan sólido como la mar es salada.

El ataque culminante de esas semanas volvió a caer sobre Londres, el domingo veintinueve de diciembre; en él volcaron los alemanes toda la experiencia que habían adquirido tan penosamente. Fue un clásico ataque incendiario, y el peso del ataque se concentró en la propia City. Estuvo previsto para hacerlo coincidir con la hora de la marea más baja. Al principio se lanzaron con paracaídas minas con explosivos de alta potencia que destruyeron la red de suministro de agua. Hubo que apagar casi mil quinientos incendios. Se produjeron graves daños en las estaciones de ferrocarril y en los muelles. Quedaron destruidas o afectadas ocho iglesias construidas por Wren. El Ayuntamiento quedó destruido por los impactos y la onda expansiva, y la catedral de San Pablo sólo se salvó gracias a los heroicos esfuerzos de los ciudadanos. Nos quedamos boquiabiertos ante las ruinas a las que quedó reducido el centro del país, pero cuando el rey y la reina acudieron a ver la escena fueron recibidos con un entusiasmo que superaba ampliamente cualquier festival real.

Durante este prolongado período de duras pruebas, del que todavía nos quedaban varios meses por delante, el rey se quedó en el palacio de Buckingham. Se estaban construyendo refugios adecuados en el sótano, pero todo esto llevaba tiempo. Además, en varias ocasiones el rey regresó de Windsor en medio de un ataque aéreo. En una ocasión, él y la reina se salvaron por los pelos. Su Majestad hizo construir un campo de tiro en los jardines de palacio, donde tanto él como otros miembros de su familia y sus secretarios privados practicaban asiduamente con pistolas y metralletas. Una vez le traje al rey una carabina estadounidense de corto alcance de las varias que me habían enviado. Era un arma muy buena.

Más o menos por esta época el rey cambió la costumbre de recibirme en una audiencia semanal formal a eso de las cinco de la tarde, que estuvo en vigor durante los primeros dos meses que ocupé el cargo. Se acordó entonces que comería con él

todos los martes, sin duda un método muy agradable para resolver cuestiones de Estado, que a veces contaba con la presencia de la reina. En varias ocasiones, todos tuvimos que coger nuestro plato y nuestra copa y bajar al refugio, que seguía avanzando, para acabar de comer allí. La comida semanal se convirtió en una institución habitual. Pasados los primeros meses, Su Majestad decidió excluir a todos los criados y que nos sirviéramos nosotros mismos y el uno al otro. Durante los cuatro años y medio que duró fui consciente de la extraordinaria diligencia con la que el rey leía todos los telegramas y los documentos públicos que se le presentaban. Según el sistema constitucional británico, el soberano tiene derecho a que se le informe de todo aquello de lo que son responsables sus ministros, y tiene el derecho ilimitado de asesorar a su gobierno. Procuré que todo llegara a manos del rey, y en nuestras reuniones semanales me demostró con frecuencia que conocía informes que yo todavía no había leído. Fue de gran ayuda para Gran Bretaña contar con un rey y con una reina así durante esos años fatídicos y, como defensor convencido de la monarquía constitucional, fue para mí un gran honor la cortés intimidad con que me trataron en mi calidad de primer ministro, para la que supongo que no había habido precedentes desde la época de la reina Ana y Marlborough, en los años que él ocupó el poder.

Llegamos así al final del año y, a efectos de la continuidad, me he adelantado a la guerra general. Espero que el lector comprenda que todo este traqueteo y este revuelo no fueron más que un acompañamiento para los procesos más fríos mediante los cuales se mantuvo nuestro esfuerzo bélico y se dirigieron nuestra política y nuestra diplomacia. De hecho, debo hacer constar que, en el momento culminante, todas estas heridas, al no ser mortales, fueron un estimulante positivo para la claridad de las ideas, la fiel camaradería y la actuación juiciosa. Sin embargo, no sería prudente suponer que, si el ataque hubiera sido diez o veinte veces peor (o incluso tal vez dos o tres veces peor), se habrían producido las saludables reacciones que acabo de describir.

Capítulo XIV

PRÉSTAMO Y ARRIENDO

Por encima del estruendo y el choque de armas, se nos avecinaba un fatídico acontecimiento de otro orden. La elección presidencial norteamericana se celebró el cinco de noviembre. A pesar de la tenacidad y el vigor con que se celebran estas competencias cada cuatro años y de las amargas diferencias sobre cuestiones internas que en ese momento dividían a los dos partidos principales, los líderes responsables, tanto republicanos como demócratas, respetaban por igual la causa suprema. Roosevelt afirmó en Cleveland el dos de noviembre: «Nuestra política consiste en brindar toda la ayuda material posible a las naciones que siguen resistiendo la agresión al otro lado del Atlántico y del Pacífico». Su contrincante, Wendell Willkie, declaró ese mismo día en el Madison Square Garden: «Todos nosotros, republicanos, demócratas e independientes, creemos que hay que prestar ayuda al heroico pueblo británico. Hemos de poner a su disposición los productos de nuestra industria».

Este patriotismo tan amplio protegía tanto la seguridad de la unión americana como nuestra vida. De todos modos, esperé el resultado con profunda ansiedad. Un recién llegado al poder no podía poseer ni adquirir en seguida el conocimiento ni la experiencia de Franklin Roosevelt. Nadie podía igualar sus impresionantes dotes. Yo había fomentado con esmero mi relación con él, y me parecía que ya habíamos alcanzado un grado de confianza y amistad que constituía un factor vital en toda mi concepción. Cerrar esa camaradería construida gradualmente, interrumpir la continuidad de todas nuestras discusiones, volver a comenzar con una nueva mente y otra personalidad era una perspectiva que me repelía. Desde Dunkerque no era consciente de una sensación de tensión semejante. La noticia de la reelección del presidente Roosevelt me produjo un alivio indescriptible.

Hasta entonces, no habíamos hecho nuestro pedido de municiones a Estados Unidos juntamente con el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea estadounidenses, aunque sí que los consultábamos. El volumen creciente de nuestras diversas necesidades había hecho que coincidieran en muchos puntos, con lo que podían surgir fricciones en los niveles inferiores, a pesar de la buena voluntad general. «Sólo una política unificada de adquisición del gobierno para todas las finalidades de la defensa —escribe Stettinius[43]— podría desempeñar la impresionante tarea que nos aguarda», lo que significaba que tenía que ser el gobierno de Estados Unidos el que hiciera todos los pedidos de armas en Estados Unidos. Tres días después de su reelección, el presidente anunció públicamente una «regla general» para la división

de la producción de armas en Estados Unidos. A medida que las armas salían de la línea de producción había que dividirlas aproximadamente a partes iguales, la mitad para las fuerzas estadounidenses y la otra mitad para las fuerzas británicas y las canadienses. Ese mismo día, la Junta de Prioridades aprobó una solicitud británica para encargar doce mil aviones más en Estados Unidos, aparte de los once mil que ya habíamos reservado. Pero ¿cómo se pagaría todo esto?

A mediados de noviembre lord Lothian, que acababa de regresar de Washington, pasó dos días conmigo en Ditchley. Me habían recomendado que no adoptara la costumbre de pasar en Chequers todos los fines de semana, sobre todo cuando había luna llena, por si al enemigo se le ocurría prestarme una atención especial. Ronald Tree y su esposa me acogieron muchas veces, tanto a mí como a mi equipo en su casa, amplia y encantadora, cerca de Oxford. Ditchley queda a sólo seis o siete kilómetros de Blenheim. Recibí al embajador en este ambiente tan agradable. Él conocía todos los aspectos y los detalles de la actitud estadounidense. En Washington gozaba de buena fama y confianza. Conocía bien al presidente, con el que había establecido una cálida amistad. Le preocupaba el problema del dólar, que era bastante deprimente.

Gran Bretaña entró en la guerra con unos cuatro mil quinientos millones en dólares, o en oro y en inversiones en Estados Unidos que se podían convertir en dólares. La única manera de incrementar estos recursos era producir más oro en el imperio británico, sobre todo, evidentemente, en Sudáfrica, y hacer grandes esfuerzos para exportar bienes, sobre todo artículos suntuarios, como whisky, prendas de lana y objetos de cerámica a Estados Unidos. De este modo se obtuvieron dos mil millones de dólares más durante los primeros dieciséis meses de la guerra. Durante el período de la «guerra sombría», estuvimos divididos entre el deseo vehemente de encargar municiones en Estados Unidos y el acuciante temor, a medida que se nos acababan los recursos en dólares. En tiempos de Chamberlain, el ministro de Hacienda, sir John Simón, siempre nos hablaba del estado lamentable de nuestros recursos en dólares, destacando la necesidad de conservarlos. Se aceptaba, en mayor o menor medida, que tendríamos que limitar estrictamente nuestras compras a Estados Unidos. Hicimos, como en una ocasión le dijo Purvis, el director de nuestra Comisión de Compras, a Stettinius, «como si estuviéramos en una isla desierta y tuviéramos pocos víveres, que debíamos hacer durar lo más posible»[44].

Esto implicaba hacer planes complejos para estirar los fondos. En tiempos de paz importábamos con toda libertad y hacíamos los pagos a nuestra conveniencia, pero cuando comenzó la guerra tuvimos que crear un aparato que movilizara el oro, los dólares y otros bienes privados, que impidiera que los desaprensivos enviaran sus fondos a países donde les parecía que estaban más seguros, y que restringiera las importaciones suntuosas y otros gastos. Además de asegurarnos de no despilfarrar

nuestros fondos, teníamos que ocuparnos de que otros los aceptaran. Los países que utilizaban la libra esterlina estaban de nuestra parte: adoptaron el mismo tipo de política de control de intercambio que nosotros y se mostraron dispuestos a aceptar y a conservar libras. Con los demás hicimos acuerdos especiales, mediante los cuales les pagábamos en libras, que se podían utilizar en cualquiera de los países en los cuales era la moneda oficial, y ellos se comprometían a conservarlas si no podían darles un uso inmediato y a hacer las transacciones al tipo de cambio oficial. Este tipo de planes se celebraron en un primer momento con Argentina y con Suecia, pero después se extendieron a muchos países más, tanto en Europa como en América del Sur. Estos planes se acabaron después de la primavera de 1940, y fue una cuestión de satisfacción (y un tributo a la libra) que pudiéramos conseguirlos y mantenerlos en circunstancias tan difíciles. De este modo pudimos seguir negociando con casi todo el mundo en libras, y conservar la mayor parte de nuestro oro y nuestros dólares, tan preciados, para nuestras compras vitales en Estados Unidos.

Cuando la guerra se convirtió en una espantosa realidad, en mayo de 1940, nos dimos cuenta de que despuntaba una nueva etapa de las relaciones angloamericanas. Desde el momento en que formé el nuevo gobierno y nombré ministro de Hacienda a sir Kingsley Wood seguimos un plan más sencillo, que consistía en encargar todo lo que podíamos y dejar los posibles problemas financieros futuros en manos de los dioses eternos. Luchando por nuestra vida, y de momento solos, bajo bombardeos incesantes y con la amenaza de una invasión, habría sido una economía falsa y una prudencia mal encauzada preocuparse demasiado por lo que pudiera pasar cuando se nos acabaran los dólares. Éramos conscientes de los cambios tremendos que tenían lugar en la opinión estadounidense y de la creciente convicción, no sólo en Washington sino en todo el país, de que su destino estaba ligado al nuestro. Además, en ese momento se levantó una intensa oleada de simpatía y admiración por Gran Bretaña en toda la nación estadounidense. Nos llegaron señales muy amistosas tanto directamente desde Washington como a través de Canadá, elogiando nuestra audacia e indicando que, de un modo u otro, encontraríamos una solución. En Morgenthau, el ministro de Hacienda, la causa de los aliados encontró un paladín incansable. La absorción de los contratos franceses en junio casi duplicó nuestro ritmo de gastos. Además, encargamos por todas partes nuevos aviones, carros de combate y buques mercantes, y promovimos la construcción de grandes fábricas, tanto en Estados Unidos como en Canadá.

Hasta noviembre pagamos todo lo que habíamos recibido. Ya habíamos vendido el equivalente a 335 millones de dólares en acciones requisadas por libras esterlinas procedentes de propietarios privados en Gran Bretaña. Habíamos pagado más de cuatro mil quinientos millones de dólares en efectivo y nos quedaban apenas dos mil

millones, la mayor parte en inversiones, muchas de las cuales no se podían comercializar en ese momento. Era evidente que no podíamos seguir así. Aunque nos quedáramos sin todo nuestro oro y nuestros activos en el extranjero, no podríamos pagar ni la mitad de lo que habíamos encargado, y ante la duración de la guerra era necesario que tuviéramos diez veces más. Teníamos que conservar algo en nuestro poder para llevar adelante nuestros asuntos cotidianos.

Lothian confiaba en que el presidente y sus asesores estuvieran buscando la mejor manera de ayudarnos. Una vez finalizadas las elecciones había llegado el momento de actuar. En Washington se celebraban discusiones incesantes en nombre del Ministerio de Hacienda entre su representante, sir Frederick Phillips, y Morgenthau. El embajador insistió en que le presentara por escrito al presidente una declaración completa de nuestra postura. Por consiguiente, ese domingo en Ditchley redacté, consultando con él, una carta personal. Como el documento lo tenían que verificar y volver a verificar los jefes del Estado Mayor y el Ministerio de Hacienda, y lo tenía que aprobar el gabinete de Guerra, no estuvo acabado antes de que Lothian regresara a Washington. Al final, alcanzó su forma definitiva con fecha ocho de diciembre y de inmediato fue enviado a Roosevelt. La carta, una de las más importantes que escribí en mi vida, llegó a manos de nuestro buen amigo a bordo de un buque de guerra estadounidense, el *Tuscaloosa*, bajo el sol del Caribe. Sólo lo acompañaban sus íntimos. Harry Hopkins, al que todavía no conocía, me dijo posteriormente que Roosevelt leyó la carta una y otra vez sentado solo en su hamaca y que durante dos días no pareció llegar a ninguna conclusión clara. Estaba sumido en sus pensamientos y rumiaba en silencio.

De todo esto surgió una decisión maravillosa. No era cuestión de que el presidente no supiera lo que quería hacer, sino que su problema consistía en convencer al país y al Congreso para que le hicieran caso. Según Stettinius, el presidente ya había sugerido a finales del verano en una reunión de la Comisión Asesora de la Defensa sobre los Recursos de Transporte que «no debería ser necesario que Gran Bretaña utilizara sus propios fondos e hiciera construir barcos en Estados Unidos ni que nosotros le prestáramos fondos para este fin. No hay motivo para que no cojamos un barco acabado y se lo prestemos mientras dure la emergencia». Aparentemente, según un estatuto de 1892, el ministro de Guerra, «cuando según su criterio fuera para el bien público», podía arrendar los bienes del Ejército si no hacen falta para uso público por un período de cinco años como máximo. De vez en cuando se tenía constancia de precedentes de la aplicación de este estatuto mediante el *arriendo* de diversos artículos del Ejército.

De modo que hacía tiempo que la palabra «arriendo» y la idea de aplicar este principio para cubrir las necesidades británicas le rondaban a Roosevelt en la cabeza como una alternativa a una política de préstamos indefinidos que en poco tiempo

sobrepasarían cualquier posibilidad de devolución. De pronto, todo esto se convirtió en una acción decisiva y se proclamó el glorioso concepto del préstamo y arriendo.

El presidente regresó del Caribe el dieciséis de diciembre y mencionó el plan en la conferencia de prensa que dio al día siguiente. Utilizó un ejemplo sencillo: «Supongamos que en la casa de mi vecino se prende fuego y yo dispongo de un trozo de manguera de ciento treinta o ciento cuarenta metros de largo. Si él puede coger mi manguera y conectarla a la boca de incendios le ayudo a apagar el fuego. Entonces, ¿qué hago? No voy y le digo, antes que nada: "Vecino, la manguera me ha costado quince dólares, ¡tienes que pagarme quince dólares para usarla!". ¡De ninguna manera! Entonces, ¿cuál es la transacción? No quiero los quince dólares, sólo quiero que me devuelva la manguera después de apagar el fuego». Y agregó: «A una cantidad bastante numerosa de estadounidenses no les cabe la menor duda de que la mejor defensa inmediata para Estados Unidos es que Gran Bretaña logre defenderse a sí misma; por consiguiente, dejando de lado nuestro interés pasado y presente por la supervivencia de la democracia en el mundo en general, resulta igualmente importante, desde un punto de vista egoísta y para la defensa de nuestro país, que deberíamos hacer todo lo posible por ayudar al imperio británico a defenderse». Y añadió finalmente: «Estoy tratando de eliminar la cuenta en dólares».

Partiendo de esta base, en seguida se redactó el proyecto de ley de préstamo y arriendo que se presentó al Congreso, y que posteriormente describí al Parlamento como «lo menos sórdido que puede ocurrir en la historia de cualquier nación». Cuando el Congreso la aprobó, cambió de inmediato toda la situación. Nos dejó en libertad para desarrollar planes por acuerdo a largo plazo de amplio alcance para todas nuestras necesidades. No se hablaba de su devolución. Ni siquiera se llevaba un registro formal en dólares ni en libras esterlinas. Lo que teníamos, nos lo habían prestado o arrendado porque nuestra constante resistencia a la tiranía de Hitler se consideraba de interés vital para la gran república. Según el presidente Roosevelt, a partir de entonces lo que determinaría adónde iban a parar las armas estadounidenses sería la defensa de Estados Unidos en lugar de los dólares.

Precisamente en ese momento, el más importante de su carrera pública, nos fue arrebatado Philip Lothian. Poco después de regresar a Washington cayó repentina y gravemente enfermo, aunque trabajó sin tregua hasta el final. Murió el doce de diciembre, en pleno éxito. Fue una pérdida para la nación y para la causa. Lo lloraron vastos círculos de amigos a ambos lados del océano. Para mí, que había estado en estrecho contacto con él quince días antes, fue un golpe personal. Le rendí homenaje en una cámara de los Comunes unida en el profundo respeto por su labor y su recuerdo.

De inmediato tuve que ponerme a buscar un sucesor. Me parecía que nuestras

relaciones con Estados Unidos en ese momento requerían como embajador una figura nacional destacada y un estadista versado en todos los aspectos de la política mundial. Después de consultar con el presidente si mi sugerencia sería aceptable, invité a Lloyd George a ocupar el puesto. No se había sentido capaz de incorporarse al gabinete de Guerra en julio, y no se encontraba en felices circunstancias en la política británica. Su punto de vista sobre la guerra y sobre los acontecimientos que la habían desencadenado era totalmente diferente del mío. Sin embargo, no había ninguna duda de que era el más destacado de nuestros ciudadanos y que pondría sus dotes y su experiencia incomparables al servicio de su misión. Mantuve una larga conversación con él en la sala del gabinete, y también a la hora de comer otro día. Realmente estaba encantado con la invitación. «Le digo a mis amigos —me dijo— que el primer ministro me ha hecho un ofrecimiento honorable». Pero estaba convencido de que, a los setenta y siete años, no debía acometer una tarea tan exigente. Como consecuencia de mi larga conversación con él tomé conciencia de que había envejecido, incluso en los meses transcurridos desde que lo invité a incorporarse al gabinete de Guerra, de modo que con pesar, aunque también con convicción, renuncié a mi plan.

A continuación pensé en lord Halifax, que tenía tanto prestigio en el Partido Conservador, aumentado por el hecho de pertenecer al Ministerio de Asuntos Exteriores. Que un ministro de Asuntos Exteriores se convierta en embajador resalta de forma inequívoca la importancia de la misión. Por su gran carácter todos lo respetaban, aunque al mismo tiempo su trayectoria durante los años previos a la guerra y la forma en que transcurrieron los acontecimientos lo dejaron expuesto a la desaprobación, e incluso a la hostilidad, de la parte laborista de nuestra coalición nacional. Yo sabía que él mismo era consciente de ello.

Cuando le hice esta proposición, que sin duda no era un ascenso personal, se limitó a decir, de un modo sencillo y digno, que estaba dispuesto a servir donde lo consideraran más útil. Para destacar todavía más la importancia de sus obligaciones, acordé que volvería a su condición de miembro del gabinete de Guerra cada vez que regresara de permiso. Esto funcionó sin ningún inconveniente debido a la calidad y la experiencia de las personalidades implicadas, y a partir de entonces durante seis años, tanto con la coalición nacional como con el gobierno laborista-socialista, Halifax desempeñó la labor de embajador en Estados Unidos con una influencia y un éxito evidentes y crecientes.

El presidente Roosevelt, Hull y otras altas personalidades de Washington quedaron muy satisfechos con la elección de lord Halifax; en realidad, me di cuenta en seguida de que el presidente lo prefería a mi primera propuesta. La designación del nuevo embajador fue recibida con notable aprobación, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, y se consideró adecuada dada la magnitud de los acontecimientos

en todos los sentidos.

No tenía ninguna duda sobre quién debía ocupar la vacante en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Como demuestran estas páginas, durante todos los grandes acontecimientos de los últimos cuatro años me he mantenido en estrecho acuerdo con Anthony Edén. He descrito mis angustias y emociones cuando se alejó de Chamberlain en la primavera de 1938. Los dos nos abstuvimos de votar sobre Múnich. Los dos resistimos las presiones del partido que se hicieron sentir en nuestros distritos electorales durante el invierno de ese año melancólico. Compartimos las mismas ideas y sentimientos al comienzo de la guerra y como colegas a medida que fue avanzando. La mayor parte de la vida pública de Edén estuvo dedicada al estudio de los asuntos exteriores. Ocupó con distinción el espléndido cargo de ministro de Asuntos Exteriores, al que renunció cuando sólo tenía cuarenta y dos años por motivos que, retrospectivamente y en ese momento, contaron con la aprobación de todos los partidos del Estado. Había desempeñado muy bien su cargo de secretario de Estado de Guerra durante ese año espantoso y, como dirigía los asuntos del Ejército, estuvimos muy unidos. Pensábamos lo mismo, incluso sin consultarnos, sobre gran cantidad de cuestiones prácticas a medida que iban surgiendo día a día. Esperaba con ilusión una agradable y armoniosa camaradería entre el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores, deseo que sin duda se cumplió durante los cuatro años y medio de guerra y política que nos aguardaban. Edén lamentó alejarse de la Oficina de Guerra, absorto como estaba en todas sus tensiones y emociones, pero regresó al Ministerio de Asuntos Exteriores como quien vuelve a casa.

Capítulo XV

LA VICTORIA EN EL DESIERTO

A pesar del armisticio y de Oran y del final de nuestras relaciones diplomáticas con Vichy, adonde se había trasladado el gobierno francés a las órdenes del mariscal Pétain, nunca dejé de sentirme unido a Francia. Los que no hayan estado sometidos a las tensiones personales que afectaron a destacados franceses en la espantosa ruina de su país deberían tener cuidado al juzgar a los individuos. Escapa al ámbito de esta narración introducirnos en el laberinto de la política francesa. Pero estaba seguro de que esta nación haría todo lo posible por la causa común, según se le presentaran los hechos. Cuando les dijeron que su única salvación consistía en seguir los consejos del ilustre mariscal, y que Inglaterra, que les había proporcionado tan poca ayuda, no tardaría en ser conquistada o en rendirse, a las masas no les quedaron demasiadas opciones. Pero estoy seguro de que querían que ganásemos y de que nada les daría mayor alegría que vernos continuar la lucha con energía. Nuestra primera obligación era apoyar con lealtad al general De Gaulle en su valiente constancia. El siete de agosto firmé con él un acuerdo militar referido a cuestiones prácticas. Sus conmovedores discursos se hicieron conocidos en Francia y en el mundo a través de la radio británica. El hecho de que el gobierno de Pétain lo condenara a muerte glorificó su nombre. Hicimos todo lo que pudimos para ayudarlo y magnificar su movimiento.

Al mismo tiempo era necesario mantenerse en contacto no sólo con Francia sino incluso con Vichy. Por consiguiente, siempre traté de hacer todo lo posible. Me alegré mucho de que a finales de 1940 Estados Unidos enviara a Vichy a un embajador de tanta influencia y personalidad como el almirante Leahy, tan cercano al presidente. En repetidas ocasiones le insistí al primer ministro canadiense, Mackenzie King, para que mantuviera en Vichy al hábil y consumado Dupuy. Así por lo menos teníamos una ventana que daba a un patio al que no teníamos ningún otro acceso. El veinticinco de julio le envié un acta al ministro de Asuntos Exteriores diciéndole: «Quiero promover una especie de conspiración colusoria en el gobierno de Vichy, por la que ciertos miembros de ese gobierno, tal vez con el consentimiento de los restantes, desaparezcan en el norte de África para negociar mejor por Francia desde la costa del norte de África y desde una posición de independencia. A tal fin, usaría tanto alimentos como otros incentivos, además de los argumentos obvios». Nuestra política permanente era hacer sentir al gobierno de Vichy y a sus miembros que, por lo que a nosotros respectaba, nunca era demasiado tarde. Independientemente de lo que hubiera ocurrido en el pasado, Francia era nuestra camarada de tribulaciones y, salvo una guerra entre nosotros, nada le impediría ser nuestra compañera en la

victoria.

Esto era duro para De Gaulle, que lo había arriesgado todo y mantenía la bandera flameando, pero cuyo puñado de seguidores fuera de Francia no se podían considerar una alternativa efectiva al gobierno francés. Sin embargo, hicimos todo lo posible por aumentar su influencia, su autoridad y su poder. Por su parte, naturalmente que le molestaba que tuviéramos tratos con Vichy y pensaba que sólo teníamos que serle fíeles a él. Asimismo, le parecía esencial para su postura ante el pueblo francés mantener una actitud orgullosa y altiva con respecto a «la pérfida Albión», a pesar de ser un exiliado que dependía de nuestra protección y vivía entre nosotros. Tenía que ser descortés con los británicos para demostrar a los ojos franceses que no era un títere nuestro. Sin duda llevaba adelante esta política con perseverancia. Incluso un día me explicó su técnica, y comprendí plenamente las dificultades extraordinarias de su problema. Siempre admiré su increíble fuerza. Hiciera lo que hiciere Vichy, para bien o para mal, no lo abandonaríamos ni desalentaríamos las adquisiciones para su creciente dominio colonial. Sobre todo, no permitiríamos que regresara a Francia ninguna parte de la Flota francesa, inmovilizada entonces en los puertos coloniales franceses. A veces, al Almirantazgo le preocupaba que Francia nos declarara la guerra, aumentando así nuestras numerosas preocupaciones. Yo siempre creí que, una vez demostrada nuestra decisión y nuestra capacidad para seguir luchando indefinidamente, el espíritu del pueblo francés no permitiría nunca que el gobierno de Vichy diera un paso tan antinatural. De hecho, para entonces existía un intenso entusiasmo y camaradería hacia Gran Bretaña, y las esperanzas francesas crecían a medida que pasaban los meses. Esto lo reconoció hasta Laval cuando fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Pétain.

En Italia la situación era diferente. Al desaparecer Francia como combatiente, y con Gran Bretaña decidida a luchar por su vida en el frente interno, Mussolini bien podía sentir que se haría realidad su sueño de dominar el Mediterráneo y de reconstruir el antiguo imperio romano. Aliviado de toda necesidad de protegerse de los franceses en Túnez, podía seguir reforzando el numeroso ejército que había reunido para invadir Egipto. Sin embargo, el gabinete de Guerra estaba decidido a defender a Egipto contra todos, con los recursos que pudieran escatimarle a la batalla interna decisiva, aunque esto resultaba sumamente difícil porque el Almirantazgo se declaraba incapaz de hacer pasar ni siquiera convoyes militares por el Mediterráneo, por el peligro aéreo, y todo tenía que pasar por el cabo de Buena Esperanza, con lo que era posible que le quitáramos recursos a la batalla de Gran Bretaña sin contribuir a la batalla de Egipto. Es extraño que, cuando en ese momento todas las partes implicadas estábamos tranquilas y contentas, uno se estremezca al pensar en ello después.

Cuando Italia declaró la guerra, el diez de junio de 1940, el Servicio Secreto británico calculó (y ahora sabemos que no se equivocaba) que, aparte de sus guarniciones en Abisinia, Eritrea y Somalia, había alrededor de 215.000 soldados italianos en las provincias costeras del norte de África. Las fuerzas británicas en Egipto alcanzaban quizá los cincuenta mil hombres, que tenían que ocuparse tanto de defender la frontera occidental como de la seguridad interna del país. Por tanto, teníamos muy pocas probabilidades a nuestro favor en el terreno, aparte de que los italianos también tenían muchos más aviones.

Durante julio y agosto ellos entraron en acción en muchos puntos. Hubo una amenaza desde Kassala hacia el oeste en dirección a Jartum. Cundió la alarma en Kenia por temor a que una expedición italiana marchara seiscientos cincuenta kilómetros hacia el sur, desde Abisinia en dirección al río Tana y Nairobi. Bastantes fuerzas italianas entraron en la Somalia británica. Pero todas estas preocupaciones eran insignificantes en comparación con la invasión a Egipto, que evidentemente se estaba preparando a gran escala. Incluso antes de la guerra se construyó una carretera estupenda junto a la costa desde la base principal de Trípoli, pasando por Tripolitania y Cirenaica, hasta la frontera con Egipto. A lo largo de esta carretera hacía meses que circulaba mucho tráfico militar. Poco a poco se fueron estableciendo y llenando grandes polvorines en Bengasi, Darna, Tobruk, Bardiya y As Salum. Esta carretera tenía más de mil seiscientos kilómetros de largo y todo este enjambre de guarniciones italianas y depósitos de suministros se ensartaban como las cuentas en un cordel.

Al principio de la carretera y cerca de la frontera egipcia se había reunido y organizado pacientemente un ejército italiano compuesto por setenta u ochenta mil hombres, con gran cantidad de equipo moderno, frente al que resplandecía Egipto como premio. A sus espaldas se extendía la larga carretera de vuelta a Trípoli, ¡y después el mar! Si esta fuerza, acumulada poco a poco, semana a semana, durante años, pudiera avanzar hacia el este de forma continua, conquistando todo lo que pretendiera impedirle el paso, tendría un futuro brillante. Si pudiera llegar hasta las regiones fértiles del delta desaparecería toda preocupación sobre el largo camino de regreso. Pero en cambio, si le ocurriera alguna desgracia muy pocos regresarían. En el ejército de operaciones y en la serie de grandes depósitos de suministros situados a lo largo de la costa en otoño había por lo menos trescientos mil italianos que podían retirarse tranquilamente hacia el oeste, siguiendo la carretera sólo de forma gradual o poco sistemática, por más que nadie los molestara, pero esto les llevaría varios meses. Y si perdían la batalla en la frontera egipcia, si se rompía el frente del ejército y si no les daban tiempo, estaban condenados a ser capturados o a morir. Sin embargo, en julio de 1940, no se sabía quién ganaría la batalla.

Nuestra principal posición defendida en ese momento era la cabeza de línea de Marsá Matru. Había una buena carretera hacia el oeste, hasta Sidi Barrani, pero desde

allí hasta la frontera, en As Salum, no había ninguna carretera capaz de mantener una fuerza considerable durante mucho tiempo cerca de la frontera. Algunas de nuestras mejores tropas permanentes habían formado una pequeña fuerza mecanizada de cobertura y se habían dado órdenes de atacar los puestos fronterizos italianos en cuanto estallara la guerra. Por tanto, en menos de veinticuatro horas cruzaron la frontera, pillaron por sorpresa a los italianos, que todavía no se habían enterado de la declaración de guerra, y tomaron prisioneros. La noche siguiente, el doce de junio, tuvieron un éxito similar y el día catorce capturaron los fuertes de frontera de Capuzzo y Maddalena y tomaron doscientos veinte prisioneros. El día dieciséis el ataque fue más intenso, destruyeron doce carros de combate, interceptaron un convoy en la carretera de Tobruk a Bardiya y capturaron a un general.

En esta guerra reducida pero animada, nuestras tropas sentían que jugaban con ventaja y en seguida se consideraron los amos del desierto. Hasta que se enfrentaran con grandes formaciones o con puestos fortificados podían ir donde quisieran, recogiendo trofeos en duros enfrentamientos. Cuando dos ejércitos se aproximan todo depende de cuál de ellos domina sólo el suelo sobre el cual se encuentra y duerme y cuál domina todo lo demás. Lo aprendí en la guerra de los bóers, en la que no dominábamos nada, aparte de las hogueras de nuestros campamentos y vivaques, mientras que los bóers se movían por todo el país a su capricho. Las bajas oficiales italianas durante los tres primeros meses fueron de casi tres mil quinientos hombres, de los que setecientos eran prisioneros; las nuestras apenas superaron las ciento cincuenta. De modo que la primera fase de la guerra que Italia le declaró al imperio británico comenzó con una ventaja para nosotros.

Sentí la imperiosa necesidad de hablar de los graves hechos inminentes en el desierto de Libia con el propio general Wavell. No conocía a este distinguido oficial, del que dependían tantas cosas, y le pedí al secretario de Estado de Guerra que lo hiciera venir durante una semana para hacer consultas en cuanto pudiera encontrar una oportunidad. Llegó el ocho de agosto. Trabajó mucho con los estados mayores y mantuvo varias largas conversaciones conmigo y con Edén. En ese momento, el mando en Oriente Próximo comprendía una extraordinaria amalgama de problemas militares, políticos, diplomáticos y administrativos de gran complejidad. Después de un año de altibajos, mis colegas y yo nos dimos cuenta de la necesidad de repartir las responsabilidades en Oriente Próximo entre un comandante en jefe, un ministro de Estado y un intendente general para ocuparse de los problemas de suministro. A pesar de no estar del todo de acuerdo con el uso que hacía el general Wavell de los recursos que tenía a su disposición, me pareció mejor dejarlo al mando. Admiraba sus excelentes cualidades y me impresionaba la confianza que le tenían tantas personas. Como consecuencia de las conversaciones en el Estado Mayor, me escribió Dill, con

el pleno consentimiento de Edén, que la Oficina de Guerra estaba tomando medidas para enviar de inmediato a Egipto más de ciento cincuenta carros y muchos cañones. La única cuestión que quedaba por decidir era si darían la vuelta al cabo de Buena Esperanza o correrían el riesgo de atravesar el Mediterráneo. Insistí con fuerza en el Almirantazgo para que enviaran un convoy directamente por el Mediterráneo, un tema que se debatió mucho. Mientras tanto, el gabinete aprobó el embarque y el envío de la fuerza blindada, postergando la decisión definitiva sobre el camino que había que seguir hasta que el convoy se aproximara a Gibraltar. Esta opción estuvo pendiente de nuestra decisión hasta el veintiséis de agosto; para entonces sabríamos mucho más sobre la inminencia de un ataque italiano. No se perdió el tiempo. La decisión de realizar esta transfusión de sangre mientras nos preparábamos para enfrentarnos a un peligro mortal fue al mismo tiempo espantosa y correcta. Nadie titubeó.

Hasta la caída de Francia compartieron el control del Mediterráneo la Flota británica y la francesa. Después salió Francia y entró Italia. La Flota italiana, poderosa numéricamente, y su potente Fuerza Aérea se alineaban contra nosotros. La situación pareció tan formidable que lo primero que se planteó el Almirantazgo fue abandonar el Mediterráneo oriental y concentrarse en Gibraltar. Me opuse a esta política que, aunque justificada en teoría por la fuerza de la Flota italiana, no correspondía con mi impresión de su valor de combate, aparte de significar la ruina de Malta. Se decidió combatir en los dos extremos. Las cargas que tenía que soportar entonces sobre el Almirantazgo, sin embargo, eran pesadas al máximo. Por el peligro de invasión era necesaria una gran concentración de flotillas y embarcaciones pequeñas en el canal de la Mancha y en el mar del Norte. Los submarinos alemanes, que en agosto comenzaron a operar desde los puertos del golfo de Vizcaya, provocaron graves daños a nuestros convoyes atlánticos, aunque ellos mismos no sufrieron demasiadas pérdidas. Hasta entonces no se había puesto a prueba la Flota italiana. No podíamos quitarnos de la cabeza la posibilidad de una declaración de guerra por parte de Japón, con todo lo que esto significaría para nuestro imperio en Oriente. Por consiguiente, no es extraño que al Almirantazgo le preocupara mucho todo lo que supusiera arriesgar los buques de guerra en el Mediterráneo y que estuviera muy tentado de adoptar la defensiva más estricta en Gibraltar y Alejandría. Por mi parte, yo no veía motivos para que la gran cantidad de barcos destinados al Mediterráneo no tuvieran una participación activa desde el principio. Había que reforzar Malta, tanto con escuadrones aéreos como con tropas. Aunque evidentemente se había suspendido todo el tráfico comercial, y todos los grandes convoyes con tropas destinados a Egipto tenían que dar la vuelta al cabo de Buena Esperanza, no me resignaba a aceptar el cierre absoluto del mar interior. De hecho,

tenía la esperanza de que si enviábamos unos cuantos convoyes especiales podíamos provocar una prueba de fuerza con la Flota italiana. Esperaba que esto ocurriera y que Malta contara con las guarniciones necesarias y con aviones y cañones antiaéreos antes de la aparición, que yo ya temía, de los alemanes en este escenario. Durante todos los meses de verano y otoño mantuve discusiones amistosas aunque tensas con el Almirantazgo sobre este aspecto de nuestro esfuerzo bélico.

No obstante, no conseguí convencer al Almirantazgo de enviar la fuerza blindada, o por lo menos sus vehículos, a través del Mediterráneo, de modo que todo el convoy prosiguió su camino dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza.

Esta situación me causó tristeza y desconcierto. De hecho, no se produjo en Egipto ningún desastre grave. A pesar del poderío aéreo italiano, en todas partes mantuvimos la iniciativa y Malta se mantuvo en el primer plano de los acontecimientos como base avanzada para las operaciones ofensivas contra las comunicaciones de Italia con las fuerzas que tenía en África.

Nuestra preocupación con respecto a la invasión de Egipto por parte de Italia fue superada ampliamente, como supimos después, por la del mariscal Graziani, el comandante de la operación. Pocos días antes de la fecha de comienzo prevista, pidió que se postergara un mes. La respuesta de Mussolini fue que si no atacaba el lunes lo sustituirían. El mariscal respondió que cumpliría las órdenes. Según Ciano, «nunca se ha emprendido una operación militar con tanta oposición por parte de sus comandantes».

El trece de septiembre, el principal ejército italiano comenzó su largamente esperado avance a través de la frontera de Egipto. Contaba con seis divisiones de infantería y ocho batallones de carros de combate. Nuestras tropas de apoyo contaban con tres batallones de infantería, uno de carros, tres baterías y dos escuadrones de vehículos blindados. Recibieron la orden de plantear un ataque en retirada, un tipo de operación que les convenía por su calidad y su conocimiento del desierto. El ataque italiano comenzó con una fuerte descarga sobre nuestras posiciones próximas a la población fronteriza de As Salum. Al despejarse el polvo y el humo aparecieron las fuerzas italianas alineadas en un orden increíble. Al frente estaban los motoristas, en una formación perfecta, de flanco a flanco y de delante hacia atrás; detrás estaban los carros ligeros y muchas filas de vehículos mecánicos. Según un coronel británico, el espectáculo parecía «una fiesta de cumpleaños en la base militar de Aldershot». El 3.º de la Guardia de Coldstream, que se enfrentó a este imponente despliegue, se fue retirando lentamente y nuestra artillería cobró numerosas víctimas entre todos estos blancos que tan generosamente se le presentaban.

Más al sur, dos grandes columnas enemigas atravesaron el extenso desierto al sur de la larga cadena que corre paralela al mar y que sólo se podía atravesar en Halfaya:

el «paso del fuego eterno», que desempeñó su papel en todas nuestras batallas posteriores. Cada columna italiana estaba formada por varios centenares de vehículos, con los carros de combate, los cañones anticarro y la artillería delante, y con la infantería montada en camiones en el centro. A esta formación, que utilizaron varias veces, la llamamos el «erizo». Nuestras fuerzas se replegaban ante estas cifras tan elevadas y aprovechaban cualquier oportunidad para hostigar al enemigo, cuyos movimientos parecían erráticos e indecisos. Graziani explicó después que a último momento decidió cambiar su plan de un movimiento envolvente en el desierto y «concentrar todas mis fuerzas a la izquierda para efectuar un movimiento relámpago a lo largo de la costa, hasta Sidi Barraní». Por consiguiente, la gran masa italiana se desplazó lentamente a lo largo de la carretera de la costa siguiendo dos caminos paralelos y atacaron en oleadas de infantería, transportada en camiones, en grupos de cincuenta. La Guardia de Coldstream se replegó hábilmente a su comodidad, desde As Salum a posiciones sucesivas durante cuatro días, infligiendo graves castigos a su paso.

El día diecisiete el ejército italiano llegó a Sidi Barrani. Nuestras bajas sumaron cuarenta, entre muertos y heridos, mientras que las del enemigo fueron diez veces más, además de ciento cincuenta vehículos destrozados. Aquí, después de alargar sus comunicaciones cien kilómetros, los italianos se instalaron para pasar los tres meses siguientes. Nuestras pequeñas columnas móviles los acosaban constantemente y sufrieron graves dificultades de mantenimiento. Al principio, Mussolini estaba «radiante de alegría» pero, a medida que las semanas se fueron alargando hasta convertirse en meses, su satisfacción disminuyó. Sin embargo, en Londres teníamos la certeza de que, en dos o tres meses, un ejército italiano mucho más numeroso de lo que podríamos reunir nosotros reanudaría su avance para capturar el delta. Aparte de que siempre podían aparecer los alemanes. Por supuesto, ni nos imaginábamos la larga interrupción que se produjo después del avance de Graziani. Era razonable suponer que se libraría una gran batalla en Marsá Matru. Las semanas que ya habían transcurrido dieron tiempo a que nuestras preciadas unidades blindadas dieran la vuelta al cabo de Buena Esperanza sin que, de momento, el retraso provocara ningún inconveniente.

Cuando miro atrás a todas estas preocupaciones, recuerdo la historia del anciano que decía en su lecho de muerte que había tenido muchos problemas en su vida, la mayoría de los cuales nunca existieron. No cabe duda de que esto se podía aplicar a mi vida en septiembre de 1940. Los alemanes fueron derrotados en la batalla aérea de Gran Bretaña y ni siquiera intentaron una invasión. De hecho, a esas alturas Hitler ya había vuelto la mirada hacia el este. Los italianos no insistieron en atacar Egipto. La brigada de carros de combate que tuvo que dar la vuelta al cabo de Buena Esperanza llegó a tiempo, sin duda que no para una batalla defensiva en Marsá Matru en

septiembre, sino para una operación posterior increíblemente más ventajosa. Encontramos la manera de reforzar Malta antes de que emprendieran contra ella un ataque aéreo serio y nadie se atrevió a desembarcar en la isla fortaleza en ningún momento. Así transcurrió septiembre.

Entonces Mussolini cometió una nueva, aunque no totalmente inesperada atrocidad en el Mediterráneo, que produjo problemas desconcertantes y tuvo consecuencias trascendentales en los asuntos que nos agobiaban.

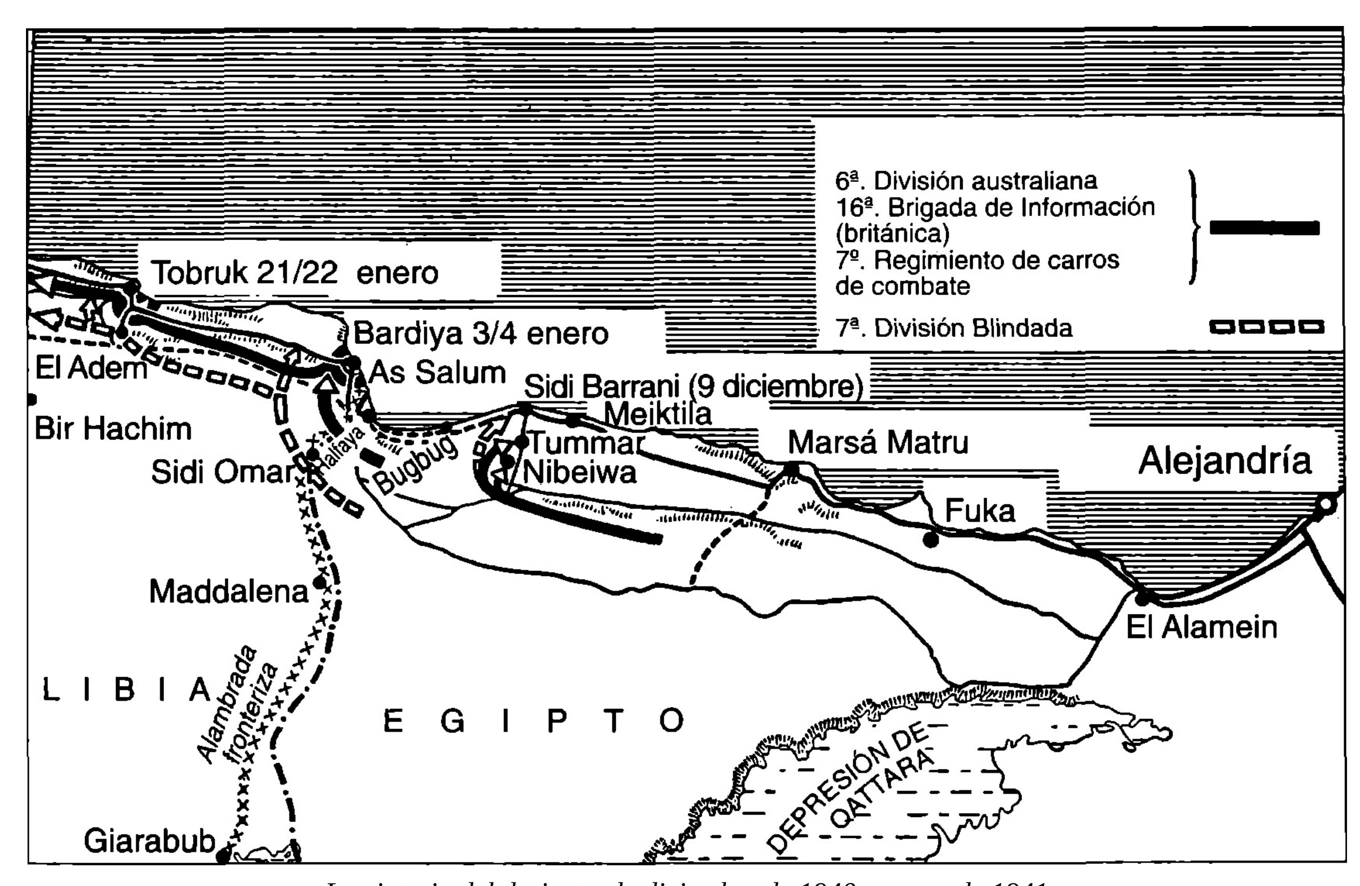
El *duce* adoptó la decisión definitiva de atacar Grecia el quince de octubre de 1940 y, antes del amanecer del día veintiocho el ministro italiano en Atenas le presentó un ultimátum al general Metaxas, el primer ministro griego. Mussolini exigía que se permitiera la circulación de tropas italianas por todo el país. Al mismo tiempo, el ejército italiano de Albania invadió Grecia en distintos puntos. El gobierno griego, cuyas fuerzas no estaban en absoluto desprevenidas en la frontera, rechazó el ultimátum y también invocó la garantía ofrecida por Chamberlain el trece de abril de 1939 que estábamos obligados a respetar. Siguiendo las recomendaciones del gabinete de Guerra y las de su propio corazón, Su Majestad le respondió al rey de Grecia: «Vuestra causa es nuestra causa; lucharemos contra un enemigo común». Yo respondí a la solicitud del general Metaxas: «Le daremos toda la ayuda que esté en nuestras manos. Lucharemos contra un enemigo común y compartiremos una victoria común». Este compromiso se cumplió durante largo tiempo.

Aparte de unos cuantos escuadrones aéreos, una misión británica y tal vez algunas tropas simbólicas, no teníamos nada que dar; incluso nos costaba sustraer esta insignificancia de los apasionados proyectos que ya se encendían en el frente de Libia. Un dato estratégico destacado nos llamó la atención de inmediato: ¡Creta! No podíamos dejar que los italianos se apoderaran de ella. Teníamos que conseguirla primero y de una sola vez. Tuve la suerte de que en ese momento Eden estuviera en Oriente Próximo, de modo que tenía a un colega ministerial para tratar la cuestión en el lugar preciso. Le telegrafié y, a instancias del gobierno griego, pocos días después nuestras fuerzas ocuparon la bahía de Souda, el mejor puerto de Creta.

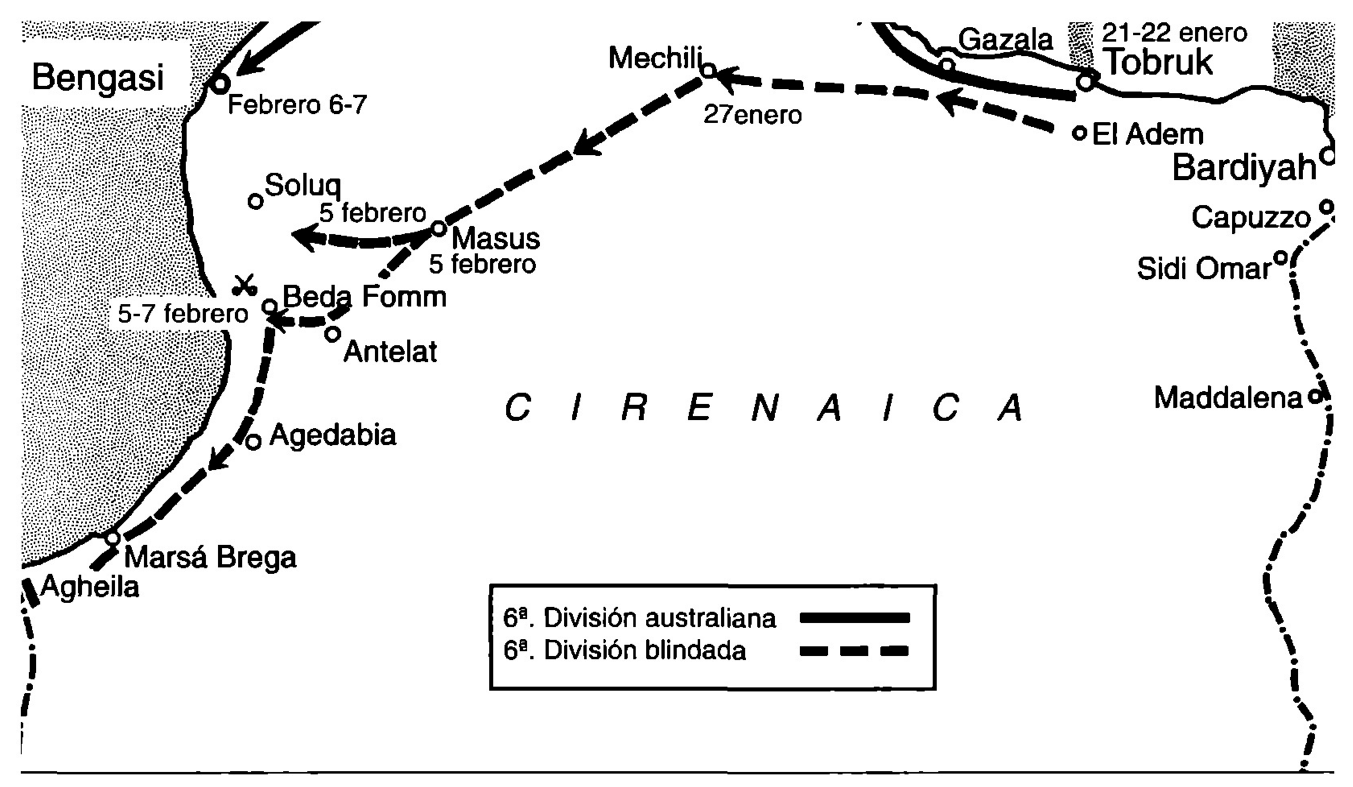
Es una triste historia la de la bahía de Souda. No se produjo la tragedia hasta 1941. Creo que tuve tanto control directo sobre la dirección de la guerra como el que podía tener cualquier hombre público en cualquier país en ese momento. Lo que yo sabía, la fidelidad y la colaboración activa del gabinete de Guerra, la lealtad de todos mis colegas, la siempre creciente eficacia de nuestro aparato bélico, todo esto permitió alcanzar una intensa concentración de la autoridad constitucional. Sin embargo, lo que hizo el mando de Oriente Próximo fue mucho menos de lo que se le ordenó y lo que todos deseábamos. Para apreciar las limitaciones de la actividad humana debemos recordar que estaban ocurriendo muchas cosas en distintos sentidos

y al mismo tiempo. Sin embargo, sigue pareciéndome increíble que no hayamos podido convertir la bahía de Souda en una ciudadela anfibia fortificada por toda Creta.

La invasión italiana de Grecia desde Albania fue otro serio revés para Mussolini. El primer ataque fue repelido con muchas pérdidas, y los griegos contraatacaron de inmediato. El ejército griego, al mando del general Papagos, demostró mayor destreza en la guerra de montaña, en la que resultó más hábil y más aventajado que su enemigo. A finales de año, gracias a su habilidad, los italianos tuvieron que desplazarse cincuenta kilómetros detrás de la frontera albanesa a lo largo de todo el frente. Durante varios meses, veintisiete divisiones italianas quedaron inmovilizadas en Albania por dieciséis divisiones griegas. La notable resistencia griega contribuyó en gran medida a animar a los demás países balcánicos y el prestigio de Mussolini se hundió.



La victoria del desierto, de diciembre de 1940 a enero de 1941



El avance desde Tobruk

Pero todavía hay más. Edén regresó el ocho de noviembre y vino a verme esa noche, después de que comenzara el habitual ataque aéreo. Traía un secreto celosamente guardado que ya me habría gustado conocer antes. Sin embargo, no había ocurrido nada grave. Edén reveló, con bastante detalle, a un círculo selecto que incluía al jefe del Estado Mayor del Imperio y al general Ismay, el plan ofensivo que habían concebido y preparado el general Wavell y el general Wilson. Ya no hacía falta esperar que los italianos atacaran nuestras líneas fortificadas de Marsá Matru, para cuya defensa se habían hecho tan largos e ingeniosos preparativos sino que, por el contrario, en un plazo de aproximadamente un mes atacaríamos nosotros mismos.

A todos nos produjo una gran satisfacción. Yo ronroneé como seis gatos. Esto era algo que merecía la pena hacer. En ese mismo momento se decidió, dependiendo de la conformidad de los jefes del Estado Mayor y el gabinete de Guerra, autorizar de inmediato y brindar todo el apoyo posible a esta empresa espléndida. A su debido tiempo se presentaron las propuestas al gabinete de Guerra. Yo estaba dispuesto a presentar el caso, o a que alguien lo presentara, pero cuando mis colegas supieron que los generales estuvieron totalmente de acuerdo con Edén y conmigo en el acto, y los jefes del Estado Mayor también, declararon que no querían conocer los detalles del plan, que cuantas menos personas los conocieran mejor, y que aprobaban sin reservas la política general de la ofensiva. El gabinete de Guerra adoptó esta actitud en varias ocasiones importantes, y lo hago constar aquí para que sirva de precedente por si en algún momento futuro surgen peligros y dificultades similares.

Aunque en teoría la flota italiana todavía nos superaba ampliamente en número, se habían producido importantes mejoras en nuestra fuerza en el Mediterráneo. Durante septiembre, el *Valiant*, el portaaviones *Illustrious* con su cubierta blindada, y dos cruceros antiaéreos atravesaron el Mediterráneo sin problemas para unirse al almirante Cunningham en Alejandría. Hasta ese momento, sus barcos siempre habían sido observados y a menudo bombardeados por la Fuerza Aérea italiana, enormemente superior. El *Illustrious*, con sus modernos cazas y el último equipo de radar, como fue abatiendo patrullas y atacantes, mantuvo en secreto nuestros movimientos, lo que nos proporcionó una ventaja oportuna.

Hacía tiempo que el almirante quería atacar la flota italiana, fondeada en su base principal en Tarento. El ataque se produjo el once de noviembre y fue el momento culminante de una serie de operaciones muy bien concertadas. Tarento está situado en el talón de Italia, a quinientos quince kilómetros de Malta. Su espléndido puerto estaba muy bien defendido contra todas las formas modernas de ataque. La llegada a Malta de algunos aparatos de reconocimiento rápido nos permitió distinguir a nuestra presa. Los aviones del *Illustrious* despegaron poco después del anochecer desde un punto situado a unos doscientos setenta kilómetros de Tarento. La batalla se prolongó una hora, sembrando el fuego y la destrucción entre los barcos italianos. A pesar del duro fuego antiaéreo, sólo derribaron dos aviones nuestros; los demás volvieron sanos y salvos.

Sólo con este golpe, el equilibrio del poderío naval en el Mediterráneo dio un vuelco decisivo. Las fotografías aéreas mostraron que habían sido torpedeados tres acorazados, entre ellos el *Littorio*, que era nuevo; se supo también que le habían dado a un crucero y que habían causado muchos daños en el astillero. La mitad de la flota de guerra italiana estuvo averiada durante seis meses por lo menos y el brazo aéreo de la flota podía alegrarse de haber aprovechado, con su valiente hazaña, una de las pocas oportunidades que tuvo.

A este acontecimiento se le puede añadir un toque irónico: ese mismo día, la Fuerza Aérea italiana, por deseo expreso de Mussolini, había participado en el ataque aéreo a Gran Bretaña. Una fuerza italiana de bombarderos escoltados por alrededor de sesenta cazas trató de bombardear los convoyes aliados que estaban en el río Medway, pero los interceptaron nuestros cazas, que derribaron ocho bombarderos y cinco cazas. Fue su primera y última intervención en nuestros asuntos internos. Les habría convenido mucho más defender su flota en Tarento.

Durante un mes o más, todas las tropas que iban a participar en nuestra ofensiva en el desierto ensayaron los papeles especiales que tenían que desempeñar en este ataque tan complicado. Sólo un círculo reducido de oficiales conocía el plan en su totalidad, y no se puso casi nada por escrito. El seis de diciembre, nuestro flaco

ejército, bronceado, curtido por el desierto y totalmente mecanizado, compuesto por unos veinticinco mil hombres, se adelantó más de sesenta y cinco kilómetros y permaneció inmóvil todo el día siguiente sobre la arena del desierto sin que la Fuerza Aérea italiana se percatara de su presencia. Volvieron a avanzar rápidamente el ocho de diciembre y esa noche, por primera vez, les dijeron a las tropas que no se trataba de unas maniobras en el desierto sino de «una batalla de verdad». Al amanecer del día nueve comenzó la batalla de Sidi Barrani.

No pretendo describir aquí la lucha compleja y dispersa que ocupó los cuatro días siguientes en una región de más de quince mil kilómetros cuadrados. Todo fue bien; siguieron combatiendo hasta el día diez inclusive, y a las diez de la mañana el batallón de Coldstream comunicó que les resultaba imposible contar los prisioneros porque eran muchísimos, pero que «había alrededor de dos hectáreas de oficiales y más de ochenta hectáreas de los demás rangos». A Downing Street me llegaban comunicaciones de hora en hora desde el campo de batalla. Era difícil comprender exactamente lo que ocurría, pero la impresión general era favorable; recuerdo que me llamó la atención un mensaje de un joven oficial de un carro de combate de la 7.ª División blindada: «Hemos llegado a la segunda B de Bugbug». Sidi Barraní fue capturado por la tarde del día diez, y el quince de diciembre ya no quedaban tropas enemigas en Egipto.

Nuestro siguiente objetivo fue Bardiya. Dentro de su perímetro, de veintisiete kilómetros de extensión, se encontraba la mayor parte de cuatro divisiones italianas más. Contaba entre sus defensas con una zanja anticarro permanente y con alambradas con blocaos de hormigón de vez en cuando y, detrás de esto, una segunda línea de fortificaciones. El asalto a esta considerable fortaleza requería preparación y, para completar este episodio de victoria en el desierto, tendré que entrar en el nuevo año. El ataque comenzó a primeras horas del tres de enero. Un batallón australiano, cubierto por una fuerte concentración de artillería, se apoderó de una posición en el perímetro occidental. Detrás de ellos los ingenieros rellenaron la zanja anticarro. Dos brigadas australianas lanzaron el ataque y avanzaron hacia el este y hacia el sureste. Por entonces cantaban una canción de una película estadounidense que después también se hizo popular en Gran Bretaña:

«Vamos a ver al mago
al maravilloso mago de Oz.
Dicen que el mago es un hacha
Y que como él no hay dos.»

Esta melodía siempre me recuerda esa época llena de optimismo. La tarde del día cuatro entraron en Bardiya los carros británicos (apodados «Matilda») con el apoyo

de la infantería, y antes de que comenzara el día cinco la defensa se había rendido. Se capturaron cuarenta y cinco mil prisioneros y 462 cañones.

Al día siguiente, el seis de enero, había quedado aislado Tobruk, aunque no se podía lanzar el ataque hasta el veintiuno de enero. A primeras horas de la mañana siguiente cesó toda resistencia. Los prisioneros sumaron casi treinta mil, con 236 cañones. En seis semanas el ejército del desierto avanzó más de trescientos veinte kilómetros en un territorio donde no había ni agua ni alimentos, tomó por asalto dos puertos de mar bien fortificados, que contaban con defensas aéreas y marítimas permanentes y capturó ciento trece mil prisioneros y más de setecientos cañones. El gran Ejército italiano, que había invadido y esperaba conquistar Egipto, apenas existía ya como fuerza militar, y sólo las dificultades imperiosas de distancia y provisiones retrasaron un avance británico indefinido hacia el oeste.

A medida que nos acercábamos al final del año cobramos plena conciencia de sus luces y sus sombras. Estábamos vivos. Habíamos derrotado a la Fuerza Aérea alemana. No habían invadido nuestra isla. El Ejército nacional era más poderoso. Londres había soportado triunfalmente todas las pruebas. Todo lo relacionado con nuestro dominio del espacio aéreo sobre nuestra propia isla mejoraba rápidamente. La difamación de los comunistas que obedecían órdenes de Moscú farfullaba acerca de una guerra imperialista capitalista. Pero las fábricas bullían de actividad y toda la nación británica trabajaba duro, día y noche, entusiasmada por una ola de alivio y orgullo. Resplandecía la victoria en el desierto libio y, al otro lado del Atlántico, la gran república se acercaba cada vez más a sus obligaciones y en nuestra ayuda.

Estoy seguro de que podemos calificar este año tremendo como el más espléndido, y también el más mortal, en nuestra larga historia inglesa y británica. Una gran Inglaterra, organizada de forma curiosa, destruyó a la Armada Invencible. Una intensa llama de convicción y resolución nos impulsó durante los veinticinco años del conflicto que enfrentó a Guillermo III y Marlborough con Luis XIV. Hubo una época famosa con Chatham. Estuvo la larga lucha contra Napoleón, en la que conseguimos sobrevivir gracias al predominio marítimo de la Armada británica bajo el liderazgo clásico de Nelson y sus colegas. Un millón de ciudadanos británicos murieron en la primera guerra mundial. Pero no hubo nada peor que 1940. A finales de ese año, esta isla pequeña y antigua, con su comunidad de Naciones, sus dominios y sus añadidos bajo todos los cielos, demostró ser capaz de soportar todo el impacto y el peso del destino mundial. Sin rechistar ni titubear, y sin fallar. El espíritu del pueblo y de la raza británica demostró ser invencible. El baluarte de la Commonwealth y el imperio no pudo ser tomado por asalto. Solos, aunque con el apoyo de todos los latidos generosos de la humanidad, desafiamos al tirano en el momento culminante de su triunfo.

Toda nuestra fuerza latente estaba viva. Ya sabíamos lo que era el terror aéreo. La

isla era intangible, inviolable. De allí en adelante nosotros también tendríamos armas con las que luchar. De allí en adelante también nosotros seríamos una máquina bélica sumamente organizada. Le habíamos demostrado al mundo que éramos capaces de defender lo que era nuestro. La cuestión de que Hitler dominara el mundo tenía dos aspectos. Gran Bretaña, a la que tantos habían descartado, seguía luchando, mucho más fuerte que nunca, y cada día más. El tiempo había vuelto a ponerse de nuestra parte, y no sólo del lado de nuestro país. Estados Unidos se estaba armando rápidamente y cada vez se acercaba más al conflicto. La Rusia soviética que, por un cruel error de cálculo, nos juzgó inútiles al estallar la guerra y le compró a Alemania una inmunidad efímera y una parte del botín, también se había vuelto más fuerte y se había asegurado posiciones avanzadas para su propia defensa. De momento, Japón parecía intimidado por la perspectiva evidente de una guerra mundial prolongada y, observando con ansiedad a Rusia y Estados Unidos, meditaba profundamente sobre lo que le resultaba prudente y provechoso hacer.

Esta Gran Bretaña y los distantes estados y dependencias relacionados con ella, que les había parecido que estaban a un paso de la ruina, con el corazón a punto de traspasarse, hacía quince meses que se concentraban en el problema de la guerra, entrenando a sus hombres y dedicando a la lucha la variedad infinita de sus vitalidades. Atónitos y aliviados, los países neutrales más pequeños y los estados subyugados veían que las estrellas seguían brillando en el cielo. La esperanza y, con ella la pasión, volvían a renacer en el corazón de cientos de millones de hombres. La buena causa triunfaría. El mal ya no sería pisoteado. La bandera de la libertad, que en esta hora fatídica era la bandera británica, seguiría ondeando hacia todos los vientos.

Pero ni a mí ni a mis fieles colegas, preocupados por obtener la información exacta en el momento cumbre, no nos faltaban las preocupaciones. La sombra del bloqueo de los submarinos alemanes ya proyectaba sobre nosotros su frialdad. Todos nuestros planes dependían de que se derrotara esta amenaza. Se había perdido la batalla de Francia. Se había ganado la batalla de Inglaterra. Ahora había que librar la batalla del Atlántico.

Capítulo XVI

LA GUERRA SE EXTIENDE

Con el nuevo año, establecí contactos más íntimos con el presidente Roosevelt. Ya lo había saludado por las fiestas, y el diez de enero de 1941 vino a verme un caballero a Downing Street con las más altas credenciales. Habíamos recibido telegramas de Washington diciendo que se trataba del confidente y el representante personal más íntimo del presidente. Por tanto, dispuse que fuera a recibirlo Brendan Bracken a su llegada al aeropuerto de Poole y que comiéramos juntos, los dos solos, al día siguiente. Así conocí a ese hombre extraordinario que es Harry Hopkins, que desempeñó un papel en ocasiones decisivo en todo el movimiento bélico. Era un alma que refulgía en un cuerpo delicado. Era un faro que se desmoronaba del que salían los haces de luz que conducían a buen puerto a las grandes flotas. Además, estaba dotado de un sentido del humor sardónico. Siempre disfruté de su compañía, sobre todo cuando las cosas iban mal, aunque también podía ser muy desagradable y decir cosas duras y agrias. Mis experiencias me enseñaban a hacer lo mismo, si era necesario.

En nuestra primera entrevista estuvimos juntos tres horas, y en seguida capté su dinamismo personal y la notable importancia de su misión. Era el momento culminante del bombardeo de Londres y teníamos que resolver muchos problemas locales. Pero yo tenía muy claro que se trataba de un enviado del presidente y que tenía una suma importancia para nuestra vida. Con los ojos brillantes y un entusiasmo tranquilo y limitado, dijo:

—El presidente tiene muy claro que vamos a ganar la guerra juntos. No se equivoque al respecto.

»Me ha enviado para decirle que, a toda costa y por todos los medios, lo ayudará a salir adelante, sin importarle lo que sea de él; no hay nada que no esté dispuesto a hacer dentro de sus posibilidades».

Todos los que estuvieron en contacto con Harry Hopkins en la larga lucha confirmarán lo que acabo de comentar sobre su notable personalidad. Desde ese momento, se estableció entre nosotros una amistad que sobrevivió serenamente a todos los terremotos y convulsiones. Era el canal de comunicación más fiel y más perfecto entre el presidente y yo. Pero fue mucho más que eso ya que, durante varios años, fue el principal apoyo e impulsor del propio Roosevelt. Estos dos hombres juntos, uno de ellos un subordinado sin ningún cargo público y el otro, al frente de la poderosa república, fueron capaces de tomar decisiones que tuvieron las máximas consecuencias en todo el ámbito del mundo de habla inglesa. Sin duda, Hopkins cuidaba celosamente su influencia personal con su jefe y no estimulaba a sus competidores estadounidenses. Por consiguiente, en cierto modo, confirmaba el verso

del poeta Gray: «El favorito no tiene amigos». Pero esto no era asunto mío. Allí estaba él delgado, delicado, enfermo, pero absolutamente resplandeciente con su refinado conocimiento de la causa, que era la derrota, la destrucción y la muerte de Hitler excluyendo cualquier otro objetivo o meta. En la historia de Estados Unidos ha habido pocas llamas más brillantes.

Harry Hopkins siempre llegaba a la raíz de la cuestión. He asistido a varias conferencias importantes, en las que se reunían veinte o más de los personajes ejecutivos más relevantes. Cuando el debate decaía y todos parecían desconcertados, él espetaba la pregunta certera: «Sin duda, señor presidente, éste es el punto que tenemos que resolver. ¿Nos lo vamos a plantear o no?». El punto siempre se planteaba y, una vez planteado, se resolvía. Era un verdadero líder, y por su entusiasmo y su ingenio en tiempos de crisis pocos lo han superado. Su amor por la causa de los débiles y los pobres era equiparable a su pasión contra la tiranía, sobre todo cuando ésta desempeñaba el papel triunfal.

Mientras tanto, prosiguió el bombardeo de Londres aunque con una diferencia. A finales de 1940 Hitler se dio cuenta de que no podría destruir Gran Bretaña con un ataque aéreo directo. La batalla de Gran Bretaña había sido su primera derrota, ya que el bombardeo malvado de las ciudades no consiguió intimidar ni a la nación ni a su gobierno. Los preparativos para invadir Rusia a principios del verano de 1941 absorbieron buena parte del poderío aéreo alemán. Los numerosos ataques muy serios que sufrimos hasta finales de mayo ya no representaban toda la potencia del enemigo. Fueron sumamente dolorosos para nosotros, pero dejaron de serlo que más preocupaba al Alto Mando alemán o al *führer*. Para Hitler, continuar los ataques aéreos sobre Gran Bretaña constituía una tapadera necesaria y conveniente para la concentración contra Rusia. Según sus optimistas planes, los soviéticos, al igual que los franceses, serían derrotados en una campaña de seis semanas, y entonces todas las fuerzas alemanas quedarían disponibles para acabar definitivamente con Gran Bretaña en el otoño de 1941. Mientras tanto, habría que desgastar a este país terco, en primer lugar mediante la combinación del bloqueo de los submarinos alemanes con el apoyo de la aviación de largo alcance, y en segundo lugar mediante ataques aéreos a sus ciudades y sobre todo a sus puertos. Para el Ejército alemán, el «León marino» (contra Gran Bretaña) fue sustituido por «Barbarroja» (contra Rusia). La Armada alemana recibió órdenes de concentrarse en nuestro tráfico atlántico y la Fuerza Aérea alemana en nuestros puertos y sus vías de acceso. Este plan era mucho más mortífero que el bombardeo indiscriminado de Londres y la población civil, y fue una suerte para nosotros que no se llevara a cabo con todas las fuerzas disponibles ni con mayor persistencia.

Durante enero y febrero, el enemigo se vio frustrado por el mal tiempo y, aparte

de los ataques a Cardiff, Portsmouth y Swansea, nuestros servicios de defensa civil ganaron un merecido respiro, del que no dejaron de sacar provecho. Pero cuando volvió el buen tiempo reanudaron el *blitz* con entusiasmo. Lo que en ocasiones se denominó «el paseo de la Luftwaffe por los puertos» comenzó a principios de marzo. Eran ataques simples o dobles que, a pesar de su gravedad, no consiguieron inutilizar nuestros puertos. El día ocho y durante tres noches sucesivas atacaron Portsmouth y causaron daños en los muelles. El día once atacaron Manchester y Salford. Las noches siguientes le llegó el turno a Merseyside. Los días trece y catorce la Luftwaffe atacó por primera vez con intensidad el Clyde, matando o hiriendo a más de dos mil personas y dejando inutilizados los astilleros, algunos hasta junio y otros hasta noviembre. Pero lo peor no cayó hasta abril. El día ocho, la concentración fue en Coventry y, en el resto del país, el peor impacto lo recibió Portsmouth. Londres sufrió intensos ataques el dieciséis y el diecisiete; murieron más de dos mil trescientas personas y más de tres mil quedaron gravemente heridas. Entonces, el enemigo se dedicó a destruir la mayoría de nuestros puertos principales mediante ataques que, en algunos casos, se prolongaron toda una semana. Bristol quedó destrozado. Plymouth sufrió ataques desde el veintiuno hasta el veintinueve de abril y, aunque pudo salvar los astilleros utilizando incendios como señuelos, lo consiguió a expensas de la ciudad. El momento culminante se produjo el uno de mayo, cuando Liverpool y el Mersey fueron atacados durante siete noches seguidas. Setenta y seis mil personas quedaron sin hogar y tres mil murieron o resultaron heridas. De un total de ciento cuarenta y cuatro fondeaderos, sesenta y nueve quedaron inutilizados, y durante un tiempo el tonelaje descargado se redujo a una cuarta parte. Si el enemigo hubiera persistido, la batalla del Atlántico habría sido mucho más difícil. Pero, como siempre, se echó atrás. Durante dos noches causó destrozos en Hull, donde cuarenta mil personas perdieron sus viviendas, las tiendas de alimentación fueron destrozadas y las obras de ingeniería de la Infantería de Marina quedaron inutilizadas durante casi dos meses. Ese mismo mes volvió a atacar Belfast, que ya había recibido dos ataques.

Pero el peor ataque fue el último. El diez de mayo, el enemigo regresó a Londres con bombas incendiarias. Provocó más de dos mil incendios y, como destrozó casi ciento cincuenta tuberías de agua, a lo que hay que añadir el bajo caudal del Támesis, no pudimos apagarlos. Según los informes, a las seis de la mañana del día siguiente todavía quedaban centenares de fuegos fuera de control, de los que cuatro seguían ardiendo la noche del día trece. Fue el ataque más destructivo de todo el *blitz*. Fueron alcanzados cinco muelles y setenta y un puntos claves, la mitad de los cuales eran fábricas. Todas las principales estaciones ferroviarias menos una estuvieron bloqueadas durante semanas, y las rutas directas no se abrieron del todo hasta principios de junio. Más de tres mil personas murieron o resultaron heridas. También fue histórico en otros aspectos. Destruyó la cámara de los Comunes. Una sola bomba

provocó un destrozo que duró años. Sin embargo, tuvimos la suerte de que la Cámara estuviera vacía. Por su parte, nuestras baterías y los cazas nocturnos destruyeron dieciséis aviones enemigos, el máximo logrado hasta entonces en un combate nocturno.

Aunque no lo sabíamos, ésta fue la última aventura del enemigo. El veintidós de mayo Kesselring trasladó a Posen el cuartel general de su flotilla aérea, y a comienzos de junio toda la fuerza se había desplazado hacia el este. Tendrían que pasar tres años antes de que la organización de nuestra defensa civil en Londres tuviera que hacer frente al «mini *blitz*» de febrero de 1944 y la posterior masacre provocada por los cohetes y las bombas volantes. En los doce meses transcurridos desde junio de 1940 hasta junio de 1941, nuestras víctimas civiles sumaron 43.381 muertos y 50.856 heridos graves, lo que da un total de 94.237.

En una gran guerra no se pueden separar los aspectos militares de los políticos. En su punto más alto, son una misma cosa. Es natural que para los soldados el aspecto militar sea lo único y lo máximo, e incluso que se refieran a las consideraciones políticas con cierto desdén. También se ha confundido, o incluso empañado, la palabra «política» por su asociación con la política partidista. De modo que buena parte de la bibliografía sobre este siglo trágico está influida por la idea de que en la guerra lo único que cuenta son las consideraciones militares, y que para los soldados, que tienen una visión clara y profesional resulta un obstáculo la intromisión de los políticos que, por motivos personales o partidistas, inclinan la pavorosa balanza de la batalla. Los contactos sumamente estrechos, íntimos, que mantuve con el gabinete de Guerra y los jefes del Estado Mayor, y la falta total de sentimientos partidistas en Gran Bretaña en esta época, redujeron al mínimo estos desacuerdos.

Mientras seguía prosperando la guerra con los italianos en el noreste de África y los griegos combatían con valor en Albania, todas las noticias que nos llegaban sobre los movimientos y las intenciones alemanas demostraban, de manera cada día más clara, que Hitler estaba a punto de intervenir a gran escala en los Balcanes y el Mediterráneo. Desde comienzos de enero me di cuenta de la llegaba de la fuerza aérea alemana a Sicilia, con la consiguiente amenaza para Malta y para todas nuestras esperanzas de reanudar el tráfico por el mar interior. También temía la entrada de tropas alemanas, presumiblemente blindadas, en Trípoli. No podíamos dudar de que tenían planes para avanzar y establecer un corredor de norte a sur, a través de Italia hasta África y, al mismo tiempo y por lo mismo, interrumpir todos nuestros movimientos entre el este y el oeste del Mediterráneo.

Además de todo esto, llegó la amenaza para los países balcánicos, incluidos Grecia y Turquía, de que los tentaran o los coaccionaran para incorporarse al imperio de Hitler, o de que los conquistaran si no accedían. ¿Se reproduciría en el sureste de

Europa el mismo proceso espantoso que presenciamos en Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia? ¿Quedarían subyugados todos los estados balcánicos, incluida la heroica Grecia, uno a uno, y obligarían a Turquía, aislada, a abrir a las legiones alemanas el camino hacia Palestina, Egipto, Irak y Persia? ¿No había ninguna posibilidad de crear una unidad balcánica y un frente balcánico de modo que esta nueva agresión alemana resultara demasiado costosa para merecer la pena? ¿Acaso el hecho de que hubiera una resistencia a Alemania en los Balcanes no produciría una reacción seria y beneficiosa en la Rusia soviética? Sin duda, era ésta una esfera que afectaba a los estados balcánicos por su interés e incluso, en la medida en que permitieran que esto influyera en sus cálculos, por sus sentimientos. ¿Podíamos nosotros, desde nuestros recursos estirados al máximo aunque crecientes, encontrar la aportación externa adicional que galvanizara a todos estos estados, cuyos intereses eran básicamente los mismos, para entrar en acción por una causa común? ¿O, por el contrario, debíamos ocuparnos de nuestros propios asuntos y triunfar en nuestra campaña en el noreste de África, dejando que Grecia, los Balcanes, quizá Turquía, y todo el resto de Oriente Próximo, quedaran reducidos a ruinas?

Adoptar esta decisión tan clara habría producido un gran alivio mental; aparte de que contaba con adeptos en los libros de varios oficiales que ocupaban puestos subordinados y que nos han manifestado su opinión. Sin duda, estos escritores tienen la ventaja de señalar las desgracias que tuvimos que soportar, aunque no disponían de conocimientos suficientes para plantearse las consecuencias que habría tenido seguir la política contraria. Si Hitler hubiera sido capaz, casi sin luchar, de poner a Grecia de rodillas, de incorporar todos los Balcanes a su sistema y, además, de obligar a Turquía a permitir el paso de sus ejércitos hacia el sur y hacia el este, ¿no habría llegado a un acuerdo con los soviéticos para conquistar y repartirse estas vastas regiones postergando su inevitable enfrentamiento definitivo con ellos para la última parte de su programa? O, como es más probable, ¿no habría sido capaz de atacar antes a Rusia con más fuerza? La pregunta fundamental que investigaremos y nos plantearemos en los próximos capítulos es si el gobierno británico, con su actuación, influyó de forma decisiva, o incluso de forma apreciable, en los movimientos de Hitler en el sureste de Europa y, sobre todo, si esa actuación no tuvo consecuencias en primer lugar en el comportamiento de Rusia y, a continuación en su destino.

Durante enero y febrero, siguieron llegando buenas noticias de Oriente Próximo. Malta había sido reforzada y sobrevivió por los pelos a la primera matanza salvaje de la Fuerza Aérea alemana en Sicilia. La conquista del imperio italiano en Eritrea, Somalia y Abisinia estaba a punto de concluir. El ejército del desierto había avanzado ochocientos kilómetros en dos meses, había destruido a un ejército italiano de más de nueve divisiones y se había apoderado de Bengasi y de toda la Cirenaica. Pero a pesar

de estas victorias, las cuestiones que estaban en juego, tanto las diplomáticas como las militares, eran tan graves y complejas, y el general Wavell tenía tantas cosas en sus manos que, en la reunión del comité de Defensa que se celebró el once de febrero, se decidió enviar al ministro de Asuntos Exteriores y al general Dill, el jefe del Estado Mayor del Imperio, para que se reunieran con él en El Cairo. Desde allí, Edén, con Wavell, Dill y otros oficiales volaron a Atenas para consultar al rey de Grecia y a su gobierno. En esta reunión, el primer ministro, Korysis, le leyó una declaración que indicaba las conclusiones de las conversaciones que se habían desarrollado en el gabinete griego uno o dos días antes. Como esta declaración constituyó la base de nuestra acción, presento aquí la parte principal: «Deseo insistir de forma categórica en que Grecia, como fiel aliada, está decidida a seguir combatiendo con todas sus fuerzas hasta la victoria final. Esta determinación no se limita al caso de Italia, sino que se aplicará a cualquier agresión alemana […], sea cual fuere el resultado, y tenga Grecia o no alguna esperanza de rechazar al enemigo en Macedonia, defenderá su territorio nacional aunque sólo pueda contar con sus propias fuerzas». El gobierno griego aclaró que había tomado esta decisión antes de saber si podíamos proporcionarle alguna ayuda. Edén explicó entonces que nosotros, en Londres, con el pleno acuerdo de los comandantes en jefe en Oriente Próximo, estábamos decididos a brindarle a Grecia toda la ayuda que pudiéramos. Durante toda esa noche y al día siguiente se celebraron conferencias militares y reuniones del estado mayor, y el día veinticuatro Edén nos envió los siguientes telegramas, de la máxima importancia:

> A todos nos impresionaron mucho la franqueza y la honestidad de los representantes griegos sobre todos los asuntos tratados. Estoy seguro de que están decididos a resistir hasta el límite de sus fuerzas y de que el gobierno británico no tiene más alternativa que apoyarlos hasta las últimas consecuencias. […] Todos estamos convencidos de que hemos elegido el camino correcto y, como ya ha sonado la última hora, estábamos seguros de que no querrá que lo demoremos más para tener una referencia detallada en nuestro país. Los riesgos son grandes, pero tenemos la oportunidad de triunfar. […]

A partir de estos mensajes, que contaban con la aprobación tanto de Dill como de Wavell, el gabinete decidió aprobar las propuestas.

Eden se dirigió entonces a Ankara, donde mantuvo largas conversaciones con los turcos, de las que no da una versión alentadora. Ellos se daban cuenta de sus propios peligros tanto como nosotros, pero estaban convencidos de que las fuerzas que podíamos ofrecerles no bastarían para cambiar la situación en una batalla de verdad. Como carecían de capacidad ofensiva consideraban que el mejor servicio que le podían hacer a la causa común era mantener a Turquía al margen de la guerra hasta que solucionase sus deficiencias y se la pudiese utilizar al máximo. Si la atacaban, intervendría, evidentemente. Yo comprendía muy bien lo peligrosa que se había vuelto la posición de Turquía y que obviamente era imposible considerar que el tratado que firmamos antes de la guerra siguiera siendo vinculante en las nuevas

circunstancias. Cuando estalló la guerra, en 1939, los turcos movilizaron su ejército, que era fuerte, bueno y valiente. Pero todo esto se basaba en las condiciones de la primera guerra mundial. La infantería turca seguía siendo tan buena como siempre y su artillería de campo era importante, pero no disponían de ninguna de las armas modernas que, a partir de mayo de 1940, demostraron ser decisivas. La aviación era débil y primitiva. No tenían carros de combate ni vehículos blindados, ni tampoco los talleres para fabricarlos ni mantenerlos, ni personal entrenado, ni estados mayores para dirigirlos. Casi no tenían artillería antiaérea ni anticarro. Su servicio de transmisiones era rudimentario. No conocían el radar, ni entre sus cualidades bélicas figuraba ninguna aptitud para todos estos avances modernos.

En cambio, Bulgaria había sido equipada por Alemania con inmensas cantidades de equipo de todo tipo capturado en Francia y en los Países Bajos después de las batallas de 1940 que proporcionaron a Alemania gran cantidad de armas modernas con las que armar a sus aliados. Nosotros, en cambio, después de todo lo que perdimos en Dunkerque, teniendo que fortalecer el ejército interior contra una invasión y que enfrentar la presión permanente del *blitz* sobre nuestras ciudades, además de mantener la guerra en Oriente Próximo, sólo podíamos ofrecer pequeñas cantidades, y a costa de otras necesidades. En estas condiciones, el ejército turco en Tracia se encontraba en una seria y casi desesperada desventaja en comparación con los búlgaros. Si a este peligro le añadíamos incluso unos moderados destacamentos de fuerzas aéreas y blindadas alemanas, el peso sobre Turquía podía resultar insuperable.

La única política o esperanza durante toda esta fase de esta guerra cada vez más prolongada estaba en un plan organizado para unir las fuerzas de Yugoslavia, Grecia y Turquía, que era lo que estábamos tratando de hacer. Nuestra ayuda a Grecia se había limitado, en primer lugar, a los pocos escuadrones aéreos que se enviaron desde Egipto después del primer ataque de Mussolini. La etapa siguiente fue el ofrecimiento de unidades técnicas, que los griegos rechazaron por motivos que no eran poco razonables. Llegábamos entonces a la tercera fase, en la que parecía posible establecer un flanco seguro en el desierto, en Bengasi y más allá, y concentrar en Egipto el mayor ejército de maniobra o reserva estratégica.

Hasta entonces no habíamos tomado ninguna medida que fuera más allá de reunir la mayor reserva estratégica en el delta y hacer planes y preparativos para transportar un ejército a Grecia. Si la situación cambiaba, por un cambio de la política griega o por cualquier otro acontecimiento, teníamos que estar en la mejor posición para adaptarnos a ello. Era agradable, después de estar tan presionados, ser capaces de poner fin satisfactoriamente a las campañas en Abisinia, Somalia y Eritrea y aportar fuerzas sustanciales a nuestra «masa de maniobra» en Egipto. Aunque no se podían adivinar ni predecir las intenciones del enemigo ni las reacciones de los amigos y los

países neutrales, aparentemente disponíamos de varias opciones. El futuro seguía siendo inescrutable, pero todavía no se había lanzado ninguna división y entre tanto no se había desperdiciado ni un solo día de preparativos.

Capítulo XVII

LA BATALLA DEL ATLÁNTICO

Lo único que realmente me asustaba durante la guerra era el peligro de los submarinos alemanes. Incluso antes de la batalla aérea, ya pensaba que la invasión fracasaría. Después de lograr la victoria en el aire, la batalla nos resultó favorable; fue el tipo de batalla que, en las crueles condiciones de la guerra, uno tenía que estar satisfecho de librar. Pero ahora peligraba nuestra línea vital, incluso al otro lado del ancho océano y sobre todo en las entradas a la isla. Esta batalla me tenía más preocupado que el glorioso combate aéreo que se llamó la batalla de Gran Bretaña.

El Almirantazgo, al que me unían la amistad y el contacto más estrechos, compartía mis temores, sobre todo porque su principal responsabilidad era proteger nuestras costas de una invasión y mantener abiertas las líneas vitales con el mundo exterior. La Armada siempre lo había aceptado como su máxima, sagrada e ineludible obligación, de modo que nos pusimos a pensar juntos en este problema. No adoptó la forma de brillantes batallas ni de fastuosos logros, sino que se manifestó por medio de estadísticas, diagramas y curvas desconocidas para la nación e incomprensibles para el público.

¿Hasta qué punto la guerra con los submarinos alemanes reduciría nuestras importaciones y nuestro transporte? ¿Llegaría alguna vez hasta el extremo de acabar con nuestra vida? Esto no podía quedar librado a gestos ni a sensaciones, sino sólo al trazado lento y frío de líneas en un mapa, que indicaban la posibilidad de un estrangulamiento. En comparación con esto, no tenían ningún valor los valientes ejércitos dispuestos a saltar sobre el invasor, ni un buen plan de guerra en el desierto. El espíritu elevado y fiel de las personas no contaba para nada en este ámbito sombrío. O los alimentos, los suministros y las armas procedentes del Nuevo Mundo y del imperio británico llegaban del otro lado del océano o no lo conseguían. Con todo el litoral marítimo en sus manos, desde Dunkerque hasta Burdeos, los alemanes no perdieron tiempo en establecer bases para sus submarinos y sus aviones cooperantes en el territorio capturado. Desde julio en adelante nos vimos obligados a desviar nuestros transportes de los accesos al sur de Irlanda, donde evidentemente no teníamos autorización para estacionar aviones de combate. Todo tenía que llegar desde Irlanda del Norte. Allí, por la gracia de Dios, el Ulster era un centinela fiel. El Mersey y el Clyde eran los pulmones que nos permitían respirar. En la costa este y en el canal de la Mancha se seguía cubriendo el trayecto con embarcaciones pequeñas, bajo el ataque cada vez más intenso desde el aire, con lanchas de cabotaje alemanas y con minas, y el paso de cada convoy entre el Forth y Londres se convirtió casi todos los días en una operación en sí misma.

Las pérdidas sufridas por nuestros buques mercantes alcanzaron la máxima gravedad durante los doce meses comprendidos entre julio de 1940 y julio de 1941, cuando podríamos decir que se ganó la batalla británica del Atlántico. La semana que finalizó el veintidós de septiembre de 1940 fue la peor desde el comienzo de la guerra, y se produjeron más hundimientos que en ningún período similar de 1917. La presión crecía sin cesar y nuestras pérdidas superaban peligrosamente la cantidad de elementos nuevos. Los vastos recursos de Estados Unidos iban entrando en acción lentamente. Ya no podíamos esperar una entrega imprevista de barcos, como la que se produjo después de la invasión de Noruega, Dinamarca y los Países Bajos en la primavera de 1940. Se hundieron veintisiete barcos, muchos de ellos en un convoy de Halifax, y en octubre otro convoy atlántico fue masacrado por submarinos alemanes que hundieron veinte barcos de un total de treinta y cuatro. A medida que nos acercábamos a noviembre y diciembre, las entradas y los estuarios del Mersey y el Clyde excedieron la suma mortal de todos los demás factores de la guerra. Evidentemente, a estas alturas podríamos habernos lanzado sobre la Irlanda de De Valera y recuperado los puertos del sur con la fuerza de las modernas armas. Siempre había declarado que lo único que me haría hacer una cosa así sería el instinto de supervivencia. Pero con esta medida tan dura lo único que se conseguiría sería un pequeño respiro. El único remedio seguro era garantizar la salida y la entrada al Mersey y el Clyde sin obstáculos. Todos los días cuando se reunían, los pocos que sabían se miraban los unos a los otros. Uno comprende al submarinista que se encuentra en las profundidades del mar y que depende en cada minuto de su tubo de aire. ¿Qué sentiría al ver que lo estaba mordiendo un cardumen cada vez mayor de tiburones? ¡Y peor todavía si no tuviera ninguna posibilidad de que lo izaran a la superficie! Para nosotros no había superficie. El submarinista eran cuarenta y seis millones de personas en una isla superpoblada, que emprendían el extenso negocio de la guerra con todo el mundo ancladas por la naturaleza y la gravedad en el fondo del mar. ¿Qué podían hacerle los tiburones a su tubo de aire? ¿Cómo podía protegerse de ellos o destruirlos?

El ataque de los submarinos alemanes presentaba otro aspecto. Lo primero que pensó el Almirantazgo, naturalmente, fue conducir los barcos a puerto, sanos y salvos, y calculaba su éxito por el mínimo de hundimientos. Pero ahora la prueba ya no iba así. Todos nos dábamos cuenta de que la vida y el esfuerzo bélico del país dependían por igual del peso de las importaciones que hubieran llegado a salvo a puerto. En la semana que acabó el ocho de junio, durante el apogeo de la batalla en Francia, hicimos entrar en el país alrededor de un millón y cuarto de toneladas de carga sin contar el petróleo. A partir de esta cifra máxima, las importaciones disminuyeron a finales de julio a menos de 750.000 toneladas por semana. A pesar de las mejoras sustanciales realizadas en agosto, el promedio semanal volvió a disminuir

y, en los tres últimos meses del año, fue de poco más de 800.000 toneladas. Este grave descenso de las importaciones me preocupaba cada vez más. A mediados de febrero de 1941 le envié un mensaje al Primer Lord: «*Veo que en enero la entrada de barcos con carga fue inferior a la mitad que en enero del año pasado*.».

Tanto la propia magnitud y la mejora de nuestras medidas de protección (convoyes, desvíos, desmagnetización, eliminación de minas, evitar el Mediterráneo), como el alargamiento en el tiempo y la distancia de la mayoría de los viajes, y los retrasos en los puertos debidos a los bombardeos y los apagones redujeron la capacidad operativa de nuestro transporte todavía más que las propias pérdidas. Cada semana nuestros puertos se congestionaban más y nos atrasábamos más. A principios de marzo se habían acumulado más de 2.600.000 toneladas de barcos averiados, de las que más de la mitad estaban inmovilizadas por la necesidad de reparaciones.

Al azote de los submarinos alemanes hubo que añadir poco después los ataques aéreos en pleno océano por parte de aviones de largo alcance, de los que el Focke-Wulf 200, conocido como «el cóndor», era el más formidable, aunque afortunadamente al principio fueron bastante pocos. Podían despegar de Brest o de Burdeos, volar alrededor de la isla británica, reabastecerse de combustible en Noruega y emprender el viaje de regreso al día siguiente. En el trayecto veían allá abajo, entrando o saliendo, los grandes convoyes de cuarenta o cincuenta barcos a los que nos habíamos visto obligados a recurrir por la falta de escolta. Entonces atacaban estos convoyes, o los barcos que iban aparte, con sus bombas destructoras, o indicaban su posición a los expectantes submarinos que se dirigían hacia ellos para interceptarlos.

Estaban en servicio poderosos cruceros alemanes. El *Scheer* se encontraba entonces en el Atlántico meridional y se dirigía hacia el índico. En tres meses destruyó diez barcos, sesenta mil toneladas en total, y después consiguió regresar a Alemania. El *Hipper* se había refugiado en Brest. A finales de enero los cruceros de combate *Scharnhorst* y *Gneisenau*, después de que les repararan las averías que les provocaron en Noruega, recibieron órdenes de hacer una incursión en el Atlántico septentrional, mientras que el *Hipper* asaltaba la ruta desde Sierra Leona. Durante una travesía de dos meses hundieron o capturaron veintidós barcos, con un total de 115.000 toneladas. El *Hipper* cayó sobre un convoy que regresaba a su puerto de origen, cerca de las Azores, al que todavía no se le había incorporado una escolta, y en un ataque salvaje que duró una hora destruyó siete de sus diecinueve barcos sin hacer ningún intento por rescatar a los supervivientes; dos días después estaba de regreso en Brest. A causa de estas naves extraordinarias nos veíamos obligados a utilizar en los convoyes a casi todos los principales barcos británicos disponibles. Hubo una época en la que el comandante en jefe de la flota nacional no disponía más que de un acorazado.

El *Bismarck* todavía no se encontraba en actividad. El Almirantazgo alemán debería de haber esperado a que estuvieran acabados, tanto él como su consorte el *Tirpitz*. Lo mejor que podía hacer Hitler con estos dos gigantescos acorazados era mantenerlos listos en el Báltico y dejar que, de vez en cuando, se filtraran rumores de una incursión inminente. De este modo nos habríamos visto obligados a mantener concentrados en Scapa Flow, o cerca de allí, casi todos los barcos nuevos que teníamos, y él habría tenido la ventaja de escoger el momento sin la tensión de tener que estar siempre listo. Como a los barcos hay que someterlos a una reparación periódica, a nosotros nos habría resultado casi imposible mantener un margen razonable de superioridad y cualquier accidente serio habría acabado con él.

Día y noche, mi pensamiento no se apartaba de este problema aterrador. A estas alturas, mi única esperanza de una victoria segura dependía de nuestra capacidad para librar una guerra larga e indefinida hasta conseguir una abrumadora superioridad aérea y probablemente que otras grandes potencias se pusieran de nuestro lado. Pero este peligro mortal para nuestras líneas vitales me carcomía las entrañas. A principios de marzo el almirante Pound informó al gabinete de Guerra de una cantidad excepcional de hundimientos. Yo ya había visto las cifras y después de nuestra reunión, que se celebró en el despacho del primer ministro en la cámara de los Comunes, le dije a Pound: «Tenemos que elevar esta cuestión al plano más alto, por encima de todo lo demás. Voy a proclamar la “batalla del Atlántico”». Esto, al igual que la presentación de la «batalla de Gran Bretaña», nueve meses atrás, era una señal que pretendía que todos los pensamientos y todos los departamentos involucrados se concentraran en la guerra de submarinos.

Para seguir esta cuestión con la máxima atención personal posible y para dar las indicaciones oportunas que eliminaran dificultades y obstáculos y obligaran a intervenir a la mayor cantidad de departamentos y ramas involucrados, creé el comité de la batalla del Atlántico. Las reuniones de este comité se celebraban una vez por semana y a ellas asistían todos los ministros y altos funcionarios involucrados, tanto militares como civiles. Por lo general no duraban menos de dos horas y media. Se repasaba todo el escenario y todo se discutía; no se retrasaba nada por falta de decisión. A través de los vastos círculos de nuestra maquinaria bélica, que abarcaba a miles de hombres capaces y abnegados, se estableció una nueva proporción, y desde cientos de ángulos se concentraba la mirada escrutadora de nuestros ojos.

Entonces los submarinos alemanes comenzaron a utilizar nuevos métodos, que se hicieron conocer como las tácticas «de las manadas de lobos». Consistían en ataques desde distintas direcciones por parte de varios submarinos que actuaban de forma conjunta. A estas alturas se solían hacer de noche, sobre la superficie y a toda velocidad. Los únicos que podían alcanzarlos eran los destructores, puesto que el

sonar era prácticamente impotente. La solución no consistía en multiplicar las escoltas rápidas sino sobre todo en desarrollar un sistema de radar eficaz que nos advirtiera de su acercamiento. Los científicos, los marinos y los aviadores hacían todo lo posible pero los resultados llegaban con lentitud. También necesitábamos un arma aérea capaz de hundir a los submarinos que salieran a la superficie y tiempo para entrenar a nuestras fuerzas para usarla. Cuando por fin conseguimos solucionar estos dos problemas los submarinos reanudaron los ataques bajo el agua, en los que podíamos ocuparnos de ellos con nuestros viejos métodos, tan comprobados. Pero esto no se consiguió hasta pasados otros dos años.

Mientras tanto, la nueva táctica de la «manada de lobos», inspirada por el almirante Dónitz, el jefe del servicio de submarinos, que había sido capitán de submarinos en la guerra anterior, fue aplicada con energía por el temible Prien y los demás grandes comandantes de submarinos. Pero hubo represalias. El ocho de marzo el U.47 de Prien fue hundido con él y toda la tripulación por el destructor *Wolverine*, y nueve días después hundieron el U.99 y el U.100 cuando participaban juntos en el ataque a un convoy. Los comandantes de ambos eran oficiales notables, y la eliminación de estos tres hombres capaces tuvo consecuencias importantes sobre el desarrollo de la lucha. Hubo pocos comandantes de submarinos después de ellos que estuvieran a su altura por su inflexible capacidad y por su audacia. En marzo hundimos cinco submarinos alemanes en las vías de acceso del oeste, y aunque ellos nos infligieron unas pérdidas tremendas, un total de 243.000 toneladas, y perdimos 113.000 toneladas más por ataques aéreos, podríamos decir que el primer asalto de la batalla del Atlántico acabó en tablas.

Como las vías de acceso del oeste les resultaban demasiado peligrosas, los submarinos se desplazaron más hacia el oeste, a aguas a las que sólo podían llegar unas pocas escoltas de nuestras flotillas, puesto que no teníamos acceso a los puertos del sur de Irlanda y donde la cobertura aérea era imposible. Las escoltas procedentes del Reino Unido sólo podían proteger nuestros convoyes a lo largo de una cuarta parte de la ruta a Halifax, aproximadamente. A principios de abril una «manada de lobos» atacó un convoy a 28° de longitud oeste antes de que llegara la escolta; hundieron a diez de los veintidós barcos y sólo se perdió un submarino alemán. De algún modo teníamos que buscar la manera de ampliar nuestro alcance; de lo contrario teníamos los días contados.

Entre Canadá y Gran Bretaña están las islas de Terranova, Groenlandia e Islandia. Todas se encuentran cerca del flanco de la ruta más corta o de círculo máximo entre Halifax y Escocia. Unas fuerzas con bases en estos puntos intermedios podrían controlar toda la ruta por sectores. Groenlandia carecía completamente de recursos pero de las otras dos islas se podía sacar provecho rápidamente. Alguien dijo que «quien posea Islandia tendrá una pistola apuntando a Inglaterra, Estados Unidos y

Canadá». Con esta idea, precisamente, y con el consentimiento de su pueblo, ocupamos Islandia cuando Dinamarca fue invadida en 1940, y en abril de 1941 establecimos bases para nuestros grupos de escolta y nuestra aviación. Desde allí ampliamos el alcance de las escoltas de superficie hasta los 35° oeste. De todos modos, quedó una brecha de mal agüero hacia el oeste, que por el momento no se podía salvar. En mayo, un convoy de Halifax recibió un duro ataque a 41° oeste y perdió nueve barcos antes de que alguien acudiera en su ayuda.

Parecía evidente que la única solución era una escolta desde el principio hasta el final, de Canadá hasta Gran Bretaña; el veintitrés de mayo el Almirantazgo invitó a los gobiernos de Canadá y Terranova a usar Saint John's, en Terranova, como base avanzada para nuestras fuerzas conjuntas de escolta. La respuesta fue inmediata, y antes de final de mes por fin se logró una escolta permanente durante toda la ruta. A partir de entonces, la Armada canadiense aceptó la responsabilidad de proteger los convoyes que se encontraban en la sección occidental de la ruta oceánica utilizando sus propios recursos. Desde Gran Bretaña y desde Islandia podíamos cubrir el resto del trayecto. Pero de todos modos nuestra fuerza disponible experimentó un peligroso descenso, y nuestras pérdidas aumentaron vertiginosamente. En el trimestre que acabó en mayo, sólo los submarinos alemanes hundieron ciento cuarenta y dos barcos, con un total de 818.000 toneladas, noventa y nueve de los cuales eran británicos.

En medio de esta creciente tensión, el presidente, con todos los poderes que le correspondían como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas que le otorgaba la Constitución estadounidense, comenzó a brindarnos apoyo militar. Estaba decidido a no permitir que los submarinos ni las lanchas alemanas se acercaran a la costa de su país y a asegurarse de que las municiones que enviaba a Gran Bretaña recorrieran por lo menos la mitad del trayecto. De unos planes elaborados hacía mucho tiempo surgió un vasto proyecto para la defensa conjunta del océano Atlántico por parte de las dos potencias de habla inglesa. Del mismo modo que nos pareció necesario establecer bases en Islandia, Roosevelt tomó medidas para instalar una base aérea propia en Groenlandia. Sabíamos que los alemanes ya habían establecido estaciones meteorológicas en la costa este, frente a Islandia. Por tanto, su medida fue oportuna. Gracias a otras decisiones, no sólo nuestros barcos mercantes sino también los de guerra que quedaran averiados durante los duros enfrentamientos en el Mediterráneo y en otros lugares pudieron repararse en los astilleros estadounidenses, lo que proporcionó un alivio inmediato y muy necesario a nuestros escasos recursos nacionales.

A principios de abril recibimos buenas noticias. El día once me cablegrafió el presidente para decirme que el gobierno de Estados Unidos ampliaría la llamada zona

de seguridad y las zonas de patrulla, que funcionaban desde las primeras etapas de la guerra, hasta una línea que abarcaba todas las aguas del Atlántico norte al oeste de los 26° de longitud oeste, aproximadamente. Para tal fin, tenía la intención de usar aviones y barcos de la Marina de guerra que tuvieran su base en Groenlandia, Terranova, Nueva Escocia, Estados Unidos, las Bermudas y las Antillas; esta zona podía ampliarse posteriormente hasta Brasil. Nos pidió que le comunicáramos en secreto el movimiento de nuestros convoyes «para que nuestras unidades de patrulla observen si hay barcos o aviones de naciones agresoras que operen al oeste de la nueva línea de las zonas de seguridad». Los estadounidenses, por su parte, darían a conocer en seguida la posición de los barcos o aviones que fueran posibles agresores si los localizaban dentro de la zona de patrullaje estadounidense. Transmití este telegrama al Almirantazgo con una profunda sensación de alivio.

El día dieciocho, el gobierno de Estados Unidos anunció la línea de demarcación entre el hemisferio oriental y el occidental al que aludía el presidente en su mensaje del once de abril. A partir de entonces, esa línea se convirtió en la frontera marítima virtual de Estados Unidos, e incluía en la esfera estadounidense todos los territorios británicos que estaban en el continente americano o cerca de él, en Groenlandia y en las Azores; poco después se extendió hacia el este, para incluir Islandia. En virtud de esta declaración, los buques de guerra estadounidenses patrullarían las aguas del hemisferio occidental y nos mantendrían informados de cualquier actividad que realizara en ellas el enemigo. Sin embargo, Estados Unidos mantenía su no beligerancia y a esta altura no podía suministrar protección directa a nuestros convoyes; esto seguía siendo responsabilidad exclusivamente británica a lo largo de todo el trayecto.

La política del presidente tuvo consecuencias duraderas, y seguimos luchando después de que nos quitaran de encima una parte importante de nuestra responsabilidad la Armada canadiense y la de Estados Unidos. Este país se aproximaba cada vez más a la guerra, y esta tendencia se aceleró todavía más con la irrupción del *Bismarck* en el Atlántico, a finales de mayo. En un mensaje transmitido el veintisiete de mayo, el mismo día en que se hundió el *Bismarck*, el presidente declaró que «sería un suicidio aguardar hasta tenerlo [al enemigo] delante de nuestra puerta. […] Por consiguiente, hemos ampliado nuestro patrullaje a aguas del Atlántico norte y sur». Al concluir su discurso Roosevelt declaró una «emergencia nacional ilimitada».

Existen abundantes pruebas que demuestran que los alemanes estaban muy inquietos con todo esto, y los almirantes Raeder y Dónitz le suplicaron al *führer* que concediera mayor libertad a los submarinos alemanes y que les permitiera intervenir contra la costa estadounidense así como también contra sus barcos si actuaban como escolta o si avanzaban sin luces. Sin embargo, Hitler se mantuvo inflexible. Siempre

temió las consecuencias de una guerra con Estados Unidos e insistió para que las fuerzas alemanas evitaran las provocaciones.

La ampliación del esfuerzo del enemigo también trajo consigo su propio castigo. En junio, aparte de los que estaban en período de formación, tenían alrededor de treinta y cinco submarinos en el mar, pero carecían de tripulaciones altamente capacitadas y sobre todo de suficientes capitanes con experiencia para tripular las nuevas naves que iban fabricando. Las tripulaciones «diluidas» de los nuevos submarinos alemanes, compuestas en su mayoría por jóvenes sin experiencia, manifestaron una disminución en pertinacia y habilidad, y la ampliación de la batalla a las extensiones más remotas del océano puso fin a la peligrosa combinación de los submarinos con la lucha en el aire. La mayoría de los aviones alemanes no estaban equipados ni entrenados para realizar operaciones sobre el mar. No obstante, durante esos mismos tres meses de marzo, abril y mayo se hundieron ciento setenta y nueve barcos, con un total de 545.000 toneladas, por ataques aéreos, sobre todo cerca de la costa. De este total se destruyeron cuarenta mil toneladas en dos intensos ataques a los muelles de Liverpool que se produjeron a principios de mayo. Menos mal que los alemanes no insistieron en este blanco tan atormentado. Mientras tanto, a lo largo de nuestras costas se mantenía la amenaza furtiva y peligrosa de las minas magnéticas con una eficacia variable, aunque inferior. Desarrollamos y expandimos nuestras bases en Canadá e Islandia lo más rápidamente posible y planeamos nuestros convoyes en función de ellas. Incrementamos la capacidad de almacenar combustible de nuestros destructores más antiguos y, por consiguiente, su radio de acción. El recién establecido cuartel general conjunto de Liverpool se lanzó a la lucha en cuerpo y alma. A medida que fueron entrando en servicio nuevas escoltas y el personal fue adquiriendo experiencia, el almirante Noble los organizó en grupos permanentes a las órdenes de comandantes de grupo. Se fomentó el espíritu de equipo y los hombres se acostumbraron a trabajar al unísono, con un entendimiento claro de los métodos de su comandante. Los grupos de escolta se volvieron cada vez más eficientes y, a medida que su poder fue en aumento, disminuyó el de los submarinos alemanes.

En junio comenzamos otra vez a dominar la situación. Se hacían los máximos esfuerzos para mejorar la organización de las escoltas de nuestros convoyes y para desarrollar nuevas armas y artilugios. Lo que más necesitábamos eran más escoltas y más rápidos, con mayor capacidad para almacenar combustible, más aviones de largo alcance y, sobre todo, buenos radares. No bastaba sólo con tener aviones con base en la costa; en todos los convoyes hacían falta aviones transportados a bordo para detectar submarinos dentro de una distancia de ataque, a la luz del día, de modo que al obligarlos a sumergirse les impedían establecer contacto o avisar para que en seguida otros entraran en escena. Poco después, los aviones de caza lanzados desde catapultas montadas en buques mercantes comunes y también en buques

reconvertidos tripulado^ por la Armada británica tuvieron que enfrentarse a la ofensiva de los Focke-Wulf. El piloto de caza, después de haber sido lanzado contra su presa como un halcón, dependía en primer lugar, para salvar la vida de que lo rescatara del mar alguno de los escoltas. Los Focke-Wulf poco a poco dejaron de ser cazadores para convertirse en presas. La invasión de Rusia obligó a Hitler a asignar un nuevo destino a sus aparatos más potentes y, después de un punto máximo en abril, de casi trescientas mil toneladas, a mediados del verano nuestras pérdidas se redujeron a alrededor de una quinta parte.

El presidente Roosevelt dio entonces otro paso importante: decidió establecer una base en Islandia. Se acordó que las fuerzas de Estados Unidos relevaran a la guarnición británica. Llegaron a Islandia el siete de julio, y la isla se incluyó en el sistema defensivo del hemisferio occidental. A partir de entonces comenzaron a viajar regularmente convoyes estadounidenses escoltados por barcos de guerra estadounidenses con destino a Reikiavik y, aunque Estados Unidos todavía no estaba en guerra, admitieron a barcos extranjeros al amparo de sus convoyes.

En el momento culminante de esta lucha hice uno de los nombramientos más importantes y afortunados de mi Administración durante la guerra. En 1930, cuando dejé mi cargo, acepté, por primera y única vez en mi vida, el puesto de director de una naviera. Se trataba de una de las empresas subsidiarias de la extensa organización de compañías navieras peninsulares y orientales de lord Inchcape. Durante ocho años asistí con regularidad a las reuniones mensuales de directorio y cumplí mis obligaciones con esmero. En estas reuniones, poco a poco fui prestando atención a un hombre muy notable que presidía más de treinta o cuarenta empresas, de las que aquélla con la que yo estaba relacionado no era más que una pequeña parte. En seguida me di cuenta de que Frederick Leathers era el cerebro y el poder que controlaba esta combinación. Sabía de todo e inspiraba una confianza absoluta. Año tras año lo fui observando de cerca, desde mi modesta posición, y me decía a mí mismo: «Si alguna vez hay otra guerra este hombre desempeñará el mismo tipo de papel que los grandes líderes empresariales que trabajaron a mi servicio en el Ministerio de Municiones, en 1917 y 1918».

Leathers ofreció sus servicios como voluntario al Ministerio de Tráfico Marítimo cuando estalló la guerra en 1939. No tuvimos demasiado contacto mientras estuve en el Almirantazgo, porque él cumplía funciones especializadas y subordinadas. Pero entonces, en 1941, en medio de las tensiones de la batalla del Atlántico y con la necesidad de combinar la organización de nuestro transporte con todos los desplazamientos de nuestros suministros por ferrocarril y por carretera desde nuestros puertos acosados, cada vez pensaba más en él. El ocho de mayo me puse en contacto con Leathers. Tras muchos análisis, remodelé el Ministerio de Tráfico Marítimo y el

de Transporte en uno solo, al frente del que le puse a él. Para darle la autoridad necesaria creé el puesto de ministro de Transporte de Guerra. Siempre me costaba mucho colocar a alguien en un alto cargo ministerial en la cámara de los Comunes si no llevaba bastantes años allí, para que no le dieran la lata los parlamentarios experimentados que no tenían ningún cargo y porque siempre se preocupaban demasiado por los discursos que había que preparar y que pronunciar. Por tanto, presenté una solicitud a la Corona para que le concedieran el título de lord al nuevo ministro.

Desde entonces y hasta el final de la guerra lord Leathers ejerció el control absoluto del Ministerio de Transporte de Guerra, y su reputación fue en aumento en cada uno de los cuatro años que pasaron. Se ganó la confianza de los jefe del Estado Mayor y de todos los departamentos nacionales, además de establecer relaciones estrechas y excelentes con los principales estadounidenses dentro de su esfera vital. Con el que mantuvo mayor armonía fue con Lewis Douglas, de la Cámara de Transporte Marítimo de Estados Unidos, que después fue nombrado embajador en Londres. Leathers me fue de gran ayuda en la conducción de la guerra. En muy contadas ocasiones no pudo cumplir las duras tareas que le impuse. Varias veces, cuando fracasaban todos los procesos de los estados mayores y los ministerios para resolver el problema del traslado de una división más, o de transbordarla de barcos británicos a barcos estadounidenses, o de hacer alguna otra cosa necesaria, me dirigía a él en persona y las dificultades parecían desaparecer como por arte de magia.

Durante estos meses decisivos los dos cruceros de combate alemanes, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, permanecieron en Brest. Parecía como si en cualquier momento fueran a salir hacia el Atlántico, pero se mantuvieron inactivos gracias a la Fuerza Aérea británica que los atacó varias veces en el puerto con tanta eficacia que permanecieron ociosos durante todo el año. Entonces, el enemigo trató de llevárselos a su país pero no fueron capaces de hacerlo hasta 1942. Ya veremos en su momento hasta qué punto tuvieron éxito la Armada y el mando costero de la Fuerza Aérea británica, cómo llegamos a dominar las salidas, cómo consiguieron nuestros cazas derribar a los Heinkel 111, y cómo se ahogaron los submarinos alemanes en los mismos mares en los que pretendían ahogarnos a nosotros, hasta que otra vez, con nuestras armas relucientes, barrimos las vías de acceso a la isla.

Capítulo XVIII

YUGOSLAVIA Y GRECIA

Había llegado el momento de tomar una decisión irrevocable: si se enviaba o no el Ejército del Nilo a Grecia. Era necesario dar este paso tan importante no sólo para ayudar a Grecia en su peligro y su tormento sino para formar un frente balcánico contra el inminente ataque alemán que comprendiera Yugoslavia, Grecia y Turquía, con consecuencias sobre la Rusia soviética que nosotros no podíamos calcular y que habrían sido importantísimas si los líderes soviéticos se hubieran dado cuenta de lo que se les venía encima. La cuestión de los Balcanes no se resolvería con lo que pudiéramos enviar nosotros; lo único que pretendíamos era promover y organizar una acción conjunta. Si meneando nuestra varita mágica conseguíamos que Yugoslavia, Grecia y Turquía actuasen juntas nos parecía posible que Hitler abandonara los Balcanes por el momento o que tuviera un enfrentamiento tan serio con nuestras fuerzas conjuntas como para crear allí un gran frente. No sabíamos entonces que ya estaba organizando su gigantesca invasión de Rusia. De haberlo sabido habríamos tenido más confianza en el éxito de nuestra política. Nos habríamos dado cuenta de que corría el riesgo de que esto no fuera ni chicha ni limonada y que podía poner en peligro su empresa fundamental por culpa de un preámbulo en los Balcanes, que es lo que ocurrió en realidad, aunque nosotros no podíamos saberlo en ese momento. Es posible que algunos piensen que calculamos bien; por lo menos calculamos lo mejor que supimos. Nuestro objetivo era entusiasmar y reunir a Yugoslavia, Grecia y Turquía. Nuestra obligación, en la medida de lo posible, era ayudar a los griegos. Para todos estos fines nuestras cuatro divisiones en el delta estaban bien situadas.

El uno de marzo el Ejército alemán comenzó a entrar en Bulgaria. El Ejército búlgaro se movilizó y ocupó posiciones a lo largo de la frontera griega. Se estaba produciendo un movimiento generalizado hacia el sur de las fuerzas alemanas con la colaboración total de los búlgaros. Al día siguiente, Edén y el general Dill reanudaron las conversaciones militares en Atenas como consecuencia de las cuales Edén envió un mensaje muy serio que provocó un cambio en nuestro punto de vista desde Londres. El almirante Cunningham, a pesar de estar convencido de que nuestra política era correcta, no nos dejó ninguna duda con respecto a los considerables riesgos navales que corríamos en el Mediterráneo. Los jefes del Estado Mayor señalaron los diversos factores que tenían un desarrollo desfavorable para nuestra política en los Balcanes y sobre todo para el envío de armas a Grecia, e indicaron que «han aumentado de forma considerable los riesgos de la empresa». Sin embargo,

todavía no les parecía que pudieran cuestionar las recomendaciones militares de las personas que se encontraban en el lugar, que describían la posición como nada desesperada en absoluto.

Después de reflexionar solo en Chequers el domingo por la noche sobre la tendencia de la discusión en el gabinete de Guerra esa mañana, le envié a Edén el siguiente mensaje, que acababa de salir de Atenas en dirección a El Cairo. Ciertamente esto suponía un cambio de postura por mi parte, pero asumo toda la responsabilidad por la eventual decisión porque estoy seguro de que podría haberlo frenado todo de haber estado convencido. Es mucho más fácil impedir que hacer.

> […] Hemos hecho todo lo posible por promover una unión en los Balcanes en contra de Alemania. Hemos de procurar no presionar a Grecia, en contra de su mejor criterio, hacia una resistencia desesperada y en solitario cuando sólo disponemos de unos puñados de tropas que podrían llegar al lugar a tiempo. Planteamos graves cuestiones imperiales al comprometer tropas de Nueva Zelanda y de Australia en una empresa que, como usted dice, se ha vuelto cada vez más arriesgada.
>
> […] Hemos de hacer que los griegos no se sientan obligados a rechazar el ultimátum alemán. Si se resuelven a luchar por su cuenta debemos, en cierta medida, compartir sus dificultades, aunque es probable que un rápido avance alemán impida una participación apreciable de las fuerzas imperiales británicas.
>
> La pérdida de Grecia y los Balcanes no constituye en absoluto una gran catástrofe para nosotros siempre que Turquía mantenga su honesta neutralidad. Podríamos tomar Rodas y hacer planes para atacar Sicilia o Trípoli. Nos recomiendan en muchos sitios que nuestra ignominiosa expulsión de Grecia nos perjudicaría más en España y en Vichy que el hecho del sometimiento de los Balcanes que no cabe esperar que impidamos sólo con nuestras escasas fuerzas. […]

Se adjuntaba a esto el grave comentario de los jefes del Estado Mayor.

En cuanto nuestro embajador en Atenas leyó mi telegrama de advertencia, mostró gran inquietud y le telegrafió al ministro de Asuntos Exteriores: «¿Cómo es posible que abandonemos al rey de Grecia después de las garantías que le ofrecieron el comandante en jefe y el jefe del Estado Mayor del Imperio en cuanto a que había bastantes probabilidades de éxito? Me parece impensable. Tanto los griegos como todo el mundo se burlarían de nosotros por faltar a nuestra palabra. No es cuestión de “hacer que los griegos no se sientan obligados a rechazar el ultimátum”. Han decidido enfrentarse a Alemania solos, si hace falta. La cuestión es si los ayudamos o los abandonamos».

Al respecto, el gabinete de Guerra decidió no tomar ninguna decisión hasta conocer la opinión de Edén sobre todo esto. Su respuesta llegó al día siguiente y fundamentalmente decía lo siguiente:

«[…] La caída de Grecia sin que hagamos ningún otro esfuerzo para rescatarla mediante una intervención por tierra, cuando las victorias en Libia nos han dejado fuerzas disponibles, como todo el mundo sabe, sería la peor calamidad. Entonces sí que perderíamos Yugoslavia; tampoco podemos confiar en que ni siquiera Turquía tenga la fuerza necesaria para mantenerse inquebrantable si los alemanes y los italianos se establecieran en Grecia sin ninguna resistencia por nuestra parte. Sin duda

nuestro prestigio se resentirá si nos expulsan ignominiosamente, pero en cualquier caso haber luchado y sufrido en Grecia sería menos perjudicial para nosotros que abandonar el país a su suerte. […] Dadas las circunstancias, estamos todos de acuerdo en que hay que seguir el camino que defendíamos y hay que ayudar a Grecia».

Acompañado por los jefes del Estado Mayor, presenté la cuestión ante el gabinete de Guerra, que recibía información de todo lo que ocurría, para adoptar una decisión. A pesar del hecho de que no podíamos enviar más aviones que los que ya habíamos encargado y que estaban en marcha, no había dudas ni divisiones entre nosotros. Personalmente me parecía que los hombres que estaban allí habían sido examinados con mucha atención. No cabía ninguna duda de que no estaban obligados de ninguna manera por las presiones políticas de su país. Smuts, con toda su sabiduría y desde su punto de vista independiente y fresco, estuvo de acuerdo. Tampoco nadie podía sugerir que nos hubiéramos lanzado sobre Grecia contra sus deseos. No se había hecho presión para persuadir a nadie. Sin duda, disponíamos de la autoridad más experta, que actuaba con la máxima libertad y con todo el conocimiento de los hombres y el escenario. Mis colegas, endurecidos por los numerosos riesgos que habíamos corrido con éxito, habían llegado por su cuenta a las mismas conclusiones. Menzies, sobre el que recaía una carga especial, estaba lleno de coraje. Todos estaban a favor de la acción. La reunión del gabinete fue breve; la decisión, definitiva; la respuesta, escueta:

«Los jefes del Estado Mayor han recomendado que, teniendo en cuenta la opinión categórica de los comandantes en jefe del lugar, del jefe del Estado Mayor del Imperio y de los comandantes de las fuerzas que van a participar, lo correcto sería seguir adelante. El gabinete ha decidido autorizarlo a continuar con la operación, *y al hacerlo el gabinete asume toda la responsabilidad*[45]. Nos comunicaremos al respecto con los gobiernos de Australia y Nueva Zelanda».

Procedo a describir ahora el destino de Yugoslavia. Toda la defensa de Salónica dependía de su intervención y era fundamental saber qué haría. El dos de marzo, Campbell, nuestro embajador en Belgrado, se reunió con Edén en Atenas. Dijo que los yugoslavos le tenían miedo a Alemania y que sufrían una desestabilización interna por problemas políticos. Era posible, sin embargo, que si conocían nuestros planes para ayudar a Grecia estuvieran dispuestos a colaborar. El día cinco el ministro de Asuntos Exteriores volvió a enviar a Campbell a Belgrado con una carta confidencial para el regente, el príncipe Pablo, en la que le presentaba el destino de Yugoslavia en manos alemanas y le decía que Grecia y Turquía tenían intenciones de luchar si las atacaban. En ese caso, Yugoslavia debía unirse a nosotros. Había que decirle al regente verbalmente que Gran Bretaña había decidido ayudar a Grecia con

fuerzas terrestres y aéreas, tanto y con tanta rapidez como fuese posible, y que si enviaban a Atenas a un oficial del Estado Mayor yugoslavo lo incluiríamos en nuestras conversaciones.

En este ambiente, muchas cosas dependían de la actitud del regente. El príncipe Pablo era un personaje afable y de temperamento artístico pero hacía tiempo que el prestigio de la monarquía estaba en decadencia, de modo que llevó la política de neutralidad hasta el límite. Sobre todo le tenía pavor a que cualquier cosa que hicieran Yugoslavia o sus vecinos provocara a los alemanes y los hiciera avanzar hacia el sur y entrar en los Balcanes. Rechazó la propuesta de una visita de Edén. Reinaba el temor. Los ministros y los principales políticos no se atrevían a decir lo que pensaban, pero había una excepción. Un general de la Fuerza Aérea, llamado Simovic, representaba a los elementos nacionalistas que había en el cuerpo de jefes de las Fuerzas Armadas. Desde diciembre, su despacho se había convertido en un centro clandestino de oposición a la penetración alemana en los Balcanes y a la inercia del gobierno yugoslavo.

El cuatro de marzo el príncipe Pablo salió de Belgrado en visita secreta a Berchtesgaden y, muy presionado, se comprometió de viva voz a que Yugoslavia seguiría el ejemplo de Bulgaria. A su regreso, en una reunión del Consejo Real y en distintas entrevistas con los dirigentes políticos y militares, encontró puntos de vista contrarios. Hubo un violento debate, pero el ultimátum alemán era real. Cuando llamaron al general Simovic al Palacio Blanco, la residencia del príncipe Pablo en las colinas que dominan Belgrado, éste se mostró firmemente en contra de la capitulación. Serbia no aceptaría una decisión de este tipo, lo que haría peligrar la dinastía. Pero en realidad el príncipe Pablo ya había comprometido al país.

Durante la noche del veinte de marzo, en una reunión de Gabinete, el gobierno yugoslavo decidió sumarse al pacto tripartito. No obstante, por esta cuestión presentaron su dimisión tres ministros. El veinticuatro de marzo el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores salieron sigilosamente de Belgrado en el tren de Viena, al que subieron en una estación de ferrocarril suburbana; al día siguiente suscribieron el pacto con Hitler en Viena y la ceremonia fue transmitida por la radio de Belgrado. Por los cafés y los cónclaves de la capital yugoslava circularon los rumores de un desastre inminente.

Hacía varios meses que en el pequeño círculo de oficiales allegados a Simovic se hablaba de emprender acciones directas si el gobierno capitulaba con Alemania. Cuando durante el veintiséis de marzo comenzó a circular por Belgrado la noticia del regreso de Viena de los ministros yugoslavos, los conspiradores decidieron intervenir. Pocas revoluciones transcurrieron con menos complicaciones. No hubo derramamiento de sangre. Arrestaron a ciertos altos jefes militares. La policía condujo al primer ministro al cuartel general de Simovic y lo obligó a firmar una

carta de dimisión. Informaron al príncipe Pablo de que Simovic se había hecho cargo del gobierno en nombre del rey, y que se había disuelto el Consejo de Regencia. Lo escoltaron al despacho del general Simovic donde, junto con los otros dos regentes, firmó el acta de abdicación. Le concedieron unas cuantas horas para recoger sus pertenencias y, junto con su familia, esa misma noche salió del país con destino a Grecia.

El plan fue trazado y llevado a cabo por un grupo unido de oficiales nacionalistas serbios que se identificaban con el verdadero estado de ánimo de la opinión pública. Su acción despertó un arrebato de entusiasmo popular. Las calles de Belgrado se atestaron en seguida de serbios cantando «Más vale la guerra que el pacto; más vale la muerte que la esclavitud». Se bailaba en las plazas; aparecieron banderas inglesas y francesas por todas partes; multitudes valientes e indefensas entonaban desafiantes el himno nacional serbio. El veintiocho de marzo el rey Pedro, que bajando por una tubería de desagüe había realizado su propia huida de la tutela de la regencia, asistió al servicio divino en la catedral de Belgrado en medio de fervientes aclamaciones. Insultaron públicamente al ministro alemán, y la multitud escupió el coche. La hazaña militar desató una oleada de vitalidad nacional. Un pueblo paralizado en la acción, hasta entonces mal gobernado y mal conducido, obsesionado hacía tiempo por la sensación de estar atrapado, lanzó su temerario y heroico desafío al tirano y conquistador en su momento de mayor poder.

A Hitler le dolió en lo más hondo. Tuvo un estallido de esa ira convulsiva que le anulaba el pensamiento momentáneamente y a veces lo impulsaba en sus aventuras más extremas. En un arrebato colérico convocó al Estado Mayor alemán. Estuvieron presentes Göring, Keitel y Jodl; Ribbentrop llegó después. Hitler dijo que Yugoslavia era un factor de incertidumbre en la próxima acción contra Grecia y sobre todo en la operación «Barbarroja» contra Rusia, que vendría después. Le pareció una suerte que los yugoslavos hubieran revelado su carácter antes del comienzo de «Barbarroja». *Había que destruir Yugoslavia «tanto militarmente como en cuanto unidad nacional*». El ataque debía *llevarse a cabo con despiadada dureza*. Los generales dedicaron la noche a esbozar las órdenes para llevar a cabo la operación. Keitel confirma nuestra opinión de que el mayor peligro para Alemania era un «ataque al ejército italiano por la retaguardia». «La decisión de atacar Yugoslavia supuso desbaratar completamente todos los movimientos y los planes militares realizados hasta ese momento. Hubo que volver a adaptar toda la invasión de Grecia y hubo que hacer pasar nuevas fuerzas a través de Hungría procedentes del norte. Hubo que improvisarlo todo».

Hungría se vio afectada directamente y de inmediato. Aunque el principal ataque alemán contra los yugoslavos sin duda llegaría a través de Rumanía, todas las líneas de comunicación pasaban por territorio húngaro. Prácticamente lo primero que hizo

el gobierno alemán ante los acontecimientos ocurridos en Belgrado fue enviar por avión a Budapest al ministro húngaro en Berlín con un mensaje urgente para el regente húngaro, el almirante Horthy:

> *Yugoslavia será aniquilada* porque acaba de renunciar públicamente a su política de entendimiento con el Eje. La mayor parte de las Fuerzas Armadas alemanas tienen que pasar por Hungría. Pero el ataque principal no se hará sobre el sector húngaro. Aquí debería intervenir el Ejército húngaro y, a cambio de su cooperación, Hungría podrá volver a ocupar todos aquellos antiguos territorios que en algún momento se vio obligada a ceder a Yugoslavia. Se trata de una asunto urgente. Se le solicita un respuesta inmediata y afirmativa[46].

Hungría estaba vinculada a Yugoslavia por un pacto de amistad que no se firmó hasta diciembre de 1940. Pero una oposición abierta a las exigencias alemanas sólo conseguiría que los alemanes ocuparan Hungría en el transcurso de las inminentes operaciones militares. Además, estaba la tentación de recuperar los territorios de las fronteras meridionales que Hungría tuvo que ceder a Yugoslavia tras la primera guerra mundial. El primer ministro húngaro, el conde Teleki, llevaba tiempo trabajando para mantener cierta libertad de acción en su país y no estaba en absoluto convencido del triunfo alemán. En el momento de firmar el pacto tripartito tenía poca confianza en la independencia de Italia como miembro del Eje. El ultimátum de Hitler lo obligaba a infringir su propio acuerdo con Yugoslavia. Sin embargo, lo privó de la iniciativa el Estado Mayor húngaro, cuyo jefe, el general Werth, de origen alemán, firmó sus propios acuerdos con el alto mando alemán a espaldas del gobierno húngaro.

Teleki denunció de inmediato a Werth acusándolo de traición. La noche del dos de abril de 1941 recibió un telegrama del ministro húngaro en Londres informándole de que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico le había manifestado formalmente que si Hungría participaba en una acción alemana contra Yugoslavia Gran Bretaña se vería obligada a declararle la guerra. De modo que Hungría tenía que elegir entre resistirse en vano al paso de las tropas alemanas o alinearse decididamente en contra de los aliados y traicionar a Yugoslavia. En una posición tan cruel como ésta, el conde Teleki no encontró más que una manera de salvar su honor personal. Poco después de las nueve salió del Ministerio de Asuntos Exteriores y se retiró a sus apartamentos en el palacio Sandor, donde recibió una llamada telefónica. Se supone que el mensaje decía que los ejércitos alemanes ya habían atravesado la frontera húngara. Poco después se pegó un tiro. Su suicidio fue un sacrificio para absolverse a sí mismo y a su pueblo de la culpa por el ataque alemán contra Yugoslavia. Limpia su nombre para la historia, pero no pudo detener la marcha de los ejércitos alemanes ni sus consecuencias.

Mientras tanto, había comenzado el movimiento de nuestra expedición a Grecia que, en orden de embarque, comprendía a la 1.ª Brigada Blindada británica, la División neozelandesa y la 6.ª División australiana, totalmente equipadas a expensas de otras formaciones de Oriente Próximo. Las seguirían la Brigada polaca y la 7.ª División australiana. El plan consistía en defender la línea Aliákmon, que se extendía desde la desembocadura del río homónimo, pasando por Véroia y Édessa hasta la frontera yugoslava. Nuestras fuerzas tenían que reunirse con las fuerzas griegas desplegadas en este frente, que en teoría equivalían a siete divisiones, y tenían que ponerse al mando del general Wilson.

Pero las fuerzas griegas fueron muy inferiores a lo que había prometido en un principio el general Papagos[47]. La gran mayoría del Ejército griego, alrededor de quince divisiones, estaba en Albania y el resto en Macedonia, de donde Papagos se negó a retirarlo y donde al cabo de cuatro días de combates, tras el ataque alemán, dejaron de ser una fuerza militar. Nuestra fuerza aérea sólo contaba con ochenta aviones en servicio contra una potencia alemana diez veces más poderosa. La debilidad de la posición de Aliákmon residía en su flanco izquierdo, que podía cambiar si los alemanes avanzaban por el sur de Yugoslavia. Casi no habíamos tenido contacto con el Estado Mayor yugoslavo, cuyo plan de defensa y nivel de preparación desconocíamos tanto los griegos como nosotros. Se esperaba, sin embargo, que en el terreno difícil que tendría que atravesar el enemigo los yugoslavos por lo menos podrían imponerle un retraso considerable. Pero esta esperanza resultó infundada. Para el general Papagos la retirada de Albania para enfrentarse a este cambio no era factible: no sólo afectaría gravemente la moral sino que el Ejército griego estaba tan mal equipado en cuanto a transporte, y las comunicaciones eran tan malas que era imposible emprender una retirada general frente al enemigo. Sin duda aplazó la decisión hasta que fue demasiado tarde. En estas circunstancias, nuestra 1.ª Brigada Blindada llegó a la vanguardia el veintisiete de marzo, donde pocos días después se le incorporó la División neozelandesa.



Los Balcanes

La noticia de la revolución en Belgrado naturalmente nos llenó de satisfacción: nuestros esfuerzos desesperados por formar un frente aliado en los Balcanes e impedir que todos cayeran, poco a poco, en poder de Hitler habían tenido por lo menos un resultado. Se decidió que Edén se quedaría en Atenas para tratar con Turquía y que el general Dill iría a Belgrado. Era fácil ver que la posición de Yugoslavia resultaba desesperada, a menos que todas las potencias de la zona presentaran inmediatamente un frente común. Sin embargo, todavía le quedaba a Yugoslavia la oportunidad ya mencionada de asestar un golpe mortal a la retaguardia

desprotegida de los desorganizados ejércitos italianos que estaban en Albania. Si actuaban en seguida podían llegar a provocar un gran éxito militar y mientras su propio país era saqueado desde el norte ellos podían apoderarse de la gran cantidad de municiones y equipo que les brindarían el poder de actuar como guerrillas en sus montañas, que entonces era la única esperanza que les quedaba. Hubiera sido un golpe espléndido que habría hecho reaccionar a toda la zona balcánica. En nuestro círculo londinense todos lo vimos al mismo tiempo. El mapa de la página 465 muestra el movimiento que se consideraba factible.

Pero los errores de años no se pueden solucionar en cuestión de horas. Cuando se calmó la excitación general en Belgrado todo el mundo se dio cuenta de que se avecinaban el desastre y la muerte, y que poco podían hacer para escapar a su destino. El alto mando consiguió, por fin, movilizar a sus ejércitos, pero carecían de un plan estratégico. Dill no encontró más que confusión y parálisis. El gobierno yugoslavo, fundamentalmente por temor a las consecuencias que pudiera tener sobre la situación interna, decidió no tomar ninguna medida que se pudiera considerar una provocación a Alemania. En ese momento, todo el poderío que Alemania tenía a su alcance caería como un alud sobre ellos. A juzgar por el estado de ánimo y el punto de vista de los ministros yugoslavos se habría podido pensar que disponían de meses para tomar una decisión sobre la paz o la guerra con Alemania, cuando en realidad sólo les quedaban setenta y dos horas antes de que cayera sobre ellos el ataque.

La mañana del seis de abril aparecieron sobre Belgrado los bombarderos alemanes. Volando por turnos desde los aeródromos ocupados en Rumanía, lanzaron sobre la capital yugoslava un ataque metódico que duró tres días. Desde la altura de los tejados, sin temor a la resistencia, acribillaron la ciudad sin piedad. Esto recibió el nombre de operación «Castigo». Cuando finalmente todo quedó en silencio, el ocho de abril, había más de diecisiete mil habitantes de Belgrado muertos en las calles o bajo los escombros. De la pesadilla de humo y fuego salieron los animales enloquecidos que habían escapado de las jaulas destrozadas de los jardines zoológicos. Una cigüeña herida pasó cojeando junto al hotel principal, que era una masa envuelta en llamas. Un oso, aturdido y perplejo, atravesó las llamas y se dirigió al Danubio con su andar lento y torpe. No era el único que no comprendía nada.

Mientras se producían los violentos bombardeos de Belgrado, los ejércitos alemanes convergieron y se colocaron en las fronteras e invadieron Yugoslavia desde varias posiciones. El Estado Mayor yugoslavo no trató de asestar su único golpe mortal a la retaguardia italiana. Se consideraban obligados a no abandonar Croacia y Eslovenia y, por tanto, a tratar de defender toda la línea fronteriza. Los cuatro Cuerpos de Ejército yugoslavos en el norte fueron doblegados de forma rápida e irresistible por las columnas blindadas alemanas apoyadas por tropas húngaras que cruzaron el Danubio y por fuerzas alemanas e italianas que avanzaban hacia Zagreb.

De modo que las principales fuerzas yugoslavas fueron empujadas hacia el sur, en desorden, y el trece de abril los alemanes entraron en Belgrado. Mientras tanto, el 12.º Ejército alemán, reunido en Bulgaria, entró en Serbia y Macedonia. Habían entrado en Monastir y Yannina el día diez, con lo que impidieron que los yugoslavos y los griegos se pusieran en contacto y dividieron las fuerzas yugoslavas en el sur.

Yugoslavia capituló siete días después.

Esta caída repentina acabó con la principal esperanza de los griegos. Era otro ejemplo del «uno a uno». Habíamos hecho todo lo posible por lograr una acción concertada, pero no lo conseguimos y no fue por nuestra culpa. Las perspectivas eran desalentadoras. Cinco divisiones alemanas, incluidas tres blindadas, participaron en la ofensiva hacia el sur hasta Atenas. El ocho de abril era evidente que la resistencia yugoslava en el sur se estaba desmoronando y que no tardaría en peligrar el flanco izquierdo de la posición de Aliákmon; el diez de abril comenzó el ataque a nuestra guardia del flanco, que fue detenido durante dos días de intensos combates con muy mal tiempo.

Más al oeste sólo había una división de caballería griega que mantenía el contacto con las fuerzas que estaban en Albania y el general Wilson decidió la retirada de su flanco izquierdo, que estaba pasando tantos apuros. Este movimiento acabó el trece de abril, pero mientras tanto la división griega comenzó a desintegrarse. A partir de entonces, nuestro Cuerpo Expedicionario se quedó solo. Wilson, que seguía amenazado por su flanco izquierdo, decidió retirarse a las Termópilas. Se lo planteó a Papagos, que lo aprobó y sugirió una evacuación británica de Grecia. Los días siguientes fueron decisivos. Wavell telegrafió el día dieciséis informando de que el general Wilson había tenido una conversación con Papagos, según el cual el Ejército griego estaba muy presionado y estaba experimentando dificultades administrativas como consecuencia de la acción aérea. Wavell dio instrucciones a Wilson para que siguiera luchando en colaboración con los griegos mientras pudiera resistir, pero autorizó que continuara la retirada, si la estimaba necesaria. Se dieron órdenes de que todas las embarcaciones que se dirigían hacia Grecia volvieran atrás, que no se cargaran más barcos y que se vaciaran los que ya se estaban cargando o se habían cargado.



Grecia

Ante esta grave noticia, pero no inesperada, respondí de inmediato que no podíamos permanecer en Grecia contra la voluntad del comandante en jefe griego y exponer de este modo al país a la devastación y que, si el gobierno griego estaba de acuerdo, procederíamos a la evacuación.

«Creta —añadí— se debe conservar a la fuerza».

El día diecisiete el general Wilson se dirigió en coche desde Tebas hasta el palacio de Tatoi donde se reunió con el rey, el general Papagos y nuestro embajador. Coincidieron en que la retirada a la línea de las Termópilas había sido el único plan posible. El general Wilson confiaba en que podría defender la línea por un tiempo. La principal cuestión de discusión era el método y el orden de la evacuación. El gobierno griego todavía tardaría al menos una semana en abandonar el país.

Ya he mencionado al primer ministro griego, Korysis, que fue elegido para llenar el vacío que dejó la muerte de Metaxas. Lo capacitaban para ocupar un cargo público su vida privada intachable y unas convicciones claras y firmes. Pero aparentemente no fue capaz de sobrevivir a la pérdida de su país ni de soportar por más tiempo sus propias responsabilidades. Al igual que el conde Teleki en Hungría, decidió pagarlo con su vida. El día dieciocho se suicidó. Que se respete su memoria.

La retirada a las Termópilas fue una maniobra difícil, pero unas acciones de retaguardia persistentes y hábiles frenaron el impetuoso avance alemán en todos los puntos infligiendo grandes pérdidas. El veinte de abril había acabado la ocupación de la posición de las Termópilas. El frente era fuerte, pero nuestras fuerzas estaban agotadas. Los alemanes avanzaban lentamente y la posición nunca fue sometida a una dura prueba. Ese mismo día se rindieron los ejércitos griegos que estaban en el frente albanés. El día veintiuno, Su Majestad le dijo al general Wavell que, por una cuestión de tiempo era imposible que una fuerza griega organizada apoyara el flanco izquierdo británico antes de que el enemigo atacara. Wavell respondió que, en ese caso, le parecía que su obligación era tomar de inmediato las medidas necesarias para volver a embarcar la parte de su ejército que pudiera rescatar. El rey estuvo totalmente de acuerdo y pareció que lo estuviera esperando. Dijo que lamentaba mucho que por él se hubiera puesto a las fuerzas británicas en una posición así y se comprometió a brindar toda la ayuda que pudiera. Pero todo fue inútil. Al final, Grecia se rindió el veinticuatro de abril ante el abrumador poderío alemán.

Entonces tuvimos que hacer frente a otra de esas evacuaciones por mar como la que tuvimos que soportar en 1940. La retirada organizada de Grecia de más de cincuenta mil hombres, en las condiciones imperantes bien podía parecer una tarea casi desesperada. En Dunkerque, en general, teníamos el dominio del aire. En Grecia, los alemanes tenían el control absoluto e indiscutido del aire y podían mantener un ataque casi constante sobre los puertos y sobre el Ejército en retirada. Era evidente que sólo se podía embarcar por la noche y, además, que había que evitar que las tropas se dejaran ver cerca de las playas a plena luz del día. Era otra vez Noruega, pero diez veces peor.

El almirante Cunningham dedicó a esta misión casi la totalidad de sus fuerzas ligeras, incluidos seis cruceros y diecinueve destructores. Trabajando desde los

pequeños puertos y playas del sur de Grecia, junto con transportes, barcos de asalto y numerosas embarcaciones pequeñas, las labores de rescate comenzaron la noche del veinticuatro de abril.

Siguieron trabajando durante cinco noches seguidas. El día veintiséis el enemigo capturó el puente vital sobre el canal de Corinto mediante un ataque con paracaidistas, y a partir de entonces entraron en el Peloponeso gran cantidad de tropas alemanas, hostigando a nuestros pobres soldados que trataban de llegar a las playas meridionales. En Nauplia se produjo un desastre. El transporte *Slamat*, en un esfuerzo valiente pero insensato por embarcar todos los hombres posibles, permaneció demasiado tiempo en el fondeadero. Poco después del amanecer, cuando se alejaba de tierra, fue atacado y hundido por bombardeos en picado. Dos destructores, que rescataron a la mayoría de los setecientos hombres que iban a bordo, fueron hundidos a su vez por ataques aéreos, pocas horas después. Sólo quedaron cincuenta supervivientes de los tres barcos.

Los días veintiocho y veintinueve dos cruceros y seis destructores trataron de rescatar a ocho mil soldados y mil cuatrocientos refugiados yugoslavos de las playas próximas a Kalámata. Un destructor que fue enviado previamente para organizar el embarque encontró al enemigo en posesión de la ciudad y grandes incendios, de modo que hubo que abandonar la operación principal. Aunque se expulsó a los alemanes de la ciudad mediante un contraataque, apenas unos cuatrocientos cincuenta hombres fueron rescatados de las playas orientales por cuatro destructores utilizando sus propias barcas. Estos acontecimientos marcaron el final de la evacuación principal. Se rescataron pequeños grupos aislados en diversas islas o en embarcaciones pequeñas en el mar durante los dos días siguientes, y mil cuatrocientos oficiales y hombres consiguieron llegar a Egipto de forma independiente en los meses posteriores con la ayuda de los griegos que corrieron con ello un peligro mortal.

En total, perdimos más de once mil hombres y se pudieron rescatar sanos y salvos 50.662, entre ellos los miembros de la Fuerza Aérea británica y varios miles de chipriotas, palestinos, griegos y yugoslavos. Esta cifra representa alrededor del 80 por 100 de las fuerzas que se enviaron originariamente a Grecia. Estos resultados sólo fueron posibles gracias a la determinación y la habilidad de los hombres de la Marina mercante británica y la de los países aliados, que no flaquearon jamás a pesar de los esfuerzos más despiadados del enemigo por interrumpir su labor. Desde el veintiuno de abril hasta el final de la evacuación se perdieron veintiséis barcos por ataques aéreos. La Fuerza Aérea británica, con un contingente del arma de aviación de la Armada procedente de Creta, hicieron lo que pudieron para ayudar, pero quedaron abrumados por la superioridad numérica. Sin embargo, a partir de noviembre, nuestros escasos escuadrones rindieron un buen servicio, infligiendo al enemigo unas

pérdidas confirmadas de 231 aviones y arrojando quinientas toneladas de bombas. Sus propias pérdidas de 209 aparatos, 72 de ellos en combate, fueron considerables, con una trayectoria ejemplar.

La pequeña pero eficiente Armada griega quedó entonces bajo el control británico. Un crucero, seis destructores modernos y cuatro submarinos huyeron a Alejandría adonde llegaron el veinticinco de abril. A partir de entonces, la Armada griega estuvo representada dignamente en muchas de nuestras operaciones en el Mediterráneo.

Si al narrar esta tragedia se tiene la impresión de que las fuerzas imperiales y británicas no recibieron asistencia militar efectiva de sus aliados griegos no hay que olvidar que estas tres semanas de abril, combatiendo con todas las probabilidades en contra, fueron para los griegos la culminación de cinco duros meses de lucha contra Italia en los que agotaron casi toda la fuerza vital de su país. Fueron atacados en octubre de 1940 sin previo aviso por una fuerza que por lo menos los doblaba en número; al principio repelieron al invasor y después, en el contraataque, lo hicieron retroceder sesenta kilómetros hasta llegar a Albania. Durante todo el amargo invierno en las montañas, estuvieron muy cerca de un enemigo más numeroso y mejor equipado. El Ejército griego del noroeste no disponía ni del transporte ni de las carreteras para realizar una maniobra rápida para enfrentar a último momento otro ataque alemán arrollador que se le atravesaba por el flanco y la retaguardia. Sus fuerzas ya habían sido utilizadas casi hasta el límite durante la prolongada y valiente defensa de su patria.

No hubo recriminaciones. La amistad y la ayuda que los griegos demostraron con fidelidad a nuestras tropas resistieron con nobleza hasta el final. El pueblo de Atenas y de los demás puntos de evacuación parecía más preocupado por la seguridad de sus posibles rescatadores que por su propio destino. El honor marcial de los griegos no ha mermado.

En una emisión por radio traté no sólo de expresar los sentimientos del pueblo de habla inglesa sino de explicar los hechos dominantes que determinaron nuestro destino:

> Aunque naturalmente observamos con tristeza y preocupación gran parte de lo que sucede actualmente en Europa y en África y de lo que puede ocurrir en Asia, no debemos perder el sentido de la proporción y de este modo desalentamos o alarmarnos. Cuando enfrentamos con firmeza las dificultades que aparecen frente a nosotros, podemos renovar nuestra confianza al recordar aquéllas que ya hemos superado. Nada de lo que ocurre en este momento es tan grave como los peligros que superamos el año pasado. Nada de lo que ocurra en Oriente es comparable con lo que está ocurriendo en Occidente.
>
> Estas estrofas me parecen adecuadas para nuestro destino de esta noche y creo que coincidirán conmigo en todos los lugares donde se hable inglés y donde ondee la bandera de la libertad.
>
> «Porque mientras las olas cansadas que en vano rompen aquí parecen no ganar ni un penoso centímetro,

allá lejos, haciendo calas y ensenadas, viene la mar, silenciosa y desbordante.

Y no sólo por las ventanas que dan al este
llega la claridad, al romper el día: al frente sube el sol, ¡qué lento es!,
pero al oeste, ¡mira!, la tierra se enciende.»

Capítulo XIX

EL FLANCO DEL DESIERTO
Rommel. Tobruk

Todos nuestros intentos por formar un frente en los Balcanes dependían de que se mantuviera seguro el flanco del desierto en el norte de África. Éste se podía haber fijado en Tobruk, pero el rápido avance de Wavell hacia el oeste y la captura de Bengasi nos concedieron toda la Cirenaica, a la que se accedía a través de Agheila. Todas las autoridades, tanto en Londres como en El Cairo, coincidían en que había que conservarla a toda costa y que esto tenía prioridad sobre cualquier otra empresa. La total destrucción de las fuerzas italianas en Cirenaica y las largas distancias por carretera que había que atravesar antes de que el enemigo pudiera reunir otro ejército indujeron a Wavell a pensar que durante algún tiempo todavía podía permitirse conservar este flanco occidental vital con unas fuerzas moderadas y poner otras tropas con menos preparación para relevar a las suyas, de calidad demostrada. El flanco del desierto era el gancho del que colgaba todo lo demás, y nadie tenía la menor intención de perderlo ni de arriesgarlo por el bien de Grecia ni por nada que hubiera en los Balcanes.

Pero entonces apareció una figura nueva en el escenario mundial, un soldado alemán que ocupará un lugar en los anales militares. Erwin Rommel nació en Heidenheim, Württemberg, en noviembre de 1891. Luchó en la primera guerra mundial en la Argonne, en Rumanía y en Italia; fue herido dos veces y le concedieron la clase más alta de la Cruz de Hierro y de la Orden del Mérito. Al estallar la segunda guerra mundial fue nombrado comandante del cuartel general de campaña del *führer* en la invasión de Polonia, y le otorgaron el mando de la 7.ª División Panzer del XV Cuerpo. Esta división, apodada «los fantasmas», formó la punta de lanza del gran avance alemán a través del Mosa. Estuvo a punto de ser capturado cuando se produjo el contraataque británico en Arras, el veintiuno de mayo de 1940. La suya fue la punta de lanza que atravesó el Somme y avanzó sobre el Sena, en dirección a Ruán, barriendo el ala izquierda francesa y capturando numerosas fuerzas francesas y británicas alrededor de Saint-Valery. Su división entró en Cherburgo justo después de que acabáramos de evacuarla, y allí Rommel recibió la rendición del puerto y tomó treinta mil prisioneros franceses.

Por sus numerosos servicios y distinciones, fue elegido a principios de 1941 para comandar las tropas alemanas que se enviaron a Libia. En esa época, las esperanzas italianas se limitaban a la conservación de Tripolitania, y Rommel se hizo cargo del creciente contingente alemán que se encontraba bajo el mando italiano. De inmediato trató de imponer una campaña ofensiva. Cuando a principios de abril el comandante

en jefe italiano trató de convencerlo de que era preferible que el Afrika Korps alemán no avanzara sin su permiso, Rommel protestó diciendo que «como general alemán, tenía que dar órdenes según lo que exigiera la situación».

Durante toda la campaña de África Rommel demostró ser un maestro para manejar las formaciones móviles, sobre todo para reagruparse rápidamente después de una operación, y para continuar después de triunfar. Era un espléndido jugador militar, sabía manejar los problemas de suministro y desdeñaba a la oposición. Al principio, el Alto Mando alemán, después de darle rienda suelta, se quedó atónito ante sus éxitos y trató de frenarlo. Su entusiasmo y su osadía nos causaron terribles desastres, pero merece el homenaje que le rendí (no sin reproches del público) en la cámara de los Comunes en enero de 1942 cuando dije de él: «Tenemos frente a nosotros a un adversario sumamente hábil y osado y, si se me permite decirlo a pesar de los estragos de la guerra, a un gran general». Merece también nuestro respeto porque, a pesar de ser un soldado alemán leal, llegó a odiar a Hitler y todo lo que él hizo y participó en la conspiración de 1944 para rescatar a Alemania, reemplazando a este maníaco tiránico. Esto lo pagó con su vida.

El desfiladero de Agheila fue el meollo de la situación. Si el enemigo conseguía llegar hasta Agedabia, peligraban Bengasi y todo lo que quedaba al oeste de Tobruk. Podían elegir entre coger la buena carretera costera hasta Bengasi y un poco más o usar los caminos que conducían directamente hasta Mechili y Tobruk, que atravesaban el desierto, trescientos veinte kilómetros de largo por ciento sesenta kilómetros de ancho. Siguiendo esta segunda ruta en febrero logramos pillar y capturar a muchos miles de italianos que se retiraban a través de Bengasi. No debería sorprendernos que Rommel también tomara la ruta del desierto para hacernos la misma jugada. Sin embargo, mientras tuviéramos en nuestro poder la puerta de Agheila, el enemigo no tendría oportunidad de desconcertarnos de esta manera.

Todo esto dependía del conocimiento no sólo del terreno sino de las condiciones de la guerra en el desierto. Con la superioridad en blindaje y en calidad, más que en cantidad, y una paridad aérea razonable, la fuerza mejor y más animada habría podido ganar un enfrentamiento serio en el desierto, por más que se hubiera perdido la entrada. No se establecía ninguna de estas condiciones en los acuerdos que se hicieron. Nosotros éramos inferiores en el aire, y nuestro blindaje, por razones que veremos más adelante, era totalmente inadecuado, como también lo era el entrenamiento y el equipo de las tropas que había al oeste de Tobruk.

El ataque de Rommel a Agheila comenzó el treinta y uno de marzo. Nuestra división blindada, que en realidad contaba con una sola brigada blindada y su grupo de apoyo, se retiró lentamente durante los dos días siguientes. En el aire el enemigo demostró su gran superioridad. La Fuerza Aérea italiana todavía contaba poco, pero

había alrededor de un centenar de cazas alemanes y un centenar de bombarderos. Bajo el ataque alemán nuestras fuerzas blindadas se desorganizaron y sufrieron graves pérdidas. De un solo golpe, y casi en un día, el flanco del desierto, del que dependían todas nuestras decisiones, se había desplomado.

Se ordenó la evacuación de Bengasi, y por la noche del seis de abril la retirada estaba en plena marcha. Reforzaron y defendieron Tobruk, pero el cuartel general de la 2.ª División blindada y dos regimientos motorizados indios se vieron rodeados. Cierta cantidad de hombres salieron combatiendo y capturaron a un centenar de prisioneros alemanes, pero la gran mayoría se vio obligada a rendirse. El enemigo avanzó muy deprisa hacia Bardiya y As Salum con vehículos de blindaje pesado y con infantería motorizada. Otras tropas atacaron las defensas de Tobruk. La guarnición rechazó dos ataques y destruyó numerosos carros de combate enemigos; durante un tiempo se estabilizó la posición allí y en la frontera egipcia.

La derrota de nuestro flanco del desierto mientras estábamos totalmente desplegados en la aventura griega fue un desastre de primera magnitud. Durante algún tiempo su causa me dejó totalmente perplejo y, en cuanto se produjo una tregua momentánea, me sentí obligado a pedirle al general Wavell alguna explicación de lo que había sucedido. Como siempre, asumió la responsabilidad[48]. El desastre lo había dejado prácticamente sin blindaje.

El domingo veinte de abril pasaba el fin de semana en Ditchley y estaba trabajando en la cama cuando recibí dos telegramas del general Wavell para el jefe del Estado Mayor del Imperio que revelaban la difícil situación en toda su gravedad. Describía con detalle la posición de sus carros de combate. El panorama parecía sombrío. Decía lo siguiente: «Verá que sólo podemos contar con dos regimientos de carros de crucero para usar en Egipto a finales de mayo y que no hay reservas para sustituir a las bajas, *mientras que disponemos ahora en Egipto de un personal excelente para seis regimientos de carros de combate*. Considero vital el suministro de carros de crucero, además de carros de infantería, que carecen de la velocidad y el radio de acción necesarios para las operaciones en el desierto. Ruego al jefe del Estado Mayor del Imperio que preste su asistencia personal».

Después de leer estos mensajes alarmantes decidí que no me dejaría dominar más por la renuencia del Almirantazgo y que enviaría un convoy a través del Mediterráneo, directamente a Alejandría, para transportar todos los carros de combate que necesitaba el general Wavell. Teníamos un convoy con grandes refuerzos blindados a punto de zarpar siguiendo la ruta de El Cabo. Decidí que los buques rápidos que transportaban carros se desviaran en Gibraltar y cogieran el atajo, con lo que ganaban casi cuarenta días. El general Ismay, que se alojaba cerca de mi casa,

vino a verme a mediodía. Le preparé una minuta especial para los jefes del Estado Mayor y le pedí que la llevara a Londres de inmediato y que explicara que para mí este paso tenía suma importancia.

Los jefes del Estado Mayor ya estaban reunidos cuando Ismay llegó a Londres y discutieron mi minuta hasta altas horas de la noche. Su primera reacción a las propuestas fue desfavorable. Suponían que no había muchas probabilidades de que los barcos de transporte de vehículos atravesaran indemnes el Mediterráneo central ya que el día antes de atravesar el Estrecho y la mañana después de pasar por Malta estarían expuestos a un ataque con bombardeos en picado, que quedaban fuera del alcance de nuestros cazas con base en tierra. También se expuso el punto de vista de que había una peligrosa carencia de carros de combate en el país, y que si ahora perdíamos muchos carros en el extranjero habría que sustituirlos y, por consiguiente, nos quedaríamos con menos vehículos para las Fuerzas Nacionales.

Sin embargo, cuando al día siguiente se reunió el comité de defensa, tuve la inmensa satisfacción de que el almirante Pound se pusiera de mi parte y estuviera de acuerdo en que el convoy pasara por el Mediterráneo. El jefe del Estado Mayor de la Aviación, el capitán general Portal, dijo que trataría de disponer de un escuadrón de Beaufighter para brindar más protección desde Malta. Entonces le pedí al comité que se planteara el envío con el convoy de un centenar de carros de crucero más. El general Dill estuvo en contra de despachar más carros, *teniendo en cuenta que tenemos muy pocos para la defensa nacional*. Pensando en lo que él había acordado hacía diez meses, cuando enviamos la mitad de los pocos carros que teníamos, pasando por El Cabo hasta Oriente Próximo, en julio de 1940, no me pareció que sus motivos pudieran ser válidos entonces. El lector ya sabe que la invasión no me parecía un grave peligro en abril de 1941 ya que se habían hecho los preparativos adecuados para prevenirla. Ahora sabemos que este punto de vista era correcto. Se decidió seguir adelante con esta operación, que llamé «Tigre».

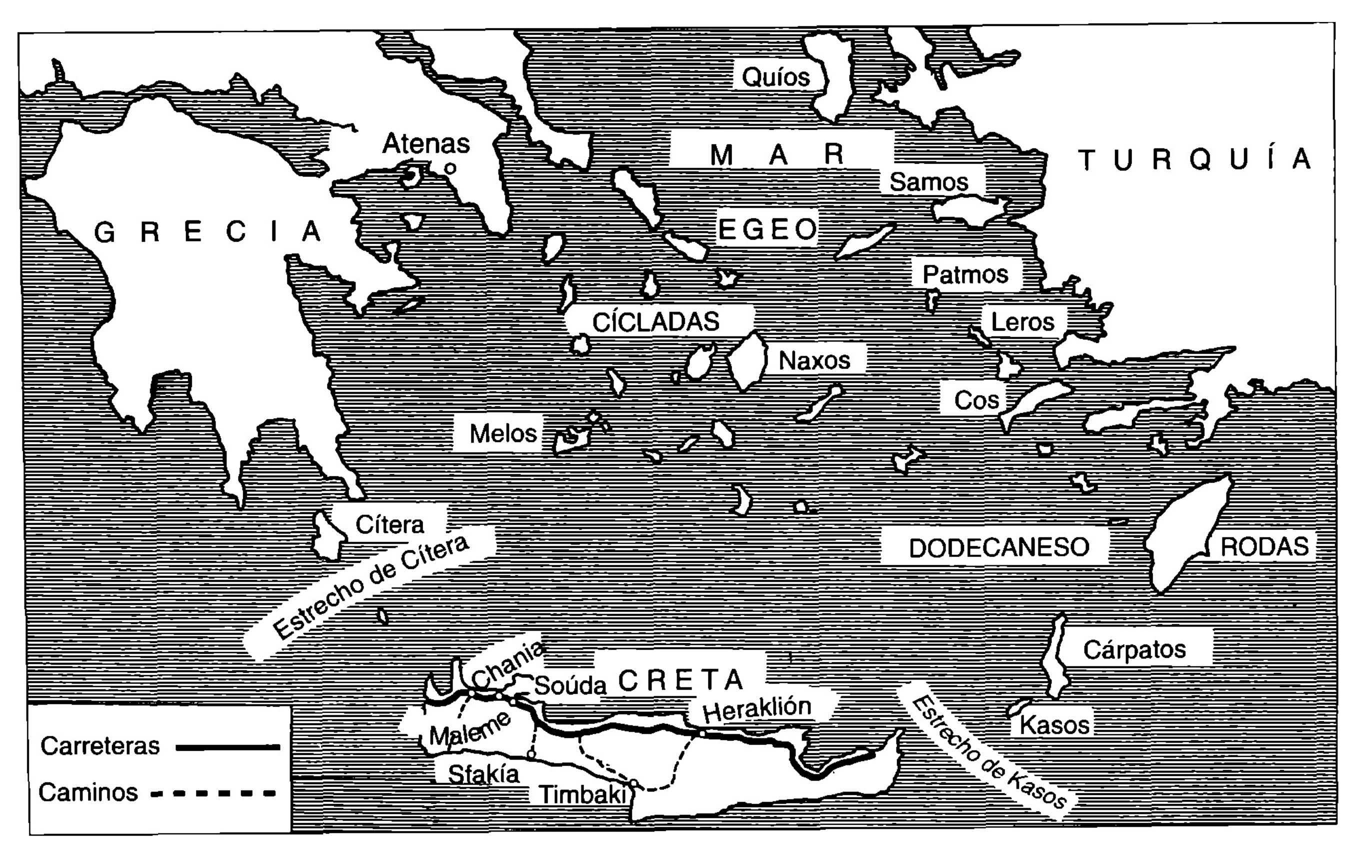
Mientras ocurría todo esto no podíamos quitarnos Tobruk de la cabeza. Se habían perdido todos los Hurricane que había en Grecia, y muchos de los que estaban en Tobruk quedaron destruidos o averiados. El teniente general Longmore opinaba que, si seguíamos tratando de mantener un escuadrón de cazas en Tobruk, lo único que conseguiríamos sería cuantiosas pérdidas para nada, lo que proporcionaría al enemigo la total superioridad aérea sobre Tobruk hasta que se pudiera crear otra fuerza de cazas. Sin embargo, la guarnición acababa de rechazar un ataque provocándole al enemigo numerosas bajas y tomando ciento cincuenta prisioneros.

Poco después, el general Wavell nos envió más información intranquilizadora sobre los refuerzos de Rommel que se aproximaban. Era probable que el desembarco de la 15.ª División Blindada alemana acabara el veintiuno de abril. Había indicios de

que se usaba Bengasi habitualmente y, aunque por lo menos harían falta quince días para reunir suministros, parecía probable que la División Blindada, la 5.ª División Motorizada Ligera y las divisiones Ariete y Trento pudieran avanzar después de mediados de junio. Encontrábamos muy poco satisfactorio en Inglaterra que Bengasi, a la que no habíamos podido convertir en una base útil, ya estuviese desempeñando una parte tan importante ahora que había pasado a manos alemanas.

Durante los quince días siguientes toda mi atención y mis preocupaciones estuvieron fijadas en las vicisitudes del «Tigre». No subestimé los riesgos que había estado dispuesto a asumir el Primer Lord del Mar, y sabía que había muchas dudas en el Almirantazgo. El convoy, formado por barcos de quince nudos y escoltado por la Fuerza H del almirante Somerville *(Renown, Malaya, Ark Royal* y *Sheffield*), pasó por Gibraltar el seis de mayo. Lo acompañaban también los refuerzos para la flota del Mediterráneo, que comprendían el *Queen Elizabeth* y los cruceros *Naiad y Fiji*. Los ataques aéreos del ocho de mayo fueron repelidos sin sufrir daños. Sin embargo, esa noche, dos barcos del convoy chocaron con minas al aproximarse al Estrecho. Uno se incendió y se hundió después de una explosión; el otro pudo continuar con el convoy. Al llegar a la entrada del canal de Skerki el almirante Somerville se separó del resto y regresó a Gibraltar. Por la tarde del día nueve, el almirante Cunningham, aprovechando la oportunidad de llegar con un convoy hasta Malta, se incorporó al convoy «Tigre» con la flota ochenta kilómetros al sur de Malta. A continuación, todas sus fuerzas pusieron rumbo a Alejandría donde llegaron sin más pérdidas ni averías.

Mientras todo esto estaba pendiente, mis pensamientos se volvieron a Creta, sobre la que estábamos seguros de que era inminente un intenso ataque aéreo. Me parecía que si los alemanes podían apoderarse de los aeródromos de la isla y usarlos dispondrían de refuerzos de forma casi indefinida, y que hasta una docena de carros de infantería podían resultar decisivos para impedírselo. Por consiguiente, les pedí a los jefes del Estado Mayor que analizaran la posibilidad de desviar una de las naves de «Tigre» para que descargase algunos de estos carros en Creta a su paso. Mis expertos colegas, aunque estuvieron de acuerdo en que los carros tendrían un valor especial para lo que yo me proponía, consideraron desaconsejable arriesgar el resto de la valiosa carga del barco con un desvío así. Por consiguiente, les sugerí el nueve de mayo que si «pensaban que era demasiado peligroso llevar el *Clan Lamont* a Souda, los doce carros de combate debería llevarlos éste, o cualquier otro barco, después de descargar en Alejandría». Se enviaron las órdenes correspondientes. Wavell nos comunicó el diez de mayo que «ya había dispuesto que se enviaran a Creta seis carros de combate de infantería y quince carros ligeros», y que «llegarían en los próximos días si todo iba bien». Pero nos quedaba muy poco tiempo.



Creta y el Egeo

Capítulo XX

CRETA

La importancia estratégica de Creta en todos nuestros asuntos relacionados con el Mediterráneo ya se ha explicado con argumentos y con hechos. Los buques de guerra británicos que tenían su base en la bahía de Souda o que estaban en condiciones de repostar allí podían brindarle a Malta una protección fundamental. Si nuestra base en Creta estuviera bien defendida contra los ataques aéreos entraría en juego toda la cuestión de la superioridad marítima, que evitaría las expediciones por mar. Pero a menos de doscientos kilómetros se encontraba la fortaleza italiana de Rodas, con sus amplios aeródromos y sus instalaciones bien asentadas, mientras que en Creta todo era inseguro. Ya había dado varias órdenes de fortificar la bahía de Souda; hasta utilicé la expresión «segundo Scapa». La isla llevaba más de seis meses en nuestro poder, pero la única manera de equipar el puerto habría sido proporcionándole un equipo más poderoso de cañones antiaéreos, a expensas de otras necesidades más urgentes todavía; además, el mando de Oriente Próximo tampoco podía encontrar la mano de obra necesaria, ni local ni en ningún otro lugar, para desarrollar los aeródromos. Quedaban descartados el envío de una gran guarnición a Creta o el establecimiento de fuerzas aéreas poderosas en sus aeródromos mientras Grecia siguiera en manos de los aliados. Pero todo debería haber estado preparado para recibir refuerzos, por si estuvieran disponibles y por si surgiera la necesidad. La responsabilidad de haber estudiado mal el problema y del mal cumplimiento de las instrucciones dadas deben compartirla El Cairo y Whitehall. Hasta después de los desastres que se produjeron en Cirenaica, en Creta y en el desierto no me di cuenta de lo sobrecargada y lo poco apoyada que estaba la organización del general Wavell. Éste hizo todo lo posible, pero el aparato militar que tenía a su disposición era demasiado débil para permitirle resolver la inmensa cantidad de asuntos que le imponían cuatro o cinco campañas simultáneas.

En ningún otro momento de la guerra, nuestro servicio secreto estuvo informado tan bien y con tanta precisión. En la jubilosa confusión que se produjo cuando se apoderaron de Atenas, los estados mayores alemanes fueron menos discretos de lo habitual y nuestros agentes en Grecia estuvieron activos y fueron atrevidos. En la última semana de abril obtuvimos buena información, procedente de fuentes fidedignas, sobre el siguiente ataque alemán. Los movimientos y la excitación del 11.º Cuerpo de Aviación alemán, así como también la frenética concentración de embarcaciones pequeñas en puertos griegos, no podía pasar desapercibida para los

ojos y los oídos atentos. En ninguna otra operación me esforcé tanto personalmente por estudiar y medir las pruebas o por asegurarme de que la magnitud del inminente ataque se les grabara a los comandantes en jefe y le fuera impartida al general que se encontraba en el propio frente.

Le sugerí al jefe del Estado Mayor del Imperio que había que poner al general Freyberg al mando de Creta y así se lo propuso a Wavell, que aceptó en seguida. Bernard Freyberg y yo éramos amigos desde hacía muchos años. La Cruz de la Victoria y la Orden al Mérito Distinguido con dos barras demostraban la calidad insuperable de sus servicios y, al igual que su único par, Cartón de Wiart, merecía el título de «Salamandra» que les otorgué a ambos. Los dos medraban en el fuego y literalmente los hicieron añicos sin que esto les afectara física ni espiritualmente. Al comienzo de la guerra no había otro hombre más capaz de comandar la División neozelandesa, para la que fue elegido con entusiasmo. En septiembre de 1940 le di vueltas a la idea de darle mayor proyección. Finalmente, le llegó este mando personal tan decisivo.

Freyberg y Wavell no se hacían ilusiones. La geografía de Creta complicaba el problema de la defensa. No había más que una sola carretera a lo largo de la costa septentrional, sobre la que se encontraban todos los puntos vulnerables de la isla, cada uno de los cuales tenía que ser independiente. No se podía crear una reserva central que pudiera desplazarse a un punto amenazado si esta carretera quedaba cortada y en poder del enemigo. Los únicos caminos que iban desde la costa meridional hasta la septentrional no eran aptos para vehículos con motor. A medida que los cerebros dominantes comenzaron a darse cuenta del peligro inminente, se hicieron intensos esfuerzos para transportar a la isla refuerzos y provisiones de armas, sobre todo artillería, pero ya era demasiado tarde. Durante la segunda semana de mayo la Fuerza Aérea alemana en Grecia y en el Egeo estableció un bloqueo diurno virtual y cobró numerosas víctimas en todo el tráfico, sobre todo del lado norte donde estaban todos los puertos. De las veintisiete mil toneladas de municiones vitales que se enviaron durante las tres primeras semanas de mayo sólo se pudieron desembarcar menos de tres mil; el resto tuvo que volver atrás. Como armas antiaéreas disponíamos de cincuenta cañones y veinticuatro reflectores. Sólo había veinticinco carros de combate ligeros. Nuestras fuerzas de defensa estaban distribuidas fundamentalmente para proteger las zonas de desembarco y el total de tropas imperiales que participaban en la defensa era de alrededor de 28.600.

Sin duda fue nuestra debilidad aérea lo que posibilitó el ataque alemán. A principios de mayo la Fuerza Aérea británica contaba con treinta y seis aviones, de los que sólo la mitad estaban en servicio. Estaban distribuidos entre Réthimno, Maleme y Heraklión, y eran una insignificancia en comparación con las abrumadoras fuerzas aéreas que estaban a punto de lanzarse sobre la isla. Todas las partes

implicadas eran totalmente conscientes de nuestra inferioridad en el aire, y el diecinueve de mayo, el día antes del ataque, todos los aviones que quedaban fueron evacuados a Egipto. Tanto el gabinete de Guerra como los jefes del Estado Mayor y los comandantes en jefe de Oriente Próximo sabían que la única alternativa era combatir a pesar de la enorme desventaja o salir corriendo de la isla, como habría sido posible a principios de mayo. Pero no había ninguna diferencia de opinión entre ninguno de nosotros con respecto a enfrentar el ataque; y cuando, conociendo el futuro, vemos lo cerca que estuvimos de ganar, a pesar de todas nuestras desventajas y lo trascendentales que fueron las ventajas incluso de nuestro fracaso, debemos estar satisfechos de los riesgos que corrimos y del precio que tuvimos que pagar.

La batalla comenzó la mañana del veinte de mayo con el ataque más temerario y más despiadado que jamás lanzaron los alemanes. En muchos aspectos fue único en su época. No se había visto antes nada igual. Fue el primer ataque aerotransportado a gran escala de los anales de la guerra. La Fuerza Aérea alemana representaba el brillo del movimiento de las Juventudes Hitlerianas y era una fogosa encarnación del espíritu teutón de venganza por la derrota de 1918. La flor y nata de los hombres alemanes se manifestaba en estas valerosas fuerzas, muy bien entrenadas y totalmente fieles de paracaidistas nazis, dispuestos con pasión a sacrificar la vida en el altar de la gloria y el poder mundial alemán. Estaban destinados a enfrentarse a soldados orgullosos, muchos de los cuales venían del otro extremo del mundo para luchar como voluntarios por la madre patria y lo que consideraban la causa del bien y la libertad.

Los alemanes utilizaron toda la fuerza con la que pudieron contar. Ésta sería la prodigiosa hazaña aérea de Göring, que podría haberse lanzado sobre Inglaterra en 1940 si hubieran roto el poder aéreo británico, una expectativa que no cumplieron. Podría haber caído sobre Malta, pero nos libramos de ello. Hacía más de siete meses que la Fuerza Aérea alemana esperaba para asestar el golpe y demostrar su valor. Finalmente Göring estaba en condiciones de darles la señal que tanto habían esperado. Cuando comenzó la batalla no sabíamos de cuántas tropas de paracaidistas disponía Alemania en total. El 11.º Cuerpo de Aviación podía ser uno más entre media docena de unidades similares; sólo muchos meses después estuvimos seguros de que era el único. De hecho, era la punta de lanza de los alemanes. Ésta es la historia de su triunfo y su destrucción.

En Maleme, el grueso de nuestra artillería antiaérea quedó fuera de combate prácticamente a la vez. Antes de que finalizara el bombardeo comenzaron a aterrizar planeadores al oeste del aeródromo. En todos los puntos donde veían tropas nuestras las sometían a un bombardeo tremendo, y era imposible contraatacar a la luz del día. Los planeadores o los aviones para el transporte de tropas aterrizaban sobre las playas

y en la maleza o en el aeródromo barrido por el fuego. En total, en los alrededores y entre Maleme y Chania, más de cinco mil alemanes pisaron tierra el primer día. Sufrieron muchas bajas por los disparos y los feroces combates cuerpo a cuerpo con los neozelandeses. Al acabar el día seguíamos en posesión del aeródromo, pero esa noche los pocos que quedaban del batallón se replegaron hacia sus refuerzos.

Réthimno y Heraklión fueron sometidos a un fuerte bombardeo aéreo esa mañana, seguido por lanzamientos en paracaídas por la tarde. A continuación hubo duros combates, pero al anochecer los dos aeródromos seguían en nuestro poder. Por consiguiente, el resultado de este primer día de combates fue bastante satisfactorio, salvo en Maleme; aunque en todos los sectores había sueltos grupos de hombres bien armados. La intensidad de los ataques superó ampliamente las expectativas del mando británico y el furor de nuestra resistencia dejó atónito al enemigo.

El ataque continuó el segundo día, cuando volvieron a aparecer aviones que transportaban tropas. Aunque el aeródromo de Maleme permaneció bajo el fuego cerrado de nuestra artillería y nuestros morteros, siguieron aterrizando aviones de transporte de tropas tanto allí como en el terreno escabroso que hay al oeste. El Alto Mando alemán parecía indiferente a las bajas, y por lo menos un centenar de aviones quedaron destrozados en aterrizajes de emergencia en esta zona. Sin embargo, siguió aumentando la tensión. El contraataque que aconteció esa noche llegó hasta el límite del aeródromo, pero al clarear el día volvió a aparecer la Fuerza Aérea alemana, y no se pudo mantener lo conseguido.

El tercer día, el aeródromo de Maleme comenzó a prestar servicios efectivos al enemigo. Siguieron llegando aviones con tropas a un ritmo de más de veinte por hora. Más decisivo todavía fue el hecho de que pudieran regresar a buscar refuerzos. En total, se calculó que en esos días y en los siguientes realizaron aterrizajes normales o de emergencia, con más o menos fortuna, más de seiscientos aviones para el transporte de tropas. Al aumentar la presión, la Brigada neozelandesa fue cediendo poco a poco, hasta quedar a casi dieciséis kilómetros de Maleme. En Chania y en Souda no se produjo ningún cambio, y en Réthimno la situación estaba bien controlada. En Heraklión el enemigo aterrizaba al este del aeródromo, y allí comenzó y creció un atrincheramiento efectivo.

La noche siguiente nuestras cansadas tropas vieron hacia el norte toda la línea del cielo llena de fogonazos y supieron que la Armada británica había entrado en acción. El primer convoy marítimo alemán había comenzado su misión desesperada. Durante dos horas y media los barcos británicos dieron caza a su presa y hundieron por lo menos una docena de caiques y tres buques de vapor, todos atestados de tropas enemigas. Se calcula que esa noche se ahogaron alrededor de cuatro mil hombres. Mientras tanto, el contralmirante King, con cuatro cruceros y tres destructores, había pasado la noche del día veintiuno patrullando frente a las costas de Heraklión, y al

amanecer del día veintidós comenzó a avanzar hacia el norte. Destruyó un solo caique, cargado de soldados, y a las diez la escuadra se acercaba a la isla de Melos. Pocos minutos después avistaron hacia el norte un destructor enemigo con cinco embarcaciones pequeñas, y en seguida entablaron combate. Entonces avistaron otro destructor que creaba una cortina de humo y vieron que tras el humo había gran cantidad de caiques. En realidad, interceptamos otro convoy importante cargado de soldados. Nuestro reconocimiento aéreo había comunicado este hecho al almirante Cunningham, pero tardaron más de una hora en confirmarle la noticia al contralmirante King. Sus barcos habían sufrido ataques aéreos constantes desde el amanecer y, aunque todavía no había sufrido ninguna avería, todos se estaban quedando sin munición antiaérea. El contralmirante, sin caer en la cuenta de la presa que casi tenía en su poder, pensó que seguir avanzando hacia el norte pondría en peligro toda su fuerza y ordenó una retirada hacia el oeste. En cuanto el comandante en jefe leyó este aviso, envió la siguiente orden:

> Aguante allí. No los pierda de vista. No permita que el Ejército llegue a Creta. Es imprescindible que ninguna fuerza naval enemiga desembarque en Creta.

Ya era demasiado tarde para destruir el convoy, que había retrocedido y se había dispersado en todas direcciones entre las numerosas islas. De este modo, al menos cinco mil soldados alemanes se salvaron del destino de sus compañeros. La audacia de las autoridades alemanas al ordenar la navegación de estos convoyes cargados de tropas, prácticamente indefensos, por aguas en las que no tenían el dominio naval, ni tampoco el aéreo, es un ejemplo de lo que podría haber ocurrido a una escala gigantesca en el mar del Norte y el canal de la Mancha en septiembre de 1940. Demuestra la falta de conocimiento que tenían los alemanes con respecto al poder marítimo para oponerse a las fuerzas de invasión, y también el precio que se puede llegar a pagar, en vidas humanas, como castigo por este tipo de ignorancia.

Inflexiblemente decidido a destruir a toda costa a todos los invasores que llegaran por mar, el almirante Cunningham lo puso todo en juego. Es evidente que durante estas operaciones no dudó en arriesgar no sólo sus barcos más valiosos sino todo el mando naval del Mediterráneo oriental. Su manera de dirigir esta cuestión contó con la aprobación del Almirantazgo. En esta desastrosa batalla el mando alemán no fue el único que arriesgó mucho. Lo que ocurrió durante esas cuarenta y ocho horas de combate naval convenció al enemigo, y ya no se volvieron a hacer más intentos de desembarcos hasta que se decidió el destino de Creta.

Pero el veintidós y el veintitrés de mayo le costaron mucho a la Armada: se hundieron dos cruceros y tres destructores; un acorazado, el *Warspite*, quedó fuera de servicio durante bastante tiempo y el *Valiant* y muchas otras embarcaciones sufrieron considerables averías. Sin embargo, Creta siguió protegida por mar. La Armada no

falló. Ni un solo alemán desembarcó en Creta hasta que no acabó la batalla por la isla.

El veintiséis de mayo fue decisivo. Nuestras tropas llevaban seis días sometidas a una presión cada vez mayor, hasta que no pudieron aguantar más. Esa misma noche, se tomó la decisión de evacuar Creta y otra vez tuvimos que hacer frente a una misión amarga y deprimente y a la certeza de sufrir cuantiosas pérdidas. La flota, cansada y agobiada, tuvo que emprender la tarea de embarcar a casi veintidós mil hombres, en su mayoría en la playa abierta de Sfakía, y atravesar quinientos sesenta kilómetros de un mar dominado por fuerzas aéreas hostiles. Las tropas se tenían que ocultar cerca de la orilla hasta que las llamaban para embarcar. Por lo menos quince mil hombres permanecieron ocultos en el terreno irregular próximo a Sfakía, y la retaguardia de Freyberg no paró ni un momento.

A la expedición simultánea del almirante Rawlings que acudió a rescatar a la guarnición de Heraklión, le aguardaba una tragedia. Los destructores llegaron antes de medianoche y transbordaron las tropas a los cruceros que las esperaban. A las tres y veinte de la noche habían acabado el trabajo. Después de embarcar a cuatro mil hombres comenzó el viaje de regreso. Estaba prevista la protección de cazas, pero en parte debido al cambio de horario los aviones no localizaron a los barcos. El temido bombardeo comenzó a las seis de la mañana y continuó hasta las tres de la tarde, cuando la escuadra se encontraba a ciento sesenta kilómetros de Alejandría. La primera baja fue el destructor *Hereward* que, a las 6.25, fue alcanzado por una bomba y ya no pudo seguir en contacto con el convoy. El almirante decidió, correctamente, dejar el barco afectado librado a su destino. La última vez que lo vieron estaba cerca de la costa de Creta. La mayoría de los que iban a bordo sobrevivieron, aunque como prisioneros de guerra. Lo peor era lo que ocurriría a continuación. Durante las cuatro horas siguientes fueron alcanzados los cruceros *Dido* y *Orion* y el destructor *Decoy*. La velocidad de la escuadra se redujo a veintiún nudos, aunque mantuvieron rumbo al sur todos juntos. En el *Orion* las condiciones eran espantosas. Aparte de su propia tripulación llevaba a bordo mil cien soldados. En sus atestadas cubiertas murieron alrededor de doscientos sesenta hombres y doscientos ochenta resultaron heridos por una bomba que atravesó el puente. Su comandante, el capitán de navío G. R. B. Back, también murió, el barco quedó muy averiado y se prendió fuego. A mediodía aparecieron dos Fulmar del arma de Aviación de la Flota, que a partir de entonces proporcionaron cierto alivio. A pesar de todos sus esfuerzos los cazas de la Fuerza Aérea británica no pudieron hallar a la pobre escuadra, aunque mantuvieron varios enfrentamientos y destruyeron por lo menos dos aviones. Cuando la escuadra llegó a Alejandría, a las ocho de la tarde del día veintinueve, se comprobó que una quinta parte de la guarnición rescatada de Heraklión había muerto o había sido herida o capturada.

Después de estas experiencias el general Wavell y sus colegas tuvieron que decidir hasta qué punto iban a continuar con sus esfuerzos para retirar nuestras tropas de Creta. El Ejército se encontraba en peligro mortal, la Aviación casi no podía hacer nada y otra vez la misión le correspondió a la Armada, cansada y destrozada por las bombas. Para el almirante Cunningham iba en contra de toda tradición abandonar al Ejército en una crisis así. Declaró: «La Armada tarda tres años en construir un barco y tardará trescientos años en elaborar una nueva tradición. La evacuación [es decir, el rescate] continuará». La mañana del día veintinueve se habían evacuado casi cinco mil hombres, pero quedaban muchos que seguían resistiendo todavía ocultos en todas las entradas a Sfakía, y en cuanto aparecían a la luz del día los bombardeaban. La decisión de arriesgar más pérdidas navales ilimitadas estaba justificada no sólo por su impulso sino por los resultados.

La noche del día veintiocho el contralmirante King embarcó con rumbo a Sfakía. La noche siguiente se embarcaron alrededor de seis mil hombres sin ningún impedimento y, aunque fueron atacados en tres ocasiones el día treinta, llegaron a Alejandría sanos y salvos. Esta buena suerte se debió a los cazas de la Fuerza Aérea británica que, a pesar de ser pocos, interrumpieron más de un ataque antes de que diera en el blanco. La mañana del día treinta, el capitán de navío Arliss zarpó otra vez rumbo a Sfakía con cuatro destructores, dos de los cuales tuvieron que regresar, aunque él siguió con el otro par y consiguió embarcar a más de mil quinientos soldados. Los dos barcos resultaron averiados, pero se salvaron por los pelos en el viaje de regreso, y llegaron a salvo a Alejandría. Después de muchos peligros, el rey de Grecia había sido rescatado junto con el ministro británico unos días antes. Esa noche también evacuaron por aire al general Freyberg por orden de los comandantes en jefe.

El treinta de mayo se ordenó hacer un último esfuerzo para evacuar el resto de las tropas. Pensaban que en Sfakía no quedaban más de tres mil hombres, pero la información posterior demostró que había más del doble. El contralmirante King volvió a zarpar la mañana del día treinta y uno. No esperaban transportarlos a todos, pero el almirante Cunningham ordenó que los barcos se llenaran al máximo. Al mismo tiempo le dijeron al Almirantazgo que ésa sería la última noche de evacuación. El embarque fue bien y las naves volvieron a zarpar a las tres de la noche del uno de junio, transportando casi cuatro mil soldados hasta Alejandría sanos y salvos.

Más de cinco mil soldados británicos y del imperio quedaron en algún lugar de Creta, y el general Wavell los autorizó a capitular. Sin embargo, muchos se dispersaron de forma individual por la isla montañosa, que tiene doscientos sesenta kilómetros de largo. Tanto ellos como los soldados griegos contaron con el apoyo de

los aldeanos y los campesinos, que eran castigados sin piedad cuando eran descubiertos. Se tomaron represalias salvajes sobre campesinos inocentes o valientes, que fueron fusilados de a veinte o de a treinta. Por este motivo, tres años después, en 1944, propuse al Consejo Supremo de Guerra que los delitos cometidos en un lugar se juzgaran en ese mismo lugar, y que se llevara a juicio al acusado de inmediato. El principio fue aceptado y así se saldaron algunas de las deudas pendientes.

Dieciséis mil quinientos hombres llegaron a Egipto sanos y salvos, casi todos soldados británicos y de tropas imperiales. Mediante diversos operativos de comando se ayudó a escapar a casi mil más. Perdimos alrededor de trece mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, a los que hay que añadir casi dos mil bajas navales. Desde la guerra se han contado más de cuatro mil tumbas alemanas cerca de Maleme y la bahía de Souda, y otras mil en Réthimno y Heraklión. Aparte de éstas, están las cuantiosas, aunque desconocidas cifras de los que se ahogaron en el mar, y los que murieron después en Grecia como consecuencia de sus heridas. En total, el enemigo debió de sufrir bastante más de quince mil bajas entre muertos y heridos. Se perdieron o quedaron seriamente averiados alrededor de ciento setenta aviones para el transporte de tropas. Pero el precio que pagaron por su victoria no se puede calcular por la matanza.

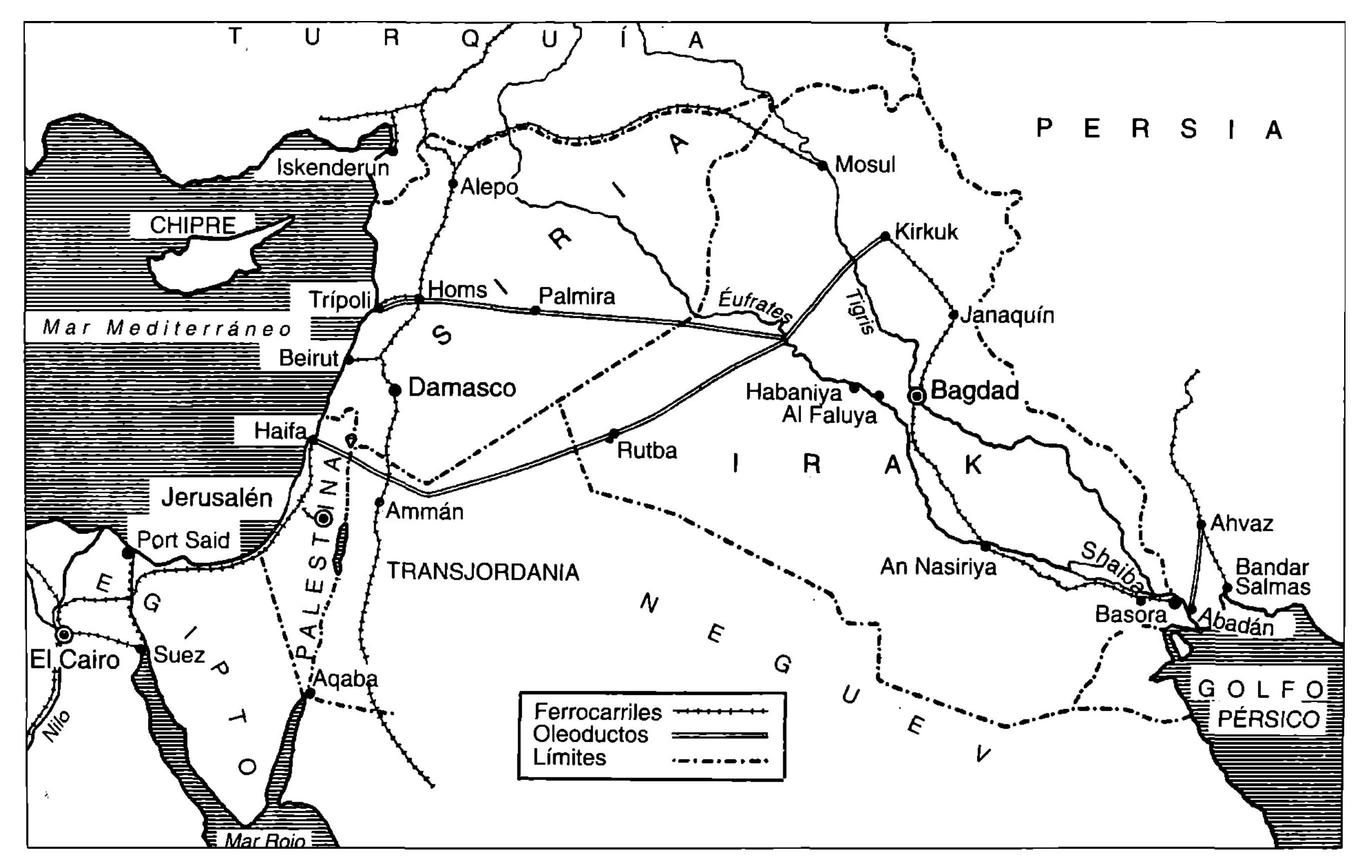
La batalla de Creta es un ejemplo de los resultados decisivos que se pueden obtener mediante unos combates duros y sostenidos, aparte de las maniobras en busca de posiciones estratégicas. No sabíamos cuántas divisiones de paracaidistas tenían los alemanes. De hecho, la 7.ª División Aerotransportada era la única que tenía Göring, y quedó destruida en la batalla de Creta. Murieron más de cinco mil de sus mejores hombres y toda la estructura de esta organización se quebró de forma irrecuperable para no volver a aparecer nunca más. Las tropas neozelandesas, así como las británicas, las imperiales y las griegas que libraron esa lucha confusa, descorazonadora e inútil por Creta pueden sentir que desempeñaron un papel decisivo en un acontecimiento que nos produjo un alivio decisivo en un momento crucial.

Las pérdidas alemanas de sus mejores combatientes impidieron la participación de un arma aérea y paracaidística formidable en cualquier otro acontecimiento inmediato en Oriente Próximo. Góring no consiguió en Creta más que una victoria pírrica porque las fuerzas que perdió allí podrían haberle hecho ganar Chipre, Irak, Siria y tal vez Persia. Estas tropas eran justamente las que hubiera necesitado para invadir extensas regiones vacilantes en las que no habría encontrado demasiada resistencia. Fue una tontería desperdiciar estas oportunidades casi inconmensurables y esas fuerzas insustituibles en una lucha mortal, a menudo cuerpo a cuerpo, con los guerreros del imperio británico.

Tenemos ahora en nuestro poder el «informe de la batalla» del 11.º Cuerpo de

Aviación, al cual pertenecía la 7.ª División Aerotransportada. Cuando recordamos las duras críticas y autocríticas a las que estuvieron sometidos nuestros planes, resulta interesante saber lo que dice el otro bando. «Las fuerzas terrestres británicas en Creta —decían los alemanes— eran alrededor de tres veces superiores a lo que suponíamos. La zona de operaciones de la isla había sido preparada para la defensa con sumo cuidado y disponía de todos los medios posibles. […] Todas las obras estaban camufladas con gran habilidad. […] Debido a la falta de información, el hecho de no apreciar correctamente la situación del enemigo puso en peligro el ataque del 11.º Cuerpo de Aviación y trajo como consecuencia unas pérdidas excepcionalmente altas y sangrientas».

Al menos en teoría, la posición naval en el Mediterráneo se vio seriamente afectada por las pérdidas que sufrimos en la batalla y en la evacuación de Creta. De momento, la batalla de Matapán, que aconteció el veintiocho de marzo, había obligado a la flota italiana a regresar a puerto, pero después le tocó a nuestra flota sufrir graves pérdidas. Después de Creta el almirante Cunningham sólo disponía de dos acorazados, tres cruceros y diecisiete destructores en servicio. Otros nueve cruceros y destructores se estaban reparando en Egipto; en cambio, los acorazados *Warspite* y *Barham* y su único portaaviones, el *Formidable*, además de otras naves, tendrían que abandonar Alejandría para ser reparados en otro sitio. Se perdieron tres cruceros y seis destructores. Había que enviar refuerzos sin pérdida de tiempo para recuperar el equilibrio. Pero como contaremos a continuación, todavía nos aguardaban más desgracias. El período que estamos a punto de narrar ofreció al enemigo su mejor oportunidad para desafiar nuestro dudoso control sobre el Mediterráneo y Oriente Próximo, con todo lo que esto suponía. No sabíamos que no la aprovecharían.


T U R Q U Í A
P E R S I A
Iskenderun
Alepo
CHIPRE
S I R I A
Mosul
Kirkuk
Trípoli
Homs
Palmira
Éufrates
Tigris
Janaquín
Mar Mediterráneo
Beirut
Damasco
Habaniya
Al Faluya
Bagdad
Haifa
Rutba
I R A K
Jerusalén
PALESTINA
Ammán
Port Said
TRANSJORDANIA
An Nasiriya
Shaiba
Ahvaz
Bandar Salmas
EGIPTO
NEGUEV
Basora
Abadán
El Cairo
Suez
Aqaba
GOLFO PÉRSICO
Ferrocarriles
Oleoductos
Límites
Nilo
Mar Rojo

Siria e Irak

Capítulo XXI

EL ÚLTIMO ESFUERZO DEL GENERAL WAVELL

Mientras la lucha en Creta y en el desierto occidental llegaba a su punto culminante y daban caza al *Bismarck* y lo destruían en el océano Atlántico, en Siria e Irak nos amenazaban peligros menos sanguinarios aunque no menos graves. El tratado de 1930 con Irak establecía que, en tiempos de paz, Gran Bretaña entre otras cosas mantendría bases aéreas cerca de Basora y en. Habaniya y tendría derecho al tránsito permanente de fuerzas militares y provisiones. Establecía también que, en tiempos de guerra, contaríamos con todas las facilidades posibles, como el uso de líneas férreas, ríos, puertos y aeropuertos para que pasaran nuestras fuerzas armadas. Al comenzar la guerra, Irak rompió relaciones diplomáticas con Alemania pero no le declaró la guerra. Cuando entró Italia, Irak ni siquiera cortó las relaciones y la delegación italiana en Bagdad se convirtió en el principal centro de propaganda del Eje y de fomento de un sentimiento antibritánico. Contaban con la colaboración de los muftíes de Jerusalén, que habían huido de Palestina poco antes de que estallara la guerra y posteriormente recibieron asilo en Bagdad. Con la caída de Francia el prestigio de Gran Bretaña decayó mucho, y esta situación fue motivo de gran preocupación para nosotros. Pero la acción militar quedaba fuera de la cuestión y tuvimos que seguir adelante lo mejor que pudimos.

En marzo de 1941 se produjo un cambio para peor. Nombraron primer ministro a Rashid Alí, que colaboraba con los alemanes, y huyó el regente probritánico, el emir Abdul Ilah. Se volvió esencial asegurar Basora, el principal puerto de Irak en el golfo Pérsico, de modo que un grupo de brigadas enviado por el general Auchinleck, el comandante en jefe de la India, desembarcó allí sin ninguna oposición el dieciocho de abril. Rashid Alí, que había contado con la colaboración de aviones alemanes, e incluso de tropas alemanas aerotransportadas, se vio entonces obligado a actuar.

Lo primero que hizo fue atacar Habbanija, la base de entrenamiento de nuestra Fuerza Aérea en el desierto iraquí. En el acantonamiento había poco más de dos mil doscientos combatientes y no menos de nueve mil civiles, de modo que su Escuela de Aviación se convirtió en un punto de gran importancia. El general de división Smart, que estaba al mando, adoptó enérgicas y oportunas precauciones. Antes la Escuela sólo contaba con aparatos obsoletos o de entrenamiento, pero habían llegado de Egipto unos cuantos cazas Gladiator, y con ochenta y dos aviones de todo tipo se improvisaron cuatro escuadrones. El día veintinueve llegó de la India un batallón británico. La defensa terrestre del perímetro de once kilómetros, con su solitaria alambrada, era sin duda insuficiente. El día treinta aparecieron tropas iraquíes procedentes de Bagdad a menos de dos kilómetros sobre la meseta desde la que se

veían tanto el aeródromo como el campamento. En seguida recibieron refuerzos hasta alcanzar la cifra de unos nueve mil hombres y cincuenta cañones. Los dos días siguientes se dedicaron a negociaciones infructuosas, y al amanecer del dos de mayo comenzaron los combates.

En Siria la amenaza no era menos inminente y nuestros recursos no estaban menos agotados. Era uno de los numerosos territorios de ultramar del imperio francés que se consideraba afectado por la rendición de su gobierno, y las autoridades de Vichy habían hecho todo lo posible para impedir que ningún miembro del Ejército francés de Levante pasara a Palestina para unirse a nosotros. En agosto de 1940 apareció una comisión Italiana de Armisticio y los agentes alemanes, que habían sido recluidos al estallar la guerra, fueron puestos en libertad y entraron en acción. Al finalizar el año habían llegado muchos más alemanes y con fondos en abundancia se dedicaron a despertar sentimientos antibritánicos y antisionistas entre los pueblos árabes de Levante. Al mismo tiempo que Rashid Alí se apoderaba del poder en Irak, Siria nos obligó a prestarle atención. La Luftwaffe ya estaba atacando el canal de Suez desde bases situadas en el Dodecaneso y era evidente que estaban en condiciones, si querían, de actuar contra Siria, sobre todo con tropas aerotransportadas. Si los alemanes lograban el control, Egipto la zona del canal y las refinerías de petróleo de Abadán quedarían bajo la amenaza directa de constantes ataques aéreos y peligrarían nuestras comunicaciones por tierra entre Palestina e Irak. Podía haber repercusiones políticas en Egipto, y nuestra reputación en Turquía y en todo Oriente Próximo sufriría un duro revés.

Poco después de que Rashid Alí le solicitara al *führer* apoyo militar contra nosotros en Irak el almirante Darían negoció un acuerdo preliminar con los alemanes con respecto a Siria. Había que transportar a Irak tres cuartas partes del material bélico reunido bajo el control de la comisión Italiana de Armisticio, y la Fuerza Aérea alemana les dio facilidades para aterrizar. El general Dentz, el alto comisionado de Vichy y comandante en jefe recibió órdenes de obedecer, y a finales de mayo aterrizaron en los aeródromos sirios alrededor de un centenar de aviones alemanes y unos veinte italianos.

Desde que comenzaron a surgir estos nuevos peligros el general Wavell se mostró muy reacio a asumir más responsabilidades. En Siria lo único que pudo conseguir fue un solo grupo de brigadas. Dijo que haría preparativos y todo lo posible por dar la impresión de que se estaba preparando una gran fuerza para entrar en acción desde Palestina, que podía afectar en cierto modo al gobierno iraquí, aunque todo lo que pudiera enviar sería inadecuado y además llegaría demasiado tarde. «Ya he advertido varias veces —telegrafió— que no se podía brindar ninguna ayuda a Irak desde Palestina en las actuales circunstancias, y siempre he recomendado que se evitara un

compromiso con Irak. […] Mis fuerzas están exigidas al máximo en todas partes, y sencillamente no me puedo permitir arriesgar parte de ellas para algo que puede no dar ningún resultado».

En cambio, el general Auchinleck seguía ofreciendo refuerzos para Irak: hasta cinco brigadas de infantería y tropas auxiliares si les podían proporcionar el transporte. Nos complacía su atrevida postura. El general Wavell se limitó a obedecer dejando constancia de su protesta: «Considero mi obligación advertirles algo de suma gravedad —cablegrafió el cinco de mayo—: que me parece que la prolongación de los combates en Irak pondrá en serio peligro la defensa de Palestina y Egipto. Las repercusiones políticas serán incalculables y se puede producir lo que he tratado de evitar hace casi dos años, es decir, graves problemas internos en nuestras bases. Por consiguiente, insisto con firmeza en que se negocie un acuerdo lo antes posible».

No me quedé conforme con esto y con el apoyo de los jefes del Estado Mayor, presenté la cuestión ante el Comité de Defensa cuando se reunió al día siguiente a mediodía. El estado de ánimo era decidido. Siguiendo sus instrucciones se enviaron al general Wavell las siguientes órdenes:

«[…] No podemos esperar llegar a un acuerdo a través de la negociación, salvo partiendo de la base de una vuelta atrás de los iraquíes con garantías contra futuros planes del Eje en Irak. La realidad de la situación es que durante todo este tiempo Rashid Alí se ha puesto de acuerdo con las potencias del Eje y se ha limitado a esperar a que pudieran apoyarlo para mostrar su juego. Nuestra llegada a Basora frustró sus planes antes de que el Eje estuviera listo. De modo que tenemos una magnífica oportunidad de restablecer la situación mediante una acción atrevida si no se demora.

»Por consiguiente, los jefes del Estado Mayor han recomendado al Comité de Defensa que están dispuestos a aceptar la responsabilidad por el envío de la fuerza especificada en su telegrama lo antes posible. El Comité de Defensa ordena que se informe al general de división Smart de que recibirá ayuda, y que mientras tanto tiene la obligación de defender Habaniya hasta las últimas consecuencias. Con la condición de que se mantenga la seguridad de Egipto, habrá que dar el máximo apoyo aéreo posible a las operaciones en Irak».

Mientras tanto, los escuadrones de la Escuela de Aviación de Habaniya, junto con los bombarderos Wellington procedentes de Shaiba (en el golfo Pérsico), atacaron las tropas iraquíes que estaban en la meseta. Éstas respondieron bombardeando el acantonamiento y sus aviones se sumaron con bombas y ametralladoras. El primer día murieron o resultaron heridos más de cuarenta de nuestros hombres y veintidós aviones quedaron destrozados o inutilizados. A pesar del riesgo que suponía despegar bajo el fuego cerrado de la artillería nuestros aviadores insistieron. No se produjo un ataque de infantería del enemigo, y poco a poco se fueron dominando sus baterías. Se

comprobó que los artilleros enemigos no permanecían junto a sus armas si estaban sometidos a un ataque aéreo, ni cuando aparecían nuestros aviones sobre sus cabezas. Se sacó mucho provecho de su nerviosismo y, después del segundo día, pudimos dirigir una parte de nuestro esfuerzo aéreo contra la Fuerza Aérea iraquí y sus bases. La noche del tres y el cuatro de mayo salieron patrullas para atacar las líneas enemigas, y el cinco, tras cuatro días de ataques de la Fuerza Aérea británica, el enemigo se hartó y esa misma noche se retiró de la meseta. Los siguieron y, en una acción que tuvo mucho éxito, capturaron cuatrocientos prisioneros, una docena de cañones, sesenta ametralladoras y diez vehículos blindados. Nuestra aviación encontró una columna de refuerzo en la carretera y la destruyó. El siete de mayo se había acabado el sitio y el día dieciocho llegó de Palestina la avanzadilla de la fuerza de relevo.

Pero entonces los iraquíes ya no eran el único enemigo. Los primeros aviones alemanes se instalaron en el aeropuerto de Mosul el trece de mayo y a partir de entonces la principal misión de la Fuerza Aérea británica fue atacarlos e impedirles recibir suministros por ferrocarril desde Siria. Al cabo de unos días conseguimos aplastarlos. Después apareció un escuadrón de cazas italianos, pero no consiguió nada. El oficial alemán encargado de coordinar la acción de los escuadrones aéreos del Eje con las fuerzas iraquíes, uno de los hijos del mariscal de campo Blomberg, aterrizó en Bagdad con una bala en la cabeza como consecuencia de unos disparos mal calculados de sus aliados. Su sucesor, aunque tuvo más suerte al aterrizar, no pudo hacer nada y así se desperdició la oportunidad de una intervención útil del Eje.

Nuestras tropas de vanguardia llegaron a las afueras de Bagdad el treinta de mayo. A pesar de lo reducido de su número y de que había en la ciudad una división iraquí, su presencia fue demasiado para Rashid Alí y sus compañeros que huyeron a Persia acompañados por el ministro alemán y el italiano y el ex muftí de Jerusalén. Al día siguiente se firmó un armisticio, se reinstauró al regente, asumió un nuevo gobierno y pronto ocupamos todos los puntos importantes del país.

De este modo, el plan alemán para provocar una rebelión en Irak y dominar fácilmente esta amplia zona se vio frustrado por un pequeño margen. Evidentemente tenían a su disposición una fuerza aerotransportada que a esas alturas les habría proporcionado Siria, Irak y Persia, con sus valiosos yacimientos petrolíferos. Hitler podría haber alargado la mano muy lejos, hasta la India, y haberse acercado a Japón. Sin embargo, como hemos visto, eligió utilizar y agotar su principal organismo aéreo en otra dirección. No cabe duda de que desaprovechó la oportunidad de coger una buena presa con un coste bajo en Oriente Próximo.

La amarga necesidad de anticiparnos a los alemanes en Siria también nos obligó a presionar mucho a Wavell. Dijo que esperaba que no le encargaran una campaña en

Siria a menos que fuese absolutamente imprescindible. Los jefes del Estado Mayor respondieron que no había más opción que improvisar la fuerza más grande que pudiera, sin poner en peligro la seguridad en el desierto occidental, y el veintiuno de mayo, en el momento en que se producía el ataque alemán a Creta, dio instrucciones al general Maitland Wilson para que se preparara para avanzar.

Con la colaboración de tropas de la Francia Libre se puso en marcha el ocho de junio y al principio casi no encontró oposición. Nadie sabía cuánto lucharía Vichy. Aunque era prácticamente imposible atacar por sorpresa, algunos pensaron que el enemigo sólo ofrecería una resistencia simbólica. Pero cuando se dieron cuenta de nuestra debilidad se animaron y reaccionaron con energía, aunque sólo fuera por hacer honor a sus armas. Al cabo de una semana de combates Wavell tuvo claro que necesitaba refuerzos. Consiguió obtener más tropas, incluida una parte de la fuerza que había capturado Bagdad. Damasco cayó en poder de los australianos el día veintiuno después de tres días de intensos combates. Contribuyó a su avance un ataque osado y costoso del Comando número 11, que desembarcó desde el mar detrás de las líneas enemigas. El general Dentz se dio cuenta de que había llegado al límite. Todavía le quedaban alrededor de veinticuatro mil hombres, pero no esperaba poder ofrecer una resistencia muy prolongada. Apenas le quedaba una quinta parte de su fuerza aérea. A las 8.30 de la mañana del doce de julio llegaron los enviados de Vichy a pedir un armisticio que les fue concedido, de modo que se suscribió un convenio y Siria fue ocupada por los aliados. Nuestras bajas, entre muertos y heridos, superaron las 4.600; las del enemigo fueron de alrededor de 6.500. Se produjo un incidente desagradable. A los británicos que fueron tomados prisioneros durante los combates se los envió rápidamente a la Francia de Vichy, de la que habrían pasado sin duda a manos de los alemanes. Cuando se descubrió esto y no se ofreció ninguna reparación el general Dentz y otros altos oficiales fueron tomados como rehenes, lo que produjo el efecto deseado y nos devolvieron a nuestros hombres.

Las campañas triunfales en Siria e Irak mejoraron considerablemente nuestra posición estratégica en Oriente Próximo. Esto cerró la posibilidad de nuevos intentos de penetración del enemigo hacia el este desde el Mediterráneo, desplazó nuestra defensa del canal de Suez cuatrocientos kilómetros más al norte y alivió a Turquía de la preocupación por su frontera meridional. Ya sabía que podía contar con una potencia amistosa en caso de ser atacada. La batalla de Creta, que nos costó tan cara, arruinó el poder de ataque de los cuerpos aerotransportados alemanes. Finalmente se aplastó la revuelta de Irak y, con fuerzas lamentablemente reducidas e improvisadas, recuperamos el dominio de estas extensas regiones. La ocupación y conquista de Siria, que se emprendió para satisfacer una necesidad desesperada, puso fin, al final resultó que para siempre, al avance alemán hacia el golfo Pérsico y la India. Si,

dejándose llevar por la prudencia, el gabinete de Guerra y los jefes del Estado Mayor no hubieran convertido cada poste en una meta y no hubieran impuesto su voluntad a todos los comandantes, nos habríamos quedado sólo con las pérdidas que nos infligieron en Creta sin lograr las recompensas obtenidas de los duros y gloriosos combates que se libraron allí. Si el general Wavell, a pesar de estar agotado se hubiese quebrado por la gran tensión a la que estaba sujeto debido a los acontecimientos y a nuestras órdenes, todo el futuro de la guerra y de Turquía habrían cambiado fatalmente. Siempre se dice que no hay que tratar de hacer más de lo que uno puede y que hay que estar seguros de lo que uno trata de conseguir, pero este principio, como tantos otros en la vida y en la guerra, tiene excepciones.

Hay que recordar que la revuelta de Irak y la ofensiva en Siria no fueron más que una pequeña parte de la inmensa emergencia en Oriente Próximo que envolvió al general Wavell por todas partes al mismo tiempo, del mismo modo que todo el escenario mediterráneo visto desde Londres no era más que una parte secundaria de nuestro problema mundial, mientras que la amenaza de invasión, la guerra de los submarinos y la actitud de Japón eran lo más importante. Tan sólo la fuerza y la cohesión del gabinete de Guerra, las relaciones de respeto mutuo y armonía de perspectiva entre los jefes políticos y los militares y el buen funcionamiento de nuestra maquinaria bélica nos permitieron superar estas pruebas y estos peligros, aunque nos dejaron totalmente destrozados. Todavía falta describir una operación más, la batalla en el desierto occidental, que ocupó el primer lugar para mí y para los jefes del Estado Mayor y que, aunque no tuvo éxito, mantuvo paralizado a Rommel durante casi cinco meses.

En ese momento teníamos un espía que estaba en estrecho contacto con el cuartel general de Rommel y que nos brindaba información precisa sobre las terribles dificultades de su posición, en la que gozaba de una confianza precaria. Sabíamos lo estrecho que era el margen sobre el que esperaba mantenerse, así como también las órdenes estrictas del Alto Mando alemán de no desperdiciar sus victorias pidiéndole demasiado a la fortuna.

Wavell, que disponía de toda nuestra información, intentó por propia iniciativa, incluso antes de que fuera inminente lo de Creta, destrozar a Rommel antes de la llegada de la temible 15.ª División Panzer con toda su fuerza por la larga carretera de Trípoli y antes de que Bengasi se abriera efectivamente como un atajo para los suministros del enemigo. Quiso atacar incluso antes de que pudieran entrar en acción los carros de combate entregados por el «Tigre», los «cachorros de Tigre», como los llamábamos Wavell y yo en nuestra correspondencia. Una pequeña fuerza al mando del general Gott lo intentó pero falló, y el veinte de mayo se había perdido la oportunidad de derrotar a Rommel antes de que recibiera refuerzos.

A pesar de los preparativos hechos de antemano, los retrasos en la descarga, la reparación y la preparación para el desierto de los «cachorros de Tigre» fueron considerables. Se comprobó a su llegada que el estado mecánico de muchos de los carros de combate de infantería era mediocre. En seguida comenzaron los problemas. Rommel desplegó la mayor parte de la 15.ª División Panzer y se concentró en la frontera entre Capuzzo y Sidi Ornar. Esperaba un ataque serio para liberar Tobruk y estaba decidido a recuperar y defender Halfaya para que fuera más difícil. Este famoso paso fue defendido por el 3.er Batallón de la Guardia de Coldstream, un regimiento de artillería de campaña y dos escuadrones de carros de combate. El enemigo avanzó el veintiséis de mayo, y esa noche capturaron una posición hacia el norte que les permitía observar bien toda la posición de los Coldstream. A la mañana siguiente, tras intensos bombardeos, un ataque concertado de al menos dos batallones y sesenta carros de combate hizo peligrar nuestra posición. Las reservas estaban demasiado lejos para poder intervenir y lo único que se pudo hacer fue tratar de salvar la fuerza y nada más; lo conseguimos, aunque sufrimos grandes pérdidas y sólo conservamos en servicio dos de nuestros carros de combate. Rommel había logrado su objetivo y procedió a instalarse en Halfaya. Como él esperaba, el hecho de que ocupara esta posición resultó un obstáculo considerable para nosotros tres semanas después.

Los preparativos para nuestra ofensiva principal, cuyo nombre en clave era «Hacha de guerra», continuaron activamente pero tuvieron un lado más oscuro. El treinta y uno de mayo Wavell informó que la reforma de la 7.ª División Blindada le estaba ocasionando dificultades técnicas y que no podría lanzar el «Hacha de guerra» antes del quince de junio. Aunque era consciente de los peligros que suponía la postergación, con el riesgo de los refuerzos aéreos del enemigo y un fuerte ataque sobre Tobruk, le parecía que, como la próxima batalla sería fundamentalmente un combate entre carros, tenía que darle todas las oportunidades a la División Blindada y los días adicionales que ganaba con la espera «duplicarían las posibilidades de triunfar».

Yo aguardaba con gran esperanza y temor nuestro ataque en el desierto que podía cambiar a nuestro favor todo el curso de la campaña. En inquietante contraste con lo que habíamos hecho nosotros mismos ese año, los alemanes rápidamente aprovecharon Bengasi, y es probable que ya mantuvieran la mayoría de sus fuerzas en gran medida a través de ese puerto. Ahora sabemos que los alemanes consiguieron concentrar gran parte de sus propias fuerzas blindadas sin que nos diéramos cuenta. En realidad, movilizaron bastante más de doscientos carros de combate contra los ciento ochenta que teníamos nosotros.

El «Hacha de guerra» comenzó a primera hora del quince de junio. Al principio las cosas fueron bastante bien pero el tercer día, el diecisiete, todo salió mal y resultó evidente que nuestro golpe había fracasado. La retirada de toda la fuerza se llevó a cabo en orden, con la protección de nuestros aviones de combate. El enemigo no insistió en perseguirnos, en parte sin duda porque sus unidades blindadas eran objeto de intensos ataques por parte de los bombarderos de la Fuerza Aérea británica. Sin embargo, es probable que hubiera otro motivo. Ahora sabemos que Rommel tenía órdenes de actuar sólo a la defensiva y de conservar sus recursos para las operaciones que se llevarían a cabo en otoño. Emprender una intensa persecución al otro lado de la frontera, con las consiguientes pérdidas, habría sido una contravención directa de sus órdenes.

Aunque es posible que esta acción parezca reducida si la comparamos con la dimensión de la guerra en el Mediterráneo en sus diversas campañas, su fracaso fue un golpe muy amargo para mí. El triunfo en el desierto habría supuesto la destrucción de la audaz fuerza de Rommel. Se habría liberado Tobruk y la retirada del enemigo bien podría haberlo llevado más allá de Bengasi tan rápido como había venido. Por esta máxima finalidad, según mis cálculos, nos habíamos atrevido a correr todos los riesgos del «Tigre». No tuve noticias de los acontecimientos del día diecisiete y, sabiendo que pronto llegaría el resultado fui a Chartwell, en donde estaba todo cerrado, porque quería estar solo. Allí recibí los informes de lo ocurrido. Me paseé desconsolado por el valle sin rumbo fijo durante algunas horas.

El lector que haya seguido la narración estará mentalmente preparado para la decisión que tomé en los últimos diez días de junio de 1941. En Gran Bretaña teníamos la sensación de que Wavell estaba exhausto. Se podía decir que lo habíamos dejado paralizado. La extraordinaria convergencia de cinco o seis frentes diferentes, con sus altibajos (sobre todo los bajos) en un mismo comandante en jefe, creaba una tensión a la que habían estado sometidos muy pocos militares. Yo no estaba conforme con las previsiones de Wavell para la defensa de Creta, sobre todo con que no se hubieran enviado algunos carros de combate más. Los jefes del Estado Mayor invalidaron su decisión a favor de la pequeña pero afortunada incursión en Irak, que tuvo como resultado la liberación de Habaniya y un éxito local completo. Por último, estaba el «Hacha de guerra», que Wavell emprendió por lealtad a los riesgos que yo había corrido con éxito para enviar los «cachorros de Tigre». Yo no estaba satisfecho con los planes del Estado Mayor del cuartel general de Oriente Próximo para recibir a los «cachorros de Tigre», que habían sido transportados para ayudarlos a través del peligroso Mediterráneo con tanto riesgo y tanta fortuna. Admiraba el espíritu con el que libró esta pequeña batalla, que pudo haber sido tan importante, y su extrema indiferencia ante todos los riesgos personales que corría al volar de un lado a otro en

el extenso y confuso campo donde se libraba el combate. Pero la operación parecía mal concertada, sobre todo por el hecho de no haber podido hacer una incursión desde el puerto de salida de Tobruk como prolegómeno indispensable y fenómeno concomitante.

Por encima de todo esto estaba el hecho de la derrota que nos infligió Rommel en el flanco del desierto, que debilitó y acabó con todos los proyectos relacionados con Grecia en los que nos habíamos embarcado, con todos sus sombríos riesgos y sus fastuosas presas en lo que para nosotros era la esfera suprema de la guerra balcánica. Me recuerdan que comenté: «Rommel le ha arrancado a Wavell de la frente sus laureles recién ganados y los ha arrojado sobre la arena». En realidad, no era cierto sino simplemente un dolor pasajero. Sólo se puede opinar sobre todo esto en relación con los documentos auténticos escritos en esa época, y sin duda con otras pruebas valiosas que el futuro revelará. La cuestión es que después del «Hacha de guerra» llegué a la conclusión de que tenía que haber un cambio.

El general Auchinleck era por entonces el comandante en jefe en la India. No me había gustado del todo su actitud durante la campaña noruega en Narvik. Me pareció demasiado propenso a buscar la seguridad y la certeza, cuando en la guerra no existe ninguna de las dos, y a conformarse con subordinarlo todo a satisfacer lo que él consideraba unos requisitos mínimos. Sin embargo, me habían impresionado mucho sus cualidades personales, su presencia y su gran reputación. Cuando después de Narvik asumió el mando del sur, recibí testimonios procedentes de numerosas fuentes, tanto oficiales como privadas, de la fuerza y la estructura que le otorgó a esa región tan importante. Su nombramiento como comandante en jefe de la India fue bien recibido por todos. Ya hemos visto lo dispuesto que estuvo a enviar las fuerzas indias a Basora y el entusiasmo que puso para reprimir la revuelta en Irak. Yo estaba convencido de que en Auchinleck encontraría una figura nueva y fresca para ocuparse de las múltiples tensiones de Oriente Próximo, mientras que Wavell, por su parte, encontraría en el importante mando en la India el tiempo para recuperar la fuerza antes de la llegada de los desafíos y las oportunidades que se avecinaban. Comprobé que mis puntos de vista no encontraban ninguna resistencia en nuestros círculos ministeriales y militares de Londres. El lector no debe olvidar que nunca ejercí un gobierno autocrático y que siempre tuve que moverme con opiniones políticas y profesionales. El veintiuno de junio di las órdenes correspondientes. Wavell recibió la decisión con aplomo y dignidad. En ese momento estaba a punto de emprender un vuelo a Abisinia que resultaba sumamente peligroso. Su biógrafo hace constar que al leer mi mensaje dijo: «El primer ministro tiene razón. Debería haber una nueva mirada y una mano nueva en este escenario».

También hacía varios meses que estaba sumamente perturbado por la aparente

incompetencia del personal de El Cairo, y cada vez me daba más cuenta de las cargas innecesarias de tantos tipos diferentes que caían sobre nuestro comandante en jefe. El dieciocho de abril, el propio Wavell, junto con los demás comandantes en jefe, ya había pedido ayuda y colaboración. Compartieron su opinión sus dos colegas profesionales. Los comandantes en jefe habían experimentado la conveniencia de tener en las manos mucha autoridad política durante la visita de Edén y fueron conscientes del vacío tras su partida.

Mi hijo Randolph, que había salido con los comandos, dispersos en cierto modo, se encontraba por entonces en el desierto. Era parlamentario y tenía bastantes contactos. No me llegaban muchas noticias suyas, pero el siete de junio recibí a través del ministro de Asuntos Exteriores el siguiente telegrama que envió desde El Cairo con el conocimiento y el estímulo de nuestro embajador, sir Miles Lampson:

> No se me ocurre cómo vamos a empezar a ganar la guerra por aquí hasta que no haya un civil competente que brinde una dirección política y estratégica día a día. ¿Por qué no enviar aquí a un miembro del gabinete de Guerra para presidir todo el esfuerzo bélico? Aparte de un pequeño equipo personal necesitaría dos hombres destacados para coordinar los suministros y dirigir la censura, el servicio secreto y la propaganda. Aquí las personas más reflexivas son conscientes de la necesidad de una reforma radical siguiendo estas líneas. No basta con derivar el personal de un puesto a otro, y este momento parece particularmente oportuno y favorable para un cambio de sistema. Le ruego que me disculpe por molestarlo, pero considero que la situación actual es deplorable y que urge tomar medidas para tener alguna perspectiva de éxito.

Este hecho resolvió las cuestiones que me rondaban. «He estado pensando mucho —le respondí quince días después— durante bastante tiempo sobre el contenido de tu telegrama, eficaz y bien concebido», en virtud del que me decidí a actuar.

En octubre de 1940 introduje en el gobierno al capitán Oliver Lyttelton como presidente de la Junta de Comercio. Lo conocía desde la infancia. Prestó servicio con los granaderos durante los peores combates de la primera guerra mundial y fue herido y condecorado en varias ocasiones. Tras dejar el Ejército se dedicó a los negocios y llegó a ser director ejecutivo de una gran empresa de metales. Conociendo sus notables cualidades personales no dudé en introducirlo en el Parlamento y en darle un alto cargo. Su administración ganó el respeto de todos los partidos de nuestro gobierno nacional. No me habían gustado sus propuestas de 1941 sobre los cupones de ropa, pero vi que los recibían favorablemente en el gabinete y en la cámara de los Comunes, y no cabe duda de que eran necesarios en ese momento. Era todo un hombre de acción y ahora pienso que era totalmente apto para este nuevo puesto de ministro del gabinete de Guerra residente en Oriente Próximo. Esto eximiría a los jefes militares de otra buena porción de sus responsabilidades. La idea fue aceptada en seguida por mis colegas de todos los partidos. Por consiguiente, fue nombrado con la obligación fundamental «de aliviar al Alto Mando de todas las cargas superfluas y de resolver de inmediato, *in situ*, de conformidad con la política del gobierno de Su

Majestad, muchas cuestiones que afectan a diversos departamentos o autoridades y que hasta ahora se remitían aquí».

Todas estas nuevas disposiciones, con sus correspondientes reacciones administrativas, se ajustaban y adecuaban al cambio de mando en Oriente Próximo.

Capítulo XXII

LA NÉMESIS SOVIÉTICA

Nemesis es la diosa que le da a cada uno la recompensa o el castigo que le corresponde, reduce las fortunas desmedidas, pone freno a la presunción que las acompaña y venga los crímenes extraordinarios. Ha llegado el momento de poner al descubierto el error y la vanidad de los cálculos hechos a sangre fría por el gobierno soviético y la inmensa maquinaria comunista y su increíble ignorancia de la posición en que se encontraban. Habían demostrado una indiferencia total con respecto al destino de las potencias occidentales, aunque esto significara la destrucción de ese «segundo frente» por el que clamarían en breve. Parecían no presentir que hacía más de seis meses que Hitler había decidido destruirlos. Si su servicio secreto les informó del amplio despliegue alemán en dirección al este, que iba en aumento día a día, omitieron muchos pasos necesarios para hacerle frente. Así fue como permitieron que los alemanes arrasaran toda la zona de los Balcanes. Odiaban y despreciaban las democracias occidentales, pero en enero el gobierno soviético podría haber reunido a los cuatro países que tenían una importancia vital para ellos y para su propia seguridad, Turquía, Rumanía, Bulgaria y Yugoslavia, con la activa ayuda británica para formar un frente en los Balcanes contra Hitler. En cambio, dejaron que reinara la confusión y que todos los países, menos Turquía, fueran reducidos de uno en uno. La guerra es, fundamentalmente, un catálogo de graves equivocaciones, pero no creo que ningún error histórico se pueda comparar con el que cometieron Stalin y los dirigentes comunistas cuando desecharon toda posibilidad en los Balcanes y se sentaron a esperar la temible matanza que se cernía sobre Rusia, aunque tal vez no fueran capaces de darse cuenta. Hasta ahora los hemos considerado unos calculadores egoístas. En este período también demostraron ser bobos. Todavía había que poner en juego la fuerza, las masas, la valentía y la resistencia de la madre Rusia, pero en lo que respecta a la estrategia, la política, la previsión y la competencia que demostraron en este momento, en toda la segunda guerra mundial nadie metió más la pata ni salió más burlado que Stalin y sus comisarios.

La directriz «Barbarroja» de Hitler del dieciocho de diciembre de 1940 estableció el agrupamiento general y las tareas fundamentales de las fuerzas que se concentrarían contra Rusia. En esa fecha el total de la fuerza alemana en el frente oriental era de treinta y cuatro divisiones. Multiplicar esa cifra más de tres veces fue un proceso inmenso, tanto de planificación como de preparación, que ocupó los primeros meses de 1941. En enero y febrero, la aventura de los Balcanes, a la que se

dejó arrastrar el *führer*, hizo que se escurrieran cinco divisiones del este hacia el sur, tres de las cuales eran blindadas. En mayo el despliegue alemán en el este aumentó hasta ochenta y siete divisiones, y por lo menos había veinticinco concentradas en los Balcanes. Teniendo en cuenta la magnitud y los peligros de la invasión de Rusia, demostraba una gran falta de previsión perturbar la concentración en el este con un desvío tan importante. Ahora veremos que se produjo un retraso de cinco semanas sobre la operación suprema como consecuencia de nuestra resistencia en los Balcanes y, sobre todo, de la revolución yugoslava. Nadie puede calcular con exactitud las consecuencias que tuvo esto antes de la llegada del invierno para el destino de la campaña germanorrusa, aunque es razonable suponer que significó la salvación de Moscú. Durante mayo y principios de junio muchas de las divisiones alemanas mejor entrenadas y todas las fuerzas blindadas se trasladaron desde los Balcanes hacia el frente oriental y, en el momento del asalto, los alemanes atacaron con ciento veinte divisiones, diecisiete de las cuales eran blindadas y doce motorizadas. También había seis divisiones rumanas en el grupo de Ejército del Sur. En la reserva general se reunieron o lo estaban haciendo veintiséis divisiones más, de modo que, a principios de julio, el Alto Mando alemán podía contar al menos con ciento cincuenta divisiones con el apoyo de la principal fuerza de ataque de la Fuerza Aérea, unos 2.700 aviones.

Hasta finales de marzo no me convencí de que Hitler estuviera decidido a emprender una guerra mortal contra Rusia ni de lo cerca que estaba. Nuestros informes del servicio secreto revelaron con gran detalle los amplios movimientos de tropas alemanas hacia los países balcánicos y dentro de ellos, que caracterizaron los tres primeros meses de 1941. Nuestros agentes se movían con bastante libertad en estos países casi neutrales y podían mantenernos al corriente de las numerosas fuerzas alemanas que se dirigían hacia el sureste por ferrocarril y por carretera. Pero nada de todo esto conllevaba necesariamente la invasión de Rusia y todo se podía explicar fácilmente por los intereses y la política alemana en Rumanía y en Bulgaria, por sus planes con respecto a Grecia y sus acuerdos con Yugoslavia y Hungría. La información sobre el inmenso movimiento que tenía lugar a través de Alemania en dirección al principal frente ruso, que se extendía desde Rumanía hasta el Báltico, era mucho más difícil de conseguir. Que a estas alturas, y antes de despejar el escenario de los Balcanes Alemania iniciara otra guerra importante contra Rusia me parecía demasiado bueno para ser verdad.

No había ningún indicio de disminución de la fuerza alemana que teníamos enfrente, al otro lado del canal. Los ataques aéreos alemanes sobre Gran Bretaña siguieron con la misma intensidad. Por la forma en que el gobierno soviético pasó por alto y aparentemente aceptó las concentraciones de tropas alemanas en Rumanía y Bulgaria, por las pruebas que teníamos de que Rusia estaba enviando a Alemania

abundantes y valiosos suministros y por la evidente comunidad de intereses entre los dos países con respecto a dominar y dividir el imperio británico en Oriente, parecía más probable que Hitler y Stalin llegaran a un acuerdo a nuestras expensas que se enfrentaran el uno al otro en una guerra. Ahora sabemos que este acuerdo era lo que Stalin se proponía a grandes rasgos.

Compartía estas impresiones nuestro comité del Servicio Secreto Conjunto. El siete de abril afirmaron que circulaban por Europa numerosos informes sobre un plan alemán para atacar Rusia. Decían que aunque Alemania disponía de considerables fuerzas en el este y esperaba luchar contra Rusia en algún momento, era poco probable que decidiera abrir otro frente de guerra todavía. Según ellos, en 1941 su objetivo fundamental seguiría siendo la derrota del Reino Unido. El veintitrés de mayo este comité formado por las tres armas informó de que habían cesado los rumores sobre un ataque inminente a Rusia y que había informes sobre un nuevo acuerdo inminente entre los dos países.

Nuestros jefes del Estado Mayor estaban más adelantados que sus asesores, aparte de ser más terminantes. El treinta y uno de mayo le advirtieron al mando de Oriente Próximo: «Disponemos de indicios seguros de que los alemanes están concentrando un gran ejército y fuerzas aéreas contra Rusia. Ante esta amenaza es probable que exijan concesiones que sean sumamente perjudiciales para nosotros. Si los rusos se niegan, los alemanes avanzarán».

Hasta el cinco de junio, el comité del Servicio Secreto Conjunto no informó de que la escalada de los preparativos militares alemanes en la Europa del este parecía indicar que había en juego una cuestión más vital que un acuerdo económico. Era posible que Alemania quisiera eliminar de su frontera oriental la amenaza potencial de unas fuerzas soviéticas cada vez más poderosas. Pero no podían afirmar todavía si al final habría una guerra o un acuerdo.

A mí no me complacía esta forma de sabiduría colectiva y prefería ver los originales por mí mismo. Por tanto, ya había dispuesto desde el verano de 1940 que el comandante Desmond Morton hiciera una selección diaria de los chismes y yo siempre la leía y formaba así mi propia opinión, a veces mucho antes.

Así fue cómo, con alivio y emoción, hacia finales de marzo de 1941 leí un informe del servicio secreto de una de las fuentes que más confianza nos inspiraban acerca de las marchas y contramarchas de las unidades blindadas alemanas en la línea férrea que va de Bucarest a Cracovia. Esto demostraba que, en cuanto los ministros yugoslavos se rindieron en Viena, tres de las cinco divisiones Panzer que atravesaron Rumanía hacia el sur, en dirección a Grecia y Yugoslavia, habían sido enviadas hacia el norte, a Cracovia y, en segundo lugar, que todo este transporte se invirtió después de la revolución de Belgrado y que las tres divisiones Panzer se volvieron a enviar a Rumanía. Estas idas y venidas de alrededor de sesenta trenes no podían pasar

inadvertidas para los agentes que teníamos allí.

A mí me aclaró todo lo que estaba ocurriendo en el este como el fogonazo de un relámpago. El repentino desplazamiento a Cracovia de tantas unidades blindadas que se necesitaban en los Balcanes sólo podía indicar que Hitler tenía intenciones de invadir Rusia en mayo, lo que, de allí en adelante, me pareció sin duda su objetivo fundamental. El hecho de que la revolución en Belgrado hubiera requerido su regreso a Rumanía suponía tal vez un retraso de mayo a junio. Traté de encontrar alguna manera de advertir a Stalin y, al hacerle tomar conciencia del peligro, de establecer contactos con él como lo hice con el presidente Roosevelt. El mensaje fue breve y críptico y esperaba que este hecho, aparte de que era el primer mensaje que le enviaba desde mi telegrama formal del veinticinco de junio de 1940 presentándole a sir Stafford Cripps como embajador, le llamara la atención y le hiciera reflexionar.

3 de abril de 1941

Del primer ministro a sir Stafford Cripps

A continuación, un mensaje mío a Stalin *con la condición de que lo entregue usted en persona*:

Dispongo de información fidedigna, procedente de un agente de confianza, de que cuando los alemanes pensaron que tenían a Yugoslavia en su poder (es decir, después del veinte de marzo) comenzaron a desplazar tres de las cinco divisiones Panzer desde Rumanía hacia el sur de Polonia. En cuanto se enteraron de la revolución serbia este desplazamiento recibió una contraorden. Sin duda, Su Excelencia se dará cuenta en seguida de lo que significan estos hechos.

El embajador británico no respondió hasta el doce de abril, diciendo que justo antes de recibir mi telegrama le había escrito a Vishinski una larga carta personal en la que analizaba la serie de fracasos del gobierno soviético para contrarrestar la invasión alemana en los Balcanes e instaba con énfasis a la Unión Soviética, por su propio interés, a decidirse por una política inmediata y enérgica de cooperación con países que todavía se opusieran al Eje en esa zona. Dijo que «si ahora transmitiera, a través de Mólotov, el mensaje del primer ministro, que expresa la misma tesis de forma mucho más breve y menos enfática, me temo que lo único que conseguiría sería, probablemente, debilitar la impresión que ya produjo mi carta a Vishinski […]».

Esto me sacó de quicio, y también la demora con que se produjo. Fue el único mensaje antes del ataque que le envié a Stalin directamente. Por su brevedad, el carácter excepcional de la comunicación, el hecho de proceder del jefe del Gobierno y que tuviera que ser entregado por el embajador en persona al jefe del Gobierno ruso, pretendía darle una significación especial y llamar la atención de Stalin. Al final me enteré de que sir Stafford se lo entregó a Vishinski el diecinueve de abril y que Vishinski le informó por escrito, el veintitrés de abril, de que había sido transmitido a Stalin.

No puedo llegar a ninguna conclusión sobre si mi mensaje, en caso de que se hubiera entregado con la prontitud y la ceremonia recomendadas, habría modificado

el curso de los acontecimientos. Sin embargo, sigo lamentando que mis instrucciones no se obedecieran con eficacia. De haber tenido algún contacto personal con Stalin tal vez podría haber evitado que buena parte de su Fuerza Aérea fuese destruida en tierra.

Ahora sabemos que la directriz de Hitler del dieciocho de diciembre establecía el quince de mayo como la fecha de la invasión de Rusia y que furioso por la revolución en Belgrado la postergó un mes y después hasta el veintidós de junio. Hasta mediados de marzo el movimiento de tropas en el norte, sobre el principal frente ruso, no requería, por su carácter, ningún esfuerzo especial de ocultamiento por parte de los alemanes. Sin embargo, el trece de marzo Berlín dio órdenes de finalizar la labor de las comisiones rusas que trabajaban en territorio alemán y de enviarlas a su país. Los rusos sólo pudieron permanecer en esta parte de Alemania hasta el veinticinco de marzo. Durante este período las ciento veinte divisiones alemanas de la máxima calidad se fueron concentrando en sus tres grupos de Ejército a lo largo del frente ruso. El grupo del Sur, a las órdenes de Rundstedt, distaba mucho de disponer de suficientes unidades blindadas por los motivos ya explicados. Sus divisiones Panzer acababan de regresar de Grecia y Yugoslavia y, a pesar de que se había postergado el ataque hasta el veintidós de junio, tenían gran necesidad de un descanso y una revisión después del desgaste que sufrieron en los Balcanes.

El trece de abril Schulenburg viajó de Moscú a Berlín. Hitler lo recibió el día veintiocho y ofreció a su embajador una invectiva contra Rusia. Schulenburg siguió con el asunto que estaba presente en todos sus informes. «Estoy convencido de que Stalin está dispuesto a hacernos todavía más concesiones. Ya han señalado a nuestros negociadores económicos que, si lo solicitamos a su debido tiempo, Rusia podría proporcionarnos hasta cinco millones de toneladas de cereales al año»[49]. Schulenburg regresó a Moscú el treinta de abril profundamente desilusionado después de su entrevista con Hitler. Tenía muy clara la impresión de que Hitler estaba a favor de la guerra. Parece que incluso trató de advertir en tal sentido al embajador ruso en Berlín, Dekanosov. Y luchó con persistencia en las últimas horas a favor de su política de entendimiento rusogermana.

Weizsacker, el jefe oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, era un funcionario sumamente competente, como los que se encuentran en los departamentos de gobierno de muchos países. No era un político con poderes ejecutivos y, por tanto, según la costumbre británica, no se le puede hacer responsable de la política de Estado. Sin embargo fue condenado a siete años de trabajos forzados por orden de los tribunales que establecieron los vencedores. Aunque por tanto se lo considera un criminal de guerra, no cabe duda de que aconsejó bien a sus superiores,

y podemos considerarnos afortunados de que no le hicieran caso. Con respecto a esta entrevista hizo el siguiente comentario:

> Puedo resumir en una sola frase mis opiniones sobre el conflicto germanorruso. Si para nosotros tuviera tanto valor reducir a cenizas una ciudad rusa como hundir un barco de guerra británico este verano recomendaría la guerra germanorrusa, pero creo que obtendríamos sobre Rusia una victoria sólo en sentido militar y que, por otra parte, perderíamos en el sentido económico.
>
> Tal vez podría considerarse una perspectiva seductora asestar al sistema comunista un golpe mortal, y también se podría decir que era inherente a la lógica de la situación unir a Eurasia contra los anglosajones y sus seguidores. Pero el único factor decisivo es si este proyecto acelerará la caída de Inglaterra. […]
>
> Un ataque alemán a Rusia sólo proporcionaría a los británicos una nueva fuerza moral porque lo interpretarían como incertidumbre alemana con respecto al éxito de nuestra lucha contra Inglaterra. De este modo, no sólo admitiríamos que la guerra iba a durar todavía bastante tiempo sino que en realidad podríamos estar prolongándola, en lugar de acortarla.

El siete de mayo Schulenburg informó que Stalin había asumido la presidencia del Concejo de Comisarios del Pueblo en lugar de Mólotov y que, por tanto, se había convertido en jefe de Gobierno de la Unión Soviética. «[…] Estoy convencido de que Stalin utilizará su nuevo cargo para participar personalmente en el mantenimiento y el desarrollo de buenas relaciones entre los soviéticos y Alemania».

El agregado naval alemán, informando desde Moscú, expresó la misma opinión con estas palabras: «Stalin es el pivote de la colaboración germanosoviética». Aumentaron los ejemplos del apaciguamiento ruso de Alemania. El tres de mayo Rusia reconoció oficialmente al gobierno progermano de Rashid Alí en Irak. El siete de mayo expulsaron de Rusia a los representantes diplomáticos de Bélgica y Noruega. Incluso echaron al ministro yugoslavo. A principios de junio desterraron de Moscú a la delegación griega. Así lo escribió posteriormente el general Thomas, jefe de la sección económica del Ministerio de Guerra alemán, en su informe sobre la economía de guerra del Reich: «Los rusos cumplieron con sus entregas hasta la víspera del ataque y, en los últimos días, el transporte de caucho desde el Lejano Oriente se aceleró mediante trenes expresos».

Evidentemente no disponíamos de toda la información sobre el estado de ánimo en Moscú pero el plan alemán parecía sencillo y comprensible. El dieciséis de mayo le cablegrafié al general Smuts: «Me parece que Hitler se está concentrando contra Rusia. Se está produciendo un movimiento incesante de tropas, fuerzas blindadas y aviones hacia el norte, desde los Balcanes, y hacia el este, desde Francia y Alemania». Stalin debió de haber hecho grandes esfuerzos para mantener su ilusión con respecto a la política de Hitler. Al cabo de otro mes de intenso movimiento y despliegue de tropas por parte de los alemanes, Schulenburg pudo telegrafiar al Ministerio de Asuntos Exteriores en Alemania el trece de junio:

> El comisario del pueblo Mólotov acaba de darme el siguiente texto de un despacho de la agencia Tass que se emitirá esta noche por radio y mañana aparecerá en los periódicos:
>
> Desde antes del viaje del embajador inglés Cripps a Londres, pero sobre todo a partir de su regreso, se han difundido rumores sobre la inminencia de una guerra entre la Unión Soviética y Alemania en la prensa inglesa y extranjera. […]
>
> A pesar de lo evidentemente absurdo de estos rumores, a los círculos responsables de Moscú les ha parecido necesario manifestar que se trata de una torpe maniobra propagandística de las fuerzas que hay detrás de la Unión Soviética y Alemania, que pretenden expandir e intensificar la guerra.

Hitler tenía todo el derecho a estar satisfecho por el éxito de sus medidas de engaño y ocultación y por el estado de ánimo de su víctima.

Merece la pena hacer constar aquí la última necedad de Mólotov. El veintidós de junio, a la 1.17 de la noche, Schulenburg telegrafió una vez más al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán:

> Mólotov me llamó a su despacho esta noche a las 21.30. Después de mencionar la supuesta y reiterada violación de la frontera por parte de los aviones alemanes […] Mólotov expresó lo siguiente:
>
> Que había varios indicios de que el gobierno alemán estaba descontento con el gobierno soviético. Que incluso corrían rumores de que era inminente una guerra entre Alemania y la Unión Soviética. El gobierno soviético no lograba comprender los motivos de la insatisfacción alemana, […] y estaría agradecido si yo pudiera decirle qué había provocado la actual situación de las relaciones germanosoviéticas.
>
> Le contesté que no podía responder a su pregunta puesto que no disponía de la información pertinente pero que, no obstante, transmitiría su comunicación a Berlín.

Pero había llegado la hora. A las cuatro de la mañana de ese mismo día, el veintidós de junio de 1941, Ribbentrop le entregó al embajador ruso en Berlín una declaración formal de guerra. Al amanecer, Schulenburg se presentó ante Mólotov en el Kremlin. Éste escuchó en silencio la declaración que le leyó el embajador alemán y a continuación comentó: «Es la guerra. Sus aviones acaban de bombardear alrededor de diez aldeas desprotegidas. *¿Le parece que nos merecíamos esto?*»[50].

Ante el comunicado de Tass, había sido en vano añadir nada más a las diversas advertencias que Edén le había entregado al embajador soviético en Londres, o que yo hiciera otro esfuerzo personal para que Stalin se diera cuenta del peligro. Estados Unidos había enviado constantemente información todavía más precisa al gobierno soviético. Nada de lo que pudiéramos hacer atravesó los prejuicios ciegos y las ideas fijas que Stalin había levantado entre él y la terrible verdad. Aunque según los cálculos alemanes se concentraban 186 divisiones rusas detrás de los límites soviéticos, 119 de las cuales estaban delante del frente alemán, los ejércitos rusos en gran medida fueron pillados por sorpresa. Los alemanes no encontraron indicios de preparativos ofensivos en la zona de avanzadilla, y las tropas de apoyo rusas fueron dominadas en seguida. Algo parecido al desastre que sufrió la Fuerza Aérea polaca el uno de septiembre de 1939 estaba a punto de repetirse ahora en una mayor dimensión

porque muchos centenares de aviones fueron tomados por sorpresa al amanecer en los aeródromos rusos y destruidos antes de que pudieran despegar. De este modo, los delirios de odio contra Gran Bretaña y Estados Unidos que la maquinaria propagandística soviética difundió a medianoche quedó asfixiada al amanecer por el cañoneo alemán. Los malos no siempre son inteligentes, ni los dictadores siempre tienen razón.

Es imposible completar este relato sin hacer referencia a una terrible decisión política que adoptó Hitler con respecto a sus nuevos enemigos y que se aplicó bajo toda la presión de la lucha mortal en extensas tierras estériles o arruinadas y bajo el horror del invierno. En una conferencia que se celebró el catorce de junio de 1941 dio órdenes verbales que rigieron en gran medida el comportamiento del Ejército alemán con respecto a las tropas y el pueblo ruso y provocó muchos hechos despiadados y bárbaros. Según los documentos de Núremberg, el general Halder testificó:

> Antes del ataque a Rusia, el *führer* convocó a una conferencia a todos los comandantes y las personas relacionadas con el Mando Supremo sobre la cuestión del inminente ataque a Rusia. No recuerdo la fecha exacta de esta conferencia. […] En ella, el *führer* estableció que los métodos que se usaran en la guerra contra los rusos tendrían que ser diferentes de los utilizados contra Occidente. […] Dijo que la lucha entre Rusia y Alemania era una lucha rusa. Dijo que puesto que los rusos no habían firmado el convenio de La Haya, el tratamiento de sus prisioneros de guerra no tenía que respetar los artículos del convenio. […] [Además] dijo que los llamados «comisarios» no debían considerarse prisioneros de guerra[51].

Y según Keitel:

> El tema principal de Hitler era que ésta era la batalla decisiva entre las dos ideologías, y que este hecho hacía que fuera imposible usar en esta guerra [con Rusia] unos métodos, que los soldados conocíamos, que se consideraban los únicos correctos según la legislación internacional[52].

La noche del viernes veinte de junio bajé solo a Chequers en coche. Sabía que el ataque de Alemania a Rusia sólo era cuestión de días, o quizá de horas. Tenía previsto emitir un comunicado por radio el sábado por la noche en relación con este acontecimiento, que se haría, indudablemente, con la máxima cautela. Además, a estas alturas el gobierno soviético, altivo y ciego a la vez, consideraba cualquier advertencia nuestra un mero intento por parte de unos hombres derrotados de arrastrar a otros a la ruina. Como consecuencia de mis reflexiones en el coche postergué el comunicado hasta el domingo por la noche, cuando pensé que todo se habría aclarado, de modo que el sábado transcurrió con el trabajo habitual.

Cuando desperté la mañana del domingo veintidós me trajeron la noticia de que Hitler había invadido Rusia, con lo que la convicción se convirtió en certeza. No tenía la menor duda de cuál era nuestra obligación y nuestra política, ni tampoco de lo que había que decir. Sólo había que componerlo. Pedí que se difundiera en seguida la noticia de que emitiría un comunicado a las nueve de esa noche. El general Dill,

que se había apresurado a venir desde Londres, entró en mi dormitorio con información detallada. Los alemanes habían invadido Rusia en un frente enorme, habían sorprendido a buena parte de la Fuerza Aérea soviética que estaba en tierra en los aeródromos y parecían avanzar con gran rapidez y violencia. El jefe del Estado Mayor del Imperio añadió: «Supongo que los reunirán en hordas».

Dediqué el día a preparar mi declaración. No tenía tiempo de consultar al gabinete de Guerra ni era necesario. Sabía que todos opinábamos lo mismo sobre esta cuestión. Edén, lord Beaverbrook y sir Stafford Cripps, que salió de Moscú el día diez, también estuvieron conmigo ese día. Durante la emisión, dije:

«Es imposible distinguir al régimen nazi de las peores características del comunismo. Carece de idea o principio, salvo el apetito y la dominación racial. Supera todas las formas de maldad humana en la eficacia de su crueldad y su feroz agresión. Nadie se ha opuesto al comunismo de forma más sistemática que yo durante los últimos veinticinco años. No me voy a desdecir de nada de lo que he dicho al respecto. Pero todo esto se desvanece ante el espectáculo de lo que está ocurriendo. Desaparece el pasado, con sus crímenes, sus locuras y sus tragedias. Veo a los soldados rusos de pie en el umbral de su patria protegiendo los campos que sus padres han cultivado desde tiempo inmemorial. Los veo protegiendo las casas donde rezan las madres y las esposas (pues sí, hay momentos en los que todos rezan) por la seguridad de sus seres queridos, el regreso del sostén de la familia, de su paladín, de su protector. Veo las diez mil aldeas rusas, donde el medio de vida se extrae con tanto esfuerzo de la tierra, pero donde sigue habiendo alegrías humanas primordiales, donde las doncellas ríen y los niños juegan. Veo avanzando sobre todo esto, en su horroroso ataque, a la maquinaria de guerra nazi con sus oficiales prusianos, tan elegantes, dando taconazos, y sus expertos agentes, que vienen de intimidar y de dominar a una docena de países. Veo también las masas torpes, entrenadas, dóciles y brutales de los militares hunos, caminando lenta y pesadamente como un enjambre de langostas. Veo a los bombarderos y los cazas alemanes en el cielo, resentidos todavía después de más de una paliza británica, encantados de encontrarse con una presa que les parece más fácil y más segura.

»Detrás de toda esta luz deslumbradora, detrás de toda esta tormenta, veo ese pequeño grupo de villanos que planean, organizan y lanzan esta catarata de horrores sobre la humanidad. […]

»He de manifestar la decisión del gobierno de Su Majestad (y estoy seguro de que es una decisión con la que estarán de acuerdo los grandes dominios en su momento), porque debemos hablar ahora, en seguida, sin esperar ni un día más. Tengo que hacer esta declaración, ¿pero alguien duda de cuál será nuestra política? Tenemos un solo objetivo y una sola finalidad irrevocable. Estamos decididos a acabar con Hitler y con cualquier vestigio del régimen nazi. Nada nos hará cambiar de opinión al respecto,

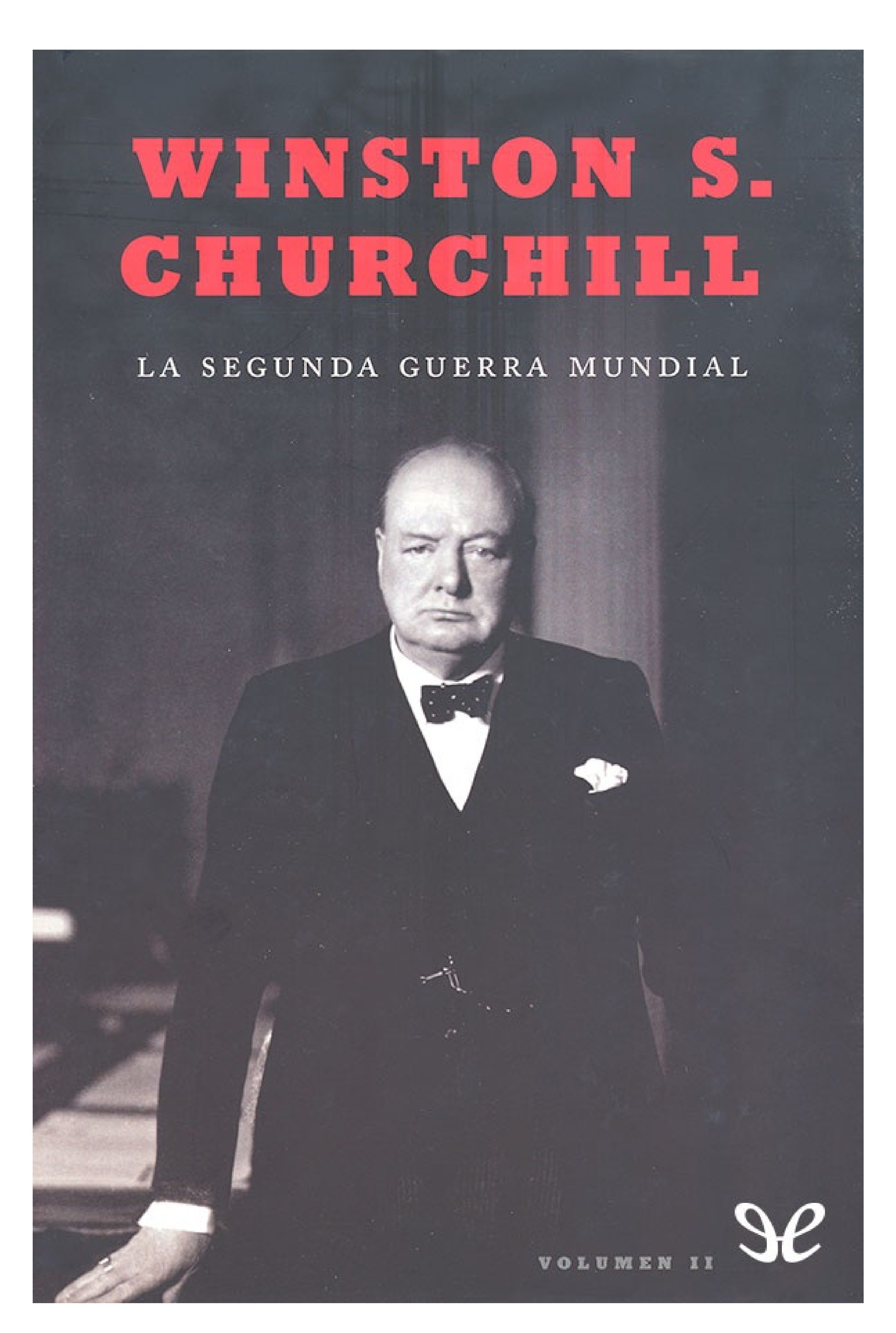
nada en absoluto. No vamos a negociar ni a parlamentar con Hitler ni con ninguno de sus secuaces jamás. Lo combatiremos por tierra, lo combatiremos por mar, lo combatiremos en el aire hasta que, con la ayuda de Dios, hayamos librado a la tierra de esta sombra y hayamos liberado a los pueblos de su yugo. Cualquier hombre o estado que luche contra el nazismo contará con nuestra ayuda. Cualquier hombre o estado que se una a Hitler es nuestro enemigo. […] Ésa es nuestra política y así lo manifestamos. Por consiguiente, se deduce que daremos a Rusia y al pueblo ruso toda la ayuda que podamos. Recurriremos a todos nuestros amigos y aliados en todas partes del mundo para que emprendan el mismo camino y no lo abandonen, como haremos nosotros, fiel y constantemente, hasta llegar al final. […]

»Ésta no es una lucha de clases, sino una guerra en la que participan todo el imperio británico y la Comunidad de naciones, sin distinción de raza, credo ni partido. No me corresponde a mí hablar de lo que hará Estados Unidos, pero puedo decir una cosa: si Hitler imagina que su ataque a la Rusia soviética provocará la más mínima divergencia de objetivos o una disminución del esfuerzo de las grandes democracias que están decididas a luchar por su fracaso, está totalmente equivocado. Al contrario, nos veremos fortalecidos y estimulados en nuestros esfuerzos por rescatar a la humanidad de su tiranía. Nos fortaleceremos en lugar de debilitarnos en nuestra determinación y nuestros recursos.

»No es éste el momento de moralizar sobre la locura de los países y los gobiernos que se han dejado abatir uno a uno cuando, con una acción combinada, se habrían salvado y habrían salvado al mundo de esta catástrofe. Pero cuando hablaba hace unos minutos sobre el ansia de sangre de Hitler y los odiosos apetitos que lo han impelido o atraído en su aventura rusa, dije que había un motivo más profundo detrás de este atropello. Desea destruir a la potencia rusa porque espera que, si triunfa, podrá recuperar en el este la fuerza de su Ejército y su Aviación para arrojarlos sobre nuestra isla porque sabe que debe conquistarla o sufrir el castigo por sus crímenes. La invasión de Rusia no es más que el preludio de su invasión de las islas Británicas. Sin duda, espera conseguir todo esto antes de la llegada del invierno y entonces espera someter a Gran Bretaña antes de que intervengan la Armada y la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Espera poder repetir, a una escala como nunca se ha visto antes, el proceso de destruir a sus enemigos uno a uno que hasta ahora lo ha hecho medrar y prosperar, y que entonces todo estará preparado para el último acto, sin el que todas sus conquistas serán en vano, es decir, someter todo el hemisferio occidental a su voluntad y su sistema.

»El peligro ruso es, por consiguiente, nuestro peligro, y el peligro de Estados Unidos, así como la causa de cualquier ruso que luche por su casa y por su hogar es la causa de los hombres libres y los pueblos libres en cada rincón del globo. Aprendamos las lecciones que ya nos ha enseñado una experiencia tan cruel.

Redoblemos nuestros esfuerzos y ataquemos uniendo nuestras fuerzas mientras nos queden vida y poder».

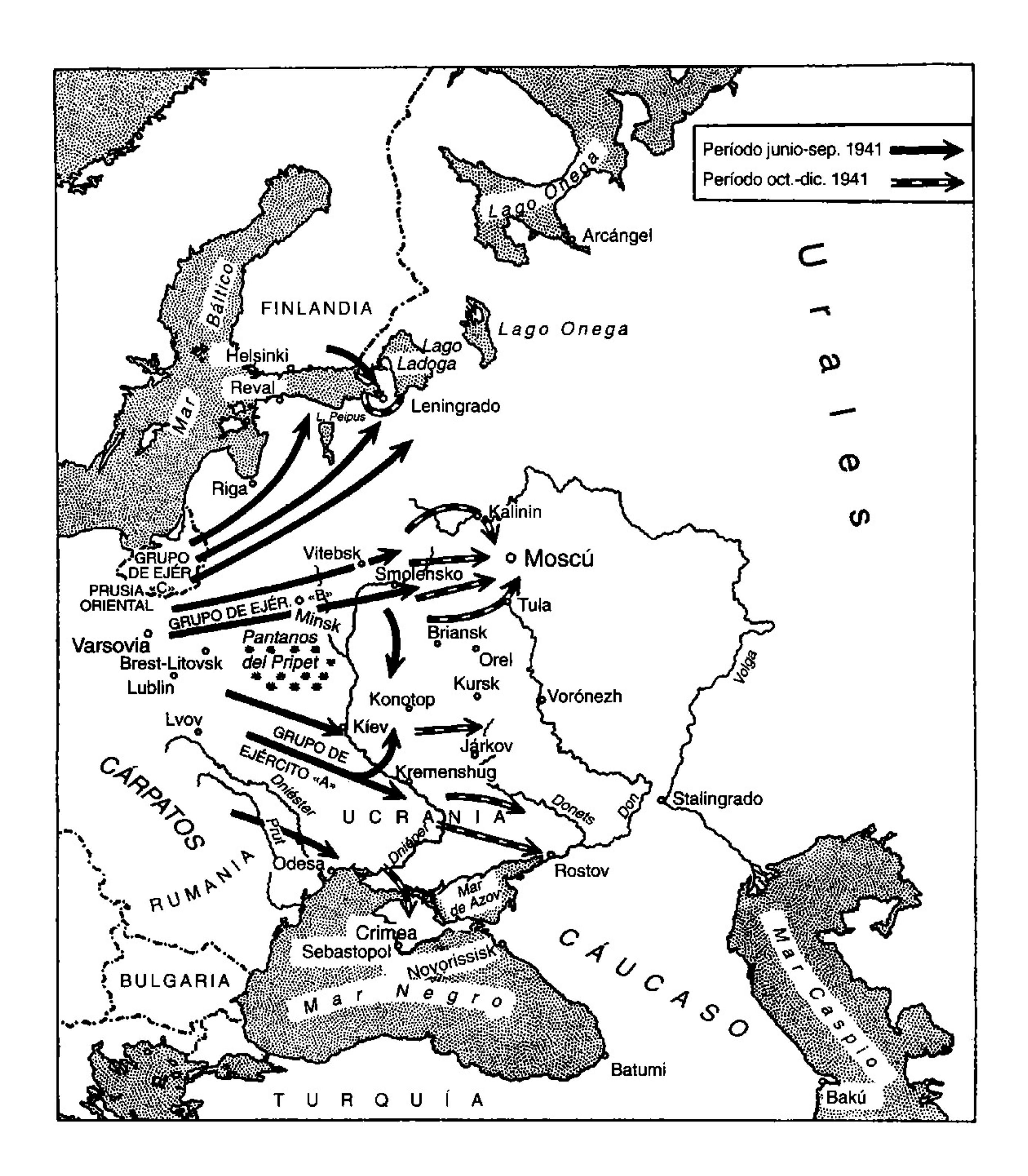

WINSTON S.
CHURCHILL
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
VOLUMEN II

LIBRO III

LA GRAN ALIANZA

Desde el domingo 7 de diciembre de 1941 en adelante

«Ningún estadounidense pensará mal de mí si proclamo que el hecho de tener a Estados Unidos de nuestra parte me produjo una gran satisfacción.»



El ataque alemán a Rusia

Capítulo I

NUESTRO ALIADO SOVIÉTICO

La entrada de Rusia en la contienda fue bien recibida, aunque no nos resultó beneficiosa de inmediato. Los ejércitos alemanes eran tan fuertes que parecía que durante muchos meses serían capaces de mantener la amenaza de invadir Inglaterra y, al mismo tiempo, caer sobre Rusia. Según casi todas las opiniones militares responsables no pasaría mucho tiempo antes de que los ejércitos rusos fueran derrotados y a la larga destruidos. El hecho de que su gobierno permitiera que la Fuerza Aérea soviética se dejara sorprender en sus campos de aterrizaje y que sus preparativos militares distaran mucho de estar completos fue un mal comienzo. Los ejércitos rusos sufrieron unos daños espantosos. A pesar de la resistencia heroica, unas directrices bélicas competentes pero despóticas, el total desprecio por la vida humana y el comienzo de una despiadada guerra de guerrillas en la retaguardia del avance alemán, se produjo una retirada general a lo largo de todo el frente de casi dos mil kilómetros al sur de Leningrado, de unos setecientos u ochocientos kilómetros. La fuerza del gobierno soviético, la fortaleza del pueblo ruso, sus inconmensurables reservas de recursos humanos, la inmensidad de su país y los rigores del invierno ruso fueron los factores que acabaron por arruinar a los ejércitos de Hitler, aunque ninguno de ellos era evidente en 1941. Al presidente Roosevelt lo consideraron muy atrevido cuando en septiembre proclamó que el frente ruso se defendería y que Moscú no caería. La gloriosa fuerza y el patriotismo del pueblo ruso confirmaron su opinión.

Incluso en agosto de 1942, después de mi visita a Moscú y de las conferencias que se llevaron a cabo allí, el general Brooke, que me había acompañado, coincidió conmigo en que las fuerzas alemanas atravesarían las montañas del Cáucaso y dominarían la cuenca del Caspio, por lo que hicimos los correspondientes preparativos, a la mayor escala posible para una campaña defensiva en Siria y Persia. En general, mi actitud con respecto a la capacidad de resistencia de los rusos era más optimista que la de mis asesores militares. Tenía confianza en la garantía que me dio Stalin en Moscú de que defendería la línea del Cáucaso y que los alemanes no llegarían hasta el Caspio. Pero los soviéticos nos ofrecían tan poca información sobre sus recursos y sus intenciones que todas las opiniones, en el sentido que fueran, no eran más que suposiciones.

Es cierto que la entrada de Rusia en la guerra alejó de Gran Bretaña el ataque aéreo alemán y redujo la amenaza de una invasión, además de darnos un importante alivio en el Mediterráneo. Pero al mismo tiempo nos impuso grandes sacrificios y nos agotó. Por fin comenzábamos a estar bien equipados. Por fin nuestras fábricas producían todo tipo de municiones a granel. Nuestros ejércitos en Egipto y en Libia

estaban en plena acción y pedían a gritos las últimas armas, sobre todo carros de combate y aviones. Los que estaban en el país esperaban con ansia el equipo moderno prometido hacía tanto tiempo que, en medio de complicaciones cada vez mayores, finalmente afluía hacia ellos. En ese momento, nos vimos obligados a desviar gran cantidad de armas y suministros vitales de todo tipo, como caucho y petróleo. Recaía sobre nosotros la responsabilidad de organizar los convoyes de suministros británicos y, más aún, los estadounidenses, y de transportarlos a Murmansk y Arcángel, asumiendo todos los peligros y los rigores que suponía atravesar el Ártico. Todos los suministros estadounidenses eran una parte de lo que nos había llegado o nos llegaría efectivamente a través del Atlántico. Para poder realizar este enorme desvío y para poder renunciar a la creciente ayuda estadounidense, sin que esto paralizara nuestra campaña en el desierto occidental, tuvimos que contener todos los preparativos prudenciales para defender la península de Malaca y nuestro imperio y nuestras posesiones en Oriente contra la creciente amenaza de Japón.

Sin cuestionar en absoluto la conclusión, que la historia confirmará, de que la resistencia rusa quebró el poder de los ejércitos alemanes e infligió un daño mortal a las energías vitales de la nación germana, conviene aclarar que, durante más de un año desde la entrada de Rusia en la guerra, ella representó para nosotros más una carga que una ayuda. De todos modos, nos alegraba tener de nuestra parte en la batalla a esta nación poderosa y nos parecía que, por más que los ejércitos soviéticos se vieran obligados a retroceder hasta los Urales, Rusia seguiría ejerciendo una influencia inmensa que, si persistía en la lucha, al final resultaría decisiva.

Hasta que Hitler se arrojó sobre el gobierno soviético este no mostró preocupación por nadie más que por sí mismo. Después, naturalmente, esta situación se hizo cada vez más notoria. Hasta ese momento habían observado con glacial compostura la destrucción del frente en Francia, en 1940, y nuestros inútiles esfuerzos por crear un frente en los Balcanes, en 1941. Habían brindado una ayuda económica considerable a la Alemania nazi y habían colaborado con ella en numerosas cuestiones de menor importancia. Pero entonces, tras haber sido engañados y pillados por sorpresa, ellos mismos quedaron bajo el yugo alemán. Su primer impulso y su política constante fue pedir todo el socorro posible a Gran Bretaña y su imperio, cuyo posible reparto entre Stalin y Hitler había atraído a las mentes soviéticas desde que Alemania comenzó a concentrarse en el este. No dudaron en apelar de forma urgente y estridente a una Gran Bretaña acosada y apurada para que les enviara las municiones de las que tanto carecían sus ejércitos. Exhortaron a Estados Unidos a desviarles las máximas cantidades de los suministros con los que contábamos y, sobre todo, incluso en el verano de 1941, exigieron desembarcos británicos en Europa, sin tener en cuenta los riesgos ni los costes, a fin

de establecer un segundo frente. Los comunistas británicos, que hasta entonces habían hecho todo lo posible, que no era gran cosa, por perjudicar nuestras fábricas y habían denunciado «la guerra capitalista e imperialista», volvieron a cambiar, de la noche a la mañana, y comenzaron a garabatear sobre paredes y vallas el eslogan «Un segundo frente, ya mismo».

No dejamos que estos hechos lamentables e ignominiosos perturbaran nuestra mente y concentramos nuestra atención en los heroicos sacrificios del pueblo ruso ante las calamidades que su gobierno les había impuesto y en su apasionada defensa de su patria. Mientras duraron los combates, esto lo compensó todo.

Los rusos no comprendieron jamás, ni mínimamente, el tipo de operaciones anfibias necesarias para desembarcar y mantener un gran ejército en una costa hostil y bien defendida. Ni siquiera los estadounidenses eran demasiado conscientes de las dificultades, todavía. No sólo era necesaria la superioridad marítima sino también la aérea en el punto de invasión. Además, había un tercer factor vital. Una amplia armada compuesta por naves de desembarco construidas especialmente, sobre todo naves para desembarcar todo tipo de vehículos blindados, era fundamental para salir airosos de cualquier desembarco que encontrara bastante oposición. Como ya hemos visto y ya veremos, hacía mucho tiempo que yo estaba haciendo todo lo posible por crear una armada así. No podría estar pronta, ni siquiera a pequeña escala, antes del verano de 1943, y su capacidad, como ahora reconoce todo el mundo, no se podría desarrollar suficientemente hasta 1944. Durante el período en el que nos encontrábamos, el verano de 1941, no dominábamos el espacio aéreo del enemigo sobre Europa, salvo en el paso de Calais, donde se encontraban las fortificaciones alemanas más poderosas. Las naves de desembarco estaban en fase de construcción. En Gran Bretaña ni siquiera teníamos un ejército tan numeroso, tan bien entrenado ni tan bien equipado como el que encontraríamos en suelo francés. Sin embargo, seguían cayéndonos cataratas de locuras y tergiversaciones sobre esta cuestión del segundo trente. Sin duda, no cabía la menor posibilidad de convencer al gobierno soviético en ese ni en ningún otro momento. Incluso Stalin me sugirió posteriormente en una ocasión que si los británicos tenían miedo él estaba dispuesto a enviar tres o cuatro cuerpos del Ejército ruso para hacer el trabajo. Por la falta de embarcaciones y otros impedimentos físicos, no entraba dentro de mis posibilidades tomarle la palabra.

El gobierno soviético no dio ninguna respuesta al anuncio radiofónico que hice a Rusia y al mundo el día del ataque alemán, salvo que algunas partes del mismo se publicaron en el *Pravda* y en otros órganos gubernamentales y que nos solicitaron que recibiéramos a una misión militar rusa. Me agobiaba semejante silencio al máximo nivel, de modo que pensé que tenía la obligación de romper el hielo. Me parecía razonable que se mostraran tímidos, teniendo en cuenta todo lo que había pasado desde el estallido de la guerra entre los soviéticos y los aliados occidentales y

recordando lo ocurrido hacía veinte años entre el gobierno revolucionario bolchevique y yo. Por tanto, el siete de julio me dirigí a Stalin y manifesté nuestra intención de poner a disposición del pueblo ruso toda la ayuda que pudiéramos darle. El día diez lo intenté por segunda vez. Hubo un intercambio de comunicaciones oficiales entre los dos ministerios de Asuntos Exteriores, pero hasta el diecinueve no recibí el primer mensaje directo de Stalin.

Después de darme las gracias por los dos telegramas que le envié, decía:

> Puede que no esté fuera de lugar mencionar que la posición de las fuerzas soviéticas en el frente sigue siendo tensa. […] Por consiguiente, me parece que la situación militar de la Unión Soviética, así como también la de Gran Bretaña, mejoraría considerablemente si se pudiera establecer un frente contra Hitler en el oeste (en el norte de Francia) y en el norte (en el Ártico).
>
> Un frente en el norte de Francia no sólo desviaría del este las fuerzas de Hitler sino que, al mismo tiempo, haría que le resultara imposible invadir Gran Bretaña. Establecer el frente mencionado sería muy bien visto por el Ejército británico y también por toda la población del sur de Inglaterra.
>
> Soy totalmente consciente de las dificultades implícitas en el establecimiento de un frente semejante. Sin embargo, considero que a pesar de las dificultades habría que establecerlo, no sólo por el interés de nuestra causa común sino también por el propio interés de Gran Bretaña. Éste es el momento más propicio para crear este frente, porque ahora las fuerzas de Hitler están desviadas hacia el este y él todavía no ha tenido oportunidad de consolidar la posición que ocupa allí.
>
> Es más fácil todavía establecer un frente en el norte donde, por parte de Gran Bretaña, sólo harían falta operaciones navales y aéreas, sin necesidad de desembarcar tropas ni artillería. Las fuerzas militares navales y aéreas soviéticas intervendrían en una operación así. Estaría muy bien que Gran Bretaña enviara a este frente algo así como una o más divisiones ligeras de los voluntarios noruegos, que se podrían emplear en el norte de Noruega para organizar la rebelión contra los alemanes.

Así comenzaron los rusos a presionar para que se estableciera un segundo frente desde el principio de nuestra correspondencia y éste fue un tema recurrente a lo largo de toda nuestra relación posterior, que se caracterizó por un sistemático desprecio, salvo en el extremo norte, por los datos físicos. Este primer telegrama que recibí de Stalin contiene el único indicio de escrúpulo que jamás percibí en la actitud soviética; ofrecía una defensa del cambio de bando soviético y de su acuerdo con Hitler previo al estallido de la guerra, y hacía hincapié, como ya había hecho yo, en la necesidad

estratégica de los rusos de mantener el despliegue alemán lo más al oeste posible en Polonia a fin de ganar tiempo para desarrollar al máximo el gran potencial militar ruso. Nunca he subestimado este argumento y podría reaccionar ante él con comprensión.

Desde el primer momento hice todo lo posible por colaborar con municiones y provisiones, tanto consintiendo en importantes desvíos de lo que nos enviaba Estados Unidos como mediante sacrificios británicos directos. A principios de septiembre se enviaron a Murmansk el equivalente a dos escuadrones de Hurricane a bordo del *Argus* para contribuir a la defensa de la base naval y para colaborar con las fuerzas rusas que había en esa zona. El once de septiembre los escuadrones ya estaban en acción, y combatieron con valor durante tres meses. Yo era consciente de que al principio de nuestra alianza era poco lo que podíamos hacer, y traté de llenar el vacío con cumplidos y de desarrollar, mediante frecuentes telegramas personales, el mismo tipo de relaciones amistosas que con el presidente de Estados Unidos. En esta larga correspondencia con Moscú recibí numerosos reveses y muy pocas palabras amables. En muchos casos, mis telegramas no recibían ninguna respuesta, o la recibían muchos días después.

El gobierno soviético tenía la impresión de que nos estaba haciendo un gran favor al combatir en su propio país para defender su propia vida. Cuanto más luchaban ellos más aumentaba nuestra deuda, lo que no me parecía justo. En dos o tres ocasiones, durante esta larga correspondencia, tuve que protestar de forma categórica, sobre todo por el maltrato que recibían nuestros marinos, que tanto se arriesgaban para transportar los suministros hasta Murmansk y Arcángel. Sin embargo, casi siempre soportaba las intimidaciones y los reproches «encogiéndome de hombros, porque sufrir es típico» de todos los que tratan con el Kremlin. Además, adoptaba una actitud condescendiente teniendo en cuenta las presiones a las que estaban sometidos Stalin y la intrépida nación rusa.

En este relato no podré hacer otra cosa más que exponer al lector los hechos más destacados de esta nueva lucha colosal de ejércitos y poblaciones que acababa de comenzar. Durante el primer mes los alemanes se abrieron paso con dificultad, recorriendo casi quinientos kilómetros en Rusia, pero a finales de julio surgió una diferencia de opinión fundamental entre Hitler y Brauchitsch, el comandante en jefe. Según Brauchitsch, el Grupo de Ejércitos de Timoshenko, que se encontraba delante de Moscú, era la fuerza más importante de Rusia y había que derrotarla en primer lugar. Ésta era la doctrina ortodoxa. A continuación, sostenía Brauchitsch, había que apoderarse de Moscú, que era el principal centro militar, político e industrial de toda Rusia. Pero Hitler estaba totalmente en desacuerdo: quería ganar terreno y destruir los ejércitos rusos en el frente más amplio. En el norte exigía la captura de Leningrado y

en el sur la de la cuenca industrial del Donets, Crimea y el acceso a las reservas petrolíferas de Rusia en el Cáucaso. Mientras tanto, Moscú podía esperar.

Tras vehementes discusiones, Hitler pasó por alto lo que decían los jefes de sus Ejércitos. Al Grupo de Ejércitos del Norte, reforzado desde el centro, se le ordenó lanzar una operación contra Leningrado. El Grupo de Ejércitos del Centro quedó relegado a la defensiva y recibió órdenes de enviar un grupo Panzer hacia el sur para flanquear a los rusos, a los que Rundstedt perseguía por el Dniéper. A los alemanes les fue bien con esta operación. A principios de septiembre las fuerzas rusas estaban formando un extenso foco de resistencia en torno a Kíev, y más de medio millón de hombres murieron o fueron capturados en los desesperados combates que duraron todo el mes. En el norte no se puede decir que tuvieran tanto éxito. Rodearon Leningrado pero no lo tomaron. La decisión de Hitler no había sido acertada. Entonces concentró su mente y su fuerza de voluntad en el centro. Las tropas que sitiaban Leningrado recibieron órdenes de enviar un destacamento de fuerzas móviles y parte de su fuerza aérea de apoyo para reforzar un nuevo ataque sobre Moscú. El grupo Panzer que se había enviado al sur con Von Rundstedt regresó para incorporarse al asalto. A finales de septiembre estaba todo preparado para iniciar el ataque por el centro que antes se había dejado de lado, mientras que los ejércitos del sur siguieron hacia el este hasta el Don inferior, desde donde tenían el Cáucaso a su alcance.

Pero a estas alturas había que tener en cuenta otros factores. A pesar de las terribles pérdidas, la resistencia rusa se mantuvo inflexible. Los soldados luchaban hasta morir, y sus ejércitos ganaban en experiencia y habilidad. Surgían partisanos detrás de los frentes alemanes, que hostigaban las comunicaciones en una lucha despiadada. El sistema ferroviario ruso que habían capturado resultó ineficaz; las carreteras se hacían pedazos con tanto tráfico y a menudo era imposible desviarse de ellas cuando había llovido. Los vehículos de transporte mostraban señales de desgaste. Sólo faltaban dos meses para el temible invierno ruso. ¿Serían suficientes para tomar Moscú? Y en todo caso, ¿bastaría con eso? Era la pregunta fatídica. Aunque Hitler seguía eufórico por la victoria obtenida en Kíev, los generales alemanes bien podían pensar que sus primeros recelos estaban justificados. Llevaban cuatro semanas de retraso en lo que por entonces se había convertido en el frente decisivo. La misión de «aniquilar las fuerzas del enemigo en Bielorrusia», encomendada al Grupo de Ejércitos del Centro, no se había cumplido todavía.

Pero a medida que avanzaba el otoño y se acercaba la crisis suprema del frente ruso las peticiones de los soviéticos se fueron volviendo más insistentes.

Lord Beaverbrook regresó de Estados Unidos después de estimular a unas fuerzas ya poderosas en su notable incremento de la producción. Se convirtió entonces en el

paladín del gabinete de Guerra de Ayuda a Rusia, al que prestó un servicio incalculable. Al recordar las presiones que se nos echaban encima para preparar la batalla en el desierto de Libia y la profunda inquietud con respecto a Japón que pesaba sobre todos nuestros asuntos en la península de Malaca y el Lejano Oriente, y que todo lo que enviábamos a Rusia lo sustraíamos de las necesidades vitales de Gran Bretaña, hacía falta que las reclamaciones de Rusia tuvieran un paladín tan vehemente en el apogeo de nuestro pensamiento bélico. Yo trataba de mantener una justa proporción en mi mente y compartía mis tensiones con mis colegas. Soportamos el desagradable proceso de arriesgar nuestra propia seguridad vital y nuestros proyectos por nuestro nuevo aliado, hosco, gruñón, codicioso y tan indiferente con respecto a nuestra supervivencia.

Me pareció que cuando Beaverbrook y Averell Harriman regresaran de Washington y pudiéramos hacernos una idea de nuestras perspectivas de municiones y provisiones, tendrían que ir a Moscú a ofrecerles todo lo que pudiéramos y nos atreviéramos a darles. Tuvieron lugar discusiones prolongadas y dolorosas. Para los departamentos de las Fuerzas Armadas era como arrancarse la piel a tiras. No obstante, recogimos todo lo que pudimos y accedimos a entregarles muchos de los productos estadounidenses que anhelábamos para nosotros mismos a fin de realizar una aportación efectiva a la resistencia soviética. El veintiocho de agosto presenté a mis colegas la propuesta de enviar a lord Beaverbrook a Moscú. El gabinete estaba muy dispuesto a que le planteara la cuestión a Stalin, y el propio presidente se sentía bien representado por Harriman.

Como prolegómeno a esta misión hice un esbozo general de mi postura en una carta dirigida a Stalin, y el cuatro de septiembre por la noche me llamó Maiski para verme y entregarme la respuesta. Fue su primer mensaje personal desde julio. Después de darme las gracias por el ofrecimiento de doscientos cazas más fue al grano.

«[…] La relativa estabilización del frente que conseguimos hace alrededor de tres semanas —cablegrafió— se perdió durante la última semana debido a la transferencia al frente oriental de entre treinta y treinta y cuatro divisiones alemanas de infantería y de gran cantidad de carros de combate y aviones, así como el gran incremento de la actividad de las veinte divisiones finlandesas y las veintiséis rumanas. Para los alemanes, el peligro en Occidente no es más que un farol, y están transfiriendo al este todas sus fuerzas con total impunidad, convencidos de que no existe ni existirá otro frente en el oeste. Los alemanes consideran que es posible aniquilar a sus enemigos de uno en uno: primero Rusia, después los ingleses.

»En consecuencia, hemos perdido más de la mitad de Ucrania y además tenemos al enemigo a las puertas de Leningrado. […]

»Creo que sólo hay una manera de salir de esta situación: establecer durante este

año un segundo frente en algún lugar de los Balcanes o en Francia capaz de retirar del frente oriental de treinta a cuarenta divisiones y, al mismo tiempo, de garantizar a la Unión Soviética treinta mil toneladas de aluminio antes del comienzo del próximo octubre y una cantidad mínima de ayuda *mensual* de cuatrocientos aviones y quinientos carros de combate (de tamaño pequeño o mediano). […]».

El embajador soviético, acompañado por Eden, se quedó a conversar conmigo durante una hora y media. Destacó con amargura que hacía once semanas que Rusia soportaba la peor parte de la arremetida alemana prácticamente sola. Los ejércitos rusos soportaban un ataque nunca visto. Dijo que no quería usar un lenguaje dramático, pero que podía tratarse de un momento histórico crucial. Si derrotaban a la Rusia soviética, ¿cómo ganaríamos nosotros la guerra? Maiski destacó la extrema gravedad de la crisis en el frente ruso con un patetismo que despertó mi compasión; pero cuando me di cuenta de que por debajo había un aire de amenaza en su solicitud me indigné. Le dije al embajador, al que conocía hacía muchos años: «Recuerde que hace apenas cuatro meses en esta isla no sabíamos si no se pondrían ustedes del lado alemán, contra nosotros. De hecho, nos parecía lo más probable. Pero, de todos modos, estábamos seguros de que al final terminaríamos ganando. Nunca pensamos que nuestra supervivencia dependía de lo que ustedes hicieran, en un sentido u otro. Independientemente de lo que suceda y de lo que ustedes hagan, son ustedes los que menos derecho tienen a reprocharnos nada». Como me fui exaltando con el asunto, el embajador exclamó: «Cálmese, por favor, mi querido señor Churchill», pero a partir de entonces su tono cambió de forma apreciable.

La conversación siguió por el derrotero que ya se mencionaba en el intercambio de telegramas. El embajador suplicaba un desembarco inmediato en la costa de Francia o en los Países Bajos. Le expliqué los motivos militares que hacían que fuera imposible, y que no sería ninguna solución para Rusia. Le dije que ese día había pasado cinco horas analizando con nuestros expertos la forma de incrementar considerablemente la capacidad del ferrocarril transpérsico. Le hablé de la misión Beaverbrook-Harriman y le dije que estábamos decididos a proporcionarles todos los suministros que pudiéramos transportar y de los que pudiéramos prescindir. Finalmente, Eden y yo le dijimos que por nuestra parte estábamos dispuestos a dejarles claro a los finlandeses que les declararíamos la guerra si penetraban en Rusia más allá de las fronteras que tenían en 1918. Evidentemente, Maiski no podía dejar de solicitar un segundo frente inmediato y fue inútil seguir discutiendo.

Consulté de inmediato al gabinete con respecto a las cuestiones que se plantearon en esta conversación y en el mensaje de Stalin, y esa noche envié una respuesta, de la que extraigo los siguientes párrafos pertinentes:

«Si bien —escribí— no deberíamos rehuir ningún esfuerzo, en realidad no existe ninguna posibilidad de una intervención británica en el oeste, salvo una acción aérea,

que obligara a los alemanes a retirar sus fuerzas del este antes de la llegada del invierno. No existe la menor oportunidad de que se forme un segundo frente en los Balcanes sin la ayuda de Turquía. Si Su Excelencia lo desea, puedo darle todos los motivos que han hecho que nuestros jefes del Estado Mayor llegaran a estas conclusiones, aunque ya los discutieron hoy con su embajador en una conferencia con el ministro de Asuntos Exteriores y los jefes del Estado Mayor. Una acción, por bienintencionada que sea, que sólo sirva para que nos llevemos un costoso chasco, no le sirve a nadie más que a Hitler. […]

»Estamos dispuestos a elaborar planes conjuntos con ustedes. Que los ejércitos británicos tengan la fuerza suficiente para invadir el continente europeo durante 1942 depende de hechos imprevisibles. Sin embargo, es posible que colaboremos con ustedes en el extremo norte cuando esté más oscuro. Esperamos que nuestros ejércitos en Oriente Próximo alcancen una fuerza de tres cuartos de millón antes de que acabe este año y, posteriormente, de un millón en el verano de 1942. Cuando queden destruidas las fuerzas germanoitalianas de Libia todas estas fuerzas estarán disponibles para alinearse con su flanco meridional y así esperamos animar a Turquía para que por lo menos mantenga una fiel neutralidad. Mientras tanto, seguiremos azotando a Alemania desde el aire cada vez con mayor severidad, seguiremos manteniendo despejados los mares y a nosotros vivos. […]».

Toda la cuestión me pareció tan importante que al mismo tiempo le envié el siguiente telegrama al presidente de Estados Unidos, mientras conservaba todavía fresca la impresión en mi mente:

«El embajador soviético […] utilizó términos vagos para referirse a la gravedad de la situación y el carácter crucial que le daría a nuestra respuesta. Aunque no dijo nada que asegurara esta hipótesis, no pudimos por menos que pensar que tal vez se estuviera planteando condiciones aparte. […] Me parece que el momento puede ser decisivo. Tenemos que hacerlo lo mejor posible».

El quince de septiembre recibí otro telegrama de Stalin:

«No tengo ninguna duda de que el gobierno británico desea ver victoriosa a la Unión Soviética y busca formas de lograr este objetivo. Si, a su entender, resulta imposible establecer un segundo frente en el oeste, ¿habrá alguna otra forma de prestarle a la Unión Soviética una ayuda militar activa?

»Me parece que Gran Bretaña podría, sin correr riesgos, desembarcar entre veinticinco y treinta divisiones en Arcángel, o transportarlas a través de Irán [Persia] hasta las regiones del sur de la URSS. De este modo podría establecerse una colaboración militar entre tropas soviéticas y británicas en territorio de la URSS, algo similar a lo que ocurrió durante la última guerra con Francia. El acuerdo mencionado sería de gran ayuda porque asestaría un duro golpe a la agresión hitleriana. […]».

Es casi increíble que el jefe del Gobierno ruso, con el asesoramiento de todos sus

expertos militares, se comprometiera con unos planes tan absurdos. Me desesperaba discutir con alguien que pensaba en términos tan irreales, de modo que le envié la respuesta más apropiada que pude.

Mientras tanto, finalizaron en Londres las conversaciones entre Beaverbrook y Harriman, y el veintidós de septiembre emprendió viaje en el crucero *London* la misión angloamericana de suministro, desde Scapa Flow, a través del Ártico, hasta Arcángel y desde allí, por vía aérea, hasta Moscú. Muchas cosas dependían de ellos. Los recibieron sin entusiasmo y las conversaciones no fueron amistosas en absoluto; casi se podría pensar que las dificultades de los soviéticos en ese momento eran culpa nuestra. Ni los generales ni los funcionarios soviéticos proporcionaron información de ningún tipo a sus colegas británicos y estadounidenses. Ni siquiera los informaron de las bases sobre las que calculaban sus necesidades de nuestro valioso material bélico. No brindaron a la misión ninguna atención formal hasta casi la última noche, cuando los invitaron a cenar en el Kremlin. No hay que pensar que una ocasión así entre hombres preocupados por los asuntos de mayor importancia no sea beneficiosa para la marcha de las negociaciones, sino todo lo contrario: buena parte de las conversaciones privadas que se desarrollan crean un ambiente propicio para llegar a un acuerdo. Pero no reinaba un clima así, y casi parecía que éramos nosotros los que habíamos ido a pedirles favores.

Mencionaré a continuación un incidente, que el general Ismay recordó de forma apócrifa y bastante divertida para dar un toque alegre a la narración. Uno de los guías de Intourist le estaba enseñando los lugares más destacados de Moscú a su ordenanza, un infante de Marina. Le decía el ruso: «Éste es el hotel Eden, antes llamado hotel Ribbentrop. Ésta es la calle Churchill, que antes era la calle Hitler. Ésta es la estación de ferrocarril Beaverbrook, antes llamada Göring. ¿Quiere un cigarrillo, camarada?». Y el infante de Marina le respondió: «¡Gracias, camarada, antes cabrón!». Esto, a pesar de ser un chiste, ilustra sin embargo el extraño clima de estas reuniones.

Al final se llegó a un acuerdo amistoso y se firmó un protocolo que establecía los suministros que Gran Bretaña y Estados Unidos enviarían a Rusia en el período comprendido entre octubre de 1941 y junio de 1942. Esto suponía un grave trastorno de nuestros planes militares, bastante complicados por la enorme escasez de municiones. Todo recaía sobre nosotros, porque no sólo teníamos que entregar lo que nosotros producíamos sino que teníamos que privarnos de importantísimas municiones que, de lo contrario, Estados Unidos nos habría enviado a nosotros. Ni los estadounidenses ni nosotros nos comprometimos con respecto al transporte de estas provisiones por las difíciles y peligrosas rutas oceánicas y árticas. Ante los insultantes reproches de Stalin cuando insinuamos que los convoyes no se harían a la mar hasta que desapareciera el hielo, cabe destacar que lo único que garantizamos fue

que los suministros se «entregarían en los centros de producción británicos y estadounidenses». El preámbulo del protocolo finalizaba con las palabras: «Gran Bretaña y Estados Unidos ayudarán a transportar estos materiales a la Unión Soviética y contribuirán a su entrega».

«La consecuencia de este acuerdo —me telegrafió lord Beaverbrook— ha sido un enorme fortalecimiento de la moral en Moscú. Que se mantenga este estado de ánimo dependerá del suministro. […]

»No me parece que la situación militar aquí sea tan segura en los meses de invierno. Lo que sí creo es que puede ser segura según el estado de ánimo».

Aunque el general Ismay estaba plenamente facultado y capacitado para analizar y explicar la situación militar con todas sus variantes a los líderes soviéticos, Beaverbrook y Harriman decidieron no complicar su misión con cuestiones sobre las que no se podía llegar a ningún acuerdo. Por tanto, esta cuestión no se trató en Moscú. De manera informal, los rusos siguieron exigiendo el establecimiento inmediato del segundo frente y se mantuvieron inmunes a cualquier argumento que demostrara que era imposible. Su excusa era su sufrimiento, y nuestro embajador tuvo que aguantarlo.

Ya estábamos a finales del otoño. El dos de octubre el Grupo de Ejércitos del dentro de Von Bock volvió a avanzar sobre Moscú, con sus dos ejércitos dirigiéndose directamente hacia la capital desde el suroeste y un grupo Panzer bien abierto en cada flanco. Así se apoderaron de Orel el ocho de octubre y, una semana después, de Kalinin, en la carretera de Moscú a Leningrado. Con sus flancos tan expuestos y bajo la fuerte presión del avance central alemán, el mariscal Timoshenko retiró sus fuerzas hasta una línea situada a más de sesenta kilómetros al oeste de Moscú, donde volvió a detenerse para luchar. En ese momento, la situación rusa era sumamente grave. Evacuaron de la ciudad al gobierno soviético, el cuerpo diplomático y toda la industria que pudieron trasladar, llevándolos más de ochocientos kilómetros hacia el este, hasta Kuibishev. El diecinueve de octubre Stalin proclamó el estado de sitio en la capital y emitió un orden del día: «Moscú se defenderá hasta el final». Sus órdenes se cumplieron rigurosamente. Aunque el grupo blindado de Guderian, procedente de Orel, llegó hasta Tula, y aunque Moscú estaba rodeado por tres partes y había algunos bombardeos aéreos, a finales de octubre se produjo un notable endurecimiento de la resistencia rusa y se frenó definitivamente al avance alemán.

Mi esposa lamentaba mucho que el hecho de que no pudiéramos brindar a Rusia ninguna ayuda militar inquietara y afligiera cada vez más al país a medida que pasaban los meses y los ejércitos alemanes avanzaban por las estepas. Le dije que era impensable establecer un segundo frente y que lo único que se podía hacer durante bastante tiempo era enviar suministros de todo tipo en grandes cantidades. Eden y yo

la alentamos para que averiguara la posibilidad de conseguir fondos por suscripción voluntaria para brindar asistencia médica. Esto ya lo habían puesto en marcha la Cruz Roja británica y la Orden de San Juan, y la Organización Conjunta la invitó a dirigir la campaña de «Ayuda a Rusia». A finales de octubre, con los auspicios de ambas organizaciones, hizo el primer llamamiento, que tuvo de inmediato una generosa respuesta. Durante los cuatro años siguientes se dedicó a esta tarea con entusiasmo y responsabilidad. En total se recaudaron casi ocho millones de libras esterlinas gracias a la contribución de ricos y pobres por igual. Mucha gente adinerada realizó generosos donativos, aunque la mayor parte de los fondos se obtuvo de la suscripción semanal de los habitantes de la nación. De modo que, gracias a la poderosa organización de la Cruz Roja y la Orden de San Juan, y a pesar de las grandes pérdidas que sufrían los convoyes en el Ártico, se mantuvo un flujo incesante de suministros médicos y quirúrgicos y de todo tipo de artículos a través de los mares helados y mortales hasta los valientes ejércitos y pueblo ruso.

Capítulo II

MI ENCUENTRO CON ROOSEVELT

Mientras tanto, muchas cosas habían ocurrido en el mundo de habla inglesa. A mediados de julio Harry Hopkins llegó a Gran Bretaña con la segunda misión que le encomendaba el presidente. De lo primero que me habló fue de la nueva situación creada por la invasión de Hitler a Rusia y de las consecuencias sobre todos los suministros del préstamo y arriendo procedentes de Estados Unidos con los que contábamos. En segundo lugar, un general estadounidense, al que se le brindaron todas las facilidades para llevar a cabo una inspección, había redactado un informe en el que dudaba de nuestra capacidad para resistir una invasión, por lo que el presidente estaba bastante preocupado. En tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, habían aumentado los recelos del presidente sobre la conveniencia de que tratáramos de defender Egipto y Oriente Próximo. ¿No corríamos el riesgo de perderlo todo por querer abarcar mucho? Por último, quedaba la cuestión de organizar un encuentro entre Roosevelt y yo, de alguna manera, en algún lugar, pronto.

Esta vez Hopkins no estaba solo. Había en Londres una cantidad de altos oficiales del Ejército y la Armada estadounidenses aparentemente preocupados por el préstamo y arriendo, y sobre todo el almirante Ghormley, que todos los días trabajaba en el Almirantazgo sobre el problema atlántico y la participación estadounidense para solucionarlo. Me reuní con el círculo de Hopkins y los jefes del Estado Mayor la noche del veinticuatro de julio en el número 10 de Downing Street. Aparte del almirante Ghormley, Hopkins vino acompañado por el general de brigada Chaney, que recibía el nombre de «observador especial», y por el general de brigada Lee, el agregado militar estadounidense. Completaba el grupo Averell Harriman, que acababa de regresar de su visita a Egipto, en la que, siguiendo mis instrucciones, se lo habían enseñado todo.

Hopkins dijo que los «estadounidenses que ocupaban los cargos principales y tomaban decisiones sobre temas relacionados con la defensa» eran de la opinión de que Oriente Próximo era una posición indefendible para el imperio británico y que se estaban haciendo grandes sacrificios para mantenerla. Opinaban que la batalla del Atlántico sería la batalla definitiva de la guerra y que en ella había que concentrarlo todo. Dijo que el presidente estaba más dispuesto a apoyar la lucha en Oriente Próximo porque había que combatir al enemigo donde se encontrara. Entonces, el general Chaney planteó los cuatro problemas del imperio británico en el siguiente orden: la defensa del Reino Unido y las rutas atlánticas; la defensa de Singapur y las rutas marítimas hasta Australia y Nueva Zelanda; la defensa de las rutas oceánicas en general y, en cuarto lugar, la defensa de Oriente Próximo. Todos eran importantes,

pero ése era el orden que tenían para él. El general Lee estuvo de acuerdo con el general Chaney. Al almirante Ghormley le preocupaba la línea de suministro a Oriente Próximo si había que enviar allí municiones estadounidenses en grandes cantidades. ¿No debilitaría esto la batalla del Atlántico?

Entonces les pedí su opinión a los jefes del Estado Mayor británico. El Primer Lord del Mar explicó por qué tenía más confianza en destruir a un ejército invasor ese año que el anterior. El jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea dijo que la Fuerza Aérea británica era mucho más fuerte en comparación con la alemana que en el mes de septiembre anterior, y que acabábamos de incrementar nuestra capacidad de azotar los puertos en una invasión. El jefe del Estado Mayor del Imperio también habló con seguridad y dijo que el Ejército era muchísimo más fuerte entonces que en el mes de septiembre anterior. Interrumpí para explicar las medidas especiales que habíamos tomado para defender los aeródromos después de las lecciones que aprendimos en Creta, e invité a nuestros huéspedes a visitar cualquier aeródromo que quisieran. «El enemigo puede usar gases, lo que irá en su propio detrimento, ya que hemos organizado una represalia inmediata y tendríamos unos blancos concentrados magníficos en cualquier lugar de la costa donde se instale. Además, también llevaríamos la guerra con gases a su propio país». Entonces le pedí a Dill que hablara sobre Oriente Próximo, de modo que hizo una vehemente exposición de algunos de los motivos por los que era necesario que permaneciéramos allí.

Al final de la reunión tuve la impresión de que nuestros amigos estadounidenses quedaron convencidos por nuestras declaraciones e impresionados por la solidaridad que había entre nosotros.

Sin embargo, la confianza que sentíamos con respecto a la defensa nacional no se aplicaba al Lejano Oriente en caso de que Japón nos declarara la guerra. Esto preocupaba también a sir John Dill. Me dio la impresión de que para él era más importante Singapur que El Cairo, lo que era, sin duda, una cuestión tan trágica como tener que elegir entre que maten a tu hijo o a tu hija. Por mi parte, no creía que nada de lo que ocurriera en Malasia sería ni una quinta parte de la pérdida de Egipto, el canal de Suez y Oriente Próximo. No estaba dispuesto a tolerar la idea de abandonar la lucha por Egipto y estaba resignado a pagar el precio que hiciera falta en Malasia, una opinión que también compartían mis colegas.

Una tarde, Harry Hopkins vino al jardín de Downing Street y nos sentamos juntos a tomar el sol. Entonces me dijo que al presidente le gustaría mucho entrevistarse conmigo en alguna bahía solitaria. De inmediato le respondí que estaba seguro de que el gabinete me daría autorización, de modo que se dispuso todo en seguida. Se eligió la bahía de Placentia, en la isla de Terranova; se fijó la fecha del nueve de agosto y se dieron las órdenes correspondientes a nuestro acorazado más nuevo, el *Prince of Wales*. Tenía mucho interés en conocer a Roosevelt, con el que mantenía una

correspondencia cada vez más íntima desde hacía casi dos años. Asimismo, una conferencia entre ambos proclamaría la asociación cada vez más estrecha entre Gran Bretaña y Estados Unidos, preocuparía a nuestros enemigos, haría reflexionar a Japón y alegraría a nuestros amigos. Además, había muchas cosas que decidir con respecto a la intervención estadounidense en el Atlántico, la ayuda a Rusia, nuestros propios suministros y, sobre todo, la creciente amenaza de Japón.

Llevé conmigo a sir Alexander Cadogan, del Ministerio de Asuntos Exteriores, a lord Cherwell, a los coroneles Hollis y Jacob, de la Oficina de Defensa, y a mi equipo personal. Además, había una cantidad de altos funcionarios de las ramas técnicas y administrativas y la División de Planes. El presidente anunció que llevaría consigo a los jefes de las fuerzas militares de Estados Unidos y a Sumner Welles, del Ministerio de Asuntos Exteriores. Era imprescindible guardar el máximo secreto por la gran cantidad de submarinos alemanes que había entonces en el Atlántico septentrional, de modo que el presidente, que aparentemente hacía un viaje de vacaciones, transbordó en el mar al crucero *Augusta*, dejando atrás su velero como tapadera. Mientras tanto, Harry Hopkins, aunque no se encontraba nada bien, obtuvo la autorización de Roosevelt para volar a Moscú, haciendo un viaje largo, fatigoso y peligroso a través de Noruega, Suecia y Finlandia para conocer directamente de boca de Stalin la posición soviética y sus necesidades. Se incorporaría al *Prince of Wales* en Scapa Flow.

El largo tren especial que transportó a toda nuestra compañía, que incluía a un numeroso equipo de expertos en cifrar mensajes en clave, me recogió en la estación próxima a Chequers. Subimos a bordo del *Prince of Wales* desde un destructor, en Scapa. Antes del anochecer del cuatro de agosto el *Prince of Wales* con su escolta de destructores salió a las anchas aguas del Atlántico. Encontré a Harry Hopkins muy agotado después de sus largos viajes en avión y del esfuerzo de sus conferencias en Moscú. En realidad, había llegado a Scapa hacía dos días en un estado tal que el almirante lo envió a la cama de inmediato y no lo autorizó a levantarse. Sin embargo, estaba tan contento como siempre, fue recuperando las fuerzas poco a poco durante el viaje y me contó toda su misión.

Las espaciosas dependencias que hay encima de las hélices, que son los lugares más cómodos cuando el barco está en puerto, se vuelven prácticamente inhabitables por la vibración cuando hace mal tiempo en alta mar, de modo que me trasladé al camarote del almirante en el puente para trabajar y para dormir. Le cogí mucha simpatía a nuestro capitán, Leach, un hombre encantador y afectuoso, justo como debieran de ser todos los marinos británicos. Lamentablemente, cuatro meses después, tanto él como muchos de sus camaradas y su espléndido barco se hundieron para siempre bajo el mar. Al segundo día la mar estaba tan gruesa que tuvimos que elegir entre ir más despacio o renunciar a nuestra escolta de destructores. El almirante

Pound, Primer Lord del Mar, tomó la decisión. A partir de ese momento, seguimos solos a gran velocidad. Nos informaron de la presencia de varios submarinos alemanes y tuvimos que navegar en zigzag y desviarnos para evitarlos. Era necesario que la radio guardara un silencio absoluto. Podíamos recibir mensajes pero durante un tiempo no pudimos hablar más que de vez en cuando. De este modo se produjo un paréntesis en mi rutina diaria y una extraña sensación de ocio que no experimentaba desde que comenzó la guerra. Por primera vez en muchos meses pude leer un libro por placer. Oliver Lyttelton, el ministro de Estado en El Cairo, me había dado *Captain Hornblower, R. N.*[1], que me resultó sumamente entretenido. Cuando tuve ocasión le envié el mensaje: «*Hornblower* me parece admirable», que causó consternación en el cuartel general de Oriente Próximo, donde imaginaron que «Hornblower» era el nombre en clave de alguna operación de la que no les habían hablado.

Llegamos al punto de encuentro a las nueve de la mañana del sábado nueve de agosto, y en cuanto se intercambiaron los saludos navales de rigor subí a bordo del *Augusta* y saludé al presidente Roosevelt, que me recibió con todos los honores. Permaneció de pie, apoyado en el brazo de su hijo Elliott, mientras tocaban los himnos nacionales, y después me dio la más cálida bienvenida. Le entregué una carta del rey y le presenté a los miembros de mi comitiva. Entonces comenzaron las conversaciones entre el presidente y yo, Sumner Welles y sir Alexander Cadogan, y los oficiales del Estado Mayor de los dos países, que se prolongaron de forma más o menos continua durante los demás días de nuestra visita, a veces de dos en dos, otras veces en amplias conferencias.

El domingo diez de agosto por la mañana Roosevelt subió a bordo del *Prince of Wales* y, acompañado por sus oficiales del Estado Mayor y varios centenares de representantes de todos los rangos de la Armada y la Infantería de Marina de Estados Unidos, asistió al oficio divino sobre el alcázar. Todos sentimos que este acto fue una expresión profundamente conmovedora de la fe que compartíamos los dos pueblos y ninguno de los que participamos en él olvidaremos el espectáculo de esa mañana de sol sobre el multitudinario alcázar: el simbolismo de las banderas de los dos países juntas en el púlpito; el capellán estadounidense y el británico compartiendo la lectura de las oraciones; los máximos oficiales del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea de Gran Bretaña y Estados Unidos reunidos como un solo cuerpo detrás del presidente y de mí; y los marineros apiñados de los dos países, todos mezclados, compartiendo los mismos libros y uniéndose a las oraciones y los himnos que todos conocíamos.

Yo mismo elegí los himnos: «Para los que corren peligro en el mar» y «Adelante, soldados cristianos». Y para terminar, «Dios mío, nuestra ayuda de antaño». Cada palabra parecía conmovernos. Fue un momento espléndido. Casi la mitad de los que estaban allí morirían muy pronto.

En una de nuestras primeras conversaciones, el presidente Roosevelt me dijo que le parecía bien que hiciéramos una declaración conjunta manifestando ciertos principios básicos que deberían orientar nuestras políticas por el mismo camino. Para seguir esta sugerencia tan útil, ese mismo domingo le entregué un borrador tentativo de dicha declaración y, después de discutirlo mucho entre nosotros y del debate telegráfico con el gabinete de Guerra en Londres, presentamos el siguiente documento:

DECLARACIÓN CONJUNTA DEL PRESIDENTE Y EL PRIMER MINISTRO
12 de agosto de 1941

Reunidos el presidente de Estados Unidos y el primer ministro, el señor Churchill, en representación del gobierno de Su Majestad en el Reino Unido, consideran oportuno dar a conocer ciertos principios comunes a las políticas nacionales de sus respectivos países en los que basan sus esperanzas de un futuro mejor para el mundo.

Primero, que sus países no pretenden su engrandecimiento, ni territorial ni de ningún otro tipo.

Segundo, que no desean ver cambios territoriales que no coincidan con los deseos expresados libremente por los pueblos correspondientes.

Tercero, que respetan el derecho de todos los pueblos de elegir la forma de gobierno bajo la que quieren vivir, y desean que recuperen la soberanía y el autogobierno aquellos que han sido privados de ellos por la fuerza.

Cuarto, que intentarán por todos los medios, con el debido respeto a sus obligaciones actuales, que todas las naciones, grandes o pequeñas, vencedoras o vencidas, disfruten de acceso, en igualdad de condiciones, al comercio y a las materias primas del mundo que necesiten para su prosperidad económica.

Quinto, que desean alcanzar la máxima colaboración entre todas las naciones en el ámbito económico, a fin de asegurar para todos una mejora de las condiciones laborales, el desarrollo económico y garantías sociales.

Sexto, que *después de la destrucción definitiva de la tiranía nazi*[2] esperan que se establezca una paz que otorgue a todas las naciones los medios para vivir seguras dentro de sus propios límites y que les brinde la tranquilidad de que todos los hombres del mundo vivan sin temores ni necesidades.

Séptimo, que dicha paz debería permitir que todos los hombres atraviesen los mares y los océanos sin ningún impedimento.

Octavo, que creen que todas las naciones del mundo, por motivos tanto realistas como espirituales, deben dejar de lado el uso de la fuerza. Puesto que no se puede mantener una paz futura si hay naciones que amenazan o pueden amenazar con agresiones fuera de sus fronteras y siguen utilizando armamentos terrestres, marítimos o aéreos, creen que es fundamental el desarme de dichas naciones en función del establecimiento de un sistema más amplio y permanente de seguridad general. Asimismo, colaborarán e incentivarán todas las demás medidas prácticas que aligeren para los pueblos amantes de la paz la apabullante carga de los armamentos.

La importancia profunda y duradera de lo que se dio en llamar la «Carta del Atlántico» fue evidente. El mero hecho de que Estados Unidos, que técnicamente seguía siendo un país neutral, se uniera a una potencia beligerante para hacer una declaración de este tipo resultaba insólito. Incluir en ella una referencia a «la destrucción definitiva de la tiranía nazi» (basada en una frase que aparecía en mi borrador original) equivalía a un desafío que, en circunstancias normales, habría supuesto una acción bélica. Por último, el elemento no menos sorprendente era el

realismo del último párrafo, donde aparecía un indicio fuerte y claro de que, después de la guerra, Estados Unidos se uniría a nosotros para supervisar el mundo hasta que se estableciera un orden mejor.

Tuvieron lugar constantes conferencias entre los jefes navales y militares que llegaron a amplios acuerdos entre ellos. Teníamos muy presente la amenaza del Lejano Oriente. Hacía meses que el gobierno británico y el estadounidense manifestaban una conducta similar respecto a Japón. A finales de julio los japoneses habían acabado la ocupación militar de Indochina. Con este acto de flagrante agresión colocaron sus fuerzas a punto para atacar a los británicos en Malasia, a los estadounidenses en Filipinas y a los holandeses en sus colonias de Indonesia. El veinticuatro de julio el presidente le pidió al gobierno japonés que, como anticipo de un acuerdo general, neutralizara Indochina y retirara las tropas japonesas. Para reforzar estas propuestas se emitió una orden ejecutiva que congeló todos los bienes japoneses en Estados Unidos, con lo que se paralizó todo el comercio. El gobierno británico emprendió una acción simultánea y, dos días después, los holandeses hicieron lo mismo. La incorporación de los Países Bajos hizo que, de pronto, Japón se quedara sin su vital suministro de petróleo.

El viaje de regreso a Islandia transcurrió sin incidentes, si bien en un momento determinado hubo que cambiar de rumbo porque nos informaron de la presencia de submarinos alemanes en las proximidades. Nuestra escolta incluía dos destructores estadounidenses, en uno de los cuales viajaba el alférez de fragata Franklin D. Roosevelt, el hijo del presidente. El día quince encontramos un convoy conjunto en su viaje de regreso, que incluía setenta y tres barcos, todos en perfecto orden y en buen estado, después de atravesar el Atlántico sin problemas. Era una imagen alentadora, y para los buques mercantes también fue una satisfacción ver al *Prince of Wales*.

Llegamos a la isla el sábado dieciséis de agosto por la mañana y anclamos en el fiordo de Hvals, desde el que viajamos a Reikiavik en un destructor. A llegar a puerto una gran multitud me dio una bienvenida notablemente cálida y ruidosa, cuyos afectuosos saludos se repitieron durante nuestra estancia cada vez que reconocían nuestra presencia; esto culminó en escenas de gran entusiasmo cuando partimos, por la tarde, acompañados por unas aclamaciones y unos aplausos que rara vez se escuchan, según me aseguraron, en las calles de Reikiavik.

Tras una breve visita al Althingi, para presentar mis respetos al regente y a los miembros del gabinete islandés, pasé revista conjuntamente a las fuerzas británicas y estadounidenses. Hubo un largo desfile, en filas de tres, durante el que se me grabó tanto en la memoria la melodía de los «Infantes de Marina de Estados Unidos» que ya no me la pude quitar de la cabeza. Encontré tiempo para ver los nuevos aeródromos

que estábamos construyendo y también para visitar las maravillosas fuentes termales y los invernaderos que las utilizan. De inmediato se me ocurrió que se podían utilizar para suministrar calefacción a la capital y traté de promover este plan durante la guerra. Me alegra saber que ya se ha llevado a cabo. Presidí el desfile con el hijo del presidente a mi lado, y esto fue otra muestra más de la solidaridad angloamericana.

A mi regreso al fiordo de Hvals visité el *Ramillies* y hablé con representantes de las tripulaciones de las naves británicas y estadounidenses que estaban fondeadas allí, los destructores *Hecla* y *Churchill* entre otros. Cuando se hizo de noche, después de esta larga y agotadora prueba, zarpamos en dirección a Scapa, adonde llegamos sin más incidentes a primeras horas del día dieciocho; llegué a Londres al día siguiente.

Capítulo III

PERSIA Y EL DESIERTO

Debido a la necesidad de enviar municiones y suministros de todo tipo al gobierno soviético y a las extremas dificultades de la ruta ártica, unidas a sus futuras posibilidades estratégicas, se volvió eminentemente deseable establecer la máxima comunicación con Rusia a través de Persia. No dejaba de preocuparme el hecho de embarcarnos en otra campaña más en Oriente Próximo, pero los argumentos no se podían pasar por alto. Un factor primordial eran los yacimientos petrolíferos persas y, si Rusia caía derrotada, teníamos que estar listos para ocuparlos nosotros. Además estaba la amenaza a la India. La supresión de la revuelta en Irak y la ocupación anglofrancesa de Siria, aunque obtenidas por un estrecho margen, habían borrado el plan oriental de Hitler pero si los rusos se hundían era posible que volvieran a intentarlo. Se estableció en Teherán una misión alemana activa y numerosa, y el prestigio de Alemania se mantenía alto. La víspera de mi viaje a Placentia creé un comité especial para coordinar la planificación de una operación contra Persia; mientras estuve en el mar me fueron enviando por telegrama los resultados de su trabajo que, mientras tanto, había sido aprobado por el gabinete de Guerra. Era evidente que los persas no iban a expulsar de su país a los agentes ni a los residentes alemanes, de modo que tendríamos que recurrir a la fuerza. El trece de agosto Eden recibió a Maiski en el Ministerio de Asuntos Exteriores y acordaron las condiciones de las notas que enviaríamos respectivamente a Teherán. Una nota conjunta anglosoviética, fechada el diecisiete de agosto, obtuvo una respuesta poco satisfactoria y se fijó la fecha de la entrada de las fuerzas británicas y rusas en Persia: el día veinticinco.

Todo acabó en cuatro días. Una brigada de infantería que embarcó en Basora y desembarcó al amanecer del veinticinco de agosto capturó la refinería de Abadán. La mayoría de las fuerzas persas fueron sorprendidas, pero huyeron en camiones. Hubo algunas luchas en las calles y se capturaron unas cuantas embarcaciones de la Armada persa. Al mismo tiempo, capturamos el puerto de Jorramsahr desde el lado de tierra y se envió una fuerza hacia el norte en dirección a Ahvaz. Cuando nuestras tropas se acercaban a Ahvaz llegó la noticia de que el sha había dado la orden de «alto el fuego», y el general persa hizo regresar a sus tropas al cuartel. En el norte fue fácil asegurarse los yacimientos petrolíferos. Nuestras bajas ascendieron a veintidós muertos y cuarenta y dos heridos.

Todos los acuerdos celebrados con los rusos se firmaron rápidamente. Las principales condiciones que se le impusieron al gobierno persa fueron que cesara toda resistencia, que expulsara a los alemanes, que mantuviera la neutralidad en la guerra

y que se permitiera a los aliados el uso de las comunicaciones persas para el transporte de suministros bélicos a Rusia. La posterior ocupación de Persia se logró de forma pacífica. Las fuerzas británicas y rusas establecieron buenas relaciones, y Teherán fue ocupada de forma conjunta el diecisiete de septiembre, el día después de que el sha abdicara a favor de su hijo, un joven talentoso de veintidós años. El veinte de septiembre, el nuevo sha, siguiendo los consejos de los aliados, restauró la monarquía constitucional; poco después, su padre se marchó a un cómodo exilio y murió en Johanesburgo en julio de 1944. La mayoría de nuestras fuerzas se retiraron del país y sólo quedaron algunos destacamentos para proteger las comunicaciones; el dieciocho de octubre se evacuaron de Teherán tanto las tropas británicas como las rusas. A partir de entonces, nuestras fuerzas, al mando del general Quinan, se dedicaron a preparar defensas contra la posible incursión de ejércitos alemanes procedentes de Turquía o el Cáucaso y a hacer preparativos administrativos para los grandes refuerzos que llegarían si esa incursión parecía inminente.

La creación de una gran ruta de suministro hacia Rusia a través del golfo Pérsico se convirtió en nuestro principal objetivo. Con un gobierno amistoso en Teherán, se ampliaron algunos puertos, mejoraron las comunicaciones fluviales, se construyeron carreteras y se reconstruyeron algunas líneas férreas. A partir de septiembre de 1941 esta empresa, comenzada y llevada a cabo por el Ejército británico, hasta que la adoptó y la expandió Estados Unidos, nos permitió enviar a Rusia, a lo largo de un período de cuatro años y medio, cinco millones de toneladas de suministros. De este modo acabó un ejercicio breve y fructífero de una fuerza abrumadora contra un Estado débil y antiguo. Gran Bretaña y Rusia luchaban por su vida. *Inter arma silent leges*. Podemos estar satisfechos de que, con nuestra victoria, se mantuviera la independencia de Persia.

Volvamos ahora al frente primordial del Mediterráneo. El general Auchinleck había asumido el mando formal de Oriente Próximo el cinco de julio, y comencé con mucha ilusión mi relación con nuestro nuevo comandante en jefe; pero con el intercambio de telegramas en seguida se pusieron de manifiesto las serias divergencias de opiniones y valores entre nosotros. Él proponía reforzar Chipre lo antes posible con una división, apreciaba la necesidad de recuperar Cirenaica, pero no creía que pudiéramos defender Tobruk después de septiembre. Decía que las características y el armamento de los nuevos carros de combate estadounidenses introducían modificaciones en el manejo táctico y que había que dar tiempo para aprender estas lecciones. Estaba de acuerdo en que, a finales de julio, tendría alrededor de quinientos carros de combate, entre los de crucero, los de infantería y los estadounidenses. Sin embargo, para cualquier operación hacía falta una reserva de carros del 50 por 100, lo que permitía disponer de un 25 por 100 en los talleres y un

25 por 100 para sustituir de inmediato las bajas de las batallas. Pero esta situación resultaba casi prohibitiva. Los generales sólo consiguen estos lujos en el cielo, y los que lo piden no siempre llegan allí. Auchinleck destacaba la importancia del tiempo para el entrenamiento tanto individual como colectivo, y del espíritu de equipo, fundamental para la eficacia. Pensaba que el norte (es decir, un ataque alemán a través de Turquía, Siria y Palestina) podía convertirse en un frente más decisivo que el desierto.

Todo esto me produjo una gran desilusión. Las primeras decisiones del general también me dejaron perplejo. Después de insistir mucho, finalmente conseguí que se enviara a Egipto la 50.ª División británica. Yo era consciente de la propaganda hostil según la cual nuestra política consistía en combatir con tropas de otros países para evitar el derramamiento de sangre británica. En realidad, las bajas británicas en Oriente Próximo, incluidas Grecia y Creta, fueron superiores a las de todas nuestras demás fuerzas juntas, pero la denominación habitual dio una falsa impresión de los hechos. Las divisiones indias, en las que un tercio de la infantería y toda la artillería eran británicas, no aparecían como divisiones angloindias. Las divisiones blindadas, que soportaban la mayor parte del peso en los combates, eran totalmente británicas, aunque su nombre no lo reflejara. El hecho de que rara vez se hablara de tropas «británicas» en los informes de los combates daba credibilidad a las pullas del enemigo y provocaba comentarios desfavorables, no sólo en Estados Unidos sino también en Australia. Yo había esperado con mucho interés la llegada de la 50.ª División como un medio eficaz para contrarrestar estas corrientes despreciativas. La decisión del general Auchinleck de escoger esta división para enviarla a Chipre me pareció, sin duda, desafortunada, porque daba pie a los reproches que nos echaban en cara injustamente. Los jefes del Estado Mayor en Londres también se quedaron atónitos, desde el punto de vista militar, de que se destinara a este uso a un grupo tan magnífico de hombres.

Una resolución mucho más seria del general Auchinleck retrasó toda la acción contra Rommel en el desierto occidental, al principio durante tres y al final durante más de cuatro meses y medio. La reivindicación de la operación de Wavell del quince de junio, el «Hacha de guerra», se encuentra en el hecho de que, aunque en cierto modo nos vencieron y nos retiramos a nuestra posición original, los alemanes fueron totalmente incapaces de avanzar durante todo este largo período. Sus comunicaciones, amenazadas desde Tobruk, no fueron suficientes para brindarles los refuerzos necesarios de unidades blindadas o ni siquiera de municiones para la artillería para que Rommel pudiera hacer algo más que aguantar, apoyándose en su fuerza de voluntad y su prestigio. Alimentar esta fuerza representaba para él tanto esfuerzo que sólo podía aumentar su volumen poco a poco. Dadas las circunstancias, el Ejército británico debería de haber entablado combate con él continuamente porque

disponía de suficientes comunicaciones por carretera, ferrocarril y mar, y recibía refuerzos permanentes y mucho más rápido, tanto en lo que respecta a hombres como a material.

Un tercer error fue, para mí, la desproporcionada preocupación por nuestro flanco norte. No cabe duda de que éste requería la máxima vigilancia y justificaba muchos preparativos defensivos y la construcción de fuertes líneas fortificadas en Palestina y en Siria. Sin embargo, la situación en este terreno fue en seguida mucho mejor que la de junio. Siria fue conquistada. Se sofocó la rebelión en Irak. Todos los puntos clave del desierto estaban en poder de nuestras tropas. Sobre todo, la lucha entre Alemania y Rusia aumentaba la confianza de Turquía. Mientras esto no se resolviera, Alemania no pediría autorización para que sus ejércitos pudieran pasar por territorio turco. La acción británica y la rusa atraían a Persia hacia el bando aliado. Y así llegamos al final del invierno. Mientras tanto, la situación general favorecía una acción decisiva en el desierto occidental.

En cambio, no pude evitar sentir cierta rigidez en la actitud del general Auchinleck que no sería útil para los intereses que todos defendíamos. Se han escrito libros después de la guerra que demostraban que a ciertos sectores subordinados pero influyentes del Estado Mayor de Operaciones de El Cairo les había parecido deplorable la decisión de enviar el Ejército a Grecia. No sabían lo dispuesto que se había mostrado el general Wavell a aceptar esta política, ni mucho menos la forma tan tentativa en que se lo plantearon el gabinete de Guerra y los jefes del Estado Mayor, casi invitándolo a negarse. Se insinuó que los políticos indujeron a Wavell a error, y que toda la serie de desastres que se sucedieron a continuación se deben a su decisión de cumplir sus deseos. Entonces, como recompensa por su buen carácter, lo destituyeron después de todas sus victorias en el momento de la derrota. No dudo de que en estos círculos del Estado Mayor tuvieran la sensación de que el nuevo comandante no debía dejarse presionar para emprender aventuras arriesgadas, sino que tenía que tomarse su tiempo y actuar a partir de certezas. Es posible que le hubieran inculcado este estado de ánimo al general Auchinleck. Era evidente que no avanzaríamos mucho por correspondencia, de modo que en julio lo invité a venir a Londres.

Su breve visita fue útil desde muchos puntos de vista. Estableció una relación armoniosa con los miembros del gabinete de Guerra, con los jefes del Estado Mayor y con la Oficina de Guerra. Pasó un largo fin de semana conmigo en Chequers. A medida que fuimos conociendo mejor a este distinguido oficial, de cuyas cualidades dependería tanto nuestra buena suerte, y a medida que él se fue familiarizando con el alto círculo de la maquinaria bélica británica y vio lo bien que funcionaba, aumentó la confianza mutua. Pero no pudimos convencerlo de renunciar a su determinación de introducir un retraso prolongado con el fin de preparar una ofensiva realista el uno de

noviembre. Se llamaría «Cruzado» y sería la mayor operación lanzada hasta el momento. No cabe duda de que impresionó a mis asesores militares con todo el argumento detallado que presentó. A mí no me convenció. Pero las habilidades incuestionables del general Auchinleck, su capacidad para exponer, su personalidad digna e imperiosa, me dieron la sensación de que tal vez tuviera razón después de todo, y que, por más que estuviera equivocado, de todos modos seguía siendo el mejor. Por consiguiente acepté la fecha de noviembre para la ofensiva y dediqué mis energías a convertirla en un éxito. Todos lamentamos mucho no poder convencerlo, llegado el momento, de que le encomendara la batalla al general Maitland Wilson. Por el contrario, él prefirió al general Alan Cunningham, que tenía una reputación estupenda después de las victorias en Abisinia. Tuvimos que arreglarnos así, ya que es mejor no hacer las cosas a medias, de modo que compartimos la responsabilidad de apoyar sus decisiones. Sin embargo, debo dejar constancia de mi convicción de que los cuatro meses y medio que el general Auchinleck retrasó el enfrentamiento con el enemigo en el desierto fueron al mismo tiempo un error y una desgracia.

Ahora sabemos muy bien lo que opinaba sobre la situación de Rommel el Alto Mando alemán. Admiraban mucho su audacia y los éxitos increíbles que la habían coronado, pero de todos modos consideraban que corría un gran peligro. Le prohibieron estrictamente correr más riesgos hasta que le llegaran grandes refuerzos. Quizá, con su prestigio, lograra salir del apuro, a pesar de la precaria situación en que se encontraba, hasta que pudieran prestarle toda la ayuda posible. Su línea de comunicaciones se extendía a lo largo de unos mil seiscientos kilómetros, hasta Trípoli. Por Bengasi podían cortar camino al menos una parte de sus suministros y sus nuevas tropas, pero cada vez tenían que pagar un precio más alto por el transporte marítimo a estas dos bases. Las fuerzas británicas, que ya eran bastante superiores en cantidad, aumentaban de día en día. La superioridad de los carros alemanes sólo existía en cuanto a calidad y organización. Eran más débiles en el aire. Les faltaba munición de artillería y les daba mucho miedo tener que dispararla. Tobruk parecía una amenaza mortal en la retaguardia de Rommel, porque desde allí podía salir en cualquier momento una misión de combate que le interrumpiera las comunicaciones. Sin embargo, mientras permaneciéramos inmóviles, ellos podían dar gracias por cada día que pasaba.

Los dos bandos aprovecharon el verano para reforzar sus ejércitos. Para nosotros era fundamental reabastecer Malta. La pérdida de Creta privó a la flota del almirante Cunningham de una base de reabastecimiento de combustible lo bastante próxima para hacer entrar en acción a nuestra fuerza marítima de apoyo. Aumentaron las posibilidades de un ataque por mar a Malta, desde Italia o desde Sicilia, aunque ahora sabemos que Hitler y Mussolini no aprobaron este plan hasta 1942. Las bases aéreas enemigas, tanto en Creta como en Cirenaica, resultaban una amenaza tan grave para

la ruta de los convoyes que iban desde Alejandría hasta Malta que teníamos que depender exclusivamente del oeste para dar paso a los suministros. En esta misión prestó un servicio distinguido el almirante Somerville con la Fuerza H desde Gibraltar. La ruta que al Almirantazgo le había parecido más peligrosa era la única que quedaba abierta. Afortunadamente, a estas alturas, las peticiones de invadir Rusia obligaron a Hitler a retirar su fuerza aérea de Sicilia, lo que dio a Malta un respiro y a nosotros nos devolvió el dominio del espacio aéreo sobre el canal de Malta. Esto no sólo contribuyó a la llegada de convoyes procedentes del oeste sino que también nos permitió atacar con mayor fuerza los barcos de transporte y suministro que iban a reforzar a Rommel.

Se consiguió hacer pasar a dos convoyes considerables. El paso de cada uno de ellos fue una gran operación naval. En octubre, más del 60 por 100 de las provisiones de Rommel se hundieron en este cruce; pero no se disiparon mis angustias y exhorté al Almirantazgo a hacer mayores esfuerzos todavía. En particular, quería que se estableciera en Malta una nueva fuerza de superficie. Aceptaron esta política, pero hacía falta tiempo para ponerla en práctica. En octubre se creó en Malta una fuerza notable, conocida como la «Fuerza K», que comprendía los cruceros *Aurora* y *Penelope* y los destructores *Lance* y *Lively*. Todas estas medidas desempeñaron su papel en la lucha que estaba a punto de comenzar.

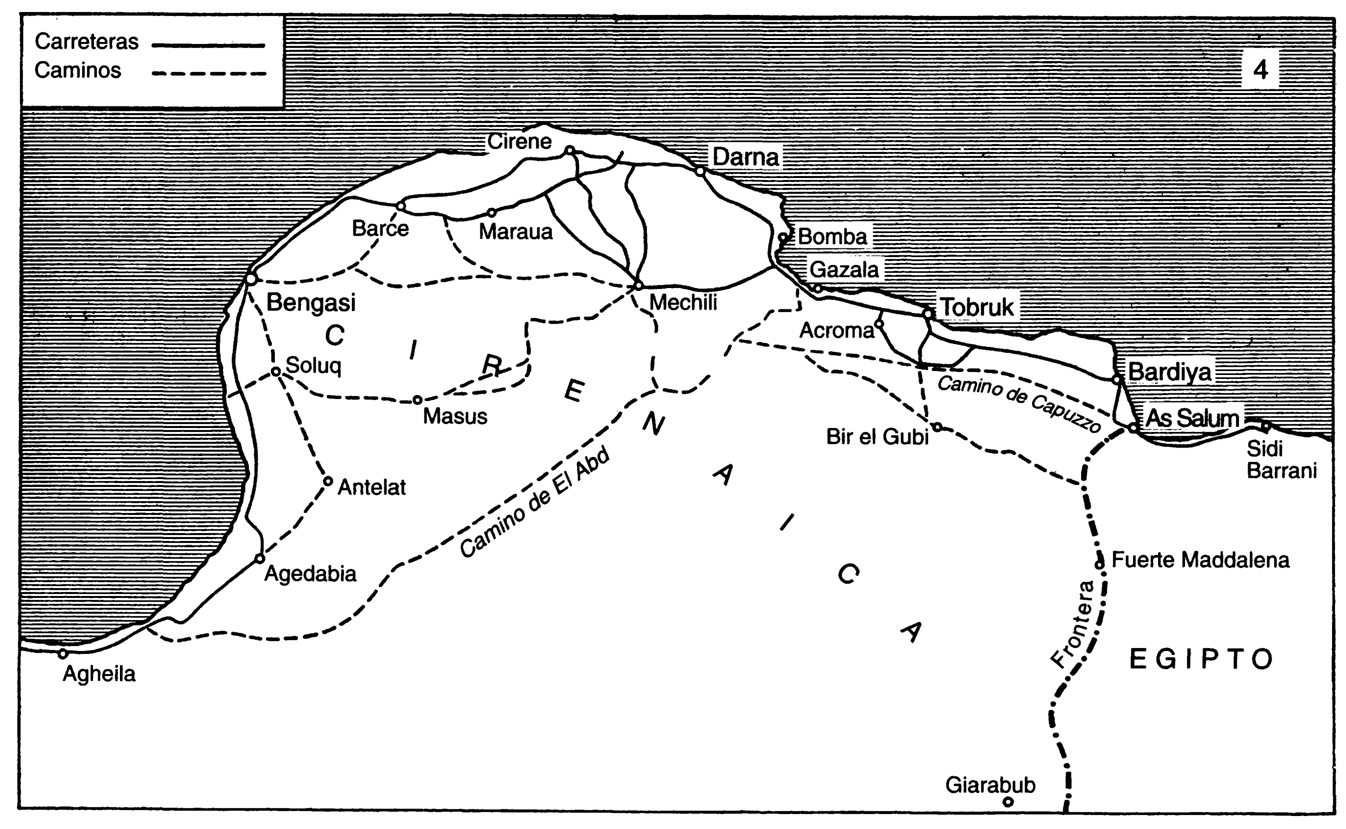
Las descripciones de las batallas modernas suelen perder la sensación de dramatismo porque se extienden sobre espacios amplios y a menudo tardan semanas en decidirse, mientras que en los campos de batalla famosos de la historia se decidía el destino de naciones e imperios en unos pocos kilómetros cuadrados de terreno y en unas cuantas horas. Los conflictos que se desarrollaron en el desierto entre fuerzas blindadas y motorizadas de rápido desplazamiento representan este contraste con el pasado en una forma extrema.

Los carros de combate sustituyeron a la caballería de las guerras anteriores con un arma mucho más poderosa y de mucho más largo alcance, y en muchos aspectos sus maniobras se parecían a la guerra naval, sólo que los mares eran de arena en lugar de ser de agua salada. La capacidad de combate de la columna blindada, al igual que la de la escuadra de cruceros, más que la posición en la que chocaba con el enemigo o la parte del horizonte en la que aparecía, era el factor decisivo. Las divisiones o las brigadas de carros de combate, y sobre todo las unidades más pequeñas, podían formar frentes en cualquier dirección con tanta rapidez que los peligros de que los flanquearan, o los pillaran por la retaguardia, o los dejaran aislados, tenían una importancia mucho menor. Por otra parte, todo dependía de un momento a otro del combustible y las municiones, y el suministro de ambos era mucho más complicado para las fuerzas blindadas que para los barcos y las escuadras en el mar, que disponen

de todo lo necesario. Por consiguiente, los principios en los que se basa el arte de la guerra encontraban una nueva forma de expresión y en cada enfrentamiento había algo que aprender.

No hay que subestimar la magnitud del esfuerzo bélico que suponían estas luchas en el desierto. Aunque en realidad sólo participaban en el combate alrededor de noventa o cien mil soldados de cada uno de los ejércitos, para esto hacían falta unas masas de hombres y de material dos o tres veces mayores para apoyarlos en sus combates. Cuando se analiza como un todo el feroz enfrentamiento de Sidi Rezeg, que marcó el comienzo de la ofensiva del general Auchinleck, presenta muchas de las características más vívidas de la guerra. Las intervenciones personales de los dos comandantes en jefe fueron tan dominantes y decisivas y las apuestas por los dos lados fueron tan elevadas como en los viejos tiempos.

La misión de Auchinleck consistía, en primer lugar, en recuperar Cirenaica, destruyendo al mismo tiempo las unidades blindadas del enemigo y, en segundo lugar, si todo iba bien, capturar Tripolitania. Para ello se puso al general Cunningham al mando del recién bautizado Octavo Ejército, que estaba formado por el XIII Cuerpo y el XXX Cuerpo, y que comprendía, con la guarnición de Tobruk, alrededor de seis divisiones, con tres brigadas en reserva y 724 carros de combate. La Fuerza Aérea del desierto occidental abarcaba un total de 1.072 aviones modernos de combate en servicio, además de los diez escuadrones que operaban desde Malta. Más de cien kilómetros detrás del frente de Rommel estaba la guarnición de Tobruk, que comprendía cinco grupos de brigada y una brigada blindada. Esta fortaleza era su preocupación constante y, por su amenaza estratégica, hasta ese momento había impedido cualquier avance sobre Egipto. Eliminar Tobruk era lo que se había propuesto el Alto Mando alemán y se habían hecho todos los preparativos posibles para comenzar el ataque el veintitrés de noviembre. El ejército de Rommel comprendía el formidable Afrika Korps, formado por la 15.ª y la 21.ª División Panzer y la 90.ª División Ligera, además de siete divisiones italianas, una de las cuales era blindada. El enemigo disponía de 558 carros. De los medianos y los pesados dos tercios eran alemanes y transportaban cañones más pesados que los de dos libras que llevaban los nuestros. Asimismo, el enemigo poseía una superioridad notable en armas anticarro. En el momento del ataque la Fuerza Aérea del Eje comprendía ciento veinte aviones alemanes y unos doscientos italianos.



Cirenaica

A primeras horas del dieciocho de noviembre, bajo una lluvia intensa, el Octavo Ejército dio un salto hacia delante y durante tres días todo salió bien. Parte de la 7.ª División Blindada británica del XXX Cuerpo se apoderó de Sidi Rezeg, aunque después los atacó el Afrika Korps, cuyas unidades blindadas se habían mantenido más concentradas. Durante todo el día veintiuno y el veintidós se libró una batalla encarnizada, fundamentalmente en torno al aeródromo. Entraron en esta lid prácticamente todas las unidades blindadas de ambas partes, que se movieron en oleadas de un lado a otro, en violentas luchas, bajo el fuego de las baterías enemigas. Los alemanes obtuvieron la ventaja porque sus carros de combate estaban mejor armados y las cantidades que llevaron a los puntos de choque fueron superiores. A pesar del liderazgo heroico y brillante del general de brigada Jock Campbell se impusieron los alemanes, y perdimos más carros que ellos. La noche del día veintidós los alemanes recapturaron Sidi Rezeg. Nuestra fuerza perdió dos terceras partes de sus unidades blindadas y recibió órdenes de retroceder unos treinta kilómetros para reorganizarse, lo que significó un duro contratiempo.

Mientras tanto, el veintiuno de noviembre, con las unidades blindadas del enemigo comprometidas en la batalla, el general Cunningham ordenó avanzar al XIII Cuerpo, que capturó el cuartel general del Afrika Korps y el día veintitrés estuvo a punto de recuperar Sidi Rezeg, de donde acababan de echar a sus camaradas de la 7.ª División Blindada. El veinticuatro de noviembre Freyberg concentró el grueso de sus neozelandeses ocho kilómetros al este del aeródromo. Había salido de Tobruk una unidad de combate que luchaba con intensidad contra la infantería alemana, aunque

no había podido atravesarla. La División neozelandesa llegó frente a Sidi Rezeg tras un avance triunfal. Habían aislado las guarniciones de la frontera enemiga, pero sus unidades blindadas ganaron la batalla contra el XXX Cuerpo. Ambos recibieron duros golpes y sufrieron grandes pérdidas y la batalla quedó en suspenso.

Se produjo entonces un episodio dramático que recuerda el recorrido a caballo de «Jeb» Stuart alrededor del ejército de McClellan en 1862, en la península de Yorktown, durante la guerra de secesión en Estados Unidos, sólo que en este caso lo llevó a cabo una fuerza blindada que era un ejército en sí misma, cuya destrucción habría condenado al fracaso al resto del ejército del Eje. Rommel resolvió tomar la iniciativa táctica y abrirse camino hacia el este hasta la frontera, con sus unidades blindadas, con la esperanza de sembrar tanto caos y provocar tanta alarma como para convencernos de dar la orden de abandonar la lucha y retirarnos. Es posible que recordara la buena suerte que premió su incursión blindada durante la anterior batalla del desierto, que tuvo lugar el quince de junio, y provocó nuestra retirada en el momento crucial. Lo cerca que estuvo de tener éxito esta vez es algo que se verá a medida que continúe la historia.

Rommel reunió la mayor parte del Afrika Korps, que seguía siendo el cuerpo más formidable que había en el campo de batalla y, casi rozando el cuartel general del XXX Cuerpo y dos grandes depósitos de suministros, sin los que no habríamos podido continuar la lucha, llegó a la frontera. Allí dividió su fuerza en columnas, algunas de las cuales se dirigieron hacia el norte y hacia el sur y otras siguieron avanzando unos treinta kilómetros y entraron en territorio egipcio. Causó estragos en nuestras zonas de retaguardia y capturó numerosos prisioneros. Sin embargo, sus columnas no causaron impresión en la 42.ª División india, y fueron perseguidas por destacamentos improvisados. Por el aire, nuestra Fuerza Aérea, que para entonces había adquirido un gran dominio del espacio aéreo sobre los ejércitos antagónicos, lo acosaba permanentemente y por todas partes. Las columnas de Rommel, prácticamente sin ningún apoyo de su propia aviación, sufrieron las dificultades que nuestras tropas conocieron cuando era Alemania la que dominaba el cielo de la batalla. El día veintiséis todas las unidades blindadas del enemigo viraron hacia el norte y buscaron refugio cerca de Bardiya. Al día siguiente se alejaron rápidamente hacia el oeste y regresaron a Sidi Rezeg, adonde fueron llamadas con urgencia. El audaz golpe de Rommel había fracasado pero, como veremos a continuación, lo detuvo un solo hombre: el comandante en jefe contrario.

Como consecuencia de los fuertes golpes que habíamos recibido y de la impresión de desorden detrás de nuestro frente provocada por la incursión de Rommel, el general Cunningham le planteó al comandante en jefe que continuar nuestra ofensiva podía traer como consecuencia la aniquilación de nuestra fuerza de

carros de combate, lo que pondría en peligro la seguridad de Egipto. Esto supondría reconocer la derrota y el fracaso de toda la operación. En este momento decisivo intervino el general Auchinleck en persona. A petición de Cunningham, el veintitrés de noviembre voló con el teniente general Tedder al cuartel general del desierto y, con pleno conocimiento de todos los peligros, le ordenó a Cunningham que «mantuviera la ofensiva contra el enemigo». De este modo, con su intervención personal, Auchinleck salvó la batalla y demostró sus extraordinarias cualidades como comandante de campo.

A su regreso a El Cairo, el día veinticinco, decidió sustituir temporalmente al general Cunningham por el general Ritchie, su subjefe del Estado Mayor, «porque muy a mi pesar he llegado a la conclusión de que Cunningham, a pesar de su comportamiento admirable hasta la fecha, ha comenzado a pensar a la defensiva, sobre todo como consecuencia de la gran cantidad de carros de combate que hemos perdido». El ministro de Estado, Oliver Lyttelton, explicó y apoyó con energía la decisión del comandante en jefe. De inmediato le telegrafié, expresándole nuestra aprobación.

Dejo aquí este incidente, tan doloroso para el valiente oficial en cuestión, para su hermano, el comandante en jefe de la Armada, y para el general Auchinleck, amigo personal de ambos. Admiré sobre todo la conducta de Auchinleck, que fue capaz de elevarse por encima de cualquier consideración personal y de cualquier tentación de comprometer o retrasar la acción.

Mientras tanto, Freyberg y sus neozelandeses, apoyados por la 1.ª Brigada de carros de combate del Ejército, presionaba sobre Sidi Rezeg y, tras dos días de intensos combates, lo recapturaron. Al mismo tiempo, la guarnición de Tobruk reanudó su misión de combate y la noche del veintiséis estrechó la mano de la fuerza de relevo. Algunas unidades entraron en el atribulado Tobruk, con lo que Rommel regresó de Bardiya. Llegó luchando hasta Sidi Rezeg, atacado en el flanco por la 7.ª División Blindada, ya reorganizada, que entonces comprendía ciento veinte carros de combate. Recapturó Sidi Rezeg e hizo retroceder a la Brigada neozelandesa con enormes pérdidas. La mayoría de ellos se retiraron hacia el sureste, hasta la frontera, donde la heroica división se volvió a formar tras perder a más de tres mil hombres. La guarnición de Tobruk, aislada otra vez, defendió con audaz determinación todo el terreno ganado.

El general Ritchie reagrupó entonces a su ejército y Rommel lanzó su última ofensiva para rescatar la guarnición de la frontera, que fue repelida. Entonces comenzó la retirada general del ejército del Eje a la línea de Gazala.

El uno de diciembre, el propio Auchinleck se presentó en el cuartel general de vanguardia y se quedó diez días con el general Ritchie. No asumió el mando él

mismo pero supervisó de cerca a su subordinado. Esto no me pareció el mejor arreglo para ninguno de los dos. No obstante, tenía el predominio el Octavo Ejército y el diez de diciembre me dijo el comandante en jefe: «Aparentemente, el enemigo se encuentra en plena retirada hacia el oeste. […] Creo que ya se puede decir que se ha levantado el sitio de Tobruk. Lo estamos intentando con vigor, en total colaboración con la Fuerza Aérea británica». A partir de los datos registrados por los alemanes, ahora sabemos que en la batalla el enemigo perdió alrededor de treinta y tres mil hombres y trescientos carros de combate. En comparación, las pérdidas de los ejércitos británicos e imperiales durante el mismo período fueron alrededor de la mitad, además de 278 carros. Las nueve décimas partes de estas pérdidas se produjeron durante el primer mes de la ofensiva. Entonces logramos un período de alivio, incluso de alegría, en la guerra en el desierto.

Pero en este momento crucial nuestro poder naval en el Mediterráneo oriental quedó prácticamente destruido por una serie de desastres. Nuestro intervalo de inmunidad y ventaja llegó a su fin cuando entraron en acción los submarinos alemanes. El doce de noviembre, cuando regresaba a Gibraltar después de transportar más aviones hacia Malta, el *Ark Rojal* fue alcanzado por el torpedo que le disparó un submarino alemán. Todos los intentos por salvar la nave fracasaron, y este famoso veterano, que desempeñó un papel distinguido en tantos de nuestros asuntos, se hundió a apenas cuarenta kilómetros de Gibraltar. Quince días después el *Barham* fue alcanzado por tres torpedos y se hundió rápidamente, con lo que perdimos más de quinientos hombres. Pero esto no fue todo. La noche del dieciocho de diciembre un submarino italiano se acercó a Alejandría y lanzó tres «torpedos humanos», cada uno de ellos controlado por dos hombres, que entraron en el puerto aprovechando que estaba abierta la barrera flotante para que entraran los barcos. Instalaron bombas de tiempo que detonaron a primera hora de la mañana siguiente bajo los acorazados *Queen Elizabeth* y *Valiant*. Ambos sufrieron graves daños y se convirtieron en una carga inútil durante meses. Conseguimos ocultar el daño a la flota de guerra durante algún tiempo, pero también alcanzó a la «Fuerza K». El mismo día del desastre de Alejandría llegó a Malta la noticia de que se dirigía a Trípoli un importante convoy enemigo. De inmediato salieron a su encuentro tres cruceros y cuatro destructores. Al acercarse a Trípoli nuestros barcos toparon con un campo de minas nuevo. Dos de los cruceros sufrieron averías aunque consiguieron huir. El tercero entró en el campo de minas empujado por la corriente, chocó con dos minas más y se hundió. De los setecientos hombres que componían su tripulación sólo sobrevivió uno, como prisionero de guerra, después de pasar cuatro días en una balsa sobre la que perecieron el capitán de navío R. C. O’Connor y otros trece hombres. Lo único que quedó de la Flota británica del Mediterráneo oriental fueron algunos destructores y tres cruceros de la escuadra del almirante Vian.

El cinco de diciembre Hitler se dio cuenta por fin del peligro mortal que corría Rommel y ordenó el traslado de todo un cuerpo de la fuerza aérea de Rusia a Sicilia y el norte de África. Se lanzó una nueva ofensiva aérea contra Malta bajo las órdenes del general Kesselring. El ataque a la isla alcanzó un nuevo apogeo, y lo único que pudo hacer Malta fue luchar por su vida. Al finales de año la Luftwaffe dominaba las rutas marítimas hasta Trípoli, con lo que se pudieron reacondicionar los ejércitos de Rommel tras su derrota. La interacción de la guerra en el mar, en el aire y en tierra pocas veces se ha demostrado de forma tan notable como en estos pocos meses.

Pero entonces todo palideció ante el giro de los acontecimientos mundiales.

Capítulo IV

¡PEARL HARBOUR!

Domingo siete de diciembre de 1941, por la noche. Winant, Averell Harriman y yo estábamos sentados a la mesa en Chequers. Encendí el pequeño aparato de radio poco después de que comenzaran las noticias de las nueve. Mencionaron varios temas relacionados con los combates en el frente ruso y en el frente británico de Libia, al final de los cuales dijeron unas cuantas frases acerca de un ataque japonés a los barcos estadounidenses en Hawai y también hablaron de ataques japoneses a barcos británicos en las colonias holandesas de Indonesia. Dijeron que después de las noticias alguien haría un comentario y que a continuación vendría un programa de preguntas, o algo así. A mí personalmente no me impresionó, pero Averell dijo que era extraño que los japoneses hubieran atacado a Estados Unidos y, aunque estábamos cansados, nos quedamos allí. Entonces entró en la habitación el mayordomo, Sawyers, que había oído lo que había pasado. «Es cierto. Lo hemos oído fuera. Los japoneses han atacado a Estados Unidos». Se hizo silencio. En la comida que tuvo lugar en Mansión House el once de noviembre dije que si Japón atacaba a Estados Unidos Gran Bretaña le declararía la guerra «en menos de una hora». Me levanté de la mesa y atravesé el vestíbulo en dirección al despacho, que no paraba nunca de trabajar. Pedí que me comunicaran con el presidente. El embajador me siguió; imaginándose que iba a dar un paso irrevocable me dijo: «¿No le parece que sería mejor confirmarlo antes?».

Al cabo de dos o tres minutos tenía a Roosevelt al aparato. «Señor presidente, ¿qué pasa con Japón?». «Es cierto —respondió—. Nos han atacado en Pearl Harbour. Ahora estamos todos en el mismo barco». Le pasé el teléfono a Winant y siguieron conversando. El embajador al principio decía: «Bien», «bien», y después, aparentemente más serio, «¡Ah!». Volví a ponerme y le dije: «Sin duda, esto lo simplifica todo. Dios lo bendiga», o algo así. Entonces regresamos al vestíbulo y tratamos de amoldar nuestros pensamientos a este hecho mundial tan importante que acababa de ocurrir, tan alarmante que nos dejó sin respiración incluso a los que estábamos en el meollo de la situación. Mis dos amigos estadounidenses recibieron el golpe con una fortaleza increíble. No teníamos idea de que la Marina de Estados Unidos hubiera sufrido graves pérdidas. Ellos no lloraron ni se lamentaron de que su país estuviera en guerra. No desperdiciaron palabras en reproches ni en enfados. De hecho, casi se podría haber pensado que les habían librado de un dolor que sufrían desde hacía tiempo.

El Parlamento no tenía previsto reunirse hasta el martes, de modo que los parlamentarios estaban dispersos por toda la isla, con todas las dificultades de comunicación que había. Encargué al despacho que se pusiera a llamar al presidente de la Cámara, a los jefes de los grupos parlamentarios y a todos los demás a fin de convocar a ambas cámaras para el día siguiente. Llamé al Ministerio de Asuntos Exteriores para que se preparara para efectuar sin demora una declaración de guerra a Japón, con respecto a la que había que cumplir ciertas formalidades y tenerla lista para la sesión de la Cámara, y para que se asegurara de convocar e informar a todos los miembros del gabinete de Guerra, así como también a los jefes del Estado Mayor y los ministros de las Fuerzas Armadas que, como suponía, ya se habían enterado de la noticia.

Ningún estadounidense pensará mal de mí si proclamo que el hecho de tener a Estados Unidos de nuestra parte me produjo una gran satisfacción. No podía predecir el curso de los acontecimientos. No pretendo haber medido exactamente el poderío militar de Japón, pero en ese momento sabía que Estados Unidos estaba metido en la guerra, hasta el cuello y hasta la muerte. ¡De modo que al final habíamos triunfado! Sí, después de Dunkerque, después de la caída de Francia, después del horrible episodio de Oran, después de la amenaza de invasión cuando, dejando aparte a la Fuerza Aérea y a la Armada, estábamos casi desarmados, después de la lucha a muerte de la guerra de submarinos (la primera batalla del Atlántico, que se ganó por tan poco), después de diecisiete meses de combates en solitario y de diecinueve meses desde que asumí la responsabilidad en esta situación desesperada. Habíamos ganado la guerra. Inglaterra viviría; Gran Bretaña viviría; la Comunidad Británica de Naciones y el imperio vivirían. Cuánto duraría la guerra ni cómo acabaría nadie podía decirlo, ni tampoco importaba en ese momento. Una vez más, en la larga historia de nuestra isla, saldríamos vapuleados o mutilados tal vez, pero a salvo y victoriosos. No nos borrarían. Nuestra historia no se acabaría. Puede que ni siquiera tuviéramos que morir como individuos. El destino de Hitler estaba escrito. El destino de Mussolini estaba escrito. En cuanto a los japoneses, quedarían reducidos a polvo. Todo el resto no era más que la aplicación adecuada de una fuerza abrumadora. El imperio británico, la Unión Soviética y ahora Estados Unidos, compartiendo la vida y la fuerza que les quedaban eran, a mi entender, dos o incluso tres veces más fuertes que sus adversarios. Seguro que llevaría bastante tiempo. Yo esperaba que se produjeran unas pérdidas terribles en Oriente, pero todo esto no sería más que una fase transitoria. Unidos podríamos someter al resto del mundo. Teníamos por delante numerosos desastres, un coste y unas tribulaciones inconmensurables, pero ya no cabía ninguna duda de cómo acabaría todo.

Puede que los imbéciles, de los que había muchos, y no sólo en los países

enemigos, despreciaran la fuerza de Estados Unidos. Algunos decían que eran blandos; otros, que jamás se nos sumarían, sino que seguirían haciendo el tonto desde lejos. Que jamás asumirían la situación; que no permitirían una sangría. Que su democracia y su sistema de elecciones recurrentes paralizarían su esfuerzo bélico. Que no serían más que una mancha borrosa en el horizonte, tanto para sus amigos como para sus enemigos. Ahora veríamos lo débil que era este pueblo numeroso aunque remoto, rico y hablador. Pero yo había estudiado la guerra de secesión estadounidense, donde lucharon hasta el último milímetro desesperadamente. Llevaba sangre estadounidense en las venas. Recordé un comentario que me había hecho Edward Grey hacía más de treinta años: que Estados Unidos es como «una caldera gigante. Cuando se le enciende debajo un fuego no tiene límites el poder que puede producir». Saturado y saciado de emociones y sensaciones me fui a la cama a dormir, agradecido, el sueño de los justos.

En cuanto me desperté decidí que tenía que ir a ver a Roosevelt en seguida. Presenté la cuestión al gabinete cuando nos reunimos a mediodía. Cuando obtuve su aprobación le escribí al rey, que dio su consentimiento.

El gabinete de Guerra autorizó la declaración inmediata de guerra a Japón, para la que se habían hecho todos los preparativos formales. Como Eden ya había partido de viaje hacia Moscú y yo estaba a cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, le envié la siguiente carta al embajador japonés:

Ministerio de Asuntos Exteriores, 8 de diciembre

Señor:

El siete de diciembre por la noche el gobierno del Reino Unido se enteró de que las fuerzas japonesas, sin ninguna advertencia, ya sea en forma de una declaración de guerra o de un ultimátum con una declaración de guerra condicional, intentaron un desembarco en la costa de Malasia y bombardearon Singapur y Hong Kong.

Ante semejantes actos de agresión no provocada, cometidos en flagrante violación del Derecho Internacional y en concreto del artículo 1 del Tercer Convenio de La Haya sobre el inicio de hostilidades, del que forman parte tanto Japón como el Reino Unido, el embajador de Su Majestad en Tokio ha recibido instrucciones de informar al gobierno de Japón, en nombre del gobierno del Reino Unido de que nuestros dos países se encuentran en guerra.

Tengo el honor de ponerme, señor, con todo respeto, a sus órdenes.

WINSTON S. CHURCHILL

A algunos no les gustó este estilo tan ceremonioso pero, después de todo, si uno tiene que matar a alguien no cuesta nada ser amable.

El Parlamento se reunió a las tres de la tarde y, aunque se convocó con tan poca antelación, la Cámara estaba llena. Según la Constitución británica la corona declara la guerra por recomendación de los ministros, y se presenta este hecho al Parlamento. Por consiguiente, pudimos cumplir con creces lo que le prometimos a Estados Unidos

y de hecho le declaramos la guerra a Japón antes de que interviniera el Congreso. El gobierno de los Países Bajos también hizo su declaración. Ambas Cámaras apoyaron la decisión de forma unánime.

Al principio no nos dieron detalles de lo ocurrido en Pearl Harbour, pero a estas alturas la historia lo ha registrado exhaustivamente. Hasta principios de 1941 el plan naval japonés de guerra contra Estados Unidos consistía en que su flota principal presentara batalla, en las aguas próximas a las Filipinas, donde los estadounidenses, como era de esperar, se abrían paso a través del Pacífico para relevar a las guarniciones que tenían en este puesto de avanzada. La idea de un ataque sorpresa a Pearl Harbour se le ocurrió al almirante Yamamoto, el comandante en jefe japonés. Los preparativos para este ataque a traición antes de declarar la guerra siguieron adelante con el máximo secreto, y el veintidós de noviembre se concentró la fuerza de ataque de seis portaaviones, con el apoyo de acorazados y cruceros, en un fondeadero poco frecuentado en las islas Kuriles, al norte de Japón. Ya se había fijado la fecha del ataque para el domingo siete de diciembre, y el veintiséis de noviembre (fecha de la longitud este) la fuerza zarpó al mando del almirante Nagumo. Manteniéndose lejos y al norte de Hawai, en medio de las nieblas y los vendavales de estas latitudes, Nagumo se acercó a su objetivo sin que lo descubrieran. Antes del amanecer de ese día fatídico se lanzó el ataque desde una posición situada a más de cuatrocientos kilómetros al norte de Pearl Harbour. Intervinieron trescientos sesenta aviones, que incluían bombarderos de todo tipo escoltados por cazas. La primera bomba cayó a las 7.55. Había en el puerto noventa y cuatro embarcaciones estadounidenses. Entre ellas, los ocho acorazados de la Flota del Pacífico fueron el objetivo principal. Afortunadamente, los portaaviones, con sus poderosas fuerzas de crucero, estaban cumpliendo misiones en otro lugar. A las diez, la batalla había concluido y el enemigo se retiró, dejando tras de sí una flota destrozada, oculta tras una cortina de fuego y humo, y la venganza de Estados Unidos. El acorazado *Arizona* había estallado; el *Oklahoma* se había volcado; el *West Virginia* y el *California* se habían hundido en su atracadero, y todos los demás acorazados, salvo el *Pennsylvania*, que se encontraba en dique seco, habían sufrido graves daños. Más de dos mil estadounidenses habían perdido la vida, y casi dos mil más resultaron heridos. El dominio del Pacífico había quedado en manos japonesas, y el equilibrio estratégico del mundo sufrió, de momento, un cambio fundamental.

En Filipinas, donde estaba al mando el general MacArthur, nuestros aliados estadounidenses sufrieron otra serie de desgracias. El veinte de noviembre recibieron una advertencia que indicaba un grave giro de las relaciones diplomáticas. El almirante Hart, al mando de la modesta Flota asiática de Estados Unidos, ya había consultado a las vecinas autoridades navales británicas y holandesas y, de acuerdo

con su plan de guerra, había comenzado a dispersar sus fuerzas hacia el sur, donde pretendía reunir una fuerza de ataque en aguas holandesas conjuntamente con sus futuros aliados. Tenía a su disposición un solo crucero pesado y dos ligeros, además de una docena de destructores viejos y varias embarcaciones auxiliares más. Su fuerza dependía casi exclusivamente de sus submarinos, de los que tenía veintiocho. A las tres de la mañana del ocho de diciembre el almirante Hart interceptó un mensaje que contenía la asombrosa noticia del ataque a Pearl Harbour. De inmediato avisó a todas las partes involucradas que habían comenzado las hostilidades, sin esperar la confirmación de Washington. Al amanecer fueron atacados por los bombarderos japoneses, y a lo largo de los días siguientes prosiguieron los ataques aéreos a ritmo creciente. El día diez, la base naval de Cavite quedó completamente destruida por el fuego y ese mismo día los japoneses realizaron su primer desembarco en el norte de Luzón. Los desastres aumentaron rápidamente. La mayor parte de las fuerzas aéreas estadounidenses fueron destruidas en la batalla o en tierra, y el veinte de diciembre lo que quedaba de ellas se retiró a Port Darwin, en Australia. Los barcos del almirante Hart habían comenzado a dispersarse hacia el sur unos días antes y sólo quedaron los submarinos para disputarse el mar con el enemigo. El veintiuno de diciembre desembarcó en el golfo de Lingayen la principal fuerza japonesa de invasión, poniendo en peligro la propia Manila; a partir de entonces, los acontecimientos se desarrollaron de forma similar a lo que ya estaba ocurriendo en Malasia, sólo que la defensa fue más prolongada. De modo que los planes que Japón alimentaba hacía tanto tiempo tuvieron un comienzo triunfal.

Tanto Hitler como su Estado Mayor estaban atónitos. Jodl comenta en su juicio que Hitler «se presentó en mi sala de mapas [en Prusia Oriental] en mitad de la noche para darnos la noticia al mariscal de campo Keitel y a mí. Estaba totalmente sorprendido». Sin embargo, durante la mañana del ocho de diciembre dio órdenes a la Marina alemana de atacar las naves estadounidenses donde las encontraran. Esto ocurrió tres días antes de que Alemania le declarara oficialmente la guerra a Estados Unidos.

Convoqué a una reunión, sobre todo del Almirantazgo, en la sala del gabinete de Guerra a las diez de la noche del día nueve para analizar la posición naval. Éramos alrededor de una docena. Tratamos de medir las consecuencias de este cambio fundamental en nuestra posición bélica con respecto a Japón. Habíamos perdido el dominio de todos los océanos, salvo el Atlántico. Australia y Nueva Zelanda y todas las islas vitales de su entorno podían ser atacadas. Sólo teníamos un arma clave en nuestro poder. El *Punce of Wales* y el *Repulse* habían llegado a Singapur. Los habían enviado a esas aguas para ejercer ese tipo de vaga amenaza que imponen los grandes barcos de la máxima calidad cuando se desconoce su paradero, sobre todo a las

fuerzas navales enemigas. ¿Cómo nos convenía usarlos en ese momento? Era obvio que tenían que zarpar y perderse entre las innumerables islas. Todos estuvieron de acuerdo en ello.

Yo pensaba que tenían que atravesar el Pacífico para unirse a lo que quedaba de la Flota estadounidense. Sería un gesto altivo en ese momento que uniría al mundo de habla inglesa. Ya habíamos acordado cordialmente que el Departamento de Marina de Estados Unidos retirara del Atlántico sus barcos principales. De este modo, en unos cuantos meses, podría haber una flota en la costa oeste de Estados Unidos capaz de librar una batalla marítima decisiva si era necesario. La existencia de esta flota y de este hecho sería el mejor escudo posible para nuestros hermanos de Australasia. A todos nos parecía muy interesante esta línea de pensamiento pero, como era tarde, decidimos consultarlo con la almohada y resolver a la mañana siguiente lo que haríamos con el *Prince of Wales* y el *Repulse*.

Al cabo de un par de horas estaban en el fondo del mar.

Estaba abriendo las cajas del correo, el día diez, cuando sonó el teléfono que tengo junto a la cama. Era el Primer Lord del Mar. Tenía la voz rara. Carraspeó y tragó saliva y al principio no pude oírle bien. «Primer ministro, tengo que informarle de que tanto el *Prince of Wales* como el *Repulse* han sido hundidos por los japoneses; creemos que por un ataque aéreo. Tom Phillips ha muerto». «¿Está seguro?». «No cabe la menor duda». Colgué el teléfono y me alegré de estar solo. Fue el impacto más terrible que recibí en toda la guerra. Quien lea estas páginas se dará cuenta de los esfuerzos, las esperanzas y los planes que se fueron a pique con estos dos barcos. Mientras me volvía y me revolvía en la cama se me presentó todo el horror de la noticia. Ya no quedaban grandes embarcaciones, ni británicas ni estadounidenses en el océano índico ni en el Pacífico, salvo las estadounidenses que habían sobrevivido a Pearl Harbour y que regresaban a toda prisa a California. En toda esa inmensa extensión de agua Japón tenía el control supremo, y en todo el resto quedábamos debilitados y desprotegidos.

Fui a la cámara de los Comunes en cuanto se reunieron, a las once de la mañana, para contarles yo mismo lo ocurrido, y al día siguiente les hice una exposición completa sobre la nueva situación. Había mucha preocupación y no poco descontento por la interminable batalla de Libia, que evidentemente no estaba resuelta. No oculté en lo más mínimo la posibilidad de que nos esperaba un terrible castigo por parte de Japón. Por otra parte, las victorias de los rusos habían revelado el error fatal que fue la campaña de Hitler en el este, y eso que el invierno todavía no había hecho sentir todo su poder. La guerra de los submarinos estaba bajo control, por el momento, y nuestras pérdidas se habían reducido considerablemente. Por último, cuatro quintas partes del mundo combatían ahora de nuestro lado. La victoria definitiva estaba asegurada. Hablé en estos términos.

Utilicé la forma más fría de narración objetiva, evitando cualquier promesa de éxito inmediato. La Cámara permaneció en silencio y pareció mantener su opinión en suspenso. Yo no pretendía ni esperaba nada más.

Capítulo V

UN VIAJE EN PLENA GUERRA MUNDIAL

Había muchos motivos serios que requerían mi presencia en Londres en ese momento, cuando tantas cosas estaban en ebullición. Nunca tuve la menor duda de que lo más importante era lograr un pleno entendimiento entre Gran Bretaña y Estados Unidos, y que debía ir a Washington de inmediato con el mejor equipo de asesores expertos de los que pudiéramos prescindir. Parecía demasiado arriesgado viajar en avión a esa altura del año, en una dirección desfavorable. Por consiguiente, el día doce nos dirigimos al Clyde. Ya no existía el *Prince of Wales*. El *King George V* estaba vigilando al *Tirpitz*. Podía llevarnos el recién nacido *Duke of York*, al mismo tiempo que se preparaba para alcanzar su máxima eficacia. Integraban mi comitiva lord Beaverbrook, como miembro del gabinete de Guerra; el almirante Pound, Primer Lord del Mar; el capitán general Portal, jefe del Estado Mayor de la Aviación, y el mariscal de campo Dill, que había sido reemplazado por el general Brooke como jefe del Estado Mayor del Imperio. Me interesaba que Brooke se quedara en Londres para ocuparse de los enormes problemas que lo aguardaban. En su lugar invité a Dill, que seguía estando en el centro de lo que ocurría y gozaba de la confianza y el respeto de todos, a acompañarme a Washington, donde se abriría para él una nueva esfera.

Vino también lord Moran que durante 1941 se había convertido en mi asesor médico permanente. Fue el primer viaje que realizó conmigo, pero después me acompañó en todos. A sus cuidados constantes es probable que les deba la vida. Aunque no pude convencerlo de que siguiera mis consejos cuando estuvo enfermo, ni él podía contar siempre con mi obediencia implícita a todas sus instrucciones, nos hicimos muy amigos. Además, sobrevivimos los dos.

Esperábamos completar el trayecto a una media de veinte nudos en siete días, teniendo en cuenta los zigzag y los desvíos para evitar los submarinos que encontráramos. El Almirantazgo nos hizo bajar por el canal de Irlanda hasta el golfo de Vizcaya. El tiempo era desagradable. Había mucho viento y el mar estaba agitado. El cielo estaba cubierto, con nubes desparejas. Tuvimos que atravesar el camino de entrada y salida de los submarinos alemanes desde los puertos del oeste de Francia hasta sus cazaderos en el Atlántico. Había tantos submarinos que nuestro capitán recibió órdenes del Almirantazgo de no dejar atrás a nuestra flotilla; pero la flotilla no podía avanzar a más de seis nudos en esta mala mar, de modo que tuvimos que chapotear a su ritmo alrededor del sur de Irlanda durante cuarenta y ocho horas. Pasamos a unos seiscientos kilómetros de Brest, y no pude evitar recordar que el *prince of Wales* y el *Repulse* habían sido destruidos la semana anterior por un ataque de aviones con torpedos que tenían su base en la costa. Las nubes habían impedido

que nos acompañara nada más que un avión ocasional de nuestra escolta aérea, pero cuando subí al puente vi que aparecía gran cantidad de un inoportuno cielo azul. Sin embargo no ocurrió nada, afortunadamente, de modo que todo salió bien. El gran barco con los destructores que lo acompañaban fueron avanzando pesadamente. Pero nos impacientaba su lentitud. La segunda noche nos acercamos a la zona de paso de los submarinos alemanes. El almirante Pound, que fue el que tomó la decisión, dijo que era más probable que embistiéramos a un submarino que uno de ellos nos torpedeara. La noche era oscura como boca de lobo de modo que abandonamos a nuestros destructores y atravesamos la zona solos, lo más rápido posible, mientras seguía el mal tiempo. Tuvimos que cerrar las escotillas y grandes olas rompieron sobre las cubiertas. Lord Beaverbrook se quejaba de que podría haber viajado en submarino.

Nuestro numeroso personal de descodificación recibía por radio mucha información. Podíamos responder hasta cierto punto. Cuando se unió a nosotros una nueva escolta en las Azores pudieron recibir señales en código morse durante el día y después, rezagándose unos ciento cincuenta kilómetros, las transmitían sin revelar nuestra posición. De todos modos, había una sensación de claustrofobia radiofónica, aparte de que estábamos en plena guerra mundial.

Continuaron los combates en todos los frentes. Japón había atacado Hong Kong casi al mismo tiempo que Pearl Harbour. No me hacía ilusiones sobre su futuro bajo el impacto abrumador del poderío nipón. Doce meses antes me había opuesto a que se fortaleciera nuestra guarnición. Su pérdida era segura y habría que haberla reducido a una presencia simbólica, pero me dejé convencer y se enviaron refuerzos. Desde el principio tuvieron que enfrentarse a una tarea que superaba su capacidad. Resistieron durante una semana. Todos los hombres capaces de portar un arma participaron en una resistencia desesperada. Su tenacidad estuvo a la altura de la fortaleza de la población civil británica. Pero el día de Navidad llegaron al límite de su resistencia y la capitulación fue inevitable. Se nos avecinaban más desastres en Malasia. Los desembarcos japoneses en la península estuvieron acompañados por graves incursiones en nuestros aeródromos que mutilaron considerablemente nuestras fuerzas aéreas, bastante débiles ya, y en poco tiempo inutilizaron los aeródromos del norte. A finales de mes nuestras tropas, que habían entablado intensos combates varias veces, luchaban a más de doscientos cincuenta kilómetros de su primera posición y los japoneses habían desembarcado por lo menos tres divisiones completas, incluida la Guardia imperial. La calidad de los aviones enemigos, desplegados rápidamente sobre los aeródromos capturados, superó todas las expectativas. Nos habíamos visto obligados a colocarnos a la defensiva y sufrimos muchas bajas.

Todos los integrantes de la comitiva trabajaron sin parar mientras el *Duke of York* avanzaba lentamente hacia el oeste, y todos nuestros pensamientos se concentraban en los nuevos y numerosos problemas que teníamos que resolver. Esperábamos con entusiasmo, pero también con cierta preocupación, nuestro primer contacto directo como aliados con el presidente y con sus asesores políticos y militares. Sabíamos antes de partir que el escándalo de Pearl Harbour había producido una profunda conmoción en el pueblo estadounidense. Los informes oficiales y los resúmenes de prensa que habíamos recibido daban la impresión de que toda la rabia de la nación se volvería contra Japón. Nos preocupaba que no se comprendiera la verdadera proporción de la guerra en su totalidad. Éramos conscientes de que existía el grave peligro de que Estados Unidos librara una guerra contra Japón en el Pacífico y nos dejara a nosotros la lucha contra Alemania e Italia en Europa, África y Oriente Próximo.

La primera batalla del Atlántico contra los submarinos alemanes se había volcado decididamente a nuestro favor. No dudábamos de nuestra capacidad para mantener despejadas nuestras rutas oceánicas. Estábamos seguros de que podríamos derrotar a Hitler si trataba de invadirnos la isla. Nos servía de estímulo la fuerza de la resistencia rusa. Teníamos demasiadas esperanzas puestas en nuestra campaña en Libia. Pero todos nuestros planes futuros dependían de la vasta afluencia de suministros estadounidenses de todo tipo como los que atravesaban el Atlántico en ese momento. Sobre todo contábamos con aviones y carros de combate, así como también con los estupendos buques mercantes de construcción estadounidense. Hasta ese momento, como parte no beligerante, el presidente había podido y había estado dispuesto a desviar grandes cantidades de equipo de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos porque éstas no participaban en los combates. Pero seguro que este proceso quedaba restringido ahora que Estados Unidos estaba en guerra con Alemania, Italia y, sobre todo, con Japón. ¿Acaso no iban a anteponer sus necesidades internas? Después de los ataques a Rusia ya habíamos sacrificado, con toda la razón, buena parte de los equipos y los suministros que finalmente llegaban de nuestras fábricas. Estados Unidos había desviado a Rusia cantidades todavía mayores de suministros que, de lo contrario, nos habrían llegado a nosotros. Habíamos estado totalmente de acuerdo, a causa de la espléndida resistencia que Rusia le estaba presentando al invasor nazi.

De todos modos había sido duro retrasar el equipamiento de nuestras propias fuerzas y, sobre todo, negar las armas tan necesarias a nuestros ejércitos que luchaban en Libia con fiereza. Debíamos suponer que «primero Estados Unidos» se convertiría en el principio fundamental de nuestro aliado. Temíamos que pasara bastante tiempo antes de que las fuerzas estadounidenses entraran en acción a gran escala y que, durante este período de preparación, pasaríamos necesariamente graves apuros

económicos. Esto ocurriría en un momento en el que nosotros mismos teníamos que hacer frente a un antagonista nuevo y terrible en Malasia, el océano índico, Birmania y la India. Evidentemente, repartirnos los recursos requeriría una atención profunda y estaría lleno de numerosas dificultades y aspectos delicados. Ya nos habían comunicado que todos los programas de entregas en virtud del préstamo y arriendo se habían interrumpido y estaban pendientes de ajustes. Afortunadamente, la producción de las fábricas británicas de municiones y aviones estaba adquiriendo mayores posibilidades e ímpetu y muy pronto serían muy importantes. Pero una larga serie de «cuellos de botella» y posibles negativas de elementos clave, que afectarían a toda nuestra producción, se alzaban imponentes ante nuestros ojos mientras nuestro acorazado avanzaba entre incesantes vendavales. Como era habitual en los momentos difíciles, Beaverbrook era optimista. Declaró que hasta ese momento ni siquiera se habían tocado los recursos de Estados Unidos, que eran inconmensurables, y que cuando se desviara hacia la lucha toda la fuerza del pueblo estadounidense se obtendrían unos resultados que superarían con mucho todo lo previsto o imaginado. Además, pensaba que los estadounidenses todavía no se daban cuenta de la fuerza que tenían en el campo de la producción. Todas las estadísticas quedarían superadas y arrasadas por el esfuerzo estadounidense. Habría suficiente para todos. En esto tenía razón.

Todas estas consideraciones palidecían frente a la principal cuestión estratégica: ¿seríamos capaces de convencer al presidente y a los jefes de las Fuerzas Armadas estadounidenses de que la derrota de Japón no supondría la derrota de Hitler, mientras que derrotar a Hitler convertía la liquidación de Japón en una cuestión de tiempo y esfuerzo? Dedicamos muchas horas a analizar esta grave cuestión. Los dos jefes del Estado Mayor y Dill, con Hollis y sus oficiales, prepararon varios informes sobre toda la cuestión, destacando la visión de que la guerra era una sola. Como veremos, estos esfuerzos y temores resultaron innecesarios.

La travesía de ocho días, con su obligada reducción de los asuntos cotidianos, sin reuniones de gabinete a las que asistir, ni gente que recibir, me permitió revisar toda la guerra tal como la veía y la sentía desde la perspectiva de su amplia expansión repentina. Recordé lo que decía Napoleón sobre la importancia de ser capaces de concentrar los objetos en la mente durante bastante tiempo sin cansarnos («*fixer les objets longtemps sans étre fatigué*»). Como siempre, traté de hacerlo exponiendo mis ideas por escrito, a través del dictado. A fin de prepararme para la reunión con el presidente y para los debates con los estadounidenses, para asegurarme de que compartían mis puntos de vista los dos jefes del Estado Mayor, Pound y Portal, y el mariscal de campo Dill, y para que el general Hollis y la secretaría pudieran comprobar a tiempo los hechos, elaboré tres informes sobre el futuro curso de la

guerra, como a mí me parecía que había que conducirla. Cada informe me llevó cuatro o cinco horas, distribuidas a lo largo de dos o tres días. Como tenía en la cabeza la imagen completa todo salió fácilmente, aunque poco a poco. De hecho, se podría haber escrito a mano dos o tres veces durante el mismo período. A medida que acababa cada documento, después de comprobarlo, se lo enviaba a mis colegas profesionales como una manifestación de mis convicciones personales. Al mismo tiempo, ellos preparaban sus propios informes para las conferencias de los estados mayores conjuntos. Me alegré de ver que, aunque mi asunto era más general y los suyos más técnicos, seguía existiendo nuestra habitual armonía de principios y valores. No se expresaron diferencias que provocaran discusiones y hubo que corregir muy pocos datos. De este modo, aunque nadie estaba comprometido de forma rígida o precisa, todos llegamos con una doctrina de carácter constructivo en la que estábamos bastante de acuerdo.

El primer informe reunía los motivos por los cuales nuestro objetivo principal para la campaña de 1942 en el frente europeo debía ser la ocupación, por parte de las fuerzas británicas y estadounidenses, de toda la costa de África y el Levante, desde Dakar hasta la frontera turca. El segundo se refería a las medidas que había que tomar para recuperar el dominio del Pacífico y especificaba mayo de 1942 como el mes en el que se podía conseguir. Hacía hincapié en particular sobre la necesidad de multiplicar los portaaviones, improvisando gran cantidad de ellos. El tercero declaraba como objetivo primordial la liberación de Europa mediante el desembarco de grandes ejércitos angloamericanos en el punto del territorio conquistado por Alemania que pareciera más conveniente, y fijaba el año 1943 como fecha para este golpe supremo.

Se han publicado tantas mentiras sobre mi profunda aversión a las operaciones a gran escala en el continente europeo que es importante destacar la verdad. Siempre me pareció que un ataque decisivo a los países ocupados por Alemania, a la mayor escala posible, era la única manera en que se podía ganar la guerra, y que la fecha que había que establecer como objetivo era el verano de 1943. Antes de finales de 1941 ya había establecido la envergadura de la operación que calculaba en cuarenta divisiones blindadas y un millón de soldados más como fundamentales para la fase inicial. Cuando caigo en la cuenta de la cantidad de libros que se han escrito partiendo de la falsa hipótesis de mi actitud sobre esta cuestión me siento obligado a pedirle al lector que consulte los documentos auténticos y responsables que se escribieron en esa época, de los que daremos más ejemplos a medida que prosiga la narración[3].

Le entregué los tres informes al presidente antes de Navidad. Le expliqué que, si bien eran mis propias opiniones personales, no estaban por encima de ninguna comunicación formal entre los estados mayores. Los presenté en forma de

memorándum para el comité de jefes del Estado Mayor. Asimismo, le dije que no habían sido escritos expresamente para él, pero que me parecía importante que él supiera lo que pensaba y lo que quería que se hiciese y, por lo que respecta a Gran Bretaña, lo que intentaría poner en práctica. Los leyó en cuanto se los di y al día siguiente me preguntó si podía conservar un ejemplar de ellos, a lo que accedí con mucho gusto.

De hecho, me daba la impresión de que el presidente pensaba más o menos lo mismo que yo con respecto a una acción en la zona francesa del norte de África. En ese momento éramos aliados y teníamos que actuar de forma conjunta y a mayor escala. Confiaba en que él y yo estaríamos de acuerdo en gran medida y que el terreno estaba bien preparado. Por consiguiente, estaba muy esperanzado y, como ahora veremos, al final logré el acuerdo del presidente para enviar una expedición al norte de África (la operación «Antorcha»), que constituyó nuestra gran ofensiva anfibia conjunta.

Sin embargo, aunque es fundamental hacer planes para el futuro y a veces es posible preverlo hasta cierto punto, es imposible evitar que el calendario de estos acontecimientos importantes se desbarate por las acciones y los contragolpes del enemigo. Las fuerzas británicas y estadounidenses cumplieron todos los objetivos establecidos en estos memorandos en ese orden. Pero mi esperanza de que el general Auchinleck saliera de Libia en febrero de 1942 no se cumplió porque experimentó una serie de graves reveses que voy a exponer a continuación. Tal vez estimulado por este éxito Hitler decidió intentar una ofensiva a gran escala para luchar por Túnez y entonces envió allí a alrededor de cien mil hombres que llegaron desde Italia y a través del Mediterráneo, con lo que los ejércitos británicos y estadounidenses se vieron envueltos en una campaña mayor y más larga en el norte de África de lo que yo había previsto. De modo que se produjo un retraso de cuatro meses en este calendario. Los aliados angloamericanos no consiguieron el control de toda la costa norteafricana, de Túnez a Egipto, hasta mayo de 1943. Por consiguiente, el plan supremo de atravesar el canal de la Mancha para liberar Francia, por el que tanto había esperado y trabajado, no se pudo llevar a cabo ese verano y tuvo que ser postergado forzosamente todo un año, hasta el verano de 1944.

La reflexión posterior y el pleno conocimiento que poseemos ahora me convencieron de que, a pesar de nuestra desilusión, tuvimos suerte. Ese año de retraso en la expedición nos salvó de lo que en esas fechas habría sido, en el mejor de los casos, una empresa de alto riesgo, con la probabilidad de convertirse en un desastre que sacudiera al mundo. Si Hitler hubiese sido prudente habría reducido sus pérdidas en el norte de África y nos habría enfrentado en Francia con el doble de fuerzas de las que tenía en 1944, antes de que los nuevos ejércitos y los mandos estadounidenses hubiesen alcanzado su plena madurez y excelencia profesional, y mucho antes de que

se construyeran especialmente las enormes flotillas de lanchas de desembarco y los puertos flotantes (Mulberries). Ahora estoy seguro de que incluso si la operación «Antorcha» hubiese acabado como yo me lo esperaba en 1942, o incluso si jamás se hubiese probado, el intento de atravesar el canal de la Mancha en 1943 habría producido una sangrienta derrota de primera magnitud, con reacciones inconmensurables sobre el resultado de la guerra. A lo largo de 1943, cada vez más me fui convenciendo de esto y, por consiguiente, acepté como inevitable la postergación de *Overlord*, mientras comprendía totalmente la irritación y la rabia de nuestro aliado soviético.

Estaba previsto que subiéramos por el Potomac y que llegáramos en automóvil a la Casa Blanca, pero después de casi diez días de viaje por mar estábamos impacientes por acabar el viaje. Por tanto, hicimos preparativos para despegar de Hampton Roads y aterrizamos la noche del veintidós de diciembre en el aeropuerto de Washington, donde me esperaba el presidente en su coche. Estreché su fuerte mano con confianza y satisfacción. Poco después llegamos a la Casa Blanca, que sería nuestro hogar en todos los sentidos durante las tres semanas siguientes. Allí nos dio la bienvenida la señora Roosevelt, que pensó en todo lo que pudiera hacer agradable nuestra estancia.

Debo confesar que tenía la mente tan ocupada con el giro de los acontecimientos y las misiones personales que tenía que cumplir que mi memoria, hasta que me la refrescaron, no conservaba más que un vago recuerdo de estos días. Lo más sobresaliente fueron, sin duda, mis contactos con el presidente. Nos veíamos todos los días varias horas y siempre comíamos juntos, con Harry Hopkins como tercer comensal. No hablábamos más que de trabajo, y alcanzamos un alto grado de entendimiento en muchos puntos, tanto fundamentales como insignificantes. La cena era un acontecimiento más social, pero íntimo y amistoso de todos modos. El presidente siempre preparaba él mismo los cócteles preliminares, y yo empujaba su silla de ruedas desde el salón hasta el ascensor en señal de respeto, pensando también en sir Walter Raleigh extendiendo su capa ante la reina Isabel. Llegué a sentir un afecto muy intenso, que aumentó con nuestros años de camaradería, por este político formidable que impuso su voluntad durante casi diez años en la política estadounidense y cuyo corazón parecía responder a muchos de los impulsos que agitaban el mío. Como ambos, por necesidad o por costumbre, nos veíamos obligados a hacer buena parte de nuestro trabajo en la cama venía a verme a mi habitación cuando le apetecía y me animaba a que yo hiciera lo mismo. Hopkins se encontraba en la habitación frente a la mía, al otro lado del corredor, y en la habitación contigua a la suya se instaló al poco tiempo mi sala de mapas de viaje. Esta institución, que el capitán Pim había perfeccionado, interesó mucho al presidente; le gustaba entrar y

estudiar con atención los grandes mapas de todos los frentes de la guerra que en seguida cubrieron las paredes y sobre los que se reflejaba con precisión y rapidez el movimiento de las flotas y los ejércitos. No tardó mucho en establecer una sala de mapas propia con la máxima eficacia.

Pasaban los días, contados en horas. En seguida me di cuenta de que justo después de Navidad tenía que dirigirme al Congreso de Estados Unidos y, pocos días después, al Parlamento de Canadá en Ottawa. Estas grandes ocasiones significaban enormes esfuerzos para mi vida y mis fuerzas y había que añadirlas a todas las consultas y la gran cantidad de acontecimientos cotidianos. De hecho, no sé cómo conseguí superar todo esto.

Celebramos la Navidad con sencillez. Se montó el tradicional árbol en el jardín de la Casa Blanca y el presidente y yo pronunciamos breves discursos desde el balcón para las grandes multitudes congregadas en la penumbra. Fuimos juntos a la iglesia el día de Navidad; el sencillo servicio me llenó de paz y disfruté cantando las canciones tradicionales y una, «Oh, pueblito de Belén», que no había oído nunca. Sin duda, muchas cosas fortalecen la fe de todos los que creen en el gobierno moral del universo.

Acepté conmovido la invitación a dirigirme al Congreso de Estados Unidos. La ocasión era importante para lo que estaba seguro que sería la poderosa alianza de los pueblos de habla inglesa. Era la primera vez que pronunciaba un discurso ante un parlamento extranjero, aunque yo, como descendiente masculino ininterrumpido, por parte materna, a lo largo de cinco generaciones, de un teniente que prestó servicio en el ejército de George Washington podía sentir un derecho de sangre a hablar a los representantes de la gran república en nuestra causa común. Sin duda era extraño que todo sucediera de esta manera, y una vez más me daba la sensación, y espero que me perdonen por mencionarlo, de ser utilizado en un plan preconcebido, a pesar de no ser digno de ello.

Pasé buena parte del día de Navidad preparando mi discurso. El presidente me deseó buena suerte cuando el veintiséis de diciembre partí acompañado por los líderes del Senado y de la cámara de Diputados desde la Casa Blanca al Congreso. Parecía haber grandes multitudes en los amplios accesos, pero las medidas de seguridad, que en Estados Unidos superan considerablemente las acostumbradas en Gran Bretaña, las mantenían muy alejadas y dos o tres coches llenos de policías armados, vestidos de paisano, se apiñaron a nuestro alrededor como escolta. Al descender, quise acercarme a las masas que daban vítores, con un intenso espíritu de hermandad, pero no me lo permitieron. En el interior el ambiente era impresionante y formidable, y la gran sala semicircular, que alcanzaba a ver a través de un enrejado de micrófonos, estaba abarrotada.

Debo confesar que me sentí bastante cómodo y más seguro de mí mismo de lo que me había sentido algunas veces en la cámara de los Comunes. Lo que dije fue recibido con la máxima amabilidad y atención. Obtuve risas y aplausos justo donde los esperaba. La respuesta más ruidosa tuvo lugar cuando, hablando de la atrocidad cometida por los japoneses, pregunté: «¿Qué tipo de personas creen que somos?». La sensación del poderío y la fuerza de voluntad de la nación estadounidense me llegaba a raudales de la augusta asamblea. ¿Quién podía dudar de que todo saldría bien? Después, los líderes salieron conmigo hasta donde estaban las muchedumbres para que pudiera darles un saludo más íntimo, y a continuación los hombres del servicio secreto y sus coches me rodearon y me llevaron otra vez a la Casa Blanca, donde el presidente, que me había escuchado, me dijo que había estado muy bien.

La noche del veintiocho al veintinueve de diciembre viajé en tren a Ottawa, donde me recibió lord Athlone, el gobernador general. El día veintinueve asistí a una reunión del gabinete de Guerra canadiense. A continuación, Mackenzie King, el primer ministro, me presentó a los dirigentes de la oposición conservadora y me dejó en su compañía. Nadie superaba a estos caballeros en fidelidad y determinación, pero al mismo tiempo lamentaban no tener el honor de librar la guerra ellos mismos y tener que escuchar a sus adversarios liberales expresando los mismos sentimientos que ellos habían defendido toda la vida.

El día treinta hablé ante el Parlamento de Canadá. La preparación de mis dos discursos transatlánticos, transmitidos a todo el mundo, en medio de la afluencia del incesante trabajo ejecutivo, fue un esfuerzo tremendo. Pronunciarlos no supone demasiado esfuerzo para un político experimentado, pero elegir lo que hay que decir y lo que no hay que decir en un ambiente tan cargado de electricidad es angustioso y desolador. Lo hice lo mejor que pude. El punto que tuvo más éxito en mi discurso en Canadá fue el relacionado con el gobierno de Vichy, con el que ellos seguían manteniendo relaciones.

> Era su obligación [en 1940] y además les convenía ir al norte de África, donde habrían estado al frente del imperio francés. En África, con nuestra colaboración, habrían tenido un poder marítimo absoluto; habrían tenido el reconocimiento de Estados Unidos y el uso de todo el oro que habían depositado allende los mares. De haberlo hecho así, Italia habría tenido que abandonar la guerra antes del final de 1940, y Francia habría defendido su puesto como nación en los consejos de los aliados y en la mesa de conferencias de los vencedores. Pero sus generales los engañaron. Cuando les advertí de que Gran Bretaña seguiría combatiendo sola, hicieran lo que hicieren, sus generales le dijeron al primer ministro y a su gabinete dividido que «en tres semanas, a Inglaterra le habrán retorcido el cuello como a un pollo». ¡Vaya pollo! ¡Vaya cuello!

Todo esto salió muy bien. Para introducir una retrospectiva cité la canción de sir Harry Lauder sobre la última guerra, que comenzaba:

Si todos miramos hacia atrás a la historia pasada
podemos saber dónde estamos.

En mis notas ponía «ese magnífico cómico». En el viaje se me ocurrió la palabra «juglar». ¡Mucho mejor! Me complace saber que estaba escuchándome y que le encantó la alusión. Me alegro de haber encontrado la palabra exacta para describir a alguien que, con sus canciones inspiradas y su vida valiente, prestó un servicio inconmensurable a la raza escocesa y al imperio británico.

Tuve suerte en la fecha escogida para estos discursos en Washington y en Ottawa. Tuvieron lugar en un momento en el que todos podíamos regocijarnos de la creación de la gran alianza, con su abrumadora fuerza potencial, y antes de que cayera sobre nosotros la catarata de desastres que se desencadenó como consecuencia del prolongado y maravillosamente preparado ataque de Japón. Aunque hablé con un tono de confianza, podía sentir por anticipado los azotes que pronto caerían sobre nuestra desnuda piel. Un precio terrible tendrían que pagar no sólo Gran Bretaña y Holanda sino también Estados Unidos en el Pacífico y en el océano índico, y en todas las tierras e islas asiáticas que bañan sus aguas. Sin duda se alzaba frente a nosotros un período indefinido de desastres militares. Habría que soportar muchos meses oscuros y cansados de derrotas y pérdidas antes de volver a ver la luz. Cuando regresé en tren a Washington, la víspera de Año Nuevo, me pidieron que fuera a un vagón que estaba lleno de los principales periodistas de Estados Unidos. Sin ilusión, les deseé a todos un glorioso Año Nuevo. «Brindo por 1942. Brindo por un año de mucho trabajo, un año de luchas y peligros, y por un gran paso al frente hacia la victoria. ¡Que todos lo superemos sanos y salvos y con honor!».

Capítulo VI

LOS ACUERDOS ANGLOAMERICANOS

El primer plan importante que me presentó Roosevelt cuando llegué de Inglaterra fue la elaboración de una declaración solemne para que la firmaran todas las naciones que estaban en guerra con Alemania y con Italia, o con Japón. Repitiendo los métodos que utilizamos para redactar la carta del Atlántico, el presidente y yo preparamos borradores de la declaración y después los mezclamos. En los principios, los sentimientos y, evidentemente, en el idioma, estábamos totalmente de acuerdo. En Londres, el gabinete de Guerra se quedó al mismo tiempo sorprendido y encantado por la altura a la que se planteaba la gran alianza. Hubo mucha correspondencia rápida, y surgieron algunas dificultades sobre los gobiernos y las autoridades que firmarían la declaración y también sobre el orden de precedencia. Aceptamos con mucho gusto que Estados Unidos ocupara el primer lugar y, a mi regreso a la Casa Blanca, todo estaba a punto para la firma del pacto de las Naciones Unidas. Se habían cruzado numerosos telegramas entre Washington, Londres y Moscú, pero al final todo se resolvió. El presidente había hecho fervientes esfuerzos para convencer a Litvinov, el embajador soviético, recién restaurado a una posición de favor por un giro de los acontecimientos, de que aceptara la expresión «libertad religiosa». Lo invitó a propósito a comer con nosotros en sus habitaciones. Después de las duras experiencias que tuvo en su propio país Litvinov se mostraba cauteloso. Más tarde, el presidente mantuvo una larga conversación con él a solas sobre su alma y los peligros del fuego eterno. Las explicaciones que nos dio Roosevelt varias veces sobre lo que le dijo al ruso fueron impresionantes. Tanto es así que, en una ocasión, le prometí que lo recomendaría para el cargo de arzobispo de Canterbury en caso de que perdiera las siguientes elecciones presidenciales. No obstante, no hice ninguna recomendación oficial al respecto al gabinete ni a la corona ya que, como ganó las elecciones en 1944, no hizo falta. Litvinov le planteó a Stalin la cuestión de la «libertad religiosa» con evidente temor y temblando, pero éste la aceptó como algo natural. El gabinete de Guerra también introdujo el punto de la «seguridad social», con el que, como autor de la primera ley de Seguro de Desempleo, coincidí cordialmente. Después de que durante una semana circularan por el mundo un alud de telegramas se llegó a un acuerdo en toda la gran alianza.

El presidente propuso el nombre de «Naciones Unidas» en lugar de «Potencias Asociadas». Me pareció mucho mejor y le enseñé a mi amigo el poema *Childe Harold* de Byron:

> *Aquí, donde desenvainaron la espada las Naciones Unidas,*
> *nuestros compatriotas combatían ese día.*

Y mucho de esto, y todo, no desaparecerá.

Trajeron al presidente a mi habitación en su silla de ruedas la mañana del uno de enero. Yo salí del baño y aprobé el borrador. La declaración en sí misma no podía ganar batallas, pero establecía quiénes éramos y por qué luchábamos. Ese mismo día, un poco más tarde, Roosevelt, yo, Litvinov y Soong, el representante de China, firmamos este majestuoso documento en el estudio del presidente. Se encomendó al Ministerio de Asuntos Exteriores que recogiera la firma de las veintidós naciones restantes. Debo hacer constar aquí el texto definitivo.

Declaración conjunta realizada por los Estados Unidos de América, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, China, Australia, Bélgica, Canadá, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, República Dominicana, El Salvador, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, India, Luxemburgo, Países Bajos, Nueva Zelanda, Nicaragua, Noruega, Panamá, Polonia, Sudáfrica y Yugoslavia.

Los gobiernos firmantes de la presente,

Después de suscribir un programa común de intenciones y principios que se manifiesta en la declaración conjunta del presidente de los Estados Unidos de América y del primer ministro del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, fechada el catorce de agosto de 1941 y conocida como la Carta del Atlántico,

Convencidos de que la victoria absoluta sobre sus enemigos es fundamental para defender la vida, la libertad, la independencia y la libertad religiosa y para conservar los derechos humanos y la justicia en sus propios territorios así como también en otros, y de que están involucrados en una lucha común contra unas fuerzas salvajes y brutales que pretenden subyugar al mundo, DECLARAN:

(1) Que cada uno de los gobiernos se compromete a utilizar todos sus recursos, militares o económicos, contra los miembros del Pacto Tripartito y sus partidarios con los que dicho gobierno esté en guerra.

(2) Que cada uno de los gobiernos se compromete a colaborar con los demás gobiernos signatarios de la presente y a no firmar un armisticio o una paz por separado con sus enemigos.

Se pueden incorporar a la declaración anterior otras naciones que estén o que puedan estar prestando asistencia material y aportaciones en la lucha por la victoria sobre el hitlerismo.

Es posible que en el futuro los historiadores piensen que el resultado más valioso y duradero de nuestra primera conferencia en Washington (cuyo nombre en clave fue «Arcadia») fuese la creación del ya famoso «comité de jefes del Estado Mayor Conjunto». Tenía la sede central en Washington pero como los jefes del Estado Mayor británico tenían que vivir cerca de su propio gobierno estaban representados por altos oficiales destinados allí de forma permanente. Estos representantes estaban en contacto permanente, día a día, incluso de hora en hora, con Londres, de modo que podían manifestar y explicar la opinión de los jefes del Estado Mayor británico a sus colegas estadounidenses sobre cualquier problema bélico a cualquier hora del día o de la noche. Las conferencias que se celebraban con frecuencia en distintas partes del mundo (Casablanca, Washington, Quebec, Teherán, El Cairo, Malta y Crimea) reunían a los propios jefes a veces durante quince días. De las doscientas reuniones formales que celebró durante la guerra el comité de jefes del Estado Mayor conjunto

por lo menos ochenta y nueve tuvieron lugar en estas conferencias, y en estas reuniones de gala se tomaron la mayoría de las decisiones más importantes.

El procedimiento habitual era que por la mañana temprano se reunía cada comité de jefes del Estado Mayor por su cuenta y más tarde, ese mismo día, se reunían los dos grupos en uno; y a menudo celebraban otra reunión conjunta al final del día. Analizaban toda la conducción de la guerra y nos presentaban, al presidente y a mí, recomendaciones consensuadas. Evidentemente, nosotros manteníamos nuestras propias conversaciones telefónicas o por telegrama y estábamos en estrecho contacto con nuestro propio estado mayor. Las propuestas de los asesores profesionales se analizaban entonces en reuniones plenarias, y se emitían las órdenes correspondientes a todos los comandantes que estaban en el campo de batalla. Por diferentes que fueran los puntos de vista en la reunión de los jefes del Estado Mayor conjunto, por francas e incluso acaloradas que fueran las discusiones, prevalecía la lealtad sincera a la causa común por encima de los intereses nacionales o personales. Las decisiones que tomaban los jefes de Gobierno las cumplían todos con gran fidelidad, sobre todo aquellos cuya opinión original había sido descartada. Nunca dejamos de alcanzar un acuerdo efectivo para la acción ni de enviar instrucciones claras a los comandantes de todos los frentes. Cada oficial ejecutivo sabía que las órdenes que recibía llevaban consigo la concepción conjunta y la autoridad experta de ambos gobiernos. No se había establecido jamás una maquinaria bélica más práctica entre aliados y me alegro de que se mantenga hasta hoy, aunque sólo sea de hecho y no en la forma.

Los rusos no estaban representados en el comité de jefes del Estado Mayor Conjunto. Tenían un frente único, independiente y muy lejano, de modo que no existían ni la necesidad ni los medios para integrar los estados mayores. Bastaba con que tuviéramos una idea general del lugar y el momento en que se producían sus movimientos y que ellos tuvieran una idea de los nuestros. En estas cuestiones mantuvimos con ellos un contacto tan estrecho como nos permitieron. En su momento, describiré las visitas personales que hice a Moscú. Y en Teherán, Yalta y Potsdam los jefes del Estado Mayor de los tres países se reunieron en torno a una mesa.

Ya he contado que el mariscal de campo Dill, aunque ya no era el jefe del Estado Mayor del Imperio, vino con nosotros a bordo del *Duke of York*. Había intervenido en todas las conversaciones, no sólo a bordo, sino sobre todo cuando nos reunimos con los líderes estadounidenses. En seguida me di cuenta de que tenía para ellos un prestigio y una influencia grandísimos. Ningún oficial británico enviado al otro lado del Atlántico durante la guerra gozó jamás de tanta estima ni tanta confianza como él. Su personalidad, su discreción y su tacto le granjearon casi de inmediato la confianza del presidente. Al mismo tiempo, estableció una auténtica camaradería y amistad con

el general Marshall.

Se ordenaron inmensas ampliaciones en la esfera de la producción, en todas las cuales Beaverbrook fue un poderoso impulsor. La historia oficial estadounidense de su movilización industrial para la guerra[4] da generosa cuenta de este hecho. Donald Nelson, director ejecutivo de la producción bélica estadounidense, ya había hecho gigantescos planes. Pero, según la versión estadounidense, «lord Beaverbrook ya ha convencido a Nelson de la necesidad de la audacia […]». Lo ocurrido se ilustra mejor con las palabras del propio Nelson:

> «Lord Beaverbrook destacó el hecho de que debemos poner nuestras miras de producción muy por encima de las del año 1942 para poder hacer frente a un enemigo decidido y lleno de recursos. Destacó que todavía no tenemos experiencia en la pérdida de material que conlleva una guerra como la que estamos librando. […] La agitación que lord Beaverbrook le inculcaba a Nelson se la impartía también al presidente. En una nota dirigida al presidente, lord Beaverbrook fijó la producción prevista para 1942 de Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá según los requisitos británicos, rusos y estadounidenses. La comparación puso de manifiesto enormes déficit en la producción prevista para 1942. Para carros de combate, el déficit era de 10.500; para aviones, de 26.730; para la artillería, de 22.600 y para fusiles, de 1.600.000. Había que aumentar los objetivos de producción, escribió lord Beaverbrook, y depositó su fe en el hecho de que se dieran cuenta de “las inmensas posibilidades de la industria estadounidense”. […] En consecuencia se elaboraron una serie de objetivos de producción cuya magnitud superó incluso lo que había propuesto Nelson. El presidente estaba convencido de que había que revisar totalmente el concepto de nuestra capacidad industrial. […] Ordenó que se cumpliera un plan de municiones que requería 45.000 aviones de combate, 45.000 carros de combate, 20.000 cañones antiaéreos, 14.900 cañones anticarro y 500.000 ametralladoras en 1942».

Estas cifras sorprendentes se alcanzaron o se superaron a finales de 1943. En cuanto a barcos, por ejemplo, el nuevo tonelaje construido en Estados Unidos fue el siguiente:

> 1942 ………… 5.339.000 toneladas
> 1943 ………. 12.384.000 toneladas

La permanente preocupación por la guerra en su totalidad, mis conversaciones constantes con el presidente y sus principales asesores y los míos, los dos discursos que pronuncié y mi viaje a Canadá, además de la intensa afluencia de asuntos urgentes que había que resolver y todos los telegramas que intercambié con mis colegas en Londres, hicieron que este período en Washington no sólo fuera intenso sino incluso agotador. Mis amigos en Estados Unidos opinaban que parecía cansado y que necesitaba un descanso. Por consiguiente, Stettinius tuvo la amabilidad de poner a mi disposición una pequeña casa de campo que tenía en una playa solitaria cerca de Palm Beach; el cuatro de enero me dirigí allí en avión y encontré tiempo para resolver varias cuestiones difíciles que me rondaban. Ya he hablado del ataque italiano con «torpedos humanos» en el puerto de Alejandría, que inutilizó al *Queen Elizabeth* y al *Valiant*. Esta desgracia, seguida de todas las demás pérdidas navales

que sufrimos entonces, fue sumamente inoportuna e inquietante. De inmediato me di cuenta de su gravedad. De momento, la flota de guerra del Mediterráneo no existía y no teníamos ninguna capacidad naval para proteger a Egipto de una invasión marítima. En esta emergencia parecía necesario enviar los aviones lanzatorpedos que pudiéramos reunir desde la costa sur de Inglaterra, lo que tuvo, como veremos a continuación, una secuela desagradable.

También me produjeron una profunda inquietud los informes con los que regresó Eden de Moscú acerca de las ambiciones territoriales soviéticas, sobre todo en los estados bálticos, que fueron conquistados por Pedro el Grande y estuvieron doscientos años en poder de los zares. Desde la revolución rusa fueron la avanzadilla de Europa contra el bolchevismo. Entonces eran lo que ahora se llama «socialdemocracias», pero muy activas y agresivas. Hitler las había utilizado como prenda en su negociación con los soviéticos antes del estallido de la guerra en 1939. Habían sufrido una gran purga rusa y comunista. Todas las personalidades y los elementos destacados habían sido liquidados de una forma u otra. La vida de estos pueblos fuertes se desarrollaba, por consiguiente, de forma clandestina. Entonces, como veremos a continuación, regresó Hitler con una contrapurga nazi. Por último, con la victoria final, los soviéticos recuperaron el control. De modo que esta carda mortal iba de un lado a otro, y volvía al principio, en Estonia, Letonia y Lituania. No cabía duda de dónde estaba la razón: los estados bálticos tenían que ser pueblos soberanos independientes.

Emprendí el viaje de regreso en tren a Washington la noche del día nueve y el día once llegué a la Casa Blanca, donde comprobé los grandes progresos de los jefes del Estado Mayor conjunto, en su mayor parte acordes con mis puntos de vista. El presidente convocó una reunión el doce de enero, en la que hubo un acuerdo total sobre los grandes principios y los objetivos de la guerra. Las diferencias se limitaron a cuestiones de prioridad y énfasis, y todo quedó supeditado a ese factor duro y despótico: el transporte. «El presidente —según el documento británico— dio mucho valor a la organización […] de una expedición conjunta de Estados Unidos y Gran Bretaña al norte de África. Se calculó un calendario tentativo para depositar en el norte de África noventa mil soldados estadounidenses y otros noventa mil británicos, junto con una fuerza aérea considerable». Sobre la «gran estrategia», los estados mayores acordaron que «*sólo había que desviar, de las operaciones contra Alemania, el mínimo de fuerzas necesarias para salvaguardar los intereses vitales en otros frentes*». Nadie tuvo más que ver en la obtención de esta decisión fundamental que el general Marshall.

El día catorce me despedí de Roosevelt, que parecía preocupado por los peligros del viaje. Hacía muchos días que se había dado a conocer al mundo nuestra presencia

en Washington, y según las cartas de navegación había más de veinte submarinos alemanes en la ruta por la que regresaríamos. Volamos con un tiempo magnífico desde Norfolk hasta las Bermudas, en cuyos arrecifes coralinos nos esperaba el *Duke of York* con los destructores que lo escoltarían. Viajé en un enorme hidroavión Boeing que me produjo una impresión muy favorable. Durante las tres horas de viaje entablé amistad con el piloto jefe, el capitán Kelly Rogers, que parecía un hombre de grandes cualidades y con mucha experiencia. Me hice cargo de los controles brevemente para sentir en el aire este aparato lento y pesado, de treinta toneladas o más. Me entusiasmé cada vez más con el hidroavión hasta que al final le pregunté al capitán: «¿Y si voláramos desde las Bermudas hasta Inglaterra? ¿Puede transportar suficiente combustible?». Bajo su apariencia imperturbable se notó su entusiasmo. «Claro que podemos. El pronóstico del tiempo nos asegura que tendremos detrás un viento de sesenta kilómetros por hora. Podríamos llegar en veinte horas». Le pregunté la distancia y me dijo que «alrededor de 5.600 kilómetros», lo que me dejó pensativo.

No obstante, al desembarcar les planteé la cuestión a Portal y a Pound. Estaban ocurriendo cosas tremendas en Malasia y convenía que estuviéramos de vuelta lo antes posible. El jefe del Estado Mayor de la Aviación dijo en seguida que el riesgo le parecía totalmente injustificado y que no podía asumir la responsabilidad. El Primer Lord del Mar estuvo de acuerdo con su colega. Teníamos al *Duke of York* a punto para nosotros, que nos brindaba comodidad y seguridad. Dije entonces: «¿Y los submarinos alemanes que me han señalado?». El almirante hizo un gesto de desdén, demostrando lo que opinaba en realidad con respecto a una amenaza así frente a un acorazado veloz acompañado por una buena escolta. Se me ocurrió que los dos militares pensaban que mi plan consistía en irme yo en el avión y dejarlos a ellos en el *Duke of York*, de modo que añadí: «Por supuesto que habría sitio para todos nosotros», lo que produjo un cambio perceptible en su semblante. Tras una pausa considerable, Portal dijo que se podía examinar la cuestión, que lo estudiaría con el capitán del hidroavión y que comentaría las perspectivas del tiempo con los meteorólogos. Así quedó la situación.

Al cabo de dos horas regresaron ambos y Portal dijo que era posible. Era cierto que el aparato podía llevar a cabo esta misión en condiciones razonables; el pronóstico del tiempo era excepcionalmente favorable con el fuerte viento de popa. Sin duda era importante regresar rápido. Pound dijo que se había formado muy buena opinión del capitán del avión, que sin duda tenía una experiencia incomparable. Por supuesto que era arriesgado pero, por otra parte, también había que tener en cuenta a los submarinos alemanes. De modo que resolvimos ir, a menos que el tiempo empeorara. La hora de la partida se fijó a las catorce horas del día siguiente. Se estimó necesario reducir nuestro equipaje a unas cuantas cajas de papeles fundamentales. Dill permanecería en Washington como mi representante militar

personal ante el presidente Roosevelt. Nuestro grupo sólo me incluiría a mí, los dos jefes del Estado Mayor, Max Beaverbrook, Charles Moran y Hollis. Los demás regresarían en el *Duke of York*.

A la mañana siguiente me desperté demasiado temprano, convencido de que no podría volver a dormir. Debo reconocer que estaba un poco asustado. Pensaba en las inmensidades oceánicas y en que no volveríamos a estar a menos de mil quinientos kilómetros de tierra firme hasta que nos acercáramos a las islas Británicas. Pensé que tal vez me había precipitado y que me lo estaba jugando todo a una carta. Siempre me habían intimidado los vuelos transatlánticos. Pero la suerte estaba echada. De todos modos debo admitir que si con el desayuno, o incluso antes de la comida, el boletín meteorológico hubiera dicho que el tiempo había cambiado y que teníamos que ir en barco no me habría importado viajar en la espléndida nave que había hecho todo este trayecto para venir a buscarnos.

Como ya había anunciado el capitán, costó bastante salir del agua. En realidad, pensé que pasaríamos rozando las montañas bajas que cerraban el puerto. Pero de hecho no había ningún peligro: estábamos en buenas manos. El hidroavión se elevó pesadamente a cuatrocientos metros del acantilado y todavía nos sobraban varios metros de altura. Sin duda, estos grandes hidroaviones son muy cómodos. El movimiento era suave y la vibración no era desagradable; pasamos una tarde agradable y la cena fue divertida. Estos aparatos tienen dos pisos y se sube por una escalera normal hasta la sala de mandos. Había oscurecido y todos los informes eran buenos. Volábamos a través de una espesa bruma, a unos dos mil metros. Se veía el borde anterior de las alas y los grandes escapes encendidos sobre su superficie. En esa época estos aparatos llevaban un tubo grande de goma que se expandía y se contraía a intervalos regulares para evitar la formación de hielo. El capitán me explicó cómo funcionaba y varias veces vimos cómo se rompía el hielo cuando se expandía. Me acosté y dormí profundamente varias horas.

Me desperté justo antes del amanecer y fui a la sala de mandos. La claridad aumentaba cada vez más. Debajo de nosotros había un suelo de nubes casi ininterrumpido.

Cuando llevaba una hora sentado en el asiento del copiloto percibí cierto nerviosismo a mi alrededor. Se suponía que nos acercábamos a Inglaterra desde el suroeste y ya tendríamos que haber pasado las islas Scilly; sin embargo, no las habían visto a través de ninguno de los huecos en el suelo de nubes. Como habíamos volado más de diez horas en medio de la bruma y sólo se había visto una estrella en todo ese tiempo era posible que nos hubiéramos desviado un poco de nuestro rumbo. Lógicamente, las comunicaciones por radio estaban limitadas por las normas habituales en tiempo de guerra. Era evidente por las conversaciones que no sabíamos

dónde estábamos. Al final, Portal, que había estado estudiando nuestra posición, habló con el capitán y después me dijo: «Vamos a girar hacia el norte en seguida». Así se hizo y después de media hora de entrar y salir de las nubes avistamos Inglaterra y poco después estuvimos sobre Plymouth donde, evitando los globos, todos resplandecientes, aterrizamos cómodamente.

Cuando bajé del avión me dijo el capitán: «Nunca sentí más alivio en mi vida que después de depositarlo sano y salvo en el puerto». No aprecié el significado de su comentario en ese momento. Más tarde supe que de haber mantenido nuestro rumbo cinco o seis minutos más, en lugar de virar hacia el norte, nos habríamos encontrado encima de las baterías alemanas de Brest. Durante la noche nos habíamos desviado demasiado hacia el sur. Asimismo, al corregir el rumbo no nos acercamos desde el suroeste, sino ligeramente desde el este del sur, es decir, desde la dirección del enemigo en lugar de aquella en la que nos esperaban. Varias semanas después me enteré de que, como consecuencia de esto, se informó de nuestra presencia como si fuéramos un avión enemigo procedente de Brest y se enviaron seis Hurricane del mando de cazas para derribarnos. No obstante, fallaron en su misión.

Al presidente Roosevelt le envié un cable: «Llegamos dando un buen salto desde las Bermudas y con un viento de casi cincuenta kilómetros».

Capítulo VII

LA CAÍDA DE SINGAPUR

Se suponía que tenía que presentar un informe completo al Parlamento sobre mi misión en Washington y sobre todo lo que había ocurrido en las cinco semanas que estuve fuera. En mi cabeza destacaban dos hechos: el primero era que seguro que la gran alianza acababa ganando la guerra y el segundo que con el ataque de Japón se nos venía encima una serie inconmensurable de desastres. Todo el mundo veía con gran alivio que ya no estaba en juego nuestra vida como nación y como imperio. Por otra parte, el hecho de que la sensación de peligro mortal hubiera desaparecido dio libertad a todos los críticos, bien o mal intencionados, para señalar los numerosos errores cometidos. Además, muchos sentían que tenían la obligación de mejorar nuestros métodos para conducir la guerra y acortar así esta terrible historia. Yo también estaba muy inquieto por las derrotas que ya habíamos sufrido y nadie sabía mejor que yo que esto no era más que el comienzo. El comportamiento del gobierno australiano, la crítica bien informada y ligeramente distante de los periódicos, la burla astuta y permanente de veinte o treinta parlamentarios hábiles, el ambiente de los grupos de presión, me daban la sensación de una opinión pública nerviosa, desdichada y perpleja, aunque superficial, que aumentaba y crecía a mi alrededor por todos lados.

Pero al mismo tiempo era totalmente consciente de la fuerza de mi posición. Podía contar con la buena voluntad del pueblo por la participación que tuve en su supervivencia en 1940. No subestimaba la profunda corriente de fidelidad nacional que me impulsaba hacia delante. El gabinete de Guerra y los jefes del Estado Mayor me demostraban la máxima lealtad. Me sentía seguro de mí mismo. Cuando tuve ocasión dejé bien claro a todos los que me rodeaban que no admitiría ninguna restricción de mi autoridad ni de mi responsabilidad personal. La prensa estaba llena de sugerencias de que yo debía de seguir siendo primer ministro y haciendo los discursos pero que tenía que ceder el control efectivo de la guerra a otra persona. Decidí no hacer la menor concesión en ningún terreno, asumir yo mismo la responsabilidad primordial y directa, y pedirle a la cámara de los Comunes un voto de confianza. Recordé también ese sabio dicho francés: «*On ne règne sur les âmes que par le calme*».

Era necesario, en primer lugar, advertir a la Cámara y a toda la nación de las desgracias que se cernían sobre nosotros. El peor error que puede cometer un dirigente público es alentar unas falsas esperanzas que van a desaparecer en seguida. El pueblo británico es capaz de enfrentar el peligro o la desgracia con fortaleza y optimismo pero le molesta mucho que lo engañen o descubrir que aquellos que son

responsables de sus asuntos viven engañándose a sí mismos. Me parecía fundamental, no sólo para mi propia posición sino para toda la marcha de la guerra, restar importancia a las calamidades futuras describiendo el panorama inmediato con el mayor pesimismo. También era posible hacerlo en esta coyuntura sin perjudicar la situación militar ni trastornar la confianza última en la victoria definitiva que todos teníamos derecho a sentir. A pesar de las sorpresas y las tensiones que nos deparaba cada día no me importaban las doce o catorce horas de concentración que exigía la composición de un texto original de diez mil palabras sobre un tema tan amplio y con tantos aspectos, y mientras me lamían los pies las llamas de la adversidad en la guerra del desierto conseguí preparar mi informe y mi valoración sobre la situación.

Ya antes de abandonar la Casa Blanca se habían desvanecido mis esperanzas de una victoria que destruiría a Rommel. Rommel había escapado. Los resultados de los éxitos de Auchinleck en Sidi Rezeg y en Gazala no habían sido decisivos. La renovación del potencial aéreo del enemigo en el Mediterráneo durante diciembre y enero y la práctica desaparición durante varios meses de nuestro dominio marítimo lo privarían de los frutos de la victoria por la que había luchado y esperado tanto. El prestigio que nos dio en la elaboración de todos nuestros planes para la incursión angloamericana en la zona francesa del norte de África quedó menoscabado definitivamente, y esta operación, obviamente, se atrasó durante meses.

Pero todavía faltaba lo peor. Por una cuestión de espacio no puedo ofrecer una versión detallada del desastre militar que un año después, por segunda vez y en el mismo punto fatal, estaba a punto de arruinar toda la campaña británica en el desierto para 1942. Baste decir que el veintiuno de enero, desde su puesto en Agheila, Rommel lanzó una fuerza de reconocimiento compuesta por tres columnas de alrededor de mil soldados de infantería motorizada cada una, con el apoyo de carros de combate, que rápidamente se abrieron paso a través de los huecos que quedaban entre nuestras tropas de contacto, que no disponían de unidades blindadas y recibieron órdenes de retirarse. Una vez más demostró ser un maestro en las tácticas del desierto y, burlando a nuestros comandantes, recuperó la mayor parte de Cirenaica. Una retirada de casi quinientos kilómetros echó por tierra nuestras esperanzas y nos hizo perder Bengasi y todas las reservas que el general Auchinleck había estado reuniendo para la ofensiva que pensaba lanzar a mediados de febrero. El general Ritchie reunió a sus mutiladas fuerzas en las proximidades de Gazala y Tobruk, donde perseguidores y perseguidos se fulminaron mutuamente con la mirada hasta finales de mayo, cuando Rommel estuvo en condiciones de volver a atacar.

El debate comenzó el veintisiete de enero y expuse nuestra postura ante la

Cámara. Me di cuenta de que el estado de ánimo era quejumbroso porque cuando pedí, en cuanto regresé al país, que mi discurso se grabara para poder difundirlo al imperio y a Estados Unidos se presentaron objeciones por motivos que nada tenían que ver con las necesidades horarias. Por consiguiente, retiré mi solicitud, aunque no la habrían rechazado en ningún otro parlamento del mundo. Éste era el ambiente que reinaba cuando me levanté para hablar.

Les hablé un poco de la batalla del desierto, aunque evidentemente la Cámara no apreció la importancia del eficaz contragolpe de Rommel porque no podíamos revelarles los planes más amplios que venían detrás de la rápida conquista británica de Tripolitania. La pérdida de Bengasi y de Agedabia, que ya se había hecho pública, parecía formar parte de los flujos y reflujos de la guerra en el desierto. Además, en ese momento no disponía de información exacta de lo que había ocurrido ni por qué.

Entonces llegué a la cuestión más amplia de nuestra indefensión en el Lejano Oriente:

> Nunca ha habido ocasión, nunca podría haber ocasión, de que Gran Bretaña o el imperio británico, sin ninguna ayuda, luchara contra Alemania e Italia, librara la batalla de Gran Bretaña, la batalla del Atlántico y la batalla de Oriente Próximo y, al mismo tiempo, estuviera totalmente preparada en Birmania, la península de Malaca y en general en todo el Lejano Oriente, contra el impacto de un extenso imperio militar como Japón, con más de setenta divisiones móviles, la tercera Marina de guerra del mundo, una Fuerza Aérea impresionante y el empuje de ochenta o noventa millones de asiáticos fuertes y belicosos. Si hubiéramos comenzado a desparramar nuestras fuerzas por estas zonas tan extensas del Lejano Oriente habría sido nuestra ruina. Si hubiéramos desplazado grandes ejércitos de tropas, que se necesitaban con urgencia en los frentes de guerra, hacia regiones que no estaban en guerra y que tal vez nunca lo estarían, habríamos cometido un grave error. Habríamos desperdiciado la posibilidad, que ya se había convertido en algo más que una posibilidad, de salir todos sanos y salvos de la difícil situación en la que habíamos caído. […]
>
> Se tomó la decisión de colaborar con Rusia, de tratar de derrotar a Rommel y de establecer un frente más fuerte desde el Levante hasta el Caspio. Se dedujo de esa decisión que sólo estábamos capacitados para ofrecer prestaciones moderadas o parciales en el Lejano Oriente contra el peligro hipotético de un ataque japonés. De hecho, había sesenta mil hombres concentrados en Singapur, aunque se dio prioridad al valle del Nilo en cuanto a aviones modernos, carros de combate y artillería antiaérea y anticarro.

Tuve que abrumar a la Cámara durante casi dos horas. Recibieron lo que les dije sin demasiado entusiasmo. Pero me dio la impresión de que el argumento no dejaba de convencerlos. Teniendo en cuenta lo que veía que se nos venía encima me pareció bien acabar presentando las cosas de la peor manera posible y sin hacer ninguna promesa, pero sin descartar la esperanza.

El debate prosiguió durante tres días. Pero el tono me resultó inesperadamente amistoso. No cabía duda de lo que haría la Cámara. Mis colegas del gabinete de Guerra, encabezados por Attlee, apoyaron la postura del gobierno con entusiasmo e incluso con vehemencia. Tuve que ir a ponerle fin el día veintinueve. En ese momento temí que no hubiera ninguna votación. Mediante provocaciones procuré hacer entrar a nuestros críticos en el grupo de presión contra nosotros sin ofender al

mismo tiempo a la asamblea, que coincidía plenamente. Pero nada de lo que me atreviera a decir impulsaría a votar a ninguna de las figuras opositoras del Partido Conservador, el Laborista ni el Liberal. Afortunadamente, cuando se pidió la votación, se opuso al voto de confianza el Partido Laborista Independiente, con un total de tres. Hacían falta dos para escrutar los votos, de modo que el resultado fue de cuatrocientos sesenta y cuatro a uno. Di las gracias a James Maxton, el líder de la minoría, por llevar la cuestión a un punto crítico. La prensa había hecho tanto escándalo que llegaron telegramas de alivio y felicitación de los aliados de todo el mundo. Los más cálidos fueron los de mis amigos estadounidenses de la Casa Blanca. Le había enviado un telegrama de felicitación al presidente cuando cumplió sesenta años. Me cablegrafió que «tenía gracia estar en la misma década que usted». Sin embargo, los rezongones de la prensa no se quedaron sin recursos sino que siguieron dándole vueltas a la cuestión con la presteza de las ardillas. ¡Había sido totalmente innecesario pedir un voto de confianza! ¿A quién se le ocurría poner en tela de juicio al gobierno nacional? Estas «voces estridentes», como las llamé, anunciaban sin saberlo la catástrofe que se avecinaba.

Me pareció imposible nombrar una comisión investigadora sobre las circunstancias de la caída de Singapur cuando estábamos en plena guerra. No teníamos ni hombres, ni tiempo, ni energía para dedicarle. El Parlamento aceptó este punto de vista; pero yo opinaba que, para hacerle justicia a los oficiales y los hombres que participaron en ella, habría que emprender una investigación en cuanto cesaran los combates. Sin embargo, esto no lo puso en práctica el gobierno que había en esa época[5]. Han pasado los años y muchos de los testigos han muerto. Es muy posible que no consigamos nunca un dictamen formal de un tribunal competente sobre el peor desastre y la mayor capitulación de la historia de Gran Bretaña. No pretendo, en estas páginas, ponerme a mí en el lugar de este tribunal ni emitir una opinión sobre la conducta de los individuos. Ya he hecho constar en otro sitio[6] lo que pienso sobre los hechos más destacados. A partir de éstos y de los documentos que se escribieron en esa época el lector debe formar su propia opinión.

Como mínimo es discutible si no habría sido mejor concentrar toda nuestra fuerza para defender la isla de Singapur limitándonos a contener el avance japonés por la península de Malaca con fuerzas móviles ligeras. La decisión de los comandantes que estaban allí, que contó con mi aprobación, consistió en librar la batalla por Singapur en Johor, pero retrasar todo lo posible la llegada del enemigo hasta allí. La defensa de la península consistió en una retirada constante, con intensas acciones de retaguardia y apoyos permanentes. Los combates dan mucho crédito a las tropas y los comandantes que participaron en ellos. Sin embargo, se involucraron en ellos casi

todos los refuerzos que fueron llegando poco a poco. El enemigo tenía todas las de ganar. Antes de la guerra se había llevado a cabo un estudio minucioso del terreno y de las condiciones. Se hicieron meticulosos planes a gran escala y se infiltraron agentes secretos, incluidas hasta las reservas secretas de bicicletas para los ciclistas japoneses. Se habían reunido una fuerza superior y grandes reservas, algunas de las cuales no hicieron falta. Todas las divisiones japonesas eran expertas en combatir en la selva.

El dominio japonés del aire debido, como ya hemos dicho, a nuestras imperiosas necesidades en otros sitios, y del que no eran responsables en modo alguno los comandantes locales, fue otro factor mortal. En consecuencia, la principal fuerza de combate del ejército que asignamos para la defensa de Singapur, y casi todos los refuerzos que se enviaron después de la declaración de guerra a Japón, se utilizaron para luchar valientemente en la península y, cuando tuvieron que atravesar el puente hasta lo que debería haber sido el supremo campo de batalla, perdieron el ímpetu. Allí se les sumaron la guarnición local y los grupos de destacamentos de base que incrementaron nuestros números pero no nuestra fuerza. El ejército capaz de librar la batalla decisiva por Singapur y que se había enviado a este frente para ese objetivo supremo se esfumó antes de que comenzara el ataque japonés. Puede que hubiera cien mil hombres pero ya no había un ejército.

En seguida fue evidente que el general Wavell, por entonces el comandante supremo de los aliados en estas regiones de Oriente, ya tenía dudas sobre nuestra capacidad para mantener una defensa prolongada de Singapur. Yo contaba con que la isla y fortaleza resistiera un sitio que requiriera el desembarco, el transporte y el montaje de artillería pesada por parte de los japoneses. Antes de irme de Washington todavía calculaba una resistencia de dos meses por lo menos. Observé con recelo, pero sin realizar ninguna intervención efectiva, cómo se consumían nuestras fuerzas en su retirada por la península de Malaca. Por otra parte, se ganó un tiempo precioso.

Pero el dieciséis de enero Wavell telegrafió: «Hasta hace muy poco todos los planes se basaban en repeler ataques por mar a la isla [de Singapur] y en impedir los ataques por tierra a Johor o más al norte, y se hizo poco o nada para construir defensas en la parte norte de la isla para evitar que se atravesara el estrecho de Johor, aunque se hicieron planes para volar el puente. Los cañones más pesados de la fortaleza cubren todo el trayecto pero, como su trayectoria es plana, no sirven para contraatacar a las baterías. Sin duda, no hay ninguna garantía de dominar con ellos el cerco de las baterías enemigas. […]».

Con una sensación de dolorosa sorpresa leí este mensaje la mañana del día diecinueve. ¡De modo que no había fortificaciones permanentes que cubrieran el lado de tierra de la base naval y la ciudad! Además, lo que me parecía más increíble era

que ninguno de los comandantes hubiera tomado ninguna medida digna de mención desde que comenzó la guerra, sobre todo desde que los japoneses se habían establecido en Indochina, para construir defensas de campo. Ni siquiera habían mencionado el hecho de que no las hubiera.

Todo lo que había visto o leído sobre la guerra me había convencido de que, contando con la potencia de fuego moderna, unas cuantas semanas bastaban para crear unas defensas de campo fuertes y también para limitar y canalizar el frente de ataque del enemigo mediante campos de minas y otros obstáculos. Asimismo, nunca se me había ocurrido pensar que no hubiera ningún círculo de fuertes destacados de tipo permanente que protegiera la retaguardia de la famosa fortaleza. No comprendo cómo es posible que yo no lo supiera. Pero ninguno de los oficiales que había allí ni ninguno de mis asesores profesionales en Londres pareció darse cuenta de lo necesario que era. En cualquier caso, nadie me lo señaló, ni siquiera los que vieron mis telegramas basados en la falsa hipótesis de que haría falta un cerco regular. Yo había leído lo que ocurrió en Plevna en el año 1877 donde, antes de que existieran las ametralladoras, los turcos improvisaron defensas a pesar del ataque de los rusos; y examiné lo ocurrido en Verdún en 1917, donde un año antes un ejército de campo situado entre fuertes distantes tuvo una actuación tan gloriosa. Yo confiaba en que el enemigo se vería obligado a utilizar artillería a gran escala para pulverizar nuestros puntos fuertes en Singapur, y en las dificultades casi prohibitivas y los largos retrasos que dificultarían semejante concentración de artillería y reunir municiones a lo largo de las rutas de comunicaciones malayas. Pero todo esto se desvaneció de pronto y se me presentó el espantoso espectáculo de una isla casi indefensa y de las tropas cansadas, incluso agotadas, que se retiraban de ella.

No escribo todo esto para justificarme. Debería de haberlo sabido. Mis asesores deberían de haberlo sabido y debieron de decírmelo y yo debí de preguntar. Y no pregunté por esta cuestión, entre las miles de preguntas que planteé, porque la posibilidad de que Singapur no tuviera defensas del lado de tierra no se me pasó por la cabeza, como jamás se me ocurriría que botaran un barco que no tuviera fondo. Soy consciente de los diversos motivos que se dieron para este error: la preocupación de las tropas por entrenarse y construir obras de defensa en el norte de Malasia; la falta de mano de obra civil; las limitaciones financieras antes de la guerra y el control centralizado de la Oficina de Guerra; el hecho de que la misión del Ejército fuera proteger la base naval, situada en la costa septentrional de la isla, y que por consiguiente su obligación fuera luchar delante de esa costa y no a lo largo de ella. Estos motivos no me parecen válidos. Se deberían de haber construido defensas.

Mi reacción inmediata fue tratar de reparar el descuido, mientras tuviéramos tiempo, pero cuando me desperté, el día veintiuno por la mañana, me encontré sobre la caja de correspondencia el siguiente telegrama pesimista del general Wavell:

> Oficial enviado a Singapur para planes de defensa isla ha regresado. Prepáranse planes defensa norte isla. *Probablemente cantidad de tropas necesarias para defender bien isla sea igual o mayor que para defender Johor*[7]. He ordenado a Percival [el comandante en jefe] librar batalla en Johor pero elaborar planes para prolongar resistencia en isla lo más posible por si perdiera la batalla de Johor. Debo advertirle, sin embargo, que dudo isla pueda defenderse mucho después de perder Johor. Gañones de fortaleza situados para combatir contra barcos, y mayor parte de munición sólo para eso; muchos sólo pueden disparar hacia mar[8]. Parte de guarnición ya enviada a Johor y muchas tropas que quedan tienen escaso valor. Lamento presentarle imagen tan deprimente, pero no quiero que tenga imagen falsa de fortaleza de isla. Defensas de Singapur se construyeron exclusivamente para enfrentar ataques por mar. Espero poder defender Johor hasta llegada próximo convoy.

Este mensaje me hizo reflexionar mucho tiempo. Hasta ese momento había pensado sólo en animar y, en la medida de lo posible, imponer una defensa desesperada de la isla, la fortaleza y la ciudad y ésta, de todos modos, era la actitud que había que mantener a menos que se ordenara un cambio decisivo de política. Pero entonces comencé a pensar más en Birmania y en los refuerzos que iban camino de Singapur, que se podían perder o desviar. Todavía había tiempo suficiente para que pusieran proa hacia el norte, en dirección a Rangún. Por tanto, preparé la siguiente minuta para los jefes del Estado Mayor y se la entregué al general Ismay antes de su reunión de las once y media del día veintiuno. Reconozco, sin embargo, que no estaba decidido. Me apoyaba en mis amigos y consejeros. Todos sufríamos mucho en ese momento.

> Ante este telegrama tan terrible del general Wavell debemos replantearnos toda la posición en una reunión del Comité de Defensa que se celebrará esta noche.
>
> Ya hemos cometido exactamente el error que me temía. […] Las fuerzas que podrían haber establecido un frente fuerte en Johor, o en todo caso en las costas de Singapur, se han ido destruyendo poco a poco. No se ha construido ninguna línea defensiva del lado de tierra. La Armada no ha construido ninguna defensa contra los movimientos envolventes del enemigo en la costa occidental de la península. El general Wavell ha manifestado su opinión de que harán falta más tropas para defender la isla de Singapur que para ganar la batalla de Johor. La batalla de Johor está perdida, casi seguro.
>
> Su mensaje no cifra demasiadas esperanzas en una defensa prolongada. Es evidente que para una defensa así habría que recurrir a todos los refuerzos que están en camino. Si el general Wavell duda si se conseguirán más de unas semanas de retraso, se plantea la cuestión de si no nos conviene volar en pedazos de inmediato los muelles y las baterías y los talleres y concentrarlo todo en la defensa de Birmania y en mantener despejada la carretera de Birmania.
>
> 2. Me parece que ahora debemos afrontar esta cuestión como es debido y planteársela al general Wavell. ¿Qué valor tiene Singapur [para el enemigo] por encima de todos los puertos del suroeste del Pacífico si se llevan a cabo con eficacia todas las demoliciones navales y militares? En cambio sería muy grave perder Birmania porque quedaríamos aislados de los chinos, cuyas tropas son las que más éxito han tenido en sus enfrentamientos con los japoneses. Si confundimos las cosas y dudamos en tomar una decisión desagradable, al final es posible que perdamos *no sólo* Singapur sino también la carretera de Birmania. Evidentemente, la decisión depende del tiempo que se pueda mantener la defensa de la isla de Singapur. Por unas cuantas semanas sin duda no vale la pena perder todos nuestros refuerzos y nuestra aviación.
>
> 3. Asimismo, hemos de tener en cuenta que la caída de Singapur, que seguramente irá acompañada de la caída de Corregidor, será un golpe tremendo para la India, que sólo se podrá mantener con la llegada de fuerzas poderosas y el éxito de las acciones en el frente de Birmania.
>
> Les ruego que esta mañana reflexionen sobre todo esto.

Los jefes del Estado Mayor no llegaron a una conclusión definitiva y cuando se reunió por la noche el Comité de Defensa prevaleció la misma duda en comprometernos a dar un paso tan grave. La responsabilidad inicial directa recaía sobre el general Wavell como comandante supremo de los aliados. Personalmente, la cuestión me parecía tan delicada que no impuse mi nuevo punto de vista, como habría hecho de haber estado decidido. Ninguno de nosotros podía prever la caída de la defensa que se produciría en poco más de tres semanas. Por lo menos, podíamos dedicar un día o dos más para seguir pensando.

Evidentemente, sir Earle Page, el representante australiano, no asistía a las reuniones del comité de jefes del Estado Mayor, y tampoco lo invité al Comité de Defensa. Pero por algún medio u otro le enseñaron un ejemplar de la minuta que envié a los jefes del Estado Mayor y telegrafió de inmediato a su gobierno; el veinticuatro de enero recibí un mensaje del primer ministro australiano, Curtin, del que extraigo las partes fundamentales:

> […] Page ha informado de que el Comité de Defensa se ha planteado la evacuación de Malasia y Singapur. Después de todas las garantías que nos han dado, aquí y en cualquier otro lugar se tomaría la evacuación de Singapur como una traición imperdonable. […] Sabíamos que había que volverla invulnerable y, en cualquier caso, que tenía que ser capaz de mantenerse durante un período prolongado hasta que llegara la flota principal.
>
> Incluso en caso de emergencia, el desvío de refuerzos se haría hacia las colonias holandesas de Indonesia pero no hacia Birmania. Cualquier otra cosa produciría un profundo resentimiento y podría obligar a estas colonias a negociar una paz por separado.
>
> Confiando en la llegada de los refuerzos prometidos, hemos cumplido nuestra parte del trato y esperamos que ustedes no lo malogren todo con una evacuación. […]

Hay que tener en cuenta el estado de ánimo en que se encontraba el gobierno australiano ante la espantosa eficacia del aparato bélico japonés. Se había perdido el dominio del Pacífico; las tres mejores divisiones que tenían estaban en Egipto y la cuarta en Singapur. Se daban cuenta de que Singapur corría un peligro enorme y temían una invasión a la propia Australia. Todas sus grandes ciudades, donde vivía más de la mitad de la población de todo el continente, estaban situadas sobre las costas marinas. Se les presentaba la posibilidad de un éxodo masivo hacia el interior y la organización de una guerrilla sin arsenales ni suministros. Recibir ayuda de la madre patria era bastante difícil y el poder de Estados Unidos sólo se podía establecer lentamente en aguas de Australasia. A mí no me parecía que los japoneses fueran a invadir Australia, atravesando cinco mil kilómetros de mar, cuando tenían a mano una presa tan apetecible como las colonias holandesas en Indonesia y Malasia. Pero el gabinete australiano enfocaba la situación desde otra perspectiva y pesaban sobre ellos profundas premoniciones. A pesar de su situación desesperada, mantenían con

rigidez las divisiones entre los partidos. La mayoría del gobierno laborista era de sólo dos votos. Estaban en contra del servicio militar obligatorio, ni siquiera para defender su propio país. Aunque admitieron a la oposición en el Consejo de Guerra no se formó un gobierno nacional.

No obstante, el telegrama de Curtin fue al mismo tiempo serio e insólito. La expresión «traición imperdonable» no se ajustaba a la verdad ni a los hechos militares. Se avecinaba un desastre terrible. ¿Podríamos evitarlo? ¿Cómo estaba el equilibrio de las pérdidas y las ganancias? En ese momento todavía dependía de nosotros el destino de fuerzas importantes. No es ninguna «traición» examinar estas cuestiones con mirada realista. Además, el Comité de Guerra australiano no podía evaluar la situación completa. De lo contrario no habrían insistido en que se descuidara totalmente Birmania, el único lugar donde, según demostraron los acontecimientos, todavía disponíamos de medios para salvar la situación.

No es cierto que el mensaje de Curtin decidiera la cuestión. Si todos hubiéramos estado de acuerdo en la política a seguir sin duda le habríamos planteado la cuestión a Wavell «sin rodeos» como yo había sugerido. Sin embargo, yo era consciente de que se había endurecido la opinión contraria a abandonar esta renombrada posición clave en el Lejano Oriente. Era terrible imaginar el efecto que produciría en todo el mundo, sobre todo en Estados Unidos, el hecho de que Gran Bretaña se «escabullera» mientras ellos seguían luchando con tanto tesón en Corregidor. No cabe duda de que tendría que haber sido una decisión puramente militar. Sin embargo, por acuerdo o conformidad general, se hicieron todos los esfuerzos para reforzar Singapur y para mantener su defensa. La 18.ª División británica, parte de la cual ya había desembarcado, siguió su camino.

No obstante, el valor de éstos y otros refuerzos fue inferior a lo que sugieren sus cantidades. Necesitaban tiempo para desarrollar una táctica pero había que enviarlos a la batalla, aunque perdida, en cuanto desembarcaban. Se habían depositado muchas esperanzas en los cazas Hurricane, de los que se envió una cantidad considerable. Por fin había aviones con una calidad comparable a la de los japoneses. Se reunieron a toda velocidad y despegaron. Efectivamente, durante varios días provocaron bastante daño pero las condiciones resultaban extrañas para los pilotos recién llegados, y poco después la superioridad numérica de los japoneses comenzó a hacerse sentir cada vez más, de modo que disminuyeron rápidamente. En ese momento los japoneses disponían de cinco divisiones completas. Bajaron rápidamente por la costa, y el veintisiete de enero el general Percival decidió retirarse a la isla de Singapur. En la etapa final, todos los hombres y los vehículos tuvieron que atravesar el puente hasta allí. En las primeras etapas se perdió la mayor parte de una brigada, pero la mañana del treinta y uno de enero el resto de la fuerza había cruzado de modo que volaron el puente.

En Londres ya no nos hacíamos ilusiones con respecto a una defensa prolongada. Lo único que nos preguntábamos era cuánto duraría. Los cañones pesados de las defensas costeras que podían disparar hacia el norte no servirían de mucho, teniendo una cantidad limitada de municiones, contra ese país cubierto de jungla en el que se agrupaba el enemigo. En la isla sólo quedaba un escuadrón de cazas y había un solo aeródromo en servicio. Las pérdidas y los abandonos redujeron las cifras de las guarniciones, finalmente concentradas, de los ciento seis mil hombres calculados por la Oficina de Guerra a unos ochenta y cinco mil, que incluían a unidades de base y administrativas y a diversos cuerpos no combatientes. De este total, es probable que estuvieran armados unos setenta mil. La preparación de las defensas de campo y los obstáculos, si bien representaba una parte considerable de esfuerzo local, no guardaba ninguna relación con las necesidades perentorias que surgían en ese momento. No había defensas permanentes en el frente que estaban a punto de atacar. El espíritu del Ejército había quedado bastante reducido por la larga retirada y los duros combates en la península. Detrás de todo ello estaba la ciudad de Singapur, que en ese momento albergada una población de quizá un millón de personas de muy diversas razas y gran cantidad de refugiados.

La mañana del ocho de febrero las patrullas informaron de que el enemigo se estaba concentrando en las plantaciones al noroeste de la isla, y nuestras posiciones sufrieron intensos bombardeos. A las 22.45 las primeras oleadas de asalto fueron transportadas a través del estrecho de Johor en lanchas de desembarco blindadas que, de resultas de una prolongada y cuidadosa planificación, llegaron por carretera hasta los lugares en los que se botaron al agua. Los combates fueron muy intensos y se hundieron numerosas embarcaciones, pero los australianos eran débiles en tierra de modo que los grupos enemigos consiguieron desembarcar en muchos puntos. La noche siguiente se produjo otro ataque similar en torno al puente, y otra vez el enemigo consiguió afianzar su posición. El once de febrero fue un día de combates confusos en todo el frente. Se había abierto una brecha en el puente, cerca del extremo del enemigo, y consiguieron repararla en seguida, en cuanto se retiraron nuestras tropas de cobertura. La Guardia imperial japonesa lo atravesó esa noche. El día trece se puso en práctica el plan previsto de evacuación a Java por mar de alrededor de tres mil individuos designados. Entre los que recibieron la orden de partir había hombres clave, técnicos, oficiales que sobraban del estado mayor, enfermeros y otros cuyos servicios tendrían un valor especial para continuar la guerra.

En ese momento las condiciones imperantes en la ciudad de Singapur eran terribles. La mano de obra civil se había venido abajo, la interrupción del suministro de agua parecía inminente y las reservas de alimentos y municiones para las tropas se

habían reducido considerablemente porque algunos depósitos habían caído en manos del enemigo. A estas alturas se había puesto en marcha el programa de demoliciones organizadas. Se destruyeron los cañones de las defensas fijas y casi todos los cañones de campo y los antiaéreos, además del equipo y los documentos secretos. Todo el combustible y las bombas para los aviones se quemaron o se hicieron estallar. Surgió cierta confusión acerca de las demoliciones en la base naval. Se dieron las órdenes, se hundió el dique flotante y se destruyeron la ataguía y los aparatos de bombeo del dique seco, pero buena parte del plan total quedó incompleta. El día catorce Wavell me envió el siguiente mensaje, que parecía decisivo:

> Recibido telegrama de Percival informando enemigo cerca de ciudad y sus tropas son incapaces de seguir contraatacando. Le he ordenado que siga causando el máximo de daño al enemigo, luchando puerta a puerta, si fuese necesario. Se teme, sin embargo, probabilidad de no poder resistir demasiado.

El lector recordará la minuta que envié a los jefes del Estado Mayor el veintiuno de enero con respecto a abandonar la defensa de Singapur y desviar los refuerzos hacia Rangún, aunque no insistí en mi punto de vista. Cuando al final nos decidimos a seguir luchando en Singapur, la única posibilidad de éxito y, de hecho, de ganar tiempo, que era lo único que podíamos pretender, era dar órdenes imperiosas de seguir luchando desesperadamente hasta el final. El general Wavell aceptó y compartió estas órdenes, y de hecho ejerció la máxima presión sobre el general Percival. Siempre conviene que, aunque haya dudas en los puestos más altos de la conducción de la guerra, el general que esté en el lugar no se entere de ellas y que reciba instrucciones simples y claras. Pero cuando ya no cabía la menor duda de que todo estaba perdido en Singapur, estaba seguro de que estaría mal imponer una matanza innecesaria y, sin ninguna esperanza de victoria, someter a los horrores de la lucha callejera a la gran ciudad, con su población ingente, indefensa y aterrorizada. Le expliqué nuestra postura al general Brooke y comprobé que estaba de acuerdo en que no debíamos seguir presionando desde Londres al general Wavell y que teníamos que autorizarlo a tomar la decisión inevitable, cuya responsabilidad debíamos compartir.

El domingo quince de febrero de 1942 fue el día de la capitulación. Sólo quedaban reservas militares de alimentos para pocos días, las municiones para los cañones eran escasas y prácticamente no quedaba gasolina para los vehículos. Y lo peor de todo era que se calculaba que las reservas de agua no durarían más de veinticuatro horas. Sus superiores le recomendaron al general Percival que, de las dos alternativas de contraatacar o rendirse, la primera excedía de la capacidad de las tropas agotadas. De modo que decidió capitular. Los japoneses exigieron y obtuvieron una rendición incondicional. Cesaron las hostilidades a las 20.30 horas.

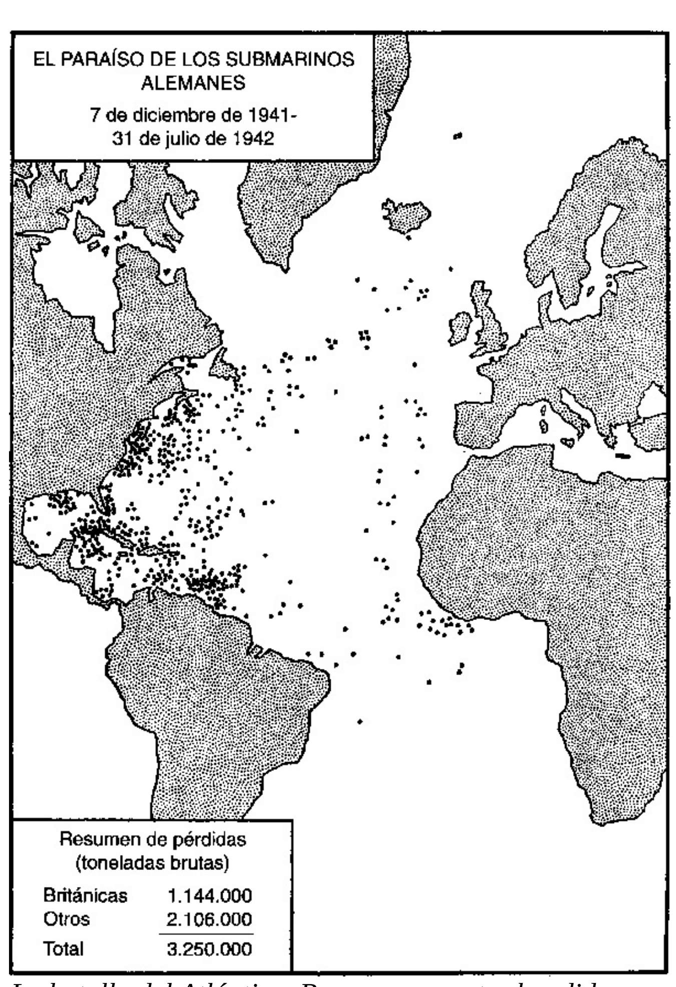
Capítulo VIII

EL PARAÍSO DE LOS SUBMARINOS ALEMANES

A pesar de que el Gobierno sufrió una reconstrucción sustancial, mi propia posición no pareció verse afectada durante todo este período de tensión y cambios políticos en el país y de desastres en el extranjero. Yo estaba demasiado ocupado con los acontecimientos que se iban produciendo como para tener tiempo de preocuparme por esto. Hasta parecía que las incertidumbres que afectaban a varios de mis colegas de entonces y a los que esperaban serlo en el futuro aumentaban mi autoridad personal. No tenía ningún deseo de que me liberaran de mis responsabilidades. Lo único que quería era que se cumplieran mis deseos después de una discusión razonable. Las desgracias sólo consiguieron unirnos más a los jefes del Estado Mayor y a mí, y esta unidad se percibía en todos los círculos del Gobierno. No había rumores de intrigas ni disidencias, ni en el gabinete de Guerra ni en la cantidad mucho mayor de ministros de rango de gabinete. Desde el exterior, no obstante, se ejercía una presión constante para hacerme cambiar el método de conducir la guerra con la intención de obtener mejores resultados. «Todos estamos con el primer ministro, pero como tiene demasiado trabajo habría que liberarlo de parte de la responsabilidad que le corresponde». Ésta era la opinión persistente y se formulaban muchas teorías. Pero yo estaba totalmente decidido a conservar todos mis poderes en la conducción de la guerra, lo que sólo se conseguía si combinaba los cargos de primer ministro y ministro de Defensa. A veces produce más dificultades y más trabajo tener que superar la oposición y adaptar puntos de vista divergentes y contrarios que poseer el derecho a tomar decisiones uno mismo. Tiene suma importancia que en lo más alto haya una sola cabeza que abarque todo el campo de acción, que disponga de colaboración y corrección fieles, pero que no esté dividida en su integridad. Está claro que no habría seguido siendo primer ministro ni una hora si me hubieran privado del cargo de ministro de Defensa. El hecho de que todo el mundo lo supiera evitó todos los desafíos, incluso bajo las condiciones más desfavorables; por consiguiente, se fueron a pique muchas sugerencias bien intencionadas de los comités y otras formas de la maquinaria impersonal. Debo dejar constancia de mi gratitud hacia todos los que me ayudaron a salir airoso.

Pero el año 1942 nos daría muchos grandes disgustos. Durante los primeros seis meses todo salió mal. En el Atlántico fue la época más dura de toda la guerra. La flota alemana de submarinos había crecido hasta sumar casi doscientos cincuenta, de los que el almirante Dönitz podía contar con casi un centenar en servicio, con quince más cada mes. Saquearon las aguas estadounidenses de forma casi incontrolable. A finales de enero habían hundido treinta y un barcos, de casi doscientas mil toneladas,

frente a las costas de Estados Unidos y Canadá. En poco tiempo, el ataque se extendió hacia el sur de la costa de Hampton Roads y el cabo Hatteras, y desde allí hasta la costa de Florida. La gran vía marítima estaba repleta de embarcaciones estadounidenses y aliadas indefensas. Por esta vía circulaba la preciosa flota cisterna, en una procesión ininterrumpida, hacia y desde los puertos petrolíferos de Venezuela y el golfo de México, y tanto allí como en el Caribe, en medio de la profusión de objetivos, los submarinos alemanes escogían sus presas fundamentalmente entre los buques cisterna. Atacaron naves neutrales de todo tipo. La escalada de la masacre iba en aumento de una semana a otra. En febrero destruyeron setenta y un barcos, 384.000 toneladas, en el Atlántico, de los que todos menos dos fueron hundidos en la zona estadounidense. Fue el índice de pérdidas más alto que habíamos sufrido hasta entonces, pero fue superado en seguida.

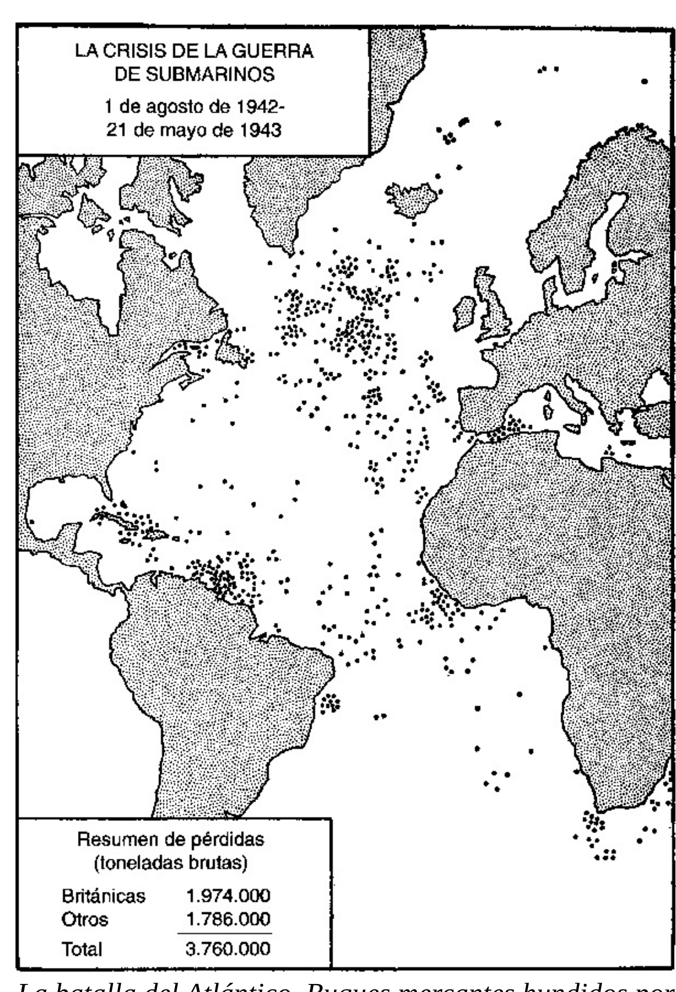


La batalla del Atlántico. Buques mercantes hundidos por submarinos alemanes en el océano Atlántico

Toda esta destrucción, que superaba con creces todo lo conocido en esta guerra, aunque sin llegar a las cifras catastróficas del peor período de 1917, fue provocada tan sólo por entre doce y quince submarinos que recorrían la zona al mismo tiempo. Durante varios meses la protección que brindaba la Marina de Estados Unidos fue totalmente inadecuada. Sorprende, sin duda, que durante los dos años de avance de la guerra total en dirección al continente americano no se hubieran hecho más previsiones contra este ataque mortal. En virtud de la política del presidente de «ayudar en todo a Gran Bretaña, menos la guerra», habían hecho mucho por nosotros. Conseguimos cincuenta destructores antiguos y diez cúteres American Revenue. A cambio, cedimos las inestimables bases en las Antillas. Pero ahora nuestro aliado lamentaba la falta de esas embarcaciones. Después de Pearl Harbour el Pacífico ejercía una fuerte presión sobre la Armada estadounidense. No obstante, con toda la información que tenían sobre nuestras medidas de protección, tanto antes como durante la contienda, llama la atención que no se hubiera trazado ningún plan para los convoyes costeros ni para multiplicar las pequeñas embarcaciones. Tampoco se había desarrollado la

defensa aérea costera. La Fuerza Aérea estadounidense, que controlaba casi todos los aviones militares que operaban desde la costa, no estaba entrenada para luchar contra submarinos mientras que la Marina de guerra, equipada con hidroaviones y vehículos anfibios, no disponía de los medios para hacerlo; en estos meses decisivos sólo se consiguió un sistema eficaz para la defensa de Estados Unidos mediante pasos dolorosos y titubeantes.

Habríamos sufrido desastres mucho peores si los alemanes hubiesen enviado sus grandes buques de superficie a hacer incursiones en el Atlántico pero Hitler estaba obsesionado con la idea de que teníamos intenciones de invadir muy pronto el norte de Noruega. Sin poder quitarse esta idea de la cabeza, sacrificó una oportunidad fabulosa y concentró en aguas noruegas todas las naves de superficie disponibles y muchos submarinos valiosos. Decía que «Noruega es la zona donde se decidirá el destino de esta guerra». No cabe duda, como bien sabe el lector, que fue muy importante, pero en este momento los alemanes tenían una magnífica oportunidad en el Atlántico. En vano abogaron los almirantes por una ofensiva naval. Su *führer* se mantuvo inflexible y su decisión estratégica quedó reforzada por la escasez de petróleo combustible. En enero ya había enviado a Trondheim el *Tirpitz*, su único acorazado, pero el más poderoso del mundo, y el día doce decidió llamar a sus puertos de base a los cruceros de combate *Scharnhorst* y *Gneisenau*, que llevaban casi un año bloqueados en Brest, lo que provocó un incidente que causó en Inglaterra tanta conmoción y tantas protestas que requiere una digresión.



La batalla del Atlántico. Buques mercantes hundidos por submarinos alemanes en el océano Atlántico

Las graves pérdidas que sufrimos en el Mediterráneo y la inutilización transitoria de toda nuestra flota oriental nos había obligado a enviar a casi todos nuestros aviones lanzatorpedos para proteger a Egipto contra una posible invasión por mar. Pero se hicieron todos los preparativos posibles para vigilar Brest y para atacar cualquier misión con bombas y torpedos, por aire y por mar. También se colocaron minas a lo largo de la ruta supuesta, tanto en el canal de la Mancha como cerca de la costa holandesa. El Almirantazgo calculaba que se

intentaría atravesar el paso de Calais por la noche; en cambio, el almirante alemán prefirió aprovechar la oscuridad para eludir nuestras patrullas al salir de Brest y burlar las baterías de Dover durante el día. Zarpó de Brest antes de medianoche el día once.

La mañana del doce estaba neblinosa y cuando se descubrieron los barcos enemigos se estropeó el radar de nuestros aviones de patrulla. Nuestro radar costero tampoco los detectó. En ese momento pensamos que se trataba de un accidente desafortunado. Pero después de la guerra supimos que el general Martini, el jefe del radar alemán, había elaborado un plan con sumo cuidado. Se dio nuevo ímpetu a la interferencia alemana intencionada, que hasta ese momento no había surtido demasiado efecto, con la incorporación de bastantes equipos nuevos pero, para no despertar sospechas, se puso en funcionamiento de forma gradual de modo que las interferencias fueron en aumento un poco cada día. Por consiguiente, a nuestros operadores no les llamó la atención y nadie sospechó que fuera algo insólito. Sin embargo, el doce de febrero la interferencia era tan intensa que de hecho el radar que vigilaba el mar quedó inutilizado; de modo que el Almirantazgo no recibió la noticia hasta las 11.25. A esta hora los cruceros que habían escapado y su poderosa escolta aérea y de destructores se encontraban a unos treinta kilómetros de Boulogne. Poco después de mediodía las baterías de Dover abrieron fuego con sus grandes cañones; la primera fuerza de ataque, compuesta por cinco torpederas a motor, se hizo a la mar de inmediato y atacó. Seis aviones Swordfish lanzatorpedos, procedentes de Manston, en Kent, a las órdenes del capitán de corbeta Esmonde (que había encabezado el primer ataque al *Bismarck*), despegaron sin esperar el apoyo de más de diez Spitfire. Los Swordfish, atacados ferozmente por los cazas enemigos, descargaron sus torpedos sobre el enemigo pero pagaron un precio muy elevado: no regresó ninguno y sólo se rescataron cinco supervivientes. A Esmonde le concedieron la Cruz de la Victoria a título póstumo.

Las oleadas sucesivas de bombarderos y de bombarderos lanzatorpedos atacaron al enemigo hasta el anochecer. Fueron amargos y confusos los combates con los cazas alemanes, en los que sufrimos mayores bajas que el enemigo por su superioridad numérica. Cuando los cruceros alemanes llegaron frente a las costas holandesas, a eso de las 15.30, cinco destructores procedentes de Harwich aprovecharon para atacar lanzando sus torpedos a unos tres mil metros bajo un fuego tremendo. Sin que la afectaran ni las baterías de Dover ni los torpedos, la escuadra prosiguió su curso y, la mañana del día trece, llegó a destino. La noticia dejó atónita a la opinión pública británica que no podía comprender algo que le parecía, como es natural, una muestra de la supremacía alemana en el canal de la Mancha. Poco después nuestro servicio secreto supo que tanto el *Scharnhorst* como el *Gneisenau* habían sido víctimas de las minas que habíamos arrojado desde el aire. El

Scharnhorst estuvo fuera de servicio durante seis meses y el *Gneisenau* no volvió a aparecer en la guerra. Sin embargo esta información no se podía dar a conocer, de modo que la ira nacional fue vehemente.

Para aplacar las quejas se llevó a cabo una investigación oficial y se informó de los hechos que se podían hacer públicos. Mirado de forma retrospectiva y en sus aspectos más amplios, el episodio resultó sumamente ventajoso para nosotros. «Cuando hable por radio el lunes próximo por la noche —cablegrafió el presidente—, mencionaré a aquellos que tratan el episodio del canal de la Mancha como si fuera una derrota. Estoy cada vez más convencido de que el hecho de que todos los barcos alemanes estén en Alemania simplifica nuestro problema naval conjunto en el Atlántico septentrional». Pero en ese momento le pareció muy mal a todos los participantes de la gran alianza, salvo a nuestros círculos más secretos.

Mientras tanto, continuó reinando la confusión a lo largo de la costa atlántica de Estados Unidos. El comandante de un submarino alemán informó a Dönitz que en diez ocasiones sendos submarinos pudieron encontrar objetivos en abundancia. Durante el día descansaban en el fondo y por la noche aprovechaban su gran velocidad de superficie para elegir la mejor presa. Casi todos los torpedos que llevaban se cobraron una víctima, y cuando se les acabaron los torpedos el cañón resultó casi igual de eficaz. Las ciudades de la orilla atlántica, donde durante un tiempo los muelles permanecieron completamente iluminados, escuchaban todas las noches el fragor de la batalla, veían arder a los barcos que se hundían lejos de la costa y rescataban a los supervivientes y heridos. Estaban muy resentidos con el gobierno, que se sentía muy avergonzado. Sin embargo, a los estadounidenses es más fácil enfurecerlos que intimidarlos.

En Londres tomamos nota de estas desgracias con preocupación y tristeza. El diez de febrero ofrecimos voluntariamente a la Armada estadounidense veinticuatro de nuestros rastreadores antisubmarinos mejor equipados y diez corbetas con su tripulación entrenada, que nuestro aliado agradeció. Los primeros llegaron a Nueva York a principios de marzo. No era mucho, pero era lo máximo que podíamos dejarles. «Fue todo lo que dio, era todo lo que podía dar». Los convoyes costeros no podían comenzar hasta que no estuviera todo organizado y se reunieran las escoltas. Las embarcaciones y los aviones de combate disponibles al principio sólo se usaban para patrullar las zonas peligrosas pero el enemigo las evadía fácilmente y buscaba sus presas en otro lado. Entonces se puso mayor énfasis entre Charleston y Nueva York, mientras que por el Caribe y el golfo de México merodeaban submarinos aislados, con una libertad y una insolencia bastante insoportables. Se hundieron casi medio millón de toneladas, en su mayor parte a menos de quinientos kilómetros de la costa estadounidense, y casi la mitad eran buques cisterna. Sólo dos submarinos

alemanes fueron hundidos en aguas estadounidenses por aviones estadounidenses, y hasta el catorce de abril ninguna nave de superficie obtuvo ninguna presa frente a las costas de ese país, cuando el destructor estadounidense *Roper* se cobró la primera.

En Europa finalizó el mes de marzo con la heroica proeza de Saint-Nazaire, el único lugar de toda la costa atlántica donde podía fondear el *Tirpitz* para ser reparado si sufría alguna avería. Si se podía destruir el muelle, uno de los más grandes del mundo, cualquier misión del *Tirpitz* en el Atlántico, saliendo de Trondheim, resultaría mucho más peligrosa y puede que no valiera la pena intentarla siquiera. Nuestros comandos estaban listos para entrar en la refriega y ésta era una hazaña gloriosa estrechamente relacionada con la alta estrategia. Encabezada por el capitán de fragata Ryder, de la Armada británica, con el teniente coronel Newman, del Regimiento de Essex, el veintiséis de marzo zarpó de Falmouth una expedición de destructores y lanchas de cabotaje que transportaba cerca de doscientos cincuenta comandos. Tenían que recorrer seiscientos cincuenta kilómetros en aguas que el enemigo patrullaba de forma constante y subir ocho kilómetros por el estuario del Loira.

El objetivo era destruir la compuerta de la gran esclusa. El *Campbeltown*, uno de los cincuenta antiguos destructores estadounidenses, que transportaba en la proa tres toneladas de explosivos detonantes, llegó hasta la compuerta de la esclusa a pesar del fuego cerrado y mortífero. Allí, a las órdenes del capitán de corbeta Beattie, se escurrió y se prepararon los detonadores de las principales cargas de demolición para que estallaran más tarde. Desde sus cubiertas saltaron a tierra el comandante Copeland y un grupo de desembarco para destruir las máquinas del muelle. Los alemanes los recibieron con una fuerza abrumadora y comenzó un combate feroz. Todos los miembros del grupo de desembarco murieron o fueron capturados, menos cinco. Las naves del capitán de fragata Ryder, aunque les dispararon desde todos los flancos, permanecieron milagrosamente a flote durante su huida a mar abierto con el resto de la fuerza y lograron regresar sanas y salvas. Pero todavía faltaba la gran explosión. Algo había salido mal con los detonadores, y sólo al día siguiente, cuando un grupo numeroso de oficiales y técnicos alemanes inspeccionaban los restos del *Campbeltown*, éste estalló con una fuerza devastadora matando a centenares de alemanes y haciendo añicos la gran esclusa para el resto de la guerra. Los alemanes trataron con respeto a los prisioneros, cuatro de los cuales recibieron la Cruz de la Victoria, pero castigaron con dureza a los valientes franceses que, sin pensarlo, salieron de todas partes para colaborar en lo que esperaban que sería la vanguardia de su liberación.

Finalmente, el uno de abril, la Armada estadounidense consiguió poner en marcha un sistema parcial de convoyes, que al principio no podían ser más que saltos diurnos de alrededor de doscientos kilómetros entre fondeaderos protegidos realizados por

grupos de embarcaciones con una escolta, que quedaban paralizados por la noche. En un día cualquiera había más de ciento veinte barcos que necesitaban protección entre Florida y Nueva York. Los consiguientes retrasos representaban otro tipo de inconveniente. Hasta el catorce de mayo no zarpó de Hampton Roads el primer convoy totalmente organizado hacia Cayo Hueso. A partir de entonces, el sistema se amplió rápidamente hacia el norte, hasta Nueva York y Halifax y, a finales de mes, finalmente se completó la cadena a lo largo de la costa este desde Cayo Hueso hacia el norte, lo que supuso un alivio inmediato y una disminución de las pérdidas.

A partir de entonces, el almirante Dönitz trasladó su punto de ataque al Caribe y el golfo de México donde todavía no funcionaba el sistema de los convoyes. Yendo más lejos, también comenzaron a aparecer submarinos alemanes frente a la costa de Brasil y en el río San Lorenzo, pero hasta el final del año no comenzó a funcionar un sistema completo y encadenado de convoyes para abarcar unas zonas tan extensas. Sin embargo, en junio se produjo una mejora y los últimos días de julio se pueden considerar el final de la terrible masacre a lo largo de la costa estadounidense. En siete meses, las pérdidas aliadas en el Atlántico, causadas sólo por submarinos alemanes, ascendieron a más de tres millones de toneladas, entre las que se incluyen ciento ochenta y un barcos británicos de 1.130.000 toneladas. Menos de una décima parte de ellas ocurrió en convoyes. Todo esto le costó al enemigo, hasta julio, apenas catorce submarinos hundidos en todo el océano Atlántico y el Ártico; de estas presas, sólo seis se perdieron en aguas de América del Norte.

A partir de entonces recuperamos la iniciativa. Sólo en el mes de julio se destruyeron cinco submarinos alemanes frente a la costa atlántica, aparte de seis alemanes y tres italianos más en otros sitios. Este total de catorce en un mes, la mitad de los cuales correspondieron a escoltas de convoyes, nos dio ánimos. Era lo mejor que se había conseguido hasta ese momento; aunque la cantidad de submarinos nuevos que entraban en servicio cada mes seguía superando la cifra de nuestras presas. Además, cada vez que comenzábamos a ganar el almirante Dönitz trasladaba los submarinos. Teniendo a su disposición los océanos siempre podía ganar un período breve de inmunidad en una zona nueva. En mayo un convoy transatlántico perdió siete barcos a más de mil kilómetros al oeste de Irlanda. A continuación se produjo un ataque cerca de Gibraltar y reaparecieron los submarinos en torno a Freetown. Una vez más, Hitler acudió en nuestra ayuda insistiendo en que tenía que haber un grupo de submarinos preparados para rechazar un intento de ocupación de las Azores o Madeira por parte de los aliados. Sus ideas en este sentido no estaban totalmente equivocadas, pero su exigencia coincidió con el final de los tiempos idílicos en la costa estadounidense.

El ataque de los submarinos enemigos fue lo que más daño nos causó. A los alemanes les habría convenido jugárselo todo en ello. Recuerdo que mi padre decía:

«En política, cuando consigas apoderarte de algo bueno no lo sueltes», que además es un principio de estrategia importante. Del mismo modo que Göring cambió una y otra vez sus objetivos aéreos en la batalla de Gran Bretaña en 1940, en este momento la guerra de submarinos se debilitó en cierto modo por repartirse entre distintos objetivos. De todos modos, constituyó un acontecimiento terrible en un mal momento.

Vendría bien relacionar aquí el curso de los acontecimientos en otros sitios y apuntar brevemente el avance de la batalla del Atlántico hasta finales de 1942.

En el mes de agosto los submarinos alemanes dirigieron su atención hacia la zona en torno a Trinidad y la costa norte de Brasil, donde los barcos que transportaban bauxita a Estados Unidos para la industria aeronáutica y el tráfico de embarcaciones con suministros para Oriente Próximo constituían los objetivos más atractivos. Otros operaban cerca de Freetown; algunos llegaron tan al sur como el cabo de Buena Esperanza, e incluso algunos penetraron en el océano índico. Durante un tiempo el Atlántico meridional nos tuvo preocupados. Allí, en septiembre y octubre se hundieron cinco transatlánticos grandes que hacían el viaje de regreso por separado, pero en cambio todos nuestros transportes de tropas que iban a Oriente Próximo en convoyes salieron ilesos. Uno de los grandes barcos que se perdió fue el *Laconia*, de casi veinte mil toneladas, que transportaba a Inglaterra a dos mil prisioneros de guerra italianos, muchos de los cuales se ahogaron.

Una vez más, la batalla principal se libró a lo largo de las grandes rutas de los convoyes en el Atlántico septentrional. Los submarinos alemanes ya habían aprendido a respetar el poder de la aviación y para su nuevo ataque actuaron casi exclusivamente en la zona central, fuera del alcance de los aviones que tenían su base en Islandia y Terranova. Dos convoyes sufrieron graves destrozos en agosto, y uno de ellos perdió once barcos; ese mes, los submarinos alemanes hundieron ciento ocho embarcaciones, con un total de más de medio millón de toneladas. En septiembre y octubre los alemanes volvieron a su antigua práctica de ataques diurnos en inmersión. Como eran tantos los que operaban entonces como «manadas de lobos» y nosotros teníamos unos recursos tan limitados, no se pudo evitar que los convoyes sufrieran grandes bajas; sentimos intensamente la falta de suficientes aviones de muy largo alcance en el Mando Costero. La cobertura aérea todavía no se extendía a más de mil kilómetros de nuestras bases en la costa, y a apenas seiscientos cincuenta kilómetros de Terranova, lo que dejaba una amplia zona desprotegida en el centro del océano Atlántico, donde las escoltas de superficie no podía recibir ayuda desde el aire. Frente a este panorama desolador nuestros aviadores hicieron todo lo posible.

Las escoltas navales no podían alejarse mucho de los convoyes ni romper las grandes concentraciones de sus flancos, de modo que cuando atacaban las «manadas

de lobos» podían saturar nuestra defensa. La única solución consistía en rodear cada convoy de suficientes aviones a fin de localizar a los submarinos alemanes próximos y obligarlos a sumergirse para despejar el camino. Pero esto tampoco era suficiente. Había que buscarlos y atacarlos con energía donde los encontráramos, tanto por mar como por aire. Los aviones, sus tripulaciones entrenadas y las armas aéreas eran demasiado escasos todavía, pero para comenzar formamos un «grupo de apoyo» de fuerzas de superficie.

Hacía mucho que se proponía esta idea pero faltaban los medios para llevarla a cabo. El primero de estos grupos de apoyo, que posteriormente se convirtieron en un factor sumamente poderoso en la guerra de submarinos, estaba formado por dos balandras, cuatro de las fragatas nuevas que empezaban a salir de los astilleros y cuatro destructores. Dotados de tripulaciones experimentadas, y muy bien entrenadas, y de las últimas armas, operando con independencia de las escoltas de los convoyes y libres de cualquier otra responsabilidad, su misión, en colaboración con la aviación, consistía en buscar, dar caza y destruir. En 1943 habitualmente un avión conducía a un grupo de apoyo hasta su presa, y al perseguir a un submarino a menudo se descubrían otros y así se descubría toda la «manada».

También se proporcionaron aviones para acompañar a los convoyes. A finales de 1942 había en servicio seis «portaaviones de escolta». Al final, se construyeron muchos en Estados Unidos, además de otros en Gran Bretaña; el primero de ellos, el *Avenger*, zarpó en septiembre con un convoy que se dirigía al norte de Rusia. Hicieron su primera aparición efectiva con los convoyes del norte de África a finales de octubre. Equipados con aviones navales Swordfish, cumplían su objetivo, es decir, el reconocimiento completo en profundidad, la independencia de las bases en tierra y la estrecha colaboración con las escoltas de superficie. De este modo comenzamos a ganar, utilizando todos nuestros esfuerzos y nuestro ingenio; pero el poder del enemigo también aumentaba y sufrimos numerosos contratiempos.

Entre enero y octubre de 1942 la cantidad de submarinos alemanes se duplicó con creces. Había ciento noventa y seis en servicio y nuestros convoyes en el Atlántico septentrional sufrieron el ataque de manadas más feroces y más numerosas que nunca. Tuvimos que reducir al máximo todas nuestras escoltas en aras de nuestras principales operaciones en África, y en noviembre nuestras pérdidas en el mar fueron las mayores de toda la guerra: ciento diecisiete barcos, de más de setecientas mil toneladas, sólo por obra de los submarinos alemanes, además de cien mil toneladas más por otras causas.

Tan amenazadoras eran las condiciones en las aguas más alejadas que el cuatro de noviembre convoqué personalmente a un nuevo comité antisubmarinos. Su capacidad para tomar decisiones de gran alcance desempeñó un papel importante en el conflicto. En un gran esfuerzo por aumentar el radio de acción de nuestros aviones Liberator,

portadores de radares, decidimos retirarlos de la acción hasta que se introdujeran las mejoras necesarias. A instancias mías, el presidente envió a todos los aviones estadounidenses adecuados, equipados con los radares más modernos, a operar desde el Reino Unido. De este modo pudimos reanudar las operaciones en el golfo de Vizcaya con más fuerza y con un equipo mucho mejor. Todo esto trajo su recompensa en 1943.

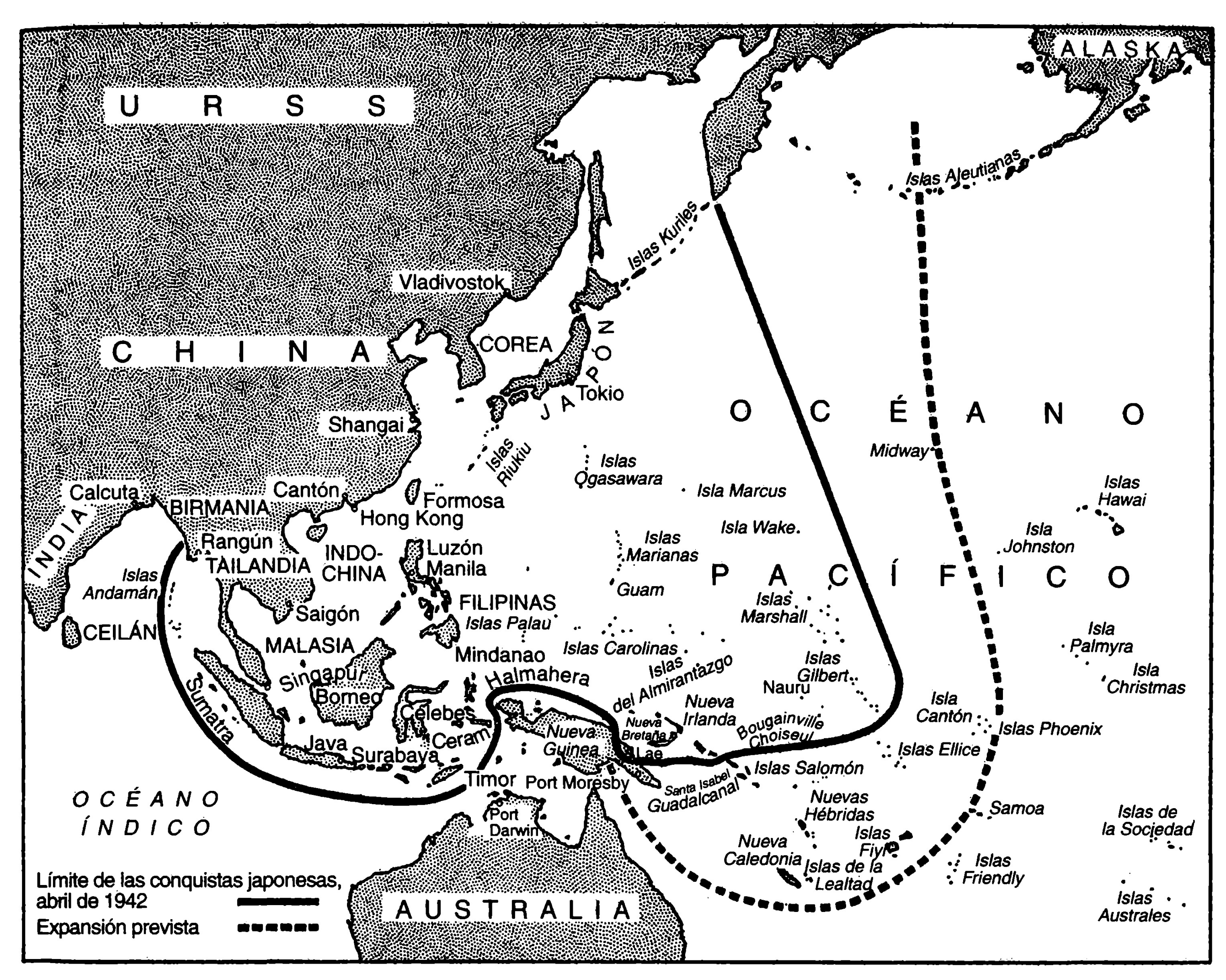
Capítulo IX

LAS VICTORIAS NAVALES ESTADOUNIDENSES[9]
EL MAR DEL CORAL Y LAS ISLAS MIDWAY

En ese momento se produjeron en el océano Pacífico unos acontecimientos conmovedores que afectaron el curso de toda la guerra. A finales de marzo la primera fase del plan de guerra japonés había sido un éxito tan completo que sorprendió incluso a sus autores. Japón dominaba Hong Kong, Tailandia, Malasia y casi toda la inmensa región insular que formaba las colonias holandesas de Indonesia. Las tropas japonesas se estaban introduciendo hasta el interior de Birmania. En Filipinas, los estadounidenses seguían luchando en Corregidor pero sin ninguna esperanza de relevo.

El júbilo japonés estaba en su apogeo. El orgullo por sus triunfos militares y la confianza en su liderazgo se fortalecía con la convicción de que las potencias occidentales no estaban dispuestas a luchar hasta morir. Los ejércitos imperiales ya habían llegado hasta las fronteras escogidas con tanto cuidado en sus planes previos a la guerra como el límite prudente de su avance. Dentro de esta extensa zona, que abarcaba recursos y riquezas inmensas, podían consolidar sus conquistas y desarrollar el poder que acababan de adquirir. Según ese plan preparado hacía tanto tiempo, ahora tenían que hacer una pausa para respirar, para resistir el contraataque estadounidense o para organizar un nuevo avance. Pero entonces, con la euforia de la victoria, a los líderes japoneses les pareció que había llegado la hora de cumplir su destino y que debían ser dignos de él. Estas ideas surgían no sólo de las tentaciones naturales a las que expone a los mortales el éxito arrollador sino de un serio razonamiento militar. Si era más prudente organizar su nuevo perímetro a conciencia o, avanzando rápidamente, dotar a su defensa de mayor profundidad les parecía un problema estratégico equilibrado.

Tras deliberar en Tokio adoptaron la solución más ambiciosa. Decidieron extenderse hacia fuera para incluir la parte occidental de las islas Aleutianas, las islas Midway, Samoa, las islas Fiyi, Nueva Caledonia y Port Moresby, en el sur de Nueva Guinea[10]. Esta expansión pondría en peligro Pearl Harbour, que seguía siendo la principal base de Estados Unidos, y también, de mantenerse, interrumpiría la comunicación directa entre Estados Unidos y Australia. Además, brindaría a Japón unas bases adecuadas desde las cuales lanzar ataques futuros.



El frente del Pacífico

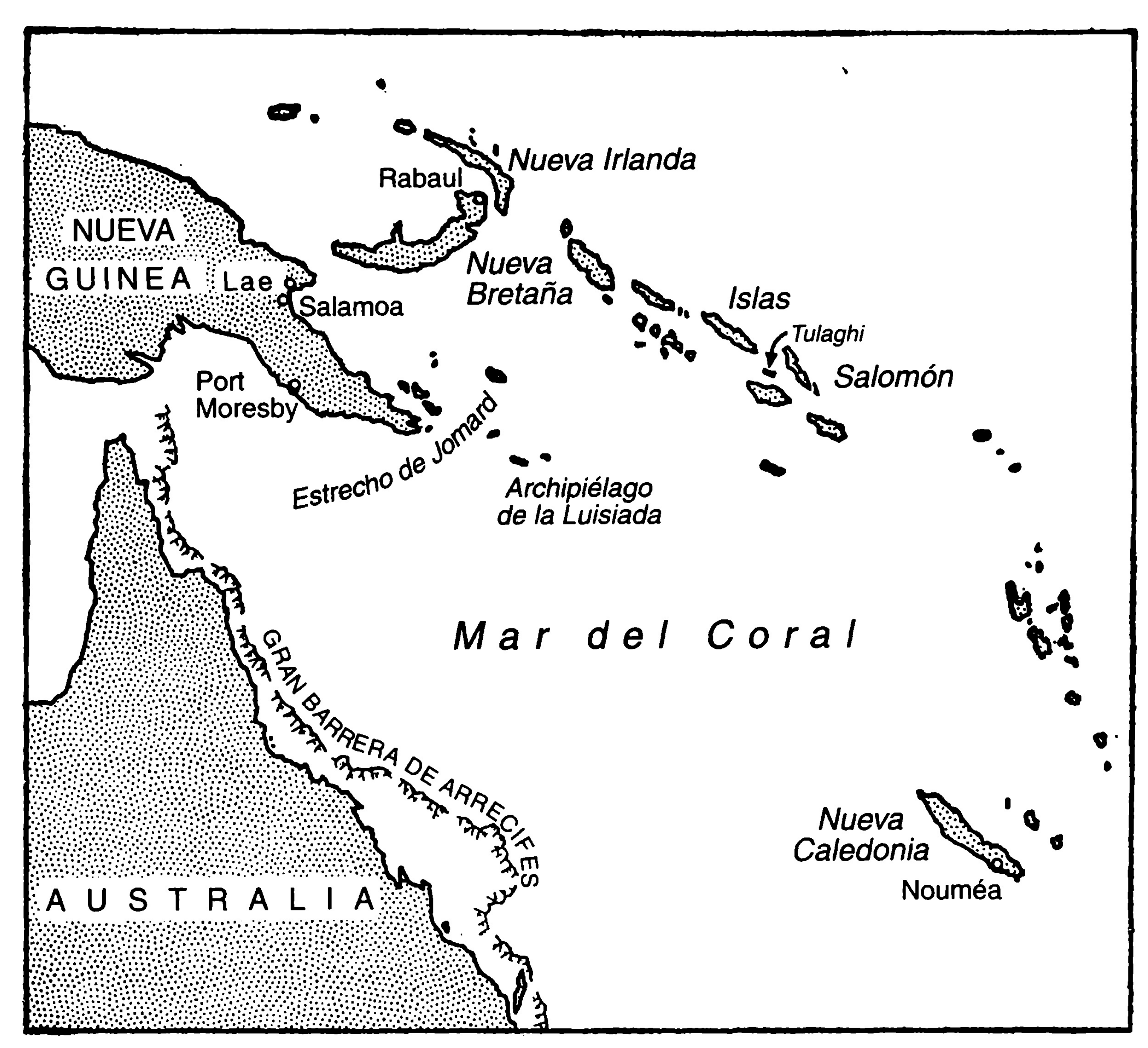
El Alto Mando japonés había demostrado gran habilidad y osadía en la elaboración y ejecución de sus planes. Sin embargo, partieron de una base que no tenía en cuenta las fuerzas mundiales en su auténtica proporción y jamás comprendieron el poder latente de Estados Unidos. Seguían pensando, a estas alturas, que la Alemania de Hitler triunfaría en Europa. Sentían en sus venas el ansia de impulsar a Asia hacia delante, a unas conquistas inconmensurables y a su propia gloria, y así entraron en un juego que, aunque lo hubieran ganado, sólo habría alargado su predominio tal vez por un año pero, como perdieron, lo redujo por un período similar. En realidad, lo que consiguieron fue cambiar una ventaja bastante fuerte y firme por un dominio extenso y poco rígido, que no estaban en condiciones de defender y, una vez derrotados en esta zona exterior, se encontraron sin fuerzas para establecer una defensa coherente en su zona más interna y vital.

No obstante, en ese momento de la lucha mundial, nadie podía estar seguro de que Alemania no acabaría con Rusia, o la echaría al otro lado de los Urales, y después regresaría para invadir Gran Bretaña; o, por el contrario, que no se extendería a través del Cáucaso y de Persia para estrechar la mano de las vanguardias japonesas en la India. Para poner la situación a favor de la gran alianza era necesario que

Estados Unidos obtuviera una victoria naval decisiva que trajera aparejado el predominio en el Pacífico, aunque no se estableciera de inmediato el pleno dominio en ese océano. No se nos negó esta victoria. Siempre creí que la Armada de Estados Unidos recuperaría el dominio del Pacífico, con la ayuda que pudiéramos proporcionarle en o desde el Atlántico, antes de mayo. Estas esperanzas se basaban exclusivamente en el cálculo de los nuevos acorazados, portaaviones y otras embarcaciones, tanto estadounidenses como británicos, cuya construcción ya estaba alcanzando su plena madurez. Pasemos ahora a describir, necesariamente de forma comprimida, la brillante y asombrosa batalla naval que afirmó este hecho majestuoso de forma indiscutible.

A finales de abril de 1942 el Alto Mando japonés comenzó su nueva política de expansión, que incluiría la captura de Port Moresby y la toma de Tulaghi, en la zona meridional de las islas Salomón, frente a la gran isla de Guadalcanal. La ocupación de Port Moresby completaría la primera etapa de su dominio de Nueva Guinea y daría mayor seguridad a su base naval avanzada de Rabaul, en Nueva Bretaña. Desde Nueva Guinea y desde las islas Salomón podían comenzar a envolver Australia.

El servicio secreto estadounidense se dio cuenta en seguida de que los japoneses se estaban concentrando en estas aguas. Observaron que se reunían fuerzas en Rabaul procedentes de la base naval principal de Truk, en las islas Carolinas, y era evidente la inminencia de una ofensiva hacia el sur. Incluso era posible prever que la operación comenzaría el tres de mayo. En ese momento los portaaviones estadounidenses estaban ampliamente dispersos cumpliendo diversas misiones, que incluían el lanzamiento del atrevido y espectacular ataque aéreo del general de división Doolittle contra el propio Tokio el dieciocho de abril. Sin duda, este acontecimiento puede haber sido un factor determinante para la nueva política japonesa.



El mar del Coral

Consciente de la amenaza en el sur, el almirante Nimitz comenzó de inmediato a reunir la mayor fuerza posible en el mar del Coral. El contraalmirante Fletcher ya se encontraba allí con el portaaviones *Yorktown* y tres cruceros pesados. El uno de mayo se les unieron el portaaviones *Lexington* y dos cruceros más procedentes de Pearl Harbour a las órdenes del contraalmirante Fitch y, tres días después, una escuadra al mando de un oficial británico, el contraalmirante Crace, que comprendía dos cruceros australianos, el *Australia* y el *Hobart*, y uno estadounidense, el *Chicago*. Sólo quedaban disponibles de momento dos portaaviones más, el *Enterprise* y el *Hornet*, que habían intervenido en el ataque a Tokio y, por más que se dirigieron hacia el sur lo más rápido posible no pudieron unirse al contralmirante Fletcher hasta mediados de mayo, demasiado tarde para la batalla inminente.

El tres de mayo, mientras se reabastecía de combustible a unos seiscientos cincuenta kilómetros al sur de Guadalcanal, el contralmirante Fletcher recibió la noticia de que el enemigo había desembarcado en Tulaghi, aparentemente con el objetivo inmediato de establecer allí una base de hidroaviones desde la cual controlar

los accesos al mar del Coral por el este. Ante la evidente amenaza a este puesto de avanzadilla, dos días antes habían retirado la guarnición australiana. De inmediato Fletcher emprendió el ataque a la isla sólo con su propio grupo operativo, ya que el de Fitch todavía estaba repostando. A primeras horas de la mañana siguiente los aviones procedentes del *Yorktown* atacaron Tulaghi con energía. Sin embargo, las fuerzas de cobertura del enemigo ya se habían retirado y sólo quedaban unos pocos destructores y embarcaciones pequeñas, de modo que los resultados fueron poco satisfactorios.

Transcurrieron dos días sin ningún incidente importante, aunque era evidente que no tardaría mucho en producirse un gran enfrentamiento. Los tres grupos de Fletcher, después de reabastecerse, estaban todos juntos, situados hacia el noroeste, en dirección a Nueva Guinea. Él sabía que la fuerza de invasión de Port Moresby había salido de Rabaul y que era probable que atravesara el estrecho de Jomard, en el archipiélago de la Luisiada, el día siete o el ocho. Sabía también que había en la zona tres portaaviones enemigos aunque no conocía su posición. La fuerza de ataque japonesa, que comprendía los portaaviones *Zuikaku* y *Shokaku*, con el apoyo de dos cruceros pesados, se había dirigido hacia el sur desde Truk manteniéndose al este de las islas Salomón, fuera del alcance del reconocimiento aéreo, y había entrado al mar del Coral desde el este la noche del día cinco. El día seis se acercaban rápidamente a Fletcher y en un momento de la noche estuvieron a apenas cien kilómetros de distancia, aunque ninguna de las dos partes advirtió la presencia de la otra. Durante la noche las fuerzas se alejaron y por la mañana del día siete Fletcher alcanzó su posición al sur de la Luisiada, donde pretendía atacar a la fuerza de invasión[11]. Entonces se separó del grupo de Crace para adelantarse y cubrir la salida meridional del estrecho de Jomard, por donde era posible que pasara el enemigo ese día. En seguida avistaron a Crace, que por la tarde fue objeto de un duro ataque por parte de oleadas sucesivas de lanzatorpedos que operaban desde la costa, con una fuerza comparable a la de los que hundieron el *Prince of Wales* y el *Repulse*, Con mucha habilidad y buena suerte no fue alcanzado ninguno de los barcos y siguió en dirección a Port Moresby hasta que, al enterarse de que el enemigo había vuelto atrás, se retiró hacia el sur.

Mientras tanto, los portaaviones enemigos, acerca de los cuales el contralmirante Fletcher todavía no tenía noticias precisas, seguían siendo su principal preocupación. Al amanecer comenzó una extensa búsqueda y a las 8.15 recibió con satisfacción el informe de la presencia de dos portaaviones y cuatro cruceros al norte del archipiélago de la Luisiada. En realidad, lo que avistaron no era la fuerza de ataque de los portaaviones sino la débil escolta que protegía los transportes de la invasión, que incluía al crucero ligero *Shoho*. De todos modos, Fletcher atacó con toda su fuerza y tres horas después el *Shoho* se inundó y se hundió, con lo que la fuerza de

invasión perdió su cobertura aérea y se vio obligada a retroceder. De modo que los transportes destinados a Port Moresby no llegaron a entrar en el estrecho de Jomard y se quedaron al norte de la Luisiada hasta que al final les dieron orden de retirarse.

Pero de este modo Fletcher le reveló al enemigo su paradero, con lo que se colocó en una posición difícil. Aunque el enemigo podía atacarlo en cualquier momento, sus propias fuerzas de ataque no se rearmarían ni estarían preparadas para seguir luchando hasta la tarde. Afortunadamente para él el tiempo era malo y estaba empeorando y el enemigo no tenía radar. De hecho, la fuerza de portaaviones japoneses se encontraba muy cerca, hacia el este, y emprendieron un ataque durante la tarde, pero como el tiempo estaba tan oscuro y borrascoso los aviones no dieron con su objetivo. Cuando regresaban con las manos vacías a sus portaaviones pasaron cerca de la fuerza de Fletcher y fueron detectados en la pantalla del radar. Se enviaron aviones de combate para interceptarlos y en la confusión que se produjo al oscurecer se destruyeron muchos aviones japoneses. Pocos de los veintisiete bombarderos que despegaron regresaron a sus barcos para participar en la batalla al día siguiente.

Ambas partes, sabiendo lo cerca que se encontraban, se plantearon la posibilidad de un ataque con fuerzas de superficie, pero a las dos les pareció demasiado arriesgado. Durante la noche volvieron a alejarse, y por la mañana del día ocho la suerte del tiempo se invirtió: entonces fueron los japoneses los que quedaron protegidos por las nubes bajas mientras que los barcos de Fletcher se encontraron bajo un sol radiante. Otra vez volvió a comenzar el juego del escondite. A las 8.38 un avión de reconocimiento del *Lexington* localizó por fin al enemigo y, más o menos al mismo tiempo, se interceptó una señal que reveló que el enemigo también había visto los portaaviones estadounidenses. Estaba a punto de librarse una batalla a gran escala entre dos fuerzas parejas y bien equilibradas.

Antes de las nueve se lanzaba una fuerza de ataque estadounidense compuesta por ochenta y dos aviones y a las 9.25 estaban todos en camino. Más o menos a la misma hora el enemigo lanzó una fuerza similar de sesenta y nueve. El ataque estadounidense comenzó a eso de las once y el japonés unos veinte minutos después. A las 11.40 había acabado todo. Los aviones estadounidenses se encontraron con el inconveniente de que había nubes bajas en torno a su objetivo. Cuando las encontraron, uno de los portaaviones enemigos se puso a cubierto bajo una borrasca de modo que todo el ataque se lanzó contra el otro, el *Shokaku*. Dieron en el blanco tres bombas y el barco se prendió fuego pero sufrió menos daños de lo que parecía ya que, aunque momentáneamente quedó fuera de servicio, el *Shokaku* consiguió regresar a puerto para que lo repararan. El *Zuikaku* no sufrió ningún daño.

Mientras tanto, bajo un cielo despejado, prosiguió el ataque japonés contra el *Yorktown* y el *Lexington*, Con maniobras sumamente hábiles el *Yorktown* se libró de casi todos los ataques, aunque muchas veces por muy poco. El impacto de una bomba

produjo muchas víctimas y originó un incendio, que fue dominado en seguida, de modo que la capacidad de combate del barco apenas se vio afectada. Pero el *Lexington*, que no era tan fácil de manejar, no fue tan afortunado: fue alcanzado por dos torpedos y recibió el impacto de dos o tres bombas. Al acabar la acción ardía y estaba escorado a babor, y tenía inundadas tres salas de calderas. Con grandes esfuerzos consiguieron controlar los incendios, corregir la escora y poco después el barco avanzaba a veinticinco nudos. Las pérdidas de aviones que sufrieron ambos bandos en este feroz enfrentamiento, el primero en la historia entre portaaviones, se evaluaron después de la guerra: treinta y tres estadounidenses, cuarenta y tres japoneses.

Si los acontecimientos del mar del Coral hubiesen acabado entonces el balance habría estado claramente a favor de Estados Unidos: habían hundido un crucero ligero, el *Shoho*, habían ocasionado graves daños al *Shokaku* y habían hecho regresar a la fuerza invasora que se dirigía a Port Moresby. Sus dos portaaviones parecían estar en buen estado, y lo único que habían perdido hasta ese momento era un buque cisterna y el destructor que lo acompañaba, que habían sido hundidos el día anterior por los portaaviones japoneses. Pero entonces sobrevino el desastre. Una hora después de que finalizara la batalla el *Lexington* se vio sacudido bruscamente por una explosión interna. Estallaron incendios que se propagaron hasta volverse incontrolables. Los valientes esfuerzos por salvar el barco resultaron infructuosos y esa noche fue abandonado sin que se perdieran más vidas y hundido por un torpedo estadounidense. Entonces los dos bandos se retiraron del mar del Coral y ambos anunciaron su victoria. La propaganda japonesa declaró con estridencia que no sólo habían hundido los dos portaaviones del contralmirante Fletcher sino también un acorazado y un crucero pesado. Pero sus propias reacciones después de la batalla no fueron coherentes con esta convicción. Postergaron hasta julio su avance hacia Port Moresby, aunque entonces tenían el camino abierto. Pero en julio había cambiado todo el panorama y se descartó el golpe, prefiriéndose en cambio un avance por tierra desde las bases que ya habían conquistado en Nueva Guinea. Estos días determinaron el límite del impulso japonés por mar hacia Australia.

Por el lado estadounidense la máxima prioridad era la conservación de sus fuerzas de portaaviones. El almirante Nimitz era consciente de que más al norte se avecinaban grandes acontecimientos que requerirían toda su fuerza. Estaba satisfecho de haber contenido por el momento el movimiento de los japoneses hacia el mar del Coral y en seguida dio órdenes de que todos sus portaaviones se dirigieran a Pearl Harbour, incluidos el *Enterprise* y el *Hornet*, y a continuación se apresuró a unirse a Fletcher. Además, prudentemente, ocultó la pérdida del *Lexington* hasta después de la batalla de las islas Midway, ya que era evidente que los japoneses no estaban seguros

de lo que había ocurrido en realidad y querían averiguarlo.

Este enfrentamiento tuvo una consecuencia desproporcionada para su importancia táctica. Desde el punto de vista estratégico fue una victoria estadounidense que vino muy bien, la primera contra Japón. Nunca se había visto nada igual. Fue la primera batalla naval en donde las naves de superficie no intercambiaron ni un solo disparo, aparte de que elevó las posibilidades y los riesgos de la guerra hasta otro nivel. La noticia voló por todo el mundo con un efecto tónico, aportando un alivio y un estímulo inmensos a Australia y Nueva Zelanda, y también a Estados Unidos. La experiencia táctica que se adquirió entonces a un precio tan elevado se aplicó poco después, con notable fortuna, en la batalla de las islas Midway, cuyos movimientos iniciales estaban a punto de comenzar.

El avance en el mar del Coral no fue más que la fase inicial de una política más ambiciosa por parte de Japón. Cuando todavía estaba en marcha, Yamamoto, el almirante supremo japonés, se preparaba para enfrentarse al poder estadounidense en el Pacífico central apoderándose de las islas Midway, incluido su aeródromo, desde el que podían amenazar, e incluso apoderarse hasta del propio Pearl Harbour. Al mismo tiempo, para desviar la atención, se enviaría una fuerza que se apoderaría de posiciones estratégicas en la parte occidental de las islas Aleutianas. Sincronizando cuidadosamente sus movimientos, Yamamoto esperaba atraer a la flota estadounidense hacia el norte para responder a la amenaza a las Aleutianas, con lo que quedaría en condiciones de lanzar toda su potencial contra las islas Midway. Para cuando los estadounidenses estuvieran en condiciones de intervenir allí con sus fuerzas esperaba encontrarse en posesión de la isla y estar listo para responder al contraataque con una fuerza abrumadora. Las Midway tenían tanta importancia para Estados Unidos, como avanzada de Pearl Harbour, que era inevitable que estos movimientos produjeran un fuerte enfrentamiento. Yamamoto confiaba en su capacidad pan forzar una batalla decisiva según sus propias condiciones y en que, con su gran superioridad, sobre todo en cuanto a acorazados rápidos, tenía excelentes posibilidades de aniquilar a su enemigo. Así era, a grandes rasgos, el plan que transmitió a si subordinado, el almirante Nagumo. No obstante, todo dependía de que el almirante Nimitz cayera en la trampa y también de que no tuviera preparada ninguna sor presa por su parte.

Pero el almirante estadounidense estaba atento y vigilante. Su servicio secreto lo mantenía bien informado y sabía hasta la fecha en la que estaba previsto asestar el golpe. Si bien cabía la posibilidad de que el plan contra las Midway fuera un subterfugio para ocultar el verdadero ataque a la cadena formada por las islas Aleutianas y un acercamiento al continente americano, las Midway eran, sin punto de comparación, un riesgo mayor y más probable, de modo que nunca dudó en desplegar

sus fuerzas en esa dirección. Su principal preocupación era que, en el mejor de los casos, sus portaaviones estarían en inferioridad de condiciones frente a los cuatro de Nagumo, que ya habían combatido con notable éxito desde Pearl Harbour hasta Ceilán. Otros dos de este grupo se habían desviado al mar del Coral y uno de ellos estaba averiado. Nimitz, por su parte, había perdido el *Lexington*, el *Yorktown* estaba inutilizado, el *Saratoga* todavía no se había vuelto a incorporar después de los daños que había ocasionado en la batalla, y el *Wasp* todavía estaba cerca del Mediterráneo, donde había acudido en socorro de Malta. Tan sólo el *Enterprise* y el *Hornet*, que regresaban a toda prisa del Pacífico meridional, y el *Yorktown*, si podían repararlo a tiempo, estarían preparados para la inminente batalla. Los acorazados que el almirante Nimitz tenía más cerca estaban en San Francisco y eran demasiado lentos para hacer de portaaviones; en cambio Yamamoto tenía once, de los que tres se encontraban entre los más poderosos y rápidos del mundo. Los estadounidenses tenían muy pocas probabilidades, aunque Nimitz podía contar entonces con el fuerte apoyo aéreo desde las bases de las propias islas Midway.

Durante la última semana de mayo la fuerza principal de la Armada japonesa comenzó a alejarse de sus bases. La primera en partir fue la fuerza que iría a las Aleutianas para desviar la atención, que tenía que atacar Dutch Harbour el tres de junio y atraer a la flota estadounidense en esa dirección. A continuación, las fuerzas de desembarco tenían que apoderarse de las islas de Attu, Kiska y Adak, más hacia el oeste. Nagumo, con su grupo de cuatro portaaviones, atacaría las Midway al día siguiente, y el cinco de junio llegaría la fuerza de desembarco a capturar la isla. No esperaban ninguna oposición importante. Mientras tanto, Yamamoto con su flota de combate estarían fondeados bastante más al oeste, fuera del alcance del reconocimiento aéreo, dispuestos a atacar cuando se produjera el esperado contraataque estadounidense.

Éste fue el segundo momento supremo para Pearl Harbour. Los portaaviones *Enterprise* y *Hornet* llegaron desde el sur el veintiséis de mayo. El *Yorktown* apareció al día siguiente; tenía unas averías que, según los cálculos, tardarían tres meses en repararse pero, con una decisión digna de la crisis, al cabo de cuarenta y ocho horas estuvo listo para entrar en combate, y lo rearmaron con un nuevo grupo aéreo. Volvió a zarpar el día treinta para reunirse con el almirante Spruance, que había partido dos días antes con los otros dos portaaviones. El contralmirante Fletcher conservó el mando táctico de la fuerza conjunta. En las Midway el aeródromo estaba abarrotado de bombarderos, y las fuerzas de tierra para la defensa de la isla se encontraban en estado de máxima alerta. Era imprescindible saber en seguida que el enemigo se acercaba, de modo que desde el treinta de mayo hubo un reconocimiento aéreo permanente. Los submarinos estadounidenses mantuvieron la vigilancia al oeste y al

norte de las Midway. Transcurrieron cuatro días de intenso suspense. El tres de junio, a las nueve de la mañana, un hidroavión Catalina que patrullaba a más de mil kilómetros al oeste de las Midway avistó un grupo de once barcos enemigos. Los ataques con bombas y torpedos que se produjeron a continuación no tuvieron éxito, a excepción de un torpedo que alcanzó a un buque cisterna, pero la batalla había comenzado y desapareció la incertidumbre acerca de las intenciones del enemigo. A través de su servicio secreto el contralmirante Fletcher tenía buenos motivos para creer que los portaaviones del enemigo se acercarían a las Midway desde el noroeste, y no se dejó engañar por los informes que recibió de este primer avistamiento, sino que acertó al suponer que se trataba sólo de un grupo de transportes. Llevó a sus portaaviones a la posición que había elegido, a unos trescientos kilómetros al norte de las Midway al amanecer del día cuatro, dispuestos a abalanzarse sobre el flanco de Nagumo en cuanto apareciera, si es que aparecía.

El cuatro de junio amaneció despejado y luminoso; a las 5.34 una patrulla procedente de las Midway por fin lanzó la esperada señal para comunicar que se acercaban los portaaviones japoneses. Comenzaron a llegar informes extensos y rápidos. Se vieron muchos aviones que se dirigían a las Midway y se avistaron acorazados de apoyo a los portaaviones. A las 6.30 se produjo el ataque japonés, muy intenso, pero encontró una feroz resistencia y es probable que un tercio de los atacantes no regresaran jamás. Causaron mucho daño y numerosas víctimas, pero el aeródromo siguió en servicio. Hubo tiempo para lanzar un contraataque a la flota de Nagumo. Su abrumadora superioridad en aviones de combate produjo cuantiosas bajas, y los resultados de este ataque valiente, en el que estaban depositadas grandes esperanzas, fueron decepcionantes. Aparentemente, el desaliento que les produjo su propio ataque confundió el criterio del almirante japonés, cuya Fuerza Aérea le informó de que sería necesario lanzar un segundo ataque contra las Midway. Había retenido a bordo una cantidad de aviones suficiente para hacer frente a los portaaviones estadounidenses que aparecieran, pero no los esperaba, y su búsqueda había sido insuficiente y al principio infructuosa. Entonces decidió romper la formación que había mantenido para este fin y rearmarlos para volver a atacar las Midway. En todo caso, había que despejar las cubiertas de vuelo para que pudieran aterrizar los aviones que regresaban del primer ataque. Esta decisión lo expuso a un peligro mortal, y aunque Nagumo se enteró después de la existencia de una fuerza estadounidense, que incluía un portaaviones, hacia el este, ya era demasiado tarde. Estaba condenado a recibir toda la fuerza del ataque estadounidense con las cubiertas llenas de bombarderos inútiles, reabasteciéndose o rearmándose.

Los almirantes Fletcher y Spruance, más fríos y precavidos, estaban en buena posición para intervenir en este momento crucial. Habían interceptado las noticias

que llegaban en abundancia desde primeras horas de la mañana, y a las siete el *Enterprise* y el *Hornet* comenzaron a lanzar un ataque con todos los aviones que tenían, salvo los que necesitaban para su propia defensa. El *Yorktown*, cuyos aviones se habían dedicado al reconocimiento durante la mañana, se retrasó mientras los recuperaba, pero su fuerza de ataque estuvo en el aire poco después de las nueve; para entonces, las primeras oleadas de los otros dos portaaviones se acercaban a su presa. Cerca del enemigo estaba nublado, de modo que al principio los bombarderos de ataque en picado no pudieron localizar a su objetivo. El grupo del *Hornet*, que no sabía que el enemigo se había vuelto atrás, no los encontró y no intervino en la batalla. Lamentablemente, por este motivo, los primeros ataques sólo se hicieron con lanzatorpedos desde los tres portaaviones y, aunque se insistió con gran coraje, no tuvo éxito frente a una oposición tan abrumadora. De los cuarenta y un lanzatorpedos que atacaron sólo regresaron seis. Pero su entrega tuvo su recompensa porque, mientras la atención de todos los japoneses y toda la fuerza disponible de los aviones de combate se concentraban en ellos, entraron en escena los treinta y siete bombarderos del *Enterprise* y el *Yorktown*. Prácticamente sin encontrar oposición, sus bombas cayeron sobre el buque insignia de Nagumo, el *Akagi*, y su gemelo, el *Kaga*, y casi simultáneamente otra oleada de diecisiete bombarderos procedentes del *Yorktown* atacó el *Soryu*. En pocos minutos las cubiertas de los tres barcos fueron un caos y quedaron sembradas de aviones en llamas y de explosiones. Debajo estallaron enormes incendios y poco después no quedaba la menor duda de que los tres estaban perdidos. Lo único que pudo hacer el almirante Nagumo fue trasladar su pabellón a un crucero y observar cómo ardían tres cuartas partes de los hermosos barcos bajo su mando.

Hasta pasado el mediodía los estadounidenses no recuperaron sus aviones. Habían perdido más de sesenta, pero obtuvieron una recompensa considerable. De los portaaviones enemigos sólo quedaba el *Hiryu*, que de inmediato decidió atacar en nombre de la bandera del sol naciente. Mientras los pilotos estadounidenses explicaban lo ocurrido a bordo del *Yorktown*, después de regresar, llegó la noticia de que se avecinaba un ataque. El enemigo, que según los informes se componía de una fuerza de unos cuarenta barcos, atacó con energía y, a pesar de que los atacaron con cazas y cañonazos, tres de sus bombas alcanzaron al *Yorktown*. Muy averiado, pero con los incendios bajo control, siguió luchando hasta que, dos horas después, el *Hiryu* volvió a atacar, esta vez con torpedos. Este ataque resultó fatal. Aunque la nave permaneció a flote dos días más la hundió un submarino japonés.

Pero el *Yorktown* fue vengado cuando todavía estaba a flote. El *Hiryu* fue localizado a las 14.45 y, en menos de una hora, volaban hacia él veinticuatro bombarderos procedentes del *Enterprise* que atacaron a las 17 convirtiéndolo, en pocos minutos, en una ruina en llamas, aunque no se hundió hasta la mañana

siguiente. Éste fue el fin del último de los cuatro portaaviones de Nagumo, y con ellos se perdieron sus pilotos, muy bien entrenados, que nunca pudieron sustituir. Así acabó la batalla del cuatro de junio, considerada acertadamente el momento decisivo de la guerra en el Pacífico.

Los comandantes estadounidenses victoriosos tenían otros peligros por delante. El almirante supremo japonés, con su formidable flota de combate, todavía podía atacar las Midway. La aviación estadounidense había sufrido cuantiosas pérdidas y ya no quedaban grandes barcos capaces de enfrentarse a Yamamoto si este decidía continuar su avance. El almirante Spruance, que asumió entonces el mando del grupo de portaaviones, se opuso a iniciar una persecución hacia el oeste por desconocer la fuerza que podía tener el enemigo y por carecer de suficiente apoyo para sus propios portaaviones. No cabe duda de que fue una decisión acertada. Cuesta más comprender, en cambio, que el almirante Yamamoto no tratara de recuperar su buena suerte. Al principio decidió seguir presionando y ordenó a cuatro de sus cruceros más poderosos que bombardearan las Midway en las primeras horas del cinco de junio. Al mismo tiempo, avanzaba hacia el noreste otra poderosa fuerza japonesa y si Spruance hubiera decidido perseguir los restos del grupo de Nagumo es posible que se hubiese visto atrapado en una desastrosa acción nocturna. Sin embargo, durante la noche el comandante japonés cambió repentinamente de opinión y a las 2.55 del día cinco ordenó la retirada general. Sus motivos no son nada claros, pero es evidente que la derrota inesperada y aplastante de sus valiosos portaaviones lo había afectado profundamente. Pero todavía iba a ocurrirle otra desgracia más. Dos de los cruceros pesados que iban a bombardear las Midway chocaron entre sí al evitar el ataque de un submarino estadounidense. Los dos quedaron seriamente averiados y fueron abandonados al comenzar la retirada general. El seis de junio fueron atacados por los aviones de Spruance, que hundieron uno de ellos y dejaron al otro aparentemente a punto de hundirse. Sin embargo, a pesar de los destrozos, el *Mogami* al final consiguió regresar a puerto.

Tras apoderarse de las pequeñas islas de Attu y Kiska, pertenecientes al grupo occidental de las Aleutianas, los japoneses se retiraron tan silenciosamente como habían llegado.

En este momento resulta ilustrativo reflexionar sobre el mando japonés. Dos veces en un mismo mes desplegaron en la batalla, con habilidad, agresividad y decisión sus fuerzas marinas y aéreas. En ambas ocasiones, cuando su Fuerza Aérea fue duramente repelida, abandonaron su objetivo a pesar de que las dos veces parecían estar a punto de conseguirlo. Los hombres de las Midway, los almirantes

Yamamoto, Nagumo y Kondo, fueron los mismos que planificaron y llevaron a cabo las osadas y poderosas operaciones que destruyeron en cuatro meses las flotas aliadas en el Lejano Oriente y echaron a la flota oriental británica del océano índico. Yamamoto se retiró a las Midway porque, como había demostrado todo el curso de la guerra, a varios miles de kilómetros de su base una flota que no tuviera cobertura aérea no podía arriesgarse a estar al alcance de una fuerza acompañada por portaaviones y con grupos aéreos casi intactos. Ordenó la retirada de la fuerza de transporte porque habría sido un suicidio atacar, sin apoyo aéreo, una isla defendida por fuerzas aéreas y físicamente tan pequeña que era imposible sorprenderla.

Se cree que la rigidez de la planificación japonesa y su tendencia a abandonar el objetivo cuando los planes no salían según lo previsto se debe en gran medida al carácter torpe e impreciso de su lengua, que hacía que fuera sumamente difícil improvisar comunicándose por señales.

Hay otra lección que destacar. El servicio secreto estadounidense logró infiltrarse con bastante anticipación en los secretos que el enemigo guardaba más celosamente. De este modo, el almirante Nimitz, a pesar de ser más débil, fue capaz dos veces de concentrar todas las fuerzas que tenía, con la potencia suficiente, en el momento adecuado y en el lugar preciso. Llegado el momento esto resultó decisivo, lo que demuestra la importancia de mantener el secreto y las consecuencias que tiene la fuga de información en una guerra.

Esta memorable victoria estadounidense tuvo una importancia fundamental no sólo para Estados Unidos sino para toda la causa aliada. El efecto moral fue enorme e instantáneo. De una sola vez se invirtió la preponderancia de Japón en el Pacífico. La evidente superioridad del enemigo, que durante seis meses frustró nuestras empresas conjuntas en todo el Lejano Oriente, había desaparecido para siempre. A partir de ese momento todos nuestros pensamientos se volvieron a la ofensiva, con una confianza serena. Dejamos de preocuparnos por dónde asestarían los japoneses el siguiente golpe y empezamos a pensar en dónde podíamos golpearlos nosotros para recuperar los vastos territorios que habían invadido en su precipitado ataque. El camino sería largo y difícil, y todavía faltaban inmensos preparativos para obtener la victoria en Oriente, pero de ésta ya no quedaba ninguna duda; aparte de que las demandas del Pacífico ya no resultaban tan gravosas para el enorme esfuerzo que Estados Unidos se estaba preparando para hacer en Europa.

En los anales de la guerra en el mar no aparece ningún choque más intenso y conmovedor que estas dos batallas, en las que las cualidades de la Armada y la Fuerza Aérea estadounidenses y las de todo el pueblo estadounidense brillaron en

todo su esplendor. Las condiciones nuevas que creó la guerra en el aire, que hasta entonces nunca se habían tenido en cuenta, dio mucha mayor importancia a la velocidad de la acción y los giros de la fortuna. Pero el valor y la entrega de los aviadores y los marinos estadounidenses y el coraje y la habilidad de sus líderes fue la base de todo. Mientras la flota japonesa se retiraba a los lejanos puertos de su país, sus comandantes sabían no sólo que habían perdido para siempre la fuerza de sus portaaviones sino también que el enemigo al que habían desafiado los enfrentaba con una fuerza de voluntad y una pasión similar a las máximas tradiciones de sus antepasados samurais, respaldados por una evolución del poder, la cantidad y la ciencia a la que no se le podían poner límites.

Capítulo X

«¡UN SEGUNDO FRENTE, YA MISMO!»

El ocho de abril llegaron a Londres Hopkins y el general Marshall; traían un completo memorándum preparado por el Estado Mayor conjunto de Estados Unidos y aprobado por el presidente. Por su importancia, se justifica la publicación del texto en su totalidad.

OPERACIONES EN EUROPA OCCIDENTAL

Abril de 1942

Se ha elegido Europa occidental como frente donde montar la primera gran ofensiva de Estados Unidos y Gran Bretaña. Sólo allí podrían desarrollarse plenamente sus recursos conjuntos por tierra y por aire y dar el máximo apoyo a Rusia.

La decisión de lanzar esta ofensiva se debe tomar *de inmediato*, porque son necesarios unos preparativos inmensos en muchos sentidos. Hasta que esté a punto, en Occidente se debe mantener al enemigo inmovilizado y en una posición de incertidumbre por medio de estratagemas y ataques que servirán para obtener información útil y como un valioso entrenamiento.

Las fuerzas conjuntas de invasión tendrían que estar formadas por cuarenta y ocho divisiones (incluidas nueve blindadas), de las que la parte británica asciende a dieciocho (incluidas tres blindadas). Las fuerzas aéreas de apoyo requeridas ascienden a 5.800 aviones de combate, de los que 2.550 serán británicos.

La velocidad es la esencia del problema. Las principales limitaciones son la escasez de lanchas de desembarco para el ataque y de embarcaciones para transportar a las tropas necesarias desde Estados Unidos hasta el Reino Unido. *Sin afectar los compromisos esenciales en otros frentes, estas fuerzas se pueden transportar antes del uno de abril de 1943, pero sólo si el 60 por 100 de ellas se transportan en embarcaciones que no sean estadounidenses*[12]. Si el traslado depende sólo de embarcaciones estadounidenses se debe postergar la fecha del ataque hasta finales del verano de 1943.

Harán falta alrededor de siete mil lanchas de desembarco, de modo que habrá que acelerar considerablemente los programas actuales de construcción para alcanzar esta cifra. Al mismo tiempo, hay que acelerar el trabajo preparatorio para recibir y dirigir los grandes contingentes estadounidenses de fuerzas terrestres y aéreas.

El ataque debería producirse en playas seleccionadas entre El Havre y Boulogne, con una primera oleada de por lo menos seis divisiones con el complemento de tropas aerotransportadas. Habría que incorporar por lo menos cien mil hombres por semana. En cuanto se aseguren las cabezas de puente las fuerzas blindadas deberían avanzar con rapidez para capturar la línea del Oise-Saint-Quentin. A partir de entonces, el siguiente objetivo sería Amberes.

Como una invasión a esta escala no se puede organizar antes del uno de abril de 1943, como muy pronto, hay que preparar un plan y mantenerlo actualizado para que entren en acción las tropas que vayan estando disponibles de tanto en tanto. Es posible que haya que poner esto en práctica como medida de emergencia ya sea (a) para aprovechar una repentina desintegración alemana, o (b) «como un sacrificio» para evitar un derrumbe inminente de la resistencia rusa. En cualquiera de los dos casos la superioridad aérea local es imprescindible. Por otra parte, durante el otoño de 1942 es probable que no se puedan despachar y mantener más de cinco divisiones. En este período la mayor parte de la carga recaería en el Reino Unido. Por ejemplo, el quince de septiembre Estados Unidos podría conseguir dos divisiones y media, de las cinco necesarias, pero sólo setecientos aviones de combate, de modo que la aportación que tendría que hacer el Reino Unido podría ascender a cinco mil aviones.

Hopkins, agotado por el viaje, estuvo enfermo dos o tres días, pero Marshall inició de inmediato las conversaciones con nuestros jefes del Estado Mayor. Fue imposible organizar la conferencia formal con el Comité de Defensa hasta el martes catorce. Mientras tanto, discutí toda la situación con los jefes del Estado Mayor y también con mis colegas. Para todos fue un alivio conocer la evidente intención estadounidense de intervenir en Europa y de dar la máxima prioridad a la derrota de Hitler. Ésta había sido siempre la base de nuestra concepción estratégica. Por otra parte, ni nosotros ni nuestros asesores profesionales pudimos elaborar ningún plan práctico para atravesar el canal con un gran ejército angloamericano y desembarcar en Francia antes del final del verano de 1943 que, como ya he señalado, siempre había sido mi objetivo y mi programa. También se nos presentaba la nueva idea estadounidense de un desembarco preliminar de emergencia a una escala mucho menor, pero de todos modos sustancial, en el otoño de 1942. Estábamos muy dispuestos a estudiarla, así como cualquier otro plan de distracción, por el bien de Rusia y también por la marcha general de la guerra.

La noche del catorce el Comité de Defensa se reunió con nuestros amigos estadounidenses en el número 10 de Downing Street. La discusión fue crucial y la conclusión unánime: todos coincidimos en que debía realizarse una operación al otro lado del canal de la Mancha en 1943, que entonces se denominó «Rodeo», aunque no fui yo quien le puso ese nombre.

Pero mientras planificábamos esta empresa gigantesca no podíamos descuidar todas nuestras demás obligaciones. Nuestra primera obligación imperial era defender a la India de una invasión de Japón, que ya parecía amenazarla. Asimismo, esta tarea guardaba una relación decisiva con la guerra en general. Dejar que los cuatrocientos millones de súbditos indios de Su Majestad, con los que teníamos un vínculo de honor, fueran arrasados e invadidos por los japoneses, como ocurrió en China, habría sido una vergüenza. Además, permitir que los alemanes y los japoneses se dieran la mano en la India o en Oriente Próximo suponía un desastre inconmensurable para la causa aliada, casi comparable, para mí, a la retirada de la Rusia soviética detrás de los Urales, o incluso al hecho de que firmaran una paz aparte con Alemania. En esas fechas ninguna de estas contingencias me parecía probable. Confiaba en la capacidad de los ejércitos y de la nación rusa para luchar en defensa de su tierra natal. En cambio nuestro imperio indio, con toda su gloria, podía ser una presa fácil y tenía que presentar este punto de vista ante los enviados de Estados Unidos. Sin el apoyo activo de Gran Bretaña la India podía ser conquistada en pocos meses. A Hitler, someter a la Rusia soviética le llevaría mucho más tiempo y le costaría más. Antes de conseguirlo se habría establecido la supremacía aérea angloamericana y no podría superarla. Aunque fallara todo lo demás, al final esto resultaría decisivo.

Yo estaba totalmente de acuerdo con lo que Hopkins había llamado «un ataque

frontal al enemigo en el norte de Francia en 1943». Pero, ¿qué haríamos mientras tanto? Los ejércitos principales no podían limitarse a prepararse durante todo ese tiempo. Sobre este punto había grandes divergencias. El teniente general Marshall había adelantado la propuesta de que nos convenía tratar de apoderarnos de Brest o de Cherburgo, preferentemente esta última, o incluso de ambas, a principios del otoño de 1942. La operación tendría que ser británica casi por completo. Nosotros teníamos que aportar la Armada, la Fuerza Aérea, dos tercios de las tropas y las lanchas de desembarco que estuvieran disponibles. Sólo podrían encontrarse dos o tres divisiones estadounidenses y éstas, no hay que olvidarlo, se acababan de formar. Hacen falta por lo menos dos años y unos mandos muy profesionales para formar tropas de primera clase. Por consiguiente, en esta empresa prevalecería naturalmente la opinión del Estado Mayor británico. Sin duda había que realizar un intenso estudio técnico del problema.

Sin embargo no rechacé de ninguna manera la idea desde el principio, aunque tenía en mente otras alternativas. La primera de ellas era el asalto a la zona francesa del norte de África (Marruecos, Argelia y Túnez), que por el momento recibió el nombre de «Gimnasta» y que, en última instancia, se plasmó en la gran operación «Antorcha», Tenía un segundo plan alternativo, que siempre ansié, y que me parecía que se podía emprender además de la invasión del norte de África; era la operación «Júpiter» y consistía en la liberación del norte de Noruega. Era una ayuda directa a Rusia, la única manera de emprender una acción militar conjunta y directa con tropas, barcos y aviones rusos. Era un medio de asegurarnos el extremo septentrional de Europa, de abrir la mayor entrada de suministros a Rusia. Era una empresa que, como consistía en combatir en las regiones árticas, no comprometía ni a grandes cantidades de hombres ni grandes gastos en suministros y municiones. A los alemanes no les había costado mucho conseguir esos puntos estratégicos vitales próximos al cabo Norte; por tanto, se podían recuperar a un coste reducido en comparación con la escalada que había alcanzado la guerra en ese momento. Mi propia elección era la «Antorcha» y, si hubiera podido hacer todo lo que me parecía, habría procurado emprender también la operación «Júpiter» en 1942.

El intento de establecer una cabeza de puente en Cherburgo me parecía más difícil, menos atractiva, menos útil de inmediato o ventajosa a largo plazo. Sería mejor colocar la garra derecha en la zona francesa del norte de África, desgarrar con la izquierda el cabo Norte y esperar un año sin correr ningún riesgo en el frente alemán fortificado al otro lado del canal de la Mancha.

Éstos eran mis puntos de vista en ese momento y nunca me he arrepentido. Sin embargo estaba dispuesto a presentar la operación «Mazo», como se llamaba el ataque a Cherburgo, con toda justicia, junto con otras sugerencias, ante los comités de planificación. Estaba seguro de que cuanto más se analizara menos gustaría. Si

hubiera estado en condiciones de dar órdenes me habría decidido por «Antorcha» y «Júpiter», convenientemente sincronizadas, para el otoño, y habría dejado pasar el «Mazo» como un amago en medio de rumores y ostentosos preparativos. Pero tenía que usar mi influencia y actuar con diplomacia para conseguir una acción coincidente y armoniosa con nuestro querido aliado, sin cuya colaboración el mundo se enfrentaba a la ruina. Por consiguiente no planteé ninguna de estas alternativas en nuestra reunión del día catorce.

Sobre la cuestión suprema, recibimos con alivio y alegría la propuesta decisiva de Estados Unidos de llevar a cabo una invasión masiva de Alemania lo antes posible utilizando a Inglaterra como trampolín. Podría haber ocurrido, como ya veremos, que tuviéramos que enfrentarnos a unos planes estadounidenses que dieran la mayor prioridad a ayudar a China y aplastar a Japón. Pero desde el comienzo mismo de nuestra alianza, después de Pearl Harbour, el presidente y el general Marshall, imponiéndose a las poderosas oleadas de la opinión pública, vieron en Hitler al enemigo primero y principal. Personalmente yo ansiaba ver a los ejércitos británicos y estadounidenses codo con codo en Europa, pero no dudaba de que si se estudiaban los detalles (lo de las lanchas de desembarco y todo eso) y se reflexionaba sobre la estrategia fundamental de la guerra el «Mazo» quedaría descartado. Al final, no se encontró ninguna autoridad militar (ni Ejército, ni Armada, ni Fuerza Aérea) a ningún lado del Atlántico que fuera capaz de preparar un plan así o, en la medida de mis informes, que estuviera dispuesta a asumir la responsabilidad de llevarlo a cabo. Los deseos conjuntos y la buena voluntad no pueden hacer frente a la cruda realidad.

Resumiendo: siempre reivindiqué lo establecido en mi memorándum de diciembre de 1941 al presidente, a saber: (1) que los ejércitos de liberación británicos y estadounidenses debían desembarcar en Europa en 1943. ¿Cómo iban a desembarcar con toda su fuerza si no partían del sur de Inglaterra? No había que hacer nada para impedirlo y había que hacer todo lo posible por promoverlo. (2) Mientras tanto, con los rusos combatiendo en un frente gigantesco, incansablemente, contra la principal fuerza de ataque del Ejército alemán, no podíamos quedarnos con los brazos cruzados sino que debíamos hacer frente al enemigo. En el fondo, el presidente opinaba lo mismo. Entonces, ¿qué convenía hacer durante el año o los quince meses que faltaban hasta que se pudiera emprender una ofensiva importante al otro lado del canal de la Mancha? Evidentemente la ocupación de la zona francesa del norte de África era posible en sí misma y razonable y encajaba dentro del plan estratégico general.

Yo esperaba que esto se pudiera combinar con una incursión en Noruega, y sigo creyendo que habría sido posible llevar a cabo los dos ataques de forma simultánea. Pero en estas tensas conversaciones sobre cosas inconmensurables es muy peligroso perder la sencillez y la determinación. Aunque esperaba poder emprender tanto la

«Antorcha» como «Júpiter» jamás tuve la menor intención de permitir que «Júpiter» le quitara el puesto a la «Antorcha». Era tal la dificultad de concentrar y combinar en una incursión vehemente todos los esfuerzos de dos países poderosos que no había que permitir que ninguna ambigüedad nos obnubilara. (3) Por consiguiente, la única forma de ocupar el tiempo hasta que grandes masas de soldados británicos y estadounidenses pudieran entrar en contacto con los alemanes en Europa en 1943 era mediante una contundente ocupación angloamericana de la zona francesa del norte de África, conjuntamente con el avance británico hacia el oeste, atravesando el desierto en dirección a las ciudades de Trípoli y Túnez.

Al final, cuando todos los demás planes y argumentos se agotaron y se perdieron por el camino, ésta se convirtió en la decisión conjunta de los aliados occidentales.

En mayo recibimos otras visitas. Vino Mólotov para negociar una alianza anglorrusa y para conocer nuestra opinión sobre la apertura de un segundo frente. La alianza se concretó y el segundo frente se analizó en detalle. Nuestros invitados rusos habían manifestado el deseo de alojarse en el campo, fuera de Londres, durante su estancia de modo que puse Chequers a su disposición. Mientras tanto me alojé en el anexo de Storey Gate, a pesar de lo cual bajé dos noches a Chequers, donde tuve la ventaja de mantener largas conversaciones privadas con Mólotov y el embajador Maiski, el mejor intérprete posible, capaz de traducir con rapidez y fluidez y poseedor de un amplio conocimiento de la situación. Con la ayuda de buenos mapas traté de explicar lo que estábamos haciendo y las limitaciones y las peculiaridades que presenta la capacidad bélica de una potencia insular. También expliqué detalladamente la técnica de las operaciones anfibias y describí los peligros y las dificultades de mantener nuestra línea vital a través del Atlántico frente al ataque de los submarinos alemanes. Me parece que Mólotov se quedó impresionado con todo esto y se dio cuenta de que nuestro problema era totalmente diferente del que tenía una extensa potencia continental. En todo caso, estuvimos más cerca que nunca.

La inveterada sospecha que manifiestan los rusos frente a los extranjeros se puso de manifiesto en algunos incidentes notables que tuvieron lugar durante la estancia de Mólotov en Chequers. A su llegada, pidieron en seguida la llave de todos los dormitorios. Nos costó un poco proporcionárselas y, desde ese momento, nuestros invitados siempre mantuvieron las puertas cerradas con llave. Cuando los empleados de Chequers consiguieron entrar para hacer las camas se sorprendieron al encontrar pistolas bajo las almohadas. Los tres miembros principales de la misión no sólo eran atendidos por sus propios oficiales de policía sino también por dos mujeres que se ocupaban de su ropa y les mantenían las habitaciones en orden. Cuando los enviados soviéticos estaban ausentes en Londres estas mujeres mantenían una vigilancia permanente sobre las habitaciones de sus señores y sólo bajaban a comer de una en

una. Podemos afirmar, sin embargo, que al final fueron un poco más cordiales y hasta conversaban en mal francés y por señas con el personal de la casa.

Se tomaron precauciones extraordinarias para la seguridad personal de Mólotov. Sus oficiales de policía registraron a fondo su habitación; todos los armarios, los muebles, las paredes y el suelo fueron objeto de un examen minucioso, con ojos expertos. La cama fue objeto de una atención especial; palparon todos los colchones por si contenían algún aparato infernal y acomodaron las sábanas y las mantas dejando una abertura en el medio de la cama para que su ocupante pudiera saltar en un santiamén en lugar de quedar atrapado. Por la noche le colocaban un revólver junto a la bata y el portafolios. Siempre conviene tomar precauciones, sobre todo en época de guerra, pero uno tiene que esforzarse por ser realista. Lo más sencillo es preguntarse si la otra parte tiene algún interés en matar a la persona en cuestión. Por mi parte, cuando iba a Moscú tenía plena confianza en la hospitalidad rusa.

Mólotov voló a Washington y regresó cargado con los planes para una operación al otro lado del canal de la Mancha en 1942. Nosotros mismos seguíamos estudiando esta posibilidad, conjuntamente con el Estado Mayor estadounidense, y de momento sólo habían surgido dificultades. No vendría mal una declaración pública que sirviera para preocupar a los alemanes y, por tanto, hacer que mantuvieran en el oeste tantas tropas como les fuera posible. Por consiguiente, estuvimos de acuerdo en emitir un comunicado que se publicó el once de junio e incluía la siguiente frase: «En el transcurso de las conversaciones se llegó a un completo acuerdo con respecto a las misiones urgentes de crear un segundo frente en Europa en 1942».

Me parecía fundamental que, en este esfuerzo por engañar al enemigo, no engañáramos a nuestro aliado. Por eso, mientras se redactaba el comunicado, entregué a Mólotov en persona, en la sala del gabinete y en presencia de algunos de mis colegas, un memorándum que expresaba con toda claridad que, aunque estábamos haciendo todo lo posible por elaborar planes, no nos comprometíamos a actuar y no podíamos hacer ninguna promesa. Cuando posteriormente el gobierno soviético nos hizo reproches, y cuando el propio Stalin me planteó la cuestión a mí en persona, siempre les enseñamos este memorándum y les indicamos las palabras: «*Por tanto, no podemos hacer ninguna promesa*».

MEMORÁNDUM

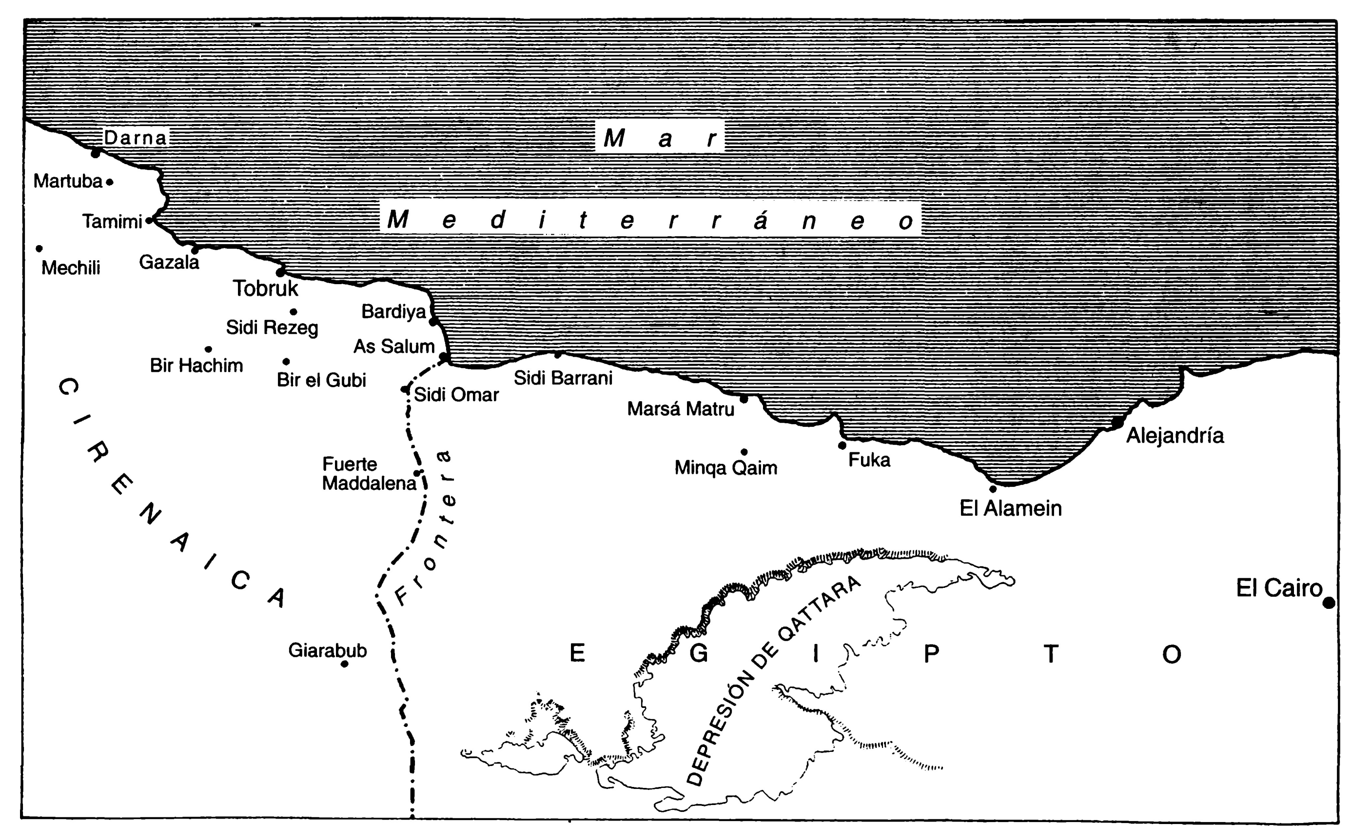
Estamos haciendo preparativos para desembarcar en el continente europeo en agosto o septiembre de 1942. Como ya hemos explicado, la principal limitación para el tamaño de la fuerza de desembarco es la disponibilidad de lanchas de desembarco especiales. Queda claro, sin embargo, que no contribuirá a la causa rusa ni a la de los aliados en su totalidad si, por emprender la acción a cualquier precio, nos embarcamos en una operación que acabara en un desastre y proporcionara ocasión al enemigo de disfrutar de nuestra turbación. Resulta imposible establecer por adelantado si la situación permitirá que la operación

sea factible llegado el momento. *Por tanto, no podemos hacer ninguna promesa acerca de esta cuestión* aunque, si resulta razonable, no dudaremos en poner en práctica nuestro plan.

Durante las semanas siguientes la opinión profesional siguió su curso. Dediqué toda mi atención al problema del «Mazo» y solicité informes constantes. Sus dificultades se pusieron de manifiesto en seguida. El asalto a Cherburgo con un ejército desembarcado por mar frente a la oposición alemana, probablemente superior en número y con fuertes fortificaciones, era una operación arriesgada. Si tenían éxito, los aliados se encontrarían cercados en Cherburgo, en el extremo de la península de Cotentin, y tendrían que mantenerse en esta trampa, entre bombas y proyectiles, durante casi un año sometidos a bombardeos y ataques constantes. Sólo podrían recibir suministros a través del puerto de Cherburgo, que habría que defender durante todo el invierno y la primavera de ataques aéreos que podían ser continuos y en ocasiones abrumadores. El esfuerzo implícito en una misión así suponía una carga prioritaria sobre todos nuestros recursos de transporte y potencial aéreo, y privaría de recursos a todas las demás operaciones. Si lo conseguíamos, en verano tendríamos que salir de la estrecha cintura de la península de Cotentin, tras asaltar una serie de líneas fortificadas alemanas defendidas por las tropas que los alemanes quisieran aportar. De todos modos sólo había una línea férrea a lo largo de la que podía avanzar nuestro ejército y que seguramente habría sido destruida. Al mismo tiempo, no quedaba claro hasta qué punto esta empresa poco prometedora podía beneficiar a Rusia. Los alemanes habían dejado en Francia veinticinco divisiones móviles. Nosotros no podríamos tener prontas más de nueve antes de agosto, para el «Mazo», siete de las cuales debían ser británicas. Por consiguiente, ellos no tendrían que recurrir a las divisiones alemanas que estaban en el frente ruso.

A medida que estos hechos y muchos más se fueron presentando de esta peligrosa manera a los estados mayores militares se manifestó cierta falta de convicción y de entusiasmo, no sólo entre los británicos sino también entre nuestros camaradas estadounidenses. Las discusiones del Estado Mayor continuaron sin cesar durante el verano. Así se descartó el «Mazo» por acuerdo general. Por otra parte, no recibí demasiado apoyo positivo para «Júpiter», la operación en el norte de Noruega. Todos coincidíamos en la gran invasión al otro lado del canal de la Mancha en 1943. Se planteaba una duda irresistible: qué hacer mientras tanto. Era imposible que Estados Unidos y Gran Bretaña permanecieran ociosos todo ese tiempo sin combatir, salvo en el desierto. El presidente estaba decidido a que los estadounidenses lucharan contra Alemania en la mayor medida posible *durante* 1942. ¿Dónde podrían hacerlo? ¿Acaso había algún otro lugar fuera de la zona francesa del norte de África, que siempre hacía sonreír al presidente? De los numerosos planes sólo sobreviviría el más apto.

Me conformé con esperar una respuesta.



El desierto occidental

Capítulo XI

MI SEGUNDA VISITA A WASHINGTON. TOBRUK

Aunque el capitán general Auchinleck no se había sentido bastante fuerte para tomar la iniciativa en el desierto, esperaba con cierta confianza el ataque del enemigo. El teniente general Ritchie, comandante del Octavo Ejército, había preparado, con la supervisión de su jefe, una compleja posición defensiva que se extendía desde Gazala hasta Bir Hachim, sesenta kilómetros más al sur, compuesta por puntos fortificados llamados «cajas» defendidos por brigadas o fuerzas más numerosas, y toda cubierta por un inmenso despliegue de campos de minas, detrás del cual se mantenían en reserva todas nuestras fuerzas blindadas y el XXX Cuerpo.

Todas las batallas del desierto, salvo la de El Alamein, comenzaron con movimientos amplios y rápidos de fuerzas blindadas en el flanco del desierto. Rommel comenzó a la luz de la luna, la noche del veintiséis al veintisiete de mayo, y se lanzó hacia delante con todas sus unidades blindadas tratando de enfrentar y destruir a las nuestras y esperando (ahora lo sabemos) apoderarse de Tobruk el segundo día del ataque. Pero no lo consiguió, y el diez de junio, después de una lucha implacable, Auchinleck nos envió un cálculo aproximado de las bajas por ambos bandos. Las cifras de carros de combate, cañones y aviones eran satisfactorias, además de precisas. Pero naturalmente me llamó la atención la frase siguiente: «Nuestras propias pérdidas de personal se calculan de forma muy aproximada en diez mil, de las que es posible que ocho mil sean prisioneros, pero las bajas de la 5.ª División india no se conocen todavía con exactitud». Esta desproporción extraordinaria entre muertos y heridos por una parte y prisioneros por la otra revelaba que debía de haber ocurrido algo desagradable. Demostraba también que el cuartel general de El Cairo era incapaz, en gran medida, de calcular lo ocurrido. No hice hincapié en esto en mi respuesta.

Durante los días doce y trece se libró una feroz batalla por la posesión de las montañas situadas entre El Adem y el cruce de «Knightsbridge». Ésta fue la culminación de la batalla de los carros de combate; cuando acabó, el enemigo quedó dueño del campo y nuestras propias unidades blindadas se vieron seriamente reducidas. «Knightsbridge», el foco de comunicaciones en esa zona, tuvo que ser evacuado tras una defensa pertinaz y el día catorce fue evidente que la batalla había dado un giro adverso. Casey, el ministro de Estado, me envió un telegrama que ponía énfasis en los mensajes de las tres armas y contenía el pasaje siguiente:

> En cuanto al propio Auchinleck, confío plenamente en él en lo que respecta a sus dotes de mando y la forma en que dirige la batalla con las fuerzas que tiene a su disposición. Lo único que desearía es que pudiera estar en dos lugares al mismo tiempo: tanto aquí, en el centro de la red, como en la vanguardia,

> dirigiendo en persona el combate del Octavo Ejército. Incluso algunas veces, en los últimos días, he pensado que sería bueno para él ir al frente y asumir el mando de la batalla, dejando aquí, temporalmente al mando, a su jefe del Estado Mayor, pero él no opina lo mismo y no quiero obligarlo. Es la batalla de Auchinleck y a él le corresponde tomar las decisiones sobre sus subordinados.

El comentario de Casey sobre la conveniencia de que Auchinleck asumiera personalmente el mando de la batalla del desierto confirmó mis propias impresiones, que yo le había manifestado al general un mes antes. El comandante en jefe de Oriente Próximo se encontraba incómodo y trabado porque tenía demasiadas responsabilidades. Para él la batalla, de la que dependía todo su trabajo, era sólo una parte de su misión. Siempre estaba el peligro procedente del norte, al que se sentía obligado a atribuir una importancia que nosotros, desde una posición que nos permitía juzgar mejor, ya no compartíamos.

Lo que acordó fue una solución de compromiso. Dejó que librara la batalla decisiva el general Ritchie, que hasta hacía muy poco había sido su subjefe del Estado Mayor, pero al mismo tiempo lo sometió a una supervisión estricta, enviándole órdenes permanentemente. Hasta que no se produjo el desastre no lograron convencerlo (en gran medida a instancias del ministro de Estado) de que hiciera lo que debería haber hecho desde el principio: asumir él mismo el mando directo de la batalla. A esto atribuyo su fracaso personal, del que tenemos parte de culpa, sin duda, mis colegas y yo por haber asignado unas responsabilidades demasiado amplias al mando de Oriente Próximo un año antes. Sin embargo, habíamos hecho todo lo posible para liberarlo de estas cargas innecesarias por medio de un asesoramiento preciso, constante y sustitutivo que él no aceptaba. Personalmente, creo que si hubiera asumido el mando desde el principio y hubiese dejado un representante en El Cairo (podía hacerlo perfectamente) para vigilar el norte y ocuparse de la diversidad de asuntos que concernían al resto de este inmenso frente que tenía bajo su mando es muy posible que hubiese ganado la batalla, y no cabe duda de que, cuando se hizo cargo más tarde, ese mismo día, salvó lo que quedaba de ella.

El lector verá a continuación que estas impresiones me afectaron tan profundamente que en mi directriz al general Alexander, de fecha diez de agosto, dejé aclarada su obligación principal sin ninguna duda. Viviendo, uno aprende mucho.

En seguida brilló ante nosotros Tobruk y, al igual que el año anterior, no nos cabía ninguna duda de que teníamos que defenderlo a toda costa. Entonces, después Je un retraso innecesario de un mes, Auchinleck recurrió a la división neozelandesa que estaba en Siria, aunque no llegó a tiempo para intervenir en la batalla de Tobruk. No quedamos satisfechos con las órdenes que le dio al general Ritchie, que no le exigían positivamente que defendiera la fortaleza. Para asegurarme envié el siguiente telegrama:

> Nos alegramos de que nos garantice que no tiene intenciones de abandonar Tobruk. El gabinete de Guerra entiende que [su telegrama] implica que, si surgiese la necesidad, el general Ritchie dejaría en Tobruk las tropas que fuesen necesarias para defender el lugar con total seguridad.

La respuesta no dejaba lugar a dudas y en ella depositamos nuestra confianza basándonos en la experiencia del año anterior. Además, en teoría, nuestra posición, según había señalado Auchinleck, era mucho mejor que en 1941. Teníamos desplegado un ejército sobre un frente fortificado, muy cerca de Tobruk, que contaba con el apoyo de un ferrocarril directo de vía ancha recién construido. Ya no estábamos alineados en un flanco, y nuestras comunicaciones no dependían en su mayor parte del mar sino, según los principios ortodoxos de la guerra, formando un ángulo recto desde el centro de nuestro frente hasta nuestra base principal. En estas circunstancias, aunque lamentaba lo ocurrido, todavía sentía, partiendo de un análisis de todas las fuerzas de ambos bandos y conociendo las inmensas dificultades de aprovisionamiento que tenía Rommel, que todo iría bien. Como la división neozelandesa ya no estaba lejos y se acercaban importantes refuerzos por mar, a mí no me parecía que seguir combatiendo con la mayor intensidad por ambos bandos fuera a ser perjudicial para nosotros a la larga. Por consiguiente, no cancelé los planes que tenía para hacer una segunda visita a Washington, donde había que negociar unos asuntos de la máxima importancia para la estrategia general de la guerra. En esto, contaba con el apoyo de mis colegas.

El objetivo principal de mi viaje era llegar a una decisión definitiva sobre las operaciones de 1942 o 1943. Las autoridades estadounidenses en general, y Stimson y el general Marshall en particular, deseaban llegar en seguida a un acuerdo sobre un plan que permitiera a Estados Unidos enfrentarse a las fuerzas alemanas por tierra y en el aire en 1942. De no ser así, existía el peligro de que los jefes del Estado Mayor estadounidense se plantearan seriamente una revisión radical de la estrategia de «Alemania primero». A mí me preocupaba mucho otra cuestión: la de las «aleaciones de tubo», que era nuestro nombre en clave para lo que posteriormente se convirtió en la bomba atómica. Nuestra investigación y nuestros experimentos habían llegado a un punto en el que era imprescindible llegar a acuerdos definidos con Estados Unidos y se tenía la impresión de que la única manera de conseguirlo era mediante discusiones personales entre el presidente y yo. El hecho de que el gabinete de Guerra resolviera que convenía que me fuera del país y de Londres con el jefe del Estado Mayor del Imperio y el general Ismay en el momento culminante de la batalla del desierto da una idea de la importancia que dábamos el resolver las graves cuestiones estratégicas que se nos planteaban.

Debido a la urgencia y la crisis de nuestros asuntos en estos días tan difíciles

decidí viajar en avión, en lugar de hacerlo por barco, con lo que estaríamos apenas veinticuatro horas fuera del cauce normal de la información. Se tomaron medidas eficaces para transmitir de inmediato los mensajes procedentes de Egipto y para pasar y descodificar rápidamente todos los informes y no estaba previsto que se produjeran retrasos perjudiciales en la toma de decisiones, como de hecho no sucedió.

Aunque ya sabía entonces los riesgos que habíamos corrido en nuestro vuelo de regreso desde las Bermudas, en enero, tenía tanta confianza en el jefe de pilotos, Kelly Rogers, y en su hidroavión Boeing que pedí especialmente que se hiciera cargo él. Partimos de Stranraer la noche del diecisiete de junio poco antes de medianoche. Hacía un tiempo perfecto y había luna llena. Estuve dos horas o más en el asiento del copiloto, admirando el resplandor del mar, dándole vueltas a mis problemas y pensando en la inquietante batalla. Dormí profundamente en la «cámara nupcial» hasta que llegamos a Gander a plena luz del día. Allí podríamos haber repostado, pero no se consideró necesario de modo que, después de los saludos en el aeropuerto, continuamos nuestro viaje. Como viajábamos con el sol el día parecía muy largo. Comimos dos veces, con un intervalo de seis horas, y pensamos que cenaríamos tarde, cuando llegáramos.

Las dos últimas horas volamos sobre tierra, y eran alrededor de las siete de la tarde, según la hora estadounidense, cuando nos acercamos a Washington. A medida que fuimos descendiendo en dirección al río Potomac observé que estábamos más o menos a la altura del monumento a Washington, que mide más de ciento cincuenta metros de altura, y le recalqué al capitán Kelly Rogers que sería una verdadera desgracia que pusiéramos fin a nuestra historia chocando precisamente con él. Me aseguró que pondría un empeño especial en evitarlo. De modo que aterrizamos sanos y suavemente en el Potomac, tras veintisiete horas de vuelo. Nos dieron la bienvenida lord Halifax, el general Marshall y varios altos oficiales de Estados Unidos. Me retiré a la embajada de Gran Bretaña para cenar. Era demasiado tarde para volar hasta Hyde Park esa misma noche. Leímos los últimos telegramas (que no contenían nada importante) y tomamos una agradable cena al aire libre. La embajada británica, situada en un terreno elevado, es uno de los sitios más frescos de Washington, y en este sentido es mucho mejor que la Casa Blanca.

A primeras horas del día siguiente, el diecinueve, volé hasta Hyde Park. El presidente nos esperaba en el aeródromo local y presenció el aterrizaje con más sacudidas que he experimentado jamás. Me recibió con gran cordialidad y, conduciendo el coche él mismo, me llevó a los majestuosos acantilados sobre el río Hudson en los que se asienta Hyde Park, la casa de su familia. El presidente me hizo recorrer toda la finca y me enseñó las espléndidas vistas. Durante el paseo estuve bastante pensativo. Por su enfermedad, Roosevelt no podía utilizar los pies para accionar el freno, el embrague ni el acelerador, pero gracias a un ingenioso artilugio

lo hacía todo con los brazos, que tenían una fuerza y una musculatura asombrosas. Me invitó a que le tocara los bíceps diciendo que habían despertado la envidia de un famoso boxeador profesional. Esto me tranquilizó, pero debo reconocer que cuando en varias ocasiones el coche frenó y retrocedió sobre la hierba que bordea los precipicios sobre el Hudson esperé que a los artilugios y los frenos mecánicos no se les ocurriera fallar. Hablamos de trabajo todo el tiempo, y aunque procuré no distraerlo del volante, avanzamos más de lo que habríamos hecho en una conferencia formal.

El presidente se alegró mucho cuando supo que me acompañaba el jefe del Estado Mayor del Imperio. Siempre le interesaba todo lo que le trajera recuerdos de su juventud, y resultaba que el padre del presidente recibió como invitado en Hyde Park al padre del general Brooke. Por consiguiente, Roosevelt manifestó un gran interés por conocer a su hijo, que había llegado a ocupar un puesto tan destacado. Cuando se conocieron, dos días después, lo recibió con la máxima cordialidad, y la personalidad y el encanto del general Brooke crearon una intimidad casi inmediata que contribuyó considerablemente a la marcha de las negociaciones.

Le comuniqué a Harry Hopkins los distintos puntos sobre los que quería tomar decisiones y él los comentó con el presidente, de modo que el terreno estaba preparado y el presidente ya estaba informado sobre cada tema. De éstos, las «aleaciones de tubo» era uno de los más complejos y resultó ser el más importante, con gran diferencia. Aunque llevaba conmigo mis informes la discusión se postergó hasta el día siguiente, el día veinte, ya que el presidente necesitaba que le enviaran más información desde Washington. Conversamos después de la comida, en una habitación muy pequeña que sobresale en la planta baja. La habitación estaba a oscuras y protegida del sol. Roosevelt estaba instalado detrás de un escritorio casi tan grande como el aposento. Harry permaneció de pie o sentado en un segundo plano. A ninguno de mis dos amigos estadounidenses parecía importarles el intenso calor.

Le expliqué al presidente, en términos generales, los grandes avances que habíamos hecho y le dije que nuestros científicos estaban totalmente convencidos de que podían obtener resultados antes de que acabara la guerra. Me dijo que los suyos también estaban trabajando en ello, pero que nadie podía decir si llegarían a obtener algo práctico hasta que no hicieran experimentos a escala real. A los dos nos preocupaba el peligro de no hacer nada. Sabíamos que los alemanes estaban trabajando para obtener suministros de «agua pesada», una palabra siniestra, misteriosa, antinatural, que comenzó a infiltrarse en nuestros informes secretos. ¿Y si el enemigo conseguía una bomba atómica antes que nosotros? Por escépticos que nos sintiéramos con respecto a las afirmaciones de los científicos, muy discutidas entre ellos y expresadas en una jerga incomprensible para el gran público, no podíamos

correr el riesgo mortal de que nos aventajaran en esta terrible esfera.

Insistí mucho en que teníamos que reunir en seguida toda la información que tuviéramos, trabajar de forma conjunta en condiciones de igualdad y compartir los resultados que obtuviéramos de forma equitativa. Entonces se planteó la cuestión de dónde se instalaría la planta de investigación. Ya éramos conscientes del gasto enorme que esto significaba, con el consiguiente desvío de recursos y de cerebros que podían destinarse a otras formas del esfuerzo bélico. Teniendo en cuenta que Gran Bretaña estaba sometida a fuertes bombardeos y al reconocimiento aéreo constante del enemigo, parecía imposible levantar en la isla las amplias y notorias fábricas necesarias. Considerábamos que estábamos tan adelantados como nuestro aliado, por lo menos, y siempre quedaba la alternativa de Canadá, que haría una aportación fundamental mediante el suministro del uranio que tenía. No era fácil tomar la decisión de destinar varios cientos de millones de libras esterlinas, no tanto por el dinero en sí sino por las otras formas de preciosa energía bélica, en un proyecto que no podía garantizar ningún científico en ninguna de las dos orillas del Atlántico. No obstante, si Estados Unidos no hubiese estado dispuesto a acometer esta empresa sin duda habríamos seguido adelante por nuestra cuenta en Canadá o, si el gobierno canadiense hubiese puesto reparos, en algún otro lugar del imperio. Sin embargo, quedé muy satisfecho cuando Roosevelt dijo que tendría que hacerlo Estados Unidos. Por consiguiente, adoptamos la decisión de forma conjunta y establecimos las bases de un acuerdo. Pero seguiré hablando de este asunto en otro capítulo, más adelante. Mientras tanto, no me cabe ninguna duda de que fueron los avances que hicimos en Gran Bretaña y la confianza que nuestros científicos le transmitieron al presidente Roosevelt de que al final obtendrían éxito lo que convenció a éste para tomar esta decisión tan grave y decisiva.

A altas horas de la noche del día veinte el tren presidencial nos llevó otra vez a Washington, adonde llegamos cerca de las ocho de la mañana siguiente. En medio de una fuerte escolta nos condujeron a la Casa Blanca, donde volvieron a adjudicarme la gran habitación con aire acondicionado en la que disfruté de una temperatura mucho más fresca que la de la mayor parte del resto del edificio. Eché una mirada a los periódicos, leí telegramas durante una hora, desayuné, fui a ver a Harry que estaba al otro lado del pasillo y después fui a ver al presidente a su estudio. Me acompañó el general Ismay. En un momento dado, entregaron un telegrama al presidente que él me pasó sin decir nada. Decía: «Se ha rendido Tobruk, y se han tomado veinticinco mil prisioneros». Me sorprendió tanto que no me lo podía creer, de modo que le pedí a Ismay que se comunicara telefónicamente con Londres. A los pocos minutos trajo el siguiente mensaje del almirante Harwood, que acababa de llegar de Alejandría[13].

> Ha caído Tobruk. Situación tan deteriorada que cabe posibilidad de intenso ataque aéreo a Alejandría en futuro próximo. Como cerca luna llena, envío todas las unidades de Flota oriental al sur del canal en espera acontecimientos. Espero finalizar reparación del *Queen Elizabeth* hacia fin de semana[14].

Fue una de las peores noticias que recuerdo durante la guerra, no sólo por sus graves consecuencias militares sino porque afectó a la reputación de los ejércitos británicos. En Singapur se habían rendido ochenta y cinco mil hombres ante una cantidad inferior de japoneses y ahora en Tobruk una guarnición de veinticinco mil (en realidad treinta y tres mil) soldados experimentados deponían las armas frente a la mitad de esa cifra, quizá. Si ésta era una característica de la moral del ejército del desierto era imposible calcular los desastres que podían ocurrir en el noreste de África. No intenté ocultarle al presidente el impacto que esto me produjo. Fue un momento amargo. Una cosa es la derrota y otra la vergüenza. Mis dos amigos manifestaron una condolencia y una amabilidad incomparables. No me hicieron ningún reproche; no pronunciaron ni una palabra desagradable. «¿Qué podemos hacer para ayudar?», preguntó Roosevelt. Le respondí de inmediato: «Darnos todos los carros de combate Sherman de los que pueda prescindir y enviarlos a Oriente Próximo lo antes posible». El presidente hizo llamar al general Marshall, que llegó a los pocos minutos, y le comunicó mi solicitud. Marshall respondió: «Señor presidente, los Sherman se están empezando a fabricar. Los primeros centenares han sido enviados a nuestras propias unidades blindadas, que hasta ahora han tenido que conformarse con equipo obsoleto. Es terrible quitarles a los soldados las armas de las manos. Sin embargo, si tanto los necesitan los británicos se los daremos; y podemos darles además un centenar de cañones autopropulsados de 105 milímetros».

Para acabar la historia, debo decir que los estadounidenses hicieron más de lo que prometieron. Pusieron trescientos carros de combate Sherman, que todavía no tenían los motores montados, y un centenar de cañones autopropulsados en seis de sus naves más veloces y los enviaron al canal de Suez. El barco que transportaba los motores para todos los carros fue hundido por un submarino frente a las costas de las Bermudas. Sin que les dijéramos ni una palabra, el presidente y Marshall cargaron más motores en otro barco rápido y lo despacharon para que alcanzara al convoy. «En la necesidad se conoce la amistad».

El veintiuno de junio, en un momento en el que estábamos juntos a solas después de comer, me dijo Harry: «Al presidente le gustaría que conociera a un par de oficiales estadounidenses que gozan de la más alta consideración en el Ejército, y que tanto Marshall como él tienen en gran estima». Por consiguiente, a las cinco en punto, se presentaron en mi habitación con aire acondicionado los generales de brigada Eisenhower y Clark. De inmediato me impresionaron estos hombres notables que

hasta entonces no conocía. Acababan de hablar con el presidente, a quien veían por primera vez. Hablamos casi exclusivamente de la gran invasión al otro lado del canal de la Mancha que tendría lugar en 1943, por entonces llamada «Rodeo», en la que evidentemente habían estado concentrados sus pensamientos. Mantuvimos una conversación sumamente agradable que duró más de una hora. Estaba seguro de que estos generales desempeñarían en ella un gran papel y que por eso me los habían enviado para que los conociera. Así comenzó una amistad que he mantenido hasta hoy, con profunda satisfacción, durante todos los altibajos de la guerra.

Mientras tanto, resonaba en todo el mundo la rendición de Tobruk. El día veintidós Hopkins y yo estábamos comiendo con el presidente en su habitación cuando llegó Elmer Davis, el jefe de la Oficina de Información de la Guerra, con un montón de periódicos de Nueva York que presentaban titulares indignados sobre la «IRA EN INGLATERRA», «LA CAÍDA DE TOBRUK PUEDE PROVOCAR UN CAMBIO DE GOBIERNO». «POSIBLE CENSURA A CHURCHILL», etcétera. El general Marshall me había invitado a visitar uno de los campamentos militares de Carolina del Sur. Estaba previsto que partiéramos en tren, con él y Stimson, la noche del veintitrés de junio. Davis me preguntó seriamente si, teniendo en cuenta la situación política en mi país, me parecía prudente cumplir el programa que sin duda había sido cuidadosamente elaborado. ¿No podían interpretar mal que yo estuviera inspeccionando tropas en Estados Unidos cuando tanto en África como en Londres se producían asuntos que podían tener consecuencias tan vitales? Le respondí que llevaría a cabo las inspecciones según lo previsto y que dudaba de que fuera capaz de provocar que veinte parlamentarios formaran un grupo de presión en contra del gobierno por una cuestión de confianza. De hecho, ésta fue más o menos la cifra que alcanzaron los descontentos.

De acuerdo a lo previsto, la noche siguiente partimos en tren hacia Carolina del Sur y llegamos a Fort Jackson a la mañana siguiente. En lugar de detenerse en una estación el tren se detuvo en medio del campo. Hacía mucho calor y bajamos del tren directamente en la plaza de armas, que recordaba las llanuras de la India en pleno verano. Primero nos dirigimos hasta un toldo y presenciamos el desfile de las unidades blindadas y de infantería. A continuación vimos las maniobras de los paracaidistas, impresionantes y convincentes. Nunca había visto a mil hombres arrojándose al vacío al mismo tiempo. Me dieron un transmisor-receptor portátil; era la primera vez que manejaba un aparato así. Por la tarde vimos a las nuevas divisiones estadounidenses haciendo maniobras de campo con fuego real. Al final le dije a Ismay (con quien estoy en deuda por este relato): «¿Qué le parece?», a lo que él respondió: «Poner estas tropas delante de las alemanas sería un asesinato». Le repliqué: «No es cierto. Son muy buen material y aprenderán en seguida». Sin embargo, a mis amigos estadounidenses seguí insistiéndoles en mi opinión de que

hacen falta dos años o más para convertir a alguien en un soldado. Sin duda, dos años después, las tropas que vimos en Carolina resistieron como veteranos.

La tarde del veinticuatro regresamos en avión a Washington, donde recibí varios informes, y la noche siguiente partí con destino a Baltimore donde me aguardaba el hidroavión. El presidente me despidió en la Casa Blanca con gran gentileza, y Harry Hopkins y Averell Harriman me acompañaron para decirme adiós. La estrecha pasarela que conducía hasta el agua estaba muy protegida por la policía estadounidense. Reinaba un ambiente de excitación y los oficiales estaban muy serios. Antes de despegar me dijeron que habían pillado a uno de los policías de paisano toqueteando una pistola cuando estaba de guardia y que lo oyeron murmurar que pensaba «liquidarme», además de otras expresiones desagradables. Se habían echado sobre él y lo habían arrestado. Después resultó que estaba loco. Los lunáticos son un gran peligro para los hombres públicos porque les importa poco no tener una «puerta de escape».

Descendimos en Botwood a la mañana siguiente para repostar y volvimos a despegar después de comer unas langostas frescas. A partir de entonces, comí cuando me lo pedía el estómago (es decir, con el intervalo habitual entre comidas) y dormí cuándo pude. Fui sentado en el asiento del copiloto mientras, después de volar sobre Irlanda del Norte, nos acercamos al Clyde al amanecer y aterrizamos sanos y salvos. El tren nos esperaba, con Peck, uno de mis secretarios personales, y un montón de cajas, y los periódicos de cuatro o cinco días. Al cabo de una hora partimos hacia el sur. Aparentemente habíamos perdido una elección para cubrir un escaño vacante por un aplastante cambio de opinión en Maldon. Fue una de las consecuencias de Tobruk.

Me pareció que era un mal momento. Me fui a la cama, revisé algunas carpetas y después dormí cuatro o cinco horas hasta que llegamos a Londres. ¡Qué maravilla es el don del sueño! El gabinete de Guerra me esperaba en el andén para darme la bienvenida y poco después me puse a trabajar en la sala del gabinete.

Capítulo XII

EL VOTO DE CENSURA

Las cháchara y las críticas de la prensa, en las que intervinieron las plumas más afiladas y se alzaron numerosas voces furiosas, tuvieron como contrapartida las actividades de unas pocas veintenas de miembros de la cámara de los Comunes y una actitud bastante apesadumbrada por parte de nuestra inmensa mayoría. Es muy posible que el Gobierno de un partido hubiese sido derrocado en una coyuntura como ésta, tal vez no tanto por el voto en sí como por la intensidad de opinión que hizo que Chamberlain renunciara al poder en mayo de 1940. Pero el gobierno de coalición nacional, fortalecido por su reconstrucción del mes de febrero, se mostró sólido y abrumador en su fuerza y su unidad, Todos los principales ministros se congregaron a mi alrededor, sin que se les pasara por la cabeza ni un pensamiento que no fuera leal y firme. Aparentemente logré mantener la confianza de todos aquellos que habían contemplado con pleno conocimiento la historia que se desarrollaba y habían compartido las responsabilidades. No titubeó nadie. Ni un solo rumor de intriga. Éramos un círculo fuerte, irrompible, capaz de soportar cualquier ataque político externo y de perseverar en la causa común a pesar de todas las decepciones.

Habíamos sufrido una larga serie de desgracias y derrotas: Malasia, Singapur, Birmania; la batalla que Auchinleck perdió en el desierto; Tobruk, que no tenía explicación y parecía inexplicable; la rápida retirada del ejército del desierto y la pérdida de todas nuestras conquistas en Libia y Cirenaica; seiscientos cincuenta kilómetros de retroceso hacia la frontera egipcia; más de cincuenta mil hombres, entre bajas y prisioneros. Habíamos perdido cantidades inmensas de artillería, munición, vehículos y pertrechos de todo tipo. Habíamos regresado a Marsá Matru, a la posición que teníamos dos años antes, pero esta vez triunfaban Rommel y sus soldados alemanes, avanzando con los camiones que nos habían arrebatado y aprovisionados con nuestro combustible y en muchos casos disparando nuestras propias municiones. Con unas pocas marchas más, un triunfo más, Mussolini y Rommel entrarían en El Cairo, o en sus ruinas, los dos juntos. Todo estaba en el aire y después de los sorprendentes reveses que habíamos sufrido, y teniendo en cuenta los factores desconocidos que estaban en juego, ¿quién podía predecir lo que ocurriría?

La situación parlamentaria exigía una definición inmediata. Sin embargo, parecía bastante difícil pedir otro voto de confianza de la Cámara cuando había pasado tan poco tiempo desde el que precedió a la caída de Singapur. Por tanto, fue muy oportuno que, el veinticinco de junio, los parlamentarios descontentos decidieran entre ellos incorporar al orden del día un voto de censura que decía lo siguiente:

> Que esta Cámara, a la vez que rinde homenaje al heroísmo y la entereza de las Fuerzas Armadas de la Corona en circunstancias de una dificultad excepcional, no confía en la dirección central de la guerra.

Se presentó en nombre de sir John Wardlaw-Milne, un miembro influyente del Partido Conservador y presidente del poderoso Comité de Finanzas, integrado por todos los partidos, cuyos informes sobre casos de derroches e ineficacia por parte del gobierno siempre estudié con mucha atención. El Comité tenía a su disposición gran cantidad de información y muchos contactos con el círculo externo de nuestra maquinaria bélica. Cuando se anunció además que la moción estaría secundada por el almirante de la Flota, sir Roger Keyes, y apoyada por el antiguo secretario de Estado de Guerra, Hore-Belisha, en seguida resultó evidente que se trataba de un desafío importante. De hecho, algunos periódicos y los grupos de presión comenzaron a hablar de que se acercaba una crisis política que sería decisiva.

Afirmé de inmediato que daríamos plena oportunidad para un debate público, y se fijó para la ocasión el uno de julio. Hubo un anuncio que me pareció necesario hacer, de modo que telegrafié a Auchinleck: «Cuando hable en el debate del voto de censura, el jueves a eso de las 16 horas, me parece necesario anunciar que usted ha asumido el mando en lugar de Ritchie a partir del veinticinco de junio».

La crisis de la batalla en Egipto siguió empeorando cada vez más y todos creían que El Cairo y Alejandría no tardarían en caer bajo la violenta espada de Rommel. De hecho, Mussolini hizo preparativos para volar al cuartel general de Rommel con la intención de participar en la entrada triunfal a una de estas dos ciudades, o a las dos. Parecía que llegaríamos al mismo tiempo al momento culminante en el Parlamento que en el frente del desierto. Cuando nuestros críticos se dieron cuenta de que tendrían que enfrentarse al gobierno nacional en pleno, parte de su entusiasmo se evaporó y el impulsor de la moción se ofreció a retirarla si el momento resultaba inoportuno para una discusión pública dada la situación crítica en Egipto. Sin embargo, no teníamos la menor intención de dejarlos escapar tan fácilmente. Teniendo en cuenta que hacía casi tres semanas que todo el mundo, tanto los amigos como los enemigos, observaban con ansiedad la creciente tensión política y militar, era imposible no llevar la situación hasta un punto crítico.

Abrió el debate sir John Wardlaw-Milne con un discurso hábil en el que planteó la cuestión fundamental. Su moción «no era un ataque a los oficiales en el campo de batalla, sino un ataque definitivo a la dirección central, en la misma ciudad de Londres, y espero demostrar que las causas de nuestro fracaso están más aquí que en Libia o en cualquier otro lugar. El primer error fundamental que cometimos en la guerra fue combinar los cargos de primer ministro y ministro de Defensa». Se extendió sobre las «enormes obligaciones» asignadas a la persona que ocupaba

ambos cargos. «Tenemos que tener un líder fuerte, con dedicación exclusiva, como el jefe del comité de jefes del Estado Mayor. Quiero un hombre fuerte e independiente que nombre a sus generales y a sus almirantes y demás. Quiero un hombre fuerte que se haga cargo de las tres ramas de las Fuerzas Armadas de la Corona […], que tenga la fuerza suficiente para exigir todas las armas que hagan falta para la victoria […], que se ocupe de que los máximos jefes militares de las tres armas desempeñen su trabajo a su manera, sin interferencias indebidas de sus superiores. Sobre todo, quiero un hombre que, si no consigue lo que quiere, renuncie de inmediato. […] Hemos sufrido tanto por la falta de un examen más detallado de lo que ocurre a nivel nacional por parte del primer ministro como por la falta de la orientación que debería proporcionarnos el ministro de Defensa, o algún otro funcionario, llámese como se llamare, que estuviera a cargo de las Fuerzas Armadas. […] Queda sin duda claro para cualquier civil que la serie de desastres que se han producido en los últimos meses, y evidentemente en los dos últimos años, se debe a defectos fundamentales de la administración central de la guerra».

Hasta aquí todo iba muy bien, pero entonces sir John hizo una digresión. «Sería muy interesante, si Su Majestad el rey y Su Alteza Real estuvieran de acuerdo, designar comandante en jefe del Ejército británico a Su Alteza Real el duque de Gloucester, evidentemente sin las correspondientes obligaciones administrativas». Esto resultó perjudicial para su causa porque se consideró una propuesta para involucrar a la familia real en una grave controversia. Además, la designación de un comandante supremo para la guerra, con facultades casi ilimitadas, y su relación con un duque real parecía tener cierto aire de dictadura. A partir de ese momento la larga y detallada acusación pareció perder parte de su esencia. Sir John concluyó diciendo que «la Cámara debería dejar bien claro que necesitamos un hombre que dedique todo su tiempo a ganar la guerra, que se haga cargo por completo de las Fuerzas Armadas de la Corona y que, cuando lo tengamos, dejemos que la Cámara lo fortalezca para que pueda cumplir su misión con poder e independencia».

Secundó esta moción sir Roger Keyes. El almirante, dolido por su destitución del cargo de director de Operaciones Conjuntas, y todavía más por el hecho de que no siempre pude seguir sus consejos mientras lo ocupó, se sentía incómodo por su larga amistad personal conmigo. Concentró sus críticas fundamentalmente sobre mis expertos asesores, es decir, claro está, los jefes del Estado Mayor. «Es duro que en tres ocasiones, en la carrera del primer ministro (en Gallípoli, en Noruega y en el Mediterráneo), se viera coartado para efectuar tres ataques estratégicos que podrían haber alterado todo el curso de dos guerras porque cada vez su asesor naval constitucional se negó a compartir con él la responsabilidad si entrañaba algún riesgo». La contradicción entre su argumento y el del ponente no pasó desapercibida. Uno de los miembros del Partido Laborista Independiente, Stephen, interrumpió para

señalar que el ponente había propuesto «un voto de censura porque el primer ministro había interferido de forma indebida en la dirección de la guerra mientras que la persona que lo secunda parece apoyarlo porque el primer ministro no ha interferido bastante en la dirección de la guerra». La Cámara se dio cuenta de este punto.

«Recurrimos al primer ministro —dijo el almirante Keyes— para que ponga orden en la Cámara y para que vuelva a unir otra vez al país para llevar a cabo su importante misión». Llegado este punto, otro socialista hizo una intervención oportuna. «La moción va dirigida contra la dirección central de la guerra. Si se aprueba la moción el primer ministro debe renunciar; pero el honorable parlamentario nos está diciendo que mantengamos aquí al primer ministro». Añadió sir Roger que «sería un desastre deplorable si tuviéramos que echar al primer ministro». De modo que el debate quedó fracturado desde el principio.

Sin embargo, a medida que continuó, los críticos fueron cogiendo las riendas cada vez más. El nuevo ministro de Producción, el capitán Oliver Lyttelton, que tocó el tema de las quejas contra nuestro equipo, tuvo un pasaje tormentoso en la versión completa y detallada que dio sobre este aspecto. El gobierno recibió un fuerte apoyo conservador por parte de los parlamentarios sin cargos específicos; en particular Boothby pronunció un discurso poderoso y eficaz. Lord Winterton, el «padre» de la Cámara, reavivó la fuerza del ataque y lo concentró sobre mí. «¿Cuál es el ministro del gobierno que prácticamente controló la operación en Narvik? El actual primer ministro, que entonces era el Primer Lord del Almirantazgo. […] Nadie se atreve a echarle la culpa a quien le corresponde constitucionalmente, al primer ministro. […] Si cada vez que se produce un desastre nos dan la misma respuesta, que pase lo que pasare no hay que culpar al primer ministro, nos acercamos mucho a la posición intelectual y moral del pueblo alemán: que “El *führer* siempre tiene razón”. […] Durante los treinta y siete años que llevo en esta Cámara nunca he visto tantos intentos como ahora por absolver a un primer ministro de su responsabilidad ministerial. […] En la última guerra nunca tuvimos nada comparable a esta serie de desastres. Veamos de lo que se libra este gobierno porque “el *führer* siempre tiene razón”. Todos estamos de acuerdo en que le debemos al primer ministro nuestro valor y nuestra constancia en 1940 pero han ocurrido muchas cosas desde entonces. Si esta serie de desastres continúa, el honorable caballero, en uno de sus mayores actos de abnegación que podría realizar cualquier hombre, debería acudir a sus colegas (hay más de un hombre capaz de desempeñarse como primer ministro entre los principales ministros actuales) y sugerir que alguno de ellos forme gobierno y el honorable caballero podría ocupar un cargo bajo su mando, tal vez como ministro de Asuntos Exteriores, porque ha sabido manejar a la perfección nuestras relaciones con Rusia y con Estados Unidos».

No me fue posible escuchar más de la mitad de los discursos de este animado

debate que duró hasta casi las tres de la madrugada. Evidentemente tenía que preparar mi réplica para el día siguiente, pero mi cabeza se concentraba en la batalla que parecía estar pendiente en Egipto.

El debate, que se agotó a altas horas de la madrugada del primer día, se reanudó con renovado vigor el dos de julio. Sin duda nadie negó que hubiera libertad de expresión. Incluso hubo un parlamentario que llegó a decir lo siguiente:

> En este país tenemos cinco o seis generales, miembros de otras naciones, checos, polacos y franceses, entrenados todos ellos en el uso de estas armas alemanas y de esta técnica alemana. Ya sé que hiere nuestro orgullo pero ¿no sería posible poner a algunos de esos hombres temporalmente al frente en el campo de batalla hasta que tengamos nuestros propios hombres entrenados? ¿Qué tiene de malo enviar a estos hombres con el mismo rango que el general Ritchie? ¿Por qué no enviarlos al frente de nuestras tropas? Ellos saben combatir en esta guerra; los nuestros no, y me parece que es mucho mejor ganar batallas y salvar la vida de los soldados británicos bajo el liderazgo de otros miembros de las Naciones Unidas que perderlas bajo nuestros propios oficiales ineficaces. El primer ministro tiene que darse cuenta de que en este país todo el mundo dice que si Rommel hubiese estado en el Ejército británico todavía seguiría siendo sargento[15]. ¿No es así? Todo el mundo lo dice en el Ejército. Hay una persona en el Ejército británico (y esto demuestra cómo usamos a nuestros hombres entrenados) que lanzó a ciento cincuenta mil hombres a través del Ebro en España: Michael Dunbar. Ganó la batalla del Ebro y es un sargento en el Ejército británico. La cuestión es que el Ejército británico se deja llevar por los prejuicios de clase. Esto es algo que tiene que cambiar y habrá que cambiarlo. Si la cámara de los Comunes no tiene el valor para hacer que el gobierno cambie lo harán los acontecimientos. Es posible que la Cámara no me haga caso hoy pero lo hará la semana próxima. Recordará mis palabras el lunes y el martes que viene. Son los acontecimientos los que critican al gobierno. Lo único que hacemos nosotros es expresarlos, puede que de forma inadecuada, pero al menos lo intentamos.

La principal acusación contra el gobierno la resumió Hore-Belisha, el ex secretario de Estado de Guerra, que concluyó: «Puede que perdamos Egipto, o puede que no; ruego a Dios que no, pero cuando el primer ministro, que dijo que defenderíamos Singapur, que defenderíamos Creta, que habíamos aniquilado al ejército alemán en Libia […] cuando leí que había dicho que íbamos a defender Egipto, mi preocupación aumentó. […] ¿Cómo vamos a confiar en unos juicios que tantas veces han resultado equivocados? Eso es lo que tiene que decidir la cámara de los Comunes. Hay que pensar en lo que está en juego. En cien días perdimos nuestro imperio en el Lejano Oriente. ¿Qué ocurrirá en los próximos cien días? Que cada parlamentario vote lo que le dicte su conciencia».

Después de este enérgico discurso me tocó el turno de poner fin al debate. La Cámara estaba repleta. Naturalmente destaqué todos los puntos que se me ocurrieron. Hore-Belisha mencionó los fracasos de los carros de combate británicos y la inferioridad de nuestro equipamiento en cuanto a blindaje. Pero no se encontraba en una posición demasiado firme para hacerlo teniendo en cuenta el informe elaborado por la Oficina de Guerra antes de la guerra. De modo que conseguí darle la vuelta a la situación.

La idea del carro de combate fue un invento británico. El uso de fuerzas blindadas como las que se emplean ahora fue en gran medida francés, como lo demuestra el libro del general De Gaulle. Los alemanes utilizaron esas ideas en su propio provecho. Tres o cuatro años antes de la guerra ya trabajaban laboriosamente, con su habitual meticulosidad, en el diseño y la fabricación de carros de combate y también en el estudio y las prácticas bélicas con unidades blindadas. Cabría pensar que, por más que el secretario de Estado de Guerra de aquella época no pudiera obtener el dinero para una fabricación a gran escala, de todos modos habría tenido modelos de trabajo de tamaño natural y los habría puesto a prueba de forma exhaustiva, con las fábricas elegidas y habiendo suministrado las plantillas y los calibradores a fin de poder comenzar la fabricación masiva de carros de combate y armas anticarro cuando comenzara la guerra.

Cuando finalizó lo que puedo llamar el período Belisha nos quedaban alrededor de doscientos cincuenta vehículos blindados, de los cuales eran pocos los que llevaban siquiera un cañón de dos libras. La mayoría de ellos fueron capturados o destruidos en Francia.

Acepto de buen grado, de hecho estoy obligado a aceptar, lo que el noble lord [el conde de Winterton] ha denominado la «responsabilidad constitucional» por todo lo que ha ocurrido, y considero que quedo exento de dicha responsabilidad porque no interferí con la conducción técnica de los ejércitos que estaban en contacto con el enemigo. Pero antes de que comenzara la batalla insistí al general Auchinleck para que asumiera él mismo el mando porque yo estaba seguro de que en la amplia zona de Oriente Próximo no iba a ocurrir nada durante el mes o los dos meses siguientes que tuviera una importancia comparable a esta batalla en el desierto occidental, y pensé que era el hombre adecuado para manejar la situación. Me dio varios motivos para no hacerlo y libró la batalla el general Ritchie. Como dije en la Cámara el martes, el veinticinco de junio el general Auchinleck reemplazó al general Ritchie y asumió el mando él mismo. De inmediato aprobamos su decisión, pero debo confesar con franqueza que no se trataba de una cuestión sobre la que pudiéramos formar ningún juicio definitivo en lo que respecta al general reemplazado. No pretendo formar un juicio sobre lo que ha ocurrido en esta batalla. Me gusta que los comandante de tierra, mar y aire sientan que entre ellos y toda forma de crítica pública se alza el gobierno como una fuerte mampara. Hay que darles una buena oportunidad, y más de una. Los hombres pueden cometer errores y aprender de ellos. Los hombres pueden tener mala suerte y su suerte puede cambiar. Pero de todos modos no se consigue que los generales corran riesgos a menos que sientan que los respalda un gobierno fuerte. No van a arriesgarse a menos que sepan que no tienen que mirar por encima del hombro o que preocuparse por lo que ocurra en el país, a menos que sepan que pueden concentrar la mirada en el enemigo. Y puedo añadir que no se conseguirá que el gobierno corra riesgos a menos que sienta que cuenta con el apoyo de una mayoría leal y sólida. Miren las cosas que nos están pidiendo que hagamos e imaginen cómo nos atacarían si tratáramos de hacerlas y falláramos. En tiempos de guerra si uno quiere servicio tiene que brindar lealtad. […]

Quiero pronunciar unas cuantas palabras «de gran verdad y respeto», como dicen los documentos diplomáticos, y espero que me concedan la máxima libertad de discusión. Este Parlamento tiene una responsabilidad peculiar: que presidió cuando comenzaron los males que se han producido en el mundo. Le debo mucho a esta Cámara y espero que ella pueda ver un final triunfal. Pero esto sólo puede ocurrir si, durante el largo período que puede que todavía tenga que transcurrir, la Cámara brinda una base sólida al gobierno ejecutivo responsable que ocupa el poder por su propia decisión. La Cámara debe ser un factor estabilizador del Estado en lugar de un instrumento mediante el que los grupos de prensa que están en contra intenten promover una crisis tras otra. Para que triunfen en esta guerra la democracia y las instituciones parlamentarias es absolutamente necesario que los gobiernos que se apoyan en ellas sean capaces de actuar y de atreverse, que no se abrume a los que sirven a la Corona con rezongos y gruñidos, que no se alimente innecesariamente de nuestra propia mano a la propaganda enemiga y que no se menosprecie ni se debilite nuestra reputación en el mundo entero. Por el contrario, habría que poner de manifiesto la voluntad de toda la Cámara con respecto a las ocasiones importantes. Es importante que no sólo los que hablan sino también los que observan y escuchan y juzgan se cuenten como factores en los asuntos mundiales. Después de todo, seguimos luchando por defender nuestra vida y por causas más valiosas que la vida misma. No tenemos derecho a suponer que la victoria sea segura; sólo lo será si no dejamos de cumplir nuestro deber. […] Una crítica sobria y constructiva, o una crítica en sesión secreta, tiene mucho mérito; pero la obligación de la cámara de los Comunes es apoyar al gobierno o cambiarlo. Si

no puede cambiarlo debería apoyarlo. No hay ninguna posibilidad intermedia en tiempos de guerra. […] Sólo trascienden en el extranjero los discursos hostiles, y el enemigo juega mucho con ellos.

[…] El promotor de este voto de censura propone que me quiten mis responsabilidades en la defensa para que alguna figura militar o algún otro personaje no identificado asuma la dirección general de la guerra, que tenga un control total de las Fuerzas Armadas de la Corona, que sea el jefe de los jefes del Estado Mayor, que nombre o destituya a los generales o los almirantes, que siempre esté dispuesto a renunciar (es decir, a enfrentarse con sus colegas políticos si es que se pueden considerar colegas) si no consigue todo lo que desea, que tenga a sus órdenes a un duque real como comandante en jefe del Ejército y, por último, supongo, aunque esto no se mencionara, que este personaje no identificado encuentre en el primer ministro un apéndice para presentar al Parlamento todas las explicaciones, excusas y disculpas necesarias cuando las cosas vayan mal, como sucede y sucederá a menudo. En todo caso, se trata de una política. Es un sistema muy diferente del sistema parlamentario que tenemos actualmente. Podría llegar a ser o a convertirse en una dictadura. Quiero dejar perfectamente claro que, por lo que a mí respecta, no participaré en un sistema semejante.

En este punto intervino sir John J. Wardlaw-Milne: «Espero que mi honorable amigo no haya olvidado la frase original, que decía “sometido al gabinete de Guerra”».

Continué:

«Sometido al gabinete de Guerra», frente al que este potentado todopoderoso no tiene que dudar en presentar su dimisión cada vez que no pueda salirse con la suya. Es un plan, pero no un plan en el que yo tenga ningún interés en participar, y no creo que haya que recomendarlo a esta Cámara.

Que los parlamentarios de todos los partidos fijaran este voto de censura es un acontecimiento considerable. Suplico a la Cámara que no le reste gravedad a lo que se ha hecho, que se ha pregonado a los cuatro vientos en menosprecio nuestro, y cuando todas las naciones, amigas y enemigas, están esperando para ver qué decide la cámara de los Comunes hay que seguir hasta el final. En todo el mundo, en Estados Unidos, doy fe, y en Rusia, en la lejana China y en todos los países sometidos, todos nuestros amigos quieren saber si en Gran Bretaña hay un gobierno fuerte y sólido y si se cuestiona o no su liderazgo nacional. Cada voto tiene importancia. Si se reduce a proporciones despreciables a los que nos han atacado, y su voto de censura al gobierno nacional se convierte en un voto de censura a sus autores que nadie se confunda, se alegrarán todos los amigos de Gran Bretaña y todos los que sirven fielmente a nuestra causa, y sonará una señal de desconsuelo en los oídos de los tiranos que tratamos de derrocar.

La Cámara votó, y la moción de «no confianza» presentada por sir John Wardlay-Milne fue derrotada por 475 votos contra 25.

Mis amigos estadounidenses esperaban la decisión con verdadera angustia. El resultado les causó una gran alegría, y al despertar recibí sus felicitaciones.

Walter Elliot mencionó un dato histórico curioso en el debate cuando recordó la versión de Macaulay sobre el gobierno de Pitt. «Pitt estaba al frente de una nación comprometida en una lucha a vida o muerte. […] Pero la cuestión es que, al cabo de ocho años de guerra, después de dedicarle gran cantidad de vidas y […] bienes, el Ejército inglés a las órdenes de Pitt era el hazmerreír de toda Europa. No podían jactarse de una sola hazaña. Cada vez que aparecía en el continente lo derrotaban, lo perseguían y lo obligaban a reembarcar». Sin embargo, Macaulay dejaba constancia

de que Pitt siempre contó con el apoyo de la cámara de los Comunes. «De todo que, durante un período prolongado y calamitoso, cada vez que se producía un desastre fuera de los muros del Parlamento se producía después un triunfo dentro de ellos. Al final, ya no encontraba ninguna oposición, y en el año crucial de 1799, la más amplia mayoría que se pudo reunir para votar en contra del gobierno fue de veinticinco». «Resulta extraño —dijo Elliot— cómo se repite la historia en cierto modo». Antes de la votación no podía saber hasta qué punto esto era cierto. Yo también me quedé atónito al ver que la cifra de veinticinco era casi exactamente igual a la que le mencioné al presidente y a Harry Hopkins cuando estuve con ellos en la Casa Blanca el día que nos llegó la noticia de Tobruk.

Capítulo XIII

EL OCTAVO EJÉRCITO ACORRALADO

La captura de Tobruk sin un largo asedio revolucionó los planes del Eje. Hasta entonces pretendían que, después de tomar la ciudad, Rommel se colocara en la frontera con Egipto, y apoderarse de Malta con fuerzas transportadas por aire y por mar. El veintiuno de junio Mussolini reiteró estas órdenes. Pero el día después de la caída de Tobruk Rommel informó de que se proponía destruir las pocas fuerzas británicas que quedaban en la frontera para abrir así el camino hacia Egipto. El estado y la moral de sus tropas, todas las municiones y los suministros que habían capturado y la debilidad de la posición británica animaban a emprender una persecución «hasta el interior de Egipto», para la que solicitó aprobación. También llegó una carta de Hitler para convencer a Mussolini de las propuestas de Rommel.

> El destino nos ofrece una oportunidad que no se repetirá otra vez en el mismo frente de la guerra. […] El Octavo Ejército inglés ha quedado prácticamente destruido. En Tobruk, las instalaciones del puerto están casi intactas. Dispone usted ahora, *duce*, de una base auxiliar con una importancia todavía mayor porque los propios ingleses han construido desde ella una línea férrea que lleva casi hasta Egipto. Si en este momento no se persiguen los restos de este ejército británico hasta que cada hombre exhale el último suspiro, ocurrirá lo mismo que cuando se impidió el triunfo británico cuando estaban a punto de llegar a Trípoli y de repente se detuvieron para enviar fuerzas a Grecia. […]
>
> La diosa de las batallas sólo visita una vez a los guerreros. Los que no aprovechan ese momento no vuelven a alcanzarla nunca más[16].

No hacía falta convencer al *duce*. Eufórico ante la posibilidad de conquistar Egipto postergó el ataque a Malta hasta comienzos de septiembre, y Rommel (que entonces era mariscal de campo, para sorpresa de los italianos) recibió autorización para ocupar el paso relativamente estrecho entre El Alamein y la depresión de Qattara como punto de partida para futuras operaciones cuyo objetivo final era el canal de Suez. Pero Kesselring tenía una opinión distinta: pensaba que la posición del Eje en el desierto no estaría asegurada nunca hasta que no capturaran Malta, de modo que le preocupaba el cambio de planes y le señaló a Rommel los peligro de esta «empresa insensata».

El propio Hitler no estaba seguro de triunfar en Malta porque desconfiaba de la capacidad de las tropas italianas que habrían constituido la parte fundamental de la expedición. Era muy posible que el ataque fracasase. Sin embargo, ahora parece seguro que la demoledora y dolorosa pérdida de Tobruk salvó a la isla de la prueba suprema, lo que es un consuelo del que ningún buen soldado, estuviese involucrado o no, debería aprovecharse. La responsabilidad recae sobre el alto mando más que sobre los generales en cuestión, y mucho menos sobre las tropas.

Rommel organizó rápidamente la persecución y el veinticuatro de junio atravesó la frontera con Egipto, a lo que sólo se opusieron cuatro columnas móviles ligeras y el insistente y magnífico escuadrón de cazas de la Fuerza Aérea británica, que en realidad cubría la retirada del Octavo Ejército a Marsá Matru, donde no tenían una posición fuerte. Alrededor de la propia ciudad había un sistema defensivo organizado, pero al sur de ésta sólo había algunas líneas de campos de minas mal conectadas y poco protegidas. Igual que la línea fronteriza rechazada, la línea Matru, para defenderla bien hacía falta una fuerza blindada poderosa que protegiera su flanco meridional. La 7.ª División Blindada, aunque se había reconstruido e incluía casi un centenar de carros de combate, todavía no era capaz de llevar a cabo una tarea semejante.

El propio general Auchinleck llegó hasta Matru el veinticinco de junio y decidió asumir el mando operacional directo del Ejército en lugar del general Ritchie. Debería de haberlo hecho cuando se lo pedí en mayo. Rápidamente llegó a la conclusión de que no era posible organizar una resistencia decisiva en Matru. Ya estaban en marcha los arreglos para la preparación y la ocupación de la posición de El Alamein, unos doscientos kilómetros más atrás. Se estaban tomando medidas para detener al enemigo, aunque sólo fuera por un tiempo, y la División neozelandesa que había llegado a Matru el veintiuno de junio procedente de Siria al final entró en acción el día veintiséis en la montaña próxima a Minqa Qaim. Esa noche el enemigo atravesó el frente de la 29.ª Brigada de Infantería india donde el campo de minas no estaba completo. A la mañana siguiente atravesaron la brecha en grandes cantidades y entonces, después de pasar por detrás de los neozelandeses, los rodearon y los atacaron desde tres lados. Durante todo el día se libraron combates desesperados y al final pareció que la división estaba perdida. El general Freyberg estaba gravemente herido pero tuvo un digno sucesor. El general de brigada Inglis estaba decidido a salir de allí. Poco después de medianoche la 4.ª Brigada neozelandesa se desplazó hacia el este atravesando el campo, con todos los batallones desplegados y las bayonetas caladas. Durante novecientos metros no encontraron a ningún enemigo. Después comenzaron los disparos. Toda la brigada cargó en línea. Pillaron a los alemanes totalmente por sorpresa y los derrotaron en un combate cuerpo a cuerpo a la luz de la luna. El resto de la división neozelandesa atacó hacia el sur por rutas tortuosas. Así describió Rommel este episodio:

> El salvaje estallido envolvió mi propio cuartel general de la batalla. […] El intercambio de disparos entre mis fuerzas y las neozelandesas alcanzó una intensidad extraordinaria. Poco después, mi cuartel general estaba rodeado de vehículos incendiándose, con lo que se convirtió en el blanco del fuego constante del enemigo a corta distancia. Al poco tiempo yo ya no aguantaba más y ordené a las tropas con el estado mayor que retrocedieran hacia el sureste. Apenas se puede imaginar la confusión que reinaba esa noche[17].

Así lograron huir los neozelandeses y toda la división se reunió, con un alto espíritu de disciplina y entusiasmo, cerca de la posición de El Alamein, a ciento treinta kilómetros de distancia. Se habían desorganizado tan poco que de inmediato se recurrió a ella para reforzar las defensas de la ciudad.

El resto del Octavo Ejército también se recuperó sano y salvo, aunque con cierta dificultad. Las tropas estaban más asombradas que deprimidas, pero con la ventaja de la cercanía de las rutas de comunicaciones, y con Alejandría a apenas sesenta kilómetros de distancia, no tardaron mucho en reorganizarse. Auchinleck, que había estado al mando directo, ya no parecía el reflexivo estratega que miraba con un ojo la batalla decisiva y con el otro los peligros vagos y remotos de Siria y Persia. Trató de recuperar en seguida la iniciativa táctica. Ya el dos de julio emprendió el primero de una serie de contraataques que duraron hasta mediados de mes y que hicieron peligrar la precaria supremacía de Rommel. Les envié mi apoyo al día siguiente del debate sobre el voto de censura que había acompañado al cañoneo.

De hecho, las comunicaciones de Rommel estaban forzadas al máximo y sus tropas estaban agotadas. Apenas quedaban una docena de carros de combate alemanes en condiciones de entrar en acción y otra vez se hacía sentir la superioridad de la Fuerza Aérea británica, sobre todo en cuanto a aviones de combate. El cuatro de julio Rommel informó de que suspendía los ataques y se pasaba a la defensiva por un tiempo para que sus fuerzas se reagruparan y se repusieran. Sin embargo, todavía confiaba en tomar Egipto, opinión que compartían Mussolini y Hitler. De hecho, *el führer*, sin consultar ni a los italianos ni a su propio mando naval, decidió postergar el ataque a Malta hasta acabar la conquista de Egipto.

Los contraataques de Auchinleck acosaron mucho a Rommel durante la primera quincena de julio. Después aceptó el desafío y, del quince al veinte de julio, renovó sus esfuerzos por romper la línea británica. El día veintiuno tuvo que informar que lo habían frenado: «La crisis continúa». El día veintiséis se planteaba retirarse hasta la frontera. Se quejaba de lo poco que había recibido en forma de reaprovisionamientos; le faltaban hombres, carros de combate y artillería; la Fuerza Aérea británica era muy activa. De modo que la batalla se fue inclinando de un lado a otro hasta finales de mes y ambas partes siguieron luchando hasta quedar paralizadas. El Octavo Ejército, a las órdenes de Auchinleck, había capeado el temporal y, con su tozudez, había tomado siete mil prisioneros. Egipto seguía estando a salvo.

Fue en esta coyuntura, cuando me encontraba políticamente más debilitado y sin un atisbo de éxito militar, en la que tuve que obtener de Estados Unidos la decisión que, para bien o para mal, dominó los dos años de guerra siguientes: el abandono de todos los planes para cruzar el canal de la Mancha en 1942 y la ocupación de la zona francesa del norte de África en otoño o invierno por una gran expedición angloamericana.

Hacía tiempo que estudiaba las opiniones del presidente y sus reacciones y estaba seguro de que le atraía mucho el plan del norte de África, que siempre había sido mi objetivo y que se detallaba en mis informes de diciembre de 1941. En nuestro círculo británico todo el mundo estaba convencido ya de que atravesar el canal de la Mancha en 1942 sería un fracaso y ningún militar de ningún lado del océano estaba dispuesto a recomendar un plan de este tipo ni a asumir la responsabilidad por él. Presenté el caso con toda la energía que pude reunir y con la mayor sencillez en un importante telegrama que le dirigí al presidente fechado el ocho de julio:

> Ningún alto jefe militar británico de ninguna de las tres armas está dispuesto a recomendar el «Mazo»[18] como una operación que se pueda realizar en 1942. Los jefes del Estado Mayor han informado que «es muy poco probable que se den las condiciones que convertirían al "Mazo" en una empresa razonable». Este informe se envía a sus jefes del Estado Mayor.
>
> 2. Estamos procediendo a retirar el transporte marítimo con fines de camuflaje, aunque esto significa una pérdida para las importaciones británicas de tal vez unas 250.000 toneladas. Pero mucho más serio es el hecho de que, según Mountbatten, si interrumpimos el entrenamiento de las tropas, aparte de la pérdida de lanchas de desembarco, etcétera, deberíamos retrasar [nuestra gran invasión a Francia] al menos durante dos o tres meses, incluso si la empresa no tuviera éxito y hubiera que retirar las tropas tras una breve estancia.
>
> 3. En caso de que se pudiera tomar y mantener una posición habría que alimentarla, y habría que reducir considerablemente el esfuerzo de los bombarderos en Alemania. Habría que dedicar todas nuestras energías a defender la cabeza de puente. La posibilidad de montar una operación a gran escala en 1943 peligraría o desaparecería totalmente. Todos nuestros recursos quedarían absorbidos poco a poco en este frente tan estrecho que sería el único abierto. Por consiguiente, se podría decir que una acción prematura en 1942, además de acabar probablemente en un desastre, lesionaría de forma decisiva la perspectiva de una acción organizada a gran escala en 1943.
>
> 4. Estoy seguro de que la zona francesa del norte de África [«Gimnasta»] es de lejos la mejor ocasión para proporcionar alivio al frente ruso en 1942. Esto siempre ha estado en armonía con lo que usted opina. De hecho, es su idea predominante. He aquí un auténtico segundo frente para 1942. He consultado al gabinete y al Comité de Defensa y todos estamos de acuerdo. Éste es el golpe más seguro y más provechoso que se puede asestar este otoño.
>
> 5. Evidentemente nosotros podemos colaborar todo lo posible, ya sea enviando fuerzas de desembarco tanto estadounidenses como británicas desde el Reino Unido para la «Gimnasta», y con lanchas de desembarco, transporte, etcétera. Si lo desea, puede lanzar el puñetazo en parte desde aquí y el resto directamente a través del Atlántico.
>
> 6. Está claro que no podemos contar con una invitación ni una garantía de Vichy. Pero cualquier resistencia no sería comparable a la que ofrecería el Ejército alemán en el paso de Calais. De hecho, es posible que sólo sea una resistencia simbólica. Cuanto más fuerte sea uno menor será la resistencia y más posibilidades tendrá de superarla. Se trata de una cuestión más política que militar. Me parece que no deberíamos desperdiciar este gran golpe estratégico que se nos abre en el frente occidental durante este año decisivo.
>
> 7. Aparte de lo anterior, estamos estudiando seriamente la posibilidad de una operación en el norte de Noruega o, en caso de que esto fuera impracticable, en algún otro lugar del país. Las dificultades son grandes debido al peligro de que nuestros barcos sean atacados por aviones con base en tierra. Tenemos terribles dificultades con los convoyes rusos. Es mucho más necesario tratar de despejar el camino y mantener el contacto con Rusia.

Pero antes de conseguir la decisión definitiva para actuar hubo una pausa. Aumentaron las fuertes tensiones en la suprema dirección bélica de Estados Unidos.

El general Marshall estaba en desacuerdo con el almirante King entre Europa y el Pacífico. Ninguno estaba a favor de intervenir en el norte de África. En este punto muerto aumentó el entusiasmo del presidente por el norte de África. Gracias a sus cualidades el mariscal de campo Dill gozaba de la confianza de todas las escuelas de pensamiento rivales y, con su tacto, mantuvo su buena voluntad. El presidente era consciente de la fuerza de los argumentos en contra del «Mazo». Si lo situó en el primer plano en sus comunicaciones con nosotros fue para convencer al general Marshall de que tendría todas las oportunidades. Pero si nadie lo tocaba, ¿qué ocurriría? La corriente de opinión del Estado Mayor estadounidense creía que «si no se puede hacer nada en Europa este año podíamos concentrarnos en Japón para hacer coincidir al Ejército y la Armada estadounidenses y para unir al general Marshall con el almirante King».

El presidente soportó y dejó de lado esta línea de pensamiento funesto. Estaba convencido de que el Ejército de Estados Unidos tenía que combatir contra los alemanes en 1942. ¿Dónde podía ocurrir esto si no en la zona francesa del norte de África? Según Stimson, «éste era su proyecto secreto». La fuerza del argumento y de la opinión del presidente a favor de esta conclusión fue implacable.

El sábado dieciocho de julio el general Marshall, el almirante King y Harry Hopkins llegaron a Prestwick y se dirigieron en tren a Londres, donde se reunieron de inmediato con los jefes militares estadounidenses, instalados entonces en la capital, Eisenhower, Clark, Stark y Spaatz. Se reanudó el debate sobre el «Mazo». Entre los dirigentes estadounidenses la opinión seguía estando fuertemente a favor de seguir adelante sólo con esta operación. Sólo el propio presidente parecía estar impresionado por mis argumentos. Había elaborado para la delegación el documento más sólido y magistral sobre la política de guerra que vi nunca de su puño y letra[19].

MEMORÁNDUM PARA EL HONORABLE HARRY L. HOPKINS, EL GENERAL MARSHALL Y EL ALMIRANTE KING

Asunto: Instrucciones para la conferencia de Londres, julio de 1942

16 de julio de 1942

1. Irán de inmediato a Londres en calidad de representantes personales míos para hacer consultas sobre la dirección de la guerra con las autoridades británicas correspondientes.

2. Ha habido unos cambios estratégicos militares y navales tan grandes desde la visita de Churchill a Washington que ha sido necesario alcanzar un acuerdo inmediato sobre los planes operacionales conjuntos entre los británicos y nosotros siguiendo dos líneas:

(a) Los planes definitivos para lo que queda de 1942.

(b) Los planes provisionales para el año 1943 que, evidentemente, dependerán de los cambios que se produzcan en función de lo que ocurra en 1942, pero que deberían comenzarse ahora en todos los casos que supongan la preparación durante 1942 de las operaciones que se vayan a realizar en 1943.

3.(a) El objetivo común de las Naciones Unidas debe ser derrotar a las potencias del Eje. No puede haber ninguna solución intermedia en este punto.

(b) Deberíamos concentrar nuestros esfuerzos y evitar la dispersión.

(c) Es fundamental hacer un uso absolutamente coordinado de las fuerzas británicas y estadounidenses.

(d) Todas las fuerzas estadounidenses y británicas disponibles deben entrar en acción con tanta

rapidez como se puedan disponer de ellas.

(e) Reviste la máxima importancia que las tropas terrestres estadounidense se enfrenten al enemigo en 1942.

4. Las importantes promesas que Gran Bretaña y Estados Unidos le hayan hecho a Rusia se deben cumplir de buena fe. En caso de qué se utilice la ruta de entrega persa se deberá dar preferencia al material de combate. Esta ayuda debe continuar mientras sea posible la entrega y se instará a Rusia a que siga resistiendo. Lo único que podría hacer variar esta determinación por nuestra parte sería el colapso total, que parece impensable.

5. Con respecto a 1942 investigarán cuidadosamente la posibilidad de poner en práctica el «Mazo», una operación que sin duda serviría dé apoyo a Rusia este año. El «Mazo» tiene tanta importancia qué existen infinidad de motivos para llevarlo a cabo. Tienen que insistir mucho para emprender en seguida intensos preparativos para que se impulse con el máximo vigor y para que se ponga en práctica, sea o no inminente el colapso ruso. En caso dé que se vuelva probable el colapso de Rusia, el «Mazo» no sólo resulta recomendable sino además imprescindible. El objetivo principal del «Mazo» es el desvío seguro de las fuerzas aéreas alemanas del frente ruso.

6. Infórmenme sólo si están completamente convencidos de que es imposible ejecutar el «Mazo» con posibilidades razonables de cumplir los objetivos propuestos.

7. Si el «Mazo» queda definitivamente fuera del panorama, quiero que consideren la situación mundial como se presente en ese momento y que decidan otro lugar al que enviar a luchar a las tropas estadounidenses en 1942.

Mi opinión actual sobre el panorama mundial es la siguiente:

(a) Si Rusia contiene a una gran fuerza alemana a su alrededor es posible emprender el «Rodeo» [la invasión de Europa] en 1943; entonces hay que hacer planes en seguida para esta operación y comenzar los preparativos.

(b) Si Rusia cae y las fuerzas terrestres y aéreas alemanas quedan libres, es posible que no se pueda realizar el «Rodeo» en 1943.

8. Habría que defender Oriente Próximo lo más posible, tanto si Rusia cae como si no. Quiero que tengan en cuenta las consecuencias de la pérdida de Oriente Próximo. Dicha pérdida produciría, de forma sucesiva:

(1) La pérdida de Egipto y el canal de Suez.

(2) La pérdida de Siria.

(3) La pérdida de los pozos petrolíferos de Mosul.

(4) La pérdida del golfo Pérsico por ataques procedentes del norte y del oeste, así como también el acceso a todo el petróleo del golfo Pérsico.

(5) Que Alemania y Japón se estrechen la mano y la probable pérdida del océano índico.

(6) La muy importante probabilidad de que Alemania ocupe Túnez, Argelia, Marruecos y Dakar y que interrumpa la ruta del transbordador que pasa por Freetown y Liberia.

(7) Un grave peligro para todas las embarcaciones del Atlántico septentrional y un grave peligro para Brasil y para toda la costa oriental de América del Sur. Incluyo entre estas posibilidades el uso por parte de Alemania de España, Portugal y sus territorios.

(8) Ustedes decidirán los mejores métodos para defender Oriente Próximo. Estos métodos incluyen, de forma definitiva, una de las siguientes posibilidades, o las dos:

(a) El envío de ayuda y fuerzas terrestres al golfo Pérsico, a Siria y a Egipto.

(b) *Una nueva operación en Marruecos y Argelia, con la intención de atacar la retaguardia de los ejércitos de Rommel. Sigue siendo dudosa la actitud de las tropas coloniales francesas*[20].

9.Me opongo a que Estados Unidos haga un esfuerzo supremo en el Pacífico contra Japón con la intención de derrotarlo lo antes posible. Tiene suma importancia que nos demos cuenta de que la derrota de Japón no significa la derrota de Alemania y que el hecho de que Estados Unidos concentre sus esfuerzos contra Japón este año o en 1943 incrementa la posibilidad de una absoluta dominación alemana en Europa y en África. En cambio, es evidente que la derrota de Alemania o su bloqueo, en 1942 o en 1943, al final acabará provocando la derrota de Alemania en el frente europeo y africano y en Oriente Próximo. *La derrota de Alemania supone la derrota de Japón, probablemente sin disparar ni un tiro y sin*

perder ni una vida[21].

10. Les ruego que recuerden tres principios fundamentales: la velocidad de decisión acerca de los planes, que estos sean coherentes y que el ataque se combine con la defensa pero sin limitarnos sólo a la defensa. Esto afecta al objetivo inmediato de los combates de las fuerzas terrestres estadounidenses contra Alemania en 1942.

11. Espero que lleguen a un acuerdo total al cabo de una semana de su llegada.

FRANKLIN D. ROOSEVELT
Comandante en jefe

Pero a pesar de esta última orden, el general Marshall me dijo, el veintidós de julio por la tarde, que él y sus colegas habían llegado a un punto muerto en sus conversaciones con los jefes del Estado Mayor británico y que tendrían que presentar un informe al presidente pidiéndole instrucciones.

Le respondí que compartía plenamente el ardiente deseo del presidente y de sus asesores de las fuerzas armadas de «enfrentarse al enemigo con la mayor fuerza posible y lo antes posible», pero que estaba seguro de que, con las fuerzas limitadas que teníamos a nuestra disposición, no se justificaba emprender el «Mazo» en 1942. Señalé la cantidad de posibilidades desagradables que se nos venían encima. Por ejemplo, se podía producir un colapso en Rusia, o los alemanes podían trasladarse al Cáucaso, o podían derrotar al general Auchinleck y ocupar el delta del Nilo y el canal de Suez, o también podían establecerse en el norte y el oeste de África, imponiendo con esto un esfuerzo casi prohibitivo a nuestro transporte marítimo.

No obstante, el desacuerdo entre Gran Bretaña y Estados Unidos tendría consecuencias mucho mayores que todas estas posibilidades de modo que se acordó que los jefes del Estado Mayor estadounidense informarían al presidente de que los británicos no estaban preparados para seguir adelante con el «Mazo» y pedirían instrucciones.

Roosevelt respondió de inmediato que no le sorprendía que las conversaciones en Londres obtuvieran un resultado desalentador. Aceptó que no valía la pena seguir insistiendo con el «Mazo» frente a la oposición británica y dio instrucciones a su delegación para que llegara a un acuerdo con nosotros sobre alguna operación que supusiera la entrada en acción contra el enemigo de fuerzas terrestres estadounidenses en 1942. Así fue como el «Mazo» quedó a mitad de camino y se pudo apreciar el valor del «Gimnasta». Marshall y King, aunque naturalmente estaban desilusionados, aceptaron la decisión de su comandante en jefe y volvió a reinar la máxima buena voluntad entre todos nosotros.

Entonces me apresuré a rebautizar a mi operación favorita. «Gimnasta» y sus variantes desaparecieron de nuestras listas de nombres enclave. El veinticuatro de julio, en unas instrucciones que envié a los jefes del Estado Mayor, apareció el nuevo nombre general: «Antorcha». El veinticinco de julio el presidente envió un cable a Hopkins indicándole que los planes para los desembarcos en el norte de África, que

debían tener lugar «a más tardar el treinta de octubre», debían proseguir de inmediato. Esa noche nuestros amigos emprendieron el viaje de regreso a Washington.

Por tanto, todo se acordó y se resolvió de acuerdo con las ideas que mis colegas, militares y políticos, y yo teníamos presentes desde hacía tanto tiempo, lo que me produjo gran satisfacción, sobre todo porque tuvo lugar cuando parecíamos atravesar nuestra hora más oscura. En todos los puntos, salvo uno, se adoptaron los planes que yo acariciaba. La única operación que no pude llevar a cabo fue la «Júpiter» (la de Noruega), aunque no se discutieron sus méritos. Si bien todavía no había abandonado este plan, al final no pude establecerlo. Hacía meses que pensaba que no se concretaría el «Mazo», pero que en su lugar se realizarían la invasión del norte de África *y también* «Júpiter», pero al final ésta quedó a mitad de camino. De todos modos, tenía motivos de sobra para estar agradecido.

El mariscal de campo Dill envió un telegrama desde Washington: «El Presidente ha ido a Hyde Park para descansar un poco. Antes de partir, dejó órdenes de adelantar "Antorcha" lo más posible. Pidió a jefes Estado Mayor Conjunto que el cuatro de agosto le informen de primera fecha posible de desembarco. Existe todavía riesgo limitarnos al Pacífico, pero presidente muy firme en este punto.

»Estadounidenses piensan que se excluye "Rodeo" en 1943 al aceptar "Antorcha". No necesidad de discutirlo. Ahora queremos concentrarnos en "Antorcha", […] Que sus planes tengan el éxito que merecen el coraje y la imaginación».

Me entregaron este mensaje la medianoche del uno de agosto de 1942 en el aeródromo de Lyneham cuando estaba a punto de emprender el viaje que se explica y se relata en el próximo capítulo.

Capítulo XIV

MI VIAJE A EL CAIRO. LOS CAMBIOS EN EL MANDO

Las dudas que tenía sobre el alto mando en Oriente Próximo iban en constante aumento por los informes que recibía de numerosas fuentes. Llegó a ser urgentemente necesario que viajara para resolver *in situ* las cuestiones decisivas. Al principio se aceptó que el viaje se realizara pasando por Gibraltar y Takoradi, y que después atravesara el centro de África hasta El Cairo, lo que suponía cinco o incluso seis días de viaje en avión. Pero entonces llegó a Inglaterra un joven piloto estadounidense, el capitán Vanderkloot, que acababa de volar desde Estados Unidos en el avión «Commando», un avión Liberator al que se le habían quitado los bastidores para las bombas y en su lugar se había instalado cierto dispositivo para llevar pasajeros. Sin duda este aparato era capaz de seguir la ruta establecida con amplios márgenes en todas las etapas. Portal, el jefe del Estado Mayor de la Aviación, se entrevistó con el piloto y lo sometió a una serie de preguntas sobre el «Commando». Vanderkloot, que ya había volado más de un millón y medio de kilómetros, preguntó por qué había que dar la vuelta por Takoradi, Kano, Fort Lamy, El Obeid, etcétera. Dijo que él podía ir de un salto de Gibraltar a El Cairo volando desde Gibraltar hacia el este por la tarde, girando bruscamente hacia el sur, atravesando territorio español o de Vichy al anochecer, y después continuar hacia el este hasta llegar al Nilo, cerca de Asiut; desde allí, girando hacia el norte, tardaríamos una hora más, aproximadamente, hasta la pista de aterrizaje de El Cairo, al noroeste de las pirámides. Esto cambiaba todo el panorama: así podría estar en El Cairo en dos días. Portal quedó convencido.

Todos estábamos preocupados por la reacción del gobierno soviético ante la desagradable aunque inevitable noticia de que no cruzaríamos el canal de la Mancha en 1942. Resulta que la noche del veintiocho de julio tuve el honor de que el rey acudiera a cenar, junto con el gabinete de Guerra, al comedor del jardín del número 10 de Downing Street. En privado obtuve la aprobación de Su Majestad para mi viaje; en cuanto se marchó reuní a los ministros, que estaban de buen humor, en la sala del gabinete y zanjamos la cuestión. Se resolvió que yo iría a El Cairo en cualquier caso y que le propondría a Stalin que iría a verlo desde allí. Por consiguiente, el día treinta le envié el siguiente telegrama:

> Estamos haciendo los preparativos preliminares para volver a tratar de enviar un gran convoy hasta Arcángel la primera semana de septiembre.
>
> 2. Estoy dispuesto, si me invita, a ir a verlo en persona a Astraján, el Cáucaso, o cualquier otro lugar conveniente para una entrevista. Así podríamos hacer juntos un análisis de la guerra y tomar decisiones mano a mano. Podría entonces comunicarle los planes que hemos elaborado con el presidente Roosevelt para la acción ofensiva en 1942. Podría acompañarme el jefe del Estado Mayor del Imperio.

> 3. Parto de inmediato hacia El Cairo donde tengo que resolver graves cuestiones, como podrá imaginar. Desde allí puedo, si lo desea, fijar una fecha adecuada para reunimos que, por lo que a mí respecta, podría ser entre el diez y el trece de agosto, si todo va bien.
>
> 4. El gabinete de Guerra apoya mis propuestas.

Al día siguiente llegó la respuesta.

> En nombre del Gobierno soviético lo invito a venir a la URSS para reunirse con los miembros del gobierno. […] Creo que el lugar de reunión más adecuado sería Moscú ya que ni yo ni los miembros del gobierno ni los hombres más destacados del Estado Mayor podemos salir de la capital en un momento de luchas tan intensas contra los alemanes. La presencia del jefe del Estado Mayor del Imperio sería sumamente deseable.
>
> Le ruego que fije usted mismo la fecha de la entrevista, según el tiempo que necesite para finalizar lo que tiene que resolver en El Cairo. Puede tener la seguridad de antemano de que me parece apropiada cualquier fecha.
>
> Permítame expresarle mi gratitud por dar su consentimiento al envío del siguiente convoy con materiales bélicos para la URSS a principios de septiembre. A pesar de la enorme dificultad que supone el desvío de aviones desde el frente de batalla tomaremos todas las medidas posibles para incrementar la protección aérea del convoy.

Todo quedó acordado y partimos de Lyneham después de medianoche, el domingo dos de agosto, en el bombardero «Commando». No encontramos en este viaje las comodidades que ofrecían los hidroaviones Boeing. Entonces el bombardero no tenía calefacción y se colaban heladas bocanadas de aire por numerosas grietas. No había camas, pero lord Moran y yo pudimos acostarnos en dos estantes situados en la cabina posterior. Había mantas abundantes para todos. Volamos a baja altura sobre el sur de Inglaterra para que nos reconocieran nuestras baterías que, aunque habían sido advertidas, también se encontraban en estado de alerta. Cuando salimos al mar abandoné la cabina de mando y me retiré a descansar con ayuda de una buena cápsula somnífera.

Llegamos a Gibraltar sin problemas la mañana del tres de agosto, pasamos el día dando vueltas por la fortaleza y emprendimos viaje hacia El Cairo a las seis de la tarde, dando un salto de tres mil kilómetros o más, ya que había que hacer bastantes desvíos para evitar a los aviones enemigos en torno a la batalla del desierto. Para poder disponer de más combustible Vanderkloot no siguió por el Mediterráneo hasta que oscureció, sino que atravesó directamente la zona española y el territorio casi hostil de Vichy. Por tanto, como tuvimos una escolta armada de cuatro Beaufighter hasta el anochecer, en realidad violamos abiertamente la neutralidad de estas dos regiones. Nadie nos importunó en el aire y no nos pusimos a tiro de cañón de ninguna ciudad importante. De todos modos me alegré cuando la oscuridad cubrió con su velo el severo paisaje y pudimos retirarnos al lugar para dormir que nos brindaba el «Commando». Habría sido una pena tener qué hacer un aterrizaje forzoso en territorio neutral, e incluso bajar en el desierto, aunque era preferible, habría dado lugar a otros problemas. Pero los cuatro motores del «Commando» susurraban

alegremente y me sumí en un sueño profundo mientras atravesábamos la noche estrellada.

En estos viajes tenía la costumbre de sentarme en el asiento del copiloto antes de la salida del sol; cuando llegó el momento, en esta mañana del cuatro de agosto, bajo un amanecer pálido y trémulo, se extendía gozosamente ante nosotros la infinita y sinuosa cinta plateada del Nilo. Tanto en tiempos de guerra como de paz lo había atravesado por tierra o por agua en casi toda su longitud, a excepción del «meandro de Dongola», desde el lago Victoria hasta el mar. El resplandor del día sobre sus aguas nunca me había producido tanta satisfacción.

A partir de entonces, durante un breve período, me convertí en «el hombre *in situ*». En lugar de quedarme sentado en casa aguardando las noticias qué llegaban del frente podía enviarlas yo mismo. ¡Qué emoción!

En El Cairo había que resolver las siguientes cuestiones. El general Auchinleck o su estado mayor, ¿habían perdido la confianza del ejército del desierto? Si así fuese, ¿convenía relevarlo? ¿Quién podía ser su sucesor? Cuando se trata de un comandante de tanta importancia y calidad, de demostrada capacidad y resolución, costaba mucho tomar este tipo de decisiones. Para reforzar mi propio criterio había hecho venir de Sudáfrica al general Smuts, que ya me esperaba en la embajada cuando llegué. Estuvimos juntos toda la mañana y le conté todos los problemas y las opciones que teníamos. Por la tarde mantuve una larga conversación con Auchinleck, que me explicó con toda claridad la posición militar. Al día siguiente, después de comer, llegó de la India el general Wavell, y alrededor de las seis celebré una reunión sobre Oriente Próximo a la que asistieron todas las autoridades: Smuts, Casey, que reemplazaba a Lyttelton como ministro de Estado en Oriente Próximo, el general Brooke, jefe del Estado Mayor del Imperio, Wavell, Auchinleck, el almirante Harwood y Tedder en representación de la Fuerza Aérea. Resolvimos muchas cuestiones con un alto grado de consenso. Pero mis pensamientos se dirigían todo el tiempo a la cuestión fundamental del mando.

No se pueden resolver cambios de esta naturaleza sin estudiar las alternativas. En este aspecto de la cuestión me asesoraba el jefe del Estado Mayor del Imperio, cuya función consistía en evaluar la calidad de nuestros generales. Al principio, le ofrecí a él el mando de Oriente Próximo. Desde luego al general Brooke le habría gustado mucho ocupar un cargo operacional tan elevado y yo sabía que nadie lo haría mejor que él. Se lo pensó bien y a la mañana siguiente mantuvo una larga conversación con el general Smuts. Al final, respondió que sólo llevaba ocho meses como jefe del Estado Mayor del Imperio, que creía que gozaba de mi plena confianza y que el aparato del Estado Mayor funcionaba bien. Otro cambio en ese momento podía provocar un trastorno temporal en un momento tan crítico como éste. Es muy posible

también que, por delicadeza, no quisiera ser responsable de aconsejar la sustitución del general Auchinleck y asumir después el cargo él mismo. Su reputación era demasiado buena para que se le imputara algo así, pero la cuestión era que tenía que buscar a otra persona.

Tanto Alexander como Montgomery habían combatido con él en la batalla que nos permitió regresar a Dunkerque en mayo de 1940. Los dos admirábamos muchísimo lo bien que había dirigido Alexander la imposible campaña que se le había encomendado en Birmania. Montgomery tenía una reputación espléndida. Si estábamos decididos a relevar a Auchinleck no teníamos ninguna duda de que había que ordenarle a Alexander que asumiera la responsabilidad en Oriente Próximo. Pero no se podían pasar por alto los sentimientos del Octavo Ejército. ¿No les parecería un reproche a ellos mismos y a todos sus comandantes de cualquier graduación el hecho de enviar a dos hombres desde Inglaterra en lugar de todos los que habían combatido en el desierto? De éstos, el general Gott, uno de los comandantes de los cuerpos de ejército, parecía cubrir todas las necesidades. Era muy apreciado por las tropas, y no en vano lo llamaban el «Ametrallador». Pero también había que tener en cuenta que, según el informe de Brooke, estaba agotado y necesitaba descansar. En ese momento era demasiado pronto para tomar decisiones. Había viajado hasta allí para tener oportunidad de ver y de escuchar todo lo posible durante el breve período que podíamos dedicarle al asunto.

Nuestro embajador, sir Miles Lampson, nos dispensó una hospitalidad magnífica. Dormí en su dormitorio, con aire acondicionado, y trabajé en su estudio, con aire acondicionado. Hacía muchísimo calor y éstas eran las dos únicas habitaciones de la casa que tenían una temperatura agradable. En este entorno, por lo demás agradable, permanecimos más de una semana, captando el ambiente, escuchando opiniones y visitando el frente o los grandes campamentos situados al este de El Cairo, en la zona de Kassassin, adonde comenzaban a llegar sin cesar nuestros poderosos refuerzos.

El cinco de agosto visité las posiciones de El Alamein. El general Auchinleck me llevó en su coche hasta el flanco derecho de la línea, al oeste del Ruweisat. Desde allí seguimos a lo largo del frente hasta su cuartel general, situado detrás de las montañas de Ruweisat, donde nos sirvieron el desayuno en un cubo protegido por malla de alambre, lleno de moscas y de importantes figuras militares. Yo había pedido que trajeran a varios oficiales, pero sobre todo al general «Ametrallador» Gott. Decían que estaba agotado por la dureza del servicio. Esto era lo que yo quería averiguar. Después de conocer a los comandantes de varios cuerpos y divisiones que estaban presentes pedí que el general Gott me llevara hasta el aeródromo, que era mi siguiente destino. Uno de los oficiales del estado mayor de Auchinleck puso objeciones diciendo que esto lo desviaría una hora de su camino, pero yo insistí en que me acompañara. Fue la primera y la última vez que vi a Gott. Mientras

avanzábamos con gran estruendo y traqueteo por el escabroso camino lo miré a los ojos de un azul claro y le hice preguntas personales: si estaba cansado y qué opinaba de la situación. Gott dijo que estaba cansado, sin duda, y que nada le habría gustado más que pasar tres meses de permiso en Inglaterra, que no pisaba hacía varios años, aunque se declaró perfectamente capaz de continuar sus esfuerzos inmediatos y de asumir las responsabilidades que se le encomendaran. Nos despedimos en el aeródromo a las dos en punto de esa tarde del cinco de agosto. Más o menos a esa misma hora, dos días después, lo mató el enemigo casi en el mismo espacio aéreo por el que viajo ahora.

En el aeródromo me pusieron en manos del general de división Coningham que, a las órdenes de Tedder, comandaba toda la fuerza aérea que había trabajado con el Ejército; sin su colaboración jamás se habría conseguido la inmensa retirada de ochocientos kilómetros sin desastres incluso mayores que los que habíamos sufrido. Volamos en una hora a su cuartel general, donde nos sirvieron la comida, y donde estaban reunidos todos los oficiales más destacados de la Fuerza Aérea, de coroneles en adelante. Desde que llegué me di cuenta de que mis anfitriones estaban nerviosos. Habían encargado toda la comida al hotel Shepheard, pero el vehículo especial que nía que transportar las exquisiteces desde El Cairo se había perdido. Se hicieron intentos desesperados por encontrarlo y al final apareció.

En medio de tanta preocupación, ésta fue una ocasión alegre, un auténtico oasis en un desierto inmenso. No era difícil percibir lo crítica que era la Aviación con el Ejército, y que tanto la Fuerza Aérea como el Ejército estaban asombrados ante los reveses sufridos por nuestras superiores fuerzas. Por la noche regresé en avión a El Cairo y redacté un informe para Attlee sobre mis impresiones generales.

Pasé todo el día siguiente, el seis, con Brooke y Smuts y preparando los telegramas que tenía que enviarle al gabinete. Las cuestiones que había que resolver no sólo afectaban a altas personalidades sino también a toda la estructura del comando en este extenso frente. Siempre me había parecido inadecuado llamar «Oriente Medio» a Egipto, el Levante, Siria y Turquía. Esto era el Oriente Próximo. Persia e Irak eran el Oriente Medio; la India, Birmania y Malasia eran Oriente, y China y Japón el Lejano Oriente. Pero me parecía que, mucho más importante que cambiar los nombres, era la necesidad de dividir el mando de Oriente Próximo que teníamos en ese momento, demasiado variado y extenso. Había llegado el momento de efectuar este cambio de estructura. Por consiguiente, a las 20.15 envié a Attlee el siguiente telegrama:

> […] He llegado a la conclusión de que hace falta un cambio drástico e inmediato en el alto mando.
>
> 2.Por consiguiente, propongo que se reorganice el mando de Oriente Próximo en dos mandos independientes de la siguiente forma:
>
> (a) El «Mando de Oriente Próximo», que abarque Egipto, Palestina y Siria, con el centro en El

Cairo, y

(b) El «Mando de Oriente Medio», que abarque Persia e Irak, con el centro en Basora o en Bagdad.

El Octavo y el Noveno Ejército quedan comprendidos en el primero y el Décimo Ejército en el segundo de estos mandos.

3. Se ofrecerá al general Auchinleck el puesto de comandante en jefe del nuevo Mando de Oriente Medio. […]

4. El general Alexander será el comandante en jefe de Oriente Próximo.

5. El general Montgomery reemplazará a Alexander en la operación «Antorcha». Lamento la necesidad de retirar a Alexander de la «Antorcha» pero Montgomery está capacitado en todo sentido para reemplazarlo.

6. El general Gott será el comandante del Octavo Ejército a las órdenes de Alexander.

[…] Los siguientes son los principales cambios simultáneos que requieren la gravedad y la urgencia de la situación que impera aquí. Agradeceré a mis colegas del gabinete de Guerra que los aprueben. Smuts y el jefe del Estado Mayor del Imperio quieren que exprese que ellos coinciden totalmente en que, entre tantas dificultades y alternativas, éste es el camino correcto a seguir. El ministro de Estado también está totalmente de acuerdo. No me cabe duda de que los cambios darán un nuevo y poderoso impulso al Ejército y devolverán la confianza en el mando, que lamento que no exista actualmente. Debo destacar aquí la necesidad de comenzar de nuevo y de emprender una acción entusiasta que anime a toda esta organización tan vasta y a la vez perpleja, y en cierto modo desequilibrada. Seguramente el gabinete de Guerra se da cuenta de que una victoria frente a Rommel en agosto o en septiembre puede tener un efecto decisivo sobre la actitud de los franceses en el norte de África cuando comience la «Antorcha».

El gabinete de Guerra aceptó mi opinión sobre los cambios drásticos e inmediatos en el alto mando; aprobaron con entusiasmo la elección del general Alexander y dijeron que saldría de Inglaterra de inmediato. Sin embargo, no les agradó la idea de reorganizar el mando de Oriente Próximo en dos mandos independientes. Les parecía que los motivos que condujeron al establecimiento de un mando unificado eran entonces más fuertes que cuando se tomó esta decisión en diciembre de 1941. Estuvieron de acuerdo en que Montgomery debía de ocupar el puesto de Alexander en la «Antorcha» y lo llamaron a Londres en seguida. Por último, estaban conformes con dejarme resolver a mí los demás nombramientos.

A la mañana siguiente amplié la explicación de mis propuestas. El gabinete de Guerra respondió que no había disipado por completo sus dudas pero que, puesto que yo estaba en el lugar de los hechos, con Smuts y el jefe del Estado Mayor del Imperio, que compartían conmigo esta propuesta, estaban dispuestos a dar su autorización. No obstante, plantearon que mantener el cargo de comandante en jefe de Oriente Medio, si se designaba al general Auchinleck al frente en Persia e Irak, se prestaría a confusión y a tergiversación. Comprendí que tenían razón y acepté su consejo.

Dediqué todo el siete de agosto a visitar la 51.ª División de los Highlands que acababa de desembarcar. Cuando subía las escaleras, después de la cena en la embajada, me encontré con el coronel Jacob, actualmente sir Ian Jacob. «Qué pena lo de Gott», me dijo. «¿Qué ha ocurrido?». «Lo mataron esta tarde cuando volaba hacia

El Cairo». Me produjo mucha tristeza la pérdida de este gran militar, a quien había decidido confiar la misión del combate más directo en la inminente batalla. Esto trastornó todos mis planes. Para compensar la retirada de Auchinleck del mando supremo se designaba a Gott para el Octavo Ejército, con toda su experiencia en el desierto y su prestigio, y todo quedaba cubierto por el nombramiento de Alexander en Oriente Medio. ¿Qué ocurriría entonces? No cabía la menor duda de quién sería su sucesor, de modo que le telegrafié a Attlee: «El jefe del Estado Mayor del Imperio recomienda con contundencia a Montgomery para el Octavo Ejército. Smuts y yo pensamos que este puesto se tiene que ocupar en seguida. Les ruego que lo envíen lo antes posible en un avión especial, y que me avisen de su llegada».

Parece que el gabinete de Guerra ya se había reunido a las 23.15 el siete de agosto para decidir sobre los telegramas que envié ese día, que acababan de ser descifrados. Todavía estaban discutiendo al respecto cuando entró un secretario con más mensajes, avisando de la muerte de Gott y, en segundo lugar, solicitando que se enviara de inmediato al general Montgomery. Me dijeron que fue un momento álgido para nuestros amigos que estaban en Downing Street. No obstante, como he destacado en varias ocasiones, ya habían visto demasiado y se lo tomaron con determinación. Estuvieron reunidos casi hasta el amanecer, se pusieron de acuerdo en todos los aspectos fundamentales de mis propuestas y dieron las órdenes necesarias con respecto a Montgomery.

Cuando envié mis mensajes al gabinete avisándoles de la muerte de Gott les pedí que no le dijeran al general Eisenhower que habíamos pensado enviarle a Montgomery en lugar de Alexander. Pero era demasiado tarde: ya se lo habían dicho. El nuevo cambio de planes suponía, por consiguiente, un trastorno humillante en la preparación de la «Antorcha». Alexander había sido elegido para comandar el Primer Ejército británico en esa gran empresa. Ya había comenzado a trabajar con el general Eisenhower. Se llevaban muy bien, como siempre. Y entonces le quitamos a Alexander para enviarlo a Oriente Próximo. Se envió a Ismay para darle la noticia y presentarle a Eisenhower mis excusas por interrumpir la continuidad y romper los contactos que exigían las implacables necesidades de la guerra. Ismay se extendió sobre las brillantes cualidades de Montgomery como comandante en el campo. Montgomery llegó al cuartel general de Eisenhower casi en seguida, y comenzó la ronda de cortesías que se pone en marcha cuando se produce un encuentro de este tipo entre los comandantes de los ejércitos de distintos países que se funden en una sola empresa. A la mañana siguiente, el día ocho, hubo que informar a Eisenhower de que Montgomery tenía que volar a El Cairo para ponerse al frente del Octavo Ejército. Esta misión también le correspondió a Ismay. Eisenhower era un hombre tolerante, práctico, servicial, que resolvía los acontecimientos a medida que se iban

presentando, con frío desinterés. Sin embargo, naturalmente, quedó desconcertado ante estos dos cambios en dos días en un puesto tan vital para la amplia operación que le habían encomendado. Tenía que prepararse para recibir a un tercer comandante británico. No es extraño que le preguntara a Ismay si «los británicos realmente se tomaban la “Antorcha” con seriedad». No obstante, la muerte de Gott era un hecho bélico que podía comprender cualquier buen soldado. Se nombró al general Anderson para cubrir la vacante y Montgomery emprendió camino al aeródromo con Ismay, que así tuvo una hora o más de tiempo para informarle sobre estos cambios repentinos.

Cuentan una anécdota sobre esta conversación, aunque su veracidad no está confirmada. Montgomery hablaba de las pruebas y los riesgos que corre un soldado en su carrera: entregaba toda su vida a su profesión y pasaba muchos años dedicado al estudio y al autocontrol; entonces, la fortuna le sonreía y llegaba el éxito, lo promovían, se le presentaba una oportunidad, le daban un mando importante; obtenía una victoria, se hacía famoso en todo el mundo, todos hablaban de él; pero entonces la suerte cambiaba; de pronto se esfumaba el trabajo de toda su vida, tal vez ni siquiera por su culpa, y lo arrojaban al interminable catálogo de los fracasos militares. «Pero —objetó Ismay— no se lo tome tan mal. En Oriente Próximo se está formando un ejército muy bueno. Es posible que no lo envíen al desastre». «¡Cómo! —exclamó Montgomery, incorporándose en el asiento—. ¿Qué quiere decir? ¡Yo me refería a Rommel!».

Me tocó entonces informar al general Auchinleck de que lo íbamos a relevar de su mando y, como sabía por experiencias anteriores que este tipo de situaciones desagradables conviene resolverlas por escrito más que oralmente envié por avión al coronel Jacob a su cuartel general con la siguiente carta:

El Cairo, 8 de agosto de 1942

Estimado general Auchinleck:

El veintitrés de junio planteó en el telegrama que envió al jefe del Estado Mayor del Imperio la cuestión de ser relevado de este mando y mencionó el nombre del general Alexander como posible sucesor. En ese momento crítico para el Ejército el gobierno de Su Majestad no quiso aprovechar su generosa oferta. Además, ha asumido el mando efectivo de la batalla, como yo deseaba hacía tiempo y ya le había sugerido en el telegrama que le envié el veinte de mayo. Usted contuvo la marea adversa y en este momento el frente ha quedado estabilizado.

2. El gabinete de Guerra ha decidido, por los motivos que usted mismo ha expresado, que ha llegado el momento de introducir un cambio. Está previsto separar a Irak y Persia del actual frente de Oriente Medio. Se pondrá a Alexander en el mando de Oriente Próximo; a Montgomery en el del Octavo Ejército, y le ofrezco el mando de Irak y Persia, incluido el Décimo Ejército, con el cuartel general en Basora o en Bagdad. Es cierto que esta esfera es, en este momento, más reducida que Oriente Medio, pero es posible que dentro de pocos meses se desarrollen allí operaciones decisivas, y ya está en marcha el reforzamiento del Décimo Ejército. En este frente, en el que tiene usted especial experiencia, mantendrá su relación con la India. Espero, por consiguiente, que cumpla mi deseo y mis instrucciones con el mismo espíritu público desinteresado que ha manifestado siempre. Alexander llegará casi de inmediato y espero que, a más tardar

la semana próxima, dependiendo evidentemente de los desplazamientos del enemigo, se pueda llevar a cabo la transferencia de responsabilidades en el frente de batalla occidental con la máxima fluidez y eficacia.

3. Si así lo desea, será un placer verlo cuando a usted le venga bien.

Sinceramente suyo,

WINSTON S. CHURCHILL

PD. También le he encargado al coronel Jacob, portador de esta carta, que le exprese mis condolencias por la repentina pérdida del general Gott.

Jacob regresó por la noche. Auchinleck había recibido el golpe con dignidad marcial. No estaba dispuesto a asumir el nuevo mando y vendría a verme al día siguiente. Jacob apuntó en su diario:

El primer ministro dormía. Se despertó a las seis y tuve que contarle lo mejor que pude lo que ocurrió entre el general Auchinleck y yo. Se nos sumó el jefe del Estado Mayor del Imperio. […] En lo único que piensa el primer ministro es en derrotar a Rommel y en poner al general Alexander totalmente a cargo de las operaciones en el desierto occidental. No puede comprender que alguien se quede en El Cairo cuando en el desierto suceden cosas tan importantes dejando que otro tome las decisiones. Iba y venía declamando sobre este punto y tiene la intención de salirse con la suya. «¡Rommel, Rommel, Rommel, Rommel! —exclamaba—. Lo único que importa es derrotarlo».

El general Auchinleck llegó a El Cairo justo después de mediodía y mantuvimos una conversación de una hora, sombría e impecable al mismo tiempo.

Esa noche vino a verme el general Alexander y se hicieron los últimos preparativos para los cambios de mando. Informé a Londres de estos logros en un telegrama del que extraigo el siguiente pasaje, que es crucial:

[…] Le he dado al general Alexander la siguiente directriz, que le parece muy bien, y con la que coincide también el jefe del Estado Mayor del Imperio:

«1. Su obligación fundamental consiste en apoderarse lo antes posible del ejército germanoitaliano al mando del mariscal de campo Rommel y destruirlo, junto con todos sus pertrechos y sus instalaciones en Egipto y Libia.

»2. Cumplirá o hará cumplir todas las demás obligaciones inherentes a su mando sin perjuicio de la tarea descrita en el apartado 1, que debe considerarse primordial para los intereses de Su Majestad».

Sin duda puede ser posible, en una fase posterior de la guerra, modificar el énfasis de esta directriz, pero estoy seguro de que en este momento son imprescindibles la sencillez y la determinación.

La respuesta de Alexander, enviada seis meses después, se mencionará a su debido tiempo.

Capítulo XV

MOSCÚ. LA PRIMERA ENTREVISTA

A última hora de la noche del diez de agosto, tras una cena de notables en la agradable embajada de El Cairo, partimos hacia Moscú. Mi comitiva, que llenó tres aviones, incluía entonces al jefe del Estado Mayor del Imperio, el general Wavell, que hablaba ruso, el capitán general Tedder y sir Alexander Cadogan. Hacía poco que había llegado de Estados Unidos Averell Harriman por pedido especial mío al presidente. Viajamos juntos, él y yo. Al amanecer, estábamos cerca de las montañas del Kurdistán. Hacía buen tiempo y Vanderkloot estaba de buen humor. Cuando nos acercábamos a estas tierras altas de perfil irregular le pregunté a qué altura pensaba sobrevolarlas. Me dijo que bastaría con tres mil metros. Sin embargo, mirando el mapa encontré varios picos de tres mil trescientos y tres mil seiscientos metros, e incluso parecía haber uno muy alto, de cinco mil quinientos o seis mil metros, aunque estaba más alejado. Mientras uno no se encuentre rodeado de repente por nubes es bastante fácil esquivar las montañas. De todos modos pedí tres mil seiscientos metros y comenzamos a aspirar oxígeno. Al descender, a eso de las 8.30 de la mañana, sobre el aeropuerto de Teherán, cuando ya estábamos cerca del suelo, me fijé en que el altímetro registraba 1.350 metros y comenté con ignorancia: «Será mejor que haga regular eso antes de que despeguemos». Pero Vanderkloot respondió: «El aeropuerto de Teherán está a más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar».

Cuando llegué me esperaba sir Reader Bullard, el embajador británico en Teherán, un britano duro, con mucha experiencia en Persia y pocas ilusiones.

Se había hecho demasiado tarde para sobrevolar el norte del macizo de Elburz antes de que anocheciera, y descubrí que el sha tenía la gentileza de invitarme a comer en un palacio que tenía una piscina magnífica, rodeada de grandes árboles, sobre una parte escarpada de los montes. El pico poderoso que me llamó la atención por la mañana brillaba, rosado y anaranjado. Por la tarde, en los jardines de la legación británica, se celebró una prolongada conferencia a la que asistieron Averell Harriman y diversas autoridades ferroviarias británicas y estadounidenses, y se decidió que Estados Unidos se haría cargo de todo el ferrocarril transpersa, desde el golfo Pérsico hasta el mar Caspio. Esta vía férrea, recién acabada por una empresa británica, era una notable obra de ingeniería que incluía en su trayecto 390 grandes puentes a través de los desfiladeros de las montañas. Harriman dijo que el presidente estaba dispuesto a asumir toda la responsabilidad de ponerlo en funcionamiento a plena capacidad y que podía proporcionar locomotoras, material móvil y hombres entrenados en unidades militares en una medida que para nosotros era imposible. Por consiguiente, estuve de acuerdo en que se hiciera esta transmisión poniendo algunas

condiciones sobre la prioridad para nuestras necesidades militares esenciales. A causa del calor y el bullicio de Teherán, donde parece que cada persa tiene un automóvil cuya bocina hace sonar sin parar, dormí rodeado de árboles altos en la residencia de verano de la legación británica, unos trescientos metros por encima de la ciudad.

Despegamos a las seis y media de la mañana del día siguiente, el miércoles doce de agosto; fuimos ganando altura al atravesar el gran valle que conducía a Tabriz, y a continuación giramos hacia el norte, hasta Enzeli, sobre el mar Caspio. Pasamos esta segunda cadena montañosa a unos tres mil trescientos metros, evitando tanto las nubes como los picos. Entonces llevábamos a bordo a dos oficiales rusos y el gobierno soviético asumió la responsabilidad de nuestro rumbo y de que llegáramos sanos y salvos. El gigante nevado resplandecía en el este. Observé que volábamos solos, y por radio nos explicaron que nuestro segundo avión, que transportaba al jefe del Estado Mayor del Imperio, Wavell, Cadogan y otros, había tenido que regresar a Teherán por problemas en los motores. Al cabo de dos horas brillaron frente a nosotros las aguas del mar Caspio. Debajo teníamos a Enzeli. Era la primera vez que veía el Caspio, pero recordé que, un cuarto de siglo antes, cuando era ministro de Guerra, heredé una flota que, durante casi un año, dominó sus aguas claras y plácidas. Después descendimos a una altura en la que ya no hacía falta oxígeno. En la orilla occidental, apenas visible, se alzaba Bakú con sus pozos petrolíferos. Como los ejércitos alemanes estaban muy cerca del Caspio pusimos rumbo a Kuibishev y nos mantuvimos alejados de Stalingrado y la zona de la batalla, lo que nos acercó al delta del Volga. Hasta donde abarcaba la vista se apreciaban grandes extensiones de territorio ruso, pardo y plano, y muy pocos indicios de que estuvieran habitadas. De vez en cuando unas manchas rectilíneas de tierra cultivada revelaban alguna granja del Estado. Durante un largo trecho el poderoso Volga relucía en algunos tramos, fluyendo en medio de anchos y oscuros pantanos. A veces una carretera, recta como una regla, atravesaba el ancho horizonte de punta a punta. Al cabo de una hora de lo mismo, más o menos, me fui a la parte posterior de la cabina, pasando con dificultad junto al compartimiento para las bombas, y me acosté.

Reflexioné sobre la misión que me conducía a este siniestro estado bolchevique al que, cuando nació, intenté estrangular con todas mis fuerzas y que, hasta que apareció Hitler, me parecía el enemigo mortal de la libertad y la civilización. ¿Qué tenía que decirles en ese momento? El general Wavell, que era aficionado a la literatura, lo resumía todo en un poema que tenía varias estrofas, y la última línea de todas ellas era: «No habrá un segundo frente en mil novecientos cuarenta y dos». Era como transportar un inmenso trozo de hielo al polo Norte. De todos modos, estaba seguro de que tenía la obligación de contarles los hechos en persona y de conversarlo todo con Stalin, frente a frente, en lugar de depender de telegramas e intermediarios. Por lo menos esto demostraba que a uno le importaba su destino y que comprendía la

importancia que tenía su lucha para la guerra en general. Siempre habíamos odiado su malvado régimen y, hasta que cayó sobre ellos el azote alemán, hubieran observado con indiferencia cómo nos borraban del mapa y se habrían repartido alegremente con Hitler nuestro imperio en Oriente.

Como estaba despejado y teníamos el viento a favor, y a mí me urgía llegar a Moscú, se resolvió que nos saltaríamos Kuibishev y nos dirigiríamos directamente a la capital. Me temo que de este modo despreciamos un espléndido banquete de bienvenida como muestra de la auténtica hospitalidad rusa. A eso de las cinco alcanzamos a ver las agujas y las bóvedas de Moscú. Rodeamos la ciudad, siguiendo rutas establecidas cuidadosamente a lo largo de las cuales las baterías estaban sobre aviso, y aterrizamos en el aeropuerto que volvería a visitar durante la lucha.

Allí nos aguardaban Mólotov, al frente de una buena cantidad de generales rusos, y el cuerpo diplomático en pleno, además del abundante equipo de fotógrafos y reporteros habituales en estos casos. Pasamos revista a una imponente guardia de honor, impecable en su atuendo y su meticulosidad militar, que desfiló después de que la banda ejecutara los himnos nacionales de las tres grandes potencias cuya unión resultó nefasta para Hitler. Me pusieron delante un micrófono y pronuncié un breve discurso. Averell Harriman habló en nombre de Estados Unidos. Él se alojaría en la embajada de su país. Mólotov me llevó en su coche hasta el lugar previsto como mi residencia, situado en las afueras de Moscú, a doce kilómetros de la ciudad, la «Villa del Estado núm. 7». Mientras recorríamos las calles de Moscú, que parecían muy vacías, abrí la ventanilla para tener un poco más de aire y me sorprendió ver que el cristal tenía un grosor de más de cinco centímetros, lo que superaba todos los récords, según mi experiencia. «Dice el ministro que es más prudente», dijo el intérprete, Pávlov. En poco más de media hora llegamos a la villa.

Estaba todo preparado con totalitaria fastuosidad. Pusieron a mi disposición, en calidad de edecán, a un oficial inmenso, de espléndido aspecto (creo que pertenecía a una familia aristocrática durante el régimen zarista), que también actuó como anfitrión y era un modelo de cortesía y amabilidad. Varios criados veteranos, de chaqueta blanca y radiante sonrisa, atendían al menor deseo o movimiento de los invitados. Una larga mesa en el comedor y diversos aparadores estaban repletos de las exquisiteces más tentadoras con las que puede contar el poder supremo. A través de un espacioso recibidor me condujeron a un dormitorio y un cuarto de baño que tenían casi el mismo tamaño. Las luces eléctricas intensas, casi deslumbrantes, permitían apreciar la limpieza impecable. El agua fría y la caliente salían a chorros. Me apetecía darme un baño caliente después de un viaje tan largo y caluroso. Lo prepararon todo en un instante. Me fijé en que no había grifos separados para el agua fría y la caliente y que no había tapones. Las dos salían juntas en un mismo chorro,

mezcladas exactamente a la temperatura deseada. Además, uno no se lavaba las manos en el lavabo sino bajo el agua que salía de los grifos. De forma más modesta adopté este sistema en mi casa. Cuando hay agua en abundancia es, de lejos, el mejor sistema.

Después de todas las inmersiones y abluciones necesarias nos agasajaron en el comedor con todo tipo de comidas y bebidas de lo más selectas, sin descuidar por supuesto el caviar ni el vodka, pero incluyendo muchos otros platos y vinos de origen francés y alemán, muy por encima de nuestro ánimo o nuestra capacidad de consumo. Además, teníamos poco tiempo antes de salir hacia Moscú. Le había dicho a Mólotov que estaba dispuesto a ver a Stalin esa noche y sugirió las siete en punto.

Fui al Kremlin y me reuní por primera vez con el gran jefe revolucionario y profundo estadista y militar ruso con el que mantendría, durante los tres años siguientes, una relación estrecha, rigurosa pero siempre emocionante, y a veces incluso amistosa. Estuvimos reunidos casi cuatro horas. Como todavía no había llegado nuestro segundo avión, que traía a Brooke, Wavell y Cadogan, sólo estuvimos presentes Stalin, Mólotov, Voroshílov, yo mismo, Harriman y nuestro embajador, con los intérpretes. Para hacer este relato me baso en las notas que tomamos, dependiendo de mi propia memoria, y en los telegramas que envié a Londres en esos momentos.

Las dos primeras horas fueron sombrías. En seguida planteé la cuestión del segundo frente diciendo que quería ser totalmente sincero y que invitaba a Stalin a usar la misma franqueza. No habría venido a Moscú si él no hubiera estado seguro de que podría hablar de realidades. Cuando Mólotov estuvo en Londres le dije que estábamos tratando de elaborar planes para hacer una incursión en Francia. También le dejé claro que no podía comprometerme a nada con respecto a 1942, y le entregué un memorándum en este sentido. Desde entonces, Gran Bretaña y Estados Unidos habían analizado el tema con sumo cuidado y no se sentían capaces de emprender una gran operación en septiembre, que era el último mes en el que se podía contar con el clima. Pero, como Stalin sabía, se estaba preparando una gran operación para 1943, para la que estaba previsto que en la primavera de 1943 llegaran a su punto de encuentro en el Reino Unido un millón de soldados estadounidenses que constituirían una fuerza expedicionaria de veintisiete divisiones, a las que el gobierno británico estaba dispuesto a sumar veintiuna más. Casi la mitad de estas fuerzas serían blindadas. Hasta ese momento sólo habían llegado al Reino Unido dos divisiones estadounidenses y media, pero la mayor parte del transporte se llevaría a cabo en octubre, noviembre y diciembre.

Le dije a Stalin que era consciente de que este plan no ayudaba nada a Rusia en 1942, pero que me parecía que cuando estuviera preparado el plan de 1943 era muy posible que los alemanes tuvieran un ejército más poderoso en el oeste que el que tenían entonces. En ese punto Stalin torció el gesto pero no me interrumpió. Entonces

dije que tenía buenos motivos para oponerme a un ataque en la costa francesa en 1942. Las lanchas de desembarco que teníamos sólo alcanzaban para un desembarco de asalto en una costa fortificada, suficiente para desembarcar a seis divisiones y mantenerlas. Si todo iba bien, se podían enviar más divisiones, pero todo dependía de las lanchas de desembarco, que en ese momento se estaban fabricando en grandes cantidades en el Reino Unido y sobre todo en Estados Unidos. Por cada división que se podía transportar ese año al año siguiente se podrían enviar ocho o diez veces más.

Stalin, que comenzaba a mostrarse muy apesadumbrado, no parecía convencido por mi argumento y preguntó si era imposible atacar alguna parte de la costa francesa. Le enseñé un mapa que mostraba las dificultades de contar con la protección de la fuerza aérea salvo, naturalmente, al otro lado del paso de Calais. Parecía no entender y formuló algunas preguntas sobre el radio de acción de los aviones de combate. Por ejemplo, ¿no podían ir y venir de forma permanente? Le expliqué que claro que podían ir y venir pero que no les daría tiempo a entrar en combate, y añadí que para que este tipo de protección sirviera de algo tenía que ser constante. Dijo entonces que no había en Francia ni una sola división alemana que tuviera realmente ningún valor, pero se lo refuté. Había en Francia veinticinco divisiones alemanas, nueve de las cuales eran de primera línea. Sacudió la cabeza. Le dije que me acompañaban el jefe del Estado Mayor del Imperio y el general sir Archibald Wavell para poder examinar con detalle estos puntos con el Estado Mayor ruso. Había un punto más allá del que los estadistas no podían seguir discutiendo este tipo de cosas.

Cada vez más cabizbajo, Stalin dijo que, si había entendido bien, no podíamos crear un segundo frente con una fuerza considerable y no estábamos dispuestos a desembarcar ni siquiera seis divisiones. Le dije que así era. Podíamos desembarcar seis divisiones, pero esto sería más perjudicial que beneficioso porque menoscabaría mucho la gran operación que teníamos prevista para el año siguiente. La guerra era la guerra, pero sería una temeridad provocar un desastre que no le vendría bien a nadie. Le dije que me temía que no era portador de noticias demasiado buenas. Que si arriesgando a ciento cincuenta o doscientos mil hombres podíamos servirle de ayuda, porque supondría la retirada del frente ruso de una cantidad apreciable de soldados alemanes, no nos echaríamos atrás en este plan por evitar las pérdidas. Pero si no servía para disminuir la cantidad de hombres y además estropeaba los planes para 1943 sería un grave error.

Stalin se mostró inquieto y dijo que él veía la guerra desde otro punto de vista. Un hombre que no estaba dispuesto a correr riesgos no podía ganar una guerra. ¿Por qué le teníamos tanto miedo a los alemanes? No lo comprendía. Su experiencia demostraba que las tropas tenían que mancharse de sangre en la batalla, que si uno no dejaba que sus soldados se ensangrentaran no tenía idea de lo que valían. Le pregunté si alguna vez se había preguntado por qué Hitler no invadió Inglaterra en 1940

cuando estaba en la cima de su poder y nosotros contábamos con apenas veinte mil soldados entrenados, doscientos cañones y cincuenta carros de combate. Y sin embargo no nos invadió. La cuestión es que Hitler tuvo miedo de la operación. Cruzar el canal de la Mancha no era tan fácil. Stalin respondió que no se podía comparar. Si Hider hubiese desembarcado en Inglaterra habría encontrado la resistencia del pueblo británico, mientras que en el caso de un desembarco británico en Francia los franceses estarían de nuestro lado. Le respondí que por eso era mucho más importante no exponer al pueblo francés, mediante una retirada, a la venganza de Hitler, ni desperdiciarlos cuando los necesitábamos para la gran operación de 1943.

Se produjo un silencio opresivo. Al final, Stalin dijo que si no podíamos desembarcar en Francia ese año él no tenía derecho a exigirlo ni a insistir en ello, pero que estaba obligado a decir que no estaba de acuerdo con mis argumentos.

Entonces desplegué un mapa del sur de Europa, el Mediterráneo y el norte de África. ¿Qué era un «segundo frente»? ¿Era sólo un desembarco en una costa fortificada, frente a Inglaterra, o podía adoptar la forma de alguna otra gran empresa que pudiera beneficiar a la causa común? Me pareció mejor conducirlo hacia el sur poco a poco. Por ejemplo, si concentrándonos en Gran Bretaña podíamos mantener al enemigo en el paso de Calais y, al mismo tiempo, atacar en otra parte, por ejemplo en el Loira, el Gironda o, de lo contrario, el Escalda, era algo prometedor. Así teníamos una impresión general de la gran operación del año siguiente. Stalin temía que no fuese factible. Le dije que sin duda sería difícil desembarcar a un millón de hombres pero que tendríamos que insistir e intentarlo.

A continuación hablamos del bombardeo a Alemania, que produjo satisfacción a todos. Stalin destacó la importancia de atacar la moral de la población alemana. Dijo que para él el bombardeo tenía la máxima importancia y que sabía que nuestros ataques tenían un impacto tremendo en Alemania.

Tras este interludio, que aflojó la tensión, Stalin comentó que de nuestra larga conversación se desprendía que no íbamos a hacer ni el «Mazo» ni el «Rodeo» sino sólo contribuir mediante el bombardeo de Alemania. Decidí quitarme de encima lo peor lo antes posible y crear un ambiente adecuado para el proyecto que había ido a presentar. Por consiguiente, no traté de aliviar en seguida su melancolía sino que le pedí especialmente que habláramos con la mayor franqueza, como amigos y camaradas en peligro. Sin embargo, prevalecieron la cortesía y la dignidad.

Había llegado el momento de hablar de la «Antorcha». Dije que quería retomar la cuestión del segundo frente en 1942 que era el motivo de mi viaje. No me parecía que Francia fuera el único sitio donde se podía realizar una operación así. Había otros

lugares, y los estadounidenses y nosotros nos habíamos puesto de acuerdo en un plan alternativo que el presidente me había autorizado a revelar a Stalin en secreto. Así lo haría de inmediato. Puse mucho énfasis en la necesidad de guardar el secreto, ante lo que Stalin se irguió en su asiento y sonrió, añadiendo que esperaba que no se publicara nada de esto en la prensa británica.

Entonces le hablé con detalle de la operación «Antorcha». A medida que fui explicando toda la historia Stalin se mostró muy interesado. Su primera pregunta fue lo que ocurriría con España y con la Francia de Vichy. Poco después comentó que la operación era correcta desde el punto de vista militar pero que albergaba dudas políticas sobre las consecuencias que tendría en Francia. Pero sobre todo preguntó por las fechas y le dije que, a más tardar, el treinta de octubre, aunque tanto el presidente como todos nosotros estábamos tratando de adelantarla al siete de octubre, lo que significó un gran alivio para los tres rusos.

A continuación describí las ventajas militares de liberar el Mediterráneo, donde todavía se podía abrir otro frente. En septiembre teníamos que ganar en Egipto y en octubre en el norte de África sin dejar de retener al enemigo todo el tiempo en el norte de Francia. Si podíamos acabar el año siendo dueños del norte de África podríamos amenazar el vientre de la Europa de Hitler y había que tener en cuenta esta operación conjuntamente con la de 1943. Eso era lo que habíamos decidido hacer Estados Unidos y nosotros.

Para ilustrar este punto había dibujado un cocodrilo y, con la ayuda del mismo, le expliqué a Stalin que teníamos la intención de atacar el vientre blando del cocodrilo al mismo tiempo que su duro hocico. Y Stalin, que ya estaba muy interesado, exclamó: «Que Dios haga prosperar esta empresa».

Destaqué que queríamos restarle tensión a los rusos. Si tratábamos de hacerlo en el norte de Francia seríamos rechazados. Si lo intentábamos en el norte de África teníamos muchas posibilidades de triunfar y entonces podríamos colaborar en Europa. Si conseguíamos ganar el norte de África Hitler tendría que hacer regresar a su Fuerza Aérea para que no destruyéramos a sus aliados, incluso, por ejemplo, a Italia, ni intentáramos un desembarco. La operación tendría una influencia importante sobre Turquía y sobre todo el sur de Europa, y lo único que me daba miedo era que nos lo impidieran. Si ganábamos el norte de África ese año podríamos lanzar un ataque mortal sobre Hitler al año siguiente. Éste fue el momento decisivo de nuestra conversación.

Entonces Stalin comenzó a plantear diversas dificultades políticas. El hecho de que los angloamericanos se apoderaran de las regiones de la «Antorcha», ¿no sería mal interpretado en Francia? ¿Qué pensábamos hacer con De Gaulle? Le dije que no queríamos que interviniera en la operación. Era posible que la Francia de Vichy disparara contra los partidarios de De Gaulle pero en cambio no era probable que

dispararan contra los estadounidenses. Harriman lo confirmó con decisión haciendo referencia a los informes de los agentes estadounidenses diseminados por todos los territorios de la «Antorcha», de los que se fiaba el presidente, y también a la opinión del almirante Leahy.

En ese momento me dio la impresión de que Stalin captaba de pronto las ventajas estratégicas de la «Antorcha», para la que encontró cuatro razones: en primer lugar, golpearía a Rommel por la espalda; en segundo lugar, intimidaría a España; en tercer lugar, traería como consecuencia un enfrentamiento en Francia entre alemanes y franceses y, en cuarto lugar, expondría a Italia a todo el horror de la guerra.

Esta declaración tan notable me dejó muy impresionado porque demostraba que el dictador ruso había captado de forma rápida y completa un problema que hasta entonces le era desconocido. Quedaban muy pocas personas capaces de comprender en tan poco tiempo los motivos con los que llevábamos tantos meses lidiando y él lo captó en un santiamén.

Mencioné un quinto motivo, es decir, que acortaría la ruta marítima a través del Mediterráneo. A Stalin le preocupaba saber si podíamos atravesar el estrecho de Gibraltar. Le dije que sí. También le hablé del cambio de mando en Egipto y de nuestra determinación de librar una batalla decisiva en la zona a finales de agosto o en septiembre. Por último, era evidente que a todos les gustaba la «Antorcha» aunque Mólotov preguntó si no se podía hacer en septiembre.

Entonces añadí que «Francia está deprimida y queremos darle ánimos». Francia también poseía Madagascar y a Siria. La intervención estadounidense volcaría a la nación francesa de nuestra parte e intimidaría a Franco. Era posible que los alemanes les dijeran en seguida a los franceses: «Dadnos vuestra flota y Tolón», lo que volvería a avivar el antagonismo entre Vichy y Hitler.

Planteé entonces la posibilidad de emplazar una fuerza aérea angloamericana sobre el flanco meridional de los ejércitos rusos para defender el mar Caspio y las montañas del Cáucaso y para luchar en general en este frente. Sin embargo no entré en detalles, porque evidentemente primero teníamos que ganar nuestra batalla en Egipto y no disponía de los planes del presidente sobre la aportación estadounidense. Si a Stalin le agradaba la idea nos pondríamos a trabajar sobre ella con detalle. Respondió que estarían muy agradecidos por esta ayuda pero que habría que analizar los detalles sobre el lugar, etcétera. A mí me entusiasmaba mucho este proyecto porque aumentaría el enfrentamiento entre la potencia aérea angloamericana y la alemana, y todo esto contribuiría a lograr la superioridad aérea en condiciones más provechosas que buscarnos dificultades en el paso de Calais.

A continuación nos reunimos en torno a un gran globo terráqueo y le expliqué a Stalin las inmensas ventajas de echar al enemigo del Mediterráneo. Le dije que

estaría a su disposición si quería verme otra vez. Respondió que la costumbre rusa era que el visitante manifestara sus deseos y que él estaba dispuesto a recibirme en cualquier momento. Ya sabía lo peor, y sin embargo nos despedimos en un clima conciliador.

Habíamos estado reunidos casi cuatro horas. Tardé media hora o más en llegar hasta la Villa del Estado núm. 7. A pesar de lo cansado que estaba, ya era más de medianoche, dicté mi telegrama al gabinete de Guerra y al presidente; después, con la sensación de que al menos habíamos roto el hielo y se había establecido un contacto humano, dormí profundamente durante muchas horas.

Capítulo XVI

MOSCÚ. SE ESTABLECEN RELACIONES

Me desperté tarde la mañana siguiente en mis lujosas habitaciones. Era el jueves trece de agosto, que yo siempre recordaba como el «aniversario de la batalla de Blenheim»[22]. A mediodía tenía previsto ir a ver a Mólotov al Kremlin para explicarle con mayor claridad y más en detalle las características de las distintas operaciones que pensábamos emprender. Señalé lo perjudicial que resultaría para la causa común el hecho de que, debido a las recriminaciones por dejar de lado el «Mazo», nos viéramos obligados a ponernos públicamente en contra de estas empresas. También expliqué de forma más detallada el entorno político de la «Antorcha». Escuchó con afabilidad pero sin aportar nada. Le pregunté si podía ir a ver a Stalin esa noche a las diez, y después me envió recado de que le venía mejor a las once, y que si, como los temas que trataríamos serían los mismos que los de la noche anterior, quería que me acompañara Harriman. Le dije que no sólo él, sino también Cadogan, Brooke, Wavell y Tedder que mientras tanto habían llegado sanos y salvos de Teherán en un avión ruso. Podrían haber sufrido un incendio muy grave en su Liberator.

Antes de abandonar la sala de este diplomático rígido y cortés me volví hacia él y le dije: «Stalin cometería un grave error si nos tratara mal después de haber llegado tan lejos». Por primera vez Mólotov se relajó: «Stalin —dijo— es un hombre muy sabio. Puede tener la seguridad de que, aunque discuta, lo entiende todo. Le diré lo que ha dicho».

Regresé a la Villa del Estado antes de la hora de comer. Hacía un tiempo espléndido, justo como más nos gusta en Inglaterra las pocas veces que está así, de modo que se me ocurrió que podíamos recorrer la finca. La Villa del Estado era una espléndida casa solariega, totalmente nueva, que se alzaba en medio de sus propios céspedes y jardines, en un bosque de abetos de alrededor de ocho hectáreas. Era muy agradable pasear por allí y en este hermoso clima de agosto era un placer tumbarse sobre la hierba o las agujas de pino. Había varias fuentes y un gran estanque de cristal lleno de muchos tipos de peces de colores tan mansos que venían a comer de mi mano. Me propuse ir a darles de comer todos los días. Alrededor de todo esto había una empalizada, tal vez de unos cuatro metros y medio de altura, protegida a ambos lados por policías y soldados en cantidades considerables. A unos noventa metros de la casa había un refugio antiaéreo. A la primera oportunidad nos llevaron hasta allí. Era de los más nuevos y más lujosos. En cada extremo había un ascensor para descender unos veinticinco o veintiséis metros bajo tierra. Allí había ocho o diez habitaciones grandes dentro de una caja de hormigón de un grosor impresionante. Las

habitaciones estaban separadas entre sí por pesadas puertas corredizas. Tenían luces brillantes y muebles elegantes, suntuosos y de colores fuertes. Me gustaron más los peces de colores.

Todos acudimos al Kremlin a las once de la noche, donde nos recibieron sólo Stalin y Mólotov, con su intérprete. Entonces comenzó una discusión sumamente desagradable. Le dije que tenía que comprender que habíamos tomado una decisión sobre el camino a seguir y que eran inútiles los reproches. Discutimos por espacio de unas dos horas, durante las que dijo muchas cosas desagradables, sobre todo con respecto a que teníamos demasiado miedo de luchar contra los alemanes y que, si lo intentábamos, como habían hecho ellos, veríamos que no estaba tan mal; que no habíamos cumplido nuestra promesa sobre el «Mazo»; que no le habíamos entregado a Rusia los suministros que les habíamos prometido y que sólo les habíamos enviado lo que quedaba después de sacar todo lo que necesitábamos para nosotros. Aparentemente las quejas se dirigían tanto a Estados Unidos como a Gran Bretaña.

Rechacé de plano todas estas opiniones pero sin provocaciones de ningún tipo. Supongo que no estaba acostumbrado a que lo contradijeran tantas veces, aunque no se enfadó en absoluto; ni siquiera se exaltó. Reiteró su impresión de que los británicos y los estadounidenses podrían desembarcar entre seis y ocho divisiones en la península de Cherburgo ya que tenían el dominio del espacio aéreo. Le parecía que si el ejército británico llevara tanto tiempo luchando contra los alemanes como el ejército ruso no les tendría tanto miedo. Los rusos y, de hecho, también la Fuerza Aérea británica, habían demostrado que era posible derrotar a los alemanes. Y lo mismo podía hacer la infantería británica si actuaban al mismo tiempo que los rusos.

Interrumpí diciendo que perdonaba los comentarios que había hecho Stalin porque conocía la valentía del ejército ruso. La propuesta de un desembarco en Cherburgo pasaba por alto la existencia del canal de la Mancha. Al final, Stalin dijo que no podíamos seguir así. Que tenía que aceptar nuestra decisión. Abruptamente nos invitó a cenar al día siguiente a las ocho.

Acepté la invitación y le dije que pensaba despegar en cuanto amaneciera, al día siguiente, es decir, el quince, ante lo que Joe se mostró algo preocupado y me preguntó si no me podía quedar más tiempo. Le dije que sin duda, si servía para algo, y que de todos modos estaba dispuesto a esperar un día más. Entonces exclamé que su actitud no manifestaba ninguna camaradería. Yo había hecho un viaje muy largo para establecer una buena relación de trabajo. Habíamos hecho todo lo posible por ayudar a Rusia y seguiríamos haciéndolo. Nos habían dejado totalmente solos durante un año contra Alemania e Italia. Ahora que se habían aliado las tres grandes naciones la victoria estaba asegurada siempre que nos mantuviéramos unidos, y más cosas por el estilo. Me exalté un poco en esta parte y, antes de que se lo pudieran traducir, hizo

el comentario de que le gustaba el tono con el que hablaba. A continuación se reanudó la conversación en un ambiente algo menos tenso.

Se puso a hablar largo rato sobre dos morteros de trinchera rusos que disparaban cohetes que, según declaró, tenían un efecto devastador, y de los que se ofreció a hacer una demostración a nuestros expertos si podían esperar. Dijo que nos brindaría toda la información sobre ellos y preguntó si no le daríamos nada a cambio. ¿No deberíamos firmar un acuerdo de intercambio de información sobre los inventos? Le dije que le daríamos todo, sin ningún tipo de negociación, salvo aquellos artilugios que, si se transportaban en aviones sobre las líneas enemigas y eran abatidos dificultarían más nuestro bombardeo de Alemania. Estuvo de acuerdo, y también aceptó que sus autoridades militares se reunieran con nuestros generales; se fijó la reunión para las tres de la tarde. Dije que necesitarían como mínimo cuatro horas para tratar de lleno las diversas cuestiones teóricas relacionadas con el «Mazo», el «Rodeo» y la «Antorcha». En un momento dado comentó que la «Antorcha» era «militarmente correcta» pero que el aspecto político requería un poco más de delicadeza, es decir, que había que manejarlo con más cuidado. De vez en cuando volvía al tema del «Mazo», refunfuñando. Cuando dijo que no habíamos cumplido lo prometido le respondí: «Rechazo esa afirmación. Hemos cumplido todas las promesas», y señalé el memorándum que entregué a Mólotov[23]. Pidió una especie de disculpa, diciendo que estaba expresando sus opiniones francas y sinceras, que no había recelos entre nosotros sino sólo una diferencia de puntos de vista.

Por último le pregunté por el Cáucaso: si iba a defender la cadena montañosa y con cuántas divisiones, ante lo que solicitó un modelo en relieve y, con aparente franqueza y evidente conocimiento, explicó lo fuerte que era esta barrera para la que, dijo, disponían de veinticinco divisiones. Señaló los diversos pasos y afirmó que estarían defendidos. Pregunté si estaban fortificados y respondió: «Sí, claro». La línea del frente ruso, que el enemigo no había alcanzado todavía, se encontraba al norte de la cadena principal. Dijo que tendrían que resistir dos meses más y que entonces, con la nieve, las montañas resultarían infranqueables. Declaró que confiaba bastante en su capacidad para conseguirlo, y también habló con detalle del poderío de la flota del mar Negro concentrada en Batumi.

Toda esta parte de la conversación fue más fluida, pero cuando Harriman preguntó por los planes para permitir que los aviones estadounidenses sobrevolaran Siberia, a lo que los rusos habían consentido hacía poco tras mucha insistencia por parte estadounidense, respondió, cortante: «Las guerras no se ganan con planes». Harriman me apoyó en todo y ninguno de los dos cedió ni un ápice ni elevó el tono de voz.

Stalin saludó y me tendió la mano al marcharse y yo se la estreché.

El catorce de agosto envié el siguiente informe al gabinete de Guerra:

> Buscamos alguna explicación de este comportamiento y su transformación después del buen entendimiento que habíamos alcanzado la noche anterior. Me parece que lo más probable es que su Consejo de Comisarios no tomara tan bien como él las noticias que yo traía. Es posible que tengan más poder de lo que suponemos y que sepan menos. Puede que quisiera dejar constancia de su postura, a efectos futuros y por ellos, y también que estuviera desahogándose. Cadogan dice que se produjo un endurecimiento similar después del comienzo de la entrevista con Eden en Navidad y Harriman dice que también utilizaron esta técnica al principio de la misión de Beaverbrook.
>
> Después de pensarlo mucho, opino que en el fondo de su corazón, si es que tiene uno, Stalin sabe que tenemos razón y que seis divisiones para el «Mazo» no le servirán de nada este año. Además, estoy seguro de que su firme y rápido discernimiento militar lo convierte en un fuerte defensor de la «Antorcha». No me extrañaría que nos diera alguna satisfacción; yo todavía tengo esperanzas. De todos modos, estoy seguro de que esta salida ha sido mejor que cualquier otra. En ningún momento se hizo la menor referencia a que no siguieran luchando y pienso que Stalin está convencido de que vamos a ganar. […]

Esa noche asistimos a una cena oficial en el Kremlin en la que estuvieron presentes unas cuarenta personas, incluidos varios comandantes militares, miembros del Politburó y otros altos funcionarios. Stalin y Mólotov hicieron los honores con gran cordialidad. Estas cenas eran largas y desde el principio se proponían muchos brindis y se respondía a ellos con discursos muy breves. Se han dicho muchas tonterías sobre que estas cenas soviéticas se convertían en auténticas juergas pero esto no tiene nada de cierto. El mariscal y sus colegas siempre bebían de copas diminutas, y no bebían más que un sorbo por cada brindis. Y yo estaba muy bien educado.

Durante la cena Stalin mantuvo conmigo una animada conversación a través del intérprete, Pávlov. «Hace algunos años —dijo— recibimos la visita de George Bernard Shaw y lady Astor». Lady Astor sugirió que teníamos que invitar a Moscú a Lloyd George, a lo que Stalin respondió: «¿Por qué habríamos de invitarlo si era el principal defensor de la intervención?». A lo que lady Astor respondió: «No es cierto; fue Churchill quien lo indujo a error». «De todos modos —dijo Stalin—, Lloyd George era el jefe del Gobierno y era de izquierdas. Era responsable y preferimos a un enemigo declarado que a un falso amigo». «De todos modos, Churchill está acabado, por fin», dijo lady Astor. «No estoy tan seguro —le respondió Stalin—. Si el pueblo inglés sufre una gran crisis es posible que recurra al viejo caballito de batalla». En este punto le interrumpí para decir: «Hay mucho de cierto en lo que ella dijo. Tuve mucha participación en la intervención y no quiero que piense lo contrario». Me dirigió una sonrisa amistosa, de modo que dije: «¿Me ha perdonado?». A lo que respondió el intérprete, Pávlov: «Dice el primer ministro Stalin que todo eso es pasado y el pasado le pertenece a Dios».

En el transcurso de una de mis conversaciones posteriores con Stalin le dije: «Lord Beaverbrook me ha dicho que cuando estuvo con su misión en Moscú en octubre de 1941 usted le preguntó: “¿Qué quiso decir Churchill cuando declaró en el

Parlamento que me había advertido del inminente ataque alemán?”. Evidentemente —le dije—, me refería al telegrama que le envié en abril de 1941», y le enseñé el telegrama que sir Stafford Cripps le había entregado con tanto retraso. Cuando se lo leyeron y se lo tradujeron Stalin se encogió de hombros: «Lo recuerdo. No necesitaba ninguna advertencia. Ya sabía que habría guerra pero pensé que podía ganar seis meses más». Por la causa común me abstuve de preguntarle qué habría sido de todos nosotros si nos hubiéramos hundido para siempre mientras él le proporcionaba a Hitler un material, un tiempo y una ayuda tan valiosos.

En cuanto pude envié a Attlee y al presidente una versión más formal del banquete.

> La cena transcurrió en un clima muy amistoso y con la habitual ceremonia rusa. Wavell pronunció un discurso excelente en ruso. Propuse un brindis a la salud de Stalin y Alexander Cadogan, a la muerte y condenación de los nazis. Aunque estaba sentado a la derecha de Stalin no tuve oportunidad de hablar de temas serios. Nos hicieron fotos juntos, y también con Harriman. Stalin pronunció un discurso bastante largo proponiendo un «Servicio de Inteligencia», durante el que hizo una curiosa referencia a los Dardanelos en 1915 diciendo que los británicos habían ganado y que los alemanes y los turcos todavía se estaban retirando, pero que no lo sabíamos porque el servicio de información no funcionaba bien. Es evidente que este punto de vista, aunque inexacto, pretendía ser un cumplido para mí.
>
> 2. Me fui alrededor de la una y media de la mañana porque temía que quisieran proyectarnos una larga película y estaba cansado. Cuando me despedí de Stalin dijo que las diferencias que había sólo eran de método. Le dije que trataría de superar incluso esas diferencias por medio de los hechos. Me retiré, tras un cordial apretón de manos, y empecé a atravesar la sala llena de gente, pero se apresuró a seguirme y me acompañó un largo trayecto, por corredores y escaleras, hasta la puerta principal donde volvimos a estrecharnos las manos.
>
> 3. Puede que en el informe que envié sobre la reunión del jueves por la noche adoptara un punto de vista demasiado sombrío. Me parece que tengo que ser más indulgente después de la terrible desilusión que sienten aquí porque no podamos hacer nada más por ayudarlos en su tremenda lucha. Al final, se han tragado esta amarga píldora. Ahora lo que tenemos que hacer es acelerar la «Antorcha» y derrotar a Rommel.

Me había sentido ofendido por muchas cosas que se dijeron en la conferencia pero hice muchas concesiones por las presiones que sufrían los dirigentes soviéticos, con su extenso frente en llamas y cubierto de sangre a lo largo de casi tres mil kilómetros, con los alemanes a apenas ochenta kilómetros de Moscú y avanzando hacia el mar Caspio. Las discusiones técnicas militares no habían salido bien. Nuestros generales habían hecho todo tipo de preguntas que sus colegas soviéticos no estaban autorizados a responder. La única exigencia soviética era «¡Un segundo frente, ya mismo!». Al final, Brooke se puso firme y la conferencia militar tuvo un final un tanto abrupto.

Teníamos previsto partir al amanecer del día dieciséis. La tarde anterior, a las siete, fui a despedirme de Stalin y mantuvimos una conversación útil e importante. Le pregunté, sobre todo, si podrían defender los pasos de las montañas del Cáucaso y también impedir que los alemanes llegaran hasta el Caspio y se apoderasen de los pozos petrolíferos próximos a Bakú, con todo lo que esto significaba, y después

siguieran hacia el sur, pasando por Turquía o Persia. Desplegó el mapa, y después dijo con serena confianza: «Los detendremos. No cruzarán las montañas». Y añadió: «Circulan rumores de que los turcos nos van a atacar en el Turquestán. Si lo hacen, también nos encargaremos de ellos». Le dije que no había ningún peligro de que esto ocurriera porque los turcos tenían la intención de mantenerse al margen y, sin duda, no iba a luchar contra Inglaterra.

Una vez finalizada nuestra conversación de una hora me puse en pie y me despedí. De pronto Stalin pareció incómodo y me dijo, con una cordialidad que todavía no había usado nunca conmigo: «Si se va al amanecer, ¿por qué no vamos a mi casa a beber algo?». Dije que en principio siempre estaba a favor de este tipo de políticas. De modo que me condujo por numerosos pasillos y salas hasta salir a una calzada tranquila, dentro del Kremlin, y al cabo de un par de centenares de metros llegamos al apartamento donde vivía. Me enseñó sus habitaciones, que eran de tamaño mediano, sencillas y dignas, cuatro en total: un comedor, un estudio, un dormitorio y un cuarto de baño grande. Entonces aparecieron primero un ama de llaves muy anciana y después una hermosa niña pelirroja que besó a su padre, como correspondía. Él me miró con satisfacción y me pareció como si dijera: «¿Lo ve? Hasta los bolcheviques tenemos una familia». La hija de Stalin comenzó a poner la mesa y poco después apareció el ama de llaves con algunos platos. Mientras tanto, Stalin se había puesto a descorchar varias botellas con las que empezó a organizar un buen despliegue. Entonces propuso: «¿Y si invitamos a Mólotov? Le preocupa el comunicado. Podríamos resolverlo aquí. Y Mólotov tiene una ventaja: sabe beber». Entonces me di cuenta de que habría una cena. Yo tenía previsto cenar en la Villa del Estado núm. 7 donde me esperaba el general Anders, el comandante polaco, de modo que le pedí a mi nuevo y excelente intérprete, el comandante Birse, que telefoneara para avisar que no regresaría hasta después de medianoche. En ese momento llegó Mólotov. Nos sentamos y, con los dos intérpretes, éramos cinco en total. El comandante Birse había vivido veinte años en Moscú y se entendió muy bien con el mariscal, con el que mantuvo durante un rato una animada conversación en la que no pude participar.

Estuvimos sentados a esta mesa desde las 20.30 hasta las 2.30 de la mañana siguiente, lo que, sumado a mi entrevista anterior, daba un total de más de siete horas. Evidentemente la cena se fue improvisando en el momento, pero poco a poco fue llegando más comida. Picoteamos, como suele ser habitual en Rusia, de una larga serie de exquisiteces, y sorbimos una variedad de vinos excelentes. Mólotov se mostró sumamente afable y Stalin, para aligerar la situación, se burló de él sin piedad.

Al final hablamos sobre los convoyes a Rusia, lo que provocó que hiciera un comentario desagradable y grosero sobre la casi total destrucción de un convoy ártico en junio.

«Pregunta el señor Stalin —dijo Pávlov, vacilante— si la Armada británica no tiene sentido de la gloria». Le respondí: «Puede creerme que lo que se hizo estuvo bien hecho. Realmente sé mucho sobre la Armada y la guerra en el mar». «Esto significa —dijo Stalin— que yo no sé nada». «Rusia es un animal terrestre —dije—; en cambio, los británicos son animales acuáticos». Calló y recuperó su buen humor. Entonces cambié el tema de la conversación hacia Mólotov. «¿Sabía el mariscal que la última vez que su ministro de Asuntos Exteriores estuvo en Washington dijo que estaba decidido a hacer una visita a Nueva York por su cuenta, y que su regreso no se retrasó por ningún fallo del avión sino porque se había ido por ahí?».

Aunque en una cena rusa se puede decir en broma casi cualquier cosa, este comentario hizo que Mólotov se pusiera bastante serio. En cambio, la cara de Stalin se encendió de júbilo al decir: «En realidad no fue a Nueva York sino a Chicago, donde viven los demás gángsteres».

Una vez reanudadas así por completo las relaciones seguimos conversando. Planteé la cuestión de un desembarco británico en Noruega con apoyo ruso y expliqué que si podíamos apoderarnos del cabo Norte en invierno y destruir a los alemanes que había allí quedaría abierto el camino de los convoyes. Esta idea siempre fue, y así ha sido considerada, uno de mis planes favoritos. A Stalin parecía atraerle mucho y, después de hablar de formas y medios, acordamos llevarla a cabo en la medida de lo posible.

Ya era más de medianoche y Cadogan no había aparecido con el borrador del comunicado.

—Dígame —pregunté—: las tensiones de esta guerra, ¿han sido tan malas para usted como llevar a cabo la política de las granjas colectivas?

Este tema enardeció en seguida al mariscal.

—No, no —dijo—; la política de las granjas colectivas fue una lucha terrible.

—Me imaginé que le habría parecido mal —le dije— porque no se trataba de un puñado de miles de aristócratas o grandes terratenientes sino de millones de hombres humildes.

—Diez millones —dijo, alzando las manos—. Fue espantoso. Duró cuatro años. Era absolutamente necesario para Rusia si queríamos evitar hambrunas periódicas labrar la tierra con tractores. Teníamos que mecanizar nuestra agricultura. Cuando entregábamos tractores a los campesinos todos quedaban estropeados al cabo de pocos meses. Las únicas que podían ocuparse de los tractores eran las granjas colectivas que tenían talleres. Nos costó mucho explicárselo a los campesinos. No tenía sentido discutir con ellos. Cuando uno le ha dicho a un campesino todo lo que tiene que decirle él dice que tiene que ir a su casa a consultarlo con su mujer, y tiene que consultarlo con su pastor.

Nunca había oído esta expresión en este contexto.

—Después de consultarlo con ellos siempre responde que no quiere granjas colectivas y que prefiere arreglárselas sin los tractores.

—¿Eran los que llamaban kulaks?

—Sí —respondió, aunque sin repetir la palabra; y añadió, tras una pausa—: Fue todo muy malo, y difícil, pero necesario.

—¿Qué ocurrió?

—Pues —dijo—, que muchos aceptaron lo que les proponíamos. A algunos les dimos su propia tierra para que la cultivaran, en la provincia de Tomsk o en la provincia de Irkutsk, o más al norte, pero la gran mayoría fueron muy impopulares y sus trabajadores los eliminaron.

Hubo una pausa considerable; después añadió:

—No sólo hemos incrementado considerablemente el suministro de provisiones sino que hemos mejorado la calidad de los cereales de forma inconmensurable. Antes se cultivaban todo tipo de cereales. Ahora nadie está autorizado a sembrar más que el cereal soviético estándar, de un extremo a otro del país. Si alguien lo hace recibe un duro castigo. Esto supone otro gran incremento de las provisiones.

Apunto estos recuerdos a medida que me vienen a la memoria, así como la fuerte impresión que me produjo en ese momento pensar en millones de hombres y mujeres eliminados o desplazados para siempre. Sin duda llegará una generación que desconozca sus miserias, pero seguro que tendrá más que comer y bendecirá el nombre de Stalin. No repetí la máxima de Burke: «Si no puedo tener reforma sin injusticia prefiero que no haya reforma». A nuestro alrededor se estaba librando una guerra mundial así que parecía inútil moralizar en voz alta.

A eso de la una de la mañana llegó Cadogan con el borrador del comunicado y nos pusimos a trabajar para darle una forma definitiva. Trajeron a la mesa un cochinillo de un tamaño considerable. Hasta ese momento Stalin apenas había probado los platos, pero entonces ya era casi la una y media, más o menos la hora en que solía cenar. Invitó a Cadogan a sumarse con él al conflicto y, como mi amigo se excusó, nuestro anfitrión se lanzó sobre su víctima él solo. Una vez cumplido su objetivo se marchó bruscamente a la habitación contigua a recibir los informes de todos los sectores del frente, que le entregaban a partir de las dos de la mañana. Tardó unos veinte minutos en regresar, y para entonces ya nos habíamos puesto de acuerdo sobre el comunicado. Finalmente, a las dos y media de la madrugada, dije que tenía que marcharme. Tardaría media hora en llegar en coche hasta la villa y otro tanto en llegar al aeropuerto. Me dolía muchísimo la cabeza, algo muy insólito en mí, y todavía tenía que ver al general Anders. Le supliqué a Mólotov que no fuera a despedirme al amanecer porque era evidente que estaba agotado. Me lanzó una mirada de reproche como diciendo: «¿Le parece, realmente, que no voy a estar allí?».

Despegamos a las cinco y media. Me alegré de poder dormir en el avión y no recuerdo nada del paisaje ni del viaje hasta que llegamos al mar Caspio y comenzamos a elevarnos sobre los montes Elburz. En Teherán, en lugar de ir a la legación, me refugié en el frescor y la calma de la residencia de verano, por encima de la ciudad. Allí me esperaban un montón de telegramas. Tenía previsto pronunciar una conferencia al día siguiente en Bagdad ante la mayoría de las máximas autoridades de Persia e Irak, pero no me sentía capaz de enfrentarme al calor de Bagdad un mediodía de agosto y fue bastante fácil trasladar el acontecimiento a El Cairo. Esa noche cené con el grupo de la legación en el agradable bosque y me sentí satisfecho de olvidar todas mis preocupaciones hasta el día siguiente.

Capítulo XVII

TENSIÓN E INCERTIDUMBRE

El diecinueve de agosto visité otra vez el frente del desierto. Fui con Alexander en su coche; salimos de El Cairo, pasamos por las pirámides y nos internamos unos doscientos kilómetros en el desierto hasta llegar al mar en Abusir. Me reconfortó todo lo que me dijo. Cuando las sombras se iban alargando llegamos al cuartel general de Montgomery en Burg el Arab. Allí estaba formada la caravana que después se haría famosa entre las dunas, junto a las olas radiantes. El general me cedió su propia furgoneta, que servía a la vez como despacho y como dormitorio. Después del largo trayecto nos dimos un baño delicioso. «Todos los ejércitos se bañan a esta hora a lo largo de toda la costa», dijo Montgomery cuando estuvimos envueltos en nuestras toallas, y agitó el brazo hacia el oeste. A unos trescientos metros, alrededor de mil hombres retozaban sobre la playa. Aunque conocía la respuesta pregunté; «¿Por qué la Oficina de Guerra se mete en el gasto de enviar trajes de baño blancos para los soldados? Seguro que se puede economizar en eso». De hecho, estaban tan morenos que tenían la piel oscura, salvo la parte que quedaba cubierta por los pantaloncillos.

¡Cómo cambian las modas! Cuando marché a Omdurman, cuarenta y cuatro años antes, en teoría había que impedir a toda costa que el sol africano nos tocara la piel. Las normas eran estrictas. Nos abotonábamos unas almohadillas especiales sobre la espalda de nuestras chaquetas caqui. Era una ofensa militar presentarse sin salacot. Nos recomendaban que nos pusiéramos ropa interior gruesa siguiendo la costumbre árabe establecida por mil años de experiencia. En cambio en ese momento, a mediados del siglo XX, muchos de los soldados blancos realizaban sus trabajos cotidianos desnudos y con la cabeza descubierta, salvo el equivalente a un taparrabos, y aparentemente no les hacía ningún daño. Aunque el proceso de pasar del blanco al bronceado tardaba varias semanas y una dedicación gradual, había pocas insolaciones. Me pregunto cómo lo explicarán los médicos.

Después de vestirnos todos para cenar (no tardo ni un minuto en ponerme mi traje de cremallera) nos reunimos en la furgoneta de mapas de Montgomery, donde nos ofreció una exposición magistral de la situación demostrándonos que en pocos días había captado muy bien todo el problema. Predijo con precisión el siguiente ataque de Rommel y explicó los planes que tenía para hacerle frente. Todo esto resultó cierto. A continuación describió sus planes para pasar a la ofensiva, aunque necesitaba seis semanas para poner en orden el Octavo Ejército. Reformaría las divisiones como unidades tácticas integrales. Teníamos que esperar a que las nuevas divisiones ocuparan su puesto en el frente y hasta que los carros de combate Sherman estuvieran dispuestos. Entonces habría tres cuerpos de ejército, cada uno de ellos al

mando de un oficial experto, a los que él y Alexander conocían bien. Además se utilizaría la artillería como no se había podido usar nunca antes en el desierto. Habló de finales de septiembre. La fecha me desalentó pero hasta esto dependía de Rommel. Según nuestra información era inminente que asestara un golpe. Yo mismo ya estaba bien informado, y estaba satisfecho de que intentara hacer un amplio movimiento giratorio en torno a nuestro flanco del desierto para llegar a El Cairo y que se librara una batalla de maniobra sobre sus comunicaciones.

En esa época pensaba mucho en la derrota que sufrió Napoleón en 1814. Él también se preparaba para atacar las comunicaciones pero los aliados marcharon directamente sobre un París casi indefenso. Para mí tenía la máxima importancia que se defendiera El Cairo con todos los hombres uniformados y capaces que no hicieran falta en el Octavo Ejército. Era la única forma de que el ejército de campo tuviera plena libertad de maniobra y fuera capaz de correr los riesgos de dejar que le ganaran el flanco antes de atacar. Comprobé con gran satisfacción que estábamos todos de acuerdo. Aunque yo siempre estaba impaciente por emprender alguna acción ofensiva lo antes posible, me apetecía la perspectiva de que Rommel se rompiera los dientes contra nosotros antes de que lanzáramos nuestro ataque principal. Pero, ¿nos daría tiempo a organizar la defensa de El Cairo? Muchos indicios señalaban que el audaz comandante que nos hacía frente a apenas unos veinte kilómetros de distancia daría el golpe supremo antes de finales de agosto. El día menos pensado, decían mis amigos, dará un golpe para afianzar su dominio. Un retraso de dos o tres semanas nos vendría muy bien.

El veinte de agosto salimos temprano para visitar el posible campo de batalla y a los valientes soldados que lo defenderían. Me llevaron al punto clave, situado al sureste de la cadena montañosa de Ruweisat, donde entre las curvas y las rayas duras Y ondulantes del desierto se encontraban la mayor parte de nuestras unidades blindadas, camufladas, ocultas y dispersas, aunque concentradas tácticamente. Allí conocí al joven general de brigada Roberts que por entonces era el comandante de todas nuestras unidades blindadas en esta posición decisiva. Todos los mejores carros de combate que teníamos estaban bajo sus órdenes. Montgomery me explicó la disposición de nuestra artillería de todo tipo. Cada grieta del desierto estaba repleta de baterías ocultas y camufladas. Trescientos o cuatrocientos cañones dispararían contra las unidades blindadas alemanas antes de que nosotros lanzáramos las nuestras.

Aunque evidentemente no se podían permitir concentraciones de tropas, debido a los permanentes reconocimientos aéreos del enemigo, ese día vi gran cantidad de soldados que me saludaron con sonrisas y ovaciones. Inspeccioné a mi propio regimiento, el 4.º de Húsares, o al menos a todos los que se atrevieron a reunir (unos

cincuenta o sesenta tal vez) cerca del cementerio del campo, en el que hacía poco que habían enterrado a muchos de los suyos. Todo esto era conmovedor pero contribuía a dar la sensación del renovado entusiasmo del Ejército. Todo el mundo hablaba del cambio que se había producido desde que asumiera el mando Montgomery y yo sentía que era cierto con alegría y consuelo.

Íbamos a comer con Bernard Freyberg. Recordé una visita similar que le hice en Flandes en su puesto de batalla del valle del Scarpe, veinticinco años atrás, cuando ya comandaba una brigada. En ese momento se ofreció alegremente a llevarme a recorrer las avanzadillas. Pero conociéndolo, y conociendo el frente como lo conocía, decliné la invitación. Esta vez fue al revés. Me hacía mucha ilusión ver por lo menos un puesto de observación de vanguardia de estos espléndidos neozelandeses que estaban en contacto a unos ocho kilómetros. Alexander adoptó la actitud de que no prohibiría sino más bien acompañaría la excursión. Pero Bernard Freyberg se negó en redondo a asumir la responsabilidad, y ésta es una cuestión con respecto a la que nadie suele dar órdenes, ni siquiera la máxima autoridad.

En cambio, nos metimos en la tienda comedor, donde hacía un calor sofocante, y nos ofrecieron un almuerzo mucho más espléndido que el que me dieron en el Scarpe. Era un mediodía de agosto en el desierto y el plato principal del menú era un caldo de ostras de Nueva Zelanda, que estaba hirviendo, y al que le rendí toda la cortesía que pude. Entonces llegó Montgomery, que se había marchado hacía un rato. Freyberg salió a hacerle la venia y le dijo que le habían guardado un sitio y que lo esperaban para comer. Pero parece que «Monty», como ya lo llamaban, tenía la norma de no aceptar la hospitalidad de ninguno de sus comandantes subordinados. De modo que se quedó fuera, en su coche, donde comió un austero sándwich y se bebió su limonada con toda formalidad. Es posible que Napoleón también hubiera guardado las distancias en aras de la disciplina. *Dur aux grands* era una de sus máximas. Pero sin duda se habría hecho servir un excelente pollo asado de su propio *fourgon*. Marlborough habría entrado y se habría bebido el vino con sus oficiales y creo que Cromwell también. La técnica varía pero parece que los resultados fueron buenos en todos estos casos.

Pasamos toda la tarde en medio del Ejército y eran más de las siete cuando regresamos a la caravana y a las agradables olas de la playa. Yo estaba tan entusiasmado por todo lo que había visto que no estaba nada cansado y me quedé charlando hasta tarde. Antes de irse a la cama a las diez, como era su costumbre, Montgomery me pidió que escribiera algo en su agenda personal. Lo hice entonces y varias veces más durante la larga guerra. He aquí lo que escribí entonces:

«Que el aniversario de Blenheim, que marca el comienzo del nuevo mando, traiga para el comandante en jefe del Octavo Ejército y para sus tropas la fama y la fortuna que sin duda merecen».

El veintidós de agosto visité las cuevas de Tura, próximas a El Cairo, en las que se estaba llevando a cabo un importante trabajo de restauración. De estas cuevas se habían extraído hacía un tiempo las piedras para las pirámides y ahora nos venían muy bien. Allí todo parecía muy bien hecho y eficiente, y grandes masas de expertos realizaban una cantidad enorme de trabajo día y noche. Pero yo tenía mis tablas de datos y cifras y no estaba satisfecho. La escala era demasiado reducida. En realidad, la culpa la tenían los faraones por no haber construido más pirámides y más grandes. Costaba más asignar otras responsabilidades. Dedicamos el resto del día a volar de un aeródromo a otro, a inspeccionar las instalaciones y a hablar con el personal de tierra. En un punto había concentrados dos o tres mil aviadores. También visité, brigada a brigada, la División de los Highlands, que acababa de desembarcar. Era tarde cuando regresamos a la embajada.

Durante los últimos días de mi visita todos mis pensamientos se dirigían hacia la inminente batalla. Rommel podía atacar en cualquier momento con una oleada devastadora de unidades blindadas. Podía llegar por el lado de las pirámides, donde no encontraría casi ningún obstáculo, salvo un solo canal hasta llegar al Nilo, que fluía plácidamente a los pies de la hierba de la residencia. El bebé de lady Lampson sonreía desde su cochecito, entre las palmeras. Miré al otro lado del río hacia las amplias llanuras que había más allá. Todo estaba sereno y en calma pero le sugerí a la madre que en El Cairo hacía mucho calor y bochorno y que eso no debía de ser bueno para los niños. «¿Por qué no envía al bebé a disfrutar de las frescas brisas del Líbano?». Pero ella no siguió mi consejo y nadie puede decir que no juzgaba correctamente la situación militar.

Con el pleno acuerdo del general Alexander y el jefe del Estado Mayor del Imperio monté una serie de medidas extremas para la defensa de El Cairo y las líneas de agua que fluían hacia el norte hasta el mar. Se construyeron pozos para rifles y puestos para ametralladoras, se minaron puentes y se colocaron alambradas en las zonas próximas a ellos y se inundó todo el frente. A toda la población administrativa de El Cairo, que sumaba miles de funcionarios y administrativos uniformados, se les proporcionaron rifles y recibieron órdenes de ocupar su puesto en caso de necesidad a lo largo de la línea de agua fortificada. La 51.ª División de los Highlands todavía no se consideraba «apta para el desierto», pero a estas tropas magníficas se les ordenó entonces que se hicieran cargo del nuevo frente del Nilo. La posición tenía una fuerza enorme porque había muy pocas vías para atravesar la zona anegada o anegable del delta. Parecía bastante viable frenar una embestida blindada a lo largo de estas vías. La defensa de El Cairo le habría correspondido, por norma, al general británico que comandase el ejército egipcio, cuyas fuerzas también estaban formadas. Sin embargo me pareció mejor encomendar la responsabilidad, en caso de que se produjese una emergencia, al general Maitland-Wilson («Jumbo») que ocupaba el mando de Persia-

Irak, pero cuyo cuartel general durante estas semanas decisivas se estaba formando en El Cairo. Le envié una directiva para informarle de todo el plan de defensa y para que asumiera la responsabilidad a partir del momento en que el general Alexander le dijera que la ciudad se encontraba en peligro.

Había llegado el momento de regresar a Londres, en vísperas de la batalla, y retornar a cuestiones mucho más amplias aunque en absoluto menos decisivas. Ya había conseguido que el gabinete aprobara la directiva que había que darle al general Alexander, que era la autoridad suprema con la que trataba en ese momento en Oriente Próximo. Montgomery y el Octavo Ejército estaban a sus órdenes, al igual que Maitland-Wilson y la defensa de El Cairo, si era necesario. «Alex», como lo llamaba hacía tiempo, ya se había trasladado, él mismo y también su cuartel general al desierto, junto a las pirámides. Fresco, alegre, comprensivo, inspiraba una confianza serena y profunda en todas partes.

Despegamos del aeropuerto del desierto a las 19.05 del veintitrés de agosto y dormí el sueño de los justos hasta mucho después de la salida del sol. Cuando me desplacé con dificultad por el compartimiento de las bombas hasta la cabina del «Commando» ya estábamos cerca de Gibraltar. Debo decir que parecía bastante peligroso: todo estaba envuelto en la niebla matinal, no se veía hacia delante a más de cien metros y no volábamos a más de diez metros sobre el mar. Le pregunté a Vanderkloot si todo iba bien y le dije que esperaba que no chocáramos contra el peñón de Gibraltar. Sus respuestas no fueron demasiado tranquilizadoras, aunque se sentía bastante seguro del rumbo como para no elevarse más y alejarse del mar, aunque yo personalmente lo habría preferido así. Seguimos igual cuatro o cinco minutos más. Entonces, de pronto, el aire se despejó y vimos alzarse el gran precipicio de Gibraltar, resplandeciente sobre el istmo y la franja de terreno neutral que lo une a España y a la montaña que llaman el «Trono de la reina de España». Después de tres o cuatro horas de volar en medio de la niebla Vanderkloot había sido exacto. Pasamos a unos cuantos cientos de metros de la adusta pared rocosa sin tener que modificar el rumbo e hicimos un aterrizaje perfecto. Sigo pensando que habría sido mejor elevarnos un poco y dar vueltas en círculos durante una o dos horas ya que teníamos combustible y nos sobraba tiempo. Pero lo hizo muy bien. Pasamos la mañana con el gobernador y emprendimos vuelo por la tarde, dando un amplio rodeo sobre el golfo de Vizcaya cuando se hizo de noche.

Cuando emprendí mi misión a El Cairo y Moscú todavía no se había elegido el comandante para la «Antorcha». El treinta y uno de julio sugerí que si se nombraba al general Marshall para ocupar el mando supremo de la operación al otro lado del canal

de la Mancha en 1943 era conveniente que el general Eisenhower actuara como su segundo y su precursor en Londres y que trabajara en la «Antorcha», que comandaría él mismo, con el general Alexander como segundo. Prosperó mi opinión al respecto y, antes de partir de El Cairo hacia Moscú, el presidente me envió su consentimiento. Sin embargo, todavía quedaba mucho por decidir sobre la forma definitiva de nuestros planes y al día siguiente de mi regreso a Londres vinieron a cenar conmigo los generales Eisenhower y Clark para hablar del estado de la operación.

En ese momento mantenía un estrecho y agradable contacto con estos generales estadounidenses. Desde su llegada en junio había organizado una comida semanal en el número 10 de Downing Street todos los martes. Estas reuniones resultaron un éxito. Casi siempre estaba a solas con ellos y comentábamos todas las cuestiones, una y otra vez, como si todos fuéramos del mismo país. También mantuvimos varias conferencias informales en el comedor de la planta baja, que comenzaban a eso de las diez de la noche y a veces se prolongaban hasta muy tarde. En varias ocasiones los generales estadounidenses se quedaron a pasar la noche o el fin de semana en Chequers. En todas estas reuniones sólo hablábamos de trabajo. Estoy seguro de que eran necesarias estas estrechas relaciones para llevar adelante la guerra y no podría haber captado toda la situación sin ellos.

El veintidós de septiembre, en una reunión de los jefes del Estado Mayor que presidí y en la que estaba presente Eisenhower, se adoptó la decisión definitiva: se fijó la fecha de la operación «Antorcha» para el ocho de noviembre.

En medio de todo esto, Rommel lanzó su decidida ofensiva en dirección a El Cairo que al final resultó la última. Hasta que acabó, todos mis pensamientos se concentraron en el desierto y en la prueba de fuerza inminente. Tenía plena confianza en nuestros nuevos comandantes y estaba seguro de que nuestra superioridad numérica en tropas, unidades blindadas y potencial aéreo era mayor que nunca. Pero después de las sorpresas desagradables de los dos años anteriores costaba desterrar la angustia. Como había estado hacía tan poco en el mismo terreno sobre el que se libraría la batalla, y tenía tan fresca en la memoria la imagen del ondulado desierto rocoso, con sus baterías y sus carros de combate ocultos, y nuestro Ejército agazapado, preparado para un contragolpe, todo el escenario se me apareció bajo una luz intensa. Otro revés no sólo habría sido desastroso por sí mismo sino que perjudicaría la influencia y el prestigio británicos en las conversaciones que manteníamos con nuestros aliados estadounidenses. Por otra parte, si se repelía a Rommel el aumento de la confianza y la sensación de que la situación se volvía a nuestro favor contribuiría a que llegáramos a un acuerdo sobre todos los demás asuntos.

El general Alexander había prometido enviarme la palabra «Zip»[24] (tomada de las ropas que solía ponerme) cuando comenzara realmente la acción. «¿Qué le parece? —le pregunté el veintiocho de agosto—. ¿Qué probabilidades hay de que comience el “Zip” antes de que cambie la luna? El servicio de información militar ya no lo considera inminente. Con mis mejores deseos». Su respuesta fue: «De ahora en adelante, “Zip” significa dinero cada día. Aumentan probabilidades en contra hasta dos de septiembre, cuando puede considerarse improbable». El día treinta recibí la señal monosilábica: «Zip», y le telegrafié a Roosevelt y a Stalin: «Rommel ha iniciado el ataque para el que nos preparábamos. Es posible que se libre ahora una batalla importante».

El plan de Rommel, que Montgomery había adivinado, consistía en hacer que sus unidades blindadas atravesaran el cinturón de minas casi indefenso que había al sur del frente británico y después viraran hacia el norte para envolver nuestra posición desde el flanco y la retaguardia. El terreno decisivo para el éxito de esta maniobra era la cadena montañosa de Alam Halfa y las tropas de Montgomery estaban dispuestas fundamentalmente para asegurar que no cayera en manos del enemigo.

Durante la noche del treinta de agosto las dos divisiones blindadas del Afrika Korps alemán entraron en el cinturón de minas y al día siguiente se trasladaron a la depresión de Ragil. Nuestra 7.ª División Blindada, en permanente retirada frente a ellos, se estacionó en el flanco oriental. Al norte de las unidades blindadas alemanas dos divisiones blindadas italianas y una motorizada intentaron también cruzar el campo de minas pero no les fue bien. Era más profundo de lo que habían previsto y se vieron acosados por el intenso fuego escalonado de la artillería de la División neozelandesa. En cambio, la 90.ª División Ligera alemana logró penetrar para formar una bisagra para el ala norte de las unidades blindadas. Al otro extremo de la línea se lanzaron ataques dilatorios simultáneos contra la 5.ª División india y la 9.ª australiana, que fueron repelidos al cabo de una lucha tenaz. Desde la depresión de Ragil las unidades blindadas germanoitalianas tenían la opción de atacar hacia el norte, contra las crestas de Alam Halfa o hacia el noreste, en dirección a Hammam. Montgomery esperaba que no eligieran la segunda opción; prefería luchar en el campo de batalla que él había elegido: la cadena montañosa. Se había infiltrado hasta Rommel un mapa que indicaba que los carros de combate no tendrían dificultades para seguir por allí mientras que les costaría más pasar más hacia el este. El general Von Thoma, capturado dos meses después, declaró que esta información falsa cumplió el objetivo deseado. De hecho, la batalla adoptó entonces exactamente la forma que Montgomery deseaba.

La noche del día treinta y uno se repelió una ofensiva hacia el norte y las fuerzas blindadas del enemigo formaron un campamento circular por una noche, que transcurrió bajo un permanente fuego de artillería y un violento bombardeo aéreo. A

la mañana siguiente avanzaron contra el centro de la línea británica donde estaba concentrada la 10.ª División Blindada preparada para hacerles frente. La arena era mucho más pesada de lo que les habían inducido a pensar y la resistencia mucho más intensa de lo esperado. El ataque, aunque se reanudó por la tarde, fue un fracaso. A esas alturas Rommel estaba intensamente comprometido. Los italianos habían fracasado. Él no tenía ninguna esperanza de reforzar sus unidades blindadas de vanguardia y con la intensidad del avance había consumido gran parte de su escaso combustible. Era probable que también le hubiera llegado la noticia del hundimiento de otros tres buques cisterna en el Mediterráneo. De modo que el dos de septiembre sus unidades blindadas adoptaron una posición defensiva y aguardaron el ataque.

Pero Montgomery no aceptó la invitación, de modo que a Rommel no le quedó más alternativa que retirarse. El día tres comenzó el desplazamiento, hostigado en el flanco por la 7.ª División Blindada británica, que afectó considerablemente a los vehículos de transporte que no estaban blindados. Esa noche comenzó el contraataque británico, pero no a las unidades blindadas del enemigo sino a la 90.ª División Ligera y la motorizada de Trieste. Si podían destrozarlas podrían bloquear las brechas en el campo de minas antes de que las unidades blindadas alemanas volvieran a pasar por ellas. La División neozelandesa realizó fuertes ataques pero encontraron una resistencia feroz y el Afrika Korps logró huir. Montgomery interrumpió entonces la persecución. Tenía previsto tomar la iniciativa cuando llegara el momento pero no todavía. Se conformaba con haber repelido el último avance de Rommel hacia Egipto provocándole tantas pérdidas. Con un coste relativamente reducido para ellos el Octavo Ejército y la Fuerza Aérea del desierto habían infligido un fuerte golpe al enemigo y le habían provocado otra crisis de suministro. Por los documentos que se capturaron después sabemos que Rommel se encontraba en una situación desesperada y que lanzó peticiones de auxilio con insistencia. También sabemos que entonces estaba cansado y enfermo. Las consecuencias de Alam Halfa, como se denominó este enfrentamiento, se sintieron dos meses después.

Aunque nuestras dos grandes operaciones en ambos extremos del Mediterráneo ya estaban resueltas y seguían en marcha todos los preparativos para ambas, la espera fue un período de enorme tensión, aunque reprimida. Los más allegados, los que lo sabíamos, estábamos nerviosos por lo que pudiera pasar. Todos los que no sabían nada estaban inquietos porque no pasaba nada.

Yo llevaba veintiocho meses al frente de la situación durante los que habíamos sufrido una serie casi ininterrumpida de derrotas militares. Habíamos sobrevivido a la caída de Francia y al ataque aéreo a Gran Bretaña. No nos habían invadido. Seguíamos conservando Egipto. Estábamos vivos y acorralados, pero nada más. Por otra parte, habían caído sobre nosotros un desastre tras otro: el fiasco de Dakar, la

pérdida de todo lo que les habíamos conquistado a los italianos en el desierto, la tragedia de Grecia, la pérdida de Creta, los reveses continuos de la guerra en Japón, la pérdida de Hong Kong, la invasión de las colonias neerlandesas de Indonesia, la catástrofe de Singapur, la conquista de Birmania por los japoneses, la derrota de Auchinleck en el desierto, la rendición de Tobruk, el fracaso (porque así se consideraba) de Dieppe; todos eran mortificantes eslabones en una cadena de desgracias y frustraciones como no hay otra semejante en nuestra historia. El hecho de que ya no estuviéramos solos sino que tuviéramos luchando desesperadamente de nuestra parte como aliadas a las dos naciones más poderosas del mundo sin duda nos daba garantías de una victoria final, lo que, al eliminar la sensación de peligro mortal, sólo daba más rienda suelta a las críticas. No era extraño que se cuestionase y se desafiase todo el carácter y el sistema de la dirección de la guerra cuyo responsable era yo.

Llama sin duda la atención que, en esta pausa sombría, no me echaran del poder ni se encararan conmigo y me exigieran un cambio en mis métodos que, como era sabido, yo no aceptaría de ninguna manera. En ese caso tendría que haber desaparecido del escenario con una carga de calamidad a mis espaldas y los resultados que se cosecharían después se habrían atribuido a mi tardía desaparición. Porque todo el aspecto de la guerra estaba a punto de transformarse. A partir de entonces se sucedieron los éxitos, estropeados por muy pocos contratiempos. Aunque la lucha sería larga y dura, y nos exigiría a todos un esfuerzo agotador, habíamos llegado a lo más alto de la cumbre y nuestro camino hacia la victoria era no sólo cierto y seguro sino que venía acompañado constantemente por acontecimientos alentadores. No me negaron el derecho a participar en esta nueva fase gracias a la unidad y la fuerza del gabinete de Guerra, la confianza que me siguieron teniendo mis colegas políticos y profesionales, la lealtad a toda prueba del Parlamento y la constante benevolencia de la nación. Todo esto demuestra cuánto de suerte hay en los asuntos humanos y lo poco que debemos preocuparnos de nada que no sea hacerlo lo mejor posible.

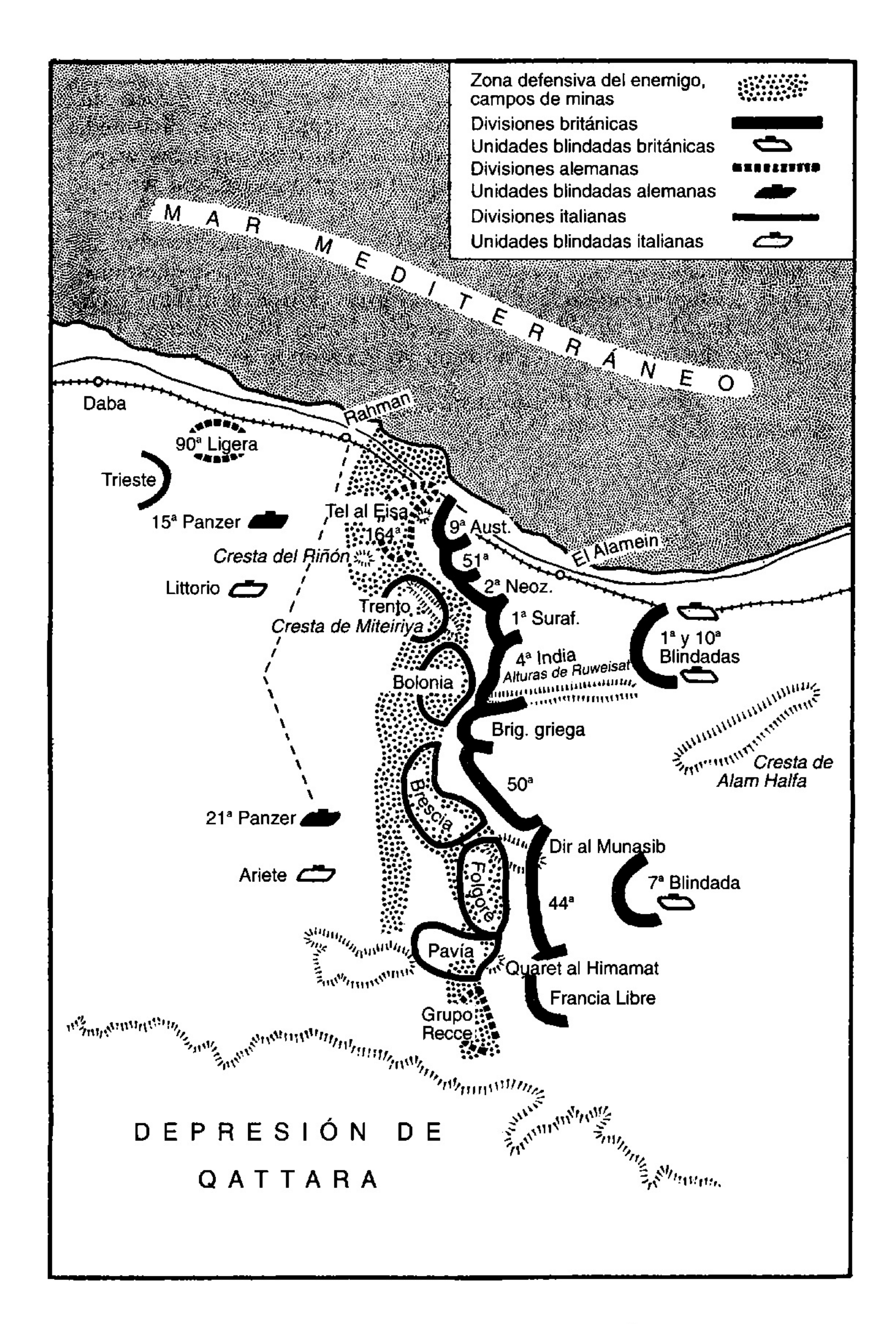
Mientras tanto encontraba cierto alivio en el análisis de las propuestas que elaboraba el Ministerio de Asuntos Exteriores, junto con el Departamento de Estado de Washington, sobre el futuro del gobierno mundial después de la guerra. El ministro de Asuntos Exteriores envió en octubre al gabinete de Guerra un importante documento sobre este asunto titulado «El plan de las cuatro potencias», según el cual la dirección suprema habría procedido de un consejo compuesto por Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia y China. Me alegro de haber encontrado fuerzas para expresar por escrito mis propias opiniones en la siguiente minuta que envié al ministro de Asuntos Exteriores, fechada el veintiuno de octubre de 1942:

A pesar de la presión de los acontecimientos intentaré escribir una respuesta. Parece muy sencillo

escoger a estas cuatro grandes potencias. Sin embargo, no podemos conocer qué Rusia ni qué tipo de peticiones rusas que tendremos que satisfacer. Puede que esto sea posible un poco más adelante. En cuanto a China, no creo que el gobierno de Chongqing represente a una gran potencia mundial. Sin duda sería un voto estúpido para el bando estadounidense en cualquier intento por liquidar el imperio británico de ultramar.

2. Debo reconocer que mis pensamientos se concentran fundamentalmente en Europa: el restablecimiento de la gloria europea, el continente que ha dado a luz a las naciones modernas y a toda la civilización. Sería un desastre inconmensurable que se extendiera la barbarie rusa sobre la cultura y la independencia de los antiguos estados europeos. Aunque parezca duro decirlo ahora, confío en que la familia europea actúe toda unida en un Consejo de Europa. Me gustaría ver unos Estados Unidos de Europa en los que se minimicen las barreras entre las naciones y se pueda viajar sin restricciones. Espero ver la economía de Europa estudiada como un conjunto. Espero ver un Consejo compuesto quizá por diez unidades, que incluyan a las antiguas grandes potencias y varias confederaciones (escandinava, danubiana, balcánica, etcétera), con una policía internacional que se encargue de mantener a Prusia desarmada. Es evidente que tendremos que trabajar con Estados Unidos en muchos aspectos, y en los más importantes, pero Europa es lo que más nos interesa y sin duda no queremos vernos limitados a los rusos y los chinos cuando suecos, noruegos, daneses, holandeses, belgas, franceses, españoles, polacos, checos y turcos tengan cuestiones candentes, deseen nuestra ayuda y tengan capacidad para hacer oír su voz. Sería fácil extenderse sobre estos temas. Lamentablemente, la guerra tiene otras prioridades que llaman su atención y la mía.

Así nos acercábamos al gran clímax militar en el que se jugaría todo.



El frente de El Alamein: 23 de octubre de 1942

Capítulo XVIII

LA BATALLA DE EL ALAMEIN

En las semanas siguientes a los cambios de mando los preparativos de la planificación y los entrenamientos prosiguieron sin parar en El Cairo y en el frente. Se reforzó el Octavo Ejército hasta un punto que no había sido posible nunca antes. Habían llegado la 51.ª División y la 44.ª y las habían convertido en «aptas para el desierto». Nuestra fuerza en unidades blindadas se elevó a siete brigadas de más de mil carros de combate, de los que casi la mitad eran Grant y Sherman procedentes de Estados Unidos; ahora contábamos con una superioridad numérica de dos a uno en cuanto a cifras, y por lo menos estábamos a la par en calidad. Por primera vez se concentraba en el desierto occidental una artillería poderosa y muy bien entrenada para apoyar el inminente ataque.

La Fuerza Aérea de Oriente Próximo estaba subordinada a las concepciones militares y las necesidades del comandante en jefe. Sin embargo, a las órdenes del capitán general Tedder no había necesidad de aplicar los precedentes a rajatabla. Las relaciones entre el comandante de la Aviación y los nuevos generales eran muy cordiales en todos los aspectos. La Fuerza Aérea del desierto occidental, a las órdenes del teniente general Coningham, había alcanzado una potencia de combate de quinientos cincuenta aviones. Había dos grupos más, aparte de los aparatos que tenían su base en Malta, que sumaban seiscientos cincuenta aviones, cuya misión consistía en hostigar los puertos y las rutas de suministro del enemigo tanto en el Mediterráneo como en el desierto. Sumándoles un centenar de cazas y bombarderos medianos estadounidenses nuestra fuerza ascendía a un total de alrededor de mil doscientos aviones en servicio.

Alexander nos dijo en varios telegramas que alrededor del veinticuatro de octubre se había elegido para el «Pie ligero», como se iba a llamar la operación. «Como no hay ningún flanco abierto —decía—, la batalla tiene que estar orquestada para abrir una brecha en el frente del enemigo», a través de la que avanzaría a la luz del día el X Cuerpo, que comprendía las principales unidades blindadas e iba a ser la punta de lanza de nuestro ataque. Este cuerpo no dispondría de todas sus armas y su equipo hasta el uno de octubre, y a partir de entonces necesitaría casi un mes de entrenamiento para desempeñar su papel. «En mi opinión, es imprescindible que el primer ataque de penetración comience durante la luna llena porque será una operación importante que llevará bastante tiempo, y hay que abrir una brecha adecuada en las líneas enemigas si nuestras fuerzas blindadas quieren disponer de un día entero para que la operación resulte decisiva. […]».

Transcurrieron las semanas y la fecha se fue acercando. La Fuerza Aérea ya había

comenzado su batalla, atacando las tropas, los aeródromos y las comunicaciones del enemigo. Se prestó especial atención a sus convoyes. En septiembre se hundieron el 30 por 100 de los barcos del Eje que transportaban suministros al norte de África, en su mayoría por medio de aviones. En octubre la cifra aumentó al 40 por 100. La pérdida de combustible ascendía al 66 por 100. Durante los meses de otoño se destruyeron más de doscientas mil toneladas de barcos del Eje, lo que supuso un grave perjuicio para el ejército de Rommel. Al final llegó la señal: el general Alexander telegrafió «¡Zip!».

Bajo la luna llena del veintitrés de octubre, casi mil cañones abrieron fuego sobre las baterías del enemigo durante veinte minutos y después se dirigieron hacia las posiciones de su infantería. Bajo este fuego concentrado, incrementado por el bombardeo desde el aire, avanzaron el XXX Cuerpo (del general Leese) y el XIII Cuerpo (del general Horrocks). Atacando un frente de cuatro divisiones, todo el XXX Cuerpo intentó abrir dos corredores a través de las fortificaciones del enemigo. Detrás de ellos venían las dos divisiones blindadas del X Cuerpo (del general Lumsden) para aprovechar el éxito de la penetración. Se hicieron importantes avances bajo un fuego intenso y antes del amanecer las tropas se habían adentrado mucho. Los ingenieros habían retirado las minas detrás de las tropas de avanzadilla, pero el sistema de minas no había sido perforado en profundidad y todavía no había ninguna perspectiva de que nuestras unidades blindadas pudieran pasar. Más al sur se abría paso hacia delante la 1.ª División surafricana para proteger el flanco meridional del ataque y la 4.ª División india lanzaba incursiones desde las alturas montañosas de Ruweisat, mientras que la 7.ª División Blindada y la 44.ª del XIII Cuerpo penetraban en las defensas del enemigo que tenían delante. Con esto se consiguió el objetivo de inducir al enemigo a retener durante tres días sus dos divisiones blindadas detrás de esta parte del frente mientras en el norte se desarrollaba la batalla principal.

Sin embargo, de momento no se había abierto ninguna brecha en el profundo sistema de campos de minas y defensas del enemigo. En la madrugada del día veinticinco Montgomery celebró una conferencia con sus máximos comandantes en la que ordenó a las unidades blindadas que volvieran a avanzar antes del amanecer siguiendo sus instrucciones originales. Durante el día ganaron, sin duda, más terreno, tras duros combates; pero lo que se conoce como la cresta del Riñón se convirtió en el centro de una lucha intensa con dos divisiones blindadas del enemigo, la 15.ª Panzer y la Ariete, que realizaron una serie de violentos contraataques. En el frente del XIII Cuerpo no continuó el ataque con el fin de mantener intacta la 7.ª División Blindada para el momento culminante.

El mando del enemigo sufrió trastornos graves. Rommel fue hospitalizado en Alemania a finales de septiembre y ocupó su lugar el general Stumme. Veinticuatro horas después del comienzo de la batalla Stumme murió de un ataque al corazón. A

petición de Hitler Rommel salió del hospital y volvió a asumir el mando a últimas horas del día veinticinco.

El día veintiséis continuaron los intensos combates a lo largo de la profunda brecha abierta dentro de la línea del enemigo, y sobre todo otra vez en la cresta del Riñón. La fuerza aérea enemiga, que había estado inactiva los dos días anteriores, emprendió entonces el desafío decisivo a nuestra superioridad aérea. Hubo numerosos combates, la mayoría de los cuales acabaron a nuestro favor. Los esfuerzos del XIII Cuerpo retrasaron pero no pudieron impedir el desplazamiento de las unidades blindadas alemanas hacia lo que entonces vieron que era el sector decisivo de su frente. No obstante, este desplazamiento se vio seriamente obstaculizado por nuestra fuerza aérea.

En ese momento, la 9.ª División australiana emprendió un nuevo y fructífero avance al mando del general Morshead. Atacaron hacia el norte, desde el saliente del flanco en dirección al mar. Montgomery se apresuró a aprovechar este éxito notable. Contuvo a los neozelandeses que atacaban hacia el oeste y ordenó a los australianos que siguieran avanzando hacia el norte. Así puso en peligro la retirada de parte de la división de infantería alemana del flanco norte. Al mismo tiempo, le dio la impresión de que su ataque principal comenzaba a perder ímpetu entre los campos de minas y los cañones anticarro fuertemente apostados. Por ello volvió a ordenar sus fuerzas y sus reservas para un ataque renovado y con más brío.

Durante todo el día veintisiete y el veintiocho se prolongó un feroz enfrentamiento por la cresta del Riñón contra los ataques reiterados de la 15.ª y la 21.ª División Panzer, que acababan de llegar desde el sector meridional. El general Alexander ha descrito la lucha con las siguientes palabras[25]:

> El veintisiete de octubre se produjo un gran contraataque blindado al viejo estilo. Cinco veces atacaron con todos los carros disponibles, tanto alemanes como italianos, pero no ganaron terreno y sufrieron muchas bajas, y lo peor de todo es que fueron desproporcionadas porque nuestros carros, que combatían a la defensiva, apenas sufrieron daños. El veintiocho de octubre [el enemigo] regresó [tras] un reconocimiento prolongado y meticuloso durante toda la mañana, para buscar los puntos débiles y localizar nuestros cañones anticarro, seguido de un fantástico ataque concentrado por la tarde, con el sol poniente a sus espaldas. El reconocimiento fue menos eficaz que en otros tiempos ya que tanto nuestros carros como nuestros cañones anticarro tenían mayor alcance. Cuando el enemigo trató de concentrarse para el ataque definitivo volvió a intervenir la Fuerza Aérea británica de una forma devastadora. En dos horas y media las misiones de los aviones de combate arrojaron ochenta toneladas de bombas en esta zona concentrada, de cinco kilómetros por tres, y el ataque del enemigo fracasó incluso antes de que pudiera completar su formación. Fue la última vez que el enemigo trató de tomar la iniciativa.

En estos días comprendidos entre el veintiséis y el veintiocho de octubre tres buques cisterna enemigos de vital importancia fueron hundidos por ataques aéreos, lo que compensó la larga serie de operaciones aéreas que formaron parte de la batalla terrestre.

Entonces Montgomery elaboró sus planes y dio órdenes para la penetración decisiva (la operación «Sobrecargar»). Retiró de la línea del frente a la 2.ª División neozelandesa y a la 1.ª División Blindada británica; sobre todo esta última tenía que reorganizarse después de su notable participación en el rechazo a las fuerzas blindadas alemanas en la cresta del Riñón. Se reunieron la 7.ª División Blindada británica y la 51.ª, y una brigada de la 44.ª, y todas se unificaron para constituir una nueva reserva. Estaba previsto que encabezaran el importante avance los neozelandeses, la 151.ª y la 152.ª Brigadas de infantería británicas y la 9.ª Brigada Blindada británica.

La magnífica ofensiva de los australianos, conseguida mediante una lucha implacable e incesante, había volcado toda la batalla a nuestro favor. A la una de la madrugada del dos de noviembre comenzó la operación «Sobrecargar». Bajo el fuego de trescientos cañones las brigadas británicas incorporadas a la división neozelandesa penetraron en la zona defendida, y la 9.ª Blindada se adelantó. No obstante, encontraron delante una nueva línea de defensa, con muchas armas anticarro, a lo largo del camino a Rahman. Después de un enfrentamiento prolongado la brigada quedó seriamente afectada, pero se mantuvo abierto el corredor que había detrás, y la 1.ª División Blindada británica avanzó por él. A continuación se produjo el último choque blindado de la batalla. Todos los carros de combate que le quedaban al enemigo atacaron nuestro saliente en cada flanco y fueron repelidos. Ésa fue la decisión definitiva; pero incluso al día siguiente, el tres, cuando nuestros informes aéreos indicaban que el enemigo ya había comenzado a retirarse, su retaguardia de cobertura en el camino a Rahman seguía manteniendo bajo control a la mayor parte de nuestras unidades blindadas. Llegó la orden de Hitler prohibiendo la retirada, pero la cuestión ya no estaba en manos alemanas. Había que abrir una sola brecha más. Muy temprano, el cuatro de noviembre, a ocho kilómetros al sur de Tel el Aggagir, la 5.ª Brigada india lanzó un ataque organizado rápidamente que obtuvo un éxito absoluto. De modo que se había ganado la batalla y finalmente quedaba franqueado el camino para que nuestras unidades blindadas cruzaran el desierto.

Rommel estaba en plena retirada, pero sólo disponía de transporte y combustible para una parte de su fuerza, y los alemanes, aunque habían luchado con valor, se concedieron a sí mismos prioridad en los vehículos. Muchos miles de hombres pertenecientes a seis divisiones italianas quedaron varados en el desierto, casi sin alimentos ni agua, y sin más futuro que caer en una redada y ser enviados a campos de prisioneros. Por el campo de batalla había desparramados grandes cantidades de carros, cañones y vehículos destruidos o inutilizados. Según sus propios documentos, las divisiones blindadas alemanas, que comenzaron la batalla con doscientos cuarenta carros de combate en servicio, el cinco de noviembre sólo conservaban treinta y ocho. La Fuerza Aérea alemana había abandonado la desesperada tarea de luchar contra la

nuestra, que había demostrado su superioridad y actuaba entonces casi sin trabas, atacando con todos sus recursos las grandes columnas de hombres y vehículos que trataban de avanzar hacia el oeste. El propio Rommel ha rendido un homenaje notable al importante papel que desempeñó la Fuerza Aérea británica[26]. Su ejército había sufrido una derrota decisiva; teníamos en nuestro poder a su lugarteniente, el general Von Thoma, y a nueve generales italianos.

Aparentemente teníamos muchas probabilidades de convertir el desastre del enemigo en aniquilación. Se envió a Fuka a la División neozelandesa, pero cuando llegaron allí, el cinco de noviembre, el enemigo ya había pasado. Todavía quedaba la posibilidad de cortarles el paso en Marsá Matru, sobre la que se abalanzaron la 1.ª y la 7.ª División Blindada británica. Al anochecer del día seis se estaban aproximando a su objetivo mientras el enemigo seguía tratando de huir de la trampa que se estaba cerrando. Pero entonces comenzó a llover y el combustible para avanzar era escaso. Durante todo el día siete se interrumpió la persecución. Este respiro de veinticuatro horas nos impidió rodearlos por completo. A pesar de todo, cuatro divisiones alemanas y ocho italianas habían dejado de existir como formaciones de combate. Se tomaron treinta mil prisioneros, con cantidades enormes de material de todo tipo. Rommel ha dejado constancia de su opinión sobre el papel que desempeñaron en su derrota nuestros soldados de artillería: «La artillería británica demostró una vez más su reconocida excelencia. Cabe destacar en especial su gran movilidad y velocidad de reacción ante las necesidades de las tropas de asalto[27]».

La batalla de El Alamein se distingue de todos los combates anteriores que tuvieron lugar en el desierto. El frente estaba limitado, fuertemente fortificado y defendido con fuerza. No había ningún flanco para entrar. Quien fuera más fuerte y quisiera tomar la ofensiva tenía que adelantarse. De este modo volvimos a las batallas de la primera guerra mundial en el frente occidental. Vemos cómo se repite aquí, en Egipto, el mismo tipo de prueba de fuerza que se presentó en Cambrai a finales de 1917 y en muchas de las batallas de 1918, es decir, vías de comunicaciones breves y buenas para los atacantes, el uso de artillería en sus máximas concentraciones, la descarga de la artillería y el fuerte avance de los carros de combate.

En todo esto el general Montgomery y su jefe, Alexander, eran profundamente versados por experiencia, estudio y consideración. Montgomery era un gran artillero. Estaba convencido, como decía Bernard Shaw de Napoleón, de que los cañones matan hombres. Siempre lo veremos tratando de lograr que trescientos o cuatrocientos cañones disparen bajo un mando concertado en lugar de las escaramuzas de las baterías que acompañaban inevitablemente a las redadas de las unidades blindadas en las amplias extensiones del desierto. Desde luego todo se hacía

a una escala mucho menor que en Francia y en Flandes. Perdimos más de 13.500 hombres en El Alamein en doce días; en cambio, el primer día en el Somme perdimos casi sesenta mil. Por otra parte, el potencial de fuego de la defensiva había aumentado considerablemente desde la guerra anterior y en esos días siempre se consideraba necesaria una concentración de dos o tres a uno, no sólo en cuanto a artillería sino también a hombres para atravesar y romper una línea muy bien fortificada. No tuvimos nada semejante a esta superioridad en El Alamein. El frente enemigo estaba formado no sólo por líneas sucesivas de puntos de resistencia y puestos de ametralladoras sino por una ancha zona de estos sistemas defensivos. Y delante de todo esto estaba el enorme escudo de campos de minas de una calidad y una densidad desconocidas hasta entonces. Por estos motivos, la batalla de El Alamein siempre será una página gloriosa en los anales militares británicos.

Pero sobrevivirá también por otro motivo: porque marcó de hecho el giro de la «bisagra del destino». Casi se podría decir que «antes de El Alamein no tuvimos ni una victoria y después de El Alamein no tuvimos ni una derrota».

Capítulo XIX

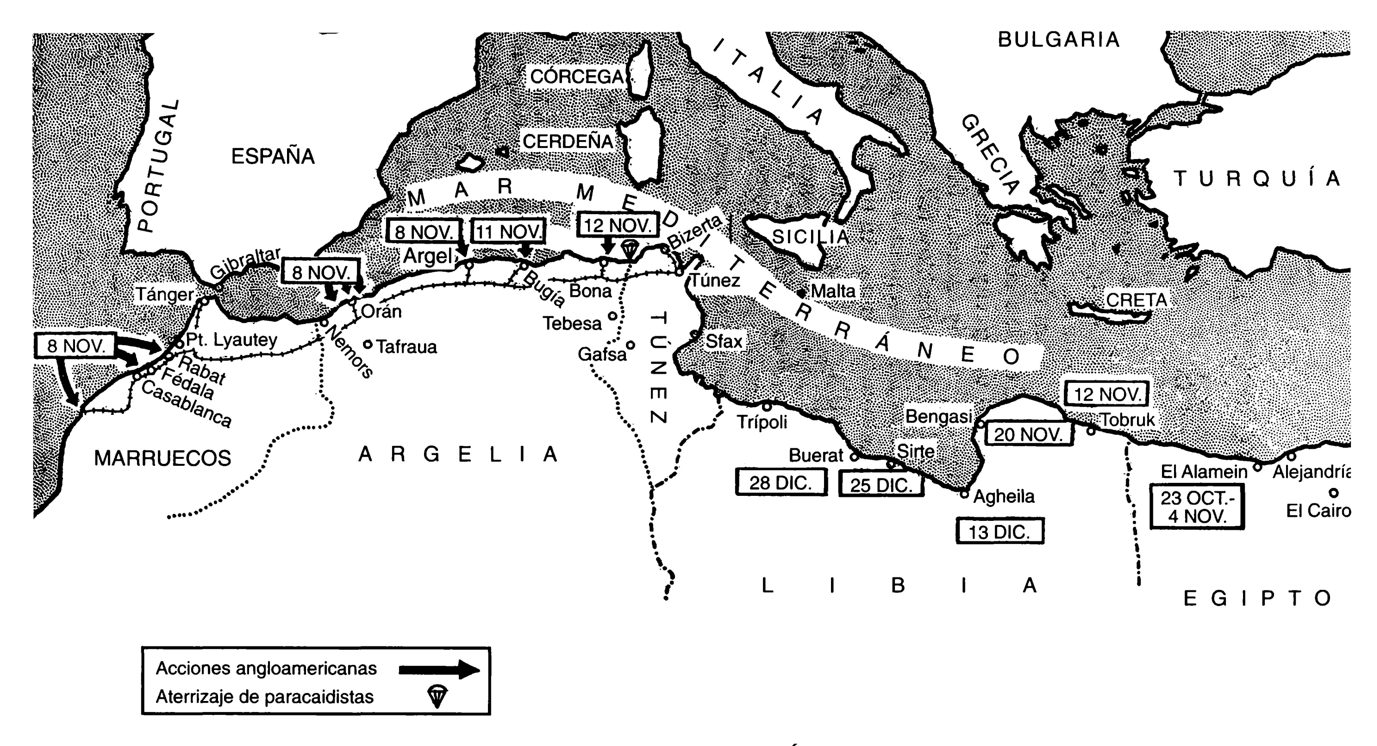
SE ENCIENDE LA ANTORCHA

Debido a los prejuicios del presidente contra el general De Gaulle, los contactos que tenía con Vichy a través del almirante Leahy y nuestro recuerdo de la fuga de información sobre Dakar que había tenido lugar dos años antes, se tomó la decisión de no hacer llegar a la Francia Libre ninguna información sobre la «Antorcha». No discutí estas resoluciones. Sin embargo, era consciente de la relación que teníamos los británicos con De Gaulle y de la gravedad de la afrenta que tendría que sufrir por haber sido excluido deliberadamente de toda participación en el plan. Pensaba contárselo justo antes de dar el golpe. Para suavizar en cierto modo el desaire que le hacíamos a él y a su movimiento dispuse que se le encomendara la administración de Madagascar. Todo lo que sucedió durante los meses de preparación y todo lo que supimos después justifican la opinión de que hacer intervenir a De Gaulle en este asunto habría sido sumamente perjudicial para las reacciones francesas en el norte de África.

Pero era evidente la necesidad de encontrar otra destacada figura francesa y, a ojos tanto británicos como estadounidenses, nadie parecía más adecuado que el general Giraud, ese luchador general de alto rango, famoso por el relato de su impresionante y audaz huida de una cárcel alemana. Ya mencioné mi encuentro con Giraud en Metz, en 1937[28], cuando visité la línea Maginot, cuyo sector principal comandaba. Me contó entonces sus aventuras durante la primera guerra mundial como prisionero huido tras las líneas alemanas. Como camaradas de huida teníamos algo en común. Después, como comandante del Ejército, repitió sus hazañas juveniles de forma todavía más sensacional. Los estadounidenses negociaron en secreto con el general y se trazaron planes para transportarlo desde la Riviera hasta Gibraltar en el momento decisivo. Había depositadas muchas esperanzas en el «Cerebro», como lo llamábamos en nuestro código secreto y, no sin el peligro del mar, fueron transportados sanos y salvo Giraud y sus dos hijos.

Mientras tanto se acercaban al lugar nuestras grandes armadas. La mayoría de los convoyes que salían de puertos británicos tenían que cruzar el golfo de Vizcaya atravesando todas las rutas de los submarinos alemanes. Hacían falta muchas escoltas, y de alguna manera teníamos que ocultar no sólo la concentración de embarcaciones, que desde principios de octubre comenzaban a llenar el Clyde y otros puertos occidentales, sino también la salida de los convoyes, pero lo conseguimos. Su propio servicio secreto indujo a los alemanes a creer que nuestro objetivo era otra vez

Dakar. A finales de mes había estacionados alrededor de cuarenta submarinos alemanes e italianos al sur y al este de las Azores, que lanzaron un fuerte ataque contra un gran convoy que regresaba a Sierra Leona y hundieron trece barcos. Dadas las circunstancias se pudo soportar. El primero de los convoyes de la «Antorcha» salió del Clyde el veintidós de octubre. El día veintiséis todos los barcos rápidos para el transporte de tropas estaban en camino y las fuerzas estadounidenses se dirigían a Casablanca directamente desde Estados Unidos. Toda la fuerza de la expedición, unos seiscientos cincuenta barcos, ya había emprendido viaje y atravesó el golfo de Vizcaya o el Atlántico sin que los vieran ni los submarinos enemigos ni la Luftwaffe.



La costa del norte de África

Todos nuestros recursos estaban comprometidos en el esfuerzo. En el norte, nuestros cruceros vigilaban el estrecho de Dinamarca y las salidas del mar del Norte como protección contra la intervención de los barcos de superficie enemigos. Otros cubrían la aproximación estadounidense a las Azores y los bombarderos angloamericanos atacaron las bases de los submarinos alemanes a lo largo del litoral atlántico francés. Los primeros barcos comenzaron a entrar en el Mediterráneo la noche del cinco al seis de noviembre sin que los detectaran todavía. Y no los descubrieron hasta el siete, cuando el convoy de Argel se encontraba a menos de veinticuatro horas de su destino; de todos modos sólo atacaron un barco.

El cinco de noviembre llegó Eisenhower a Gibraltar en un arriesgado vuelo. Yo había puesto la fortaleza bajo su mando como cuartel general transitorio del líder de esta empresa estadounidense y británica a gran escala. Allí se llevó a cabo la gran concentración de aviones para la «Antorcha». Todo el istmo estaba repleto de aparatos y para la hora cero se reunieron catorce escuadrones de cazas. No hubo más

remedio que realizar toda esta actividad bajo la mirada de los observadores alemanes y nuestra única esperanza era que pensaran que nuestro objetivo era reforzar Malta. Hicimos todo lo posible para que se lo creyeran y aparentemente así fue.

En sus memorias, el general Eisenhower hace un relato vívido de la angustia que sintió la noche del siete al ocho de noviembre y durante los días siguientes. Siempre había soportado muy bien este tipo de tensiones. La inmensidad de lo que estaba en juego, la incertidumbre sobre la situación meteorológica (que podía arruinarlo todo), las noticias fragmentarias que llegaban, las extraordinarias complicaciones de la actitud francesa, el peligro de España, todo esto, aparte del combate en sí, debió de convertirlo todo en una dura prueba para el comandante cuyas responsabilidades eran enormes y directas.

Y en medio de todo esto apareció el general Giraud, que pensaba que lo nombrarían comandante supremo del norte de África y que los ejércitos estadounidenses y británicos, cuya fuerza desconocía, se pondrían bajo su mando. Él mismo insistió en realizar un desembarco en Francia, en lugar de o además del de África, y durante un tiempo pareció imaginar que esto era posible. Surgió una polémica que duró más de cuarenta y ocho horas entre él y el general Eisenhower hasta que este valiente francés se convenció de la proporción de la empresa. Todos habíamos contado en exceso con el «Cerebro», pero nadie se desengañaría más que él con respecto a la influencia que tenía entre los gobernadores franceses, los generales y, de hecho, el cuerpo de oficiales, en el norte de África.

Entonces se produjo una complicación curiosa que al final resultó muy favorable. El almirante Darlan, al acabar su viaje de inspección por el norte de África, regresó a Francia. Pero su hijo sufrió un ataque de parálisis infantil y lo ingresaron en un hospital de Argel. La noticia de su gravedad hizo regresar al almirante el cinco de noviembre, de modo que se encontraba en Argel la víspera del ataque angloamericano, lo que resultó una curiosa y extraordinaria coincidencia. Robert Murphy, el representante político de Estados Unidos en el norte de África, esperaba que se fuera antes de que el ataque llegara a las costas. Pero Darían, preocupado por la enfermedad de su hijo, se retrasó un día y se alojó en la villa de un militar francés, el almirante Fénard.

Nuestra principal esperanza en Argel en las últimas semanas había sido el general Juin, el comandante militar francés. Sus relaciones con Murphy habían sido amistosas, aunque no se le había comunicado la fecha concreta. Poco después de la medianoche del día siete Murphy fue a ver a Juin para decirle que había llegado la hora: se acercaba un poderoso ejército angloamericano apoyado por unas fuerzas navales y aéreas abrumadoras que comenzaría a desembarcar en África pocas horas después. El general Juin, a pesar de su profundo interés y su lealtad hacia la empresa,

quedó estupefacto con la noticia. Se imaginaba que él estaría al mando de la situación en Argel pero sabía que la presencia de Darían anulaba totalmente su autoridad. Contaba con unos cuantos centenares de ardientes jóvenes franceses, pero sabía muy bien que todo el control del gobierno militar y político había pasado de sus manos a las del ministro-almirante. Seguro que entonces no le obedecerían a él. Preguntó entonces por qué no lo habían informado antes sobre la hora cero. Los motivos eran evidentes y el hecho no habría significado ninguna diferencia para su autoridad. Darían se encontraba allí y poseía todas las lealtades de la Francia de Vichy. Murphy y Juin decidieron pedirle a Darían por teléfono que fuera a verlos de inmediato. Antes de las dos de la mañana llegó Darían, después de que lo despertara el mensaje urgente del general Juin. Cuando le informaron del golpe inminente se puso lívido y dijo: «Hacía tiempo que sabía que los británicos eran unos estúpidos pero siempre pensé que los estadounidenses eran más inteligentes. Comienzo a creer que cometen ustedes tantos errores como ellos».

Hacía tiempo que Darían, cuya aversión por los británicos era notoria, estaba comprometido con el Eje. En mayo de 1941 había acordado conceder facilidades a los alemanes, tanto en Dakar como el permitir el paso de suministros para los ejércitos de Rommel a través de Túnez. En ese momento logró frenar esta maniobra traicionera el general Weygand, que comandaba el norte de África y consiguió convencer a Pétain para que se negara a esta petición alemana. Como por entonces Hitler estaba muy preocupado por la inminente campaña en Rusia no insistió, a pesar de que su estado mayor naval le recomendaba que lo hiciera. En noviembre de ese mismo año relevaron del mando a Weygand, a quien los alemanes consideraban poco de fiar. Aunque no se volvió a oír hablar de los planes del Eje para usar Dakar en contra de nosotros, los puertos tunecinos se abrieron posteriormente a los barcos del Eje y contribuyeron a alimentar a los ejércitos de Rommel durante el verano de 1942. Las circunstancias habían cambiado y con ellas la actitud de Darían, pero independientemente de sus ideas con respecto a colaborar en una ocupación angloamericana del norte de África seguía vinculado a Pétain de forma y de hecho. Sabía que si se pasaba al bando de los aliados lo responsabilizarían de la invasión alemana de la Francia no ocupada. Lo máximo que podían hacer era convencerle para que telegrafiara a Pétain para pedirle libertad de acción. En la espantosa crisis en la que se veía envuelto por la despiadada cadena de los acontecimientos ésta era su única salida.

Poco después de la una de la madrugada del ocho de noviembre comenzaron los desembarcos británicos y estadounidenses en numerosos puntos, al este y al oeste de Argel, bajo la dirección del contraalmirante Burrough, de la Marina de guerra británica. Se habían hecho cuidadosos preparativos para guiar a las lanchas de desembarco hasta las playas elegidas. En el oeste, las primeras unidades de la 11.ª

Brigada británica completaron su misión con éxito; en cambio, más al este, una marea inesperada desvió algunos kilómetros de la posición prevista a los barcos y las lanchas que transportaban a los estadounidenses y en la oscuridad se produjo cierta confusión y demora. Afortunadamente, gracias al factor sorpresa no hubo demasiada oposición en ningún punto de la costa. En poco tiempo conseguimos dominar la situación. Un avión de la Marina de guerra, al observar señales amistosas desde el suelo, aterrizó en el aeropuerto de Blida y lo ocupó, con la colaboración del comandante francés local, hasta que llegaron desde las playas las tropas aliadas.

Los combates más intensos se desarrollaron en el propio puerto de Argel, donde dos destructores británicos, el *Broke* y el *Malcolm*, trataron de entrar por la fuerza y de desembarcar en el malecón tropas de asalto estadounidenses para apoderarse del puerto, ocupar las baterías e impedir que los barcos se escabulleran, lo que los colocó en un punto donde podían dispararles de cerca las baterías que defendían el puerto, y tuvo consecuencias desastrosas. El *Malcolm* resultó averiado en seguida pero el *Broke* entró en el puerto al cuarto intento y desembarcó a sus tropas. Después, cuando se retiraba, sufrió graves daños y acabó hundiéndose. Muchos de los soldados quedaron atrapados en tierra y tuvieron que rendirse.

A las 17 Darían envió un telegrama a su jefe que decía: «Las tropas estadounidenses han entrado en la ciudad, a pesar de nuestra acción dilatoria, he autorizado al general Juin, el comandante en jefe, para negociar sólo la rendición de la ciudad de Argel». La rendición de Argel surtió efecto a partir de las 19. Desde ese momento, el almirante Darían quedó en poder de los estadounidenses y el general Juin recuperó el control del mando bajo las órdenes de los aliados.

Hubo mayor oposición en Oran, pues las unidades regulares francesas habían combatido contra los británicos en Siria y los hombres que estaban bajo el mando de la Armada guardaban amargos recuerdos de nuestro ataque a la flota francesa en 1940; lucharon contra una «fuerza operativa» estadounidense. Un batallón estadounidense de paracaidistas que partió de Inglaterra para apoderarse de los aeropuertos se dispersó por España a causa del mal tiempo. Los elementos de vanguardia siguieron adelante, pero el sistema de navegación que tenían era deficiente y descendieron a varios kilómetros de su objetivo.

Dos pequeños barcos de guerra británicos trataron de desembarcar a un grupo de soldados estadounidenses en el puerto de Oran con la intención, igual que en Argel, de impedir que los franceses sabotearan las instalaciones o escabulleran los barcos, y de convertirlo en una base aliada lo antes posible. A las órdenes del capitán de navío F. T. Peters, de la Marina de guerra británica, el *Walney* y el *Hartland*, dos antiguos cúteres de los guardacostas estadounidenses que nos habían cedido en virtud de la ley de Préstamo y Arriendo, cayeron bajo un mortífero fuego a bocajarro y fueron destruidos junto con la mayoría de los que iban a bordo. El capitán de navío Peters

sobrevivió de milagro, aunque perdió la vida pocos días después en un desastre aeronáutico cuando regresaba a Inglaterra. Se le concedieron de forma póstuma la Cruz de la Victoria y la Cruz por Servicios Distinguidos que se concede en Estados Unidos. Al amanecer intervinieron en la bahía de Oran destructores y submarinos franceses, pero fueron hundidos o dispersados. Las baterías costeras fueron bombardeadas por las fuerzas navales británicas, incluido el *Rodney*. Los combates siguieron hasta la mañana del día diez, cuando los estadounidenses lanzaron el ataque definitivo sobre la ciudad. A mediodía los franceses habían capitulado.

La «fuerza operativa occidental» llegó a la costa marroquí antes del amanecer del ocho de noviembre. El ataque principal tuvo lugar cerca de Casablanca, con ataques de flanco al norte y al sur. El clima era bueno, aunque había bruma, y las olas eran menos fuertes de lo que temían. Después la situación empeoró, pero entonces ya habían conseguido afianzar su posición. Durante un breve tiempo los combates fueron intensos. En el mar se desarrolló una batalla tremenda. En Casablanca estaba anclado el nuevo acorazado, todavía sin acabar, *Jean Barí* que, aunque incapaz de desplazarse, podía usar sus cuatro cañones de 380 milímetros. Poco después se vio comprometido en un duelo con un acorazado estadounidense, el *Massachusetts*, mientras la flotilla francesa, con el apoyo del crucero *Primauguet*, salía del puerto para oponerse al desembarco; pero se toparon con toda la flota estadounidense, que destruyó siete barcos franceses y tres submarinos provocando mil bajas. El *Jean Barí* fue destruido por el fuego y encalló; de todos modos, el general Noguès, el alto comisario francés, siguiendo las órdenes de Darían, no se rindió hasta la mañana del once de noviembre. Decía en su informe: «He perdido todas nuestras naves y nuestros aviones de guerra después de tres días de violentos combates». El capitán de navío Mercier, del *Primauguet*, que deseaba la victoria aliada, murió en el puente de su barco cumpliendo órdenes. Podemos estar agradecidos los que no hayamos estado divididos en la vida por problemas tan acuciantes ni por conflictos de lealtades.

De todo esto comenzaron a llegar noticias fragmentarias a Gibraltar, al cuartel general del general Eisenhower, que entonces tuvo que hacer frente a una grave situación política. Había convenido con Giraud en ponerlo al mando de las fuerzas francesas que apoyaran la causa aliada, pero ahora resultaba que, de pronto y por casualidad, irrumpía en escena alguien que podía decidir si alguno de ellos cambiaría de bando de forma disciplinada. La esperanza de que apoyaran a Giraud todavía no había sido puesta a prueba, pero las primeras reacciones no eran alentadoras. Por consiguiente, la mañana del nueve de noviembre volaron a Argel el general Giraud y, poco después, el general Clark como enviado personal del general Eisenhower. Los principales comandantes franceses brindaron a Giraud una gélida acogida. La organización local de la resistencia, promovida por agentes estadounidenses y

británicos, ya se había desplomado. En la primera conferencia de Clark con Darían no se llegó a ningún acuerdo. Era evidente que nadie de importancia aceptaría a Giraud como comandante supremo francés. A la mañana siguiente el general Clark concertó una segunda entrevista con el almirante. Le dijo a Eisenhower por radio que la única solución era llegar a un acuerdo con Darían. No había tiempo de emprender conversaciones telegráficas con Londres y Washington. Giraud no estaba presente. Darían dudó por falta de instrucciones de Vichy. Clark le dio media hora para tomar una decisión. Al final, el almirante aceptó ordenar un alto el fuego general en todo el norte de África. «En nombre del mariscal», asumió la autoridad suprema en todos los territorios franceses del norte de África y ordenó a todos los oficiales que permanecieran en sus puestos.

En Túnez Darlan ordenó al alto comisario francés, el almirante Esteva, que se uniera a los aliados. Esteva era fiel a Vichy y siguió el aluvión de acontecimientos cada vez con mayor confusión y alarma. Como estaba más cerca del enemigo en Sicilia y en su frontera oriental su posición era peor que la de Darían o la de Noguès. Sus principales subordinados mostraban la misma indecisión. El nueve de noviembre las unidades de la Fuerza Aérea alemana ocuparon el importante aeródromo de El Auina. Ese mismo día llegaron las tropas alemanas e italianas. Deprimido y titubeante, Esteva se aferró a una alianza formal con Vichy mientras las fuerzas del Eje de Tripolitania se le acercaban por el este y los aliados avanzaban a toda prisa desde el oeste. El general francés Barré, desconcertado al principio por un problema de tal complejidad como no ha tenido que resolver jamás el amable lector, al final desplazó hacia el oeste el grueso de la guarnición francesa y se puso a las órdenes del general Giraud. En cambio en Bizerta se rindieron al Eje tres buques torpederos y nueve submarinos.

En Alejandría, donde estaba inmovilizada la escuadra naval francesa desde 1940, se llevaron a cabo negociaciones sin ningún resultado. Su comandante, el almirante Godefroy, mantuvo su lealtad a Vichy y se negó a reconocer la autoridad de Darían. En su opinión, mientras los aliados no conquistaran Túnez no podían decir que eran capaces de liberar a Francia. De modo que sus barcos siguieron inactivos hasta que, con el tiempo, conquistamos Túnez. En Dakar, el gobernador general de Vichy, Boisson, aceptó la orden de Darían de abandonar la resistencia el veintitrés de noviembre pero las unidades de la Armada francesa que estaban allí se negaron a incorporarse a los aliados. Hasta que no acabamos de conquistar todo el norte de África el acorazado *Richelieu* y sus tres cruceros no se sumaron a nuestra causa.

La incursión angloamericana en el norte de África produjo una secuela inmediata

en Francia. En diciembre de 1940 los alemanes ya habían trazado unos planes detallados para ocupar la zona libre de Francia que se pusieron en práctica entonces. El objetivo fundamental de Hitler era capturar las principales unidades de la flota francesa anclada en Tolón. El general Eisenhower estaba igual de ansioso por apoderarse de la misma presa, pero mientras él negociaba con Darían y Darían enviaba mensajes a Vichy los alemanes marchaban rápidamente hacia la costa mediterránea y ocupaban toda Francia. Esto simplificó la posición del almirante, que ahora podía argüir, y su palabra sería aceptada por los oficiales y los comandantes locales, que el mariscal Pétain ya no era un representante libre. El movimiento alemán también tocó el nervio vital de Darlan. Como había ocurrido en 1940 volvía a estar en juego el destino de la flota francesa y él era el único que podía salvarla. Su comportamiento fue decisivo. El once de noviembre por la tarde telegrafió a la Francia metropolitana que la flota de Tolón tenía que hacerse a la mar ante el peligro de su captura inminente por parte de los alemanes.

El almirante Auphan, el ministro de Marina de Vichy, se quiso poner de parte de Darían pero no pudo hacerlo ante la oposición de Laval y la actitud de los comandantes franceses en Tolón. El almirante De Laborde, comandante de la flota francesa del Mediterráneo, era un antibritánico fanático. En cuanto se enteró del desembarco quiso hacerse a la mar y atacar los convoyes aliados. Rechazó la invitación de Darían de pasarse al otro bando y cuando llegaron los alemanes al perímetro de la base naval francesa logró un acuerdo por el que las tropas francesas se guarnecerían en una zona libre alrededor del puerto. Se intentó poner la base en una posición de fuerte defensa pero el dieciocho de noviembre los alemanes exigieron que se retiraran de la zona todas las tropas francesas y al día siguiente el almirante Auphan renunció.

Entonces los alemanes planearon un ataque por sorpresa a la flota, que tuvo lugar el veintisiete de noviembre. El valor y los recursos de algunos oficiales, entre ellos Laborde, que finalmente se puso de nuestro lado, hicieron posible que se escabullera la flota en bloque. Entre los setenta y tres barcos que se hundieron en el puerto había un acorazado, dos cruceros de batalla, siete cruceros, veintinueve destructores y buques torpederos y dieciséis submarinos.

Menos de un mes después fue asesinado el almirante Darían. La tarde del veinticuatro de diciembre se dirigió en coche desde su villa hasta sus oficinas en el Palais d’Été. A la puerta de su despacho le disparó un joven de veinte años llamado Bonnier de la Chapelle. El almirante murió al cabo de una hora en la mesa de operaciones de un hospital cercano. Tras mucha persuasión, el joven asesino estaba tan exaltado que se creía que podría salvar a Francia de un mando perverso. Lo juzgó un consejo de guerra a las órdenes de Giraud y, para sorpresa del joven, fue ejecutado

por un pelotón de fusilamiento poco después del amanecer del día veintiséis.

Pocos hombres han pagado más caro los errores de criterio y la falta de carácter que el almirante Darían. Era una figura profesional y tenía una fuerte personalidad. Había dedicado su vida a recrear la Armada francesa y la elevó hasta una posición que no había vuelto a tener desde los tiempos de los reyes de Francia. Le eran fieles no sólo el cuerpo de oficiales de la Armada sino toda la Marina de guerra. Según sus reiteradas promesas, en 1940 tendría que haber enviado las flotas a Gran Bretaña, a Estados Unidos, a puertos africanos o a cualquier otro lugar para que quedaran fuera del alcance del poder alemán. No estaba comprometido a ello por ningún tratado ni obligación, salvo las garantías que había ofrecido de forma voluntaria. Y estuvo decidido a hacerlo hasta el fatídico veinte de junio de 1940, cuando aceptó el cargo de ministro de la Marina que le ofreció el mariscal Pétain. Entonces, tal vez influido por motivos de índole departamental, brindó su adhesión al gobierno del mariscal Pétain. Dejó de ser un marino para convertirse en un político, cambió una esfera que conocía bien por otra en la que se dejaba guiar principalmente por sus prejuicios antibritánicos que databan, como ya he mencionado, de la batalla de Trafalgar, en la que cayó su bisabuelo.

En esta nueva situación demostró ser un hombre con fuerza y decisión que no alcanzaba a darse cuenta del todo de la significación moral de buena parte de lo que hacía. La ambición estimuló sus errores. Su visión como almirante no iba más allá de su Armada ni, como ministro, más allá de las ventajas locales o personales inmediatas. Durante un año y medio tuvo gran influencia en una Francia hecha añicos. Cuando nos abatimos sobre el norte de África era el heredero indudable del anciano mariscal hasta que comenzó a caerle encima un aluvión de acontecimientos increíbles.

Ya hemos mencionado las presiones que sufrió. Todo el oeste y el norte del África francesa se volvieron hacia él. La invasión por parte de Hitler de la Francia de Vichy le otorgó la capacidad, y puede que el derecho, de tomar una nueva decisión. Proporcionó a los aliados angloamericanos justo lo que necesitaban, es decir, una voz francesa que obedecerían todos los funcionarios y los oficiales franceses en este inmenso frente sumido en la guerra. Asestó por nosotros el golpe definitivo, y que no vilipendien su memoria aquellos que obtuvieron enormes beneficios de su adhesión a nuestra causa. Es posible que un juez duro e imparcial diga que debería haberse negado a parlamentar con los aliados que él había perjudicado desafiándolos a hacerle lo peor. Podemos estar todos satisfechos de que hiciera todo lo contrario. Le costó la vida, pero la vida ya no tenía mucho que ofrecerle. Parecía evidente en ese momento que se equivocó al no enviar a la flota francesa a puertos aliados o neutrales en junio de 1940; pero tuvo razón al tomar su segunda y terrible decisión. Es probable que lo que más le doliera fuera no poder salvar la flota de Tolón. Siempre

declaró que no debía caer en manos de los alemanes. No falló en su compromiso ante la historia. Que descanse en paz, y podemos estar agradecidos por no haber tenido que enfrentarnos nunca a las pruebas que lo destrozaron.

Capítulo XX

LA CONFERENCIA DE CASABLANCA

En opinión de los militares estadounidenses, y no sólo en los círculos más altos, la decisión de emprender la «Antorcha» descartaba cualquier otra posibilidad de emprender una operación al otro lado del canal de la Mancha en la Francia ocupada en 1943. Yo no estaba convencido de que tuviera que ser así, y todavía tenía esperanzas de que la zona francesa del norte de África, incluido el norte de Túnez, cayera en nuestras manos después de pocos meses de combates, en cuyo caso seguiría siendo posible invadir desde Inglaterra la Francia ocupada en julio o agosto de 1943. Por consiguiente, tenía mucho interés en que, al mismo tiempo que la «Antorcha», continuara en Gran Bretaña la mayor concentración de fuerzas estadounidenses que nuestros barcos pudieran transportar. Esta idea de poder usar tanto nuestra mano izquierda como la derecha, y el hecho de que el enemigo tuviera que estar preparado para recibir los golpes de ambas, parecía coincidir totalmente con la máxima economía de guerra. Los acontecimientos decidirían si debíamos atacar al otro lado del canal de la Mancha o dejarnos llevar por nuestra suerte en el Mediterráneo, o ambos. Parecía imprescindible, por el interés de la guerra en general y en especial para ayudar a Rusia, que los ejércitos angloamericanos entraran en Europa, desde el oeste o desde el este, al año siguiente.

Sin embargo existía el riesgo de que no hiciéramos ninguna de las dos cosas. Por más que nuestra campaña en Argelia y en Túnez prosperara en seguida era posible que tuviéramos que conformarnos con capturar Cerdeña o Sicilia, o ambas, y postergar el cruce del canal de la Mancha hasta 1944, lo que haría perder un año a los aliados occidentales y podría tener consecuencias fatales no tanto para nuestra supervivencia sino para una victoria decisiva. No podíamos seguir perdiendo quinientas o seiscientas mil toneladas de barcos por mes de forma indefinida. La última esperanza de Alemania era una paralización.

Antes de saber lo que ocurriría en El Alamein o con la «Antorcha», y mientras la gigantesca lucha en el Cáucaso parecía indecisa, los jefes del Estado Mayor británico sopesaban todas estas cuestiones. Los planificadores que trabajaban a sus órdenes también tenían mucho trabajo. Sus informes, en mi opinión, eran demasiado negativos, y desde ambas orillas del Atlántico estábamos llegando a una especie de punto muerto conjunto. Los estados mayores británicos estaban a favor del Mediterráneo y de atacar Cerdeña y Sicilia con Italia como objetivo. Los expertos de Estados Unidos habían perdido toda esperanza de cruzar el canal de la Mancha en 1943 pero les preocupaba mucho no verse envueltos en el Mediterráneo para que esto no les impidiera llevar a cabo su gran plan para 1944. «Parecería —escribí en

noviembre— que hay que multiplicar la suma de todos los temores estadounidenses por la suma de todos los temores británicos que atentamente aporta cada arma».

Sin duda se dirá que el curso de los acontecimientos ha demostrado que mi actitud era demasiado optimista con respecto a nuestras perspectivas en el norte de África y que los estados mayores estadounidenses tenían razón al creer que, al elegir la «Antorcha» en julio, se había cerrado la posibilidad de cruzar el canal en 1943. Sin duda esto fue lo que ocurrió. Nadie podía prever a estas alturas que, a pesar de la gran cantidad de bajas, Hitler haría el supremo esfuerzo de reforzar el extremo norte de Túnez enviando a casi cien mil de sus mejores hombres. Cometió así un grave error estratégico, aunque no cabe duda de que retrasó varios meses nuestra victoria en África. De haber conservado las fuerzas que fueron capturadas o aniquiladas allí en mayo podría haber reforzado su frente de retirada contra Rusia, o bien podría haber concentrado su fuerza en Normandía, con lo que nos habría disuadido, a pesar de lo decididos que estábamos, de intentar un desembarco en 1943. Ahora casi nadie discute lo acertada que fue la decisión de esperar hasta 1944. No tengo ningún cargo de conciencia de haber engañado o confundido a Stalin. Hice todo lo que pude. Por otra parte, siempre que invadiéramos el continente europeo desde el Mediterráneo en la campaña siguiente y que los ejércitos angloamericanos estuvieran en pleno contacto con el enemigo no me quedaba desconforme con la decisión que impondrían el destino y los hechos.

De hecho, se produjo entonces un decisivo revés en el norte de África. Aunque teníamos la iniciativa y la ventaja de la sorpresa, nuestra concentración fue lenta inevitablemente. El transporte era un importante factor limitador. Los ataques aéreos a Argel y Bona obstaculizaron la descarga. No había transporte por carretera. El ferrocarril costero, que tenía una sola línea y ochocientos kilómetros de largo, estaba en mal estado, con cientos de puentes y alcantarillas, cualquiera de los cuales podía ser saboteado. Con la llegada a Túnez de grandes cantidades de tropas alemanas transportadas por aire comenzó una resistencia de primera calidad, tenaz y violenta. Las fuerzas francesas que ya se habían sumado a nuestra causa superaban los cien mil hombres. La mayoría eran tropas nativas de gran calidad, pero todavía mal equipadas y desorganizadas. El general Eisenhower envió todas las unidades estadounidenses de las que pudo echar mano. Nosotros aportamos todo lo que pudimos. El veintiocho de noviembre una brigada de infantería británica, con parte de la 1.ª División Blindada estadounidense, estuvo a punto de llegar a Yedida, a apenas veinte kilómetros de Túnez. Éste fue el momento culminante de los combates de invierno.

Entonces comenzó la estación de las lluvias. Se puso a llover torrencialmente. Nuestros aeródromos improvisados se convirtieron en lodazales. La Fuerza Aérea alemana, aunque todavía no era fuerte en cifras, operaba desde buenos aeródromos, aptos para todos los climas. El uno de diciembre contraatacaron frustrando el avance

que teníamos previsto y pocos días después nos vimos obligados a retroceder hasta Meyez. Los suministros sólo podían llegar hasta las tropas de vanguardia por mar y en pequeña escala. En realidad apenas podíamos alimentarlas y mucho menos pensar en acumular provisiones. No se pudo volver a atacar hasta la noche del veintidós de diciembre. Este ataque al principio salió bien pero al amanecer comenzaron tres días de lluvia torrencial, con lo que nuestros aeródromos quedaron inutilizados y los vehículos sólo se pudieron desplazar por caminos mediocres.

En una conferencia celebrada en nochebuena el general Eisenhower decidió abandonar el plan de capturar Túnez de inmediato y, hasta que se pudiera reanudar la campaña, proteger los aeropuertos de vanguardia que ya se habían conseguido en la línea general. Aunque los alemanes sufrieron importantes bajas en el mar sus fuerzas en Túnez aumentaban sin cesar. A finales de diciembre sumaban casi cincuenta mil hombres.

Mientras tanto, el Octavo Ejército recorrió grandes distancias. Rommel logró retirar de El Alamein sus vapuleadas fuerzas. Sus retaguardias sufrían una fuerte presión pero el intento de interceptarlo al sur de Bengasi no tuvo éxito. Se detuvo en Agheila, mientras Montgomery, tras su largo avance, tenía que lidiar con las mismas dificultades de transportes y suministros que hicieron fracasar a sus predecesores. El trece de diciembre Rommel fue desalojado y quedó casi aislado mediante un amplio giro de la 2.ª División neozelandesa. Sufrió muchas bajas y la Fuerza Aérea del desierto dañó seriamente sus transportes en la carretera de la costa. Montgomery pudo seguir al principio sólo con fuerzas ligeras. El Octavo Ejército había avanzado cerca de dos mil kilómetros desde El Alamein. Tras ocupar Sirte y sus zonas de desembarco el día de Navidad, nuestras tropas se enfrentaron con la siguiente posición principal de Rommel, cerca de Buerat, a finales de año.

Mientras tanto el comité de jefes del Estado Mayor elaboró dos informes para el gabinete de Guerra en los que exponía sus puntos de vista ponderados sobre la estrategia futura. Al llegar a sus conclusiones destacaron una grave divergencia de opinión entre ellos y sus colegas estadounidenses, una diferencia más de énfasis y de prioridades que de principios. Para los jefes del Estado Mayor británico lo mejor era continuar la «Antorcha» con brío y, al mismo tiempo, hacer unos preparativos lo más grandes posibles para cruzar el canal de la Mancha en 1943; en cambio, los jefes del Estado Mayor estadounidense preferían concentrar nuestro principal esfuerzo europeo en el cruce del canal y mantenerse firmes en el norte de África. Éste era un punto crucial que sólo podíamos resolver el presidente y yo, de modo que tras mucho debatir decidimos reunimos y resolverlo en Casablanca.

Emprendí el viaje en avión el doce de enero de 1943. Mi viaje tuvo algún sobresalto. Para calentar el «Commando» colocaron dentro un motor de gasolina que

producía humos y también varios puntos de calor a temperaturas muy elevadas. Me desperté a las dos de la madrugada, cuando estábamos sobre el Atlántico a ochocientos kilómetros de cualquier parte, porque uno de estos puntos de calor me estaba quemando los pies y me dio la impresión de que estaba a punto de ponerse al rojo vivo y prender fuego a las mantas. Por tanto, me bajé de la litera y desperté a Peter Portal que dormía abajo, en su asiento, y le pedí que se fijara en ese punto tan caliente. Revisamos la cabina y vimos otros dos puntos muy calientes que también parecían a punto de ponerse al rojo vivo. Entonces bajamos al compartimiento para las bombas (era un bombardero reconvertido) y encontramos a dos hombres muy ocupados en mantener encendido el calentador de gasolina. Desde cualquier punto de vista esto resultaba sumamente peligroso. Los puntos calientes podían provocar un incendio que al entrar en contacto con la gasolina la harían estallar. Portal fue de la misma opinión. Decidí que era preferible congelarse que abrasarse, de modo que ordené que apagaran toda la calefacción y regresamos a descansar tiritando, bajo el gélido aire invernal que había a unos dos mil quinientos metros de altura, donde tuvimos que colocarnos para quedar por encima de las nubes. He de reconocer que lo recuerdo como un momento bastante desagradable.

Cuando llegamos a Casablanca encontramos que se habían hecho hermosos preparativos. Había un hotel grande en las afueras de Anfa con suficiente alojamiento para los estados mayores británicos y estadounidenses y grandes salas de conferencias. Alrededor de este hotel había una serie de villas sumamente confortables reservadas para el presidente, para mí, para el general Giraud y también para el general De Gaulle, en caso de que asistiese. Todo el enclave estaba alambrado y rigurosamente protegido por tropas estadounidenses. Mi estado mayor y yo llegamos tres días antes que el presidente. Di algunos paseos muy agradables con Pound y los demás jefes del Estado Mayor sobre las rocas y la playa. Las hermosas olas, con sus enormes nubes de espuma, hacían que uno se maravillara de que alguien hubiera podido desembarcar y llegar hasta la orilla. No hubo ni un solo día sereno. Unas olas de cuatro metros y medio de altura rompían sobre unas rocas terribles. No me extraña que tantas lanchas de desembarco y las embarcaciones de los barcos se hubieran dado la vuelta con todos sus hombres. Había venido mi hijo Randolph desde el frente de Túnez. Tenía muchas cosas en qué pensar y los dos días transcurrieron rápidamente. Mientras tanto, los estados mayores se consultaban entre sí durante muchas horas todos los días.

El presidente llegó el día catorce por la tarde. El encuentro fue sumamente cálido y amistoso, y me produjo un gran placer ver allí a mi gran colega en un territorio conquistado o liberado que él y yo habíamos conseguido a pesar de las recomendaciones de sus expertos militares. Al día siguiente llegó el general Eisenhower tras un vuelo muy peligroso. Tenía sumo interés en conocer la línea que

seguirían los jefes del Estado Mayor conjunto y en mantenerse en contacto con ellos. Su nivel de mando estaba por encima del suyo. Uno o dos días después llegó Alexander y nos presentó, al presidente y a mí, un informe sobre el avance del Octavo Ejército. El presidente se llevó una impresión muy grata, tanto de él como de la noticia de que el Octavo Ejército tomaría Trípoli en un futuro próximo. Nos explicó que Montgomery, que tenía dos cuerpos de ejército fuertes, había desmontado uno y se había llevado todos los vehículos para reforzar el otro, y que éste bastaría para hacer retroceder a Rommel por Trípoli hasta la línea fronteriza de Mareth, que era un obstáculo muy importante. Todo el mundo se alegró mucho con esta noticia y la gracia natural y afable de Alexander conquistó todos los corazones. Su confianza tácita era contagiosa.

Después de diez días de trabajo sobre las cuestiones principales los jefes del Estado Mayor conjunto llegaron a un acuerdo. Tanto el presidente como yo nos mantuvimos en contacto diario con su trabajo y entre nosotros nos pusimos de acuerdo sobre él. Se decidió que nos concentraríamos para tomar Túnez, tanto con el Ejército del desierto como con todas las fuerzas que encontráramos los británicos y que cediera el ejército de Eisenhower, y que Alexander sería el segundo de Eisenhower y que prácticamente estaría a cargo de todas las operaciones. En cuanto al otro paso inmediato, es decir si se atacaría Sicilia o Cerdeña, también se llegó a un acuerdo. Las diferencias no dependían de los países sino que se daban principalmente entre los jefes del Estado Mayor y los planificadores conjuntos. Yo estaba seguro de que el siguiente objetivo tenía que ser Sicilia y los jefes del Estado Mayor conjunto compartían mi opinión. En cambio, los planificadores conjuntos, junto con lord Mountbatten, pensaban que nos convenía atacar Cerdeña en lugar de Sicilia porque les parecía que se podría hacer tres meses antes; y Mountbatten convenció a Hopkins y a otros. Me mantuve irreductible y, con el firme apoyo de los jefes del Estado Mayor conjunto, insistí en Sicilia. Los planificadores conjuntos, respetuosos pero insistentes, dijeron entonces que esto no sería posible hasta el treinta de agosto. A estas alturas revisé personalmente con ellos todas las cifras; por consiguiente, el presidente y yo dimos órdenes de que el día D fuera durante el período favorable de la luna de julio o, de ser posible, durante el período favorable de la luna de junio. Al final, las tropas aerotransportadas atacaron la noche del nueve de julio y los desembarcos comenzaron por la mañana del día diez.

Mientras tanto, se había planteado la cuestión de De Gaulle. El asesinato de Darían, aunque fue una vergüenza, ahorró a los aliados la situación embarazosa de tener que trabajar con él. Su autoridad había pasado sin dificultad a la organización creada de acuerdo con los estadounidenses durante los meses de noviembre y diciembre. Giraud llenó el vacío. Quedó despejado el camino para que las fuerzas

francesas concentradas entonces en el norte y el noreste de África se asociaran con el movimiento de la Francia Libre de De Gaulle, uniendo así a todos los franceses del mundo que no estaban sometidos al control alemán. Por eso a mí me interesaba mucho la presencia de De Gaulle, y el presidente estaba en general de acuerdo conmigo. Le pedí a Roosevelt que también le telegrafiara para invitarlo. El general se mostró muy altivo y rehusó varias veces. Entonces convencí a Eden para que lo presionara todo lo posible, incluso hasta el punto de decirle que si no se presentaba insistiríamos para que alguien lo reemplazara al frente del Comité para la Liberación de Francia en Londres. Por fin, el veintidós de enero se presentó. Lo llevaron a su villa, contigua a la de Giraud, pero se negó a hablar con él, y tardaron varias horas en convencerlo para que se reunieran. Mi entrevista con De Gaulle fue glacial y le dejé claro que, si seguía siendo un obstáculo, no dudaríamos en romper relaciones con él al final. Mantuvo una actitud muy formal, se fue de la villa ofendido y atravesó el jardincillo con la cabeza muy erguida. Al final lo convencieron para que mantuviera una entrevista con Giraud, que duró dos o tres horas y debió de resultar sumamente agradable para los dos. Por la tarde fue a ver al presidente y, afortunadamente, se cayeron bien. Al presidente le sedujo «su mirada espiritual», aunque no se pudo hacer nada para que se pusieran de acuerdo.

En estas páginas aparecen varias afirmaciones severas sobre el general De Gaulle motivadas por los acontecimientos del momento, y es cierto que tuve con él dificultades permanentes y un fuerte antagonismo. No obstante, hubo un elemento predominante en nuestra relación. No podía considerarlo un representante de la Francia cautiva y abatida, ni tampoco de una Francia que tenía el derecho de decidir libremente sobre su futuro por sí misma. Sabía que no le tenía ninguna simpatía a Inglaterra pero siempre reconocí en él el espíritu y la concepción que, a lo largo de las páginas de la historia, proclamaba la palabra «Francia». Comprendía y admiraba su arrogancia a pesar de que me molestaba. Así era él: un refugiado, exiliado de su país bajo pena de muerte, en una posición totalmente dependiente de la buena voluntad del gobierno británico, y ahora también de la de Estados Unidos, sin ningún punto de apoyo efectivo en ninguna parte y sin embargo lo desafiaba todo. Siempre, incluso cuando peor se comportaba, parecía expresar la personalidad de Francia: una gran nación, con todo su orgullo, su autoridad y su ambición. Decían, en son de mofa, que se consideraba el representante vivo de Juana de Arco, de la que dicen que uno de sus antepasados fue un partidario ferviente. A mí no me parecía tan absurdo. Clemenceau, con el que dicen que también se comparaba, fue un estadista mucho más prudente y experimentado, aunque ambos daban la impresión de ser franceses invencibles.

Hay otra cuestión que debo mencionar. En un informe al gabinete de Guerra

propuse lo siguiente:

«[…] Proponemos que se redacte un informe sobre la labor de la conferencia para transmitirlo a la prensa cuando sea oportuno. Me gustaría saber qué le parecería al gabinete de Guerra si incluyéramos en este informe una declaración de la firme intención de Estados Unidos y del imperio británico de continuar la guerra de forma implacable hasta conseguir la "rendición incondicional" de Alemania y Japón. La omisión de Italia serviría para alentar una ruptura. Al presidente le agradó esta idea que serviría de estímulo a los amigos que tenemos en cada país. […]».

Sepa el lector que tanto este telegrama como el uso, por parte del presidente, en una entrevista posterior con la prensa, de las palabras «rendición incondicional» plantearon cuestiones que se repetirán en esta historia y que sin duda se debatirán durante mucho tiempo. Existe una escuela de pensamiento, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, que sostiene que la frase prolongó la guerra y que los dictadores la utilizaron para desesperar a sus pueblos y sus ejércitos. No estoy de acuerdo por motivos que irán apareciendo en el transcurso de la narración. Sin embargo, como se ha demostrado que mi memoria falla en algunos puntos, creo oportuno exponer los hechos según constan en mis archivos.

Según las actas del gabinete de Guerra este tema se les planteó en su sesión del veinte de enero por la tarde. Parece que la discusión no se centró en el principio de la «rendición incondicional» sino en hacer una excepción con Italia. Por consiguiente, el veintiuno de enero, Attlee y Eden nos enviaron el siguiente mensaje:

> El gabinete opina de forma unánime que la ventaja se inclina en contra de excluir a Italia por los recelos que provocaría inevitablemente en Turquía, en los Balcanes y en otros lugares. Tampoco creemos que esto vaya a producir un buen efecto en los italianos. Sin duda, es mucho más probable que saber lo se les viene encima produzca el efecto deseado en la moral italiana.

Por tanto, no cabe la menor duda de que yo mencioné al gabinete de Guerra la inclusión de la expresión «rendición incondicional» en la declaración conjunta que se estaba elaborando y que ellos no la desaprobaron en absoluto. Por el contrario, lo único que deseaban era no excluir a Italia de su alcance. No recuerdo ni tengo ninguna constancia de ningún mensaje entre el presidente y yo sobre el tema después de recibir el mensaje del gabinete, y es muy posible que, con la presión del trabajo, sobre todo de las conversaciones acerca de las relaciones entre Giraud y De Gaulle y las entrevistas con ellos, no volviéramos a mencionar esta cuestión. Mientras tanto, nuestros asesores y los jefes del Estado Mayor preparaban la declaración oficial conjunta, un documento redactado de manera formal y con sumo cuidado que tanto el presidente como yo analizamos y aprobamos. Parece probable que, como a mí no me agradaba aplicar la rendición incondicional a Italia, no volviera a plantearle la cuestión al presidente, y sin duda ambos aceptamos el comunicado que acordamos con nuestros asesores, en el que no se hace ninguna mención a la «rendición

incondicional». Se presentó al gabinete de Guerra que lo aprobó de esta forma.

Me causó bastante sorpresa oírle decir al presidente, en la conferencia de prensa del veinticuatro de enero, que impondríamos la «rendición incondicional» a todos nuestros enemigos. Era natural suponer que el comunicado acordado superaba todo lo conversado. El general Ismay, que conocía exactamente lo que yo pensaba de un día a otro, y que también estuvo presente en todas las conversaciones de los jefes del Estado Mayor cuando se preparó el comunicado, también se sorprendió. En el discurso que pronuncié después del presidente, evidentemente lo apoyé y coincidí con todo lo que había dicho porque cualquier divergencia entre nosotros, aunque sólo fuera por omisión, en una ocasión y en un momento así habría sido perjudicial o incluso peligrosa para nuestro esfuerzo bélico. Claro que acepto mi parte de responsabilidad junto con el gabinete de Guerra británico.

La explicación que ofrece el presidente Roosevelt a Hopkins, sin embargo, parece decisiva:

«Nos costó tanto que se reunieran estos dos generales franceses que se me ocurrió pensar que fue tan difícil como concertar un encuentro entre Grant y Lee; de pronto comenzó la conferencia de prensa, sin que Winston y yo tuviéramos tiempo de prepararnos, y recordé de repente que a Grant lo llamaban "Rendición incondicional" y, sin darme cuenta, lo dije[29]».

No me parece que quite solidez a esta declaración sincera el hecho de que la frase aparezca en las notas que consultó mientras hablaba.

Es posible tener recuerdos vívidos y verdaderos de la guerra pero conviene no confiar en ellos sin verificarlos, sobre todo en lo que respecta al orden de los acontecimientos. Sin duda hice varias declaraciones equivocadas sobre el incidente de la «rendición incondicional» por decir lo que pensaba y creía en un momento dado sin consultar las actas. Pero no sólo a mí me falló la memoria porque en la cámara de los Comunes, el veintiuno de julio de 1949, Ernest Bevin presentó un escabroso relato de las dificultades con las que había tropezado para reconstruir Alemania después de la guerra a causa de la política de «rendición incondicional» sobre la que, dijo, no fueron consultados nunca en ese momento ni él ni el gabinete de Guerra. Respondí sin pensarlo, con la misma inexactitud y buena fe, que la primera vez que escuché estas palabras fue de boca del presidente en la conferencia de prensa de Casablanca. Sólo cuando regresé a casa y revisé mis archivos comprobé que los hechos son como acabo de explicarlos. Entonces recordé a ese catedrático al que, en sus últimos años, sus alumnos devotos le piden un último consejo y él les dice: «Comprobad vuestras citas».

El uso de la expresión «rendición incondicional», aunque en esa época a todo el

mundo le parecía muy bien, ha sido descrito después por diversas autoridades como uno de los grandes errores de la política bélica angloamericana. Ahora voy a referirme a ella. Dicen que prolongó la lucha y que dificultó la recuperación posterior. No creo que esto sea cierto. De hecho, el motivo principal por el que me opuse, como siempre, a una declaración alternativa sobre los términos de la paz, sobre la que se insistió tanto, fue que la manifestación de las condiciones sobre las cuales habrían insistido los tres grandes aliados, y sobre las que se habrían visto obligados a insistir por la presión de la opinión pública, habría sido mucho peor para cualquier movimiento pacificador alemán que la expresión general de «rendición incondicional». Recuerdo que varias veces se intentó redactar unas condiciones de paz que satisficieran la ira de los conquistadores contra Alemania, pero parecían tan terribles cuando se ponían sobre el papel, y superaban tanto lo que se hizo en realidad, que su publicación sólo habría estimulado la resistencia de Alemania. En realidad bastaba con verlas por escrito para retirarlas.

En varias declaraciones públicas dejé claro lo que pensábamos el presidente y yo.

«La expresión "rendición incondicional" —dije en la cámara de los Comunes el veintidós de febrero de 1944— no significa que vayamos a esclavizar ni a destruir al pueblo alemán. Sin embargo significa que, en el momento de la rendición, los aliados no estarán vinculados con ellos por ningún pacto ni obligación. […] La rendición incondicional significa que los vencedores tienen carta blanca. No supone que tendrán derecho a comportarse como bárbaros ni que deseen borrar a Alemania de las naciones de Europa. Si acaso, lo único que nos obliga es nuestra propia conciencia frente a la civilización. No podemos estar obligados con los alemanes como consecuencia de ningún acuerdo. Ése es el sentido de la "rendición incondicional"».

No se puede decir que en los últimos años de la guerra en Alemania tuvieran una idea equivocada[30].

Había llegado el momento de aclarar nuestros asuntos. Nuestra última reunión formal y plenaria con los jefes del Estado Mayor tuvo lugar el veintitrés de enero cuando nos presentaron su informe definitivo sobre «La dirección de la guerra en 1943», que se puede caracterizar de la siguiente manera:

> La derrota de los submarinos alemanes debe seguir siendo el primer objetivo de los recursos de las Naciones Unidas. Se debe apoyar a las fuerzas soviéticas con el mayor volumen de suministros que se puedan transportar a Rusia.
>
> Se llevarán a cabo operaciones en el frente europeo con el objeto de derrotar a Alemania en 1943 con la mayor cantidad de fuerzas que puedan reunir las Naciones Unidas contra ella.
>
> Las líneas principales de la acción ofensiva serán:
>
> *En el Mediterráneo*
>
> (a) La ocupación de Sicilia, a fin de:
>
> I asegurar un poco más la línea de comunicaciones del Mediterráneo.

II Desviar la presión de Alemania del frente ruso.

III Intensificar la presión sobre Italia.

(b) Crear una situación mediante la que se pueda alistar a Turquía como aliado activo.

[…] Continuarán las operaciones en el Pacífico y el Lejano Oriente a fin de mantener la presión sobre Japón y para emprender una ofensiva a gran escala contra Japón en cuanto Alemania sea derrotada. Estas operaciones se mantendrán dentro de unos límites que, en opinión de los jefes del Estado Mayor conjunto, no pongan en peligro la capacidad de las Naciones Unidas para aprovechar cualquier oportunidad favorable para la derrota decisiva de Alemania en 1943. […]

Finalmente, la mañana del día veinticuatro llegamos a la conferencia de prensa en la que De Gaulle y Giraud se vieron obligados a sentarse en la misma fila de sillas, entre el presidente y yo, e hicimos que se estrecharan la mano en público delante de todos los reporteros y fotógrafos. Así lo hicieron, y es imposible mirar las fotos de este acontecimiento sin reír a pesar de lo trágico de las circunstancias. El hecho de que el presidente y yo estuviéramos en Casablanca se había mantenido en absoluto secreto. Cuando la prensa nos vio a los dos juntos no daban crédito a lo que veían sus ojos, ni tampoco, cuando les dijeron que llevábamos allí casi quince días, lo que escuchaban sus oídos.

Después de este matrimonio «forzoso» que tanto trabajo nos dio, el presidente pronunció su discurso ante los reporteros, que yo secundé.

El presidente se preparó para partir pero le dije: «Después de hacer un viaje tan largo hasta el norte de África no se puede ir sin ver Marraquech. Vayamos a pasar dos días. Quiero estar allí cuando vea la puesta del sol sobre las cumbres nevadas de la cordillera del Atlas». Y también le insistí a Harry Hopkins en este sentido. Resultó que en Marraquech había una villa preciosa, de la que yo no sabía nada, que una dama estadounidense, la señora Taylor, había puesto a disposición del vicecónsul de su país, Kenneth Pendar. En la villa podíamos alojarnos el presidente y yo, y en el entorno quedaba mucho sitio para nuestros séquitos. De modo que quedó decidido que todos iríamos a Marraquech. Roosevelt y yo recorrimos juntos en coche los doscientos cincuenta kilómetros a través del desierto (que a mí ya me parecía que comenzaba a ponerse más verde) hasta llegar al famoso oasis. Describí Marraquech como «el París del Sahara» adonde durante siglos llegaban todas las caravanas procedentes del África central, que a lo largo del camino tenían que pagar cuantiosos impuestos a las tribus de las montañas y después eran timadas en los mercados de Marraquech recibiendo a cambio algo que valoraban mucho: la vida alegre de la ciudad, llena de adivinos y encantadores de serpientes, gran cantidad de comida y bebida y, en general, los burdeles más grandes y más organizados de todo el continente africano. Todas estas instituciones tenían una larga fama.

Acordamos entre nosotros que yo me ocuparía de la comida, y el presidente y yo hicimos juntos todo el camino, cinco horas en coche, y hablamos mucho de trabajo,

aunque también tocamos temas de menor importancia. Había muchos miles de soldados estadounidenses apostados a lo largo de la carretera para protegernos de cualquier peligro y los aviones daban vueltas sin cesar sobre nuestras cabezas. A última hora de la tarde llegamos a la villa, donde nos recibió el señor Pendar con gran hospitalidad y conveniencia. Hice subir al presidente a la torre de la villa. Lo subieron en una silla y disfrutó del maravilloso atardecer sobre las nieves de la cordillera del Atlas. La cena fue muy alegre, éramos unos quince o dieciséis, y todos cantamos. Yo me puse a cantar y el presidente se incorporaba en el estribillo y en un momento dado estuvo a punto de cantar él solo, pero alguien lo interrumpió y no llegó a hacerlo.

Mi ilustre colega tenía previsto emprender justo después del amanecer del día veinticinco su largo vuelo por Lagos y Dakar para cruzar después a Brasil y subir a continuación hasta Washington. Nos habíamos despedido la noche anterior pero vino por la mañana, antes de ir al aeropuerto, a decirme adiós otra vez. Yo estaba acostado pero no quise dejar que se marchara solo al aeropuerto, de modo que salté de la cama, me puse mi traje de cremallera y unas zapatillas y, con esta vestimenta tan informal, lo acompañé en coche hasta el aeropuerto y subí al avión para verlo cómodamente instalado, admirando mucho su valor a pesar de su incapacidad física y sintiéndome muy preocupado por los riesgos que tenía que correr. Aunque estos viajes en avión eran inevitables durante la guerra siempre los consideré excursiones peligrosas. Sin embargo todo salió bien. Entonces regresé a la Villa Taylor donde me quedé dos días más, en comunicación con el gabinete de Guerra con respecto a mis movimientos futuros y pintando desde la torre el único cuadro que traté de pintar durante toda la guerra.

Capítulo XXI

TURQUÍA, STALINGRADO Y TÚNEZ

El escenario estratégico del Mediterráneo se había transformado tras la ocupación del norte de África por parte de los aliados y, al establecerse una base sólida en su orilla meridional, fue posible avanzar contra el enemigo. Hacía tiempo que el presidente y yo queríamos abrir una nueva ruta hacia Rusia y atacar Alemania por el flanco sur. La clave de todos estos planes era Turquía. Hacer que Turquía interviniera en la guerra de nuestro lado era nuestro objetivo desde hacía muchos meses pero entonces se presentó con una nueva esperanza y urgencia.

Stalin estaba totalmente de acuerdo con Roosevelt y conmigo, de modo que quise resolver la cuestión mediante una entrevista personal con el presidente Inonu en suelo turco. También quedaba mucho por hacer en El Cairo y yo esperaba, en el viaje de regreso, visitar al Octavo Ejército en Trípoli si tomaban la ciudad, y también hacer escala en Argel. Había muchas cosas que yo podía resolver en el lugar y otras que tenía que ver con mis propios ojos. De modo que el veinte de enero telegrafié desde Casablanca al viceprimer ministro y al ministro de Asuntos Exteriores que me proponía volar de Marraquech a El Cairo, quedarme allí dos o tres días y después entrar en contacto directo con los turcos.

Al gabinete de Guerra le parecía prematura una aproximación directa a Turquía y me exhortó a regresar directamente a Londres para explicarle al Parlamento mi encuentro con Roosevelt pero, después de cierta discusión telegráfica, aceptaron mi plan. Por consiguiente, la noche del día veintiséis despegamos con el «Commando» y, tras tomar una cena excelente, que nos proporcionó Pendar en la Villa Taylor, dormí profundamente hasta que, por segunda vez, me senté en el asiento del copiloto junto al capitán Vanderkloot para contemplar juntos el amanecer resplandeciendo sobre las aguas del Nilo. Esta vez no tuvimos que ir tan al sur porque la victoria de El Alamein había expulsado a nuestros enemigos dos mil quinientos kilómetros hacia el oeste. Al llegar al aeródromo, situado a dieciséis kilómetros de las pirámides, nos dio la bienvenida el embajador, lord Killearn, y nos recibió el mando de El Cairo. A continuación nos retiramos a la embajada, adonde vino a verme sir Alexander Cadogan, el subsecretario de Estado permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, enviado de Inglaterra por el gabinete por deseo mío. Todos pudimos comparar la situación con la de agosto de 1942 con una sensación de alivio y satisfacción.

Entonces me informaron de que el presidente turco, Ismet Inonu, estaba encantado con la idea de la entrevista propuesta y de que se estaban haciendo los preparativos necesarios para que nos reuniéramos en Adana, en la costa, cerca de la

frontera con Siria, el treinta de enero. Fui en el «Commando» a ver a los turcos. Sólo son cuatro horas de vuelo atravesando el Mediterráneo, la mayor parte a la vista de Palestina y Siria; me acompañaron en otro avión Cadogan y los generales Brooke, Alexander, Wilson y otros oficiales. Aterrizamos con cierta dificultad en el pequeño aeródromo turco, y apenas habíamos acabado todos los saludos y el ceremonial cuando comenzó a surgir de los desfiladeros una larga oruga esmaltada que transportaba al presidente, a todo el gobierno turco y al mariscal Chakmak, que nos recibieron con la máxima cordialidad y entusiasmo. Se habían incorporado al tren varios vagones para alojarnos porque no había otra posibilidad en esa zona. Pasamos dos noches en el tren y todos los días manteníamos largas conversaciones con los turcos y charlas muy agradables con el presidente Inonu.

La discusión general giró en gran medida en torno a dos cuestiones: la estructura del mundo después de la guerra y los arreglos para una organización internacional y las futuras relaciones entre Turquía y Rusia. Daré sólo algunos ejemplos de los comentarios que, según consta, hice a los líderes turcos. Dije que había visto a Mólotov y a Stalin y que tenía la impresión de que los dos querían mantener una relación pacífica y amistosa con el Reino Unido y con Estados Unidos. En el ámbito económico las dos potencias occidentales tenían mucho que darle a Rusia y podían contribuir a reparar las pérdidas que ésta había sufrido. Yo no podía saber cómo sería el mundo dentro de veinte años, pero de todos modos hicimos un tratado por ese plazo. Pensé que Rusia se concentraría en la reconstrucción durante los diez años siguientes. Era probable que hubiera cambios: ya se había modificado el comunismo. Pensé que mantendríamos buenas relaciones con Rusia y que, si Gran Bretaña y Estados Unidos se unían para mantener una fuerza aérea poderosa, podrían garantizar un período de estabilidad que incluso sería beneficioso para Rusia que poseía extensas zonas subdesarrolladas, como Siberia, por ejemplo.

El primer ministro turco observó que yo había expresado la opinión de que Rusia podía volverse imperialista, por lo que era necesario que Turquía fuera muy prudente. Le respondí que habría una organización internacional para garantizar la paz y la seguridad que sería más poderosa que la Sociedad de Naciones. Añadí que no le tenía miedo al comunismo. Él comentó que buscaba algo más real. Toda Europa estaba llena de eslavos y de comunistas. Todos los países derrotados se volverían bolcheviques y eslavos si Alemania perdía. Le dije que las cosas no siempre salían tan mal como uno esperaba pero que en ese caso era mejor que Turquía fuera fuerte y estuviera estrechamente relacionada con el Reino Unido y con Estados Unidos. Si Rusia atacaba Turquía sin motivo alguno la organización internacional de la que había hablado intervendría para defenderla, y las garantías después de esta guerra sería mucho más estrictas, no sólo en lo que respecta a Turquía sino en el caso de toda Europa. Yo no mantendría un trato amistoso con Rusia si ésta imitaba a

Alemania. En tal caso, organizaríamos la mejor combinación posible en su contra y yo no dudaría en decírselo a Stalin.

Mientras se celebraban estas conversaciones políticas generales el jefe del Estado Mayor del Imperio y otros altos comandantes mantuvieron conversaciones militares. Los dos puntos principales que se trataron fueron el suministro de equipo para las fuerzas turcas, antes y después de cualquier acción política por su parte, y la elaboración de planes para reforzarlas con unidades británicas en caso de que intervinieran en la guerra. Los resultados de estas conversaciones se plasmaron en un acuerdo militar.

Mis negociaciones con Turquía pretendían preparar el camino para su entrada en la guerra en el otoño de 1943. Pero esto no ocurrió después de la caída de Italia y de los avances rusos contra Alemania al norte del mar Negro debido a una serie de acontecimientos desafortunados que tuvieron lugar ese mismo año en el Egeo y que se describirán en el lugar oportuno.

Regresé en avión de Adana a El Cairo haciendo escala en Chipre y después seguí a Trípoli, tomado puntualmente por el Octavo Ejército el veintitrés de enero. Encontraron muchos daños en el puerto. Habían bloqueado toda la entrada con barcos hundidos y los accesos estaban llenos de minas, si bien esto estaba previsto y el primer barco con suministros entró en el puerto el dos de febrero. Una semana después pasaban por allí dos mil toneladas diarias. Aunque el Octavo Ejército todavía tenía que recorrer grandes distancias, su mantenimiento durante el avance de dos mil quinientos kilómetros desde el El Alamein, que culminó con la rápida apertura de Trípoli, fue una hazaña administrativa cuyo mérito corresponde al general Lindsell, en El Cairo, y al general Robertson con el Octavo Ejército. A finales de mes se incorporó al Octavo Ejército el general Leclerc, que había conducido una fuerza mixta de la Francia Libre compuesta por unos dos mil quinientos hombres, a través de dos mil quinientos kilómetros de desierto desde el África ecuatorial francesa. Leclerc se puso sin reservas a las órdenes de Montgomery y él y sus tropas desempeñaron un papel valioso en el resto de la campaña tunecina.

El Octavo Ejército cruzó la frontera y entró en Túnez el cuatro de febrero completando así la conquista del imperio italiano por parte de Gran Bretaña. De acuerdo con las decisiones tomadas en la conferencia de Casablanca, este Ejército quedó entonces a las órdenes del general Eisenhower, con el general Alexander como su segundo al mando ejecutivo de las operaciones terrestres. Es posible que el lector recuerde las instrucciones que le había dado a Alexander cuando me fui de El Cairo hacía seis meses[31]. Entonces me envió la siguiente respuesta:

Señor:

> Se han cumplido las órdenes que me dio en agosto [el día diez] de 1942. Los enemigos de Su Majestad, junto con todo su bagaje, han sido eliminados por completo de Egipto, Cirenaica, Libia y Tripolitania. Espero nuevas órdenes.

Después de dos días largos e intensos emprendí viaje con mi grupo para ir a ver a Eisenhower y a todos los demás que estaban en Argel, donde reinaba una gran tensión. Como consecuencia del asesinato de Darían se seguían tomando muchas precauciones con todas las figuras destacadas. El gabinete seguía preocupado por mi seguridad y era evidente que querían que regresara lo antes posible, lo que al menos era un cumplido. Despegamos el domingo siete de febrero de 1943 por la noche y volamos a Londres directamente y sin problemas. Fue la última vez que volé en el «Commando», que poco después sucumbió con todos sus hombres, aunque con otro piloto y otra tripulación.

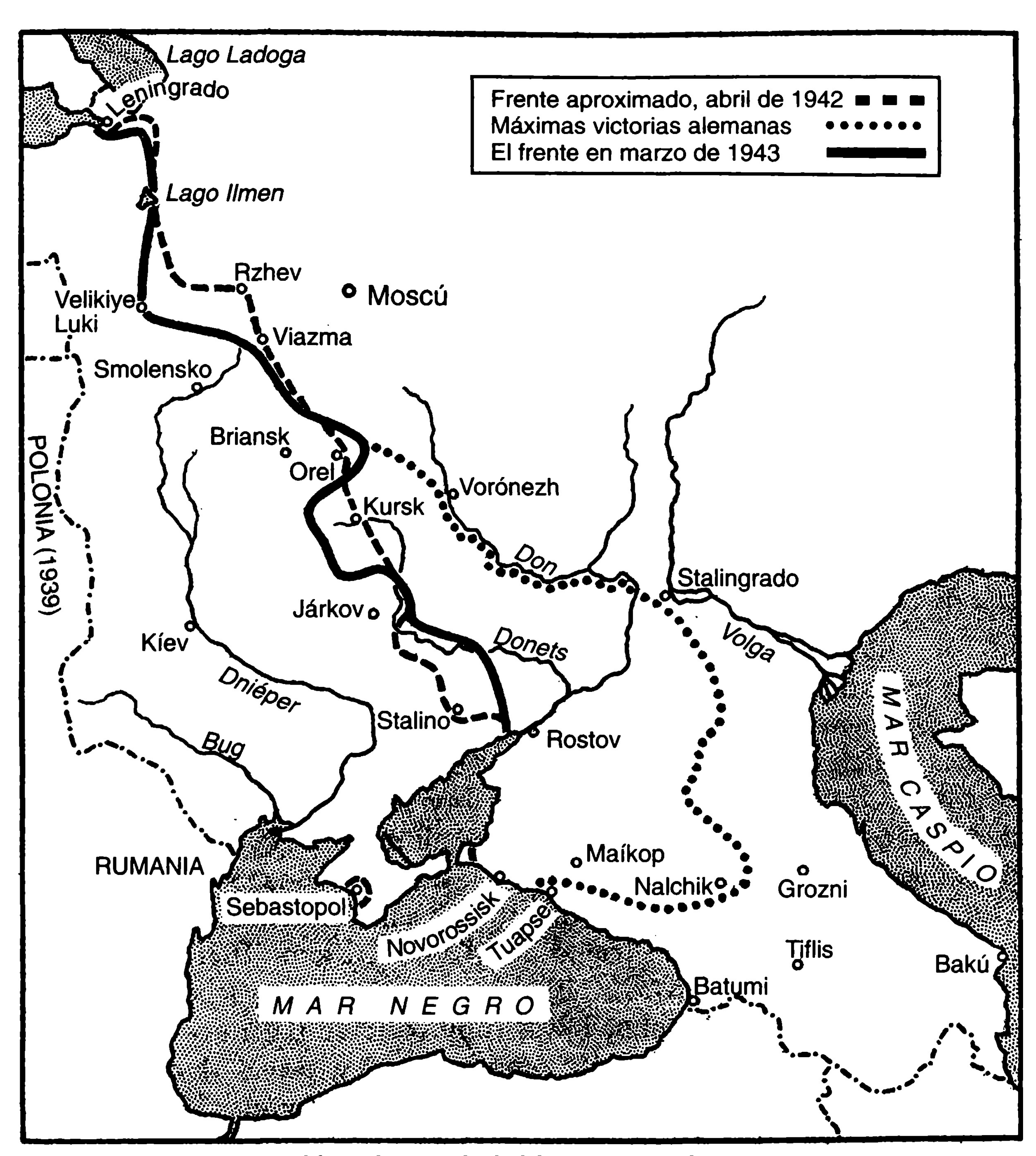
Mi primera misión al regresar al país fue hacer una declaración completa ante la cámara de los Comunes sobre la conferencia de Casablanca, mi viaje por el Mediterráneo y la posición en general. Tardé más de dos horas, el once de febrero, en pronunciar mi discurso. Pero después de tantos viajes estaba más cansado de lo que me pareció y supongo que me habría enfriado. Pocos días después un constipado y un dolor de garganta me obligaron a guardar cama. Por la noche del día dieciséis, cuando estaba solo con la señora Churchill, de pronto me subió la temperatura y lord Moran, que me tenía en observación, adoptó una actitud decidida y me dijo que tenía una inflamación en la base de un pulmón. Con este diagnóstico me recetó un medicamento llamado «M y B». Al día siguiente me hicieron un estudio complejo que confirmó el diagnóstico y consultaron al doctor Geoffrey Marshall del Guy’s Hospital. De hora en hora me seguían enviando mi trabajo al Anexo y seguí manteniendo el mismo ritmo a pesar de que no me sentía nada bien. Pero entonces me di cuenta de que me llegaban muchos menos papeles. Cuando protesté, los médicos, con el apoyo de mi mujer, dijeron que debía dejar de trabajar por completo. Dije que no: ¿qué iba a hacer todo el día? Entonces me dijeron que tenía neumonía, a lo que respondí: «Bien, seguramente sabrán ustedes qué hacer con ella. ¿No confían en su nuevo medicamento?». El doctor Marshall dijo que para él la neumonía era «la amiga de los ancianos». «¿Por qué?», pregunté. «Porque se los lleva discretamente». Di una respuesta apropiada pero llegamos a un acuerdo según las siguientes condiciones: sólo me enviarían los informes más importantes y más interesantes y leería una novela. Escogí *Las aventuras amorosas de Moll Flanders*, sobre la que tenía excelentes referencias, aunque nunca había tenido tiempo de comprobarlas. Así pasé la semana siguiente, afiebrado y molesto, y en ocasiones llegué a sentirme muy mal. Hay un espacio en blanco en el fluir de mis minutos desde el día diecinueve

hasta el veinticinco. En seguida el presidente, el general Smuts y otros amigos que supieron de mi enfermedad me enviaron innumerables telegramas instándome a obedecer las órdenes del médico y cumplí fielmente mi promesa. Cuando acabé la novela se la di al doctor Marshall para animarlo. El tratamiento dio resultado.

En este momento, Stalin me envió una película sobre la victoria en Stalingrado que representaba de maravilla la lucha desesperada. De modo que ha llegado el momento de narrar, brevemente, la magnífica y decisiva lucha de los ejércitos rusos.

La ofensiva alemana en el Cáucaso culminó y se desmoronó durante el verano y el otoño de 1942. Al principio todo salió bastante de acuerdo con el plan, aunque no al ritmo que estaba previsto. El Grupo de Ejército del sur echó a los rusos del meandro del curso inferior del Don y después se dividió en dos: el Grupo de Ejército A, a las órdenes de List, y el Grupo de Ejército B, a las órdenes de Bock; el veintitrés de julio Hitler les había asignado su misión: el Grupo de Ejército A tenía que capturar toda la orilla oriental del mar Negro y los campos petrolíferos colindantes, y el Grupo de Ejército B, después de establecer un flanco defensivo a lo largo del río Don, tenía que avanzar sobre Stalingrado, «acabar con las fuerzas enemigas que estaban concentradas allí y ocupar la ciudad». Las tropas que estaban delante de Moscú llevarían a cabo operaciones de contención, y Leningrado, en el norte, se capturaría a principios de septiembre.

El Primer Ejército Panzer del general Von Kleist, compuesto por quince divisiones, encabezó la ofensiva en el Cáucaso. Después de atravesar el Don avanzaron mucho y encontraron muy poca oposición. Alcanzaron los campos petrolíferos de Maíkop el nueve de agosto y los encontraron totalmente destruidos. A los de Grozni no consiguieron llegar. Los campos de Bakú, los más grandes de todos, seguían estando a quinientos kilómetros de distancia, de modo que las órdenes de Hitler de apoderarse de todo el litoral del mar Negro no se pudieron cumplir. Con el refuerzo de tropas recién llegadas por ferrocarril a lo largo de la orilla occidental del mar Caspio los rusos se mantuvieron firmes en todas partes. Von Kleist, debilitado por los desvíos de tropas para luchar en Stalingrado, siguió luchando hasta noviembre entre las estribaciones del Cáucaso. Entonces comenzó el invierno y así quemaron su último cartucho.



El frente de Rusia, de abril de 1942 a marzo de 1943

Sobre el frente del Grupo de Ejército B cayó algo peor que el fracaso. Stalingrado fascinaba a Hitler y su mismo nombre representaba un desafío. La ciudad era un centro industrial importante y un punto fuerte del flanco defensivo que protegía su ofensiva principal hacia el Cáucaso; se convirtió en un imán que atrajo el esfuerzo supremo del Ejército y la Fuerza Aérea alemanes. Cada día se hacía más difícil la resistencia. Hasta el quince de septiembre, tras intensos combates entre el Don y el Volga, no llegaron hasta las afueras de Stalingrado. Los ataques con arietes del mes siguiente consiguieron avanzar algo, aunque a costa de una matanza terrible. Con

nada podían vencer a los rusos, que luchaban con apasionada dedicación entre las ruinas de su ciudad.

Los generales alemanes, inquietos hacía tiempo, tenían entonces buenas razones para preocuparse. Después de tres meses de combates los objetivos principales de la campaña, el Cáucaso, Stalingrado y Leningrado, seguían en poder de los rusos. Habían sufrido muchas bajas y no habían recibido suficientes reemplazos. En lugar de enviar al frente nuevos contingentes para compensar las bajas Hitler los estaba utilizando para formar divisiones nuevas, sin entrenar. Según la opinión militar era hora de decir basta, pero él se negaba a hacerles caso. A finales de septiembre, Halder, el jefe del Estado Mayor de Hitler, al fin se opuso a su superior y fue despedido. Hitler obligó a sus ejércitos a seguir adelante.

A mediados de octubre la posición alemana había empeorado de forma notoria. El Grupo de Ejército B se extendía a lo largo de un frente que tenía mil kilómetros. El Sexto Ejército del general Paulus había hecho todos los esfuerzos posibles y se encontraba agotado, con los flancos apenas protegidos por aliados de dudosa calidad. Se acercaba el invierno, y era seguro que entonces los rusos iniciarían un contragolpe. Si no se podía defender el frente del Don la seguridad de los ejércitos del frente del Cáucaso se debilitaría. Pero Hitler no toleraba que le sugirieran una retirada. El diecinueve de noviembre los rusos lanzaron su largo ataque envolvente, preparado con mucho valor, y cayeron tanto al norte como al sur de Stalingrado sobre la escasa defensa de los flancos alemanes. Cuatro días después se unieron los brazos de la tenaza rusa y el Sexto Ejército quedó atrapado entre el Don y el Volga. Paulus propuso huir, pero Hitler le ordenó defender el terreno. A medida que fueron pasando los días el ejército quedó comprimido en un espacio cada vez más reducido. El doce de diciembre, con un frío glacial, los alemanes hicieron un esfuerzo desesperado por atravesar el cordón ruso y rescatar a sus camaradas sitiados pero fracasaron. A partir de entonces, aunque Paulus y su ejército resistieron siete terribles semanas más, su derrota fue segura.

Se hicieron grandes esfuerzos para abastecerlos desde el aire pero se les pudo hacer llegar muy poco, y a expensas de perder muchos aviones. El frío era intenso; había pocos alimentos y municiones y un brote de tifus no hizo más que empeorar la desgracia de sus hombres. El ocho de enero rechazó un ultimátum para que se rindiera y al día siguiente comenzó la última fase, con violentos ataques rusos desde el oeste. Los alemanes lucharon con intensidad, de modo que sólo se ganaron ocho kilómetros en cinco días, pero al final comenzaron a desarticularse, y el día diecisiete los rusos estaban a menos de dieciséis kilómetros del propio Stalingrado. Paulus puso a combatir a todos los hombres capaces de portar un arma pero fue inútil.

El veintidós de enero los rusos volvieron a avanzar e hicieron retroceder a los alemanes hasta las afueras de la ciudad que habían tratado en vano de tomar. Allí

quedaron inmovilizados los restos de un ejército que había sido poderoso en un rectángulo de apenas seis kilómetros de ancho por doce de largo. Bajo un intenso fuego de artillería y el bombardeo aéreo, los supervivientes se defendieron luchando en las calles con violencia, aunque no tenían esperanzas de salir de tan difícil situación de modo que a medida que los rusos siguieron avanzando las unidades agotadas comenzaron a rendirse en bloque. Paulus y su estado mayor fueron capturados, y el dos de febrero el mariscal Vorónov informó del cese de toda resistencia y de que se habían tomado noventa mil prisioneros. Eran los supervivientes de veintiuna divisiones alemanas y una rumana. De este modo acabó el prodigioso intento de Hitler por conquistar Rusia por la fuerza y destruir el comunismo mediante una tiranía totalitaria igualmente odiosa.

La primavera de 1943 marcó el momento decisivo de la guerra en el frente oriental. Incluso antes de Stalingrado la creciente marea rusa había hecho retroceder al enemigo a lo largo de toda la línea. El ejército alemán del Cáucaso se retiró hábilmente, pero los rusos presionaron al enemigo desde el Don y más lejos, detrás del río Donets, la línea desde la que había partido la ofensiva de Hitler el verano anterior. Más al norte, los alemanes también perdieron terreno hasta quedar a más de cuatrocientos kilómetros de Moscú. Perdieron todo lo que habían invertido en Leningrado. Los alemanes y sus satélites perdieron gran cantidad de vidas humanas y de material. El terreno que habían ganado el año anterior fue recuperado. Ya no eran superiores a los rusos en tierra y en el aire tenían que tener en cuenta el creciente poder de las Fuerzas Aéreas británica y estadounidense, que operaban tanto desde Gran Bretaña como desde África.

Pero la victoria no aumentó la cordialidad de Stalin. Si hubiese podido acudir a Casablanca los tres aliados habríamos elaborado un plan común frente a frente. Pero no pudo ser y las conversaciones se llevaron a cabo por telegrama. Le comunicamos nuestras decisiones militares y, a mi regreso, con el consentimiento del presidente, le envié una explicación adicional de nuestros planes, es decir, liberar Túnez en abril, capturar Sicilia y adelantar al máximo nuestros preparativos para atravesar el canal de la Mancha en agosto o septiembre.

«Es evidente —respondió en seguida— que, contrariamente a lo que habíamos calculado, el final de las operaciones en Túnez está previsto para abril en lugar de febrero. Supongo que no hace falta que le diga lo mucho que me decepciona este retraso. […] Queda claro [también] en su mensaje que el establecimiento del segundo frente, sobre todo en Francia, no está previsto hasta agosto o septiembre. Me da la impresión de que la posición actual exige que se acelere todo lo posible la acción prevista, es decir, abrir el segundo frente en el oeste mucho antes de lo indicado. Para no dar ningún respiro al enemigo es sumamente importante comenzar el ataque desde

el oeste en primavera o a comienzos del verano en lugar de postergarlo hasta el segundo semestre del año […].»

Y un mes después (el quince de marzo):

«Aunque soy totalmente consciente de la importancia de Sicilia, sin embargo debo señalar que no puede sustituir al segundo frente en Francia. […] Considero mi deber advertirle con la mayor intensidad posible lo peligroso que sería desde el punto de vista de nuestra causa común seguir retrasando la apertura del segundo frente en Francia. Por este motivo, la falta de seguridad de sus manifestaciones sobre la ofensiva angloamericana prevista al otro lado del canal me causa una gran preocupación que siento no poder ocultar».

Era evidente que la ayuda más efectiva que podíamos ofrecerle a los rusos era la rápida retirada de las fuerzas del Eje del norte de África y la intensificación de la guerra aérea contra Alemania, pero aunque el ritmo de nuestro avance desde el este había superado las expectativas la situación de los aliados siguió siendo preocupante durante bastante tiempo. De hecho, se había vuelto a avituallar y rearmar Malta, que estaba en plena actividad. Desde nuestras nuevas bases en Argelia y Cirenaica nuestras fuerzas navales y aéreas abarcaban una amplia zona protegiendo las naves de los aliados y dañando seriamente las provisiones y los refuerzos del enemigo. Aparte de bloquear Túnez, donde las fuerzas aéreas alemanas seguían siendo fuertes, llegábamos hasta los puertos de la península italiana. Palermo, Nápoles y La Spezia recibieron ataques a medida que fue en aumento nuestra fuerza y los bombarderos de la Fuerza Aérea británica con base en Gran Bretaña se encargaron de atacar el norte de Italia. La flota italiana no hizo el menor esfuerzo por interferir. Aparte de la presencia de la flota británica la falta de combustible era grave. Hubo días en los que no quedaba ni una sola tonelada de combustible en toda Sicilia para las embarcaciones de escolta que protegían los suministros a Túnez.

Pero todo esto no podía disimular el hecho de que, tras la imposibilidad de conquistar Túnez en diciembre, se agotó el efecto de nuestro golpe inicial. Negándose a reconocer su incapacidad para salvaguardar por mar o por aire ni siquiera el corto trecho desde Sicilia, Hitler ordenó la creación de un nuevo ejército para hacer frente a los inminentes ataques aliados procedentes tanto del este como del oeste. Rommel, promovido a comandante de todas las tropas del Eje, concentró dos divisiones blindadas alemanas al este de Faid para repeler el cuerpo de ejército estadounidense que tenía delante e impedirle descender sobre su flanco y su retaguardia mientras estuviese haciendo frente a la gran presión del Octavo Ejército. El ataque comenzó el catorce de febrero. Como se esperaba, equivocadamente, que el ataque principal viniese de Fonduk, en lugar de Faid, la 1.ª División Blindada estadounidense, a las órdenes del general Anderson, estaba muy dispersa. El día diecisiete estaban en

manos alemanas Kasserine, Feriana y Sbeitla. Entonces Rommel atacó hacia el norte. Siguió a continuación un combate encarnizado, pero a mediodía del día veintidós comenzó una retirada general ordenada hasta que al final se restableció nuestra línea original. Pero Rommel no estaba acabado todavía. Cuatro días después comenzó una serie de fuertes ataques al frente del V Cuerpo británico. Al sur de Meyez se repelió al enemigo sin lograr ganancias considerables; al norte, ganaron varios kilómetros dejando la propia población en un incómodo saliente. Cerca de la costa nuestras tropas se vieron obligadas a retroceder treinta kilómetros pero después se mantuvieron firmes.

La última semana de febrero el general Alexander asumió el mando de todo el frente. Al mismo tiempo, en cumplimiento del acuerdo de Casablanca, el capitán general Tedder asumió el control de las Fuerzas Aéreas aliadas. La batalla de Túnez había llegado a su punto culminante. El seis de marzo Rommel lanzó cuatro grandes ataques contra el avance del Octavo Ejército utilizando sus tres divisiones Panzer, pero todas fueron derrotadas y sufrieron graves pérdidas. Es probable que este fuera el peor revés de Rommel después de todas sus proezas en el norte de África. Además, fue la última acción que emprendió allí. Poco después lo repatriaron a Alemania y lo reemplazó Von Arnim.

El Octavo Ejército se adelantó en ese momento para acercarse a la posición principal del enemigo, la línea Mareth, un sistema de defensa muy bien organizado de treinta kilómetros de largo construido por los franceses antes de la guerra para evitar las incursiones italianas en Túnez. Y entonces se daba la paradoja de que los italianos la utilizaban contra los británicos. Hicieron falta quince días para preparar un ataque bien estudiado contra unas defensas tan bien protegidas, que se lanzó durante la tercera semana de marzo; se flanqueó al enemigo y, el siete de abril, tras duros y complejos combates, una patrulla de la 4.ª División india se encontró con una del II Cuerpo estadounidense. El saludo de los estadounidenses («¡Hola, lima!»[32]), aunque incomprendido, fue aceptado con la máxima cordialidad. Los dos ejércitos que habían comenzado a casi tres mil kilómetros de distancia se unieron por fin. El día dieciocho, nuestros Spitfire y los Warhawk estadounidenses con base en el cabo Bon se lanzaron sobre un gran convoy aéreo enemigo compuesto por cien aparatos que se dispersó en medio de la confusión; más de cincuenta fueron abatidos. Al día siguiente los Kittyhawk surafricanos destruyeron a quince de los dieciocho que había; finalmente, el veintidós de abril, otros treinta, entre ellos muchos cargados de gasolina, cayeron al mar envueltos en llamas. Esto acabó prácticamente con el obstinado esfuerzo de Hitler que Alemania apenas se podía permitir. Ningún otro avión de transporte se atrevió a volar de día. Su logro había sido enorme. En los cuatro meses comprendidos entre diciembre y marzo habían transportado a más de cuarenta mil hombres y catorce mil toneladas de suministros a África.

El seis de mayo Alexander lanzó su ataque culminante. Las fuerzas aéreas aliadas hicieron un esfuerzo supremo, realizando dos mil quinientas misiones de combate en un solo día. El Eje se había ido debilitando poco a poco y en semejante crisis sólo pudo responder con seis misiones de combate. El punto final estaba próximo. Quedó plenamente establecido el bloqueo implacable, tanto marítimo como aéreo. Se paralizaron los desplazamientos por mar del enemigo y acabó su esfuerzo aéreo. El IX Cuerpo británico abrió una brecha en el frente enemigo. Las dos divisiones blindadas pasaron en medio de la infantería y llegaron hasta Massicault, a mitad de camino hacia la ciudad de Túnez. Al día siguiente, siete de mayo, continuaron avanzando; la 7.ª División Blindada entró en Túnez y después giró hacia el norte para encontrarse con la fuerza estadounidense. La resistencia al principal frente estadounidense se quebró al mismo tiempo y su 9.ª División de infantería llegó a Bizerta. De este modo, tres divisiones alemanas quedaron atrapadas entre tropas aliadas y se rindieron el nueve de mayo.

La 6.ª División Blindada, seguida por la 4.ª británica, y con la 1.ª Blindada a la derecha, se dirigió hacia el este, atravesó Túnez y pasó de largo. Los contuvo una resistencia organizada a toda prisa en un desfiladero junto al mar, a escasos kilómetros al este de la ciudad, pero sus carros de combate pasaron chapoteando por la playa y, al anochecer del diez de mayo, llegaron a Hammamet, en la costa este. Detrás de ellos la 4.ª División rodeó la península del cabo Bon sin encontrar ninguna oposición. Todos los enemigos restantes quedaron atrapados en la red que había al sur.

«[…] Espero que toda resistencia organizada cese en las próximas cuarenta y ocho horas —cablegrafió el general Alexander el once de mayo— y que todas las fuerzas del Eje queden liquidadas en los próximos dos o tres días. Calculo que hasta la fecha los prisioneros superan los cien mil, pero esta cifra todavía no está confirmada y siguen llegando más. Ayer vi una calesa tirada por caballos llena de alemanes que se dirigían a la jaula de los prisioneros. Cuando pasaron, no pudimos evitar reírnos y ellos rieron también. Todo este asunto casi parece un día de carreras. […]».

El almirante Cunningham había hecho todos los preparativos para la caída definitiva y ordenó a todas las fuerzas navales disponibles que patrullaran el estrecho e impidieran una evacuación del Eje tipo «Dunkerque». El nombre en clave de esta operación fue «Represalia». El día ocho dio la señal de: «Hundir, quemar y destruir. No dejar pasar nada». Pero sólo trataron de huir unas cuantas lanchas, y casi todas fueron capturadas o hundidas. El día doce se cerró el cerco. El enemigo entregó las armas. A las 14.15 del trece de mayo Alexander me anunció:

Señor:

Tengo la obligación de informarle de que la campaña en Túnez ha finalizado. Ha cesado toda la

resistencia del enemigo y dominamos toda la costa del norte de África.

No cabía la menor duda sobre la magnitud de la victoria en Túnez, comparable con la de Stalingrado. Se tomaron casi un cuarto de millón de prisioneros. Se infligió al enemigo una gran pérdida de vidas humanas. Se hundieron una tercera parte de sus buques de suministro. Ya no quedaban enemigos nuestros en África. Se había redimido a un continente. En Londres esto levantó mucho la moral por primera vez en toda la guerra. El Parlamento recibió a los ministros con respeto y entusiasmo y dejó constancia de su agradecimiento a los comandantes en los términos más cordiales. Pedí que se echaran al vuelo las campanas de todas las iglesias pero lamentablemente no pude oír su tañido porque tuve que cumplir una labor más importante al otro lado del Atlántico.

Capítulo XXII

ITALIA COMO OBJETIVO

Los motivos que me impulsaron a dirigirme a Washington a toda prisa, una vez asegurada la victoria en África, eran graves. ¿Qué debíamos hacer con nuestra victoria? ¿Teníamos que recoger sus frutos sólo en el extremo norte de Túnez o debíamos echar a Italia de la guerra y poner a Turquía de nuestro lado? Eran cuestiones decisivas que sólo se podían responder mediante una conferencia en persona con el presidente. En segundo lugar, estaban los planes para intervenir en el frente indio. Yo era consciente de que había serias divergencias bajo la superficie que, si no se solucionaban, producirían serias dificultades y debilitarían la acción durante el resto de la guerra». Estaba resuelto a celebrar una conferencia al máximo nivel posible. Los médicos no querían dejarme volar a las grandes altitudes que requería un bombardero de modo que se decidió que viajara por mar. Partimos de Londres la noche del cuatro de mayo y subimos a bordo del *Queen Mary* en el Clyde al día siguiente. El barco había sido espléndidamente equipado para satisfacer todas nuestras necesidades. Toda la delegación se alojó en la cubierta principal, que quedó aislada del resto del barco. Había oficinas, salas de conferencia y, evidentemente, la sala de mapas, dispuestas para ser usadas de inmediato. Desde el momento en que subimos a bordo nuestro trabajo prosiguió sin cesar. La conferencia, que bauticé con el nombre de «Tridente», duraría por lo menos quince días y se suponía que abarcaría todos los aspectos de la guerra; por tanto, nuestro grupo tenía que ser numeroso. Estaban los habituales de siempre: los jefes del Estado Mayor con buena cantidad de sus oficiales; lord Leathers con altos oficiales del Ministerio del Transporte de Guerra, y también Ismay con miembros de mi Oficina de la Defensa. También nos acompañaban los comandantes en jefe de la India, el mariscal de campo Wavell, el almirante Sommerville y el teniente general Peirse. Los invité porque estaba seguro de que a nuestros amigos estadounidenses les interesaría que hiciéramos todo lo posible, y también lo imposible, en forma de operaciones inmediatas desde la India. La conferencia tenía que escuchar de primera mano las opiniones de los hombres que tendrían que poner en práctica lo que se decidiera.

Nosotros teníamos muchas cosas que resolver entre nosotros antes de llegar a Washington, y ahora estábamos todos bajo el mismo techo. Los estados mayores conjuntos de planificación y servicio secreto estaban reunidos casi de forma permanente. Los jefes del Estado Mayor se reunían todos los días, y en ocasiones incluso dos veces. Yo seguía mi práctica habitual de hacerles llegar mis ideas todas las mañanas en forma de minutas e instrucciones, y por lo general intercambiábamos nuestros pareceres por la tarde o por la noche. Estos procesos de sondear, cribar y

discutir continuaron durante todo el viaje y así se fueron tomando decisiones importantes poco a poco.

Teníamos que pensar en todos los frentes al mismo tiempo. Sobre las operaciones en Europa, después de la victoria en África, estábamos totalmente de acuerdo. En Casablanca se había decidido atacar Sicilia y todos los preparativos estaban muy adelantados. Los jefes del Estado Mayor británico estaban convencidos de que después de capturar Sicilia, o incluso al mismo tiempo, había que atacar la península italiana. Proponían apoderarse de una cabeza de puente en la «punta de la bota» de Italia, seguida por un ataque al «talón», como anticipo de un avance sobre Barí y Nápoles. Se preparó a bordo un informe exponiendo estos puntos de vista y los argumentos a su favor y se entregó a los jefes del Estado Mayor estadounidense como base para discutirlos a nuestra llegada a Washington.

Preveíamos más dificultades para llegar a un acuerdo con nuestros amigos estadounidenses acerca de la segunda gran esfera de acción militar británica, es decir, las operaciones desde la India. Se habían trazado muchos planes sobre el papel pero de hecho teníamos muy poco para enseñarles. El presidente y su círculo abrigaban todavía ideas exageradas sobre el poder militar que podía ejercer China si recibía armas y equipo suficientes. Además, temían demasiado que China se desmoronara si no recibía ayuda en seguida. Yo estaba totalmente en desacuerdo con la idea de reconquistar Birmania mediante un avance a lo largo de las miserables vías de comunicaciones de Tailandia. No me gustaban nada las selvas (que de todos modos van a parar al vencedor) y pensaba en términos de poder aéreo y marítimo, operaciones anfibias y puntos clave. Sin embargo era esencial para todas nuestras grandes empresas que nuestros amigos no sintieran que no habíamos puesto lo suficiente de nuestra parte y que estuvieran convencidos de que estábamos dispuestos a hacer todo lo posible por satisfacer sus deseos. De lo que ocurrió en Birmania hablaremos más adelante.

El once de mayo llegamos a Staten Island, donde nos recibió Harry Hopkins, y de inmediato embarcamos en un tren hacia Washington. El presidente nos recibió en el andén y rápidamente me condujo a mis antiguas habitaciones en la Casa Blanca. El día siguiente, doce de mayo, a las dos y media de la tarde, nos reunimos todos en su despacho oval para examinar y plantear nuestro trabajo en la conferencia.

Roosevelt me pidió que comenzara la discusión. Según consta en actas, la esencia de mi discurso fue la siguiente:

«[…] No deberíamos olvidar jamás que había 185 divisiones alemanas en el frente ruso. Habíamos destruido al ejército alemán en África, pero poco después ya no tendríamos más contacto con ellos en ninguna parte. Los rusos han hecho un esfuerzo extraordinario y estamos en deuda con ellos. La mejor manera de quitarle el

peso al frente ruso en 1943 sería lograr que Italia saliera de la guerra, o expulsarla, obligando de este modo a los alemanes a enviar gran cantidad de tropas para contener los Balcanes. […] Teníamos un gran ejército y la Fuerza Aérea Metropolitana de Cazas en Gran Bretaña. Teníamos a nuestras mejores tropas, las más experimentadas, en el Mediterráneo. Los británicos sólo teníamos trece divisiones en el noroeste de África. Suponiendo que se acabara en Sicilia antes de finales de agosto, ¿qué harían estas tropas entre ese momento y la fecha [en 1944], siete u ocho meses después, en que se pudiera montar la primera operación al otro lado del canal de la Mancha? No podrían permanecer ociosas, aparte de que un período de aparente inactividad tendría graves consecuencias en Rusia que estaba haciendo un esfuerzo tan desproporcionado».

Roosevelt estuvo de acuerdo en que, para relevar a Rusia, teníamos que entrar en combate con los alemanes pero cuestionó la ocupación de Italia, que daría libertad a las tropas alemanas para luchar en otros lugares. Le parecía que la mejor manera de obligar a Alemania a combatir sería lanzar una operación al otro lado del canal de la Mancha.

Le respondí que, como ya estábamos de acuerdo en que no podríamos hacerlo hasta 1944, parecía imprescindible usar nuestros grandes ejércitos para atacar Italia. No creía que fuera necesario ocupar toda la península. Si caía Italia las Naciones Unidas ocuparían los puertos y los aeropuertos necesarios para continuar las operaciones en los Balcanes y en el sur de Europa. Se podía establecer un gobierno italiano que controlara el país con la supervisión de los aliados. Nuestros estados mayores conjuntos y sus expertos tenían que tratar de resolver entonces estas graves cuestiones.

Al principio parecía que las diferencias eran insuperables y que la brecha sería insalvable. Durante esta época algunos altos oficiales estadounidenses transmitieron información a senadores demócratas y republicanos, lo que dio lugar a un debate en el Senado. Con paciencia y perseverancia nuestras dificultades se fueron superando poco a poco. El hecho de que el presidente y yo viviéramos uno al lado del otro, que nos viéramos a cualquier hora, que se supiera que estábamos de acuerdo y que el presidente tenía intención de tomar una decisión él mismo sobre las cuestiones definitivas, todo esto, sumado al inestimable trabajo de Hopkins, siempre contribuyeron a aplacar las discusiones de los estados mayores y predominaron en ellas. Tras una grave crisis de opiniones, junto con las relaciones personales más agradables entre los profesionales, se llegó a un acuerdo casi unánime para invadir Sicilia.

Pero aunque habían salido bien tantas cosas me preocupaba mucho que los estados mayores conjuntos no hubieran hecho ninguna recomendación definitiva con respecto a invadir Italia después de conquistar Sicilia. Sabía que los estados mayores

estadounidenses tenían puesta la atención en Cerdeña y que pensaban que las poderosas fuerzas que se reunieran en el Mediterráneo durante todo el resto de 1943 no deberían de tener otro objetivo. A mí esta posibilidad me parecía deplorable desde todo punto de vista, tanto militar como político. Los rusos combatían todos los días en un frente enorme y su sangre corría a raudales. ¿Cómo íbamos a mantener ociosos durante casi un año a más de un millón y medio de buenos soldados con todo su enorme potencial aéreo y naval?

El presidente no se había mostrado más dispuesto a insistirle a sus asesores para que fueran más precisos con respecto a la invasión de Italia, pero como éste era el principal objetivo por el que crucé el Atlántico no podía dejarlo así. Hopkins me dijo en privado: «Si quiere convencerlos tendrá que quedarse una semana más; pero aun así, no hay ninguna seguridad», lo que me afligió mucho, y el veinticinco de mayo apelé al presidente en persona para que permitiera que el general Marshall me acompañase a Argel. Expliqué a la conferencia que me sentiría incómodo discutiendo estas cuestiones con el general Eisenhower sin que estuviera presente un representante de Estados Unidos de la máxima importancia. Si había que tomar decisiones no quería que después pensaran que yo había influido demasiado. Por consiguiente, me sentí muy complacido cuando supe que el general Marshall me acompañaría y estaba seguro de que entonces sería posible conseguir que se enviara un informe a los jefes del Estado Mayor conjunto para que se lo plantearan.

A primera hora del día siguiente el general Marshall, el jefe del Estado Mayor del Imperio, Ismay, y el resto de mi equipo despegamos del río Potomac en un hidroavión. Mantuvimos varias conversaciones agradables durante el largo vuelo y aprovechamos el tiempo libre para leer algunos informes que se nos habían acumulado. Al acercarnos a Gibraltar buscamos nuestra escolta pero no había ninguna. A todos nos llamó la atención un avión desconocido, que al principio pensamos que tenía algún interés en nosotros pero como no se acercó llegamos a la conclusión de que sería español; aunque todos se quedaron muy preocupados hasta que desapareció. Cuando aterrizamos, cerca de las 17, nos recibió el gobernador. Era demasiado tarde para continuar nuestro viaje a Argel esa noche de modo que nos llevó al convento donde residía y en el que hacía doscientos años que no vivía ninguna monja.

No partimos de Gibraltar con destino a Argel hasta la tarde siguiente de modo que tuvimos oportunidad de enseñarle al general Marshall el Peñón, y todos estuvimos paseando unas horas e inspeccionando la nueva destilería gracias a la cual la fortaleza tenía asegurado un suministro permanente de agua dulce, y varios cañones importantes, algunos hospitales y un gran número de soldados. Al final, bajé a ver algo de lo que el gobernador estaba especialmente orgulloso: la nueva galería del Peñón, horadada en lo más profundo de la roca, con su batería de ocho cañones de

repetición que dominaban el istmo y la zona neutral entre Gran Bretaña y España. Se había dedicado a esta obra muchísimo trabajo y sin duda daba la impresión, mientras la recorríamos, de que si Gibraltar temía algún peligro seguro que un ataque desde la península Ibérica ya no era uno de ellos. Los visitantes británicos compartían el orgullo del gobernador con respecto a esta obra. Hasta que nos despedimos, a bordo del hidroavión, el general Marshall no se atrevió a comentar: «Me gustó mucho su galería. Nosotros teníamos una igual en Corregidor pero los japoneses dispararon con su artillería contra la roca, algunos centenares de metros por encima, y en dos o tres días la bloquearon con un inmenso montón de escombros». Le agradecí la advertencia, pero el gobernador se quedó atónito y se le esfumó la sonrisa del rostro.

Despegamos a primera hora de la tarde, con una docena de Beaufighters volando en círculos sobre nosotros, y por la noche llegamos al aeropuerto de Argel donde nos esperaban los generales Eisenhower y Bedell Smith, el almirante Andrew Cunningham, el general Alexander y otros amigos. Fuimos directamente en coche hasta la villa del almirante Cunningham, contigua a la del general Eisenhower, que puso a mi disposición.

No tengo recuerdos más agradables de la guerra que los ocho días que pasé en Argel y Túnez. Telegrafié a Eden para que viniera y se reuniera conmigo para comprobar que estuviéramos de acuerdo en la reunión que habíamos organizado entre Giraud y De Gaulle y sobre todos los demás asuntos.

Estaba resuelto a conseguir, antes de irme de África, la decisión de invadir Italia en caso de que se tomara Sicilia. Brooke y yo le transmitimos nuestra opinión al general Alexander, al almirante Andrew Cunningham y al capitán general Tedder, y después a Montgomery. Todas estas grandes figuras de las últimas batallas estaban dispuestas a entrar en acción a gran escala y veían en la conquista de Italia la culminación natural de toda la serie de victorias que habíamos conseguido desde El Alamein en adelante. Sin embargo, teníamos que conseguir que nuestro gran aliado diera su consentimiento. Eisenhower se mostró muy reservado. Escuchó todos nuestros argumentos y estoy seguro de que estaba de acuerdo con su finalidad. Pero Marshall se mantuvo silencioso o críptico casi hasta último momento.

Las circunstancias de nuestra reunión eran favorables a los británicos. Disponíamos de casi tres veces más soldados, cuatro veces más buques de guerra y casi la misma cantidad de aviones que Estados Unidos para operaciones reales. Desde El Alamein (por no hablar de años anteriores) habíamos perdido en el Mediterráneo casi ocho veces más hombres y tres veces más barcos que nuestros aliados. Pero lo que hizo que estos hechos tan convincentes merecieran la consideración más justa y más atenta de los líderes estadounidenses fue que, a pesar de la inmensa preponderancia de nuestra fuerza, siguiéramos aceptando el mando supremo del

general Eisenhower y mantuviéramos durante toda la campaña el carácter de una operación estadounidense. A los líderes estadounidenses no les gusta que los superen en generosidad. Nadie responde con mayor espontaneidad al juego limpio. Si uno trata bien a los estadounidenses ellos siempre querrán tratarlo mejor. Sin embargo considero que el argumento que los convenció fue abrumador por mérito propio.

Mantuvimos la primera reunión en la villa del general Eisenhower en Argel el veintinueve de mayo a las cinco. La presidió el general Eisenhower, en calidad de anfitrión, con la asistencia de Marshall y Bedell Smith. Yo me senté frente a él, con Brooke, Alexander, Cunningham, Tedder, Ismay y algunos más. Marshall dijo que a los jefes del Estado Mayor estadounidense les parecía que no se podía tomar ninguna decisión sobre la invasión a Italia hasta no conocer el resultado del ataque a Sicilia y la situación en Rusia. Lo lógico sería establecer dos fuerzas, cada una con su propio estado mayor, en lugares distintos; una se entrenaría para una operación contra Cerdeña y Córcega y la otra para una operación en la península italiana. Cuando la situación estuviera lo suficientemente clara para poder tomar una decisión se transferirían las fuerzas aéreas, las lanchas de desembarco, etcétera, a la fuerza encargada de poner en práctica el plan elegido. Ike dijo en seguida que si Sicilia se liquidaba fácilmente estaba dispuesto a dirigirse directamente a Italia y el general Alexander estuvo de acuerdo.

Entonces habló el jefe del Estado Mayor del Imperio. Era inminente una dura lucha entre los rusos y los alemanes y debíamos hacer todo lo posible por colaborar. Teníamos que lograr que los alemanes dispersaran su fuerza. Ya estaban bastante extendidos y no podían reducir sus fuerzas ni en Rusia ni en Francia. El lugar donde resultaba más conveniente hacerlo era Italia. Si resultaba que el sur de Italia estaba lleno de tropas debíamos intentarlo en otro sitio. Si Italia quedaba fuera de la guerra Alemania tendría que sustituir las veintiséis divisiones italianas que había en los Balcanes y reforzar el paso del Brennero, la Riviera y las fronteras con España e Italia. Esta dispersión era justamente lo que necesitábamos para atravesar el canal de la Mancha y debíamos hacer todo lo posible por incrementarla.

Eisenhower declaró entonces que aparentemente la discusión había simplificado el problema. Si lo de Sicilia daba resultado, por ejemplo, al cabo de una semana, él cruzaría de inmediato el estrecho de Mesina y establecería una cabeza de puente. Manifesté mi opinión personal de que Sicilia quedaría liquidada antes del quince de agosto, en cuyo caso, y si el esfuerzo no había sido excesivo, deberíamos dirigirnos en seguida al sur de Italia siempre que no se hubieran trasladado allí demasiadas divisiones alemanas. Los Balcanes representaban un peligro mayor para Alemania que la pérdida de Italia porque Turquía podía reaccionar a nuestro favor.

Entonces Brooke detalló todas nuestras fuerzas en el Mediterráneo. Restando siete divisiones que tenían que regresar a Gran Bretaña para la operación al otro lado

del canal de la Mancha, y otras dos para cubrir los compromisos británicos con Turquía, quedarían disponibles veintisiete divisiones aliadas en la zona del Mediterráneo. Con unas fuerzas semejantes en nuestro poder sería realmente muy malo que no ocurriera nada entre agosto o septiembre y el mes de mayo siguiente.

Aunque quedaba mucho por resolver quedé satisfecho con esta primera discusión. Era evidente que todos los líderes estaban de acuerdo en seguir adelante con la mayor decisión y sentía que las reservas hechas en función de lo incognoscible las resolverían los acontecimientos según mis esperanzas.

Volvimos a reunimos el treinta y uno de mayo por la tarde. Eden llegó a tiempo para asistir a la reunión. Traté de resolver la cuestión y dije que estaba a favor de invadir el sur de Italia, pero que era posible que las circunstancias de la batalla nos llevaran por otro derrotero. De todos modos, la alternativa entre el sur de Italia y Cerdeña suponía la diferencia entre una campaña gloriosa y la mera comodidad. El general Marshall no se mostró contrario de ningún modo a estas ideas, aunque no quería que se tomara ninguna decisión definitiva en ese momento. Sería mejor resolver lo que se haría después de comenzar el ataque a Sicilia. Le parecía necesario saber algo sobre las reacciones alemanas para poder determinar si habría alguna resistencia efectiva en el sur de Italia; si los alemanes se retirarían hasta el Po y, por ejemplo, si podían organizar y manejar a los italianos con cierta astucia; los preparativos que se habían hecho en Cerdeña, Córcega, o incluso en los Balcanes; los cambios que harían en el frente ruso. Italia podía caer de dos o tres maneras diferentes y podían ocurrir muchas cosas entre ese momento y el mes de julio. Él mismo, el general Eisenhower, y los jefes del Estado Mayor conjunto sabían perfectamente lo que yo opinaba sobre la invasión a Italia pero lo único que ellos deseaban era elegir la alternativa «pos-Sicilia» que diera mejores resultados.

Dije que deseaba fervientemente apartar a Italia del camino y tener a Roma en nuestro poder. No podía soportar ver a un gran ejército ocioso cuando podía encargarse de expulsar a Italia de la guerra. El Parlamento y el pueblo se impacientarían si el Ejército no hacía nada y estaba dispuesto a tomar medidas desesperadas para evitar una calamidad semejante.

Entonces se produjo un incidente que, como está relacionado con cuestiones que se han convertido en objeto de malentendidos y controversias después de la guerra, se debe relatar. A solicitud mía, Eden hizo un comentario sobre la situación en Turquía y dijo que echar a Italia de la guerra sería muy útil para favorecer la entrada de los turcos, que serían mucho más amistosos «cuando nuestras tropas llegaran a la zona de los Balcanes». Eden y yo estábamos totalmente de acuerdo sobre la política de la

guerra pero yo temía que la manera de expresar esta frase indujera a error a nuestros amigos estadounidenses. Consta en actas que «intervino el primer ministro para observar con énfasis que él no estaba a favor de enviar un ejército a los Balcanes ni entonces ni en un futuro próximo». Eden coincidió en que no sería necesario enviar un ejército a los Balcanes puesto que los turcos comenzarían a mostrar reacciones favorables en cuanto estuviéramos en condiciones de constituir una amenaza inminente para los Balcanes.

Antes de separarnos le pedí al general Alexander que diera su opinión, y así lo hizo en un discurso muy impresionante. Asegurar una cabeza de puente en la península italiana debería formar parte del plan. Para nosotros sería imposible obtener una gran victoria a menos que pudiéramos aprovecharla avanzando y lo mejor era entrar en Italia. No obstante, habría que ir aclarando todo esto a medida que avanzara la operación en Sicilia. No era imposible, aunque parecía poco probable, que el sur de Italia estuviera tan protegido como para exigir una completa reorganización de nuestras operaciones y debíamos estar preparados para seguir adelante, sin parar, una vez iniciado el ataque a Sicilia. La guerra moderna nos permitía seguir avanzando con mucha rapidez, con la radio para controlar a las tropas a grandes distancias y la aviación para proteger y abastecer extensas zonas. La marcha se podía complicar a medida que nos adentráramos en la península pero esto no era ningún argumento en contra de seguir adelante todo lo que pudiéramos siguiendo el impulso del ataque a Sicilia. En la guerra a veces ocurrían cosas increíbles. Pocos meses antes le habría parecido imposible de creer lo ocurrido con Rommel y su Afrika Korps. Pocas semanas después le habría costado creer que en una semana se rendirían trescientos mil alemanes. Las fuerzas aéreas del enemigo habían sido barridas del cielo hasta tal extremo que podíamos organizar un desfile, si queríamos, de todas nuestras fuerzas en el norte de África en un campo de Túnez sin que los aviones enemigos supusieran ningún peligro.

De inmediato lo apoyó el almirante Cunningham que dijo que, si todo salía bien en Sicilia, tendríamos que cruzar el estrecho directamente. Eisenhower puso punto final a la reunión manifestando su agradecimiento por el viaje que habíamos tenido que hacer el general Marshall y yo para aclararle lo que habían hecho los jefes del Estado Mayor conjunto. Entendía que le correspondía a él la responsabilidad de reunir información sobre las primeras fases de la invasión a Sicilia y enviarla a tiempo a los jefes del Estado Mayor conjunto para que ellos pudieran decidir el plan que se seguiría sin cortes ni interrupciones. No sólo enviaría información sino también sus recomendaciones según las condiciones vigentes en ese momento. Esperaba que sus tres máximos comandantes (Alexander, Cunningham y Tedder) tuvieran oportunidad de hacer comentarios más oficialmente sobre estas cuestiones, aunque estaba totalmente de acuerdo con lo que habían dicho hasta ese momento.

Durante los dos días siguientes viajamos en avión y en coche a algunos lugares hermosos que habían adquirido una importancia histórica por las batallas que se habían librado allí un mes antes. El general Marshall hizo por su cuenta una breve visita estadounidense y después viajó con el general Alexander y conmigo, reuniéndose con todos los comandantes y viendo a las emocionadas tropas. Impregnaba el aire la sensación de la victoria. No quedaba ningún enemigo en todo el norte de África. Teníamos encerrados en nuestras jaulas un cuarto de millón de prisioneros. Todo el mundo se sentía orgulloso y fascinado. No cabe duda de que a todos nos gusta mucho ganar. Me dirigí a muchos miles de soldados en Cartago en las ruinas de un anfiteatro inmenso. Sin duda, la hora y el entorno se prestaban a la oratoria. No tengo la menor idea de lo que dije pero todo el público aplaudió y gritó con entusiasmo, como seguramente hacían sus predecesores dos mil años antes mientras observaban los combates de los gladiadores.

Me pareció que se había avanzado mucho en nuestras conversaciones y que todos querían atacar a Italia. Por consiguiente, al hacer una síntesis en nuestra última reunión, el tres de junio, expuse las conclusiones de la forma más moderada posible y rendí homenaje al general Eisenhower.

Eden y yo regresamos juntos en avión a Gibraltar. Como se había hablado mucho de mi presencia en el norte de África los alemanes estuvieron más alerta que otras veces, lo que tuvo como consecuencia una tragedia que me produjo mucho desasosiego. Cuando el vuelo comercial regular estaba a punto de despegar del aeropuerto de Lisboa subió a bordo un hombre grueso, fumando un cigarro, que tomaron por un pasajero. Entonces los agentes alemanes informaron de que yo iba a bordo. Aunque estos aviones de pasajeros hacía muchos meses que cubrían el trayecto entre Portugal e Inglaterra sin que nadie los molestara, de inmediato se ordenó la salida de un avión de guerra alemán que abatió sin piedad al avión indefenso. Murieron trece pasajeros, entre ellos el conocido actor británico Leslie Howard, cuya gracia y talento conservan para nosotros las numerosas películas excelentes en las que intervino. La brutalidad de los alemanes sólo es comparable a la estupidez de sus agentes. Cuesta entender que alguien se imagine que, con todos los recursos de Gran Bretaña a mi disposición, yo hubiese reservado un billete en un avión desarmado y sin escolta, desde Lisboa, para regresar a mi patria a plena luz del día. Evidentemente despegamos de Gibraltar por la noche, hicimos un amplio desvío sobre el mar y llegamos sin ningún incidente. Me produjo un profundo dolor enterarme de lo que les había ocurrido a otros por la inescrutable obra del destino.

LIBRO IV

EL TRIUNFO Y LA TRAGEDIA: 1943-1945

«La abrumadora victoria de la Gran Alianza todavía no ha logrado proporcionar a nuestro angustiado mundo una paz generalizada.»

Capítulo I

LA CAPTURA DE SICILIA Y LA CAÍDA DE MUSSOLINI

Hemos llegado al momento decisivo de la segunda guerra mundial. La entrada de Estados Unidos en la contienda, después del ataque japonés a Pearl Harbour, nos dio la seguridad de que la causa de la libertad no se perdería. Los agresores, tanto en Europa como en Asia, habían quedado a la defensiva. En febrero de 1943 Stalingrado hizo dar un giro a la situación en Rusia. En mayo, todas las fuerzas alemanas e italianas del continente africano habían muerto o habían sido capturadas. Las victorias obtenidas por los estadounidenses en el mar del Coral y en las islas Midway un año antes habían frenado la expansión japonesa en el océano Pacífico. Australia y Nueva Zelanda se libraron de la amenaza de una invasión y los líderes de Japón ya eran conscientes de que su arremetida había pasado el punto culminante. Hitler todavía tenía que pagar todas las consecuencias del error fatal que cometió al tratar de conquistar Rusia mediante una invasión. Todavía no había desperdiciado la inmensa fuerza que aún le quedaba a Alemania en numerosos frentes que no eran vitales para el resultado principal. Poco después, la nación alemana se quedaría sola en Europa rodeada por un mundo enfurecido y soliviantado.

Pero entre la supervivencia y la victoria hay muchas etapas. Teníamos por delante más de dos años de luchas intensas y sangrientas. A partir de entonces, sin embargo, el peligro no era la destrucción sino la paralización. Los ejércitos estadounidenses tenían que madurar y el país tenía que ponerse a fabricar barcos a gran escala para poder lanzarse a la lucha con todo su poderío, como una gran república, ya que los aliados occidentales no podrían dar nunca en el blanco en la Europa de Hitler y poner así fin a la batalla definitivamente a menos que se produjera otro gran cambio favorable. Durante 1943 la «potencia marítima» angloamericana, una moderna expresión que representa la combinación de las fuerzas navales y aéreas debidamente entrelazadas, alcanzó la supremacía por encima y por debajo de la superficie de los mares y los océanos, sin la que no habría sido posible llevar a cabo ninguna operación anfibia a una escala tan enorme como la requerida para liberar Europa y la Rusia soviética habría tenido que enfrentarse sola a todas las fuerzas que le quedaban a Hitler, que mantenía en su poder la mayor parte de Europa.

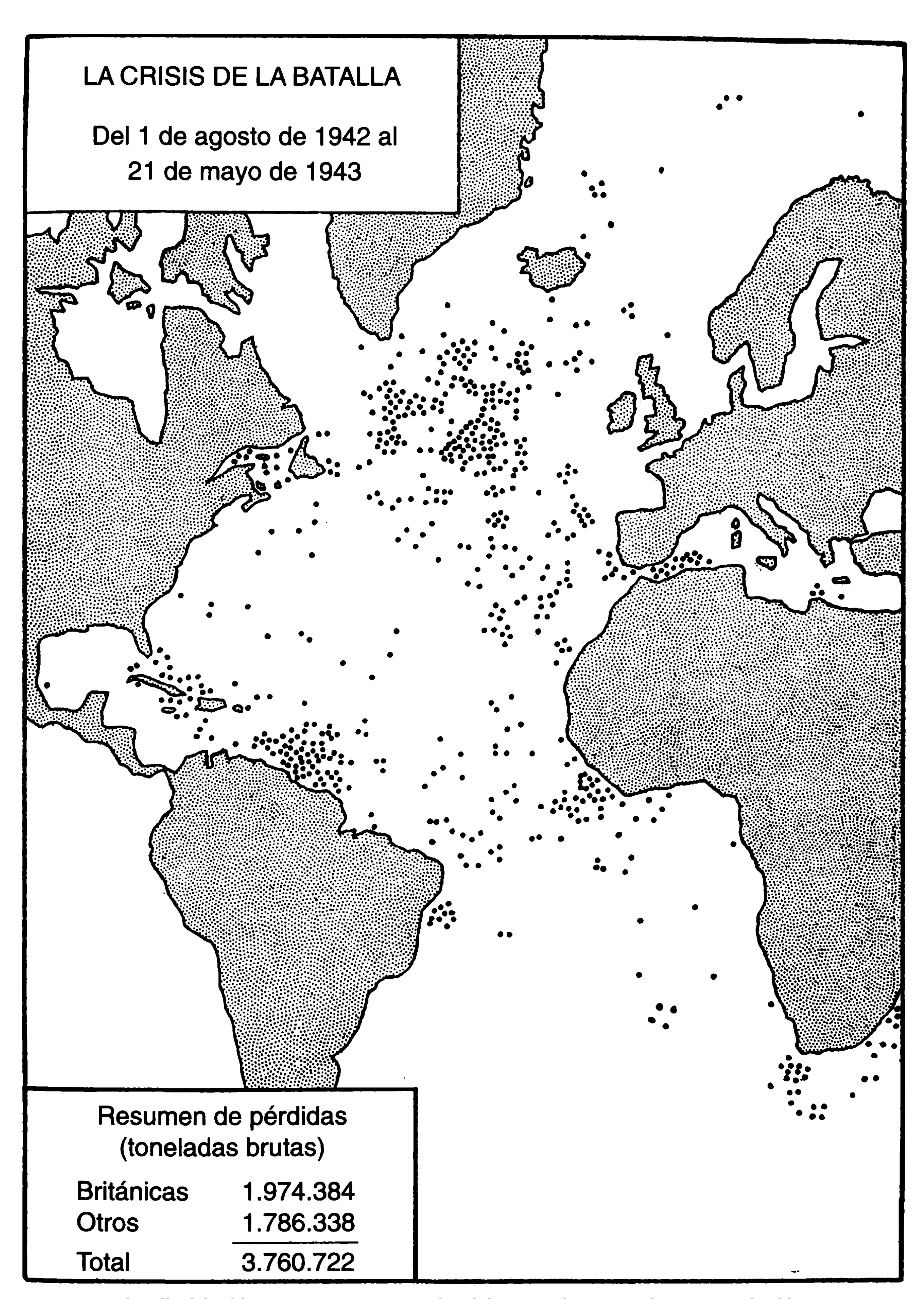
Ya hemos descrito la lucha que libraron los británicos en solitario contra los submarinos alemanes, las minas magnéticas y las lanchas de asalto durante los primeros dos años y medio de la guerra. La tan esperada y decisiva alianza estadounidense, surgida como consecuencia del ataque japonés a Pearl Harbour, al principio pareció incrementar nuestros peligros en el mar. En 1940 y 1941 perdimos cuatro millones de toneladas de buques mercantes por año. En 1942, cuando Estados

Unidos se convirtió en nuestro aliado, esta cifra casi se duplicó y los submarinos alemanes tardaban menos en hundir barcos que los aliados en fabricarlos. En 1943, gracias al inmenso programa de construcción naval estadounidense, el nuevo tonelaje finalmente pudo superar las pérdidas sufridas en el mar por cualquier causa y, al final del segundo trimestre, por primera vez se destruyeron más submarinos alemanes que los que se sustituyeron. Al final, llegaría el momento en el que se hundirían en el Atlántico más submarinos alemanes que buques mercantes, aunque todavía nos aguardaba un conflicto largo y amargo.

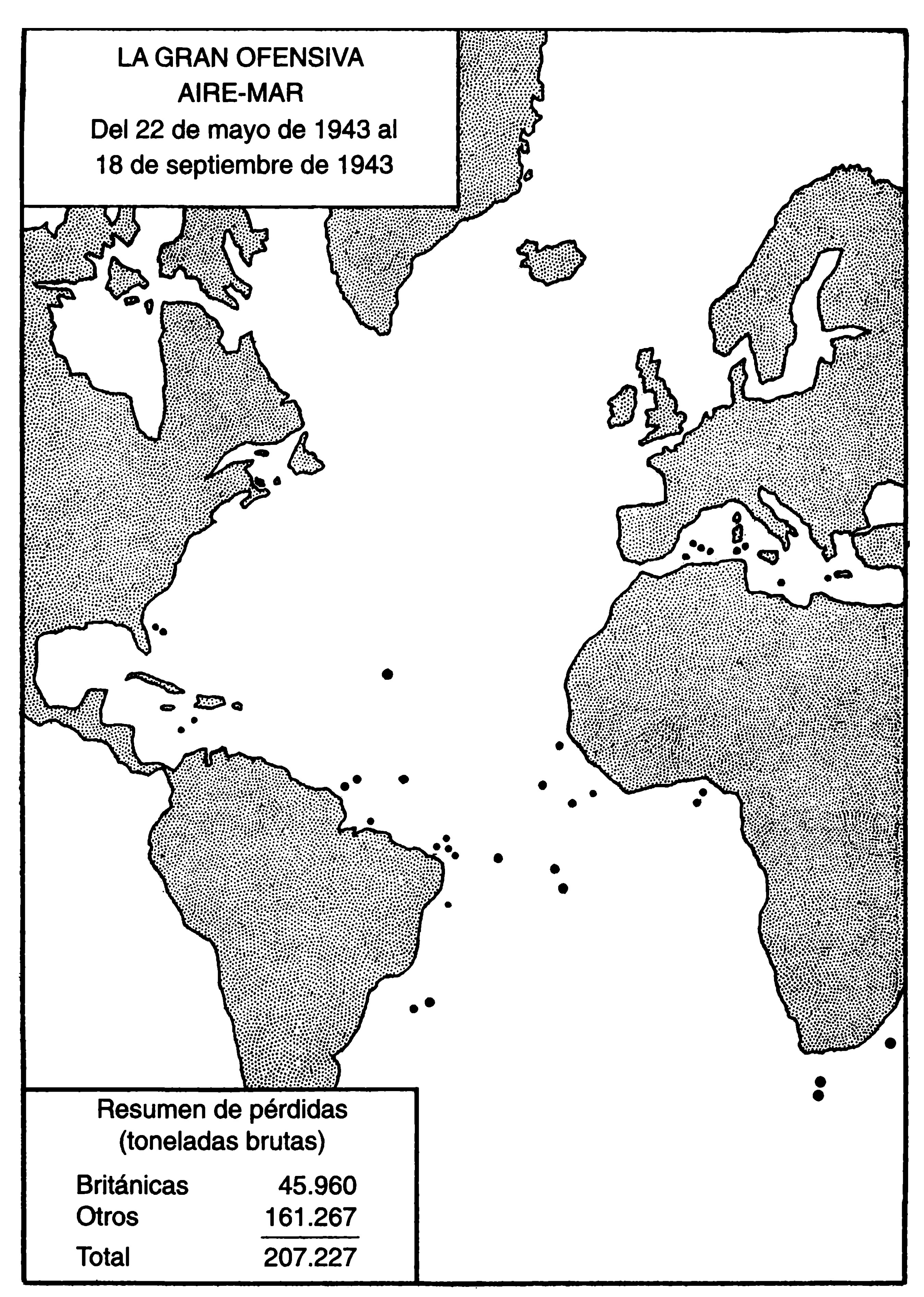
La batalla del Atlántico fue el factor dominante durante toda la guerra. Ni por un momento podíamos olvidar que todo lo que ocurría en cualquier otro lugar, en tierra, en el mar o en el aire dependía en definitiva de su resultado y, entre otras preocupaciones, contemplábamos su cambiante suerte día tras día, con esperanza o con aprensión. El relato de este esfuerzo duro y sin tregua, a menudo en condiciones de gran incomodidad y frustración y siempre en presencia del peligro invisible, se ilumina con incidentes y dramas. Pero para el marino o el aviador como individuos hubo algunos momentos de una acción vertiginosa que rompieron la monotonía de una infinita sucesión de días llenos de preocupación pero vacíos de acontecimientos. Nunca se podía aflojar la vigilancia. En cualquier momento podían irrumpir en escena la buena fortuna o la tragedia mortal. Tenemos constancia de numerosos actos de valor y de hazañas increíbles de resistencia, aunque nunca sabremos lo que hicieron aquellos que perecieron. Nuestros marinos mercantes desplegaron sus mejores cualidades y la hermandad del mar no se mostró nunca de forma más sorprendente que en su determinación de derrotar a los submarinos alemanes.

En abril de 1943 nos dimos cuenta de que la situación cambiaba. Las manadas de submarinos alemanes permanecían sumergidas y sufrían un acoso permanente, mientras que la escolta aérea y de superficie de los convoyes podía hacer frente a los atacantes. Ya teníamos la fuerza suficiente para formar grupos de flotillas independientes para actuar como divisiones de caballería, al margen de todas las obligaciones de escolta, algo que hacía tiempo que deseaba ver. Los alemanes contaban con doscientos treinta y cinco submarinos dispuestos a entrar en acción, la cifra más elevada que jamás alcanzaron, pero sus tripulaciones comenzaban a flaquear y ya no volvieron a sentirse seguros. Aunque las condiciones les fueran favorables sus ataques ya no les rendían ningún provecho y nuestras pérdidas en el Atlántico disminuyeron en casi trescientas mil toneladas. Sólo en mayo desaparecieron en el océano cuarenta submarinos. El Almirantazgo alemán observaba sus listas con tensa atención y a finales de mes el almirante Dönitz retiró los restos de su flota para que descansara o luchara en aguas menos peligrosas. En junio, la cifra de barcos hundidos fue la más baja desde la entrada de Estados Unidos en la guerra. Los convoyes pasaban intactos y la línea de suministro estaba a salvo; la batalla

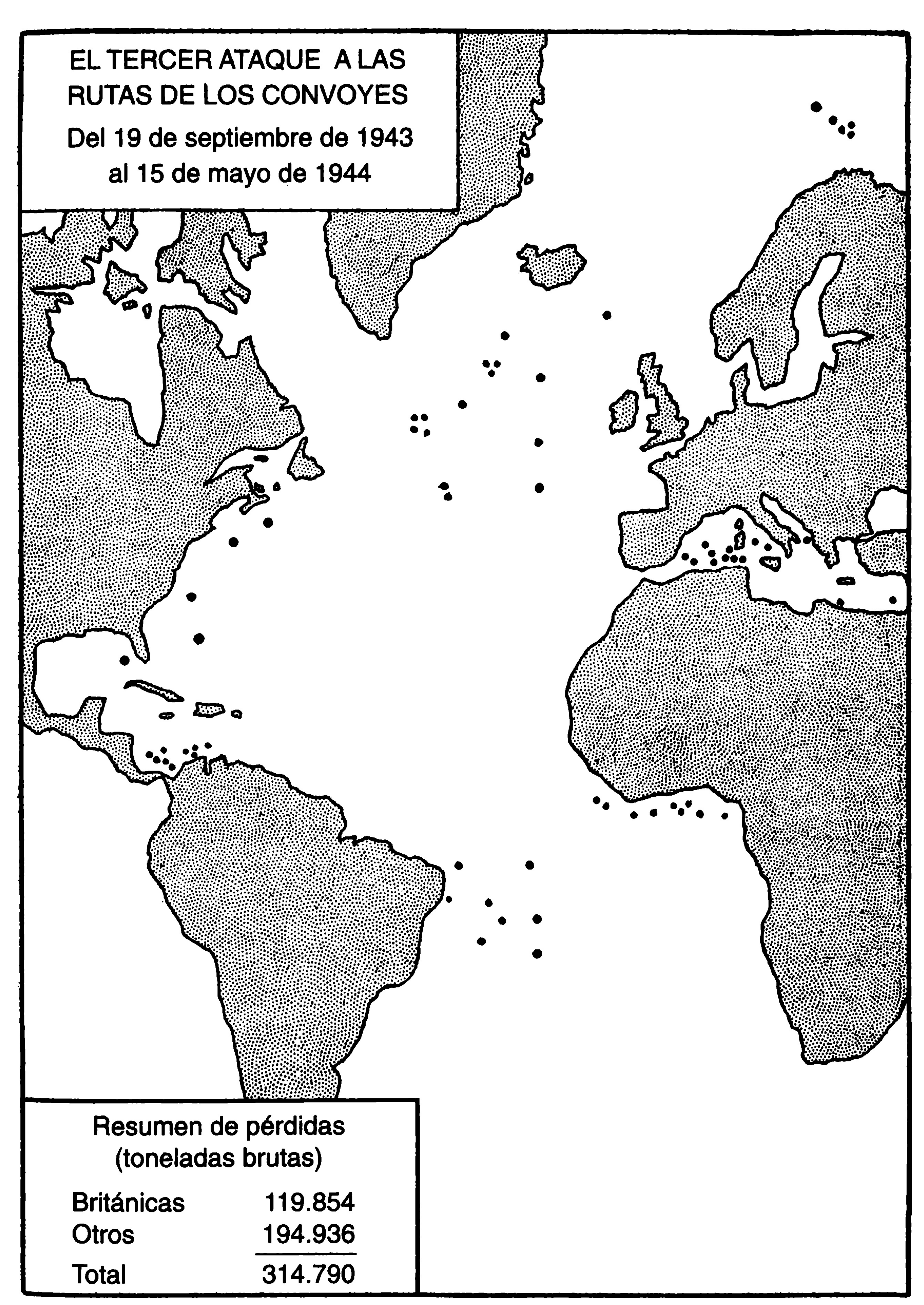
decisiva se había librado y se había ganado.



La batalla del Atlántico. Buques mercantes hundidos por submarinos alemanes en el Atlántico



La batalla del Atlántico. Buques mercantes hundidos por submarinos alemanes en el Atlántico



La batalla del Atlántico. Buques mercantes hundidos por submarinos alemanes en el Atlántico

Ya podíamos lanzar nuestros ejércitos contra el punto vulnerable de la Europa de Hitler desde el otro lado del mar. La expulsión de las fuerzas del Eje del norte de África dejó expedita para nuestros convoyes la ruta directa a Egipto, la India y Australia, protegida desde Gibraltar hasta Suez por las fuerzas marítimas y aéreas que operaban desde las bases recién conquistadas situadas a lo largo de esta ruta. Poco después dejaría de hacer falta recorrer el largo y difícil camino alrededor del cabo de Buena Esperanza, que tanto nos había costado en tiempo, esfuerzo y tonelaje. Ahorrar una media de cuarenta y cinco días por cada convoy a Oriente Próximo incrementó de forma extraordinaria y de un plumazo la efectividad de nuestros barcos.

Como la derrota de los submarinos alemanes afectó a todos los acontecimientos posteriores en este punto tenemos que seguir adelante con la historia. Durante un tiempo se dispersaron por las remotas inmensidades del Atlántico meridional y del océano índico donde nuestras defensas eran relativamente débiles, pero ofrecíamos menos blancos. Nuestra ofensiva aérea en el golfo de Vizcaya fue adquiriendo cada vez más fuerza. En julio se hundieron treinta y siete submarinos alemanes, la mayoría como consecuencia de los ataques aéreos, de los que casi la mitad se perdieron en este golfo. En los últimos tres meses del año se destruyeron cincuenta y tres mientras que nosotros sólo perdimos cuarenta y siete busques mercantes.

Durante el tormentoso otoño los submarinos alemanes lucharon en vano y con escasos resultados por recuperar la supremacía en el Atlántico septentrional. Aunque el almirante Dönitz se vio obligado a retroceder ante la cruda realidad, siguió manteniendo en el mar tantos submarinos como siempre. Pero su ataque se atemperó y muy pocas veces trataron de atravesar nuestras defensas. De todos modos no perdió las esperanzas. «El enemigo —declaró en enero de 1944— ha logrado obtener la ventaja en la defensa pero llegará el día en que yo le ofrezca a Churchill una guerra de submarinos de primer nivel. Este arma no se rompió con los reveses de 1943; al contrario: se ha fortalecido. En 1944, que será un año de triunfos, aunque difícil, destrozaremos [la línea de] el suministro británico con una nueva arma submarina».

Esta confianza no era del todo infundada. Alemania estaba haciendo un esfuerzo tremendo para desarrollar un nuevo tipo de submarino que pudiera desplazarse a mayor velocidad bajo el agua y llegar mucho más lejos. Al mismo tiempo retiraron muchos de los más antiguos para instalarles el «Schnorkel» para intervenir en aguas costeras británicas, un dispositivo nuevo que les permitía recargar las baterías mientras permanecían sumergidos y lo único que afloraba era un tubo pequeño para la entrada de aire. De este modo les resultaba más fácil evitar que los detectaran desde el aire y en seguida resultó evidente que los submarinos equipados con el Schnorkel dificultarían el cruce del canal de la Mancha cuando se lanzara la invasión aliada. Lo que ocurrió se narrará en su momento. Pero es hora de regresar al Mediterráneo y al mes de julio de 1943.

El general Eisenhower opinaba que sólo convenía atacar Sicilia si nuestro objetivo era despejar la ruta marítima del Mediterráneo. Si en realidad lo que pretendíamos era invadir y derrotar a Italia le parecía que era mejor que nos propusiéramos como primeros objetivos Cerdeña y Córcega, «puesto que estas islas están situadas en el flanco de la larga bota italiana y producirían una dispersión mucho mayor de las fuerzas del enemigo en Italia que la mera ocupación de Sicilia, que se encuentra frente al extremo montañoso de la península»[33]. No cabe duda de que era la opinión de un militar muy competente aunque yo no la compartía. Pero las fuerzas políticas también desempeñan su papel y la captura de Sicilia y la invasión directa de Italia producirían unos resultados mucho más rápidos y duraderos.

«Husky», que era el nombre en clave que dimos a la captura de Sicilia, fue una empresa de primera magnitud. Aunque la eclipsaron los acontecimientos de Normandía no hay que subestimar su importancia ni sus dificultades. El desembarco partió de la experiencia adquirida en el norte de África y los que planearon «Overlord» aprendieron mucho de «Husky». En el primer ataque participaron casi tres mil barcos y lanchas de desembarco, que en total transportaron ciento sesenta mil hombres, catorce mil vehículos, seiscientos carros de combate y mil ochocientos cañones. Hubo que reunir, entrenar, equipar y, finalmente, embarcar a estas fuerzas, con todos los inmensos impedimentos de la guerra anfibia, en bases muy dispersas por el Mediterráneo, en Gran Bretaña y en Estados Unidos. A pesar de las preocupaciones todo salió bien y resultó un notable ejemplo de la labor conjunta de los estados mayores. Por motivos políticos habíamos cedido a Estados Unidos el mando y la dirección de la campaña en el norte de África, pero a partir de entonces comenzamos una nueva etapa: la invasión de Sicilia y lo que viniera después. Se acordó que la batalla contra Italia se decidiría según el resultado de los combates en Sicilia. A medida que los estadounidenses se sintieron más atraídos por esta aventura más amplia, en lugar de conformarse para el resto del año con Cerdeña, y mientras se desarrollaban las perspectivas de otra campaña conjunta, me pareció necesario que los británicos nos pusiéramos por lo menos a la par de nuestros aliados. Las proporciones de los ejércitos disponibles en julio eran las siguientes: los británicos tenían ocho divisiones y Estados Unidos seis. En aviación, Estados Unidos el 55 por 100 y Gran Bretaña el 45 por 100. En el terreno naval, el 80 por 100 era británico. Además, quedaban los considerables ejércitos británicos en Oriente Próximo y en el Mediterráneo oriental, incluida Libia, bajo el mando independiente del general Maitland Wilson desde el cuartel general británico de El Cairo. No parecía pedir demasiado dadas las circunstancias, tener una participación como mínimo igual en el Alto Mando; nuestros fieles camaradas nos lo concedieron de buena gana y además nos dieron la dirección directa de los combates. Alexander sería el comandante del

Decimoquinto Grupo de Ejército, compuesto por el Séptimo Ejército de Estados Unidos, a las órdenes del general Patton, y el Octavo Ejército británico, a las órdenes de Montgomery. El teniente general Tedder comandaba la Fuerza Aérea aliada y el almirante Cunningham las fuerzas navales aliadas. Todo estaba bajo el mando global del general Eisenhower.

El tres de julio comenzó un intenso ataque aéreo a la isla con el bombardeo de los aeródromos que había tanto allí como en Cerdeña, por lo que muchos quedaron inutilizados. Los cazas enemigos se vieron obligados a colocarse a la defensiva y sus bombarderos de largo alcance tuvieron que retirarse a sus bases en la península italiana. Se hundieron cuatro de los cinco transbordadores de trenes que cruzaban el estrecho de Mesina. Cuando nuestros convoyes comenzaron a acercarse a la isla ya había quedado establecida sin ninguna duda nuestra superioridad aérea y los buques de guerra y los aviones del Eje no hicieron grandes esfuerzos para interferir en el ataque naval. Gracias a nuestros planes de encubrimiento el enemigo dudó hasta último momento sobre el lugar donde lanzaríamos el ataque. Nuestros movimientos navales y nuestros preparativos militares en Egipto sugerían una expedición a Grecia. Desde la caída de Túnez habían enviado más aviones al Mediterráneo pero los escuadrones adicionales no habían ido a parar a Sicilia sino al Mediterráneo oriental, el noroeste de Italia y Cerdeña. El diez de julio fue el día señalado. La mañana del día nueve las grandes armadas procedentes del este y del oeste convergían al sur de Malta y era el momento para que todos se dirigieran a toda prisa hacia las playas de Sicilia. Antes de partir hacia Chequers, donde esperaría el resultado, estuve una hora en la sala de guerra del Almirantazgo. El mapa cubría toda una pared; en él aparecían los enormes convoyes, las escoltas y los destacamentos de apoyo avanzando hacia las playas de asalto. Era la operación anfibia más grande de la historia hasta ese momento. Pero todo dependía de las condiciones meteorológicas.

La mañana fue agradable pero al mediodía se levantó un viento del noroeste fresco e intempestivo, que aumentó durante la tarde, y al anochecer hacía un fuerte oleaje que haría peligrar los desembarcos, sobre todo en las playas occidentales del sector estadounidense. Los convoyes de lanchas de desembarco que se dirigían hacia el norte desde Malta y desde muchos puertos africanos, entre Bizerta y Bengasi, se movieron mucho.

Se habían hecho arreglos para postergar el desembarco en caso de necesidad pero había que tomar una decisión a más tardar a mediodía. Observando con preocupación desde el Almirantazgo el Primer Lord del Mar pidió información sobre las condiciones meteorológicas. El almirante Cunningham respondió a las 20: «El clima no es favorable pero la operación continúa». Afirma que es «demasiado tarde para postergarlo aunque reinaba una gran preocupación, sobre todo por los convoyes de

embarcaciones pequeñas que luchan contra el mar». De hecho, sufrieron muchos retrasos y se dispersaron. Numerosos barcos llegaron tarde pero, afortunadamente, no sufrieron graves daños. Dice Cunningham que «por suerte, el viento aflojó por la noche y por la mañana del día diez había cesado; sólo quedaba un incómodo oleaje en las playas occidentales».

El mal tiempo contribuyó a que les diéramos una sorpresa. Prosigue el almirante Cunningham: «El eficaz plan de cobertura y el envío engañoso de los convoyes aportaron su grano de arena; además, la vigilancia del enemigo se relajó, sin duda, como consecuencia de la fase desfavorable de la luna. Y al final llegó este viento, peligrosamente cerca en ese momento para que algunos desembarcos, si no todos, resultaran impracticables. Estos factores aparentemente desfavorables en realidad tuvieron como consecuencia que los italianos, cansados después de muchas noches en estado de alerta, se dieran la vuelta en la cama, agradecidos, diciendo: “En todo caso, esta noche no vendrán”. PERO SÍ QUE VINIERON».

Las fuerzas aerotransportadas tuvieron mala suerte. El remolcador estadounidense soltó demasiado pronto a más de la tercera parte de las planeadoras que transportaban a nuestra Primera Brigada de Aterrizaje Aéreo y muchos de los hombres que llevaban se ahogaron. El resto se dispersó por el sureste de Sicilia y sólo doce planeadoras llegaron hasta el importante puente que tenían como objetivo. De los ocho oficiales y los sesenta y cinco hombres que se apoderaron de él y lo defendieron hasta que recibieron ayuda doce horas después apenas sobrevivieron diecinueve: fue una triste hazaña. En el frente estadounidense los aterrizajes también estuvieron demasiado dispersos, pero los numerosos grupitos que sembraron el daño y la confusión en el interior causaron gran preocupación a las divisiones costeras italianas.

Los desembarcos navales, bajo la protección constante de los cazas, triunfaron en todas partes. Poco después teníamos doce aeródromos en nuestro poder y el dieciocho de julio sólo quedaban veinticinco aviones alemanes en servicio en la isla. Mil cien aviones, más de la mitad de ellos alemanes, quedaron averiados o destruidos. Cuando se recuperó de la sorpresa inicial el enemigo luchó con tesón. Las dificultades del terreno eran enormes. Los caminos eran estrechos y a menudo era imposible desplazarse salvo a pie. En el frente del Octavo Ejército el Etna impedía el paso y permitía al enemigo observar nuestros movimientos. Mientras estuvieron en las tierras bajas de la llanura de Catania la malaria se cobró numerosas víctimas entre nuestros hombres. Sin embargo, cuando quedaron a salvo en la costa y nuestras fuerzas aéreas comenzaron a operar desde los aeródromos capturados ya no quedó ninguna duda. Contrariamente a lo que esperábamos al principio el grueso de los alemanes consiguió retirarse al otro lado del estrecho de Mesina pero al cabo de treinta y ocho días de combates el general Alexander telegrafió: «A las diez de la mañana de hoy, diecisiete de agosto de 1943, expulsamos de Sicilia al último soldado

alemán; tenemos toda la isla en nuestro poder».

Nuestro siguiente movimiento estratégico estaba lleno de incertidumbre. ¿Debíamos atravesar el estrecho de Mesina y apoderarnos de la punta del dedo de Italia? ¿Debíamos tomar el talón en Tarento? ¿O nos convenía desembarcar más al norte de la costa occidental, en el golfo de Salerno, para capturar Nápoles? ¿O, también, debíamos limitarnos a ocupar Cerdeña? Los progresos que hicimos nos ayudaron a aclarar el panorama. El diecinueve de julio una gran fuerza de bombarderos estadounidenses había atacado los depósitos del ferrocarril y el aeropuerto de Roma que provocó gran confusión y un impacto enorme. Era probable que Italia cayera en seguida. Sin embargo los estadounidenses sostenían que una operación más enérgica en el Mediterráneo no debía hacer peligrar ninguna operación en ningún otro sitio, y mucho menos «Overlord». Esta reserva sería motivo de gran preocupación durante el desembarco en Salerno. Mientras se producían algunas discusiones un tanto secas el escenario cambió por completo con la caída de Mussolini.

El *duce* tuvo que soportar entonces el peso de la responsabilidad por los desastres militares a los que había conducido a su país después de tantos años de gobierno. Como había ejercido un control casi absoluto no podía echarle la culpa a la monarquía, a las instituciones parlamentarias, al Partido Fascista ni al Estado Mayor. Todo recaía en él. Cuando la sensación de que la guerra estaba perdida se divulgó por los círculos bien informados de Italia la responsabilidad cayó sobre el hombre que, de forma tan imperiosa, había puesto al país en el bando perdedor. Estas convicciones surgieron y se difundieron ampliamente durante los primeros meses de 1943. El dictador esperaba en la soledad del poder mientras la derrota militar y la matanza de los italianos en Rusia, Túnez y Sicilia eran el preludio evidente de una invasión directa.

En vano introdujo cambios entre los políticos y los generales. En febrero el general Ambrosio sucedió a Cavallero como jefe del Estado Mayor italiano. Ambrosio, junto con el duque de Acquarone, el ministro de Justicia, eran asesores personales del rey y disfrutaban de la confianza del círculo real. Hacía meses que albergaban la esperanza de derrocar al *duce* y acabar con el régimen fascista. Pero Mussolini seguía moviéndose en la esfera europea como si fuera un factor principal. Se ofendió cuando su nuevo jefe militar le propuso la retirada inmediata de las divisiones italianas de los Balcanes. Para él estas fuerzas eran la contrapartida del predominio alemán en Europa. No se daba cuenta de que las derrotas en el exterior y la desmoralización interna lo habían privado de su condición de aliado de Hitler. Abrigaba la ilusión del poder y la trascendencia cuando la realidad las había hecho desaparecer. De modo que se resistió a la formidable solicitud de Ambrosio. No obstante, tanto duraron la impresión de su autoridad y el temor a su iniciativa

personal en un caso extremo que todas las fuerzas de la sociedad italiana dudaron mucho tiempo sobre la forma de destituirlo. Nadie se atrevía a ponerle el cascabel al gato. Así transcurrió la primavera, con la invasión de un enemigo poderoso, una potencia superior en tierra, en el mar y en el aire que se acercaba cada vez más.

Había llegado el momento culminante. Desde febrero el rey constitucional, taciturno y cauteloso, estaba en contacto con el mariscal Badoglio, que había sido destituido después de los desastres que tuvieron lugar en Grecia en 1940, y encontró en él, por fin, una figura a la que podía encomendarle la dirección del Estado. Se trazó un plan definitivo. Resolvieron que Mussolini sería arrestado el veintiséis de julio y el general Ambrosio se comprometió a buscar los medios y a preparar la situación para dar este golpe. El general contó con la colaboración involuntaria de algunos elementos de la vieja guardia fascista que pretendían revivir el partido, con lo que, en muchos casos, no saldrían perdiendo. Convocar el máximo órgano del partido, el gran consejo fascista, que no se reunía desde 1939, les pareció la manera de plantearle al *duce* un ultimátum. El trece de julio fueron a ver a Mussolini e hicieron que convocara una asamblea formal del consejo el veinticuatro de julio. Parece que ambos movimientos actuaron de forma independiente aunque resulta significativa la estrecha coincidencia de fechas.

El diecinueve de julio, acompañado por el general Ambrosio, viajó en avión para reunirse con Hitler en una villa situada en Feltre, cerca de Rímini. «Había un parque hermoso, fresco y con mucha sombra —escribe Mussolini en sus memorias—, y un edificio laberíntico que a algunos les pareció casi increíble. Era como un crucigrama congelado convertido en una casa». Se habían hecho preparativos para alojar *al führer* por lo menos un par de días, pero se marchó esa misma tarde. «La reunión —dice Mussolini— fue cordial, como siempre, pero el entorno y la actitud de los altos oficiales de la Fuerza Aérea y de las tropas fueron glaciales»[34].

El führer pontificó largo y tendido sobre la necesidad de hacer un esfuerzo supremo. Dijo que las nuevas armas secretas estarían listas para ser utilizadas contra Inglaterra en invierno. Había que defender Italia «para que Sicilia fuera para el enemigo lo mismo que Stalingrado ha sido para nosotros»[35]. Los italianos debían aportar tanto los recursos humanos como la organización. Alemania no podía proporcionarle a Italia los refuerzos ni el equipo que le había solicitado debido a la presión en el frente ruso.

Ambrosio le insistió a su jefe para que le dijera a Hitler con toda claridad que Italia no podía seguir en la guerra. No está claro qué ventajas habría producido esto pero el hecho de que Mussolini pareciera quedarse casi mudo de asombro acabó por convencer a Ambrosio y a los demás generales italianos que estaban presentes de que ya no cabía esperar que siguiera dando órdenes.

En medio del discurso de Hitler sobre la situación entró en la sala un oficial

italiano, muy agitado, con la noticia de que «en este momento Roma está sufriendo un violento bombardeo aéreo por parte del enemigo». Aparte de la promesa de más refuerzos alemanes para Sicilia Mussolini regresó a Roma sin haber conseguido nada más. Al acercarse, su avión entró en una inmensa nube de humo negro que subía de los centenares de vagones que ardían en la estación de ferrocarril de Littorio. Tenía una entrevista con el rey, al que encontró «con el ceño fruncido y nervioso». «La situación es tensa —dijo el rey—. No podemos continuar mucho más. Sicilia se ha pasado al oeste. Los alemanes nos traicionarán. La disciplina de las tropas se ha desmoronado. […]». Mussolini respondió, según consta, que esperaba desprender a Italia de la alianza con el Eje antes del quince de septiembre. La fecha demuestra el poco contacto que tenía con la realidad.

Entonces entró en escena el actor principal del drama final. Dino Grandi, un fascista veterano que había sido ministro de Asuntos Exteriores y embajador en Gran Bretaña, un hombre de fuertes convicciones personales que no había estado de acuerdo con la declaración de guerra a Gran Bretaña pero que hasta entonces se había sometido a la fuerza de los acontecimientos, llegó a Roma para tomar las riendas en la reunión del gran consejo. Fue a ver a su antiguo líder el veintidós de julio y le dijo, sin ambages, que tenía la intención de proponer la formación de un gobierno nacional y de devolverle al rey el mando supremo de las fuerzas armadas.

A las cinco de la tarde del día veinticuatro se reunió el gran consejo. Parece que el jefe de la Policía puso empeño en que no hubiera ninguna violencia. Los mosqueteros de Mussolini, su guardia personal, quedaron relevados de su obligación de proteger el Palazzo Venecia, que también estaba lleno de policías armados. El *duce* hizo su exposición y el consejo, cuyos miembros llevaban el uniforme fascista negro, se unió al debate. Mussolini finalizó diciendo: «La guerra siempre es la guerra de un partido, la guerra del partido que la desea; siempre es la guerra de un solo hombre: el que la ha declarado. Si hoy llaman a ésta “la guerra de Mussolini”, la de 1859 se podría haber llamado “la guerra de Cavour”. Éste es el momento de tensar las riendas y de asumir la responsabilidad que haga falta. No tendré ninguna dificultad para sustituir a los hombres, para girar las tuercas, para hacer participar fuerzas que todavía no han intervenido, en nombre de nuestro país, cuya integridad territorial se está violando en el día de hoy».

Entonces Grandi propuso que la Corona asumiera más poder y que el rey saliera de la oscuridad y asumiera sus responsabilidades. Pronunció lo que Mussolini describe como «una violenta filípica», «el discurso de un hombre que por fin da rienda suelta a un rencor que albergaba desde hacía tiempo». Fue evidente que había habido contactos entre los miembros del gran consejo y la corte. El yerno de Mussolini, Ciano, apoyó a Grandi. Todos los presentes eran conscientes de que estaba

a punto de producirse una convulsión política. El debate siguió hasta la medianoche, momento en el que Scorza, el secretario del Partido Fascista, propuso levantar la sesión hasta el día siguiente; pero Grandi se puso de pie de un salto gritando: «No, me opongo a la propuesta. Ahora que hemos comenzado esta cuestión, ¡hemos de dirimirla esta misma noche!». Eran más de las dos de la madrugada cuando se celebró la votación. «La posición de cada miembro del gran consejo —escribe Mussolini— ya se notaba desde antes de la votación. Había un grupo de traidores que ya había negociado con la Corona, un grupo de cómplices y un grupo de personas que no estaban al corriente y que, probablemente, no se daban cuenta de la importancia del voto, pero que votaron de todos modos». La propuesta de Grandi recibió diecinueve votos afirmativos, siete negativos y dos abstenciones. Mussolini se puso de pie. «Han provocado una crisis en el régimen. ¡Lástima! Se levanta la sesión». El secretario del partido estaba a punto de hacerle el saludo al *duce* cuando Mussolini lo detuvo con un gesto: «No, no hace falta». Todos se marcharon en silencio. Ninguno de ellos durmió en su casa.

Mientras tanto, se preparaba discretamente el arresto de Mussolini. El duque de Acquarone, el ministro de Justicia, envió instrucciones a Ambrosio, cuyos delegados y agentes de confianza en la policía y los *carabinieri* intervinieron de inmediato. Se hicieron cargo tranquila y discretamente de las principales centrales de teléfono, la jefatura de la policía y las dependencias del Ministerio del Interior. Apostaron una pequeña fuerza de la policía militar, fuera del alcance de la vista, cerca de la villa real.

Mussolini pasó la mañana del domingo veinticinco de julio en su despacho y visitó algunos barrios de Roma que habían sufrido las consecuencias de los bombardeos. Pidió autorización para ver al rey y le concedieron audiencia a las cinco. «Pensaba que el rey retiraría su delegación de autoridad del diez de junio de 1940 con respecto al mando de las fuerzas armadas, un mando al que hacía tiempo que pensaba renunciar. Por tanto entré en la villa absolutamente sin ninguna aprensión, en un estado que, visto en retrospectiva, se podría calificar de totalmente desprevenido». Al llegar a la residencia real observó que en todas partes se habían reforzado los *carabinieri*. El rey estaba en la puerta con uniforme de mariscal. Los dos hombres entraron al salón. El rey dijo: «Mi querido *duce*, ya está bien. Italia está hecha pedazos. La moral del ejército está por los suelos. Los soldados no quieren seguir combatiendo. […] La votación del gran consejo es terrible: diecinueve votos a favor de la moción de Grandi, ¡y entre ellos cuatro miembros de la Orden de la Anunciación! […] En este momento es usted el hombre más odiado de Italia. Ya no le queda más que un solo amigo, que soy yo. Por eso le digo que no tiene que temer por su seguridad personal para la que garantizo protección. He estado pensando que el hombre idóneo ahora es el mariscal Badoglio. […]».

Mussolini respondió: «Está tomando una decisión muy seria. Una crisis en este momento haría pensar a la gente que la paz está próxima una vez despedido el hombre que declaró la guerra. Eso sería un golpe tremendo para la moral del ejército. La crisis se consideraría un triunfo para el montaje entre Churchill y Stalin, sobre todo para Stalin. Ya sé que me odian. No me costó mucho darme cuenta anoche en medio del gran consejo. No se puede gobernar tanto tiempo ni imponer tantos sacrificios sin provocar resentimientos. En todo caso, le deseo suerte al hombre que se haga cargo de la situación». El rey acompañó a Mussolini hasta la puerta. «Su rostro —dice Mussolini— estaba lívido y parecía más pequeño que nunca, casi un enano. Me estrechó la mano y volvió a entrar. Bajé los pocos escalones y me dirigí hacia mi coche. De pronto, un capitán de los *carabinieri* me cortó el paso y dijo: "Su Majestad me ha encomendado su protección". Seguí andando hacia el coche pero el capitán me dijo, señalando una ambulancia que estaba cerca: "No, debemos subir allí". Subí a la ambulancia junto con mi secretario. También subieron un teniente, tres *carabinieri* y dos agentes de policía vestidos de paisano, además del capitán, y se colocaron junto a la puerta, armados con ametralladoras. Cuando cerraron la puerta la ambulancia se alejó a toda velocidad. Yo seguía pensando que todo esto se hacía, como había dicho el rey, para proteger mi persona».

Esa misma tarde el rey le encargó a Badoglio que formara un nuevo gobierno con jefes de las tres armas y funcionarios públicos y por la noche el mariscal comunicó la noticia al mundo. Dos días después, por órdenes del mariscal Badoglio, se llevaron al *duce* y lo recluyeron en la isla de Ponza.

Así acabaron los veintiún años de dictadura de Mussolini en Italia durante los que evitó que el pueblo italiano cayera en el bolchevismo en el que se habría hundido en 1919 y lo elevó a una posición en Europa como no había tenido nunca Italia. Le dio un nuevo impulso a la vida nacional. Se constituyó el imperio italiano en el norte de África. En el país se realizaron numerosas obras públicas importantes. En 1935 el *duce* venció a la Sociedad de Naciones con su fuerza de voluntad («cincuenta naciones encabezadas por una») y logró acabar la conquista de Abisinia. Su régimen era demasiado costoso para ser aceptado por el pueblo italiano pero no cabe duda de que durante su período triunfal contó con el apoyo de gran cantidad de italianos. Era, como lo llamé después de la caída de Francia, el «legislador italiano». La alternativa a su mandato bien podía haber sido una Italia comunista que habría provocado peligros y desgracias de otro carácter, tanto para el pueblo italiano como para Europa. Su gran error fue declararle la guerra a Francia y a Gran Bretaña después de las victorias de Hitler en junio de 1940. De lo contrario podría haber mantenido a Italia en una posición intermedia, cortejada y recompensada por ambos bandos y obteniendo una riqueza y una prosperidad insólitas como consecuencia de las luchas entre otros países. Incluso cuando la cuestión de la guerra se convirtió en realidad, los

aliados le habrían dado la bienvenida a Mussolini. Tenía mucho para dar por acortarles el camino. Podría haber calculado el momento para declararle la guerra a Hitler con habilidad y con cuidado. Pero en cambio eligió la opción equivocada. Nunca se dio cuenta de la fuerza de Gran Bretaña y de la cualidad de la resistencia prolongada y el poderío naval de la isla. De modo que marchó hacia la ruina. Sus grandes carreteras seguirán siendo un monumento a su poder personal y su largo reinado.

En ese momento Hitler cometió un error supremo de estrategia y dirección de la guerra. La inminente deserción de Italia, el victorioso avance de Rusia y los preparativos evidentes para un ataque angloamericano al otro lado del canal de la Mancha deberían de haberlo inducido a concentrarse y a desarrollar el ejército alemán más poderoso como una reserva central. Ésta era su única posibilidad de utilizar las grandes cualidades del mando alemán y de sus tropas de combate y, al mismo tiempo, de aprovechar al máximo la posición capital que ocupaba, con sus líneas interiores y sus notables comunicaciones. Como dijo el general Von Thoma cuando era nuestro prisionero de guerra: «Nuestra única oportunidad es crear una situación en la que podamos usar el Ejército». De hecho Hitler, como he señalado con anterioridad en este relato, había creado una telaraña pero se había olvidado de la araña. Trataba de conservar todo lo que había ganado. Desperdiciaba fuerzas enormes en los Balcanes y en Italia que no podían desempeñar ningún papel en las decisiones fundamentales. Con una reserva central de treinta o cuarenta divisiones de la máxima calidad y movilidad habría podido atacar a cualquiera de sus enemigos que avanzara contra él y librar una gran batalla con buenas perspectivas de éxito. Por ejemplo, podría haberse enfrentado a los británicos y los estadounidenses catorce o quince días después de su desembarco en Normandía, un año después, con tropas frescas y muy superiores. No tenía necesidad de consumir su fuerza en Italia y en los Balcanes y el hecho de que se viese inducido a ello se debe tomar como un desperdicio de su última oportunidad.

Sabiendo que tenía estas opciones a su alcance yo también quería tener la oportunidad de presionar sobre Italia con la mano derecha o con la izquierda al otro lado del canal de la Mancha, o con las dos. Pero como hizo mal sus planes pudimos emprender el gran ataque directo en condiciones que brindaban buenas perspectivas y que tuvieron éxito.

Hitler regresó de la reunión de Feltre convencido de que la única manera de mantener a Italia en la guerra era mediante purgas en el Partido Fascista y aumentando la presión alemana sobre los líderes fascistas. El veintinueve de julio Mussolini cumpliría sesenta años y se eligió a Göring para hacerle una visita oficial en esa ocasión. Pero a lo largo del día veinticinco de julio comenzaron a llegar al

cuartel general de Hider unos informes alarmantes procedentes de Roma. Por la noche fue evidente que Mussolini había renunciado o había sido destituido y que el rey había nombrado como sucesor a Badoglio. Finalmente se decidió que, para emprender cualquier operación importante contra el nuevo gobierno italiano, habría que retirar del frente oriental más divisiones de las prescindibles en caso de producirse la esperada ofensiva rusa. Se elaboraron planes para rescatar a Mussolini, para ocupar Roma y para apoyar al fascismo italiano donde fuera posible. Por si Badoglio firmaba un armisticio con los aliados se hicieron más planes para apoderarse de la flota italiana y ocupar posiciones claves en toda Italia y para intimidar a las guarniciones italianas en los Balcanes y en el Egeo.

«Debemos hacer algo —dijo Hitler a sus asesores el veintiséis de julio—, de lo contrario los anglosajones nos ganarán por la mano y ocuparán los aeropuertos. De momento, el Partido Fascista sólo está aturdido pero se recuperará detrás de nuestras líneas. El Partido Fascista es el único que está dispuesto a luchar de nuestro lado de modo que debemos reinstaurarlo. Todas las opiniones que defienden más retrasos están equivocadas ya que nos harían perder Italia frente a los anglosajones. Éstas son cuestiones que los militares no pueden comprender. Sólo un hombre con visión política puede ver las cosas con claridad».

Capítulo II

LOS PUERTOS ARTIFICIALES

Las perspectivas de triunfar en Sicilia, la situación en Italia y el avance de la guerra me hicieron pensar en la necesidad de volver a reunirme con el presidente en julio y de celebrar otra conferencia angloamericana. Roosevelt sugirió que se realizara en Quebec. Mackenzie King aceptó la propuesta de buen grado y para nosotros nada podía ser más agradable. No se podría haber escogido un entorno más apropiado o espléndido para que se reunieran los que dirigían la política de la guerra del mundo occidental en este momento decisivo que la antigua ciudadela de Quebec, a la entrada de Canadá y a orillas del poderoso río San Lorenzo. Aunque el presidente aceptó de buena gana la hospitalidad canadiense no creía que fuera posible que Canadá participara formalmente en la conferencia porque temía solicitudes similares por parte de Brasil y otros miembros americanos de las Naciones Unidas. Nosotros teníamos que pensar también en las peticiones de Australia y los demás dominios. Esta delicada cuestión se resolvió y se superó gracias a la mentalidad abierta del primer ministro y del gobierno canadienses. Por mi parte estaba convencido de que Estados Unidos y nosotros teníamos que reservarnos la conferencia sólo para nosotros teniendo en cuenta todos los asuntos vitales que teníamos en común. Una reunión triple de los dirigentes de las tres potencias principales era un objetivo importante para el futuro pero ahora sólo se reunirían Gran Bretaña y Estados Unidos. Le asignamos el nombre de «Cuadrante».

La noche del cuatro de agosto salí de Londres hacia el Clyde, donde nos esperaba el *Queen Mary*, en un tren que transportaba al nutrido personal que necesitábamos. Calculo que éramos más de doscientos, además de unos cincuenta ordenanzas de la infantería de marina real. La conferencia abarcaba no sólo la campaña del Mediterráneo, que se encontraba entonces en su primer momento culminante, sino sobre todo los preparativos para el plan de atravesar el canal de la Mancha en 1944, toda la dirección de la guerra en el frente del índico y nuestra participación en la lucha contra Japón. Para el cruce del canal llevamos a tres oficiales que nos envió el teniente general F. E. Morgan, el jefe del Estado Mayor del comandante supremo de los aliados, que todavía no había sido designado de forma definitiva, el que, con sus estados mayores angloamericanos, había acabado de elaborar nuestro proyecto conjunto. Como todos los asuntos en el frente índico y en el del Lejano Oriente estaban en revisión llevé conmigo al director de operaciones militares del general Wavell, que había venido en avión especialmente desde la India.

También me llevé a un joven general de brigada llamado Wingate, que ya había destacado como líder de tropas irregulares en Abisinia y se había distinguido mucho

en los combates en la selva de Birmania. Por estas brillantes hazañas en algunos círculos del Ejército en los que prestó servicios lo conocían como «el Clive de Birmania». Yo había oído hablar mucho de todo esto y sabía también que los sionistas querían que fuese el comandante en jefe de cualquier ejército israelí que se formara. Lo mandé llamar para echarle un vistazo antes de partir hacia Quebec. Estaba a punto de cenar solo, la noche del cuatro de agosto, en Downing Street cuando me avisaron de que acababa de llegar en avión y que estaba allí. De inmediato lo invité a cenar conmigo. Antes de hablar media hora con él me dio la impresión de que me encontraba en presencia de un hombre excepcional. En seguida se puso a explicarme la manera de someter a los japoneses luchando en la selva mediante grupos de penetración de largo alcance que descenderían por aire detrás de las líneas enemigas. Este tema me interesaba mucho y quería que siguiera hablándome al respecto, y también quería que les contara esta idea a los jefes del Estado Mayor.

De inmediato decidí llevarlo conmigo en el viaje. Le dije que nuestro tren partía a las diez. Eran casi las nueve. Wingate acababa de llegar tal como estaba, después de tres días de viaje en avión, desde el propio frente y no llevaba más ropa que la puesta. Desde luego estaba dispuesto a ir pero manifestó su pesar por no poder ver a su esposa que estaba en Escocia y que ni siquiera se había enterado de su llegada. Pero los recursos de mi oficina privada estuvieron a la altura de la ocasión. La policía fue a buscar a la señora Wingate a su casa y la llevó a Edimburgo para que pudiera viajar con nosotros en el tren. No tenía ni idea de lo que pasaba hasta que a primera hora de la mañana encontró a su marido en un andén de la estación de Waverley. Hicieron juntos un viaje muy agradable.

Como sabía que al presidente le gustaba mucho conocer a figuras jóvenes y heroicas invité también al teniente coronel Guy Gibson, de la Fuerza Aérea, que acababa de dirigir el ataque que destruyó las presas de Mohne y de Eder que abastecían a las industrias del Ruhr y alimentaban una extensa zona de campos, ríos y canales. Se había inventado un tipo especial de mina para destruirlas pero se tuvo que arrojar de noche, desde una altura de no más de dieciocho metros. Después de meses de una práctica permanente y concentrada dieciséis aviones Lancaster del escuadrón núm. 617 de la Fuerza Aérea británica atacaron la noche del dieciséis de mayo. La mitad de ellos se perdieron pero Gibson se quedó hasta el final dando vueltas en círculos sobre el objetivo para dirigir a su escuadrón. Ya tenía entonces una serie notable de condecoraciones: la Cruz de la Victoria, la Orden al Mérito Distinguido con un galón[36] y una Cruz por Distinción en el Vuelo con otro galón, pero ninguna otra insignia. Era algo único.

Mi esposa me acompañó y mi hija Mary, que era subalterna en una batería antiaérea, fue mi edecán. Zarpamos el cinco de agosto esta vez hacia Halifax, en Nueva Escocia, en lugar de Nueva York.

El *Queen Mary* siguió su marcha a través de las olas y vivimos a bordo con toda comodidad, con una alimentación propia de los tiempos anteriores a la guerra. Como era habitual en estos viajes trabajábamos todo el día. Contábamos con mucho personal encargado de descifrar los mensajes que, junto con los cruceros que los enviaban, nos mantenían en contacto con los acontecimientos de hora en hora. Todos los días analizaba con los jefes del Estado Mayor los diversos aspectos de los problemas que teníamos que discutir con nuestros amigos estadounidenses, el más importante de los cuales era, sin duda, «Overlord».

Una mañana del viaje, a solicitud mía, el general de brigada K. G. McLean, junto con otros dos oficiales del estado mayor del general Morgan, vinieron a verme a mi amplio camarote. Los recibí en la cama. Después de desplegar un mapa a gran escala me explicaron de forma tensa y convincente el plan que habían preparado para la incursión a Francia atravesando el canal de la Mancha. Es posible que el lector esté familiarizado con todos los argumentos de 1941 y 1942 sobre esta cuestión candente y todas sus variantes pero era la primera vez que me presentaban todo el plan de forma coherente, con detalles tanto de cifras como de tonelaje, como consecuencia de un estudio prolongado realizado por oficiales de ambas naciones.

La alternativa se reducía al paso de Calais o Normandía. El primero nos proporcionaba la mejor cobertura aérea pero tenía unas defensas formidables y, aunque suponía una travesía más corta, esta ventaja era sólo aparente. Aunque Dover y Folkestone están mucho más cerca de Calais y Boulogne que la isla de Wight de Normandía sus puertos eran demasiado pequeños para servir de base a una invasión. La mayoría de nuestros barcos habrían tenido que zarpar de puertos situados a lo largo de toda la costa meridional de Inglaterra y desde el estuario del Támesis, con lo que habrían tenido que surcar mucha agua salada en cualquier caso. El general Morgan y sus asesores recomendaban la costa de Normandía, que era lo que había propuesto Mountbatten desde un principio. Ya no quedaba la menor duda de que su decisión era acertada. Normandía nos ofrecía mayores esperanzas. Las defensas no eran tan poderosas como en el paso de Calais. En general, el mar y las playas eran adecuados y, hasta cierto punto, quedaban protegidos de los vientos del oeste por la península de Cotentin. El interior favorecía el rápido despliegue de grandes fuerzas y quedaba bastante alejado de los principales efectivos del enemigo. Al principio de la operación se podía aislar y capturar el puerto de Cherburgo. Más adelante se podía flanquear y tomar Brest.

Aunque, desde luego, toda la costa comprendida entre El Havre y Cherburgo estaba defendida por fuertes y fortines de hormigón; por ello no había ningún puerto capaz de abastecer a un gran ejército en esta media luna de playas de arena de ochenta kilómetros y se pensó que los alemanes no reunirían grandes fuerzas para un

apoyo inmediato al frente marítimo. Sin duda su alto mando se habría dicho a sí mismo: «Este sector está bien para ataques de hasta diez o veinte mil hombres pero, a menos que tomen Cherburgo en perfecto funcionamiento, no se puede desembarcar ni abastecer ningún ejército capaz de llevar a cabo una invasión. Es una costa para realizar una incursión pero no para operaciones más grandes». Si hubiera puertos que pudieran abastecer grandes ejércitos ése era el frente que había que atacar.

Evidentemente el lector habrá podido comprobar que me mantenía al corriente de todas las ideas sobre lanchas de desembarco y sobre lanchas de desembarco para carros de combate. También hacía tiempo que era partidario de hacer muelles que tuvieran un extremo flotando en el mar. Se había trabajado mucho sobre este asunto desde entonces, siguiendo una minuta que, en el transcurso de nuestras conversaciones, le envié a lord Louis Mountbatten, el jefe de Operaciones Conjuntas, el treinta de mayo de 1942.

> Es *imprescindible* que suban y bajen flotando con la marea. Hay que solucionar el problema del anclaje. Los barcos tienen que tener una entrada lateral y un puente levadizo que tenga un largo suficiente para llegar hasta los amarres de los muelles. Hay que encontrar la mejor solución. No discutamos la cuestión; las dificultades ya hablarán por sí solas.

Después se pensó en crear una extensa superficie de agua protegida por un rompeolas a base de barcos hundidos que llegarían hasta allí navegando por sí mismos y que después se hundirían en un lugar dispuesto de antemano. Esta idea se le ocurrió al comodoro J. Hugues-Hallett en junio de 1943 cuando prestaba servicios como jefe del Estado Mayor de la Armada en la organización del general Morgan. La imaginación, las artimañas y los experimentos fueron incesantes, y así fue cómo en agosto de 1943 existía un proyecto completo para construir dos puertos temporales a gran escala que se pudieran llevar a remolque para comenzar a funcionar pocos días después del primer desembarco. A estos puertos artificiales se los llamó «Mulberries»[37], un nombre en clave que sin duda no revelaba ni su naturaleza ni su finalidad.

Todo el proyecto era imponente. Sobre las propias playas estarían los grandes muelles con el extremo del lado del mar flotando y protegido. En estos muelles los barcos de cabotaje y las lanchas de desembarco podrían descargar sin preocuparse por la situación de la marea. Para defenderlos de los vientos y las olas pertinaces los rompeolas estarían dispuestos en un gran arco en dirección al mar cerrando una gran superficie de agua protegida. Resguardados de este modo, los barcos de gran calado podrían fondear y descargar, y todo tipo de lanchas de desembarco podrían ir y venir constantemente desde y hacia las playas. Estos rompeolas estarían hechos con estructuras de hormigón y barcos hundidos. Ya he descrito unas estructuras similares

que creo que debieron de utilizarse en la primera guerra mundial para crear puertos artificiales en la bahía de Helgoland. Ahora formarían una parte fundamental del gran plan.

A medida que seguimos discutiendo en días sucesivos fuimos entrando cada vez en más detalles técnicos. En el canal de la Mancha las mareas tienen una variación de más de seis metros lo que produce la correspondiente erosión a lo largo de las playas. El tiempo siempre es incierto y los vientos y las tormentas pueden desatar fuerzas irresistibles en cuestión de horas contra las frágiles estructuras levantadas por los humanos. A los tontos o los bellacos que desde hacía dos años reclamaban con pintadas en nuestras paredes «¡Un segundo frente, ya mismo!» estos problemas no se les habían pasado por la cabeza. Yo llevaba mucho tiempo cavilando sobre ellos.

Finalmente me convencí de las enormes ventajas de atacar el sector comprendido entre El Havre y Cherburgo con la condición de que se pudieran montar estos puertos sorpresa desde el principio, posibilitando así el desembarco y el avance constante de ejércitos de un millón y hasta dos millones de hombres, con todo su inmenso equipo moderno y su carga. Esto supondría la capacidad de descargar por lo menos doce mil toneladas diarias.

Tanto los artífices del plan como los jefes del Estado Mayor británico partieron de tres premisas fundamentales con las que yo estaba totalmente de acuerdo y que, como veremos más adelante, fueron aprobadas por los estadounidenses y aceptadas por los rusos.

1. Que se produjera una importante reducción en la cantidad de aviones de combate alemanes en el noroeste de Europa antes de comenzar el ataque.
2. Que no hubiera más de doce divisiones móviles alemanas en el norte de Francia en el momento de comenzar la operación y que los alemanes no pudieran reunir más de quince divisiones en los dos meses siguientes.
3. Que se superara el problema de mantener grandes fuerzas en la playa durante un tiempo prolongado en las aguas del canal de la Mancha, sometido al régimen de las mareas, para lo que era fundamental poder construir como mínimo dos puertos artificiales eficaces.

Me quedé muy satisfecho con la perspectiva de presentarle todo el plan al presidente con mi apoyo total. Por lo menos así convenceríamos a las autoridades estadounidenses de que no les mentíamos con respecto a «Overlord» y que no habíamos escatimado ideas ni tiempo en la preparación. Hice los preparativos para reunir en Quebec a los mejores expertos de Londres y Washington en estas cuestiones para que juntos pudieran aunar recursos y encontrar las mejores respuestas a los numerosos problemas técnicos.

También mantuve numerosas conversaciones con los jefes del Estado Mayor sobre nuestra situación en el frente del índico y en el del Lejano Oriente. Pero ninguno de nosotros tenía noticias demasiado buenas. A finales de 1942 una división había bajado por la costa de Arakán, en Birmania, para recuperar el puerto de Akyab. Aunque se reforzó hasta que entró en acción un cuerpo entero, la operación fracasó y nuestras tropas se vieron obligadas a retroceder hasta la frontera con la India.

Aunque había mucho que decir a modo de explicación me daba la impresión de que teníamos que revisar toda la cuestión del Alto Mando británico contra Japón. Había que renovar los métodos y los hombres. Hacía tiempo que pensaba que no estaba bien que el comandante en jefe de la India sumara el mando de las operaciones en Birmania a sus demás responsabilidades trascendentales. Me parecía que para llevar a cabo con energía operaciones a gran escala contra los japoneses en el sureste asiático era imprescindible crear un mando supremo aliado independiente. Los jefes del Estado Mayor estaban totalmente de acuerdo conmigo y prepararon un memorándum al respecto para analizarlo con sus colegas estadounidenses en Quebec. Quedaba por decidir quién sería el comandante de este nuevo frente pero no teníamos dudas de que tenía que ser británico. De los diversos nombres que se propusieron a mi entender el más cualificado para este Alto Mando era el almirante Mountbatten y estaba decidido a hacerle esta propuesta al presidente en cuanto tuviera la oportunidad. La designación de un oficial de un rango tan alto de la Armada británica para el mando supremo de uno de los principales frentes de la guerra era una medida insólita, pero después de preparar el terreno con cuidado no me sorprendió que el presidente diera su cordial consentimiento.

Es increíble lo rápido que puede transcurrir un viaje si uno tiene quehacer para ocupar cada minuto. Esperaba tener un momento de descanso y poder cambiar de tema para no seguir hablando siempre de la guerra, pero a medida que nos acercábamos a nuestro destino pareció que las vacaciones acababan antes de comenzar.

Llegamos a Halifax el nueve de agosto. El gran barco se acercó al desembarcadero y entramos directamente en nuestro tren. A pesar de todas las precauciones con respecto al secreto del viaje se habían congregado grandes multitudes. Cuando mi esposa y yo nos acomodamos en nuestro coche salón, al final del tren, la gente se reunió para darnos la bienvenida. Antes de partir los hice cantar *The Maple Leaf* y *O Canada!* Me temo que no conocían el *Rule, Britannia,* aunque estoy seguro de que les habría gustado mucho si hubiésemos tenido una banda. Al cabo de unos veinte minutos de apretones de manos, fotografías y autógrafos partimos hacia Quebec. El diecisiete de agosto llegaron el presidente y Harry Hopkins, y Eden y Brendan Bracken se presentaron en avión desde Inglaterra. A

medida que se fueron reuniendo las delegaciones empezaron a llegarnos noticias de los pasos que estaba dando Italia para conseguir la paz y nuestras conversaciones se celebraron bajo la impresión de la inminente rendición de este país.

La primera sesión plenaria tuvo lugar el diecinueve de agosto. Se concedió la máxima prioridad estratégica, «como requisito esencial para "Overlord"», al bombardeo conjunto de Alemania. Los largos debates sobre la operación «Overlord» se resumieron entonces teniendo en cuenta la planificación conjunta hecha en Londres por el general Morgan. Los jefes del Estado Mayor presentaron el siguiente informe:

> OPERACIÓN «OVERLORD»
>
> Esta operación será el principal objetivo terrestre y aéreo de Estados Unidos y Gran Bretaña contra el Eje en Europa. (La fecha prevista es el uno de mayo de 1944.) […]
>
> Con respecto a la operación «Overlord» y las operaciones que se lleven a cabo en el Mediterráneo, en caso de escasez de los recursos disponibles éstos se distribuirán y utilizarán con el objetivo fundamental de garantizar el éxito de la operación «Overlord». Las operaciones en el frente del Mediterráneo se llevarán a cabo con las fuerzas asignadas en el «Tridente» [la conferencia anterior, celebrada en Washington en mayo], salvo en la medida en que éstas varíen por una decisión de los jefes del Estado Mayor Conjunto. […]

Estos párrafos dieron origen a cierto debate en nuestra reunión. Señalé que el éxito de «Overlord» dependía de que se cumplieran determinadas condiciones con respecto a la fuerza relativa. Destaqué que estaba decididamente a favor de esta operación en 1944 aunque no me había parecido bien tratar de atacar Brest o Cherburgo en 1942 ni en 1943. Sin embargo, las objeciones que tenía entonces a una operación al otro lado del canal de la Mancha habían desaparecido. Pensaba que había que hacer todos los esfuerzos posibles para aumentar el primer ataque por lo menos en un 25 por 100. Esto supondría buscar más lanchas de desembarco. Todavía faltaban nueve meses y se podían hacer muchas cosas durante ese período. Las playas elegidas eran buenas, y sería mejor si, al mismo tiempo, se realizaba un desembarco en las playas interiores de la península de Cotentin. «Sobre todo —insistí—, el atrincheramiento inicial tiene que ser fuerte».

Como Estados Unidos había tenido el mando en África el presidente y yo ya habíamos acordado que el comandante de «Overlord» fuera británico, y propuse para tal fin, con el consentimiento del presidente, al general Brooke, el jefe del Estado Mayor del Imperio que, como se recordará, había comandando un cuerpo en la batalla decisiva en el camino hacia Dunkerque con Alexander y Montgomery como subordinados. Informé al general Brooke de nuestra intención a principios de 1943. La operación comenzaría con la misma cantidad de fuerzas británicas y estadounidenses y como la base estaría en Gran Bretaña este arreglo pareció adecuado. Sin embargo, a medida que fue avanzando el año y el inmenso plan de invasión comenzó a cobrar forma me quedé muy impresionado con la gran

preponderancia de tropas estadounidenses que se utilizarían cuando triunfara el desembarco inicial, en el que la participación sería pareja, de modo que en Quebec yo mismo tomé la iniciativa de proponerle al presidente la designación de un comandante estadounidense para la expedición a Francia. Agradeció la sugerencia, y creo que a él se le había ocurrido la misma idea. Por consiguiente acordamos que un oficial estadounidense estuviera al mando de «Overlord» y que el Mediterráneo se confiara a un comandante británico; la fecha en que se realizaría el cambio dependería del desarrollo de la guerra. Informé de este cambio (y de los motivos que lo impulsaron) al general Brooke, que gozaba de toda mi confianza, y soportó su gran desilusión con dignidad militar.

En cuanto al Lejano Oriente, la principal controversia entre los jefes del Estado Mayor británico y los estadounidenses surgió por la cuestión de que Gran Bretaña quería tener una participación plena y justa en la guerra contra Japón a partir del momento en que Alemania fuera derrotada. Exigía una parte de los aeródromos, una parte de las bases para la Armada británica y la asignación de obligaciones adecuadas para las divisiones que pudiera transportar al Lejano Oriente en cuanto acabara la lucha contra Hitler. Insistí a mis amigos del comité de jefes del Estado Mayor para que negociaran al máximo este punto porque a esta altura de la guerra lo que más miedo me daba era que los críticos estadounidenses dijeran que «Inglaterra, después de obtener de nosotros todo lo que pudo para que la ayudáramos a derrotar a Hitler se escaquea de la guerra contra Japón y nos deja en la estacada». Sin embargo, en la conferencia de Quebec pudimos borrar esta impresión. No se tomó ninguna decisión sobre las operaciones que efectivamente se llevarían a cabo, aunque se resolvió que lo principal era poner en práctica operaciones ofensivas con el objeto de «establecer comunicaciones por tierra con China y mejorar y garantizar la ruta aérea». Dentro del «concepto estratégico global» de la guerra contra Japón se elaborarían planes para lograr su derrota dentro de un plazo de doce meses a partir de la caída de Alemania.

Por último, quedaba el frente del Mediterráneo. El diez de agosto Eisenhower celebró una reunión con sus comandantes para elegir, entre diversas propuestas, los medios para conducir la campaña en Italia. Tenía que tener en cuenta, sobre todo, las posiciones del enemigo en ese momento: de las dieciséis divisiones alemanas que había en Italia ocho estaban en el norte a las órdenes de Rommel; dos estaban cerca de Roma y seis, más al sur, a las órdenes de Kesselring. Éstas se podían reforzar con otras veinte que se habían retirado del frente de Rusia para reacondicionarse en Francia. Nosotros tardaríamos mucho tiempo en reunir una fuerza semejante pero los británicos y los estadounidenses teníamos el dominio del mar y del aire, además de la iniciativa. El ataque al que apuntábamos todos era una empresa audaz. Esperábamos conquistar los puertos de Nápoles y Tarento que, en conjunto, ofrecían unas

prestaciones proporcionales a la medida de los ejércitos que debíamos emplear. Uno de los objetivos principales era capturar los aeródromos en seguida. Los próximos a Roma quedaban fuera de nuestro alcance, pero había un grupo importante en Foggia que se podían adaptar para bombarderos pesados y nuestras fuerzas aéreas tácticas buscaron otros en el talón de Italia y en Montecorvino, cerca de Salerno.

El general Eisenhower decidió comenzar el ataque a principios de septiembre mediante una incursión a través del estrecho de Mesina, con ataques posteriores a la costa calabresa. Éste sería el preludio a la captura de Nápoles (la operación «Alud») por parte de un cuerpo de ejército británico y uno estadounidense que desembarcarían en las hermosas playas que hay en el golfo de Salerno, situado en el límite máximo de cobertura de los cazas que operaban desde los aeródromos capturados en Sicilia. Lo antes posible después de los desembarcos las tropas aliadas se dirigirían hacia el norte para apoderarse de Nápoles.

Los jefes del Estado Mayor conjunto nos recomendaron al presidente y a mí que aceptáramos este plan y que autorizáramos la captura de Cerdeña y de Córcega como segunda prioridad. Nos apresuramos a hacerlo; de hecho, era justamente lo que yo esperaba y había luchado por conseguir. Más adelante se propuso el aterrizaje de una división aerotransportada para capturar los aeródromos que quedaban al sur de Roma y también lo aceptamos. De las circunstancias por las que se canceló hablaremos a su debido tiempo.

Capítulo III

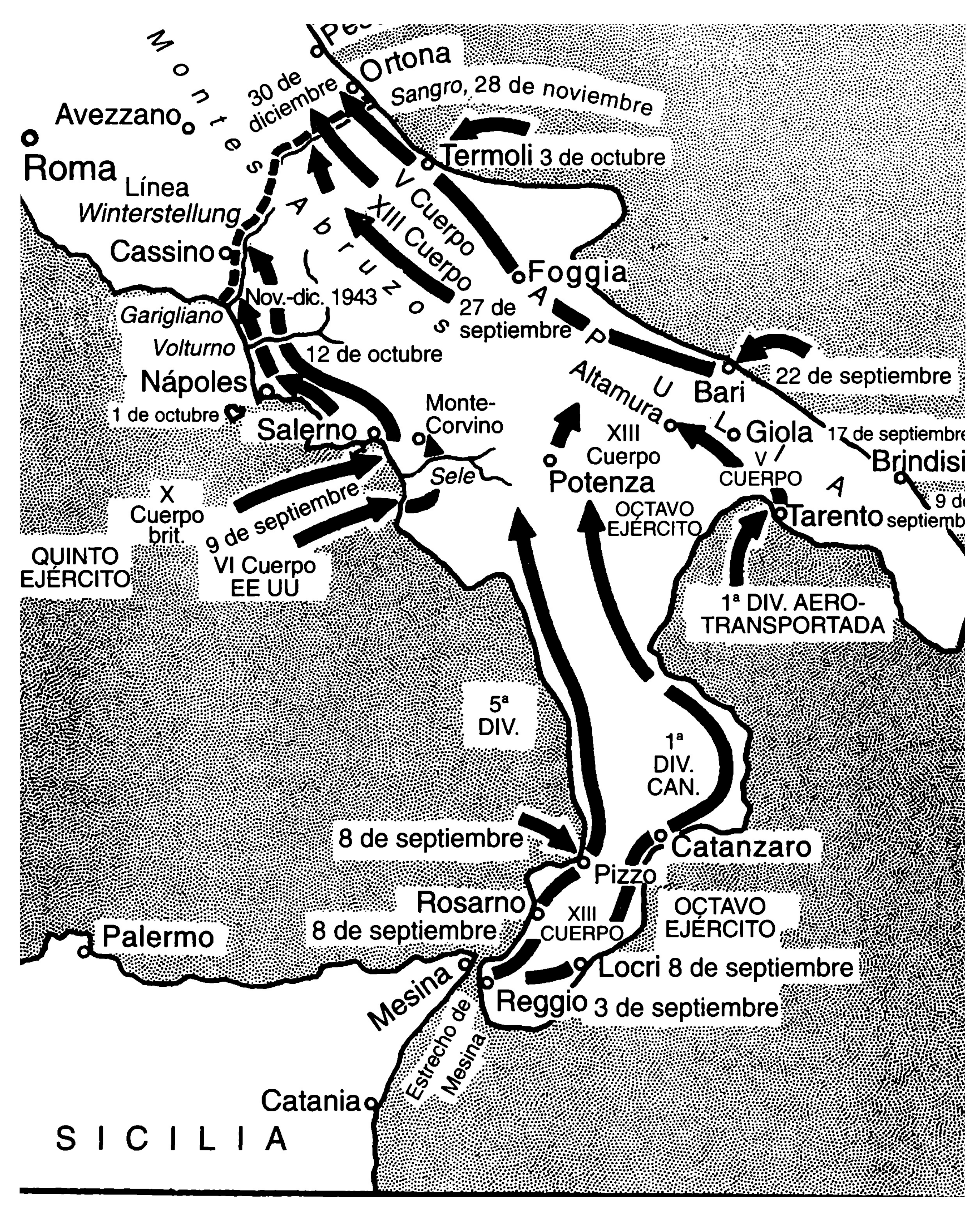
LA INVASIÓN DE ITALIA

La conferencia de Quebec finalizó el veinticuatro de agosto y nuestros distinguidos colegas partieron y se dispersaron. Salieron volando en todas direcciones como los fragmentos de un proyectil. Después de tantos estudios y discusiones todos queríamos algunos días de descanso. Uno de mis amigos canadienses, el coronel Clarke, al que el gobierno de su país me puso como acompañante durante la conferencia, era dueño de una cabaña a unos ciento veinte kilómetros en medio de las montañas y los bosques de pinos de los que los periódicos obtienen la pulpa para orientarnos en nuestro viaje por la vida. Allí estaba el lago de las Nieves, una represa inmensa que, según decían, estaba llena de truchas enormes. Brooke y Portal eran pescadores entusiastas y expertos y entre todos los planes que se elaboraron durante la conferencia se hizo uno para ver qué podían hacer. Les prometí que me reuniría con ellos más tarde, si podía, porque me había comprometido a pronunciar un discurso por radio el día treinta y uno y esta promesa se cernía sobre mí como un buitre en el cielo. Me quedé varios días en la ciudadela, paseando por las murallas durante una hora todas las tardes y dándole vueltas al asunto mientras contemplaba el magnífico paisaje del río San Lorenzo y pensaba en todas las historias sobre Wolfe y Quebec. Había prometido recorrer la ciudad en coche y toda la gente me recibió con mucha cordialidad. Asistí a una reunión del gabinete canadiense y les conté lo que no sabían sobre la conferencia y la guerra. Tuve el honor de que me nombraran miembro del consejo asesor del gabinete del dominio, a instancias de Mackenzie King, viejo amigo y colega leal desde hacía cuarenta años. Había tantas cosas que decir y que no decir en el discurso de la radio que no se me ocurría nada, de modo que la cabeza se me iba constantemente al lago de las Nieves, de donde llegaban unas noticias maravillosas de los que estaban allí. Pensé que podría combinar pescar de día con la preparación del discurso después de anochecer. Resolví tomarle la palabra al coronel Clarke y emprendí el viaje en coche con mi mujer. Reparé en que el almirante Pound no había ido al lago con los otros dos jefes del Estado Mayor y le sugerí que viniera con nosotros. Su oficial de Estado Mayor dijo que tenía mucho trabajo después de la conferencia. Me había llamado la atención su participación poco entusiasta en las decisivas conversaciones navales pero cuando dijo que no quería ir a pescar temí que algo no estuviera bien. Habíamos trabajado juntos con la mayor camaradería desde los primeros días de la guerra. Conocía su valía y su coraje y sabía también que en Inglaterra, a la menor oportunidad, se levantaba a las cuatro o las cinco de la mañana para pasar unas horas pescando antes de regresar al Almirantazgo. Sin embargo no salió de Sus habitaciones y no pude

verlo antes de partir.

Hicimos un viaje maravilloso en coche durante todo el día subiendo por el valle del río, y después de dormir en un albergue del camino mi esposa y yo llegamos a la espaciosa cabaña de troncos sobre el lago. Brooke y Portal se iban al día siguiente. ¡Menos mal! Habían pescado cien piezas cada uno todos los días y de haber seguido así el nivel del lago habría descendido de forma perceptible. Mi esposa y yo hicimos una salida en distintas barcas durante varias horas y, aunque ninguno de nosotros era experto, capturamos muchos pescados excelentes. A veces nos daban cañas con tres anzuelos y una vez pesqué tres piezas al mismo tiempo. No sé si esto era justo. No se nos acabó nunca la trucha fresca en las espléndidas comidas. Al presidente le hubiese gustado ir pero otras obligaciones lo reclamaban. Le envié a Hyde Park los pescados más grandes que pesqué. El discurso fue avanzando, pero componer un texto original es más agotador que discutir o que pescar.

La noche del veintinueve estábamos de regreso en Quebec. Asistí a otra reunión del gabinete canadiense y, a la hora señalada del día treinta y uno, antes de partir hacia Washington, me dirigí al pueblo canadiense y al mundo aliado. Al día siguiente llegué a la Casa Blanca. El presidente y yo nos quedamos conversando en su estudio después de cenar y el almirante Pound vino a vernos por algunas cuestiones navales. El presidente le hizo varias preguntas sobre los aspectos generales de la guerra y me afligió ver que mi fiel amigo había perdido la notable precisión práctica que lo caracterizaba. Tanto el presidente como yo quedamos convencidos de que estaba muy enfermo. A la mañana siguiente Pound vino a verme a mi amplio salón dormitorio y me dijo de inmediato: «Primer ministro, vengo a presentar mi renuncia. He sufrido un derrame cerebral y tengo paralizada la mayor parte del lado derecho del cuerpo. Pensé que pasaría pero cada día estoy peor y ya no estoy en condiciones de cumplir mis obligaciones». Acepté de inmediato la renuncia del Primer Lord del Mar. Le dije que quedaba relevado de toda responsabilidad a partir de ese momento y lo insté a que descansara unos días y después regresara conmigo en el *Renown*. Tenía un dominio perfecto de sí mismo y toda su actitud estaba llena de dignidad. En cuanto salió de la habitación envié un cable al Almirantazgo para que el vicealmirante Syfret se hiciera cargo a partir de ese momento hasta que se designara un nuevo Primer Lord del Mar.



Operaciones en el sur de Italia: de septiembre a diciembre de 1943

Mientras tenían lugar las conversaciones en Quebec los acontecimientos siguieron avanzando en Italia. Durante estos días críticos el presidente y yo dirigimos el curso de las negociaciones secretas del armisticio con el gobierno de Badoglio y también seguimos de cerca y con mucho interés los arreglos militares para desembarcar en la península italiana. Prolongué deliberadamente mi estancia en Estados Unidos para

mantener un estrecho contacto con nuestros amigos estadounidenses en ese momento crucial de la situación en Italia. El día de mi llegada a Washington se recibieron las primeras noticias oficiales y definitivas: que Badoglio había aceptado capitular con los aliados y que el tres de septiembre, en un olivar próximo a Siracusa, el general Castellano firmó los términos militares de la rendición de Italia. Antes del amanecer de este mismo día el Octavo Ejército británico atravesó el estrecho de Mesina y entró en la península italiana.

Faltaba entonces coordinar los términos de la rendición italiana con nuestra propia estrategia militar. El siete de septiembre se envió a Roma al general estadounidense Taylor, de la 82.ª División aerotransportada, con la misión secreta de organizar junto con el Estado Mayor italiano la ocupación de los aeródromos próximos a la capital la noche del día nueve. Pero la situación había dado un vuelco desde que el general Castellano pidió la protección de los aliados. Los alemanes disponían de fuerzas poderosas y parecían tener en su poder los aeródromos. El Ejército italiano estaba desmoralizado y tenía pocas municiones. Bullían en torno a Badoglio consejeros muy dispares. Taylor exigió verlo. Todo pendía de un hilo. Los dirigentes italianos temían que si anunciaban la rendición, que ya se había firmado, esto provocaría de inmediato la ocupación de Roma por parte de los alemanes y acabaría con el gobierno de Badoglio. A las dos de la mañana del ocho de septiembre el general Taylor se entrevistó con Badoglio y, puesto que se habían perdido los aeródromos, éste suplicó que se retrasara la divulgación de los términos del armisticio. En realidad ya había telegrafiado a Argel avisando de que no se podía garantizar la seguridad de los aeródromos de Roma. Por consiguiente, se anuló la incursión aérea.

Eisenhower tuvo que tomar rápidamente una decisión. Tenía previsto atacar Salerno en menos de veinticuatro horas. Rechazó la solicitud de Badoglio y, a las seis de la tarde, comunicó públicamente el armisticio y a continuación el texto de la declaración, que el propio mariscal Badoglio anunció alrededor de una hora después desde Roma. Había finalizado la rendición de Italia.

Durante la noche del ocho al nueve de septiembre las fuerzas alemanas comenzaron a rodear Roma. Badoglio y la familia real se instalaron en estado de sitio en el edificio del Ministerio de Guerra. Se produjeron discusiones precipitadas en un ambiente de creciente tensión y pánico. De madrugada, un convoy de cinco vehículos atravesó las puertas orientales de Roma por la carretera hacia el puerto de Pescara, en el Adriático, donde dos corbetas aguardaban al grupo compuesto por la familia real italiana, junto con Badoglio y su gobierno y altos oficiales. Llegaron a Brindisi a primeras horas de la mañana del diez de septiembre cuando rápidamente se establecían los servicios esenciales de un gobierno antifascista en el territorio ocupado por las fuerzas aliadas.

Tras la partida de los fugitivos llegó a Roma el veterano mariscal Caviglia, vencedor de Vittorio Véneto en la primera guerra mundial, dispuesto a asumir la responsabilidad de negociar con las fuerzas alemanas que iban cerrando el cerco en torno a la ciudad. Ya se libraban combates dispersos junto a sus puertas. Ciertas unidades regulares del ejército italiano y bandas de partisanos formadas por ciudadanos romanos se enfrentaron a los alemanes en las afueras. El once de septiembre cesó la oposición al firmarse una tregua y las divisiones nazis tuvieron libertad para moverse por toda la ciudad.

Mientras tanto, después de oscurecer, el ocho de septiembre, siguiendo las instrucciones de los aliados, zarpó de Génova y de La Spezia el grueso de la flota italiana en un osado viaje de rendición con destino a Malta sin ninguna protección ni de aviones aliados ni italianos. A la mañana siguiente, cuando bajaban a toda velocidad junto a la costa occidental de Cerdeña, fueron atacados por aviones alemanes que operaban desde Francia. Alcanzaron al buque insignia, el *Roma*, que estalló y ocasionó gran pérdida de vidas humanas, incluido el comandante en jefe, el almirante Bergamini. También resultó averiado el acorazado *Italia*, Tras dejar algunas embarcaciones ligeras para rescatar a los supervivientes el resto de la flota continuó su penoso viaje. El día diez se encontraron en el mar con las fuerzas británicas, entre las que figuraban el *Warspite* y el *Valiant*, que tantas veces los habían buscado en circunstancias diferentes, y que los escoltaron hasta Malta. El día nueve zarpó también una escuadra desde Tarento, que incluía dos acorazados, y por la mañana del día once el almirante Cunningham informó al Almirantazgo de que «la flota de guerra italiana está anclada bajo los cañones de la fortaleza de Malta».

Por tanto, en general, las cosas les habían salido bastante bien a los aliados por el momento. Después de cruzar el estrecho de Mesina el Octavo Ejército no encontró prácticamente ninguna oposición. Tomaron Reggio en seguida y comenzaron a avanzar por los estrechos caminos montañosos de Calabria. «Los alemanes —cablegrafió Alexander el seis de septiembre— están librando su acción de retaguardia con más demoliciones que disparos. […] Cuando estuve en Reggio esta mañana no se escuchó ni un sonido de advertencia ni se vio ningún avión enemigo. Al contrario, en este magnífico día estival había todo tipo de embarcaciones que cruzaban Je un lado a otro entre Sicilia y la península transportando hombres, pertrechos y municiones. El ambiente era tan animado que parecía más una regata en tiempos de paz eme una operación bélica seria». Hubo muy pocos combates pero el avance se retrasó mucho por las dificultades físicas del terreno, las demoliciones llevadas a cabo por el enemigo y sus retaguardias, escasas pero muy bien manejadas.

Pero por la noche del día ocho Alexander me envió un mensaje que ponía «Zip». Estaba previsto que tanto yo como los miembros del grupo que no habían regresado

todavía en avión a Inglaterra volviéramos por mar, y el *Renown* nos esperaba en Halifax. Retrasé el viaje en tren para despedirme del presidente de modo que estaba con él en Hyde Park cuando comenzó la batalla de Salerno. Reanudé el viaje en tren la noche del día doce y llegamos a Halifax el catorce por la mañana. Los distintos informes que me entregaron durante el viaje, así como los periódicos, me pusieron muy nervioso. Era evidente que se estaba librando una batalla crítica y prolongada. Mi preocupación era mayor todavía porque yo había insistido mucho para que se realizara este desembarco y me sentía especialmente responsable de su éxito. La sorpresa, la intensidad y la velocidad constituyen la esencia de todo desembarco anfibio. Al cabo de las primeras veinticuatro horas es posible que desaparezca la ventaja del poder marítimo de atacar donde quiere. Donde antes había diez hombres en seguida aparecen diez mil. Mi memoria retrocedió muchos años atrás. Pensé en el general Stopford que esperó casi tres días en la playa, en la bahía de Suvla, en 1915, mientras Mustafá Kemal conducía dos divisiones turcas desde las líneas de Bulair hasta el campo de batalla hasta entonces prácticamente indefenso. Yo conocía una experiencia más reciente: cuando el general Auchinleck permaneció en su cuartel general de El Cairo observando de forma convencional, desde la cumbre y el centro, la extensa y variada esfera de su mando mientras la batalla de la que todo dependía se decidía en su contra en el desierto. Tenía la máxima confianza en Alexander pero de todos modos pasé un día pésimo mientras nuestro tren atravesaba con gran estruendo las agradables tierras de Nueva Escocia. Al final escribí el siguiente mensaje para Alexander, seguro de que no le molestaría. No se lo enviaron hasta que zarpamos:

«Espero que observe sobre todo la batalla del “Alud”, que todo lo domina. Ninguno de los comandantes involucrados ha librado antes una batalla a gran escala. La batalla de la bahía de Suvla se perdió porque su jefe del Estado Mayor le aconsejó a Ian Hamilton que permaneciera en un punto central alejado donde se enteraría de todo. Si hubiese estado más cerca habría salvado la situación. A esta distancia, y con los retrasos, no puedo pretender juzgar pero siento que tengo la obligación de exponerle esta experiencia mía del pasado.

»2. No se le negará absolutamente nada que contribuya a la batalla decisiva por Nápoles. […]».

Su respuesta fue inmediata y reconfortante. Ya estaba en Salerno. «Le agradezco mucho —respondió— su ofrecimiento de ayuda. Se está haciendo todo lo posible para que el “Alud” tenga éxito. Su destino se decidirá en los próximos días».

También sentí alivio cuando supe que el almirante Cunningham no había dudado en arriesgar sus acorazados cerca de la costa para apoyar al Ejército. El día catorce envió al *Warspite* y el *Valiant*, que acababan de llegar a Malta conduciendo a la rendición al grueso de la flota italiana. Al día siguiente entraban en acción y su bombardeo de gran precisión, dirigido al aire, con cañones pesados, impresionó tanto

a amigos como a enemigos y contribuyó a derrotar a los contrarios. Lamentablemente, durante la tarde del día dieciséis el *Warspite* quedó inutilizado por un tipo nuevo de bomba planeadora de la que ya habíamos oído hablar pero de la que aprenderíamos más.

Fue un alivio subir a bordo del *Renown*, un barco espléndido que estaba fondeado en el muelle. El almirante Pound ya estaba a bordo porque había ido directamente desde Washington. Se mantenía tan erguido como siempre y mirándolo nadie hubiera dicho que estaba enfermo. Lo invité a sentarse a mi mesa en el viaje de regreso pero dijo que prefería comer en su camarote con su oficial del estado mayor. Murió el veintiuno de octubre, aniversario de la batalla de Trafalgar. Para mí fue un verdadero camarada, tanto en el Almirantazgo como en el comité de jefes del Estado Mayor. Lo sucedió como Primer Lord del Mar el almirante sir Andrew Cunningham.

Mientras zigzagueábamos a través del océano se produjo un golpe notable en Tarento cuyo mérito corresponde no sólo a Alexander sino también al almirante Cunningham, que se encargó de la mayor parte de su ejecución y supo correr bien los riesgos. Este puerto de primera clase era capaz de atender a un ejército completo. A Alexander le pareció que la rendición de Italia justificaba tanta osadía. No había aviones de transporte para recoger a la 1.ª División aerotransportada británica ni barcos comunes para transportarla por mar. Seis mil de estos hombres escogidos se embarcaron en buques de guerra británicos y el nueve de septiembre, el día del desembarco en las playas de Salerno, la Armada británica entró con decisión en el puerto de Tarento y desembarcó estas tropas sin ninguna oposición. Uno de nuestros cruceros, que chocó contra una mina y se hundió, fue nuestra única pérdida naval[38].

Mientras tanto proseguía la batalla de Salerno y seguían llegando los telegramas. Alexander tuvo la gentileza de mantenerme bien informado y se pueden leer los vívidos mensajes en los que relata toda la situación. Durante tres días críticos todo permaneció pendiente de un hilo pero después de intensos combates, en los que hubo momentos de mucho riesgo, los alemanes no consiguieron hacernos regresar al mar. Kesselring se dio cuenta de que no podía ganar. Pivotando a su derecha sobre las tierras altas por encima de Salerno comenzó a mover hacia atrás toda su línea. El Octavo Ejército, espoleado por Montgomery, se unió con el Quinto, que había pasado muchos apuros. El X Cuerpo británico, con el VI Cuerpo estadounidense a su derecha, hicieron retroceder a las retaguardias enemigas alrededor del Vesubio, pasaron por las ruinas de Pompeya y Herculano y entraron en Nápoles el uno de octubre. Habíamos triunfado.

Capítulo IV

UN PUNTO MUERTO EN EL MEDITERRÁNEO[39]

Pocos días después de regresar de Halifax envié un telegrama al general Eisenhower que habría que tener en cuenta al leer mi narración del otoño y el invierno. En el segundo párrafo traté de establecer la proporción del esfuerzo, sobre todo en lo que respecta a los cuellos de botella, que habría que dedicar a nuestras diversas empresas, unas proporciones que no deberían pasar por alto quienes deseen comprender las controversias que se tratan en este capítulo. La guerra plantea el problema del aprovechamiento correcto de los medios disponibles y no se puede aplicar el ideal de «una cosa por vez».

> Como he presionado para que se actúe en varias direcciones creo que debería plantearle las prioridades que tengo presentes para todos estos objetivos deseables.
>
> 2. Cuatro quintas partes de nuestros esfuerzos deberían destinarse al fortalecimiento de Italia. Una décima parte debería servir para asegurarnos Córcega (pronto lo conseguiremos) y el Adriático. Y el otro décimo debería concentrarse en Rodas. Está claro que esto sólo se aplica a los factores limitantes que son, supongo, fundamentalmente las lanchas de desembarco y los barcos de asalto con embarcaciones ligeras.
>
> 3. Le envío esta guía aproximada de mis ideas sólo porque no quiero que piense que lo exijo todo, en todas direcciones, sin comprender lo lamentables que son sus limitaciones.

Eisenhower respondió al día siguiente:

> Estamos estudiando cuidadosamente los recursos que tenemos para brindar el apoyo necesario a Oriente Próximo en este proyecto y estamos seguros de que podemos cumplir los requisitos mínimos de esta zona.
>
> Cuando Montgomery consiga adelantar el grueso de sus tropas para apoyar la zona derecha del Quinto Ejército todo comenzará a moverse más deprisa en el frente de Nápoles. Como siempre, después de las primeras etapas de una operación conjunta, hemos hecho un gran esfuerzo tanto táctico como administrativo. Estamos trabajando con denuedo para mejorar la situación y recibirá buenas noticias dentro de poco.

Esta respuesta no hacía una referencia tan específica como me habría gustado a lo que yo consideraba la parte más importante de mi mensaje, es decir, la escasa proporción de tropas que hacían falta para empresas subsidiarias, que eran numerosas.

La rendición de Italia nos brindó la oportunidad de obtener ganancias importantes en el Egeo con un coste y un esfuerzo mínimos. Las guarniciones italianas obedecían las órdenes del rey y del mariscal Badoglio y se pasarían a nuestro lado si podíamos llegar hasta ellas antes de que las intimidaran y las desarmaran los alemanes que estaban en las islas. Éstos eran muy inferiores en cantidad, aunque es probable que hiciera tiempo que sospecharan de la fidelidad de sus aliados y que ya hubieran hecho sus propios planes. Rodas, Leros y Cos eran islas fortalezas que hacía tiempo que se

utilizaban con fines estratégicos de alto orden en la esfera secundaria y su ocupación había sido aprobada concretamente por los jefes del Estado Mayor conjunto en su resumen final de las decisiones de Quebec el diez de septiembre. Rodas era la clave del grupo porque tenía buenos aeródromos desde los que podíamos defender cualquier otra isla que ocupáramos y completar el control naval de estas aguas. Además, las fuerzas aéreas británicas en Egipto y Cirenaica podían proteger a Egipto igual, o tal vez mejor, si algunas de ellas se adelantaban hasta Rodas. A mí me parecía que no aprovechar estos tesoros era como rechazar la suerte. Teníamos a nuestro alcance el dominio del Egeo por aire y por mar. Esto podría tener un efecto decisivo sobre Turquía que por entonces estaba muy impresionada por la caída de Italia. Si podíamos usar el Egeo y los Dardanelos se establecería un atajo naval hacia Rusia. Ya no necesitaríamos más los peligrosos y costosos convoyes por el Ártico ni la larga y pesada línea de suministros a través del golfo Pérsico.

El general Wilson estaba impaciente por entrar en acción y los planes y los preparativos para la captura de Rodas se fueron perfeccionando en el mando de Oriente Próximo durante varios meses. En agosto se entrenó a la 8.ª División india y se ensayó la operación que estaba lista para comenzar el uno de septiembre. Pero Estados Unidos presionó mucho para que alejáramos del Mediterráneo nuestros barcos entrenados de asalto, bien hacia el oeste, para los preparativos de un «Overlord» todavía remoto, o bien hacia el frente del índico. Invocaron rigurosamente los acuerdos celebrados antes de la caída de Italia y adecuados para una situación totalmente diferente, al menos a un nivel secundario, y el veintiséis de agosto, en cumplimiento de una decisión de poca importancia tomada en el mes de mayo en la conferencia de Washington, los jefes del Estado Mayor conjunto ordenaron el envío al Lejano Oriente, para una operación dirigida contra la costa de Birmania, de los barcos que podrían haber transportado la división a Rodas. De este modo se desbarataron los planes que tan bien concibió Wilson para emprender una acción rápida en el Dodecaneso. Con gran prontitud había enviado pequeños grupos por mar y por aire a varias islas más pero, al negársenos Rodas, nuestras ganancias en el Egeo se volvieron precarias. Sólo un uso intenso de las fuerzas aéreas podría brindarnos lo que necesitábamos. Les habría costado muy poco tiempo si hubiese habido un acuerdo. El general Eisenhower y su estado mayor no parecían darse cuenta de lo que teníamos a nuestro alcance, aunque voluntariamente habíamos puesto en sus manos todos nuestros recursos, que eran considerables.

Sabemos ahora lo mucho que se alarmaron los alemanes ante la amenaza mortal que temían que organizáramos en su flanco suroriental. En una conferencia celebrada en el cuartel general del *führer* el veinticuatro de septiembre los representantes tanto del Ejército como de la Armada urgieron la evacuación de Creta y otras islas del

Egeo mientras estaban a tiempo. Señalaron que estas bases avanzadas se habían tomado para realizar operaciones ofensivas en el Mediterráneo oriental pero que entonces la situación había cambiado por completo. Destacaron la necesidad de evitar la pérdida de tropas y materiales que tendrían una importancia decisiva para la defensa del continente. Pero Hitler no les hizo caso e insistió en que no podía ordenar la evacuación, sobre todo de Creta y del Dodecaneso, por las repercusiones políticas que tendría. Dijo que «la actitud de nuestros aliados en el sureste y la actitud de Turquía dependen exclusivamente de su confianza en nuestra fuerza y abandonar las islas produciría una impresión sumamente desfavorable». En esta decisión de luchar por las islas del Egeo los acontecimientos le dieron la razón, porque obtuvo grandes ganancias en un frente subsidiario con un coste reducido para la posición estratégica principal. Se equivocó en los Balcanes pero en el Egeo tuvo razón.

Durante un tiempo nuestros asuntos prosperaron en las pequeñas islas de la periferia. A finales de septiembre Cos, Leros y Samos fueron ocupadas cada una por un batallón y varias islas más fueron ocupadas por destacamentos. Las guarniciones italianas que encontraron se mostraron bastante amistosas pero sus exageradas defensas costeras y antiaéreas se encontraban en mal estado y apenas podíamos transportar nuestras propias armas y vehículos más pesados con los barcos que teníamos a nuestra disposición.

Aparte de Rodas, la isla de Cos era la más importante estratégicamente. Era la única que tenía un aeródromo, desde el que podían operar nuestros cazas, que rápidamente se puso en funcionamiento y se le proporcionaron veinticuatro cañones Bofors para su defensa. Naturalmente, se convirtió en el objetivo del primer contraataque enemigo y al amanecer del tres de octubre los paracaidistas alemanes descendieron sobre el aeródromo central y aplastaron a la solitaria compañía que lo defendía. El resto del batallón, que estaba en el norte de la isla, quedó aislado por un desembarco enemigo que la Armada, por desgracia, no pudo interceptar. La isla cayó.

El veintidós de septiembre Wilson informó de sus mínimas y modestas necesidades para hacer un nuevo intento en Rodas. Utilizando la 10.ª División india y parte de una brigada blindada sólo necesitaba escoltas navales y fuerzas de bombardeo, tres carros de combate para lanchas de desembarco, unos cuantos barcos a motor para el transporte, un buque hospital y suficientes aviones para transportar un batallón de paracaidistas. Me preocupaba mucho que no fuéramos capaces de abastecer estas operaciones y le envié un cable al general Eisenhower pidiéndole apoyo. Las pequeñas ayudas necesarias parecían muy poca cosa para pedírselas a nuestros amigos estadounidenses. Las concesiones que habían hecho ante mi presión incesante durante los tres meses anteriores se habían visto recompensadas por un éxito increíble. Con las lanchas de desembarco para una sola división y la asistencia de la fuerza aérea aliada durante unos días Rodas sería nuestra. Los alemanes, que

habían vuelto a hacerse cargo de la situación, habían desplazado a muchos de sus aviones hacia el Egeo para frustrar justamente el objetivo que yo tenía previsto. El siete de octubre le planteé también toda la cuestión al presidente, pero me apenó recibir un telegrama que era prácticamente un rechazo y me dejaba a mí solo, ya comprometido con su aprobación y la de los jefes del Estado Mayor estadounidense, para hacer frente al golpe inminente. Las fuerzas negativas que hasta entonces se habían superado por tan poco sin duda volvían a tomar el control. Esto fue lo que dijo Roosevelt:

> No quiero obligar a Eisenhower a prescindir de nada que limite las perspectivas de un buen desarrollo inicial de las operaciones en Italia hasta alcanzar una línea segura al norte de Roma.
>
> Me opongo a toda desviación que, en opinión de Eisenhower, ponga en peligro la seguridad de la situación que tiene actualmente en Italia, cuya concentración resulta sumamente lenta teniendo en cuenta las conocidas características de su oponente, que posee una notoria superioridad en tropas de tierra y divisiones Panzer.
>
> Opino que ningún desvío de fuerzas ni de equipo debería perjudicar «Overlord» tal y como está previsto. Los jefes del Estado Mayor estadounidense están de acuerdo. Transmito copia de este mensaje a Eisenhower.

Reparé en particular en la frase «Opino que ningún desvío de fuerzas ni de equipo debería perjudicar “Overlord” tal y como está previsto». Pretender que un retraso de seis semanas en la devolución de nueve lanchas de desembarco para «Overlord», de las más de quinientas que intervendrían, que en cualquier caso dispondrían de seis meses, comprometería la gran operación de mayo de 1944 era algo totalmente desproporcionado. Por consiguiente el ocho de octubre volví a hacer un vehemente llamamiento. Mirando hacia atrás a los resultados favorables y duraderos que obtuve como consecuencia de mi viaje con el general Marshall a Argel, en junio, del que surgió toda nuestra buena fortuna, pensé en repetir el mismo procedimiento e hice todos los preparativos para volar de inmediato a Túnez, donde se iban a reunir en una conferencia los comandantes en jefe.

Pero la respuesta de Roosevelt enfrió mis últimas esperanzas. Pensó que no debía asistir. Por tanto cancelé el viaje que me proponía hacer. En el momento crítico de la conferencia llegó la noticia de que Hitler había decidido reforzar su ejército en Italia y librar una batalla importante al sur de Roma, lo que inclinó la balanza en contra del pequeño refuerzo solicitado para atacar Rodas.

Aunque podía entender que el cambio de situación hubiera afectado a la opinión de los generales que participaban en nuestra campaña italiana, en el fondo de mi corazón no estaba ni estoy convencido de que no se hubiera podido dar cabida a la captura de Rodas. Sin embargo, con uno de los mayores dolores que sufrí durante la guerra, me resigné. Si uno se tiene que someter es un desperdicio no hacerlo con la mayor gracia posible. Cuando estaban pendientes tantas cuestiones de suma importancia no podía arriesgar mis relaciones personales con el presidente. Por tanto

aproveché las noticias procedentes de Italia para aceptar lo que pensé entonces, y sigo pensando, que fue una decisión que demuestra una falta de previsión.

No se ganó nada con este exceso de precaución. Resultó que todavía tardamos ocho meses en capturar Roma. Durante todo el otoño y el invierno se utilizaron veinte veces la cantidad de embarcaciones que habrían contribuido a tomar Rodas en dos semanas para trasladar las bases de los bombarderos pesados angloamericanos de África a Italia. Rodas siguió siendo una espina en nuestro costado. Al ver la extraordinaria inercia de los aliados cerca de sus costas Turquía fue mucho menos amable y nos negó sus aeródromos.

El Estado Mayor estadounidense había impuesto su punto de vista; les tocaba a los británicos pagar el precio. Aunque luchamos por mantener nuestra posición en Leros el destino de la pequeña fuerza que teníamos allí estaba prácticamente condenado. Aumentamos la guarnición hasta convertirla en una brigada; eran tres buenos batallones de infantería británicos que habían sufrido todo el sitio y el hambre en Malta[40] y todavía estaban recuperando su peso y su fuerza física. El Almirantazgo hizo todo lo posible y el general Eisenhower despachó a Oriente próximo dos grupos de cazas de largo alcance como medida transitoria. Su presencia allí se hizo sentir en seguida. Pero el once de octubre los retiraron. A partir de entonces el enemigo tuvo el predominio aéreo y nuestros barcos sólo pudieron operar por la noche sin sufrir terribles pérdidas. A primeras horas del doce de noviembre desembarcaron las tropas alemanas y por la tarde seiscientos paracaidistas cortaron en dos la defensa. En las últimas etapas habían enviado a Leros a la guarnición de Samos, el 2.º Real de West Kent, pero todo había terminado y ellos también cayeron. Con escaso apoyo aéreo y sometidos al intenso ataque de los aviones enemigos, los batallones siguieron batallando hasta el anochecer del día dieciséis cuando, agotados, ya no pudieron luchar más. Así cayó en poder del enemigo esta excelente brigada de tropas. Perdimos así todas nuestras esperanzas en el Egeo por el momento. De inmediato intentamos evacuar las pequeñas guarniciones que había en Samos y en otras islas y de rescatar a los supervivientes de Leros. Se rescataron más de mil soldados británicos y griegos, así como también numerosos simpatizantes italianos y prisioneros alemanes, pero volvimos a sufrir graves pérdidas navales. Seis destructores y dos submarinos fueron hundidos por aviones o por minas y cuatro cruceros y cuatro destructores sufrieron averías. Compartió estas tribulaciones la Armada griega que desempeñó un valiente papel a lo largo de todo el proceso.

He recontado los dolorosos episodios de Rodas y Leros con cierto detalle. Constituyen, por fortuna en pequeña escala, la divergencia más seria que tuve nunca con el general Eisenhower. Durante muchos meses, enfrentándome a interminables

resistencias, despejé el camino para su exitosa campaña en Italia. En lugar de ganar sólo Cerdeña establecimos un gran grupo de ejércitos en la península italiana. Córcega era un extra en nuestras manos. Habíamos desviado de otros frentes una parte importante de las reservas alemanas. El pueblo y el gobierno italianos se habían puesto de nuestro lado. Italia le había declarado la guerra a Alemania. Sumó su flota a la nuestra. Mussolini era un fugitivo. La liberación de Roma no parecía lejana. Diecinueve divisiones alemanas, abandonadas por sus camaradas italianos, estaban dispersas por los Balcanes, donde no habíamos necesitando más de mil oficiales y hombres en total. La fecha de «Overlord» no se había visto afectada de forma decisiva.

Yo había sido un medio para encontrar entre las fuerzas británicas e imperiales que había en Egipto cuatro divisiones de primera clase más, además de las que se consideraban posibles. No sólo habíamos ayudado al Estado Mayor angloamericano del general Eisenhower en su carrera victoriosa sino que les habíamos proporcionado considerables recursos inesperados sin los que es posible que hubieran ocurrido desastres. Me apenaba que lo poco que había pedido, con unos fines estratégicos casi tan elevados como los que ya se habían conseguido, hubiese sido resistido y rechazado con tanta obstinación. Desde luego cuando uno está ganando una guerra se puede decir que casi todo lo que ocurre es adecuado y prudente. Sin embargo, de no ser por las pedantes negativas en esta esfera menor, habría sido fácil añadir el control del Egeo y, con mucha probabilidad, la incorporación de Turquía a todos los frutos de la campaña en Italia.

Al mismo tiempo, siguiendo el consejo de Kesselring, Hitler cambió de opinión sobre su estrategia en Italia. Hasta entonces su intención era retirar las fuerzas que tenía más allá de Roma y defender sólo el norte de Italia; pero entonces les ordenó que siguieran luchando lo más al sur posible. La línea elegida, la llamada «Winterstellung», pasaba por detrás del río Sangro, del lado del Adriático, y recorría el centro montañoso de la península hasta la desembocadura del Garigliano en el oeste. Por las características físicas del país, sus montañas escarpadas y sus ríos rápidos, esta posición, de varios kilómetros de ancho, tenía una fuerza inmensa. Después de un año de retiradas casi continuas en África, Sicilia e Italia las tropas alemanas estaban contentas de darse la vuelta para combatir. Disponían entonces de diecinueve divisiones en Italia mientras que los aliados teníamos el equivalente a trece. Hacían falta muchos refuerzos y una gran consolidación para defender nuestras conquistas, rápidas y brillantes, lo que suponía un esfuerzo para nuestro transporte marítimo. Los primeros esfuerzos a fondo que se hicieron en la línea alemana no tuvieron demasiado éxito. Nuestros hombres llevaban dos meses combatiendo con ahínco, hacía un tiempo horrible y las tropas necesitaban descansar y reagruparse. Se

tendieron cabezas de puente al otro lado del río pero las principales defensas del enemigo estaban situadas en las tierras altas, más distantes. El mal tiempo, con la lluvia, el barro y los ríos crecidos postergaron el ataque del Octavo Ejército hasta el veintiocho de noviembre, pero entonces avanzó bien. Al cabo de una semana de intensas luchas nos establecimos dieciséis kilómetros más allá del Sangro. Pero el enemigo seguía manteniendo una posición firme y recibió más refuerzos procedentes del norte de Italia. Se ganó un poco más de terreno durante el mes de diciembre, aunque no se tomó ningún objetivo vital, y el clima invernal paralizó las operaciones activas. El Quinto Ejército de Estados Unidos (que incluía al X Cuerpo británico) a las órdenes del general Clark siguió combatiendo en la carretera hacia Cassino y atacó las primeras defensas de las principales posiciones alemanas. El enemigo estaba firmemente apostado en unas montañas que dominaban la carretera por ambos lados. El formidable macizo de Montecassino, al oeste, fue atacado y finalmente desalojado tras una dura lucha. Pero hasta principios del nuevo año el Quinto Ejército no se pudo alinear del todo a lo largo del río Garigliano y su afluente, el Rápido, donde quedó frente a las cimas de Cassino y su famoso monasterio.

De modo que la posición en Italia cambió considerablemente en detrimento nuestro. Los alemanes recibieron muchos refuerzos y las órdenes de resistir en lucrar de retirarse. Los aliados, por el contrario, enviaban de vuelta a Inglaterra, desde Italia y el Mediterráneo, a ocho de sus mejores divisiones para el ataque al otro lado del canal de la Mancha que tendría lugar en 1944. Las cuatro divisiones adicionales que yo estaba reuniendo o había enviado no compensaron la pérdida. Sobrevino un punto muerto que no se solucionó durante ocho meses de intensos combates.

Sin embargo, a pesar de estas desilusiones, la campaña en Italia había atraído a veinte divisiones alemanas de buena calidad. Yo lo llamaba el tercer frente. Si sumamos las guarniciones que tenían en los Balcanes, por temor a sufrir ataques allí, disponían de casi cuarenta divisiones para hacer frente a los aliados en el Mediterráneo. En nuestro segundo frente, en el noroeste de Europa, todavía no había estallado la lucha pero su existencia era real. Siempre tenían enfrente alrededor de treinta divisiones, como mínimo, que aumentaron a sesenta a medida que se avecinaba la invasión. Nuestro bombardeo estratégico desde Gran Bretaña obligó al enemigo a desviar gran cantidad de hombres y masas de material para defender su patria. Estas aportaciones no fueron nada desdeñables para los rusos en lo que ellos tenían todo el derecho a llamar el primer frente.

Debo acabar este capítulo con un resumen.

Durante este período de la guerra todas las grandes combinaciones estratégicas de las potencias occidentales se vieron restringidas y distorsionadas por la escasez de lanchas de desembarco para carros de combate, necesarias para transportar no tanto

carros sino todo tipo de vehículos. Todos los que participamos en cuestiones militares durante este período tenemos grabadas en la cabeza las letras «L. S. T.» (*Landing Ship, Tanks*)[41]. Habíamos invadido Italia con una fuerza poderosa. Teníamos un ejército que si no recibía apoyo podía ser totalmente rechazado otorgando a Hitler su mayor triunfo desde la caída de Francia. Por otra parte, quedaba fuera de duda la realización del ataque de «Overlord» en 1944. Lo máximo que yo pedía era un plazo si era necesario de dos meses, es decir, desde algún momento de mayo de 1944 hasta algún momento de julio, que nos permitiera resolver el problema de las lanchas de desembarco. En lugar de tener que regresar a Inglaterra a finales del otoño de 1943, antes de los temporales de invierno, podrían partir a principios de la primavera de 1944. Sin embargo si se mantenía con pedantería la fecha de mayo interpretándola como el uno de mayo, el ejército aliado en Italia corría un peligro insuperable. Si algunas de las lanchas de desembarco destinadas a «Overlord» podían permanecer en el Mediterráneo durante el invierno no habría dificultades en triunfar en la campaña italiana. Había muchísimas tropas inactivas en el Mediterráneo: tres o cuatro divisiones francesas, dos o tres estadounidenses y por lo menos cuatro (incluidas las polacas) británicas o bajo control británico. Lo único que se interponía entre estas tropas y su operación efectiva en Italia eran las lanchas de desembarco para carros de combate, y el principal obstáculo que se alzaba entre nosotros y estas lanchas era la insistencia en que regresaran tan pronto a Gran Bretaña.

No quiero inducir al lector a pensar equivocadamente que: a) yo quería abandonar «Overlord», b) que yo quería privar a «Overlord» de fuerzas vitales, o c) que tenía prevista una campaña con ejércitos que intervinieran en la península balcánica. Éstos no son más que mitos. Jamás se me había pasado por la cabeza nada semejante. Necesitaba un retraso de seis semanas o de dos meses, a partir del uno de mayo, con respecto a la fecha de «Overlord» para poder usar durante varios meses las lanchas de desembarco en el Mediterráneo a fin de transportar a Italia unas fuerzas que realmente fueran eficaces y de este modo no sólo tomar Roma sino también provocar la retirada de más divisiones alemanas, ya fuera del frente ruso o del de Normandía, o de ambos. Todo esto se había debatido en Washington sin tener en cuenta lo limitado de las cuestiones con las que tenía que ver mi argumento.

Como veremos a continuación, al final todo salió como lo pedí. Las lanchas de desembarco no sólo estuvieron disponibles para defender el Mediterráneo sino que además les dieron mayor flexibilidad, por el bien de la operación de Anzio, en enero, lo que no impidió de ninguna manera que el seis de junio comenzara «Overlord» con las fuerzas adecuadas. Lo que ocurrió sin embargo fue que la larga lucha para tratar de conseguir estos pequeños retrasos y para evitar que se desarmara un vasto frente para ajustarse a una fecha rígida en el otro trajo como consecuencia unas operaciones prolongadas y poco satisfactorias en Italia.

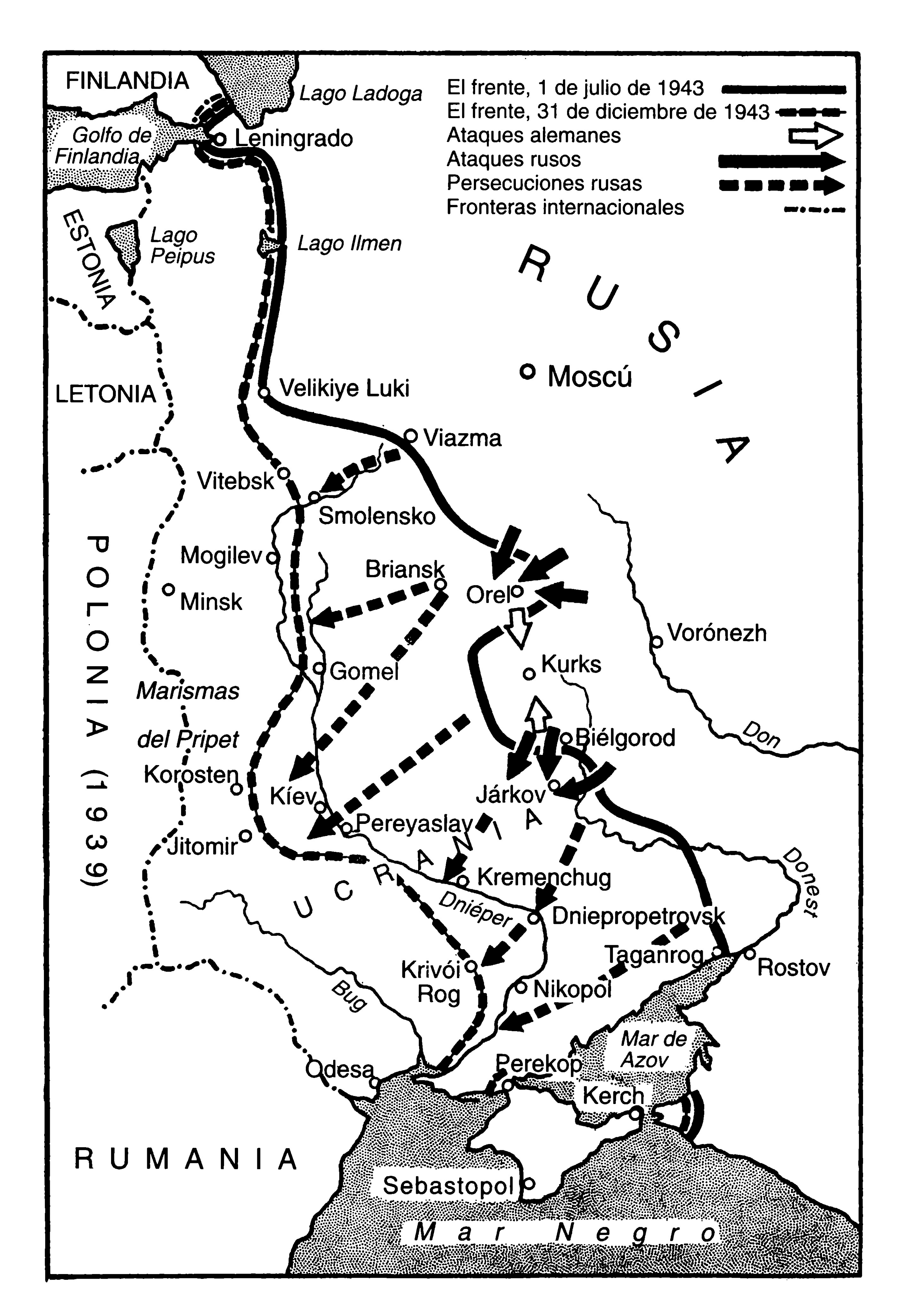
Capítulo V

LOS CONVOYES ÁRTICOS

El año 1942 finalizó en aguas del Ártico con una acción contundente de unos destructores británicos que escoltaban un convoy hasta el norte de Rusia y que provocó una crisis en el Alto Mando alemán y la destitución del almirante Raeder como comandante de los asuntos navales. Entre enero y marzo, durante los meses restantes de oscuridad casi permanente, otros dos convoyes compuestos por cuarenta y dos barcos y seis embarcaciones más que navegaban de forma independiente emprendieron esta arriesgada travesía; llegaron cuarenta a destino. Durante el mismo período regresaron de Rusia treinta y seis barcos y se perdieron cinco. El regreso de la luz natural facilitó al enemigo el ataque a los convoyes. Los restos de la flota alemana, incluido el *Tirpitz*, se concentraban entonces en aguas noruegas y presentaban una amenaza formidable y constante a lo largo de buena parte de la ruta. La batalla del Atlántico con los submarinos alemanes se estaba convirtiendo en una violenta crisis. El esfuerzo para nuestros destructores era superior a lo que podíamos soportar. Hubo que postergar el convoy de marzo y en abril el Almirantazgo hizo la propuesta, que acepté, de suspender los suministros a Rusia por esta ruta hasta la oscuridad otoñal.

La decisión se tomó con gran pesar debido a las tremendas batallas en el frente ruso que caracterizaron la campaña de 1943. Después del deshielo primaveral los dos bandos se prepararon para una lucha trascendental. Los rusos dominaban entonces la situación, tanto en tierra como en el aire, y los alemanes podían albergar pocas esperanzas de conseguir la victoria definitiva. No obtuvieron ninguna ventaja que compensara sus fuertes pérdidas y los nuevos carros de combate «Tigre», con los cuales contaban para triunfar, fueron destrozados por la artillería rusa. Su Ejército ya había sido diezmado por sus campañas anteriores en Rusia y se había diluido con la incorporación de sus aliados de segunda clase de modo que cuando comenzaron a caer los golpes de los rusos no fue capaz de eludirlos. Las tres grandes batallas de Kursk, Orel y Jarkov, libradas todas en un período de dos meses, determinaron la ruina del ejército alemán en el frente oriental. En todas partes fue vencido y abrumado. El plan ruso, a pesar de su amplitud, no superó nunca sus recursos. Los rusos no sólo demostraron su nueva superioridad en tierra; en el aire, alrededor de dos mil quinientos aviones alemanes encontraron la oposición de por lo menos el doble de aviones rusos cuya eficacia había mejorado mucho. Durante esta etapa de la guerra la Fuerza Aérea alemana se encontraba en el apogeo de su poderío con un total de

unos seis mil aviones. Que pudieran destinar menos de la mitad para apoyar esta campaña crucial es una muestra suficiente del valor que tuvieron para Rusia nuestras operaciones en el Mediterráneo y del aumento del esfuerzo de los bombardeos aliados con base en Gran Bretaña. Los alemanes se dieron cuenta de sus limitaciones, sobre todo en aviones de combate. Aunque estaban en inferioridad de condiciones en el frente oriental en septiembre tuvieron que debilitarlo más para defenderse en el oeste, donde en invierno se desplegaron casi las tres cuartas partes del total de la fuerza de cazas alemanes. Los ataques rusos, rápidos y coincidentes, no dieron oportunidad a los alemanes para aprovechar al máximo sus recursos aéreos. Las unidades aéreas se trasladaban con frecuencia de una zona bélica a otra para ocuparse de una crisis nueva y, dondequiera que fueran, dejando un vacío a sus espaldas, encontraban aviones rusos con una fuerza abrumadora.


FINLANDIA
Lago Ladoga
El frente, 1 de julio de 1943
El frente, 31 de diciembre de 1943
Ataques alemanes
Ataques rusos
Persecuciones rusas
Fronteras internacionales
Golfo de Finlandia
Leningrado
ESTONIA
Lago Peipus
Lago Ilmen
RUSIA
Moscú
LETONIA
Velikiye Luki
Viazma
Vitebsk
Smolensko
POLONIA (1939)
Mogilev
Briansk
Orel
Minsk
Vorónezh
Gomel
Kurks
Marismas del Pripet
Biélgorod
Don
Korosten
Kíev
Járkov
Pereyaslav
Jitomir
UCRANIA
Kremenchug
Donest
Dniéper
Dniepropetrovsk
Taganrog
Rostov
Krivói Rog
Nikopol
Bug
Mar de Azov
Odesa
Perekop
Kerch
RUMANIA
Sebastopol
Mar Negro

En septiembre los alemanes se retiraban a lo largo de todo su frente meridional, desde delante de Moscú hasta el mar Negro. Los rusos se adelantaron para perseguirlos. En el ángulo septentrional una ofensiva rusa se apoderó de Smolensko el veinticinco de septiembre. Sin duda los alemanes esperaban quedarse en el Dniéper, la siguiente línea que coincidía con un gran río, pero a principios de octubre los rusos ya lo habían atravesado al norte de Kíev y al sur en Pereyaslav y Kremenchug. Más al sur tomaron también Dniepropetrovsk el veinticinco de octubre. Sólo cerca de la desembocadura del río los alemanes estaban aún en la orilla occidental del Dniéper; todo el resto había desaparecido. Cortaron la retirada de la fuerte guarnición alemana de Crimea. Kíev, flanqueada por ambos lados, cayó el seis de noviembre y hubo muchos prisioneros. En diciembre, después de tres meses de persecuciones, los ejércitos alemanes de la Rusia central y meridional habían tenido que retroceder más de trescientos kilómetros y, al no poder defender la línea del río Dniéper, se encontraron al descubierto y vulnerables a una campaña invernal en la que, como ya les había enseñado la amarga experiencia, sus contrarios eran superiores. Y ésta fue la gran historia rusa de 1943.

Era natural que el gobierno soviético nos echara en cara la suspensión de los convoyes, por culpa de lo cual sus ejércitos morían de hambre. La noche del veintiuno de septiembre Mólotov convocó a nuestro embajador en Moscú y le pidió que se reanudaran los viajes. Destacó que se había eliminado la flota italiana y que los submarinos alemanes habían abandonado el Atlántico septentrional emprendiendo la ruta meridional. El ferrocarril persa no tenía suficiente capacidad. Durante tres meses la Unión Soviética había soportado una ofensiva amplia y sumamente agotadora y sin embargo en 1943 habían recibido menos de una tercera parte de los suministros del año anterior. Por consiguiente, el gobierno soviético «insistía» en que se reanudaran urgentemente los convoyes y esperaba que el gobierno de Su Majestad tomara todas las medidas necesarias en los próximos días.

Cuando nos reunimos en Londres la noche del día veintinueve para discutir todo esto recibimos otra buena noticia: el *Tirpitz* había quedado inutilizado después de sufrir el ataque audaz y heroico de nuestros pequeños submarinos. De las seis embarcaciones que participaron dos atravesaron todas las complicadas defensas. Los oficiales que estaban al mando, los tenientes de navío Cameron y Place, rescatados por los alemanes, sobrevivieron como prisioneros de guerra y recibieron la Cruz de la Victoria. El reconocimiento aéreo posterior demostró que el buque de guerra había sufrido graves daños y que habría que llevarlo a un astillero para repararlo antes de que pudiera entrar en acción otra vez. El *Lützow* ya había ido al Báltico. De este

modo conseguíamos un retraso, probablemente de varios meses, en aguas del Ártico.

Pero Eden tenía muchas quejas sobre la forma en que los rusos trataban a nuestros hombres, por lo que envié a Stalin el siguiente telegrama:

> […] Tengo el placer de comunicarle que tenemos la intención de enviar una serie de cuatro convoyes al norte de Rusia en noviembre, diciembre, enero y febrero, cada uno de los cuales estará compuesto aproximadamente por treinta y cinco barcos británicos y estadounidenses. […]

Para evitar que los soviéticos volvieran a acusarnos de incumplir nuestra promesa, si nuestros esfuerzos por ayudarlos resultaban vanos, introduje un párrafo de salvaguardia:

> Sin embargo, dejo constancia de que no se trata de ningún trato ni contrato sino de una declaración de nuestra determinación firme y ferviente, partiendo de la que he ordenado que se tomaran las medidas necesarias para enviar estos cuatro convoyes de treinta y cinco barcos.

A continuación elaboré una lista de quejas con respecto al trato que habían recibido nuestros hombres en el norte de Rusia.

> […] Las cifras actuales de personal naval están por debajo de lo necesario, incluso para nuestros requerimientos actuales, porque tenemos que enviar a los hombres a sus casas sin tener refuerzos. Las autoridades civiles de su país nos han negado todos los visados para los hombres que iban al norte de Rusia, incluso para relevar a los que hace tiempo que deberían haber sido relevados. Mólotov ha presionado al gobierno de Su Majestad para que acepte que la cifra del personal militar británico en el norte de Rusia no supere la del personal militar soviético y la delegación comercial en este país. Pero no hemos podido aceptar su proposición porque su trabajo es bastante diferente y la cantidad de hombres necesarios para las operaciones bélicas no se puede determinar de forma tan poco práctica. […]
>
> Por consiguiente, debo pedirle que apruebe la inmediata concesión de visados para el personal adicional que hace falta ahora y que se comprometa a no negarse a conceder visados en el futuro cuando nos parezca necesario solicitarlos en relación con la asistencia que les estamos brindando en el norte de Rusia. Insisto en que de las alrededor de ciento setenta personas que componen el personal naval que tenemos actualmente en el norte más de ciento cincuenta deberían haberse relevado hace meses pero los visados soviéticos han sido retenidos. El estado de salud de estos hombres, que no están acostumbrados a las condiciones climáticas y de otra índole, hace que sea muy necesario relevarlos sin demora. […]
>
> También debo pedirle su colaboración para poner remedio a las condiciones en las que se encuentran actualmente nuestro personal militar y nuestros marinos en el norte de Rusia. Estos hombres, evidentemente, participan en operaciones contra el enemigo en nuestro común interés y, fundamentalmente, para trasladar suministros aliados a su país. Estoy seguro de que coincidirá conmigo en que se hallan en una posición completamente diferente de la de los individuos comunes que entran en territorio ruso a pesar de lo que las autoridades de su país los someten a las siguientes restricciones, que considero inadecuadas para hombres que han sido enviados por un aliado para llevar a cabo nuestras operaciones que son del máximo interés para la Unión Soviética:
>
>> (a) Nadie puede desembarcar de una embarcación de Su Majestad ni de un barco mercante británico si no es en una embarcación soviética, en presencia de un oficial soviético y después de que le examinen los documentos en cada ocasión.
>>
>> (b) Nadie procedente de un buque de guerra británico está autorizado a pasar junto a un barco mercante británico sin que se informe a las autoridades soviéticas de antemano. Esta medida se aplica incluso al almirante británico que se encuentre al mando.
>>
>> (c) Los oficiales y los marinos británicos están obligados a conseguir pases especiales antes de

poder desembarcar o pasar de un barco británico a otro. Estos pases a menudo se retrasan mucho con el consiguiente trastorno para la tarea que estén llevando a cabo.

(d) No se pueden desembarcar provisiones, equipaje ni correo para esta fuerza operacional si no es en presencia de un oficial soviético y hay que cumplir numerosas formalidades para embarcar todas las provisiones y el correo.

(e) La correspondencia del servicio privado es objeto de censura, aunque para una fuerza operacional de este tipo la censura debería quedar, en nuestra opinión, en manos de las autoridades militares británicas.

La imposición de estas restricciones afecta tanto a los oficiales como a los marinos, lo que perjudica las relaciones anglosoviéticas y resultaría sumamente ofensivo si el Parlamento se enterara. El efecto acumulativo de estas formalidades ha dificultado el eficaz cumplimiento de las obligaciones de estos hombres y en más de una ocasión unas operaciones urgentes e importantes. No se impone ninguna restricción semejante al personal soviético que hay aquí. […] Confío sin duda, señor Stalin, en que podrá resolver estas dificultades de forma amistosa para que podamos colaborar mutuamente y con la causa común todo lo que permitan nuestras fuerzas.

Eran unas peticiones modestas teniendo en cuenta los esfuerzos que estábamos a punto de hacer. No recibí ninguna respuesta de Stalin durante cerca de dos semanas, al cabo de las cuales recibí ésta:

Recibí su mensaje del uno de octubre en el que me informaba de su intención de enviar cuatro convoyes a la Unión Soviética por la ruta del norte en noviembre, diciembre, enero y febrero. Sin embargo, esta comunicación pierde su valor cuando manifiesta que esta intención de enviar convoyes al norte de la URSS no es una obligación ni un contrato sino sólo una declaración que, según se puede entender, los británicos pueden rechazar en cualquier momento sin tener en cuenta la influencia que esto pueda tener en los ejércitos soviéticos que se encuentran en el frente. Debo decir que no puedo estar de acuerdo con semejante planteamiento de la cuestión. Los suministros del gobierno británico a la URSS, los armamentos y demás productos militares, no se pueden considerar más que una obligación que, por un pacto especial entre nuestros países, el gobierno británico asumió con respecto a la URSS, que lleva a sus espaldas por tercer año ya la enorme carga de la lucha contra el enemigo común de los aliados: la Alemania de Hitler. […] Como ha demostrado la experiencia, el envío de armas y suministros militares a la URSS a través de los puertos persas no puede compensar de ningún modo los suministros que no se entregaron por la ruta del norte. […] Es imposible considerar este planteamiento de la cuestión como nada más que una negativa, por parte del gobierno británico, a cumplir las obligaciones asumidas y como una especie de amenaza contra la URSS.

Con respecto a lo que menciona sobre los puntos controvertidos que se supone que contiene la declaración de Mólotov debo decir que no encuentro ningún fundamento para este comentario. […] No veo la necesidad de incrementar la cantidad de militares británicos en el norte de la URSS ya que la mayoría de los que ya están allí no están bien empleados y durante muchos meses han estado reducidos a una inactividad forzosa como ya hemos señalado en varias ocasiones desde el lado soviético. […] Existen también muestras lamentables de la conducta inadmisible de determinados militares británicos que trataron en varios casos de reclutar, con sobornos, a ciertos ciudadanos soviéticos para el servicio de espionaje. Estos casos, ofensivos para los ciudadanos soviéticos, naturalmente dieron pie a incidentes que produjeron complicaciones indeseables.

Con respecto a su mención de las formalidades y de ciertas restricciones que existen en los puertos del norte es necesario tener en cuenta que estas formalidades y restricciones son inevitables en zonas próximas al frente y no hay que olvidar la situación de guerra que existe en la URSS. […] Sin embargo, las autoridades soviéticas concedieron numerosos privilegios en este sentido a los soldados y los marinos británicos con respecto a los cuales se informó a la embajada británica hace mucho tiempo, en el mes de marzo. De modo que las formalidades y restricciones que menciona se basan en una información inexacta.

Con respecto a la cuestión de la censura y el encausamiento a los militares británicos no tengo nada

> que objetar a que la censura de la correspondencia privada del personal británico en los puertos del norte la realicen las propias autoridades británicas siempre que exista reciprocidad. […]

Le comenté al presidente: «Acabo de recibir un telegrama de Stalin que no me parece exactamente lo que uno podría esperar de un caballero por cuyo bien tenemos que hacer un esfuerzo tan incómodo, tan extremo y tan costoso. […] Pienso, o al menos espero, que este mensaje venga de la maquinaria más que de Stalin ya que tardaron doce días en su elaboración. La maquinaria soviética está bastante convencida de que pueden conseguirlo todo con bravuconadas y estoy seguro de que es importante demostrarles que no siempre es así».

El día dieciocho le pedí al embajador soviético que viniera a verme. Como era la primera vez que me entrevistaba con Gúsev, el sucesor de Maiski, me presentó los saludos del mariscal Stalin y de Mólotov, y yo le dije que se había labrado una buena reputación ante nosotros en Canadá. Después de estos cumplidos conversamos un poco sobre el segundo frente. Le hablé con entusiasmo de nuestro gran deseo de colaborar con Rusia y de mantener relaciones amistosas con ella y que me parecía que debería ocupar un lugar importante en el mundo después de la guerra, de lo que nos alegraríamos, y que haríamos todo lo posible por establecer buenas relaciones entre su país y Estados Unidos.

Entonces me referí al telegrama de Stalin sobre los convoyes. Le dije brevemente que no me parecía que este mensaje contribuyera a la situación, que me había apenado mucho, que temía que cualquier respuesta que enviara no haría más que empeorar las cosas, que el ministro de Asuntos Exteriores estaba en Moscú y que había dejado que resolviera él la cuestión *in situ* y que, por consiguiente, no quería recibir el mensaje. Entonces entregué un sobre al embajador. Gúsev lo abrió para ver lo que había dentro y, al reconocer el mensaje, dijo que a él le habían dado instrucciones de entregármelo. Le dije: «No estoy preparado para recibirlo», y me puse de pie para indicar, con amabilidad, que daba por concluida nuestra conversación. Me dirigí a la puerta y la abrí. Hablamos un poco al lado de ella acerca de que viniera a comer algún día para hablar con la señora Churchill sobre algunos aspectos relacionados con el fondo de ayuda a Rusia, que le dije que había alcanzado los cuatro millones de libras esterlinas. No le di oportunidad de volver a mencionar el tema de los convoyes ni de tratar de devolverme el sobre y me despedí.

El gabinete de Guerra aprobó mi negativa a recibir el telegrama de Stalin. Sin duda fue un incidente diplomático insólito que, según supe después, impresionó mucho al gobierno soviético. De hecho, Mólotov lo mencionó varias veces en diversas conversaciones. Incluso antes de que se pudiera informar a Moscú al respecto surgieron recelos en círculos soviéticos. El diecinueve de octubre Eden, a su

llegada allí para una conferencia planeada hacía tiempo entre los ministros de Asuntos Exteriores de los tres grandes aliados, telegrafió que Mólotov había ido a verlo a la embajada y le había dicho lo mucho que su gobierno valoraba los convoyes y la tristeza que les producía su ausencia. La ruta del norte era la manera más corta y más rápida de hacer llegar suministros al frente donde los rusos estaban atravesando un momento difícil. Había que romper la línea de defensa invernal de los alemanes. Mólotov prometió hablar con Stalin de todo esto y organizar una entrevista.

La importante conversación se celebró el día veintiuno. Mientras tanto, para fortalecer la posición de Eden y por sugerencia suya, suspendí el viaje de los destructores británicos que era el primer paso para reanudar los convoyes. Al final se acordó su reanudación. El primero zarpó en noviembre y le siguió un segundo en diciembre. Entre los dos sumaban setenta y dos barcos. Todos llegaron a salvo y, al mismo tiempo, los convoyes que regresaban con los barcos vacíos también pudieron salir sin novedad.

En su viaje de ida el convoy de diciembre participaría en un gratificante combate naval. Después de que el *Tirpitz* quedara inutilizado el *Scharnhorst* era el único barco pesado enemigo que quedaba en el norte de Noruega. Este barco emprendió una incursión desde el fiordo de Alten, con cinco destructores, al anochecer del día de Navidad de 1943 para atacar el convoy a unos ochenta kilómetros al sur de la isla de los Osos. La escolta de refuerzo del convoy comprendía catorce destructores con una fuerza de cobertura de tres cruceros. El comandante en jefe, el almirante Fraser, permaneció al suroeste en su buque insignia, el *Duke of York*, junto con el crucero *Jamaica* y cuatro destructores.

En dos ocasiones el *Scharnhorst* trató de atacar el convoy pero cada vez fue interceptado y tuvo que enfrentarse a los cruceros y los destructores de la escolta; después de un combate indeciso, en el que fueron alcanzados tanto el *Scharnhorst* como el crucero británico *Norfolk*, los alemanes abandonaron el combate y se retiraron hacia el sur seguidos de cerca por nuestros cruceros que nos informaron. A los destructores alemanes nadie los vio y no tomaron parte. Mientras tanto el comandante en jefe se acercaba a la máxima velocidad a pesar de la mar gruesa. A las 16.17, cuando hacía tiempo que se había puesto el sol en el Ártico, el *Duke of York* detectó al enemigo con el radar a unos treinta y siete kilómetros. El *Scharnhorst* no se dio cuenta de lo que le esperaba hasta que a las 16.50 el *Duke of York* abrió fuego a más de diez mil metros con la ayuda de bengalas de estrella. Al mismo tiempo el almirante Fraser envió a sus cuatro destructores para que atacaran en cuanto se presentara la oportunidad. La tripulación de uno de ellos, el *Stord*, pertenecía a la Armada real de Noruega. El *Scharnhorst*, sorprendido, viró para huir hacia el este pero le dieron varias veces en su huida aunque, gracias a su mayor velocidad,

consiguió adelantarse. Sin embargo a las 18.20 se notó que comenzaba a disminuir la velocidad y nuestros destructores pudieron acercársele por ambos flancos. Cerca de las 19 todos aprovecharon para atacar. Cuatro torpedos dieron en el blanco. Sólo fue alcanzado un destructor.

El *Scharnhorst* viró para ahuyentar a los destructores lo que permitió al *Duke of York* acercarse rápidamente a unos nueve mil metros y volver a abrir fuego con un efecto demoledor. En media hora concluyó la desigual batalla entre un acorazado y un crucero de combate averiado; el *Duke of York* dejó que los cruceros y los destructores completaran la tarea. El *Scharnhorst* se hundió poco después y de su tripulación, compuesta por 1.970 oficiales y marinos, entre los que figuraba el contraalmirante Bey, sólo pudimos rescatar a treinta y seis hombres.

Si bien el destino del averiado *Tirpitz* se retrasó casi un año, el hundimiento del *Scharnhorst* no sólo hizo desaparecer la peor amenaza para nuestros convoyes árticos sino que brindó más libertad a nuestra flota. Ya no teníamos que estar preparados por si en cualquier momento irrumpían en el Atlántico los barcos pesados alemanes cuando les daba la gana, lo que supuso un alivio importante. Cuando en abril de 1944 tuvimos indicios de que el *Tirpitz* estaba en condiciones de trasladarse a un puerto del Báltico para su reparación desde los portaaviones *Victorious* y *Furious* despegaron aviones que lo atacaron con bombas pesadas, de modo que volvió a quedar inmovilizado. Después la Fuerza Aérea británica reanudó el ataque desde una base situada en el norte de Rusia y consiguieron causarle más daños, como consecuencia de los cuales llevaron al *Tirpitz* al fiordo de Tromso, que quedaba trescientos veinte kilómetros más cerca de Gran Bretaña, y dentro de la cobertura máxima de nuestros bombarderos pesados con base en nuestro país. Los alemanes ya habían perdido la esperanza de trasladar el barco a su país para repararlo y ya no contaban con él como unidad de combate en el mar. El doce de noviembre veintinueve aviones Lancaster de la Fuerza Aérea británica especialmente equipados, incluidos los del escuadrón 617, famoso por la proeza de la presa de Mohne, le asestaron el golpe decisivo, con bombas de más de cinco mil kilos. Tuvieron que recorrer más de tres mil doscientos kilómetros desde su base en Escocia pero el tiempo estaba despejado y tres bombas dieron en el blanco. El *Tirpitz* se hundió en su atracadero, donde murió más de la mitad de su tripulación compuesta por mil novecientos hombres; esto nos costó un solo bombardero, cuya tripulación sobrevivió.

A partir de entonces todos los barcos pesados británicos pudieron desplazarse al Lejano Oriente con toda libertad.

En toda la guerra se perdieron noventa y un buques mercantes en la ruta del Ártico, lo que equivale a un 7,8 por 100 de los barcos cargados en viaje de ida y un 3,8 por 100 de los que regresaban. Sólo cincuenta y cinco de ellos formaban parte de

convoyes con escolta. De las alrededor de cuatro millones de toneladas de carga que se despacharon desde Estados Unidos y el Reino Unido se perdió cerca de una octava parte. En esta ardua tarea la marina mercante perdió 829 vidas, mientras que la de guerra pagó un precio superior. Se hundieron dos cruceros y diecisiete barcos de guerra de otros tipos y murieron 1.840 hombres entre oficiales y marinos de menor graduación.

Los cuarenta convoyes a Rusia transportaron una cantidad inmensa de material por un valor de 428 millones de libras que incluía cinco mil carros de combate y más de siete mil aviones, sólo de Gran Bretaña. De este modo cumplimos nuestra promesa, a pesar de las duras palabras de los líderes soviéticos y de la actitud desagradable que tuvieron con nuestros marinos.

Capítulo VI

TEHERÁN: LA PRIMERA PARTE

No había hecho más que regresar de mis visitas a la ciudadela, la Casa Blanca y Hyde Park, durante la conferencia de Quebec, en agosto y septiembre de 1943, cuando me planteé el tema de una reunión de los tres jefes de gobierno que era la consecuencia lógica de las conversaciones angloamericanas. En principio todo el mundo estaba de acuerdo en que era urgente e imprescindible pero nadie que no haya pasado por ello puede hacerse una idea de las preocupaciones y las complicaciones que supuso fijar una fecha, un lugar y unas condiciones para la primera conferencia de los entonces llamados los «tres grandes».

No me podía quitar de la cabeza varios aspectos importantes de la inminente conferencia. Era urgente elegir un comandante supremo para «Overlord», nuestra entrada en Europa atravesando el canal de la Mancha en 1944. Evidentemente esto afectaba de la manera más directa la conducción militar de la guerra y planteaba varias cuestiones personales de importancia que requerían mucha delicadeza. En la conferencia de Quebec acordé con el presidente que el mando de «Overlord» correspondiera a un general estadounidense y así lo informé al general Brooke, al que le había ofrecido el puesto con anterioridad. El presidente Roosevelt me dio a entender que elegiría al general Marshall, lo que era aceptable sin discusión para nosotros. Sin embargo, en el tiempo transcurrido entre Quebec y nuestra reunión en El Cairo, me di cuenta de que el presidente al final no había tomado ninguna decisión con respecto a Marshall. Evidentemente no se podía hacer ningún otro plan hasta que no se tomara la decisión fundamental. Mientras tanto corrieron innumerables rumores en la prensa estadounidense y surgió la posibilidad de que se produjeran reacciones parlamentarias en Londres.

Además, me parecía de suma importancia que el Estado Mayor británico y el estadounidense, y sobre todo el presidente y yo, llegáramos a un acuerdo general sobre la política de «Overlord» y su repercusión en el Mediterráneo. Estaba en juego toda la fuerza militar de nuestros dos países en el exterior y al comienzo de «Overlord» las fuerzas británicas tenían que ser iguales, el doble que los estadounidenses que había en Italia y tres veces más que en el resto del Mediterráneo. No cabía duda de que teníamos que llegar a algún acuerdo firme antes de invitar a los representantes soviéticos, tanto políticos como militares, a reunirse con nosotros. Aparentemente el presidente estaba a favor de la idea pero no del momento. Había surgido una fuerte corriente de opinión en los círculos gubernamentales estadounidenses que parecían querer ganar la confianza de los rusos, incluso a expensas de la coordinación del esfuerzo bélico angloamericano. Yo, por mi parte,

atribuía la máxima importancia a que nos reuniéramos con los rusos con una opinión clara y unificada acerca de los problemas que quedaban por resolver con respecto a «Overlord» y sobre la cuestión de los altos mandos. Quería que todo el procedimiento se realizara en tres etapas: en primer lugar, un amplio acuerdo angloamericano en El Cairo; en segundo lugar, una cumbre de los tres jefes de Gobierno de las tres grandes potencias en Teherán y, en tercer lugar, de regreso a El Cairo, la discusión de los asuntos puramente angloamericanos sobre la guerra en el frente índico y en el océano índico que sin duda era urgente. No quería dedicar el poco tiempo que teníamos a nuestra disposición a lo que, después de todo, eran cuestiones relativamente insignificantes cuando la decisión relacionada con el curso de toda la guerra exigía un acuerdo al menos provisional. Roosevelt aceptó venir primero a El Cairo pero quería que vinieran Mólotov y también los chinos. Sin embargo no hubo manera de convencer a Stalin para que arriesgara sus relaciones con los japoneses por intervenir en una conferencia cuatripartita con sus tres enemigos; por consiguiente toda la cuestión de la participación de los representantes soviéticos en El Cairo recibió una respuesta negativa, lo que constituyó un gran alivio que sin embargo se obtuvo con graves inconvenientes y hubo que pagar por él un precio.

La tarde del doce de noviembre zarpé de Plymouth en el *Renown* con mi equipo personal en un viaje que me mantendría lejos de Inglaterra durante más de dos meses. Después de hacer escala en Argel y en Malta llegamos a Alejandría el veintiuno por la mañana. Volé de inmediato a la pista de aterrizaje del desierto, cerca de las pirámides, donde Casey había puesto a mi disposición la agradable villa donde se alojaba él. Estábamos en una amplia extensión de los bosques de Kasserine, abundantemente salpicados por las lujosas residencias y los jardines de los cosmopolitas magnates cairotas. El generalísimo Chiang Kai-chek y su esposa ya se habían instalado a menos de un kilómetro de distancia. El presidente iba a ocupar la espaciosa villa del embajador estadounidense Kirk a unos cinco kilómetros por la carretera de El Cairo. A la mañana siguiente acudí al aeródromo del desierto a darle la bienvenida cuando llegó en la «Vaca sagrada» y fuimos juntos en coche hasta su villa.

Los estados mayores se reunieron en seguida. El cuartel general de la conferencia y el lugar de reunión de todos los jefes del Estado Mayor británico y el estadounidense fue el hotel Mena House, delante de las pirámides, y yo me encontraba a menos de un kilómetro de allí. Todo el lugar estaba repleto de soldados y cañones antiaéreos, y los más estrictos cordones protegían todos los accesos. Todo el mundo se puso a trabajar de inmediato en los distintos niveles en la inmensa cantidad de asuntos que había que resolver o ajustar.

En cuanto a la presencia de Chiang Kai-chek, en realidad ocurrió lo que

temíamos. Las conversaciones de los estados mayores británico y estadounidense se distrajeron lamentablemente con la historia china, que era larga, compleja y de poca importancia. Además, como veremos, el presidente, que tenía una opinión exagerada de la esfera india-china, se vio encerrado en largas conferencias con el generalísimo. Todas las esperanzas de convencer a Chiang y a su esposa de que fueran a ver las pirámides y que aprovecharan para pasárselo bien hasta que volviéramos de Teherán se esfumaron y el resultado fue que los asuntos chinos ocuparon en El Cairo el primer lugar en lugar del último. A pesar de mis argumentos el presidente prometió a los chinos que en los meses siguientes llevaría a cabo una considerable operación anfibia al otro lado del golfo de Bengala, lo que habría sido un estorbo para «Overlord» en lo que respecta a las lanchas de desembarco para carros de combate o las comunes, que ya se habían convertido en un embrollo mucho mayor que cualquiera de mis proyectos en Turquía y el Egeo, y también habría dificultado seriamente las inmensas operaciones que estábamos llevando a cabo en Italia. El veintinueve de noviembre escribí a los jefes del Estado Mayor: «El primer ministro quiere dejar constancia del hecho concreto de que él rechazó la solicitud del generalísimo para que emprendiéramos una operación anfibia al mismo tiempo que las operaciones terrestres en Birmania». Hasta que regresamos de Teherán a El Cairo no conseguí que el presidente se retractara de su promesa. De todos modos surgieron muchas complicaciones de las que hablaremos más adelante.

Desde luego aproveché la ocasión para visitar al generalísimo en su villa, donde él y su esposa estaban muy bien instalados. Era la primera vez que veía a Chiang Kai-chek y me impresionó su personalidad tranquila, reservada y eficaz. En ese momento se encontraba en el apogeo de su poder y su fama. Para los estadounidenses era una de las fuerzas que dominaban el mundo, el paladín de la «Nueva Asia». No cabe duda de que era un férreo defensor de China frente a una invasión japonesa. Era un anticomunista decidido. En círculos estadounidenses todos creían que encabezaría la cuarta potencia mundial después de alcanzar la victoria. Desde entonces, muchos de los que mantenían estas opiniones y valores los han dejado de lado. Yo, que en esos tiempos no compartía los juicios excesivos sobre el poder de Chiang Kai-chek ni sobre la futura utilidad de China, puedo decir que el generalísimo sigue defendiendo las mismas causas que en este momento le brindaron tanto renombre. Sin embargo, poco después fue derrotado por los comunistas en su propio país, lo que es algo terrible. Tuve una conversación muy agradable con su esposa, que me pareció una persona notable y encantadora. El presidente nos hizo fotografiar a todos juntos en una de las reuniones que celebramos en su villa, y aunque algunos de sus antiguos admiradores consideran actualmente tanto al generalísimo como a su esposa unos reaccionarios malvados y corruptos estoy contento de conservar este recuerdo.

El veinticuatro de noviembre el presidente celebró una reunión de nuestros jefes del Estado Mayor conjunto sin la presencia de la delegación china para hablar de las operaciones en Europa y el Mediterráneo. Pretendíamos analizar las relaciones de los dos frentes e intercambiar opiniones antes del viaje a Teherán. El presidente comenzó a hablar de las consecuencias para «Overlord» de cualquier acción que emprendiéramos mientras tanto en el Mediterráneo, incluido el problema de la entrada de Turquía en la guerra.

Cuando hablé, dije que «Overlord» seguía ocupando el primer puesto pero que no podíamos permitir que esta operación se convirtiera en un tirano que nos hiciera descartar cualquier otra actividad en el Mediterráneo; por ejemplo, había que conceder un poco de flexibilidad para la utilización de las lanchas de desembarco. El general Alexander había pedido que se retrasara la fecha de su partida para «Overlord» de mediados de diciembre a mediados de enero. Habían encargado la construcción de otras ochenta lanchas de desembarco para carros de combate en Gran Bretaña y Canadá. Teníamos que tratar de superar esa cifra. Era probable que resultara que los puntos que discutían los estados mayores estadounidense y británico no afectaran más que a una décima parte de nuestros recursos comunes, aparte del Pacífico. Sin duda se podía conseguir cierto grado de flexibilidad. No obstante, quise hacer desaparecer cualquier idea de que nos hubiéramos debilitado, enfriado o que estuviéramos tratando de desistir de «Overlord». Estábamos metidos hasta el cuello en esta operación. En resumen, dije que el programa que proponía consistía en tratar de tomar Roma en enero y Rodas en febrero; renovar los suministros a los yugoslavos, solucionar la cuestión del mando y abrir el Egeo en función del resultado de una aproximación a Turquía; y que todos los preparativos para «Overlord» siguieran adelante a todo vapor dentro del marco de la política anterior para el Mediterráneo.

Eden se unió a nosotros procedente de Inglaterra, adonde había volado después de sus conversaciones en Moscú. Su llegada me sirvió de gran ayuda. Al regresar de la conferencia de Moscú él y el general Ismay se habían reunido con el ministro de Asuntos Exteriores turco y con otros turcos. Eden destacó que necesitábamos con urgencia bases aéreas en el suroeste de Anatolia. Explicó que nuestra situación militar en Leros y Samos era precaria debido a la superioridad aérea alemana. Desde entonces se habían perdido los dos sitios. Eden también hizo hincapié en las ventajas que derivarían de la entrada de Turquía en la guerra. En primer lugar, obligaría a los búlgaros a concentrar sus fuerzas en la frontera y los alemanes tendrían que reemplazar las tropas búlgaras en Grecia y Yugoslavia, que equivalían a alrededor de diez divisiones. En segundo lugar, sería posible atacar un objetivo que podría ser decisivo: los pozos petrolíferos de Ploiesti. En tercer lugar, se interrumpiría la llegada a Alemania del cromo turco. Por último, estaba la ventaja moral. Era muy posible que

la entrada de Turquía en la guerra acelerara el proceso de desintegración en Alemania y entre sus satélites. Frente a todos estos argumentos la delegación turca se mostró impasible. Dijeron que, en efecto, la concesión de bases en Anatolia equivaldría a una intervención en la guerra y que si ellos intervenían en la guerra nada impediría que los alemanes tomaran represalias en Constantinopla, Ankara y Esmirna. Se negaron a conformarse con las garantías de que les proporcionaríamos suficientes cazas para hacer frente a cualquier ataque aéreo que lanzaran los alemanes, y de que éstos estaban tan dispersos por todas partes que no disponían de divisiones para atacar Turquía. El único resultado de las conversaciones fue que la delegación turca prometió informar a su gobierno. Teniendo en cuenta lo que había ocurrido frente a sus ojos en el Egeo nadie podía acusarlos de ser precavidos.

Por último estaba la cuestión de los altos mandos. Ni el presidente ni ningún miembro de su círculo de allegados hizo ninguna referencia a la cuestión, de ninguna manera, en las ocasiones, formales e informales pero siempre amistosas, en las que nos pusimos en contacto. Por consiguiente me quedó la impresión de que el general Marshall sería el comandante de «Overlord», de que el general Eisenhower lo sucedería en Washington y que me correspondería a mí, en representación del gobierno de Su Majestad, elegir al comandante del Mediterráneo que en ese momento no me cabía ninguna duda de que sería Alexander, que ya estaba combatiendo en Italia. Y así quedó la cuestión hasta que regresamos de El Cairo.

Ha habido muchas versiones engañosas de la línea que seguí, con el pleno acuerdo de los jefes del Estado Mayor británico, en la cumbre tripartita de Teherán. En Estados Unidos dicen que luché por impedir la empresa al otro lado del canal de la Mancha llamada «Overlord» y que procuré en vano convencer a los aliados para emprender una invasión masiva a los Balcanes o una campaña a gran escala en el Mediterráneo oriental, que en realidad acabaría con aquélla. En capítulos anteriores ya presenté y refuté esta tontería pero puede que valga la pena exponer lo que yo quería realmente y lo que conseguí en gran medida.

La operación «Overlord», que ya estaba planeada con todo detalle, debía comenzar en mayo o junio o, a más tardar, los primeros días de julio de 1944. Las tropas y todos los barcos necesarios para transportarlas seguían siendo la primera prioridad. En segundo lugar, había que alimentar al gran ejército angloamericano que intervenía en Italia para que pudiera capturar Roma y avanzar hasta asegurarse los aeródromos situados al norte de la capital, desde los que se podía atacar por aire el sur de Alemania. Después de conseguir todo esto no debía producirse ningún otro avance en Italia más allá de la línea Pisa-Rímini, es decir, que no debíamos extender el frente a la parte más ancha de la península italiana. Si el enemigo oponía resistencia estas operaciones atraerían y mantendrían ocupadas a gran cantidad de

tropas alemanas, darían a los italianos la oportunidad de hacer méritos y conservarían constantemente encendida la llama de la guerra en el frente enemigo.

No me oponía en ese momento a un desembarco en el sur de Francia, en la Riviera, con Marsella y Tolón como objetivos ni, a continuación, a un avance angloamericano hacia el norte siguiendo el valle del Ródano en apoyo de la invasión principal a través del canal de la Mancha. O si no, prefería un movimiento de la mano derecha desde el norte de Italia utilizando la península de Istria y el paso de Liubliana en dirección a Viena. Me encantó que el presidente lo sugiriera y, como ya se verá, traté de hacerlo partícipe. Si los alemanes ofrecían resistencia atraeríamos a muchas de sus divisiones desde el frente ruso o el del canal. Si no la ofrecían, liberaríamos a un coste muy bajo unas regiones enormes y valiosas. Yo estaba seguro de que encontraríamos resistencia, con lo que contribuiríamos a «Overlord» de forma decisiva.

Mi tercera petición era que no se descuidara el Mediterráneo oriental, con todas las ventajas que ofrecía, con la condición de que esto no absorbiera ninguna fuerza que se pudiera aplicar al otro lado del canal de la Mancha. En todo esto me ceñía a las proporciones que había mencionado al general Eisenhower dos meses antes, es decir, cuatro quintos en Italia, un décimo en Córcega y en el Adriático y un décimo en el Mediterráneo oriental. Jamás me moví de esta postura ni un ápice en todo un año.

Estábamos todos de acuerdo, británicos, rusos y estadounidenses, con respecto a los dos primeros, que afectaban a nueve décimas partes de las fuerzas que teníamos disponibles. Lo único que me faltaba conseguir era el uso efectivo de una décima parte de nuestra fuerza en el Mediterráneo oriental. Los bobos dirían: «¿No habría sido mucho mejor centrarlo todo en la operación decisiva y dejar de lado todas las demás oportunidades por considerarlas una pérdida de tiempo?». Pero esto supone pasar por alto los hechos determinantes. Todos los barcos disponibles en el hemisferio occidental ya estaban comprometidos hasta la última tonelada en la preparación de «Overlord» y el mantenimiento de nuestro frente en Italia. Aunque se hubieran conseguido más barcos no se habrían podido usar porque los programas de desembarco cubrían hasta el límite máximo todos los puertos y los campamentos implicados. En cuanto al Mediterráneo oriental no hacía falta nada que se pudiera aplicar en otro sitio. La fuerza aérea concentrada para defender Egipto podría cumplir su obligación igual de bien, o mejor, si se usaba desde una frontera de vanguardia. Todas las tropas, dos o tres divisiones como máximo, ya estaban en ese frente y no había más barcos, aparte de los locales, que pudieran transportarlas a frentes más amplios. Conseguir un uso activo y vigoroso de estas fuerzas, que de lo contrario se limitarían a ser meros espectadores, podía infligir un grave daño al enemigo. De tomarse Rodas todo el Egeo quedaría dominado por nuestra fuerza aérea y se establecería un contacto directo por mar con Turquía. Si, por el contrario, no

podíamos convencer a Turquía para que entrara en la guerra o para que estirase al máximo su neutralidad y nos prestase los aeródromos que construimos para ella, de todos modos podríamos dominar el Egeo y capturar Rodas ya no sería necesario. Saldría bien en cualquiera de los dos casos.

Evidentemente el premio era Turquía. Si podíamos conseguir Turquía sería posible, sin restar a las batallas fundamentales y decisivas ni un solo hombre, barco o avión, dominar el mar Negro con submarinos y fuerzas navales ligeras y echarle una mano derecha a Rusia y llevarle suministros para sus ejércitos por una ruta menos costosa, mucho más rápida y mucho más abundante que la del Ártico o la del golfo Pérsico.

Éstos fueron los tres temas sobre los que insistí al presidente y a Stalin en todas las ocasiones que tuve, sin dudar en repetir mis argumentos machaconamente. Tal vez hubiera convencido a Stalin pero el presidente Roosevelt estaba agobiado por los prejuicios de sus asesores militares y pasaba sin rumbo de una postura a otra en esta cuestión con lo que se dejaron de lado, sin utilizarlas, todas estas oportunidades secundarias pero fantásticas. Nuestros amigos estadounidenses se conformaron en su obstinación con la reflexión de que «en cualquier caso hemos evitado que Churchill nos enredara en los Balcanes». Jamás se me pasó por la cabeza semejante idea. En mi opinión, el hecho de no usar unas fuerzas que no se podían emplear con otros fines para hacer que Turquía entrara en la guerra y para dominar el Egeo fue un error en la dirección de la guerra que no tiene excusa aunque se consiguiera la victoria a pesar de todo.

La primera reunión plenaria se celebró en la embajada soviética el domingo veintiocho de noviembre a las cuatro de la tarde. La sala de conferencias era espaciosa y agradable y nos sentamos alrededor de una gran mesa redonda. Me acompañaban Eden, Dill, los tres jefes del Estado Mayor e Ismay. El presidente llevó a Harry Hopkins, el almirante Leahy, el almirante King y dos oficiales más. El general Marshall y el general Arnold no estuvieron presentes. Según el biógrafo de Hopkins, «entendieron mal la hora de la reunión y se fueron a hacer una excursión para conocer Teherán». Yo contaba con mi admirable intérprete del año anterior, el comandante Birse. Pávlov volvió a prestar sus servicios a los soviéticos y Bohlen, una figura nueva, a Estados Unidos. Mólotov y el mariscal Voroshílov eran los únicos que acompañaban a Stalin. Él y yo estábamos sentados prácticamente uno frente al otro. El debate de ese primer día llegó a un punto crucial. Consta en actas lo siguiente:

> El mariscal Stalin dirigió las siguientes preguntas al primer ministro: *Pregunta*: «¿Es cierto que la invasión de Francia la llevarán a cabo treinta y cinco divisiones?».

Respuesta: «Cierto. Unas divisiones especialmente fuertes».

Pregunta: «¿Se supone que lleven a cabo esta operación las fuerzas que se encuentran actualmente en Italia?».

Respuesta: «No. Siete divisiones ya han sido o están a punto de ser retiradas de Italia y el norte de África para participar en "Overlord". Estas siete divisiones son necesarias para completar las treinta y cinco que mencionaba en su primera pregunta. Después de retirarlas quedarán alrededor de veintidós divisiones en el Mediterráneo, para Italia y otros objetivos, algunas de las cuales se podrían utilizar para una operación contra el sur de Francia o bien para desplazarse desde el interior del Adriático en dirección al Danubio. El momento oportuno para realizar estas dos operaciones se calculará de acuerdo con "Overlord". Mientras tanto, no debería de ser difícil destinar dos o tres divisiones para tomar las islas del Egeo».

Entre las conferencias formales se intercalaron conversaciones que tal vez podrían considerarse más importantes entre Roosevelt, Stalin y yo en comidas y cenas, en las que había pocas cosas que no se pudieran decir y recibir con buen humor. Esa noche nuestro anfitrión en la cena fue el presidente. Éramos un grupo de diez u once, incluidos los intérpretes, y la conversación en seguida se generalizó y se puso seria.

Después de la cena, mientras paseábamos por la habitación, conduje a Stalin hasta un sofá y le propuse que habláramos un poco de lo que sucedería después de ganar la guerra. Accedió y tomamos asiento. Se nos unió Eden. Dijo el mariscal: «Pensemos primero en lo peor que puede pasar». Pensaba que Alemania tenía muchas posibilidades de recuperarse de esta guerra y que podía comenzar otra dentro de un plazo bastante breve. Temía el renacer del nacionalismo alemán. Después de Versalles la paz parecía asegurada pero Alemania se había recuperado en seguida. Por consiguiente debíamos establecer un organismo fuerte que impidiera que Alemania comenzara otra guerra. Estaba convencido de que se recuperaría. Cuando le pregunté cuánto tardaría me respondió que «entre quince y veinte años». Dije que había que dar seguridad al mundo por lo menos durante cincuenta años; que si sólo eran quince o veinte años habríamos traicionado a nuestros soldados.

Stalin pensaba que podíamos plantearnos imponer restricciones a la capacidad de fabricación alemana. Los alemanes eran un pueblo capaz, muy industrioso y con muchos recursos y se recuperarían en seguida. Le respondí que habría que establecer ciertas medidas de control. Yo les prohibiría todo tipo de aviación, tanto civil como militar, y prohibiría el sistema del Estado Mayor. Preguntó Stalin:

—¿Prohibiría también la existencia de relojerías y de fábricas de muebles para fabricar partes de proyectiles? Los alemanes producían rifles de juguete que sirvieron para enseñar a disparar a cientos de miles de hombres.

—Nada es definitivo —le respondí—. El mundo sigue adelante. Ya hemos aprendido algo. Tenemos la obligación de convertir el mundo en un lugar seguro por lo menos durante cincuenta años mediante el desarme alemán, evitando el rearme, supervisando las fábricas alemanas, prohibiendo cualquier tipo de aviación y a través de cambios territoriales de gran alcance. Todo se reduce a la cuestión de si Gran

Bretaña, Estados Unidos y la URSS pueden mantener una estrecha amistad y supervisar a Alemania por su mutuo interés. No debería darnos miedo dar órdenes en cuanto viéramos algún peligro.

—Hubo control después de la última guerra —dijo Stalin— pero falló.

—Entonces no teníamos experiencia —le respondí—. La última guerra no se convirtió en una guerra de naciones tan amplia como la actual y Rusia no participó en la conferencia de paz. Esta vez será diferente. —Tenía la sensación de que convenía aislar y reducir a Prusia, de que Baviera, Austria y Hungría podían constituir una confederación amplia, pacífica, no agresiva. Pensé que había que tratar a Prusia con más dureza que a las demás partes del Reich para evitar que se uniesen a ella. No hay que olvidar que estábamos en medio de un clima de guerra.

—Todo muy bien, pero insuficiente —fue el comentario de Stalin.

Seguí diciendo que Rusia tendría su Ejército, que Gran Bretaña y Estados Unidos tendrían su Armada y su Fuerza Aérea. Además las tres potencias tendrían sus restantes recursos. Todos estarían fuertemente armados y no debían asumir ninguna obligación de desarmarse.

—Somos los encargados de defender la paz del mundo. Si fracasamos tal vez haya cien años de caos. Si somos fuertes podemos seguir manteniendo nuestra misión, que no consiste sólo en conservar la paz —proseguí—. Las tres potencias deberían guiar el futuro del mundo. No quiero imponer ningún sistema a los demás países. Pido libertad y el derecho de todas las naciones a desarrollarse como prefieran. Debemos mantener nuestra amistad para garantizar hogares felices en todos los países.

Stalin volvió a preguntar qué ocurriría con Alemania.

Le respondí que no estaba en contra de los que trabajaban duro en Alemania sino sólo contra los líderes y las combinaciones peligrosas. Dijo que había muchas personas que trabajaban duro en las divisiones alemanas, que luchaban cumpliendo órdenes. Cuando preguntaba a los prisioneros alemanes procedentes de las clases trabajadoras (así consta en actas, aunque es probable que quisiera decir del «Partido Comunista») por qué luchaban por Hitler respondían que estaban cumpliendo órdenes. A estos prisioneros los mandaba fusilar.

Entonces le sugerí que habláramos de la cuestión polaca. Aceptó y me invitó a comenzar. Dije que habíamos declarado la guerra por Polonia de modo que Polonia era importante para nosotros. Nada nos importaba más que la seguridad de la frontera occidental rusa. Pero yo no había hecho ninguna promesa sobre las fronteras. Quería hablar con franqueza con los rusos sobre esto. Cuando el mariscal Stalin quisiera decirnos lo que pensaba al respecto podríamos discutir la cuestión y llegar a algún acuerdo y el mariscal tenía que decirme lo que fuera necesario para defender las

fronteras occidentales de Rusia. Después de esta guerra en Europa, que podía acabar en 1944, la Unión Soviética tendría una fuerza enorme y Rusia tendría una gran responsabilidad en cualquier decisión que tomara con respecto a Polonia. Personalmente opinaba que Polonia podía desplazarse hacia el oeste, como los soldados cuando dan dos pasos «hacia la izquierda». Si Polonia pisaba algún pie alemán eso no se podía evitar, pero Polonia tenía que ser fuerte porque era un instrumento necesario en la orquesta de Europa.

Stalin dijo que el pueblo polaco tenía su propia cultura y su propia lengua, que debían existir. No se podían extirpar.

—¿Hemos de intentar trazar líneas fronterizas? —pregunté.

—Sí.

—Yo no estoy autorizado por el Parlamento, y creo que el presidente tampoco, Para definir ninguna línea fronteriza. Pero podríamos ver si ahora, en Teherán, los tres jefes de Gobierno, trabajando de acuerdo, podemos establecer algún tipo de Política que pudiéramos recomendar a los polacos y aconsejarles que la acepten.

Stalin preguntó si esto era posible sin la participación polaca. Le dije que sí y que podíamos ir a hablar con los polacos después de llegar a un acuerdo informal sobre todo esto entre nosotros. Entonces comentó Eden que le había impresionado mucho el comentario que hizo Stalin esa tarde de que los polacos podían avanzar por el oeste hasta el Oder, lo que le hacía albergar esperanzas y le daba mucho ánimo. Stalin preguntó si pensábamos que se iba a zampar Polonia. Eden dijo que él no sabía cuánto iban a comer los rusos. ¿Cuánto dejarían sin digerir? Stalin dijo que los rusos no querían nada que perteneciera a otros pueblos aunque podían darle un mordisco a Alemania. Eden dijo que lo que Polonia perdiera en el este podría ganarlo en el oeste. Stalin respondió que era posible pero que él no lo sabía. Entonces demostré, con la ayuda de tres cerillas, mi idea de que Polonia se desplazase hacia el oeste. El mariscal Stalin quedó complacido y con este tenor se separó el grupo por el momento.

La mañana del día veintinueve celebraron una conferencia los jefes militares británicos, soviéticos y estadounidenses. Como sabía que Stalin y Roosevelt ya habían mantenido una conversación privada, y de hecho se alojaban en la misma embajada, sugerí que el presidente y yo comiéramos juntos antes de la segunda sesión plenaria que tendría lugar esa tarde. Sin embargo Roosevelt declinó la invitación y me envió a Harriman para explicarme que no quería que Stalin supiera que él y yo manteníamos conversaciones privadas, lo que me sorprendió porque pensé que los tres debíamos tratarnos con la misma confianza. Después de comer, el presidente tuvo otra entrevista con Stalin y Mólotov en la que se discutieron muchas cuestiones importantes, sobre todo el plan de Roosevelt para gobernar el mundo después de la guerra, que pondrían en práctica los «cuatro policías», es decir, la URSS, Estados

Unidos, Gran Bretaña y China. La reacción de Stalin no fue favorable: dijo que los «cuatro policías» no serían bien vistos por las pequeñas naciones europeas. No creía que China fuera muy poderosa al acabar la guerra y, aunque lo fuera, a los países europeos no les gustaría que se convirtiese en una autoridad con poder sobre ellos. En esto sin duda el líder soviético se mostró más clarividente y poseedor de un sentido de los valores más auténtico que el presidente. Cuando Stalin propuso como alternativa que hubiera un comité para Europa y otro para el Lejano Oriente (el comité europeo estaría formado por Gran Bretaña, Rusia, Estados Unidos y, posiblemente, otro país europeo) el presidente respondió que esto era bastante parecido a mi idea de los comités regionales: uno para Europa, otro para el Lejano Oriente y otro para el continente americano. No parece haber aclarado que yo también preveía un Consejo Supremo de las Naciones Unidas compuesto por los tres comités regionales. Como no me informaron de lo ocurrido hasta mucho después no pude corregir esta exposición equivocada.

Antes de comenzar nuestra segunda sesión plenaria, a las cuatro de la tarde, por orden del rey presenté la espada de honor que había hecho diseñar y cincelar especialmente para conmemorar la gloriosa defensa de Stalingrado. La inmensa sala exterior estaba repleta de oficiales y soldados rusos. Cuando después de unas cuantas frases de explicación entregué a Stalin esta espléndida arma éste se la llevó a los labios en un gesto muy impresionante y le besó la funda. A continuación se la pasó a Voroshílov, que la bajó. Se la llevaron de la sala con gran solemnidad escoltada por una guardia de honor rusa. Cuando se alejaba esta procesión vi al presidente sentado a un lado de la habitación evidentemente conmovido por la ceremonia. A continuación nos trasladamos a la sala de conferencias y ocupamos nuestros asientos en torno a la mesa redonda, esta vez con todos los jefes del Estado Mayor, que nos informaron de los resultados de sus trabajos de esa mañana.

En las conversaciones que siguieron le recordé a Stalin las tres condiciones de las que dependía el éxito de «Overlord». En primer lugar, de que hubiera una reducción satisfactoria de la cantidad de cazas alemanes en el noroeste de Europa entre ese momento y el ataque. En segundo lugar, de que el día del ataque las reservas alemanas en Francia y en los Países Bajos no superaran la cantidad de alrededor de doce divisiones móviles de primera calidad con todo su potencial. En tercer lugar, de que a los alemanes les resultara imposible transferir de otros frentes más de quince divisiones de primera calidad durante los sesenta primeros días de la operación. Para lograr estas condiciones teníamos que poder retener en Italia y en Yugoslavia la mayor cantidad de alemanes posible. La entrada de Turquía en la guerra sería una ayuda más aunque no era una condición esencial. Los alemanes que había en Italia en ese momento procedían en su mayor parte de Francia. Si rebajábamos la presión sobre Italia regresarían a Francia. Teníamos que seguir enfrentándonos al enemigo en

el único frente en el que estábamos en condiciones de combatirlo en ese momento. Si trabábamos combate con él con todas las fuerzas posibles durante los meses de invierno en el Mediterráneo ésta sería la mejor contribución para crear las condiciones necesarias para el éxito de «Overlord».

Stalin preguntó qué ocurriría si había trece o catorce divisiones móviles en Francia y más de quince disponibles desde otros frentes; si nos haría descartar «Overlord».

Le respondí:

—No, por supuesto que no.

Antes de separarnos, Stalin me miró desde el otro lado de la mesa y dijo:

—Quiero formular una pregunta muy directa al primer ministro con respecto a «Overlord». El primer ministro y el Estado Mayor británico ¿creen realmente en esta operación? —Le respondí:

—Si cuando llegue el momento se cumplen las condiciones que hemos establecido antes para «Overlord» será nuestra firme obligación arrojarnos sobre los alemanes al otro lado del canal de la Mancha con toda la fuerza que podamos reunir. —Y así nos separamos.

Capítulo VII

TEHERÁN: EL MOMENTO CRUCIAL Y LAS CONCLUSIONES

El treinta de noviembre fue para mí un día lleno de actividad y memorable: cumplí sesenta y nueve años y lo dediqué casi por completo a negociar uno de los asuntos más importantes en los que me he visto involucrado en toda mi vida. El hecho de que el presidente estuviera en contacto privado con el mariscal Stalin, que se alojara en la embajada soviética, y que hubiera evitado verme a solas desde que salimos de El Cairo, a pesar de que hasta ese momento manteníamos unas relaciones estrechas y de la forma en que estaban entrelazados nuestros asuntos vitales, hizo que solicitara una entrevista directa y personal con Stalin. Me parecía que el líder ruso no tenía una impresión acertada sobre la actitud británica sino que se estaba formando en su cabeza la falsa idea, en resumidas cuentas, de que «Churchill y el Estado Mayor británico pretenden detener "Overlord", si pueden, porque prefieren invadir los Balcanes». Tenía la obligación de corregir este doble error.

La fecha exacta de «Overlord» dependía de los movimientos de una cantidad relativamente reducida de lanchas de desembarco que no eran necesarias para ninguna operación en los Balcanes. El presidente nos había comprometido en una operación contra los japoneses en el golfo de Bengala. Si esta operación se cancelaba habría suficientes lanchas de desembarco para todo lo que yo quería, es decir, la fuerza anfibia para desembarcar sin ninguna oposición dos divisiones al mismo tiempo en las costas de Italia o en el sur de Francia y también para llevar a cabo «Overlord» como estaba previsto en el mes de mayo. Yo había acordado con el presidente que sería en el mes de mayo y él, por su parte, había renunciado a la fecha concreta del uno de mayo, lo que me daría el tiempo que necesitaba. Si podía convencer al presidente de que se liberara de la promesa que le había hecho a Chiang Kai-chek y dejara de lado el plan del golfo de Bengala, que no se había mencionado jamás en nuestras conferencias de Teherán, habría suficientes lanchas de desembarco tanto para el Mediterráneo como para emprender «Overlord» en la fecha prevista. Al final, los grandes desembarcos comenzaron el seis de junio pero esta fecha se decidió mucho después y no tuvo que ver conmigo sino con la luna y con las condiciones meteorológicas. Como veremos, a nuestro regreso a El Cairo también conseguí convencer al presidente de que abandonara la empresa en el golfo de bengala. Por consiguiente considero que conseguí lo que me parecía fundamental, aunque estaba lejos de ser así en esta mañana de noviembre. Estaba empeñado en que Stalin conociera los hechos más importantes. Me parecía que no tenía derecho a decirle que el presidente y yo nos habíamos puesto de acuerdo en que «Overlord» se llevaría a cabo en mayo. Sabía que Roosevelt quería decírselo él mismo en la comida que

tendríamos después de mi conversación con el mariscal.

Lo siguiente está basado en los apuntes que tomó el comandante Birse, mi intérprete de confianza, de mi conversación privada con Stalin.

En primer lugar, le recordé al mariscal que yo era medio estadounidense y que sentía un gran afecto por el pueblo de ese país. Lo que estaba a punto de decir no se debía interpretar como algo despreciativo con respecto a ellos y yo les sería absolutamente leal, pero era mejor que dos personas se dijeran ciertas cosas abiertamente.

Superábamos en tropas a Estados Unidos en el Mediterráneo, donde había dos o tres veces más soldados británicos que estadounidenses. Por eso me interesaba tanto que los ejércitos del Mediterráneo no estuvieran atados de pies y manos si se podía evitar porque quería disponer de ellos de forma permanente. En Italia había alrededor de trece a catorce divisiones, de las que nueve o diez eran británicas. Había dos ejércitos: el Quinto Ejército angloamericano y el Octavo Ejército, que era británico por completo. La alternativa que se planteaba era atenerse a la fecha de «Overlord» o seguir adelante con las operaciones en el Mediterráneo. Pero eso no era todo. Los estadounidenses querían que me comprometiera en una operación anfibia en el golfo de Bengala contra los japoneses en marzo que no me apetecía en absoluto. Si disponíamos en el Mediterráneo de las lanchas de desembarco que hacían falta en el golfo de Bengala nos alcanzarían para hacer allí todo lo que teníamos que hacer y, al mismo tiempo, mantener la fecha ya anticipada de «Overlord». No era una decisión entre el Mediterráneo y la fecha de esta operación sino entre el golfo de Bengala y dicha fecha. Sin embargo los estadounidenses nos habían hecho concretar una fecha para «Overlord» y las operaciones en el Mediterráneo se habían visto afectadas durante los dos últimos meses. Nuestro ejército en Italia estaba algo abatido por la retirada de siete divisiones. Habíamos hecho regresar tres divisiones y los estadounidenses cuatro de las suyas, todo esto en preparación para «Overlord». Por eso no habíamos podido aprovechar al máximo la caída de Italia. Pero también demostraba el interés que teníamos en nuestros preparativos para «Overlord». Stalin dijo que estaba bien.

Entonces volví a la cuestión de las lanchas de desembarco y expliqué una vez más cómo y por qué suponían un estorbo. Disponíamos de tropas suficientes en el Mediterráneo, incluso después de retirar las siete divisiones, y habría un buen ejército invasor británico y estadounidense en el Reino Unido. Todo dependía de las lanchas de desembarco. Cuando Stalin hizo su anuncio trascendental dos días antes con respecto a la entrada de Rusia en la guerra contra Japón cuando Hitler se rindiera, de inmediato sugerí a los estadounidenses que podrían buscar más lanchas de desembarco para las operaciones que teníamos que llevar a cabo en el océano índico

o que podían enviar algunas desde el Pacífico para contribuir al primer impulso de «Overlord». En ese caso habría suficientes para todo. Pero los estadounidenses eran muy quisquillosos con respecto al Pacífico. Yo ya les había dicho que Japón sería derrotado mucho antes si Rusia se incorporaba a la guerra contra ellos y que entonces podrían prestarnos más ayuda.

Las discrepancias entre los estadounidenses y yo eran de hecho mínimas. No se trataba de que yo hubiera demostrado en cierto modo poco entusiasmo con respecto a «Overlord». Yo quería conseguir todo lo necesario para el Mediterráneo y, al mismo tiempo, mantener la fecha de «Overlord». Los detalles tenían que negociarlos los dos estados mayores y yo esperaba que esto se hiciera en El Cairo, pero lamentablemente allí estaba Chiang Kai-chek y las cuestiones chinas habían ocupado casi todo el tiempo. Pero estaba seguro de que al final encontraríamos suficientes lanchas de desembarco para todo.

Volviendo al tema de «Overlord», los británicos tendrían disponibles para la fecha prevista, en mayo o en junio, casi dieciséis divisiones, con sus unidades, las tropas de las lanchas de desembarco, las antiaéreas y las tres armas, que sumaban en total algo más de medio millón de hombres; serían algunos de nuestros mejores soldados, incluidos los hombres entrenados para la batalla procedentes del Mediterráneo. Además, los británicos contarían con todo lo necesario que pudiera darles la Armada británica para ocuparse del transporte y para proteger al Ejército, además de las Fuerzas Aéreas metropolitanas, con unos cuatro mil aviones británicos de primera línea en acción permanente. Los estadounidenses comenzaban entonces a importar tropas. Hasta ese momento habían enviado fundamentalmente tropas aéreas y pertrechos para el Ejército pero en los cuatro o cinco meses siguientes yo pensaba que llegarían ciento cincuenta mil hombres o más por mes, lo que haría un total de setecientos a ochocientos mil hombres para mayo. Este movimiento era posible gracias a la derrota de los submarinos en el Atlántico. Yo era partidario de lanzar la operación en el sur de Francia más o menos al mismo tiempo que «Overlord», o en el momento que nos pareciera adecuado. Teníamos que retener a tas tropas enemigas en Italia y de las veintidós o veintitrés divisiones que había en el Mediterráneo irían al sur de Francia tantas como fuera posible y el resto permanecería en Italia.

En Italia era inminente que se produjera una gran batalla. El general Alexander disponía de alrededor de medio millón de hombres a sus órdenes. Había trece o catorce divisiones aliadas frente a nueve o diez alemanas. El tiempo había sido malo y varios puentes habían sido arrasados pero en diciembre teníamos la intención de seguir adelante con el general Montgomery al frente del Octavo Ejército. Se haría un desembarco anfibio cerca del Tíber y, a mismo tiempo, el Quinto Ejército trabaría un duro combate para retener al enemigo. Esto podía convertirse en un Stalingrado en miniatura. No teníamos intenciones de entrar en la parte más ancha de Italia sino de

ocupar la estrecha pierna.

Stalin dijo que debía advertirme de que el Ejército Rojo dependía del éxito de nuestra invasión al norte de Francia. Si no había operaciones en mayo de 1944 el Ejército Rojo pensaría que no habría ninguna operación durante todo ese año. Las condiciones meteorológicas serían malas y habría dificultades con el transporte. Si la operación no tenía lugar no quería que el Ejército Rojo se desilusionara porque las desilusiones sólo creaban animosidad. Si no se producía un gran cambio en la guerra europea en 1944 a los rusos les costaría mucho seguir adelante. Estaban cansados de la guerra. Temía que sus tropas se sintieran aisladas. Por eso trataba de averiguar si «Overlord» se emprendería en la fecha prometida. De lo contrario tendría que tomar medidas para evitar la animosidad del Ejército Rojo. Era sumamente importante.

Le dije que seguro que se llevaba a cabo «Overlord», a menos que el enemigo llevara a Francia unas tropas superiores a las que podían reunir allí los estadounidenses y los británicos. Si los alemanes disponían de entre treinta y cuarenta divisiones en Francia no me parecía que la fuerza que íbamos a transportar al otro lado del canal de la Mancha fuera capaz de resistir. No me daba miedo el desembarco en sí sino lo que ocurriría treinta, cuarenta o cincuenta días después. Sin embargo si el Ejército Rojo entablaba combate con el enemigo y nosotros lo manteníamos ocupado en Italia, y posiblemente los turcos entraban en la guerra, yo pensaba que podíamos ganar.

Stalin dijo que los primeros pasos de «Overlord» tendrían un buen efecto en el Ejército Rojo y que si él sabía que tendría lugar en mayo o junio ya podía ir preparando ataques contra Alemania. La primavera era el mejor momento. Marzo y abril eran meses de poca actividad durante los que podía concentrar tropas y material para atacar en mayo y junio. Alemania no dispondría de tropas para Francia. Constantemente estaban enviando al este divisiones alemanas. Los alemanes le temían a su frente oriental porque no había ningún canal que cruzar ni ninguna Francia que invadir. Los alemanes temían el avance del Ejército Rojo y éste avanzaría cuando viera que le llegaba ayuda de los aliados. Me preguntó cuándo comenzaría «Overlord».

Le dije que no podía revelarle la fecha de la operación sin el consentimiento del presidente pero que le daríamos la respuesta a la hora de comer y que creía que sería de su agrado.

Tras un breve intervalo Stalin y yo nos dirigimos por separado a las habitaciones del presidente donde nos había invitado a una comida, sólo nosotros tres y nuestros intérpretes. Entonces Roosevelt le dijo que los dos estábamos de acuerdo en lanzar «Overlord» durante el mes de mayo. Evidentemente Stalin quedó muy satisfecho y aliviado con este compromiso solemne y directo que habíamos hecho los dos. La

conversación versó a partir de entonces sobre temas más ligeros y la única parte de la que tengo constancia fue la cuestión de la salida de Rusia a los mares y los océanos. Siempre me había parecido mal, y susceptible de generar peleas desastrosas, que una masa continental gigantesca como el imperio ruso, con casi doscientos millones de habitantes, no tuviera durante el invierno ningún acceso efectivo al mar.

Tras un breve intervalo comenzó la tercera sesión plenaria, como antes, en la embajada rusa a las cuatro de la tarde. Estábamos todos presentes y en total éramos casi treinta. El general Brooke anunció entonces que después de reunirse en una sesión conjunta los jefes del Estado Mayor de Estados Unidos y de Gran Bretaña nos habían recomendado que la operación «Overlord» comenzara en mayo, «conjuntamente con una operación de apoyo contra el sur de Francia a la mayor escala que permitan las lanchas de desembarco que estén disponibles en ese momento».

Stalin dijo que comprendía la importancia de la decisión y las dificultades inherentes a su puesta en práctica. El momento más peligroso de «Overlord» sería cuando se dispersaran después de desembarcar porque entonces los alemanes podían enviar tropas desde el este para obstaculizar la operación todo lo posible. Para evitar el desplazamiento desde el este de una cantidad considerable de fuerzas alemanas se comprometía a organizar una ofensiva rusa a gran escala en mayo[42]. Le pregunté si habría alguna dificultad en que los tres estados mayores concertaran planes de encubrimiento. Stalin explicó que los rusos habían utilizado muchos engaños, como carros de combate, aviones y aeródromos falsos y que hasta el engaño radiofónico había demostrado su eficacia. Estaba totalmente de acuerdo en que los estados mayores colaboraran para trazar planes conjuntos de engaño y encubrimiento. «En la guerra —dije—, la verdad es tan valiosa que siempre debe ir escoltada por mentiras». Stalin y sus camaradas apreciaron mucho este comentario, cuando les fue traducido y así acabó alegremente nuestra conferencia formal.

Hasta entonces nos habíamos reunido en la embajada soviética para celebrar nuestras conferencias o las comidas. Entonces les solicité que quería ser el anfitrión de la tercera cena, que se celebraría en la legación británica. Y esto no se prestaba a discusión. Tanto Gran Bretaña como yo veníamos primero alfabéticamente y por edad ya que tenía cuatro o cinco años más que Roosevelt o que Stalin. Con siglos de diferencia éramos el más antiguo de los tres gobiernos y podría haber añadido, aunque no lo hice, que el que llevaba más tiempo en la guerra. Y por último, que el treinta de noviembre había sido mi cumpleaños. Estos argumentos, en particular el último, fueron decisivos, de modo que se hicieron todos los preparativos para celebrar una cena para casi cuarenta comensales que incluía no sólo a los jefes

políticos y militares sino a algunos de los principales miembros de sus equipos. La policía política soviética, el NKVD, insistió en registrar la legación británica de arriba abajo y revisaron detrás de todas las puertas y debajo de cada cojín antes de la llegada de Stalin; alrededor de cincuenta policías rusos armados, al mando de su propio general, se apostaron cerca de todas las puertas y ventanas. Los encargados de la seguridad estadounidense también fueron bastante conspicuos. Sin embargo todo se desarrolló con mucha cordialidad. Stalin, que llegó protegido por una fuerte escolta, estaba de un humor excelente y el presidente, desde su silla de ruedas, nos sonreía a todos con satisfacción y cordialidad.

Ésta fue una ocasión memorable en mi vida. Sentado a mi derecha estaba el presidente de Estados Unidos y a mi izquierda el amo de Rusia. Entre los tres controlábamos buena parte del predominio de la fuerza naval y tres cuartas partes de todas las fuerzas aéreas del mundo y podíamos dirigir ejércitos de casi veinte millones de hombres combatiendo en la guerra más terrible que se hubiese desarrollado hasta entonces en la historia de la humanidad. No podía evitar sentirme satisfecho de todo lo que habíamos avanzado en el camino hacia la victoria desde el verano de 1940, cuando estábamos solos y, dejando aparte a la Armada y la fuerza aérea, prácticamente desarmados frente al poderío triunfante e intacto de Alemania e Italia que tenían en su poder a casi toda Europa y sus recursos. El regalo de cumpleaños de Roosevelt fue un hermoso jarrón de porcelana persa que aunque se hizo añicos en el viaje de regreso ha sido reconstruido de maravilla y constituye uno de mis tesoros.

Durante la cena mantuve una conservación muy agradable con mis dos augustos invitados. Stalin repitió la pregunta que había formulado en la conferencia:

«¿Quién comandará “Overlord”?». Le respondí que el presidente todavía no había tomado una decisión definitiva pero que yo estaba casi seguro de que sería el general Marshall, que estaba sentado delante de nosotros, no muy lejos, y así se había mantenido hasta la fecha. Evidentemente quedó muy satisfecho con esta noticia. Entonces se refirió al general Brooke: dijo que pensaba que los rusos no le caían bien porque había sido muy brusco y duro con ellos en la primera reunión que celebramos en Moscú en agosto de 1942. Lo tranquilicé diciendo que los militares tienen tendencia a ser categóricos y cortantes cuando tratan de problemas bélicos con sus colegas profesionales. Stalin dijo que eso era lo que más les gustaba de ellos y miró fijamente a Brooke que se encontraba al otro lado del comedor.

Llegado el momento propuse un brindis a la salud de mis ilustres invitados y el presidente propuso otro a mi salud deseándome un muy feliz cumpleaños. Lo mismo hizo Stalin en la misma tesitura.

A continuación se propusieron muchos brindis informales siguiendo la costumbre rusa, sin duda muy adecuada para banquetes de este tipo. Hopkins pronunció un

discurso formulado con humor durante el que dijo que había realizado «un estudio muy largo y minucioso de la Constitución británica, que no está escrita, y del gabinete de Guerra, cuyos poderes y composición no están demasiado definidos». Como consecuencia de este estudio, dijo, «he sabido que las disposiciones de la Constitución británica y las facultades del gabinete de Guerra son exactamente como Winston Churchill quiere que sean en un momento determinado», lo que provocó una carcajada general. El lector de estas líneas sabe que esta afirmación jocosa tiene escaso fundamento. Es cierto que el Parlamento y mis colegas del gabinete me dieron una cantidad considerable de fiel apoyo en la dirección de la guerra, que puede que no tuviera precedentes, y que fueron muy pocas las cuestiones importantes en las que no me hicieron caso, pero con cierto orgullo recordé a mis dos grandes camaradas que, en más de una ocasión, yo era el único de los tres que podía ser destituido en cualquier momento por el voto de una cámara de los Comunes elegida libremente por sufragio universal o que podía ser controlado día a día según el parecer de un gabinete de Guerra que representaba a todos los partidos del Estado. El mandato del presidente era fijo y sus poderes, no sólo como presidente sino también como comandante en jefe, eran casi absolutos según la Constitución de Estados Unidos. Stalin parecía ser todopoderoso en Rusia y en ese momento seguro que lo era. Ellos podían ordenar; yo tenía que convencer y estaba satisfecho de que así fuese. El proceso era laborioso pero no tenía ningún motivo para quejarme de la manera en que funcionaba.

A medida que continuó la cena hubo muchos discursos y casi todas las figuras principales, incluidos Mólotov y el general Marshall, hicieron su aportación. Pero el discurso que destaca en mi memoria fue el del general Brooke. Cito la versión que tuvo la bondad de escribir para mí.

«A mitad de la cena —dijo— el presidente tuvo la amabilidad de proponer un brindis a mi salud haciendo referencia a la época en la que mi padre iba a ver al suyo a Hyde Park. Cuando estaba terminando, y mientras yo pensaba en lo agradable que iba a ser responder a unas palabras tan amables, Stalin se puso de pie diciendo que él acabaría el brindis. Entonces comenzó a insinuar que yo no había mostrado verdaderos sentimientos de amistad hacia el Ejército Rojo, que no valoraba realmente sus excelentes cualidades y que esperaba que en el futuro fuera capaz de manifestar más camaradería hacia los soldados del Ejército Rojo.

»Estas acusaciones me dejaron muy sorprendido y no sabía en qué se fundaban. No obstante conocía a Stalin lo suficiente para saber que si permanecía impasible antes estos insultos perdería todo el respeto que me tuviera y que continuaría con estos ataques en el futuro.

»Por consiguiente me puse de pie para agradecer con profusión al presidente por su amabilidad y a continuación me dirigí a Stalin más o menos con las palabras

siguientes:

»“Y ahora, mariscal, permítame que me refiera a su brindis. Me sorprende que le parezca necesario lanzarme unas acusaciones totalmente infundadas. Recordará que esta mañana, mientras hablaban de planes de encubrimiento, el señor Churchill dijo que ‘en la guerra, la verdad debe ir escoltada por mentiras’. Recordará también que usted mismo nos dijo que en todas sus grandes ofensivas siempre mantenía ocultas ante el mundo exterior sus verdaderas intenciones. Nos dijo que siempre concentraba carros de combate y aviones falsos en los frentes que eran de un interés inmediato, mientras que ocultaba sus verdaderas intenciones bajo un manto de total secreto”.

»“Pues bien, mariscal, se ha dejado engañar por mis carros de combate y mis aviones falsos y no se ha fijado en la auténtica amistad que siento por el Ejército Rojo ni en la gran camaradería que siento por todos sus miembros”».

Mientras Pávlov le traducía todo esto, frase por frase, a Stalin, yo observaba atentamente su expresión, que era inescrutable; pero al final se volvió hacia mí y me dijo con evidente satisfacción: «Me gusta ese hombre. Dice la verdad. Después tengo que hablar con él».

Al final pasamos a la antecámara donde todo el mundo se fue moviendo y cambiando de grupo. Me pareció que nunca había reinado en la gran alianza mayor solidaridad y camaradería. No había invitado a la cena a Randolph ni a Sarah pero llegaron mientras se hacía el brindis por mi cumpleaños; entonces Stalin los reconoció y los saludó con mucho afecto; evidentemente el presidente los conocía bien.

Mientras daba vueltas por la sala vi que Stalin estaba en un círculo pequeño, cara a cara con «Brookie» como lo llamaba yo. El general continúa su relato:

«Al salir del comedor el primer ministro me dijo que se había puesto un poco nervioso al pensar en lo que diría cuando mencioné lo de la verdad y las mentiras. Sin embargo me animó diciéndome que mi respuesta al brindis había producido el efecto adecuado en Stalin. Por consiguiente decidí reanudar el ataque en la antecámara. Me dirigí a Stalin y le dije lo sorprendido que estaba, y lo dolido, de que le pareciera necesario formular semejantes acusaciones contra mí en su brindis. De inmediato respondió, a través de Pávlov, que “las mejores amistades son las que parten de un malentendido” y me estrechó la mano afectuosamente».

Me pareció que se habían dispersado todas las nubes y de hecho la confianza de Stalin en mi amigo se estableció sobre una base de respeto y conciliación que no se alteró jamás mientras trabajamos todos juntos.

Debían de ser más de las dos de la mañana cuando finalmente nos separamos. El mariscal se entregó a su escolta y partió, y trasladaron al presidente a sus dependencias en la embajada soviética. Me fui a la cama cansado pero contento, seguro de que todo había salido bien. No cabe duda de que fue un feliz cumpleaños

para mí.

El uno de diciembre finalizaron nuestras largas y duras conversaciones en Teherán. Las conclusiones militares rigieron en general el futuro de la guerra. Se fijó para mayo la invasión al otro lado del canal de la Mancha, naturalmente sujeta a las mareas y a la luna. Contaría con la colaboración de una nueva gran ofensiva rusa. A primera vista me gustaba la propuesta de ataque a la costa sur de Francia por parte de los ejércitos aliados en Italia. El proyecto no había sido examinado en detalle pero el hecho de que contara con la aprobación tanto de los estadounidenses como de los rusos facilitaba la obtención de las lanchas de desembarco necesarias para el éxito de nuestra campaña en Italia y para capturar Roma, sin la que habría sido un fracaso. Evidentemente me atraía más la alternativa que sugería el presidente de un movimiento de la mano derecha desde Italia, pasando por Istria y Trieste, con la intención en definitiva de llegar hasta Viena a través del pasillo de Liubliana. Para todo esto faltaban cinco o seis meses. Habría tiempo suficiente para tomar una decisión definitiva a medida que se fuera perfilando la guerra general si la actividad de nuestros ejércitos en Italia no quedaba paralizada al privarlos de las pocas lanchas de desembarco que necesitaban. Quedaban pendientes muchos planes anfibios o semianfibios. Yo esperaba que se descartaran las operaciones marítimas en el golfo de Bengala lo que, como veremos en el próximo capítulo, ocurrió finalmente. Me alegraba tener la impresión de que se mantenían todavía varias opciones importantes. Renovaríamos nuestros grandes esfuerzos para atraer a Turquía a la guerra, con todo lo que esto traía aparejado en el Egeo, y las consecuencias que tendría en el mar Negro. En esto nos llevaríamos una desilusión. Examinando todo el escenario militar, al separarnos en un clima de amistad y unidad de finalidades inmediatas, yo personalmente me sentía muy satisfecho.

Los aspectos políticos eran al mismo tiempo más remotos y especulativos. Evidentemente dependían de los resultados de las grandes batallas que todavía quedaban por librar y, después de eso, del estado de ánimo de cada uno de los aliados cuando se alcanzara la victoria. No habría estado bien que en Teherán las democracias occidentales fundamentaran sus planes en sospechas sobre la actitud rusa a la hora del triunfo y cuando hubieran desaparecido todos los peligros. La promesa de Stalin de entrar en guerra contra Japón en cuanto Hitler fuera derrocado y sus ejércitos fueran vencidos tenía la máxima importancia. La esperanza del futuro se encontraba en acabar la guerra lo antes posible y en establecer un instrumento mundial para impedir otra partiendo de la fuerza conjunta de las tres grandes potencias, cuyos líderes se habían dado la mano en torno a la mesa en señal de amistad.

Habíamos logrado un alivio para Finlandia que, en gran medida, sigue vigente en

la actualidad. Se habían esbozado a grandes rasgos las fronteras de la nueva Polonia tanto en el este como en el oeste. La «línea Curzon», sujeta a interpretación en el este, y la línea del Oder, en el oeste, parecían brindarle al pueblo polaco una morada legítima y duradera después de tanto sufrimiento. En ese momento todavía no se había planteado la cuestión entre el Nysa oriental y el occidental, que fluyen juntos para formar el río Oder. Cuando surgió en julio de 1945, de forma violenta y en condiciones totalmente diferentes, en la conferencia de Potsdam declaré en seguida que Gran Bretaña sólo estaba de acuerdo con el afluente oriental y sigo manteniendo la misma posición.

En ese momento la cuestión suprema del tratamiento que darían a Alemania los vencedores sólo podía depender de «un estudio preliminar de un inmenso problema político» y, como lo describió Stalin, «muy preliminar, sin duda». No hay que olvidar que nos encontrábamos en medio de una lucha terrible con el enorme poder nazi. Nos rodeaban todos los peligros de la guerra y prevalecían en nuestra mente todas sus pasiones, como la camaradería entre aliados y el castigo al enemigo común. Los proyectos tentativos del presidente para dividir Alemania en cinco estados autónomos y dos territorios, que tuvieron consecuencias vitales, sometidos a las Naciones Unidas fueron sin duda mucho más aceptables para Stalin que mi propuesta de aislar a Prusia y de constituir una confederación en el Danubio o una Alemania del sur y también una confederación del Danubio. Esto no era más que mi opinión personal. Pero no me arrepiento en absoluto de haberla planteado dadas las circunstancias que nos rodeaban en Teherán.

Todos sentíamos un intenso temor al poder de una Alemania unificada. Prusia tenía una gran historia propia. Sería posible en mi opinión llegar con ella a un acuerdo de paz severo pero honorable y, al mismo tiempo, recrear bajo una forma moderna lo que había sido, en líneas generales, el imperio austrohúngaro, del que bien se había dicho que «si no existiera habría que inventarlo». Éste sería un gran ámbito en el que podían imperar no sólo la paz sino la amistad mucho antes que con cualquiera otra solución. Así podría formarse una Europa unificada en la que todos, los vencedores y los vencidos, pudieran encontrar una base segura para la vida y la libertad de tantos millones de personas atormentadas.

No siento que se haya interrumpido la continuidad de mi pensamiento en esta esfera inmensa. Pero en el terreno de los hechos se han producido grandes y desastrosos cambios. Las fronteras polacas sólo existen de nombre y Polonia se estremece en poder de la Rusia comunista. Cierto que Alemania ha sido dividida, pero sólo mediante una horrible división en zonas de ocupación militar. Sobre esta tragedia lo único que cabe decir es que no puede durar.

Capítulo VIII

CARTAGO Y MARRAQUECH

El dos de diciembre regresé a El Cairo desde Teherán y me instalé otra vez en la villa próxima a las pirámides. El presidente llegó esa misma noche y reanudamos nuestras conversaciones íntimas sobre todo el panorama de la guerra y sobre los resultados de nuestras conversaciones con Stalin. Por su parte, los jefes del Estado Mayor conjunto, que en el camino de regreso desde Teherán habían pasado por Jerusalén para descansar, iban a continuar las conversaciones sobre todos los asuntos importantes al día siguiente. El almirante Mountbatten había regresado a la India desde donde presentó el plan revisado que le habían encargado que preparase para un ataque anfibio a las islas Andamán (la operación «Bucanero») en el que participarían las lanchas de desembarco tan necesarias que ya le habían enviado desde el Mediterráneo. Yo quería hacer un último intento para convencer a los estadounidenses de emprender la otra operación contra Rodas.

La noche siguiente volví a cenar con el presidente. Me acompañó Eden. Nos quedamos a la mesa hasta después de medianoche conversando todavía sobre nuestras divergencias. Yo compartía los puntos de vista de nuestros jefes del Estado Mayor que estaban muy preocupados por la promesa hecha por el presidente al generalísimo Chiang Kai-chek, antes de Teherán, de lanzar en seguida un ataque al otro lado del golfo de Bengala. Esto habría arrasado con mis esperanzas y mis planes de tomar Rodas, de los que estaba convencido que dependía en gran medida la entrada de Turquía en la guerra. Pero a Roosevelt le hacía mucha ilusión. Cuando nuestros jefes del Estado Mayor lo plantearon en las conferencias militares los estados mayores de Estados Unidos simplemente se negaron a hablar del tema diciendo que el presidente había tomado la decisión y que ellos no tenían otra alternativa más que cumplir sus órdenes.

La tarde del cuatro de diciembre celebramos la primera reunión plenaria después de Teherán pero avanzamos poco. En primer lugar, el presidente dijo que tenía que partir el día seis y que todos los informes tenían que estar listos para el acuerdo definitivo entre las dos partes la noche del domingo cinco de diciembre. Aparte de la cuestión de la entrada de Turquía en la guerra el único punto pendiente parecía ser uno relativamente insignificante relacionado con el uso que se daría a una veintena de lanchas de desembarco y su equipo. Era inconcebible que uno pudiera ser derrotado por algo tan nimio como eso y se sentía obligado a decir que era *imprescindible* resolver ese detalle.

Dije que no quería que le quedara a la conferencia ninguna duda de que la delegación británica consideraba con gran aprensión nuestra prematura disolución

porque todavía quedaban por resolver muchas cuestiones de la máxima importancia. En los últimos días se habían producido dos acontecimientos decisivos. En primer lugar, Stalin había proclamado voluntariamente que los soviéticos le declararían la guerra a Japón en cuanto Alemania fuera derrotada, lo que nos proporcionaría unas bases mejores que las que podríamos encontrar jamás en China y hacía que fuera todavía más importante que nos concentráramos en que «Overlord» saliera bien. Los estados mayores tendrían que analizar hasta qué punto esta novedad afectaría a las operaciones en el Pacífico y en el sureste asiático.

El segundo acontecimiento de máxima importancia era la decisión de cruzar el canal de la Mancha durante el mes de mayo. Yo mismo habría preferido una fecha en julio pero de todos modos estaba decidido a hacer todo lo posible porque la fecha de mayo fuera un éxito. Era una tarea que trascendía a todas las demás, en la que acabarían participando un millón de estadounidenses y quinientos o seiscientos mil británicos. Cabía esperar unas batallas durísimas y de una magnitud mucho mayor que las mantenidas hasta entonces. Para darle a «Overlord» la máxima oportunidad se consideró necesario que el ataque a la Riviera (cuyo nombre en clave era «Yunque») fuera lo más fuerte posible. A mí me parecía que la crisis de los ejércitos invasores se produciría al cabo de treinta días y que era esencial que se tomaran todas las medidas posibles, por medio de acciones en otros sitios, para que los alemanes no pudieran concentrar una fuerza superior contra nuestras cabezas de playa. En cuanto las fuerzas de «Overlord» y «Yunque» entraran en la misma zona quedarían bajo el mismo mando.

Para resumir la cuestión el presidente preguntó si estaba en lo cierto al pensar que había un acuerdo general sobre los siguientes puntos:

> (a) Que no se haría nada que pusiese trabas a «Overlord».
> (b) Que no se haría nada que pusiese trabas al «Yunque».
> (c) Que por las malas o por las buenas reuniríamos a duras penas suficientes lanchas de desembarco para operar en el Mediterráneo oriental si Turquía entraba en la guerra.
> (d) Que se darían órdenes al almirante Mountbatten de seguir adelante y hacer todo lo posible [en el golfo de Bengala] con lo que ya le habían encargado.

Con respecto a este último punto sugerí que tal vez sería necesario restarle recursos a Mountbatten para fortalecer a «Overlord» y a «Yunque». El presidente dijo que no podía estar de acuerdo: teníamos la obligación moral de hacer algo por China y no estaba dispuesto a renunciar a la operación anfibia si no era por algún motivo muy bueno y muy evidente. Le respondí que este «motivo muy bueno» podía ser nuestra aventura suprema en Francia. En ese momento el ataque de «Overlord» se basaba en apenas tres divisiones mientras que habíamos desembarcado nueve en Sicilia el primer día. La operación principal contaba en ese momento con un margen muy reducido.

Volviendo al ataque en la Riviera expresé mi opinión de que había que planificarlo sobre la base de una fuerza de asalto de dos divisiones como mínimo, lo que proporcionaría suficientes lanchas de desembarco para realizar las operaciones de flanqueo en Italia y también, si Turquía entraba pronto en la guerra, de capturar Rodas. Destaqué entonces que había que juzgar las operaciones en el sureste asiático en función de la importancia predominante de «Overlord». Dije que me sorprendían las exigencias de tomar las islas Andamán, de las que me había informado el almirante Mountbatten. Teniendo en cuenta la promesa de Stalin de que Rusia intervendría en la guerra las operaciones del mando del sureste asiático habían perdido buena parte de su valor mientras que, por otro lado, su coste se había elevado a extremos prohibitivos.

Seguimos discutiendo sobre si continuar o no con el proyecto de las Andamán. El presidente se resistía al deseo británico de abandonarlo. No se llegó a ninguna conclusión, salvo que se dieron instrucciones a los jefes del Estado Mayor para que estudiaran los detalles.

Volvimos a reunimos el cinco de diciembre y el presidente leyó el informe de los estados mayores conjuntos sobre las operaciones en el frente europeo que fue aprobado. Entonces todo se reducía a las operaciones en el Lejano Oriente. Rodas se había perdido de vista, de modo que me concentré en conseguir las lanchas de desembarco para el «Yunque» y el Mediterráneo. Había aparecido un factor nuevo. Nos llamaron la atención los cálculos que había hecho el mando del sureste asiático sobre la fuerza necesaria para irrumpir en las Andamán. El presidente dijo que con catorce mil hombres habría suficiente. De todos modos, con los cincuenta mil hombres propuestos se podía hacer la peor parte de la expedición a las Andamán, por lo menos según los asistentes a esa reunión. Por el momento se acordó preguntarle a Mountbatten qué operaciones anfibias podía emprender a una escala más reducida partiendo de la base de que la mayoría de las lanchas de desembarco y los barcos de asalto se retirarían del sureste asiático durante las siguientes semanas. Y así nos despedimos, dejando a Roosevelt muy afligido.

Antes de que se pudiera hacer nada más se quebró el punto muerto de El Cairo. Por la tarde, después de consultarlo con sus asesores, el presidente decidió dejar de lado el plan de las islas Andamán. Me envió un lacónico mensaje privado: «Se acabó el "Bucanero"». El general Ismay me recuerda que cuando le di por teléfono, de forma críptica, la buena noticia de que el presidente había cambiado de opinión y que así se lo informaba a Chiang Kai-chek le dije: «Más vale el dueño de sí mismo que el conquistador de ciudades». Nos reunimos todos al día siguiente a las 19.30 para repasar el informe final de la conferencia. Se aprobó formalmente la operación de ataque al sur de Francia y el presidente leyó su mensaje al generalísimo Chiang Kai-

chek en el que le informaba de su decisión de dejar de lado el plan de las islas Andamán.

Uno de los objetivos fundamentales de nuestra reunión en El Cairo había sido reanudar las conversaciones con los líderes turcos. El uno de diciembre telegrafié al presidente Inonu desde Teherán para sugerirle que se reuniera con el presidente de Estados Unidos y conmigo en El Cairo. Se acordó que también estaría presente Vishinski. Estas conversaciones surgieron como consecuencia de la reunión entre Eden y el ministro de Asuntos Exteriores turco en El Cairo a comienzos de noviembre durante mi anterior viaje de regreso desde Moscú. Los turcos volvieron a venir a El Cairo el cuatro de diciembre y la noche siguiente invité a cenar a su presidente. Mi invitado se mostró sumamente cauteloso, y en reuniones posteriores demostró hasta qué punto sus asesores seguían impresionados por la maquinaria militar alemana. Yo insistí mucho. Con Italia fuera de la guerra las ventajas de la entrada de Turquía se incrementaban de forma manifiesta y disminuían sus riesgos.

Los turcos se marcharon en seguida para informar a su Parlamento. Se acordó que mientras tanto se reunirían los especialistas británicos para poner en práctica las primeras etapas del establecimiento de una fuerza aliada en Turquía. Y así quedó la cuestión. Cuando llegó la navidad estaba resignado a la neutralidad turca.

En todas las conversaciones que mantuvimos en El Cairo el presidente no habló nunca de la cuestión vital y urgente del mando de «Overlord» y yo estaba convencido de que se mantenía nuestro acuerdo original. Pero el día antes de partir de El Cairo me comunicó su decisión definitiva íbamos en su coche desde El Cairo hacia las pirámides cuando me dijo, casi con indiferencia, que no podía prescindir del general Marshall cuya inmensa influencia al frente de los asuntos militares y de la dirección de la guerra, bajo su mandato, naturalmente, era inapreciable e indispensable para ganarla. Por tanto pensaba proponer a Eisenhower para «Overlord» y me pidió mi opinión. Le dije que le correspondía decidir a él pero que nosotros teníamos la máxima consideración por el general Eisenhower y que estábamos dispuestos de muy buen grado a poner nuestro destino en sus manos.

Hasta ese momento yo pensaba que Eisenhower iría a Washington como jefe del Estado Mayor militar mientras que Marshall comandaría «Overlord». Eisenhower tenía la misma información y lamentaba mucho la perspectiva de dejar el Mediterráneo para ir a Washington. De este modo quedaba todo resuelto: Eisenhower para «Overlord», Marshall se quedaría en Washington y un comandante en jefe británico para el Mediterráneo.

El biógrafo de Hopkins relata toda la historia de la larga demora del presidente y sus dudas, y de su decisión final, y dice que Roosevelt tomó la decisión el domingo cinco de diciembre, «a pesar del consejo casi apasionado de Hopkins y de Stimson, a

pesar de las preferencias tanto de Stalin como de Churchill, que él conocía, a pesar de sus deseos que él mismo había proclamado». A continuación, Sherwood cita el siguiente fragmento de una nota que recibió del general Marshall después de la guerra. «Si no recuerdo mal —decía Marshall—, el presidente dijo, al acabar nuestra conversación: "Siento que no puedo dormir por la noche si está usted fuera del país"». Casi no cabe duda de que el presidente pensaba que comandar sólo «Overlord» no bastaba para justificar que el general Marshall no estuviera en Washington[43].

Al fin concluyó nuestra labor. Di una cena en la villa para los jefes del Estado Mayor conjunto, Eden, Casey y uno o dos más. Recuerdo que me sorprendió el optimismo que reinaba en los altos círculos militares. Se sugirió que tal vez Hitler no tuviera la fuerza suficiente para hacer frente a la campaña de primavera y que podía caer incluso antes de que se emprendiera «Overlord» en el verano. Tanto me impresionó esa corriente de opinión que pedí a todos que presentaran su punto de vista uno tras otro alrededor de la mesa. Todas las autoridades profesionales tendían a pensar que la caída de Alemania era inminente mientras que la opinión de los tres políticos presentes era justo la contraria. Evidentemente en estas cuestiones inmensas de las que dependían tantas vidas siempre hay muchas conjeturas. Hay tanto de desconocido y de inconmensurable. ¿Quién puede saber lo débil que será el enemigo detrás de su apariencia violenta y su máscara desafiante? ¿En qué momento estallará su fuerza de voluntad? ¿En qué momento sucumbirá?

El presidente no había tenido tiempo para pasear pero yo no podía permitir que se fuera sin ver la Esfinge. Un día, después de tomar el té, le dije: «Tiene que venir ahora,». Fuimos en coche de inmediato y observamos esta maravilla del mundo desde todos los ángulos. Roosevelt y yo la contemplamos en silencio durante algunos minutos mientras caían las sombras vespertinas. No nos dijo nada y mantuvo su sonrisa inescrutable. No tenía sentido seguir esperando más. El siete de diciembre me despedí de mi gran amigo cuando despegó del aeródromo situado al otro lado de las pirámides.

No me había sentido nada bien durante este viaje y esta conferencia y al acercarse a su fin me di cuenta de que estaba muy cansado. Por ejemplo, me di cuenta de que ya no me secaba después de darme un baño sino que me echaba en la cama envuelto en la toalla hasta que me secaba solo. Poco después de la medianoche del once de diciembre mi equipo personal y yo partimos en avión hacia Túnez. Pensaba pasar una noche allí, en la villa del general Eisenhower, y volar al día siguiente al cuartel general de Alexander y después al de Montgomery, en Italia, donde decían que hacía un tiempo espantoso y que todos los avances eran irregulares.

La mañana nos encontró sobrevolando los aeródromos de Túnez. Nos dieron la señal de no aterrizar donde nos habían dicho y nos enviaron a otro campo situado a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia. Descendimos todos y comenzaron a descargar el equipaje. Los vehículos tardarían una hora en pasar a recogernos y después teníamos un largo trayecto en coche. Sentado sobre mis cajas oficiales, cerca de los aparatos, me sentía totalmente agotado. Entonces llegó un mensaje telefónico del general Eisenhower, que nos esperaba en el primer aeródromo, diciendo que se habían equivocado al enviarnos al otro y que allí se podía aterrizar perfectamente. De modo que a duras penas nos volvimos a subir al avión y en diez minutos estábamos con él muy cerca de su villa. Ike, como siempre la hospitalidad personificada, había esperado dos horas con un buen humor imperturbable. Subí a su coche y después de recorrer un corto trecho le dije: «Me temo que tendré que quedarme con usted más tiempo del previsto. No puedo más y no puedo ir al frente hasta que no recupere un poco las fuerzas». Dormí todo ese día y al día siguiente aparecieron la fiebre y unos síntomas en la base de los pulmones que indicaban una neumonía. De modo que allí me encontraba yo, en un momento tan importante, recluido en la cama entre las ruinas de la antigua Cartago.

Cuando las radiografías mostraron que tenía una sombra en uno de los pulmones descubrí que todo eso lo había diagnosticado y previsto lord Moran. El doctor Bedford y otras altas autoridades médicas del Mediterráneo, y unas enfermeras excelentes, llegaron de todas partes como por arte de magia. Desde el primer momento usaron el admirable M y B, que no me producía ninguna molestia, y al cabo de una semana de fiebre eliminé a los intrusos. Aunque Moran señala que le parecía que la cuestión estuvo en duda en algún momento no compartí su punto de vista. Durante este ataque no me sentí tan mal como en el de febrero. El M y B, al que yo llamaba Moran y Bedford, hizo su trabajo con gran eficacia. No cabe duda de que la neumonía ya no es lo que era antes de que se descubriera este medicamento maravilloso. En ningún momento abandoné la parte que me correspondía en la dirección de la situación y no se produjo ninguna demora en la toma de decisiones que se esperaban de mí.

Mi misión inmediata como ministro británico de Defensa responsable del gabinete de Guerra era proponer un comandante supremo británico para el Mediterráneo. Confiamos este puesto al general Wilson y también se estableció que el general Alexander estaría al mando de toda la campaña en Italia como lo había hecho a las órdenes del general Eisenhower. Asimismo se resolvió que el general Devers, del Ejército de Estados Unidos, fuera el segundo del general Wilson en el Mediterráneo, que el teniente general Tedder fuera el segundo del general Eisenhower en «Overlord», y que Montgomery tuviera el mando efectivo de toda la fuerza de invasión al otro lado del canal de la Mancha hasta el momento en que el

comandante supremo pudiera trasladar su cuartel general a Francia y asumir el mando directo de la operación. Todo esto se llevó a cabo sin ningún inconveniente, con un acuerdo perfecto entre el presidente y yo y con la aprobación del gabinete, y funcionó por la buena camaradería y la amistad que reinaban entre todas las partes implicadas.

Pero a medida que pasaban los días yo me sentía muy mal. La fiebre iba y venía. Vivía con mi asunto de la guerra y era como ser transportado fuera de uno mismo. Los médicos trataban de alejar el trabajo de mi cama pero yo no les hacía caso. Todos seguían diciéndome: «No se preocupe, no se preocupe», hasta tal punto que decidí leer una novela. Había leído hacía tiempo *Sentido y sensibilidad* de Jane Austen y pensé que podía leer *Orgullo y prejuicio*. Sarah me lo leyó maravillosamente al pie de la cama. Siempre pensé que sería mejor que su rival. ¡Qué vidas tan tranquilas las de estas personas! No se preocupaban por la Revolución francesa ni por la lucha tremenda de las guerras napoleónicas. Sólo los modales controlando las pasiones naturales en la medida de lo posible unido a una explicación culta de cualquier infortunio. Todo esto parecía llevarse muy bien con el M y B.

Una mañana, Sarah no vino a sentarse en su silla al pie de mi cama y ya estaba a punto de pedir que me trajeran la caja de telegramas en el horario prohibido cuando entró acompañada de su madre. No tenía idea de que mi esposa fuera a volar desde Inglaterra para hacerme compañía. Se había apresurado a acudir al aeropuerto para volar en un bimotor Dakota. Hacía mal tiempo pero lord Beaverbrook estaba atento. Llegó al aeropuerto antes que ella y no la dejó volar hasta que no consiguieron un cuatrimotor. (Siempre pienso que es mejor tener cuatro motores para recorrer grandes distancias a través del mar). Acababa de llegar después de un viaje muy malo en un avión sin calefacción en pleno invierno. La había acompañado Jock Colville y fue muy agradable incorporarla a mi equipo personal, que ya se veía en apuros porque a través de ellos se dirigían muchos asuntos. «Cariños a Clemmie —cablegrafió el presidente—. Me tranquilizó saber que estaba con usted como su oficial superior».

Mientras estuve postrado me pareció que atravesábamos uno de los momentos culminantes de la guerra. La organización de «Overlord» fue el acontecimiento y el deber más grande del mundo. Pero, ¿debíamos sabotear todo lo que podíamos conseguir en Italia donde estaba en juego la principal fuerza que tenía nuestro país en el exterior? ¿Íbamos a dejarla como un estanque del que podíamos extraer todos los peces que quisiéramos? En mi opinión, la campaña en Italia, en la que participaban un millón o más de soldados entre los británicos, los que estaban bajo mando británico y las tropas aliadas, era el complemento fiel e indispensable de la principal operación al otro lado del canal de la Mancha. En esto, el estilo lógico, bien definido y a gran escala, de producción masiva típico de los estadounidenses era formidable. En la vida lo primero que hay que enseñarle a la gente es a concentrarse en lo

esencial. No cabe duda de que éste es el primer paso para salir de la confusión y la necedad pero no es más que el primer paso. La segunda etapa de la guerra es la armonía general del esfuerzo bélico para hacer que todo cuadre y que cada parte de la fuerza de combate desempeñe al máximo su papel durante todo el tiempo. Estaba seguro de que una campaña vigorosa en Italia durante el primer semestre de 1944 sería de la máxima ayuda para la operación suprema del cruce del canal de la que estábamos todos pendientes y en la que estaban puestos todos los compromisos. Pero había que defender cualquier elemento que fuera «esencial» o «vital», por usar estas palabras tan trilladas para algún oficial del Estado Mayor, como si de ellos dependiera el éxito o el fracaso de nuestro objetivo fundamental. Hubo que luchar por veinte o por una docena de lanchas de desembarco como si la cuestión principal girara en torno a ellas.

A mí la cuestión me parecía de una sencillez brutal. Todos los barcos que teníamos se usarían para transportar a Inglaterra todo lo que Estados Unidos pudiera producir en armas y hombres. Claro que las enormes fuerzas que no podíamos desplazar por mar desde el frente italiano cumplirían una función: o bien conquistarían Italia fácilmente y atacarían en seguida el frente interno alemán o bien restarían gran cantidad de tropas alemanas del frente que íbamos a atacar desde el otro lado del canal de la Mancha en los últimos días de mayo o los primeros de junio, según lo determinaran la luna y las mareas.

El punto muerto al que había llevado la tenaz resistencia alemana a nuestros ejércitos en Italia en un frente de más de ciento veinte kilómetros, desde un mar hasta el otro, ya había hecho que el general Eisenhower se planteara un ataque anfibio de flanqueo. Había planeado desembarcar con una división al sur del Tíber y abalanzarse sobre Roma y lanzar al mismo tiempo un ataque de los ejércitos principales. La detención de estos ejércitos y la distancia entre ellos y el punto de desembarco hicieron pensar a todos que haría falta más de una división. Evidentemente yo siempre fui partidario de trucos evasivos como el *end run*, como llaman los estadounidenses a lo que yo denomino «uña de gato». Nunca había conseguido aplicar esta maniobra propia de la guerra en el mar a ninguno de nuestros avances en el desierto. Sin embargo, en Sicilia, el general Patton había utilizado en dos ocasiones el mando del flanco marítimo al avanzar a lo largo de la costa septentrional de la isla con magníficos resultados.

Contábamos con mucho apoyo profesional. Eisenhower ya estaba comprometido en principio, aunque su nuevo nombramiento al frente de «Overlord» le brindaba entonces una valoración diferente y nuevos horizontes. Alexander, el subcomandante supremo al frente de los ejércitos en Italia, opinaba que la operación era correcta y necesaria; Bedell Smith estaba decididamente a favor y dispuesto a colaborar en todo sentido y lo mismo se podía decir del almirante John Cunningham, que tenía todas las

cartas navales, y del teniente general Tedder. Por consiguiente contaba con una poderosa formación de autoridades mediterráneas. Además estaba seguro de que los jefes del Estado Mayor británico estarían de acuerdo con el plan y de que, con su consentimiento, obtendría la aprobación del gabinete de Guerra. Cuando no se pueden dar órdenes uno tiene que hacer duros y prolongados esfuerzos.

Comencé mis esfuerzos el diecinueve de diciembre cuando llegó a Cartago el jefe del Estado Mayor del Imperio que pasó a verme en su viaje de regreso después de visitar el cuartel general de Montgomery en Italia, adonde pensábamos ir juntos hasta que mi enfermedad me lo impidió. Mantuvimos una larga conversación y comprobé que el general Brooke había llegado, por otro camino, a la misma conclusión que yo. Nos pusimos de acuerdo sobre la política y también en que, mientras que yo me ocuparía de los comandantes *in situ*, él haría todo lo posible por superar todas las dificultades en Gran Bretaña. A continuación partió en avión hacia Londres. Los jefes del Estado Mayor evidentemente habían seguido la misma línea de pensamiento y, tras oír su versión, telegrafiaron el día veintidós: «Estamos totalmente de acuerdo con usted en que no podemos seguir estancados como ahora. […] La solución, como bien dice, consiste sin duda en aprovechar nuestra fuerza anfibia para atacar el flanco del enemigo y abrirnos camino para avanzar rápidamente hacia Roma. […] pensamos que el objetivo debería ser transportar por lo menos dos divisiones. […]». Después de explicar que el nuevo plan supondría abandonar tanto la captura de Rodas como una operación anfibia menor en la costa de Arakán, en Birmania, concluyeron: «Si está de acuerdo con esta línea de pensamiento nos proponemos plantear la cuestión a los jefes del Estado Mayor Conjunto con la intención de entrar en acción de inmediato según estas pautas».

De modo que hubo que analizar cuidadosamente nuestros recursos. Algunas lanchas de desembarco para la operación contra las islas Andamán, que se había cancelado, se dirigían hacia el Mediterráneo atravesando el índico. Otras tenían que regresar a Gran Bretaña para «Overlord». Había mucha demanda.

Toda la mañana del día de Navidad mantuve una conferencia en Cartago a la que asistieron Eisenhower, Alexander, Bedell Smith, el general Wilson, Tedder, el almirante John Cunningham y otros altos oficiales. El único que no asistió fue el general Mark Clark del Quinto Ejército. Fue un descuido que lamenté porque al final la operación se encomendó a su ejército y habría sido mejor que conociera todos los antecedentes. Todos estábamos de acuerdo en que lo mínimo era una fuerza de dos divisiones. En ese momento yo preveía que atacarían dos divisiones británicas del Octavo Ejército, en el que Montgomery estaba a punto de ser sustituido por el general Leese. Me parecía que la operación anfibia podía suponer riesgos mortales para las fuerzas que desembarcaran y prefería correrlos con tropas británicas, porque yo era

responsable ante Gran Bretaña. Además, entonces la fuerza de ataque habría sido homogénea en lugar de a partes iguales.

Todo dependía de las lanchas de desembarco, que mantuvieron muy restringida toda nuestra estrategia durante varias semanas. Con la fecha establecida rigurosamente para «Overlord» y el desplazamiento, el arreglo y la reparación de algo menos de un centenar de estos barcos pequeños todos nuestros planes estaban muy limitados. Aunque vapuleados logramos salir de este aprieto. Pero también debo reconocer que estaba tan ocupado luchando por el principio que no logré conseguir, y en realidad no me atreví a solicitar, el peso y el volumen necesarios para la «uña de gato». Pero había suficientes lanchas de desembarco para carros de combate para la operación, tal como estaba prevista, y en mi opinión si se hubiesen reducido las extravagantes exigencias del aparato militar habríamos podido desembarcar al sur del Tíber una fuerza bastante considerable, con plena movilidad, sin causar ningún perjuicio a ninguna otra promesa o compromiso. Pero la cuestión se resolvió en función de las necesidades de rutina del ejército y las fechas exactas en las que estas lanchas de desembarco tenían que estar disponibles para «Overlord», teniendo en cuenta, desde luego, todas las limitaciones que plantearía para regresar a Gran Bretaña el clima invernal del golfo de Vizcaya y considerando al máximo los márgenes de tiempo para su reparación. Si hubiese pedido una fuerza de tres divisiones no habría conseguido nada. ¡Cuántas veces en la vida tenemos que conformarnos con lo que podemos obtener! De todos modos sería mejor hacerlo bien.

Al finalizar la reunión le envié el siguiente mensaje al presidente y un telegrama similar a Londres. Procuré dejar establecidos sin rodeos los hechos fundamentales.

> […] Después de mantener en el Mediterráneo durante tanto tiempo cincuenta y seis lanchas de desembarco para carros de combate parecería irracional retirarlas justo la misma semana en la que podrían prestar un servicio decisivo. Además, nada sería más peligroso que dejar que la batalla en Italia se estancara y se enconara otros tres meses. No podemos permitirnos seguir adelante dejando atrás un gran trabajo a medio acabar. Por consiguiente, a los presentes nos pareció que había que hacer todos los esfuerzos necesarios para conseguir Anzio con dos divisiones alrededor del veinte de enero y se han dado órdenes al general Alexander para que haga los preparativos correspondientes. Si no se aprovecha esta oportunidad debemos esperar la ruina de la campaña del Mediterráneo de 1944. Por tanto, espero de todo corazón que acepte el retraso de tres semanas para el regreso de las cincuenta y seis lanchas de desembarco y que todas las autoridades reciban órdenes para que este retraso no afecte a la operación «Overlord» prevista para mayo. […]

A lord Moran le parecía que podía irme de Cartago después de Navidad pero insistió en que pasara tres semanas de convalecencia en alguna parte. ¿Qué mejor que la hermosa villa de Marraquech donde nos habíamos alojado el presidente y yo el año anterior después de Casablanca? Se hicieron todos los planes en los pocos días previos. Sería huésped del Ejército de Estados Unidos en Marraquech. También se pensó que llevaba demasiado tiempo en Cartago y que podía ser fácil localizarme. Había pequeñas embarcaciones patrullando sin cesar la bahía que estaba frente a la

villa por si algún submarino alemán se presentaba de improviso para intentar un ataque por sorpresa. También se podía intentar un ataque aéreo a distancia. Yo disponía de mi propia protección, que era un batallón de la Guardia de Coldstream. Estaba demasiado enfermo u ocupado para que me consultaran todo esto pero para mí mi amado Marraquech era un refugio donde recuperaría las fuerzas.

Fuera de la villa los Coldstream formaron un magnífico dispositivo de seguridad. No me había dado cuenta de lo mucho que me había debilitado la enfermedad. Me costó mucho pasar entre las filas y subirme al coche. El vuelo a algo menos de dos mil metros de altura estaba previsto en función del pronóstico meteorológico, según el cual los cielos estarían despejados. Sin embargo, cuando partimos y las tierras altas Je Túnez comenzaron a elevarse a nuestro alrededor, vi que nos rodeaban un montón de grandes nubes aborregadas y por el momento negras y al cabo de un par de horas nos encontrábamos con mayor frecuencia en medio de la neblina que al sol. Siempre he puesto muchos reparos a las llamadas «nubes rellenas» (es decir, las nubes con montañas dentro), y recorrer una ruta intrincada a través de los distintos valles que teníamos por delante para mantenernos por debajo de los dos mil metros me parecía una propuesta injusta para los demás pasajeros del avión. Por consiguiente envié a buscar al piloto y le dije que volara por lo menos seiscientos metros por encima de la montaña más alta dentro de un radio de ciento sesenta kilómetros de su ruta. Lord Moran estuvo de acuerdo. Un experto, que vino especialmente para este viaje, trajo el oxígeno. Subimos al cielo azul. Viajé muy bien e hicimos un aterrizaje perfecto a eso de las cuatro en el aeródromo de Marraquech. Nuestro segundo avión, que se ciñó estrictamente a sus instrucciones, tuvo un vuelo duro y peligroso a través de los distintos desfiladeros y puertos de montaña, muchos de los cuales atravesaron viendo fugazmente las imponentes alturas. A tan baja altura el tiempo no era bueno en absoluto. El avión llegó sano y salvo una hora después del nuestro con una de las puertas salida y todo el mundo mareado. Lamenté mucho que hubieran pasado tantos riesgos e incomodidades por mi culpa. Podrían haber volado cómodamente bajo el cielo azul a tres mil seiscientos o incluso a tres mil trescientos metros de altura.

Nada podía superar la comodidad, e incluso el lujo, de mi nueva morada ni la amabilidad de todos los presentes. Pero había algo que me preocupaba por encima de todo lo demás: la respuesta que daría el presidente a mi telegrama. Cuando pensaba en la resistencia desanimada, que no tenía en cuenta en absoluto ni el momento ni la proporción que encontré en todos los proyectos relacionados con el Mediterráneo, esperaba la respuesta con gran preocupación. Lo que yo pedía era una empresa arriesgada en la costa italiana y un posible retraso de tres semanas con respecto al uno de mayo (o del cuatro si había que tener en cuenta la fase de la luna) para la fecha del cruce del canal de la Mancha. En seguida conseguí la aprobación de los comandantes

in situ. Los jefes del Estado Mayor británico siempre habían estado de acuerdo en principio y quedaron satisfechos con los detalles. Pero, ¿qué dirían los estadounidenses sobre postergar «Overlord» cuatro semanas? Sin embargo, cuando uno está absolutamente cansado no se le suele negar la bendición del sueño.

Con una mezcla de alegría y, debo confesarlo, incredulidad, el veintiocho de diciembre recibí un telegrama de Roosevelt en el que aceptaba que se retrasara la partida de las cincuenta y seis lanchas de desembarco para carros de combate, «siempre que “Overlord” siguiera siendo la operación más importante y que se llevara a cabo en la fecha acordada en El Cairo y Teherán». «Doy gracias a Dios —respondí— por esta excelente decisión que recupera una vez más nuestra unidad incondicional en esta gran empresa. […]».

Grandes esfuerzos habían hecho sin duda los estados mayores en Gran Bretaña, y sobre todo el Almirantazgo, para conseguir la «uña de gato» y me apresuré a felicitarlos. El telegrama del presidente fue una maravilla. Estaba seguro de que se debía no sólo a su buena voluntad sino también a la mente equilibrada de Marshall, a la lealtad de Eisenhower con respecto a la función que estaba a punto de abandonar y a la activa diplomacia, entendida y apoyada en los hechos por Bedell Smith. Ese mismo día Alexander nos envió su plan. Después de consultarlo con el general Mark Clark y el general Brian Robertson había decidido usar una división estadounidense y una británica. Las unidades blindadas, los paracaidistas y los comandos se repartirían de forma equitativa y todo quedaría al mando de un comandante de cuerpo estadounidense. El ataque comenzaría alrededor del veinte de enero. Diez días antes lanzaría una gran ofensiva contra Cassino para hacer salir a las reservas alemanas. A continuación se produciría el avance de los ejércitos principales. Yo estaba muy satisfecho. Por el momento todo iba bien.

Decidí que estaría en Gran Bretaña antes de que se produjese el ataque de Anzio, de modo que volamos todos el catorce de enero con un clima espléndido hasta Gibraltar donde me esperaba el *King George V*. El día quince zarpamos de la bahía de Algeciras y entramos en el Atlántico y desde allí hasta Plymouth. Tras un viaje apacible nos dieron la bienvenida el gabinete de Guerra y los jefes del Estado Mayor, que realmente parecían contentos de verme de vuelta. Llevaba más de dos meses fuera de Inglaterra y habían pasado por muchas preocupaciones por culpa tanto de mi enfermedad como de mis actividades. Fue una auténtica vuelta a casa y me sentí profundamente agradecido con todos estos amigos y colegas tan leales.

Capítulo IX

EL MARISCAL TITO: EL TORMENTO GRIEGO

Regrese el lector a un relato violento y sombrío al que nos hemos adelantado en la narrativa principal. Desde la invasión de Hitler y su conquista en abril de 1941 Yugoslavia había sido escenario de acontecimientos terribles. El entusiasta rey niño se refugió en Inglaterra con aquellos ministros del príncipe Pablo y los demás miembros del gobierno que desafiaron el ataque alemán. Volvió a comenzar en las montañas la feroz guerrilla con la que los serbios habían resistido a los turcos durante siglos. El general Mihailovic fue su primer y principal paladín, y a su alrededor se concentró la élite superviviente de Yugoslavia. En el torbellino de los acontecimientos mundiales su lucha pasó casi desapercibida. Pertenece a la «suma no calculada del dolor humano». Como líder guerrillero Mihailovic sufrió por el hecho de que muchos de sus seguidores eran personas conocidas que tenían familiares y amigos en Serbia y bienes y vínculos reconocibles en otros sitios. Los alemanes emprendieron una política de chantaje asesino. Se vengaron de las actividades de la guerrilla matando a tiros a grupos de cuatrocientas o quinientas personas escogidas en Belgrado. Sometido a esta presión Mihailovic se dejó llevar poco a poco a una posición en la que algunos de sus comandantes llegaron a acuerdos con las tropas alemanas e italianas para que los dejaran tranquilos en ciertas zonas montañosas a cambio de no hacer nada, o casi nada, que perjudicara al enemigo. Es posible que infamen su nombre los que hayan podido resistir triunfalmente estas presiones pero la historia, más sagaz, no debería borrarlo de la lista de patriotas serbios. En el otoño de 1941 la resistencia serbia al terror alemán no era más que una sombra. La lucha nacional sólo se podía sostener mediante el valor innato del común de la gente y esto no faltaba.

Una guerra de subsistencia salvaje y furiosa contra los alemanes estalló entre los partisanos entre los que destacaba Tito, preeminente y pronto dominante. Tito, como se llamaba a sí mismo, era un comunista formado en la Unión Soviética que hasta que Hitler invadió Rusia y después de que Yugoslavia sufriera sus ataques había fomentado huelgas políticas a lo largo de la costa dálmata de acuerdo con la política general del Komintern. Pero cuando se unieron en su pecho y en su mente la doctrina comunista con su ardiente pasión por su tierra natal, tan atormentada, se convirtió en un líder con adeptos que tenían poco que perder aparte de su vida, que estaban dispuestos a morir y quien dice morir dice también matar; lo que planteó a los alemanes un problema que no se podía resolver mediante la ejecución masiva de notables o de personas de fortuna. Les hacían frente unos hombres desesperados a los que había que cazar en sus guaridas. Los partisanos que estaban a las órdenes de Tito

arrebataban las armas de manos de los alemanes. Crecieron rápidamente en número. No desistieron ante ninguna represalia, por sangrienta que fuera, contra rehenes ni pueblos. Para ellos la alternativa era la muerte o la libertad. En poco tiempo comenzaron a infligir graves daños a los alemanes y llegaron a dominar vastas regiones.

Era inevitable que los movimientos partisanos también se pelearan violentamente con sus compatriotas que resistían sin mucho entusiasmo o que pactaban su inmunidad con el enemigo común. De forma deliberada los partisanos violaban cualquier pacto que celebraran con el enemigo los chetniks, que era el nombre que recibían los seguidores del general Mihailovic. Entonces los alemanes comenzaron a matar rehenes chetniks y para vengarse los chetniks revelaban a los alemanes información sobre los partisanos. Todo esto ocurría de forma esporádica e incontrolable en estas salvajes regiones montañosas. Era una tragedia dentro de otra tragedia.

Yo había seguido estos acontecimientos, entre otras preocupaciones, en la medida de lo posible. Salvo por algunas provisiones que se arrojaban desde el aire no podíamos hacer nada por ayudarlos. Nuestro cuartel general en Oriente Próximo se encargaba de todas las operaciones en este frente y mantenía un sistema de agentes y oficiales de enlace con los seguidores de Mihailovic. Cuando en el verano de 1943 atacamos Sicilia e Italia no me podía quitar de la cabeza a los Balcanes, y sobre todo Yugoslavia. Hasta este momento nuestras misiones sólo habían llegado hasta las bandas que estaban por debajo de Mihailovic y que representaban la resistencia oficial a los alemanes y al gobierno yugoslavo en El Cairo. En mayo de 1943 adoptamos una nueva postura. Se decidió enviar pequeños grupos de oficiales y suboficiales británicos para que establecieran contacto con los partisanos yugoslavos, a pesar de los duros enfrentamientos que se desarrollaban entre ellos y los chetniks y de que Tito luchaba como comunista no sólo contra la invasión alemana sino también contra la monarquía serbia y Mihailovic. A finales de ese mes el capitán Deakin, un profesor de Oxford que había colaborado conmigo durante cinco años antes de la guerra en mi tarea literaria, se lanzó en paracaídas para establecer una misión con Tito. Después hubo más misiones británicas y en junio se habían acumulado muchas pruebas. Los jefes del Estado Mayor informaron el seis de junio: «De la información que tiene en su poder el Ministerio de Guerra se desprende que los chetniks están irremisiblemente comprometidos en sus relaciones con el Eje en Herzegovina y Montenegro. Durante los últimos combates que se han producido en esta zona han sido los partisanos, que estaban bien organizados, más que los chetniks, los que han contenido a las fuerzas del Eje».

Hacia el final del mes concentré mi atención en la cuestión de sacarle el máximo

provecho a la resistencia local al Eje en Yugoslavia. Después de solicitar información completa y detallada el veintitrés de junio presidí una conferencia de los jefes del Estado Mayor en Downing Street. En el transcurso de la conversación destaqué el enorme valor de brindar todo el apoyo posible al movimiento opositor al Eje en Yugoslavia, que comprendía alrededor de treinta y tres divisiones del Eje en esa región. Esta cuestión tenía tanta importancia que ordené que se le destinara la pequeña cantidad de aviones adicionales que hicieran falta para incrementar nuestra ayuda, en todo caso a expensas del bombardeo de Alemania y de la guerra de submarinos.

Antes de partir hacia Quebec decidí preparar el terreno para continuar las acciones en los Balcanes designando a un alto oficial para que encabezara una misión más amplia de apoyo a los partisanos en el campo y con facultades para hacerme recomendaciones directas acerca de nuestras acciones futuras con respecto a ellos. Fitzroy Maclean era un parlamentario atrevido que había trabajado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Esta misión llegó a Yugoslavia en paracaídas en septiembre de 1943 y encontró la situación revolucionada. No les llegó la noticia de la rendición de Italia hasta el comunicado oficial. De todos modos, aunque nosotros nos les avisamos de nada, Tito tomó medidas rápidas y provechosas. Pocas semanas después seis divisiones alemanas habían sido desarmadas por fuerzas partisanas y otras dos pasaron a luchar con ellas contra los alemanes. Con el equipo italiano los yugoslavos pudieron armar entonces a ochenta mil hombres más y ocupar por el momento la mayor parte de la costa del Adriático. Era una buena oportunidad para fortalecer nuestra posición general en el Adriático en relación con el frente italiano. El ejército de partisanos yugoslavos, que estaba compuesto por doscientos mil hombres, aunque fundamentalmente combatían como guerrillas participó en amplias acciones contra los alemanes, que continuaron sus violentas represalias cada vez con más furia.

Una consecuencia de este incremento de la actividad en Yugoslavia fue la exacerbación del conflicto entre Tito y Mihailovic. La creciente fuerza militar de Tito Planteaba de forma cada vez más acuciante la posición definitiva de la monarquía yugoslava y el gobierno en el exilio. Hasta el final de la guerra se hicieron sinceros y prolongados esfuerzos, tanto en Londres como dentro de Yugoslavia, para alcanzar un acuerdo operativo entre las dos partes. Yo esperaba que los rusos utilizaran sus buenos oficios en esta cuestión. Cuando Eden fue a Moscú en octubre de 1943 llevaba este asunto en el orden del día de la conferencia, y planteó de forma franca y justa nuestra actitud con la esperanza de encontrar una política aliada común con respecto a Yugoslavia pero los rusos no manifestaron el menor deseo de compartir información ni de discutir un plan de acción.

Incluso al cabo de muchas semanas vi pocas perspectivas de llegar a ningún

acuerdo de trabajo entre las facciones hostiles de Yugoslavia. Telegrafié a Roosevelt que «los combates son de lo más cruel y sangriento; los alemanes toman represalias despiadadas y ejecutan rehenes. […] Esperamos poder poner pronto en orden las disputas griegas pero las diferencias entre los partisanos de Tito y los serbios de Mihailovic están demasiado arraigadas».

Mi sombrío pronóstico se cumplió. A finales de noviembre Tito convocó un congreso político de su movimiento en Jajce, en Bosnia, y no sólo estableció un gobierno provisional, «que contaba con la facultad exclusiva de representar a la nación yugoslava», sino que además privó formalmente de todos sus derechos a la monarquía yugoslava que estaba en El Cairo. Se prohibió al rey regresar al país hasta después de la liberación. Los partisanos se establecieron a sí mismos, de forma indiscutible, como los principales elementos de la resistencia en Yugoslavia, sobre todo desde la rendición de Italia. Pero era importante que no se tomara ninguna decisión política irrevocable con respecto al futuro régimen de Yugoslavia en un ambiente de ocupación, guerra civil y refugiados políticos. La trágica figura de Mihailovic se había convertido en el obstáculo principal. Teníamos que mantener un estrecho contacto militar con los partisanos y, por consiguiente, convencer al rey de que destituyera a Mihailovic de su puesto como ministro de Guerra. A principios de diciembre retiramos el apoyo oficial a Mihailovic y desplazamos las misiones británicas que trabajaban en su territorio.

Los asuntos yugoslavos se plantearon en la conferencia de Teherán con estos antecedentes. Aunque las tres potencias aliadas decidieron dar el máximo apoyo a los partisanos, Stalin atribuía una importancia mínima al papel de Yugoslavia en la guerra y los rusos incluso cuestionaron nuestras cifras con respecto a la cantidad de divisiones que tenía el Eje en los Balcanes. Sin embargo el gobierno soviético aceptó enviar una misión rusa para encontrarse con Tito como consecuencia de la iniciativa de Eden, aunque también querían mantener el contacto con Mihailovic.

A mi regreso de Teherán y El Cairo fui a ver al rey Pedro y le hablé de la fuerza y la importancia del movimiento partisano; le dije que tal vez sería necesario que destituyera a Mihailovic de su gabinete. La única esperanza que le quedaba al rey de regresar a su país sería, con nuestra mediación, llegar a algún acuerdo provisional con Tito sin demora y antes de que los partisanos ampliaran más su control del país. También los rusos manifestaron que estaban dispuestos a tratar de encontrar algún tipo de solución intermedia y recibí una recomendación casi unánime sobre el camino a seguir en esta situación desagradable. Los oficiales que habían servido con Tito y los comandantes de las misiones de Mihailovic presentaban un panorama similar. El embajador británico ante el gobierno de la monarquía yugoslava, el señor Stevenson, telegrafió al Ministerio de Asuntos Exteriores: «Nuestra política se debe basar en tres factores nuevos: los partisanos gobernarán en Yugoslavia; tienen tanto valor para

nosotros, militarmente, que tenemos que apoyarlos al máximo subordinando las consideraciones políticas a las militares, y dudo mucho de que la monarquía se pueda seguir considerando un factor unificador en Yugoslavia».

En enero de 1944 me habían convencido los argumentos de los hombres que conocía y en los que confiaba que decían que Mihailovic era una carga para el rey, que no tenía ninguna oportunidad mientras no se librara de él. El ministro de Asuntos Exteriores estaba de acuerdo de modo que le escribí a Tito al respecto. Pero durante dos meses más continuaron en los círculos de los refugiados políticos de Londres las disputas políticas sobre los asuntos yugoslavos. Con cada día perdido disminuían las oportunidades de llegar a un acuerdo equitativo; Mihailovic no fue destituido hasta casi finales de mayo y se invitó a un político moderado, el doctor Subasic, a formar un nuevo gobierno. Tampoco conseguí reunir a Tito con Subasic hasta que en agosto me encontré con ellos en Nápoles donde, como contaré a su debido tiempo, hice lo que pude para calmar los tormentos tanto de Yugoslavia como de su vecino meridional, Grecia, de cuyos asuntos y diversas suertes hablaremos a continuación.

Tras la retirada de los aliados en abril de 1941 Grecia, al igual que Yugoslavia, fue ocupada por las potencias del Eje. La caída del Ejército y el exilio del rey y su gobierno hicieron revivir las amargas controversias de la política griega. Tanto en el propio país como en los círculos griegos en el exterior hubo duras críticas a la monarquía que había tolerado la dictadura del general Metaxas y, por consiguiente, se había asociado directamente con el régimen que había sido derrotado. Pasaron mucha hambre el primer invierno, que se alivió en parte gracias a los envíos de la Cruz Roja. El país estaba agotado por las luchas y el Ejército estaba aniquilado pero en el momento de la rendición las armas se escondieron en las montañas y, de forma esporádica y a pequeña escala, se planificó la resistencia al enemigo. En los pueblos del centro de Grecia el hambre proporcionó gran cantidad de reclutas. En abril de 1942 el cuerpo que se llamaba a sí mismo el Frente de Liberación Nacional (conocido por sus iniciales en griego como el EAM), que había nacido el otoño anterior, anunció la formación del Ejército de Liberación del Pueblo (ELAS). Se reclutaron pequeños grupos de combate durante el año siguiente mientras que en Epiro y en las montañas del noroeste se reunían los restos del Ejército griego y los montañeros locales se congregaban en torno a la persona del coronel Napoleón Zervas. La organización del EAM y el ELAS estaba dominada por la línea dura de los líderes comunistas. Los partidarios de Zervas, que al principio eran simpatizantes republicanos, a medida que fue pasando el tiempo se volvieron exclusivamente anticomunistas. Alrededor de estos dos centros se agrupó la resistencia a los alemanes. Ninguno de ellos tenía ninguna simpatía ni ningún contacto directo con el gobierno monárquico que estaba en Londres.

En vísperas de El Alamein decidimos atacar las líneas de suministro alemanas que atravesaban Grecia hasta El Pireo, el puerto de Atenas y una importante base en la ruta alemana hacia el norte de África. En consecuencia se arrojó en paracaídas la primera misión militar británica a las órdenes del teniente coronel Myers, que estableció contacto con los guerrilleros. Destruyeron un viaducto de la línea ferroviaria principal de Atenas y los agentes griegos realizaron unos sabotajes brillantes e intrépidos contra las embarcaciones del Eje que estaban en El Pireo. Durante el verano siguiente se reforzaron las misiones británicas y se hicieron esfuerzos especiales para convencer al enemigo de que desembarcaríamos en Grecia a gran escala después de nuestra victoria en Túnez. Los partidos anglogriegos volaron otro puente ferroviario en la línea principal de Atenas y otras operaciones tuvieron tanto éxito que trasladaron a Grecia dos divisiones alemanas que podrían haber usado en Sicilia. Pero ésta fue la última aportación militar directa de las guerrillas griegas a la guerra.

A estas alturas, los tres elementos divergentes, el ELAS, con veinte mil hombres y fundamentalmente bajo control comunista, las bandas de Zervas, conocidas como el EDES, con cinco mil, y los políticos monárquicos reunidos en El Cairo o en Londres en torno al rey Jorge II, pensaron que era probable que triunfaran los aliados de modo que comenzaron a pelearse entre ellos por el poder político, de lo que sacó provecho el enemigo común. Cuando capitularon los italianos en septiembre de 1943, el ELAS consiguió la mayor parte de su equipo, incluidas las armas de toda una división, logrando así la supremacía militar. En octubre, las fuerzas del ELAS atacaron el EDES (Zervas) y el cuartel general británico en El Cairo suspendió todos los envíos de armas a aquéllos.

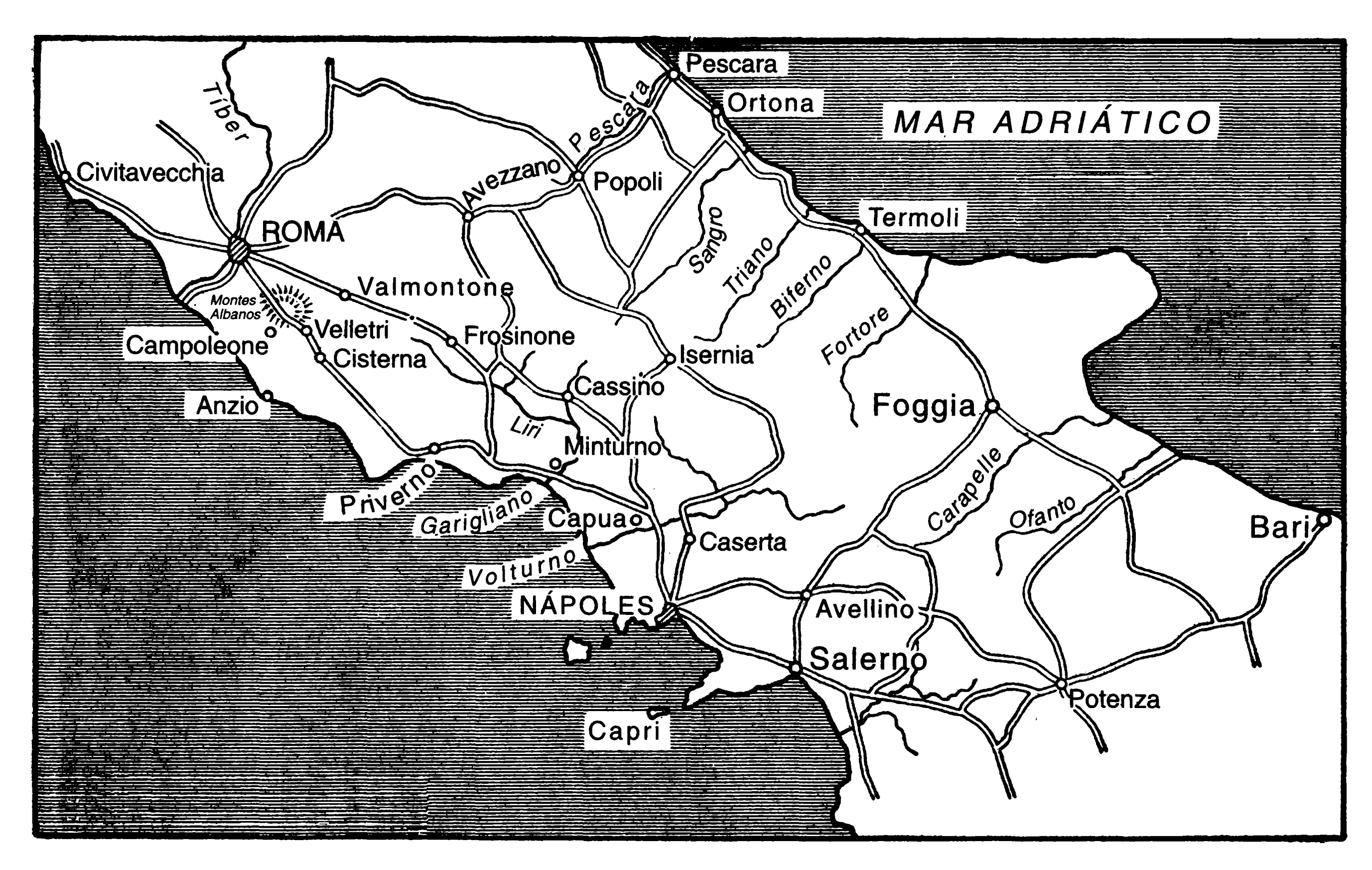
Las misiones que teníamos allí hicieron todo lo posible por limitar y finalizar la guerra civil que se extendió por todo el país, arruinado y ocupado, y en febrero de 1944 los oficiales británicos lograron establecer una precaria tregua entre las dos facciones. Pero los ejércitos soviéticos ya estaban en los límites de Rumanía, y como aumentaba la probabilidad de que los alemanes evacuaran los Balcanes y con ella la posibilidad del regreso de un gobierno monárquico, con apoyo británico, los dirigentes del EAM decidieron dar un golpe de Estado comunista.

Se estableció un comité político de Liberación Nacional en las montañas y se difundió la noticia a todo el mundo, lo que supuso un desafío directo a la futura autoridad del gobierno monárquico y la señal de peligro para las fuerzas armadas griegas en Oriente Próximo y en los círculos gubernamentales griegos en el exterior. El treinta y uno de marzo un grupo de oficiales del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea se presentaron ante el primer ministro, Tsouderos, en El Cairo para pedirle la dimisión. La 1.ª Brigada del Ejército griego, que yo esperaba que participara en la campaña italiana, se amotinó contra sus oficiales. Cinco barcos de la Armada real

helena se declararon partidarios de una república y el ocho de abril un destructor griego se negó a hacerse a la mar a menos que se formara un gobierno que incluyera a representantes del EAM.

En ese momento yo estaba a cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, por ausencia de Eden, de modo que tenía todos los hilos directamente en mis manos y, con mi apoyo y mi aliento personal el general Paget, que comandaba las fuerzas británicas en Egipto, rodeó a la brigada, que contaba con cuatro mil quinientos hombres y más de cincuenta cañones, todos desplegados contra nosotros, en sus posiciones defensivas. Al anochecer del día veintitrés los marinos leales griegos abordaron los barcos y, con unas cincuenta bajas, reunieron a los amotinados y los desembarcaron. Al día siguiente la brigada se rindió y depuso las armas; la evacuaron a una jaula de prisioneros de guerra donde arrestaron a los cabecillas. No hubo ninguna víctima griega pero murió un oficial británico. Los amotinados de la Armada se habían rendido de forma incondicional veinticuatro horas antes.

Mientras tanto el rey había llegado a El Cairo y el doce de abril proclamó que se establecería un gobierno representativo formado en su mayor parte por griegos de dentro de Grecia. Se tomaron medidas en secreto para conseguir representantes de la Grecia metropolitana, incluido el señor Papandreu, el líder del Partido Socialdemócrata griego, que asumió el poder el día veintiséis. En mayo se celebró una conferencia a la que asistieron todos los partidos, incluidos los líderes procedentes de las montañas griegas, en una localidad montañosa del Líbano donde se acordó, tras un feroz debate que duró tres días, establecer un gobierno en El Cairo en el que estuvieran representados todos los grupos, con Papandreu como primer ministro, mientras que en las montañas de Grecia una organización militar unida seguiría luchando contra los alemanes. Las dificultades y las luchas que encontrados en este centro neurálgico de Europa y el mundo se contarán en el lugar correspondiente. Ahora vamos a dejar este escenario para pasar a otros no menos convulsos pero más extensos.



Italia central

Capítulo X

EL ATAQUE A ANZIO

Es inevitable lanzar una mirada retrospectiva para comprender el ambiente que reinaba en Italia. Después de la rendición que tuvo lugar en septiembre de 1943, a falta de otras alternativas la organización de la resistencia a los alemanes cayó en manos de un comité de liberación clandestino en Roma y se conectó con la creciente actividad de las bandas de partisanos que entonces comenzaron a desplegar sus actividades por toda la península. Los miembros de este comité eran políticos que Mussolini había echado del poder a comienzos de la década de 1920 o representantes de grupos hostiles al régimen fascista. Flotaba sobre todo esto la amenaza de un recrudecimiento del núcleo duro del fascismo a la hora de la derrota. Evidentemente los alemanes hicieron todo lo posible por promoverla.

Mussolini había sido recluido en la isla de Ponza y posteriormente en La Maddalena, frente a la costa de Cerdeña. Temiendo un ataque por sorpresa alemán a finales de agosto Badoglio trasladó a su antiguo jefe a un refugio en los montes Abruzos en el centro de Italia. Con las prisas del vuelo desde Roma no se dieron instrucciones precisas a los agentes de policía ni a los *carabinieri* que protegían al ex dictador. La mañana del domingo doce de septiembre noventa paracaidistas alemanes saltaron de un planeador cerca del hotel donde tenían confinado a Mussolini y lo rescataron, sin que hubiera ninguna víctima, en un avión alemán ligero donde lo condujeron a otra entrevista más en Múnich con Hitler.

Durante los días siguientes los dos hombres analizaron la manera de prolongar la vida del fascismo italiano en las zonas de Italia que seguían ocupadas por las tropas alemanas. El día quince el *duce* anunció que había vuelto a asumir el liderazgo del fascismo y que un nuevo Partido Fascista Republicano, purgado y sustentado sin los miembros que lo habían traicionado, volvería a establecer un gobierno fiel en el norte. Por un momento pareció que revivía el viejo sistema con un nuevo atuendo seudorrevolucionario. Los resultados desilusionaron a los alemanes pero no pudieron echarse atrás y así comenzaron los desganados «cien días» de Mussolini. A finales de septiembre había establecido su cuartel general a orillas del lago Garda. Este lamentable gobierno en la sombra se conoce como la «república de Salò» y allí se interpretó la sórdida tragedia. El hombre que fue el dictador y legislador de Italia durante más de veinte años vivió con su amante en poder de sus amos alemanes, gobernó según su voluntad y quedó aislado del mundo exterior por guardias y médicos alemanes cuidadosamente elegidos.

La rendición de Italia pilló totalmente desprevenidos a sus ejércitos en los Balcanes y muchos soldados se vieron atrapados en posiciones desesperadas entre las

fuerzas de las guerrillas locales y los vengativos alemanes. Hubo salvajes represalias. La guarnición italiana de Corfú, que contaba con más de siete mil hombres, quedó casi aniquilada por sus antiguos aliados. Las tropas italianas de la isla de Cefalonia resistieron hasta el veintidós de septiembre. Muchos de los supervivientes fueron fusilados y los demás fueron deportados. Algunas de las guarniciones de las islas del Egeo consiguieron escapar a Egipto en grupos reducidos. En Albania en la costa dálmata y dentro de Yugoslavia numerosos destacamentos se sumaron a los partisanos. Con frecuencia los destinaban a trabajos forzosos después de ejecutar a los oficiales. En Montenegro, con la mayor parte de dos divisiones italianas, Tito formó las «divisiones Garibaldi», que sufrieron cuantiosas bajas al final de la guerra. En los Balcanes y el Egeo los ejércitos italianos perdieron casi cuarenta mil hombres después de que se anunciara el armisticio del ocho de septiembre, aparte de los que murieron en los campos de deportados.

La propia Italia estaba sumida en los horrores de la guerra civil. Los oficiales y los soldados del Ejército italiano estacionado en el norte, ocupado por los alemanes, y los patriotas de los pueblos y el campo comenzaron a formar unidades de partisanos para luchar contra los alemanes y contra sus compatriotas que seguían apoyando al *duce*. Se establecieron contactos con los ejércitos aliados al sur de Roma y con el gobierno de Badoglio. Durante estos meses se creó la red de la resistencia italiana a la ocupación alemana en un ambiente cruel de luchas internas, asesinatos y ejecuciones. Tanto en el centro y en el norte de Italia como en todo el resto de la Europa ocupada el movimiento insurgente convulsionó a toda clase de personas.

No fue el menor de sus logros el socorro y el apoyo que brindaron a nuestros prisioneros de guerra atrapados por el armisticio en los campos situados en el norte de Italia. De un total de alrededor de ochenta mil hombres, que llevaban un conspicuo uniforme de combate y en general apenas conocían el idioma ni la geografía del país, por lo menos diez mil fueron rescatados con la ayuda sobre todo de la población local que les proporcionó ropa de civil y gracias a los riesgos que corrieron los miembros de la resistencia italiana y los sencillos campesinos.

La amargura y la confusión aumentaron a principios de año. La república fantasma de Mussolini se vio sometida a una presión cada vez mayor por parte de los alemanes. Los círculos de gobierno en torno a Badoglio, en el sur, fueron objeto de intrigas en Italia y del desprecio por parte de la opinión pública en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Mussolini fue el primero en reaccionar. Cuando llegó a Múnich, después de huir, encontró allí a su hija Edda y a su esposo, el conde Ciano, que habían huido de Roma en el momento de la rendición, y aunque Ciano había votado en contra de su suegro en la fatídica reunión del gran consejo tenía esperanzas de lograr una reconciliación gracias a la influencia de su esposa y de hecho la obtuvo durante esos días en Múnich. Pero esto indignó a Hitler, que a su llegada había puesto

a la familia Ciano bajo arresto domiciliario. La renuencia del *duce* a castigar a los traidores al fascismo, y sobre todo a Ciano, puede ser el motivo principal por el que Hitler se formó un juicio tan malo de su colega en ese momento crítico.

Cuando la escasa fuerza de la «república de Salò» llegó al colmo de la decadencia y cuando se agudizó la impaciencia de sus amos alemanes, Mussolini aceptó soltar una oleada de venganza calculada. A finales de 1943 fueron juzgados en la fortaleza medieval de Verona todos los líderes del antiguo régimen fascista que habían votado contra él en julio y que fueron atrapados en la Italia ocupada por los alemanes. Entre ellos figuraba Ciano. Todos, sin excepción, fueron condenados a muerte. A pesar de las súplicas y las amenazas de Edda el *duce* no pudo ceder. En enero de 1944 los miembros del grupo, que incluía no sólo a Ciano sino también al anciano mariscal De Bono, de setenta y ocho años, que lo acompañó en la marcha sobre Roma, fueron ejecutados públicamente como traidores: les dispararon por la espalda atados a una silla. Todos murieron como valientes.

El final de Ciano estuvo acorde con todos los elementos de una tragedia renacentista. La sumisión de Mussolini a las exigencias vengativas de Hitler sólo sirvió para cubrirlo de vergüenza y la miserable república neofascista siguió arrastrándose junto al lago Garda como una reliquia del quebrado Eje.

Mientras tanto habíamos dedicado las primeras semanas de enero a los intensos preparativos para la operación «Guijarro», como se llamaba Anzio según nuestras claves, y a las operaciones preliminares del Quinto Ejército destinadas a desviar de la cabeza de playa la atención y las reservas del enemigo. Los combates fueron implacables porque era evidente que los alemanes pretendían evitar que atravesásemos la línea Gustav que, con Cassino como elemento central, era la última posición de su amplia zona defensiva. En estas montañas rocosas se había creado un gran sistema fortificado en el que no se escatimaron el hormigón ni el acero. Desde estos puestos de observación en las alturas el enemigo podía dirigir sus cañones hacia todos los movimientos que se produjeran en los valles inferiores. Nuestras tropas hicieron grandes esfuerzos que, aunque ganaron poco terreno, produjeron el efecto deseado en el enemigo: distrajeron su atención de la amenaza que se acercaba a su vulnerable flanco marino y les hicieron traer tres divisiones de buena calidad que tenían en reserva para restablecer la situación.

La tarde del día veintiuno los convoyes con destino a Anzio estaban en el mar cubiertos por nuestros aviones. El tiempo era propicio para ocultar el avance Nuestros intensos ataques a los aeródromos enemigos, y sobre todo a Perugia, la base alemana de reconocimiento aéreo, hicieron que permanecieran en tierra muchos de sus aviones. Con un entusiasmo tenso, aunque espero que contenido, aguardé el resultado de este ataque considerable. Al final me enteré de que el VI Cuerpo, compuesto por la

3.ª División estadounidense y la 1.ª británica al mando del general estadounidense Lucas, había desembarcado en las playas de Anzio a las dos de la mañana del día veintidós. Encontraron muy poca oposición y casi no hubo víctimas. Antes de medianoche había en tierra treinta y seis mil hombres y más de tres mil vehículos. Alexander, que estaba allí, envió un mensaje: «Parece que los hemos pillado casi totalmente por sorpresa. He insistido en la importancia de destacar patrullas móviles capaces de atacar con fuerza para establecer contacto con el enemigo, aunque hasta ahora no he recibido ningún informe sobre sus actividades». Yo estaba totalmente de acuerdo con esto y le respondí: «Le agradezco todos sus mensajes. Me alegro mucho de que vayan marcando terreno en lugar de atrincherarse en las cabezas de playa».

Pero entonces ocurrió el desastre y se estropeó el objetivo primordial de la empresa. El general Lucas se limitó a ocupar su cabeza de playa y a desembarcar el equipo y los vehículos. El general Penney, comandante de la 1.ª División británica, quería avanzar hacia el interior pero su brigada de reserva se vio retenida por el cuerpo. El veintidós y el veintitrés hubo pequeños ataques de sondeo en dirección a Cisterna y Campoleone, pero el comandante de la expedición no hizo ningún intento general de avanzar. Al anochecer del día veintitrés habían desembarcado dos divisiones completas junto con las tropas correspondientes, que incluían dos comandos británicos, los soldados de las tropas de asalto estadounidenses y los paracaidistas, con gran cantidad de impedimenta. Aumentaban las defensas de la cabeza de playa pero se perdió la oportunidad por la que se habían hecho tantos esfuerzos.

Kesselring reaccionó rápidamente ante esta situación crítica. Ya había lanzado contra nosotros él grueso de sus reservas en el frente de Cassino pero incorporó todas las unidades disponibles y en cuarenta y ocho horas había reunido el equivalente a unas dos divisiones para impedir que siguiéramos avanzando. El día veintisiete llegaron noticias graves. La Brigada de Guardias se había adelantado pero todavía les faltaban alrededor de dos kilómetros y medio para llegar a Campoleone y los estadounidenses todavía estaban al sur de Cisterna. Alexander dijo que ni él ni el general Clark estaban conformes con la velocidad del avance y que Clark se dirigía de inmediato a la cabeza de playa. Le respondí:

> Me alegro de saber que Clark va a visitar la cabeza de playa. Sería muy desagradable que nuestras tropas quedaran encerradas allí y que el ejército principal no pudiera avanzar desde el sur.

Sin embargo esto fue exactamente lo que estaba a punto de ocurrir.

Mientras tanto seguimos atacando las posiciones de Cassino. La amenaza a su flanco no hizo flaquear la determinación de Kesselring de resistir a nuestros ataques.

La resolución alemana se hizo evidente en una orden de Hitler que captamos el día veinticuatro:

> Hay que defender la línea Gustav a cualquier precio en aras de las consecuencias políticas que tendría una defensa completamente eficaz. El *führer* espera la lucha más implacable por cada palmo de terreno.

No cabe duda de que la cumplieron. Al principio avanzamos bastante. Cruzamos el río Rápido sobre la población de Cassino y atacamos hacia el sur, contra la colina del monasterio; pero los alemanes la habían reforzado y la defendieron con entusiasmo y a principios de febrero nos quedamos sin efectivos. Trajeron del Adriático un cuerpo neozelandés formado por tres divisiones y el día quince comenzó nuestro segundo gran ataque con el bombardeo del propio monasterio[44]. La altura sobre la que se alzaba el edificio permitía ver la confluencia de los ríos Rápido y Liri y era el eje de toda la defensa alemana. Ya había demostrado ser un obstáculo formidable, muy bien defendido. Sus escarpadas laderas, barridas por el fuego, estaban coronadas por el famoso edificio que en varias ocasiones, en guerras anteriores, fue saqueado, destruido y reconstruido. Se ha discutido mucho sobre si deberían haberlo destruido otra vez. En el monasterio no había tropas alemanas pero las fortificaciones enemigas casi no estaban separadas del edificio en sí. Dominaba todo el campo de batalla y naturalmente el general Freyberg, el comandante del cuerpo en cuestión, quería someterlo a un intenso bombardeo desde el aire antes de lanzar el ataque de la infantería. El comandante del Ejército, el general Mark Clark, de mala gana pidió y obtuvo la autorización del general Alexander, que asumió la responsabilidad. Por consiguiente, el quince de febrero, después de avisar debidamente a los monjes, se arrojaron más de cuatrocientas cincuenta toneladas de bombas que provocaron muchos daños. Las grandes murallas exteriores y la puerta se mantuvieron en pie. El resultado no fue bueno porque entonces los alemanes tenían toda la razón para hacer lo que quisieran con los escombros de las ruinas, lo que les brindaba mejores oportunidades para la defensa que cuando el edificio estaba intacto.

La 4.ª División india, que acababa de relevar a los estadounidenses en las montañas que había al norte del monasterio, fue la encargada de lanzar el ataque. En dos noches sucesivas trataron en vano de apoderarse de un montículo que se encontraba entre su posición y la colina del monasterio. La noche del dieciocho de febrero hicieron un tercer intento. La lucha fue desesperada y en ella murieron todos los hombres que llegaron hasta el montículo. Más tarde, esa misma noche, una brigada rodeó el montículo y se desplazó directamente hacia el monasterio, donde encontraron un barranco oculto lleno de minas y cubierto por ametralladoras enemigas a una distancia mínima. Sufrieron muchas bajas y se detuvieron. Mientras se libraban estas luchas feroces en las alturas la División neozelandesa logró cruzar el río Rápido pero la contraatacaron con carros de combate antes de que pudieran

asegurar la cabeza de puente y se vio obligada a retroceder. El ataque directo a Cassino había fracasado.

Debemos regresar ahora a la cabeza de playa. El treinta de enero había desembarcado en Anzio la 1.ª División Blindada estadounidense y la 45.ª División estadounidense iba de camino. Hubo que hacer todo esto sobre las playas difíciles o a través del diminuto puerto pesquero. El mensaje que envió el almirante John Cunningham decía que «la situación tal como se presenta ahora no tiene casi nada que ver con la ofensiva relámpago de dos o tres divisiones que concebimos en Marraquech, pero puede tener la seguridad de que las Armadas no escatimarán esfuerzos para sentar los pilares de la victoria». Como veremos más adelante, esta promesa se cumplió con creces.

Ese mismo día el VI Cuerpo lanzó con energía el primer ataque. Ganaron un poco de terreno pero el tres de febrero el enemigo lanzó un contraataque que clavó el saliente de la 1.ª División británica y, evidentemente, no fue más que el preludio de lo peor que faltaba por venir. Según el informe del general Wilson, «el perímetro quedó acordonado y las fuerzas que tenemos allí no pueden avanzar». Aunque el general Lucas consiguió pillarlos por sorpresa no supo aprovecharlo, lo que produjo una gran desilusión tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Evidentemente yo no conocía las órdenes que se le habían dado al general Lucas pero es un principio fundamental presionar y enfrentarse con el enemigo y se diría que desde el comienzo aplicó el criterio contrario. Como dije en ese momento, yo esperaba arrojar a la orilla un gato montes pero lo único que conseguimos fue una ballena varada. Aparentemente seguíamos siendo más fuertes que los alemanes en cuanto a fuerza de combate pero la facilidad con la que ellos movían sus piezas en el tablero y la rapidez con la que corregían las peligrosas brechas que tenían que abrir en el frente meridional fueron realmente impresionantes. Todo contribuía a darnos datos muy negativos para «Overlord».

El gran esfuerzo previsto para devolvernos al mar comenzó el día dieciséis, cuando el enemigo utilizó más de cuatro divisiones con el apoyo de cuatrocientos cincuenta cañones en una ofensiva directa hacia el sur, desde Campoleone. Antes del ataque le leyeron a las tropas la especial orden del día de Hitler. Exigía la eliminación en tres días de nuestro «absceso» en la cabeza de playa. El ataque cayó en mal momento ya que la 45.ª División estadounidense y la 56.ª británica, trasladadas desde el frente de Cassino, acababan de relevar a nuestra valiente 1.ª División que en seguida volvió a encontrarse en plena acción. Se abrió una cuña profunda y peligrosa en nuestra línea, que allí se vio obligada a retroceder hasta la cabeza de playa original. Todo estaba en el aire. No era posible retirarse más. Incluso un corto avance habría brindado al enemigo la capacidad de usar no sólo sus cañones de largo alcance

para abrir un fuego de hostigamiento sobre las lanchas y plataformas de desembarco sino también la de lanzar una buena descarga de artillería contra todas las entradas o las salidas. No me hacía ilusiones sobre la situación. Era cuestión de vida o muerte.

Pero la fortuna, desconcertante hasta entonces, recompensó el valor desesperado de los ejércitos británicos y estadounidenses. Antes de los tres días estipulados por Hitler se interrumpió el ataque alemán. Entonces su propio saliente recibió un contraataque en su flanco y quedó aislado bajo el fuego de toda nuestra artillería y el bombardeo de todos los aviones que pudimos hacer despegar. La lucha fue intensa y hubo cuantiosas pérdidas por ambos bandos pero ganamos la batalla mortal.

Hitler, cuya fuerza de voluntad era el motor de todo, hizo un último intento a finales de febrero. La 3.ª División, en el flanco oriental, fue atacada por tres divisiones alemanas debilitadas y sacudidas por su fracaso anterior. Los estadounidenses resistieron con tesón y el ataque se vino abajo un día después de que los alemanes sufrieran más de dos mil quinientas bajas. El uno de marzo Kesselring aceptó su fracaso. Había frustrado la expedición de Anzio pero no pudo acabar con ella.

A comienzos del mes de marzo la situación meteorológica provocó un punto muerto. El quinto elemento de Napoleón, el barro, empantanó a los dos bandos. Ni nosotros pudimos destruir el frente principal de Cassino ni los alemanes pudieron devolvernos al mar en Anzio. En cifras había igualdad entre los dos combatientes. En ese momento teníamos veinte divisiones en Italia, pero tanto los estadounidenses como los franceses habían sufrido gran cantidad de bajas. El enemigo disponía de dieciocho o diecinueve divisiones al sur de Roma y de cinco más en el norte de Italia, pero ellos también estaban extenuados.

Ya no quedaba ninguna esperanza de que pudiéramos salir de la cabeza de playa de Anzio ni ninguna perspectiva de establecer una rápida conexión entre nuestras dos fuerzas separadas hasta que se destruyera el frente de Cassino. Por consiguiente lo más importante era afirmar bien la cabeza de playa, relevar y reforzar las tropas y proporcionarles provisiones para que resistieran un asedio virtual y para alimentar una misión posterior. No había demasiado tiempo puesto que muchas de las lanchas de desembarco debían partir pronto para «Overlord». Hasta ese momento se había postergado su traslado pero ya no se podía retrasar más. Las Armadas colaboraron con toda su fuerza y obtuvieron resultados admirables. Si antes se desembarcaban tres mil toneladas diarias en los primeros diez días de marzo esta cifra se duplicó con creces.

Pero aunque Anzio había dejado de ser un motivo de preocupación la campaña en Italia se había vuelto en general más pesada. Nosotros esperábamos que a estas alturas ya habríamos empujado a los alemanes hasta más al norte de Roma y que una

parte sustancial de nuestros ejércitos habrían quedado disponibles para un importante desembarco en la costa de la Riviera francesa para colaborar con la gran invasión al otro lado del canal de la Mancha. Esta operación, «Yunque», se había acordado en principio en Teherán pero pronto se convertiría en un motivo de controversia entre nosotros y nuestros aliados estadounidenses. Evidentemente hubo que adelantar mucho la campaña en Italia antes de que se planteara esta cuestión y la necesidad inmediata fue romper el punto muerto en el frente de Cassino. Los preparativos para la tercera batalla de Cassino comenzaron poco después del fracaso de febrero pero el mal tiempo la retrasó hasta el quince de marzo.

Esta vez el objetivo fundamental era la población de Cassino. Tras un intenso bombardeo, en el que se gastaron casi mil toneladas de bombas y mil doscientas toneladas de proyectiles, nuestra infantería avanzó. «Me parecía inconcebible —dijo Alexander— que quedaran soldados vivos después de ocho horas de una paliza semejante». Pero los había. La 1.ª División alemana de paracaidistas, probablemente los luchadores más resistentes de todo su Ejército, siguieron combatiendo contra los neozelandeses y los indios entre las pilas de escombros. Al anochecer teníamos la mayor parte de la población en nuestras manos mientras que la 4.ª División india, que se aproximaba desde el norte, también avanzaba bien y al día siguiente habían recorrido dos tercios del camino de la colina del monasterio. Entonces la batalla se nos puso en contra. Nuestros carros de combate no podían atravesar los grandes cráteres que dejaron los bombardeos y seguir el ataque de la infantería. Transcurrieron casi dos días hasta que pudieron prestar ayuda. El enemigo consiguió hacer llegar refuerzos. Estalló una tormenta y empezó a llover. La lucha entre las ruinas de la población de Cassino continuó hasta el día veintitrés, con duros combates entre ataques y contraataques. Los neozelandeses y los indios no podían hacer nada más. Sin embargo habíamos establecido una cabeza de puente firme sobre el río Rápido que, junto con un gran adelantamiento que hicimos en enero al otro lado del bajo Garigliano, fue de incalculable valor cuando tuvo lugar la batalla definitiva y triunfal. Allí y en la cabeza de puente de Anzio teníamos inmovilizadas en el centro de Italia a casi veinte magníficas divisiones alemanas, muchas de las cuales habrían ido a Francia. Ésta es la historia de la lucha en Anzio, una historia de grandes oportunidades y esperanzas perdidas, de hábiles inicios por nuestra parte y una rápida recuperación del enemigo, de valor por ambas partes. Sabemos ahora que a principios de enero el alto mando alemán intentó transferir cinco de sus mejores divisiones de Italia al noroeste de Europa. Kesselring protestó aduciendo que en ese caso no podría seguir cumpliendo las órdenes de luchar al sur de Roma y que tendría que retirarse. Precisamente cuando la discusión estaba en su punto culminante tuvo lugar el desembarco en Anzio y el alto mando dejó de lado la idea y, en lugar de que desde el frente italiano se enviaran fuerzas al noroeste de Europa, ocurrió justo lo contrario.

En ese momento no sabíamos nada sobre estos cambios de planes pero demuestran que la agresividad de nuestros ejércitos en Italia, y el ataque de Anzio en particular, hicieron una gran aportación al éxito de «Overlord». Más adelante veremos el papel que desempeñaron en la liberación de Roma.

Capítulo XI

«OVERLORD»

El pensamiento que procede de la experiencia de los hechos puede ser un freno o un acicate. Sabrá el lector que si bien siempre estuve dispuesto a sumarme a Estados Unidos en un ataque directo al otro lado del canal de la Mancha contra el frente marítimo alemán en Francia no estaba convencido de que esta fuera la única manera de ganar la guerra y sabía que sería una aventura difícil y arriesgada. Tenía grabado en la cabeza el enorme precio que tuvimos que pagar en vidas y sangre humanas por las grandes ofensivas de la primera guerra mundial. Me seguía pareciendo todavía, un cuarto de siglo después, que la única manera de superar unas fortificaciones de hormigón y acero, armadas con un potencial de fuego moderno y bien defendidas por hombres entrenados y decididos, era mediante la sorpresa en el tiempo o el lugar haciendo girar sus flancos o mediante algún dispositivo mecánico nuevo, como los carros de combate. La superioridad de bombardeo, por terrible que fuera, no era la respuesta definitiva. Era posible que los defensores tuvieran dispuestas otras líneas detrás de la primera y que el terreno que quedaba en el medio, y del que se apoderaría la artillería, se convirtiera en un campo de cráteres intransitable. Éste era el fruto de los conocimientos adquiridos a muy alto precio por los franceses y los británicos desde 1915 hasta 1917.

Desde entonces habían aparecido nuevos factores, aunque no todos revelaban lo mismo. La potencia de fuego de la defensa se había incrementado considerablemente. Era impresionante el desarrollo de los campos de minas tanto en tierra como en el mar. Por otra parte nosotros, los atacantes, teníamos la superioridad aérea y podíamos arrojar grandes cantidades de paracaidistas detrás del frente enemigo y, sobre todo, bloquear y paralizar las comunicaciones que le permitían recibir refuerzos para contraatacar.

Durante los meses de verano de 1943 el general Morgan y su estado mayor de las tres armas aliadas estuvieron trabajando en este plan. En un capítulo anterior dije que me lo presentaron durante el viaje a Quebec para la conferencia «Cuadrante», donde el plan se aprobó en general, aunque Eisenhower y Montgomery no estuvieron de acuerdo con un elemento importante: querían un ataque de mayor poder sobre un frente más amplio para conseguir rápidamente una cabeza de puente de tamaño considerable en la que acumular sus fuerzas antes de la salida. También era importante apoderarse de los muelles de Cherburgo antes de lo previsto. Querían un primer ataque con cinco divisiones en lugar de tres. Evidentemente tenían toda la razón. El propio general Morgan había defendido una ampliación del desembarco inicial pero no le proporcionaron suficientes recursos. Pero, ¿de dónde saldrían las

demás lanchas de desembarco? Ya habían retirado las del sureste asiático. En el Mediterráneo había suficientes para transportar dos divisiones pero hacían falta para el «Yunque», el ataque marítimo al sur de Francia que se llevaría a cabo al mismo tiempo que «Overlord» y que mantendría lejos del norte a las tropas alemanas. Si se reducía el «Yunque» resultaría demasiado débil y no serviría de nada. El general Eisenhower, con el acuerdo de los jefes del Estado Mayor británico, no tomó una decisión definitiva hasta marzo. Los jefes del Estado Mayor estadounidense decidieron que él hablara en su nombre. Como acababa de llegar del Mediterráneo lo sabía todo acerca del «Yunque» y, como comandante supremo de «Overlord», era el más indicado para calcular las necesidades de ambas operaciones. Se acordó retirar los barcos de una división del «Yunque» y utilizarlos para «Overlord». Se podrían conseguir barcos para una segunda división si se postergaba «Overlord» hasta la luna de junio. Con las nuevas lanchas de desembarco que se fabricaran durante ese mes se cubriría la diferencia.

Una vez determinado el tamaño de la expedición se podía seguir adelante con el entrenamiento intensivo. Encontrar espacio no era la menor de nuestras dificultades. Se estableció una división general entre las fuerzas británicas y las estadounidenses según la cual los británicos ocupábamos el sureste y los estadounidenses el suroeste de Inglaterra. Los habitantes de las zonas costeras aceptaron muy bien todas las molestias. Una división británica con su equivalente naval realizó toda la primera parte de su entrenamiento en la zona del estuario de Moray, en Escocia, donde las tormentas invernales los prepararon para las turbulencias del día D.

Hacía tiempo que el Estado Mayor de Operaciones Conjuntas dirigido por el almirante Mountbatten, cuyo sucesor fue el general Laycock, había fijado la teoría y la práctica de las operaciones anfibias. Ahora había que enseñárselas a todos los participantes, además del intenso entrenamiento general necesario para la guerra moderna que, evidentemente, se estaba llevando a cabo hacía tiempo en Gran Bretaña y en Estados Unidos mediante grandes y pequeñas maniobras con fuego real. Muchos oficiales y soldados entraron en combate por primera vez pero todos se comportaron como militares expertos.

Las tres armas aplicaron las lecciones aprendidas en anteriores maniobras a gran escala y, desde luego, en nuestra dura experiencia en Dieppe, en los últimos ensayos que culminaron a principios de mayo. Toda esta actividad no pasó desapercibida para el enemigo. No nos opusimos, y se hizo un esfuerzo especial para que la notaran los observadores que estaban en el paso de Calais porque queríamos que los alemanes pensaran que nos dirigíamos hacia allí. El reconocimiento aéreo permanente nos mantenía informados de lo que ocurría al otro lado del canal de la Mancha, aparte de que había otras formas de averiguarlo. Se hicieron muchos viajes en grupos de

embarcaciones pequeñas para resolver alguna cuestión difícil, para llevar a cabo sondeos en la costa, para examinar los obstáculos nuevos o para comprobar la pendiente de la playa y su naturaleza. Todo esto había que hacerlo en la oscuridad, aproximándose en silencio para hacer un reconocimiento sigiloso y una retirada a tiempo.

Una decisión compleja fue la elección del día D y la hora H, el momento en el que tenía que llegar a la playa la primera lancha de ataque. A partir de allí había que calcular hacia atrás muchas fechas más. Se acordó la aproximación a la costa enemiga a la luz de la luna porque eso ayudaría tanto a nuestros barcos como a nuestras tropas aerotransportadas. También hacía falta un período breve de luz antes de la hora H para ordenar el despliegue de las embarcaciones pequeñas y para dar precisión al bombardeo de cobertura. Pero si el intervalo entre las primeras luces y la hora H era demasiado largo el enemigo tendría tiempo de recuperarse de la sorpresa y abrir fuego sobre nuestras tropas cuando estuvieran desembarcando.

Además había que pensar en las mareas. Si desembarcábamos con la marea alta los obstáculos que hubiera bajo el agua dificultarían nuestro acercamiento; con la marea baja las tropas tendrían que recorrer más distancia sobre las playas desprotegidas. Había que tener en cuenta muchos factores más y al final se decidió desembarcar alrededor de tres horas antes de la marea alta. Pero eso no era todo. Había una variación de cuarenta minutos entre las mareas de las playas orientales y las occidentales, y había un arrecife sumergido en uno de los sectores británicos. De modo que cada sector tenía que tener una hora H diferente con variaciones de un lugar a otro de hasta ochenta y cinco minutos.

En cada mes lunar sólo tres días cumplían todas las condiciones deseadas. El primer período de tres días posterior al treinta y uno de mayo, la fecha propuesta por el general Eisenhower, eran el cinco, el seis y el siete de junio de modo que se eligió el cinco de junio. Si las condiciones meteorológicas no eran propicias en ninguno de esos tres días habría que postergar toda la operación al menos durante quince días, aunque en realidad sería un mes si esperábamos a la luna.

Sin duda no bastaba sólo con planear lo que íbamos a hacer en realidad. Seguro que el enemigo se enteraba de que se estaba preparando una gran invasión de modo que teníamos que disimular el lugar y el momento del ataque y hacerle creer que íbamos a desembarcar en otro sitio y en otro momento. Para esto sólo había que pensar y hacer muchísimas cosas. Se prohibió el acceso de visitantes a las zonas costeras; aumentó la censura; después de cierta fecha se retuvo la entrega de correspondencia; se prohibió a las embajadas extranjeras el envío de telegramas cifrados e incluso se retrasaron sus valijas diplomáticas. Nuestro principal engaño consistió en hacerles creer que llegaríamos a las costas del paso de Calais. No sería

adecuado, ni siquiera ahora, describir todos los métodos utilizados para desorientar al enemigo si bien empleamos algunos tan evidentes como simular concentraciones de tropas en Kent y en Sussex o de flotas de falsos barcos en los cinco puertos, hacer maniobras de desembarco en las playas cercanas y aumentar las comunicaciones por radio. Se hicieron más reconocimientos en los lugares donde no íbamos a desembarcar que en los que sí. Al final obtuvimos un resultado admirable. El Alto Mando alemán creyó sin dudar las pruebas que les presentamos. Rundstedt, el comandante en jefe del frente occidental, estaba convencido de que nuestro objetivo era el paso de Calais.

La concentración de las fuerzas de asalto (176.000 hombres, 20.000 vehículos y muchos miles de toneladas de suministros que había que transportar en los dos primeros días) era en sí misma una tarea formidable. Desde sus puestos habituales, distribuidos por toda Gran Bretaña, las tropas fueron trasladadas al sur del país. Las tres divisiones aerotransportadas que se lanzarían sobre Normandía antes del ataque por mar se concentraron cerca de los aeródromos desde los que partirían. Desde las zonas de concentración en la retaguardia las tropas se presentaban para embarcarse según la prioridad que se les hubiese asignado en los campamentos situados en las zonas de distribución próximas a la costa. En los campamentos de distribución los repartían en destacamentos según la capacidad de los barcos o las lanchas en los que embarcarían. Allí cada hombre recibía sus órdenes; después de recibirlas nadie podía salir del campamento. Los propios campamentos estaban cerca de los puntos de embarque, que eran puertos o «playas duras», es decir tramos de playa cubiertos de hormigón para facilitar el embarque en naves pequeñas. Allí los recibirían los barcos de la Armada.

Parecía muy improbable que todos estos desplazamientos por tierra y por mar pasaran desapercibidos para el enemigo. Había muchos blancos apetecibles para su aviación y se tomaron muchas precauciones. Casi siete mil cañones y cohetes y más de mil globos protegían las grandes masas de hombres y de vehículos. Pero no hubo ni señales de la Luftwaffe. ¡Cuánto había cambiado la situación con respecto a cuatro años antes! Después de esperar pacientemente tantos años para tener un trabajo que valiera la pena la Guardia Nacional lo consiguió por fin: sus hombres no sólo se encargaban de las partes de las defensas antiaéreas y costeras sino que también asumieron numerosas funciones de rutina y seguridad con lo cual los soldados quedaban disponibles para combatir. De este modo todo el sur de Inglaterra se convirtió en un inmenso campamento militar lleno de hombres entrenados, con instrucciones y ansiosos por entrar en contacto con los alemanes al otro lado del mar.

El lunes quince de mayo, tres semanas antes del día D, celebramos una última conferencia en Londres en el cuartel general de Montgomery, en la St. Paul’s School,

a la que asistieron el rey, el mariscal de campo Smuts, los jefes del Estado Mayor británico, los comandantes de la expedición y muchos de sus principales oficiales del Estado Mayor. Sobre el estrado había un mapa de las playas de Normandía y la zona próxima del interior puesto de forma inclinada para que el público pudiera verlo bien, construido de tal manera que los altos oficiales que explicaban el plan de operaciones podían desplazarse a su alrededor y señalar los puntos de referencia. Dio comienzo la reunión el general Eisenhower y acabó la mañana con unas palabras de Su Majestad. Montgomery pronunció un discurso impresionante. A continuación hablaron varios comandantes de la Armada, el Ejército y la Fuerza Aérea y también el oficial jefe administrativo, que hizo hincapié en los complejos preparativos que se habían hecho para administrar la fuerza una vez desembarcada.

Entonces los acontecimientos comenzaron a sucederse rápidamente y sin complicaciones hacia el momento culminante. Seguíamos sin tener indicios de que el enemigo hubiera descubierto nuestros secretos. Observamos que habían reforzado un poco las fuerzas navales ligeras en Cherburgo y El Havre y que sembraron más minas en el canal de la Mancha, pero en general no hicieron nada esperando alguna pista definitiva sobre nuestras intenciones. El veintiocho de mayo se informó a los comandantes subordinados de que el día D sería el cinco de junio. A partir de ese momento todo el personal destinado a participar en el ataque quedó «encerrado» en sus barcos o en sus campamentos y puntos de reunión en tierra. Se incautó toda la correspondencia y se prohibieron los mensajes personales de todo tipo salvo en casos de emergencia personal.

Entonces comenzaron a preocuparnos las condiciones meteorológicas. Después de unos días de buen tiempo éste se puso inestable y, a partir de entonces, los comandantes se reunían dos veces al día para estudiar los pronósticos. En la primera reunión vieron que la previsión para el día D era de mal tiempo, con nubes bajas, lo que tenía una importancia fundamental para las fuerzas aéreas puesto que afectaba tanto al bombardeo como a los paracaidistas. El dos de junio zarparon los primeros buques de guerra desde el Clyde, así como también dos pequeños submarinos desde Portsmouth cuya misión consistía en marcar las zonas de ataque. La situación no mejoró el tres de junio. Un creciente viento del oeste agitaba una mar moderada; el cielo estaba cubierto de nubes cada vez más bajas. Las previsiones para el cinco de junio eran pesimistas.

Esa tarde bajé en coche hasta Portsmouth con Bevin y el mariscal de campo Smuts y vi cómo embarcaban gran cantidad de soldados con destino a Normandía. Visitamos el barco que era el cuartel general de la 50.ª División y a continuación bajamos en lancha por el estrecho de Solent y subimos a bordo de varios barcos. En el viaje de regreso pasamos por el campamento del general Eisenhower para desearle buena suerte. Regresamos al tren a tiempo para cenar muy tarde; mientras cenábamos

Bedell Smith llamó a Ismay por teléfono para decirle que el tiempo estaba empeorando y que era probable que hubiera que retrasar la operación veinticuatro horas. El general Eisenhower esperaría hasta las primeras horas del cuatro de junio antes de tomar una decisión definitiva. Mientras tanto las unidades de la gran armada seguirían haciéndose a la mar de acuerdo con el programa previsto.

Ismay regresó y nos dio esta noticia tan deprimente. A los que habíamos visto todo el despliegue en el Solent nos pareció que el movimiento era tan imposible de detener como un alud. Nos rondaba la idea de que si continuaba el mal tiempo y había que seguir postergando la operación hasta después del siete de junio no volveríamos a encontrar la combinación necesaria de la luna y las mareas hasta dentro de quince días por lo menos. Mientras tanto las tropas ya habían recibido sus instrucciones y era evidente que no podían permanecer a bordo de esos barcos tan pequeños de forma indefinida. ¿Cómo íbamos a impedir la fuga de información?

Pero la preocupación que todos sentíamos no se notó de ninguna manera en la cena del tren. El mariscal de campo Smuts se mostró sumamente divertido. Contó la historia de la rendición de los bóers en Vereeniging en 1902 cuando convenció a sus colegas de que no les convenía seguir luchando sino que era preferible ponerse a merced de los británicos. Sus propios amigos lo acusaron de cobarde y derrotista y pasó el momento más difícil de su vida. Al final sin embargo triunfó, fue a Vereeniging y se firmó la paz. Entonces se puso a hablar de sus experiencias al estallar la segunda guerra mundial cuando tuvo que cambiar de bando en la Cámara y enfrentarse con su propio primer ministro, que quería permanecer neutral.

Nos acostamos cerca de la una y media. Ismay dijo que esperaría levantado para conocer el resultado de la conferencia de la mañana. Como no había nada que yo pudiera hacer al respecto pedí que no me despertaran para conocer el resultado. A las 4.15 Eisenhower volvió a reunirse con sus comandantes y los meteorólogos le dieron el parte, que era muy desfavorable: cielo cubierto, nubes bajas, viento fuerte del suroeste con lluvia y mar moderada. El pronóstico para el día cinco era todavía peor. De mala gana ordenó que se postergara el ataque durante veinticuatro horas, con lo que todo el inmenso despliegue dio marcha atrás según un plan cuidadosamente preparado. Todos los convoyes que había en el mar se dieron la vuelta y las embarcaciones pequeñas buscaron refugio en fondeaderos adecuados. Hubo un solo convoy grande, que comprendía ciento treinta y ocho embarcaciones pequeñas, que no recibió el mensaje pero fue alcanzado y se dio la vuelta sin despertar las sospechas del enemigo. Fue un día difícil para los miles de hombres que estaban encerrados en las lanchas de desembarco por toda la costa. Los estadounidenses que venían de los puertos del suroeste de Inglaterra fueron los que mayor distancia tuvieron que recorrer y, por tanto, los que más sufrieron.

A eso de las cinco de esa mañana Bedell Smith volvió a telefonear a Ismay

confirmándole la postergación e Ismay se fue a la cama. Media hora más tarde me desperté y envié a buscarlo. Me dio la noticia. Dice que no hice ningún comentario.

Las horas pasaron lentamente hasta que a las 21.15 del cuatro de junio comenzó otra fatídica conferencia con Eisenhower en su cuartel general. Las condiciones eran malas, más propias de diciembre que de junio, pero los expertos meteorólogos daban ciertas esperanzas de una mejora temporal para la mañana del día seis, después de la que preveían que volvería el mal tiempo con una duración indefinida. Ante perspectivas tan desesperadas como aceptar los riesgos inmediatos o postergar el ataque por lo menos durante quince días el general Eisenhower, siguiendo el consejo de sus comandantes, se atrevió a tomar la decisión, que al final resultó acertada, de seguir adelante con la operación, pendiente de una confirmación definitiva a primera hora de la mañana siguiente. A las cuatro de la madrugada del cinco de junio la suerte quedó echada de forma irrevocable: la invasión comenzaría el seis de junio.

Vista en retrospectiva esta decisión despierta admiración. Los acontecimientos la justificaron ampliamente y a ella se debe que ganáramos la preciosa ventaja de la sorpresa. Ahora sabemos que los oficiales meteorólogos alemanes informaron al Alto Mando que no era posible emprender una invasión el cinco o el seis de junio porque había una tormenta que podía durar varios días.

Durante todo el día cinco de junio los convoyes que transportaban la punta de lanza de la invasión convergieron en el punto de encuentro al sur de la isla de Wight. Desde allí, en una sucesión interminable, encabezada por los dragaminas abarcando un amplio frente y protegida por todas partes por las Armadas y las fuerzas aéreas aliadas, partió hacia la costa de Francia la mayor armada que zarpó jamás de nuestras costas. El mal estado de la mar fue una dura prueba para las tropas en vísperas de la batalla, sobre todo con la terrible incomodidad de unos barcos tan pequeños. Sin embargo, a pesar de todo, el extenso desplazamiento se llevó a cabo casi con la precisión de un desfile y, aunque no del todo sin pérdidas, las bajas y los retrasos que se produjeron, correspondientes en su mayor parte a las pequeñas embarcaciones que iban a remolque, no tuvieron consecuencias apreciables sobre los acontecimientos.

A lo largo de todas nuestras costas la red de la defensa se reguló a su máxima actividad. La flota nacional estaba alerta por si se producía algún movimiento en los barcos de superficie alemanes mientras que las patrullas aéreas vigilaban la costa enemiga desde Noruega hasta el canal de la Mancha. En alta mar, en las vías de acceso del oeste y en el golfo de Vizcaya, grandes cantidades de aviones del mando costero, apoyados por flotillas de destructores, vigilaban las reacciones del enemigo. Nuestro servicio secreto nos informó de que había más de cincuenta submarinos alemanes concentrados en los puertos franceses del golfo de Vizcaya dispuestos a intervenir cuando llegara el momento. Estaba sentado en mi silla de la sala de mapas del Anexo cuando llegó la emocionante noticia de la captura de Roma.

Capítulo XII

ROMA Y EL DÍA D

El punto muerto en Anzio y en Cassino frenó el avance aliado en Italia durante casi dos meses. Hubo que hacer descansar a las tropas y reagruparlas. Tuvimos que traer desde el Adriático a la mayor parte del Octavo Ejército y los dos ejércitos se concentraron para el ataque siguiente. Mientras tanto el general Wilson utilizó todo su potencial aéreo para poner obstáculos y perjudicar al enemigo que, igual que nosotros, aprovechaba la pausa para reorganizarse y reabastecerse para seguir combatiendo.

La poderosa aviación aliada se unió para atacar las comunicaciones por tierra del enemigo con la esperanza de mantenerlas interrumpidas para obligar a sus tropas a retirarse por falta de suministros. Esta operación, que recibió un nombre tan optimista como «Estrangular», pretendía bloquear las tres líneas férreas principales procedentes del norte de Italia y sus principales objetivos eran los puentes, los viaductos y otros estrechamientos. Trataban de obligar a los alemanes a rendirse por hambre. La campaña duró más de seis semanas e hizo mucho daño. Se interrumpieron sistemáticamente los desplazamientos por ferrocarril al norte de Roma aunque no logramos todo lo que esperábamos. Haciendo funcionar al máximo el cabotaje transfiriendo las cargas a los barcos a motor y aprovechando las horas de oscuridad el enemigo logró mantenerse, aunque no pudieron acumular reservas suficientes para una lucha prolongada e intensa y en las duras batallas terrestres que tuvieron lugar a finales de mayo quedaron muy debilitados. La unión de nuestros dos ejércitos y la captura de Roma se produjeron antes de lo previsto. La Fuerza Aérea alemana sufrió duros reveses y a principios de mayo apenas pudo reunir setecientos aparatos frente a nuestros mil aviones de combate.

En ese momento el general Clark, del Quinto Ejército, tenía más de siete divisiones, cuatro de las cuales eran francesas, en el frente que abarcaba desde el mar hasta el río Liri, donde el Octavo Ejército, entonces a las órdenes del general Leese, continuaba la línea del frente pasando por Cassino e internándose en las montañas con el equivalente a casi doce. En total, los aliados contaban con más de veintiocho divisiones de las que en el sector del Adriático sólo quedaban el equivalente a tres.

Frente a ellas había veintitrés divisiones alemanas pero nuestros planes de engaño habían dejado a Kesselring tan perplejo que estaban muy dispersas. Entre Cassino y el mar, donde íbamos a asestar los principales golpes, sólo había cuatro y las reservas estaban desparramadas y bastante lejos. Nuestro ataque se produjo de forma inesperada. Los alemanes estaban haciendo relevos delante del frente británico y uno de los comandantes de su Ejército tenía previsto irse de permiso.

La gran ofensiva comenzó a las 23 del once de mayo cuando la artillería de nuestros dos ejércitos dos mil cañones, abrieron fuego con violencia, con el refuerzo al amanecer de todo el peso de la Fuerza Aérea táctica. Después de muchos combates intensos el enemigo comenzó a perder fuerza. Finalmente, la mañana del día dieciocho la 4.ª División británica liberó la población de Cassino y los polacos izaron triunfalmente su estandarte rojo y blanco sobre las ruinas del monasterio. Kesselring había estado enviando refuerzos a medida que los iba reuniendo pero llegaban poco a poco y los enviaba a la batalla sólo para frenar el aluvión del avance aliado. El día veinticinco los alemanes estaban en plena retirada seguidos de cerca por todo el frente del Octavo Ejército.

Seis divisiones al mando del general estadounidense Truscott se habían apiñado en la cabeza de playa de Anzio y salieron de pronto, al mismo tiempo que se producía el ataque del Octavo Ejército. Al cabo de dos días de intensos combates establecieron contacto con el II Cuerpo estadounidense. Nuestras fuerzas se reunieron por fin y comenzamos a cosechar lo que habíamos sembrado en invierno. En el sur el enemigo se encontraba en plena retirada y la aviación aliada hizo todo lo posible para dificultar su desplazamiento y evitar que se concentrara. Pero la tenacidad de sus retaguardias frenaban con frecuencia a nuestras fuerzas que los perseguían y su retirada no degeneró en una huida en desbandada. El terreno montañoso nos impidió usar nuestras fuertes unidades blindadas que, de lo contrario, habrían resultado muy útiles.

Pero la noche del dos de junio la resistencia alemana se vino abajo y al día siguiente el cuerpo de Truscott desde los montes Albanos, con la 1.ª y la 5.ª División británica a su izquierda, siguió presionando hacia Roma. El II Cuerpo estadounidense les llevaba una escasa delantera. Encontraron los puentes casi intactos y a las 19.15 del cuatro de junio entró en la Piazza Venecia, en plena capital, la avanzadilla de su 88.ª División. De muchos sitios llegaron cordiales mensajes de felicitación. Hasta el Oso me dio una palmadita.

Al mediodía del día D, el seis de junio de 1944, comuniqué a la cámara de los Comunes que «ponía en su conocimiento, formalmente, la liberación de Roma por parte de los ejércitos aliados al mando del general Alexander», una noticia que se había difundido la noche anterior. Había mucha excitación por los desembarcos en Francia porque todo el mundo sabía que se estaban llevando a cabo en ese momento. Sin embargo dediqué diez minutos a hablar de la campaña en Italia y a rendir homenaje a los ejércitos aliados que estaban allí. Después de tenerlos en ascuas durante un rato les conté lo que había ocurrido hasta entonces según las noticias que teníamos. Por la tarde me pareció oportuno informar a Stalin:

> Todo ha comenzado bien. Se han superado la mayor parte de las minas, los obstáculos y las baterías terrestres. Los aterrizajes de paracaidistas salieron muy bien y a gran escala. Los desembarcos de la

infantería se están llevando a cabo con rapidez y ya hay en tierra muchos carros de combate y piezas de artillería autopropulsadas. El pronóstico meteorológico es de moderado a bueno.

Su respuesta no tardó en llegar e incluía buenas noticias de la máxima importancia. «He recibido —cablegrafió— su comunicación sobre el éxito del comienzo de las operaciones de “Overlord”. Nos llena de alegría a todos y esperamos que continúen los éxitos. La ofensiva de verano de las fuerzas soviéticas, organizada según el acuerdo alcanzado en la conferencia de Teherán, comenzará hacia mediados de junio en uno de los sectores importantes del frente. […] A finales de junio y durante julio las operaciones ofensivas se convertirán en una ofensiva general de las fuerzas soviéticas».

En realidad le estaba preparando una versión más completa de nuestros avances cuando llegó este telegrama. «Estoy muy satisfecho —le respondí— con la situación al mediodía de hoy [el siete de junio]. Sólo ha habido serias dificultades en una de las playas estadounidenses pero ya se han solucionado. Veinte mil soldados aerotransportados han aterrizado sanos y salvos detrás de los flancos de las líneas enemigas y han establecido contacto en cada caso con las fuerzas estadounidenses y las británicas transportadas por mar. Logramos cruzar con muy pocas bajas. Habíamos calculado que perderíamos unos diez mil hombres. […]».

Stalin volvió a telegrafiar pocos días después:

Es evidente que el desembarco, concebido a una escala grandiosa, ha sido un éxito total. Mis colegas y yo no podemos dejar de reconocer que la historia bélica no conoce ninguna empresa similar desde el punto de vista de su magnitud, su inmensa concepción y su magistral ejecución. Como es bien sabido, en su momento, el plan de Napoleón de atravesar el canal de la Mancha por la fuerza sufrió un fracaso ignominioso. El histérico de Hitler, después de jactarse durante dos años de que lo atravesaría por la fuerza, fue incapaz de decidirse siquiera a insinuar que intentaría poner en práctica su amenaza. Sólo nuestros aliados han conseguido poner en práctica con buenos resultados el plan grandioso de atravesar el canal por la fuerza. La historia registrará esta hazaña como un gran éxito.

La palabra «grandioso» es la traducción del texto ruso que me dieron. Creo que en realidad Stalin quiso decir simplemente «grande». En cualquier caso reinaba una armonía absoluta.

El diez de junio el general Montgomery informó de que ya se había establecido lo suficientemente bien sobre el terreno como para recibir visitas. Por consiguiente partí en tren hacia Portsmouth con Smuts, Brooke, el general Marshall y el almirante King. Los tres jefes del Estado Mayor estadounidense habían volado al Reino Unido el ocho de junio por si había que tomar alguna decisión militar importante con muy poca antelación. Nos esperaban un destructor británico y otro estadounidense. Smuts, Brooke y yo embarcamos en el primero y el general Marshall y el almirante King, con sus estados mayores, en el segundo; cruzamos el canal de la Mancha sin

incidentes hasta nuestros frentes respectivos. Montgomery, sonriente y confiado, me esperaba en la playa cuando descendimos a duras penas de nuestra lancha de desembarco. Su ejército ya había penetrado once o doce kilómetros hacia el interior. Tanto los disparos como la actividad eran mínimos. Hacía un tiempo estupendo y recorrimos en coche nuestro limitado aunque fértil territorio de Normandía. Resultaba agradable ver lo próspero que era el campo. Los prados estaban llenos de hermosas vacas rojas y blancas que disfrutaban del sol o paseaban. Los habitantes parecían bastante prósperos y bien alimentados y nos saludaban agitando las manos con entusiasmo. El cuartel general de Montgomery, a unos ocho kilómetros de la costa, estaba en un castillo rodeado de jardines y estanques. Comimos en una tienda orientada hacia el enemigo. El general estaba de muy buen humor. Le pregunté a qué distancia estaba el frente propiamente dicho y me dijo que a unos cinco kilómetros. Le pregunté si tenía una línea continua y dijo que no. «¿Qué puede impedir que las unidades blindadas alemanas interrumpan nuestra comida con un ataque?». Dijo que no le parecía probable que ocurriera algo así. El personal me dijo que el castillo había sufrido un fuerte bombardeo la noche anterior y realmente estaba rodeado de numerosos cráteres. Le dije que corría muchos riesgos si se acostumbraba a aplicar estos procedimientos. Cualquier cosa se podía hacer una vez o por poco tiempo pero en una guerra conviene evitar en lo posible tanto las repeticiones como las prolongaciones. De hecho se trasladó dos días después, aunque antes él y su equipo sufrieron otro ataque.

Todo siguió bien y, aparte de alguna alarma aérea y del fuego antiaéreo de vez en cuando, no parecía que hubiera combates. Realizamos una inspección considerable de nuestra limitada cabeza de puente. Yo tenía un interés especial en ver los puertos locales de Port-en-Bessin, Courseulles y Ouistreham. No habíamos contado casi con estos pequeños puertos en ninguno de los planes que hicimos para el gran ataque y resultaron una adquisición sumamente valiosa ya que poco después descargaban alrededor de dos mil toneladas diarias. Me puse a pensar en estos hechos tan agradables mientras recorríamos en coche o a pie nuestra conquista, interesante aunque muy restringida.

Smuts, Brooke y yo regresamos a Gran Bretaña en el destructor *Kelvin*. Iba a bordo el almirante Vian, que en ese momento comandaba todas las flotillas y los buques pequeños que protegían el puerto de Arromanches, y nos propuso que fuéramos a ver cómo bombardeaban la posición alemana los acorazados y los cruceros que protegían el flanco izquierdo británico. Por consiguiente pasamos entre los dos acorazados, que abrían fuego a menos de veinte mil metros, atravesamos la escuadra de cruceros, que disparaban a unos trece mil metros, y poco después estábamos a unos seis mil o siete mil metros de la orilla cubierta por una espesa arboleda. El bombardeo era lento y continuo pero no había ninguna respuesta del

enemigo. Cuando estábamos a punto de darnos la vuelta le propuse a Vian: «Estando tan cerca, ¿por qué no disparamos un poco nosotros antes de regresar?». Dijo que sí, y al cabo de uno o dos minutos todos nuestros cañones dispararon sobre la silenciosa costa. Evidentemente estábamos dentro del radio de acción de su artillería y en cuanto disparamos Vian hizo girar el destructor, que se alejó a toda velocidad. En seguida quedamos fuera de peligro y atravesamos las líneas de los cruceros y los acorazados. Fue la única vez que estuve a bordo de una embarcación de guerra cuando disparaba «en caliente», si se puede decir así. El espíritu deportivo del almirante me pareció admirable y Smuts también quedó encantado. Dormí profundamente durante las cuatro horas de travesía hasta Portsmouth. En general había sido un día sumamente interesante y agradable.

Poco después le escribí al presidente sobre diversas cuestiones, incluida la visita de De Gaulle a Francia que yo había organizado sin consultarlo antes con Roosevelt, y añadí:

> Me lo pasé estupendamente el lunes sobre las playas y en el interior. Hay gran cantidad de embarcaciones que se extienden a lo largo de la costa en un trecho de más de ochenta kilómetros. Cada vez quedan más protegidas de las condiciones meteorológicas por los puertos artificiales; casi todos los elementos de estos puertos han sido un éxito y pronto tendrán un abrigo eficaz contra el mal tiempo. El poder de nuestra aviación y nuestra fuerza antisubmarinos parece brindarles mucha protección. Después de cumplir las laboriosas obligaciones fuimos y les disparamos a los alemanes desde nuestro destructor, pero aunque estábamos a apenas algo más de cinco mil metros no nos hicieron el honor de responder.
>
> Marshall y King regresaron en mi tren. Se quedaron muy tranquilos con todo lo que vieron del lado estadounidense y Marshall le envió a Mountbatten un telegrama muy bonito diciéndole que muchas de estas embarcaciones nuevas habían sido fabricadas según su sistema y lo útiles que habían resultado. En uno de los primeros telegramas que usted me envió usaba la palabra «estupendo». Debo reconocer que lo que vi sólo se podría describir con esa palabra y creo que sus oficiales estarían de acuerdo conmigo. […] ¡Qué pena que no esté aquí!

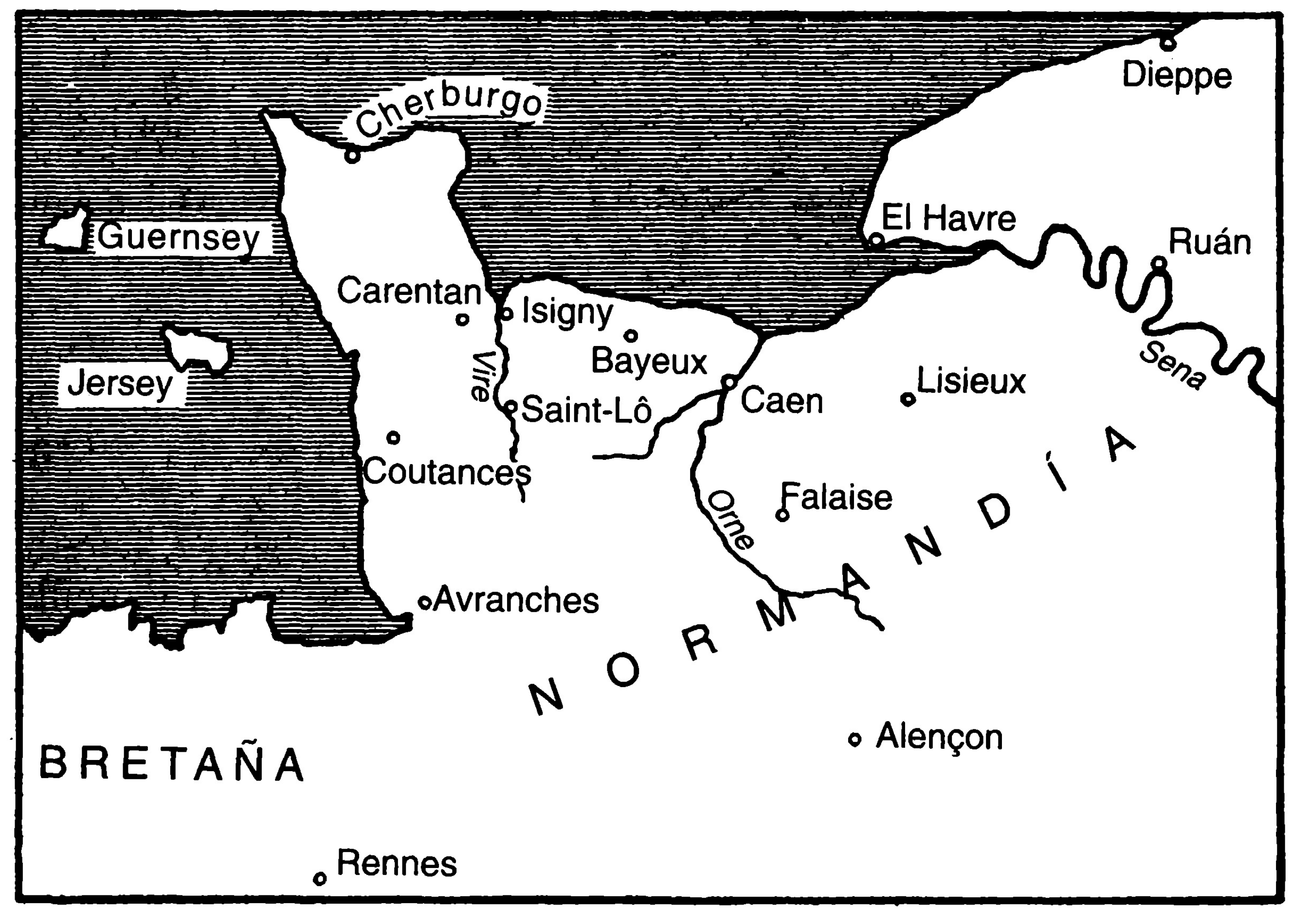
Capítulo XIII

DE NORMANDÍA A PARÍS

Examinemos las órdenes y los planes del enemigo como los conocemos ahora. El mariscal Rundstedt, con sesenta divisiones, estaba al mando de toda la muralla atlántica, desde los Países Bajos hasta el golfo de Vizcaya y desde Marsella siguiendo toda la costa del sur de Francia. Por debajo de él Rommel defendía la costa desde Holanda hasta el Loira. Su Decimoquinto Ejército, con diecinueve divisiones, defendía el sector en torno a Calais y Boulogne y su Séptimo Ejército contaba con nueve divisiones de infantería y una Panzer en Normandía. Las diez divisiones Panzer de todo el frente occidental estaban bien esparcidas desde Bélgica hasta Burdeos. Es extraño que los alemanes, que entonces se encontraban a la defensiva, cometieran el mismo error que cometieron los franceses en 1940 y dispersaran el arma de contraataque más poderosa que tenían.

Es sorprendente sin duda que el inmenso ataque planeado hacía tanto tiempo cayera sobre el enemigo por sorpresa, tanto por el momento como por el lugar. A primeras horas del cinco de junio Rommel salió de su cuartel general para entrevistarse con Hitler en Berchtesgaden y estaba en Alemania cuando se produjo el ataque. Se había discutido mucho sobre el frente que atacarían los aliados. Rundstedt siempre había creído que lanzaríamos el ataque principal al otro lado del paso de Calais ya que era la ruta marítima más corta y la que permitía acceder mejor al corazón de Alemania. Durante mucho tiempo Rommel estuvo dé acuerdo con él. Sin embargo parece que Hitler y su estado mayor recibieron informes que indicaban que el principal campo de batalla sería Normandía[45]. Las incertidumbres continuaron incluso después del desembarco. Hitler tardó todo un día crítico en decidirse a enviar las dos divisiones Panzer más cercanas para reforzar el frente. El servicio secreto alemán exageró muchísimo el número de divisiones y la cantidad de barcos que estaban disponibles en Inglaterra. Según sus cálculos había recursos suficientes para emprender otro gran desembarco de modo que era posible que Normandía no fuese más que el preliminar o el subsidiario. Las reservas del Decimoquinto Ejército no se enviaron al sur, desde el paso de Calais, para sumarse a la batalla hasta la tercera semana de julio, seis semanas después del día D. Las medidas que tomamos para engañarlos, tanto antes como después del día D, pretendían crear esta confusión; obtuvieron un éxito admirable y tuvieron consecuencias trascendentales para la batalla. Pero el enemigo luchó con tesón y costó mucho derrotarlo. En el sector estadounidense las marismas próximas a Carentan y en la desembocadura del río Vire dificultaron nuestros movimientos y todo el terreno se podía defender muy bien con infantería. El boscaje que cubre buena parte de Normandía comprende infinidad de

pequeños campos, divididos por terraplenes, con acequias y setos muy altos. El apoyo de la artillería se vio dificultado por la falta de visibilidad y resultó sumamente difícil utilizar carros de combate. Durante todo el tiempo tenía que combatir la infantería y cada trocito de terreno podía convertirse en un foco potencial de resistencia. A pesar de todo se adelantó mucho, si dejamos de lado que no se pudo capturar Caen.



Normandía

En esta ciudad pequeña pero famosa se desarrollarían luchas implacables durante muchos días. Para nosotros era importante porque había mucho terreno hacia el este para construir pistas de aterrizaje, aparte de ser la bisagra sobre la que giraba todo nuestro plan y en la que Montgomery pensaba hacer que las fuerzas estadounidenses dieran un gran giro hacia la izquierda. Pero también tenía suma importancia para los alemanes. Si se perforaban sus líneas todo el Séptimo Ejército se vería obligado a desplazarse hacia el sureste, en dirección al Loira, con lo que se abriría una brecha entre él y el Decimoquinto Ejército en el norte y de este modo quedaría expedito el camino hacia París. Por tanto, Caen se convirtió en el escenario de incesantes ataques y de la defensa más obstinada y atrajo hacia allí a buena parte de las divisiones alemanes, en particular sus unidades blindadas, lo que fue una ventaja y al mismo tiempo un inconveniente.

Aunque las divisiones de reserva de su Decimoquinto Ejército seguían intactas al

norte del Sena evidentemente los alemanes habían recibido refuerzos de otros lugares y el doce de junio tenían en acción doce divisiones, cuatro de las cuales eran Panzer. Esto era menos de lo que esperábamos. Nuestra poderosa ofensiva aérea había destruido todos los puentes sobre el Sena por debajo de París y los principales puentes sobre el Loira. La mayoría de las tropas de refuerzo tenían que usar las carreteras y las líneas férreas que recorrían el trayecto entre París y Orleáns y tuvieron que soportar los ataques permanentes y dañinos de nuestras fuerzas aéreas tanto de día como de noche. Sus divisiones fueron llegando poco a poco, sin equipo suficiente y fatigadas después de largas marchas nocturnas, y a medida que iban llegando las enviaban al frente. El mando alemán no tuvo ocasión de reunir una fuerza de ataque detrás del frente de batalla para preparar una contraofensiva potente y bien concertada.

El once de junio los aliados habían formado un frente continuo y nuestros cazas operaban desde media docena de pistas de aterrizaje de vanguardia. Los estadounidenses empujaban hacia el oeste y hacia el norte y, después de duros combates, el día veintidós quedaron frente a las defensas exteriores de Cherburgo. El enemigo resistió con firmeza hasta el veintiséis, lo que le permitió llevar a cabo demoliciones. Éstas fueron tan concienzudas que no se pudieron introducir cargas pesadas en el puerto hasta finales de agosto.

Lejos del campo de batalla otros acontecimientos influyeron sobre el futuro. La noche del doce al trece de junio cayeron sobre Londres las primeras bombas volantes. Las lanzaron en el norte de Francia desde lugares alejados de los ejércitos que habíamos desembarcado. Si se pudieran conquistar en seguida estos lugares eso sería un alivio para nuestra población civil, que volvía a encontrarse expuesta a bombardeos. Parte de la Fuerza Aérea estratégica reanudó sus ataques a estos sitios pero, evidentemente, no se podía distorsionar la batalla terrestre por este motivo. Como dije en el Parlamento, la población de nuestro país podía sentir así que compartía los peligros de sus soldados.

El diecisiete de junio en Margival, cerca de Soissons, Hitler celebró una conferencia con Rundstedt y Rommel. Sus dos generales insistieron en que era una locura desangrar al Ejército alemán hasta la muerte en Normandía y lo instaron para que, antes de ser destruido, el Séptimo Ejército se retirara en orden hacia el Sena donde, junto con el Decimoquinto, podría librar una batalla defensiva aunque móvil por lo menos con alguna esperanza de triunfar. Pero Hitler no estaba de acuerdo. Tanto allí como en Rusia y en Italia exigía que no se abandonara ni un solo territorio y que todos lucharan en sus puestos. Por supuesto que tenían la razón los generales. Mientras tanto nosotros consolidábamos nuestra fuerza. Durante los seis primeros días se desembarcaron 326.000 hombres, 54.000 vehículos y 104.000 toneladas de

provisiones. Surgió de inmediato una inmensa organización de suministros. Alrededor del diecinueve de junio comenzaron a cobrar forma los dos puertos «Mulberries», uno en Arromanches y el otro dieciséis kilómetros más al oeste en el sector estadounidense. Los oleoductos submarinos («Plutón») entrarían en funcionamiento más adelante pero mientras tanto Port-en-Bessin se convirtió en el principal puerto proveedor de petróleo[46]. Pero entonces comenzó un vendaval que duró cuatro días que interrumpió casi por completo el desembarco de hombres y material provocando grandes daños a los rompeolas recién instalados. Muchas estructuras flotantes que no estaban diseñadas para una situación semejante rompieron amarras y chocaron con otros rompeolas y con los barcos que estaban anclados. El puerto del sector estadounidense quedó arruinado y las partes que se pudieron aprovechar se utilizaron para reparar Arromanches. Este vendaval, como no se había visto otro igual en un mes de junio en cuarenta años, fue una gran desgracia. Ya íbamos retrasados en nuestra programación de descargas y también se retrasó la salida, de modo que el veintitrés de junio sólo habíamos llegado hasta la línea prevista para el día once.

La última semana de junio los británicos establecieron una cabeza de puente al sur de Caen. Los intentos de prolongarla hacia el sur y hacia el este fueron repelidos, y el sector meridional fue atacado en dos ocasiones por varias divisiones Panzer. Hubo violentos choques en los que los alemanes sufrieron grandes derrotas y numerosas bajas provocadas por nuestra aviación y nuestra poderosa artillería[47]. Entonces nos tocó a nosotros y el ocho de julio lanzamos un fuerte ataque sobre Caen desde el norte y el noroeste. Los bombarderos pesados de la Fuerza Aérea británica arrojaron más de dos mil toneladas sobre las defensas alemanas y al amanecer la infantería británica, sorteando el inevitable obstáculo de los cráteres de las bombas y los escombros de los edificios derrumbados, avanzó bastante. El día diez habíamos conquistado la totalidad de Caen de nuestro lado del río y a mediados de julio había en tierra treinta divisiones aliadas. La mitad eran estadounidenses y la otra mitad británicas y canadienses. Frente a ellas los alemanes habían reunido veintisiete divisiones pero ya habían sufrido ciento sesenta mil bajas y el general Eisenhower calculaba que su valor de combate no superaba las dieciséis divisiones.

Entonces ocurrió algo importante: el diecisiete de julio Rommel fue herido de gravedad. Unos cazas que volaban a baja altura atacaron su coche; fue llevado al hospital creyendo que se encontraba moribundo, sin embargo se recuperó de maravilla para encontrar la muerte posteriormente por orden de Hitler. A principios de julio Von Kluge, un general que se había distinguido en Rusia, sustituyó a Rundstedt en el mando general del frente occidental y el día veinte se produjo un

nuevo atentado contra la vida de Hitler. Según la versión más fiable, en una reunión del estado mayor el coronel Von Stauffenberg colocó bajo la mesa de Hitler un pequeño maletín que contenía una bomba de relojería. El pesado tablero y los travesaños que lo aguantaban evitaron que Hitler recibiera todo el impacto de la explosión y también lo ayudó la estructura ligera del propio edificio, gracias a la cual las presiones se dispersaron de forma instantánea. Murieron varios oficiales que estaban presentes pero el *führer*, aunque muy impresionado y herido, se puso en pie exclamando: «¿Quién dice que Dios no me protege especialmente?». Este complot despertó toda la furia de su carácter, que descargó con una venganza terrible contra todos los sospechosos de estar involucrados.

Se acercaba entonces la ofensiva general de Montgomery prevista para el dieciocho de julio. El Ejército británico atacó con tres cuerpos precedidos por un bombardeo mayor todavía por parte de la aviación aliada. La Luftwaffe no pudo intervenir. Se avanzó bastante en dirección al este de Caen hasta que los cielos nublados comenzaron a dificultar nuestros planes y provocaron una semana de retraso en el comienzo de la salida desde el sector estadounidense. Aproveché la oportunidad para visitar Cherburgo y para pasar unos cuantos días en el puerto «Mulberry». El día veinte volé directamente hasta la pista de aterrizaje que tenían en la península de Cherburgo en un Dakota del Ejército estadounidense y su comandante me llevó a recorrer todo el puerto. Allí pude ver por primera vez una base de lanzamiento de bombas volantes, algo muy complejo. Me impresionaron los daños que causaron los alemanes en la población y compartí la desilusión del estado mayor ante la inevitable demora en poner el puerto en funcionamiento. El fondo del puerto estaba sembrado de gran cantidad de minas de contacto. Un puñado de abnegados buzos británicos trabajaban día y noche para desconectarlas corriendo peligro de muerte. Sus camaradas estadounidenses les rendían un cálido homenaje. Tras un trayecto largo y peligroso en coche hasta la cabeza de playa de Estados Unidos, conocida como la «playa de Utah», subí a bordo de un buque torpedero británico que se movió mucho en la travesía a Arromanches. Cuando uno se hace mayor deja de marearse en los barcos. No sufrí ningún malestar y dormí profundamente hasta que llegamos a las tranquilas aguas de nuestra laguna artificial. Subí a bordo del crucero *Enterprise* donde permanecí tres días familiarizándome con todo el funcionamiento del puerto, del que dependían casi por completo todos los ejércitos y, al mismo tiempo, llevando a cabo mi trabajo en contacto con Londres.

Por las noches había mucho ruido porque se repetían los ataques de aviones aislados y sonaban numerosas alarmas. Durante el día estudiaba todo el proceso del desembarco de suministros y tropas tanto en los muelles (que me interesaban desde hacía tanto tiempo) como en las playas. En una ocasión llegaron en línea hasta la

playa seis lanchas de desembarco de carros de combate. Cuando la proa tomó contacto con la playa cayó el puente levadizo y salieron tres o cuatro carros de cada una que chapotearon hasta la orilla. En menos de ocho minutos, según mi cronómetro, los carros formaron una columna en la carretera dispuestos para entrar en acción. Fue algo impresionante que demostraba el ritmo de desembarco que habíamos conseguido. Me fascinaron los cargueros anfibios estadounidenses que, como si fueran patos, recorrían el puerto a nado, caminaban torpemente hasta la orilla y subían la cuesta hasta el gran depósito donde esperaban los camiones para transportar los suministros a las distintas unidades. De la maravillosa eficacia de este sistema, que empezaba a dar unos resultados muy superiores a los esperados, dependían las esperanzas de emprender una acción rápida y triunfal.

El último día que estuve en Arromanches fui a ver el cuartel general de Montgomery situado a unos kilómetros de la orilla. El comandante en jefe estaba muy animado en vísperas de su operación de mayor envergadura, que me explicó con todo detalle. Me llevó a las ruinas de Caen y al otro lado del río y también visitamos otras partes del frente británico. Entonces puso a mi disposición el avión Storch que habían capturado y el propio comandante de la Aviación me llevó a ver desde el aire todas las posiciones británicas. Este avión podía aterrizar, si era necesario, en casi cualquier parte y, por consiguiente, uno podía volar a muy baja altura con lo que obtenía una visión y un conocimiento mejores que los que le brindaba cualquier otro método. También visité varias bases aéreas y hablé con los grupos de oficiales y de soldados. Por último fui al hospital de campaña al que, a pesar de ser un día tranquilo, seguían llegando heridos sin cesar. A un pobre hombre estaban a punto de operarlo; en realidad estaba en la mesa de operaciones a punto de que lo anestesiaran. Cuando estaba a punto de irme dijo que me quería ver. Me sonrió con languidez y me besó la mano. Me conmovió profundamente y después me alegré mucho cuando me dijeron que la operación había salido muy bien.

En ese momento se cancelaron las órdenes que habían mantenido al Decimoquinto Ejército alemán al otro lado del Sena y se enviaron varias divisiones nuevas para reforzar al Séptimo que estaba en apuros. Su desplazamiento, por ferrocarril o por carretera, o a través del Sena mediante el sistema de transbordadores que sustituía a los puentes destrozados, se vio retrasado o impedido por nuestras fuerzas aéreas. La ayuda retenida durante tanto tiempo llegó al campo de batalla demasiado tarde para inclinar la balanza.

Finalmente había llegado la hora de la gran salida estadounidense a las órdenes del general Ornar Bradley. El veinticinco de julio su VII Cuerpo atacó hacia el sur desde Saint-Lo y al día siguiente se incorporó a la batalla el VIII Cuerpo a su derecha. El bombardeo de la Fuerza Aérea estadounidense fue devastador y el ataque

de la infantería tuvo éxito. Entonces arremetieron las unidades blindadas, que arrasaron hasta el punto clave de Coutances. Se cortó la vía de huida de los alemanes a lo largo de la costa de Normandía y toda la defensa alemana al oeste del Vire quedó en peligro y sumida en el caos. Las carreteras estaban atestadas de tropas en retirada y los bombarderos y los cazabombarderos aliados dejaron sentir su efecto destructor sobre los hombres y los vehículos. El avance continuó. Se tomó Avranches el treinta y uno de julio y poco después cambió de bando toda la zona de la bahía donde comenzaba la península de Bretaña. Los canadienses, a las órdenes del general Crerar, lanzaron un ataque simultáneo desde Caen bajando por la carretera de Falaise. Les hicieron frente cuatro divisiones Panzer. Entonces Montgomery, que seguía comandando todo el frente de batalla, pasó el grueso del ataque británico al otro frente y dio órdenes al Segundo Ejército británico, al mando del general Dempsey, de emprender otra ofensiva desde Caumont hasta el Vire que, precedida nuevamente por un intenso bombardeo aéreo, comenzó el treinta de julio y llegó al Vire pocos días después.

El siete de agosto regresé otra vez por aire al cuartel general de Montgomery y después de que me presentara un relato vívido con sus mapas llegó un coronel estadounidense para conducirme hasta el general Bradley. Habían elegido la ruta cuidadosamente para enseñarme la pavorosa devastación que habían sufrido las ciudades y los pueblos a través de los que se habían abierto paso las tropas estadounidenses. Todos los edificios habían quedado pulverizados por el bombardeo aéreo. Llegamos al cuartel general de Bradley cerca de las cuatro. El general me recibió con cordialidad pero me di cuenta de que reinaba una tensión enorme ya que la batalla se encontraba en su momento culminante y llegaban mensajes cada pocos minutos, por consiguiente abrevié la visita y regresé en coche hasta el avión que me aguardaba. Cuando estaba a punto de subir a bordo, para mi sorpresa, llegó Eisenhower. Había volado desde Londres a su cuartel general avanzado y, al saber de mis desplazamientos, me interceptó. Todavía no había asumido el mando efectivo del ejército en el campo de batalla que tenía Montgomery, pero lo supervisaba todo con una mirada vigilante y nadie sabía mejor que él cómo permanecer cerca en un acontecimiento tan importante sin estorbar la autoridad que había delegado en otros.

El Tercer Ejército de Estados Unidos, a las órdenes del general Patton, ya se había formado y comenzó a actuar. Destacó dos divisiones blindadas y tres de infantería para una ofensiva hacia el oeste y otra hacia el sur para liberar la península de Bretaña. El enemigo, aislado, se retiró en seguida hacia sus puertos fortificados. El movimiento de la resistencia francesa, que totalizaba allí unos treinta mil hombres, desempeñó un papel destacado y la península no tardó en ser invadida. A finales de la primera semana de agosto los alemanes, que ascendían a cuarenta y cinco mil

soldados acuartelados y los restos de cuatro divisiones, se vieron obligados a refugiarse dentro de los perímetros defensivos de Saint-Malo, Brest, Lorient y Saint-Nazaire donde los podían acorralar y dejar que se debilitaran evitándose así las pérdidas innecesarias que habrían requerido unos ataques inmediatos.

Mientras la Bretaña se liberaba o se encerraba de este modo el resto del Ejército de Patton marchó hacia el este en el «largo gancho» que lo llevaría hasta el pasillo entre el Loira y París, y bajando por el Sena hasta Ruán. Entraron el seis de agosto en la ciudad de Laval y en Le Mans el día nueve. Encontraron pocos alemanes en toda esta extensa región y la principal dificultad fue abastecer el avance de los estadounidenses que recorrían largas distancias y que cada vez se alargaban más. A excepción de lo poco que se transportaba por aire todo tenía que seguir viniendo de las playas donde se hizo el primer desembarco y pasar por el oeste de Normandía y atravesar Avranches para llegar al frente, por lo que Avranches se convirtió en un Punto débil que ofrecía una oportunidad tentadora para un ataque alemán lanzado hacia el oeste desde los alrededores de Falaise. La idea fascinó a Hitler, que dio órdenes de enviar la mayor fuerza posible para atacar Mortain, irrumpir contra Avranches y cortar así las comunicaciones de Patton. Los comandantes alemanes se manifestaron de forma unánime en contra del proyecto. Como veían que la batalla de Normandía ya estaba perdida querían usar cuatro divisiones que acababan de llegar desde el Decimoquinto Ejército, en el norte, para llevar a cabo una retirada ordenada hacia el Sena. Pensaban que enviar hacia el oeste las nuevas tropas era una forma de «asomar la cabeza» y que era casi seguro que se la cortarían. Pero Hitler insistió en salirse con la suya y el siete de agosto cinco divisiones Panzer y dos de infantería lanzaron un violento ataque contra Mortain desde el este.

Recibió el ataque una sola división estadounidense, que se mantuvo firme, y tres más acudieron en su ayuda. Al cabo de cinco días de intensos combates y un bombardeo concentrado desde el aire el enemigo fue repelido y quedó confundido y, como habían pronosticado los generales, todo el saliente desde Falaise hasta Mortain quedó a merced de los ataques que convergían desde los tres lados. Las fuerzas aliadas se lanzaron sobre los alemanes que estaban apiñados dentro de la larga y estrecha bolsa y con su artillería provocaron una matanza terrible. Los alemanes se aferraron con tesón a los extremos de la «mordaza» en Falaise y Argentan y, dando prioridad a sus unidades blindadas, trataron de rescatar todo lo que pudieron. Pero el diecisiete de agosto el mando y el control se desmoronaron y el escenario se convirtió en un caos. El cerco se cerró el veinte de agosto, y aunque entonces una parte considerable del enemigo ya había logrado escabullirse hacia el este fueron aniquiladas no menos de ocho divisiones alemanas. Lo que había sido el embolsamiento de Falaise se convirtió en su tumba. Von Kluge informó a Hitler: «La superioridad aérea del enemigo es terrible y asfixia casi todos nuestros movimientos.

En cambio, cada uno de los suyos está preparado y protegido por sus fuerzas aéreas. Se producen unas pérdidas extraordinarias de hombres y material. La moral de las tropas ha sufrido mucho bajo el constante fuego asesino del enemigo».

El Tercer Ejército de Estados Unidos, aparte de liberar la península de Bretaña y de contribuir con su «gancho corto» a la victoria culminante de Falaise, lanzó tres cuerpos hacia el este y el noreste desde Le Mans que el diecisiete de agosto llegaron a Orléans, Chartres y Dreux. Desde allí se dirigieron hacia el noroeste para reunirse con los británicos que avanzaban sobre Ruán. Nuestro Segundo Ejército había sufrido cierta demora. Se tuvieron que reorganizar después de la batalla de Falaise y el enemigo encontró medios para improvisar posiciones de retaguardia. No obstante fueron perseguidos con denuedo y todos los alemanes que se encontraban al sur del Sena pronto tuvieron que buscar la manera de retirarse al otro lado sometidos a destructivos ataques aéreos. No se había reparado ninguno de los puentes destruidos por los bombardeos aéreos anteriores aunque había algunos puentes de pontones y un servicio de transbordadores bastante adecuado. Se pudieron rescatar muy pocos vehículos. Al sur de Ruán se abandonaron grandes cantidades de transportes y las tropas que escaparon no estaban en condiciones de resistir en la otra orilla del río.

Eisenhower, que ya ocupaba el mando supremo, estaba decidido a evitar una batalla por París. Stalingrado y Varsovia habían demostrado los horrores de los ataques frontales y los alzamientos patrióticos de modo que resolvió rodear la capital y obligar a la guarnición a rendirse o a huir. El veinte de agosto llegó el momento de entrar en acción. Patton había cruzado el Sena cerca de Mantés y su flanco derecho había llegado a Fontainebleau. La resistencia francesa se había sublevado. La policía estaba en huelga. La Prefectura estaba en manos de los patriotas. Un oficial de la resistencia llegó al cuartel general de Patton con información vital que el miércoles por la mañana se entregó a Eisenhower en Le Mans.

Acompañaba a Patton la 2.ª División Blindada francesa a las órdenes del general Leclerc, que había desembarcado en Normandía el uno de agosto y desempeñó un honroso papel en el avance. De Gaulle llegó el mismo día y el comandante supremo aliado le aseguró que llegado el momento (como se había acordado hacía mucho tiempo) las tropas de Leclerc serían las primeras en entrar en París. Esa noche la noticia de que se luchaba en las calles de la capital decidió a Eisenhower a intervenir y Leclerc recibió órdenes de marchar. Las órdenes de la operación, con fecha veintitrés de agosto, comenzaban con las siguientes palabras: «Mission (1) s’emparer de París […].»

El veinticuatro de agosto salió de Orléans hacia el norte la ofensiva principal encabezada por el coronel Billotte, el hijo del comandante del Primer Grupo de Ejército francés que murió en mayo de 1940. Esa noche una vanguardia de carros de

combate llegó hasta la Puerta de Orléans y entró en la plaza que hay delante del hotel de Ville. A primeras horas de la mañana siguiente las columnas blindadas de Billotte tenían en su poder ambas orillas del Sena delante de la ciudad. Por la tarde rodearon el cuartel general del comandante alemán, el general Von Cholitz, en el hotel Meurice. Condujeron a Von Cholitz a presencia de Leclerc. Era el final del camino desde Dunkerque hasta el lago Chad y de vuelta a casa. Con voz apenas audible Leclerc expresó en voz alta lo que pensaba: «Maintenant, ça y est», y a continuación se presentó en alemán a los vencidos. Tras una discusión breve y brusca se firmó la capitulación de la guarnición y el resto de sus focos de resistencia fueron ocupados, uno por uno, por la resistencia y las tropas regulares.

La ciudad se entregó a una manifestación calurosísima. Escupieron a los prisioneros alemanes, arrastraron a los colaboradores por las calles y las tropas de liberación fueron agasajadas. En medio de este triunfo tan esperado llegó el general De Gaulle. En el hotel de Ville, acompañado por las principales figuras de la resistencia y los generales Leclerc y Juin, se presentó por primera vez como dirigente de la Francia Libre ante la jubilosa población. Se produjo un estallido espontáneo de inmenso entusiasmo. Por la tarde del veintiséis de agosto De Gaulle hizo su entrada formal a pie bajando por los Campos Elíseos hasta la plaza de la Concordia, y después, en una fila de coches, hasta Nôtre Dame. Algunos colaboracionistas escondidos efectuaron varios disparos tanto en el interior como en el exterior de la catedral. La multitud se dispersó, pero tras un breve momento de pánico la solemne dedicación de la liberación de París continuó hasta el final.

Antes del treinta de agosto nuestras tropas cruzaron el Sena en muchos puntos. El enemigo había sufrido unas pérdidas enormes: cuatrocientos mil hombres, la mitad de ellos prisioneros, mil trescientos carros de combate, veinte mil vehículos, mil quinientos cañones de campaña. El Séptimo Ejército alemán y todas las divisiones que se enviaron para reforzarlo quedaron hechos trizas. La salida de los aliados de la cabeza de playa se retrasó por el mal tiempo y por una decisión equivocada de Hitler. Pero una vez acabada esa batalla todo salió bien y llegaron al Sena seis días antes de lo previsto. Se ha criticado la lentitud del frente británico en Normandía y los espléndidos avances estadounidenses de las etapas posteriores parecían indicar más éxito de su parte que de la nuestra. Por consiguiente es necesario destacar que la idea era que todo el plan de la campaña girara en torno al frente británico y atrajera las reservas del enemigo en esa dirección para facilitar los movimientos envolventes de los estadounidenses y esto se logró gracias a la determinación y a unos combates muy duros. «Sin los grandes sacrificios que hicieron los ejércitos anglocanadienses durante las terribles batallas de Caen y Falaise —escribió el general Eisenhower en su informe oficial— jamás se habrían producido los avances espectaculares que hicieron

las fuerzas aliadas en todas partes».

Capítulo XIV

ITALIA Y EL DESEMBARCO EN LA RIVIERA

La liberación de Normandía fue un acontecimiento supremo en la campaña europea de 1944 pero no fue más que uno de los varios golpes concéntricos a la Alemania nazi. En el este los rusos entraban en Polonia y en los Balcanes y en el sur los ejércitos de Alexander en Italia avanzaban en dirección al Po. Había que tomar decisiones con respecto a nuestro siguiente paso en el Mediterráneo y debo hacer constar con pena que éstas ocasionaron la primera divergencia importante sobre alta estrategia que surgió entre nosotros y nuestros amigos estadounidenses.

En la conferencia celebrada en Teherán en noviembre de 1943 se esbozó una idea general de la estrategia para conseguir la victoria definitiva en Europa; las decisiones que se tomaron entonces seguían rigiendo nuestros planes y convendría recordarlas. En primerísimo lugar nos habíamos comprometido a llevar a cabo «Overlord», que era nuestra misión fundamental y no cabía ninguna duda de que era nuestra obligación principal. Pero todavía disponíamos de fuerzas poderosas en el Mediterráneo y la cuestión seguía siendo qué hacer con ellas. Habíamos decidido que capturarían Roma, cerca de la que había aeródromos que eran necesarios para bombardear el sur de Alemania, subirían por la península hasta el frente de Pisa-Rímini y entretendrían allí a todas las divisiones enemigas que pudieran. Sin embargo esto no era todo. También se acordó llevar a cabo una tercera operación: un desembarco anfibio en el sur de Francia, y fue precisamente con respecto a este proyecto por lo que estaba a punto de desatarse la controversia. En un principio se concibió como un amago o una amenaza para mantener a las tropas alemanas en la Riviera e impedir que se incorporaran a las batallas de Normandía pero los estadounidenses habían insistido en llevar a cabo un ataque de verdad, con diez divisiones, y Stalin los había apoyado. Acepté el cambio, en gran medida para impedir desvíos innecesarios a Birmania, aunque tenía previstas otras formas de aprovechar el éxito en Italia, y el plan recibió el nombre en clave de «Yunque».

Pero había varias reservas. Gran parte de las fuerzas tendrían que proceder de Italia y primero tenían que cumplir la ardua e importante misión de apoderarse de Roma y de los aeródromos. Mientras no lo consiguieran Alexander no podía prescindir de nada ni se le podía quitar nada. Para que pudiera comenzar el «Yunque» primero tenía que caer Roma. Y además tenía que comenzar más o menos al mismo tiempo que «Overlord». Las tropas tendrían que recorrer un largo camino antes de llegar hasta los ejércitos de Eisenhower en Normandía y a menos que desembarcaran a tiempo llegarían demasiado tarde, cuando la batalla en las playas hubiera finalizado. Todo dependía de la captura de Roma. En Teherán confiábamos en llegar allí en

primavera, lo que resultó imposible. La incursión en Anzio para acelerar su captura había alejado a ocho o diez divisiones alemanas del frente vital, que era más de lo que se esperaba que el «Yunque» atrajera hacia la Riviera, con lo que de hecho ya no hacía falta porque se había cumplido su objetivo. Sin embargo el proyecto de la Riviera siguió adelante como si no hubiera ocurrido nada.

Aparte del «Yunque», que aparecía algo vagamente en el futuro, se habían asignado con acierto a la operación principal, «Overlord», algunas de las mejores divisiones de los ejércitos que había en Italia, que emprendieron viaje hacia Inglaterra antes del final de 1943 con lo que Alexander quedó debilitado y Kesselring se fortaleció. Los alemanes habían enviado refuerzos a Italia, habían esquivado el golpe en Anzio y no nos dejaron entrar en Roma hasta justo antes del día D. Sin duda los duros combates absorbieron importantes reservas del enemigo que, de lo contrario, habrían ido a parar a Francia, y es evidente que contribuyeron a «Overlord» durante las primeras etapas críticas, pero de todos modos nuestro avance en el Mediterráneo se vio afectado de forma considerable. Las lanchas de desembarco eran otro obstáculo porque muchas de ellas se habían enviado para «Overlord», de modo que no se podía organizar el «Yunque» hasta su regreso que, a su vez, dependía de lo que pasara en Normandía. Hacía mucho que todo esto estaba previsto; ya el veintiuno de marzo el general Maitland Wilson, comandante supremo del Mediterráneo, informaba de que no se podría comenzar el «Yunque» antes de finales de julio. Posteriormente lo fijó a mediados de agosto y declaró que la mejor manera de contribuir a «Overlord» consistía en dejar de lado cualquier ataque a la Riviera y concentrarse en Italia. Tanto él como Alexander opinaban que la mejor aportación a la causa común sería entrar con todos sus recursos en el valle del Po. Después, con la ayuda de la operación anfibia contra la península de Istria, al fondo del Adriático, dominada por Trieste, habría buenas perspectivas de avanzar a través del pasillo de Liubliana para entrar en Austria y en Hungría y atacar el corazón de Alemania desde otro ángulo.

El cuatro de junio, cuando cayó Roma, hubo que volver a plantearse la cuestión de si seguir adelante con el «Yunque» o buscar otro plan.

Naturalmente el general Eisenhower quería reforzar su ataque en el noroeste de Europa con todos los medios posibles. Si bien las posibilidades estratégicas del norte de Italia no lo atraían consintió en devolver las lanchas de desembarco en cuanto fuera posible si esto contribuía a acelerar el «Yunque». Los jefes del Estado Mayor estadounidense estuvieron de acuerdo con Eisenhower aferrándose con rigidez a la máxima de la concentración en el punto decisivo que, a sus ojos, era sólo el noroeste de Europa. Contaban con el apoyo del presidente, consciente de los acuerdos celebrados con Stalin hacía muchos meses en Teherán. Sin embargo el retraso en Italia lo cambió todo.

Roosevelt reconoció que avanzar a través del pasillo de Liubliana podía contener

a las fuerzas alemanas pero que no haría que retiraran de Francia ninguna de sus divisiones. Por consiguiente instó a que se emprendiera el «Yunque» a expensas, evidentemente, de nuestros ejércitos en Italia puesto que, «en mi opinión, los recursos de Gran Bretaña y de Estados Unidos no nos permitirán mantener dos grandes frentes en la guerra europea cada uno con una misión decisiva». Pero los jefes del Estado Mayor británico opinaban lo contrario. En lugar de desembarcar en la Riviera preferían enviarle tropas directamente a Eisenhower por mar procedentes de Italia. Con gran presciencia comentaron: «Pensamos que organizar el "Yunque" a una escala en la que podría tener éxito condicionaría de tal manera las fuerzas que le quedan al general Alexander que no podrían emprender ninguna otra actividad a menos que fuese algo muy modesto».

En todo caso, este conflicto directo de opiniones, asumidas con honestidad y defendidas con entusiasmo por ambas partes, sólo lo podíamos resolver el presidente y yo de modo que a continuación se produjo un intercambio de telegramas.

El veintiocho de junio le envié un telegrama que decía: «El punto muerto entre nuestros jefes del Estado Mayor plantea unas cuestiones muy graves. Lo que más deseamos es ayudar al general Eisenhower de la manera más rápida y eficaz pero no creemos que por este motivo tengamos que arruinar todos nuestros grandes planes en el Mediterráneo, y nos cuesta aceptar que nos exijan algo así. […] Le suplico que analice esta cuestión con todo detalle por sí mismo. […] Recuerde lo que me dijo en Teherán con respecto a Istria y que yo lo presenté en la conferencia. Esto se me ha quedado grabado, aunque no es, en absoluto, la cuestión inmediata que tenemos que decidir».

La respuesta de Roosevelt fue inmediata y negativa. Estaba decidido a llevar a cabo lo que llamaba la «gran estrategia» de Teherán, es decir, aprovechar al máximo «Overlord», «avances victoriosos en Italia y atacar en seguida el sur de Francia». Los objetivos políticos podían ser importantes pero las operaciones militares para conseguirlos se tenían que subordinar a atacar el corazón de Alemania mediante una campaña en Europa. El propio Stalin se había puesto a favor del «Yunque» y había dicho que todas las demás operaciones en el Mediterráneo tenían menos importancia, y Roosevelt declaró que no podía abandonarla sin consultarlo. El presidente siguió diciendo:

> Tengo puestos mi interés y mis esperanzas en derrotar a los alemanes que están delante de Eisenhower y en seguir avanzando hasta entrar en Alemania, *en lugar de limitar esta acción con el fin de organizar una gran empresa en Italia*[48]. Estoy convencido de que tendremos suficientes fuerzas en Italia, cuando se retiren las fuerzas del «Yunque», para perseguir a Kesselring al norte de Pisa-Rímini y para mantener una fuerte presión contra su ejército, al menos en la medida necesaria para contener su fuerza actual. No puedo concebir que los alemanes paguen el precio de diez divisiones más, según el cálculo del general Wilson, para mantenernos fuera del norte de Italia.
>
> Podemos (y Wilson lo confirma) retirar de inmediato cinco divisiones (tres estadounidenses y dos francesas) de Italia para el «Yunque». *Las veintiuna divisiones restantes, aparte de numerosas brigadas*

sueltas, proporcionarán a Alexander, sin duda, la superioridad terrestre adecuada.

Pero las objeciones de Roosevelt a una incursión en la península de Istria y una ofensiva contra Viena, a través del pasillo de Liubliana, revelaron tanto la rigidez de los planes militares estadounidenses como sus propias sospechas ante lo que él denominaba una campaña «en los Balcanes». Sostenía que Alexander y Smuts, que también defendían mi punto de vista, «por diversos motivos naturales y muy humanos» tendían a no tener en cuenta dos consideraciones vitales. En primer lugar, que la operación infringía «la gran estrategia». En segundo lugar, que llevaría demasiado tiempo y que probablemente no podríamos desplegar más de seis divisiones. «No puedo aceptar —escribió— que se utilicen tropas estadounidenses contra Istria y *para entrar en los Balcanes*, ni tampoco creo que los franceses estén de acuerdo en que se utilicen tropas francesas para tal fin. […] Por las consideraciones puramente políticas que existen aquí yo no sobreviviría ni siquiera a un ligero contratiempo en "Overlord", *si se supiera que una cantidad bastante considerable de fuerzas se habían desviado a los Balcanes*.».

A ninguna de las partes implicadas en esta discusión se le había ocurrido nunca trasladar los ejércitos a los Balcanes; pero Istria y Trieste eran posiciones estratégicas y políticas que, como él veía con toda claridad, podían provocar reacciones profundas y generalizadas, sobre todo después de los avances de Rusia. Por el momento, sin embargo, me resigné y el dos de julio el general Wilson recibió órdenes de atacar el sur de Francia el quince de agosto. Los preparativos comenzaron de inmediato, pero el lector verá que el «Yunque» cambió su nombre por el de «Dragón». Esto se hizo por si el enemigo se había enterado del significado del nombre en clave original.

Sin embargo a principios de agosto se había producido un cambio notorio en el campo de batalla de Normandía y era inminente que se produjeran grandes acontecimientos. El día siete fui a ver a Eisenhower a su cuartel general, cerca de Porstmouth, y le presenté mi última esperanza de frenar un ataque al sur de Francia. Tras una comida agradable mantuvimos una conversación larga y seria. Acompañaban a Eisenhower Bedell Smith y el almirante Ramsay. Yo había llevado conmigo al Primer Lord del Mar ya que el movimiento de embarcaciones era la clave. En resumen, lo que yo proponía era seguir cargando para la operación «Dragón» pero cuando las tropas estuvieran a bordo enviar los barcos a través del estrecho de Gibraltar para que entraran en Francia por Burdeos. Los jefes del Estado Mayor británico habían considerado largo y tendido la cuestión y consideraban factible la operación. Enseñé a Eisenhower un telegrama que le había enviado al presidente, cuya respuesta no había recibido todavía, e hice todo lo posible por convencerlo. El Primer Lord del Mar me apoyó con entusiasmo. El almirante Ramsay se oponía a

cualquier cambio de planes. Bedell Smith, por el contrario, se declaró decididamente a favor de esta repentina desviación del ataque que tendría toda la sorpresa que puede brindar la fuerza naval. Eisenhower no se molestó en absoluto ante la opinión de sus jefes del Estado Mayor porque siempre alentaba la libertad de expresión en las reuniones cumbre, aunque sin duda lo acordado sería acatado con lealtad por todos.

No obstante no pude hacerle cambiar de opinión, y al día siguiente recibí la respuesta del presidente que decía que «después de pensarlo mucho considero que conviene lanzar el "Dragón" como estaba previsto, lo antes posible, y estoy plenamente convencido de que saldrá bien y que será de gran ayuda a Eisenhower para expulsar a los alemanes de Francia».

No se podía hacer nada más al respecto. Merece la pena destacar que ya había pasado el día de julio en el que, por primera vez en toda la guerra, por el desplazamiento de los grandes ejércitos estadounidenses hacia Europa y por su aumento en el Lejano Oriente tenían más hombres en acción que nosotros. La influencia sobre las operaciones aliadas por lo general se incrementa mediante grandes refuerzos. También hay que recordar que de haberse aceptado la postura británica con respecto a esta cuestión estratégica es muy probable que los preparativos tácticos hubieran ocasionado cierto retraso que, a su vez, habría repercutido sobre el argumento general.

Entonces decidí ir a Italia yo mismo porque había muchas cuestiones que se podían resolver mejor en el lugar que por correspondencia. Sería una gran ventaja ver a los comandantes y a las tropas a los que se les exigía tanto después de haberles quitado tanto. Aunque estaba muy debilitado, Alexander preparaba sus ejércitos para continuar la ofensiva. Yo estaba ansioso por encontrarme con Tito, que no tendría dificultades para ir a Italia desde la isla de Vis donde lo teníamos protegido. El primer ministro griego Papandreu y algunos de sus colegas podían venir desde El Cairo y se podían hacer planes para ayudarlos a regresar a Atenas cuando los alemanes se marcharan. Llegué a Nápoles el once de agosto por la tarde y me instalaron en un palacio algo ruinoso, la Villa Rivalta, que tenía una vista magnífica del Vesubio y la bahía. Allí me explicó el general Wilson que se habían hecho todos los arreglos para celebrar una conferencia a la mañana siguiente con Tito y Subasic, el nuevo primer ministro yugoslavo del gobierno del rey Pedro en Londres. Ellos ya habían llegado a Nápoles y cenarían con nosotros al día siguiente.

La mañana del doce de agosto el mariscal Tito vino a la villa. Llevaba un espléndido uniforme azul y oro con el cuello muy apretado, sumamente inadecuado para el calor que hacía. El uniforme se lo habían dado los rusos y, según me informaron posteriormente, el encaje dorado procedía de Estados Unidos. Me reuní con él en la terraza de la villa acompañado por el general de brigada Maclean y un intérprete. Sugerí que tal vez al mariscal le gustaría ver primero la sala de guerra del

general Wilson de modo que nos trasladamos al interior. El mariscal, que venía acompañado por dos guardaespaldas de aspecto fiero, los dos con sus pistolas automáticas, quería que entraran con él por si pensábamos traicionarlo. Nos costó convencerlo de lo contrario y le propusimos que lo protegieran durante la cena.

Lo conduje a una sala cuyas paredes estaban cubiertas por los mapas de los frentes de batalla y mantuvimos una larga conversación. Señalé en el mapa la península de Istria. Estaba de acuerdo en que la atacáramos y prometió colaborar. Tanto entonces como en los días siguientes hicimos todo lo posible para fortalecer e intensificar el esfuerzo bélico yugoslavo y por reducir la distancia que lo separaba del rey Pedro.

La tarde del día catorce volé a Córcega en el Dakota del general Wilson para presenciar el desembarco en la Riviera que tanto me había esforzado por impedir pero que esperaba que tuviera éxito. Desde el destructor británico *Kimberley* observamos las largas filas de barcos llenos de tropas de asalto estadounidenses que avanzaban de forma permanente y a todo vapor hacia la bahía de Saint-Tropez. Por lo que pude ver y oír no hubo un solo disparo ni contra las flotillas que se aproximaban ni en las playas. Los acorazados dejaron de disparar porque parecía que allí no había nadie. El día dieciséis regresé a Nápoles y pasé allí la noche antes de ir a reunirme con Alexander en el frente. Por lo menos había sido cortés con el «Yunque-Dragón» y me parecía que estaba bien que estuviera cerca de la zona para demostrar mi interés. Tal vez sea el momento de apuntar aquí brevemente lo que ocurrió.

Se había formado el Séptimo Ejército a las órdenes del general Patch para llevar a cabo el ataque. Siete divisiones francesas y tres estadounidenses, además de una división aerotransportada mixta compuesta por estadounidenses y británicos, contaban con el apoyo de por lo menos seis acorazados, veintiún cruceros y un centenar de destructores. En el aire disfrutábamos de una superioridad abrumadora y en medio de los alemanes que había en el sur de Francia estaban preparados para sublevarse más de veinticinco mil hombres armados pertenecientes a la resistencia. El ataque se llevó a cabo a primera hora del día quince entre Cannes y Hyères. Hubo relativamente pocas bajas y los estadounidenses se movieron deprisa. El día veintiocho ya habían pasado por Valence y Grenoble. El enemigo no hizo demasiados esfuerzos por detenerlos a excepción de un combate tenaz en Montélimar que emprendió una división Panzer. La Fuerza Aérea táctica aliada los trataba con rudeza y destruía su transporte. Eisenhower, que los perseguía desde Normandía, los aislaba por detrás porque había llegado al Sena a la altura de Fontainebleau el veinte de agosto. Cinco días después ya habían pasado Troyes. Los elementos que quedaban del Decimonoveno Ejército alemán, que ascendían nominalmente a cinco divisiones, estaban en plena retirada y dejaron en nuestro poder a cincuenta mil prisioneros. Tomamos Lyón el tres de septiembre, Besancon el día ocho y Dijón fue liberado por

el movimiento de la resistencia el once. Ese día el «Dragón» y «Overlord» se dieron la mano en Sombernon. En el triángulo del suroeste de Francia, atrapados por estos avances concéntricos, quedaron los restos aislados del Primer Ejército alemán compuesto por más de veinte mil hombres que se rindieron voluntariamente.

Para resumir la historia: la propuesta original que se hizo en Teherán en noviembre de 1943 era una incursión en el sur de Francia para que «Overlord» no tuviera que soportar tanta presión. Esta incursión podía realizarse una semana antes o una después del día D. Pero lo que ocurrió mientras tanto lo cambió todo. La amenaza latente en el Mediterráneo fue suficiente, por sí misma, para mantener diez divisiones alemanas en la Riviera. Sólo con Anzio se pretendía alejar de otros frentes el equivalente a cuatro divisiones enemigas. Cuando, con la ayuda de Anzio, avanzó todo nuestro frente de batalla capturamos Roma y quedó amenazada la línea Gótica, los alemanes se apresuraron a enviar a Italia ocho divisiones más. El retraso en la captura de Roma y el envío de lanchas de desembarco desde el Mediterráneo para contribuir a «Overlord» provocaron la postergación del «Yunque-Dragón» hasta mediados de agosto, es decir, dos meses más de lo previsto, con lo que no afectaba para nada a «Overlord». Cuando se lanzó finalmente con retraso no sirvió para alejar al enemigo del frente de Normandía. Por consiguiente ninguno de los motivos que teníamos en Teherán tuvo ninguna relación con lo que se hizo y el «Dragón» no trajo como consecuencia el desvío de ninguna de las fuerzas con las que tuvo que enfrentarse Eisenhower[49]. De hecho, en lugar de ayudarlo a él, fue él quien contribuyó a esta operación al amenazar a la retaguardia de los alemanes que se retiraban por el valle del Ródano. No pretendo negar que la operación tal como se llevó a cabo finalmente significó una ayuda importante para el general Eisenhower gracias a la llegada de otro ejército en su flanco derecho y al establecerse allí otra línea de comunicaciones. Pero hubo que pagar un alto precio por esto. El ejército que estaba en Italia perdió la oportunidad de asestar un golpe formidable a los alemanes y, muy posiblemente, de llegar a Viena antes que los rusos con todo lo que esto habría supuesto. Cuando se tomó la decisión definitiva, evidentemente, di todo mi apoyo al «Yunque-Dragón» por más que había hecho todo lo posible por constreñirla o desviarla.

La mañana del diecisiete de agosto me dirigí en coche a reunirme con el general Alexander. Estaba encantado de verlo por primera vez desde su victoria y su entrada en Roma. Me llevó a recorrer todo el antiguo frente de Cassino explicándome cómo se había desarrollado la batalla y dónde habían tenido lugar los principales combates. Alexander trajo a cenar a sus principales oficiales y me habló con detalle de sus dificultades y de sus planes. De hecho, al Decimoquinto Grupo de Ejércitos lo habían

desollado y matado de hambre. Hubo que dejar de lado los ambiciosos proyectos que habíamos abrigado. Seguíamos teniendo la obligación de mantener la mayor cantidad de alemanes en nuestro frente pero para conseguir este objetivo era imprescindible acometer una ofensiva. Los ejércitos alemanes, bien integrados, eran casi tan poderosos como los nuestros que estaban compuestos por contingentes y razas diferentes. Se propuso atacar a lo largo de todo el frente a primeras horas del día veintiséis. Tendríamos la mano derecha sobre el Adriático, con Rímini como objetivo inmediato. Hacia el oeste, a las órdenes de Alexander, estaba el Quinto Ejército estadounidense, que había sido desmantelado y mutilado en aras del «Yunque» pero que de todos modos avanzaría con energía.

El diecinueve de agosto me dirigí a Leghorn para ir a ver al general Mark Clark. Comimos al aire libre junto al mar. Mantuvimos una conversación amistosa y confidencial que me reveló lo doloroso que había sido para los que lo dirigían el desgarramiento de este excelente ejército. El general parecía amargado porque hubiesen privado a su ejército de lo que él pensaba que era una gran oportunidad y no puedo decir que no tuviera razón. De todos modos avanzaría todo lo posible sobre la izquierda británica y mantendría todo el frente enardecido. Era tarde y yo estaba totalmente agotado cuando regresé al castillo de Siena, al que Alexander volvió a venir a cenar.

Cuando uno se pone a escribir para determinar o para explicar las grandes cuestiones que tienen que ver con la acción hay que hacer un esfuerzo mental pero el esfuerzo es mucho más intenso cuando uno ve y siente las cosas en el momento. Aquí teníamos a un ejército espléndido, equivalente a veinticinco divisiones, un cuarto de las cuales eran estadounidenses, reducido hasta tal punto que ya no tenía fuerza suficiente para obtener resultados decisivos contra el poderío inmenso de la defensiva. Con muy poco más, apenas la mitad de lo que nos habían quitado, habríamos podido irrumpir en el valle del Po con todas las brillantes posibilidades y las ventajas que nos aguardaban en el camino hacia Viena. Pero en estas circunstancias nuestras fuerzas, de un millón de hombres aproximadamente, apenas podían desempeñar un papel secundario en cualquier concepción estratégica considerable. Podían entretener al enemigo en su frente a costa y con el riesgo de una dura ofensiva. Al menos podían cumplir con su deber. Alexander mantenía su buen humor militar pero yo me fui a la cama con el ánimo sombrío. En estas grandes cuestiones no salirse con la suya no exime a nadie de la responsabilidad de una solución menor.

Como la ofensiva de Alexander no podía comenzar hasta el veintiséis volé a Roma la mañana del veintiuno. Allí me esperaban otra serie de problemas y una fila portentosa de nuevos personajes que tenía que conocer. Primero tuve que resolver la

inminente crisis griega, que había sido una de las principales razones de mi visita a Italia. Los rumores de la evacuación alemana de Grecia produjeron gran excitación y discordia en el gobierno de Papandreu y pusieron de manifiesto que la acción común se asentaba sobre unas bases precarias y falsas. Por tanto, era más necesario todavía que me reuniera con Papandreu y con las personas en las que él confiaba. Nos vimos esa noche. Ni su gobierno ni el propio Estado griego tenían armas ni policía. Nos pidió ayuda para unir a la resistencia griega contra los alemanes. En ese momento sólo tenían armas las personas que no debían tenerlas, que eran una minoría. Le dije que no podíamos prometerle nada ni asumir ninguna obligación de enviar a Grecia tropas británicas y que ni siquiera se debía mencionar en público esta posibilidad, pero le recomendé que trasladara en seguida a su gobierno desde El Cairo, donde reinaba un ambiente de intrigas, a algún lugar de Italia cerca del cuartel general del comandante supremo aliado. Estuvo de acuerdo. Con respecto al futuro le dije que no teníamos la menor intención de interferir en el solemne derecho del pueblo griego a elegir entre una monarquía y una república. Pero una cuestión tan grave debía decidirla el pueblo griego en su totalidad y no un puñado de doctrinarios. Aunque yo personalmente era partidario de la monarquía constitucional que había tomado forma en Inglaterra, al gobierno de Su Majestad le daba igual la manera en que se resolviera la cuestión en Grecia siempre que hubiera un plebiscito justo. Veremos lo que ocurrió a su debido tiempo.

Durante mi estancia en Roma me alojé en la embajada; nuestro embajador, sir Noel Charles, y su esposa se dedicaron a colaborar conmigo y a hacerme sentir cómodo. Siguiendo su consejo me entrevisté con la mayoría de las principales figuras de los «escombros» de la política italiana producidos por veinte años de dictadura, una guerra desastrosa, la revolución, la invasión, la ocupación, el control aliado y otros males. Hablé, entre otros, con el *signor* Bonomi y con el general Badoglio y también con el camarada Togliatti, que regresó a Italia a comienzos de año después de una larga temporada en Rusia. Invitaron a reunirse conmigo a los dirigentes de todos los partidos de Italia. Ninguno tenía un mandato electoral y los nombres de sus partidos, recuperados del pasado, se habían elegido con la mirada puesta en el futuro. «¿Cómo se llama su partido?», le pregunté a un grupo. «Somos los comunistas cristianos», respondió su jefe. No pude evitar responder: «Debe de ser muy inspirador para su partido tener las catacumbas tan cerca». Creo que no entendieron la gracia y, mirando hacia atrás, me temo que debieron de pensar en las crueles ejecuciones masivas que recientemente habían perpetrado los alemanes en estos antiguos sepulcros. Sin embargo hay que perdonar a cualquiera que haga referencias históricas en Roma. La ciudad eterna, que se alzaba por todos lados majestuosa y aparentemente invulnerable, con sus monumentos y sus palacios, y con el esplendor de unas ruinas que no habían sido producidas por las bombas parecía contrastar

notablemente con los seres diminutos y pasajeros que revoloteaban entre sus límites. También conocí al príncipe heredero, Humberto, que, como Lugarteniente General del Reino, comandaba las fuerzas italianas en nuestro frente. Daban gusto su personalidad arrolladora y su conocimiento de toda la situación militar y política que producían una sensación de tranquilidad más vital que la que experimenté en mis conversaciones con los políticos. Por supuesto que yo esperaba que desempeñara un papel en el establecimiento de una monarquía constitucional para una Italia libre, fuerte y unificada, aunque éste no fuera un asunto de mi incumbencia.

A primera hora del día veinticuatro regresé en avión al cuartel general de Alexander en Siena; me alojé en su castillo, situado a pocos kilómetros de distancia, y a la tarde siguiente volamos al cuartel general del Octavo Ejército del general Leese, del lado del Adriático, donde tuvimos tiendas que daban a un paisaje espléndido hacia el norte. Aunque el Adriático no estaba a más de treinta kilómetros quedaba oculto por la masa del monte Mayor. El general Leese nos informó de que la barrera de fuego para cubrir el avance de sus tropas comenzaría a medianoche. Estábamos bien situados para observar la larga línea de fogonazos distantes. El ruido sordo, rápido e incesante de los cañonazos me hizo recordar la primera guerra mundial. No cabía duda de que estaban usando la artillería a gran escala. Al cabo de una hora me alegré de irme a la cama porque Alexander tenía previsto salir temprano y pasar un largo día en el frente. También me había prometido llevarme adonde yo quisiera ir.

Alexander y yo partimos juntos poco antes de las nueve. Su edecán y Tommy viajaban en otro coche. De este modo formábamos un grupo reducido, lo que era muy conveniente. Ya hacía seis horas que había comenzado el avance y decían que progresaba, aunque todavía no podíamos hacernos una idea definitiva. Primero subimos en coche a lo alto de una cumbre rocosa sobre la que se encaramaban una iglesia y una aldea. Los habitantes, hombres y mujeres, salieron de las bodegas en las que se habían refugiado para saludarnos. En seguida nos dimos cuenta de que acababan de bombardear el lugar porque la única calle estaba cubierta de mampostería y escombros. «¿Cuánto hace que acabó?», preguntó Alexander a la pequeña multitud que se congregaba a nuestro alrededor con una sonrisa torcida. «Más o menos un cuarto de hora», dijeron. Había una vista magnífica sin duda desde las murallas de siglos pasados. Se veía todo el frente de la ofensiva del Octavo Ejército. Pero aparte de las bocanadas de humo de los proyectiles que estallaban a seis mil o siete mil metros de distancia de forma dispersa no había nada que ver. Al final Alexander dijo que era mejor no quedarnos allí más tiempo ya que era natural que el enemigo disparara contra puestos de observación como ése y que podía volver a hacerlo. De modo que nos alejamos en el coche tres o cuatro kilómetros hacia el oeste e hicimos un almuerzo campestre sobre la ancha ladera de una colina que

ofrecía una vista casi tan buena como la cima pero donde no era probable que llamáramos la atención.

Nos llegó entonces la noticia de que nuestras tropas habían avanzado dos o tres kilómetros más allá del río Metauro, donde la derrota de Asdrúbal decidió el destino de Cartago, de modo que sugerí que lo cruzáramos también. Por consiguiente subimos a los coches y en media hora estábamos en la otra orilla del río, donde la carretera circulaba en medio de ondulantes olivares iluminados en parte por el sol. Después de conseguir como guía a un oficial de uno de los batallones que participaban en el combate seguimos adelante entre estos claros hasta que el ruido de los disparos de los fusiles y las ametralladoras indicó que nos aproximábamos a la línea del frente. Entonces se alzaron unas manos para advertirnos de que paráramos. Parece que había un campo de minas y lo único seguro era pasar por donde habían circulado antes otros vehículos sin inconvenientes. Alexander y su edecán se marcharon para hacer un reconocimiento a un edificio de piedra gris que nuestras tropas defendían y que decían que brindaba una buena visión de cerca. Me di cuenta de que sólo se llevaban a cabo combates muy poco precisos. A los pocos minutos regresó el edecán para conducirme hasta su jefe, que había encontrado un buen lugar en el edificio de piedra que en realidad era un antiguo castillo que dominaba una pendiente bastante escarpada. Sin duda desde allí se veía todo lo que se podía ver. Los alemanes estaban disparando con fusiles y ametralladoras desde unos espesos matorrales, al otro lado del valle, a menos de quinientos metros de distancia. La línea de nuestro frente estaba debajo de nosotros. Los disparos eran irregulares e intermitentes. Pero fue lo más cerca que estuve del enemigo y la vez que oí más balas en la segunda guerra mundial. Al cabo de una media hora regresamos a nuestros coches y nos dirigimos hacia el río procurando no salimos de las huellas de nuestras propias ruedas o las de algún otro vehículo. En el río encontramos las columnas de apoyo de la infantería que marchaban para prestar ayuda a nuestra delgada línea de escaramuzas y a las cinco estábamos otra vez en el cuartel general del general Leese, donde las noticias de todo el frente del Ejército se señalaban en seguida en los mapas. En total, desde el amanecer, el Octavo Ejército había avanzado alrededor de seis kilómetros en un frente de entre dieciséis y diecinueve kilómetros y las pérdidas no habían sido excesivas. Era un comienzo alentador.

A la mañana siguiente llegó mucho trabajo, tanto por telegrama como por valija. Parecía que el general Eisenhower estaba preocupado por el avance de algunas divisiones alemanas que se habían retirado de Italia. Yo estaba satisfecho de que hubiera comenzado nuestra ofensiva, preparada en condiciones deprimentes. Preparé un telegrama para el presidente explicándole la posición como me la contaron los generales en el lugar y según lo que yo sabía. Quería transmitirle sin levantar

polémica nuestra sensación de frustración y, al mismo tiempo, indicarle mis esperanzas y mis ideas para el futuro. Si podía reavivar el interés del presidente Roosevelt en este ámbito tal vez pudiera mantener en vigor nuestro plan de un avance determinante hasta Viena. Después de explicarle el plan de Alexander acabé de la siguiente manera:

> Nunca he olvidado lo que me dijo en Teherán sobre Istria y estoy seguro de que la llegada de un ejército poderoso a Trieste e Istria dentro de cuatro o cinco semanas tendría unas consecuencias que escapan a los valores meramente militares. El pueblo de Tito estará esperándonos en Istria. No me puedo imaginar cómo serán las condiciones en Hungría pero en cualquier caso tendremos una posición que nos permitirá aprovechar al máximo cualquier situación nueva importante.

No envié este mensaje hasta que llegué a Nápoles, adonde volé el día veintiocho, y no recibí ninguna respuesta hasta mi regreso a Gran Bretaña. Roosevelt respondió entonces:

> Comparto su confianza en que las divisiones aliadas que tenemos en Italia sean suficientes para cumplir la misión que les espera y en que su comandante en el campo de batalla siga presionando de forma implacable con el objeto de destrozar las fuerzas del enemigo. […] En cuanto a la utilización exacta de nuestras fuerzas en Italia en el futuro, ésta es una cuestión que podemos discutir [pronto]. […] Con la situación caótica que tienen actualmente los alemanes en el sur de Francia espero que consigamos que las fuerzas del norte se unan con las del sur mucho antes de lo previsto en un primer momento.

Veremos que las dos esperanzas resultaron vanas. El ejército que habíamos desembarcado en la Riviera, a un precio tan elevado para nuestras operaciones en Italia, llegó demasiado tarde para colaborar con la primera lucha principal de Eisenhower en el norte, mientras que la ofensiva de Alexander no consiguió, por un mínimo margen, alcanzar el éxito que merecía y que tanto necesitábamos. Italia tardaría ocho meses más en quedar totalmente libre; el avance de la mano derecha hacia Viena quedó fuera de nuestro alcance y, salvo en Grecia, perdimos nuestra capacidad militar para influir en la liberación el sureste de Europa.

El resto de la historia se puede contar en pocas palabras. El ataque del Octavo Ejército prosperó con buenos augurios; sorprendió a los alemanes y el uno de septiembre había atravesado la línea Gótica en un frente de treinta y dos kilómetros. El día dieciocho el Octavo Ejército había dado la vuelta a la línea en su extremo oriental y los estadounidenses la habían atravesado en la parte central.

Aunque a costa de gran cantidad de bajas se obtuvo un gran éxito y el futuro se presentaba esperanzados Pero Kesselring recibió más refuerzos, hasta que sus divisiones alemanas llegaron a sumar veintiocho en total. Quitando dos divisiones de otros sectores más tranquilos comenzó feroces contraataques que, sumados a nuestras dificultades de suministro en los puertos de montaña, frenaron el avance de los

aliados. La defensa fue tenaz, el terreno muy difícil y llovía mucho. El momento culminante se produjo cerca de Bolonia, entre el veinte y el veinticuatro de octubre, cuando el general Mark Clark estuvo a punto de colocarse detrás del enemigo, de frente al Octavo Ejército. Entonces, en palabras de Alexander, «con la ayuda de lluvias torrenciales y vientos muy fuertes, y debido a que el Quinto Ejército estaba exhausto, la línea alemana se mantuvo firme». El tiempo era espantoso. Las lluvias intensas habían hecho crecer los innumerables ríos y canales de riego convirtiendo las tierras agrícolas recuperadas en las marismas que habían sido en un principio. Fuera de las carreteras a menudo era imposible desplazarse. Las tropas avanzaban con gran dificultad. Aunque se había esfumado toda esperanza de lograr una victoria decisiva los ejércitos en Italia todavía tenían la obligación fundamental de seguir presionando y de impedir que el enemigo enviara ayuda a los ejércitos alemanes que estaban pasando apuros en el Rin. De modo que luchamos hacia delante cada vez que el tiempo mejoraba un poco. Pero a partir de mediados de noviembre ya no se pudieron emprender grandes ofensivas. Se hacían pequeños avances cuando se presentaba la oportunidad pero hasta la primavera los ejércitos no obtuvieron la recompensa de la victoria que tanto se merecían y que estuvieron a punto de conseguir en el otoño.

Capítulo XV

LAS VICTORIAS RUSAS

Regresemos, lector, a la lucha en Rusia, que superó ampliamente en magnitud a las operaciones que han aparecido hasta ahora en mi relato y que constituyó, desde luego, la base sobre la que los ejércitos británicos y estadounidenses se habían acercado al momento culminante de la guerra. Los rusos dieron poco tiempo a sus enemigos para recuperarse de los duros reveses de principios del invierno de 1943. A mediados de enero de 1944 atacaron en un frente de casi doscientos kilómetros, desde el lago limen hasta Leningrado, y atravesaron las defensas que había delante de la ciudad. Más al sur, a finales de febrero, obligaron a los alemanes a retroceder hasta las orillas del lago Peipus. Leningrado quedó liberado definitivamente y los rusos llegaron hasta los límites de los estados bálticos. Más ataques al oeste de Kíev hicieron retroceder a los alemanes hacia la antigua frontera polaca. Todo el frente meridional estaba en llamas y habían atravesado la línea alemana en muchos puntos con bastante profundidad. Atrás quedó, en Kersun, un enorme bolsón de alemanes rodeados del que muy pocos pudieron escapar. Durante todo marzo los rusos impusieron su supremacía a lo largo de todo el frente y en el aire. Desde Gomel hasta el mar Negro los invasores estaban en plena retirada, que no finalizó hasta que los echaron al otro lado del Dniéster, otra vez a Rumanía y a Polonia. Entonces el deshielo de primavera les proporcionó un breve respiro. Sin embargo en Crimea todavía se podían llevar a cabo operaciones y en abril los rusos se dedicaron a destruir el Decimoséptimo Ejército alemán y a recuperar Sebastopol.

La magnitud de estas victorias planteó cuestiones de una importancia trascendental. El Ejército Rojo se asomaba entonces sobre el centro y el este de Europa. ¿Qué ocurriría con Polonia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y, sobre todo, con Grecia, por las que tanto nos habíamos esforzado y tantos sacrificios habíamos hecho? ¿Se pondría Turquía de nuestro lado? ¿Quedaría envuelta Yugoslavia en la marea rusa? Aparentemente comenzaba a cobrar forma la Europa de posguerra y urgía llegar a algún acuerdo político con los soviéticos.

El dieciocho de mayo el embajador soviético en Londres llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores para discutir una sugerencia general que había hecho Eden con respecto a que la URSS considerara temporalmente los asuntos de Rumanía como propios durante la guerra dejándonos Grecia a nosotros. Los rusos estaban dispuestos a aceptarlo pero querían saber si lo habíamos consultado con Estados Unidos, en cuyo caso estarían de acuerdo. Por ello el día treinta y uno le envié un telegrama personal a Roosevelt:

[…] Espero que se sienta capaz de prestar su consentimiento a esta propuesta Evidentemente no queremos repartirnos los Balcanes en zonas de influencia, y al aceptar este acuerdo quisiéramos aclarar que sólo se aplica durante la guerra y que no afecta a los derechos ni a las responsabilidades que tendrá que ejercer cada una de las tres grandes potencias en el acuerdo de paz y posteriormente con respecto a toda Europa. Desde luego este compromiso no supone ningún cambio en la colaboración que existe en la actualidad entre ustedes y nosotros en cuanto a la formulación y la ejecución de la política aliada con respecto a estos países. No obstante, nos parece que el acuerdo que ahora se propone sería útil para evitar cualquier divergencia de política entre nosotros y ellos en los Balcanes.

Las primeras reacciones del Departamento de Estado fueron frías. A Hull lo ponía nervioso cualquier sugerencia que «pudiera parecer que tenía un deje de crear o aceptar la idea de áreas de influencia», y el once de junio me cablegrafió el presidente:

[…] En resumen, reconocemos que es inevitable que el gobierno que tiene la responsabilidad militar en un territorio determinado tome las decisiones que requieran los acontecimientos militares, pero estamos convencidos de que la tendencia natural de que estas decisiones se extiendan a otros ámbitos, fuera de los militares, se reforzaría mediante un acuerdo del tipo que ustedes sugieren. En nuestra opinión esto provocaría, sin duda, la persistencia de las diferencias entre ustedes y los soviéticos y la división de la región de los Balcanes en zonas de influencia a pesar de la intención declarada de limitar el acuerdo a cuestiones militares.

Nos parece que sería preferible tratar de establecer un mecanismo consultivo para evitar malos entendidos y para limitar la tendencia a la aparición de esferas exclusivas.

Este mensaje me dejó muy preocupado y le respondí el mismo día:

[…] La acción se paraliza si cada uno tiene que consultar a todos los demás antes de hacer cualquier cosa. Los acontecimientos siempre sobrepasarán las situaciones cambiantes en estas regiones balcánicas. Alguien tiene que tener el poder de planear y actuar. Un comité consultivo no sería más que un obstáculo, y en un caso de urgencia se dejaría de lado frente a las consultas directas entre usted y yo o entre cualquiera de nosotros y Stalin.

Le pongo como ejemplo lo que ocurrió en Pascua. Pudimos hacer frente a este amotinamiento de las fuerzas griegas totalmente de acuerdo con los puntos de vista que usted defiende. Esto se debió a que yo pude dar órdenes constantes a los comandantes militares que al principio eran partidarios de una conciliación y, sobre todo, de no usar o ni siquiera amenazar con usar la fuerza. Se perdieron muy pocas vidas. La situación griega ha mejorado muchísimo y, si se mantiene la firmeza, se rescatará de la confusión y el desastre. Los rusos están dispuestos a dejarnos tomar la iniciativa en la cuestión griega lo que significa que el EAM[50], con toda su malevolencia, puede ser controlado por las fuerzas nacionales de Grecia. […] Si en medio de estas dificultades hubiéramos tenido que consultar a otras potencias y hubiesen empezado a circular telegramas entre tres o cuatro partes sólo habríamos conseguido el caos o la impotencia.

En mi opinión, teniendo en cuenta que los rusos están a punto de invadir Rumanía con una gran fuerza y que van a contribuir a que el país recupere parte de Transilvania, que se encuentra en poder de Hungría, siempre que los rumanos colaboren, y es posible que lo hagan, teniendo en cuenta todo eso, estaría bien seguir el liderazgo soviético ya que ni ustedes ni nosotros tenemos tropas allí; aparte de que es probable que hagan lo que quieran de todos modos. […] En resumen, le propongo que aceptemos poner a prueba durante tres meses los acuerdos que establecí en mi mensaje del treinta y uno de mayo, al cabo de los cuales deben ser revisados por las tres potencias.

El presidente aprobó esta propuesta el trece de junio pero añadió: «Hemos de procurar que quede claro que no estamos estableciendo ningún área de influencia

para después de la guerra». Compartí su opinión y al día siguiente le respondí:

> Le estoy muy agradecido por su telegrama. Le he pedido al ministro de Asuntos Exteriores que transmita la información a Mólotov y que le aclare que se ha puesto el límite de tres meses para que no prejuzguemos la cuestión de establecer áreas de influencia después de la guerra.

Esa tarde informé de la situación al gabinete de Guerra y se acordó que el ministro de Asuntos Exteriores informaría al gobierno soviético de que aceptábamos esta división general de la responsabilidad con la condición del límite de los tres meses. Así se hizo el diecinueve de junio. No obstante, el presidente no quedó satisfecho con nuestra manera de actuar y recibí un dolorido mensaje en el que decía que «nos molestó que ustedes nos plantearan la cuestión a nosotros después de resolverla con los rusos». Por consiguiente el veintitrés de junio, en respuesta a su amonestación, le señalé al presidente la situación tal como yo la veía desde Londres:

> Los rusos son la única potencia que puede hacer algo en Rumanía. […] Por otra parte, la carga de los griegos recae casi exclusivamente sobre nosotros y así ha sido puesto que hemos perdido cuarenta mil hombres en un vano intento por ayudarlos en 1941. Asimismo, ustedes nos han dejado hacer el juego en Turquía pero siempre los hemos consultado en cuestiones de política, y creo que hemos estado de acuerdo en la línea a seguir. Sería muy fácil para mí, partiendo del principio general de deslizamos hacia la izquierda, tan popular en la política exterior, dejar que la situación se deteriorase porque entonces es probable que obliguen al rey a abdicar y que el EAM imponga un reino del terror en Grecia, obligando a los aldeanos y a muchas otras clases a formar batallones de seguridad bajo los auspicios alemanes para impedir la anarquía total. La única forma que tengo de impedirlo es convencer a los rusos de que dejen de potenciar al EAM y de empujarlo hacia delante con toda su fuerza. Por consiguiente propuse a los rusos un acuerdo temporal para una mejor conducción de la guerra. No era más que una propuesta y teníamos que dirigírsela a usted para que la aprobara.
>
> También he intervenido para tratar de reunir las fuerzas de Tito con las que hay en Serbia y con todas las que apoyan al gobierno monárquico yugoslavo, que ambos hemos reconocido. Le hemos informado de todos los pasos y de cómo llevamos esta pesada carga que, de momento, nos corresponde a nosotros en su mayor parte. Una vez más, nada sería más fácil que arrojar a los lobos al rey y al gobierno monárquico yugoslavo y dejar que estalle una guerra civil en Yugoslavia para gran satisfacción de los alemanes. Estoy luchando por poner orden en el caos en ambos casos y por concentrar todos los esfuerzos contra el enemigo común. Le mantengo informado constantemente y espero contar con su confianza y con su ayuda dentro de las esferas de acción en las que nos han cedido la iniciativa.

La respuesta de Roosevelt resolvió este desacuerdo entre amigos: «Parece que los dos hemos emprendido sin darnos cuenta una acción unilateral en un sentido que, según coincidimos ambos ahora, ha sido conveniente por el momento. Es fundamental que siempre estemos de acuerdo en cuestiones que incidan sobre nuestro esfuerzo bélico como aliados».

«Puede estar seguro —le respondí— de que siempre buscaré su consentimiento en todos los asuntos, antes, durante y después».


El frente ruso, junio de 1944
Grandes ataques rusos
Frente aprox., 1 de febrero de 1945
Guarniciones alemanas rodeadas febrero de 1945
Fronteras en 1939
A Murmansk
Lago Onega
FINLANDIA
Lago Ladoga
Viborg
Golfo de Finlandia
Leningrado
Tallín
ESTONIA
Lago Peipus
Pskov
SUECIA
MAR BÁLTICO
Riga
CURLANDIA
LETONIA
URSS
LITUANIA
Vitebsk
Smolensko
Königsberg
Tilsit
Niemen
Kaunas
Vilna
Danzig
Mogilev
Minsk
PRUSIA ORIENTAL
Grodno
Stettin
Bobruisk
Schneidemühl
Berlín
Gomel
Posen
Vístula
Varsovia
Pinsko
Oder
Pripet
Pantanos
ALTA
POLONIA
Bratislava
Sandomir
Kovel
SILESIA
Kíev
Oppeln
Jaroslav
Praga
San
Cracovia
Lvov
ALEMANIA
CHECOSLOVAQUIA
Przemysl
Dniéper
CÁRPATOS
Stanislav
Bug
Danubio
Czernowitz
Viena
Dniéster
Budapest
Jassy
AUSTRIA
HUNGRÍA
ALPES DE TRANSILVANIA
Odesa
Lago Balatón
Pruth
RUMANIA
Crimea
Ploiesti
Belgrado
Bucarest
Danubio
YUGOSLAVIA
MAR NEGRO
BULGARIA

No obstante, las dificultades prosiguieron a nivel gubernamental. En cuanto Stalin se dio cuenta de que los estadounidenses tenían dudas insistió en consultarlos directamente y al final no pudimos llegar a ningún acuerdo definitivo sobre la división de responsabilidades en la península de los Balcanes. A principios de agosto los rusos despacharon desde Italia, mediante un subterfugio, una misión al ELAS, el ala militar del EAM, en el norte de Grecia. Ante el rechazo oficial estadounidense y ante este ejemplo de mala fe por parte de los soviéticos dejamos de lado nuestros esfuerzos por alcanzar un gran acuerdo hasta que me reuní con Stalin en Moscú dos meses después. Pero para entonces habían ocurrido muchas cosas en el frente oriental.

En Finlandia las tropas rusas, muy diferentes en calidad y armamento de las que lucharon allí en 1940, atravesaron la línea Mannerheim, reabrieron la línea férrea de Leningrado a Murmansk, la terminal de nuestros convoyes árticos y, a finales de agosto, obligaron a los finlandeses a pedir un armisticio. Su ataque principal al frente alemán comenzó el veintitrés de junio. Muchos pueblos y aldeas se habían convertido en plazas fuertes, con una nutrida defensa, pero fueron rodeados y eliminados uno tras otro mientras los ejércitos rojos penetraban por las brechas entre ellas. A finales de julio habían llegado hasta el Nieman en Kaunas y Grodno. Allí, tras avanzar cuatrocientos kilómetros en cinco semanas, tuvieron que hacer un alto temporal para reabastecerse. Las pérdidas alemanas habían sido enormes. Desaparecieron veinticinco divisiones y una cantidad similar quedó aislada en Curlandia[51]. Sólo el diecisiete de julio pasaron por Moscú cincuenta y siete mil prisioneros alemanes. Quién sabe lo que habrá sido de ellos.

Al sur de estas victorias se encontraba Rumanía. Hasta bastante avanzado agosto la línea alemana que se extendía desde Czernowitz hasta el mar Negro impidió el paso hacia los yacimientos petrolíferos de Ploiesti y los Balcanes. Se había debilitado a causa de la retirada de tropas para apoyar la línea que decaía más al norte y bajo los violentos ataques que comenzaron el veintidós de agosto se desintegró rápidamente. Con ayuda de los desembarcos en la costa los rusos destrozaron al enemigo. Desaparecieron dieciséis divisiones alemanas. El veintitrés de agosto un golpe de Estado en Bucarest, organizado por el joven rey Miguel y sus asesores más próximos, invirtió por completo toda la posición militar. Los ejércitos rumanos siguieron a su rey como un solo hombre. Tres días antes de la llegada de las tropas soviéticas habían desarmado a las fuerzas alemanas o las habían expulsado más allá de las fronteras septentrionales. Antes del uno de septiembre Bucarest había sido evacuada por los alemanes. Los ejércitos rumanos se desintegraron y el país fue invadido. El gobierno rumano capituló. Tras un intento, en el último minuto, de declararle la guerra a Alemania Bulgaria fue aniquilada. Volviéndose hacia el oeste los ejércitos rusos

subieron por el valle del Danubio y atravesaron los Alpes de Transilvania hasta la frontera húngara mientras su flanco izquierdo, al sur del Danubio, se alineaba sobre la frontera yugoslava y allí se prepararon para su gran ofensiva hacia el oeste que a su debido tiempo los conduciría hasta Viena.

En Polonia se produjo una tragedia que requiere un relato más pormenorizado.

A finales de julio los ejércitos rusos se encontraban frente al río Vístula y todos los informes indicaban que próximamente Polonia caería en manos rusas. Los líderes del Ejército polaco clandestino, leales al gobierno de Londres, tenían que elegir el momento de sublevarse contra los alemanes para acelerar la liberación de su país y evitar que emprendieran una serie de implacables acciones defensivas en territorio polaco y sobre todo en la propia Varsovia. El comandante polaco, el general Bor-Komorowski, y su asesor civil recibieron autorización del gobierno polaco en Londres para proclamar una insurrección general cuando lo estimaran conveniente. En realidad, el momento parecía oportuno. El veinte de julio llegó la noticia del complot contra Hitler seguida rápidamente por la salida de los aliados de la cabeza de playa de Normandía. Alrededor del veintidós de julio los polacos interceptaron unos mensajes de radio procedentes del Cuarto Ejército Panzer alemán en los que se ordenaba una retirada general hasta el oeste del Vístula. Los rusos cruzaron el río ese mismo día y sus patrullas avanzaron en dirección a Varsovia. No cabía duda de que se avecinaba un colapso general.

Por consiguiente el general Bor decidió preparar un gran levantamiento y liberar la ciudad. Contaba con alrededor de cuarenta mil hombres y reservas de alimentos y municiones para entre siete y diez días de combates. Ya se escuchaba el fragor de los cañones rusos al otro lado del Vístula. La Fuerza Aérea soviética comenzó a bombardear a los alemanes que había en Varsovia desde los aeródromos que acababa de capturar cerca de la capital, de los que el más próximo quedaba a apenas veinte minutos de vuelo. Al mismo tiempo se formó en el este de Polonia un Comité Comunista de Liberación Nacional y los rusos anunciaron que el territorio liberado se pondría bajo su control. Hacía bastante tiempo que las emisoras de radio soviéticas exhortaban a la población polaca a dejar de lado su cautela y comenzar una revuelta general contra los alemanes. El veintinueve de julio, tres días antes de que comenzara el alzamiento, la radio moscovita emitió un llamamiento de los comunistas polacos al pueblo de Varsovia diciendo que ya se escuchaban los cañones de la liberación e instándolos, como en 1939, a luchar contra los alemanes esta vez para una acción decisiva. «Para Varsovia, que no se rindió sino que siguió luchando, ya ha llegado la hora de la acción». Después de señalar que el plan alemán de establecer puntos de defensa traería como consecuencia la paulatina destrucción de la ciudad, la transmisión acababa recordando a los habitantes que «todo lo que no se salva

haciendo un esfuerzo se pierde» y que «mediante la lucha activa y directa en las calles, las casas, etcétera, de Varsovia se acelerará el momento de la liberación definitiva y se salvarán las vidas de nuestros hermanos».

La noche del treinta y uno de julio el mando clandestino de Varsovia recibió la noticia de que los carros de combate soviéticos habían atravesado las defensas alemanas al este de la ciudad. La radio militar alemana anunció que «los rusos comenzaron hoy un ataque general sobre Varsovia desde el sureste». Las tropas rusas se encontraban a menos de quince kilómetros de la ciudad. En la propia capital el mando de la resistencia polaca ordenó una insurrección general a las cinco de la tarde del día siguiente. El propio general Bor describe lo ocurrido:

> Exactamente a las cinco miles de ventanas fulguraron cuando las abrieron de golpe. Desde todas partes cayó una lluvia de balas sobre los alemanes que pasaban, que acribillaron sus edificios y las formaciones que desfilaban. En un abrir y cerrar de ojos los civiles que quedaban desaparecieron de las calles. De las entradas de las casas salieron nuestros hombres en tropel y se lanzaron al ataque. En quince minutos toda una ciudad de un millón de habitantes se vio sumida en la lucha. Se interrumpió todo tipo de tráfico. Varsovia dejó de existir como un gran centro de comunicaciones en el que convergían las carreteras procedentes del norte, el sur, el este y el oeste, próxima a la retaguardia del frente alemán. La batalla por la ciudad había comenzado.

La noticia llegó a Londres al día siguiente y nos quedamos preocupados esperando más información pero la radio soviética no decía nada y cesó la actividad aérea rusa. El cuatro de agosto los alemanes comenzaron a atacar desde los focos de resistencia que mantenían en toda la ciudad y en las afueras. El gobierno polaco en Londres nos habló de la desesperante urgencia de enviar provisiones por aire. Los insurgentes se encontraban con la oposición de cinco divisiones alemanas concentradas a toda prisa. También enviaron a la División Hermann Göring desde Italia y poco después llegaron otras dos divisiones de las SS.

Por ello telegrafié a Stalin:

> Ante la solicitud urgente del Ejército polaco clandestino vamos a arrojar, si las condiciones meteorológicas lo permiten, alrededor de sesenta toneladas de equipo y municiones en el barrio suroeste de Varsovia, donde nos dicen que luchan ferozmente los polacos que se han alzado contra los alemanes. Dicen también que solicitan la ayuda de Rusia, que parece que está muy cerca. Los ataca una división y media alemana. Esto puede ser de ayuda para su operación.

La respuesta fue rápida y desalentadora.

> He recibido su mensaje acerca de Varsovia.
>
> Creo que la información que le han transmitido los polacos es muy exagerada y no inspira confianza. Se podría llegar a esa conclusión por el hecho de que los emigrantes polacos ya han dicho que prácticamente han capturado Vilna con unas cuantas unidades dispersas del Ejército nacional e incluso lo han anunciado por radio. Pero evidentemente eso no se corresponde con la realidad en modo alguno. El Ejército nacional polaco está compuesto por unos cuantos destacamentos, que ellos incorrectamente denominan divisiones. No disponen de artillería ni de aviones ni de carros de combate. No creo que estos destacamentos sean capaces de capturar Varsovia cuando los alemanes cuentan con cuatro divisiones de

carros de combate para defender la ciudad, entre ellas la División Hermann Göring.

Mientras tanto continuaba la batalla calle por calle contra los carros «Tigre» alemanes; el nueve de agosto los alemanes habían introducido una cuña que atravesaba toda la ciudad hasta el Vístula y dividía los distritos que estaban en poder de los polacos en sectores aislados. La Fuerza Aérea británica, con tripulantes polacos, británicos y de los dominios, realizó valientes intentos de acudir en auxilio de Varsovia desde las bases italianas que resultaron desesperados e inadecuados al mismo tiempo. Aparecieron dos aviones la noche del cuatro de agosto y tres cuatro noches después.

El primer ministro polaco, Mikolajczyk, estaba en Moscú desde el treinta de julio tratando de establecer algún tipo de acuerdo con el gobierno soviético, que había reconocido como futuro administrador del país al Comité Comunista Polaco de Liberación Nacional, el Comité de Lublin, como lo llamábamos nosotros. Estas negociaciones se llevaron a cabo durante los primeros días del levantamiento de Varsovia. Todos los días Mikolajczyk recibía mensajes del general Bor pidiéndole que le enviara municiones y armas anticarro y la ayuda del Ejército Rojo. Mientras tanto los rusos presionaban para llegar a un acuerdo sobre las fronteras de Polonia después de la guerra y el establecimiento de un gobierno conjunto. El nueve de agosto tuvo lugar una última conversación infructuosa con Stalin.

La noche del dieciséis de agosto Vishinski pidió al embajador de Estados Unidos en Moscú que fuera a verlo y, explicándole que quería evitar la posibilidad de que hubiera malos entendidos, le leyó la siguiente declaración que al embajador le pareció increíble:

> El gobierno soviético evidentemente no puede oponer reparos a que los ingleses o los estadounidenses arrojen armas en la zona de Varsovia puesto que ése es un asunto que les concierne a ellos, pero está totalmente en contra de que los aviones estadounidenses o británicos, después de arrojar armas en la región de Varsovia, aterricen en territorio soviético porque el gobierno soviético no quiere verse implicado ni directa ni indirectamente en la aventura de Varsovia.

Ese mismo día recibí el siguiente mensaje de Stalin expresándolo con mayor suavidad:

> Después de la conversación con Mikolajczyk di órdenes para que el mando del Ejército Rojo arrojase armas de forma intensiva en el sector de Varsovia. También se arrojó a un oficial paracaidista de enlace que, según el informe del comando, no alcanzó su objetivo ya que lo mataron los alemanes.
>
> Asimismo, después de familiarizarme más con el asunto de Varsovia estoy convencido de que esta acción representa una aventura temeraria y terrible que le está costando grandes sacrificios a la población. Esto no habría sido así si se hubiese informado al mando soviético antes del comienzo de la acción de Varsovia y si los polacos se hubiesen mantenido en contacto con nosotros.
>
> En la situación actual el mando soviético ha llegado a la conclusión de que debe disociarse de la

aventura de Varsovia ya que no puede asumir la responsabilidad directa ni indirecta por esta acción.

Según la versión de Mikolajczyk el primer párrafo de este telegrama es totalmente falso. Dos oficiales llegaron a Varsovia sanos y salvos y allí los recibió el mando polaco. También estuvo allí unos días un coronel soviético que envió mensajes a Moscú, a través de Londres, exhortando a apoyar a los insurgentes.

Cuatro días después Roosevelt y yo enviamos a Stalin la siguiente petición conjunta redactada por el presidente:

> Nos preocupa la opinión mundial si de hecho se abandona a los antinazis que están en Varsovia. Nos parece que entre los tres deberíamos hacer todo lo posible por salvar la mayor cantidad de estos patriotas que podamos. Esperamos que lance de inmediato suministros y municiones para los polacos patriotas de Varsovia o que acepte colaborar con nuestros aviones para hacerlo rápidamente. Esperamos que lo apruebe. El elemento tiempo tiene suma importancia.

Ésta fue la respuesta que obtuvimos:

> He recibido el mensaje que me enviaron usted y Roosevelt con respecto a Varsovia y quiero manifestar mis opiniones.
>
> Tarde o temprano todo el mundo conocerá la verdad acerca del grupo de criminales que se ha embarcado en la aventura de Varsovia para apoderarse del poder. Esta gente ha aprovechado la buena fe de los habitantes de la ciudad y ha arrojado a muchas personas prácticamente desarmadas contra los cañones, los carros y los aviones alemanes. Se ha producido una situación en la que cada día que pasa en lugar de servirles a los polacos para liberar Varsovia les sirve a los hitlerianos, que matan a tiros sin piedad a los habitantes de Varsovia.
>
> Desde el punto de vista militar la situación que se ha producido al centrar la atención de los alemanes cada vez más en Varsovia es tan inútil para el Ejército Rojo como para los polacos. Mientras tanto las tropas soviéticas, que recientemente se han encontrado con nuevos y notables esfuerzos por parte de los alemanes por pasar al contraataque, están haciendo todo lo posible para aniquilar estos contraataques de los hitlerianos y para iniciar un nuevo ataque a gran escala en la región de Varsovia. No cabe duda de que el Ejército Rojo no escatima esfuerzos para derrotar a los alemanes en torno a Varsovia y para liberar a la ciudad para los polacos. Ésta será la ayuda mejor y más eficaz para los polacos que están en contra de los nazis.

Mientras tanto la agonía de Varsovia había alcanzado el punto culminante. «Durante la noche pasada [el once de agosto] —cablegrafió un testigo presencial— las fuerzas blindadas alemanas realizaron decididos esfuerzos para liberar algunos de los focos de resistencia que tienen en la ciudad. No es tarea fácil porque en todas las esquinas hay inmensas barricadas, construidas en su mayor parte con los bloques de hormigón arrancados de las calles justamente para eso. En la mayoría de los casos los intentos fracasaron, de modo que la tripulación de los carros de combate dio rienda suelta a su desilusión disparando contra varias casas y bombardeando otras desde lejos. En muchos casos también prendieron fuego a los muertos que cubren las calles en muchos lugares. […]

»Cuando los alemanes transportaban suministros con los carros de combate a una de sus posiciones llevaban delante a quinientas mujeres y niños para evitar que las

tropas [polacas] los atacaran. Mataron o hirieron a muchos de ellos. Nos consta que se emprendieron acciones del mismo tipo en muchas otras partes de la ciudad.

»Los muertos se entierran en patios y plazas. En lo que respecta a los alimentos la situación se deteriora cada vez más, aunque todavía no pasamos hambre. Hoy [quince de agosto] ya no queda nada de agua en las tuberías; la extraen de los pocos pozos que tienen y aprovechan la que hay en las casas. Hay disparos en todos los barrios de la ciudad y numerosos incendios. El hecho de que se lanzaran provisiones ha aumentado la moral. Todo el mundo quiere luchar y seguirá luchando pero la incertidumbre sobre si esto acabará pronto es deprimente. […]».

No sólo se luchaba sobre la superficie, sino también debajo de ella, literalmente. El único medio de comunicación entre los distintos sectores que estaban en manos de los polacos era a través de las alcantarillas. Los alemanes arrojaban granadas de mano y bombas de gas por las tapas de registro. Algunas veces se libraban batallas en medio de una oscuridad total entre hombres hundidos en excrementos hasta la cintura que luchaban mano a mano, a veces con cuchillos o ahogando a sus adversarios en el lodo. Sobre la superficie la artillería y los aviones de combate alemanes incendiaban amplias zonas de la ciudad.

Yo esperaba que los estadounidenses nos apoyaran con alguna acción drástica pero Roosevelt se oponía. El uno de septiembre recibí a Mikolajczyk a su regreso de Moscú con poco consuelo que ofrecerle. Me dijo que estaba dispuesto a proponerle al Comité de Lublin un acuerdo político ofreciéndoles catorce escaños en un gobierno conjunto. Los representantes de la resistencia polaca debatieron estas propuestas en la propia Varsovia bajo el fuego y la sugerencia fue aceptada de forma unánime. La mayoría de los que participaron en estas decisiones fueron juzgados un año después por «traición» ante un tribunal soviético en Moscú.

Cuando se reunió el gabinete, la noche del cuatro de septiembre, el asunto me parecía tan importante que aunque tenía un poco de fiebre me levanté de la cama para ir a nuestra sala subterránea. Nos habíamos reunido en numerosas situaciones desagradables pero no recuerdo ninguna ocasión en la que todos nuestros miembros, tanto los conservadores como los laboristas como los liberales, estuvieran tan furiosos. Me habría gustado poder decirles: «Enviamos nuestros aviones para que aterricen en su territorio después de entregar provisiones en Varsovia. Si no los tratan como es debido dejaremos de enviarles convoyes desde este preciso instante». Pero quien lea estas páginas años después debe saber que todo el mundo siempre tiene que tener en cuenta la suerte de los millones de personas que luchan en una batalla mundial y que a veces hay que someterse a la causa común, por terrible o humillante

que parezca. Por consiguiente no propuse este paso drástico. Podría haber sido eficaz porque en el Kremlin tratábamos con hombres que se regían por cálculos en lugar de emociones. No tenían intención de dejar que el espíritu de Polonia volviera a alzarse en Varsovia. Sus planes se basaban en el Comité de Lublin. Ésa era la única Polonia que les importaba. Es posible que la interrupción de los convoyes en este momento decisivo de su gran avance hubiera sido tan importante para ellos como para las personas corrientes tener en cuenta conceptos tales como el honor, la humanidad y la buena fe. El gabinete de Guerra, como colectivo, envió a Stalin el siguiente telegrama. Era lo mejor que nos pareció prudente hacer:

> El gabinete de Guerra hace saber al gobierno soviético que la opinión pública de este país está profundamente conmovida por los acontecimientos de Varsovia y por el terrible sufrimiento de los polacos que viven allí. Dejando aparte si los comienzos del alzamiento estuvieron bien o mal no se puede hacer responsables a los habitantes de la decisión que se tomó. Nuestro pueblo no puede comprender por qué no se ha enviado desde el exterior ninguna ayuda material para los polacos de Varsovia. El hecho de que no se pueda enviar esta ayuda porque su gobierno se niega a permitir el aterrizaje de aviones estadounidenses en los aeródromos que se encuentran en poder de los rusos se está haciendo público. Si además de todo esto resulta que los polacos de Varsovia van a ser aplastados por los alemanes, como nos dicen que ocurrirá dentro de dos o tres días, la conmoción de la opinión pública será incalculable. […]
>
> Por consideración al mariscal Stalin y a los pueblos soviéticos, con los que esperamos poder colaborar en el futuro, el gabinete de Guerra me ha pedido que haga un nuevo llamamiento al gobierno soviético para que brinde la ayuda que pueda y, sobre todo, para que dé facilidades a los aviones estadounidenses para que aterricen en sus aeródromos con este fin.

El diez de septiembre, cuando los polacos ya llevaban seis semanas de tormento, el Kremlin pareció cambiar de táctica. Esa tarde los proyectiles de la artillería soviética comenzaron a caer sobre las afueras del este de Varsovia y volvieron a aparecer aviones soviéticos sobre la ciudad. Las fuerzas comunistas polacas, siguiendo órdenes de los soviéticos, llegaron hasta la periferia de la capital. A partir del catorce de septiembre la Fuerza Aérea soviética lanzó provisiones, pero la mayoría de los paracaídas no se abrían y muchas de las cajas se destrozaban y no servían para nada. Al día siguiente los rusos ocuparon el barrio de Praga pero no siguieron más allá. Querían que los polacos no comunistas quedaran totalmente destruidos pero al mismo tiempo mantener viva la idea de que iban a rescatarlos. Mientras tanto, casa por casa, los alemanes siguieron liquidando los centros de resistencia polacos en toda la ciudad. La población sufrió un terrible destino. Muchos de sus habitantes fueron deportados por los alemanes. Las peticiones del general Bor al comandante soviético, el mariscal Rokossovski, no obtuvieron ninguna respuesta. Imperaba el hambre.

Mis esfuerzos por conseguir ayuda estadounidense desembocaron en una única operación pero de gran magnitud. El dieciocho de septiembre volaron sobre la capital ciento cuatro bombarderos pesados arrojando provisiones pero era demasiado tarde. El dos de octubre por la noche vino Mikolajczyk para decirme que las fuerzas polacas

en Varsovia estaban a punto de rendirse a los alemanes. Captaron en Londres una de las últimas emisiones desde la heroica ciudad:

> Ésta es la cruda verdad. Nos han tratado peor que a los satélites de Hitler, peor que a Italia, Rumanía, Finlandia. Que juzgue Dios, que es justo, la tremenda injusticia que sufrió la nación polaca y que castigue a todos los culpables.
>
> Sus héroes son los soldados cuyas únicas armas contra los carros de combate, los aviones y los cañones fueron sus revólveres y las botellas llenas de gasolina. Sus héroes son las mujeres que atendieron a los heridos y llevaron mensajes bajo el fuego, que cocinaron en sótanos bombardeados y en ruinas para alimentar a niños y adultos, y que aliviaron y confortaron a los moribundos. Sus héroes son los niños que siguieron jugando calladamente entre las ruinas humeantes. Éste es el pueblo de Varsovia.
>
> Inmortal es la nación que puede lograr un heroísmo tan universal. Porque los que han muerto han vencido y los que viven seguirán luchando, seguirán venciendo y dando testimonio una vez más de que Polonia vive cuando los polacos viven.

Estas palabras son indelebles. La lucha en Varsovia había durado más de sesenta días. De los cuarenta mil hombres y mujeres del Ejército polaco clandestino murieron alrededor de quince mil. De una población de un millón de personas hubo casi doscientas mil bajas. Suprimir la revuelta le costó al Ejército alemán diez mil muertos, siete mil desaparecidos y nueve mil heridos. Las proporciones indican que la lucha se libró cuerpo a cuerpo.

Cuando los rusos entraron en la ciudad tres meses después no encontraron casi nada más que calles destrozadas y muertos insepultos. Así liberaron Polonia, donde gobiernan actualmente. Pero aquí no puede acabar la historia.

Capítulo XVI

BIRMANIA

Alcemos ahora el telón para ver una escena totalmente diferente en el sureste asiático. Durante más de dieciocho meses los japoneses habían dominado un amplio arco defensivo que abarcaba sus primeras conquistas y que se extendía desde las montañas cubiertas por la jungla del norte y el oeste de Birmania, donde nuestras tropas británicas e indias trababan combate con ellos cuerpo a cuerpo, atravesando el mar hasta las Andamán y las inmensas colonias holandesas de Sumatra y Java, y desde allí en una curva hacia el este siguiendo la hilera de islas menores hasta Nueva Guinea.

Los estadounidenses habían establecido una fuerza de bombarderos en China que estaba llevando a cabo un buen trabajo contra las rutas marítimas del enemigo entre el continente y las Filipinas. Querían ampliar este esfuerzo estableciendo una base para aviones de largo alcance en China para atacar al propio Japón. La carretera de Birmania estaba cortada, de modo que todos los suministros para ellos y para los ejércitos chinos se tenían que transportar en avión sobrevolando los picos meridionales del Himalaya, que ellos llamaban «el montículo». Era un trabajo tremendo. Puesto que los estadounidenses deseaban ayudar a China, no sólo mediante un transporte aéreo cada vez mayor sino también por tierra, hicieron grandes peticiones a Gran Bretaña y al imperio indio. Como si se tratase de una cuestión de la máxima urgencia e importancia insistieron en construir una carretera desde el extremo que ya existía en Ledo, a través de ochocientos kilómetros de junglas y montañas, hasta entrar en territorio chino. Sólo había una vía férrea de un metro de ancho y una sola línea entre Assam y Ledo, que ya se utilizaba de forma permanente para muchas otras cosas, incluido el aprovisionamiento de las tropas que defendían las posiciones fronterizas, pero a fin de construir la carretera hacia China los estadounidenses querían que reconquistáramos el norte de Birmania en primer lugar y de inmediato.

Claro que preferíamos mantener a China en la guerra y a las fuerzas aéreas actuando desde su territorio pero hacía falta cierto sentido de la proporción y estudiar alternativas. Me producía un intenso desagrado la perspectiva de emprender una campaña a gran escala en el norte de Birmania. No se podía elegir peor lugar para luchar contra los japoneses. Construir una carretera desde Ledo hacia China también era una tarea inmensa y laboriosa y era poco probable que estuviera concluida antes de que dejara de hacer falta. Pero aunque se acabara a tiempo para reabastecer a los ejércitos chinos mientras todavía seguían combatiendo no modificaría demasiado su capacidad de combate. Además, la necesidad de reforzar las bases aéreas

estadounidenses en China se reduciría también, en nuestra opinión, a medida que los avances aliados en el Pacífico y desde Australia nos proporcionaran aeródromos más próximos a Japón. Por ello considerábamos que no valía la pena destinar tantos recursos humanos ni material a ninguna de ambas cosas. Pero no logramos nunca alejar a los estadounidenses de su objetivo. Tienen una idiosincrasia nacional que hace que cuanto mayor sea la idea más empeño y obstinación ponen en llevarla a cabo. Una característica admirable siempre que la idea sea buena.

Evidentemente nosotros queríamos reconquistar Birmania pero no queríamos hacerlo mediante avances terrestres a partir de vías comunicaciones exiguas y a través del terreno de combate más difícil que uno se pueda imaginar. El sur de Birmania, con el puerto de Rangún, era mucho más valioso que el norte pero todo quedaba lejos de Japón. Yo quería, en cambio, contener a los japoneses en Birmania y penetrar a través del gran arco de islas que constituían el borde exterior de las colonias neerlandesas de Indonesia. De este modo todo el frente imperial indio británico avanzaría a través del golfo de Bengala para establecer un estrecho contacto con el enemigo utilizando su potencial anfibio en cada etapa. Pero continuó esta divergencia de opinión, aunque defendida con toda honestidad y discutida con total franqueza y con decisiones que se cumplieron fielmente. Hay que tener en cuenta estas circunstancias permanentes en lo que respecta a la geografía, los recursos limitados y las políticas enfrentadas para interpretar la historia de la campaña.

Comenzó en diciembre de 1943 cuando el general Stilwell, con dos divisiones chinas que había organizado y entrenado en la India, atravesó la divisoria de aguas desde Ledo para internarse en las junglas que estaban al pie de las principales cadenas montañosas. Le hizo frente la famosa 18.ª División japonesa pero siguió adelante sin parar y a principios de enero había penetrado más de sesenta kilómetros mientras los que construían la carretera se afanaban detrás. En el sur, un cuerpo británico comenzó a descender por la costa de Arakán, en el golfo de Bengala, y al mismo tiempo, con la ayuda de los Spitfire recién llegados, conseguimos un nivel de superioridad aérea que poco después resultó inestimable.

En febrero nuestro avance se interrumpió de repente. Los japoneses también tenían un plan. Desde noviembre habían incrementado su fuerza en Birmania, pasando de cinco divisiones a ocho, y entonces se proponían invadir el este de la India e izar la bandera de la rebelión contra los británicos. El primer ataque fue una contraofensiva en el Arakán hacia el puerto de Chittagong, al que dirigiríamos nuestras reservas y nuestra atención. Mientras mantenían a nuestra 5.ª División en posición frontal a la costa pasaron la mayor parte de una división a través de la jungla rodeando el flanco de la 7.ª División que se encontraba más hacia el interior. En pocos días estuvo rodeada y el enemigo amenazaba con cortar la carretera de la costa

detrás de la 5.ª División. Realmente esperaban que ambas divisiones se retiraran pero no habían tenido en cuenta un factor: el suministro por aire. La 7.ª División se agrupó en perímetros, no cedió terreno y resolvió la situación luchando. Durante dos semanas recibieron alimentos, agua y municiones caídos del cielo como el maná. El enemigo no contaba con un servicio semejante; sólo tenían provisiones para diez días y la obstinación de la 7.ª División impidió que les llegaran más. Al no poder vencer a nuestras tropas de avanzadilla, y presionados desde el norte por una división que trajimos de la reserva, se dividieron en grupos pequeños para regresar a la jungla dejando atrás cinco mil muertos. Así acabó la leyenda de que los japoneses eran invencibles en la jungla.

Pero esto no fue todo. Ese mismo mes de febrero de 1944 hubo signos evidentes de que también atacarían nuestro frente central en Imphal. Nosotros mismos nos preparábamos para avanzar hasta el río Chindwin, y los ahora famosos «Chindits»[52] estaban dispuestos para lanzar un golpe osado contra las líneas de suministro del enemigo y sus comunicaciones, en particular las de la división japonesa de la que Stilwell estaba muy cerca. Aunque era evidente que los japoneses conseguirían atacar primero se decidió que las brigadas de Wingate siguieran adelante con su misión. Una de sus brigadas ya había partido el cinco de febrero. Recorrieron más de setecientos kilómetros de montaña y jungla recibiendo suministros exclusivamente por aire. El cinco de marzo, con el apoyo de un «comando aéreo» estadounidense compuesto por doscientos cincuenta aparatos, comenzaron a incorporarse otras dos brigadas de tropas británicas y gurkas. Después de concentrarse en el punto de reunión emprendieron la marcha y cortaron la línea férrea al norte de Indaw[53]. Wingate no vivió mucho tiempo para disfrutar de este primer éxito ni para cosechar sus frutos. El veinticuatro de marzo, para gran disgusto mío, lo mataron en el aire. Con él se apagó una llama resplandeciente.

El principal ataque del enemigo cayó, como lo esperábamos, sobre nuestro frente central. El ocho de marzo nos atacaron tres divisiones japonesas. El general Scoones retiró su IV Cuerpo, también compuesto por tres divisiones, a la meseta de Imphal para luchar concentrados en un terreno de su propia elección. Los japoneses repitieron la táctica que habían utilizado en el Arakán con escasa fortuna. Contaban con capturar las provisiones que teníamos en Imphal para alimentarse. Tenían la intención de cortar tanto la carretera a Dimapur como el ferrocarril para interrumpir así la ruta de suministro que mantenía a la fuerza de Stilwell y el transporte aéreo a China. Había en juego cuestiones importantes.

La clave volvían a ser los aviones de transporte. Los recursos de Mountbatten, aunque considerables, no eran suficientes. Quería conservar veinte aviones estadounidenses que ya le había sustraído al tráfico del «montículo» y pedía setenta más, un pedido difícil de hacer o de satisfacer. Durante las intranquilas semanas que

siguieron le di todo el apoyo que pude. Interrumpimos nuestras operaciones en la costa de Arakán, retiramos las divisiones indias victoriosas y las enviamos por avión a ayudarlo. La 5.ª fue a Imphal, donde el enemigo presionaba con fuerza sobre la periferia de la llanura por tres lados, y la 7.ª a Dimapur. Hasta allí llegó también por tren el cuartel general del XXXII Cuerpo del general Stopford junto con una división británica y dos brigadas más. El camino a través de las montañas estaba cortado y estas nuevas fuerzas comenzaron a abrirse camino hacia arriba luchando.

Entre ellas e Imphal estaba la ciudad de Kohima, junto a la carretera, que dominaba el paso al valle de Assam, donde el cuatro de abril los japoneses lanzaron otro violento ataque para el que emplearon toda una división. Constituían nuestra guarnición un batallón del Royal West Kent, un batallón nepalí y un batallón de los Fusileros de Assam con todos los hombres capaces de portar un arma, incluso los convalecientes que estaban en el hospital. Poco a poco los fueron obligando a retroceder hacia una zona cada vez más reducida y finalmente a una sola colina. No tenían más provisiones que las que les arrojábamos en paracaídas. Atacados por todos lados resistieron con tenacidad, apoyados por bombardeos y disparos desde el aire, hasta que los relevó el general Stopford el día veinte. Murieron cuatro mil japoneses. La valiente defensa de Kohima, contra enormes dificultades, fue un episodio magnífico.

El momento culminante llegó en mayo de 1944. Sesenta mil soldados británicos e indios, con todo su moderno equipo, estaban confinados en un círculo en la llanura de Imphal. Percibía la tensión en medio de todo lo demás. Todo dependía de los aviones de transporte. Partiendo del principio de que «nada importa más que la batalla» utilicé mi autoridad. El día cuatro telegrafié al almirante Mountbatten:

«No permita que le falte a la batalla nada de lo que necesite para obtener la victoria. No voy a aceptar que nadie se oponga a esto, en ningún ámbito, y lo respaldaré en todo». Al final, todas sus necesidades quedaron satisfechas pero durante más de un mes la situación fue sumamente tensa. Pese al predominio de nuestra fuerza aérea el monzón obstaculizaba el suministro aéreo, del que dependía nuestro éxito. Las cuatro divisiones del IV Cuerpo empujaban lentamente para salir de su encierro. A lo largo de la carretera de Kohima la fuerza de relevo y la sitiada luchaban para poder acercarse entre sí. Era una carrera contra el tiempo. Observábamos su avance con gran tensión. El veintidós de junio telegrafié a Mountbatten:

> Los jefes del Estado Mayor han manifestado su preocupación por la situación en Imphal, sobre todo con respecto a las reservas de suministros y municiones. Está usted en todo su derecho de pedir todos los aviones necesarios para mantener la situación, ya sea que procedan del «montículo» o de cualquier otro sitio. El «montículo» se debe considerar la reserva actual a la que se puede recurrir cuando sea necesario.

> […] Si no hace sus pedidos a tiempo, invocándome, si hace falta, para que lo ayude desde aquí no servirá de nada quejarse después si las cosas salen mal. Quiero que esté pendiente de esta misión, que me parece seria y decisiva al mismo tiempo. Mis mejores deseos.

La apoteosis se produjo mientras este mensaje estaba en camino. Cito su informe:

> En la tercera semana de junio la situación era crítica y parecía que, después de todos los esfuerzos de los dos últimos meses, a principios de julio el IV Cuerpo finalmente se quedaría sin reservas. Pero el veintidós de junio, cuando todavía faltaba una semana y media, la 2.ª División británica y la 5.ª india se unieron en un punto situado treinta y dos kilómetros al norte de Imphal y la carretera hacia la llanura quedó despejada. Ese mismo día comenzaron a entrar los convoyes.

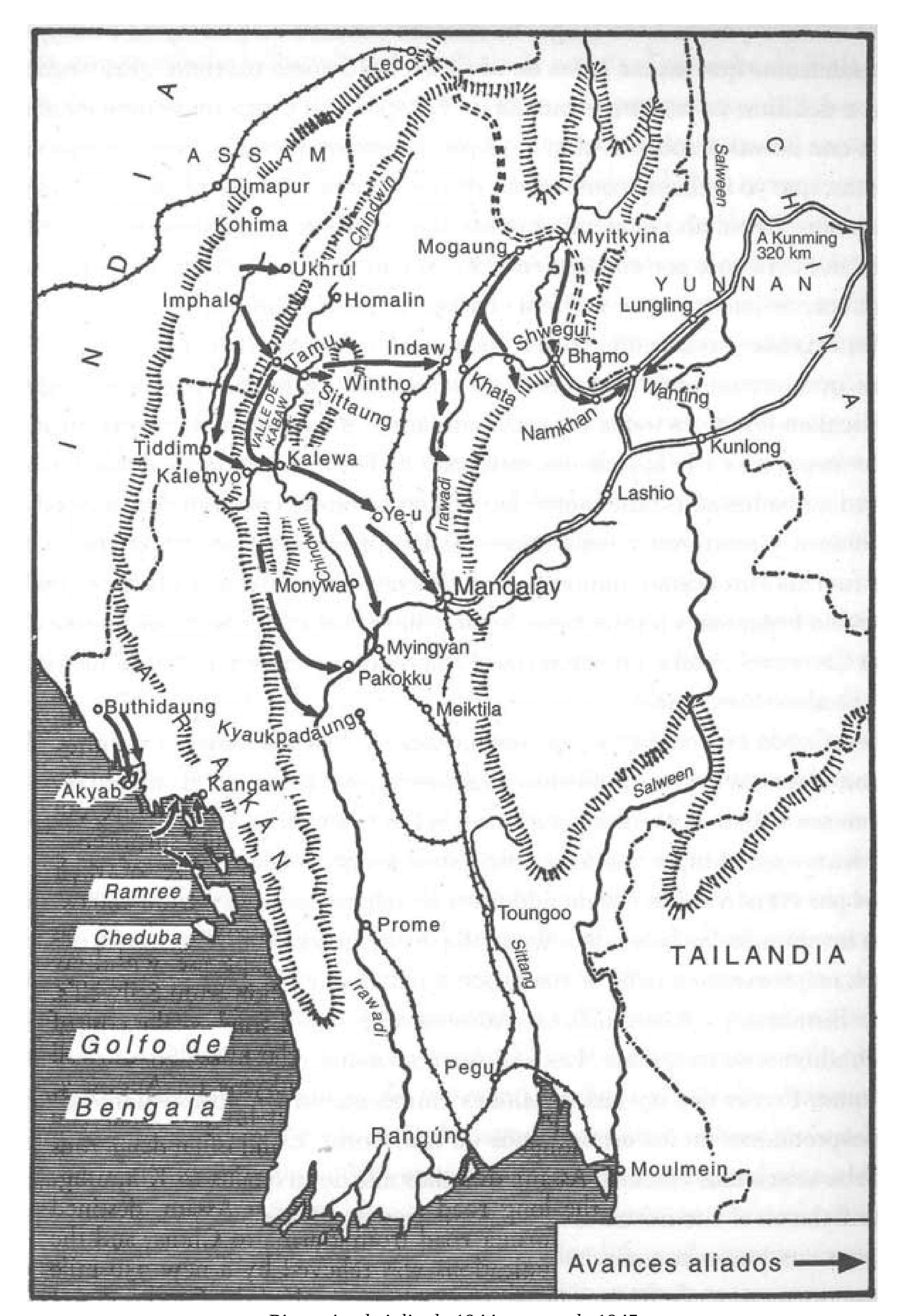
Así acabó la invasión japonesa a la India. Sus pérdidas habían sido enormes. Se contaron más de trece mil muertos en los campos de batalla y, teniendo en cuenta los que murieron por heridas, enfermedad o hambre, el total ascendió según los cálculos de los japoneses a sesenta y cinco mil hombres.

El monzón, que entonces se encontraba en su apogeo, en años anteriores había paralizado todas las operaciones en marcha y sin duda el enemigo contaba con una pausa durante la que pudieran renovar y reconstruir sus fuerzas destrozadas pero no tuvieron ese respiro. Emprendió la ofensiva el Decimocuarto Ejército indio británico bajo las órdenes eficaces y contundentes del general Slim. A lo largo de todos los caminos de montaña encontraron pruebas del desastre: grandes cantidades de cañones, transportes y equipo abandonados; miles de muertos o moribundos. El avance, que se calculaba en kilómetros por día, era muy lento. Pero nuestros hombres luchaban bajo la lluvia tropical calados hasta los huesos de día y de noche. Los llamados caminos eran en su mayor parte pistas de tierra cuando hacía buen tiempo pero entonces se convertían en auténticos lodazales a través de los cuales a menudo había que desplazar a pulso los cañones y los vehículos. Lo sorprendente no era la lentitud del avance sino el hecho de que se avanzara.

Mientras tanto los Chindits habían recibido refuerzos y cinco de sus brigadas avanzaban hacia el norte siguiendo la línea férrea desde Indaw para impedir el paso de refuerzos y destruyendo depósitos a medida que avanzaban. A pesar de los estragos que causaron los japoneses no retiraron nada del frente de Imphal, salvo un batallón de la fuerza de Stilwell. Trajeron de Tailandia a su 53.ª División y trataron de sofocar el problema a costa de más de cinco mil cuatrocientos muertos pero sin éxito. Stilwell siguió avanzando sin parar y capturó Myitkyina el tres de agosto con lo que proporcionó una escala para el transporte aéreo estadounidense hacia China. El tráfico del «montículo» ya no tenía que hacer el vuelo directo, y a menudo peligroso, desde el norte de Assam pasando encima de las grandes montañas hasta Kunming. Continuaron los trabajos en la larga carretera desde el norte de Assam, destinada posteriormente a conectarse con la antigua carretera de Birmania a China, y se eliminó la presión sobre las vías de comunicación de retaguardia gracias al nuevo

oleoducto de mil doscientos kilómetros que se extendió desde Calcuta y que cubría una distancia superior a la del famoso oleoducto del desierto desde Irak hasta Haifa.

En esta coyuntura yo celebraba una conferencia con el presidente en Quebec y, a pesar de estos éxitos, seguí insistiendo en que no era nada conveniente seguir combatiendo en la jungla por tiempo indeterminado. Yo quería lanzar un ataque anfibio a través del golfo de Bengala sobre Rangún en el extremo meridional de la parte continental del país. Si bajaba el Decimocuarto Ejército desde el centro de Birmania podíamos prepararlo todo para atacar Sumatra. Pero para todos estos proyectos hacían falta hombres y material y ninguno de ellos abundaba en el sureste asiático. Sólo podían proceder de Europa. Habría que utilizar las lanchas de desembarco del Mediterráneo o bien las de «Overlord», y las tropas de Italia y de donde fuera, pero tendrían que partir en seguida. Ya estábamos en septiembre. Rangún está situado a sesenta y cinco kilómetros hacia el interior de un tortuoso estuario, complicado por contracorrientes y bancos de fango. El monzón comienza a principios de mayo; por tanto tendríamos que atacar antes de abril de 1945 como máximo. ¿Era seguro comenzar a debilitar ya nuestra campaña en Europa? Los estadounidenses estaban de acuerdo con nosotros sobre el plan de Rangún pero se desvanecieron las esperanzas optimistas, que yo no había compartido, de que Alemania se desplomaría antes de finales de año. Resultaba evidente que los alemanes seguirían resistiendo durante y después del invierno, por consiguiente Mountbatten recibió instrucciones, y no por primera vez, de hacer lo que pudiera con los medios a su alcance.



Birmania, de julio de 1944 a enero de 1945

Así seguimos avanzando poco a poco en el mayor combate terrestre con los japoneses que habíamos tenido hasta ese momento. La buena disciplina higiénica que aplicaban entonces todas nuestras unidades, el uso de un nuevo medicamento llamado

mepacrina y la aplicación constante de DDT mantuvieron el índice de enfermedad a niveles admirablemente bajos. Los japoneses no eran versados en estas precauciones y murieron a centenares. El Decimocuarto Ejército se dio la mano con las fuerzas chinoestadounidenses procedentes del norte, que entonces incluían una división británica, y a principios de diciembre, con dos cabezas de puente al otro lado del Chindwin, estaba preparado para emprender el principal avance hacia la llanura central de Birmania.

Desafiando la cronología continuemos aquí la historia hasta su victorioso final. Surgieron entonces graves problemas administrativos. Lejos, en el sureste de China, los japoneses habían comenzado a avanzar sobre Chongqing, la capital del generalísimo, y Kunming, el lugar donde se entregaban los productos estadounidenses transportados por vía aérea. Los estadounidenses se tomaron la situación con seriedad. Les estaban invadiendo las bases de avanzadilla de su fuerza aérea. Las tropas de Chiang Kai-chek no prometían mucho de modo que solicitaron dos de las divisiones chinas del norte de Birmania y también más escuadrones aéreos estadounidenses, en particular tres escuadrones de transporte. Las noticias eran malas pero no tuvimos más remedio que aceptar. Perder dos buenas divisiones chinas no era un inconveniente tan grave como desprenderse de los escuadrones de transporte. El Decimocuarto Ejército se encontraba seiscientos cincuenta kilómetros más allá de su cabeza de línea y el general Slim confiaba en el suministro aéreo para apoyar la endeble comunicación por carretera. Los escuadrones se tuvieron que marchar y, aunque fueron sustituidos más tarde, en su mayor parte de fuentes británicas, su ausencia provocó un grave retraso de la campaña. A pesar de todo esto el Decimocuarto Ejército salió de las colinas a la llanura, al noroeste de Mandalay, y a finales de enero de 1945 el general Sultán, que había reemplazado a Stilwell, reabrió la ruta terrestre a China.

El almirante Mountbatten tuvo que tomar difíciles decisiones estratégicas cuando comenzó la batalla decisiva a través del río Irawadi el mes siguiente. Tenía instrucciones de liberar Birmania, para lo cual no podía esperar mayores recursos que los que ya poseía, y después ocupar Malasia y abrir el estrecho de Malaca. Pero todo dependía de las condiciones meteorológicas. Lo primero que había que hacer era ocupar la llanura central de Birmania y capturar Rangún antes del monzón, que comenzaba a principios de mayo. Tenía la posibilidad de concentrar todo el Decimocuarto Ejército en una batalla decisiva en la llanura de Mandalay y emprender un rápido avance hacia el sur o bien podía destinar parte de sus tropas a una operación anfibia contra Rangún. En cualquiera de los dos casos dependía mucho del suministro aéreo, para lo cual los aviones estadounidenses desempeñaban un papel fundamental. La ayuda a China seguía siendo primordial para la política estadounidense, de modo que podían pedirle más aviones, lo que le arruinaría los

planes. Ante estos peligros, que pronto se agudizarían, Mountbatten se decidió por una operación única, con pleno apoyo, contra la principal concentración del enemigo al oeste de Mandalay y un posterior avance sobre Rangún adonde, ya le habían advertido, se podría llegar antes del quince de abril.

A partir de entonces los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Una de sus divisiones ya se había apoderado de cabezas de puente al otro lado del Irawadi, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Mandalay, y durante todo el mes de febrero rechazaron una serie de feroces contraataques. El doce de febrero cruzó el río la 20.ª División, más abajo y al oeste de Mandalay. Durante quince días combatieron con tesón para defender lo conquistado pero para entonces ya se les había incorporado la 22.ª División británica. Esto convenció al Alto Mando japonés de que se avecinaba una batalla decisiva de modo que enviaron grandes refuerzos. No creían que también fuera posible un ataque serio por el flanco e incluso despacharon a Tailandia una división de la que mal podían prescindir. Sin embargo éste fue precisamente el golpe que tenía preparado el general Slim. El trece de febrero la 7.ª División cruzó el Irawadi al sur de Pakokku y estableció una cabeza de puente. El enemigo pensó que estaban tratando de distraerlos pero pronto averiguaron la verdad. El día veintiuno dos brigadas motorizadas de la 17.ª División y una brigada de carros de combate salieron de la cabeza de puente y llegaron a Meiktila el día veintiocho. Allí se encontraba el gran centro administrativo del principal frente japonés, un punto clave para sus comunicaciones y el centro de varios aeródromos. Estaba muy bien defendido y el enemigo envió inmediatamente dos divisiones para apoyar a la guarnición, aunque se mantuvieron alejadas hasta que llegaron nuestros refuerzos. Al cabo de una semana de implacables combates la ciudad cayó en nuestro poder y todos los intentos por recuperarla fueron repelidos. Los japoneses reconocen que perdieron cinco mil hombres y que sufrieron la misma cantidad de heridos en una batalla que su comandante en jefe describió posteriormente como «el golpe maestro de la estrategia aliada».

Más al noreste el general Sultán también estaba en marcha y a mediados de marzo había llegado a la carretera que une Lashio con Mandalay. Pero entonces Chiang Kai-chek exigió que se detuvieran; no quería permitir que sus divisiones chinas siguieran adelante. Insistía en retirarlas y sugirió que el general Slim frenara su avance después de tomar Mandalay, que era precisamente lo que Mountbatten temía cuando elaboró sus planes, un mes antes, y mientras tanto los japoneses pudieron retirar dos de sus tres divisiones de este frente para enviarlas contra nuestro Decimocuarto Ejército.

Las batallas conjuntas de Mandalay y Meiktila se prolongaron durante marzo. Entraron en Mandalay el día nueve; la colina de Mandalay, que sobresalía algo más de doscientos metros del terreno que la rodeaba, fue tomada en dos días pero los japoneses resistieron con energía y las inmensas murallas del fuerte Dufferin

resultaron impenetrables para los proyectiles corrientes. Finalmente se abrió una brecha con bombas de casi mil kilos y el día veinte el enemigo huyó. Mientras tanto el resto del XXXIII Cuerpo siguió luchando hasta Meiktila. Encontraron mucha oposición porque, a pesar de la intervención de la 17.ª División detrás de su frente, el comandante en jefe japonés seguía sin dar la menor señal de retirarse y los ejércitos eran bastante parejos. Pero a finales de mes el enemigo abandonó la lucha y comenzó a retroceder por la carretera principal en dirección a Toungoo y Rangún y a través de las montañas hacia el este.

Sin embargo las batallas habían durado mucho más de lo previsto. El general Sultán quedó detenido en la carretera de Lashio y ya no había ninguna posibilidad de que el Decimocuarto Ejército llegara a Rangún antes de mediados de abril. En realidad era bastante improbable que llegaran allí antes del monzón. Por consiguiente Mountbatten decidió realizar un ataque anfibio contra la ciudad de todos modos, de una magnitud menor de la que esperábamos y que incluso así no podría comenzar antes de la primera semana de mayo. Pero entonces podía ser demasiado tarde.

No obstante el general Slim estaba decidido no sólo a llegar hasta Rangún sino a tender una doble red por el sur de Birmania y atrapar dentro al enemigo. Para ello el XXXIII Cuerpo procedente de Meiktila descendió a lo largo del Irawadi con ofensivas superpuestas y llegó a Prome el dos de mayo. El IV Cuerpo, vencedor en Imphal y Mandalay, avanzó todavía con mayor rapidez a lo largo de la carretera y la línea férrea hacia el este. Una columna blindada y las brigadas mecanizadas de la 5.ª y la 17.ª División, saltando la una por encima de la otra, llegaron a Toungoo el veintidós de abril. El salto siguiente fue hasta Pegu, cuya captura cortaría el camino de salida más meridional del enemigo desde el sur de Birmania. Nuestras tropas de avanzadilla llegaron hasta allí el veintinueve de abril. Esa tarde cayó una lluvia torrencial que presagiaba un monzón prematuro. Las pistas de aterrizaje de vanguardia quedaron inutilizadas y los carros de combate y los vehículos no podían salir de las carreteras. Los japoneses agruparon a todos los hombres que pudieron para defender la ciudad y los puentes sobre el río. Finalmente el dos de mayo pudo pasar la 17.ª División y, con la esperanza de llegar la primera a Rangún, se dispuso a recorrer los pocos kilómetros que faltaban.

Pero el dos de mayo también era el día D del ataque anfibio. Antes de eso, durante dos días, los bombarderos pesados de los aliados atacaron las defensas que impedían la entrada al río Rangún. El uno de mayo se arrojó sobre los defensores un batallón de paracaidistas y el canal quedó abierto para dragar las minas. Al día siguiente los barcos de la 26.ª División, con el apoyo del 224 Grupo de la Fuerza Aérea británica, llegaron hasta la desembocadura del río. Un avión Mosquito voló sobre Rangún sin ver rastros del enemigo y aterrizó en un aeródromo cercano; la tripulación entró a pie en la ciudad donde los recibieron gran cantidad de prisioneros

de guerra nuestros. Creyendo que ya no había ninguna probabilidad de un ataque anfibio la guarnición japonesa se había marchado unos días antes para defender Pegu. Esa tarde comenzó el monzón con toda su violencia y Rangún cayó pocas horas antes.

La fuerza anfibia subió en seguida hasta Pegu y después a Prome. Muchos miles de japoneses quedaron atrapados y durante los tres meses siguientes murieron gran cantidad de ellos cuando intentaban huir hacia el este. Así acabó una larga lucha en la que el Decimocuarto Ejército luchó con valor, superó todos los obstáculos y alcanzó lo que parecía imposible.

Capítulo XVII

LA BATALLA DEL GOLFO DE LEYTE

La guerra contra Japón en el mar también había alcanzado el punto culminante. Desde el golfo de Bengala hasta el Pacífico central el poder marítimo aliado iba en aumento. La organización y la producción de Estados Unidos iban a toda marcha y habían alcanzado unas proporciones increíbles. Un solo ejemplo puede bastar para ilustrar la dimensión y el éxito del esfuerzo estadounidense. En el otoño de 1942 los estadounidenses sólo disponían de tres portaaviones; un año después había cincuenta y al final de la guerra más de un centenar. Se equiparó a este logro un incremento en la producción de aviones no menos notable. El desarrollo de estas grandes fuerzas se vio animado por una estrategia agresiva y una táctica compleja, innovadora y eficaz. Se enfrentaban a una tarea formidable.

Desde Japón hacia el sur, a través del Pacífico, se extiende una cadena de grupos de islas de casi tres mil doscientos kilómetros de largo que llega hasta las Marianas y las Carolinas. El enemigo había fortificado muchas de estas islas y las había equipado con buenos aeródromos; en el extremo más meridional de la cadena se encontraba la base naval japonesa de Truk. Detrás de este escudo de archipiélagos estaban Formosa, Filipinas y China, y cobijadas por él estaban las rutas de suministro para las posiciones más avanzadas del enemigo de modo que era imposible invadir o bombardear el propio Japón. Primero había que romper la cadena. Llevaría mucho tiempo conquistar y someter cada isla fortificada de modo que los estadounidenses habían avanzado a saltos: se apoderaban sólo de las islas más importantes y se saltaban las demás; pero su poderío marítimo ya era tan grande y crecía tan deprisa que pudieron establecer sus propias líneas de comunicación y romper las del enemigo dejando inmovilizados e impotentes a los defensores de las islas que habían pasado por alto. Su método de ataque también tuvo éxito. Primero los debilitaban atacándolos con los aviones de los portaaviones; después venía un bombardeo pesado y a veces prolongado desde el mar y, por último, los desembarcos anfibios y los combates en tierra. Después de conquistar y guarnecer cada isla entraban los aviones con base en tierra que rechazaban los contraataques y, al mismo tiempo, colaboraban en la siguiente oleada hacia delante. Las flotas actuaban de forma escalonada: mientras un grupo libraba una batalla otro se preparaba para dar un nuevo salto. Pero hacían falta muchísimos recursos, no sólo para combatir sino también para establecer bases a lo largo de la línea de avanzadilla. Los estadounidenses se lo tomaron con calma.

En junio de 1944 la ofensiva estadounidense sobre dos flancos a través del Pacífico estaba muy adelantada. En el suroeste el general MacArthur casi había acabado de conquistar Nueva Guinea, y en el centro el almirante Nimitz presionaba con intensidad sobre la cadena de islas fortificadas. Los dos convergían en Filipinas y la lucha por esta región no tardaría en acarrear la destrucción de la flota japonesa, que ya estaba muy debilitada y no disponía de demasiados portaaviones; pero la única esperanza que tenía Japón de sobrevivir residía en la victoria en el mar. Para conservar sus efectivos contra este riesgo vital aunque peligroso habían retirado de Truk la parte principal, que estaba repartida entre las colonias neerlandesas de Indonesia y sus aguas territoriales; pero los acontecimientos la obligaron en seguida a intervenir en la batalla. A comienzos de junio el almirante Spruance atacó las Marianas con sus portaaviones y el día quince desembarcó en la isla fortificada de Saipan. Si se apoderaba de Saipan y las islas adyacentes de Tinian y Guam destruiría el perímetro de defensa del enemigo. La amenaza era formidable y la flota japonesa decidió intervenir. Ese día fueron avistados cinco de sus acorazados y nueve portaaviones cerca de Filipinas dirigiéndose hacia el este. Spruance contó con tiempo suficiente para hacer sus planes. Su objetivo fundamental era proteger el desembarco en Saipan y lo consiguió; incluso reunió a sus barcos, quince de los cuales eran portaaviones, y esperó al enemigo al oeste de la isla. El diecinueve de junio los aviones japoneses de los portaaviones atacaron a la flota estadounidense de portaaviones desde todas las direcciones y los combates aéreos se prolongaron durante todo el día. Los estadounidenses casi no sufrieron daños pero los escuadrones aéreos japoneses quedaron tan destrozados que sus portaaviones tuvieron que retirarse.

Esa noche Spruance buscó en vano al enemigo que se había esfumado. A última hora de la tarde del veinte los encontró a unos cuatrocientos kilómetros de distancia. La aviación estadounidense atacó justo antes de la puesta del sol, hundió un portaaviones y averió otros cuatro, además de un acorazado y un crucero pesado. El día anterior los submarinos estadounidenses habían hundido otros dos grandes portaaviones. Ya no era posible seguir atacando y los restos de la flota enemiga lograron escapar, pero su partida decidió el destino de Saipan. Aunque la guarnición luchó mucho continuaron los desembarcos, aumentó la concentración y el nueve de julio cesó toda resistencia organizada. Se conquistaron las islas vecinas de Guam y Tinian y los primeros días de agosto los estadounidenses acabaron de apoderarse de las islas Marianas.

La caída de Saipan causó una conmoción enorme en el Alto Mando japonés y fue la causa indirecta de la destitución del gobierno del general Tojo. El enemigo tenía sobrados motivos para estar preocupado porque la fortaleza se encontraba a poco más

de dos mil kilómetros de Tokio. Antes creían que era inexpugnable y ahora había desaparecido. Las regiones defensivas del sur quedaron aisladas y los bombarderos pesados estadounidenses consiguieron una base de primera para atacar el propio Japón. Los submarinos estadounidenses llevaban mucho tiempo hundiendo buques mercantes japoneses a lo largo de la costa china y ahora quedaba despejado el camino para que se sumaran al ataque otros buques de guerra. Si los estadounidenses seguían avanzando se cortaría el suministro de petróleo y materias primas de Japón. La flota japonesa seguía siendo poderosa pero no estaba bien equilibrada, y le faltaban tantos destructores, portaaviones y tripulación aérea que ya no podía combatir con eficacia sin aviones con base en tierra. El combustible escaseaba, lo que no sólo dificultaba el entrenamiento sino que hacía que fuera imposible mantener los barcos concentrados en un lugar, de modo que a finales del verano la mayoría de los barcos y los cruceros pesados estaban fondeados cerca de Singapur y del suministro de petróleo de las colonias neerlandesas de Indonesia, mientras que los pocos portaaviones que quedaban permanecían en aguas territoriales donde sus nuevos grupos aéreos finalizaban su entrenamiento.

La situación del Ejército japonés no era mucho mejor. Aunque todavía eran fuertes en número de hombres éstos estaban desparramados por China y el sureste asiático o languidecían en islas remotas, fuera del alcance de todo apoyo. Los líderes japoneses más sensatos comenzaron a buscar alguna forma de poner fin a la guerra pero su maquinaria militar era demasiado fuerte para ellos. El alto mando envió refuerzos desde Manchuria y ordenó luchar hasta el final, tanto en Formosa como en las Filipinas. Allí, y también en Japón, las tropas estaban dispuestas a luchar hasta morir. El Almirantazgo japonés no estaba menos decidido. Si perdían la batalla inminente por las islas dejarían de recibir petróleo de las colonias neerlandesas de Indonesia. No tenía ningún sentido, decían, mantener los barcos si no tenían combustible. Preparados para el sacrificio, aunque con esperanzas de obtener la victoria, en agosto decidieron lanzar toda la flota a la batalla.

El quince de septiembre los estadounidenses hicieron otro avance. El general MacArthur tomó la isla de Morotai, situada a mitad de camino entre el extremo occidental de Nueva Guinea y las Filipinas, y el almirante Halsey, que había asumido el mando de las fuerzas navales estadounidenses, capturó una base avanzada para su flota en el archipiélago de las Palau. Estos movimientos simultáneos tuvieron gran importancia. Al mismo tiempo, Halsey ponía a prueba constantemente las defensas del enemigo con todo su poderío. De este modo esperaba provocar una reacción general en el mar que le permitiera destruir la flota japonesa, sobre todo los portaaviones que les quedaban. El paso siguiente sería en las propias Filipinas, donde se produjo entonces un cambio de enorme magnitud en el plan estadounidense. Hasta entonces nuestros aliados tenían previsto invadir la parte más meridional de las

Filipinas, la isla de Mindanao, y los aviones procedentes de los portaaviones de Halsey ya habían atacado los aeródromos japoneses, tanto allí como en la gran isla de Luzón en el norte. Destruyeron gran cantidad de aviones enemigos y, en el fragor de la batalla, descubrieron la inesperada debilidad de la guarnición japonesa de Leyte. Esta pequeña isla que se ha hecho famosa, situada entre las islas de Mindanao y Luzón, más grandes pero de menor importancia estratégica, se convirtió en el punto evidente para el ataque estadounidense. El trece de septiembre, mientras los aliados seguían en la conferencia de Quebec, el almirante Nimitz, siguiendo la sugerencia de Halsey, instó a su inmediata invasión. MacArthur estuvo de acuerdo y en dos días los jefes del Estado Mayor estadounidense resolvieron atacar el veinte de octubre, dos meses antes de lo previsto. Tal fue la génesis de la batalla del golfo de Leyte.

Los estadounidenses comenzaron la campaña el diez de octubre atacando los aeródromos comprendidos entre Japón y las Filipinas. Los ataques devastadores y reiterados sobre Formosa provocaron una violenta resistencia, y desde el doce hasta el dieciséis se produjo una batalla aérea dura y sostenida entre los aviones transportados por barco y los que tenían su base en tierra. Los estadounidenses infligieron enormes pérdidas tanto en el aire como en tierra sufriendo pocas bajas, y su flota de portaaviones resistió el poderoso ataque aéreo desde las bases de tierra. El resultado fue decisivo. La fuerza aérea del enemigo se desmoronó antes de unirse a la batalla de Leyte. Numerosos aviones navales japoneses destinados a los portaaviones de su flota se enviaron sin pensar a Formosa, como refuerzos, y allí fueron destruidos. De modo que en la batalla naval suprema, entonces inminente, los portaaviones japoneses eran tripulados por apenas un centenar de pilotos que tenían un entrenamiento insuficiente.

Para comprender los combates que siguieron hay que estudiar los mapas adjuntos. Las dos islas grandes de las Filipinas, Luzón en el norte y Mindanao en el sur, están separadas por un conjunto de islas más pequeñas, cuya clave y centro es Leyte. Atraviesan este conjunto central dos estrechos navegables, ambos destinados a dominar esta famosa batalla. El del norte se llama San Bernardino y, unos trescientos kilómetros al sur de éste, en el camino directo hacia Leyte se encuentra el estrecho de Surigao. Como hemos visto, los estadounidenses pretendían apoderarse de Leyte y los japoneses estaban decididos a impedírselo y a destruir su flota. El plan era sencillo y desesperado. Cuatro divisiones al mando del general MacArthur desembarcarían en Leyte, protegidas por los cañones y los aviones de la flota estadounidense; esto era todo lo que sabían o suponían. El primer paso consistía en desviar esta flota, atraerla hacia el norte y librar con ella una batalla secundaria. Pero esto no eran más que los preliminares. En cuanto se hubiese desviado la flota principal dos fuertes columnas de buques de guerra atravesarían los dos estrechos,

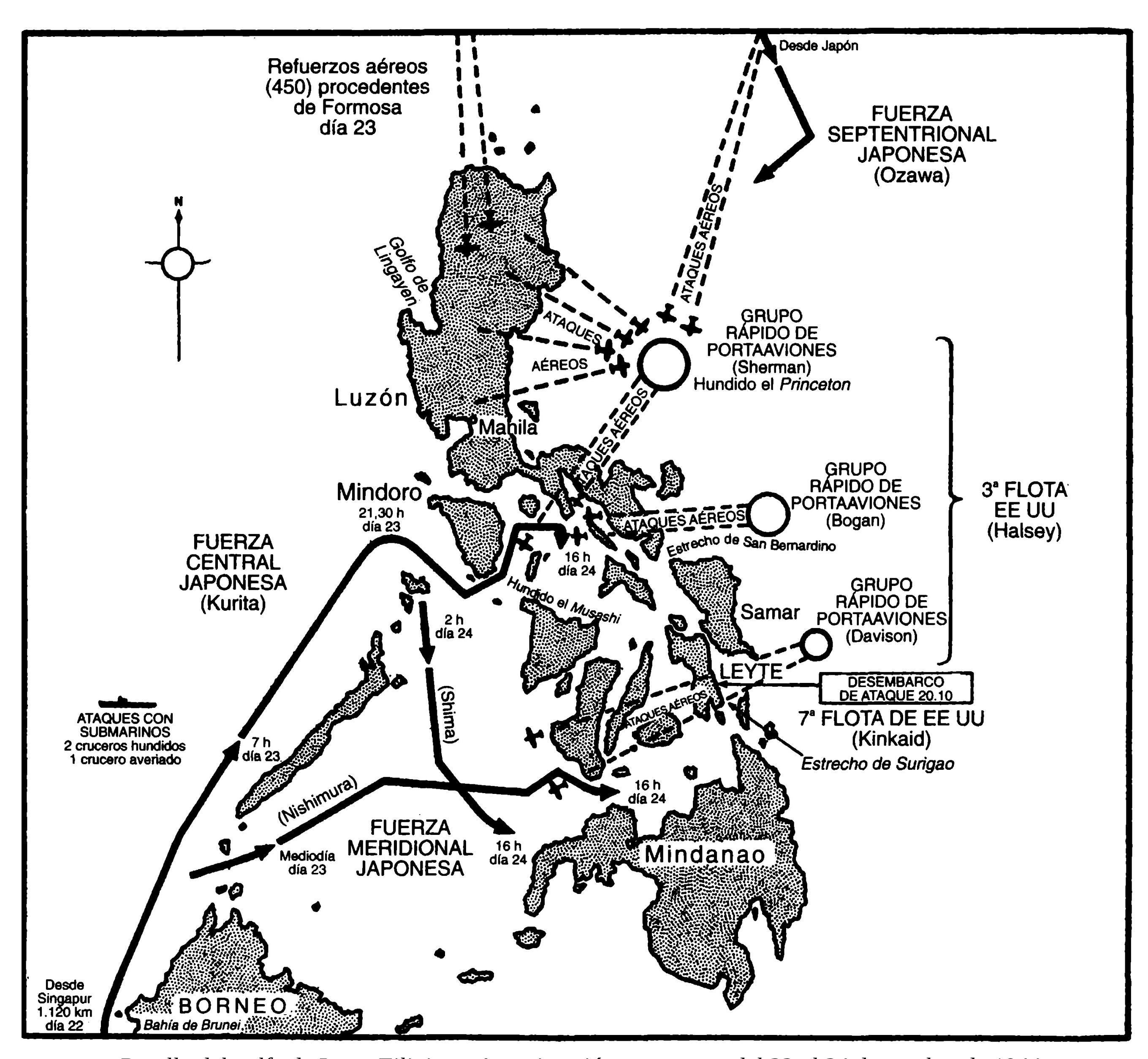
una el de San Bernardino y la otra el de Surigao, y convergerían en los lugares de desembarco. Todas las miradas estarían concentradas en las orillas de Leyte, todos los cañones apuntando a las playas, y los barcos pesados y los grandes portaaviones, que eran los únicos capaces de resistir el asalto, estarían persiguiendo más al norte a la fuerza que servía de señuelo. El plan no tuvo éxito por muy poco.

El diecisiete de octubre el comandante en jefe japonés ordenó a su flota que se hiciese a la mar. La fuerza que hacía de señuelo, al mando del almirante Ozawa, el comandante supremo, zarpó directamente desde Japón y puso rumbo a Luzón. Era una fuerza mixta compuesta por portaaviones, acorazados, cruceros y destructores. La misión de Ozawa era aparecer en la costa oriental de Luzón, trabar combate con la flota estadounidense y alejarla de los desembarcos del golfo de Leyte. A los portaaviones les faltaban tanto aviones como pilotos pero no importaba. No eran más que un señuelo y para eso sirven los señuelos: para que los coman. Mientras tanto las principales fuerzas japonesas de ataque se dirigieron hacia los estrechos. La mayor, denominada la Fuerza Central, procedente de Singapur y compuesta por cinco acorazados, doce cruceros y quince destructores al mando del almirante Kurita puso rumbo a San Bernardino para rodear la isla de Samar hacia Leyte; la más pequeña, o Fuerza Meridional, compuesta por dos grupos independientes que en total comprendían dos acorazados, cuatro cruceros y ocho destructores atravesaron el estrecho de Surigao.

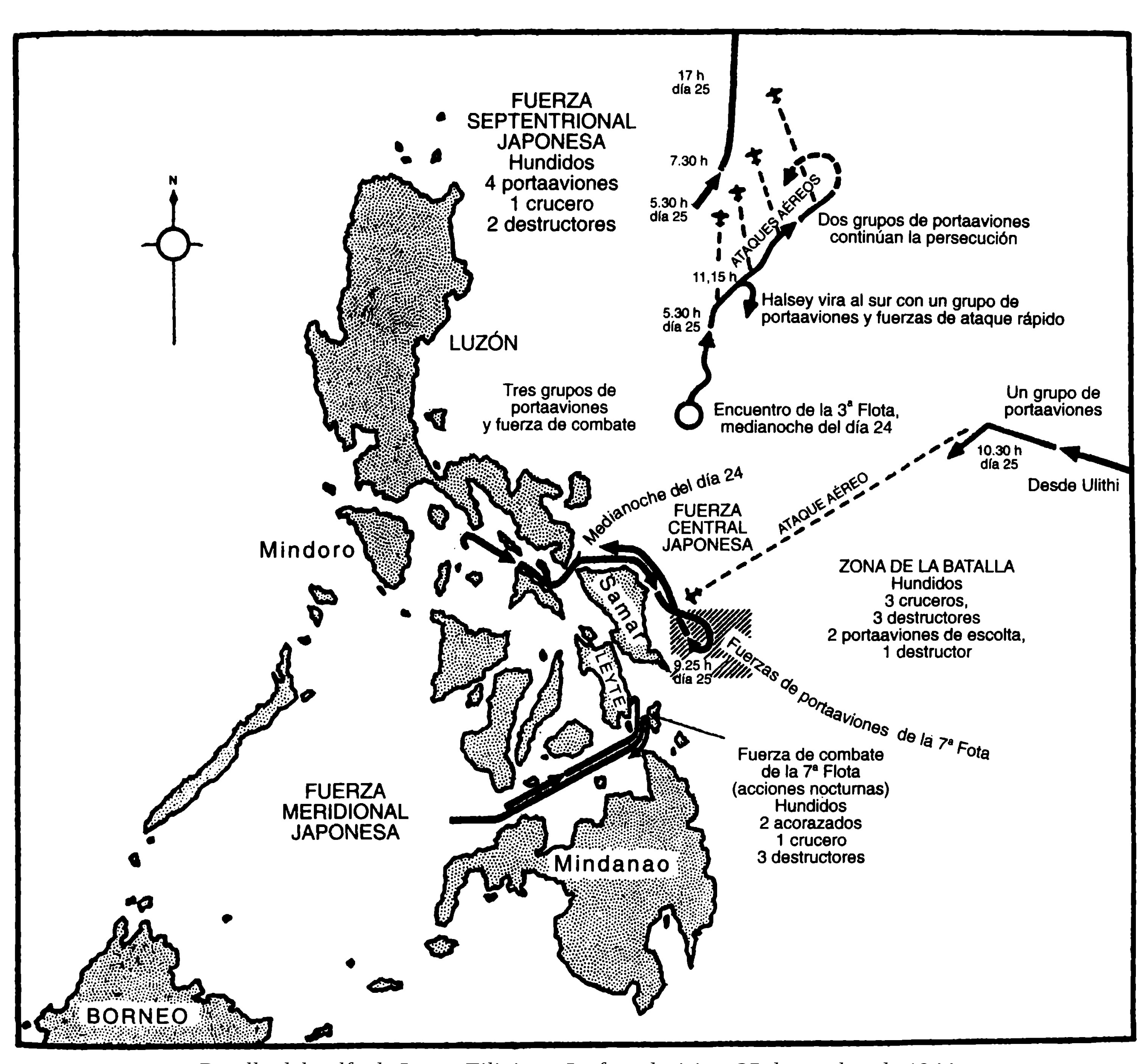
El veinte de octubre los estadounidenses desembarcaron en Leyte. Al principio todo salió bien. Encontraron poca resistencia en la orilla, en seguida establecieron una cabeza de puente y las tropas del general MacArthur comenzaron a avanzar. Los apoyaba la 7.ª Flota estadounidense del almirante Kinkaid, a las órdenes de MacArthur, cuyos acorazados más antiguos y sus pequeños portaaviones eran muy adecuados para las operaciones anfibias. Más hacia el norte estaba la flota principal del almirante Halsey protegiéndolos de los ataques desde el mar.

Sin embargo todavía no había comenzado la crisis. El veintitrés de octubre los submarinos estadounidenses avistaron a la Fuerza Central japonesa (del almirante Kurita) frente a la costa de Borneo y le hundieron dos cruceros pesados, uno de los cuales era el buque insignia de Kurita, y dañaron un tercero. Al día siguiente, veinticuatro de octubre, se incorporaron al ataque los aviones procedentes de los portaaviones del almirante Halsey. Hundieron el gigantesco acorazado *Musashi*, que llevaba nueve cañones de cuatrocientos cincuenta milímetros; otros barcos resultaron averiados y Kurita retrocedió. Los informes de los aviadores estadounidenses eran optimistas y tal vez engañosos, y Halsey llegó a la conclusión, no sin razón, de que había ganado la batalla o al menos una parte de ella. Sabía que se aproximaba al estrecho de Surigao la segunda fuerza del enemigo, que era la Fuerza Meridional, pero calculó (y no se equivocó) que la 7.ª Flota de Kinkaid podría repelerla.

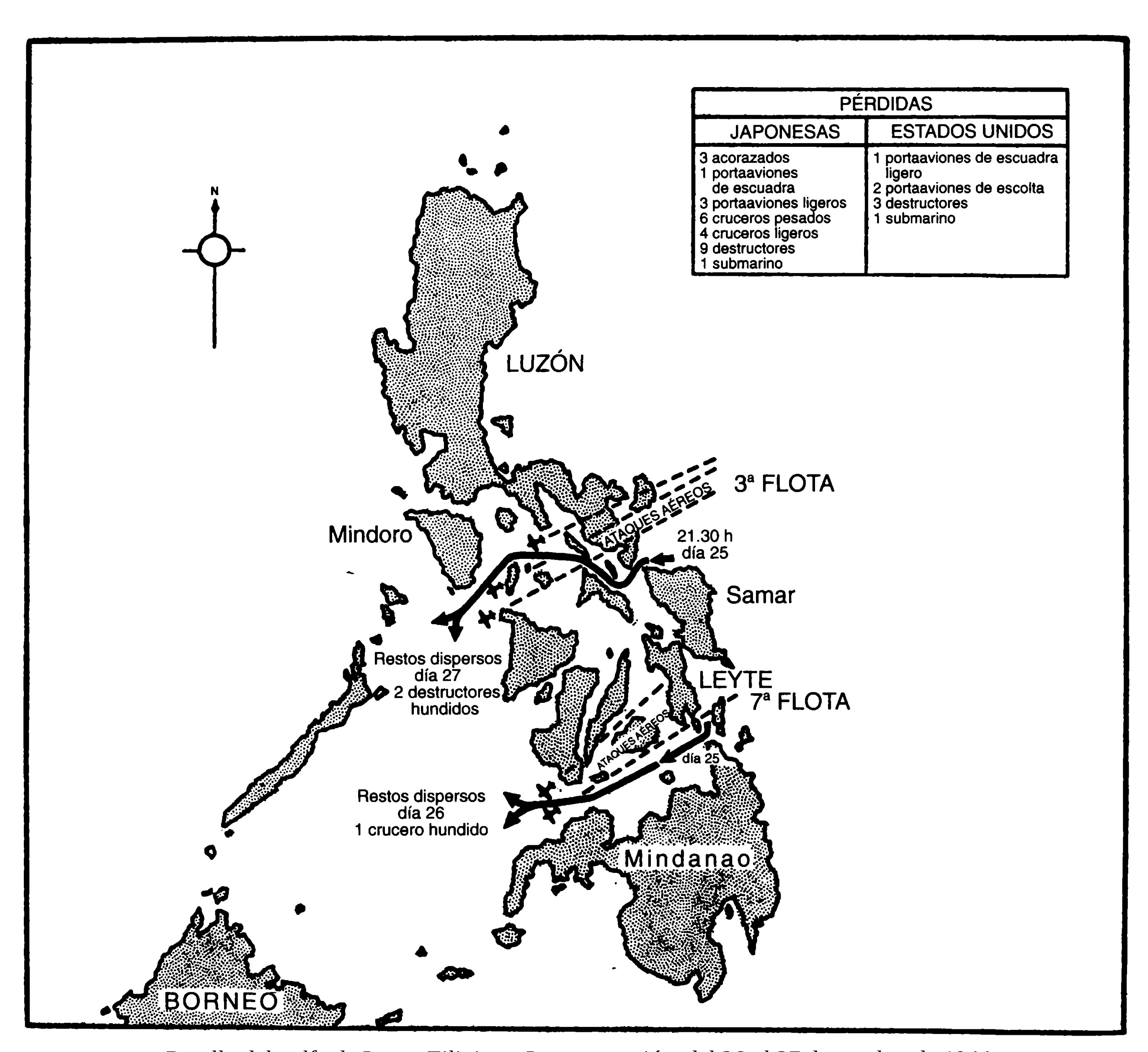
Pero había algo que lo inquietaba. Durante el día lo habían atacado aviones navales japoneses. Muchos de ellos habían sido derribados pero el portaaviones *Princeton* resultó averiado y después hubo que abandonarlo. Dedujo que era probable que los aviones vinieran de algún portaaviones. Era muy poco probable que el enemigo navegara sin ellos y sin embargo no encontraron ninguno. Habían localizado a la principal flota japonesa, a las órdenes de Kurita, que aparentemente se encontraba en retirada, pero Kurita no tenía ningún portaaviones y tampoco los tenía la Fuerza Meridional. Estaba claro que tenía que haber una fuerza de portaaviones y era imprescindible encontrarla. Por consiguiente ordenó una búsqueda hacia el norte y a últimas horas de la tarde del veinticuatro de octubre sus aviadores encontraron la fuerza del almirante Ozawa, que servía de señuelo, más al noreste de Luzón y dirigiéndose hacia el sur: ¡cuatro portaaviones, dos acorazados equipados con cubiertas de vuelo, tres cruceros y diez destructores! Llegó a la conclusión de que ése era el origen del problema y el verdadero objetivo. Él y su jefe de Estado Mayor, el almirante Carney, no se equivocaron al calcular que si podían destruir entonces estos portaaviones destrozarían de forma irreparable la capacidad de la flota japonesa para intervenir en operaciones futuras. Este factor ocupaba un lugar preponderante en su mente y sería una gran ventaja cuando llegara MacArthur para atacar Luzón. Halsey no podía saber lo endebles que eran ni que la mayoría de los ataques que había sufrido no procedían de los portaaviones sino de los aeródromos del propio Luzón. La Fuerza Central de Kurita se hallaba en retirada. Kinkaid podía ocuparse de la Fuerza Meridional y proteger los desembarcos en Leyte, el camino quedaba despejado para asestar el golpe definitivo y Halsey ordenó a toda su flota que se dirigiera rápidamente hacia el norte y que destruyera al almirante Ozawa al día siguiente. Así cayó en la trampa. Esa misma tarde, el veinticuatro de octubre, Kurita volvió a dirigirse hacia el este y volvió a entrar en el estrecho de San Bernardino. Esta vez nada podría detenerlo.



Batalla del golfo de Lepe, Filipinas. Aproximación y contacto, del 22 al 24 de octubre de 1944



Batalla del golfo de Leyte, Filipinas. La fase decisiva, 25 de octubre de 1944



Batalla del golfo de Leyte, Filipinas. La persecución, del 26 al 27 de octubre de 1944

Mientras tanto la Fuerza Meridional japonesa se aproximaba al estrecho de Surigao y esa noche entraron en él dos grupos. A continuación se libró una tremenda batalla en la que participaron todo tipo de embarcaciones, desde acorazados hasta lanchas de cabotaje[54]. El primer grupo fue aniquilado por la flota de Kinkaid, que estaba concentrada en la salida septentrional; el segundo trató de salir en medio de la oscuridad y la confusión pero tuvo que retroceder. Todo parecía salir bien pero los estadounidenses todavía tenían que vérselas con el almirante Kurita. Mientras Kinkaid luchaba en el estrecho de Surigao y Halsey emprendía la implacable persecución de la fuerza que servía de señuelo, más al norte Kurita no había tenido ningún inconveniente para pasar en medio de la oscuridad por el estrecho de San Bernardino y, a primeras horas del veinticinco de octubre, cayó sobre un grupo de portaaviones de escolta que apoyaban los desembarcos del general MacArthur que, pillados por sorpresa y demasiado lentos para huir, no pudieron volver a armar sus aviones en seguida para repeler el ataque desde el mar. Durante alrededor de dos

horas y media los pequeños barcos estadounidenses emprendieron una valiente retirada protegidos por nubes de humo. Perdieron dos portaaviones, tres destructores y más de un centenar de aviones; uno de los portaaviones fue destruido por el ataque de un bombardero suicida; pero consiguieron hundir tres cruceros enemigos y averiar otros[55]. La ayuda se encontraba lejos. Los barcos pesados de Kinkaid estaban bastante al sur de Leyte, después de derrotar a la Fuerza Meridional, y andaban escasos de municiones y combustible. Halsey, con diez portaaviones y todos sus acorazados rápidos, estaba todavía más lejos, y aunque se había separado otro de sus grupos de portaaviones para reabastecerse y ya lo habían llamado, tardaría varias horas en llegar. La victoria parecía estar en manos de Kurita. Nada le impedía dirigirse a toda prisa al golfo de Leyte y destruir la flota anfibia de MacArthur.

Pero Kurita volvió a echarse atrás. No se conocen muy bien los motivos. Muchos de sus barcos habían sido bombardeados y dispersados por los portaaviones ligeros de escolta de Kinkaid y ya conocía el desastre que había sufrido la Fuerza Meridional. No sabía nada de lo ocurrido con los señuelos en el norte y no estaba seguro del paradero de las flotas estadounidenses. Los mensajes interceptados le hicieron creer que Kinkaid y Halsey convergían hacia él con una fuerza abrumadora y que los transportes de MacArthur ya habían logrado huir. Solo y sin apoyo abandonó entonces la desesperada empresa por la que tanto se había sacrificado y que estaba a punto de triunfar y, sin tratar de entrar en el golfo de Leyte, se dio la vuelta y se dirigió una vez más hacia el estrecho de San Bernardino. Esperaba librar una última batalla en el camino con la flota de Halsey pero ni siquiera tuvo esa oportunidad. En respuesta a los reiterados pedidos de socorro de Kinkaid Halsey al final se dio la vuelta con sus acorazados dejando dos grupos de portaaviones para continuar la persecución hacia el norte, que durante el día destruyeron los cuatro portaaviones de Ozawa. Pero el propio Halsey regresó demasiado tarde a San Bernardino. Las flotas no se encontraron y Kurita huyó. Al día siguiente los aviones de Halsey y de MacArthur persiguieron al almirante japonés y hundieron otro crucero y dos destructores más. Éste fue el final de la batalla. Es posible que la presión de los acontecimientos haya confundido a Kurita. Había sufrido ataques constantes durante tres días, había sufrido cuantiosas pérdidas y le habían hundido el buque insignia en cuanto zarpó de Borneo. Que lo juzguen los que han pasado por una prueba tan dura como ésta.

La batalla del golfo de Leyte fue decisiva. Con un coste propio de tres portaaviones, tres destructores y un submarino los estadounidenses vencieron a la flota japonesa. La lucha duró desde el veintidós hasta el veintisiete de octubre. Hundieron tres acorazados, cuatro portaaviones y otros veinte barcos diversos y a

partir de entonces la única arma naval eficaz que le quedó al enemigo fue el bombardero suicida. Como instrumento desesperado seguía siendo mortal pero no le brindaba ninguna esperanza de conseguir la victoria.

La historia estadounidense debería atesorar este triunfo durante mucho tiempo. Aparte de su valor, habilidad y osadía arrojó una luz sobre el futuro más vívida y duradera que ninguna hasta entonces. Muestra una batalla que se combatió menos con las armas que con el predominio en el aire. La he contado en su totalidad porque en ese momento fue casi desconocida para el agobiado mundo europeo. Quizá la conclusión más importante que se pueda extraer de estos acontecimientos sea la necesidad vital de unificar el mando en las operaciones conjuntas de este tipo en lugar del concepto del control mediante la cooperación, como el que existía entre MacArthur y Halsey en esa época. Los estadounidenses aprendieron la lección y en las operaciones finales que se planearon contra el territorio de Japón intentaron que el mando supremo lo ejerciera el almirante Nimitz o bien el general MacArthur, según fuera recomendable en un momento determinado.

En las semanas siguientes la lucha por las Filipinas se dispersó y aumentó. A finales de noviembre habían desembarcado en Leyte casi un cuarto de millón de estadounidenses y a mediados de diciembre vencieron la resistencia japonesa. MacArthur siguió adelante con su avance principal y poco después desembarcó sin ninguna oposición en la isla de Mindoro, a algo más de ciento cincuenta kilómetros de la propia Manila. El nueve de enero de 1945 comenzó una nueva fase con el desembarco de cuatro divisiones en el golfo de Lingayen, al norte de Manila, donde tres años antes se desarrolló la principal invasión japonesa. Gracias a unas complejas medidas de engaño el enemigo no supo dónde sería el ataque, que cayó por sorpresa y apenas encontró oposición. A medida que los estadounidenses avanzaban hacia Manila la resistencia se endureció pero hicieron dos desembarcos más en la costa occidental y rodearon la ciudad. Una defensa desesperada resistió hasta principios de marzo, cuando murieron los últimos supervivientes. Entre las ruinas se contaron dieciséis mil japoneses muertos. Los ataques con aviones suicidas comenzaban a infligir unas pérdidas considerables; en un solo día fueron alcanzados dieciséis barcos. El crucero *Australia* volvió a tener mala suerte: le dieron cinco veces en cuatro días pero siguió en activo. No obstante, este recurso desesperado no frenó a las flotas. A mediados de enero los portaaviones del almirante Halsey entraron sin inconvenientes en el mar de la China meridional, recorrieron un buen trayecto a lo largo de la costa y atacaron aeródromos y embarcaciones situados tan al oeste como Saigón. En Hong Kong, el dieciséis de enero, infligieron graves daños y en Cantón comenzaron a arder los pozos petrolíferos.

Aunque los combates prosiguieron en las islas durante varios meses el mando del mar de la China meridional ya había pasado al vencedor y con él el control del

petróleo y otros suministros de los que dependía Japón.

Capítulo XVIII

LA LIBERACIÓN DE EUROPA OCCIDENTAL

Según los acuerdos previos y establecidos el general Eisenhower asumió el mando directo de las fuerzas terrestres en el norte de Francia el uno de septiembre. Estas fuerzas comprendían el Vigésimo Primer Grupo de Ejército británico al mando del mariscal de campo Montgomery, y el Duodécimo Grupo de Ejército estadounidense al mando del general Ornar Bradley, cuyas operaciones había controlado Montgomery hasta ese momento. Manejó más de treinta y siete divisiones, o sea más de medio millón de hombres combatiendo, y este inmenso despliegue fue empujando los restos de los ejércitos alemanes en el oeste, hostigados día y noche por el predominio de nuestras fuerzas aéreas. El enemigo contaba todavía con alrededor de diecisiete divisiones pero hasta que se pudieran volver a formar y recibieran refuerzos la mayoría de ellas no podía luchar demasiado. El general Speidel, el antiguo jefe del Estado Mayor de Rommel, ha descrito su difícil situación:

> Resultaba imposible una retirada ordenada. Los ejércitos motorizados de los aliados rodearon las divisiones alemanas de infantería, lentas y exhaustas, en grupos separados y las destrozaron. […] No quedaban fuerzas terrestres alemanas de cierta importancia a las que se pudiera recurrir y prácticamente ninguna en el aire[56].

Eisenhower planeaba emprender una ofensiva hacia el noreste con todas las fuerzas posibles y hasta el límite máximo de sus suministros. La mayor parte del esfuerzo correspondería al Vigésimo Primer Grupo de Ejército británico, cuya ofensiva a lo largo de la costa del canal de la Mancha no sólo acabaría con los lugares de lanzamiento de la bomba volante sino que además se apoderaría de Amberes. Sin el extenso puerto de esta ciudad no se podía atravesar el bajo Rin para entrar en las llanuras del norte de Alemania. El Duodécimo Grupo de Ejército estadounidense también perseguiría al enemigo y su Primer Ejército se mantendría al lado de los británicos mientras que el resto, girando hacia el este en dirección a Verdún y el alto Mosa, se prepararía para atacar en dirección al Sarre.

Montgomery hizo dos contrapropuestas, una a finales de agosto (que su Grupo de Ejército y el Duodécimo Grupo de Ejército de Estados Unidos atacaran hacia el norte junto con una masa compacta formada por casi cuarenta divisiones) y la segunda el cuatro de septiembre (que se hiciera un solo ataque, bien en dirección al Ruhr o bien hacia el Sarre). Cuando se eligiera una las fuerzas recibirían todos los recursos y el mantenimiento que necesitaran. Instó a contener el resto del frente en aras de la ofensiva principal, que debería ponerse al mando de un solo comandante, él mismo o Bradley según fuera el caso. Pensaba que era probable que pudiera llegar hasta Berlín

y consideraba que el Ruhr era mejor que el Sarre.

Pero Eisenhower se mantuvo fiel a su plan. Alemania seguía teniendo reservas en su patria y a él le parecía que si una fuerza relativamente reducida se adelantaba mucho al otro lado del Rin caería en manos del enemigo. Le parecía mejor que el Vigésimo Primer Grupo de Ejército hiciera todo lo posible por obtener una cabeza de puente sobre el Rin mientras el Duodécimo avanzaba todo lo que pudiera contra la línea Sigfrido.

Los estrategas pueden debatir estas cuestiones durante mucho tiempo.

La discusión no frenó la persecución. Sin embargo, la cantidad de divisiones que se podían mantener y la velocidad y el alcance de su avance dependían exclusivamente de los puertos, el transporte y las provisiones. Se usaba relativamente poca munición pero los alimentos, y sobre todo el petróleo, determinaban cada movimiento. No teníamos más puertos que el de Cherburgo y el «Mulberry» de Arromanches, que cada vez nos quedaban más lejos. Se seguía manteniendo la línea del frente desde Normandía y todos los días había que transportar unas veinte mil toneladas de suministros a lo largo de distancias cada vez mayores, además de bastante material para reparar carreteras y puentes y para construir aeródromos. Los puertos bretones, cuando se capturaran, quedarían más lejos todavía; en cambio los puertos del canal de la Mancha, desde El Havre hacia el norte, y sobre todo Amberes, si podíamos capturarlo antes de que lo estropearan demasiado, eran presas que tendrían una importancia vital.

Por consiguiente Amberes era el objetivo inmediato del Grupo de Ejército de Montgomery, que entonces tenía la primera oportunidad de demostrar su movilidad. La 11.ª División Blindada capturó al comandante del Séptimo Ejército alemán cuando desayunaba en Amiens el treinta y uno de agosto. Poco después llegaron hasta los pueblos fronterizos, que tan bien conocían el Cuerpo Expedicionario británico de 1940 y, al menos de nombre, también sus predecesores de un cuarto de siglo antes (Arras, Douai, Lille y muchos más). Los alemanes evacuaron rápidamente Bruselas, donde el tres de septiembre entró la División Blindada de Guardias y, como en todo el resto de Bélgica, nuestras tropas recibieron una espléndida acogida y contaron con la colaboración de una resistencia muy bien organizada. Desde allí, los Guardias giraron hacia el este en dirección a Lovaina y la 11.ª Blindada entró en Amberes el cuatro de septiembre donde, para sorpresa y alegría nuestra, encontraron el puerto casi intacto. El avance había sido tan rápido (más de trescientos kilómetros en menos de cuatro días) que el enemigo tuvo que salir corriendo y no le dio tiempo a emprender la concienzuda demolición habitual.

Pero nuestros barcos sólo podían llegar hasta Amberes a través del sinuoso y difícil estuario del Escalda y los alemanes tenían ambas orillas en su poder. Hubo que emprender difíciles y costosas operaciones para echarlos y la tarea correspondió

fundamentalmente al Primer Ejército canadiense del general Crerar[57]. Todo dependía de que tuvieran éxito. El día nueve habían evacuado todo el paso de Calais, incluidos los lugares de lanzamiento de las bombas volantes. Los puertos del canal de la Mancha, Dieppe, Boulogne, Calais, Dunkerque, fueron capturados o sitiados. El Havre, con una guarnición de más de once mil hombres, resistió con energía y a pesar de que fue bombardeado desde el mar con cañones de 380 milímetros y desde el aire con más de diez mil toneladas de bombas no se rindió hasta el doce de septiembre. La División Blindada polaca capturó Gante, a apenas sesenta y cinco kilómetros del propio Amberes. Evidentemente este ritmo no se podía mantener. El salto adelante se acabó y fue evidente el parón.

Todavía quedaba la posibilidad de cruzar el bajo Rin. Esto era tan importante para Eisenhower que le dio prioridad sobre la liberación de las orillas del estuario del Escalda y abrir el puerto de Amberes. Para renovar el esfuerzo de Montgomery Eisenhower le proporcionó más transporte y suministro aéreo estadounidense. El Primer Ejército Aerotransportado, al mando del general estadounidense Brereton, estaba listo para atacar desde Inglaterra y Montgomery decidió apoderarse de una cabeza de puente en Arnhem. La 82.ª División estadounidense tenía que capturar los puentes de Nimega y Grave mientras que la 101.ª División estadounidense se apoderaría de la carretera de Grave a Eindhoven. El XXX Cuerpo, encabezado por la División Blindada de Guardias, se abriría camino por carretera hasta Eindhoven y desde allí hasta Arnhem, sobre la «alfombra» de tropas aerotransportadas, esperando que los puentes sobre los tres principales obstáculos de agua ya estuvieran seguros en su poder.

Los preparativos para este atrevido golpe, con gran diferencia la mayor operación de este tipo jamás llevada a cabo, fueron complejos y urgentes porque el enemigo se volvía más fuerte cada día. Resulta increíble que los acabaran antes de la fecha prevista, el diecisiete de septiembre. No disponían de aviones suficientes para transportar toda esta fuerza al mismo tiempo por lo que hubo que distribuir el desplazamiento a lo largo de tres días. Sin embargo, el diecisiete, los principales elementos de las tres divisiones habían sido transportados a su destino gracias al buen trabajo de las fuerzas aéreas aliadas. La 101.ª División estadounidense cumplió la mayor parte de su misión pero habían volado el puente sobre un canal, en la carretera a Eindhoven, de modo que no pudieron capturar la población hasta el día dieciocho. A la 82.ª División estadounidense también le fue bien aunque no pudieron apoderarse del puente principal de Nimega.

Desde Arnhem llegaban pocas noticias pero parecía que parte de nuestro regimiento de paracaidistas se había instalado en el extremo septentrional del puente. Por la tarde, la División Blindada de Guardias comenzó a subir por la carretera de Eindhoven precedida por una descarga de artillería y por aviones que disparaban

cohetes y protegida por un cuerpo en cada flanco. La carretera fue defendida con tesón y los Guardias no llegaron adonde estaban los estadounidenses hasta la tardé del dieciocho. Los ataques de los alemanes contra el estrecho saliente comenzaron al día siguiente y fueron creciendo en intensidad. La 101.ª División tuvo grandes dificultades para mantener abierta la carretera. En ocasiones había que detener el tráfico hasta que se rechazaba al enemigo. Por entonces las noticias que llegaban de Arnhem eran malas. Nuestros paracaidistas todavía dominaban el extremo septentrional del puente pero el enemigo permanecía en la ciudad y el resto de la 1.ª División Aerotransportada británica, que había aterrizado al oeste, no había logrado abrirse paso para reforzarlos.

Lograron salvar el canal el día dieciocho y a primeras horas de la mañana siguiente los Guardias tuvieron libre acceso a Grave, donde encontraron a la 82.ª División. Al anochecer se encontraban cerca del puente de Nimega, fuertemente defendido, por el que el día veinte se produjo una violenta lucha. Los estadounidenses atravesaron el río al oeste de la ciudad, viraron a la derecha y se apoderaron del extremo más distante del puente del ferrocarril. Los Guardias atacaron por el puente viario. Aplastaron a los defensores y pudieron tomar intactos los dos puentes.

Faltaba la última etapa hasta Arnhem, donde el mal tiempo había dificultado la llegada de refuerzos, alimentos y municiones y la 1.ª Aerotransportada se encontraba en una situación desesperada. Incapaz de llegar a su puente, el resto de la división quedó confinado en un perímetro reducido en la orilla septentrional y tuvo que soportar fuertes ataques. Desde la otra orilla se hicieron todos los esfuerzos posibles para rescatarlos pero el enemigo era demasiado fuerte. Ni los Guardias ni la 43.ª División ni la Brigada Polaca de paracaidistas, arrojados cerca de la carretera, tuvieron éxito en sus valientes esfuerzos de rescate. La lucha prosiguió cuatro días más en vano. El día veinticinco Montgomery ordenó a los supervivientes de la valiente 1.ª Aerotransportada que retrocedieran. Tuvieron que atravesar el curso rápido del río por la noche en embarcaciones pequeñas y bajo el fuego a corta distancia. Al amanecer, alrededor de dos mil cuatrocientos hombres, de los diez mil que eran, se encontraban sanos y salvos en nuestra orilla.

Se corrieron grandes riesgos en la batalla de Arnhem aunque se justificaban por la importancia de lo que estábamos a punto de conseguir. Si hubiésemos tenido más suerte con el clima, que se puso en nuestra contra en los momentos decisivos y limitó nuestro dominio del aire, es probable que hubiese salido bien. Ningún riesgo amilanó a los valientes, entre los que figuraba la resistencia holandesa, que combatieron por Arnhem; sólo cuando regresé de Canadá, adonde habían llegado los informes gloriosos, pude comprender todo lo ocurrido. El general Smuts estaba afligido por lo que parecía un fracaso de modo que le telegrafié: «Con respecto a Arnhem me parece que ve usted la situación algo desenfocada. La batalla fue una victoria sin lugar a

dudas aunque echaran a la división que la encabezaba, que sin duda buscaba más. Esto no me produce ningún tipo de insatisfacción y me alegro de que nuestros comandantes sean capaces de correr este tipo de riesgos».

Liberar el estuario del Escalda y abrir el puerto de Amberes se convirtió entonces en la primera prioridad. Durante la segunda quincena de septiembre se llevaron a cabo una serie de acciones preliminares. La «isla» de Breskens, defendida por una división alemana experimentada, planteó muchas dificultades y hubo intensos combates para atravesar el canal Leopoldo. La dura tarea de capturar el sur de Beveland la emprendió la 2.ª División canadiense, que se abrió paso hacia el oeste a través de extensas zonas inundadas que sus hombres atravesaron a menudo con el agua hasta la cintura. Colaboró con ellos la mayor parte de la 52.ª División, que atravesó el Escalda en transbordador y desembarcó en la orilla meridional. Antes de finales de mes, tras grandes esfuerzos, todo el istmo fue capturado. En cuatro semanas de combates, durante los que les prestó un notable apoyo la 2.ª Fuerza Aérea táctica al mando del general de división Coningham, tomaron no menos de doce mil quinientos prisioneros alemanes, que no se mostraron dispuestos a rendirse. De este modo todo quedó listo para el ataque a Walcheren.

La isla de Walcheren tiene forma de plato y está rodeada de dunas que impiden que el mar anegue la planicie central. En el extremo occidental, cerca de Westkapelle, las dunas se interrumpen y en ese espacio contiene al mar un dique enorme de nueve metros de altura y más de noventa metros de ancho en la base. Los alemanes habían instalado una guarnición de casi diez mil hombres con fuertes defensas artificiales apoyadas por alrededor de treinta baterías de artillería. Abundaban los obstáculos anticarro, las minas y las alambradas porque el enemigo había tenido cuatro años para fortificar la entrada a Amberes.

A principios de octubre la Fuerza Aérea británica asestó el primer golpe. En una serie de brillantes ataques abrieron una gran brecha, de algo menos de cuatrocientos metros de ancho, en el dique de Westkapelle, a través del que penetró el mar inundando todo el centro del plato y cubriendo las defensas y las baterías que había en el interior. Pero los emplazamientos y los obstáculos más formidables estaban en el borde del plato. El ataque fue concéntrico. Lanzaron el ataque principal tres comandos de la infantería de marina. Cuando se acercaron abrió fuego la escuadra de bombardeo naval; pero allí había un buque de la Armada británica, el *Warspite*, y dos monitores con cañones de 380 milímetros, el *Erebus* y el *Roberts*, con una escuadrilla de lanchas de desembarco armadas que se acercaron mucho a la costa y, a pesar de las numerosas bajas, siguieron disparando hasta que los dos primeros comandos llegaron a tierra sanos y salvos. Toda la artillería del II Cuerpo canadiense, disparando sobre el agua desde la orilla de Breskens, apuntó a los poderosos cañones del enemigo,

incrustados en el hormigón, y los aviones que disparaban cohetes atacaron las troneras. En medio de la creciente oscuridad el comando número 48 mató o capturó a los defensores. A la mañana siguiente siguió presionando y a mediodía reanudó el ataque el número 47 y, aprovechando que la defensa se debilitaba, llegó hasta las afueras de Flesinga. El tres de noviembre se dio la mano con el comando número 4 después de su duro combate casa por casa en la ciudad. En pocos días teníamos toda la isla en nuestro poder y ocho mil prisioneros.

Los comandos llevaron a cabo muchas acciones notables más durante la guerra, y aunque otras tropas y otras armas desempeñaron un papel importante en esta notable operación destaca el enorme valor de la infantería de marina británica. Volvió a triunfar la idea de los comandos. La operación de dragar las minas comenzó en cuanto se aseguró Flesinga, y durante las tres semanas siguientes se utilizaron un centenar de aviones para limpiar los más de cien kilómetros del canal. El veintiocho de noviembre llegó el primer convoy y Amberes quedó abierto para los ejércitos británicos y estadounidenses. Durante algún tiempo asolaron la ciudad las bombas volantes y los cohetes, que provocaron numerosas bajas pero no interfirieron más que en Londres con la continuación de la guerra.

En nuestro flanco derecho el avance del Duodécimo Grupo de Ejército más allá de París se había llevado a cabo con todo el fuerte impulso de Bradley y sus entusiastas oficiales. Charleroi, Mons y Lieja cayeron en su poder. En quince días liberaron todo Luxemburgo y el sur de Bélgica y el doce de septiembre se acercaron hasta la frontera alemana, en un frente de casi cien kilómetros, y atravesaron la línea Sigfrido cerca de Aquisgrán.

Antes del día dieciséis ganaron las cabezas de puente sobre el Mosela en Nancy y justo al sur de Metz. El Sexto Grupo de Ejército, al mando del general Devers, que subía desde su punto de desembarco en el sur de Francia, se encontró cinco días antes con patrullas del ejército de Patton al oeste de Dijón y, girando hacia el este, se puso a la altura del avance general. Pero allí se produjo también el final de la gran persecución. La resistencia del enemigo se endurecía por todas partes y habíamos estirado al máximo nuestras provisiones. Aquisgrán fue atacado desde tres lados y se rindió el veintiuno de octubre. En el flanco, el Tercer Ejército estaba a algo más de treinta kilómetros al este del Mosela. El Séptimo Ejército y el Primero francés se habían puesto hombro con hombro y exploraban en dirección a los altos Vosgos y el paso de Belfort. Los estadounidenses estaban a punto de agotar sus provisiones en sus avances relámpago y era imprescindible hacer una pausa con el fin de acumular reservas para emprender operaciones a gran escala en noviembre.

Las Fuerzas Aéreas estratégicas desempeñaron un papel importante en el avance aliado hacia las fronteras de Francia y Bélgica. En otoño volvieron a su papel fundamental de bombardear Alemania, teniendo como objetivos específicos las instalaciones petrolíferas y los sistemas de transporte. El sistema de pantallas de radar y de advertencia rápida del enemigo había quedado detrás de su frontera y, en comparación, nuestros propios materiales de navegación y bombardeo eran muy avanzados. Disminuyó nuestro porcentaje de bajas y aumentó la intensidad y la precisión de nuestros ataques. Los continuos y sostenidos ataques aéreos habían obligado a los alemanes a dispersar mucho sus fábricas, por lo que pagaron un precio muy elevado ya que dependían más que nunca de unas buenas comunicaciones. El carbón que necesitaban con urgencia se apilaba en las bocaminas por falta de carros para transportarlo. Todos los días se detenían un millar o más de trenes de carga porque no tenían combustible. Comenzaban a cerrar las industrias y las plantas de electricidad y de gas. La producción y las reservas de petróleo se redujeron de forma drástica afectando no sólo la movilidad de las tropas sino también las actividades e incluso el entrenamiento de las fuerzas aéreas.

En agosto Speer había advertido a Hitler de que toda la industria química se estaba paralizando debido a la falta de derivados procedentes de las plantas de petróleo sintético, y la situación empeoró a medida que fue pasando el tiempo. En noviembre informó de que si continuaba la disminución del tráfico ferroviario traería como consecuencia una «catástrofe de la producción que tendría una importancia decisiva», y en diciembre rindió homenaje a nuestra «planificación ingeniosa y de gran alcance»[58]. Por fin nuestra gran ofensiva de bombardeos comenzaba a cosechar sus frutos.

Capítulo XIX

OCTUBRE EN MOSCÚ

Con los acuerdos que establecí con el presidente Roosevelt en el verano para dividir nuestras responsabilidades de ocuparnos de determinados países afectados por los desplazamientos de los ejércitos nos arreglamos durante los tres meses que ya habían transcurrido. Pero a medida que avanzaba el otoño la situación en el este de Europa era cada vez más compleja. Me pareció que teníamos que mantener otro encuentro personal con Stalin, a quien no veía desde Teherán, y con el que a pesar de la tragedia de Varsovia me parecía que me unían nuevos vínculos desde el exitoso inicio de «Overlord». Los ejércitos rusos presionaban con fuerza en los Balcanes y tenían a Rumanía y Bulgaria en su poder. Belgrado estaba a punto de caer y Hitler combatía con desesperada obstinación para seguir controlando Hungría. Como la victoria de la gran alianza se convirtió tan sólo en una cuestión de tiempo era natural que aumentaran las ambiciones rusas. El comunismo alzaba la cabeza detrás del atronador frente de batalla. Rusia era el salvador y el comunismo su evangelio.

Nunca me pareció que las relaciones que mantuvimos con Rumanía y Bulgaria en el pasado nos exigieran ningún sacrificio especial. Pero el destino de Polonia y el de Grecia nos afectaban mucho. Por Polonia entramos en la guerra; por Grecia hicimos dolorosos esfuerzos. Los gobiernos de ambos países se habían refugiado en Londres y nos considerábamos responsables de devolverlos a su propio país si ése era realmente el deseo de su pueblo. En términos generales Estados Unidos compartía estos sentimientos, aunque tardaron mucho en darse cuenta del aumento de la influencia comunista, que se deslizaba por delante y también por detrás del avance inexorable de los poderosos ejércitos dirigidos desde el Kremlin. Esperaba aprovechar la mejoría de las relaciones con los soviéticos para alcanzar soluciones satisfactorias para estos problemas nuevos que surgían entre Oriente y Occidente.

Aparte de estas graves cuestiones que afectaban a toda Europa central también nos acuciaban las cuestiones de la organización mundial. Se había celebrado una larga conferencia en Dumbarton Oaks, cerca de Washington, entre agosto y octubre en la que Estados Unidos, Gran Bretaña, la URSS y China elaboraron el plan que todos conocemos para mantener la paz mundial. Las discusiones revelaron numerosas diferencias entre los tres grandes aliados que irán apareciendo a medida que avance este relato. El Kremlin no tenía la menor intención de formar parte de un organismo internacional en el que podía perder una votación por culpa de una gran cantidad de pequeñas potencias que, a pesar de que no podían influir en el curso de la guerra, no dejarían de reclamar un trato de igualdad después de la victoria. Estaba seguro de que

sólo podríamos alcanzar buenas decisiones con Rusia mientras disfrutáramos de la camaradería que nos proporcionaba el vínculo de tener un enemigo común. Hitler y el hitlerismo estaban perdidos, pero ¿qué ocurriría después?

El nueve de octubre por la tarde aterrizamos en Moscú donde Mólotov y numerosos altos funcionarios rusos nos brindaron un efusivo recibimiento con todo el ceremonial correspondiente. Esta vez nos alojamos en el propio Moscú, con todos los cuidados y comodidades. Me adjudicaron una casa pequeña y perfecta y otra a Anthony muy cerca de la mía. Nos agradó cenar juntos, sin nadie más, y poder descansar porque a las diez de esa noche tuvimos la primera reunión importante en el Kremlin, a la que sólo asistimos Stalin, Mólotov, Eden y yo, con el comandante Birse y Pávlov como intérpretes. Se acordó invitar al primer ministro polaco, a Romer, el ministro de Asuntos Exteriores, y a Grabski, un anciano académico de barba gris, un hombre encantador y de mucho carácter, para que acudieran a Moscú en seguida. Por consiguiente envié un telegrama a Mikolajczyk diciéndole que lo esperábamos a él y a sus amigos para mantener conversaciones con el gobierno soviético y con el nuestro, así como también con el Comité polaco de Lublin. Le dejé claro que negarse a participar en las conversaciones equivaldría a un rechazo definitivo a seguir nuestros consejos y que nos eximiría de cualquier responsabilidad con respecto al gobierno polaco en Londres.

El momento era propicio para la negociación de modo que dije: «Vamos a resolver nuestros asuntos en los Balcanes. Sus ejércitos están en Rumanía y en Bulgaria. Nosotros tenemos allí intereses, misiones y agentes. No vamos a pelearnos por detalles. En lo que respecta a Gran Bretaña y a Rusia, ¿qué les parece que ustedes tengan una supremacía del 90 por 100 en Rumanía, que nosotros tengamos la misma supremacía en Grecia y que vayamos a medias en Yugoslavia?». Mientras traducían esto escribí en una cuartilla:

Rumanía
Rusia …………..90%
Los demás …….. 10%
Grecia
Gran Bretaña …..90%
(de acuerdo con Estados Unidos)
Rusia …………..10%
Yugoslavia50-50%
Hungría 50-50%
Bulgaria
Rusia ………….75 %
Los demás……..25 %

Le pasé la cuartilla a Stalin, que ya había escuchado la traducción. Hubo una

breve pausa. Entonces, con su lápiz azul, trazó en ella un signo grande indicando su aprobación y nos la devolvió. Todo quedó resuelto en menos tiempo del que se tardó en formularlo.

Evidentemente nosotros nos habíamos planteado la cuestión durante mucho tiempo y con gran preocupación, y sólo se trataba de arreglos inmediatos, en tiempos de guerra. Las dos partes reservábamos todas las cuestiones más importantes para lo que esperábamos que fuera una mesa de paz cuando ganáramos la guerra.

Después se produjo un largo silencio. El papel con la marca a lápiz quedó en medio de la mesa. Al final dije: «¿No pensarán que resulta demasiado cínico si parece que hemos resuelto estas cuestiones, que afectan a millones de personas, con tanta ligereza? Quememos el papel». «No —dijo Stalin—, consérvelo usted».

«Resulta absolutamente imprescindible —informé en privado al presidente— que tratemos de llegar a un acuerdo sobre los Balcanes para impedir que estalle una guerra civil en varios países cuando probablemente usted y yo coincidamos con una parte y Stalin con la otra. Lo mantendré informado de todo esto y no se llegará a ningún acuerdo a menos que haya un compromiso preliminar entre Gran Bretaña y Rusia, pendiente de un posterior análisis y acuerdo común con usted. Partiendo de esta base estoy seguro de que no le importará que tratemos de lograr un entendimiento total con los rusos».

Después de esta reunión reflexioné sobre nuestras relaciones con Rusia en toda la Europa del este, y a fin de aclararme las ideas redacté una carta para Stalin sobre el asunto adjuntando un memorándum que establecía nuestra interpretación de los porcentajes que habíamos aceptado sobre la mesa. Al final no le envié esta carta porque me pareció más prudente no volver a tocar el tema, que estaba bien resuelto. La imprimo aquí sólo porque era un fiel reflejo de lo que yo pensaba.

> Moscú, 11 de octubre de 1944
>
> Me parece de suma importancia que Gran Bretaña y Rusia tengan una política común en los Balcanes que también resulte aceptable para Estados Unidos. El hecho de que Gran Bretaña y Rusia tengan un acuerdo por veinte años otorga una importancia especial para nosotros al hecho de coincidir en términos generales y a trabajar juntos sin inconvenientes, con confianza y durante mucho tiempo. Soy consciente de que lo que hagamos aquí no puede ser más que un prolegómeno de las decisiones definitivas que tendremos que tomar cuando los tres nos reunamos en torno a la mesa de la victoria. No obstante, espero que lleguemos a un entendimiento, y en algunos casos a unos acuerdos, que nos ayuden a resolver emergencias inmediatas y que proporcionen una base sólida para establecer una paz mundial duradera.
>
> Estos porcentajes que he apuntado no son más que un método para poder apreciar lo cerca que estamos y después decidir los pasos necesarios para alcanzar un acuerdo total. Como he dicho, se podrían considerar groseros, crueles inclusive, si se presentan al examen de los ministerios de Asuntos Exteriores y los diplomáticos de todo el mundo. Por consiguiente no pueden aparecer como base en ningún documento público, desde luego no por el momento. Sin embargo pueden servir de guía para dirigir nuestros asuntos. Si los manejamos bien quizá podamos evitar varias guerras civiles, mucho derramamiento de sangre y numerosos conflictos en estos pequeños países. En general, deberíamos regirnos por el principio de dejar que cada país tenga la forma de gobierno que desee su pueblo. Evidentemente no queremos imponer instituciones monárquicas ni republicanas en ningún país balcánico. No obstante, hemos establecido ciertas relaciones de fidelidad con los reyes de Grecia y los de Yugoslavia, que se han refugiado en nuestro

país huyendo del enemigo nazi, y pensamos que cuando se restablezca la tranquilidad normal y se expulse al enemigo los pueblos de estos países deberían tener una oportunidad libre y justa de escoger. Incluso se podrían enviar allí, cuando se celebren las elecciones, a los comisionados de las tres grandes potencias para comprobar que el pueblo realmente pueda elegir con libertad. Existen buenos precedentes para ello.

Sin embargo, aparte de la cuestión institucional, existe en todos estos países la disyuntiva ideológica entre una forma de gobierno totalitaria y la que llamamos de libre empresa controlada por sufragio universal. Nos complace que ustedes hayan declarado que no tratarán de cambiar, ni por la fuerza ni por la propaganda comunista, los sistemas establecidos en los distintos países balcánicos. Dejemos que labren su propia suerte durante los años venideros. Sin embargo hay algo que no debemos permitir: el fascismo ni el nazismo en ninguna de sus formas, que no proporcionan a las masas trabajadoras ni las garantías que les ofrece su sistema ni las que les ofrece el nuestro sino que, por el contrario, provocan el aumento de las tiranías en el ámbito interno y de la agresión en el internacional. En principio creo que Gran Bretaña y Rusia deben mostrarse indulgentes con el gobierno interno de estos países y no preocuparse por ellos ni interferir con ellos cuando se hayan restablecido las condiciones de tranquilidad después de este tremendo baño de sangre por el que todos hemos pasado, tanto ellos como nosotros.

Desde este punto de vista he pretendido esbozar el grado de interés que cada uno de nosotros pone en estos países, con el pleno consentimiento del otro, y sujeto a la aprobación de Estados Unidos, que puede alejarse durante mucho tiempo y después regresar otra vez, de forma inesperada, con una fuerza impresionante.

Con la experiencia y la sabiduría que usted tiene no necesito esgrimir muchos argumentos. Hitler ha intentado aprovechar el temor a un comunismo agresivo y proselitista que existe en toda la Europa occidental y sufre ahora una derrota definitiva. Pero como bien sabe este temor existe en todos los países porque, sean cuales fueren los méritos de nuestros diferentes sistemas, ningún país quiere pasar por la sangrienta revolución que sin duda será necesaria en casi todos los casos antes de poder introducir un cambio tan radical en la vida, las costumbres y las actitudes de su sociedad. En este punto, señor Stalin, quiero recalcarle el enorme deseo que existe en el seno de Gran Bretaña de establecer una amistad y una cooperación duraderas y estables entre nuestros dos países y de que, con Estados Unidos, seamos capaces de mantener encarrilada la locomotora del mundo.

A mis colegas en Gran Bretaña les envié lo siguiente:

12 de octubre de 1944

El sistema de porcentaje no pretende determinar la cantidad de personas que participarán en comisiones para los distintos países balcánicos sino que expresa el interés y los sentimientos con los que el gobierno británico y el soviético consideran los problemas de estos países, y para que así puedan revelar su opinión de alguna manera comprensible. No pretende ser más que una guía, y desde luego no compromete de ningún modo a Estados Unidos ni intenta establecer un sistema rígido de esferas de interés. Sin embargo puede ayudar a Estados Unidos a conocer la opinión de sus dos aliados principales acerca de estas regiones cuando se presente el panorama en su totalidad.

2. De modo que se considera natural que la Rusia soviética tenga intereses vitales en los países que limitan con el mar Negro; uno de ellos, Rumanía, la ha atacado sin ningún miramiento con veintiséis divisiones; con el otro, Bulgaria, mantiene vínculos desde hace mucho tiempo. A Gran Bretaña le parece bien mostrar un respeto especial por las opiniones rusas con respecto a estos dos países y por el deseo soviético de ponerse a la cabeza, de una manera práctica, para guiarlos en nombre de la causa común.

3. Asimismo, Gran Bretaña tiene una larga tradición de amistad con Grecia y un interés directo como potencia del Mediterráneo en su futuro. […] Aquí se entiende que Gran Bretaña se pondrá a la cabeza en un sentido militar y que tratará de ayudar a la actual monarquía griega a establecerse en Atenas sobre una base lo más amplia y unida posible. La Rusia soviética estaría dispuesta a conceder a Gran Bretaña esta posición y función, de la misma manera en que Gran Bretaña reconocería la estrecha relación entre Rusia y Rumanía, con lo que se evitaría que surgieran en Grecia facciones hostiles que libraran una guerra civil entre ellas y que implicarían al gobierno británico y al ruso en discusiones enojosas y conflictos políticos.

4. En lo que respecta a Yugoslavia, la cifra simbólica de cincuenta y cincuenta pretende establecer la base de una acción conjunta y una política acordada entre las dos potencias, que ahora se encuentran

estrechamente relacionadas, con el fin de favorecer la creación de una Yugoslavia unificada después de que todos los elementos que la conforman se hayan unido al máximo para expulsar a los invasores nazis. Pretende, por ejemplo, evitar los conflictos armados entre croatas y eslovenos por una parte, y los poderosos y numerosos elementos que hay en Serbia por la otra, así como también una acción política conjunta y amistosa con respecto al mariscal Tito asegurando, al mismo tiempo, que las armas que se le suministren se utilicen contra el enemigo común nazi y no con fines internos. Una política semejante, que comparten Gran Bretaña y la Rusia soviética, sin pensar en ninguna ventaja especial para sí mismas sería realmente de provecho.

5. Como son los ejércitos soviéticos los que están logrando el control en Hungría sería natural que a ellos les correspondiera gran parte de la influencia, dependiendo, sin duda, de un acuerdo con Gran Bretaña y probablemente con Estados Unidos que, aunque en realidad no interviene en Hungría, debe considerarla un país centroeuropeo en lugar de balcánico.

6. Cabe destacar que esta manifestación general de los sentimientos soviéticos y británicos con respecto a los países antes mencionados no es más que una guía provisional para el futuro inmediato durante la guerra que contará con la supervisión de las grandes potencias cuando se reúnan en la mesa del armisticio o la paz para llegar a un acuerdo general sobre Europa.

Ya habían llegado los polacos desde Londres de modo que nos reunimos a las cinco de la tarde del treinta y uno de octubre en la Casa de la Hospitalidad del gobierno soviético, conocida como la Spiridonovka, para que Mikolajczyk y sus colegas expusieran el caso. Estas conversaciones eran una preparación para una reunión posterior que celebrarían la delegación británica y la estadounidense con los polacos de Lublin. Insistí mucho a Mikolajczyk para que tuviera en cuenta dos cosas, a saber: la aceptación *de facto* de la línea Curzon[59], con intercambio de población, y una conversación amistosa con el Comité polaco de Lublin para poder establecer una Polonia unificada. Se producirían cambios, dije, pero lo mejor era establecer en seguida la unidad durante la etapa final de la guerra; le pedí a los polacos que se plantearan la cuestión seriamente esa noche y les dije que Eden y yo estaríamos a su disposición. Para ellos era fundamental establecer contacto con el Comité polaco y aceptar la línea Curzon como un acuerdo de trabajo que se sometería a debate en la conferencia de paz.

A las diez de esa misma noche nos reunimos con el llamado Comité Nacional polaco. Nos dimos cuenta en seguida de que los polacos de Lublin eran meros títeres de Rusia. Habían aprendido y ensayado tan bien su papel que era evidente que hasta a sus propios amos les parecía que exageraban. Por ejemplo, Bierut, el líder, se manifestó en estos términos: «Estamos aquí para exigir en nombre de Polonia que Lvov pertenezca a Rusia; así lo desea el pueblo polaco». Cuando lo tradujeron del polaco al inglés y al ruso miré a Stalin y observé un destello comprensivo en sus ojos expresivos como diciendo: «¡Qué tal esta muestra de nuestra enseñanza soviética!». La prolongada aportación de otro dirigente de Lublin, Osóbka-Morawski, fue igual de deprimente. Eden se formó la peor de las opiniones de los tres polacos de Lublin.

Toda la conferencia duró más de seis horas pero se consiguió muy poco, y a medida que pasaban los días sólo se obtuvo una ligera mejoría en la herida abierta de los asuntos soviético-polacos. Los polacos de Londres estaban dispuestos a aceptar la

línea Curzon «como línea de demarcación entre Rusia y Polonia». Los rusos insistían en utilizar la expresión «como base para una frontera entre Rusia y Polonia». Ninguna de las dos partes cedía. Mikolajczyk declaró que su propio pueblo lo repudiaría mientras que Stalin, al final de una conversación que mantuve con él a solas y que duró dos horas y cuarto, comentó que él y Mólotov eran las dos únicas personas que estaban dispuestas a tratar a Mikolajczyk «con suavidad». Estoy seguro de que en el fondo había fuertes presiones, tanto partidistas como militares.

Stalin se oponía a establecer un gobierno polaco unificado si no se llegaba a un acuerdo en la cuestión de la frontera. Si se hubiera resuelto esto habría estado dispuesto a aceptar que Mikolajczyk encabezase el nuevo gobierno. Por mi parte pensaba que surgirían dificultades no menos insuperables cuando se debatiese la fusión del gobierno polaco con los polacos de Lublin, cuyos representantes seguían produciéndonos la peor de las impresiones y que, como le dije a Stalin, no eran más que «una manifestación de la voluntad soviética». Sin duda ellos también ambicionaban gobernar Polonia y por tanto eran una especie de colaboracionistas, dadas las circunstancias, la mejor solución era que las dos delegaciones polacas volvieran por donde habían venido. Sentí la profunda responsabilidad que me correspondía a mí y al ministro de Asuntos Exteriores al tratar de elaborar propuestas para un acuerdo ruso-polaco. Hasta el hecho de imponerle a Polonia la línea Curzon despertaría críticas.

En otros aspectos se obtuvieron ventajas considerables. Era evidente que el gobierno soviético estaba decidido a atacar Japón cuando Hider fuera derrotado, lo que tendría un valor inmenso para acortar toda la lucha. Estaba seguro de que los acuerdos alcanzados acerca de los Balcanes eran inmejorables. Acompañados por una acción militar triunfante deberían servir para salvar a Grecia y no me cabía duda de que nuestro acuerdo de emprender una política conjunta al 50 por 100 con respecto a Yugoslavia era la mejor solución para nuestras dificultades teniendo en cuenta el comportamiento de Tito (después de vivir bajo nuestra protección durante tres o cuatro meses fue en secreto a Moscú para hacer consultas sin decirnos adónde había ido) y la llegada de fuerzas rusas y búlgaras, bajo el mando ruso, para reforzar su flanco oriental.

No cabe duda de que en nuestro estrecho círculo conversábamos con una tranquilidad, una libertad y una cordialidad que no habíamos conseguido nunca hasta entonces entre ambos países. Stalin realizó diversas manifestaciones de aprecio personal que a mi juicio eran sinceras. Pero yo cada vez me convencía más de que él no estaba solo, de ninguna manera. Como les dije a mis colegas en Londres, «La negra pena monta la grupa del caballero».

La noche del diecisiete de octubre celebramos la última reunión. Acababa de

llegar la noticia de que los alemanes habían arrestado al almirante Horthy como medida de precaución porque todo el frente de Hungría se estaba desintegrando. Comenté que esperaba que se pudiera llegar al pasillo de Liubliana lo antes posible y añadí que no creía que la guerra finalizara antes de la primavera.

Capítulo XX

PARÍS Y LAS ARDENAS

Se consideró oportuno que mi primera visita a París tuviera lugar el día del armisticio, el once de noviembre de 1944, y así se anunció públicamente. Circularon numerosos informes de que los colaboracionistas atentaría contra mi vida de modo que se tomaron grandes precauciones. La tarde del diez de noviembre aterricé en el aeropuerto de Orly donde me recibió De Gaulle con una guardia de honor; atravesamos juntos las afueras de París y entramos en la propia ciudad hasta llegar al Quai d'Orsay, donde mi esposa, Mary y yo fuimos agasajados con gran pompa. El edificio estuvo ocupado por los alemanes durante mucho tiempo y me aseguraron que dormiría en la misma cama y utilizaría el mismo cuarto de baño que Göring. Todo estaba organizado y atendido de forma magnífica y dentro del palacio costaba creer que mi última entrevista con el gobierno de Reynaud y el general Gamelin, en mayo de 1940, no hubiese sido más que una pesadilla. A las once de la mañana del once de noviembre crucé el Sena con De Gaulle en un coche abierto y llegamos hasta la plaza de la Concordia con una espléndida escolta de guardias republicanos con uniforme de gala y con todos sus petos. Eran varios centenares y brindaron un espectáculo magnífico bajo un sol resplandeciente. Toda la famosa avenida de los Campos Elíseos estaba repleta de parisinos y de filas de soldados. Todas las ventanas estaban llenas de espectadores y adornadas con banderas. Avanzamos en medio de multitudes que nos vitoreaban hasta el Arco del Triunfo donde ambos depositamos sendas coronas sobre la tumba del soldado desconocido. Después de esta ceremonia el general y yo bajamos juntos a pie por la avenida, que yo conocía tan bien, seguidos por las principales figuras de la vida pública francesa a lo largo de unos ochocientos metros. A continuación tomamos asiento sobre un estrado y contemplamos el espléndido desfile de tropas francesas y británicas. El destacamento de nuestros Guardias estuvo magnífico. Cuando acabó deposité una corona debajo de la estatua de Clemenceau, en quien pensé con frecuencia en esta conmovedora ocasión.

De Gaulle me invitó a una importante comida en el Ministerio de Guerra y pronunció un discurso muy halagador sobre mis servicios durante la guerra; por la noche del día doce, después de cenar en la embajada, partimos hacia Besangon. El general tenía mucho interés en que presenciara el ataque, de una magnitud considerable, que tenía previsto lanzar el Ejército francés a las órdenes del general pe Lattre de Tassigny. Se hicieron con sumo cuidado todos los preparativos para viajar en un lujoso tren especial y llegamos bastante antes de la batalla. Teníamos que ir a un puesto de observación en las montañas pero como hacía mucho frío y había mucha

nieve las carreteras estaban intransitables y hubo que retrasar toda la operación. Estuve todo el día dando vueltas en coche con De Gaulle y encontramos abundantes temas de conversación en una larga y rigurosa excursión, inspeccionando tropas de vez en cuando. El programa continuó hasta mucho después del anochecer. Los soldados franceses parecían muy animados. Pasaban marchando con elegancia y entonando canciones famosas con un entusiasmo conmovedor. Mi equipo personal (mi hija Mary y mi ayudante naval Tommy) temían que me diera otro ataque de neumonía porque estuvimos al aire libre por lo menos diez horas con un tiempo espantoso. Pero todo salió bien y en el tren la cena fue agradable e interesante. Me sorprendió el respeto e incluso la aprensión con la que media docena de altos generales trataban a De Gaulle a pesar de que él llevaba una sola estrella en el uniforme y ellos tenían muchas.

Durante la noche nuestro tren se dividió. De Gaulle regresó a París y los demás seguimos hacia Reims, adonde llegamos a la mañana siguiente; entonces me dirigí al cuartel general de Ike. Por la tarde regresé en avión a Northolt.

En ese momento la situación en el frente occidental ya no era tan agradable. Se habían hecho muchos preparativos para avanzar hasta el Rin pero las lluvias que cayeron en noviembre fueron las peores en muchos años, desbordaron ríos y arroyos y lo convirtieron todo en un lodazal que a la infantería le costaba mucho atravesar. En el sector británico el Segundo Ejército de Dempsey hizo retroceder al enemigo hasta el otro lado del Mosa. Más al sur entramos en contacto con el Noveno Ejército estadounidense y avanzamos penosamente sobre un terreno empapado en dirección al Rur. Habría sido una imprudencia atravesarlo entonces porque su nivel se controlaba mediante unos diques inmensos que todavía estaban en poder del enemigo y, abriendo las compuertas, habrían dejado a nuestras tropas aisladas en la otra orilla. Los bombarderos pesados trataron de hacer estallar los diques para soltar el agua, pero aunque hubo varios impactos directos no se abrió ninguna brecha y el trece de diciembre el Primer Ejército estadounidense tuvo que reanudar su avance para capturarlo.

Al sur de las Ardenas Patton había cruzado el Mosela y avanzaba hacia el este hasta la frontera alemana, donde se enfrentó con la zona más fuerte de las defensas de la línea Sigfrido. Ante unas fortificaciones formidables, defendidas con obstinación, su Ejército se detuvo. A la derecha de la línea el Sexto Grupo de Ejército del general Devers se abrió camino a través de los Vosgos y el paso de Belfort. Al cabo de una semana de combates, cuyo inicio se esperaba que yo presenciara, los franceses capturaron Belfort el veintidós de noviembre y llegaron hasta el Rin, al norte de Basilea. Desde allí giraron río abajo e hicieron un movimiento envolvente por detrás del frente alemán en los Vosgos y obligaron al enemigo a retirarse. Entraron en

Estrasburgo el día veintitrés y durante las semanas siguientes el Séptimo Ejército estadounidense liberó todo el norte de Alsacia, subió por la derecha del Tercer Ejército, atravesó la frontera alemana en un extenso frente y cruzó la línea Sigfrido cerca de Wissembourg.

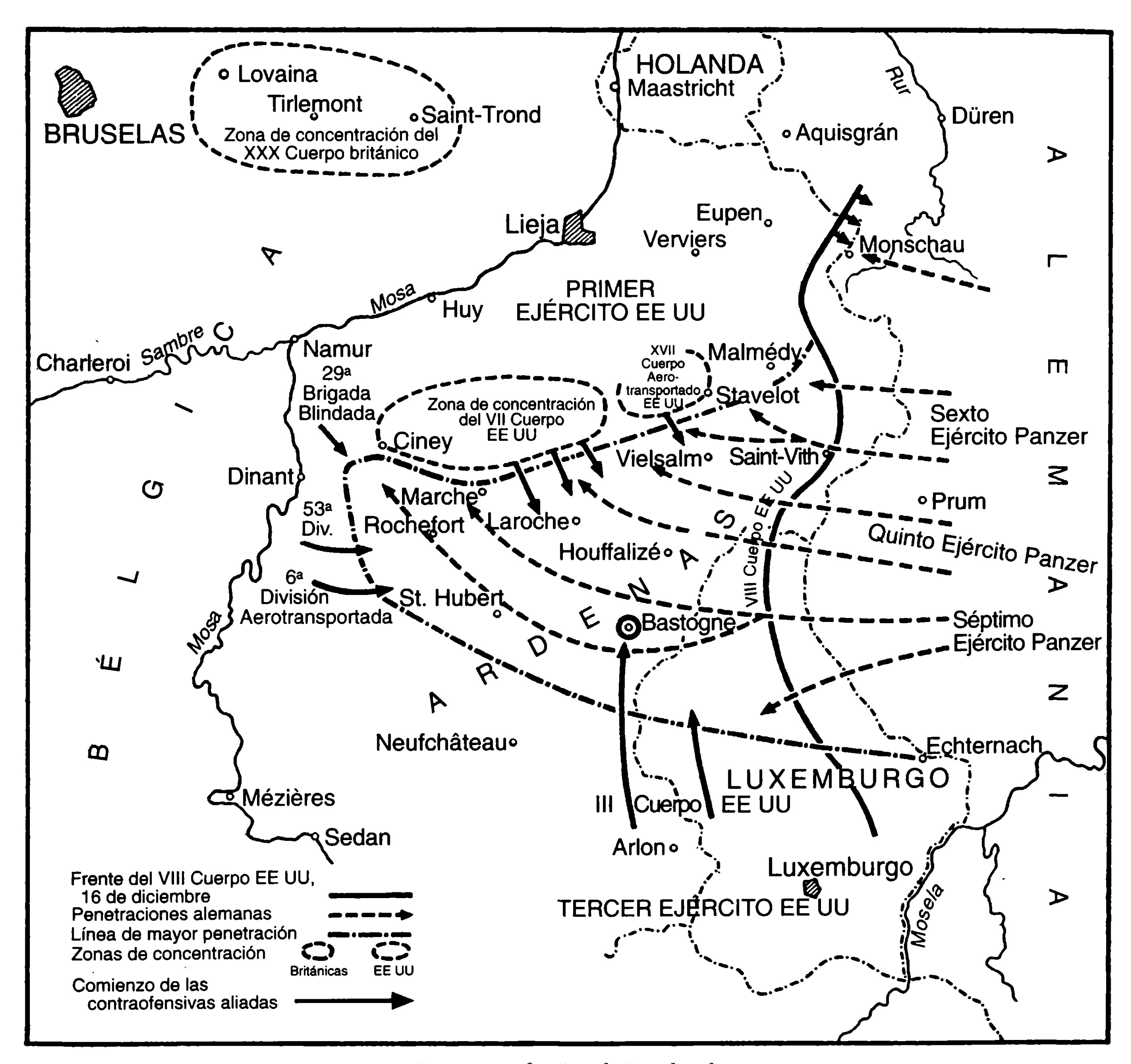
Pero estos éxitos considerables no pudieron ocultar el hecho de que los aliados occidentales habían sufrido un revés estratégico. Antes de emprender este gran movimiento hicimos constar nuestra opinión de que era un error atacar todo el frente y que se debería haber concentrado una masa mucho mayor en el punto de penetración deseado. Se confirmaron totalmente los comentarios y las predicciones que Montgomery había hecho de antemano. «Recordará, sin embargo —cablegrafié a Smuts—, que nuestros ejércitos sólo tienen alrededor de la mitad de hombres que los estadounidenses y pronto serán poco más de un tercio. Todo es amistad y lealtad en el ámbito militar a pesar de las desilusiones. […] Pero ya no me resulta tan sencillo como antes conseguir que se hagan las cosas. […]».

También le conté las premoniciones que le expresé al presidente. «Ha llegado el momento —escribí el seis de diciembre— de plantearle la grave y decepcionante situación bélica que tenemos que resolver al final de este año. Aunque se hayan obtenido numerosas victorias tácticas […], la realidad es que no hemos alcanzado el objetivo estratégico que propusimos a nuestros ejércitos hace cinco semanas. Todavía no hemos llegado hasta el Rin en la parte norte y el sector más importante del frente, y tendremos que continuar la gran batalla durante muchas semanas antes de tener alguna esperanza de llegar al Rin y establecer nuestras cabezas de puente. Después, una vez más, tenemos que avanzar a través de Alemania.

»En Italia los alemanes todavía conservan veintiséis divisiones (que en total equivalen a unas dieciséis divisiones poderosas o más) en nuestro frente. […] El motivo por el que el Decimoquinto Grupo de Ejército no ha sido capaz de infligir a Kesselring una derrota definitiva es que, debido al retraso provocado por el debilitamiento de nuestras fuerzas por el bien de la operación “Dragón” [el desembarco en la Riviera, en el sur de Francia], no conseguimos atravesar los Apeninos hasta que se anegó el valle del Po. De modo que no fuimos capaces de utilizar nuestra superioridad blindada ni en las montañas ni en las llanuras.

»Debido a la tenacidad de la resistencia alemana en todos los frentes no retiramos las cinco divisiones británicas y angloindias de Europa para que Mountbatten pudiera atacar Rangún en marzo; además, por otros motivos, esta operación se volvió impracticable. Por consiguiente, como habíamos acordado en Quebec, Mountbatten comenzó el avance general a través de Birmania, río abajo, desde el norte y el oeste, que continuó satisfactoriamente. Ahora, debido al avance de los japoneses en China, con su amenaza mortal a Kunming y tal vez a Chongqing, al generalísimo y a su régimen, hay que retirar dos y posiblemente más divisiones chinas para defender

China. No dudo de que esto fuera inevitable y correcto; sin embargo las consecuencias son graves. […] Se han frenado todas mis ideas sobre un ataque realmente poderoso al otro lado del Adriático o a través del golfo de Bengala.



La contraofensiva de Rundstedt

»Cuando contrastamos estas realidades con las expectativas halagüeñas de nuestros pueblos, a pesar de nuestros esfuerzos conjuntos por aplacarlas, se plantea la cuestión definitivamente: “¿Qué vamos a hacer al respecto?”. Mi preocupación aumenta al acabarse toda esperanza de celebrar pronto un encuentro de nosotros tres y con la postergación indefinida de otra reunión entre usted y yo con nuestros estados mayores. Nuestros planes británicos dependen de los suyos, nuestros problemas angloamericanos por lo menos se deben contemplar como un todo, y el telégrafo y el teléfono con frecuencia tan sólo obnubilan las opiniones. Por todo ello me parece que si usted no puede venir antes de febrero tengo que preguntarle si no puede enviar aquí

a sus jefes del Estado Mayor lo antes posible ya que así estarían cerca de sus principales ejércitos y del general Eisenhower, y desde aquí pueden estudiar con calma y con paciencia todo el escenario para emprender una acción vista de cerca como la que caracterizó nuestras campañas de 1944».

Aunque se mostró comprensivo, Roosevelt no pareció compartir mis preocupaciones. Respondió que «la ocupación de Alemania hasta la orilla izquierda del Rin siempre me pareció una labor muy dura. Como en mis buenos tiempos yo paseaba en bicicleta por gran parte de la zona del Rin nunca he sido tan optimista como muchos de los oficiales al mando con respecto a lo fácil que sería cruzar este río con nuestros ejércitos conjuntos.

»Sin embargo, a grandes rasgos, la estrategia que hemos acordado se desarrolla según lo planeado. Usted y yo nos encontramos ahora en la posición de unos comandantes en jefe que han preparado sus planes, han dado sus órdenes y han asignado sus recursos para la batalla según estos planes y estas órdenes. Por el momento, aunque llevemos un poco de retraso, me parece que la prosecución y el resultado de las batallas corresponden a nuestros comandantes de campo, en los que confío plenamente. […]».

Estaba a punto de producirse un duro golpe. Seis días después de enviar este telegrama estalló una crisis. La decisión aliada de atacar con intensidad desde Aquisgrán en el norte y también a través de Alsacia en el sur había dejado el centro muy debilitado. En el sector de las Ardenas había un solo cuerpo, el VIII estadounidense, compuesto por cuatro divisiones para defender un frente de ciento veinte kilómetros. El riesgo estaba previsto y se aceptó deliberadamente pero las consecuencias fueron serias y podrían haber sido peores. Mediante una hazaña notable el enemigo concentró alrededor de setenta divisiones en su frente occidental, quince de las cuales eran blindadas. Muchas tenían poca fuerza y necesitaban descansar y reequiparse pero había una formación, el Sexto Ejército Panzer, que sabíamos que era fuerte y estaba en buena forma. Habíamos prestado mucha atención a esta punta de lanza potencial mientras se encontraba en la reserva al este de Aquisgrán. Cuando se fueron calmando los combates en ese frente, a principios de diciembre, nuestro servicio secreto lo perdió de vista durante un tiempo y el mal tiempo para volar fue un obstáculo para nuestros intentos de localizarlo. Eisenhower sospechaba que se estaba tramando algo, aunque su alcance y su violencia nos pillaron por sorpresa.

Los alemanes tenían sin duda un plan importante. Rundstedt reunió dos ejércitos Panzer, el Quinto y el Sexto, además del Séptimo Ejército, que sumaban un total de diez divisiones Panzer y catorce de infantería. Con esta gran fuerza encabezada por sus unidades blindadas pretendían cruzar las Ardenas hasta el río Mosa, girar hacia el

norte y el noroeste, cortar en dos la línea aliada, apoderarse del puerto de Amberes e interrumpir la línea vital de comunicación de nuestros ejércitos del norte. Hitler planeó el ataque y no toleró que sus dubitativos generales introdujeran ningún cambio. Los restos de la Fuerza Aérea alemana se concentraron para emprender un último esfuerzo, mientras que los paracaidistas, los saboteadores y los agentes con uniformes de los aliados también desempeñaron su papel.

El ataque comenzó el dieciséis de diciembre bajo una intensa descarga de artillería. En su flanco norte el Sexto Ejército Panzer se topó con la derecha del Primer Ejército estadounidense que avanzaba hacia los diques del Rur. Después de una batalla variable se pudo contener al enemigo. Más al sur los alemanes penetraron en un frente estrecho, aunque se les impidió el avance durante varios días decisivos. El Sexto Ejército Panzer lanzó una nueva punta de lanza para atacar hacia el oeste y después hacia el norte, en el Mosa, por encima de Lieja. El Quinto Ejército Panzer atravesó el centro del cuerpo estadounidense y penetró profundamente en dirección al Mosa.

Aunque el momento y la intensidad del ataque sorprendieron al alto mando aliado en seguida advirtieron su importancia y su finalidad. Resolvieron reforzar los márgenes de la penetración, defender los cruces del Mosa tanto al este como al sur de Namur y concentrar las tropas móviles para aplastar el saliente desde el norte y el sur. Eisenhower actuó con presteza. Frenó todos los ataques aliados que estaban en marcha e incorporó cuatro divisiones estadounidenses de la reserva y seis más procedentes del sur. Llegaron desde Inglaterra dos divisiones aerotransportadas, una de ellas la 6.ª británica. Al norte del saliente cuatro divisiones del XXX Cuerpo británico, que acababan de salir de la línea sobre el río Rur, se concentraron entre Lieja y Lovaina detrás del Primer Ejército estadounidense y del Noveno. Este último aportó todas sus reservas para ampliar el flanco defensivo hacia el oeste, desde Malmédy.

Al cortar el frente del Duodécimo Grupo de Ejército del general Bradley los alemanes impidieron que ejerciera el mando efectivo desde su cuartel general en Luxemburgo sobre los dos ejércitos que estaban en el norte. Por consiguiente el general Eisenhower tuvo la magnífica idea de poner a Montgomery temporalmente al mando de todas las tropas aliadas del norte mientras que Bradley conservó el Tercer Ejército estadounidense y se le encomendó contener y contraatacar al enemigo desde el sur. Se hicieron los arreglos correspondientes para las fuerzas aéreas tácticas.

Tres de nuestras divisiones de refuerzo se alinearon sobre el Mosa al sur de Namur. Bradley concentró un cuerpo en Arlon y envió a la 101.ª División Aerotransportada estadounidense para conseguir los importantes cruces de caminos de Bastogne. Las unidades blindadas alemanas giraron hacia el norte y trataron de abrirse camino hacia el noroeste dejando que su infantería capturara la ciudad. La

101.ª, con algunas unidades blindadas, quedaron aisladas y durante una semana rechazaron todos los ataques.

La rotación del Quinto y el Sexto Ejército Panzer provocó implacables combates en torno a Marche que se prolongaron hasta el veintiséis de diciembre. Entonces los alemanes estaban agotados, aunque en un momento dado llegaron a estar a apenas seis kilómetros del Mosa y habían llegado a introducirse alrededor de cien kilómetros. A causa del mal tiempo y las nieblas bajas que llegaban hasta el suelo nuestras fuerzas aéreas no pudieron participar durante la primera semana de la batalla pero el veintitrés de diciembre mejoraron las condiciones de vuelo y participaron con un efecto devastador. Los bombarderos pesados atacaron las líneas férreas y los centros de desplazamiento situados detrás de las líneas enemigas, y las fuerzas aéreas tácticas causaron estragos en sus zonas de vanguardia, privándolas de refuerzos, combustible, alimentos y municiones. Los ataques estratégicos a las refinerías alemanas contribuyeron a privarlos de gasolina y a disminuir el avance.

Frustrados en su objetivo primordial, el Mosa, los Panzer se volvieron despiadadamente hacia Bastogne. La 101.ª División, a pesar de haber recibido refuerzos, fue ampliamente superada en número. Defendieron la ciudad con firmeza una semana más y a finales de diciembre el alto mando alemán debió de darse cuenta, aunque a regañadientes, de que la batalla estaba perdida. Una contraofensiva de Patton avanzaba a un ritmo constante, aunque lento, sobre el campo nevado. El enemigo hizo un último intento esta vez en el aire. El uno de enero de 1945 lanzaron un violento ataque por sorpresa a baja altura sobre todos nuestros aeródromos de vanguardia. Nuestras pérdidas, a pesar de ser numerosas, se sustituyeron rápidamente; en cambio la Luftwaffe perdió más de lo que se podía permitir en su último ataque masivo de la segunda guerra mundial.

Tres días después Montgomery lanzó un contragolpe desde el norte para unirse al avance de Patton desde el sur. Dos cuerpos estadounidenses, con los británicos sobre su flanco occidental, presionaron sobre el enemigo. Luchando a través de las tormentas de nieve las dos alas del ataque aliado se fueron acercando lentamente hasta unirse en Houffalizé el día dieciséis. Los alemanes se vieron obligados a retroceder continuamente hacia el este mientras desde el aire los hostigaban sin cesar. A finales de mes estaban otra vez detrás de sus fronteras sin haber conseguido nada a cambio de su supremo esfuerzo, excepto unas pérdidas ruinosas de material y unas bajas que ascendían a ciento veinte mil hombres.

Ésa fue la última ofensiva alemana de la guerra. Produjo en nosotros no poca preocupación y nos hizo postergar nuestro propio avance pero al final salimos beneficiados. Los alemanes no pudieron recuperarse de sus pérdidas y las batallas que se desarrollaron posteriormente sobre el Rin, a pesar de ser duras, no cabe duda de que fueron más fáciles. Su alto mando, e incluso Hitler, debían de estar

desilusionados. Tomados por sorpresa, Eisenhower y sus comandantes actuaron rápidamente, aunque reconocerán que el mayor mérito no fue suyo. Según dijo Montgomery, «el factor principal del éxito de la batalla de las Ardenas fue el enfrentamiento incondicional del soldado estadounidense». Sin duda la mayor parte de la lucha correspondió a las tropas estadounidenses que fueron las que sufrieron casi todas las bajas.

Capítulo XXI

NAVIDAD EN ATENAS

Los griegos compiten con los judíos por ser la raza con mayor conciencia política del mundo. Por desesperadas que sean sus circunstancias o por graves que sean los peligros que corre su país siempre están divididos entre muchos partidos, con numerosos dirigentes que luchan entre sí con un vigor desesperado. Bien dicen que dondequiera que haya tres judíos juntos habrá dos primeros ministros y un jefe de la oposición. Y lo mismo se puede decir de esta otra famosa raza antigua, cuya lucha por la vida, violenta e infinita, se remonta a las fuentes del pensamiento humano. No hay otras dos razas que hayan dejado en el mundo una marca semejante. Las dos han demostrado su capacidad de supervivencia a pesar de los peligros interminables y los sufrimientos producidos por los opresores externos equiparables tan sólo a sus propias enemistades, luchas y convulsiones incesantes. Aunque pasen varios miles de años no se aprecia ningún cambio en sus características ni disminuyen sus padecimientos ni su vitalidad. Han sobrevivido a pesar de todo lo que el mundo pudo hacer contra ellos y de todo lo que ellos pudieron hacer contra sí mismos, y cada uno de ellos desde ángulos tan diferentes nos ha dejado la herencia de su genio y su sabiduría. No hay dos ciudades que hayan contado más en la historia de la humanidad que Atenas y Jerusalén. Sus mensajes sobre la religión, la filosofía y el arte han sido los principales faros de la fe y la cultura modernas. A pesar de siglos de dominio extranjero y de opresión indescriptible e infinita siguen siendo unas importantes comunidades vivas y activas en el mundo moderno, con enfrentamientos intestinos de una vivacidad insaciable. Personalmente siempre he estado de parte de las dos y he creído en su poder invencible para sobrevivir a los conflictos internos y a las corrientes mundiales que amenazan con extinguirlas.

Antes de partir de Italia, a finales de agosto, le pedí al jefe del Estado Mayor del Imperio que calculara los detalles de una expedición británica a Grecia por si caían los alemanes que quedaban allí[60]. Le pusimos el nombre en clave de «Maná» y en septiembre los preparativos estaban bastante adelantados. Trasladamos a Italia a Papandreu y sus colegas y los instalamos en una villa próxima a Casería donde se puso a trabajar con los representantes del EAM y sus opositores nacionalistas, el EDES[61]; con la colaboración de Macmillan, en su calidad de ministro permanente en el Mediterráneo, y de Leeper, nuestro embajador ante el gobierno griego, el día veintiséis se suscribió un acuerdo global que establecía que todas las guerrillas del país se pondrían a las órdenes del gobierno griego, que a su vez las pondría a las órdenes del comandante británico, el general Scobie. Los dirigentes guerrilleros declararon que ninguno de sus hombres se tomaría la justicia por su mano. No se

emprendería ninguna acción en Atenas si no era por orden directa del general Scobie. Este documento, conocido como el acuerdo de Casería, rigió nuestra acción en el futuro.

En octubre comenzó la liberación de Grecia. Se enviaron unidades de comando al sur del país y a primeras horas del cuatro de octubre nuestras tropas ocuparon Patras, que fue nuestro primer punto de apoyo desde la trágica salida de 1941. El día doce el general Wilson se enteró de que los alemanes estaban evacuando Atenas y al día siguiente los paracaidistas británicos aterrizaron sobre el aeródromo de Megara, a unos doce kilómetros de la capital. El día catorce llegaron el resto de los paracaidistas y ocuparon la ciudad, pisándoles los talones a los alemanes que se retiraban. Nuestras fuerzas navales entraron en El Pireo llevando consigo al general Scobie y a la parte principal de su fuerza y dos días después llegó el gobierno griego junto con nuestro embajador.

Había llegado el momento de poner a prueba nuestro acuerdo. En la conferencia de Moscú tuve que pagar un alto precio por conseguir la abstención rusa. Tuvimos que comprometernos a apoyar al gobierno provisional de Papandreu, en el que tenía plena representación el EAM. Todos los partidos estaban obligados a cumplir el acuerdo de Caserta y queríamos entregar el poder a un gobierno griego estable sin pérdida de tiempo. Pero Grecia estaba en ruinas. Los alemanes destruyeron carreteras y líneas férreas a medida que se retiraban hacia el norte y, aunque nuestra fuerza aérea los hostigaba, poco podíamos hacer en tierra. Las bandas armadas del ELAS ocuparon el hueco que dejaban los invasores al retirarse y su mando central apenas hizo esfuerzos por hacer cumplir las solemnes promesas que habían hecho. Había miseria y disensión por todas partes. Los asuntos financieros estaban en desorden y faltaban alimentos. Nuestros propios recursos militares estaban exigidos al máximo.

A finales de mes Eden pasó por Atenas en su viaje de regreso a Londres desde Moscú y recibió una tumultuosa bienvenida en recuerdo de los esfuerzos que hizo por Grecia en 1941. Lo acompañaban lord Moyne, el ministro permanente en El Cairo, y Macmillan. Se discutió toda la cuestión de las ayudas y se hizo todo lo humanamente posible. Nuestras tropas aceptaron que les redujeran la ración a la mitad para aumentar las reservas de alimentos, y los zapadores británicos comenzaron a construir vías de comunicaciones de emergencia. El uno de noviembre los alemanes habían evacuado Salónica y Florina. Diez días después la última de sus fuerzas había cruzado la frontera septentrional y, salvo algunas guarniciones aisladas en el interior, Grecia era libre.

Pero el gobierno de Atenas no disponía de tropas suficientes para controlar el país y obligar al ELAS a cumplir el acuerdo de Caserta. Los disturbios aumentaron y se extendieron. Era inminente una revuelta del EAM y el quince de noviembre el general Scobie recibió órdenes de hacer contrapreparativos. Atenas sería declarada

zona militar y se le dio autoridad para ordenar a todas las tropas del ELAS que abandonaran la ciudad. Le enviaron desde Italia a la 4.ª División india y lo mismo ocurrió con la Brigada griega, que se convirtió en el origen de las controversias entre Papandreu y sus colegas del EAM. Era evidente que la única posibilidad de evitar una guerra civil era desarmar a las guerrillas y las demás fuerzas de mutuo acuerdo y establecer un nuevo Ejército nacional y una fuerza policial bajo el control directo del gobierno de Atenas.

Se presentó al aturdido gabinete un proyecto de decreto para desmovilizar a las guerrillas elaborado, a petición de Papandreu, por los propios ministros del EAM. Se mantenían la Brigada regular griega de montaña y el «Escuadrón sagrado» de la Fuerza Aérea; el ELAS conservaría una brigada propia y se le daría al EDES una pequeña fuerza. Pero a último momento los ministros del EAM se echaron atrás con sus propias propuestas, después de desperdiciar con ellas una semana preciosa, y exigieron la disolución de la Brigada de montaña. La táctica comunista ya se había puesto en marcha. El uno de diciembre renunciaron los seis ministros relacionados con el EAM y para el día siguiente se proclamó una huelga general en Atenas. El resto del gabinete aprobó un decreto que disolvía las guerrillas y el Partido Comunista retiró su cuartel general de la capital. El general Scobie lanzó un mensaje al pueblo de Grecia indicando que apoyaba con firmeza al gobierno constitucional, «hasta que se establezca el Estado griego con una fuerza armada legal y se puedan celebrar elecciones libres». Yo hice una declaración personal similar desde Londres.

El domingo tres de diciembre los partidarios de los comunistas que participaban en una manifestación prohibida tuvieron un enfrentamiento con la policía y comenzó la guerra civil. Al día siguiente el general Scobie ordenó al ELAS que evacuara de inmediato Atenas y El Pireo. En cambio, sus tropas y civiles armados trataron de apoderarse de la capital por la fuerza.

En ese momento asumí un control más directo de la situación. Cuando supe que los comunistas ya se habían apoderado de casi todas las comisarías de policía de Atenas, asesinando al grueso de sus ocupantes que no estaban a favor de su ataque, y que se encontraban a menos de un kilómetro de las dependencias del gobierno ordené al general Scobie y a sus cinco mil soldados británicos, que diez días antes habían sido recibidos por la población con entusiasmo como si fueran salvadores, que intervinieran y dispararan contra los traidores agresores. No sirve de nada hacer este tipo de cosas a medias. La única manera de enfrentarse a la violencia de la muchedumbre, mediante la que los comunistas pretendían apoderarse de la ciudad y presentarse al mundo como el gobierno que reclamaba el pueblo griego, era por la fuerza de las armas. No había tiempo para convocar al gabinete.

Anthony y yo estuvimos reunidos hasta alrededor de las dos y estábamos

totalmente de acuerdo en que había que abrir fuego. Viendo lo cansado que estaba le dije: «Si quiere váyase a la cama y déjemelo a mí». Así lo hizo y alrededor de las tres de la mañana redacté el siguiente telegrama para el general Scobie:

«[…] Usted es el responsable de mantener el orden en Atenas y de neutralizar y destruir a todas las bandas del EAM y el ELAS que se acerquen a la capital. Puede tomar las medidas que quiera para el riguroso control de las calles o para hacer redadas contra todas las personas en actitud agresiva. Naturalmente el ELAS pondrá mujeres y niños en la vanguardia donde puede haber disparos. Utilice el ingenio para no cometer errores. Pero no dude en disparar contra cualquier hombre armado de Atenas que se enfrente a las autoridades británicas o a las autoridades griegas con las que estamos colaborando. Convendría, desde luego, reforzar su mando con la autoridad de alguien del gobierno griego, y Leeper le ha dicho a Papandreu que haga un alto en sus tareas y colabore. *Sin embargo no dude en actuar como si estuviera en una ciudad conquistada en la que se está produciendo una rebelión local*[62].

»Con respecto a las bandas del ELAS que se acercan desde el exterior seguro que con sus unidades blindadas podrá darles a algunas una lección que les quitarán a otras el deseo de intentarlo. Puede contar con mi apoyo para cualquier acción razonable que emprenda partiendo de esta base. *Tenemos que defender y dominar Atenas. Sería estupendo si pudiera conseguirlo sin derramamiento de sangre, pero si fuera necesario no importa que lo haya»*[63].

Este telegrama se despachó a las 4.50 de la madrugada del día cinco. Reconozco que tenía un tono algo estridente pero me parecía tan necesario que el comandante militar tuviera claro lo que tenía que hacer que a propósito lo expresé en los términos más crudos. El hecho de tener en su poder una orden así no sólo lo animaría a emprender una acción decisiva sino que le daría la confianza de que contaba con mi apoyo para cualquier acción bien pensada que emprendiera, fueran cuales fueren las consecuencias. Toda esta cuestión me preocupaba mucho pero estaba seguro de que no podían tener cabida las dudas ni las evasivas. Conservaba el recuerdo del famoso telegrama que Arthur Balfour dirigió en los años ochenta a las autoridades británicas en Irlanda: «No duden en disparar», que se envió a través del telégrafo normal. Esto desató un gran revuelo en la cámara de los Comunes en esa época pero no cabe duda de que evitó que se perdieran muchas vidas. Fue uno de los pasos clave que hicieron avanzar a Balfour hacia el poder y el control. La escena se desarrollaba en ese momento en un entorno totalmente diferente pero tenía en la cabeza la frase «no duden en disparar» como un recuerdo de aquellos lejanos días.

Ahora que el mundo libre sabe mucho más que entonces sobre el movimiento comunista, tanto en Grecia como en cualquier otro lugar, muchos lectores se sorprenderán de los vehementes ataques a los que se vio sometido el gobierno de Su Majestad, y sobre todo yo que lo encabezaba. La gran mayoría de la prensa

estadounidense condenó con virulencia nuestra acción que, según sus declaraciones, falseaba la causa por la que habían entrado en la guerra. El Departamento de Estado, a cargo de Stettinius, emitió un comunicado muy crítico, que en el futuro lamentarían o al menos revocarían. En Inglaterra había un gran desasosiego. El *Times* y el *Manchester Guardian* censuraron lo que consideraban nuestra política reaccionaria. Sin embargo Stalin mantuvo su adhesión fiel y rigurosa a nuestro acuerdo de octubre y durante las largas semanas de combates contra los comunistas en las calles de Atenas ni el *Pravda* ni el *Izvestia* publicaron ni una sola palabra de reproche.

En la cámara de los Comunes había un gran alboroto, con una fuerte corriente de opiniones imprecisas, e incluso de cólera; si el gobierno hubiera tenido una base menos sólida que la coalición nacional habría quedado destrozado. Pero el gabinete de Guerra resistió como una roca, donde las olas y los vientos podían batir en vano. Cuando recordamos lo que le ocurrió a Polonia, a Hungría y a Checoslovaquia en estos últimos años podemos dar gracias a la diosa Fortuna por brindarnos en este momento decisivo la calma y la fuerza unida de unos líderes decididos en todos los partidos. Por razones de espacio no puedo citar más que algunos pasajes del discurso que pronuncié el ocho de diciembre.

> Nos acusan […] de utilizar las fuerzas de Su Majestad para desarmar a los amigos de la democracia en Grecia y en otros lugares de Europa y de reprimir los movimientos populares que con tanto valor han contribuido a derrotar al enemigo. […]
>
> Sin embargo se plantea la cuestión, y uno se puede permitir hacer hincapié en ella por un momento, de quiénes son los amigos de la democracia y también de cómo se ha de interpretar la palabra «democracia». La idea que yo tengo es que el hombre común, sencillo y humilde, simplemente el hombre corriente que mantiene a su esposa y a su familia, el que sale a combatir por su patria cuando ésta lo necesita, acude a las urnas cuando corresponde y marca con una cruz la papeleta para indicar al candidato que quiere que se elija para el Parlamento, él es la base de la democracia. Y también es fundamental para esta base que ese hombre o esa mujer puedan actuar sin temor, sin ninguna forma de intimidación ni discriminación. Él hace una marca en la papeleta en secreto y después se reúnen los representantes elegidos para decidir juntos el gobierno e incluso, en momentos de dificultad, la forma de gobierno que quieren tener en su país. Si eso es democracia le rindo homenaje, la defiendo, lucharé por ella. […] Yo me mantengo sobre la base de las elecciones libres basadas en el sufragio universal y eso es lo que consideramos la base de la democracia. Pero no opino lo mismo sobre una democracia engañosa, una democracia que se define como democrática porque es de izquierdas. Hacen falta todo tipo de personas para constituir la democracia, no sólo las izquierdas ni siquiera los comunistas. No admito que un partido o un equipo se llame demócrata porque se estira cada vez más hacia las formas más extremas de revolución. No acepto que un partido represente necesariamente la democracia porque se vuelve cada vez más violento a medida que se vuelve menos numeroso.
>
> Hay que tener un poco de respeto por la democracia y no usar el término con demasiada ligereza. Lo que menos se parece a la democracia es la ley de la calle, con bandas de gángsteres provistas de armas mortales, que imponen su voluntad en las grandes ciudades, se apoderan de las comisarías y los puntos clave del gobierno intentando, y clamando, por todos los medios introducir un régimen totalitario con mano de hierro, como pueden hacer ahora si obtienen el poder… [Interrupción.]
>
> La democracia no se basa en la violencia ni en el terrorismo sino en la razón, en el juego limpio, en la libertad, en respetar las ideas de los demás. La democracia no es una ramera que recoge en la calle un hombre con una metralleta. Yo confío en el pueblo, en la masa de la gente, en casi todos los países, pero quiero asegurarme de que se trata del pueblo y no de una pandilla de bandidos que piensan que con la violencia pueden derrocar a una autoridad constituida, en algunos casos antiguos parlamentos, gobiernos y

Estados. […]

Apenas treinta miembros votaron en contra. Casi trescientos nos dieron un voto de confianza. Fue otro momento en el que la cámara de los Comunes manifestó su fuerza y su autoridad imperecederas.

No cabe duda de que la manifestación impulsiva de la opinión pública estadounidense y la línea de pensamiento que seguía por entonces el Departamento de Estado afectaron al presidente Roosevelt y a su círculo inmediato. Los sentimientos que expuse en la cámara de los Comunes ahora se han vuelto corrientes en la doctrina y la política de Estados Unidos y cuentan con la aprobación de las Naciones Unidas, pero en esa época tenían un aire de novedad que resultaba sorprendente para los que se regían por los argumentos del pasado y no se daban cuenta de la aparición de una nueva corriente adversa en los asuntos humanos.

Mientras tanto las tropas británicas luchaban con dureza en el centro de Atenas rodeadas y superadas en número. Combatimos casa por casa contra un enemigo compuesto por civiles en sus cuatro quintas partes como mínimo. A diferencia de muchos de los corresponsales de los periódicos aliados en Atenas a nuestras tropas no les costó comprender lo que pasaba. Papandreu y sus demás ministros habían perdido toda su autoridad. Las propuestas previas de establecer una regencia con el arzobispo Damaskinos al frente habían sido rechazadas por el rey, pero el diez de diciembre Leeper volvió a plantear la idea. Sin embargo el rey Jorge se oponía de modo que en ese momento no quisimos presionarlo.

En medio de estos tumultos llegaron a Atenas el mariscal de campo Alexander y Harold Macmillan. El doce de diciembre el gabinete de Guerra dio carta blanca a Alexander en todas las cuestiones militares. Desviaron la 4.ª División británica, que pasaba desde Italia hacia Egipto, y su llegada durante la segunda mitad del mes, a su debido tiempo, cambió la situación; mientras tanto las luchas callejeras iban de un lado a otro, extendiéndose cada vez más. El día quince Alexander me avisó de que era muy importante resolver la situación cuanto antes y que lo mejor era hacerlo a través del arzobispo. «De lo contrario —telegrafió— me temo que si la resistencia rebelde continúa con la misma intensidad que ahora tendré que enviar más refuerzos desde el frente italiano para asegurarme de despejar todo El Pireo y Atenas, que supone más de cien kilómetros cuadrados de casas».

Pocos días después decidí ir a verlo por mí mismo.

Era el veinticuatro de diciembre y teníamos organizada una fiesta familiar e infantil para la nochebuena. Teníamos un árbol de navidad que nos había enviado el presidente y pensábamos con satisfacción en una velada agradable, tal vez más brillante porque estábamos rodeados de oscuridad. Pero cuando acabé de leer mis

telegramas tuve la certeza de que tenía que volar a Atenas, ver la situación allí mismo y sobre todo conocer al arzobispo en torno al que giraban tantas cosas. Por consiguiente puse en marcha el teléfono y di órdenes para que prepararan un avión en Northolt para esa noche. También arruiné la navidad de Eden al proponerle que me acompañara, propuesta que aceptó en seguida. Después de todos los reproches que me dirigió mi familia por abandonar la fiesta partí en coche a reunirme con Eden en Northolt donde nos aguardaba el Skymaster que acababa de enviarme el atento y eficaz general Arnold. Dormimos profundamente hasta alrededor de las ocho, cuando aterrizamos en Nápoles para repostar. Había allí varios generales y desayunamos todos juntos en la misma mesa, o en mesas contiguas. El desayuno no es mi mejor hora del día y las noticias que recibimos tanto del frente de Italia como de Atenas eran deprimentes. Al cabo de una hora volvimos a partir y, con un tiempo perfecto, sobrevolamos el Peloponeso y el estrecho de Corinto. Atenas y El Pireo se desplegaron como un mapa a nuestros pies, a una escala gigantesca, y los miramos preguntándonos cómo estaría la situación.

Alrededor del mediodía aterrizamos en el aeródromo de Kalamaki, que estaba custodiado por alrededor de dos mil aviadores británicos, todos bien armados y en plena actividad. Allí se encontraban el mariscal de campo Alexander, Leeper y Macmillan. Subieron a bordo del avión y dedicamos casi tres horas a discutir toda la posición militar y política. Creo que al final estábamos totalmente de acuerdo sobre los pasos que había que dar de inmediato.

Mi grupo y yo íbamos a dormir a bordo del *Ajax*, que estaba anclado frente a las costas de El Pireo, el famoso crucero ligero de la batalla del Río de la Plata que parecía entonces tan lejana. Dijeron que el camino estaba despejado y, escoltados por varios vehículos blindados, recorrimos los pocos kilómetros sin ningún problema. Subimos a bordo del *Ajax* antes de que anocheciera y me di cuenta por primera vez de que era navidad. La tripulación del barco había hecho todos los preparativos para pasar una alegre velada y procuramos molestarlos lo menos posible.

Los marineros habían planeado que una docena de ellos se disfrazaran con todo tipo de vestimentas, como chinos, negros, pieles rojas, miembros de la clase obrera londinense, payasos, para darle una serenata a los oficiales y los suboficiales, y en general para celebrar una fiesta adecuada para la ocasión. Llegaron entonces el arzobispo y sus asistentes: un hombre corpulento y de gran estatura, con la vestimenta y el alto sombrero propios de un dignatario de la Iglesia griega. Cuando se encontraron los dos grupos los marineros pensaron que se trataba de alguien que formaba parte del espectáculo sin que ellos lo supieran y se pusieron a bailar a su alrededor con entusiasmo. El arzobispo pensó que esa pandilla variopinta era un insulto premeditado y habría partido hacia la costa de no ser por la oportuna llegada del capitán que, ante una situación tan violenta, logró explicar la situación de forma

satisfactoria. Mientras tanto yo esperaba preguntándome qué habría pasado. Al final todo acabó bien.

Habló con profundo resentimiento sobre las atrocidades del ELAS y la mano oscura y siniestra que estaba detrás del EAM. Al oírle era imposible dudar de que sentía un inmenso temor ante la participación de los comunistas, o los trotskistas como los llamaba él, en los asuntos griegos. Nos dijo que había publicado una encíclica condenando al ELAS por tomar ocho mil rehenes, ciudadanos de clase media, muchos de ellos egipcios, de los que cada día mataban a unos cuantos, y que había dicho que revelaría estos hechos a la prensa si no liberaban a las mujeres. En general me inspiró bastante confianza. Era una figura impresionante y de inmediato aceptó la propuesta de presidir la conferencia que se celebraría al día siguiente, a la que se invitó al ELAS a enviar a sus representantes.

La mañana del veintiséis, el día de san Esteban, me dirigí a la embajada. Recuerdo que tres o cuatro proyectiles procedentes de los combates que se desarrollaban a un kilómetro y medio de nosotros, a la izquierda, dieron en el agua bastante cerca del *Ajax* cuando estábamos a punto de desembarcar. Allí nos esperaban un vehículo blindado y una escolta militar. Recorrimos en medio de un ruido sordo el camino hasta la embajada sin ningún problema. Volví a reunirme con el arzobispo, del que íbamos a hacer depender tantas cosas, y él estuvo de acuerdo en todo lo que le propusimos. Planificamos el procedimiento para la conferencia que se celebraría por la tarde. Yo ya estaba convencido de que era la figura más destacada en medio de la agitación que había en Grecia. Entre otras cosas supe que había sido campeón de lucha antes de ingresar en la Iglesia ortodoxa.

Alrededor de las seis de la tarde comenzó la conferencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores griego. Tomamos asiento en una sala grande y sombría cuando ya había oscurecido. Hace frío en Atenas en invierno. No había calefacción y unos cuantos faroles arrojaban una luz tenue sobre el lugar. Yo me senté a la derecha del arzobispo, con Eden, y el mariscal de campo Alexander estaba a su izquierda. MacVeagh, el embajador estadounidense, Baelen, el ministro francés y el representante militar soviético habían aceptado nuestra invitación. Los tres dirigentes comunistas llegaron tarde pero no fue culpa suya. Había mantenido muchas discusiones en los puestos de avanzadilla. Al cabo de media hora empezamos a trabajar y yo ya había comenzado a hablar cuando ellos entraron en la habitación. Eran personas presentables y llevaban el traje de campaña británico.

«Es mejor —les dije— hacer todo lo posible por rehacer Grecia como un factor en la victoria, y hacerlo ahora. No pretendemos ser un obstáculo en sus deliberaciones. Los británicos y los demás representantes de las grandes potencias unidas victoriosas dejaremos que ustedes, los griegos, discutan entre sí presididos por

este ciudadano tan destacado y venerable y no los molestaremos a menos que ustedes vuelvan a solicitar nuestra participación. […] Sin embargo, espero que la conferencia que comienza esta tarde aquí, en Atenas, devuelva una vez más a Grecia su fama y su poder entre los aliados y entre los pueblos del mundo que aman la paz, que proteja las fronteras griegas de cualquier peligro procedente del norte y que permita que todos los griegos hagan lo mejor para sí mismos y para su país a los ojos del mundo entero. […]».

Alexander añadió una nota punzante al decir que las tropas griegas deberían estar luchando en Italia en lugar de combatir contra tropas británicas en Grecia.

Después de romper el hielo y de conseguir que los griegos, que se habían hecho tanto daño los unos a los otros, negociaran en torno a una mesa bajo la presidencia del arzobispo, y de hacer los discursos formales, los miembros británicos de la conferencia nos retiramos.

Durante todo el día siguiente se desarrollaron enconadas y animadas discusiones entre los partidos griegos. A las 17.30 mantuve una última conversación con el arzobispo. Como consecuencia de su conversación con los delegados del ELAS se acordó que yo le pidiera al rey de Grecia que lo nombrara regente. Él se dedicaría a formar un nuevo gobierno en el que no habría ningún miembro comunista. Nos comprometimos a seguir combatiendo con toda intensidad hasta que el ELAS aceptara una tregua o hasta que no quedara ninguno de ellos en la zona de Atenas. Le dije que no podíamos emprender ninguna misión militar fuera de Atenas y el Ática pero que trataríamos de mantener fuerzas británicas en Grecia hasta que se creara un Ejército nacional griego.

A la mañana siguiente, el veintiocho de diciembre, Eden y yo partimos en avión. No tuve oportunidad de despedirme de Papandreu antes de irme. Estaba a punto de renunciar y era el gran perdedor en toda esta situación. Le pedí a nuestro embajador que mantuviera con él un trato amistoso. El veintinueve de diciembre llegamos de vuelta a Londres. Eden y yo estuvimos con el rey de Grecia hasta las 4.30 de la madrugada; al final el rey aceptó no regresar a Grecia a menos que así lo decidiera la voluntad libre y justa del pueblo griego y nombrar regente al arzobispo durante la crisis. De inmediato envié el anuncio real a Leeper y el arzobispo le respondió al rey aceptando su nombramiento como regente. Grecia ya tenía un gobierno nuevo y palpable. El tres de enero nombraron primer ministro al general Plastiras, un vehemente republicano que encabezó la revuelta del Ejército contra el rey Constantino en 1922.

Continuaron las luchas en Atenas durante diciembre hasta que al final los insurgentes fueron expulsados de la capital y a mediados de enero las tropas británicas controlaban todo el Ática. Los comunistas no podían hacer nada contra nuestros hombres en campo abierto y se firmó la tregua el once de enero.

Así acabaron las seis semanas de lucha por Atenas y, como quedó demostrado al final, por liberar a Grecia del yugo comunista. Cuando había tres millones de hombres luchando a ambos lados del frente occidental y gran cantidad de fuerzas estadounidenses desplegadas contra Japón en el Pacífico los espasmos de Grecia pueden parecer insignificantes pero sin embargo se encontraban en el punto neurálgico del poder, el derecho y la libertad del mundo occidental. Resulta extraño comprobar, al mirar hacia atrás estos acontecimientos ahora que han pasado algunos años, que la política por la que luchamos con tanta tenacidad mis colegas y yo al final quedó justificada por los hechos. Por mi parte jamás tuve ninguna duda al respecto porque tenía muy claro que el comunismo sería el peligro que tendría que enfrentar la civilización después de derrotar al nazismo y el fascismo. No nos tocó a nosotros acabar con la tarea en Grecia. Sin embargo quién iba a pensar, a finales de 1944, que el Departamento de Estado, apoyado por la aplastante opinión de los estadounidenses, en poco más de dos años no sólo adoptaría y continuaría el camino que habíamos comenzado sino que haría esfuerzos vehementes y costosos, incluso de carácter militar, para llevarlos a buen término. Si Grecia ha escapado del destino de Checoslovaquia y sobrevive hoy día como una de las naciones libres esto se debe no sólo a la acción británica en 1944 sino a los férreos esfuerzos de lo que entonces se convertiría en la fuerza unida del mundo de habla inglesa.

Capítulo XXII

MALTA Y YALTA: LOS PLANES PARA LA PAZ MUNDIAL

A finales de enero de 1945 los ejércitos de Hitler estaban prácticamente comprimidos dentro de su propio territorio, a excepción de un control incierto que mantenían en Hungría y en el norte de Italia pero la situación política, al menos en el este de Europa, no era en absoluto tan satisfactoria. Se había alcanzado sin duda una tranquilidad precaria en Grecia, donde parecía que dentro de un plazo razonable se establecería un gobierno democrático libre basado en el sufragio universal y el voto secreto. En cambio, Rumanía y Bulgaria habían quedado en poder de la ocupación militar soviética. Hungría y Yugoslavia quedaban en la sombra del campo de batalla y Polonia, aunque libre de alemanes, se había limitado a cambiar un conquistador por otro. El acuerdo informal y transitorio al que llegué con Stalin durante mi visita a Moscú en octubre no podía regir ni afectar el futuro de estas extensas regiones cuando Alemania fuera derrotada y, por lo que a mí respecta, nunca pretendí que fuese así.

Resultaba imprescindible revisar toda la forma y la estructura de la Europa de posguerra. Cuando los nazis fueran derrotados, ¿cómo habría que tratar a Alemania? ¿Qué ayuda podíamos esperar de la Unión Soviética en la derrota definitiva de Japón? Y cuando alcanzáramos nuestros objetivos militares, ¿qué medidas y qué organización podían proporcionar los tres grandes aliados para la futura paz y el buen gobierno del mundo? Las conversaciones de Dumbarton Oaks habían acabado en un desacuerdo parcial y lo mismo ocurrió, a una escala menor aunque no menos vital, con las negociaciones entre los «polacos de Lublin», apoyados por los soviéticos, y sus compatriotas de Londres, que Eden y yo promovimos con tanta dificultad durante nuestra visita al Kremlin en octubre de 1944. Una correspondencia estéril entre el presidente y Stalin, de la que Roosevelt me había mantenido informado, acompañó la secesión de Mikolajczyk de sus colegas en Londres, mientras que el cinco de enero, contrariamente a los deseos tanto de Estados Unidos como de Gran Bretaña, los soviéticos reconocieron al Comité de Lublin como el gobierno provisional de Polonia.

El presidente estaba totalmente convencido de la necesidad de celebrar otra reunión de «los tres» y, ante mi insistencia, también aceptó que nosotros debíamos celebrar una conferencia preliminar por nuestra cuenta en Malta. El lector recordará las preocupaciones que expresé acerca de nuestras operaciones en el noroeste de Europa en el telegrama que le envié al presidente el seis de diciembre[64] y que me seguían inquietando. Los jefes del Estado Mayor británico y el estadounidense tenían muchas cuestiones que debatir antes de nuestro encuentro con los soviéticos; por

tanto el veintinueve de enero de 1945 despegué de Northolt en el Skymaster que me dio el general Arnold. Mi hija Sarah y la comitiva oficial, junto con Martin y Rowan, mis secretarios privados, y el comandante Thompson viajaron conmigo. El resto de mi equipo personal y algunos funcionarios del ministerio viajaron en otros dos aviones. Llegamos a Malta poco antes del amanecer del treinta de enero y allí supimos que uno de estos dos aviones se había estrellado cerca de Pantelería. Sólo sobrevivieron tres tripulantes y dos pasajeros.

El dos de febrero por la mañana llegó al puerto de La Valeta, a bordo del barco estadounidense *Quincy*, el grupo del presidente. Era un día cálido y bajo un cielo despejado observé la llegada desde la cubierta del barco británico *Orion*. Mientras el crucero estadounidense pasaba lentamente a nuestro lado en dirección a su atracadero junto al muelle pude ver la figura del presidente, sentado en el puente, y nos saludamos con la mano. Con la escolta de los Spitfire sobre nuestras cabezas, las salvas y las bandas de las tripulaciones en el puerto tocando el himno nacional de Estados Unidos fue una escena espléndida. Comí a bordo del *Quincy* y a las seis de esa tarde tuvimos la primera reunión formal en el camarote del presidente donde repasamos el informe de los jefes del Estado Mayor conjunto y las conversaciones militares que habían tenido lugar en Malta los tres días anteriores. Nuestros estados mayores habían hecho un trabajo notable. Sus conversaciones se habían centrado fundamentalmente en los planes de Eisenhower para trasladar a sus fuerzas hasta el Rin y para cruzarlo. Había diferencias de opinión sobre el asunto de las que hablaremos en otro capítulo[65]. Evidentemente se aprovechó la oportunidad para repasar todo el curso de la guerra, incluida la guerra contra los submarinos alemanes, las futuras campañas en el sureste asiático y el Pacífico y la situación en el Mediterráneo. De mala gana aceptamos retirar dos divisiones de Grecia en cuanto pudiéramos prescindir de ellas, aunque aclaré que no estaríamos obligados a hacerlo hasta que el gobierno griego contase con sus propias fuerzas militares. También se retirarían tres divisiones de Italia para reforzar el noroeste de Europa, aunque destaqué que no sería prudente retirar demasiadas fuerzas anfibias. Era muy importante no perder de vista la rendición alemana en Italia y le dije al presidente que deberíamos ocupar la mayor cantidad de territorio austríaco que pudiéramos ya que no era «*aconsejable que los rusos ocuparan más de lo necesario en el oeste de Europa*»[66]. En todas las cuestiones militares se alcanzaron bastantes acuerdos y una consecuencia positiva de las conversaciones fue que los jefes del Estado Mayor conjunto tomaron conciencia de sus respectivos puntos de vista antes de comenzar las conversaciones con sus equivalentes rusos.

Esa noche comenzó el éxodo. Los aviones de transporte despegaban cada diez minutos para transportar a alrededor de setecientas personas, que componían la delegación británica y la estadounidense, a lo largo de dos mil doscientos kilómetros,

hasta el aeródromo de Saki, en Crimea. Subí a bordo de mi avión después de cenar y me fui a dormir. Tras un viaje largo y frío aterrizamos en el aeródromo, que estaba cubierto por una espesa capa de nieve. Mi avión llegó antes que el de Roosevelt y estuvimos un rato esperándolo. Cuando lo bajaron en el ascensor de la «Vaca sagrada» tenía un aspecto delicado y enfermizo. Juntos pasamos revista a la guardia de honor, el presidente sentado en un vehículo abierto y yo andando a su lado.

Al final emprendimos el largo viaje en coche desde Saki hasta Yalta. Lord Moran y Martin vinieron conmigo en el coche. Tardamos casi ocho horas en llegar y a lo largo de la carretera a menudo se alineaban soldados rusos, algunos de ellos mujeres, alineados hombro con hombro en las calles de los pueblos y sobre los puentes principales y los puertos de montaña, y en otros puntos en forma de destacamentos separados. Cuando cruzamos las montañas y descendimos hacia el mar Negro de pronto nos encontramos bajo un sol cálido y luminoso y con un clima muy agradable.

El cuartel general soviético de Yalta estaba situado en el palacio Yusúpov, desde el que Stalin y Mólotov y sus generales ejercían el gobierno de Rusia y el control de su inmenso frente, donde entonces se libraban violentas batallas. Concedieron al presidente Roosevelt un palacio más espléndido todavía, el Livadia, que estaba muy cerca, y en el que, para evitarle incomodidades físicas, se celebraron todas nuestras asambleas plenarias. Y ya no quedaban más alojamientos que no estuvieran ocupados. A mí y a los principales miembros de la delegación británica nos asignaron una villa muy grande a unos ocho kilómetros, construida a principios del siglo XIX por un arquitecto inglés para el príncipe ruso Voróntzov, que fue embajador imperial ante la corte de St. James. El resto de nuestra delegación se alojó en dos residencias situadas a unos veinte minutos, donde tuvieron que dormir cinco o seis personas en la misma habitación, incluso oficiales de alto rango, aunque a nadie pareció importarle. Hacía menos de diez meses que los alemanes habían evacuado los alrededores y los edificios circundantes estaban muy estropeados. Nos advirtieron de que la zona no estaba totalmente limpia de minas, salvo los terrenos de la villa, que, como siempre, estaban fuertemente patrullados por guardias rusos. Más de mil hombres habían trabajado allí antes de nuestra llegada. Se repararon las puertas y las ventanas y se trajeron muebles y otros enseres desde Moscú.

El entorno de nuestro alojamiento era impresionante. Detrás de la villa, de estilo mitad gótico mitad árabe, se alzaban las montañas cubiertas de nieve que culminaban en el pico más alto de Crimea. Frente a nosotros se extendía la oscura superficie del mar Negro, severo pero agradable y cálido incluso en esta época del año. Blancos leones tallados guardaban la entrada de la casa y detrás del patio había un hermoso parque, con plantas subtropicales y cipreses. En el comedor reconocí las dos pinturas

colgadas a ambos lados de la chimenea como copias de retratos familiares de los Herbert de Wilton. Aparentemente el príncipe Vorόntzov se había casado con una hija de la familia y había traído consigo estos cuadros desde Inglaterra. Nuestros anfitriones hicieron todos los esfuerzos posibles para que estuviéramos cómodos y prestaron atención con amabilidad a cualquier comentario casual. En una ocasión Portal se quedó admirado ante una gran pecera de cristal, en la que crecían plantas, y comentó que no contenía peces. Dos días después llegó una remesa de peces de colores. Otra vez alguien dijo al pasar que no había cascara de limón en los cócteles. Al día siguiente crecía en el vestíbulo un limonero lleno de frutos. Todo debía de llegar por avión desde muy lejos.

La primera reunión plenaria de la conferencia comenzó a las 16.15 del cinco de febrero. Lo primero que se debatió fue el tema del futuro de Alemania. Evidentemente yo ya había reflexionado sobre este problema y así se lo había planteado a Eden un mes antes:

> La manera de tratar a Alemania después de la guerra. Es demasiado pronto para que podamos decidir estas cuestiones tan importantes. Evidentemente cuando acabe la resistencia alemana organizada lo primero será establecer un control militar estricto, que bien puede durar muchos meses, o quizá uno o dos años, si el movimiento de la resistencia alemana sigue activo. […] En todos los puntos en los que he hecho un sondeo de opiniones me ha llamado la atención la profundidad del sentimiento que despertaría una política de «volver a poner de pie a la pobre Alemania». También soy muy consciente de los argumentos de «no tener una comunidad contaminada en el centro de Europa». Sugiero que, con todo el trabajo que tenemos entre manos en este momento, no anticipemos estas discusiones y estos cismas tan graves que se pueden producir. Tenemos que pensar en un nuevo Parlamento, cuyas opiniones no podemos prever.
>
> Yo mismo prefiero concentrarme en las cuestiones prácticas que ocuparán los próximos dos o tres años en lugar de discutir sobre la relación a largo plazo de Alemania con Europa. […] Es un error tratar de escribir en papelitos cómo serán las vastas emociones de un mundo indignado y tembloroso, ya sea inmediatamente después de que acabe la lucha o cuando se produzca el inevitable enfriamiento después del acaloramiento. Estas corrientes de sentimiento imponentes dominan la mente de la mayoría de las personas y las figuras independientes tienden a volverse no sólo solitarias sino fútiles. En estas cuestiones prosaicas sólo recibimos orientación paso a paso o a lo sumo uno o dos pasos antes. Por consiguiente es prudente que nos reservemos nuestras decisiones todo lo posible y hasta que se revelen todos los hechos y las fuerzas que estarán en vigor en ese momento.

De modo que cuando Stalin preguntó cómo se desmembraría Alemania dije que era demasiado complicado para resolverlo en cinco o seis días y que requeriría un análisis muy minucioso de los datos históricos, etnográficos y económicos, y una prolongada revisión por parte de un comité especial que analizaría las distintas propuestas y brindaría asesoramiento sobre ellas. Había muchas cosas que tener en cuenta: qué se haría con Prusia, qué territorios se entregarían a Polonia y a la URSS, quién controlaría el valle del Rin y las grandes zonas industriales del Ruhr y el Sarre. Convenía crear de inmediato un organismo que examinara estas cuestiones y deberíamos conocer su informe antes de tomar una decisión definitiva. Roosevelt

sugirió que les pidiéramos a nuestros ministros de Asuntos Exteriores que elaboraran un plan para analizar la cuestión en un plazo de veinticuatro horas y un plan definitivo de desarticulación en un plazo de un mes. Y allí quedó la cuestión por el momento.

A continuación acordamos reunimos al día siguiente para considerar dos asuntos que ocuparían un lugar preponderante en nuestras conversaciones futuras, a saber: el programa de Dumbarton Oaks para la seguridad mundial y Polonia.

Como ya se ha apuntado en un capítulo anterior la conferencia de Dumbarton Oaks finalizó sin que se llegara a un acuerdo completo sobre la cuestión fundamental de los derechos de voto en el Consejo de Seguridad y ahora no dispongo de espacio más que para hacer una referencia a algunos de los puntos destacados de nuestras conversaciones. Stalin dijo que temía que, aunque las tres grandes potencias fueran aliadas en ese momento y ninguna de ellas fuera a cometer ningún acto de agresión en un plazo de diez años o menos, los tres dirigentes desapareciéramos y llegara al poder otra generación que no hubiese experimentado la guerra y olvidara lo que habíamos pasado. «Todos nosotros —declaró— queremos asegurar la paz por lo menos durante cincuenta años. El mayor peligro es el conflicto entre nosotros porque si permanecemos unidos la amenaza de Alemania no es demasiado importante. Por consiguiente debemos pensar en una manera de asegurar nuestra unidad en el futuro, y en una manera de garantizar que las tres grandes potencias (y posiblemente China y Francia) mantengan un frente unido. Hay que elaborar algún sistema para evitar los conflictos entre las principales grandes potencias». Se acusó a los rusos de hablar demasiado de votar. Es cierto que pensaban que era muy importante porque habría que decidirlo todo por votación y ellos estarían muy interesados en conocer los resultados. Suponiendo, por ejemplo, que China como miembro permanente del Consejo de Seguridad exigiera la devolución de Hong Kong, o que Egipto reclamara que le devolvieran el canal de Suez, significaba que no estarían solos sino que tendrían amigos y tal vez protectores en la Asamblea o en el Consejo, y temía que este tipo de conflictos rompiera la unidad de las tres grandes potencias.

«Mis colegas de Moscú no pueden olvidar lo que ocurrió en diciembre de 1939 durante la guerra ruso-finlandesa cuando los británicos y los franceses utilizaron la Sociedad de Naciones contra nosotros y consiguieron aislarnos y expulsar a la Unión Soviética de esta Sociedad, y cuando posteriormente se movilizaron contra nosotros y hablaron de una cruzada contra Rusia. ¿No pueden darnos alguna garantía de que este tipo de cosas no se van a repetir?».

Después de muchos esfuerzos y explicaciones lo convencimos de que aceptara un plan estadounidense por el que el Consejo de Seguridad sería prácticamente impotente a menos que contara con el apoyo unánime de los «cuatro grandes». Si

Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña o China no estaban de acuerdo sobre algún asunto importante cualquiera de ellos podía negar su aprobación e impedir que el Consejo hiciera nada. Eso era el veto. Que la posteridad juzgue los resultados.

Por mi parte siempre he sido de la opinión de que la base de un instrumento mundial se debía buscar a nivel regional. La mayoría de las regiones principales son evidentes: los Estados Unidos, la Unión Europea, la Commonwealth y el imperio británicos, la Unión Soviética, América del Sur. Otras son más difíciles de definir en la actualidad, como el grupo o los grupos asiáticos o los grupos africanos, aunque se podrían desarrollar mediante estudios. Pero el objetivo sería tratar de resolver en el Consejo Regional muchas cuestiones que dan lugar a serias controversias locales, y enviar después tres o cuatro representantes al órgano supremo eligiendo a los hombres más eminentes. De este modo se establecería un grupo supremo compuesto por treinta o cuarenta estadistas mundiales cada uno de los cuales se encargaría no sólo de representar a su propia región sino de resolver las causas mundiales y, fundamentalmente, de impedir la guerra. Lo que tenemos ahora no es eficaz para esa finalidad tan destacada. Convocar a todas las naciones, grandes y pequeñas, poderosas o no, en términos de igualdad en un órgano central se puede comparar con organizar un ejército sin ninguna división entre el alto mando y los comandantes de las divisiones y las brigadas. Todos están invitados al cuartel general. De momento lo único que hemos conseguido es una torre de Babel, templada por hábiles cabildeos, pero seguiremos intentándolo.

Capítulo XXIII

RUSIA Y POLONIA: LA PROMESA SOVIÉTICA

Se habló de Polonia nada menos que en siete de las ocho reuniones plenarias que se celebraron en la conferencia de Yalta y los documentos británicos contienen un intercambio sobre este tema de casi dieciocho mil palabras entre Stalin, Roosevelt y yo. Con la colaboración de nuestros ministros de Asuntos Exteriores y sus subordinados, que también celebraron un debate tenso y minucioso en las reuniones que mantuvieron entre sí, al final presentamos una declaración[67] que constituía tanto una promesa al mundo como un acuerdo entre nosotros acerca de nuestras futuras acciones. La triste historia no ha concluido aún, y hasta hoy no se conoce del todo la verdad, pero puede que lo que aquí se exponga contribuya a hacer una apreciación justa de los esfuerzos que hicimos durante la penúltima conferencia celebrada en tiempos de guerra. Las dificultades y los problemas eran antiguos, innumerables y fundamentales. El gobierno de Lublin en Polonia, con el apoyo soviético, o el gobierno de «Varsovia», como preferían llamarlo los rusos de cualquier ideología, sentía una profunda aversión por el gobierno polaco en Londres. Los sentimientos entre ellos habían empeorado en lugar de mejorar después de la entrevista que tuvimos con ellos en octubre en Moscú. Las tropas soviéticas invadían Polonia y se acusaba sin reparos al Ejército clandestino polaco del asesinato de soldados rusos y de sabotaje y de ataques a sus zonas de retaguardia y sus líneas de comunicación. Se negaron a las potencias occidentales tanto el acceso como la información. En Italia y en el frente occidental más de ciento cincuenta mil polacos luchaban con valor por la destrucción definitiva de los ejércitos nazis. Ellos y muchos otros, en distintos lugares de Europa, esperaban con ansia la liberación de su país y regresar a su patria desde un exilio voluntario y honorable. La numerosa comunidad de polacos que vivía en Estados Unidos aguardaba con inquietud un acuerdo entre las tres grandes potencias.

Las cuestiones que discutimos se pueden resumir de la siguiente manera:

> Cómo formar un gobierno provisional único para Polonia.
> Cómo y cuándo celebrar elecciones libres.
> Cómo establecer las fronteras polacas, tanto en el este como en el oeste.
> Cómo salvaguardar las zonas de retaguardia y las vías de comunicación de los ejércitos soviéticos que avanzaban.

En realidad Polonia había sido el motivo más urgente de la conferencia de Yalta y resultaría la primera de las grandes causas que provocaron la descomposición de la gran alianza. Por mi parte estaba seguro de que una Polonia fuerte, libre e independiente era mucho más importante que unos límites territoriales determinados.

Quería que los polacos fueran libres y pudieran vivir su propia vida a su manera. Éste fue el motivo que nos impulsó a entrar en guerra contra Alemania en 1939. Había estado a punto de costamos la vida, no sólo como imperio sino como nación, y cuando nos reunimos el seis de febrero de 1945 planteé la cuestión de la siguiente manera: ¿no podíamos crear un gobierno, o un instrumento de gobierno para Polonia a la espera de unas elecciones generales y libres, que fuera reconocido por todos? Este gobierno podría preparar la votación libre de todo el pueblo polaco sobre su futura Constitución y gobierno. Si se pudiera hacer esto habríamos dado un gran paso al frente hacia la futura paz y prosperidad de Europa central.

En el debate que comenzó a continuación Stalin dijo que comprendía nuestra actitud. Para los británicos, dijo, Polonia era una cuestión de honor pero para los rusos era una cuestión tanto de honor como de seguridad: de honor, porque habían tenido muchos conflictos con los polacos y querían eliminar las causas de estos conflictos, y de seguridad porque Polonia compartía fronteras con Rusia y a lo largo de toda su historia Polonia fue un corredor por el que pasaron los enemigos de Rusia para atacarla. Los alemanes lo habían hecho dos veces en los últimos treinta años y lo habían conseguido porque Polonia era débil. Rusia quería que fuera fuerte y poderosa para que pudiera cerrar este corredor con su propia fuerza. Rusia no podía mantenerlo cerrado desde fuera; sólo la propia Polonia podía cerrarlo desde dentro. Ésta era una cuestión de vida o muerte para el Estado soviético.

En cuanto a sus fronteras, Stalin continuó diciendo que el presidente había propuesto algunas modificaciones a la línea Curzon y que se entregaran a Polonia Lvov y tal vez algunos distritos más y que yo había dicho que esto sería un gesto de magnanimidad. Pero él destacó que la línea Curzon no había sido inventada por los rusos sino que la habían trazado Curzon y Clemenceau y los representantes de Estados Unidos en la conferencia de 1918 a la que Rusia no fue invitada. La línea Curzon se había aceptado contra la voluntad de Rusia partiendo de datos etnográficos. Lenin no la había aceptado. Los rusos ya habían abandonado la posición de Lenin y ahora algunas personas querían que Rusia se conformara con menos de lo que le habían concedido Curzon y Clemenceau, lo que sería vergonzoso. Cuando los ucranianos fueran a Moscú dirían que Stalin y Mólotov eran menos dignos de confianza como defensores de Rusia que Curzon o Clemenceau. Era preferible continuar la guerra un poco más, aunque le costara a Rusia mucha sangre, para poder compensar a Polonia a expensas de Alemania. Cuando Mikolajczyk estuvo en Rusia en octubre preguntó qué frontera reconocería Rusia para Polonia en el oeste y escuchó con satisfacción que Rusia pensaba que la frontera occidental de Polonia debía extenderse hasta el Nysa. Había dos ríos con ese nombre dijo Stalin: uno cerca de Wroclaw y otro más al oeste. Él se refería al que estaba más al oeste.

Cuando volvimos a reunimos el siete de febrero recordé a mis oyentes que yo

siempre me había referido al desplazamiento de la frontera de Polonia hacia el oeste diciendo que los polacos deberían tener libertad para ocupar territorios en el oeste, aunque no más de lo que deseasen o pudiesen administrar adecuadamente. Sería una gran pena que atiborráramos tanto a los polacos, como si fueran ocas, que los matáramos de una indigestión. A una importante corriente de opinión en Gran Bretaña la asustaba la idea de trasladar a millones de personas por la fuerza. Se había alcanzado un éxito importante en la separación de la población griega y la turca después de la última guerra y los dos países habían mantenido buenas relaciones desde entonces; pero en ese caso se desplazaron menos de un par de millones de personas. Si Polonia se anexaba el este de Prusia y la Silesia hasta el Oder esto sólo ya supondría el regreso a Alemania de seis millones de alemanes. Se podía conseguir pero dependía de una cuestión moral que yo tendría que resolver con mi propio pueblo.

Stalin dijo que no había alemanes en esa zona ya que todos habían huido.

Le respondí que la cuestión era si había lugar para ellos en lo que quedaba de Alemania. Habían muerto seis o siete millones de alemanes y era probable que muriera otro millón (Stalin sugirió que serían dos) antes de que acabara la guerra. Por consiguiente habría lugar para estos inmigrantes, hasta cierto punto, y harían falta para llenar los huecos. No me asustaba el problema de transportar a la población siempre y cuando fuera proporcional a lo que los polacos pudieran administrar y a lo que pudiera caber en Alemania. Pero era un asunto que había que estudiar no como una cuestión de principio sino por las cifras que habría que manejar.

En estas discusiones generales no se utilizaron mapas y la distinción entre el Nysa oriental y el occidental no se planteó con tanta claridad como se debería haber hecho. Sin embargo pronto se aclararía esta cuestión[68].

> El día ocho Roosevelt aceptó que el límite oriental de Polonia fuera la línea Curzon con modificaciones a favor de Polonia en algunas zonas de entre cinco y ocho kilómetros. Pero se mostró firme y preciso acerca de la frontera occidental. Sin duda Polonia debería recibir una compensación a expensas de Alemania, «pero —prosiguió— *parecería que no se justifica extenderla hasta el Nysa occidental*».

Esto es lo mismo que yo había opinado siempre y sobre lo que insistí con vehemencia cuando volvimos a reunimos en Potsdam cinco meses después.

De modo que en Yalta en principio estábamos todos de acuerdo sobre la frontera occidental y la única cuestión era dónde trazar la línea exactamente y cuánto deberíamos decir al respecto. Los polacos tendrían parte del este de Prusia y podrían subir hasta la línea del Oder, si querían, pero teníamos muchas dudas sobre si seguir más allá o si referirnos a la cuestión a estas alturas; tres días después comuniqué a la conferencia que habíamos recibido un telegrama del gabinete de Guerra en el que condenaba enérgicamente cualquier referencia a trasladar la frontera hasta el Nysa occidental porque el problema de desplazar a la población era demasiado difícil de

manejar.

Por ello decidimos insertar lo siguiente en nuestra declaración:

> Los tres jefes de gobierno consideran que la frontera oriental de Polonia debe seguir la línea Curzon, aunque puede apartarse de ella en algunas regiones, de cinco a ocho kilómetros, a favor de Polonia. Reconocen que Polonia debe anexarse bastante territorio en el norte y en el oeste. Piensan que a su debido tiempo hay que consultar la opinión del nuevo gobierno provisional polaco de unidad nacional en lo que respecta a estas anexiones y que, por tanto, antes de delimitar de forma definitiva la frontera occidental de Polonia habría que esperar a la conferencia de paz.

Quedaba la cuestión de formar un gobierno polaco que todos reconociéramos y que la nación polaca estuviera dispuesta a aceptar. En primer lugar Stalin señaló que no podíamos establecer un gobierno polaco a menos que los propios polacos lo aceptaran. Mikolajczyk y Grabski estaban en Moscú cuando yo fui. Se reunieron con el gobierno de Lublin, llegaron a cierto grado de acuerdo y Mikolajczyk fue a Londres convencido de que regresaría. Pero sus colegas lo destituyeron simplemente porque favorecía un acuerdo con el gobierno de Lublin. El gobierno polaco en Londres se oponía a la mera idea del gobierno de Lublin, al que describía como una pandilla de bandidos y criminales. El gobierno de Lublin les pagó con la misma moneda y entonces resultó muy difícil hacer nada al respecto. «Hable con el gobierno de Lublin si quiere —dijo, de hecho—. Haré que se reúnan con usted ya sea aquí mismo o en Moscú pero son tan democráticos como De Gaulle y pueden mantener la paz en Polonia y frenar la guerra civil y los ataques al Ejército Rojo». El gobierno de Londres no podía hacerlo. Sus agentes habían matado a soldados rusos y habían asaltado los depósitos para conseguir armas. Sus emisoras de radio funcionaban sin autorización y sin estar registradas. Los agentes del gobierno de Lublin habían prestado ayuda mientras que los del gobierno de Londres habían hecho mucho daño. Era fundamental para el Ejército Rojo disponer de zonas seguras en la retaguardia y él como militar, sólo apoyaría al gobierno que se comprometiera a proporcionárselas.

Como ya se había hecho muy tarde el presidente sugirió levantar la sesión hasta el día siguiente, aunque a mí me pareció oportuno señalar que, según nuestras informaciones, no más de una tercera parte del pueblo polaco apoyaría al gobierno de Lublin si tenían libertad para expresar su opinión. Le aseguré a Stalin que temíamos una confrontación entre el Ejército clandestino polaco y el gobierno de Lublin que podía traer como consecuencia resentimientos, derramamiento de sangre, arrestos y deportaciones, y que por eso teníamos tanto interés en conseguir un acuerdo conjunto. Evidentemente había que castigar los ataques al Ejército Rojo, pero a partir de los hechos que tenía a mi disposición no me daba la impresión de que el gobierno de Lublin pudiera decir que representaba a la nación polaca.

El presidente estaba ansioso por poner fin a la discusión. «Polonia —comentó— ha sido una fuente de problemas desde hace más de quinientos años». «Motivo de más —respondí— para que hagamos todo lo posible para acabar con estos problemas». Entonces levantamos la sesión.

Esa noche el presidente le escribió una carta a Stalin, después de consultarla con nosotros y de introducir algunas modificaciones, instando a que acudieran a la conferencia dos miembros del gobierno de Lublin y dos del de Londres o de dentro de Polonia y que trataran de ponerse de acuerdo, en nuestra presencia, sobre la creación de un gobierno provisional que nos diera a todos la impresión de estar dispuesto a celebrar elecciones libres lo antes posible. Pero aparentemente esto era impracticable. Mólotov proclamó las virtudes del gobierno de Lublin-Varsovia, deploró los defectos de los hombres de Londres y dijo que si tratábamos de crear un nuevo gobierno era posible que los propios polacos no estuvieran de acuerdo, de modo que era preferible tratar de «ampliar» el que ya había, que sólo sería una institución temporal, porque nuestro único objetivo era celebrar elecciones libres en Polonia lo antes posible. Para plantearse la manera de ampliarlo lo mejor sería que se reunieran en Moscú con él el embajador estadounidense y el británico. Tenía mucho interés en llegar a un acuerdo y aceptaba las propuestas del presidente de invitar a dos polacos que no formaran parte de Lublin. Siempre existía la posibilidad de que el gobierno de Lublin se negara a hablar con algunos de ellos, como Mikolajczyk, pero si enviaban a tres representantes y venían dos de los que había sugerido Roosevelt las conversaciones podían comenzar de inmediato.

Dije entonces que «éste es el punto decisivo de la conferencia. Todo el mundo está esperando un acuerdo y si cuando nos separemos seguimos reconociendo distintos gobiernos en Polonia el mundo entero verá que existen diferencias fundamentales entre nosotros. Las consecuencias serán muy lamentables y marcarán nuestro encuentro con el sello del fracaso. Si pasamos por alto el gobierno que existe en Londres y brindamos todo nuestro apoyo al gobierno de Lublin el mundo manifestará su indignación. Los polacos que están fuera de Polonia lanzarán una protesta prácticamente unánime. Tenemos a nuestras órdenes un ejército polaco compuesto por ciento cincuenta mil hombres en el que participan todos los que han podido congregarse desde fuera de su país y que ha combatido y sigue combatiendo con mucho valor. No creo que ellos estén nada de acuerdo con el gobierno de Lublin, y si Gran Bretaña transmite a éste el reconocimiento que brindaba al otro desde el comienzo de la guerra lo considerarán una traición.

»Como bien saben el mariscal Stalin y Mólotov —proseguí— yo mismo no coincido con lo que ha hecho el gobierno de Londres, que ha cometido muchas tonterías. Pero el acto formal de transferir el reconocimiento de aquellos a los que hemos reconocido hasta ahora a este nuevo gobierno despertaría serias críticas.

Dirían que el gobierno de Su Majestad ha cedido totalmente con respecto a la frontera oriental (como de hecho ha ocurrido) y que ha aceptado y defendido el punto de vista soviético. También dirían que hemos roto con el legítimo gobierno de Polonia, al que hemos reconocido durante estos cinco años de guerra, y que no tenemos conocimiento de lo que está ocurriendo realmente en Polonia. No podemos entrar en el país. No podemos ver ni oír las opiniones que hay. Dirían que sólo podemos aceptar lo que proclama el gobierno de Lublin acerca de la opinión del pueblo polaco y nos acusarían en el Parlamento de haber abandonado totalmente la causa de Polonia. Los debates que se producirían a continuación serían sumamente dolorosos y embarazosos para la unidad de los aliados, incluso suponiendo que pudiéramos estar de acuerdo con las propuestas de mi amigo Mólotov.

»No creo —continué— que estas propuestas tengan el alcance suficiente. Si abandonamos al gobierno polaco en Londres habría que comenzar de nuevo por ambas partes en condiciones más o menos similares. Antes de que el gobierno de Su Majestad dejara de reconocer al gobierno de Londres y transfiriera su reconocimiento a otro gobierno debería estar seguro de que el nuevo gobierno realmente representa al pueblo polaco. Reconozco que éste es sólo un punto de vista ya que no conocemos del todo los hechos, y sin duda desaparecerán todas nuestras diferencias si se celebran en Polonia unas elecciones generales libres y sin restricciones, con una votación y con sufragio universal y candidaturas libres. Una vez hecho esto, el gobierno de Su Majestad reconocerá al gobierno que surja sin tener en cuenta al gobierno polaco en Londres. Es el período previo a las elecciones lo que nos preocupa tanto».

Mólotov dijo que quizá las conversaciones de Moscú tuvieran algún resultado útil. Los polacos tendrían que dar su opinión y era muy difícil resolver la cuestión sin ellos. Estuve de acuerdo pero dije que era tan importante que la conferencia acabara con algún tipo de conformidad que debíamos luchar con paciencia hasta conseguirlo.

Stalin hizo referencia entonces a mi queja de que carecía de información y no tenía forma de conseguirla.

«Dispongo de cierta cantidad de información», respondí.

«Pero no coincide con la que tengo yo», respondió él y a continuación se puso a dar un discurso en el que aseguró que el gobierno de Lublin realmente era muy popular, sobre todo Bierut y otros. No abandonaron el país durante la ocupación alemana, sino que vivieron todo el tiempo en Varsovia y venían del movimiento de la resistencia. Él no creía que fueran genios. Podía ser que el gobierno de Londres incluyera a personas más inteligentes pero en Polonia no los apreciaban porque no estuvieron allí cuando la población sufría bajo la ocupación hitleriana. El pueblo veía en la calle a los miembros del gobierno provisional pero preguntaba dónde estaban los polacos de Londres. Esto hizo perder prestigio al gobierno de Londres y fue el motivo por el que el gobierno provisional, aunque no estaba formado por grandes

hombres, era tan popular.

Todo esto, dijo, no se podía pasar por alto si queríamos comprender los sentimientos del pueblo polaco. Yo temía que la conferencia finalizara sin que hubiéramos llegado a un acuerdo. ¿Qué haríamos entonces? Los distintos gobiernos teníamos información diferente de la que extraíamos distintas conclusiones. Tal vez lo primero que había que hacer era convocar a los polacos de los distintos bandos y escuchar lo que tuvieran que decir. Se acercaba el momento en que pudieran celebrarse las elecciones. Hasta entonces teníamos que tratar con el gobierno provisional como habíamos tratado con el gobierno del general De Gaulle en Francia, que tampoco había sido elegido. Él no sabía si Bierut o el general De Gaulle tenían más autoridad pero si habíamos podido celebrar un pacto con el general De Gaulle, ¿por qué no podíamos hacer lo mismo con un gobierno polaco más amplio pero que no sería menos democrático? Si nos planteábamos la cuestión sin prejuicios tendríamos que encontrar algo en común. La situación no era tan trágica como yo pensaba y la cuestión se podría resolver si no se daba demasiada importancia a las cuestiones secundarias y nos concentrábamos en lo esencial.

—¿Dentro de cuánto tiempo —preguntó el presidente— podrán celebrarse elecciones?

—Dentro de un mes —respondió Stalin— a menos que ocurra alguna catástrofe en el frente, lo que es poco probable.

Estuve de acuerdo en que esto, evidentemente, sería una tranquilidad para nosotros y que podríamos apoyar de forma incondicional al gobierno elegido libremente que sustituiría todo lo demás, pero no debíamos pedir nada que dificultara de ninguna manera las operaciones militares que eran el objetivo supremo. No obstante si en un plazo tan breve, o incluso en dos meses, se podía determinar la voluntad del pueblo polaco la situación sería totalmente diferente y nadie podría oponerse.

Cuando volvimos a reunimos a las cuatro de la tarde del nueve de febrero Mólotov presentó una fórmula nueva: que el gobierno de Lublin se «*reorganizara* [en lugar de “ampliarse”] a partir de una base democrática más amplia con la inclusión de dirigentes democráticos de la propia Polonia y también de los que vivían en el exterior». Él celebraría consultas en Moscú con el embajador británico y el estadounidense sobre la manera de llevarlo a cabo. Una vez «reorganizado», el gobierno de Lublin se comprometería a celebrar elecciones libres lo antes posible y entonces nosotros reconoceríamos al gobierno que surgiese.

Esto suponía un avance considerable y así lo manifesté, aunque me sentí obligado a lanzar una advertencia general. Ésta sería nuestra penúltima reunión[69]. Había un

clima de conciliación pero también existía el deseo de poner el pie en el estribo y marcharse. Declaré que no podíamos apresurarnos a resolver estas cuestiones tan importantes y arriesgarnos a perder los resultados de la conferencia por no dedicarle veinticuatro horas más. Había muchas cosas en juego y las decisiones había que tomarlas sin prisas. Era posible que ésos fueran los días más importantes de nuestras vidas.

Roosevelt declaró que las diferencias entre nosotros y los rusos eran, en su mayor parte, una cuestión de palabras, pero tanto él como yo teníamos mucho interés en que las elecciones fueran realmente libres y legítimas. Le dije a Stalin que estábamos en una gran desventaja porque sabíamos tan poco de lo que estaba ocurriendo en el interior de Polonia y sin embargo teníamos que tomar grandes decisiones de responsabilidad. Yo sabía, por ejemplo, que había un gran resentimiento entre los polacos y me habían dicho que el gobierno de Lublin había declarado abiertamente que juzgaría por traidores a todos los miembros del Ejército nacional polaco y del movimiento de la resistencia. Estaba claro que para mí la seguridad del Ejército Rojo era lo más importante pero le supliqué a Stalin que se hiciera cargo de nuestra dificultad. El gobierno británico no sabía lo que ocurría dentro de Polonia a menos que se arrojaran en paracaídas unos hombres valientes que sacaran del país a los miembros de la resistencia. No teníamos otra manera de averiguarlo y tampoco nos gustaba obtener información de esta manera. ¿Podría resolverse esto sin dificultar el movimiento de las tropas soviéticas? ¿Podrían concederse facilidades a los británicos (y sin duda a Estados Unidos) para que vieran cómo se resolvían estas peleas entre los polacos? Tito había dicho que cuando se celebraran elecciones en Yugoslavia no tendría inconveniente en que estuvieran presentes observadores rusos, británicos y estadounidenses para ofrecer al mundo un informe imparcial de que habían sido legítimas. Y lo mismo ocurría con respecto a Grecia, donde el gobierno de Su Majestad aceptaría con satisfacción la presencia de observadores estadounidenses, rusos y británicos que garantizasen que las elecciones se llevaran a cabo según la voluntad del pueblo. Y lo mismo en Italia, donde estarían presentes los observadores rusos, estadounidenses y británicos para que el mundo supiera que todo se había desarrollado de forma legal. Dije que era imposible exagerar la importancia de llevar a cabo las elecciones de forma legítima. Por ejemplo, ¿podría Mikolajczyk regresar a Polonia y organizar su partido para las elecciones?

—Eso tendrán que planteárselo los embajadores y Mólotov cuando se reúnan con los polacos —dijo Stalin.

Le respondí:

—Yo tengo que poder decirle a la cámara de los Comunes que las elecciones van a ser libres y que habrá garantías reales de que se celebran de forma libre y legítima.

Stalin señaló que Mikolajczyk pertenecía al Partido de los Campesinos y que,

como no era un partido fascista, podía participar en las elecciones y proponer candidatos. Dije que esto sería más seguro todavía si el Partido de los Campesinos ya tuviera representación en el gobierno polaco y Stalin reconoció que habría que incluir a alguno de sus representantes. Añadí que esperaba no haber ofendido a nadie con mis palabras ya que no era esa mi intención en absoluto.

—Tendremos que escuchar —respondió— lo que tengan que decir los polacos.

Expliqué que quería poder plantear en el Parlamento la cuestión de la frontera oriental y que me parecía que podía hacerlo si el Parlamento quedaba conforme con que los polacos hubieran podido decidir por sí mismos lo que querían.

—Hay algunas personas muy buenas entre ellos —replicó—. Son buenos luchadores y han tenido algunos buenos científicos y músicos, pero son muy peleadores.

—Lo único que quiero —respondí— es que todos los contendientes puedan manifestar su punto de vista.

—Las elecciones —dijo el presidente— deben estar más allá de toda sospecha, como la mujer del César. Quiero algún tipo de garantía que darle al mundo y no quiero que nadie cuestione su pureza. Es una cuestión de buena política más que de principio.

Stettinius sugirió que se garantizara por escrito que los tres embajadores que estaban en Varsovia actuarían como observadores y presentarían un informe diciendo que las elecciones realmente habían sido legítimas y sin restricciones.

—Me temo —dijo Mólotov— que si hacemos algo así, a los polacos les dará la impresión de que no confiamos en ellos. Es mejor discutirlo con ellos.

No me quedé conforme con esto y decidí plantearle la cuestión a Stalin más adelante. La oportunidad se presentó al día siguiente, cuando Eden y yo tuvimos una conversación particular con él y con Mólotov en el palacio Yusúpov. Una vez más les expliqué lo difícil que nos resultaba no tener ningún representante en Polonia que nos informara de lo que pasaba. Las alternativas eran tener un embajador con su personal de embajada o corresponsales de prensa. Esto último era menos deseable, aunque señalé que en el Parlamento me preguntarían por el gobierno de Lublin y las elecciones y que yo tenía que poder decirles que sabía lo que estaba ocurriendo.

—Después de que se reconozca al nuevo gobierno polaco tendrá la posibilidad de enviar un embajador a Varsovia —respondió Stalin.

—¿Tendrá libertad para desplazarse por todo el país?

—Por lo que respecta al Ejército Rojo nadie interferirá sus movimientos y le prometo que daré las instrucciones necesarias, pero tendrá que celebrar sus propios acuerdos con el gobierno polaco.

Entonces acordamos añadir lo siguiente a nuestra declaración:

> Como consecuencia de lo anterior, el reconocimiento supondría un intercambio de embajadores;

mediante los informes de éstos los gobiernos respectivos recibirían información sobre la situación en Polonia.

Fue lo mejor que pude conseguir.

El domingo once de febrero fue el último día de nuestra visita a Crimea. Como es habitual en estas reuniones quedaron muchas cuestiones importantes sin resolver. La declaración polaca exponía en términos generales una política que, si se ponía en práctica con lealtad y buena fe, podría haber cumplido su objetivo hasta que se firmara el tratado de paz general. El presidente Roosevelt tenía prisa por regresar a su país y de camino visitar Egipto, donde discutiría la situación en Oriente Próximo con diversas personalidades. Stalin y yo comimos con él en la antigua sala de billares del zar en el palacio de Livadia. Durante la comida firmamos los documentos definitivos y los comunicados oficiales. Ahora todo dependía del espíritu con el que se cumplieran.

Me hacía mucha ilusión cruzar en barco los Dardanelos hasta Malta, aunque me parecía que tenía la obligación de hacer un viaje relámpago a Atenas para ver cómo estaba la situación en Grecia después de los problemas que habían tenido últimamente. Por ello a primera hora del catorce de febrero emprendimos el viaje en coche hacia Saki donde nos esperaba nuestro avión. Volamos hasta Atenas sin ningún problema, dando una vuelta sobre la isla de Esciros para pasar sobre la tumba de Rupert Brooke; en el aeródromo nos esperaban el embajador británico, Leeper, y el general Scobie. Hacía tan sólo siete semanas que me había ido de la capital griega, dejándola desgarrada por las luchas callejeras. Entonces la recorrimos en un vehículo abierto con apenas una pequeña hilera de soldados griegos con sus faldas para contener a la gran multitud que gritaba de entusiasmo en las mismas calles en las que murieron centenares de hombres en los días de navidad la última vez que estuve en la ciudad. Esa noche se congregó en la plaza de la Constitución una inmensa multitud compuesta por unas cincuenta mil personas. La maravillosa luz vespertina iluminaba estas escenas clásicas. No tuve tiempo de preparar un discurso. A nuestros servicios de seguridad les pareció importante que llegáramos casi sin avisar. Les dirigí una breve arenga. Esa noche cené en nuestra embajada, llena de las cicatrices que le provocaron los proyectiles, y en las primeras horas del quince de febrero despegué en mi avión hacia Egipto.

Más tarde, esa mañana, entró en el puerto de Alejandría el crucero estadounidense *Quincy*, y poco antes del mediodía subí a bordo para la que sería mi última conversación con el presidente. Nos reunimos después en su camarote para celebrar un informal almuerzo familiar. Me acompañaban Sarah y Randolph y vino también la hija de Roosevelt, la señora Boettiger, además de Harry Hopkins y el señor Winant.

El presidente tenía un aspecto sereno y frágil y me dio la impresión de que tenía poco contacto con la vida. Fue la última vez que lo vi. Nos despedimos con afecto. Esa tarde el grupo del presidente emprendió el viaje de regreso en barco. El diecinueve de febrero regresé a Inglaterra en avión. Como en Northolt había niebla desviaron el avión a Lyneham. Llegué a Londres en coche después de hacer una escala en Reading para recoger a mi esposa, que había ido a recibirme.

El veintisiete de febrero a mediodía pedí a la cámara de los Comunes que aprobara los resultados de la conferencia de Crimea. La reacción general fue de apoyo incondicional a la actitud que habíamos adoptado. Sin embargo había un intenso sentimiento moral con respecto a nuestras obligaciones frente a los polacos, que habían sufrido tanto en manos de los alemanes y en cuya defensa, en última instancia, habíamos entrado en la guerra. Un grupo de alrededor de treinta parlamentarios tenían una sensibilidad tan intensa acerca de esta cuestión que algunos de ellos se manifestaron en contra de la moción que propuse. Había una sensación de angustia producida por el temor a presenciar la esclavización de una nación heroica. Eden me brindó su apoyo. En la votación del segundo día obtuvimos una mayoría abrumadora, aunque veinticinco parlamentarios, conservadores casi todos, votaron en contra del gobierno y otros once miembros del gobierno se abstuvieron. Los responsables de resolver las situaciones en tiempos de guerra o de crisis no pueden limitarse simplemente a proclamar los grandes principios generales que aceptan las buenas personas sino que tienen que tomar decisiones precisas día a día. Tienen que adoptar posturas que deben mantener con firmeza porque de lo contrario, ¿cómo podrían mantener sus alianzas para actuar? Resulta fácil, una vez derrotados los alemanes, condenar a aquellos que hicieron todo lo posible por apoyar el esfuerzo militar ruso y por mantener una relación armoniosa con nuestro gran aliado que tanto había sufrido. ¿Qué habría ocurrido si nos hubiéramos peleado con Rusia cuando los alemanes todavía tenían doscientas o trescientas divisiones en el frente de batalla? Nuestras suposiciones optimistas pronto sería mal interpretadas. De todos modos, eran las únicas posibles en ese momento.

Capítulo XXIV

EL CRUCE DEL RIN

A pesar de la derrota que sufrieron en las Ardenas[70], los alemanes decidieron presentar batalla al oeste del Rin en lugar de retirarse al otro lado para conseguir un respiro; durante todo febrero y la mayor parte de marzo el mariscal de campo Montgomery dirigió una lucha prolongada y ardua en el norte. Las defensas eran fuertes y las defendieron con obstinación, el terreno estaba empapado y tanto el Rin como el Mosa se habían desbordado de su cauce. Los alemanes destrozaron y abrieron las válvulas de los grandes diques sobre el Rur y no se pudieron atravesar los ríos hasta finales de febrero, pero el diez de marzo volvía a haber dieciocho divisiones alemanas al otro lado del Rin. Más al sur, el general Bradley despejó todo el trecho de ciento treinta kilómetros entre Dusseldorf y Coblenza en una campaña breve y rápida. El día siete aceptaron con audacia un golpe de suerte. La 9.ª División Blindada del Primer Ejército estadounidense encontró el puente ferroviario de Remagen destruido en parte aunque todavía utilizable. De inmediato lo cruzó su avanzadilla y otras tropas la siguieron rápidamente; pronto hubo más de cuatro divisiones en la otra orilla y se estableció una cabeza de puente de varios kilómetros de ancho. Esto no formaba parte del plan de Eisenhower pero resultó un complemento magnífico y los alemanes tuvieron que desviar bastantes fuerzas desde más al norte para mantener en jaque a los estadounidenses. Patton aisló y aplastó el último saliente enemigo cerca de Tréveris. Los defensores de la famosa y temida línea Sigfrido quedaron rodeados y en pocos días cesó toda la resistencia organizada. Como consecuencia de la victoria la 5.ª División estadounidense efectuó un cruce no premeditado del Rin, veinticinco kilómetros al sur de Maguncia, que pronto se expandió en una profunda cabeza de puente que apuntaba hacia Frankfurt.

Así acabó la última gran resistencia alemana en el oeste. Seis semanas de batallas sucesivas a lo largo de un frente de más de cuatrocientos kilómetros obligaron a los enemigos a cruzar el Rin provocando una pérdida irreparable de vidas humanas y material. Las fuerzas aéreas aliadas desempeñaron un papel de suma importancia. Los ataques constantes de las Fuerzas Aéreas tácticas agravaron la derrota y la desorganización y nos libraron de una Luftwaffe cada vez más reducida. Mediante patrullas frecuentes sobre los aeródromos donde se encontraban los nuevos cazas propulsados por motores a reacción minimizaron un peligro que nos causaba preocupación. Las constantes incursiones de nuestros bombarderos pesados redujeron la producción alemana de petróleo hasta un punto crítico, arruinaron muchos de sus aeródromos y provocaron tantos daños en sus fábricas y sus sistemas de transporte que casi los paralizaron.

Yo quería estar con nuestros ejércitos en el momento del cruce del Rin y a Montgomery le pareció bien. Acompañado sólo de mi secretario, Jock Colville, y de «Tommy»[71], volé en un Dakota la tarde del veintitrés de marzo desde Northolt hasta el cuartel general británico cerca de Venlo. El comandante en jefe me condujo a la caravana donde vivía y se trasladó. Me encontré en este vehículo confortable que ya había usado antes. Cenamos a las siete y una hora después nos retiramos con rigurosa puntualidad al vehículo donde Montgomery tenía los mapas. Allí estaban todos los mapas que mantenían actualizados de hora en hora un grupo selecto de oficiales. Todo el plan de nuestro despliegue y nuestro ataque resultó muy fácil de comprender. Teníamos que abrirnos paso a la fuerza para cruzar el río en diez puntos, en un frente de algo más de treinta kilómetros, desde Rheinsberg hasta Rees. íbamos a usar todos nuestros recursos: enviaríamos hacia delante a ochenta mil hombres, que eran la vanguardia de unos ejércitos de un millón de hombres, y teníamos preparados muchísimos barcos y pontones. Del otro lado estaban los alemanes, atrincherados y organizados con toda la fuerza que les brindaba la moderna potencia de fuego.

Todo lo que había visto o estudiado sobre la guerra, o lo que había leído, me hacía dudar de que un río fuera una buena barrera defensiva contra una fuerza superior. En su *Operations of War*, una obra que me ha hecho cavilar desde mis tiempos en la academia militar de Sandhurst, Hamley discutía si un río que corre paralelo a la línea de avance es un elemento mucho más peligroso que uno que la atraviesa de banda a banda y pone como ejemplo de su teoría la maravillosa campaña de Napoleón en 1814. Por consiguiente yo tenía muchas esperanzas puestas en esta batalla, incluso antes de que el mariscal de campo me explicara sus planes. Además contábamos con la ventaja inmejorable de la superioridad aérea. El comandante en jefe tenía particular interés en que viera al día siguiente cómo arrojaban detrás de las líneas enemigas a dos divisiones aerotransportadas compuestas por catorce mil hombres con artillería y gran cantidad de equipo ofensivo, de modo que todos nos fuimos a dormir antes de las diez.

El honor de encabezar el ataque les correspondió a la 51.ª y la 15.ª divisiones británicas y a la 30.ª y la 79.ª estadounidenses. Los primeros en partir fueron cuatro batallones de la 51.ª y pocos minutos después habían llegado al otro lado. Durante la noche cruzaron en masa las divisiones de ataque, que al principio apenas encontraron resistencia ya que en la propia orilla había muy pocas defensas. Al amanecer, las cabezas de puente, todavía débiles, se defendieron con firmeza, y los comandos ya tenían el control de Wesel.

Por la mañana Montgomery había dispuesto que yo presenciara el gran descenso en paracaídas desde la cima de una colina en medio de un terreno ondulado. Se había hecho de día cuando oímos acercarse el intenso estruendo de una nube de aviones.

Después, y durante media hora, pasaron volando sobre nuestras cabezas más de dos mil aparatos en formaciones. Mi observatorio había sido bien elegido. Había suficiente luz para ver dónde descendían sobre el enemigo. Los aviones desaparecían de la vista y casi de inmediato regresaban hacia nosotros a una altura diferente. Los paracaidistas resultaban invisibles, incluso con los mejores prismáticos. Pero entonces ya se oía un doble murmullo y el fragor de los refuerzos que llegaban y de la vuelta de los que ya habían atacado. Poco después experimentamos la tragedia de ver regresar aviones maltrechos, en grupos de dos o de tres, echando humo o incluso en llamas. También vimos caer flotando a tierra unas partículas diminutas y la imaginación alimentada por la experiencia nos brindó una versión dura y dolorosa. Sin embargo parecía que regresaban en buen estado diecinueve de cada veinte aviones que habían despegado, después de cumplir su misión, y así nos lo confirmaron una hora después cuando regresamos al cuartel general.

El ataque se había extendido ya a lo largo de todo el frente y me llevaron en coche a hacer una larga visita, de un punto a otro, y a los cuarteles generales de los distintos cuerpos. Las cosas salieron bien todo ese día. Las cuatro divisiones de combate lograron cruzar sanas y salvas y establecer cabezas de puente de cuatro mil quinientos metros de ancho. Las divisiones aerotransportadas marchaban viento en popa y nuestras operaciones aéreas obtenían excelentes resultados. El ataque de las fuerzas aéreas aliadas, superado sólo por el del día D en Normandía, no sólo incluía las Fuerzas Aéreas estratégicas de Gran Bretaña sino también bombarderos pesados procedentes de Italia que se internaron bastante en territorio alemán.

A las 20 nos retiramos al vehículo donde estaban los mapas y tuve una oportunidad excelente de ver los métodos que usaba Montgomery para dirigir una batalla de una magnitud tan gigantesca. Durante casi dos horas se fueron presentando una serie de oficiales jóvenes con un rango aproximado al de comandante. Cada uno de ellos venía de un sector distinto del frente. Eran los representantes personales directos del comandante en jefe y podían ir a todos los sitios, verlo todo y hacerle a cualquier oficial al mando la pregunta que quisieran, de modo que a medida que presentaban su informe y eran interrogados cuidadosamente por su jefe se fue revelando toda la historia de la batalla del día, lo que brindó a Monty una visión completa de lo ocurrido, ofrecida por hombres de la máxima competencia a los que conocía bien y en cuyos ojos confiaba. Esto nos permitió contar con una valiosa confirmación de los informes de los distintos cuarteles generales y de los oficiales al mando que el general De Guingand, su jefe de Estado Mayor, ya había pasado por el tamiz y sopesado y que Montgomery ya conocía. Mediante este proceso podía formarse una imagen más gráfica, directa y a veces más exacta. Los oficiales corrían grandes riesgos y de los siete u ocho que escuché esa noche y las siguientes pocas semanas después habían muerto dos. El sistema me pareció admirable, y de hecho la

única manera de que un comandante en jefe moderno pudiera ver, además de leer, lo que ocurría en cada lugar del frente. Al concluir este proceso Montgomery dio una serie de instrucciones a De Guingand que la maquinaria del estado mayor puso en práctica de inmediato. Y así nos fuimos a la cama.

Al día siguiente, el veinticinco de marzo, fuimos a ver a Eisenhower. Por el camino le dije a Montgomery que su sistema se parecía mucho al de Marlborough y a la manera de dirigir las batallas en el siglo XVIII, cuando el comandante en jefe intervenía por medio de sus tenientes generales. Entonces el comandante en jefe, montado a caballo, dirigía de boca en boca una batalla que se desarrollaba en un frente de ocho o nueve kilómetros, acababa en un día y determinaba el futuro de grandes naciones a veces durante años o generaciones. Para hacer cumplir su voluntad contaba con cuatro o cinco tenientes generales apostados en distintas partes del frente que conocían lo que pensaba y se encargaban de poner en práctica su plan. Estos generales no tenían tropas bajo su mando y se consideraban la prolongación de su comandante supremo. En la época moderna el general tiene que estar sentado en su despacho dirigiendo una batalla que abarca un frente diez veces más grande y que a menudo dura una semana o diez días. Como han cambiado tanto las condiciones el método de Montgomery de utilizar testigos oculares que naturalmente recibían un trato de máxima consideración por parte de los oficiales al mando de la línea del frente, del grado que fueran, era una manera interesante, aunque parcial, de recuperar los viejos tiempos.

Vimos a Eisenhower antes del mediodía. Estaban allí reunidos numerosos generales estadounidenses. Tras varios intercambios nos dieron un breve almuerzo durante el que Eisenhower dijo que había una casa, a unos quince kilómetros de nuestro lado del Rin, que los estadounidenses habían protegido con sacos terreros, desde la que había una vista excelente del río y de la orilla opuesta; propuso que fuéramos a verla y nos llevó él mismo. Fluía a nuestros pies el Rin, que allí tenía algo menos de trescientos cincuenta metros de ancho. Del lado del enemigo había unos prados extensos y llanos. Los oficiales nos dijeron que la orilla opuesta no estaba ocupada, que ellos supieran, y nos quedamos mirándola fijamente durante un buen rato con la boca abierta. Con las debidas precauciones nos condujeron al interior del edificio. Entonces el comandante supremo tuvo que tratar otros asuntos y Montgomery y yo estábamos a punto de seguir su ejemplo cuando vi que se acercaba una pequeña motora para echar amarras. De modo que le propuse a Montgomery: «¿Por qué no cruzamos a echar un vistazo al otro lado?», a lo que respondió, para mi sorpresa: «¿Por qué no?». Después de algunas averiguaciones comenzamos a cruzar el río con tres o cuatro oficiales estadounidenses y media docena de hombres

armados. Desembarcamos bajo un sol esplendoroso y en medio de una paz perfecta en la orilla alemana y paseamos durante cerca de media hora sin que nadie nos molestara.

Cuando regresábamos Montgomery le dijo al capitán de la motora: «¿No podemos bajar por el río hacia Wesel, donde está ocurriendo algo?». El capitán respondió que había una cadena que atravesaba el río a unos ochocientos metros para que las minas flotantes no entorpecieran nuestras operaciones y que era posible que hubiera varias de ellas allí. Montgomery siguió insistiendo bastante hasta que al final se convenció de que era demasiado arriesgado. Cuando desembarcamos me dijo: «Bajemos hasta el puente del ferrocarril de Wesel donde podremos ver lo que ocurre desde allí mismo». De modo que subimos a su coche y, acompañados por los estadounidenses, que estaban encantados con la perspectiva, llegamos hasta el enorme puente de vigas de hierro que estaba partido por la mitad pero cuyos restos ofrecían una visión privilegiada. Los alemanes respondían a nuestro fuego y sus proyectiles caían en salvas de cuatro a unos mil quinientos metros de donde estábamos nosotros hasta que empezaron a acercarse. Entonces nos pasó una salva por encima de la cabeza que cayó en el agua de nuestro lado del puente. Los proyectiles parecían estallar al chocar contra el fondo y salpicaban mucho a un centenar de metros de distancia. Varios proyectiles más cayeron entre los coches que estaban ocultos detrás de nosotros, a corta distancia, de modo que decidieron que convenía marcharse. Bajé con dificultad y subí al coche con mi arriesgado anfitrión para emprender el viaje de dos horas de regreso a su cuartel general.

Durante los días siguientes seguimos ganando terreno y a finales de mes teníamos un trampolín al este del Rin desde el que lanzar grandes operaciones que penetraran en el norte de Alemania. En el sur los ejércitos estadounidenses, aunque no encontraron tanta oposición, hicieron unos avances increíbles. Todos los días reforzaban y agrandaban las dos cabezas de puente que obtuvieron como recompensa a su audacia y se hicieron más cruces al sur de Coblenza y en Worms. El veintinueve de marzo estaba en Frankfurt el Tercer Ejército estadounidense. El Ruhr y los 325.000 hombres que lo defendían quedaron rodeados: se había desmoronado el frente occidental de Alemania.

Entonces surgió la pregunta: ¿qué hacemos ahora? Circulaban todo tipo de rumores sobre los planes futuros de Hitler. Podía ser que después de perder Berlín y el norte de Alemania se retirara a las zonas montañosas y arboladas del sur del país y tratara de prolongar allí los combates. La extraña resistencia que opuso en Budapest y el hecho de que mantuviera el ejército de Kesselring en Alemania durante tanto tiempo parecían coincidir con una intención así. Aunque no podían estar seguros, nuestros jefes del Estado Mayor llegaron a la conclusión general de que no era

probable que los alemanes emprendieran una campaña prolongada, o ni siquiera una guerra de guerrillas en las montañas, al menos a gran escala. Por consiguiente relegamos la posibilidad al olvido y resultó que no nos equivocamos. Partiendo de esta base pregunté por la estrategia del avance de los ejércitos angloestadounidenses según las previsiones del cuartel general aliado.

El general Eisenhower telegrafió: «Propongo que nos dirijamos hacia el este para unirnos con los rusos y para alcanzar la línea general del Elba. Según las propuestas rusas el eje Kassel-Leipzig es el mejor para la ofensiva ya que permitirá invadir esa importante zona industrial a la que se cree que están trasladando los ministerios alemanes; cortará las fuerzas alemanas aproximadamente por la mitad y no supondrá el cruce del Elba. Su objetivo es dividir y destruir la mayor parte de las fuerzas enemigas que quedan en el oeste.

»Ésta será mi ofensiva principal y hasta que quede bien claro que no hace falta concentrar todo nuestro esfuerzo allí estoy dispuesto a dirigir a todas mis fuerzas para garantizar su éxito. […]

»Una vez garantizado el éxito de la ofensiva principal me propongo emprender acciones para liberar los puertos del norte del país lo que, en el caso de Kiel, supone abrirnos paso al otro lado del Elba. Montgomery se encargará de estas tareas, y propongo que se incrementen sus fuerzas si así se considerara necesario para tal fin».

Más o menos al mismo tiempo supimos que Eisenhower había anunciado su intención en un telegrama dirigido directamente a Stalin el veintiocho de marzo en el que decía que después de aislar el Ruhr pensaba lanzar su ofensiva principal a lo largo del eje Erfurt-Leipzig-Dresde que, al unirse con los rusos, cortaría por la mitad las fuerzas alemanas que quedaban. Un avance secundario que pasara por Regensburgo hasta Linz, donde también esperaba encontrarse con los rusos, evitaría «la consolidación de la resistencia alemana en su reducto del sur de Alemania». Stalin estuvo de acuerdo en seguida. Dijo que la propuesta «coincidía totalmente con el plan del Alto Mando soviético». Y añadió: «Berlín ha perdido la importancia estratégica que tenía; por tanto el Alto Mando soviético tiene previsto destinar fuerzas secundarias en dirección a Berlín». Pero los hechos no confirmaron esta declaración.

Esto parecía tan importante que el uno de abril envié un telegrama personal al presidente:

«[…] Evidentemente, dejando de lado cualquier impedimento y evitando cualquier desviación, ahora los ejércitos aliados del norte y el centro deberían marchar lo más rápidamente posible hacia el Elba. Hasta ahora el eje ha estado sobre Berlín. El general Eisenhower, en su cálculo de la resistencia del enemigo, al que atribuyo la máxima importancia, ahora quiere desplazar un poco el eje hacia el sur y atacar en Leipzig, o tal vez más al sur, por ejemplo en Dresde. […] Afirmo con toda

franqueza que Berlín sigue teniendo muchísima importancia estratégica. La caída de Berlín producirá tanta desesperación psicológica en todas las fuerzas alemanas de resistencia que no se podrá comparar con nada. Será la señal suprema de la derrota del pueblo alemán. En cambio, si es lo último que queda para aguantar el asedio de los rusos entre sus ruinas, y mientras ondee allí la bandera alemana, animará a todos los alemanes a resistir con las armas en la mano.

»Además hay otro aspecto que debemos considerar usted y yo. Seguro que los ejércitos rusos invaden Austria y entran en Viena. Si se apoderan también de Berlín, ¿no les quedará la impresión equivocada de que su aportación ha sido decisiva para lograr nuestra victoria común y esto no los llevará a adoptar una postura que dé lugar a serias y formidables dificultades en el futuro? *Por consiguiente considero que, desde un punto de vista político, deberíamos entrar en Alemania lo más hacia el este que fuera posible y que, si Berlín estuviera a nuestro alcance, deberíamos tomar la ciudad sin ninguna duda*. Lo que parece razonable también desde el punto de vista militar».

En realidad, aunque yo no me diera cuenta, la salud del presidente se encontraba tan delicada que el que se ocupaba entonces de estas graves cuestiones era el general Marshall y los jefes estadounidenses respondieron, en esencia, que el plan de Eisenhower parecía acorde con la estrategia aceptada y con su directriz. Estaba desplegando al otro lado del Rin, en el norte, el máximo de fuerzas que se podían utilizar. El esfuerzo secundario, en el sur, estaba alcanzando un éxito notable y se estaba aprovechando en la medida en que lo permitieran las provisiones. Confiaban en que lo que hiciera el comandante supremo aseguraría los puertos y todo lo demás que mencionaban los británicos con mayor rapidez y de forma más decisiva que el plan que ellos propiciaban.

La batalla de Alemania, decían, se encontraba en un punto en el que correspondía al comandante de campo determinar las medidas que había que tomar. Privarse deliberadamente de aprovechar la debilidad del enemigo no parecía razonable. El único objetivo debía de ser una victoria rápida y total. Al mismo tiempo que reconocían que había factores que no eran de la incumbencia directa del comandante supremo los jefes estadounidenses consideraban que su concepción estratégica era buena.

El propio Eisenhower me aseguró que jamás había perdido de vista la gran importancia que tenía avanzar hacia la costa más septentrional, «[…] aunque su telegrama planteó sin duda una nueva idea con respecto a la importancia política de alcanzar en seguida determinados objetivos. Comprendo perfectamente lo que sugiere en este sentido. La única diferencia entre sus sugerencias y mi plan es de tiempo. […] Para asegurar el éxito de cada uno de los esfuerzos que tengo previstos me concentro primero en el centro para ganar la posición que necesito. Tal como lo veo en este

momento, a partir de entonces el próximo movimiento debería ser que Montgomery cruce el Elba, que las tropas estadounidenses le proporcionen los refuerzos necesarios y que lleguen por lo menos a una línea que incluya Lübeck en la costa. Si a partir de ahora la resistencia alemana se desmoronara de forma progresiva y definitiva puede ver que casi no habría ninguna diferencia de tiempo entre ganar la posición central y cruzar el Elba. Por el contrario, si la resistencia tendiera a fortalecerse de alguna manera creo que es imprescindible que me concentre en cada esfuerzo y que no me disperse tratando de conseguir todos estos proyectos al mismo tiempo.

»Naturalmente, si en algún momento se produjera de pronto un colapso en todo el frente nos apresuraríamos a avanzar y Lübeck y Berlín figurarían como objetivos importantes».

Mi respuesta fue la siguiente: «Le agradezco una vez más su telegrama tan amable. […] Sin embargo me impresiona mucho más la importancia de entrar en Berlín, que puede estar a nuestro alcance, según la respuesta que le ha dado Moscú que […] dice que “Berlín ha perdido la importancia estratégica que tenía”. Esto habría que interpretarlo en función de lo que le mencioné sobre los aspectos políticos. Considero de máxima importancia que nos encontremos con los rusos lo más al este que sea posible. […] En el oeste pueden ocurrir muchas cosas antes de la fecha de la principal ofensiva de Stalin».

Me pareció que tenía la obligación de poner fin a esta correspondencia entre amigos, y los cambios en el plan principal eran, como le dije a Roosevelt en su momento, muchos menos de lo que supusimos en un primer momento aunque debo dejar constancia de que estoy convencido de que en Washington deberían de haber imperado unos puntos de vista más amplios y a más largo plazo. A medida que se acerca a su fin una guerra librada por una coalición los aspectos políticos adquieren una importancia cada vez mayor. Es verdad que la concepción estadounidense por lo menos no manifiesta ningún interés en cuestiones que parecen relacionadas con adueñarse de territorios pero cuando rondan los lobos conviene que el pastor vigile su rebaño, por más que a él no le interese la carne de cordero. En ese momento los puntos en discusión no parecían tener una importancia capital para los jefes del Estado Mayor estadounidense. Evidentemente pasaron desapercibidos y fueron desconocidos para el público, y pronto quedaron sumergidos y momentáneamente pasaron inadvertidos ante la creciente ola de victorias. Sin embargo, aunque no vamos a discutirlo ahora, desempeñaron un papel predominante en el destino de Europa y bien podrían habernos privado a todos de la paz duradera por la que hemos luchado tanto tiempo y con tanta intensidad. Vemos ahora el paréntesis mortal que existió entre el debilitamiento de las fuerzas del presidente Roosevelt y el aumento del control por parte del presidente Truman del vasto problema mundial. En este vacío melancólico un presidente no podía actuar y el otro no podía saber. Ni los jefes

militares ni el Departamento de Estado recibieron la orientación que necesitaban. Aquéllos se limitaron a su esfera profesional y éste no comprendía la situación. Faltó la dirección política indispensable en el momento en que más falta hacía. Estados Unidos apareció en el escenario de la victoria dominando los destinos del mundo pero sin un designio verdadero y coherente. Aunque seguía siendo muy fuerte, Gran Bretaña no podía tomar las decisiones sola. A estas alturas lo único que podía hacer yo era advertir y suplicar. De modo que este período de éxitos aparentemente inconmensurables fue una época muy triste para mí. Me movía en medio de multitudes que me vitoreaban, o me sentaba a una mesa engalanada de felicitaciones y bendiciones que venían de todas partes de la gran alianza con el corazón dolorido y la mente oprimida por premoniciones.

La aniquilación del poder militar alemán trajo consigo un cambio fundamental en las relaciones entre la Rusia comunista y las democracias occidentales. Habían perdido a su enemigo común que era prácticamente el único vínculo que las unía. A partir de entonces el imperialismo ruso y la doctrina comunista no encontraron ni establecieron límites para su progreso y, en definitiva, su dominio, y tuvieron que pasar más de dos años antes de que volvieran a enfrentarse con una fuerza de voluntad similar. No debería de hablar de esto en este momento cuando todo ha quedado en evidencia bajo una luz deslumbrante si no lo hubiera sabido y presentido cuando todo estaba borroso, y cuando la abundancia del triunfo no hacía más que intensificar la oscuridad interna de los asuntos humanos. Pero esto debe juzgarlo el lector.

Capítulo XXV

EL TELÓN DE ACERO

A medida que fueron pasando las semanas después de Yalta se hizo patente que el gobierno soviético no hacía nada por cumplir nuestros acuerdos con respecto a ampliar el gobierno polaco para que incluyera a todos los partidos del país y a ambos bandos. Mólotov se negaba sistemáticamente a opinar sobre los polacos que mencionábamos y ni uno de ellos fue autorizado a asistir ni siquiera a una mesa redonda preliminar. Se había ofrecido a dejarnos enviar observadores a Polonia y lo desconcertó la rapidez con la que aceptamos argumentando, entre otras cosas, que podía afectar el prestigio del gobierno provisional de Lublin. No se avanzó nada en las conversaciones que tuvieron lugar en Moscú. El tiempo favorecía a los rusos y a sus adeptos polacos, que controlaban cada vez más el país mediante todo tipo de medidas estrictas que no querían que vieran los observadores externos. Cada día de retraso era una ganancia para estas fuerzas tan duras.

La misma noche que expuse ante la cámara de los Comunes los resultados de nuestros trabajos en Yalta los rusos efectuaron en Rumanía la primera violación tanto del espíritu como de la letra de nuestros acuerdos. La Declaración sobre la Europa Liberada que acabábamos de firmar nos obligaba a todos a comprobar que en los países ocupados por los ejércitos aliados se celebraran elecciones libres y se establecieran gobiernos democráticos. El veintisiete de febrero, Vishinski, que se había presentado en Bucarest el día anterior sin avisar, exigió una audiencia con el rey Miguel e insistió para que destituyera al gobierno multipartidista que se había formado después del golpe de Estado monárquico que tuvo lugar en agosto de 1944 y que acabó con la expulsión de los alemanes de Rumanía. El joven rey, con el apoyo de su ministro de Asuntos Exteriores, Visoianu, se resistió hasta el día siguiente. Vishinski se volvió a presentar y, sin hacer caso de la solicitud del rey de que al menos le permitieran consultar a los dirigentes de los partidos políticos, golpeó la mesa con el puño, exigió a gritos su conformidad inmediata y salió de la habitación dando un portazo. Al mismo tiempo se desplegaron por las calles de la capital carros de combate y tropas soviéticas y el seis de marzo se hizo cargo del país un gobierno nombrado por los soviéticos.

Esta noticia, que resultó una muestra de lo que vendría después, me produjo una profunda desazón pero no pudimos protestar porque Eden y yo durante nuestra visita a Moscú en octubre habíamos reconocido que Rusia tendría la voz predominante en Rumanía y en Bulgaria, mientras que nosotros asumiríamos el papel principal en Grecia. Stalin se había atenido rigurosamente a este compromiso durante las seis semanas de combates contra los comunistas y el ELAS en la ciudad de Atenas a pesar

del hecho de que todo esto resultaba sumamente desagradable para él y para los que lo rodeaban. Ya se había restablecido la paz y, aunque nos enfrentábamos con muchas dificultades, yo esperaba que en pocos meses pudiéramos celebrar unas elecciones libres y sin restricciones, si era posible con la supervisión de los británicos, los estadounidenses y los rusos, y que a partir de entonces se establecieran una Constitución y un gobierno partiendo de la voluntad irrefutable del pueblo griego.

Pero en los dos países balcánicos del mar Negro Stalin estaba haciendo justamente lo contrario, y además oponiéndose por completo a toda idea democrática. Había dado su conformidad, en teoría, a los principios de Yalta y ahora los estaba pisoteando en Rumanía. Pero si yo insistía demasiado era capaz de decirme: «Yo no me he metido con lo que hicieron ustedes en Grecia; ¿por qué no me dan la misma libertad en Rumanía?». Ninguna de las dos partes convencería a la otra y, apreciando mi relación personal con Stalin, estaba seguro de que sería un error embarcarme en una discusión así. Sin embargo me parecía que debíamos hablarle de nuestro disgusto porque hubieran instaurado por la fuerza el gobierno de una minoría comunista. Me daba miedo, en particular, que esto trajera como consecuencia una purga indiscriminada de rumanos anticomunistas, a los que se acusaría de fascismo, siguiendo en gran medida las líneas de lo que había ocurrido en Bulgaria.

Mientras tanto siguió el punto muerto respecto a Polonia. Durante todo marzo mantuve una tensa correspondencia con Roosevelt, pero aunque no disponía de información exacta sobre su estado de salud me daba la impresión de que salvo por algunos fogonazos ocasionales de valor y perspicacia los telegramas que nos enviaba no eran suyos. La política soviética se fue volviendo cada día más evidente al igual que el uso que hacían de su control desenfrenado e inadvertido sobre Polonia. Pidieron que Polonia estuviera representada sólo por el gobierno de Lublin en la inminente conferencia de las Naciones Unidas que se celebraría en San Francisco. Cuando las potencias occidentales se opusieron los soviéticos se negaron a permitir la asistencia de Mólotov, lo que amenazaba con imposibilitar cualquier avance en San Francisco e incluso con arruinar la propia conferencia. Mólotov insistía en que el comunicado de Yalta simplemente suponía añadir unos cuantos polacos más al gobierno de títeres rusos que ya existía y que primero habría que consultarlo con estos títeres. Mantuvo su derecho a vetar a Mikolajczyk y a cualquier otro polaco que sugiriéramos y fingió que no tenía suficiente información sobre los nombres que le habíamos propuesto hacía mucho tiempo. Estaba claro que su táctica consistía en dar largas a la situación mientras el comité de Lublin consolidaba su poder. Las negociaciones que llevaron a cabo nuestros embajadores no contenían ninguna promesa de una solución honesta en Polonia. No eran más que una manera de distraer la atención de nuestras comunicaciones y de perder el tiempo buscando fórmulas que no resolverían los puntos fundamentales.

Estaba seguro de que la única manera de frenar a Mólotov era enviar a Stalin un mensaje personal de modo que apelé al presidente con la esperanza de que pudiéramos dirigirnos a Stalin de forma conjunta al máximo nivel. A continuación hubo una prolongada correspondencia entre nosotros pero en este momento crítico la salud y la fuerza de Roosevelt se habían desvanecido. En mis largos telegramas yo creía que me dirigía a mi querido amigo y colega como había hecho durante todos estos años. Pero él ya no me escuchaba del todo como antes. Yo no sabía lo mal que se encontraba; de lo contrario me habría parecido una crueldad importunarlo. Los devotos asesores del presidente procuraban mantener la noticia de su estado dentro del círculo más reducido y distintas manos elaboraban, de forma conjunta, las respuestas que se enviaban en su nombre, a las que, a medida que se le iba la vida, Roosevelt sólo podía brindar una orientación y una aprobación en general. Fue un esfuerzo heroico. La tendencia del Departamento de Estado fue naturalmente la de impedir que las cosas llegaran a un punto crítico mientras el presidente se encontraba tan débil físicamente y encomendar la carga a los embajadores que había en Moscú. Harry Hopkins, que podría haber brindado su ayuda personal, también estaba muy enfermo y con frecuencia estaba ausente o no lo invitaban. Fueron unas semanas de mucho sacrificio para todos.

Durante todo este tiempo tuvo lugar un intercambio mucho más enconado e importante entre el gobierno británico y el estadounidense y los soviéticos sobre una cuestión muy diferente. El avance de los ejércitos soviéticos, las victorias de Alexander en Italia, el fracaso de su contragolpe en las Ardenas y la marcha de Eisenhower hacia el Rin convencieron a todo el mundo, menos a Hitler y a sus seguidores más próximos, de que la rendición era inminente e inevitable. La cuestión era ante quién rendirse. Alemania ya no podía seguir luchando en dos frentes. Evidentemente la paz con los soviéticos era imposible. Los gobernantes de Alemania conocían demasiado bien la opresión totalitaria para favorecer su importación desde el este. Quedaban los aliados en el oeste. ¿No sería posible, argumentaban, hacer un trato con Gran Bretaña y Estados Unidos? Si se pudiera llegar a una tregua en el oeste podrían concentrar sus tropas para impedir el avance soviético. El único que se mantenía en sus trece era Hitler. El Tercer Reich alemán estaba acabado y él moriría con él. En cambio, varios de sus seguidores trataron de llegar a acuerdos secretos con los aliados de habla inglesa. Todas estas propuestas, desde luego, fueron rechazadas. Nosotros pretendíamos una rendición incondicional en todos los frentes. De todos modos los oficiales que teníamos al mando en el campo de batalla estaban siempre totalmente autorizados para aceptar las capitulaciones puramente militares de las fuerzas enemigas que se oponían a ellos, y un intento de conseguirlo mientras luchábamos en el Rin trajo como consecuencia un duro intercambio de palabras entre

los rusos y el presidente, a quien apoyé.

En febrero, el general Karl Wolff, comandante de las SS en Italia, se había puesto en contacto a través de unos intermediarios italianos con el servicio secreto estadounidense en Suiza. Decidieron examinar las credenciales de los participantes y el enlace recibió el nombre en clave de «Crucigrama». El ocho de marzo se presentó en Zúrich el propio general Wolff y se reunió con Allen Dulles, el jefe de la organización estadounidense. Le dijeron sin rodeos que no había la menor posibilidad de negociación y que la única manera de seguir adelante con la cuestión era partiendo de la base de una rendición incondicional. Esta información se transmitió rápidamente al cuartel general aliado en Italia y al gobierno estadounidense, el británico y el soviético. El quince de marzo los jefes del Estado Mayor británico y estadounidense que estaban en Casería llegaron a Suiza de incógnito y cuatro días después, el diecinueve de marzo, se celebró una segunda reunión preparatoria con el general Wolff.

Me di cuenta en seguida de que al gobierno soviético podía parecerle sospechosa una rendición militar por separado en el sur que permitiría el avance de nuestros ejércitos con muy poca oposición hasta Viena y más lejos, incluso hasta el Elba o Berlín. Además, como todos nuestros frentes en torno a Alemania formaban parte de la totalidad de la guerra aliada era natural que los rusos se vieran afectados por todo lo que hiciera cualquiera de ellos. Si se establecían contactos con el enemigo, ya fueran formales o informales, había que avisarles con tiempo. Esta norma se cumplió escrupulosamente. El doce de marzo el embajador británico en Moscú había informado al gobierno soviético sobre este enlace con los emisarios alemanes y dijo que no se establecería ningún contacto mientras no recibiéramos la respuesta de los rusos. En ningún momento se planteó la cuestión de ocultarles nada. Los representantes de los aliados que se encontraban entonces en Suiza incluso averiguaron formas de hacer entrar a escondidas a un oficial ruso, junto con ellos, por si el gobierno soviético quería enviar a alguien. No obstante esto no se pudo poner en práctica y el trece de marzo se informó a los rusos de que si resultaba que «Crucigrama» tenía mucha trascendencia sus representantes serían bienvenidos en el cuartel general de Alexander. Tres días después Mólotov informó al embajador británico en Moscú de que al gobierno soviético la actitud del británico le parecía «totalmente inexplicable y le resultaba incomprensible que negaran a los rusos las facilidades para enviar a su representante a Berna». El embajador estadounidense recibió un comunicado similar.

El día veintiuno nuestro embajador en Moscú recibió instrucciones de informar al gobierno soviético una vez más de que el único objetivo de las reuniones era asegurarse de que los alemanes tuvieran autoridad para negociar una rendición militar e invitar a los delegados rusos al cuartel general de los aliados en Casería. Y así lo

hizo. Al día siguiente Mólotov le entregó una respuesta por escrito que contenía las siguientes expresiones:

«En Berna, hace dos semanas que se están llevando a cabo negociaciones entre los representantes del mando militar alemán por una parte y los representantes del mando inglés y el estadounidense por la otra a espaldas de la Unión Soviética, la más castigada por la guerra contra Alemania».

Sir Archibald Clark Kerr explicó naturalmente que los soviéticos habían entendido mal lo ocurrido y que estas «negociaciones» no eran más que un intento para poner a prueba las credenciales y la autoridad del general Wolff. El comentario de Mólotov fue categórico e insultante: «En ese caso —escribió—, el gobierno soviético no ve un mal entendido sino algo peor». Y atacó a los estadounidenses con el mismo resentimiento.

Ante una acusación tan sorprendente me pareció que era mejor el silencio que un intercambio de improperios, pero al mismo tiempo era necesario advertir a nuestros comandantes militares en el oeste. Por consiguiente enseñé la carta insultante de Mólotov tanto a Montgomery como a Eisenhower con el que en ese momento estaba analizando el cruce del Rin.

El general Eisenhower se disgustó mucho y pareció profundamente indignado ante lo que consideraba una acusación sumamente injusta e infundada acerca de nuestra buena fe. Dijo que como comandante militar aceptaría la rendición incondicional de cualquier unidad de fuerzas enemigas en su frente, desde una compañía hasta todo el Ejército, que esto le parecía a él una cuestión puramente militar y que tenía plena autoridad para aceptar una rendición así sin pedirle su opinión a nadie. No obstante, en caso de que se plantearan cuestiones políticas en seguida consultaría a los gobiernos. Temía que si los rusos intervenían en una posible rendición de las fuerzas de Kesselring, lo que él podía acordar en una hora se prolongaría durante tres o cuatro semanas con grandes pérdidas para nuestras tropas. Dejó bien claro que insistiría para que todas las tropas que estuvieran al mando del oficial que se rindiera depusieran las armas y permanecieran quietas hasta que recibieran nuevas órdenes de modo que no hubiera ninguna posibilidad de que las enviaran al otro lado de Alemania para enfrentarse a los rusos. Al mismo tiempo, a través de estas tropas que se rindiesen avanzaría lo más rápidamente posible hacia el este.

Por mi parte yo pensaba que estas cuestiones debían de quedar libradas a su criterio y que los gobiernos sólo deberían intervenir en caso de que surgiera alguna cuestión política. No veía por qué tenía que darnos pena si, como consecuencia de una rendición masiva en el oeste, llegábamos al Elba, o incluso más lejos, antes que Stalin. Jock Colville me recuerda que esa noche le dije: «No quiero plantearme desmembrar Alemania mientras no despeje mis dudas acerca de las intenciones de

Rusia».

El cinco de abril recibí del presidente Roosevelt el asombroso texto de sus contactos con Stalin:

«Tiene usted toda la razón —escribía Stalin— en que, con respecto al asunto relacionado con las negociaciones del mando angloamericano con el mando alemán en algún lugar de Berna o en otro sitio, "ha surgido un clima de temor y desconfianza lamentable".

»Usted insiste en que todavía no ha habido negociaciones. Cabe suponer que todavía no le han informado del todo. […] Mis colegas militares no tienen ninguna duda de que las negociaciones se han llevado a cabo y que han finalizado con un acuerdo con los alemanes partiendo de la base de que el comandante alemán del frente occidental, el mariscal Kesselring, se ha mostrado dispuesto a abrir el frente y a permitir el avance hacia el este de las tropas angloamericanas a cambio de lo cual los angloamericanos se han comprometido a mejorar los términos de la paz para los alemanes.

»Como consecuencia de esto, en este momento los alemanes del frente occidental de hecho han interrumpido la guerra contra Inglaterra y Estados Unidos aunque siguen luchando contra Rusia, la aliada de Inglaterra y Estados Unidos. […]».

Esta acusación indignó profundamente al presidente. No tuvo fuerzas para responder por sí mismo, de modo que elaboró la respuesta el general Marshall con la aprobación de Roosevelt. No cabe duda de que no le faltaba vigor.

«[…] Confiando en que me toma por una persona formal —replicó—, y en que cree en mi determinación de conseguir, conjuntamente con usted, la rendición incondicional de los nazis, me parece increíble que el gobierno soviético esté convencido de que he llegado a un acuerdo con el enemigo sin obtener antes su plena conformidad. Por último, quisiera decir lo siguiente: que sería una de las grandes tragedias de la historia si en el momento mismo de la victoria, que ahora tenemos a nuestro alcance, esta desconfianza, esta falta de fe diera al traste con toda la empresa después de las colosales pérdidas de vidas humanas, de material y de fondos que hemos sufrido.

»*Francamente, no puedo evitar sentir un amargo resentimiento hacia sus informantes, quienquiera que sean, por hacer una tergiversación tan rastrera de mis actos o los de mis subordinados, que gozan de toda mi confianza*».

Me llamó profundamente la atención la última frase, que aparece en cursiva. Me pareció que aunque Roosevelt no hubiera redactado todo el mensaje era posible que la hubiese añadido él mismo. Parecía un añadido o una síntesis, muy propia de Roosevelt cuando se enfadaba.

Le escribí de inmediato, tanto a él como a Stalin, y pocos días después recibí del dictador ruso algo que podía parecer una disculpa. «Yo reduciría todo lo posible la

importancia del problema general soviético —me cablegrafió el presidente el doce de abril— porque estos problemas, de una forma u otra, parecen surgir todos los días y la mayoría de ellos se resuelven solos como en el caso del encuentro de Berna. Debemos mantenernos firmes, sin embargo, y hasta ahora estamos siguiendo el rumbo correcto».

El presidente Roosevelt murió de repente esa misma tarde, el jueves doce de abril de 1945, en Warm Springs, Georgia. Tenía sesenta y tres años. Se desplomó de improviso mientras posaba para que le hicieran un retrato y murió pocas horas después sin recobrar el conocimiento. Cuando recibí la noticia a primeras horas de la mañana del viernes trece sentí como si me hubieran asestado un golpe. Mis relaciones con esta personalidad brillante habían desempeñado un papel importantísimo durante los largos y terribles años en que trabajamos juntos. Esto se había acabado y me abrumaba la sensación de haber sufrido una pérdida profunda e irreparable. Me dirigí a la cámara de los Comunes, que se reunía a las once, y en pocas frases propuse que rindiéramos homenaje a la memoria de nuestro gran amigo levantando la sesión de inmediato. Esta medida sin precedentes, con ocasión de la muerte del jefe de un Estado extranjero, coincidió con la voluntad unánime de los parlamentarios, que fueron saliendo lentamente de la Cámara después de una sesión que duró apenas ocho minutos.

Mi primer impulso fue viajar a Estados Unidos para asistir al funeral y ya había ordenado que me prepararan un avión. Lord Halifax telegrafió que tanto Hopkins como Stettinius estaban muy conmovidos por el hecho de que pensara acudir, y ambos estaban de acuerdo conmigo en que mi asistencia tendría consecuencias sumamente positivas. Truman le había pedido que me dijera lo mucho que apreciaría él, personalmente, tener la oportunidad de conocerme lo antes posible. Su idea era que después del funeral pudiera disponer de dos o tres días para conversar con él.

Sin embargo sufrí fuertes presiones para que no abandonara el país en ese momento tan crítico y difícil y cedí a los deseos de mis amigos. Mirándolo retrospectivamente lamento no haber hecho caso de la sugerencia del nuevo presidente. No lo conocía y pienso que había muchos puntos sobre los cuales las conversaciones en persona habrían tenido un valor inmenso, sobre todo si se hubieran llevado a cabo durante varios días sin estar sujetos a prisas ni formalismos. Me pareció increíble, sobre todo durante los últimos meses, que Roosevelt no hubiera procurado que su segundo y posible sucesor se familiarizara a fondo con toda la situación ni lo hubiera hecho partícipe de las decisiones que se tomaban, lo que resultó muy perjudicial para nuestros asuntos. No es lo mismo leer acerca de los acontecimientos con posterioridad que vivirlos de hora en hora. Eden era para mí un colega que lo sabía todo y podía asumir la dirección de todo en cualquier momento,

aunque yo estuviera en buen estado de salud y en plena actividad. En cambio, el vicepresidente de Estados Unidos da un salto al poder supremo desde una posición en la que tiene muy poca información y todavía menos poder. ¿Cómo podría Truman conocer y sopesar las cuestiones que estaban en juego en ese momento culminante de la guerra? Todo lo que hemos sabido acerca de él desde entonces demuestra que es un hombre decidido e intrépido, capaz de tomar las decisiones más importantes. En estos primeros meses ocupó una posición muy difícil, lo que no le permitió aprovechar al máximo sus notables cualidades.

El primer acto político de Truman que tuvo que ver con nosotros consistió en seguir adelante con la cuestión de Polonia desde el punto en que se encontraba cuando murió Roosevelt, apenas cuarenta y ocho horas antes. Propuso que presentáramos a Stalin una declaración conjunta. Seguramente el Departamento de Estado debía de tener muy avanzada la elaboración del documento en el que constaba esta declaración cuando ocupó el cargo el nuevo presidente. Sin embargo llama la atención que estuviera dispuesto a asumir tan pronto esta responsabilidad en medio de las formalidades de hacerse cargo de la presidencia y del funeral de su antecesor.

Reconoció que la actitud de Stalin no era demasiado esperanzadora pero le parecía que debíamos «hacer otro intento», de modo que propuso que le dijéramos a Stalin que nuestros embajadores en Moscú estaban totalmente de acuerdo en invitar a esa ciudad a los tres líderes del gobierno de Varsovia para consultar con ellos, y que le asegurásemos que jamás habíamos dicho que él no desempeñaría una parte importante en la formación del nuevo gobierno provisional de unidad nacional. Nuestros embajadores no reclamaban el derecho a invitar a una cantidad ilimitada de polacos, procedentes tanto de fuera como de dentro de Polonia. La verdadera cuestión era si el gobierno de Varsovia podía vetar a alguno de los candidatos para la consulta y nosotros opinábamos que el acuerdo de Yalta no los autorizaba a hacerlo.

El día quince enviamos nuestro mensaje conjunto. Mientras tanto, Mikolajczyk confirmó que aceptaba la decisión de Crimea con respecto a Polonia, que incluía el establecimiento de la frontera oriental del país en la línea Curzon, y así se lo comuniqué a Stalin. Como no recibí ninguna respuesta cabe suponer que el dictador quedó conforme de momento. Quedaban abiertas otras cuestiones. Eden telegrafió desde Washington diciendo que él y Stettinius estaban de acuerdo en que debíamos renovar nuestra petición para que dejaran entrar observadores en Polonia y que teníamos que seguir presionando al gobierno soviético para que interrumpiera sus negociaciones para lograr un tratado con los polacos de Lublin. Pero poco después de decidirlo llegó la noticia de que se había firmado el tratado.

El veintinueve de abril, cuando parecía evidente que no íbamos a ninguna parte, expuse toda la situación a Stalin en un largo telegrama del que extraigo los siguientes párrafos que considero pertinentes:

> Es cierto que, con respecto a Polonia, hemos alcanzado una línea de acción definitiva con los estadounidenses; esto se debe a que naturalmente coincidimos sobre el tema y con toda sinceridad ambos pensamos que hemos sido maltratados […] desde la conferencia de Crimea. Sin duda estas cosas parecen distintas cuando se miran desde el punto de vista contrario. Pero estamos totalmente de acuerdo en que el compromiso que hemos asumido de contribuir a una Polonia soberana, libre e independiente, con un gobierno que represente plena y adecuadamente todos los elementos democráticos que existan en el país, constituye para nosotros una cuestión de honor y una obligación. No creo que haya ninguna posibilidad de que nuestras dos potencias cambien de actitud, y cuando estamos de acuerdo tenemos que manifestarlo. Después de todo nos hemos unido con ustedes, fundamentalmente a partir de una iniciativa mía, a principios de 1944 para proclamar la frontera polaco-rusa que ustedes deseaban, es decir, la línea Curzon, que incluía a Lvov para Rusia. Creemos que deberían coincidir con nosotros con respecto a la otra mitad de la política que también han proclamado con nosotros, es decir, la soberanía, la independencia y la libertad de Polonia, siempre que se trate de una Polonia que mantenga una actitud amistosa con Rusia. […]
>
> También surgen dificultades en este momento porque salen de Polonia todo tipo de versiones que muchos parlamentarios escuchan con interés y que en cualquier momento se pueden plantear con violencia en el Parlamento o en la prensa, aunque yo lo repruebe, con respecto a las cuales Mólotov no nos ofrece ninguna información a pesar de nuestras reiteradas solicitudes. *Por ejemplo, se dice que quince polacos se reunieron con las autoridades rusas para mantener conversaciones hace más de cuatro semanas […]y hay muchos informes más de deportaciones, etcétera*[72]. ¿Cómo voy a desmentir estas quejas si ustedes no me brindan ninguna información y cuando no nos permiten, ni a los estadounidenses ni a mí, enviar a nadie a Polonia para que averigüe por sí mismo cómo está la situación en realidad? No hay ninguna parte de nuestro territorio ocupado o liberado a la que no puedan enviar ustedes delegaciones, y la gente no entiende qué motivos pueden tener para impedir que las delegaciones británicas efectúen visitas similares a los países extranjeros que ustedes hayan liberado.
>
> No resulta demasiado tranquilizador contemplar un futuro en el que ustedes y los países que se encuentran bajo su dominio, además de los partidos comunistas de muchos otros Estados, se encuentren todos de un lado y aquellos que apoyan a las naciones de habla inglesa y sus socios o sus dominios se encuentren en el otro. Es evidente que el enfrentamiento entre ellos haría pedazos el mundo y que todos los dirigentes de ambos bandos que hemos tenido alguna relación con esto seríamos una vergüenza para la historia. Incluso embarcarnos en un largo período de sospechas, de malos tratos y de represalias por esos malos tratos, y de políticas opuestas, sería un desastre que dificultaría el gran desarrollo de la prosperidad mundial para las masas que sólo se puede conseguir mediante nuestra unión tripartita. Espero que ninguna de estas palabras o frases que me salen del corazón lo ofenda sin querer. Si así fuera hágamelo saber. Pero le suplico, amigo Stalin, que no subestime las divergencias que surgen en cuestiones que ustedes pueden pensar que son insignificantes para nosotros pero que simbolizan la forma en que contemplan la vida las democracias de habla inglesa.

Ha llegado el momento de referirme al incidente de los polacos desaparecidos que mencioné en el segundo párrafo, aunque nos adelante un poco con respecto a la narración en general. A comienzos de marzo de 1945 la policía política rusa invitó a la resistencia polaca a enviar una delegación a Moscú para discutir la formación de un gobierno polaco unido siguiendo las pautas del acuerdo de Yalta. A continuación dieron una garantía escrita de seguridad personal, y se suponía que, si las negociaciones tenían éxito, se autorizaría al grupo a viajar a Londres para mantener conversaciones con el gobierno polaco en el exilio. El veintisiete de marzo el general Leopold Okulicki, el sucesor del general Bor-Komorowski al mando del Ejército de la resistencia, otros dos dirigentes y un intérprete tuvieron una reunión en las afueras

de Varsovia con un representante soviético. Al día siguiente se les sumaron once líderes que representaban a los principales partidos políticos de Polonia. Otro dirigente polaco ya estaba en manos de los rusos. Ninguno de ellos regresó del encuentro. El seis de abril el gobierno polaco en el exilio emitió un comunicado en Londres explicando a grandes rasgos este siniestro episodio. Los representantes más valiosos de la resistencia polaca habían desaparecido sin dejar rastros a pesar de la oferta formal de un salvoconducto por parte de Rusia. Se formularon preguntas en el Parlamento y desde entonces se han difundido historias sobre el fusilamiento de los líderes locales polacos en las zonas que en ese momento estaban ocupadas por los ejércitos soviéticos y en particular sobre un episodio que tuvo lugar en Siedlce, en el este de Polonia. El cuatro de mayo Mólotov reconoció en San Francisco que estos hombres estaban retenidos en Rusia y una agencia de noticias oficial rusa declaró al día siguiente que estaban a la espera de un juicio acusados de «tácticas de agitación en la retaguardia del Ejército Rojo».

El dieciocho de mayo Stalin negó en público que los dirigentes polacos arrestados hubieran sido invitados a Moscú y afirmó que no eran más que «agitadores» que recibirían un tratamiento acorde con «una ley similar a la ley británica para la defensa del Reino». El gobierno soviético se negó a cambiar de opinión. No se volvió a oír hablar de las víctimas de la trampa hasta que comenzó el juicio contra ellos el dieciocho de junio, que se llevó a cabo de la manera habitual entre los comunistas. Los prisioneros fueron acusados de subversión, terrorismo y espionaje, y todos menos uno reconocieron, en su totalidad o en parte, los cargos contra ellos. A trece de ellos los declararon culpables y fueron sentenciados a un período de encarcelamiento de entre cuatro meses y diez años y tres fueron absueltos. Así se produjo, de hecho, la liquidación judicial de los líderes de la resistencia polaca que tan heroicamente habían luchado contra Hitler, cuyas bases ya habían muerto entre las ruinas de Varsovia.

Mientras tanto, recibí de Stalin una respuesta sumamente desalentadora a la solicitud que le hice el veintinueve de abril. Estaba fechada el cinco de mayo y decía lo siguiente:

> Debo decirle que no comparto los argumentos que presenta para defender su postura. […] No puedo coincidir con su punto de vista […] en el texto en el que sugiere que las tres potencias deberían supervisar las elecciones. Esta supervisión, en relación con el pueblo de un estado aliado, no se puede considerar más que como un insulto a ese pueblo y una interferencia flagrante en sus cuestiones internas. Esta supervisión no es necesaria en los antiguos estados satélites que posteriormente han declarado la guerra a Alemania y se han sumado a los aliados, como lo demuestra la experiencia de las elecciones que se han llevado a cabo, por ejemplo, en Finlandia, donde se han celebrado elecciones sin ninguna intervención exterior, que han dado resultados constructivos. […] La peculiar situación de Polonia como Estado vecino de la Unión Soviética […] hace que el futuro gobierno polaco tenga que luchar activamente por establecer relaciones

amistosas entre Polonia y la Unión Soviética, lo que favorece también los intereses de todas las demás naciones pacifistas. […] Las Naciones Unidas procuran que exista una amistad firme y duradera entre la Unión Soviética y Polonia. Por consiguiente no podemos conformarnos con que las personas relacionadas con la formación del futuro gobierno polaco, como usted manifiesta, «no sean fundamentalmente antisoviéticas», o que sólo se excluya de toda participación en este trabajo a aquellos que, en su opinión, manifiesten una actitud «muy poco amistosa con respecto a Rusia». A nosotros no nos satisface ninguno de estos criterios. *Insistimos y seguiremos insistiendo en que sólo se debería consultar sobre la formación del futuro gobierno polaco a aquellos que hayan manifestado deforma activa una actitud amistosa hacia la Unión Soviética y que estén dispuestos, honesta y sinceramente, a colaborar con el Estado soviético*[73].

Debo comentar en particular [otro] punto de su mensaje en el que menciona las dificultades que surgen como consecuencia de los rumores sobre el arresto de quince polacos, de deportaciones, etcétera.

A este respecto puedo informarle de que el grupo de polacos a los que hace referencia no estaba compuesto por quince personas sino por dieciséis, y lo encabezaba el conocido general polaco Okulicki. Por su carácter especialmente odioso el Servicio de Información británico procura guardar silencio con respecto a este general polaco que «desapareció» junto con los otros quince polacos a los que se dice que les ha ocurrido lo mismo. Pero no pretendemos guardar silencio sobre este asunto. Este grupo de dieciséis individuos, encabezado por el general Okulicki, fue arrestado por las autoridades militares en el frente soviético y los están investigando en Moscú. El grupo del general Okulicki, y sobre todo el propio general, está acusado de planificar y llevar a cabo actos de agitación en la retaguardia del Ejército Rojo, como consecuencia de los cuales murieron más de cien combatientes y oficiales de dicho Ejército, y también se los acusa de mantener estaciones ilegales de radio en la retaguardia de nuestras tropas, algo que va contra la ley. Todos o algunos de ellos, según los resultados de las investigaciones, serán sometidos a juicio. De esta manera el Ejército Rojo tiene que defender a sus tropas y a su retaguardia de los agitadores y los que perturban el orden.

El Servicio de Información británico está difundiendo rumores sobre el asesinato o el fusilamiento de polacos en Siedlce. Estas declaraciones del Servicio de Información británico son puras mentiras que evidentemente les han sido sugeridas por agentes [antisoviéticos]. […]

Se deduce de su mensaje que no está dispuesto a considerar al gobierno provisional polaco como la base del futuro gobierno de unidad nacional y que no está dispuesto a concederle su legítima posición en ese gobierno. Debo decirle con toda franqueza que esta actitud excluye la posibilidad de una solución consensuada a la cuestión polaca.

Transmití este duro mensaje al presidente Truman con el siguiente comentario: «Me parece que estas cuestiones ya casi no se pueden llevar adelante por correspondencia y que debemos celebrar lo antes posible una reunión de los tres jefes de gobierno. *Mientras tanto, debemos atenernos con firmeza a la posición existente, que han conseguido o están consiguiendo nuestros ejércitos en Yugoslavia, en Austria, en Checoslovaquia, en el frente central principal de Estados Unidos y en el frente británico, que llega hasta Lübeck e incluye a Dinamarca*[74]. […]». El cuatro de mayo le dibujé el escenario europeo, tal como yo la veía, a Eden, que se encontraba en la conferencia de San Francisco en contacto diario con Stettinius y Mólotov, y que estaba a punto de volver a entrevistarse con el presidente en Washington.

Considero probable que el punto muerto polaco ahora sólo se pueda resolver en una conferencia entre los tres jefes de gobierno que se celebre en alguna población de Alemania que no esté hecha añicos, si se puede encontrar alguna. Debería tener lugar a más tardar a principios de julio. Propongo telegrafiar al presidente Truman mi sugerencia de que venga aquí y de que es indispensable celebrar una reunión entre las tres grandes potencias.

2. Es posible que resulte más fácil resolver el problema polaco si se plantea en relación con las numerosas cuestiones que tenemos pendientes en la actualidad, que son de la máxima gravedad y que requieren un acuerdo urgente con los rusos. Temo que hayan ocurrido cosas terribles durante el avance ruso a través de Alemania hasta el Elba. La retirada propuesta del ejército estadounidense hasta las líneas de ocupación que se acordó con los rusos y los estadounidenses en Quebec, y que se marcó en amarillo en los mapas que estudiamos aquí, supondría que la marea de la dominación rusa arrasaría doscientos kilómetros en un frente de entre quinientos y seiscientos kilómetros. Este hecho, de producirse, sería uno de los más tristes de la historia. Cuando acabara y el territorio fuese ocupado por los rusos Polonia quedaría completamente envuelta y sepultada en tierras ocupadas por los rusos. Lo que sería la frontera rusa en realidad se extendería desde el cabo Norte, en Noruega, siguiendo la frontera entre Finlandia y Suecia, a través del Báltico, hasta un punto situado justo al este de Lübeck a lo largo de la línea de ocupación acordada en la actualidad y siguiendo la frontera entre Baviera hasta Checoslovaquia, hasta las fronteras de Austria, que nominalmente estará bajo una ocupación cuádruple, y a mitad de camino entre ese país y el río Isonzo, tras el que Tito y Rusia reclamarán todo lo que quede más al este. Por consiguiente, los territorios bajo control ruso incluirían las provincias bálticas, toda Alemania hasta la línea de ocupación, toda Checoslovaquia, buena parte de Austria, toda Yugoslavia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, hasta llegar a Grecia, que ahora se encuentra en una posición bastante insegura. Incluiría a todas las grandes capitales de la Europa central, como Berlín, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía. Seguro que en seguida comenzaría a discutirse la posición de Turquía y Constantinopla.

3. Esto constituye un acontecimiento sin parangón en la historia de Europa al que los aliados no se han enfrentado en su larga y arriesgada lucha. Rusia le exigirá tanto a Alemania, tan sólo como indemnización, que podrá prolongar la ocupación de forma casi indefinida, en todo caso por muchos años, durante los que Polonia se hundirá junto con muchos Estados más en la vasta zona de una Europa controlada por los rusos, no necesariamente sovietizada económicamente, pero gobernada por un Estado policial.

4. Ya va siendo hora de que las principales potencias analicen en su totalidad estas cuestiones formidables. Contamos por nuestra parte con varias bazas importantes cuyo uso puede contribuir a lograr un acuerdo pacífico. *En primer lugar, los aliados no deberían retirarse de su posición actual a la línea de ocupación hasta que quedemos satisfechos con respecto a Polonia y también con respecto al carácter temporal de la ocupación rusa de Alemania, y las condiciones que se establecerán en los países que Rusia haya anexado o que controle en el valle del Danubio, sobre todo Austria y Checoslovaquia, y en los Balcanes*[75]. En segundo lugar, podemos darles el gusto con respecto a las salidas del mar Negro y el Báltico como parte de una declaración general. Todas estas cuestiones sólo se pueden resolver antes de que se debiliten los ejércitos estadounidenses en Europa. Si no se resuelven antes de que los ejércitos estadounidenses se retiren de Europa y el mundo occidental guarde su maquinaria bélica no hay ninguna perspectiva de una solución satisfactoria y muy pocas de impedir una tercera guerra mundial. Ahora debemos dirigir nuestra esperanza hacia un pronto y rápido enfrentamiento y acuerdo con Rusia. Mientras tanto me opongo a quitar solidez a nuestra reclamación contra Rusia en nombre de Polonia bajo ningún concepto. Creo que debería permanecer donde se puso en los telegramas que enviamos el presidente y yo.

Añadí al día siguiente: «Nada puede salvarnos de la inmensa catástrofe más que una reunión y una confrontación lo antes posible en algún punto de Alemania que esté controlado por los estadounidenses y los británicos y donde podamos alojarnos con relativa comodidad».

Capítulo XXVI

LA RENDICIÓN DE ALEMANIA

Unos triunfos brillantes marcaron el final de nuestras campañas en el Mediterráneo. En diciembre Alexander reemplazó a Wilson como comandante supremo, mientras que Mark Clark asumió el mando del Decimoquinto Grupo de Ejército. Después de los esfuerzos agotadores que hicieron en otoño nuestros ejércitos en Italia necesitaban una pausa para reorganizarse y recuperar su capacidad ofensiva.

La larga, tenaz e inesperada resistencia alemana en todos los frentes nos dejó a nosotros y a los estadounidenses con muy poca munición de artillería y nuestras duras experiencias de las campañas de invierno en Italia nos obligaron a postergar una ofensiva general hasta la primavera. Pero las fuerzas aéreas aliadas, al mando del general Eaker, y posteriormente del general Cannon, utilizaron su superioridad de treinta a uno en ataques despiadados a las líneas de suministro que abastecían a los ejércitos alemanes. La más importante, desde Verona hasta el paso del Brennero, donde solían reunirse Hitler y Mussolini en los buenos tiempos, estuvo bloqueada en numerosos puntos durante casi todo marzo. Otros pasos estuvieron cerrados a menudo durante semanas enteras y dos divisiones que se enviaron al frente de Rusia se retrasaron casi un mes.

El enemigo disponía de suficientes municiones y provisiones pero le faltaba combustible. Por lo general las unidades eran fuertes y estaban animadas a pesar de los reveses que sufrió Hitler en el Rin y el Oder. El Alto Mando alemán habría tenido poco que temer de no ser por la superioridad de nuestras Fuerzas Aéreas, el hecho de que tuviéramos la iniciativa y pudiéramos atacar donde quisiéramos y por su propia posición defensiva, tan mal elegida, con el ancho Po a sus espaldas. Les habría convenido ceder el norte de Italia y retroceder hasta las fuertes defensas del Adigio donde nos podrían haber contenido con fuerzas mucho más reducidas y haber enviado tropas para auxiliar a los demás ejércitos, que estaban tan abrumados en otros sitios, o haber establecido una fachada sur firme para su reducto nacional en las montañas del Tirol, que tal vez Hitler tuviera reservado para el final.

Pero la derrota que sufrieron al sur del Po fue nefasta, como sin duda fue obvio para Kesselring, y uno de los motivos que lo impulsaron a emprender las negociaciones que mencioné en el capítulo anterior. Pero por supuesto el escollo era Hitler, y cuando Vietinghoff, el sucesor de Kesselring, propuso una retirada táctica lo rechazó con las siguientes palabras: «El *führer* espera, tanto ahora como antes, la máxima firmeza en el cumplimiento de su misión actual de defender cada palmo de las zonas del norte de Italia que se encuentran bajo su mando».

La noche del nueve de abril, después de un día de ataques aéreos masivos y de bombardeos de la artillería, atacó el Octavo Ejército. El día catorce había buenas noticias en todo el frente. Después de una semana de intensos combates y con el apoyo de todo el poder de las fuerzas aéreas aliadas el Quinto Ejército salió de las montañas, atravesó la carretera principal al oeste de Bolonia y atacó hacia el norte. El día veinte Vietinghoff ordenó la retirada a pesar de las órdenes de Hitler pero era demasiado tarde. El Quinto Ejército presionó en dirección al Po mientras que la Fuerza Aérea táctica causaba estragos en las carreteras que había por delante. Quedaron atrapados detrás de ellas muchos miles de alemanes, sin poder retirarse entrando en las jaulas de prisioneros u obligados a marchar hacia la retaguardia. Cruzamos el Po en un amplio frente detrás del enemigo. Todos los puentes permanentes habían sido destruidos por nuestras fuerzas aéreas y los transbordadores y los cruces provisionales fueron atacados con tan buenos resultados que el enemigo quedó sumido en la confusión. Los que consiguieron pasar, dejando atrás todo su equipo pesado, no pudieron reorganizarse en la otra orilla. Los ejércitos aliados los persiguieron hasta el Adigio. Los partisanos italianos hacía tiempo que hostigaban al enemigo en las montañas y en las zonas detrás de ellas. El veinticinco de abril se dio la señal de un levantamiento general y se produjeron ataques generalizados. En muchas ciudades y pueblos, entre los que destacan Milán y Venecia, tomaron el control. El norte de Italia se rindió en bloque. La guarnición de Génova, compuesta por cuatro mil hombres, se entregó a un oficial de enlace británico y a los partisanos.



La invasión de Alemania

Se produjo una pausa hasta que la fuerza de los hechos superó las dudas de los alemanes, pero el veinticuatro de abril Wolff volvió a aparecer en Suiza con plenos poderes otorgados por Vietinghoff. Llevaron a dos plenipotenciarios al cuartel general de Alexander y el veintinueve de abril firmaron el documento de la rendición incondicional en presencia de oficiales británicos, estadounidenses y rusos. El dos de mayo se entregaron casi un millón de alemanes como prisioneros de guerra y así acabó la guerra en Italia.

De este modo concluyeron veinte meses de campaña. Nuestras pérdidas habían sido graves pero las del enemigo, incluso antes de la rendición definitiva, fueron muy

superiores. El objetivo fundamental de nuestros ejércitos había sido retirar y contener la mayor cantidad posible de alemanes y lo lograron de maravilla. Salvo en un breve período en el verano de 1944 el enemigo siempre nos había superado en número. En el momento en que entró en crisis, en agosto de ese año, no había menos de cincuenta y cinco divisiones alemanas desplegadas a lo largo de los frentes del Mediterráneo. Pero esto no fue todo. Nuestras fuerzas cumplieron su cometido y devoraron al ejército superior que tenían órdenes de contener. Pocas campañas ha habido que culminaran mejor.

También para Mussolini había llegado el fin. Al igual que Hitler, parece que conservó sus ilusiones casi hasta el último momento. A finales de marzo hizo una última visita a su socio alemán y regresó a su cuartel general en el lago Garda animado por el pensamiento de las armas secretas que todavía podían conducir a la victoria. Pero el rápido avance aliado desde los Apeninos volvió vanas estas esperanzas. Hubo frenéticas conversaciones sobre una última resistencia en las zonas montañosas de la frontera ítalo-suiza. Pero a la república socialista italiana ya no le quedaban ganas de seguir luchando.

El veinticinco de abril Mussolini decidió disolver lo que quedaba de sus fuerzas armadas y pedirle al cardenal arzobispo de Milán que concertara una entrevista con el comité militar de la resistencia del movimiento de liberación nacional italiano. Esa tarde se desarrollaron conversaciones en el palacio arzobispal, pero en un furioso último gesto de independencia Mussolini se marchó. Por la noche, seguido por un convoy de treinta vehículos en los que viajaban la mayoría de los líderes supervivientes del fascismo italiano, condujo hasta la prefectura de Como. No tenía ningún plan definido y, como era inútil discutir, cada uno tuvo que ingeniárselas por su cuenta. Acompañado por un puñado de partidarios se sumó a un pequeño convoy alemán que se dirigía a la frontera suiza. El comandante de la columna no quería tener problemas con los partisanos italianos. Convencieron al *duce* para que se pusiera un sobretodo y un casco alemanes pero el grupito fue detenido por patrullas de partisanos que reconocieron a Mussolini y lo pusieron bajo custodia. También arrestaron a otros miembros del grupo, entre ellos a su amante, la *signorina* Petacci. Siguiendo órdenes de los comunistas se llevaron al *duce* y a su amante en un coche y los fusilaron al día siguiente. Sus cuerpos, y otros más, fueron enviados a Milán, donde los colgaron con la cabeza hacia abajo de unos ganchos de carnicero en una gasolinera del Piazzale Loreto, donde hacía poco que habían sido fusilados públicamente un grupo de partisanos italianos.

Así acabó el dictador italiano. Me enviaron una fotografía de esta última escena que me produjo una gran impresión. Pero por lo menos el mundo no tuvo que sufrir un Núremberg italiano.

En Alemania los ejércitos invasores siguieron adelante a toda marcha y cada día se reducía la distancia entre ellos. A principios de abril Eisenhower había cruzado el Rin y avanzaba en Alemania y el centro de Europa contra un enemigo que en algunos lugares se le resistía con energía pero que era totalmente incapaz de detener nuestro embate triunfal. Todavía quedaban en el aire muchas recompensas políticas y militares. Polonia seguía fuera de nuestro alcance y lo mismo ocurría con Viena, donde nuestra oportunidad de anticiparnos a los rusos mediante un avance desde Italia había sido abandonada hacía ocho meses cuando se desmontaron las fuerzas de Alexander para contribuir al desembarco en el sur de Francia. Los rusos entraron en la ciudad desde el este y el sur y el trece de abril la dominaban por completo. Pero parecía que nada impediría que los aliados occidentales tomaran Berlín. Los rusos se encontraban a apenas sesenta kilómetros pero los alemanes estaban atrincherados en el Oder y tendría que haber duros combates antes de que pudieran cruzar y reanudar el avance. El Noveno Ejército estadounidense por su parte se había desplazado con tanta rapidez que el doce de abril había cruzado el Elba cerca de Magdeburgo y se encontraba a alrededor de cien kilómetros de la capital. Pero allí se detuvieron. Cuatro días después los rusos comenzaron su ataque y rodearon Berlín el día veinticinco. Stalin le había dicho a Eisenhower que su principal golpe contra Alemania se llevaría a cabo «aproximadamente en la segunda quincena de mayo» pero un mes antes ya estaba en condiciones de avanzar. Es posible que nuestro rápido avance hasta el Elba tuviera algo que ver.

Ese mismo día, el veinticinco de abril de 1945, las puntas de lanza del Primer Ejército estadounidense, procedente de Leipzig, se encontraron con los rusos cerca de Torgau, sobre el Elba. Alemania quedó dividida en dos. El Ejército alemán se desintegraba ante nuestros ojos. Se tomaron más de un millón de prisioneros durante las tres primeras semanas de abril pero Eisenhower creía que los fanáticos nazis intentarían establecerse en las montañas de Baviera y el oeste de Austria e hizo desplazar al Tercer Ejército estadounidense hacia el sur. Su izquierda penetró en Checoslovaquia y llegó hasta Budejovice, Pilsen y Karlsbad. Seguíamos teniendo Praga a nuestro alcance y no había ningún acuerdo que le prohibiera ocuparla si era militarmente posible. El treinta de abril le sugerí al presidente que así lo hiciera pero Truman pareció oponerse. Una semana después también dirigí un telegrama personal a Eisenhower, pero su plan consistía en frenar el avance general en la orilla izquierda del Elba y a lo largo de la frontera checoslovaca de 1937. Si valía la pena lo cruzaría hasta llegar a la línea general Budejovice-Pilsen-Karlsbad. Los rusos estuvieron de acuerdo y así se hizo. Pero el cuatro de mayo se opusieron violentamente a una nueva propuesta de continuar el avance del Tercer Ejército estadounidense hasta el río Vltava, que atraviesa Praga. Esto no les convenía en absoluto. De modo que los

estadounidenses «se detuvieron mientras que el Ejército Rojo desalojó la orilla oriental y la occidental del río Moldava y ocupó Praga»[76]. La ciudad cayó el nueve de mayo, dos días después de que se firmara la rendición general en Reims.

Llegados a este punto conviene echar una mirada retrospectiva. Hacía tiempo que los principales aliados estudiaban la ocupación de Alemania. En el verano de 1943 un Comité del gabinete, al frente del que puse a Attlee de acuerdo con los jefes del Estado Mayor, recomendó la ocupación de todo el país si se pretendía desarmar realmente a Alemania y la distribución de nuestras fuerzas en tres zonas principales, más o menos del mismo tamaño: los británicos en el noroeste, los estadounidenses en el sur y el suroeste y los rusos en la zona este. La ciudad de Berlín sería una zona conjunta independiente ocupada por cada uno de los tres aliados principales. Estas recomendaciones se aprobaron y se enviaron al Consejo Asesor Europeo, que entonces estaba compuesto por Gúsev, el embajador soviético, Winant, el embajador estadounidense y sir William Strang, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico.

A estas alturas la cuestión parecía algo puramente teórico. Nadie podía prever cuándo ni cómo llegaríamos al final de la guerra. Los ejércitos alemanes controlaban zonas inmensas de la Rusia europea. Pasaría un año antes de que las tropas británicas o estadounidenses llegaran a Europa occidental y casi dos antes de que entraran en Alemania. Las propuestas del Consejo Asesor Europeo no se consideraban suficientemente apremiantes ni prácticas para presentarlas al gabinete de guerra. Permanecieron, como muchos esfuerzos meritorios por hacer planes para el futuro, en las estanterías mientras la guerra seguía retumbando. Por aquella época lo más común era opinar que Rusia no seguiría luchando después de recuperar sus fronteras y que, llegado el momento, era posible que los aliados occidentales tuvieran que convencerla de no cejar en su esfuerzo. Por consiguiente, la cuestión de la zona rusa de ocupación en Alemania no tenía ninguna preeminencia en nuestros pensamientos ni en las discusiones angloamericanas ni tampoco fue planteada en Teherán por ninguno de los líderes.



Zonas de ocupación en Alemania como se acordaron en Quebec en septiembre de 1944

Cuando nos reunimos en El Cairo en nuestro viaje de regreso, en noviembre de 1943, la presentaron los jefes del Estado Mayor estadounidense, aunque no a instancias de los rusos. La zona rusa de Alemania siguió siendo un concepto académico, en todo caso demasiado bueno para ser verdad. Sin embargo me dijeron que el presidente Roosevelt quería invertir la zona británica y la estadounidense. Quería que las vías de comunicación de todas las fuerzas estadounidenses en Alemania dependieran directamente del mar en lugar de tener que pasar por Francia. Esta cuestión suponía gran cantidad de argumentos técnicos detallados y afectaba a los planes para «Overlord» en muchos aspectos. No se llegó a tomar ninguna decisión en El Cairo pero posteriormente el presidente y yo iniciamos una correspondencia considerable. Al Estado Mayor británico le parecía mejor el plan original, aparte de que veía numerosos inconvenientes y complicaciones para hacer el cambio. A mí me

daba la impresión de que en general sus colegas estadounidenses eran de la misma opinión. En la conferencia de Quebec, en septiembre de 1944, llegamos a un acuerdo firme entre nosotros.

El presidente, evidentemente convencido por el punto de vista militar, tenía un mapa enorme desplegado sobre las rodillas. Una tarde, en presencia de la mayoría de los jefes del Estado Mayor conjunto, acordó verbalmente conmigo en que se mantendrían los acuerdos vigentes con la condición de que los ejércitos estadounidenses tuvieran una salida próxima y directa al mar a través de la zona británica. Bremen y la ciudad subsidiaria de Bremerhaven parecían satisfacer las necesidades de los estadounidenses de modo que se les asignó el control de esta zona. Esta decisión se refleja en el mapa de la página anterior. A todos nos pareció demasiado prematuro todavía prever una zona francesa en Alemania y nadie mencionó siquiera a Rusia.

En Yalta, en febrero de 1945, se aceptó sin mayores consideraciones el plan de Quebec como punto de partida para una discusión no concluyente sobre la futura frontera oriental de Alemania. Este tema se reservaba para el tratado de paz. Precisamente en ese momento los ejércitos soviéticos atravesaban las fronteras que tenían antes de la guerra y les deseamos buena suerte. Propusimos un acuerdo sobre las zonas de ocupación en Austria. Tuve que insistir bastante para convencer a Stalin de que había que adjudicar a los franceses una parte de la zona estadounidense y de la británica y darles cabida en la comisión de control aliada. Quedaba bien claro para todos que las zonas de ocupación acordadas no debían dificultar los movimientos operacionales de los ejércitos. El que llegase primero podía apoderarse de Berlín, Praga y Viena. Nos despedimos en Crimea no sólo como aliados sino como amigos enfrentados a un enemigo todavía poderoso contra el que todos nuestros ejércitos libraban una batalla encarnizada e incesante.

En los dos meses transcurridos desde entonces se habían producido unos cambios inmensos que incidían hasta en las raíces mismas del pensamiento. La Alemania de Hitler estaba condenada al fracaso y él mismo estaba a punto de perecer. Los rusos combatían en Berlín; tenían en su poder Viena y la mayor parte de Austria. Toda la relación de Rusia con los aliados occidentales cambiaba continuamente. No teníamos nada resuelto con respecto al futuro. El Kremlin, triunfante ya, había incumplido o pasado por alto los acuerdos y los compromisos de Yalta. Se cernían nuevos peligros, tal vez tan terribles como los que habíamos superado, sobre el mundo deshecho y acosado.

Mi preocupación ante estos cambios que no presagiaban nada bueno se manifestó incluso antes de la muerte del presidente. Él mismo, como ya hemos visto, también estaba ansioso e inquieto. Ya he dejado constancia de su indignación ante las acusaciones de Mólotov con respecto a la cuestión de Berna. A pesar del avance

victorioso de los ejércitos de Eisenhower el presidente Truman tuvo que hacer frente a una crisis formidable durante la última quincena de abril. Hacía tiempo que yo procuraba hacer todo lo posible para que el gobierno estadounidense se diera cuenta de los grandes cambios que se estaban produciendo tanto en la esfera militar como en la política. Pronto nuestros ejércitos occidentales avanzarían mucho más allá de los límites de nuestras zonas de ocupación a medida que el frente aliado occidental y el oriental se acercaban entre sí acorralando en medio a los alemanes.

Los telegramas que he publicado en otros sitios demuestran que nunca sugerí que faltáramos a nuestra palabra con respecto a las zonas acordadas siempre que se respetaran también otros acuerdos. Estaba convencido de que antes de frenar, o sobre todo de retirar, nuestras tropas teníamos que tratar de celebrar una entrevista con Stalin cara a cara para asegurarnos de alcanzar un acuerdo con respecto a todo el frente. Sin duda sería un desastre que mantuviéramos todos nuestros compromisos con rigurosa buena fe mientras los soviéticos echaban mano a todo lo que podían conseguir sin tener en cuenta en absoluto las obligaciones que habían contraído.

El general Eisenhower había propuesto que mientras que los ejércitos en el oeste y el este deberían avanzar sin tener en cuenta las líneas de demarcación, en cualquier zona donde los ejércitos establecieran contacto alguna de las partes podía sugerir a la otra que se retirara detrás de los límites de su zona de ocupación. Solicitar y ordenar estas retiradas, que se llevarían a cabo de acuerdo a las necesidades de las operaciones, quedaba sujeto a la discreción de los comandantes de los grupos de ejército. Esta propuesta me pareció prematura y superior a las necesidades militares inmediatas. Por tanto tomé medidas y el dieciocho de abril me dirigí al nuevo presidente. Como era de suponer, Truman sólo conocía desde hacía poco y de segunda mano todas las complicaciones que teníamos que resolver y dependía mucho de sus asesores. Por consiguiente al punto de vista puramente militar le dieron un énfasis desproporcionado. Le cablegrafié en los siguientes términos:

> […] Estoy totalmente dispuesto a ceñirme a las zonas de ocupación pero no quiero que ningún general ruso local haga retroceder en ningún punto, con declaraciones groseras, a nuestras tropas aliadas ni a sus tropas estadounidenses. Contra esto debemos protegernos mediante un acuerdo entre los gobiernos para brindar a Eisenhower una buena oportunidad de resolverlo allí mismo, como él sabe hacerlo de maravilla.
>
> […] Las zonas de ocupación se decidieron con bastantes prisas en Quebec, en septiembre de 1944, cuando no estaba previsto que los ejércitos del general Eisenhower avanzaran tanto en Alemania. Las zonas no se pueden cambiar a menos que lleguemos a un acuerdo con los rusos. Pero en cuanto llegue el día de la victoria en Europa deberíamos de tratar de establecer en Berlín la Comisión de Control aliada e insistir para que los alimentos que se producen en Alemania se distribuyan de forma equitativa por todo el país. Como está la situación actual, la zona que ocupa Rusia proporcionalmente es la que tiene menos población y la que produce la mayor proporción de alimentos con gran diferencia; los estadounidenses no tienen una proporción demasiado satisfactoria entre los alimentos y la población conquistada, mientras que los pobres británicos nos hacemos cargo de los distritos del Ruhr y las grandes zonas fabriles que, al igual que nosotros, en tiempos normales importan gran cantidad de alimentos. […]

Eden se encontraba en Washington y estaba totalmente de acuerdo con los puntos de vista que le expliqué por cable, pero la respuesta de Truman no nos dejó avanzar casi nada. Propuso que las tropas aliadas se retiraran a las zonas acordadas en Alemania y en Austria en cuanto la situación militar lo permitiera.

Mientras tanto Hitler se planteaba dónde librar su última batalla. El veinte de abril todavía pensaba abandonar Berlín para dirigirse al «reducto meridional» en los Alpes bávaros. Ese día celebró una reunión con los principales líderes nazis. Como el doble frente alemán, el oriental y el occidental, estaba en peligro inminente de ser cortado en dos por la punta de lanza de los aliados aceptó establecer dos mandos por separado. El almirante Dönitz se haría cargo en el norte tanto de las autoridades militares como de las civiles con la misión especial de hacer regresar a suelo alemán a casi dos millones de refugiados procedentes del este. En el sur, el general Kesselring comandaría los ejércitos alemanes que quedaban. Estas disposiciones entrarían en vigor si Berlín caía.

Dos días después, el veintidós de abril, Hitler tomó la decisión definitiva y suprema de permanecer en Berlín hasta el final. Poco después la capital quedó completamente rodeada por los rusos y el *führer* perdió toda su capacidad de controlar los acontecimientos. Lo único que podía hacer era organizar su propia muerte entre las ruinas de la ciudad. Anunció a los líderes nazis que permanecían con él que moriría en Berlín. Tanto Göring como Himmler se habían marchado después de la conferencia del día veinte pensando en negociar la paz. Göring, que se dirigió al sur, suponía que al tomar la decisión de permanecer en Berlín en realidad Hitler había abdicado y pidió que le confirmaran si debía actuar formalmente como el sucesor del *führer*. La respuesta fue su destitución inmediata de todos sus cargos. En una remota aldea de las montañas del Tirol tanto él como casi un centenar de los máximos oficiales de la Luftwaffe fueron tomados prisioneros por los estadounidenses. Por fin les había llegado el momento de recibir su merecido.

Los últimos episodios que tuvieron lugar en el cuartel general de Hitler han sido descritos con gran detalle en otra parte. De las personalidades de su régimen tan sólo Goebbels y Bormann permanecieron junto a él hasta el final. Las tropas rusas combatían entonces en las calles de Berlín. En las primeras horas del veintinueve de abril Hitler redactó su testamento. El día comenzó con la rutina normal de trabajo en el refugio antiaéreo situado debajo de la cancillería. Llegó la noticia del final de Mussolini en un momento tristemente adecuado. El día treinta Hitler almorzó en silencio con su séquito y, al finalizar la comida, estrechó la mano de todos los presentes y se retiró a su habitación privada. A las tres y media sonó un disparo; los miembros de su equipo personal entraron en la habitación y lo encontraron tumbado en el sofá con el revólver a su lado. Se había disparado un tiro en la boca. Eva Braun, con la que se había casado en secreto en los últimos días, yacía muerta a su lado

envenenada. Incineraron los cuerpos en el patio; la pira funeraria de Hitler, a medida que aumentaba el estruendo de los cañones rusos, puso un pálido fin al Tercer Reich.

Los líderes que quedaban mantuvieron una conferencia postrera. En el último minuto intentaron negociar con los rusos pero Zhúkov exigía la rendición incondicional. Bormann trató de atravesar las líneas rusas y desapareció sin dejar rastros. Goebbels envenenó a sus seis hijos y a continuación ordenó a un guardia de las SS que los matara a él y a su mujer de un tiro. El resto del personal del cuartel general de Hitler cayó en poder los rusos.

Esa noche el almirante Dönitz recibió el siguiente telegrama en su cuartel general de Holstein:

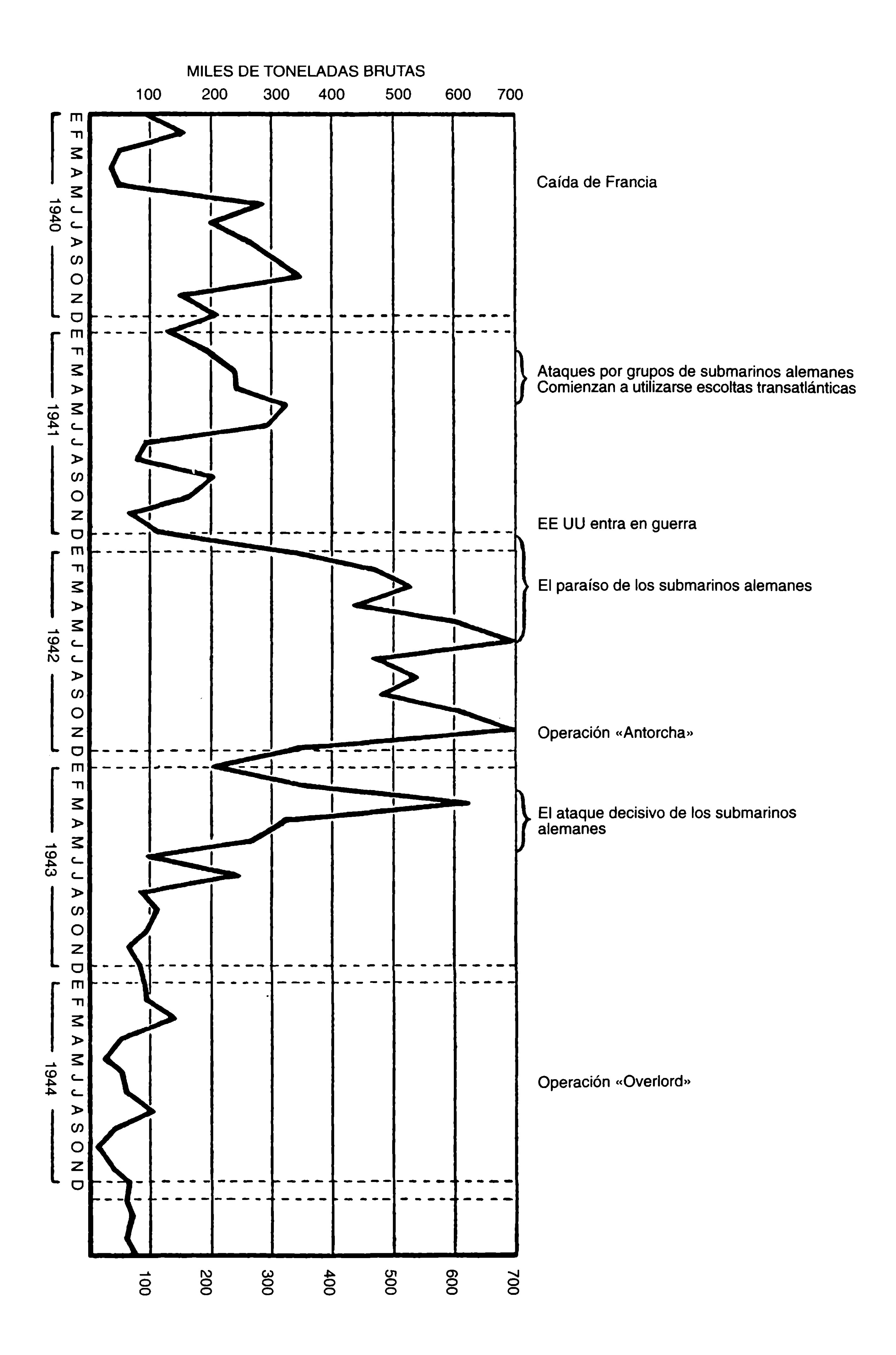
> En lugar del antiguo mariscal del Reich Göring el *führer* lo designa, *herr* Gran Almirante, como su sucesor. La autorización escrita está en camino. De inmediato tomará las medidas que la situación exija. BORMANN.

Entonces comenzó el caos. Dönitz había estado en contacto con Himmler y suponía que éste sería designado sucesor de Hitler en caso de que cayera Berlín; de pronto le echaban encima a él la autoridad suprema, sin previo aviso, y tenía que hacerse cargo de la tarea de organizar la rendición.

A Himmler le esperaba un final menos espectacular. Había ido al frente oriental y durante algunos meses lo animaron a establecer un contacto personal con los aliados occidentales, por iniciativa propia, con la esperanza de negociar una rendición por separado. Entonces trató de hacerlo a través del conde Bernadotte, el jefe de la Cruz Roja suiza, pero rechazamos sus ofertas. No se volvió a saber de él hasta el veintiuno de mayo, cuando fue arrestado en un puesto de control británico en Bremervorde. Iba disfrazado y no lo reconocieron pero sus papeles despertaron las sospechas de los centinelas; lo condujeron a un campamento próximo al cuartel general del Segundo Ejército. Entonces reveló su identidad al comandante. Lo pusieron bajo la custodia de guardias armados, lo desnudaron y un médico lo registró para comprobar que no llevara veneno. Durante la última parte del reconocimiento abrió con los dientes una ampolla de cianuro que aparentemente llevaba oculta en la boca hacía varias horas y murió de forma casi instantánea poco después de las once de la noche del miércoles veintitrés de mayo.

En el noroeste el drama concluyó de forma menos sensacionalista. El dos de mayo llegó la noticia de la rendición de Italia. Ese mismo día nuestras tropas llegaron a Lübeck, en el Báltico, y establecieron contacto con los rusos y dejaron aislados a todos los alemanes que estaban en Dinamarca y en Noruega. El día tres entramos en Hamburgo sin encontrar oposición y la guarnición se rindió de forma incondicional. Una delegación alemana se presentó en el cuartel general de Montgomery en

Luneburgo. La encabezaba el almirante Friedeburg, el emisario de Dönitz, y pretendía un acuerdo de rendición que incluyera a las tropas alemanas en el norte que se enfrentaban a los rusos; esta propuesta fue rechazada porque superaba la autoridad del comandante de un grupo de ejército, que sólo podía tomar decisiones que afectaran a su propio frente. Al día siguiente, después de recibir nuevas órdenes de sus superiores, Friedeburg firmó la rendición de todas las fuerzas alemanas en el noroeste de Alemania, Holanda, las islas, Schleswig-Holstein y Dinamarca.


MILES DE TONELADAS BRUTAS
100
200
300
400
500
600
700
E F M A M J J A S O N D
1940
1941
1942
1943
1944
Caída de Francia
Ataques por grupos de submarinos alemanes
Comienzan a utilizarse escoltas transatlánticas
EE UU entra en guerra
El paraíso de los submarinos alemanes
Operación «Antorcha»
El ataque decisivo de los submarinos alemanes
Operación «Overlord»

Friedeburg se dirigió entonces al cuartel general de Eisenhower en Reims, donde el seis de mayo se le sumó el general Jodl. Trataron de ganar tiempo para que la mayor cantidad posible de soldados y de refugiados pudieran desembarazarse de los rusos y pasar del lado de los aliados occidentales, y también de rendir el frente occidental por separado. Eisenhower estableció un plazo e insistió en una capitulación general. Jodl informó a Dönitz: «El general Eisenhower insiste en que firmemos hoy. De lo contrario cerrarán los frentes aliados a los que traten de rendirse de forma individual. Las dos únicas alternativas son el caos o la firma. Le pido que me confirme de inmediato, por radio, si estoy plenamente capacitado para firmar la capitulación».

El documento de la rendición total e incondicional lo firmaron el general de división Bedell Smith y el general Jodl, con la presencia de oficiales franceses y rusos como testigos, a las 2.41 de la madrugada del siete de mayo, así que cesaron todas las hostilidades a partir de la medianoche del día ocho. La ratificación formal del Alto Mando alemán tuvo lugar en Berlín, preparada por los rusos, en la madrugada del nueve de mayo. El teniente general Tedder firmó en nombre de Eisenhower, el mariscal Zhúkov en nombre de los rusos y el mariscal de campo Keitel en representación de Alemania.

La enorme magnitud de los acontecimientos que se desarrollaban en tierra y en el aire tendió a ensombrecer la victoria en el mar, que no fue menos impresionante. Toda la campaña angloamericana en Europa dependió del desplazamiento de convoyes a través del Atlántico, y podemos finalizar ahora la historia de los submarinos alemanes que, a pesar de las atroces pérdidas sufridas, siguieron atacando, aunque cada vez con menos éxito, y no pudieron detener la circulación marítima. No desesperaron ni siquiera después del otoño de 1944, cuando se vieron obligados a abandonar sus bases en el golfo de Vizcaya. Las embarcaciones provistas de un «Schnorkel» que utilizaban entonces, y que permitían respirar por un tubo mientras cargaban las baterías sumergidas, no fueron más que una introducción al nuevo patrón de la guerra de submarinos que había planeado Dönitz. Él contaba con la llegada del nuevo tipo de embarcación, del que se estaban fabricando grandes cantidades, las primeras de las cuales ya se encontraban en la fase de pruebas. La gran velocidad que desarrollaban bajo el agua nos planteaba nuevos problemas y seguramente habrían revolucionado la guerra de submarinos, como preveía Dönitz. Sus planes fracasaron fundamentalmente debido a la escasez de los materiales especiales necesarios para construir estos barcos y porque tuvieron que cambiar

constantemente su diseño. Pero en toda Alemania se siguieron fabricando por partes los submarinos comunes, cuyas piezas se montaban en los puertos en refugios a prueba de bombas, y a pesar de los esfuerzos intensos y permanentes de los bombarderos aliados los alemanes construyeron más submarinos en noviembre de 1944 que en ningún otro mes de la guerra. Con grandes esfuerzos, y a pesar de todas las pérdidas, permanecieron activos alrededor de sesenta o setenta submarinos casi hasta el final. No sirvieron para gran cosa, aparte de mantener la eterna esperanza de haber conseguido tablas en el mar. Los nuevos submarinos revolucionarios nunca desempeñaron un papel destacado en la segunda guerra mundial. Estaba previsto acabar trescientos cincuenta de estos submarinos en 1945 pero apenas unos pocos entraron en servicio antes de la capitulación. Estos buques de guerra en manos soviéticas constituye uno de los peligros del futuro.

Los ataques aéreos aliados destruyeron numerosos submarinos alemanes en sus atracaderos. Aunque cuando Dönitz ordenó que se rindieran todavía quedaban en alta mar por lo menos cuarenta y nueve. Alrededor de un centenar de ellos se entregaron en puerto y unos doscientos veinte fueron hundidos o destruidos por su tripulación, lo que demuestra la perseverancia del esfuerzo alemán y el valor del arma de submarinos.

En sesenta y ocho meses de combates se perdieron 781 submarinos alemanes. Durante más de la mitad de este período el enemigo mantuvo la iniciativa. A partir de 1942 la situación se invirtió: aumentó la cantidad de submarinos destruidos y disminuyeron nuestras pérdidas. En el recuento final las fuerzas británicas o controladas por los británicos destruyeron quinientos de los 632 submarinos que, según consta, fueron hundidos en el mar por los aliados.

En la primera guerra mundial sólo los submarinos alemanes hundieron once millones de toneladas de embarcaciones y en la segunda catorce millones y medio. Si sumamos a esto las pérdidas provocadas por otras causas los totales se elevan a doce millones y tres cuartos y a veintiún millones y medio, de los que correspondió a los británicos más del 60 por 100 en la primera guerra y más de la mitad en la segunda.

La rendición incondicional de nuestros enemigos fue la señal para la mayor explosión de alegría en la historia de la humanidad. No cabe duda de que la segunda guerra mundial se libró en Europa hasta su amargo final. Tanto los vencedores como los vencidos experimentaron un alivio indescriptible. Pero para nosotros, en Gran Bretaña y en el imperio británico, los únicos que estuvimos en la lucha desde el primer día hasta el último y nos jugamos nuestra existencia al resultado, tenía un sentido que iba más allá de lo que podían sentir incluso nuestros aliados más poderosos y más esforzados. Cansados y agotados, empobrecidos pero sin perder los ánimos, y ahora triunfadores, disfrutamos un momento que fue sublime. Dimos las gracias a Dios por la más noble de todas sus bendiciones, la sensación de que

habíamos cumplido con nuestro deber.

Cuando en estos días apoteósicos de júbilo me pidieron que hablara a la nación llevaba casi exactamente cinco años como principal responsable de nuestra isla. Sin embargo es muy posible que pocos tuvieran el corazón tan cargado de preocupación como yo. Después de hacer un análisis de los cambios de nuestra suerte puse una nota sombría que bien puedo hacer constar aquí.

«Ojalá —dije— pudiera decirles esta noche que nuestros esfuerzos y nuestros problemas han llegado a su fin. De este modo podría finalizar felizmente mis cinco años de servicio, y si ustedes pensaran que ya están cansados de mí y que ya sería hora de que me jubilara lo aceptaría encantado. Por el contrario debo advertirles, como hice al comienzo de esta misión que duró cinco años (y que nadie sabía que duraría tanto), que todavía queda mucho por hacer y que deben de estar preparados para seguir haciendo esfuerzos, mentales y físicos, y más sacrificios por las grandes causas si no quieren volver a caer en la rutina de la inercia, la confusión de objetivos y el miedo cobarde a ser grandes. Su estado de ánimo alerta y vigilante no debe debilitarse en absoluto. Aunque la celebración festiva sea necesaria para el espíritu humano, debe aumentar la fuerza y la resistencia con las que cada hombre y cada mujer reanudan el trabajo que tienen que hacer, así como también la perspectiva y la vigilancia que deben mantener con respecto a los asuntos públicos.

»En el continente europeo todavía tenemos que asegurarnos de que, durante los meses posteriores a nuestro triunfo, no se pasen por alto los objetivos sencillos y honorables que nos impulsaron a entrar en la guerra, y que las palabras “libertad”, “democracia” y “liberación” no pierdan el verdadero significado que les damos. No serviría de nada castigar a los hitlerianos por sus crímenes si no imperaran el derecho y la justicia, y si unos gobiernos totalitarios o policiales ocuparan el lugar de los invasores alemanes. No pretendemos nada para nosotros mismos pero debemos asegurarnos de que las causas por las que luchamos sean reconocidas en la mesa de la paz con hechos, además de con palabras, y sobre todo debemos trabajar para garantizar que la organización mundial que están creando las Naciones Unidas en San Francisco no sea un mero nombre, que no se convierta en un escudo para los fuertes y una farsa para los débiles. Son los vencedores los que deben explorar su corazón en sus horas de gloria y hacerse merecedores por su nobleza de las inmensas fuerzas que ejercen.

»No debemos olvidar jamás que tras todo esto acecha Japón que, aunque agobiado y perdido, sigue siendo un pueblo de cien millones, cuyos guerreros apenas le temen a la muerte. No puedo decirles esta noche la cantidad de tiempo o de esfuerzo que hará falta para obligar a los japoneses a reparar su espantosa traición y su crueldad. Nosotros, al igual que China, que siguió adelante durante tanto tiempo sin desanimarse, hemos recibido de ellos horribles heridas y estamos obligados por

los lazos del honor y la lealtad fraternal a Estados Unidos a librar esta gran guerra al otro lado del mundo, a su lado, sin desfallecer ni fracasar. Debemos recordar que Australia, Nueva Zelanda y Canadá estuvieron y están amenazados directamente por esta perversa potencia. Estos dominios acuden en nuestro auxilio en nuestras horas oscuras y no debemos dejar inconclusa ninguna misión que afecte a su seguridad y su futuro. Les dije cosas duras al comienzo de estos últimos cinco años; ustedes no se echaron atrás y yo sería indigno de su confianza y su generosidad si no siguiera clamando: Adelante, inquebrantables, a toda prueba, indomables, hasta cumplir toda la misión y hasta que todo el mundo se encuentre bien y seguro».

Capítulo XXVII

SE ABRE EL ABISMO

Tenía la mente llena de aprensión por el futuro y muchas dudas mientras me desplazaba entre las multitudes de londinenses que me ovacionaban en su hora de merecido júbilo después de todo lo que habían pasado. Para la mayoría de ellos el peligro de Hitler, con sus duras pruebas y sus privaciones, parecía haberse esfumado en este momento de gloria. El despiadado enemigo contra el que habían luchado durante más de cinco años se había rendido sin condiciones. Lo que les quedaba por hacer a las tres potencias victoriosas era establecer una paz justa y duradera protegida por un documento mundial, hacer regresar a casa a sus soldados, junto a sus añorados seres queridos, y comenzar una época dorada de prosperidad y progreso. Nada más ni, como seguramente pensaban estas personas, nada menos.

Sin embargo esta imagen tenía otra cara. Todavía no se había conquistado Japón. Todavía no había nacido la bomba atómica. El mundo estaba confuso. El principal lazo del peligro común que había unido a los grandes aliados se había desvanecido de golpe. En mi opinión, la amenaza soviética ya había reemplazado al enemigo nazi aunque todavía no existía ninguna alianza contra ella. En Gran Bretaña también habían desaparecido los cimientos de la unidad nacional sobre los que se había mantenido con tanta firmeza el gobierno durante la guerra. Nuestra fuerza, que había superado tantas tormentas, no duraría bajo la luz del sol. Entonces, ¿cómo conseguiríamos ese acuerdo definitivo, capaz por sí solo de compensarnos de los duros esfuerzos y los sufrimientos de la lucha? No podía quitarme de la cabeza el temor de que los ejércitos victoriosos de la democracia se dispersarían muy pronto y que todavía nos aguardaba la verdadera prueba y la más dura. Yo ya había presenciado todo esto. Recordaba ese otro día de júbilo, casi treinta años antes, cuando conduje con mi esposa desde el Ministerio de Municiones, en medio de similares multitudes llenas de entusiasmo, en dirección a Downing Street para felicitar al primer ministro. Entonces, como ahora, yo veía la situación mundial en su totalidad. Pero entonces por lo menos no había ningún ejército poderoso al que tuviéramos que temer.

Lo primero que pensé fue en una reunión de las tres grandes potencias y esperaba que el presidente Truman pasara antes por Londres. Como veremos, desde los círculos influyentes de Washington presionaban al nuevo presidente con otras ideas muy diferentes. El tipo de actitud y de perspectiva que se había notado en Yalta se fortaleció. Se decía que Estados Unidos tenía que procurar no dejarse arrastrar hacia ningún antagonismo con la Rusia soviética. Pensaban que eso estimularía la ambición británica y que abriría una nueva brecha en Europa. La política correcta, por otra

parte, sería que Estados Unidos se mantuviera entre Gran Bretaña y Rusia como un mediador amistoso, o incluso como un arbitro, tratando de reducir sus diferencias con respecto a Polonia o a Austria e intentando apaciguar la situación para alcanzar una paz serena y feliz que permitiera que las fuerzas estadounidenses se concentraran contra Japón. Truman debió de sentir con mucha intensidad estas presiones. Es posible que su instinto natural, como han demostrado sus actos históricos, fuese diferente. Evidentemente yo no podía medir las fuerzas que actuaban en el centro neurálgico de nuestro principal aliado, aunque en seguida fui consciente de ellas. Sólo podía sentir la amplia manifestación del imperialismo soviético y ruso avanzando sobre unas tierras indefensas.

Era evidente que el primer objetivo tenía que ser una conferencia con Stalin. Menos de tres días después de la rendición alemana envié un cable al presidente proponiéndole que lo invitáramos a una conferencia. «*Mientras tanto, espero de todo corazón que el frente estadounidense no se aleje de las líneas tácticas establecidas actualmente*»[77]. Respondió de inmediato que prefería que fuera Stalin quien propusiera la reunión y que esperaba que nuestros embajadores lo indujeran a sugerirlo así. A continuación, Truman declaró que él y yo debíamos aparecer en la reunión por separado para evitar toda sospecha de «confabulación». Al acabar la conferencia esperaba visitar Inglaterra si se lo permitían sus obligaciones en Estados Unidos. No pasé por alto la diferencia de punto de vista que transmitía su telegrama pero acepté el procedimiento que proponía.

Por esas mismas fechas envié al presidente Truman el telegrama que podría llamarse del «telón de acero». De todos los documentos públicos que escribí acerca de esta cuestión preferiría que me juzgaran por éste.

> Estoy muy preocupado por la situación europea. Sé que la mitad de la Fuerza Aérea estadounidense que había en Europa ya ha comenzado a dirigirse hacia el frente del Pacífico. Los periódicos hablan mucho de los grandes desplazamientos de los ejércitos estadounidenses que salen de Europa. Es probable que también nuestros ejércitos, siguiendo lo acordado previamente, experimenten una notoria reducción. Seguro que se marcha el Ejército canadiense. Los franceses están débiles y es difícil tratar con ellos. Es evidente que dentro de muy poco tiempo la fuerza de nuestras armas en el continente habrá desaparecido a excepción de unas fuerzas moderadas para contener a Alemania.
>
> 2. Mientras tanto, ¿qué va a ocurrir con Rusia? Siempre he apoyado la amistad con Rusia pero, igual que a usted, me preocupa mucho su distorsión de las decisiones de Yalta, su actitud con respecto a Polonia, su abrumadora influencia en los Balcanes, exceptuando Grecia, las dificultades que plantean acerca de Viena, la combinación del potencial ruso y los territorios que están bajo su control u ocupados por ellos, todo esto unido a la táctica comunista en tantos otros países y, sobre todo, su capacidad para mantener sobre el terreno ejércitos muy numerosos durante mucho tiempo. ¿Cuál será su posición dentro de un año o dos cuando el ejército británico y el estadounidense se hayan disuelto y el francés no se haya formado todavía a gran escala, cuando tengamos un puñado de divisiones, en su mayoría francesas, y cuando Rusia decida mantener doscientas o trescientas en servicio activo?
>
> 3. Bajan un telón de acero sobre el frente. No sabemos lo que ocurre detrás. No parece caber duda de que todas las regiones situadas al este de la línea Lübeck-Trieste-Corfú pronto estarán totalmente en sus manos, a lo que debemos añadir otra extensión enorme, conquistada por los ejércitos estadounidenses, entre Eisenach y el Elba, que supongo que será ocupada por las fuerzas rusas dentro de pocas semanas

cuando se retiren las estadounidenses. El general Eisenhower tendrá que tomar medidas de todo tipo para evitar otra inmensa huida hacia el oeste de la población alemana a medida que se produzca este enorme avance moscovita hacia el centro de Europa. Entonces el telón volverá a descender en gran medida, aunque no del todo. De este modo una ancha franja de muchos cientos de kilómetros de territorio ocupado por los rusos nos separará de Polonia.

4. Mientras tanto nuestros pueblos estarán distraídos, castigando a Alemania, que está en ruinas y abatida; a su vez, dentro de muy poco tiempo, Rusia tendrá la posibilidad de avanzar, si así lo desea, hasta las aguas del mar del Norte y el Atlántico.

5. Sin duda, ahora es fundamental llegar a un acuerdo con Rusia o averiguar en qué posición estamos con respecto a ella antes de debilitar mucho nuestros ejércitos o de retirarnos a las zonas de ocupación. La única manera de hacerlo es mediante una entrevista personal. Le agradecería mucho su opinión y su consejo. Sin duda podemos asumir la postura de que el comportamiento de Rusia será impecable, lo que evidentemente nos brinda la solución más conveniente. Resumiendo, me parece que esta cuestión de un acuerdo con Rusia antes de que desaparezca nuestra fuerza eclipsa a todas las demás.

Transcurrió una semana antes de que volviera a tener noticias de Truman sobre las cuestiones principales. El veintidós de mayo me cablegrafió diciendo que le había pedido a Joseph E. Davies que viniera a verme antes de la triple conferencia para hablar de varias cuestiones que prefería no discutir por cable.

Davies había sido embajador de Estados Unidos en Rusia antes de la guerra y se sabía que el régimen contaba con toda su simpatía. De hecho había escrito un libro sobre su misión en Moscú, que también se produjo en forma de película, que en muchos sentidos mitigaba el sistema soviético. Por supuesto, de inmediato hice preparativos para recibirlo y pasó la noche del día veintiséis en Chequers. Mantuve con él una conversación muy larga. Lo más importante de lo que tenía que proponerme era que el presidente tenía que encontrarse con Stalin en algún lugar de Europa antes de reunirse conmigo. Indudablemente esta sugerencia me dejó atónito. No me había gustado que en un mensaje anterior el presidente aplicara el término «confabulación» a una reunión entre él y yo. Gran Bretaña y Estados Unidos estaban unidos por lazos de principios y por acuerdos sobre política en muchos sentidos y ambos estábamos en profundo desacuerdo con los soviéticos en muchas de las cuestiones más importantes. El hecho de que el presidente y el primer ministro británico hablaran sobre estos puntos que teníamos en común, como habíamos hecho con frecuencia en tiempos de Roosevelt, no merecía una expresión despectiva como «confabulación». En cambio, que el presidente pasara por alto a Gran Bretaña y se reuniera a solas con el jefe de Estado soviético habría sido sin duda no un caso de «confabulación», porque eso era imposible, pero sí un intento por alcanzar un entendimiento particular con Rusia sobre las cuestiones principales en las que nosotros y los estadounidenses estábamos de acuerdo. No estaba dispuesto a aceptar, bajo ninguna circunstancia, lo que me parecía una afrenta a nuestro país, aunque no fuera deliberada, después de los fieles servicios prestados a la causa de la libertad desde el primer día de la guerra. Me opuse a la idea implícita de que las nuevas disputas que surgían entonces con los soviéticos fueran una cuestión entre Gran

Bretaña y Rusia porque Estados Unidos estaba tan involucrado y comprometido como nosotros mismos. Se lo dejé bien claro a Davies en nuestra conversación, que también abarcó todo el ámbito de los asuntos relacionados con el este y el sur de Europa y, para que no hubiera errores, redacté y le entregué un acta formal en tal sentido. El presidente la recibió con amabilidad y comprensión y me sentí contento de que todo estuviera bien y que nuestros queridos amigos no pasaran por alto la justicia de nuestro punto de vista.

Más o menos por la misma época en la que el presidente Truman envió a Davies a verme le pidió a Harry Hopkins que fuera a Moscú como su enviado especial para volver a intentar llegar a un acuerdo de trabajo sobre la cuestión polaca. Aunque no se encontraba bien, Hopkins emprendió valerosamente el viaje a Moscú. Su amistad con Rusia era bien conocida y recibió una acogida muy amistosa. En realidad fue la primera vez que se avanzó un poco. Stalin estuvo de acuerdo en invitar a Mikolajczyk y a dos colegas suyos para que fueran de Londres a Moscú a reunirse con ellos, de acuerdo con nuestra interpretación del acuerdo de Yalta, y también aceptó invitar a algunos polacos importantes, que no pertenecían a Lublin, de dentro de Polonia.

En un telegrama que me envió decía el presidente que le parecía que nos encontrábamos en una etapa muy alentadora y positiva de las negociaciones. Aparentemente a la mayoría de los polacos arrestados sólo los habían acusado de manejar transmisores de radio ilegales y Hopkins presionaba a Stalin para que les concedieran una amnistía para que las consultas se pudieran llevar a cabo en el ambiente más favorable posible. Me pidió que le insistiera a Mikolajczyk para que aceptara la invitación de Stalin. Convencí a Mikolajczyk para que fuera a Moscú y al final se formó un nuevo gobierno polaco provisional que, a solicitud de Truman, fue reconocido tanto por Gran Bretaña como por Estados Unidos el cinco de julio.

Cuesta saber qué más habríamos podido hacer. Durante cinco meses los soviéticos lucharon por cada palmo del camino. Consiguieron su objetivo por medio de retrasos. Durante todo este tiempo el gobierno de Lublin, con Bierut al frente, apoyado por el poder de los ejércitos rusos, les había otorgado el control absoluto de Polonia, impuesto por las habituales deportaciones y matanzas. No habían dejado entrar a ninguno de nuestros observadores como prometieron. Todos los partidos polacos, a excepción de sus propios títeres comunistas, se encontraban en una desesperada minoría en el nuevo gobierno provisional reconocido. Nos encontrábamos tan lejos como siempre de todo intento real y legítimo de conocer la voluntad de la nación polaca mediante elecciones libres. Seguía existiendo la esperanza (y era la única que quedaba) de que la reunión de «los tres», que estaba a punto de celebrarse, permitiera alcanzar un acuerdo legítimo y honroso. Hasta ese momento sólo se habían recogido polvo y cenizas, que son todo lo que nos queda actualmente de la libertad nacional polaca.

El uno de junio el presidente Truman me comunicó que el mariscal Stalin estaba de acuerdo en celebrar una reunión de los que él llamaba «los tres» en Berlín alrededor del quince de julio. Le respondí de inmediato que acudiría con gusto a Berlín con una delegación británica pero que me parecía que el quince de julio, como sugería Truman, era demasiado tarde para las cuestiones urgentes que reclamaban nuestra atención, y que perjudicaríamos las esperanzas y la unidad del mundo si permitíamos que los requisitos personales o nacionales impidieran que nos reuniéramos antes. Le cablegrafié que «aunque me encontraba en medio de unas elecciones muy reñidas no consideraba que mi misión en el país fuera comparable con una reunión entre nosotros tres. Si no era posible celebrarla el quince de junio, ¿por qué no el uno, el dos o el tres de julio?». Truman respondió que, después de tomarlo todo en cuenta, él no podía antes del quince de julio y que se estaban haciendo los planes correspondientes. Stalin no deseaba adelantar la fecha. De modo que no pude insistir más.

El motivo principal de mi gran interés por adelantar la fecha de la reunión era, desde luego, la inminente retirada del Ejército estadounidense de la línea que había conseguido combatiendo hasta la zona establecida en el acuerdo de ocupación. La explicación del acuerdo con respecto a las zonas y los argumentos a favor y en contra de cambiarlas se apuntaba en el capítulo anterior. Temía que en cualquier momento en Washington tomaran la decisión de entregar esta zona inmensa, que tenía seiscientos cincuenta kilómetros de largo y doscientos kilómetros en su ancho máximo y que contenía muchos millones de alemanes y de checos. Su abandono supondría abrir una brecha territorial más ancha entre nosotros y Polonia y prácticamente pondría fin a nuestra capacidad para influir en su destino. El cambio de comportamiento de Rusia con respecto a nosotros, los constantes incumplimientos de los acuerdos alcanzados en Yalta, el rápido avance hacia Dinamarca, felizmente frustrado por la intervención oportuna de Montgomery, los abusos cometidos en Austria, la presión amenazadora del mariscal Tito en Trieste, todo esto nos parecía, a mí y a mis asesores, que creaba una situación completamente diferente de aquella en la que se decidieron las zonas de ocupación hacía dos años. Sin duda había que considerar todas estas cuestiones en su totalidad, y había llegado el momento de hacerlo, mientras los ejércitos y las fuerzas aéreas británicos y estadounidenses conservaban todavía su poder y antes de que se disolvieran como consecuencia de la desmovilización y las grandes exigencias de la guerra en Japón. Había llegado el momento de un acuerdo general y ya no se podía esperar más.

Habría sido mejor un mes antes pero todavía no era demasiado tarde. Por otra parte, entregar todo el centro y el corazón de Alemania, mejor dicho, el centro y la piedra angular de Europa, como un acto aislado me parecía una decisión grave que

demostraba poca previsión, y que en todo caso sólo se podía concretar como parte de un acuerdo general y duradero. Iríamos a Potsdam sin nada con lo que regatear y era posible que todas las perspectivas de la futura paz de Europa se decidieran a falta de otras alternativas. Sin embargo la cuestión no dependía de mí. Nuestra propia retirada hasta la frontera de ocupación era insignificante. El Ejército estadounidense contaba con tres millones de hombres; nosotros con uno. Lo único que podía hacer era suplicar, en primer lugar, que se adelantase la fecha de la reunión de «los tres» y, en segundo lugar, si esto fracasaba, que se postergase la retirada hasta que pudiéramos resolver todos nuestros problemas de forma global, todos juntos, cara a cara y en términos de igualdad.

¿Cómo se presenta la situación cuando han pasado ocho años? La línea de ocupación rusa en Europa se extiende desde Lübeck hasta Linz. Checoslovaquia ha sido absorbida. Los estados bálticos, Polonia, Rumanía y Bulgaria han sido reducidos a estados satélites bajo un mando comunista totalitario. Yugoslavia va cuesta abajo. La única que se ha salvado es Grecia. Nuestros ejércitos se han marchado y pasará mucho tiempo antes de que se vuelvan a reunir sesenta divisiones para oponerse a las fuerzas rusas, que tienen una fuerza abrumadora en unidades blindadas y hombres. Y esto sin tener en cuenta lo que ha ocurrido en el Lejano Oriente. El peligro de una tercera guerra mundial, en condiciones de gran desventaja desde el principio, proyecta una sombra tenebrosa sobre las naciones libres del mundo. Así fue cómo, en el momento de la victoria, dejamos pasar tranquilamente nuestra mejor y, tal vez, la última oportunidad de alcanzar una paz mundial duradera[78]. El cuatro de junio cablegrafié al presidente las siguientes palabras, que pocos cuestionarían en este momento:

> Estoy seguro de que comprende el motivo por el que me preocupa encontrar una fecha anterior, por ejemplo el tres o el cuatro [de julio]. Observo con profunda desconfianza la retirada del Ejército estadounidense hasta nuestra línea de ocupación en la zona central que permite la penetración del poderío soviético hasta el núcleo de la Europa occidental y la caída de un telón de acero entre nosotros y todo lo que se encuentra más al este. Yo esperaba que esta retirada, si hay que hacerla, estuviese acompañada por la resolución de muchas cuestiones importantes que constituirían el verdadero fundamento de la paz mundial. Pero todavía no se ha resuelto nada verdaderamente importante, y usted y yo tendremos que asumir una gran responsabilidad por el futuro. Por consiguiente sigo esperando que se adelante la fecha.

Truman respondió el doce de junio diciendo que el acuerdo tripartito con respecto a la ocupación de Alemania, aprobado por el presidente Roosevelt después de una «larga deliberación y un análisis detallado» conmigo, imposibilitaba el retraso de la retirada de las tropas estadounidenses de la zona soviética con el fin de presionar para que se resolvieran otros problemas. La Comisión de Control aliada no podía comenzar a funcionar hasta que no se marcharan y había que poner fin sin demora al gobierno militar ejercido por el comandante supremo aliado y repartirlo entre Eisenhower y Montgomery. Le habían aconsejado, dijo, que el postergar la acción

hasta que se celebrara nuestra reunión en julio perjudicaría nuestras relaciones con los soviéticos de modo que proponía enviar un mensaje a Stalin.

Según este documento debíamos enviar de inmediato instrucciones a nuestros ejércitos para que ocuparan las zonas respectivas. Él estaba dispuesto a ordenar a todas las tropas estadounidenses que comenzaran a retirarse de Alemania el veintiuno de junio.

Los comandantes militares debían organizar la ocupación simultánea de Berlín y proporcionar a las fuerzas estadounidenses libre acceso a la ciudad por carretera, ferrocarril y avión desde Frankfurt y Bremen. En Austria, los preparativos podrían llevarse a cabo con mayor rapidez y de forma más satisfactoria si los comandantes locales se en cargaban de definir las zonas, tanto allí como en Viena, y sólo se recurría a sus gobiernos en aquellas cuestiones que no podían resolver por sí mismos.



La retirada de los aliados occidentales, julio de 1945

Fue un golpe duro para mí pero no tuve más remedio que aceptarlo; no podía hacer otra cosa. No se puede pasar por alto el hecho de que Truman no hubiera tenido nada que ver ni hubiera sido consultado cuando se establecieron las zonas por primera vez. La cuestión que se le presentó poco después de que asumiera el poder fue si apartarse o no, y en cierto modo repudiar la política del gobierno estadounidense y el británico que se había acordado durante el mandato de su ilustre predecesor. No me cabe duda de que su acción contó con el apoyo de sus asesores, tanto militares como civiles. Su responsabilidad en este punto se limitó a decidir si las circunstancias habían cambiado de una manera tan fundamental como para adoptar un procedimiento totalmente diferente, con lo que era muy probable que lo acusaran de incumplir su palabra. Que guarden silencio los que sólo son sabios *a posteriori*.

El uno de julio el Ejército estadounidense y el británico comenzaron a retirarse a las zonas asignadas seguidos de multitud de refugiados. La Rusia soviética se instaló en el corazón de Europa. Fue un hito fatídico para la humanidad.

Mientras ocurría todo esto yo me encontraba en medio del torbellino de las elecciones generales que comenzaron formalmente la primera semana de junio. Por consiguiente pasé un mes muy duro: las agotadoras giras en coche por las principales ciudades de Inglaterra y Escocia, con tres o cuatro discursos diarios a grandes y aparentemente entusiastas multitudes y, sobre todo, los cuatro programas que preparé con tanto trabajo agotaron mi tiempo y mis fuerzas. Mientras tanto sentía que se escabullían gran parte de los objetivos por los que habíamos luchado en nuestros prolongados combates en Europa y que se desvanecían las esperanzas de una paz inmediata y duradera. Los días transcurrían en medio del clamor de las multitudes y cuando por la noche regresaba agotado al tren que me servía de cuartel general, donde me esperaban un equipo considerable y todos los telegramas que habían llegado, todavía tenía que trabajar muchas horas. La incongruencia entre la excitación y el griterío del partido y el sombrío panorama que aparecía en mi mente era, en sí misma, una afrenta a la realidad y la proporción. Me puse muy contento cuando llegó por fin el día de las elecciones y las papeletas quedaron selladas dentro de las urnas durante tres semanas.

Estaba decidido a pasar una semana al sol antes de la conferencia. El siete de julio, dos días después de las elecciones, partí en avión hacia Burdeos con mi esposa y con Mary y me instalé cómodamente en la villa del general Brutinel, cerca de la frontera española, en Hendaya, un lugar hermoso y con la posibilidad de disfrutar de unos baños estupendos. Pasaba la mayor parte de la mañana en la cama leyendo un relato muy bueno de un excelente escritor francés sobre el armisticio de Burdeos y su trágica secuela en Oran. Me resultaba extraño revivir mis propios recuerdos de cinco

años antes y enterarme de muchas cosas que no supe en su momento. Por las tardes incluso salía con todo mi equipo de pintura y buscaba temas interesantes en el río Nive y en la bahía de San Juan de Luz. Encontré una talentosa aficionada al pincel en la señora Nairn, la esposa del cónsul británico en Burdeos, con la que había entablado amistad en Marraquech un año antes. Sólo me ocupé de los pocos telegramas relacionados con la inminente conferencia y me esforcé por no pensar en la política del partido. Sin embargo debo reconocer que el misterio de las urnas y su contenido me hacía la mala jugada de golpear mi puerta y asomarse a mi ventana. Pero cuando tenía la paleta preparada y un pincel en la mano no me costaba deshacerme de estos intrusos.

El pueblo vasco siempre me brindó una cálida acogida. Después de soportar un largo período de ocupación nazi estaban contentos de volver a respirar en libertad. No tuve necesidad de prepararme para la conferencia porque la tenía tan presente en mi cabeza que me alegré de dejarla de lado, aunque sólo fuera por estos pocos días que pasaron tan deprisa. El presidente ya estaba en el mar, en el crucero estadounidense *Augusta*, el mismo barco que transportó a Roosevelt a nuestra entrevista en el Atlántico en 1941. El día quince atravesé en coche los bosques hasta el aeródromo de Burdeos y mi Skymaster me llevó volando hasta Berlín.

Capítulo XXVIII

LA BOMBA ATÓMICA

El presidente Truman llegó a Berlín el mismo día que yo. Yo estaba ansioso por conocer a este hombre poderoso con el que ya había establecido una relación cordial por correspondencia a pesar de nuestras diferencias. Fui a verlo la mañana después de nuestra llegada y me impresionaron su actitud alegre, precisa y chispeante y su evidente capacidad de decisión.

El dieciséis de julio el presidente y yo recorrimos Berlín por separado. La ciudad no era más que un caos de ruinas. Evidentemente no estaban advertidos de nuestra llegada y en las calles sólo había los transeúntes habituales. En la plaza situada frente a la cancillería, sin embargo, había una multitud considerable. Cuando bajé del coche y caminé entre ellos, salvo un anciano que sacudió la cabeza en señal de desaprobación, todos comenzaron a ovacionarme. Mi odio había desaparecido con su rendición y me conmovieron sus manifestaciones así como también su aspecto demacrado y su ropa raída. Entonces entramos en la cancillería y durante un buen rato recorrimos sus galerías y sus pasillos destrozados. Nuestros guías rusos nos condujeron entonces al refugio antiaéreo de Hitler. Bajé hasta el final y vi la habitación en la que se suicidaron él y su mujer, y cuando volvimos a salir nos enseñaron el lugar donde habían incinerado su cadáver. Nos brindaron las mejores versiones de primera mano disponibles en ese momento de lo que ocurrió en esos últimos instantes.

El camino que eligió Hitler fue mucho más conveniente, para nosotros que el que yo temía. En cualquier momento, durante los últimos meses de la guerra, podría haber volado a Inglaterra y haberse rendido diciendo: «Hagan conmigo lo que quieran pero perdonen a mi pobre pueblo, que no sabía lo que hacía». No tengo ninguna duda de que habría compartido el destino de los criminales de Núremberg. Parecería que, según los principios morales de la civilización moderna, los líderes de una nación derrotada en una guerra deben ser condenados a muerte por los vencedores. Sin duda esto los estimula a luchar hasta el final en cualquier guerra futura y no les importa la cantidad de vidas que se sacrifiquen innecesariamente porque a ellos les da igual. Son las masas de personas cuya opinión no se tiene en cuenta al comenzar ni al acabar una guerra las que pagan el coste adicional. Los romanos seguían el principio contrario y sus conquistas se debían casi tanto a su clemencia como a sus proezas.

El diecisiete de julio llegó una noticia que sacudió al mundo. Por la tarde se presentó Stimson en mi residencia y me puso delante una hoja de papel en la que estaba escrito: «Los bebés han nacido bien». Por su actitud me di cuenta de que había

ocurrido algo extraordinario. «Significa —dijo— que el experimento que se llevó a cabo en el desierto de México ha salido bien: la bomba atómica es una realidad». A pesar de que habíamos seguido esta funesta búsqueda a través de cada trocito de información que nos transmitían no nos habían avisado con anticipación o, en todo caso, yo no conocía la fecha de la prueba decisiva. Ningún científico responsable se había atrevido a prever lo que ocurriría cuando se intentara la primera explosión atómica a gran escala. ¿Estas bombas no servirían para nada o serían devastadoras? Ya lo sabíamos. Los «bebés» habían «nacido bien». Nadie podía calcular todavía las consecuencias militares inmediatas del descubrimiento, ni se había medido ninguna otra cosa.

A la mañana siguiente llegó un avión que traía una descripción completa de este acontecimiento formidable para la historia de la humanidad. Stimson me trajo el informe. Lo cuento tal como lo recuerdo. La bomba, o su equivalente, se había detonado en lo alto de una torre de treinta metros de altura. No se había permitido la presencia humana en un radio de quince kilómetros a la redonda y los científicos y sus equipos se agazaparon detrás de inmensos escudos de hormigón y refugios más o menos a esa distancia. La explosión fue terrible. Se elevó una enorme columna de fuego y humo hasta el borde de la atmósfera de nuestra pobre tierra. Dentro de un círculo de algo más de un kilómetro y medio la devastación fue total. Ya teníamos un rápido final para la segunda guerra mundial y puede que para muchas otras cosas.

El presidente me invitó a reunirme con él de inmediato para hablar del asunto. Lo acompañaban el general Marshall y el almirante Leahy. Hasta ese momento nuestras ideas acerca de un ataque a Japón tenían la forma de un devastador bombardeo aéreo y la invasión de ejércitos muy numerosos. Habíamos visto la desesperada resistencia con la que combatían los japoneses hasta la muerte, con la devoción de los samurais, no sólo en batallas campales sino también en cualquier caverna y refugio subterráneo. Tenía presente el espectáculo de la isla de Okinawa, donde muchos miles de japoneses en lugar de rendirse se pusieron en fila y se destruyeron a sí mismos con granadas de mano después de que sus dirigentes realizaran con toda solemnidad el rito del harakiri. Para acabar con la resistencia japonesa hombre por hombre y para conquistar el país metro a metro podía llegar a hacer falta sacrificar un millón de vidas estadounidenses y medio millón de británicas, o más, si conseguíamos que llegaran hasta allí, porque estábamos dispuestos a compartir la agonía. Con esto se desvanecía este panorama de pesadilla. En su lugar aparecía la imagen (que de hecho parecía clara y luminosa) del final de toda la guerra con uno o dos ataques violentos. Pensé de inmediato que el pueblo japonés, cuyo valor siempre había admirado, podía encontrar en la aparición de un arma casi sobrenatural como esta una excusa que salvaría su honor y los eximiría de su obligación de hacerse matar hasta el último hombre.

Además, así no necesitaríamos a los rusos. El final de la guerra en Japón ya no dependía de la intervención de sus ejércitos para provocar una matanza definitiva y quizá prolongada. Ya no teníamos necesidad de pedirles favores. Por consiguiente podríamos afrontar la serie de problemas europeos en función de sus circunstancias y de acuerdo con los amplios principios de las Naciones Unidas. De pronto se nos presentaban una versión clemente de la matanza en Oriente y una perspectiva mucho más venturosa en Europa. Estoy seguro de que mis amigos estadounidenses pensaban lo mismo. De todos modos, jamás se discutió ni por un momento si la bomba atómica se usaría o no. Evitar una carnicería inmensa e indefinida, poner fin a la guerra, traer la paz al mundo, posar unas manos que curan sobre sus pueblos torturados mediante una manifestación de su poder abrumador al coste de unas cuantas explosiones parecía, después de todos nuestros esfuerzos y peligros, una liberación milagrosa.

En principio la aprobación británica para usar esta bomba se concedió el cuatro de julio, antes de que se llevara a cabo la prueba. La decisión final dependía entonces del presidente Truman, que era quien tenía la bomba, pero jamás dudé de cuál sería esa decisión ni tampoco he dudado desde entonces de que tuviera razón. Sigue siendo un hecho histórico, y así se debe juzgar con posterioridad, que la decisión de si usar o no la bomba atómica para obligar a Japón a rendirse ni siquiera se tuvo que discutir. Todos estuvimos de acuerdo de forma unánime, automática e incuestionable; ni siquiera escuché la menor sugerencia de que debiéramos hacer otra cosa.

Fue más complicado decidir qué decirle a Stalin. El presidente y yo pensábamos que ya no necesitaríamos su ayuda para conquistar Japón. Había dado su palabra, en Teherán y en Yalta, de que la Rusia soviética atacaría Japón en cuanto el Ejército alemán fuera derrotado y para cumplirla se estaba produciendo un desplazamiento permanente de tropas rusas hacia el Lejano Oriente, por medio del ferrocarril siberiano, desde comienzos de mayo. En nuestra opinión lo más probable era que no hicieran falta, con lo que desaparecía la capacidad de negociación de Stalin, que le había dado resultado con los estadounidenses en Yalta. Sin embargo había sido un aliado magnífico en la guerra contra Hitler y los dos opinábamos que había que informarle de los nuevos acontecimientos que dominaban entonces la situación, aunque sin darle ningún detalle. ¿Cómo le daríamos la noticia? ¿Se lo comunicaríamos por escrito o de palabra? ¿Debíamos celebrar una reunión formal y especial o sería durante el transcurso de nuestras conferencias diarias o después de alguna de ellas? La conclusión a la que llegó el presidente fue la última de estas alternativas. Dijo: «Me parece que lo mejor es que después de alguna de nuestras reuniones le diga que tenemos un tipo de bomba totalmente nuevo, algo fuera de lo común, que pensamos que tendrá consecuencias decisivas sobre la voluntad de los japoneses de continuar la guerra». Estuve de acuerdo con este procedimiento.

Mientras tanto, el devastador ataque a Japón continuó desde el aire y desde el mar. A finales de julio la Armada japonesa prácticamente había desaparecido. El país estaba sumido en el caos y al borde del colapso. Los diplomáticos profesionales estaban convencidos de que lo único que podía salvar a Japón de la desintegración total era la rendición inmediata decretada por el emperador, pero el poder seguía estando de forma casi exclusiva en manos de una camarilla militar que estaba decidida a someter a la nación a un suicidio masivo antes que aceptar la derrota. La espantosa destrucción a la que se enfrentaban no impresionaba en absoluto a esta jerarquía fanática que seguía creyendo en algún milagro que diera vuelta la situación a su favor.

En varias prolongadas conversaciones que mantuve con el presidente a solas, o en presencia de sus asesores, discutí lo que se podía hacer. Hice hincapié en el enorme coste en vidas estadounidenses y, en menor medida, británicas si imponíamos a los japoneses una «rendición incondicional». Él tenía que plantearse si esto no se podía manifestar de alguna otra manera para que pudiéramos conseguir todos los elementos esenciales para la paz y la seguridad futuras dejándoles al mismo tiempo la impresión de que conservaban su honor militar y cierta garantía de su existencia nacional después de cumplir con todas las salvaguardias necesarias para el conquistador. El presidente respondió sin rodeos que no creía que a los japoneses les quedara ningún honor militar después de Pearl Harbour. Me conformé diciéndole que en todo caso tenían algo por lo que estaban dispuestos a hacer frente a una muerte segura, en cantidades masivas, y que tal vez esto no fuera tan importante para nosotros como lo era para ellos. Entonces mostró una actitud muy comprensiva y habló, como lo había hecho Stimson, de la gran responsabilidad que le correspondía por el derramamiento ilimitado de sangre estadounidense.

Al final se decidió enviarles un ultimátum exigiendo una rendición incondicional e inmediata de las fuerzas armadas de Japón. Este documento se hizo público el veintiséis de julio. Los dirigentes militares de Japón rechazaron estas condiciones de modo que la Fuerza Aérea de Estados Unidos trazó sus planes para arrojar una sola bomba atómica sobre Hiroshima y otra sobre Nagasaki. Convinimos en dar a los habitantes todas las oportunidades. El procedimiento se elaboró con detalle. Para reducir al mínimo la pérdida de vidas humanas el veintisiete de julio once ciudades japonesas recibieron aviso, mediante panfletos, de que serían sometidas a un intenso bombardeo aéreo. Al día siguiente fueron atacadas seis de ellas. Otras doce recibieron la advertencia el treinta y uno de julio y cuatro fueron bombardeadas el uno de agosto. El último aviso se entregó el cinco de agosto. Hasta ese momento, me dijeron, los Superfortress habían arrojado un millón y medio de panfletos por día y tres millones de copias del ultimátum. La primera bomba atómica no se arrojó hasta el seis de agosto.

El nueve de agosto a la bomba de Hiroshima le siguió una segunda, esta vez sobre la ciudad de Nagasaki. Al día siguiente, a pesar de la insurrección de algunos extremistas militares, el gobierno japonés acordó la aceptación del ultimátum con la condición de que no afectara a la prerrogativa del emperador como soberano. Las flotas aliadas entraron en la bahía de Tokio y el dos de septiembre por la mañana se firmó el documento formal de rendición a bordo del acorazado estadounidense *Missouri*. Rusia había declarado la guerra el ocho de agosto, apenas una semana antes de la caída del enemigo, a pesar de lo cual reclamó plenos derechos como beligerante.

Sería un error suponer que el destino de Japón se resolvió mediante la bomba atómica. Su derrota era indudable antes de que cayera la primera bomba y se debió a nuestro abrumador poderío marítimo que, por sí solo, hizo posible que nos apoderáramos de bases oceánicas desde las que lanzar el ataque definitivo y obligar a su Ejército metropolitano a capitular sin asestar ni un golpe. Sus embarcaciones habían sido destruidas. Al comenzar la guerra tenían más de cinco millones y medio de toneladas, que después aumentaron considerablemente gracias a las capturadas y a las de nueva construcción, pero su sistema de convoyes y de escoltas era inadecuado y estaba mal organizado. Se hundieron más de ocho millones y medio de toneladas de embarcaciones japonesas, de las que cinco millones se debieron a nuestros submarinos. Nosotros, como potencia insular dependiente del mar igual que ellos, podemos interpretar la lección y comprender el destino que nos habría esperado si no hubiéramos conseguido dominar a los submarinos alemanes.

Con frustración acabó esta última conferencia de «los tres». No voy a intentar describir todas las cuestiones que se plantearon pero no se resolvieron en nuestras diversas reuniones. Me conformo con contar la historia de la bomba atómica como la viví en ese momento y con explicar de forma resumida la terrible cuestión de las fronteras entre Alemania y Polonia, unos acontecimientos que siguen presentes entre nosotros.

Acordamos en Yalta que Rusia adelantaría su frontera occidental entrando en Polonia hasta la línea Curzon. Siempre habíamos reconocido que a su vez Polonia se anexaría partes sustanciales del territorio alemán. La cuestión era hasta dónde, qué parte de Alemania le tocaría, y en esto no nos poníamos de acuerdo. Stalin había querido prolongar la frontera occidental de Polonia a lo largo del río Oder hasta su confluencia con el Nysa occidental; Roosevelt, Eden y yo habíamos insistido en que llegara sólo hasta el Nysa oriental. Los tres jefes de gobierno acordamos públicamente en Yalta que consultaríamos al gobierno polaco y que dejaríamos la resolución definitiva para la conferencia de paz. Fue lo mejor que pudimos hacer en ese momento. Pero en julio de 1945 nos enfrentábamos con una situación diferente.

Rusia había adelantado su frontera hasta la línea Curzon, lo que suponía, como ya intuíamos Roosevelt y yo, que habría que trasladar hacia el oeste a los tres o cuatro millones de polacos que vivían al otro lado de la línea. Pero ahora nos enfrentábamos con algo mucho peor. El gobierno de Polonia, dominado por los soviéticos, también había seguido avanzando, pero en lugar de llegar hasta el Nysa oriental había llegado hasta el Nysa occidental. Buena parte de este territorio estaba poblado por alemanes, y aunque varios millones habían huido muchos permanecían allí. ¿Qué se suponía que hiciéramos con ellos? Trasladar a tres o cuatro millones de polacos ya era un problema serio. ¿También íbamos a tener que trasladar a más de ocho millones de alemanes? Aunque pudiéramos organizar el traslado, en lo que quedaba de Alemania no había alimentos suficientes para ellos. La mayor parte de los cereales del país procedía precisamente de las tierras de las que se habían apoderado los polacos y, si nos los negaban, a los aliados occidentales nos quedarían las zonas industriales devastadas y una población hambrienta y desmesurada. Para la futura paz de Europa ésa era una injusticia en comparación con la que Alsacia-Lorena y el corredor de Danzig no eran más que nimiedades. Algún día los alemanes querrían recuperar su territorio y los polacos no podrían impedírselo.

Sólo me quedan por mencionar algunos de los contactos sociales y personales que aligeraron nuestros sombríos debates. Cada una de las tres grandes delegaciones tenía que invitar a las otras dos. Primero le tocó a Estados Unidos. Cuando me llegó el turno propuse un brindis por «el líder de la oposición —y añadí—, quienquiera que sea», lo que causó mucha gracia a Attlee, al que invité a la conferencia de acuerdo con mi convicción de que todo jefe de gobierno en períodos de crisis debe tener un adjunto que lo sepa todo para poder garantizar la continuidad por si se produjese algún accidente. Los demás rieron también. La cena de los soviéticos también fue muy agradable, seguida de un concierto excelente en el que participaron grandes artistas rusos, de modo que la velada se prolongó hasta tan tarde que me escabullí.

A mí me correspondió ofrecer el banquete final la noche del día veintitrés. Lo planifiqué a gran escala invitando a los principales comandantes, además de los delegados. Coloqué al presidente a mi derecha y a Stalin a mi izquierda. Hubo muchos discursos y Stalin, sin comprobar siquiera que se hubiesen retirado de la sala los camareros y los ordenanzas, propuso celebrar el siguiente encuentro en Tokio. No cabía duda de que en cualquier momento los rusos pensaban declararle la guerra a Japón y ya tenían concentrados sus grandes ejércitos junto a la frontera, dispuestos a atravesar la línea del frente japonés en Manchuria que era mucho más débil. Para relajar la situación cambiamos de sitio de vez en cuando y el presidente se sentó frente a mí. Mantuve otra conversación amistosa con Stalin, que se encontraba de excelente humor y no parecía tener ni la menor idea de la trascendental información

sobre la nueva bomba que me había transmitido el presidente. Habló con entusiasmo sobre la intervención rusa contra Japón y parecía prever que la guerra duraría unos cuantos meses más, durante los que Rusia combatiría a una escala cada vez mayor, dependiendo sólo del ferrocarril transiberiano.

Entonces ocurrió algo insólito. Mi temible invitado se puso de pie con el menú en la mano y dio la vuelta a la mesa recogiendo la firma de muchos de los asistentes. ¡Jamás pensé que lo vería como un coleccionista de autógrafos! Cuando regresó a mi lado escribí mi nombre, como él quería, nos miramos y echamos a reír. Los ojos de Stalin brillaban de regocijo y buen humor. Ya he comentado con anterioridad que en estos banquetes los representantes soviéticos siempre hacían los brindis bebiendo de copas muy pequeñas y Stalin nunca dejó de lado esta costumbre. Entonces se me ocurrió que le haría dar un paso más, de modo que le serví coñac en una copita de clarete y serví otra para mí y le eché una mirada elocuente. Los dos vaciamos nuestras copas de un trago y nos miramos con aprobación. Tras una pausa, dijo Stalin: «Si le resulta imposible darnos una posición fortificada en el Mármara, ¿no podríamos tener una base en Dedeagach?». Me conformé con decirle que «siempre apoyaré a Rusia en su defensa de la libertad de los mares durante todo el año».

Al día siguiente, el veinticuatro de julio, al finalizar nuestra reunión plenaria, cuando nos levantamos de la mesa redonda y permanecimos en grupitos de dos o tres antes de dispersarnos, vi que el presidente se acercaba a Stalin y los dos conversaban a solas sólo con sus intérpretes. Me encontraba a algo menos de cinco metros y observé con la máxima atención esta conversación tan trascendental. Sabía lo que iba a hacer el presidente; lo importante era calcular el efecto que tendría en Stalin. Lo veo con tanta claridad como si hubiese ocurrido ayer: pareció encantado. ¡Una bomba nueva! ¡Y de un poder extraordinario! Que podía resultar decisiva para toda la guerra en Japón. ¡Qué suerte! Ésa fue la impresión que me dio en ese momento y estaba seguro de que no tenía ni idea de la importancia de lo que le estaban contando. Era evidente que la bomba atómica no había tenido nada que ver con sus intensos esfuerzos y tensiones. Si hubiese tenido la más mínima idea de la revolución que se estaba produciendo en los asuntos mundiales sus reacciones habrían sido evidentes. Nada habría sido más fácil para él que decir: «Gracias por informarme sobre su nueva bomba. Desde luego yo no poseo conocimientos técnicos. ¿Puedo enviar a mi experto en ciencias nucleares para que se reúna con su experto mañana por la mañana?». Pero su rostro siguió reflejando simpatía y cordialidad y pronto acabó la conversación entre estos dos poderosos hombres. Mientras esperábamos los coches me acerqué a Truman. «¿Cómo ha ido?», le pregunté. «No hizo ninguna pregunta» respondió.



Zonas de ocupación en Alemania y Austria que se adoptaron finalmente en julio de 1945

Volvimos a reunimos el día veinticinco por la mañana. Fue la última reunión a la que asistí. Insistí una vez más en que no se podía establecer la frontera occidental de Polonia sin tener en cuenta el millón y cuarto de alemanes que había todavía en la zona y el presidente destacó que no se podía ratificar ningún tratado de paz sin la recomendación y el consentimiento del Senado. Dijo que debíamos encontrar una solución que él pudiera recomendar honestamente al pueblo estadounidense. Dije que si se permitía a los polacos asumir la posición de quinta potencia de ocupación sin tomar medidas para distribuir los alimentos producidos en Alemania de forma equitativa entre toda la población alemana, y sin llegar a ningún acuerdo sobre reparaciones o un botín de guerra, la conferencia habría sido un fracaso. Esta cadena de problemas constituía la esencia misma de nuestro trabajo y hasta el momento no habíamos llegado a ningún acuerdo. La disputa prosiguió. Stalin dijo que conseguir

carbón y metal del Ruhr era más importante que los alimentos. Dije que esto habría que cambiarlo por las provisiones procedentes del este. ¿Cómo harían, si no, los mineros para conseguir el carbón? «Ya han importado antes alimentos del exterior y pueden volver a hacerlo», fue la respuesta. ¿Y cómo pagarán las indemnizaciones? «A los alemanes todavía les queda mucha chicha», fue la seca respuesta. Me negué a aceptar que pasaran hambre en el Ruhr porque los polacos tuvieran en su poder todas las tierras productoras de cereales del este. En la propia Gran Bretaña escaseaba el carbón. «Entonces utilice prisioneros alemanes en las minas que es lo que hago yo —dijo Stalin—. En Noruega todavía hay cuarenta mil soldados alemanes; puede sacarlos de allí». «Nosotros exportamos nuestro propio carbón —dije— a Francia, Holanda y Bélgica. ¿Para qué van a venderle los polacos carbón a Suecia cuando Gran Bretaña se lo está negando a sí misma por los países liberados?». «Pero ese carbón es ruso —respondió Stalin—. Nosotros estamos peor incluso que ustedes. Hemos perdido más de cinco millones de hombres en la guerra y nos falta mucha mano de obra». Volví a exponer mi punto de vista: «Venderemos carbón del Ruhr a Polonia o a quien sea siempre que a cambio nos proporcione alimentos para los mineros que lo extraen».

Parece que esto hizo detenerse a Stalin, que dijo que había que considerar el problema en su totalidad. Estuve de acuerdo y dije que sólo quería mencionar las dificultades que se nos presentaban. Y por lo que a mí respecta aquí acabó la cuestión.

No asumo ninguna responsabilidad, más allá de lo que se establece aquí, por ninguna de las conclusiones que se alcanzaron en Potsdam. En el transcurso de la conferencia dejé pendientes las divergencias que no se pudieron solucionar en torno a la mesa ni en las reuniones diarias de los ministros de Asuntos Exteriores con lo que se acumularon en las estanterías una cantidad impresionante de cuestiones sobre las que había desacuerdo. Si el electorado me reelegía, como se preveía en general, tenía la intención de abordar este catálogo de decisiones con el gobierno soviético. Por ejemplo, ni Eden ni yo habríamos aceptado nunca que la frontera se estableciera en el Nysa occidental. Ya se había reconocido la línea del Oder y del Nysa oriental como la indemnización para Polonia por retirarse hasta la línea Curzon y ningún gobierno que yo encabezara habría aceptado ni aceptaría nunca que los ejércitos rusos rebasasen el territorio hasta el Nysa occidental, e incluso más allá. No se trataba tan sólo de una cuestión de principios sino en realidad de una cuestión práctica enorme que afectaba a alrededor de tres millones más de personas desplazadas.



Las fronteras de Europa central

Había muchas más cuestiones sobre las que estaba bien que nos enfrentáramos con el gobierno soviético y también con los polacos que, engullendo trozos inmensos de territorio alemán, era evidente que se habían convertido en sus entusiasmados títeres. Pero toda esta negociación se interrumpió por la mitad y en definitiva concluyó con el resultado de la elección general. Con esto no pretendo acusar a los ministros del gobierno socialista que se vieron obligados a hacer un análisis sin estar bien preparados y que, naturalmente, desconocían las ideas y los planes que yo tenía previstos, es decir, provocar un enfrentamiento al final de la conferencia y, si era necesario, una ruptura pública en vez de permitir que se cediera nada a Polonia más allá del Oder y del Nysa oriental.

No obstante, el momento real para resolver estas cuestiones fue, como hemos explicado en capítulos anteriores, cuando los frentes de los poderosos aliados se enfrentaron en el campo y antes de que los estadounidenses, y en menor medida los británicos, efectuaran su amplia retirada en un frente de seiscientos cincuenta kilómetros que en algunos lugares alcanzaba los doscientos kilómetros de ancho, cediendo de este modo a los rusos el núcleo y buena parte de Alemania. En ese momento yo deseaba tener resuelta la cuestión antes de emprender esta formidable retirada y mientras los ejércitos aliados seguían presentes todavía. Los estadounidenses opinaban que nos habíamos comprometido con una línea de ocupación definida y defendían con ahínco que sólo podíamos volver a ocuparnos de esta línea cuando quedáramos satisfechos de que todo el frente, de norte a sur, se establecía de acuerdo con los deseos y el espíritu con los que habíamos fijado nuestro compromiso. Sin embargo resultó imposible lograr el apoyo de Estados Unidos para esto, y los rusos, empujando por delante a los polacos, se pusieron en marcha llevando a los alemanes delante de ellos y despoblando grandes zonas de Alemania, después de apoderarse de sus recursos alimentarios, y persiguiendo a una multitud de bocas que entraron en las superpobladas zonas británica y estadounidense. Incluso en Potsdam se habría podido reanudar tal vez la cuestión pero el final del gobierno de coalición nacional británico, y mi alejamiento del mismo en un momento en el que todavía tenía mucha influencia y poder, hicieron que fuera imposible alcanzar soluciones satisfactorias.

Regresé en avión a Inglaterra con mi hija Mary la tarde del veinticinco de julio. Mi esposa se reunió conmigo en Northolt y cenamos juntos tranquilamente.

El capitán Pim y el personal de la sala de mapas había hecho unos preparativos excelentes para brindarnos un relato permanente de los resultados de las elecciones a medida que se fueran conociendo al día siguiente. Según el último sondeo de la oficina central de los conservadores mantendríamos una mayoría considerable. No me había preocupado demasiado por el asunto mientras estuve ocupado con los graves asuntos de la conferencia. En general, acepté el punto de vista de los jefes del partido y me fui a dormir convencido de que el pueblo británico querría que continuara con mi labor. Tenía la esperanza de que se pudiera recomponer el gobierno de coalición nacional según las proporciones de la nueva cámara de los Comunes. Y me fui a dormir. Sin embargo, poco antes del amanecer, desperté de pronto con una punzada de un dolor casi físico. De improviso se me metió en la cabeza la convicción, hasta entonces inconsciente, de que habíamos sido derrotados. Se interrumpiría toda la presión de los grandes acontecimientos, con y contra los que había mantenido mentalmente durante tanto tiempo mi «velocidad de vuelo» y yo caería. Me negarían la capacidad para decidir el futuro. Se desvanecerían el conocimiento y la experiencia que había reunido, la autoridad y la buena voluntad

que había conseguido en tantos países. La perspectiva me dejó descontento; me di la vuelta en seguida y me volví a dormir. No me desperté hasta las nueve, y cuando entré en la sala de mapas habían comenzado a llegar los primeros resultados que eran, como ya me lo esperaba, desfavorables. A mediodía era evidente que los socialistas obtendrían la mayoría. A la hora de comer me dijo mi esposa: «No hay mal que por bien no venga». Le respondí: «De momento, parece que mal sí que viene».

En circunstancias normales me habría tomado unos cuantos días para liquidar los asuntos de gobierno según el procedimiento habitual. La Constitución me concedía el derecho a esperar unos días hasta que se reuniera el Parlamento para despedirme de la cámara de los Comunes, lo que me habría permitido presentar a la nación, antes de renunciar, la rendición incondicional de Japón. Pero la necesidad de que Gran Bretaña estuviera representada de inmediato por una autoridad competente en la conferencia, donde todas las cuestiones importantes que habíamos debatido estaban a punto de llegar a su punto culminante, hacía que cualquier retraso fuera contrario al interés general. Además, los electores habían expresado su veredicto de forma tan rotunda que no quería seguir siendo responsable de sus asuntos ni una hora más. Por ello a las siete en punto, después de pedir audiencia, me dirigí a palacio, presenté mi renuncia al rey y le recomendé que se pusiera en contacto con Attlee.

Dirigí a la nación el siguiente mensaje, con el que puedo finalizar mi relato:

> 26 de julio de 1945
>
> El pueblo británico ha dejado constancia de su decisión en los votos que se han contado hoy. Por consiguiente he renunciado al cargo que me concedió en épocas más sombrías. Lamento que no me permitieran finalizar el trabajo contra Japón. Sin embargo, para esto ya se han hecho todos los planes y los preparativos y es posible que se obtengan resultados mucho antes de lo previsto. Recaen sobre el nuevo gobierno inmensas responsabilidades, tanto en el exterior como en el país, y debemos esperar que las asuma con éxito.
>
> Sólo me queda expresar al pueblo británico, por el que he actuado en estos años peligrosos, mi profunda gratitud por el apoyo férreo e inquebrantable que me ha brindado durante mi trabajo y por las numerosas manifestaciones de amabilidad que ha tenido con su servidor.

FINIS

EPÍLOGO

De julio de 1945 a febrero de 1957

La larga tarea que me impuse al escribir los seis volúmenes de la segunda guerra mundial se publica ahora de forma abreviada para aquellos que deseen conocer lo ocurrido sin padecer la incomodidad de tantos detalles, sobre todo los militares.

Esto me brinda la oportunidad de mirar atrás y expresar mi opinión sobre algunos de los grandes acontecimientos de los últimos doce años.

Cuando me fui de Potsdam, el veinticinco de julio de 1945, esperaba sin duda que los guarismos de las elecciones me otorgaran una mayoría razonable y me llamó mucho la atención enfrentarme con los hechos. Como había estado tan absorto en todo el proceso de la guerra y en la situación durante su final victorioso no comprendía lo que había ocurrido en las islas Británicas. De lo contrario, pensé y sigo pensando, habría dispuesto las cosas de otra manera. Me pilló de sorpresa, sobre todo, la opinión en masa del Ejército después de tantas pruebas de buena voluntad. Pero los resultados y las cifras de las elecciones sorprendieron todavía más en Europa y en Estados Unidos, e incluso en la URSS. Lógicamente ellos pensaban que después de sobrevivir a las duras pruebas de 1940 y de haber salido triunfantes de cinco años de lucha la perseverancia de los pueblos británicos se mantendría inalterable y que no se produciría ningún cambio en el gobierno.

En el transcurso de la conferencia de Potsdam todavía no había intentado llegar a un entendimiento con Rusia, que desde Yalta se había comportado de una manera increíble. Antes de que nos reuniéramos yo esperaba de todo corazón que los estadounidenses no se retiraran de los extensos territorios de Europa central que habían conquistado porque ésa era la única carta que les quedaba a los aliados, cuando cesaron los combates, para poder conseguir un acuerdo equitativo. Gran Bretaña no pretendía nada para sí misma, pero yo estaba seguro de que opinarían que el gran avance que emprendía Rusia en todas direcciones superaba ampliamente lo que era justo. Aparentemente los estadounidenses no se daban cuenta de la situación, y los estados satélites, como se los llamaba, fueron ocupados por las tropas rusas. Berlín ya estaba en su poder, aunque Montgomery habría podido ocupar la ciudad si se lo hubieran permitido. Viena estaba en manos de los rusos y a los representantes de los aliados no se les permitía acceder a esta capital clave, ni siquiera a título personal. En cuanto a los Balcanes, Bulgaria y Rumanía ya habían sido conquistadas. Yugoslavia temblaba a las órdenes de Tito, su famoso líder patriótico. Los rusos habían ocupado Praga aparentemente con el beneplácito de los estadounidenses. Se habían instalado en Polonia, cuyo límite occidental, según se acordó, se desplazaría hasta el centro de Europa a expensas de Alemania. En realidad los rusos habían tomado todas estas medidas mientras sus ejércitos seguían avanzando, a pesar de lo cual, aparentemente, los estadounidenses pensaban que todo esto era necesario para someter a Alemania y que el gran objetivo nacional de Estados Unidos era evitar ponerse demasiado de parte de Gran Bretaña y en contra de Rusia.

Cuando llegó el invierno fui a Estados Unidos y me quedé varios meses en ese país. Estuve en la Casa Blanca y en el Departamento de Estado, donde me invitaron a hablar en el Westminster College de Fulton, Misuri, en marzo de 1946. Truman dijo que él mismo presidiría la reunión. Como faltaban varios meses me mantuve lo más informado que pude. Hice averiguaciones tanto en la Casa Blanca como en el Departamento de Estado para saber si ciertos temas podían provocar una situación embarazosa y cuando me aseguraron que podía decir lo que quisiera me dediqué a preparar el discurso con sumo cuidado. Mientras tanto, la nefasta situación en la que nos colocaban los apetitos insaciables de Rusia y el comunismo internacional por fin comenzaba a causar una fuerte impresión en círculos estadounidenses. Enseñé las notas que había preparado a Byrnes, el secretario de Estado, y comprobé que estaba totalmente de acuerdo conmigo. El presidente me invitó a hacer con él en su tren el largo viaje nocturno hasta Fulton. Disfrutamos de una agradable partida de póquer, que es lo único que recuerdo. Sin embargo estaba casi seguro de que su secretario de Estado le había comunicado al presidente la línea general de mi discurso y que a él le parecía bien, de modo que decidí seguir adelante. Siempre hay que tener mucho cuidado con los discursos que se pronuncian en un país extranjero. Lo siguiente está tomado de lo que dije:

> Se han cubierto de sombras los lugares que hasta hace poco iluminaba la victoria aliada. Nadie sabe lo que pretenden hacer en el futuro inmediato la Rusia soviética y su organización comunista internacional, ni cuáles son los límites, si los hay, a sus tendencias expansivas y proselitistas. Siento gran admiración y respeto por el valiente pueblo ruso y por mi camarada en tiempos de guerra, el mariscal Stalin. Existe una profunda simpatía en Gran Bretaña (y no dudo de que aquí también) por los pueblos de todas las Rusias y el firme propósito de perseverar a pesar de las numerosas diferencias y reveses a fin de establecer amistades duraderas. Comprendemos que los rusos necesiten asegurar sus fronteras occidentales eliminando toda posibilidad de una agresión alemana. Bienvenida sea Rusia al lugar que le corresponde entre las principales naciones del mundo; bienvenida sea su bandera en los mares y, sobre todo, bienvenidos sean unos contactos permanentes, frecuentes y crecientes entre el pueblo ruso y el nuestro a ambos lados del Atlántico. Sin embargo tengo el deber de presentarles ciertos hechos acerca de la actual situación en Europa porque estoy seguro de que ustedes querrán que se los explique como yo los veo.
>
> Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de la Europa central y del este. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas ciudades famosas y las poblaciones que las rodean quedan dentro de lo que debo llamar la esfera soviética y todas están sometidas, de una forma u otra, no sólo a la influencia soviética sino también a un grado elevado, y en muchos casos creciente, de control por parte de Moscú. Atenas es la única (Grecia con sus glorias inmortales) que es libre para decidir su futuro en unas elecciones con observadores británicos, estadounidenses y franceses. Han alentado al gobierno polaco, dominado por los rusos, para que haga grandes e injustos avances en Alemania y se están llevando a cabo expulsiones masivas de millones de alemanes de una magnitud muy grave e inimaginable. En todos estos Estados de la Europa del este los partidos comunistas, que antes eran muy pequeños, han adquirido una preeminencia y un poder que superan ampliamente su número de afiliados y buscan por todas partes la manera de obtener un control totalitario. Prevalecen los gobiernos policiales en casi todos los casos y hasta ahora, salvo en Checoslovaquia, ninguno es una verdadera democracia.
>
> Tanto Turquía como Persia están profundamente alarmadas e inquietas por las cosas que les solicita y

> la presión que ejerce sobre ellas el gobierno de Moscú. Los rusos de Berlín están intentando formar un partido cuasi comunista en su zona de la Alemania ocupada, prestando favores especiales a grupos de líderes alemanes de izquierdas. Cuando finalizaron los combates, en junio pasado, los ejércitos estadounidenses y británicos se retiraron hacia el oeste, de conformidad con un acuerdo previo, alejándose en algunos puntos hasta doscientos cuarenta kilómetros en un frente de casi seiscientos cincuenta kilómetros para que los aliados rusos ocuparan esta amplia extensión de territorio que habían conquistado las democracias occidentales.
>
> Si ahora el gobierno soviético intenta formar por su cuenta una Alemania procomunista en sus zonas esto volverá a provocar graves dificultades en la zona británica y en la estadounidense, y otorgará a los alemanes derrotados la capacidad de subastarse entre los soviéticos y las democracias occidentales. Sean cuales fueren las conclusiones que se pueden extraer de estos hechos (y los hechos existen), no cabe duda de que ésta no es la Europa liberada que hemos luchado por construir y además no contiene los elementos fundamentales de una paz permanente.

El público escuchó con suma atención, y tanto el presidente como Byrnes manifestaron su aprobación. Sin embargo los periódicos hicieron comentarios muy variados. Cuando la noticia llegó a Rusia fue mal recibida, y tanto Stalin como el *Pravda* respondieron como era de esperar. El *Pravda* me acusó de «belicista antisoviético» y dijo que estaba tratando de destruir las Naciones Unidas. En una entrevista que se publicó en un periódico Stalin me acusó de provocar una guerra contra la Unión Soviética y me comparó con Hitler. También hubo preguntas en la cámara de los Comunes, a las que Attlee, entonces primer ministro, respondió que el gobierno no tenía por qué expresar ninguna opinión sobre un discurso pronunciado en un país extranjero por una persona física.

Tenía que pronunciar otro discurso pocos días después en Nueva York invitado por el alcalde y las autoridades municipales. Alrededor del hotel Waldorf Astoria, donde tuvo lugar la cena durante la que lo pronuncié, hubo marchas de piquetes de comunistas y me sorprendí un poco cuando supe que no asistiría Dean Acheson, el subsecretario de Estado. Cuando John Winant se enteró de este cambio de planes en Washington esa misma tarde cogió un tren a Nueva York; llegó en mitad de la cena para prestarme su apoyo y pronunció un discurso muy amistoso. Yo me expresé en los siguientes términos:

> Cuando hablé en Fulton, hace diez días, me pareció que hacía falta que alguien que no ocupa una posición oficial hablase con términos llamativos sobre la difícil situación que vive actualmente el mundo. No quiero retirar ni modificar ni una sola palabra. Me invitaron a dar consejos libremente en este país libre y estoy seguro de que existirá la esperanza que manifesté en la creciente colaboración entre nuestros dos países, pero no por ningún discurso que se pronuncie sino por las mareas que fluyen en los asuntos humanos y en el transcurso del desarrollo del destino del mundo. La única pregunta que en mi opinión queda pendiente es si la armonía necesaria de pensamiento y acción entre el pueblo estadounidense y el británico se alcanzará con la suficiente claridad y sencillez y a tiempo de impedir una nueva contienda mundial o si se producirá, como ha ocurrido antes, sólo durante esta contienda. […]
>
> […] Permítanme declarar, no obstante, que el progreso y la libertad de todos los pueblos del mundo no se alcanzarán bajo el imperio de la ley impuesta por una organización mundial ni tampoco comenzará la era de la abundancia sin los esfuerzos persistentes, fieles y, sobre todo, audaces del sistema social británico y el estadounidense.

El revuelo en los periódicos y el interés, e incluso el entusiasmo general, siguieron aumentando.

Pasé el comienzo del otoño de 1946 pintando en una hermosa villa junto al lago Leman, con el Mont Blanc reflejándose sobre el agua al fondo. Cuando llegó el momento de partir hice una visita muy agradable a la Universidad de Zúrich, donde pronuncié un discurso sobre la tragedia de Europa y la difícil situación a la que había quedado reducida, e insistí en que se creara una especie de Estados Unidos de Europa o algo por el estilo.

> Me alegré mucho al leer en los periódicos, hace dos días, que mi amigo el presidente Truman había manifestado su interés y su simpatía por este gran proyecto. Una organización regional no tiene por qué estar reñida con una organización mundial como las Naciones Unidas. Por el contrario, creo que la síntesis más amplia sólo sobrevivirá si se basa en grupos naturales coherentes. Ya existe un grupo natural en el hemisferio occidental: los británicos tenemos nuestra Comunidad de Naciones, que no debilitan sino que, al contrario, fortalecen la organización mundial. De hecho son su principal apoyo. ¿Por qué no va a haber un grupo europeo que proporcione una sensación de amplio patriotismo y de ciudadanía común a los pueblos dispersos de este continente turbulento y poderoso, y por qué no va a ocupar el lugar que le corresponde, junto con otros grandes grupos, para forjar los destinos de los hombres? Para poder conseguirlo debe haber un acto de fe en el que participen, de forma consciente, millones de familias que hablen muchas lenguas.
>
> Todos sabemos que las dos guerras mundiales que hemos superado surgieron de la vana pasión por dominar el mundo de una Alemania recién unificada. […] Hay que privar a Alemania de la capacidad de rearmarse y de emprender otra guerra agresora. Pero una vez hecho esto, como se hará, como se está haciendo, deben acabar las represalias. Se debe producir lo que hace muchos años Gladstone llamaba «la bendición del olvido». Todos debemos volver la espalda a los horrores del pasado. Debemos mirar al futuro. No podemos permitirnos arrastrar durante los años venideros los odios ni las venganzas que surjan de las heridas del pasado. Si hay que salvar a Europa de la miseria infinita, e incluso de la muerte definitiva, la familia europea debe hacer un acto de fe y un acto de olvido de todos los crímenes y las locuras del pasado.
>
> […] Ahora voy a decirles algo que los va a dejar atónitos. El primer paso en la recreación de la familia europea tiene que ser una asociación entre Francia y Alemania. Ésta es la única manera de que Francia recupere el liderazgo moral de Europa. Europa no se puede recuperar sin la grandeza espiritual de Francia y sin la grandeza espiritual de Alemania. La estructura de los Estados Unidos de Europa, si se construyen bien y con toda justicia, será tal que la fuerza material de un solo Estado será menos importante. Las naciones pequeñas contarán tanto como las grandes y tendrán el honor de contribuir a la causa común. Cada uno de los antiguos estados y principados de Alemania, unidos libremente para su conveniencia mutua en un sistema federal, puede ocupar su propio lugar entre los Estados Unidos de Europa. No voy a tratar de elaborar un programa detallado para cientos de millones de personas que quieren ser felices y libres, ser prósperos y estar a salvo, que quieren disfrutar de las cuatro libertades de las que hablaba el gran presidente Roosevelt y vivir de acuerdo con los principios plasmados en la Carta del Atlántico. Si éste es su deseo sólo tienen que manifestarlo, y sin duda se pueden encontrar los medios y preparar la maquinaria para que este deseo fructifique.
>
> Pero he de hacer una advertencia. Es posible que no quede mucho tiempo. Ahora tenemos un respiro. Los cañones han dejado de disparar. Han cesado los combates pero no han acabado los peligros. Si vamos a crear los Estados Unidos de Europa, o como quiera que se llame, tenemos que comenzar ahora mismo.

Éste era el rumbo de mis pensamientos en 1946. Para la Francia torturada,

recientemente ocupada y humillada, la perspectiva de una estrecha asociación con su verdugo, al que había vencido por fin, al principio parecía impensable. No obstante, poco a poco, volvió a circular por las venas francesas la fraternidad europea y la flexible sensatez típica de Francia superó la amargura del pasado.

Siempre he tenido y sigo teniendo en alta estima al valiente pueblo ruso, pero su sombra amenazaba con el desastre sobre el escenario de posguerra. No había un límite visible al daño que podían causar. Resueltos a vencer a las potencias del Eje, Gran Bretaña y Estados Unidos no habían trazado suficientes planes para el destino y el futuro de la Europa ocupada. Habíamos entrado en guerra para defender no sólo la independencia de los países más pequeños sino para proclamar y promover los derechos y las libertades de los individuos, que constituyen la base de esta mayor moralidad. La Rusia soviética tenía otros objetivos menos desinteresados y su control se volvió más estricto en los territorios que sus ejércitos habían invadido. En todos los estados satélites situados detrás del telón de acero se habían establecido gobiernos de coalición que incluían a los comunistas. Se esperaba que se mantuviera cierta forma de democracia, pero en un país tras otro los comunistas se apoderaron de los puestos clave, hostigaron y suprimieron a los demás partidos políticos y empujaron a sus líderes al exilio. Hubo juicios y purgas. En poco tiempo fueron absorbidas Rumanía, Hungría y Bulgaria. En Yalta y en Potsdam luché con energía para defender a Polonia pero fue en vano. En Checoslovaquia, los ministros comunistas dieron de forma imprevista un golpe que alertó bruscamente a la opinión mundial. Se aplastaron las libertades internas y se prohibió el libre intercambio con Occidente. Gracias en gran medida a Gran Bretaña Grecia mantuvo una precaria independencia. Con ayuda británica y posteriormente estadounidense libró una larga guerra civil contra los comunistas insurgentes. Después de todo lo dicho y hecho, y tras las largas agonías y esfuerzos de la segunda guerra mundial, parecía que media Europa se había limitado a cambiar un déspota por otro.

En la actualidad, estos asuntos parecen comunes. La lucha prolongada y no del todo infructuosa por frenar la marea destructiva de la incursión rusa o de inspiración rusa se ha vuelto parte de nuestra vida cotidiana. De hecho, como ocurre siempre con una buena causa, a veces ha sido necesario atemperar el entusiasmo y no hacer caso del oportunismo. Pero en ese momento no era fácil apartar la mirada de una victoria importante y agotadora sobre una tiranía para fijarla en la perspectiva de una pesada y costosa campaña contra otra.

La Organización de las Naciones Unidas todavía era muy joven pero ya era evidente que sus defectos podían revestir suficiente gravedad para viciar los propósitos para los que fue creada. En todo caso, no podría proporcionar de forma rápida y eficaz ni la unión ni las fuerzas armadas que la Europa libre y Estados Unidos necesitaban para su supervivencia. En Fulton sugerí que la Organización de

las Naciones Unidas debía de contar de inmediato con una fuerza armada internacional. Pero tanto para el futuro inmediato como para el largo plazo sugerí que continuara la especial relación angloamericana que ha sido uno de los asuntos principales de mi vida política.

> Ni la prevención segura de la guerra ni el aumento constante de la organización mundial se conseguirán sin lo que he llamado la asociación fraterna de los pueblos de habla inglesa. Esto significa una relación especial entre la Comunidad Británica de Naciones y el Imperio británico por un lado, y Estados Unidos por el otro. […] Debería suponer una continuidad de las actuales prestaciones para la seguridad mutua mediante el uso conjunto de todas las bases de la Armada y de la Fuerza Aérea que estén en poder de cualquiera de los dos países en todo el mundo. […] Estados Unidos ya tiene un acuerdo de defensa permanente con el dominio de Canadá […] este principio debería ampliarse a todos los países de la Comunidad Británica de Naciones con plena reciprocidad.

Durante los tres años siguientes se desarrolló un plan que se aproximó a este ideal aunque sin alcanzarlo todavía.

No quiero monopolizar el mérito por estos conceptos. Una de las ventajas de estar en la oposición es que uno puede aventajar en imaginación a aquellos que tienen que poner en práctica los planes. El gobierno británico, inspirado en gran medida por el firme y prudente Ernest Bevin, tomó la iniciativa en la reconstrucción en cierto modo del concierto de Europa, por lo menos en lo que quedaba de ella. En lo primero que se pensó fue, sobre todo, en los peligros de una resurrección alemana. En 1947 Gran Bretaña y Francia firmaron el tratado de Dunkerque por el que cada uno se comprometía a auxiliar al otro en caso de producirse otro ataque alemán. Pero las lúgubres realidades del presente ya eclipsaban los temores del pasado. Al cabo de muchos meses de actividad diplomática, en 1948 se firmó el tratado de Bruselas. Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo se comprometían a prestarse asistencia mutua en caso de agresión, procediera de donde procediese. No se hablaba de Alemania. Además se establecían los principios de una organización militar, presidida por el mariscal de campo Montgomery, para evaluar los recursos disponibles para la defensa y para trazar un plan a partir de lo poco que tenían a su alcance. Esto se conoció como la Unión Occidental. Apoyé estas medidas pero esperando con vehemencia que pronto se incorporara al grupo Estados Unidos, sin cuya colaboración quedaría lamentablemente incompleto. Tuvimos la suerte de contar entonces, como secretario de Estado estadounidense, con una persona tan leal y con tanta visión de futuro como el general Marshall, con el que habíamos trabajado en la más estrecha camaradería y confianza en los años de la guerra. Dentro de los límites impuestos por la opinión del Congreso y de la opinión pública estadounidenses, el presidente Truman y él trataron de aumentar el peso de lo que se estaba haciendo en Europa. Los esfuerzos realizados a ambos lados del Atlántico dieron frutos y en abril

de 1949 se firmó el tratado del Atlántico Norte en el que Estados Unidos se comprometió, por primera vez en su historia y sujeto siempre a la prerrogativa constitucional del Congreso, a ayudar a sus aliados en caso de ataque. Entre los signatarios europeos, además de las potencias del tratado de Bruselas, figuraban Noruega, Dinamarca, Islandia, Italia y Portugal. También lo suscribió Canadá, lo que puso de manifiesto, una vez más, la fe que siempre ha tenido Gran Bretaña en su amistad y su lealtad.

El trabajo que hubo que hacer a continuación fue complejo y finalizó con la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, encabezada por un equipo militar de planificación a las órdenes del general Eisenhower situado en Versalles. A partir de los esfuerzos del Cuartel General Supremo de las Potencias Aliadas en Europa (el llamado «SHAPE»), poco a poco fue aumentando la confianza en que podríamos contener una invasión procedente del este con una resistencia eficaz. Sin duda, en sus primeras etapas, el tratado del Atlántico Norte consiguió más por ser que por lo que hizo. Renovó la confianza en Europa, sobre todo para los territorios próximos a la Rusia soviética y sus satélites, lo que se manifestó por una recesión de los partidos comunistas en los países amenazados y por el resurgimiento de un sano vigor nacional en Alemania Occidental.

La vinculación de Alemania con el tratado del Atlántico Norte estuvo muy presente en los planes occidentales. Pero fue muy difícil superar los temores de Francia a un renacer del ejército alemán, aparte de que el asunto resultaba fructífero tanto para los insensatos como para los maliciosos. En un plazo de setenta años Francia había sufrido tres invasiones procedentes del otro lado del Rin. Era difícil olvidar Sedan, el baño de sangre de Verdún, la caída de 1940, la larga y agotadora ocupación de la segunda guerra mundial, que había roto tantos vínculos y en la que lucharon franceses contra franceses. En Gran Bretaña fui consciente de la gran resistencia a entregar armas a la nueva república alemana aunque se hiciese con las salvaguardias más estrictas. Pero era poco probable que se pudiera repeler una invasión soviética a Europa occidental sin la ayuda de los alemanes. Muchos planes se probaron y fracasaron. Los franceses habían tomado la iniciativa con la mayor integración de Europa occidental en cuestiones civiles y propusieron un plan para crear un ejército europeo con un uniforme común, al que se incorporarían las unidades alemanas sin ningún riesgo para sus vecinos. Esta idea me traía sin cuidado. A una amalgama difusa de media docena de nacionalidades le costaría compartir compromisos comunes y la confianza que es esencial entre camaradas en una batalla. Tendrían que pasar varios años antes de que se lograra la sencillez definitiva de una aportación alemana directa. Hasta el día de hoy poco se ha hecho para ponerla en práctica. Por mi parte nunca me ha parecido mal trabar amistad con el enemigo al acabar la guerra, con todo lo que ello supone en cuanto a colaboración contra una

amenaza exterior.

Al mismo tiempo que estos avances, muchos de los cuales sólo constaban en el papel, Estados Unidos siguió manifestando su determinación de colaborar con Europa y al mismo tiempo consigo mismo. Mucho antes de la firma del tratado del Atlántico Norte se destinó a East Anglia una cantidad sustancial de aviones estadounidenses como un elemento disuasorio muy práctico. Pero, ¡ay!, la espléndida estructura de los jefes del Estado Mayor conjunto angloamericano, que fueron los artífices de una parte tan importante de nuestra victoriosa planificación bélica, se había desmantelado a instancias de Estados Unidos. Desde entonces nada lo había igualado, y los mejores compromisos de la OTAN no eran más que una sombra de la organización estrecha y fraternal que existía anteriormente.

La prueba crucial tuvo lugar en junio de 1948 cuando los rusos aislaron Berlín del mundo exterior. Su objetivo era incorporar todo Berlín al estado comunista que habían promovido en el este de Alemania. Aparentemente, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos debían o bien abandonar la ciudad o bien tratar de introducir convoyes con provisiones desde Alemania occidental, como era su legítimo derecho. Por suerte encontraron una solución que evitó muchos peligros: comenzaron a transportar productos por avión, y en febrero de 1949 se comprobó que los aviones estadounidenses y británicos habían transportado más de un millón de toneladas de suministros durante los ocho meses de bloqueo anteriores. Esta idea original tuvo mucho éxito. Al final los rusos tuvieron que ceder y se vieron obligados a suspender totalmente el bloqueo.

También fue fundamental la asistencia económica a los aliados. Los británicos habíamos gastado tanto en la guerra que por más que se hubieran aplicado la máxima habilidad y economía habríamos estado muy presionados. A pesar de un importante préstamo estadounidense la situación empeoraba cada vez más. El resto de Europa también sufría en diversas medidas. El general Marshall dio su nombre a un plan notable de ayuda económica y cooperación mutua entre dieciséis países europeos libres. Se ofrecieron los beneficios al bloque soviético pero fueron rechazados. La Organización Europea para la Cooperación Económica ha sido de la máxima utilidad para todos nosotros. Pero sin la inmensa ayuda en dólares que proporcionó el gobierno estadounidense, a pesar de cierta hostilidad por parte del Congreso, es posible que Europa se hubiera hundido en la ruina y la miseria en las que habrían crecido las semillas del comunismo de una manera funesta. La decisión del general Marshall demuestra una gran habilidad política y me produjo un inmenso placer, aunque ninguna sorpresa, que mi viejo amigo fuese el responsable en Estados Unidos de dos empresas tan importantes como el plan Marshall y el tratado del Atlántico Norte.

Nuestros conceptos y nuestras esperanzas sobre la unificación y el fortalecimiento de Europa contra la agresión externa y la subversión interna también tenían otro aspecto. Las ideas que expuse en Fulton se concretaron en gran medida a través de la acción gubernamental y la serie de tratados y organizaciones oficiales que ya he descrito brevemente. También era importante para establecer unos conceptos más duraderos de la idea final de una Europa unificada encontrar un foro en el que se pudieran discutir y analizar. Muchos distinguidos estadistas y creadores de opinión europeos compartían las mismas ideas, y en 1947 se puso en marcha un movimiento europeo para dedicarse a propagar el objetivo de la unión europea y para analizar formas en las que se pudiera poner en práctica poco a poco. Insisto: poco a poco. Había muchas opiniones diversas entre las partes en cuestión y algunos querían ir más deprisa que otros. En las grandes empresas es un error tratar de resolverlo todo a la vez. En este tipo de cuestiones no era posible planificar los movimientos como en una operación militar. No nos movíamos en el campo de la fuerza sino en el terreno de la opinión. Varias veces recalqué mis puntos de vista al respecto. Era importante que cuando se produjeran los inevitables paréntesis, retrasos y obstáculos no se considerara que habíamos dejado de lado nuestro objetivo último. Tampoco deseaba competir con los gobiernos en la esfera ejecutiva. La tarea consistía en establecer unidades y afinidades morales, culturales, sentimentales y sociales en toda Europa.

El movimiento europeo creció considerablemente en vigor y fuerza y desempeñó un papel importante en la línea de acción de los gobiernos. El general Marshall mencionó este concepto como uno de los motivos que lo impulsaron a poner en práctica su plan para la ayuda económica a Europa. Tuvieron lugar numerosas discusiones que culminaron en la creación del Consejo de Europa, en 1949, con sede en Estrasburgo. Con diversa fortuna y grados de publicidad se llevó a cabo en Estrasburgo un trabajo muy útil. Algunos se desilusionaron porque no se creó en seguida una federación de estados europeos, pero un enfoque lento y empírico está plenamente justificado. No se pueden imponer a los pueblos, desde arriba, unas cuestiones de tanto peso sino que tienen que crecer de forma gradual a partir de convicciones genuinas y ampliamente compartidas. De este modo el Consejo de Europa cumple su finalidad y desempeña un papel honorable en una gran empresa.

En el fondo de todas nuestras cavilaciones sobre la defensa se encontraba presente la posesión definitiva del modo perfecto de destrucción humana: la bomba atómica y su monstruosa hija, la bomba de hidrógeno. Al principio de la guerra Gran Bretaña y Estados Unidos habían acordado compartir sus conocimientos y sus experimentos en la investigación nuclear, y los frutos de años de descubrimientos por parte de los físicos ingleses pioneros se ofrecieron como una contribución inestimable para la empresa conjunta, inmensa y secretísima que acometieron Estados Unidos y

Canadá. Los creadores de la bomba dispusieron durante algunos años del monopolio de un poder que en manos menos escrupulosas podría haber sido utilizado para dominar y esclavizar al mundo entero. Ellos demostraron que estaban a la altura de sus responsabilidades pero en seguida se revelaron secretos a la Unión Soviética que ayudaron considerablemente a los científicos rusos en sus investigaciones. A partir de entonces la mayor parte de las teorías de estrategia aceptadas se consideraron obsoletas y apareció un nuevo equilibrio de poder nunca soñado, un equilibrio basado en la propiedad de los medios de exterminio mutuo.

Al final de la guerra me quedé bastante satisfecho porque se hubiera alcanzado el mejor acuerdo posible con respecto al convenio que firmé con el presidente Roosevelt en Quebec en 1943, en el que Gran Bretaña y Estados Unidos afirmaban que jamás empuñarían las armas la una contra la otra, que no las usarían contra terceros sin el consentimiento de la otra parte, que no transmitirían información sobre el tema a terceros, a menos que fuera por consentimiento mutuo, y que intercambiarían información sobre los avances técnicos. No creo que se hubiera podido pedir más.

Sin embargo en 1946 el Congreso estadounidense aprobó una medida que restringía severamente la posibilidad de que Estados Unidos nos proporcionara información. El senador McMahon, que propuso el proyecto de ley, en ese momento no conocía el acuerdo de Quebec, y en 1952 me dijo que de haberlo visto no se habría aprobado la ley McMahon. En realidad el gobierno socialista británico formuló algún tipo de protesta pero se sintieron incapaces de aprovecharla y no insistieron en dar a conocer el acuerdo de Quebec, ni siquiera para conocimiento de la Comisión McMahon, que habría reivindicado nuestra posición y tal vez ahorrado muchos años de investigación y desarrollo pesados y costosos. De este modo, privados de nuestra participación en los conocimientos, a la que sin duda teníamos cierto derecho, Gran Bretaña tuvo que depender de sus propios recursos. A continuación, el gobierno socialista destinó grandes sumas a la investigación pero hasta 1952 no pudimos hacer estallar nuestra primera bomba atómica. Las etapas relativas de investigación y desarrollo siguen siendo desconocidas pero las explosiones experimentales no son el único criterio, y es posible que en cierto modo hayamos dejado atrás incluso a Estados Unidos. Pero la investigación es una cosa y la producción y la posesión es otra.

Precisamente allí, pues, en la posesión o la preponderancia de las armas nucleares por parte de Estados Unidos, se encontraba la base más firme de nuestras esperanzas de paz. Los ejércitos de las potencias occidentales eran insignificantes en comparación con las innumerables divisiones rusas que se podían desplegar desde el Báltico hasta la frontera yugoslava. Pero la certeza de que un avance por tierra desencadenaría la destrucción devastadora de un ataque aéreo estratégico fue y sigue

siendo el más cierto de los elementos disuasorios.

Durante un tiempo, cuando Estados Unidos era el único que poseía las armas nucleares, existió la posibilidad de establecer un acuerdo general y permanente con la Unión Soviética. Pero no es propio de las democracias aprovechar sus ventajas de una manera amenazadora o dictatorial. Sin duda el tipo de opinión que prevalecía en esa época no habría tolerado nada que supusiese tratar con rudeza a nuestro antiguo aliado, aunque es probable que esto hubiera evitado muchas situaciones desagradables. En cambio Estados Unidos, con nuestro apoyo, escogió una actitud sumamente razonable y liberal frente a los problemas de controlar el uso de las armas nucleares. La oposición soviética a unos métodos eficaces de supervisión hizo que no se llegara a nada. En otros tiempos ningún país podía esperar acumular en secreto fuerzas militares suficientes para aplastar a sus vecinos, pero en la actualidad los medios para destruir a muchos millones se pueden ocultar en un espacio de unos pocos metros cúbicos.

Todos los aspectos de la planificación militar y política quedaron alterados por estos cambios. Las extensas bases necesarias para mantener a los ejércitos de las dos guerras mundiales se han convertido en los blancos más vulnerables. Todos los talleres y los depósitos del canal de Suez, que habían alimentado al Octavo Ejército en el desierto, podían desvanecerse en un santiamén con el ataque de un solo avión. Aunque estuviera protegido por cañones antiaéreos y por cazas cualquier puerto podía convertirse en la tumba de las flotas que antes protegía. Evacuar de las ciudades a los no combatientes era una propuesta práctica incluso cuando los métodos de bombardeo habían alcanzado un nivel bastante avanzado en la última guerra. Ahora, por deseables que sean, este tipo de medidas no son más que un mero paliativo para la ruina que produce un ataque nuclear. Había que modificar toda la estructura de la defensa para hacer frente a la nueva situación. Seguían haciendo falta fuerzas convencionales para mantener el orden en nuestras posesiones y para combatir en lo que llamaban las pequeñas guerras pero no podíamos permitírnoslas en cantidades suficientes porque las armas nucleares y los medios para lanzarlas eran demasiado caros.

La era nuclear transformó las relaciones entre las grandes potencias. Durante un tiempo dudé de que el Kremlin se diera cuenta realmente de lo que le ocurriría a su país en caso de guerra. Parecía posible que no conocieran todas las consecuencias de los misiles atómicos ni lo eficaces que eran los medios para lanzarlos. Incluso se me ocurrió que una demostración aérea anunciada pero pacífica sobre las principales ciudades soviéticas, acompañada por una explicación general a los líderes soviéticos de algunas de nuestras invenciones más recientes, despertaría en ellos una actitud más amistosa y más sensata. Desde luego un gesto así no podía ir acompañado por ninguna petición formal porque entonces habría tenido toda la apariencia de una

amenaza y un ultimátum. Pero la producción rusa de estas armas y los notables avances de su fuerza aérea hace mucho que hicieron que esta idea dejara de tener sentido. Sus líderes militares y políticos deben de ser plenamente conscientes de lo que cada uno de nosotros puede hacerle al otro.

Yo seguía abrigando la esperanza de establecer contactos más amistosos con Rusia y me pareció que la muerte de Stalin, en marzo de 1953, nos brindaba una oportunidad. Yo era primer ministro otra vez. Para mí, la muerte de Stalin marcó un hito en la historia rusa. Su tiranía había provocado un sufrimiento espantoso a su propio país y a buena parte del resto del mundo. En su lucha contra Hitler los pueblos rusos despertaron una gran simpatía en Occidente, incluida en no menor medida la de Estados Unidos, pero todo esto había desaparecido. En la oscura política del Kremlin nadie sabía quién ocuparía su lugar. Catorce hombres y ciento ochenta millones de personas perdieron a su amo. Pero no hay que juzgar con demasiada dureza a los líderes soviéticos. En poco más de un siglo Rusia había sido invadida tres veces por Europa. No olvidemos Borodino, Tannenberg, Stalingrado. Todavía se recuerda el ataque de Napoleón. No perdonaron a la Alemania imperial ni a la nazi. Pero nunca se puede conseguir la seguridad mediante el aislamiento. Stalin trató no sólo de proteger a las repúblicas soviéticas detrás de un telón de acero militar, político y cultural, sino que también procuró crear una primera línea de estados satélites en plena Europa central, bajo el rígido control de Moscú, supeditada a las necesidades económicas de la Unión Soviética, que tenía prohibido todo contacto o comunicación con el mundo libre o ni siquiera entre ellos. Nadie puede creer que esto durará para siempre. Hungría ha pagado un precio enorme. Pero todos los hombres lúcidos deben de ver claros ciertos elementos esperanzadores de la actual situación. La doctrina comunista se va separando lentamente de la maquinaria militar rusa. Las naciones seguirán rebelándose contra el imperio colonial soviético pero no porque sea comunista sino porque es extraño y opresivo. Una carrera armamentista, aunque se lleve a cabo con armas nucleares y misiles dirigidos, no aportará seguridad, ni siquiera tranquilidad mental, a las grandes potencias que dominan las masas continentales en Asia y América del Norte ni a los países comprendidos entre ellas. No hago ningún llamamiento al desarme. El desarme es una consecuencia y una manifestación del libre intercambio entre pueblos libres. Es la mente la que controla el arma y las naciones libres deberían apelar precisamente a la mente de los pueblos rusos y de sus asociados.

Pero después de la muerte de Stalin pareció que prevalecería un clima más benigno. En todo caso, valía la pena averiguarlo y así lo manifesté en la cámara de los Comunes el once de mayo de 1953. Una conferencia totalmente informal entre los jefes de las principales potencias podía tener éxito donde habían fallado los reiterados

intercambios enconados en los niveles inferiores. Dejé bien claro que esto no podía ir acompañado por ninguna relajación de la camaradería ni de los preparativos de las naciones libres ya que cualquier disminución de nuestros esfuerzos defensivos paralizaría toda tendencia beneficiosa hacia la paz. Lo que es verdad hoy día. Lo que yo pretendía no se consiguió nunca. Sin embargo durante un tiempo pareció soplar una brisa más suave sobre nuestros asuntos. Sin duda se presentarán más oportunidades y no habrá que pasarlas por alto.

No pretendo echarle las culpas a nadie por todas las cosas desagradables que han ocurrido desde 1945. Sin duda, las personas responsables en Gran Bretaña de dirigir nuestros asuntos durante los años posteriores a la guerra encontraron unos problemas sumamente complejos y dañinos tanto a nivel nacional como en el exterior. Los métodos que escogieron para resolverlos a menudo les fueron impuestos por las circunstancias o por políticas doctrinarias predeterminadas y los resultados obtenidos no siempre fueron acertados ni para Gran Bretaña ni para el mundo libre.

Conceder la independencia al subcontinente indio era un asunto que estaba presente desde hacía tiempo en la mente de los políticos británicos, y en el que participé bastante en los años de entreguerras. Con el apoyo de setenta parlamentarios conservadores luché en las primeras etapas con todas mis fuerzas. Cuando estuve al frente del gobierno de coalición tuve que modificar mi punto de vista anterior. Indudablemente, al salir de la desesperada lucha mundial nos vimos obligados a conceder a la India la categoría de dominio, incluido el derecho a separarse de la Comunidad Británica de Naciones. Yo pensaba, no obstante, que el método de establecer el nuevo gobierno debería haber concedido a la gran mayoría del pueblo indio el poder y el derecho a elegir libremente por sí mismos. Pensaba que una conferencia constitucional, en la que participaran todos los elementos fuertes que había realmente en la India, nos habría mostrado la manera de conseguir una India autónoma y verdaderamente representativa, que se incorporaría al imperio británico. Los «intocables», los rajas, los partidarios del régimen, de los que había centenares de millones, y muchos otros intereses diferentes, vitales y vivos habrían tenido participación en el nuevo orden. No hay que olvidar que durante el último año de la guerra tuvimos una revuelta de los extremistas en el Partido del Congreso de la India que se sometió sin dificultad y con muy pocos muertos. El Partido Socialista británico adoptó una postura violentamente sectaria. Creían que lo mejor era concederle la autonomía lo antes posible. De modo que se la concedieron, sin dudarlo, casi identificándolas, a las fuerzas que habían derrotado con tanta facilidad. Antes de que hubieran transcurrido dos años desde el final de la guerra habían conseguido su objetivo. El quince de agosto de 1947 la India declaró la independencia. Fracasaron todos los esfuerzos por mantener la unidad de la India y Pakistán se convirtió en un Estado independiente. Los cuatrocientos millones de

habitantes del subcontinente, divididos fundamentalmente en musulmanes e hindúes, se echaron los unos encima de los otros. Después de dos siglos de dominio británico en la India se produjo el mayor derramamiento de sangre y la mayor pérdida de vidas que jamás tuvo lugar durante nuestra próspera ocupación. A pesar de los esfuerzos de la Comisión de Límites las divisiones trazadas entre la India y Pakistán fueron inevitable y devastadoramente crueles para las zonas atravesadas por las nuevas fronteras, como consecuencia de lo que se produjeron una serie de masacres debidas al intercambio de población musulmana e hindú, que pudo ascender a cuatrocientos o quinientos mil hombres, mujeres y niños. La gran mayoría de ellos fueron personas inocentes cuya única culpa era su religión.

Afortunadamente, al frente del mayor de los dos estados recién nacidos sobre tan sangrientos cimientos había un hombre de singulares características. Nehru había pasado muchos años en la cárcel o bajo otras formas de reclusión y surgió entonces como líder de una minúscula minoría de los que se oponían al dominio británico, libre por igual de dos de los principales defectos de la naturaleza humana: el odio y el temor. Gandhi, que durante tanto tiempo lideró la causa de la independencia india, fue asesinado por un fanático poco después de que Nehru llegara a la jefatura del gobierno. Por su parte, Jinnah presidía el estado musulmán de Pakistán. Mantenemos una relación cordial con las dos repúblicas que han nacido. Sus líderes asisten a las asambleas de la Comunidad Británica de Naciones y su poder, para bien o para mal, en Asia y en el mundo es innegable. No voy a emitir ningún juicio anticipado sobre el futuro.

El mismo año que la India declaró la independencia Birmania también se separó de la Comunidad Británica de Naciones. Había sido el principal escenario de las operaciones terrestres en la guerra en el Lejano Oriente y habíamos hecho un gran esfuerzo para recuperarla de los japoneses, que nos habían expulsado en 1942. Se establecieron en el gobierno del país los elementos nacionalistas, la mayoría de los cuales, en algún momento de la guerra, habían colaborado con los invasores japoneses en contra de los aliados para conseguir sus objetivos. No habían logrado el control absoluto, y hasta la fecha el mandato del gobierno birmano se extiende sobre sus territorios de forma incompleta. No obstante, ellos también han establecido una organización firme con la que mantenemos relaciones amistosas y en la que han dado frutos la larga y honorable tradición de la autoridad británica y su legado de justicia y orden.

Tanto en la India como en Birmania el conflicto entre el comunismo y el mundo libre tuvo relativamente poca importancia en los primeros años de la posguerra. Rusia se regocijó, sin duda, ante cada señal de la disminución de nuestra influencia en el mundo y buscó por todos los medios a su alcance acelerar y complicar el nacimiento de las nuevas naciones. Causó mucho daño en Indochina y en Malasia. En general, no

obstante, su interés se concentraba más en China donde, en medio de la confusión y la matanza, comenzaba a surgir un nuevo patrón. El régimen de Chiang Kai-chek, nuestro amigo y aliado durante la guerra, fue perdiendo fuerza poco a poco. Estados Unidos intentó frenar el avance del comunismo por todos los medios aunque sin recurrir a la intervención armada. Pero el gobierno chino llevaba en sí las semillas de su propia destrucción. A pesar de tantos años de resistencia a los japoneses, la corrupción y la ineficacia de su sistema descontrolado estimularon y apoyaron el avance de los ejércitos comunistas. El proceso fue lento pero a finales de 1949 todo había acabado. A partir de entonces gobernó en Pekín el «gobierno popular», como fue llamado, que controlaba toda la China continental. Chiang Kai-chek huyó a Formosa, cuya independencia garantizaron la flota y la aviación estadounidenses. Así fue como el Estado más populoso del mundo cayó en manos comunistas y no cabe duda de que ejercerá una presión efectiva sobre los asuntos mundiales. Durante este período China ejerció su influencia sobre todo en Corea y también en Indochina. Las disputas sobre su admisión en las Naciones Unidas han demostrado uno de los numerosos puntos débiles de esta organización, y la tradicional amistad de China con Estados Unidos se ha interrumpido.

Al año siguiente, los intentos comunistas por hostigar a Occidente, utilizar los sentimientos nacionalistas en Asia y aprovechar las zonas más expuestas culminaron en la península de Corea. Con anterioridad sus esfuerzos habían sido menos directos. En Indochina, el principal opositor de los franceses, Ho Chi Minh, había recibido sin duda entrenamiento en Moscú pero el apoyo material a sus guerrillas no se hizo a gran escala. En Malasia, mediante el asesinato de colonos y de malayos y chinos leales, un grupo relativamente reducido de terroristas reunió unas fuerzas desproporcionadas para restaurar el orden, pero en general también ellos debían a los estados comunistas sólo su entrenamiento, su ideología y su apoyo moral.

En El Cairo, en 1943, el presidente Roosevelt, Chiang Kai-chek y yo hicimos constar nuestra determinación de que Corea fuera libre e independiente. Al acabar la guerra el país fue liberado por los japoneses y ocupado por tropas estadounidenses en el sur y por tropas rusas en el norte. Así surgieron dos Estados coreanos separados y las relaciones entre ellos se fueron volviendo cada vez más tensas y llenas de rencor. El paralelo 38 constituía una frontera inestable y los dos Estados se parecían mucho a la Alemania del este y la del oeste. La oposición soviética frustró los esfuerzos de las Naciones Unidas por reunificar el país. Aumentaron la tensión y los incidentes en las fronteras. El veinticinco de junio de 1950 las fuerzas de Corea del Norte invadieron Corea del Sur y avanzaron con gran rapidez. Las Naciones Unidas reclamaron la retirada de todos los agresores y solicitaron la colaboración de todos los Estados miembros. Que en esta ocasión el veto soviético en el Consejo de Seguridad no fuera un obstáculo para las intenciones de las Naciones Unidas se debió a la buena suerte,

pero los defectos del sistema se mantuvieron y fueron aprovechados una y otra vez en años posteriores. En esta ocasión, las Naciones Unidas simplemente brindaron el armazón dentro del que se enmarcó la acción efectiva de Estados Unidos.

Estos hechos esenciales incluyen una decisión histórica trascendental del presidente Truman. En cuanto recibió la noticia de la invasión llegó a la conclusión de que sólo una intervención inmediata de las fuerzas armadas de Estados Unidos podría hacer frente a la situación. Eran los que estaban más cerca del lugar, aparte de ser los más numerosos, aunque no fuera sólo ésa la cuestión. Como dijo en sus memorias: «Estaba seguro de que, si permitíamos que cayera Corea del Sur, los dirigentes comunistas se atreverían a subyugar a otras naciones más próximas a nuestras propias costas. Si no les hacíamos frente esto supondría una tercera guerra mundial». Por su celeridad, su prudencia y su valor en esta crisis considero que merece figurar entre los grandes presidentes de Estados Unidos. En Gran Bretaña el gobierno aprobó y apoyó a Estados Unidos y ofreció unidades navales. En diciembre también había fuerzas de tierra británicas en Corea. En la cámara de los Comunes, el cinco de julio, la oposición apoyó a Attlee, que entonces era primer ministro, y yo mismo, como su líder, dije que «estaba totalmente dispuesto a refrendar […] en líneas generales su conclusión de que la acción emprendida por Estados Unidos ofrece, de forma global, la mejor oportunidad de mantener la paz en el mundo». El ala izquierda del Partido Socialista, fiel a sus tradiciones, se mantuvo sola al margen del valor y la prudencia de lo que se estaba haciendo.

El curso de la guerra resultó difícil, sangriento y frustrante. Las tropas estadounidenses y las aliadas detuvieron a los invasores del norte y la intervención de las fuerzas aéreas comenzó a resultar eficaz. El general MacArthur actuó con energía y decisión y el catorce de marzo de 1951 Seúl, la capital de Corea del Sur, había sido recuperada. Dos meses después cruzaron el paralelo 38. Mientras tanto comenzaron a llegar «voluntarios» chinos en masa. Llegaban refuerzos en grandes cantidades desde el otro lado del río Yalu donde los inmensos recursos humanos de China se formaron en ejércitos más o menos equipados pero formidables en números. A los generales estadounidenses les costó mucho tolerar que existiera un «santuario privilegiado» al otro lado de la frontera manchú, donde también se encontraban las bases de los aviones con motor a reacción de fabricación soviética que intervinieron repetidas veces en el combate. Aumentaba la presión para conseguir autorización para atacar el territorio chino desde el aire. Sin embargo el presidente Truman se mantuvo firme y en una serie de desacuerdos con el general MacArthur, que recibieron mucha publicidad, se resistió a dar este paso tan peligroso. «Los rojos —ha dicho— estaban sondeando nuestras unidades blindadas en busca de puntos débiles; teníamos que enfrentarnos a su ofensiva sin vernos envueltos en una guerra mundial». Yo también hacía, con cierta preocupación, el mismo razonamiento. El treinta de noviembre

señalé a la cámara de los Comunes: «Es en Europa donde debe decidirse la causa mundial. Allí se encuentra el peligro mortal». Me abstuve de recalcar mi opinión con demasiada vehemencia para que no se interpretara como una crítica a los comandantes estadounidenses ni fuera un obstáculo para sus esfuerzos ni debilitara los lazos que mantenían unidos nuestros destinos. Las fuerzas británicas y las de la Comunidad Británica de Naciones hicieron un esfuerzo reducido aunque sólido, pero Estados Unidos cargó con casi todo el peso y pagó por ello con casi cien mil bajas.

No voy a hacer hincapié en el vaivén del éxito y el fracaso militar en Corea. El resultado apenas se puede considerar satisfactorio. Sin embargo, Corea del Sur siguió siendo libre e independiente, el agresor fue rechazado a un alto coste y, lo más importante, Estados Unidos demostró que no le daba miedo utilizar la fuerza armada en defensa de la libertad ni siquiera en un lugar tan remoto.

En el resto del continente asiático los imperios occidentales se desmoronaron. A nuestros aliados holandeses los echaron a empujones de sus colonias en Indonesia, que habían convertido en un modelo de administración eficaz. Los franceses soportaron durante años una guerra frustrante y extenuante en Indochina, donde sufrían más bajas cada año que los oficiales que producía su academia militar de Saint-Cyr. Los ejércitos comunistas, con los grandes refuerzos que les llegaban desde China, poco a poco consiguieron controlar el norte del país. A pesar de los heroicos episodios de resistencia los franceses se vieron obligados a abandonar esta zona extensa y populosa. Después de una negociación larga y minuciosa se salvó algo de entre las ruinas. Nacieron tres estados, Vietnam del Sur, Laos y Camboya, con la independencia garantizada y futuro incierto. Vietnam del Norte, al igual que Corea del Norte, mantenía un gobierno comunista independiente. La división fue, una vez más, una respuesta al conflicto entre los intereses comunistas y los occidentales. Todos estos países nuevos estaban divididos por facciones internas y eclipsados por su gigantesco vecino del norte.

Los cambios que tuvieron lugar en Asia fueron inconmensurables y es posible que fueran inevitables. Si se percibe cierto pesar en este breve relato no suponga el lector que indica hostilidad al derecho de autodeterminación de los pueblos asiáticos ni se trata de una reflexión sobre su posición y su integridad actuales. Pero los medios por los que se llegó a esta situación dan que pensar. ¿Hacía falta derramar tanta sangre? Sin las prisas generadas por la presión externa, ni la pérdida de influencia derivada de nuestras primeras derrotas en la guerra en el Lejano Oriente, ¿se podría haber avanzado hacia el mismo fin de manera más feliz y este final podría haber sido más estable?

Gran parte de la segunda guerra mundial transcurrió en la defensa del puente de tierra donde se unen África y Asia para mantener nuestro suministro de petróleo y

proteger el canal de Suez. Mientras tanto, los países de Oriente Próximo, y sobre todo Egipto, habían disfrutado de la ventaja de la protección contra la invasión de Alemania e Italia sin ningún coste. Posteriormente se produjo un mayor incremento en la cantidad de Estados independientes que existían en los antiguos dominios del imperio otomano. La partida de los franceses de Siria y el Líbano fue dura pero inevitable. Nadie puede decir que hayamos obtenido de ella ninguna ventaja. En toda esta región el mundo ha sido testigo de un aumento del sentimiento nacionalista cuyas consecuencias todavía tienen que seguir su curso. Desde Indonesia hasta Marruecos los pueblos musulmanes están conmocionados. Su seguridad en sí mismos ha obligado a las potencias occidentales, y en particular a las que tienen responsabilidades en el exterior, a enfrentarse con problemas de una especial dificultad. En medio de jubilosos gritos a favor de la autonomía y la independencia es fácil olvidar los numerosos y sustanciosos beneficios que les ha brindado el gobierno occidental. Además es difícil sustituir el orden que mantenían las potencias coloniales sobre estas grandes extensiones por un nuevo sistema estable de estados soberanos.

De todas las dificultades a las que tuvo que hacer frente Gran Bretaña en estas regiones la más difícil de solucionar fue Palestina. Desde la declaración Balfour, en 1917, fui un defensor incondicional del sioniosmo. Nunca me pareció que los países árabes hubieran recibido de nosotros más que lo que era justo. A Gran Bretaña y sólo a Gran Bretaña le debían su existencia como nación. Nosotros los creamos; con capital británico y con asesores británicos se estableció el ritmo de su avance; los protegimos con armas británicas. Teníamos, y espero que sigamos teniendo, muchos amigos leales y valientes en esa zona. El difunto rey Abdulá fue un gobernante muy sabio cuyo asesinato eliminó la posibilidad de llegar a un arreglo pacífico del conflicto palestino. El rey Ibn Saud fue un aliado incondicional. En Irak seguí con admiración la actuación valiente y sagaz de Nuri al Said, que sirvió fielmente a su monarca y condujo a su país por un camino acertado sin tener en cuenta las amenazas procedentes del exterior ni el griterío interior traído de fuera. Lamentablemente estos hombres fueron la excepción.

Como potencia mandataria Gran Bretaña tuvo que hacer frente al tortuoso problema de combinar la inmigración judía a su hogar nacional con la salvaguardia de los derechos de los habitantes árabes. No se puede acusar al pueblo judío por sus violentas opiniones sobre el tema. No se puede esperar que una raza que ha sufrido prácticamente el exterminio de su ser nacional sea totalmente razonable. Pero las actividades de los terroristas, que trataban de conseguir sus fines mediante el asesinato de oficiales y soldados británicos, fueron odiosos actos de ingratitud que produjeron una profunda impresión. Ningún país del mundo es menos apto para un conflicto con el terrorismo que Gran Bretaña. Y esto no se debe a debilidad ni a cobardía sino a la circunspección y la moralidad y al modo de vida que hemos

establecido en nuestra isla, que hemos defendido tan bien. Profundamente herido por los asesinatos en Palestina, maltratado por los países de Oriente Próximo e incluso por nuestros aliados, no es extraño que el gobierno británico de la época al final se lavara las manos del problema y que en 1948 dejara que los judíos buscaran su propia salvación. La breve guerra que tuvo lugar a continuación hizo desaparecer de forma dramática la confianza de los países árabes, que se aprestaron a caer sobre una presa fácil.

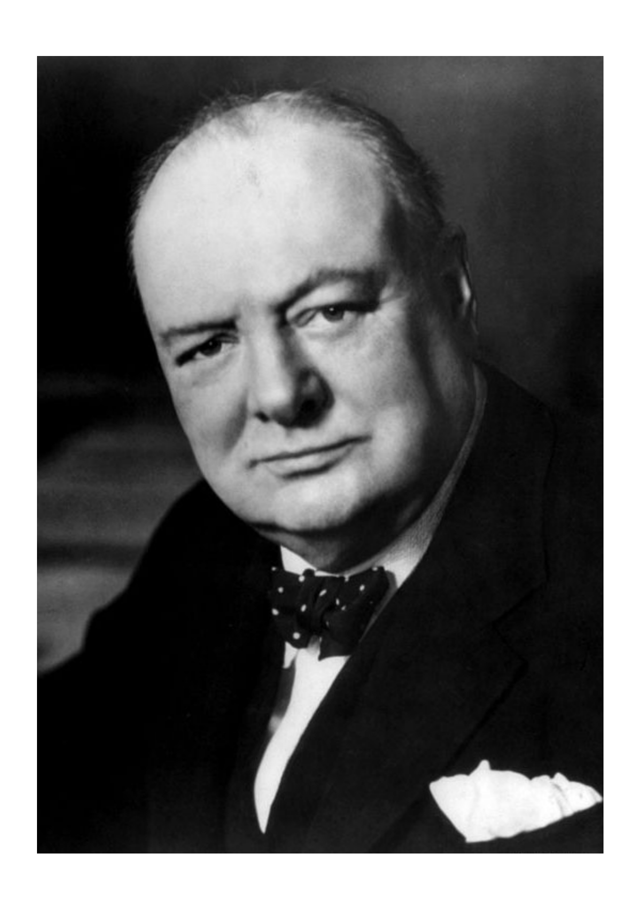
La violencia infecciosa del nacimiento del Estado de Israel ha agudizado desde entonces las dificultades en Oriente Próximo. Contemplo con admiración el trabajo que se llevó a cabo allí para construir una nación, arrebatando terreno al desierto y recibiendo a tantos desgraciados procedentes de comunidades judías de todo el mundo. Pero el panorama es sombrío. La posición de los centenares de miles de árabes expulsados de sus hogares que llevan una existencia precaria en la tierra de nadie que se ha creado en torno a las fronteras de Israel es cruel y peligrosa. Las fronteras de Israel fluctúan con los asesinatos y las incursiones armadas y los países árabes tienen una hostilidad irreconciliable hacia el nuevo Estado. Los dirigentes árabes que tienen más visión de futuro no puede aconsejar moderación porque los hacen callar y los amenazan con asesinarlos. Es un escenario negro y amenazador de una violencia y una locura sin límites. Pero una cosa está clara. Tanto el honor como la sabiduría exigen que se preserve el Estado de Israel y que esta raza valiente, dinámica y compleja pueda vivir en paz con sus vecinos. Pueden brindar a la zona una valiosa aportación de conocimiento científico, laboriosidad y productividad. Se les debe dar la oportunidad de hacerlo por el interés de todo Oriente Próximo.

Antes de completar este breve análisis de las cosas que me han llamado la atención desde la guerra fijémonos en las Naciones Unidas. Es fácil que la maquinaria del gobierno internacional no cumpla su objetivo. A medida que nos acercábamos al final de la guerra tenía la idea de que debían gobernar el mundo las mejores mentes y las mejores ideas lo cual suponía que, si tenían que estar representados todos los países, tanto grandes como pequeños, tenía que haber una clasificación. El espectáculo que presentan las Naciones Unidas no es más que una vana afirmación de la igualdad de influencia y poder que no tiene ninguna relación con los hechos reales. El resultado es que un proceso de ingenioso cabildeo ha intentado apoderarse del gobierno del mundo. Y digo que lo ha intentado porque el voto de un país de uno o dos millones de habitantes no puede decidir, o ni siquiera influir, en las acciones de Estados poderosos. Las Naciones Unidas, en su forma actual, tiene que encogerse ante las dictaduras e intimidar a los más débiles. Los Estados pequeños no tienen derecho a hablar en nombre de toda la humanidad. Deben aceptar, y aceptarían, una posición más cercana pero inferior. El mundo debería estar

regido por los hombres más destacados en grupos de países constituidos geográficamente. El mero proceso de dejar que los grupos se formen por sí mismos y de no juzgarlos por su poder o su número ya lo dice todo.

No pretendo sugerir que todos los esfuerzos y los sacrificios de Gran Bretaña y sus aliados que constan en los seis volúmenes de mis memorias de la guerra hayan quedado en la nada ni que sólo hayan conducido a una situación más peligrosa y sombría que la inicial. Por el contrario, mantengo con firmeza la convicción de que no lo hemos intentado en vano. Rusia se está convirtiendo en un gran país comercial. Su pueblo experimenta cada día con mayor vigor las complicaciones y los paliativos de la vida humana que harán que los programas de Karl Marx resulten más obsoletos e insignificantes que antes en relación con los problemas del mundo. Las fuerzas naturales actúan con mayor libertad y mayor oportunidad para fertilizar y variar las ideas y el poder de los hombres y mujeres como individuos. Son mucho más grandes y más flexibles en la vasta estructura de un imperio poderoso de lo que jamás habría concebido Marx en su tugurio. Y cuando la guerra misma se reduzca al exterminio mutuo es probable que cada vez se postergue más. Sin duda siempre seguirá habiendo luchas entre naciones, o entre continentes, o entre combinaciones de naciones. Pero en general, la sociedad humana crecerá de muchas formas que la maquinaria de un partido no puede comprender. Por ello mientras el mundo libre permanezca unido, sobre todo Gran Bretaña y Estados Unidos, y mantenga su fuerza Rusia comprobará que la paz y la abundancia tienen más que ofrecer que una guerra de exterminio. La amplitud de pensamiento es un proceso que adquiere impulso cuando se buscan oportunidades para todos aquellos que las reclaman. Y es posible que, si se aplican la sabiduría y la paciencia, la oportunidad para todos conquiste las mentes y refrene las pasiones de la humanidad.

WINSTON S. CHURCHILL
Chartwell,
Westerham,
Kent
10 de febrero de 1957



WINSTON LEONARD SPENCER CHURCHILL (Blenheim Castle, Oxfordshire, 1874-Londres, 1965). Proveniente de una familia aristocrática victoriana se graduó en el Royal Military College. Tras haber servido en la India presenció la guerra anglobóer como corresponsal de guerra del periódico *Morning Post*. En 1900 fue elegido diputado por el Partido Conservador, que abandonó en 1904 para unirse al Partido Liberal. Ocupó, entre otros, los cargos de ministro de Comercio (1908), ministro de Interior (1911) o ministro de Hacienda (1924).

El gran salto en su carrera política se produce en 1940 cuando es elegido primer ministro, en sustitución de Neville Chamberlain. Después de perder las elecciones en 1945 contra los laboristas recuperó la jefatura del gobierno durante el período comprendido entre 1951-1955. Tras dimitir ese año se dedicó a la pintura y la literatura, campo en el que destacó con obras como *Paso a paso: del crepúsculo de la paz al resplandor de la victoria; Sangre, sudor y lágrimas; Los secretos de la guerra; Pensamientos y aventuras* o *Savrola*. En 1953 le fue concedido el premio Nobel de Literatura.

Notas 1

[1] «Duty’s voice is ringing clear/Bidding men to brave endeavour/Be our answer “We are here”/Come what will,/Good or ill/We will answer “We are here”.» <<



[2] «Pray, charge your glasses gentlemen/And drink to Harrow’s honor/May Fortune still attend the Hill/And Glory rest upon her!» <<



[3] «Nor less we praise in sterner days/The leader or our nation/And Churchill’s name shall win acclaim/ From each new generation.» <<



[4] Cuatro meses después, el *Príncipe de Gales* fue hundido en Singapur por la flota japonesa. <<

[5] Theodore Lessing (asesinado por los nazis en septiembre de 1933). <<

[6] El ministro de Asuntos Exteriores alemán. <<

[7] Cuatro años después, sir Thomas Inskip, ministro de Coordinación de la Defensa y buen conocedor de la Biblia, empleó una frase elocuente para referirse a este período funesto, del cual fue heredero: «Los años en que os devoraron la langosta y el pulgón» (Joel 2, 25). <<

[8] Posteriormente, comandante sir Desmond Morton, Caballero Comandante de la Orden del Baño y Cruz Militar. <<



[9] Firmaban la enmienda Churchill, sir Robert Horne, Amery, el capitán F. E. Guest, lord Winterton y Boothby. <<

[10] Pierre-Étienne Flandin, *Politique Frangaise*, 1919-1940, págs. 207-208. <<

[11] En realidad, la alcanzó una bomba. <<

[12] Schuschnigg, *Ein Réquiem in Rot-Weiss-Rot*, pág. 37 y sgts. <<

[13] *Documentos de Núremberg* (Oficina de Papelería real), Parte I, pág. 249. <<

[14] Schuschnigg, *op. cit.*, págs. 51-52, 66, 72. <<

[15] Schuschnigg, *op. cit.*, págs. 102-103, y *Documentos de Núremberg*, I, págs. 258-259. <<

[16] Feiling, *op. cit*, págs. 347-348. <<

[17] Lord Chatfield, *It Might Happen Again*, capítulo XVIII. <<

[18] Feiling, *op. cit.*, pág. 350. <<

[19] Sin embargo, existen ciertas pruebas de que la información de Benes se la había comunicado a la policía checa la policía política soviética, que deseaba hacérsela llegar a Stalin desde una fuente extranjera amistosa. Pero esto no desmerece el servicio de Benes a Stalin y, por tanto, carece de importancia. <<

[20] *Documentos de Núremberg*, Parte II, núm. 10. <<

[21] En Georges Bonnet, *De Washington au Quai d’Orsay*, págs. 360-361. <<

[22] Véase Feiling, *op. cit.*, págs. 376, 381. <<

[23] 1937-1938, 234 millones de libras. 1938-1939, 304 millones. 1939-1940, 367 millones. <<

[24] Del *Diario de Ciano*, 1939-1943, ed. de Malcolm Muggeridge, págs. 9 y 10. <<

[25] Citado por Reynaud, *op. cit.*, I, pág. 587. <<

[26] *Documentos de Núremberg*, Parte X, págs. 210 y sgts. <<

[27] Del *Diario de Ciano*, pág. 136. <<

[28] *Documentos de Núremberg*, Parte II, pág. 172. <<

[29] Feiling, *op. cit.*, pág. 424. <<

[30] Conocido como Plan D. <<

[31] El teniente médico provisional H. J. Stammers. <<

[32] Eisenhower, *Cruzada en Europa*, pág. 1. <<

[33] Al hablar de fuerzas británicas y estadounidenses se incluyen las fuerzas aliadas puestas bajo su control operativo. Cuando las pérdidas aparecen fraccionadas, esto indica que se trata de una «presa» compartida. Hubo muchos casos de «presas» compartidas, pero en los totales alemanes las fracciones suman números enteros. <<



[34] El comité de Defensa se reunió cuarenta veces en 1940, setenta y seis en 1941, veinte en 1942, catorce en 1943 y diez en 1944. <<



[35] Esta cifra incluye las llamadas divisiones motorizadas ligeras que poseían carros de combate. <<

[36] Agradezco al general Ismay que me recordara estas palabras. <<

[37] *Su hora mejor*, capítulo XI. <<

[38] El comandante D. V. Sprague, el teniente P. M. K. Griffiths y el marinero de primera A. Webb, lodos de la Armada británica. <<

[39] *The Role of General Weygand*, de Jacques Weygand. <<

[40] Escrito en 1950. <<

[41] Ciano, *Correspondencia diplomática*, pág. 378. <<

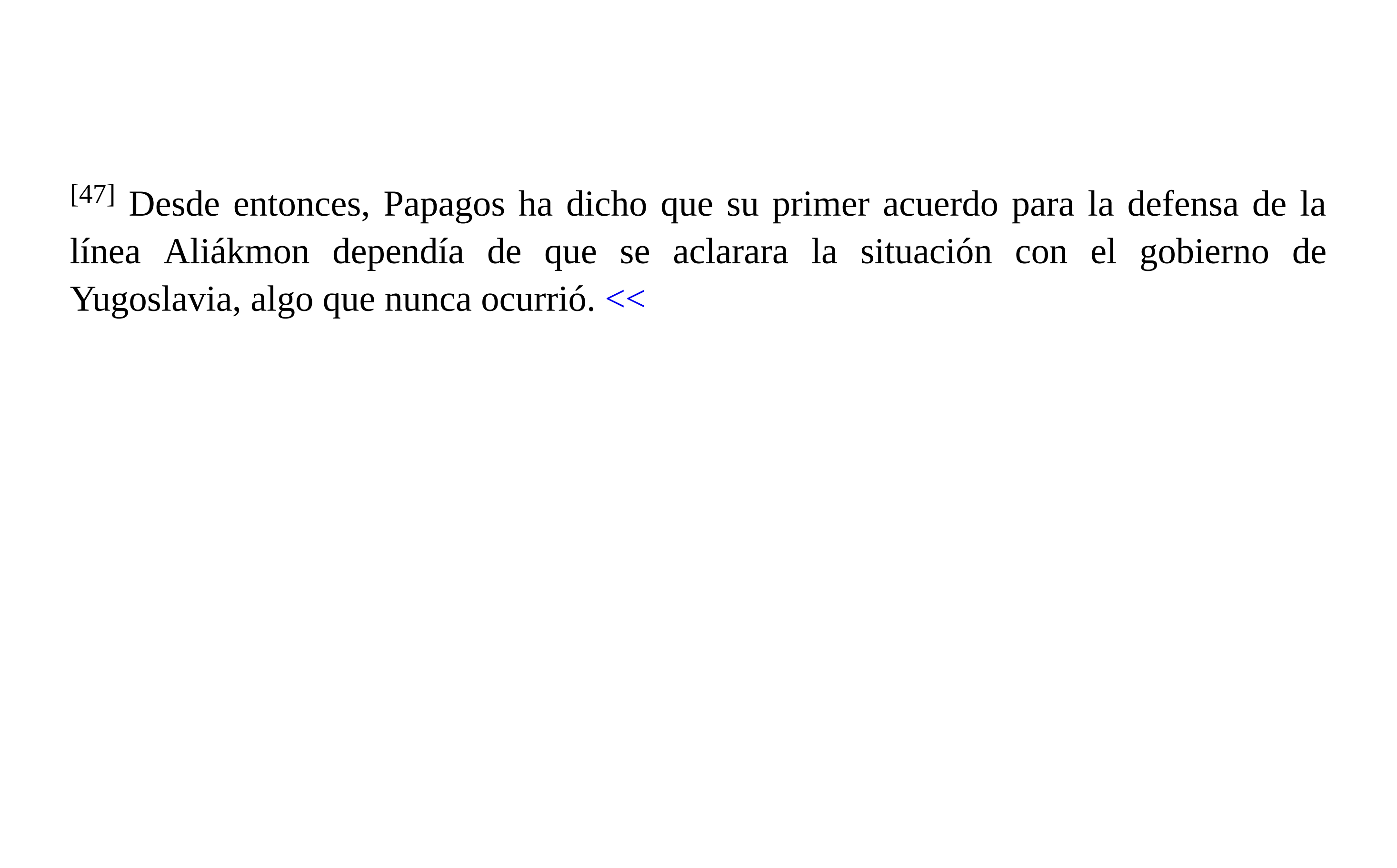
[42] Del *Diario de Ciano*, págs. 277-278. <<

[43] Stettinius, *Préstamo y arriendo*, pág. 62. <<

[44] Stettinius, *Préstamo y arriendo*, pág. 60. <<

[45] Las cursivas son del autor. <<

[46] Ullein-Reviczy, *Guerre Allemande: Paix Russe*, pág. 89. <<



[47] Desde entonces, Papagos ha dicho que su primer acuerdo para la defensa de la línea Aliákmon dependía de que se aclarara la situación con el gobierno de Yugoslavia, algo que nunca ocurrió. <<



[48] Que el temprano ataque de Rommel con sus fructíferas consecuencias pilló por sorpresa tanto a sus propios superiores como a nosotros lo explica Desmond Young en su libro *Rommel*. <<



[49] *Las relaciones nazi-soviéticas, de 1939 a 1941*, publicado en 1948 por el Departamento de Estado en Washington, pág. 332. <<

[50] Éste fue el último acto de la carrera diplomática del conde Schulenburg. A finales de 1943 su nombre aparece en los círculos secretos de la conspiración contra Hider en Alemania como posible ministro de Asuntos Exteriores de un gobierno que sucedería al régimen nazi, en virtud de sus cualificaciones especiales para negociar una paz aparte con Stalin. Los nazis lo arrestaron después del intento de asesinato de Hitler en julio de 1944 y lo enviaron a las celdas de la Gestapo. Fue ejecutado el diez de noviembre. <<

[51] *Documentos de Núremberg*, Parte VI, págs. 310 y sgts. <<

[52] *Ibídem*, Parte XI, pág. 16. <<

Notas 2

[1] Una novela de C. S. Forester. <<

[2] Las cursivas son del autor. <<



[3] Los tres informes que se mencionan aquí se pueden estudiar en el capítulo XXXIV de *La gran alianza*. <<

[4] *Historia de la Junta de Producción Bélica*, 1940-1945. <<

[5] Escrito en 1951. <<

[6] *El eje del destino*, capítulo VI. <<

[7] Las cursivas son del autor. <<



[8] Esto no es exacto, ya que la mayoría de los cañones también podían disparar en dirección a tierra. <<



[9] Véase *Coral Sea, Midway, and Submarine Actions*, del capitán S. E. Morrison, de la Marina de Estados Unidos. <<

[10] Véase el mapa del frente del Pacífico en la pág. 97. <<

[11] Véase el mapa de la pag. 99. <<

[12] Las cursivas son del autor. <<



[13] El almirante Harwood sustituyó al almirante Cunningham en el mando del Mediterráneo el treinta y uno de mayo. <<

[14] El almirante Harwood tomó esta decisión porque entonces Alejandría podía ser atacada con bombarderos con la cobertura de cazas. <<



[15] Evidentemente esto demuestra una total ignorancia de la larga y distinguida carrera profesional de Rommel en ambas guerras. <<

[16] Citado en *Cavallero, Commando Supremo*, pág. 277. <<

[17] *Rommel*, de Desmond Young, pág. 269. <<

[18] A continuación se explican brevemente los nombres en clave que se mencionan en este capítulo:
GIMNASTA: el desembarco en el noroeste de África, posteriormente llamado «Antorcha». JÚPITER: las operaciones en el norte de Noruega.
RODEO: la invasión de la Europa dominada por Alemania, después llamada «Overlord». MAZO: el ataque a Brest o a Cherburgo en 1942. <<

[19] Robert Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, págs. 603-605. <<

[20] Las cursivas son del autor. <<

[21] Las cursivas son del autor. <<

[22] En esta batalla (13 de agosto de 1704), John Churchill, primer duque de Marlborough, y el príncipe Eugenio derrotaron a los franceses durante la guerra de sucesión española. <<

[23] Véase la pág. 116. <<

[24] En inglés, cremallera. Alude al traje con cremallera de Churchill. (*N. de la T.*) <<



[25] En un telegrama fechado el nueve de noviembre que me enviaron después de la batalla. <<

[26] Desmond Young, *Rommel*, pág. 258. <<

[27] Desmond Young, *Rommel*, pág. 279. <<

[28] Véase vol. 1, pág. 221. <<

[29] Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, pág. 696. <<



[30] Se puede encontrar una versión completa de esta cuestión en *El eje del destino*, capítulo XXXVIII. <<

[31] Véase la pág. 160. <<



[32] Nombre que en la Marina de Estados Unidos daban a los marinos británicos porque antiguamente en los barcos británicos usaban zumo de lima para prevenir el escorbuto. <<

[33] *Crusade in Europe*, pág. 176. <<

[34] Mussolini, *Memoirs*, 1942-1943 (edición en inglés), pág. 50. <<

[35] Rizzoli, *Hitler e Mussolini: Lettere e Documenti*, pág. 173. <<



[36] Los galones que se ponen en las medallas indican que se ha recibido por segunda vez la misma condecoración. (*N. de la T.*) <<

[37] En inglés, moras. (*N. de la T.*) <<

[38] Conservo en casa la bandera británica, regalo del general Alexander, que se izó en Tarento, una de las primeras banderas aliadas que ondearon en Europa desde que nos expulsaron de Francia. <<

[39] Véase el mapa de la pág. 479 del vol. 1, Creta y el Egeo. <<

[40] El 4.º Batallón, «Gamuza», el 2.º de Fusileros Reales irlandeses y el 1.º del Rey. <<



[41] En inglés, iniciales de lanchas de desembarco para carros de combate. (*N. de la T.*) <<

[42] El principal ataque ruso comenzó el veintitrés de junio. <<

[43] Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, págs. 802-803. Durante un tiempo existió una propuesta de que el general Marshall comandara los dos frentes, el del Mediterráneo y también el de «Overlord», pero al final se dejó de lado. <<

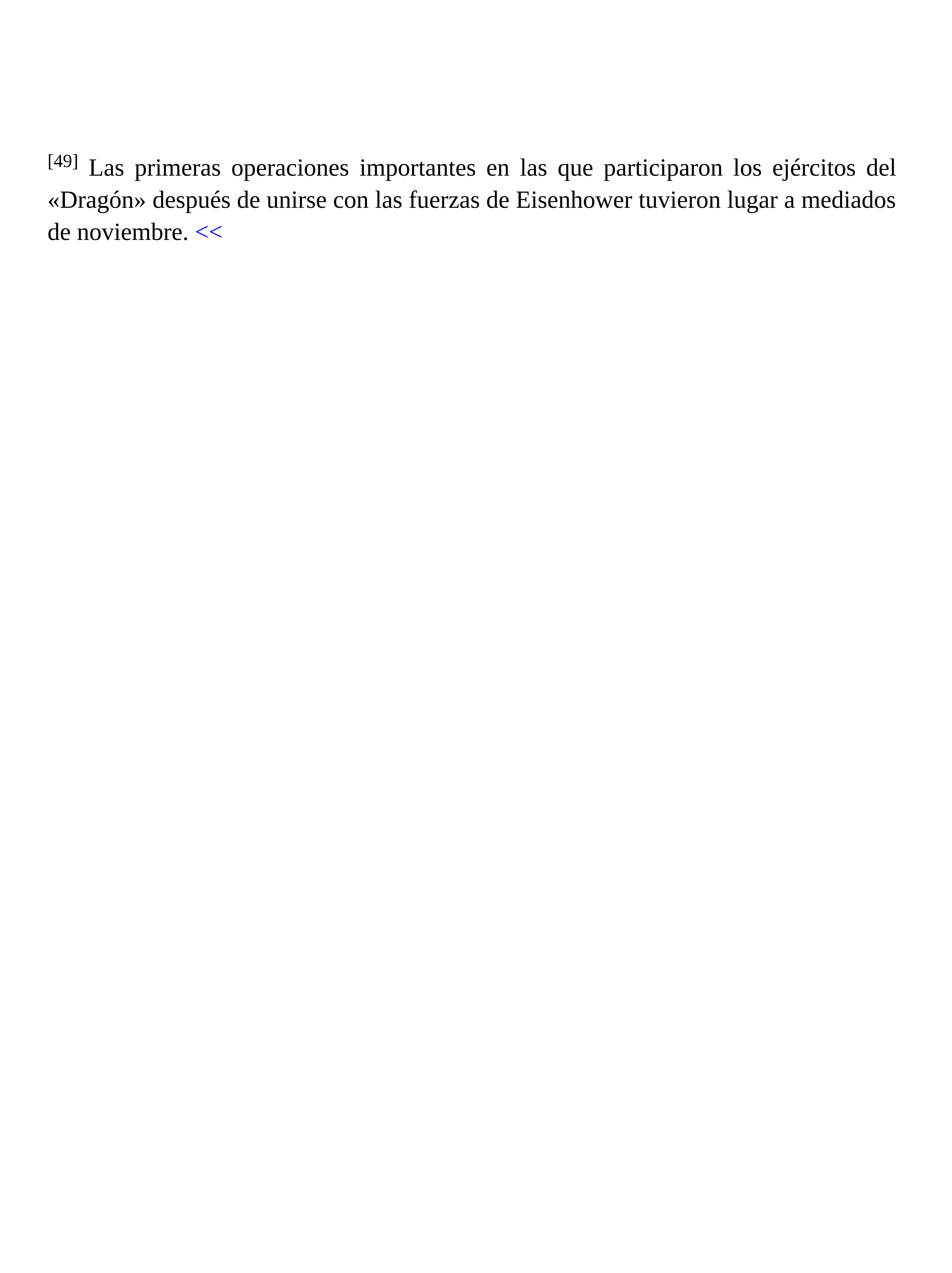
[44] Véase el mapa de la pág. 344. <<

[45] Blumentritt, *Von Rundstedt*, págs. 218-219. <<

[46] El proyecto «Plutón» incluía en primer lugar la instalación de oleoductos en la zona de ataque para que los buques cisterna de altura pudieran descargar el petróleo directamente a la costa. Posteriormente se construyeron oleoductos submarinos que atravesaban el canal de la Mancha desde la isla de Wight hasta Cherburgo y desde Dungeness hasta Boulogne. <<

[47] Estos ataques se llevaron a cabo como consecuencia de las instrucciones que dio Hitler en la conferencia de Soissons. El uno de julio Keitel telefoneó a Rundstedt y le preguntó: «¿Qué vamos a hacer?» Y Rundstedt le respondió: «¡La paz, idiotas! ¿Qué otra cosa se puede hacer?» <<

[48] Todas las cursivas son del autor. <<



[49] Las primeras operaciones importantes en las que participaron los ejércitos del «Dragón» después de unirse con las fuerzas de Eisenhower tuvieron lugar a mediados de noviembre. <<



[50] El Frente de Liberación Nacional, conocido por sus iniciales en griego como el EAM, fundadamente bajo control comunista. <<

[51] Guderian, *Panzer Leader*, pág. 352. <<



[52] «Chindits» es el nombre familiar que se daba a la Fuerza de Penetración de Largo Alcance de Wingate. <<

[53] Véase el mapa de la pág. 413. <<



[54] Entre ellos había dos buques de guerra australianos, el crucero *Shropshire* y el destructor *Arunta*. <<

[55] Los bombarderos suicidas aparecieron por primera vez en las operaciones de Leyte. El crucero australiano *Australia*, que operaba con la flota de Kinkaid, había sido alcanzado por uno hacía pocos días; hubo bajas pero no sufrió graves daños. <<

[56] Speidel, *We Defended Normandy*, págs. 152-153. <<



[57] Este ejército estaba formado por el 1.er Cuerpo británico y el II Cuerpo canadiense. Este último incluía la División Blindada polaca. <<

[58] Tedder, *Air-Power in War*, págs. 118-119. <<

[59] Véase el mapa de la pág. 543. <<

[60] Véase el capítulo XIV, «Las victorias rusas», págs. 393-406. <<

[61] El EAM es el Frente de Liberación Nacional griego.
El ELAS es el Ejército Popular de Liberación Nacional griego. Tanto el EAM como el ELAS estaban controlados por los comunistas.
El EDES es el Ejército Democrático Nacional. <<

[62] Todas las cursivas son del autor. <<

[63] Las cursivas son del autor. <<

[64] Véanse las págs. 448-450. <<

[65] Capítulo XXIV, «El cruce del Rin», pág. 484. <<

[66] Las cursivas son del autor. <<



[67] El texto completo de esta declaración y la versión completa de las conversaciones de Yalta se pueden encontrar en el capítulo XXII de mi libro *Triunfo y tragedia*. <<

[68] Véase el mapa de la pág. 543. <<



[69] En nuestra reunión del once de febrero nos limitamos a aprobar el informe sobre la conferencia. La discusión formal finalizó el diez de febrero. <<

[70] Véase el capítulo XX, «París y las Ardenas», págs 446-453. <<

[71] El capitán de fragata C. R. Thompson de la Armada británica, mi edecán naval. <<

[72] Las cursivas son del autor. <<

[73] Las cursivas son del autor. <<

[74] Las cursivas son del autor. <<

[75] Las cursivas son del autor. <<

[76] Eisenhower, «Report to Combined Chiefs of Staff», pág. 140. <<

[77] Las cursivas son del autor. <<

[78] Escrito por el autor en 1953. <<